

Una novela de tonos apocalípticos en la que el Bien lucha contra el Mal. Un virus se escapa de un laboratorio secreto del Gobierno norteamericano en Texas. Como consecuencia de ello, muere más del 99 por ciento de la población mundial. Los supervivientes se alinean en dos bandos: el del Bien, liderado por Madre Abigail, una anciana de 104 años, y el del Mal, capitaneado por Randall Flagg, el Hombre Oscuro. Al enfrentarse ambas fuerzas en una lucha épica que tiene lugar en el desierto de Nevada, el futuro del mundo pende de un hilo.

Esta novela se publicó originalmente en 1978 bajo el nombre de *La danza de la muerte*. King la reeditó en 1990 con el nombre de *Apocalipsis*, añadiendo textos eliminados en la original, así como revisando algunas partes del mismo.

El origen de este libro es el cuento *Marejada nocturna* (incluido en *El umbral de la noche*).



Stephen King

Apocalipsis

ePub r1.2

Titivillus 06.07.2019

Título original: *The Stand*

Stephen King, 1990

Traducción: Lorenzo Cortina & Rosalía Vázquez & Gloria Pons

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Para Tabby
ese oscuro cofre de maravillas

AGRADECIMIENTOS

Damos las gracias por la autorización para incluir los siguientes materiales sujetos a derechos de autor:

Back in the USA, de Chuck Berry © 1959, A. R. C Music Corporation.

Don't Fear The Reaper, de Donald Roeser. © B. O. Cult Songs, Inc.

Stand by Me, de Ben E. King. © 1961, Progressive Music Publishing Co., Inc., Trio Music, Inc., y A. D. T. Enterprises, Inc. Todos los derechos controlados por Unichapell Music, Inc. (Belinda Music, editor).

In the garden, de C. Austin Milkes. © 1912, Hall-Mack Co., renovado en 1940 por The Rodcheaver Co., propietario.

The Sandman, de Dewey Bunnell. © 1971, Warner Bros. Music Limited. Todos los derechos controlados por Warner Bros. Music Corp.

Jungle Land, de Bruce Springsteen. © 1975, Bruce Springsteen, Laurel Canyon Music.

American Time, de Paul Simón. © 1973, Paul Simón.

Shelter from the Storm, de Bob Dylan. © 1974, Ram's Horn Music.

Boogie Fever, de Kenny St. Lewis y Freddie Perren. © 1975, Perren Vibes Music Co.

Keep on the Sunny Side, de A. P. Carter. © 1924, Peer International Corporation, BMI.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, es simple coincidencia.

NOTA DEL AUTOR

Apocalipsis es una obra de ficción, como su tema deja perfectamente claro. Muchos acontecimientos suceden en lugares auténticos, como Ogunquit (Maine); Las Vegas (Nevada) y Boulder (Colorado). Me he tomado la libertad de cambiar esos lugares para adecuarlos a la trama. Confío en que los lectores que vivan en esos y otros lugares que se mencionan en esta novela, no se sientan molestos por mi «monstruosa impertinencia», para citar a Dorothy Sayeres, que consintió libremente en el mismo tipo de cosas.

Otros lugares, como Arnette (Texas), y Shoyo (Arkansas), son tan ficticios como la propia trama.

Debo dar gracias especiales a Russell Dorr y al doctor Richard Herman, ambos del Brighton Family Medical Center, que respondieron a mis preguntas acerca de la naturaleza de la gripe y su forma peculiar de sufrir mutaciones más o menos cada dos años, y a Susan Artz Manning of Castine, que corrigió las pruebas del manuscrito original.

Expreso también mi agradecimiento a Bill Thompson y Betty Prashker, que han hecho que este libro aparezca de la mejor manera posible.

S. K.

UN PRÓLOGO EN DOS PARTES

PRIMERA PARTE

PARA LEER ANTES DE LA COMPRA

Hay un par de cosas que usted debe saber acerca de esta versión de *Apocalipsis* antes de haber salido de la librería. Por esta razón confío en haberle atrapado a tiempo, en la sección K de los títulos de ficción, con sus otras compras debajo del brazo y el libro abierto ante usted. En otras palabras, espero haberle atrapado mientras su cartera se encuentra todavía segura en su bolsillo. ¿Preparado? Bien. Seré breve.

En primer lugar, ésta *no* es una nueva novela. Si usted tiene alguna confusión al respecto, no deje de expresarla mientras aún se encuentra a una distancia prudente de la caja registradora donde le sacarán el dinero de su bolsillo y lo meterán en el mío. *Apocalipsis*^[1] se publicó originalmente hace ya varios años.

En segundo lugar, esta no es una versión de trinka, nueva y diferente de *La danza de la muerte*. No descubrirá a los viejos personajes comportándose de forma distinta, ni el curso de la acción se torcerá en algún punto de la antigua trama, llevándole, fiel lector, en una dirección inesperada.

Esta versión de *La danza de la muerte* es una *ampliación* de la novela original. Como ya he dicho, no encontrará a los viejos personajes actuando de manera incongruente, pero sí descubrirá que casi *todos* ellos, aunque en la misma forma del libro original, hacen *más* cosas y, si no creyese que algunas de esas cosas eran interesantes y clarificadoras nunca hubiera estado de acuerdo en este proyecto.

Si esto no le interesa, no compre este libro. Y, si ya lo ha hecho, confío en que conserve el *ticket* de la caja, para poder cambiarlo por otro título.

Pero si esta ampliación le atrae, le invito a seguir conmigo un poco más. Tengo muchas cosas que contarle y creo que hablaremos mejor al doblar la esquina.

En la oscuridad.

SEGUNDA PARTE

PARA LEER DESPUÉS DE COMPRAR EL LIBRO

Esto ya no es un prólogo, sino una explicación de por qué esta nueva versión de *La danza de la muerte* ha llegado a existir. Para empezar, es una novela muy larga, y esta versión ampliada será considerada por algunos, quizá por muchos, como una presunción por parte de un autor cuyas obras han tenido el éxito suficiente como para permitírselo. Confío en que no sea así, aunque muchos críticos la consideraron, para empezar, muy hinchada y más larga de la cuenta.

Si el libro *era*, ya de por sí, demasiado largo, o se ha vuelto así en esta edición, es un asunto que dejo al criterio individual del lector. Sólo deseo aprovechar este pequeño espacio para decir que estoy editando *Apocalipsis* como si fuese escrita por primera vez, no para servirme a mí mismo o a cualquier lector en particular, sino para atender a un conjunto de lectores que me han pedido que lo haga. No lo habría ofrecido si yo mismo no hubiese

pensado que las partes que fueron eliminadas del manuscrito original hacen la historia más rica, y desde luego siento curiosidad por ver cómo se recibirá todo esto.

Le ahorraré el relato de cómo se escribió *Apocalipsis*. La cadena de pensamientos que produce una novela rara vez interesa a nadie más que a los aspirantes a novelistas. Suelen creer que existe una «fórmula secreta» para escribir una novela de éxito comercial; pero no es así. Tienes una idea. En un momento dado te llega otra idea. Realizas una conexión de una serie de ideas entre sí; unos cuantos personajes (por lo general, poco más que sombras al principio) se sugieren a sí mismos; la mente del escritor imagina un posible final (aunque cuando llega ese final, casi nunca se parece a lo que había imaginado el escritor); y, en un punto dado, se sienta con pluma y papel, una máquina de escribir o un ordenador. Cuando me preguntan «¿Cómo escribe?», invariablemente respondo: «Una palabra cada vez». Y la respuesta siempre resulta desconcertante. Pero así son las cosas. Parece demasiado sencillo para ser verdad; pero considere, por favor, la muralla china: una piedra cada vez... Eso es todo. Piedra a piedra. Pero he leído que se puede ver desde el espacio.

Para los lectores interesados, la historia se cuenta en el último capítulo de *La danza de la muerte*, una tortuosa pero fácil visión general del género de horror que publique en 1981. Esto no es hacer propaganda de ese libro; sólo estoy diciendo que el relato está allí si lo desea, aunque se cuenta no sólo porque es interesante en sí mismo, sino porque ilustra un punto de vista diferente.

Lo que sí resulta importante para los propósitos del libro actual es que, en el bosquejo final, se suprimieron más de cuatrocientas páginas del manuscrito. La razón no fue de tipo editorial; de haber sido ése el caso, me hubiera contentado con que el libro viviese su vida y muriese, llegado el momento, tal y como se editó originalmente.

Las supresiones se realizaron por mandato del departamento financiero. Realizaron el correspondiente escándalo de los costes de producción, lo depositaron al lado de las ventas de tapa dura de mis cuatro libros anteriores, y decidieron que un precio fuerte de 12,95 dólares era todo lo que el mercado podría soportar (¡comparen ese precio con el de ahora, amigos y vecinos!). Se preguntó si accedería a realizar los cortes, o si prefería que los hiciese alguien del departamento editorial. Aunque con desgana, convine en hacer la cirugía yo mismo. Me parece que mi trabajo fue bastante bueno, para un escritor que ha sido acusado una y otra vez de incontinencia. Existe sólo un pasaje (el viaje de *Trashcan Man's* a través del país desde Indiana a Las Vegas) que se nota lleno de cicatrices.

Entonces, si toda la historia está aquí, cabía preguntarse para qué nos preocupamos. ¿No será a fin de cuentas sólo una autosatisfacción? De ser así, he pasado una gran parte de mi vida perdiendo el tiempo. Como suele ocurrir, creo que en los relatos auténticamente buenos el conjunto es siempre mayor que la suma de las partes. Si así no fuera, lo que sigue no pasaría de ser una versión aceptable de *Hansel y Gretel*:

Hansel y Gretel eran dos niños con un padre muy agradable y una madre estupenda. La estupenda madre murió y el padre se casó con una bruja. La bruja quería quitar de en medio a los niños, para disponer de más dinero. Engatusó a su pusilánime marido para que se llevase a Hansel y Gretel al bosque y los matara. En el último momento el padre de los chicos prefirió dejarlos en el bosque para que se murieran de hambre en lugar de proporcionarles una muerte rápida y misericordiosa con su cuchillo. Mientras erraban por ahí, encontraron una casa hecha de caramelo. Era propiedad de una bruja que practicaba el canibalismo. La bruja les encerró allí y les dijo que en cuanto estuviesen fuertes y gordos se los comería. Pero los niños se enfrentaron a la hechicera. Hansel la empujó dentro de su propia estufa. Encontraron el tesoro de la bruja, y al parecer hallaron también un mapa, puesto que, llegado el momento, regresaron de nuevo a su hogar. Cuando se presentaron en él, papá se desembarazó de la bruja y vivieron por siempre felices.

No sé qué pensarán ustedes, pero, para mí, esta versión pierde mucho. El relato está aquí, pero no es elegante. Es una especie de Cadillac con los cromados oxidados y la pintura estropeada. Podrá ir a cualquier parte, pero no tiene nada de extraordinario.

No he restaurado las cuatrocientas páginas desaparecidas. Para hacer bien las cosas hay que ejercer la autocritica. Parte de lo que quedó cortado y desparramado por el suelo de la habitación cuando me encaré con la truncada versión merecía quedarse allí. Y allí es donde se ha quedado. Otras cosas, como el enfrentamiento de Frannie con su madre al principio del

libro, parecen añadir esa riqueza y dimensión de las que yo, como lector, disfruto muchísimo. Volviendo a *Hansel y Gretel* por un momento, la malvada madrastra le pide a su marido que le traiga los corazones de los niños como prueba de que el influenciado leñador hizo lo que ella le ordenó. El hombre demuestra un leve vestigio de inteligencia cuando le trae los corazones de dos conejos. O el rastro de migas que Hansel deja atrás, para que él y su hermana puedan encontrar el camino de regreso. ¡Qué pensamiento tan tonto! Pero, cuando intenta seguir el rastro, comprueba que las aves se lo han comido. Ninguno de esos fragmentos son esenciales para la trama; pero, en cierto modo, *constituyen* la trama, son mágicos pasajes del relato. Convierten lo que hubiera sido una historia monótona en un cuento que ha encantado y aterrado a los lectores durante más de cien años.

Supongo que nada de lo añadido aquí es tan bueno como el rastro de miguitas de Hansel; pero siempre he lamentado el hecho de que nadie, excepto yo y algunos de los lectores de la editorial Doubleday, ha conocido a ese maníaco que simplemente se llama a sí mismo El Niño... ni es testigo de lo que le sucede fuera de un túnel que es el contrapunto de otro túnel a medio continente de distancia: el túnel Lincoln de Nueva York, que dos de los personajes recorren al principio del relato.

Por tanto, aquí está *Apocalipsis*, fiel lector, como su autor quería que apareciese. La totalidad de su cromado se halla ahora reluciente, para bien o para mal. Y la razón definitiva de presentar esta versión es la más simple: aunque nunca ha sido mi novela favorita, es la que más agrada a mis lectores. Las raras veces que hablo en público, la gente me pregunta acerca de esta obra, como si los personajes fuesen personas reales. Con frecuencia me piden información: «¿Qué fue de Fulano o de Mengano?».

Como es inevitable, me han preguntado si se va a hacer una película. La respuesta, es que probablemente sí. ¿Y será buena? No lo sé. Pero, buenas o malas, las películas casi siempre tienen un extraño efecto de disminución sobre las obras literarias. Naturalmente, existen excepciones. *El mago de Oz* es un ejemplo de ello. En las conversaciones, la gente no hace más que repartir papeles. Siempre he creído que Robert Duvall haría un espléndido Randall Flag; pero he oído a la gente proponer a Clint Eastwood, Bruce Dern y Christopher Walken. Todos parecen buenos, lo mismo que Bruce Springsteen podría hacer un interesante Larry Underwood, si en algún momento decide actuar. Tomando como referencia sus vídeos, creo que lo haría muy bien... Aunque mi elección personal sería Marshall Crenshaw. Pero, en resumen, creo que Stu, Larry, Glen, Frannie, Ralph, Tom Cullen, Lloyd y ese tipo oscuro deben pertenecer al lector, quien siempre los visualiza, a través de la imaginación, de una forma vivida y cambiante que ninguna cámara podrá jamás llegar a superar. A fin de cuentas, las películas son sólo una ilusión de movimiento que consta de millares de fotos fijas. Sin embargo, la imaginación se mueve dentro de su propia marea. Los filmes, incluso los mejores, congelan la ficción. Cualquiera que haya visto *Alguien voló sobre el nido del cuco* y que lea la novela de Ken Kesey, encontrará difícil o imposible no ver el rostro de Jack Nicholson sobre Randle Patrick McMurphy. Esto no tiene por qué ser malo, pero es algo que limita. La gloria de un buen cuento radica en que es ilimitado y fluido. Un buen relato pertenece a cada lector de una manera propia y particular.

Después de todo, yo escribo por dos razones: para complacerme a mí mismo y para complacer a otros. Y, volviendo a esta larga novela, confío haber conseguido ambas cosas.

24 de octubre de 1989

*Allí fuera la calle está
inflamada por una auténtica
danza de la muerte entre la
carne y la fantasía; y aquí
abajo los poetas no escriben
ni una línea sino que se
repliegan y se conforman
con abandonarse. En lo más
profundo de la noche,
aprovechan su hora y
procuran residir con
honestidad...*

Bruce Springsteen

*Y estaba claro que ella
no podía sobrellevarlo. Se
abrió la puerta y entró el
viento.*

*Se extinguieron las velas
y se eclipsaron.*

*Volaron las cortinas y
entonces él apareció,
diciendo: «No temas,*

ven, Mary».

Y ella no temió;

corrió hacia él

*y ambos echaron a
volar...*

*Ella le había cogido la
mano...*

*«Ven, Mary, no temas al
segador...».*

Blue Oyster Cult

*¿Qué es ese
encantamiento?*

*¿Qué es ese
encantamiento?*

*¿Qué es ese
encantamiento?*

Country Joe And The Fish

EL CÍRCULO SE ABRE

Necesitamos ayuda, sentenció el poeta

Edward Dorn

INTRODUCCIÓN

—Sally.

Un murmullo.

—Despierta, Sally.

Un murmullo más audible:

—Déjame en paz...

La sacudió con mayor fuerza.

—Despierta. ¡Tienes que levantarte!

Charlie.

La voz de Charlie, llamándola. ¿Durante cuánto tiempo?

Sally se desprendió del sueño.

Primero miró el reloj que se hallaba en la mesilla de noche y vio que eran las dos y cuarto de la madrugada. Charlie no debería hallarse allí, tenía que estar trabajando en su turno. Lo miró, y algo despertó dentro de ella, una intuición inquietante.

Su marido estaba mortalmente pálido y tenía los ojos desorbitados. En una mano sostenía las llaves del coche, y con la otra la sacudía, aunque ella ya había despertado. Era como si no se percatase de que ella ya estaba despierta.

—¿Charlie, que pasa? ¿Te ocurre algo?

Él parecía no saber qué decir. Tragaba saliva, pero no se oyó ningún sonido en el pequeño *bungalow* de servicio, excepto el tictac del reloj.

—¿Hay un incendio? —preguntó ella. Era lo único que se le ocurría para explicar que su marido se encontrara en aquel estado. Sabía que sus padres habían muerto en el incendio de su casa.

—En cierto modo... —contestó él al fin—, pero es algo peor. Tienes que vestirte, cariño. Coge a *Baby* LaVon. Tenemos que marcharnos de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Sally al tiempo que salía de la cama.

Un oscuro miedo se había apoderado de ella. Nada parecía andar bien. Aquello era como una pesadilla.

—¿Dónde? ¿En el patio trasero?

Sabía muy bien que no había ningún patio trasero; pero jamás había visto a Charlie tan aterrorizado. Respiró hondo y no pudo oler ni a humo ni a nada quemado.

—Sally, cariño, no hagas preguntas. Tenemos que irnos enseguida. Ve a buscar a *Baby* LaVon y vístela.

—Pero... ¿no hay tiempo para hacer las maletas?

Esto pareció desconcertarlo un poco. Ella pensó que debería estar muy asustada, pero aparentemente no lo estaba. Reconoció que lo que había tomado en él por miedo se acercaba más al puro pánico. Charlie se mesó el cabello y replicó:

—No lo sé. Tendré que comprobar el viento.

Se fue, y la dejó con aquella extraña declaración, que no significaba nada para ella. Se fue dejándola allí, preocupada y aterrada, con los pies desnudos y su camisón infantil. Era como si se hubiese vuelto loco. ¿Qué relación existía entre comprobar la dirección del viento y que ella tuviera o no tiempo para hacer las maletas? ¿Y dónde era muy lejos? ¿Reno? ¿Las Vegas? ¿Salt Lake City? ¿Y...?

Se llevó la mano a la garganta y una nueva idea la acometió.

Ausentarse sin permiso. Marcharse en plena noche significaba que Charlie planeaba desertar. Se dirigió a la pequeña habitación que servía de cuarto infantil para *Baby* LaVon y vaciló un momento, mirando a la dormida niña. Se aferró a la leve esperanza de que aquello no fuese más que un sueño de un inusitado realismo. Pasaría, se despertaría a las siete de la

mañana, daría de comer a *Baby LaVon* y también desayunaría ella mientras miraba la primera hora del programa *Today*, le prepararía a Charlie los huevos pasados por agua para cuando acabara su turno a las ocho, su trabajo nocturno en la torre norte de la Reserva, después de concluida una noche más. Dentro de dos semanas volvería al turno vespertino y las cosas serían más fáciles. Dormiría con él por la noche, y ya no tendría sueños tan descabellados como éste...

—¡Date prisa! —la apremió, desvaneciendo aquella leve esperanza—. Tenemos el tiempo justo para coger unas cuantas cosas... Maldita sea, mujer, si la quieres —señaló la cuna— ¡vístela ahora mismo!

Tosió nerviosamente sobre la mano y comenzó a sacar cosas de los cajones de su cómoda, y a meterlas desordenadamente en un par de viejas maletas.

Ella despertó a *Baby LaVon* con delicadeza. La niña, de tres años, se mostró irritable y desconcertada al verse despertada a mitad de la noche, y rompió a llorar mientras Sally la vestía. Los sollozos de la niña la asustaron. Los asoció con las otras veces en que *Baby LaVon*, por lo general el más angelical de los bebés, se había puesto a llorar de noche: cambiarle los pañales, dolor de dientes, toses, cólico. El miedo se le mudó en ira al ver a Charlie aparecer con un montón de ropa interior. Las cintas de los sujetadores arrastraban detrás de él como las serpentinillas de los juerguistas en Nochevieja. Lo arrojó a una de las maletas y la cerró con brusquedad.

El reborde de su mejor braguita quedó colgando, y se percató de que se había desgarrado.

¿Pero qué pasa? —gritó y el tono alterado de su voz hizo que *Baby LaVon* irrumpiese en un nuevo acceso de llanto mientras ella misma empezaba a hacer pucheros—. ¿Te has vuelto loco? ¡Mandarán a los soldados detrás de nosotros, Charlie! ¡Soldados!

—Esta noche no podrán —respondió él con una inquietante seguridad—. Mira, cariño, si no movemos el trasero jamás estaremos fuera de la base. Ni siquiera sé cómo diablos he salido de la torre. Algo funciona mal en alguna parte. ¿Entiendes? Todo marcha mal.

Y profirió una repentina carcajada que a ella la asustó aún más.

—¿Está vestida la niña? Estupendo. Pon algunas ropas suyas en esa otra maleta. Coge la bolsa del armario para el resto. Luego saldremos pitando. Creo que la cosa irá bien. Afortunadamente el viento sopla de este a oeste. —Tosió de nuevo.

—¡Papi! —exclamó *Baby LaVon* alzando los brazos—. ¡Quiero a mi papi! ¡Vamos a hacer el caballito, papi! ¡El caballito! ¡Vamos!

—Ahora no —replicó Charlie, y desapareció en la cocina.

Al cabo de un momento Sally oyó el crujido de la loza. Estaba sacando el dinero suelto que ella tenía en el plato azul del estante de arriba. Unos treinta o cuarenta dólares que había conseguido ahorrar: un dólar, o cincuenta centavos, cada vez. El dinero para la casa. Así pues, aquello era real. Fuese lo que fuese, era real...

Baby LaVon, a quien su papá no quería llevar a caballito, cuando rara vez le negaba nada, empezó a sollozar de nuevo. Sally se esforzó por ponerle su chaqueta y luego metió Atropelladamente dentro de la bolsa la mayor parte de sus prendas. La idea de introducir una cosa más en la otra maleta resultaba ridícula. Estallaría. Tuvo que arrodillarse para ajustar los cierres. Dio gracias a Dios por que *Baby LaVon* ya hubiese aprendido a hacerlo y no tener que preocuparse de los pañales.

Charlie regresó presuroso al dormitorio. Aún se estaba metiendo en el bolsillo delantero del mono las monedas de dólar y de cincuenta centavos. Sally cogió en brazos a *Baby LaVon*. La niña estaba ya por completo despierta y podía andar sola, pero Sally prefería llevarla en brazos. Se inclinó y agarró la bolsa.

—¿Adónde vamos, papi? —preguntó *Baby LaVon*—. Estaba durmiendo...

—Podrás dormir en el coche —replicó Charlie mientras cogía las dos maletas.

El reborde de la braguita de Sally ondeó. Los ojos de él aún tenían aquella mirada ausente y fija. Una idea, una creciente certidumbre comenzó a alzarse en la mente de Sally.

—¿Ha ocurrido un accidente? —susurró—. ¡Oh, Dios mío! Ha sido eso, ¿verdad? Un accidente. Ahí fuera...

—Estaba haciendo un solitario —explicó—. Alcé la mirada y vi que el indicador había pasado de verde a rojo. Luego encendí el monitor. Y todo estaba...

Hizo una pausa, miró los grandes ojos de *Baby LaVon*. Aunque llenos aún de lágrimas, reflejaban curiosidad.

—Todos estaban muertos. Todos menos uno o dos, y probablemente ahora ya la habrán palmado.

—¿Qué quiere decir muertos, papá? —preguntó *Baby LaVon*.

—No te preocupes, cariño —intervino Sally.

Charlie tragó saliva. Algo se le atragantó en la garganta.

—Se supone que todo se cierra si el indicador se pone rojo. Hay un ordenador que controla la totalidad del lugar y que en teoría nunca falla. Vi en el monitor lo que pasaba y salte hacia la puerta. Pensé que aquella maldita cosa me iba a cortar por la mitad. Debería haberse cerrado en el mismo momento en que el indicador se puso en rojo. Y yo ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba ya en rojo. Me percaté de ello al alzar la mirada. Pero estaba ya casi en el aparcamiento cuando oí el ruido de algo que se cerraba detrás de mí. Si hubiera levantado la vista treinta segundos después, ahora me encontraría encerrado en la sala de control de la maldita torre, como un bicho en una botella.

—¿Qué es? ¿Qué...?

—No lo sé. No quiero saberlo. Todo lo que sé es que los ma... que los mató con rapidez. Si me quieren tendrán que atraparme. Me pagaban un plus de peligrosidad, pero no lo suficiente para quedarme aquí. El viento sopla hacia el oeste. Conduciremos hacia el este. Vámonos ya...

A pesar de que se sentía atrapada en una especie de espantoso sueño, Sally siguió a su marido hacia la entrada de coches donde se encontraba su Chevy, que ya tenía quince años, y que se oxidaba lentamente en la tragante oscuridad del desierto de aquella noche de California.

Charlie metió las maletas en el portaequipajes y colocó la bolsa en el asiento trasero. Sally se demoró un poco delante de la puerta del pasajero con la niñita en brazos, mirando hacia el *bungalow* en el que habían pasado los últimos años. Pensó que cuando se trasladaron allí *Baby LaVon* estaba aún en su vientre, con todos aquellos paseos a caballo aún por delante de ella.

—¡Vamos! —apremió—. ¡Entra, mujer!

Ella lo hizo. Él dio marcha atrás al Chevy, con sus faros iluminando más allá de la casa. Su reflejo en las ventanas fue semejante a los ojos de una bestia acorralada.

Estaba inclinado, tenso, con el rostro bosquejado por el pequeño resplandor del salpicadero.

—Si están cerradas las puertas de la base trataré de pasar aplastándolas.

Y lo decía de veras. Ella estaba segura. De repente se le aflojaron las rodillas.

Pero no hubo necesidad de una medida tan extrema. Las puertas de la base seguían abiertas. Un vigilante hojeaba una revista. Ella no pudo ver al otro. Tal vez se encontrase en la parte exterior de la base, un depósito convencional de vehículos del ejército. Lo que sucediera en el interior de la base no interesaba a aquellos tipos.

«Alcé la vista y vi que el indicador se había puesto en rojo».

Ella se estremeció y colocó la mano sobre la pierna de su marido. *Baby LaVon* dormía de nuevo. Charlie le acarició el cabello y dijo:

—Todo irá bien, cariño.

Al amanecer, iban ya hacia el este a través de Nevada. Charlie tosía cada vez con más intensidad.

LIBRO PRIMERO
EL CAPITÁN TROTAMUNDOS
DEL 16 DE JUNIO A 4 DE JULIO DE 1990

*Telefoneé al médico
y le dije: Doctor, doctor, por favor,
siento que me bamboleo y me tambaleo,
explíqueme qué puede ser.
¿Acaso una nueva enfermedad?*

The Silvers

*Nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Nena, ¿entiendes a tu hombre?*

Larry Underwood

La gasolinera Texaco de Hapscomb se levantaba sobre la carretera 93, al norte de Arnette, un pueblo insignificante de cuatro calles situado a ciento sesenta kilómetros de Houston. Esa noche, los parroquianos de siempre estaban allí, sentados junto a la caja registradora, bebiendo cerveza, entregados a su charla insustancial y mirando cómo los insectos se arrojaban contra el gran cartel luminoso.

Era la gasolinera de Bill Hapscomb, de modo que los otros lo trataban con respeto, a pesar de que se trataba de un perfecto idiota. Si se hubieran reunido en la tienda de cualquiera de ellos, habrían exigido el mismo respeto para el propietario. Pero ninguno de ellos tenía una tienda. Arnette pasaba por una mala época. En 1970 el pueblo contaba con dos fábricas: una de artículos de papel (sobre todo para picnics y asados) y una de calculadoras electrónicas. Ahora, la primera había cerrado y la segunda agonizaba. En Taiwan la producción era más rentable, al igual que la de televisores portátiles y pequeños transistores.

Norman Bruett y Tommy Wannamaker, que había trabajado en la fábrica de papel, dependían de la beneficencia pública; su seguro de desempleo había caducado hacía mucho. Henry Carmichael y Stu Redman trabajaban en la fábrica de calculadoras; pero casi nunca superaban las treinta horas semanales. Víctor Palfrey estaba ya jubilado, y fumaba unos malolientes pitillos que liaba él mismo, los únicos que podía pagarse.

—¿Sabéis lo que digo? —sentenció Hap, apoyando las manos sobre las rodillas e inclinándose—. Que hay que hacerle un corte de manga a esta mierda de deuda nacional. Tenemos imprentas y tenemos papel. Bien, pues imprimamos cincuenta millones de billetes de mil dólares e inundemos el mercado.

Palfrey, que había sido mecánico hasta 1974, era el único que tenía la dignidad necesaria para oponerse a los grandes disparates de Hap. Mientras liaba otro de sus cigarrillos pestilentes, repuso:

—Eso no serviría de nada. Si lo hiciéramos, terminaríamos como Richmond en los dos últimos años de la guerra de Secesión. En aquella época si querías un trozo de pan de jengibre, le dabas un dólar confederado al panadero, él lo colocaba sobre la hogaza, y cortaba una rebanada de ese mismo tamaño. El dinero no es más que papel, ¿sabes?

—Conozco a algunos tipos que no estarían de acuerdo contigo —respondió Hap con tono amargo—. Me refiero a mis acreedores. Y han empezado a ponerse nerviosos.

Stu Redman, quizá el hombre más lacónico de Arnette, estaba sentado en una de las resquebrajadas sillas de plástico, con una lata de Pabst en la mano, mirando la 93 por el gran ventanal de la gasolinera. Stu sabía lo que era la pobreza. Se había criado en medio de ella, en ese mismo pueblo. Su padre, dentista, había muerto cuando Stu tenía siete años, dejando una viuda y otros dos hijos, además de Stu.

La madre consiguió trabajo en la estación de autocares Redball, en las afueras de Arnette. Stu podría haberla visto desde donde se hallaba ahora sentado, de no haber ardido en 1979. Su sueldo alcanzó para alimentar cuatro bocas, y para nada más. A los nueve años Stu había empezado a trabajar. Primero para Rog Tucker, el propietario de Redball, ayudando a descargar autocares cuando salía de la escuela por treinta y cinco centavos la hora; y después en el matadero de la vecina ciudad de Braintree, donde tuvo que mentir respecto a su edad para conseguir veinte horas de trabajo agobiante a la semana por el salario mínimo.

Ahora, al escuchar a Hap y Vic discutir acerca del dinero y de la manera inexplicable en que desaparecía, recordó cómo se había lastimado las manos al principio manipulando aquella serie interminable de pellejos y tripas. Intentó que su madre no las viera, pero ella las descubrió antes de que llevara una semana trabajando. Lloró, y no era una mujer que llorase con facilidad, pero no le pidió que dejase el empleo. Sabía cómo estaba la situación. Era realista.

Su laconismo se debía, en parte, a que nunca había tenido amigos, ni tiempo para buscarlos. Por un lado, la escuela, por otro el trabajo. Su hermano menor, Dev, murió de neumonía el año en que ingresó en el matadero. Stu nunca llegó a superarlo. Remordimiento, tal vez. Dev había sido su hermano más querido... pero su fallecimiento representaba una boca menos que alimentar.

En el instituto había descubierto el béisbol y su madre lo alentó, a pesar de que el deporte restaba horas al trabajo. «Juega —le había dicho—. El deporte es lo único que podrá ayudarte a salir de aquí, Stuart. Juega. Recuerda a Eddie Warfield».

Eddie era un héroe local. Provenía de una familia todavía más pobre que la de Stu, y se había cubierto de gloria como defensa en el equipo regional del instituto. Asistió a la Texas A&M con una beca de atletismo y jugó durante diez años en el equipo de los Green Bay Packers, casi siempre como defensa reserva; pero en algunas memorables ocasiones había salido como titular. Ahora era propietario de una cadena de restaurantes en el oeste y sudoeste. En Arnette lo veneraban como una figura mítica. Cuando allí se hablaba de «éxito», se estaban refiriendo a Eddie Warfield.

Stu no era defensa, y tampoco era Eddie Warfield. Pero cuando comenzó a cursar el primer año del instituto, pensó que por lo menos tenía una remota posibilidad de ganar una beca como deportista... Luego su tutor le habló acerca del programa de becas NDEA.

Pero su madre enfermó y no pudo seguir trabajando. Era cáncer. Murió dos meses antes de que Stu terminara el bachillerato. Y le legó la responsabilidad de mantener a su hermano Bryce. Stu rechazó la beca y empezó a trabajar en la fábrica de calculadoras. Quien acabó triunfando fue Bryce, tres años menor que él. Ahora estaba en Minnesota, trabajando como analista de sistemas para la IBM. No escribía a menudo, y lo había visto por última vez en el funeral de la esposa de Stu, víctima del mismo tipo de cáncer que había matado a su madre. Pensaba que quizá Bryce tuviera sus propios remordimientos... y que tal vez se sentía un poco avergonzando de que su hermano no fuera más que otro buen vecino de un agonizante pueblo de Texas, y que pasara sus días trabajando en la fábrica de calculadoras y sus noches o en Hap's o en Indian Head, bebiendo cerveza Lone Star.

El matrimonio había sido lo mejor de su vida. Y duró apenas dieciocho meses. La matriz de su joven esposa sólo había gestado un niño, abyecto y maligno. Eso había ocurrido tres años atrás. Desde entonces, estuvo considerando la posibilidad de abandonar Arnette en busca de algo mejor. Pero la inercia del pequeño pueblo lo retenía: el tenue canto de sirena de los lugares y los rostros conocidos. En Arnette lo estimaban; y una vez Vic Palfrey lo lisonjeó diciéndole que era un «veterano de hierro».

Mientras Vic y Hap charlaban, restaba aún un poco de claridad en el cielo; pero la tierra estaba sumida en sombras. Ya no pasaban muchos automóviles por la 93. Y ésta era la razón por la cual Hap tenía tantas facturas sin pagar. Pero Stu vio acercarse un coche.

Todavía estaba a unos cuatrocientos metros, y las últimas luces del día arrancaban destellos polvorientos de lo poco que quedaba de sus cromados. Stu tenía buena vista, lo cual le permitió saber que era un Chevrolet con las luces apagadas, que no avanzaba a más de veinte kilómetros por hora, zigzagueando por la carretera. Ninguno de los que estaban allí lo había divisado todavía.

—Digamos que consigues el pago de una hipoteca sobre esta estación —estaba diciendo Vic—, y supongamos que asciende a cincuenta dólares mensuales.

—Es mucho más que eso.

—Bueno. Lo dejamos en cincuenta. Y ahora preveamos que el gobierno se presenta y la valoran en un montón de dinero. Entonces los del banco cambiarán de opinión y querrán ciento cincuenta. Y te encontrarás tan pobre como antes.

—Es verdad —reconoció Henry Carmichael.

Hap levantó la mirada hacia él, irritado. Sabía que Hank había conseguido la forma de birlar latas de coca-cola de la máquina sin echar la moneda. Y Hank sabía que él lo sabía. De modo que si Hank debía estar de parte de alguien, debería ser de la suya.

—Eso no tiene por qué ocurrir necesariamente —replicó Hap sopesando las cosas desde su educación de noveno grado.

Siguió explicando el porqué.

Stu, que sólo comprendía que estaban todos en un apuro, se desentendió de la voz de Hap hasta reducirla a un bordoneo ininteligible, y observó cómo el Chevy se acercaba zarandeándose por la carretera. A juzgar por la forma en que avanzaba, Stu no creía que fuera a llegar mucho más lejos. Cruzó la línea blanca y sus neumáticos alzaron polvo desde el arcén. Luego se enderezó por un momento en su carril y después casi se metió en la cuneta. A continuación, como si el conductor hubiese elegido como baliza el gran letrero luminoso de Texaco, se dirigió en línea recta hacia allí como un proyectil exangüe. Stu podía oír ya el ruido petardeante del motor, el firme silbido de un moribundo carburador y el repiqueteo de una serie de válvulas sueltas. No acertó en la entrada y chocó de refilón contra el bordillo. Los tubos fluorescentes de los surtidores se reflejaron sobre el parabrisas estriado por el polvo, y

que hacía muy difícil ver a los ocupantes. Pero Stu observó el vago contorno del conductor que se bamboleaba. El coche no dio la menor señal de disminuir sus sostenidos veinte kilómetros por hora.

—Por lo tanto, yo diría que con más dinero en circulación podrías...

—Será mejor que apagues tus surtidores, Hap —le dijo Stu.

—¿Qué pasa?

Norm se volvió para mirar por la ventana.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó.

De un brinco, Stu se levantó de su silla, se inclinó por encima de Tommy Wannamaker y Hank Carmichael y apagó los ocho interruptores a la vez, cuatro con cada mano. Por lo tanto, fue el único que no vio cómo el Chevy chocaba contra los surtidores del islote superior y los arrancaba.

Se precipitó contra ellos con una lentitud implacable. Al otro día, Tommy Wannamaker juró en el Indian Head que las luces traseras no dejaron de destellar. El Chevy no abandonó sus persistentes veinte kilómetros por hora, como si fuera el coche guía de una caravana. El chasis chirrió sobre la plataforma de hormigón y, cuando las ruedas lo embistieron, todos, menos Stu, vieron cómo la cabeza del conductor se estrellaba contra el parabrisas, astillando el cristal.

El Chevy brincó como un perro al que le hubieran pegado un puntapié, y arrastró consigo el surtidor de súper, el cual se partió y rodó por el suelo derramando varios chorritos de gasolina. La boquilla de la manguera se desprendió y quedó brillando bajo los tubos fluorescentes.

Todos vieron las chispas que salían por el tubo de escape del Chevy al derrapar por el cemento. Hap, que había presenciado el estallido de una gasolinera en México, se apresuró a cubrirse los ojos para protegerlos de la bola de fuego que preveía. En vez de ello, el extremo posterior del Chevy viró en redondo y se apartó de la plataforma de surtidores por el lado de la estación de servicio. El radiador arremetió contra el surtidor de gasolina baja en plomo y lo demolió con un ruido hueco.

El Chevrolet completó, de una forma que parecía deliberada, su giro de trescientos sesenta grados, y embistió de nuevo la plataforma, esta vez de costado. La parte posterior quedó montada sobre la plataforma y derribó el surtidor de gasolina normal. Y allí se detuvo, arrastrando tras de sí el oxidado tubo de escape. Había destrozado los surtidores más próximos a la carretera. El motor siguió su entrecortado ronroneo durante unos cuantos segundos, y por fin enmudeció. El silencio resultó abrumador.

—Joder —murmuró Tommy Wannamaker con voz ahogada—. ¿Va a estallar?

—Si el destino hubiera querido que estallara, ya habría ocurrido —respondió Hap al tiempo que se levantaba.

Su hombro chocó con el expositor de los mapas de carreteras, y esparció en todas direcciones los de Texas, Nuevo México y Arizona. Hap sintió una especie de cauteloso júbilo. Sus surtidores estaban asegurados y la póliza pagada. Mary se había mostrado firme en lo del seguro, por encima de todas las demás cosas.

—Ese tío debe de estar como una cuba —comentó Norm.

—Vi sus luces de atrás —dijo Tommy agudamente a causa de la excitación—. No dejaron de destellar. ¡Por Dios! De haber ido a cien por hora estaríamos todos muertos.

Salieron a escape de la oficina. Hap el primero y Stu brincando detrás de él. Hap, Tommy y Norm llegaron al lado del coche. Olieron a gasolina y percibieron el lento tictac, parecido a un reloj, del motor, que se estaba enfriando. Hap abrió la portezuela del conductor, y el hombre que se hallaba al volante cayó como si se tratase de una bolsa de la lavandería.

—¡Dios santo! —casi gritó Norm Bruett.

Se dio la vuelta, se dobló sobre su prominente barriga y comenzó a hacer arcadas. Pero no fue a causa del hombre que se había derrumbado (Hap lo sujetó antes de que se golpease contra el pavimento), sino por el olor que salía del coche, un hedor compuesto de sangre, materias fecales, vómitos y putrefacción humana. Resultaba un olor fantasmal, un olor de enfermedad y muerte.

Un momento después, Hap se volvió, arrastrando al conductor por los sobacos. Tommy se apresuró a cogerlo por los pies. Entre ambos lo llevaron hasta la oficina. Al resplandor de los fluorescentes, sus rostros aparecían pálidos y convulsos. Hap hasta se había olvidado del dinero del seguro.

Los otros observaron el interior del coche. Luego Hank se giró, tapándose la boca con una mano, con el dedo meñique extendido como si acabara de alzar su copa de vino para efectuar

un brindis. Trotó hacia el extremo norte de la estación de servicio y comenzó a vomitar la cena.

Vic y Stu siguieron contemplando el interior del automóvil durante un rato. Luego se miraron entre sí, y después volvieron a mirar el vehículo. En el sitio que correspondía al pasajero, estaba sentada una mujer joven, con la falda recogida sobre los muslos. Una niña de unos tres años se recostaba contra ella. Ambas estaban muertas. Tenían los cuellos dilatados y su piel presentaba un color purpúreo de hematoma. También presentaban hinchazón debajo de los ojos. Más tarde, Vic comentó que se parecían a esos jugadores de béisbol que se ponen negro de humo en los párpados inferiores para amortiguar el reflejo del sol. Los ojos ciegos se hallaban desencajados. La mujer retenía la mano de la pequeña. De sus narices había chorreado una mucosidad espesa, ya coagulada. Las moscas zumbaban en derredor, posándose sobre la mucosidad, entrando y saliendo de las bocas abiertas. Stu había estado en la guerra; pero nunca había visto una imagen tan espantosa. Sus ojos se volvían sin cesar a aquellas manos entrelazadas.

Vic y él retrocedieron y cruzaron una mirada inexpresiva. Después se volvieron hacia la oficina. Observaron que Hap hablaba frenéticamente por teléfono. Norm caminaba detrás de ellos en dirección al despacho, echando miradas por encima del hombro hacia el maltrecho automóvil. Del espejo retrovisor colgaba un par de zapatitos de niño.

Hank estaba en la puerta, frotándose la boca con un pañuelo sucio.

—Oh, Stu —comentó amargamente—. Es terrible.

Stu asintió.

Hap colgó. El conductor yacía en el suelo.

—La ambulancia llegará en diez minutos. ¿Os parece que...? —Señaló el Chevy con el pulgar.

—Sí, están muertos —confirmó Vic. Sus facciones arrugadas estaban amarillas y espolvoreó tabaco por todo el suelo cuando trató de liar un cigarrillo—. Nunca en mi vida he visto dos personas más muertas.

Miró a Stu, que asintió con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos. Tenía náuseas.

El hombre postrado en el suelo emitió un gemido gutural. Todos los miraron. Al cabo de un momento, cuando resultó obvio que hablaba o trataba de hacerlo, Hap se arrodilló junto a él. Después de todo, ésa era su gasolinera.

Fuera cual fuera el mal que había atacado a la mujer y a la chiquilla del automóvil, el hombre también lo padecía. Su nariz chorreaba y su respiración producía un estertor que procedía del fondo de su pecho. La piel se estaba hinchando debajo de los ojos, todavía sin ennegrecerse; pero con un color purpúreo de equimosis. Su cuello se veía exageradamente grueso, y la carne se había recogido hacia arriba, formando dos papadas adicionales. Tenía fiebre alta. Acercarse a él era como acucillarse junto a una barbacoa llena de brasas.

—El perro... —murmuró—. ¿Le han dejado bajar del coche?

—Ya pedí una ambulancia, señor —dijo Hap—. Se le pasará.

—El indicador marcó en rojo... —gimió el hombre.

Después empezó a toser convulsivamente despidiendo una pulverización de mucosidades espesas y largas salpicaduras. Hap se echó hacia atrás con una mueca de asco.

—Será mejor que lo coloque boca abajo, o se ahogará —sugirió Vic.

Antes de que pudieran hacerlo, la tos volvió a trocarse en una respiración jadeante y entrecortada. Parpadeó muy despacio y miró a los hombres reunidos sobre él.

—¿Qué lugar... es éste?

—Arnette —contestó Hap—. La gasolinera Texaco de Bill Hapscomb. Usted arrolló algunos surtidores. —Y se apresuró a agregar—: No se preocupe. Están asegurados.

El hombre trató de sentarse, pero no lo consiguió. Debió conformarse con apoyar una mano sobre el brazo de Hap.

—Mi esposa... mi hijita.

—Se encuentran bien —le dijo Hap con una estúpida sonrisa.

—Me parece que estoy muy enfermo —musitó el hombre, que jadeaba con un ronquido espeso y sordo—. Ellas también están enfermas. Desde que nos levantamos ayer en Salt Lake City... —Cerró lentamente los párpados—. Enfermos... Creo que no nos dimos suficiente prisa a pesar de todo...

Oyeron el aullido de la ambulancia de Arnette, aún distante.

—¿Lo oye? —le animó Tommy Wannamaker—. Ya están aquí.

El enfermo volvió a abrir los ojos, en los que se leía una vehemente e intensa preocupación. Hizo otro esfuerzo para sentarse. El sudor le chorreaba por la cara. Apretó el brazo de Hap.

—¿Sally y LaVon están bien? —preguntó.

La espuma goteaba de sus labios y Hap sintió que su cuerpo irradiaba fiebre. Estaba enfermo, medio loco, y apestaba. Hap recordó el olor que se desprende de la manta de un perro viejo.

—Sí, están bien —mintió de nuevo—. Usted... siga aquí tumbado y tómesele con calma, ¿de acuerdo?

El hombre volvió a tumbarse. Ahora su respiración era más ronca. Hap y Hank le ayudaron a apoyarse sobre el costado. Los estertores parecieron aplacarse un poco.

—Hasta ayer me sentí bien —explicó—. Me desperté así por la noche. No escapamos a tiempo. ¿La pequeña LaVon está bien?

Estas últimas palabras se diluyeron en algo que ninguno entendió. La sirena de la ambulancia sonaba cada vez más próxima. Stu se acercó a la ventana para esperarla. Los demás siguieron rodeando al hombre postrado.

—¿Qué tiene, Vic? —inquirió Hap.

—No lo sé —respondió Vic meneando la cabeza.

—Quizá fue algo que comieron —comentó Norm Bruett—. El coche tiene matrícula de California. Probablemente comieron en más de una de esas cantinas de carretera. Tal vez fue una hamburguesa podrida. Esas cosas suelen suceder.

La ambulancia llegó y rodeó el maltrecho Chevy para estacionarse entre éste y la puerta de la oficina. La luz roja del techo lo barría todo con sus absurdas rotaciones. Ya había oscurecido por completo.

—¡Dadme la mano y os sacaré de allí! —gritó el hombre postrado.

—Botulismo —dijo Vic—. Ojalá lo sea, porque...

—¿Por qué? —preguntó Hank.

—Porque de lo contrario podría tratarse de algo contagioso. Vi el cólera allá por el año cuarenta y ocho cerca de Nogales. Y esto se le parece un poco.

Entraron tres enfermeros, empujando una camilla montada sobre ruedas.

—Hola, Hap —dijo uno de ellos—. Has tenido suerte de que no te hayan volado el trasero. Se trata de este tipo, ¿no?

Se apartaron para dejarlos pasar: Billy Verecker, Monty Sullivan y Carlos Ortega. Todos conocidos.

—Hay dos más en el coche —informó Hap—. Una mujer y una niña. Las dos muertas.

—¡Diablos! ¿Estás seguro?

—Sí. Este tipo no lo sabe. ¿Lo llevaréis a Braintree?

—Supongo que sí. —Monty lo miró, azorado—. ¿Qué hago con las dos del coche? No sé cómo hacer frente a esto, Hap.

—Stu puede llamar a la patrulla estatal. ¿Os molestará que yo vaya con vosotros?

—Cielos, no.

Depositaron al enfermo sobre la camilla y, mientras lo sacaban, Hap se acercó a Stu.

—Acompañaré a ese tipo hasta Braintree. ¿Quieres llamar a la policía?

—Por supuesto.

—Y a Mary también. Telefonéale y explícale lo sucedido.

Hap trotó hasta la ambulancia y subió a ella. Billy Verecker cerró las puertas traseras, y luego llamó a los otros dos. Se hallaban mirando el despanzurrado Chevy con aterrada fascinación.

La ambulancia partió, con la sirena puesta y la luz del techo haciendo latir sombras ensangrentadas. Stu se acercó al teléfono e introdujo una moneda de veinticinco centavos.

El hombre del Chevy murió a treinta kilómetros del hospital. Inhaló un último resuello burbujeante, lo exhaló, aspiró una vez más y allí se quedó. Hap sacó la cartera que llevaba y revisó su contenido. Encontró dieciséis dólares en efectivo. El carnet de conducir expedido en California lo identificaba como Charles D. Campion. Había una cédula militar y fotos de su esposa y su hija, plastificadas. Hap prefirió no mirarlas.

Volvió a meter la cartera en el bolsillo del muerto y le dijo a Carlos que desconectara la sirena. Eran las nueve y diez de la noche.

Un largo espigón de roca se internaba en el océano Atlántico desde la ciudad costera de Ogunquit, en Maine. Ese día le recordó a Frannie Goldsmith un dedo gris, acusador. Cuando detuvo el coche en el aparcamiento público, vio a Jess sentado en el extremo de la escollera. Era sólo una silueta recortada contra el sol de la tarde. Las gaviotas revoloteaban y chillaban sobre él.

Supo que se trataba de Jess porque su bicicleta de diez piñones estaba asegurada con una cadena a la baranda que recorría la parte posterior de la oficina del encargado. Gus, un personaje local panzudo y de incipiente calva, salió al encuentro de Frannie. La tarifa para visitantes era de un dólar por coche. Pero Gus sabía que ella vivía allí sin necesidad de molestarse en mirar el rótulo de residente estampado en un ángulo del parabrisas de su Volvo. Frannie iba a aquel lugar con mucha frecuencia.

Claro que sí, pensó Frannie. En verdad, quedé encinta aquí mismo, en la playa, unos cuantos metros antes de llegar al límite de la marea alta. Querido Bulto, has sido concebido en la costa panorámica de Maine, veinte metros al este del malecón. El lugar está marcado con una X.

Gus la saludó con un ademán, haciendo el signo de la paz.

—Su chico está en la escollera, señorita Goldsmith.

—Gracias, Gus. ¿Cómo marcha el negocio?

Él señaló el aparcamiento al tiempo que sonreía. Habría docenas de coches, pero la mayoría ostentaba el rótulo azul y blanco de residente.

—No hay mucha concurrencia en esta época —respondió; era 17 de junio—. Dentro de dos semanas le haremos ganar bastante dinero a la ciudad.

—Estoy segura de ello. Si no te lo embolsas tú todo.

Gus rió y volvió a meterse en la oficina.

Frannie apoyó un brazo sobre el capó caliente del coche, se quitó las zapatillas y se puso unas sandalias con suela de goma. Era alta, y su cabellera castaña le caía hasta la mitad de la espalda, sobre la camisa de color ante. Tenía un bonito cuerpo. Piernas largas, que atraían miradas de admiración. «Material de primera», solían decir en la fraternidad. Miss Universidad 1980.

No pudo menos que reírse de sí misma. La risa sólo fue un poco amarga. Pensó: Te comportas como si ésta fuera la noticia bomba del mundo.

Se detuvo al borde de la arena, sintiendo aquel grato calor que le caldeaba las plantas de los pies, a pesar de las tiras de goma. La silueta sentada en el extremo del espigón estaba lanzando piedras al agua. A ella se le ocurrió una idea en parte graciosa, pero sobre todo descorazonados. Él sabe a quién se parece. A lord Byron, solitario pero impávido. Sentado, a solas y vigilando el mar que lleva de vuelta hacia Inglaterra. Pero estoy en el exilio, quizá para siempre...

¡Demonios!

No la inquietó tanto esa idea como su propio estado de ánimo. Allí estaba sentado el joven a quien creía amar. Y ella se burlaba de él a sus espaldas.

Echó a andar por la escollera, eligiendo su camino con paso cauteloso sobre rocas y grietas. Era un espigón antiguo, que antaño formó parte de un rompeolas. Ahora la mayoría de las barcas amarraban en la parte sur de la ciudad, donde había tres locales y siete moteles, una especie de garitos que hervían de actividad durante todo el verano.

Marchaba despacio, tratando de acostumbrarse a la conjetura de que quizá había dejado de amarlo en los once días transcurridos desde que había descubierto que estaba «un poquito preñada», como decía Amy Lauder. Bueno, ¿acaso no había sido el responsable de que se hallara en esa situación?

Pero no él solo, por cierto. Y ella se había estado previniendo con la píldora. Fue lo más sencillo del mundo. Había ido a la enfermería de la universidad, le había dicho al médico que tenía menstruaciones dolorosas y toda clase de erupciones fastidiosas en la piel, y el médico le extendió una receta. Hasta le regaló muestras gratis para todo un mes.

Se detuvo de nuevo, ahora casi al borde del agua, con las olas que comenzaban a dirigirse hacia la playa. Imaginó que era probable que los médicos de la enfermería oyeran hablar de

menstruaciones dolorosas y de granitos lo mismo que los farmacéuticos escuchaban que los preservativos son para mi hermano, incluso mucho más a menudo teniendo en cuenta los tiempos que corren. Habría sido más sencillo presentarse ante él y decirle: «Deme la píldora. Tengo ganas de follar».

Ya tenía la edad. ¿Para qué ser tan remilgada? Se quedó mirando la espalda de Jesse y suspiró. Porque la timidez se convierte en una forma de vida. Echó a andar de nuevo.

Fuera como fuera, la píldora había fallado. En el departamento de control del laboratorio alguien se había dormido delante del interruptor. O ella había olvidado tomar una grajea y después había olvidado que se había olvidado.

Se acercó a él con sigilo, por detrás, y apoyó las manos en sus hombros.

Jess, que sostenía las piedras con la mano izquierda y las arrojaba al Atlántico con la derecha, se sobresaltó. Las piedras se desparramaron por todos lados.

La chica se echó a reír. Retrocedió, cubriéndose la boca con las manos mientras él giraba en redondo, furioso. Era un chico esbelto, de cabello oscuro, gafas de montura dorada, y facciones regulares que, para su desazón, nunca reflejaban del todo su sensibilidad interior.

—¡Me has dado un susto terrible! —bramó.

—Oh, Jesús —rió ella—. Lo siento, pero ha sido muy gracioso, te lo juro.

—Casi nos caemos al agua.

Jess avanzó un paso.

Frannie retrocedió otro paso. Tropezó con una roca y al caer sentada, se mordió la lengua bruscamente. El dolor la hizo dejar de reír instantáneamente, y su silencio súbito (me apagas como si fuera una radio) le pareció lo más divertido de todo, y al punto empezó a reír de nuevo, a pesar de que le sangraba la lengua y de sus ojos resbalaban lágrimas de dolor.

—¿Estás bien, Frannie? —Jess se arrodilló junto a ella.

Sí, lo amo, pensó la joven. Me alegro por mí.

—¿Te has hecho daño, Fran?

—Sólo es mi orgullo —respondió, y dejó que la ayudara a levantarse—. Además me he mordido la lengua. ¿Ves?

Se la mostró, esperando una sonrisa como recompensa, pero él frunció el entrecejo.

—¡Oh, Fran!, estás de verdad sangrando.

Ella comenzó a reír de nuevo, aunque le dolía la lengua y sentía en la boca un regusto a sangre.

—Mira hacia otro lado —pidió—. Voy a hacer algo poco delicado.

Él se cubrió los ojos, sonriendo. Frannie asomó la cabeza por el costado del espigón y escupió. Rojo sangre. Qué asco. Otra vez. Y otra. Por fin su boca pareció despejarse. Se volvió, y al hacerlo descubrió que él espiaba entre los dedos.

—Disculpa —murmuró Frannie—. Soy una estúpida.

—No —repuso Jess, aunque era obvio que pensaba lo contrario.

—¿Me llevarás a tomar un helado? Tú conduces. Yo pago.

—Trato hecho.

Frannie volvió a escupir por encima del borde. Rojo sangre.

—No habré perdido un trozo de lengua, ¿verdad? —le preguntó, inquieta.

—No lo sé —respondió Jess con picardía—. ¿Has notado que tragabas algo?

—Eso no tiene gracia —dijo ella, cubriéndose la boca con la mano, horrorizada.

—Lo siento. Sólo te la mordiste, Frannie.

—¿Hay arterias en la lengua?

Caminaban ya por el espigón, cogidos de la mano. Ella se detenía de cuando en cuando y escupía por encima del borde. Rojo sangre. No iba a tragar ni una gota de esa porquería. No, señor, ni una gota.

—Ninguna.

—Estupendo.

Frannie apretó la mano del muchacho y sonrió con expresión tranquilizadora.

—Estoy embarazada.

—¿De veras? Bien. ¿Sabes a quién vi en Port...? —Se calló y la miró. Su expresión se tornó de repente recelosa y muy cauta.

A ella le destrozó el corazón ver tanta desconfianza.

—¿Qué has dicho?

—Que estoy embarazada. —Le sonrió radiante y después escupió sobre el borde de la escollera. Rojo sangre.

—No tiene gracia, Frannie —repuso él con tono inseguro.

—No es un chiste.

Jess siguió mirándola. Al cabo de un rato echaron a andar de nuevo. Cuando cruzaron la zona del aparcamiento, Gus salió y les dirigió un saludo. Frannie se lo devolvió, y su compañero hizo lo mismo.

Se detuvieron en el Dairy Queen de la carretera 1. Jess pidió una coca-cola y se quedó dando sorbos, pensativo, detrás del volante del Volvo. Fran le hizo pedir un Banana Split extra y se apoyó contra la portezuela de su lado, con medio metro de asiento entre ambos, tomando cucharadas de nueces y helado de piña Dairy Queen.

—Mira... —dijo ella—. El helado D. Q. está compuesto casi exclusivamente de burbujas. ¿Lo sabías? Mucha gente lo ignora.

Jess la miró.

—Es cierto —continuó Fran—. Estas máquinas no son otra cosa que gigantescas productoras de burbujas. Por eso Dairy Queen puede vender sus helados tan baratos. En la clase de teoría de los negocios nos han dado unos impresos acerca de esto. Hay muchos modos de buscarle tres pies a un gato...

Jess la miró.

—Si quieres un helado auténtico, debes ir a un lugar como Deering Ice Cream Shop y... — Se echó a llorar.

Jess se deslizó por el asiento hacia ella y la abrazó.

—No llores, Frannie, por favor.

—El Banana Split me está chorreando encima —balbuceó ella.

Él sacó el pañuelo y la secó. Las lágrimas se habían reducido a ruidos nasales.

—Banana Split extra con salsa de sangre —comentó Fran, mirándolo con los ojos enrojecidos—. Creo que no puedo seguir comiendo. Lo lamento, Jess. ¿Quieres tirarlo?

—Claro.

Cogió el helado, se apeó y lo arrojó al cubo de la basura. Fran pensó que andaba de una manera rara, como si le hubieran pegado con fuerza allí abajo, donde les duele a los chicos. En cierta forma, allí era donde le habían pegado, pero desde otro punto de vista. Bueno, así era más o menos como había caminado ella después de que Jess le quitase la virginidad en la playa. Se sintió como si tuviera un eccema virulento de los que producen los pañales. Aunque, desde luego, los pañales no te dejaban preñada.

Jess volvió al coche.

—¿Lo estás de veras, Fran? —inquirió con cierta brusquedad.

—Sí, de veras.

—¿Como sucedió? Pensé que tomabas la píldora.

—Bueno, supongo que alguien se durmió sobre el interruptor cuando mi lote de píldoras pasaba por la cinta transportadora, en el laboratorio. O que a vosotros os sirven en la cantina de la universidad algo que refuerza los espermatozoides. O que olvide tomar la píldora y luego olvidé que me había olvidado. —Lo miró con una sonrisa dura y resplandeciente, que le hizo dar un ligero respingo.

—¿Por qué te enfadas, Fran? Sólo fue una pregunta.

—Bueno, contestaré a tu pregunta de otra manera. En una noche cálida de abril, debió ser el doce, el trece o el catorce, tú introdujiste tu pene en mi vagina y tuviste un orgasmo, en razón de lo cual eyaculaste millones de espermatozoides...

—Basta —exclamó él—. No tienes por qué...

—¿Por qué qué? —Aunque parecía dura, estaba abatida. Había imaginado muchas variantes de la escena, pero nunca ésa.

—Por qué enfadarte tanto —dijo Jess débilmente—. No te abandonaré.

—Lo sé —asintió ella con tono más suave.

En ese momento podría haber tomado una de las manos que él tenía apoyadas sobre el volante, haberla apretado y cerrar así la brecha. Pero no se decidió a hacerlo.

Él no tenía nada de qué ser consolado. Y no importaba lo tácitos o inconscientes que fuesen sus deseos. De repente, se percató de que, de una manera u otra, las risas de los viejos tiempos se habían acabado. Ella era Frannie Goldsmith, y no iba a quedarse sentada en aquel aparcamiento de Ogunquit Dairy Queen llorando y estropeando como una estúpida sus malditos ojos.

—¿Qué quieres hacer?

Él encendió una cerilla y mientras el humo ascendía, Fran vio fugazmente cómo un hombre y un chico se disputaban el control del mismo rostro.

—Oh, diablos —suspiró él.

—He aquí las alternativas, tal como yo las veo —planteó ella—. Podemos casarnos y tener el niño. O no nos casamos y yo conservo el niño. O...

—Frannie...

—O no nos casamos y yo no conservo el niño. O podría abortar. ¿Son esas las posibilidades? ¿He omitido alguna?

—Frannie, ¿no podemos hablar...?

—¡Estamos hablando! Tú tuviste tu oportunidad y dijiste «Oh, diablos». Exactamente eso. Yo me he limitado a reseñar las opciones posibles. Claro que he tenido un poco más de tiempo para redactar una lista.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No, el tabaco es malo para el bebé.

—¡Ya está bien, Frannie!

—¿Por qué gritas? —repuso ella con suavidad.

—Porque parece que te has propuesto exasperarme —respondió Jess con tono vehemente, pero enseguida se dominó—. Disculpa. Lo que me ocurre es que no puedo convencerme de que soy el padre.

—¿No puedes? —Fran lo miró con una ceja arqueada—. ¡Y he aquí una virgen que concebirá!

—¿Es necesario que seas tan condenadamente petulante? Dijiste que tomabas la píldora. Yo te creí. ¿Procedí tan mal?

—No. Pero eso no modifica el resultado.

—Supongo que no —murmuró él, abatido, y arrojó el cigarrillo a medio fumar—. ¿Qué haremos, entonces?

—No haces más que preguntármelo, Jessie. Acabo de enumerarte las opciones. Supuse que se te ocurriría alguna idea. Queda el suicidio. Pero no pienso en eso por ahora. De modo que elige otra alternativa y la discutiremos.

—Casémonos —decidió él con súbito énfasis. Tenía el aire de quien acaba de decidir que la mejor forma de resolver el problema del nudo gordiano consiste en cortarlo de un tajo.

—No. No quiero casarme contigo.

Las facciones de Jess se desencajaron por completo. El efecto fue de un patetismo tan cómico que Fran tuvo que sofocar la risa. No quería burlarse de Jess.

—¿Por qué no? Fran...

—Debo sopesar las razones que tengo para decir que no. No permitiré que me arrastres a una discusión sobre el tema, porque en este preciso momento las desconozco.

—No me amas —sentenció Jess, enfurruñado.

—En la mayoría de los casos el amor y el matrimonio se excluyen mutuamente. Busca otra explicación.

Jess permaneció un rato callado. Jugueteó con otro cigarrillo pero no lo encendió. Por fin dijo:

—No puedo buscar otra elección, Frannie, porque no aceptas discutir ésta. Quieres hacerme perder puntos.

Eso la afectó. Hizo un ademán de asentimiento.

—Quizá tengas razón. En el último par de semanas me hicieron perder unos cuantos a mí. Tú, Jess, eres un intelectual impenitente. Si de pronto te abordase un atracador con una navaja, querrías convocar un seminario sobre la criminología callejera.

—Oh, Frannie.

—Elige otra cosa.

—No. Tú tienes todas las respuestas. Tal vez yo también necesito un poco de tiempo para reflexionar.

—De acuerdo. ¿Volvemos al aparcamiento? Te dejaré allí e iré a hacer algunas diligencias.

Él la miró atónito.

—Frannie, he venido pedaleando desde Portland. Reservé una habitación en un motel de las afueras. Pensé que pasaríamos juntos el fin de semana.

—¿En la habitación del motel? No, Jess. Las cosas han cambiado. Pedalea de vuelta a Portland y llámame cuando lo hayas pensado mejor. No corre mucha prisa.

—No me hagas enfadar, Frannie.

—Te equivocas, Jess. Has sido tú quien me ha hecho enfadar a mí —espetó ella con un arranque de ira.

Él le dio un ligero revés en la mejilla y se quedó mirándola abrumado.

—Lo siento, Fran.

—Descuida —respondió ella con tono inexpresivo—. Vámonos.

Durante el viaje de regreso al aparcamiento no intercambiaron palabra. Ella permaneció sentada con las manos sobre su regazo, observando los trozos de océano que asomaban entre las casitas, al oeste del rompeolas. ¿Quiénes serían los dueños de aquellas casas? La mayor parte de ellas seguía cerrada, y el verano que comenzaría oficialmente en menos de una semana. Profesores universitarios. Médicos de Boston. Abogados de Nueva York. Pero las casas más importantes eran las de la costa: pertenecían a hombres que contaban sus fortunas con cantidades de siete o de ocho cifras. Cuando las familias que las poseían se mudaran aquí, el coeficiente de inteligencia más bajo de Shore Roa iba a ser el de Gus, el ayudante del aparcamiento. Serían unos chicos parecidos a Jess. Exhibirían expresiones de aburrimiento, irían con sus padres a cenar langosta y luego asistirían al Casino de Ogunquit. Recorrerían ociosos Main Street en las horas veraniegas vespertinas, haciéndose pasar por transeúntes. Ella siguió mirando aquellos deliciosos destellos de cobalto entre las casas amontonadas, percibiendo que aquella visión se estaba empañando bajo una nueva nubecilla de lágrimas.

Al llegar, Gus los saludó con la mano. Ellos contestaron de la misma forma.

—Siento haberte pegado, Frannie —murmuró él con tono contrito—. No era mi intención.

—Lo sé. ¿Volverás a Portland?

—Pasaré la noche aquí y te telefonearé por la mañana. Pero la decisión te corresponde a ti, Fran. Si decides abortar, ya sabes que conseguiré el dinero de donde sea.

—¿Es un juego de palabras?

—No —replicó él—. En absoluto.

Se deslizó a lo largo del asiento y le dio un tierno beso.

—Te amo, Fran.

No te creo, pensó ella. Ya no creo nada... pero no importa.

—Está bien —asintió Fran.

—Estaré en el motel Lighthouse. Llámame, ¿quieres?

—Muy bien. —Fran se colocó al volante.

De repente, se sentía muy cansada. La lengua aún le dolía donde se había mordido.

Jess caminó hasta su bicicleta y la llevó hasta donde se había quedado ella.

—Me gustaría que me llamaras, Fran.

Ella le dirigió una sonrisa forzada.

—Ya veremos. Hasta pronto, Jess.

Arrancó el Volvo, en dirección a la carretera de la costa. Pudo ver aún a Jess al lado de su bici, con el océano a la espalda y, por segunda vez en aquel día, le acusó mentalmente de saber muy bien qué clase de actuación estaba representando. Pero en esta ocasión, en lugar de irritarse, sólo se sintió un poco triste. Siguió conduciendo, preguntándose si el océano volvería a parecerle igual que antes, después de cuanto había sucedido. Continuaba doliéndole la lengua. Abrió la ventanilla y escupió; esta vez la saliva fue normal. Le llegó el intenso olor salado del mar, semejante al de lágrimas amargas.

El jaleo de los niños que reñían frente a la ventana del dormitorio y de la música de la radio de la cocina despertó a Norm Bruett a las diez y cuarto de la mañana.

Fue hasta la puerta trasera vestido con sus calzoncillos informes y su camiseta, la abrió y vociferó:

—¡Silencio, mocosos!

Una pausa. Luke y Bobby apartaron la vista del viejo y herrumbroso camión volquete que se estaban disputando. Norm se sintió desgarrado por dos sentimientos antagónicos, como le ocurría siempre que veía a sus hijos. Sufría al verlos vestidos con ropas de segunda mano y donaciones del Ejército de Salvación, como los negritos del barrio este de Arnette. Al mismo tiempo le invadía una cólera espantosa, estremecedora, que le infundía deseos de salir al patio y atizarlos.

—Sí, papá —dijo Luke con tono sumiso. Tenía nueve años.

—Sí, papá —repitió Bobby. Tenía siete años.

Norm los fulminó con la mirada y luego dio un portazo. Después, observó indeciso la pila de ropas que había usado el día anterior. Se hallaban amontonadas al pie de la cama de matrimonio, de muelles hundidos, donde las había dejado caer.

Maldita zorra, pensó. Ni siquiera las ha colgado.

—¡Lila! —bramó.

No obtuvo respuesta. Consideró la posibilidad de abrir otra vez la puerta para preguntarle a Luke dónde diablos había ido. Hasta la semana próxima no habría donaciones. Y si estaba de nuevo en la oficina de empleo en Braintree, era aún más idiota de lo que él creía.

No se molestó en formular preguntas a los niños. Se sentía cansado y tenía una gran jaqueca con náuseas y palpitaciones en las sienes. Igual que cuando tenía resaca. Pero la noche anterior sólo bebió tres cervezas en la gasolinera de Hap. Había sido un accidente terrible. La mujer y la niña muertas en el coche, y el hombre, Campion, fallecido camino del hospital. Cuando Hap volvió, la policía ya había pasado por allí, lo mismo que la grúa y el furgón de la funeraria. Vic había prestado declaración ante la policía en nombre de los cinco. El dueño de la casa de pompas fúnebres, que era también forense del condado, no había establecido ninguna hipótesis sobre la causa de la muerte. «Eso no es cólera. Y no asustéis a la gente diciéndole que lo es. Habrá una autopsia y después leeréis los resultados en el periódico».

Miserable hijoputa, pensó Norm mientras se vestía despacio con las ropas del día anterior. Aquella jaqueca se estaba convirtiendo en una verdadera tortura. Si los críos no se callaban él les daría una razón para chillar de verdad. ¿Por qué demonios no funcionará la escuela durante todo el año?

Dudó si meterse la camisa dentro de los pantalones. Y decidió que el presidente no dejaría de hacer cosas por tener un mal día. De modo que se metió con los pies descalzos en la cocina. La brillante luz del sol, que entraba por las ventanas del este, le hizo entrecerrar los ojos.

La resquebrajada radio Philco ululaba, sobre el poyete:

*Ne-e-e-ena, dímelo tú que sabes,
nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Dime, nena, ¿entiendes a tu hombre?*

Norm la apagó antes de que le hiciera estallar la cabeza. Sobre el aparato había una nota. La cogió y entornó los ojos para leerla. «Querido Norm: Sally Hodges necesita a alguien que le cuide los niños esta mañana y prometió que me daría un dólar. Volveré a la hora de comer. Si tienes hambre hay salchichas. Te quiero. Lila».

Dejó la nota y se quedó reflexionando acerca de su contenido, tratando de entenderla. Era muy difícil pensar con esa jaqueca. Cuidar niños... Un dólar. La esposa de Ralph Hodges.

Los tres elementos fueron fusionándose en su cabeza. Lila se había ido a cuidar a los tres críos de Sally Hodges para ganar un maldito dólar y le había endilgado a Luke y Bobby. Por

Dios que la vida era dura cuando un hombre tenía que quedarse en casa y limpiarles los mocos a sus hijos para que la esposa pudiera salir a ganarse un pavo. Dura y jodida.

Una ira sombría se apoderó de él, lo cual motivó que la cabeza le doliera más todavía. Se acercó al frigorífico que había comprado en mejores tiempos y lo abrió. Lo único que había eran las sobras que Lila había puesto en unos platitos. Odiaba aquellos platitos Tupperware. Guisantes pasados, maíz pasado, restos de chile... Nada de lo que le gusta comer a un hombre. Tan sólo aquellos pequeños recipientes Tupperware y tres escuálidas y viejas salchichas hechas en Handi-Wrap. Se inclinó, se quedó mirándolos con aquella desesperanzada ira familiar que ahora le latía también en la cabeza junto con la melancolía. Al contemplar las salchichas tuvo la impresión de que alguien hubiese cortado las pollas de tres pigmeos africanos, sudamericanos o donde demonios nacieran. No tenía ganas de comer nada. La verdad era que se sentía bastante enfermo.

Se acercó de nuevo a la cocina, raspó una cerilla contra un trozo de papel de lija clavado a la pared, encendió el hornillo y puso encima una cafetera. Después se sentó y, aturdido, esperó a que se calentase. Al cabo de un momento tuvo que sacar el pañuelo del bolsillo posterior para sofocar un fuerte estornudo. Me estoy resfriando, se dijo. ¿No era ése un bonito broche para todo lo demás? Pero no se le ocurrió pensar en la flema que había chorreado la noche anterior de la nariz de aquel Campion.

Hap estaba en el fondo del garaje colocando un nuevo tubo de escape al Scout de Tony Leominster. Vic Palfrey se hallaba sentado en una silla plegable, mirándolo y bebiendo un refresco Dr. Pepper, cuando sonó el timbre de la puerta.

Vic entrecerró los ojos para ver mejor.

—Es la policía estatal —dijo—. Me parece que es tu primo Joe Bob.

—Está bien.

Hap salió de debajo del Scout, frotándose las manos con una bola de estopa. Al atravesar la oficina, lanzó un violento estornudo. Odiaba los resfriados de verano. Eran los peores.

Joe Bob, que medía casi un metro noventa y cinco, estaba apostado detrás de su coche patrulla, llenando el depósito. Los tres surtidores que Campion había embestido la noche anterior se hallaban pulcramente alineados a su espalda, como soldados muertos.

—¡Hola, Joe Bob! —exclamó Hap al salir.

—Hap, grandísimo bastardo —saludó el policía, poniendo la palanca del surtidor en automático, y pasando por encima de la manguera—. Considérate afortunado de que tu gasolinera siga en pie esta mañana.

—Mierda. Stu Redman lo vio venir y desconectó los surtidores. A pesar de todo saltaron muchas chispas.

—Sigues siendo muy afortunado. Oye, Hap, no he venido sólo para llenar el depósito.

—¿No?

Joe Bob miró a Vic, que aguardaba junto a la puerta de la oficina.

—¿Ese viejo también estaba aquí anoche?

—¿Quién? ¿Vic? Sí, casi todas las noches viene.

—¿Sabe mantener el pico cerrado?

—Supongo que sí. Es un buen tipo.

El surtidor se desactivó. Hap colgó la manguera y se acercó de nuevo a Joe Bob.

—Bueno, ¿qué quieres decirme?

—Entremos en la oficina. Supongo que el viejo también debe enterarse. Y, si puedes, telefona a los otros que estuvieron anoche aquí.

Entraron en la oficina.

—Buenos días, agente —saludó Vic.

Joe Bob contestó con una inclinación de cabeza.

—¿Café, Joe Bob? —preguntó Hap.

—No. —Los miró con gesto cansado—. En verdad no sé qué opinarían mis superiores si supiesen que estoy aquí. De modo que cuando vengan, no se les ocurra contarles que les hice la advertencia. ¿De acuerdo?

—¿Quién vendrá, agente? —inquirió Vic.

—Los de Sanidad —explicó Joe Bob.

—¡Joder! —exclamó Vic—. Era cólera. Yo lo sabía.

Hap los miró.

—No lo sé —prosiguió Joe Bob. Se sentó en una silla de plástico. Las huesudas rodillas le llegaban casi hasta el cuello. Sacó un paquete de Chesterfield del bolsillo de la camisa, encendió un cigarrillo y dijo—: Finegan, el forense...

—Es un fanfarrón —exclamó Hap—. Deberías haberlo visto pavoneándose por aquí, Joe Bob, haciendo callar a la gente y todo eso...

—Sí, es un fanfarrón engreído —asintió Joe Bob—. Bueno, le pidió al doctor James que examinara a Champion. Luego los dos llamaron a otro médico que no conozco. Después telefonearon a Houston. Y más o menos a las tres de esta mañana llegaron al pequeño aeropuerto de las afueras de Braintree.

—¿Quiénes?

—Los patólogos. Eran tres. Permanecieron con el cadáver hasta las ocho. Luego telefonearon al Centro de Control de Epidemias de Atlanta y esos tipos llegarán esta tarde. Pero, mientras tanto, el Departamento de Sanidad deberá examinar a todos cuantos estuvieron anoche en la gasolinera y a quienes condujeron la ambulancia a Braintree. No lo sé, pero intuyo que quieren ponerlos en cuarentena.

—¡Oh! —exclamó Hap, asustado.

—El Centro de Control de Epidemias de Atlanta es un organismo federal —comentó Vic—. ¿Enviarían un avión cargado de funcionarios federales sólo por el cólera?

—Yo qué sé —respondió Joe Bob—. Pero supuse que ustedes tenían derecho a estar prevenidos. Por lo que oí, sólo quisieron echar una mano.

—Gracias, Joe Bob —murmuró Hap con aire parsimonioso—. ¿Qué dijeron James y el otro médico?

—No mucho. Pero tuve la impresión de que se hallaban asustados. Nunca había visto a unos médicos tan asustados. La verdad es que eso no me dio mucho ánimo.

Se hizo un tenso silencio. Joe Bob fue hasta la máquina expendedora de refrescos y sacó una lata. Cuando la abrió, se oyó el débil siseo de efervescencia. Justo en el momento en que Joe Bob volvió a sentarse, Hap sacó un Kleenex del estuche próximo a la caja registradora, se enjugó la nariz chorreante y lo guardó doblado en el bolsillo de su mono grasiento.

—¿Qué habéis averiguado acerca de Champion? —preguntó Vic—. ¿Sabéis algo?

—Seguimos investigando —contestó Joe Bob dándose aires de importancia—. Sus documentos indican que procedía de San Diego; pero muchos de los papeles que tenía en la cartera caducaron hace dos o tres años. Su carnet de conducir había expirado. Tenía una tarjeta de crédito emitida en 1976, también caducada. Llevaba consigo una cédula militar, así que consultamos al ejército. Suponen que debe hacer unos cuatro años que Champion no vivía en San Diego.

—¿Desertor? —preguntó Vic.

Sacó un pañuelo rojo, carraspeó y expectoró en su interior.

—Aún no lo sé —dijo Joe Bob—. La cédula militar certifica que estaba alistado hasta 1982. Pero viajaba de paisano, con su familia, y se hallaba muy lejos de California. Y yo estoy hablando más de la cuenta.

—Bueno, llamaré a los otros y les transmitiré la información —dijo Hap—. Muchas gracias.

Joe Bob se puso en pie.

—Estupendo. Pero cuida de no mencionar mi nombre. No me gustaría perder mi trabajo. Vuestros amigos no tienen por qué saber quién os alertó, ¿verdad?

—No —confirmó Hap, y Vic lo secundó.

Cuando Joe Bob estaba casi en la puerta, Hap dijo con tono compungido:

—Son cinco dólares por la gasolina, Joe Bob. Me desagrada tener que cobrarte, pero tal como andan las cosas...

—Está bien —Joe Bob le tendió una tarjeta de crédito—. Paga el estado. Y yo tengo mi resguardo para justificar por qué estuve aquí.

Mientras Hap llenaba el resguardo estornudó dos veces.

—Cuidate —le aconsejó Joe Bob—. No hay nada peor que un resfriado de verano.

—Y que lo digas —exclamó Hap.

De pronto, desde detrás de ellos, Vic musitó:

—Quizá no sea un resfriado.

Se volvieron hacia él. Vic parecía asustado.

—Esta mañana me desperté estornudando y con una tos de perro —prosiguió Vic—. Para colmo, tenía una jaqueca de mil demonios. Ahora ha disminuido un poco, pero sigo cargado de mucosidad. Es posible que nos esté atacando la enfermedad de Champion. La que lo mató.

Hap lo miró, y cuando se disponía a enunciar todas las razones por las que Vic debía estar equivocado, volvió a estornudar.

Joe Bob estudió solemnemente a ambos y después sentenció:

—Mira, no sería mala idea cerrar la gasolinera, Hap. Sólo por hoy.

Hap lo miró, asustado. Recordó que él también había despertado con jaqueca y con la nariz chorreante. Bueno, todo el mundo se resfría alguna vez. Pero antes de que apareciera ese Campion, él se sentía bien. Muy bien.

Los tres niños de la familia Hodges tenían seis años, cuatro y uno y medio. Los dos menores dormían en ese momento y el mayor estaba cavando un foso en la parte posterior de la casa. Lila Bruett se hallaba en la sala, viendo un serial. Ojalá Sally no volviera hasta que terminase el episodio. Ralph había comprado un gran televisor en color cuando corrían buenos tiempos en Arnette, y a Lila le encantaba ver en él el serial de la tarde. Era mucho más bonito que en blanco y negro.

Dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo de forma espasmódica, en un acceso de tos seca. Entró en la cocina y escupió en el fregadero la abundante flema. Se había despertado con tos y, durante todo el día, tuvo la impresión de que alguien le estaba haciendo cosquillas con una pluma en la garganta.

Volvió a la sala después de echar un vistazo por la ventana de la despensa para asegurarse de que Bert Hodges se hallaba bien y no corría ningún peligro. En ese momento la pantalla emitía un anuncio: dos frascos danzantes de limpiador de inodoros. Los ojos de Lila giraron en torno a la habitación. Deseó que su propia casa pareciese tan bonita. La afición de Sally era pintar cuadros de Cristo, y los había por toda la sala de estar, muy bien enmarcados. Le gustaba en especial el más grande, el de la Última Cena, colgado detrás del televisor. Tenía sesenta colores al óleo diferentes, según le había contado Sally, y tardó tres meses en terminarlo. Era una verdadera obra de arte.

Justo cuando se reanudaba el serial, la pequeña Cheryl empezó a llorar con un berrido convulso y desagradable, entrecortado por un acceso de tos.

Lila apagó el cigarrillo y corrió al dormitorio. Eva, la de cuatro años, seguía profundamente dormida, pero Cheryl se encontraba tumbada de espaldas, en la cuna, y su rostro tenía un color purpúreo. Sus chillidos empezaban a sonar ahogados.

Lila, que no le temía al *krup* después de haber vivido dos experiencias con esa enfermedad, la levantó por los talones y le dio palmadas en la espalda. No sabía si el doctor Spok recomendaba ese tratamiento, porque nunca había leído sus obras. Pero, en el caso de la pequeña Cheryl, dio un excelente resultado. La chiquilla pareció croar como una rana y de pronto expectoró una flema amarilla que cayó en el suelo.

—¿Estás mejor? —preguntó Lila.

—Sí —respondió la pequeña Cheryl.

Volvió a dormirse casi de inmediato.

Lila limpió la inmundicia con un Kleenex. No recordaba haber visto que un niño lanzara de una vez semejante cantidad de mucosidad.

Volvió a sentarse delante del televisor para ver el serial con el entrecejo fruncido y encendió otro cigarrillo. Estornudó cuando daba la primera calada y después empezó a toser.

Hacía una hora que había anochecido.

Starkey, sentado a solas frente a una larga mesa, examinaba las hojas. El contenido lo descorazonó. Llevaba treinta y seis años sirviendo a su país, desde sus comienzos como cadete principiante en West Point. Había ganado medallas. Había hablado con presidentes, los había asesorado y, en algunas ocasiones, siguieron sus consejos. Había pasado por muchos trances dramáticos, pero esto...

Estaba asustado, tan asustado que apenas se atrevía a admitirlo. Ése era el pánico capaz de generar locura.

Se levantó impulsivamente y se acercó a la pared desde la que cinco pantallas de televisión miraban hacia el recinto. Al levantarse, golpeó la mesa con la rodilla e hizo caer una de las hojas. El papel flotó perezoso en el aire purificado y aterrizó sobre las baldosas, mitad a la sombra de la mesa y mitad a la luz. Si alguien se hubiera inclinado sobre él, habría leído:

DIAGNÓSTICO CONFIRMADO RAZONABLEMENTE
CEPA CODIFICADA 848-AB
CAMPION (E.), SALLY
CAMBIO Y MUTACIÓN ANTÍGENO,
GRAVE RIESGO/MORTALIDAD MUY ALTA
Y PROBABILIDAD DE CONTAGIO 99,4%.
CENTRO DE CONTROL DE EPIDEMIAS DE ATLANTA
INFORMACIÓN CONFIDENCIAL.
P-T-222312A

Starkey pulsó un botón situado bajo la pantalla central y la imagen apareció en el acto. Mostró el desierto de California occidental, mirando hacia el este. Era un paisaje desolado. El tinte peculiar del visor infrarrojo lo hacía más macabro todavía.

Está ahí fuera, delante y en línea recta, pensó Starkey. El Proyecto Azul.

El miedo estuvo a punto de acometerle de nuevo. Hurgó en el bolsillo y extrajo una cápsula rosada y amarilla. Lo que su hija llamaba una «depresora». Los nombres no importaban, los efectos sí. La tragó en seco. Frunció sus facciones, duras y lisas, cuando la sintió bajar.

Proyecto Azul.

Miró los otros monitores. Después activó imágenes en todos ellos. Los números cuatro y cinco mostraban laboratorios. El cuatro era el de física; el cinco, el de biología viral. El laboratorio de bi-vi estaba lleno de jaulas de animales, sobre todo conejillos de Indias, monos rhesus y unos cuantos perros. Todos parecían dormir. En el laboratorio de física seguía girando una pequeña centrifugadora. Starkey se había quejado por eso. Resultaba tétrico ver cómo esa centrifugadora daba vueltas mientras el doctor Ezwick yacía muerto en el suelo, cerca de allí, despatarrado como un espantapájaros derribado por el viento.

Le habían explicado que la centrifugadora estaba conectada al circuito de las luces y que, si la detenían, éstas también se apagarían. Y allí abajo las cámaras no estaban equipadas para el infrarrojo. Starkey lo entendió. Era posible que alguien viniera desde Washington y quisiese ver al difunto ganador del Premio Nobel que yacía ciento treinta metros por debajo del desierto y a poco más de un kilómetro de allí. Si desconectamos la centrifugadora, desconectamos al profesor. Elemental. Era lo que su hija habría llamado una «trampa 22».

Tragó otra «depresora» y miró el monitor dos, el que menos le gustaba. Porque no le gustaba el hombre con la cara metida en la sopa. Imagínate que alguien se acerque a ti y te diga: «Pasarás a la eternidad con la cara metida en un plato de sopa». Es como la vieja payasada de arrojar el pastel contra la cara, que deja de ser graciosa cuando te sucede a ti.

El monitor dos mostraba la cafetería del Proyecto Azul. El accidente había ocurrido casi exactamente entre dos turnos, y la cafetería se hallaba poco concurrida. Suponía que a ellos eso no les importaba mucho. Tanto daba morir en la cafetería como en el dormitorio o en el laboratorio. De todas formas, el pobre diablo que tenía la cara metida en la sopa...

Un hombre y una mujer vestidos con batas azules estaban tumbados junto a la máquina expendedora de golosinas. Un hombre con bata blanca yacía junto al *jukebox*. En las mesas había nueve hombres y catorce mujeres, algunos de los cuales aún aferraban en sus manos rígidas los vasos volcados de refrescos. En la segunda mesa, cerca de la cabecera, se hallaba

un hombre que había sido identificado como D. Bruce, con la cara metida en un plato de lo que parecía sopa Campbell.

El primer monitor sólo mostraba un reloj digital. Hasta el 13 de junio, todos los números de ese reloj habían sido verdes. Ahora eran de un rojo intenso. Se habían detenido. Marcaba 13:06: 90: 02: 37: 16.

13 de junio de 1990. Dos horas, treinta y siete minutos y dieciséis segundos.

De detrás llegó un leve zumbido.

Starkey apagó los monitores y se volvió. Descubrió la hoja de papel caída en el suelo y la colocó de nuevo sobre la mesa.

—Adelante.

Era Carsleigh. Tenía expresión solemne y semblante pálido.

Más malas noticias, pensó Starkey sin alterarse. Alguien más ha dado un salto mortal y se ha zambullido en un plato de sopa Campbell.

—Hola, Len —saludó.

Len Carsleigh hizo una inclinación de cabeza.

—Billy... no sé cómo decírtelo.

—Será mejor que lo digas palabra por palabra, soldado.

—Los hombres que manipularon el cadáver de Campion han pasado por los exámenes preliminares de Atlanta. Y no tenemos buenas noticias.

—¿Todos?

—Cinco con certeza. Hay uno, llamado Stuart Redman, que hasta ahora da resultados negativos. Pero los resultados de Campion también fueron negativos durante más de cincuenta horas.

—Si al menos Campion no hubiera huido —murmuró Starkey—. El servicio de seguridad fue chapucero, Len. Muy chapucero.

Carsleigh hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Continúa.

—El pueblo de Arnette ha sido puesto en cuarentena. Hasta ahora hemos aislado dieciséis casos de gripe super-A de mutación constante. Y esos son sólo los casos declarados.

—¿Y la prensa?

—Cree que es ántrax.

—¿Qué más?

—Tenemos un problema grave. Hay un agente de la patrulla de carreteras llamado Joseph Robert Brentwood. Su primo es el propietario de la gasolinera donde se detuvo Campion. Ayer por la mañana fue a comunicarle a Hapscomb que lo visitarían los funcionarios de Sanidad. Pescamos a Brentwood hace tres horas y ya viaja rumbo a Atlanta. Pero ha patrullado medio Texas. Dios sabe con cuántas personas ha estado en contacto.

—¡Mierda! —exclamó Starkey.

Se asombró al captar la debilidad de su voz y al sentir la crispación que había nacido cerca de sus testículos y ahora ascendía por el estómago.

La probabilidad de contagio era del 99,4%, pensó. La idea daba vueltas en su cerebro. Eso significaba un 99,4% de mortalidad, porque el organismo humano no podía producir los anticuerpos necesarios para detener a un virus antígeno de mutación constante. Cada vez que el organismo producía el anticuerpo adecuado, el virus mutaba a una forma ligeramente nueva. Por esa razón, sería imposible elaborar una vacuna.

Noventa y nueve coma cuatro por ciento.

—Caray —murmuró—. ¿De eso se trata?

—Bueno...

—Continúa.

Carsleigh dijo en voz baja:

—Hammer ha muerto. Se suicidó. Se disparó entre los ojos con la pistola de servicio. Los esquemas del Proyecto Azul estaban sobre su mesa. Supongo que pensó que era más elocuente dejarlos allí que escribir una nota para explicar su suicidio.

Starkey cerró los ojos. Vic Hammer era —había sido— su yerno. ¿Cómo se lo diría a Cynthia? Lo siento, Cindy. Hoy Vic se zambulló en un plato de sopa. Aquí tienes una «depresora». Verás, hubo una metedura de pata. Alguien cometió un error con una caja. Alguien se olvidó de accionar un interruptor que habría aislado la base. La demora fue de sólo veintitrés segundos, pero resultó suficiente. En el oficio, la caja es conocida como «inhaladora». La fabrican en Portland, Oregón, bajo contrato del Departamento de Defensa número 164.480.966. Las cajas son montadas por personal técnico de sexo femenino, que las

construye circuito por circuito, de manera que nadie sabe en realidad qué se está haciendo. Probablemente una de esas chicas pensaba en la cena de esa noche, y el encargado de verificar su trabajo pensaba en cambiar el coche. Como quiera que fuese, la última coincidencia consistió en que un hombre apostado en el puesto de seguridad número cuatro, un hombre llamado Campion, vio que los números se ponían rojos. Reunió a su familia y huyó. Salió por la puerta principal justo veintitrés segundos antes de que se disparasen las sirenas y aisláramos toda la base. Y nadie le echó en falta hasta que había transcurrido casi una hora, porque no hay monitores en los puestos de seguridad. En algún punto a lo largo de la línea has de dejar de vigilar a los vigilantes, o todo sería un maldito embrollo. Todos dieron por supuesto que se encontraba allí, esperando a que los aspiradores separasen las áreas limpias de las sucias. Aquello le dio un poco de tiempo y fue lo suficientemente listo para elegir los caminos por los que pudiera transitar su coche. Luego, alguien tuvo que adoptar una decisión, respecto a si llamar o no a la policía estatal, al FBI, o ambos. Y ese tipo afortunado pudo pasar inadvertido. Cuando llegó el momento de que el Bureau manejara el asunto, ese afortunado atraparon, ya no podía ir más lejos, porque él, su mujer y su hijita estaban ya muertos en un appestoso pueblo llamado Braintree, Texas. Bueno, Cindy, lo que quiero decir es que fue un encadenamiento de coincidencias, como las que se necesitan para ganar la lotería irlandesa. Un poco de incompetencia, aliada con buena suerte. Por favor, perdóname. En este caso, de mala suerte. Ha sido una serie de cosas que han sucedido. Nada de todo eso era culpa suya. Pero él dirigía el proyecto, y vio que la situación empezaba a agravarse de forma progresiva. Entonces...

—Gracias, Len.

—Billy, ¿quieres...?

—Subiré dentro de diez minutos. Convoca una reunión de personal para dentro de un cuarto de hora. Si alguien está en la cama, levántalo a puntapiés.

—Sí, señor.

—Len...

—¿Señor?

—Me alegro de que hayas sido tú quien me lo comunicase.

—Sí, señor.

Carsleigh se fue. Starkey consultó su reloj y después se acercó a los monitores empotrados en la pared. Encontró el número dos. Cruzó las manos a la espalda y contempló pensativo la cafetería del Proyecto Azul.

Larry Underwood dobló la esquina y encontró espacio suficiente para aparcar el Datsun Z entre una boca de incendios y un cubo de basura caído en la cuneta. En el cubo había algo desagradable. Larry intentó convencerse de que no había visto un gallo muerto y rígido y una rata que le roía la pelambre blanca del vientre. La rata huyó tan deprisa ante el barrido de los faros, que en verdad podía no haber estado allí. En cambio, el gato sí estaba, definitivamente inmóvil. Mientras apagaba el motor del Z, pensó que si aceptaba la existencia del uno, tenía que aceptar la de la otra. ¿No decían que París tenía la mayor población de ratas del mundo? Con aquella red de cloacas tan antiguas... Pero Nueva York también las tenía. Y si recordaba bien su desgraciada juventud, no todas las ratas de Nueva York caminaban sobre cuatro patas. Pero... ¿qué diablos hacía estacionado frente a aquella decrepita construcción de piedra, pensando en las ratas?

Cinco días atrás, el 14 de junio, se hallaba en la soleada California meridional, patria de los *hippies* y juerguistas, con los únicos *cabarets* del mundo que funcionaban las veinticuatro horas del día con su plantel de bailarinas a gogó... y Disneylandia. Esa mañana, a las cuatro menos cuarto, había llegado a la costa del otro océano, después de pagar el peaje en el puente Triborough. Caía una llovizna estival. Sólo en Nueva York una temprana llovizna estival podía parecer tan lúgubre. Ahora Larry veía las gotas que resbalaban sobre el parabrisas, mientras las primeras luces del amanecer empezaban a infiltrarse en el cielo del este.

Querida Nueva York, por fin he regresado a casa, pensó.

Tal vez los Yankees estuviesen en la ciudad. De ser así, el viaje habría valido la pena. Ir en metro hasta el estadio, beber cerveza, comer *hot dogs* y ver a los Yankees arrollar a los Cleveland o Boston...

Dejó vagar sus pensamientos. Cuando volvió a la realidad, comprobó que estaba mucho más claro. El reloj del salpicadero marcaba las 6.05. Se había adormecido. Observó que la rata había abierto un agujero en las vísceras del gato muerto. El estómago vacío de Larry empezó a revolverse. Contempló la posibilidad de hacer sonar el claxon para ahuyentarla definitivamente. Pero los caserones dormidos, con sus cubos de la basura que montaban guardia, lo intimidaron.

Se deslizó en el asiento para no ver cómo desayunaba la rata. Un solo bocado... y después de vuelta a las alcantarillas. ¿Iría aquella noche al Yankee Stadium? Tal vez os vea, viejos camaradas. Pero dudo que vosotros me veáis a mí.

La fachada del edificio había quedado desfigurada por pintadas con frases de estímulo y otras descripciones crípticas y ominosas: CHICO 116, ZORRO 93, PEQUEÑA ABIE NÚM. 1... De pequeño, antes de que su padre muriera, aquella había sido una buena vecindad. Dos perros de piedra guardaban los escalones que conducían a las puertas dobles. Un año antes de que se marchase a la costa, los vándalos demolieron el de la derecha, el que tenía alzadas las zarpas anteriores. Ahora ya habían desaparecido los dos, excepto una de las patas traseras del de la izquierda, cuyo cuerpo había desaparecido y tal vez decorase la casa de algún drogata puertorriqueño. Quizá se lo había llevado ZORRO 93 o PEQUEÑA ABIE NÚM. 1... Tal vez las ratas lo habían arrastrado a algún túnel desierto del metro en una noche oscura. Se preguntó si las ratas se habrían llevado también a su madre. Pensó que por lo menos debería subir los escalones y comprobar si su nombre seguía figurando en el buzón del apartamento 15. Pero estaba demasiado cansado.

No; se quedaría allí sentado, echando un sueñecito, confiando en que el último residuo de las píldoras rojas acumuladas en su organismo lo despertara a las siete. Después iría a averiguar si su madre aún vivía allí. Quizá debería haberse ido. Tal vez no debería ni siquiera preocuparse por los Yankees. Posiblemente lo más acertado sería que se registrase en el Biltmore, durmiese tres días seguidos y luego regresase al dorado Oeste. Con esa luz, con esa llovizna, con sus entrañas latiendo implacablemente, Nueva York tenía todo el encanto de una puta agonizante.

Su mente empezó a divagar de nuevo, cavilando sobre lo sucedido durante las Últimas nueve semanas, esforzándose por hallar la clave que lo aclarara todo y que explicase cómo

pudo chocar contra la pared durante seis largos años, actuando en clubes, grabando cintas de prueba, participando en sesiones musicales y todo lo demás, para después triunfar súbitamente en el lapso de nueve semanas. Era incomprensible, pero tenía que haber una explicación que permitiera desechar la chocante idea de que todo había sido un capricho, una simple voltereta del destino, para decirlo con palabras de Dylan.

Se adormiló con los brazos cruzados, dándole vueltas y vueltas a las cosas. Mezclado con todo, se encontraba esta nueva cosa, como un contrapunto bajo y siniestro, una nota en el umbral de lo audible y tocada con un sintetizador, escucha entre una especie de jaqueca que actúa sobre ti como una premonición: la rata, hurgando en el cadáver del gato, mordisqueando... buscando allí su alimento. Es la ley de la selva, tío, si has subido a los árboles tienes que columpiarte...

En realidad todo había empezado hacía dieciocho meses. Él estaba tocando con los Tattered Remnants en un club de Berkeley, y lo había llamado un tipo de la Columbia. No un alto ejecutivo sino un pobre siervo de las viñas vinícolas. Neil Diamond tenía el propósito de grabar una de sus canciones, *Baby, Can You Dig Your Man?*

Diamond estaba preparando un álbum que se compondría exclusivamente de temas propios, con excepción de *Peggy Sue Got Married*, de Buddy Holly, y quizá esta canción de Larry Underwood. Lo que quería saber era si Larry se hallaba dispuesto a grabar una prueba y participar después en la sesión. Diamond quería una segunda guitarra acústica. La canción le gustaba mucho.

Larry contestó que sí.

La sesión duró tres días. Fue buena. Larry conoció a Neil Diamond, y también a Robbie Robertson y a Richard Perry. Consiguió que lo mencionaran en la funda del álbum. Le pagaron lo que estipulaba el sindicato. Pero *Baby, Can You Dig Your Man?* no apareció en el disco. En la segunda tarde de la sesión, a Diamond se le ocurrió un *rock* y eso fue lo que grabaron.

«Bueno, qué pena —comentó el hombre de la Columbia—. Son cosas que suceden. Le diré una cosa. ¿Por qué no graba la prueba de todos modos? Procuraré hacer algo por usted». Así que Larry grabó la prueba y después se encontró en la calle. Eran malos tiempos en Los Ángeles. Había algunas sesiones, pero no demasiadas.

Finalmente consiguió que lo contrataran para tocar la guitarra en un club que era también restaurante. Entonaba piezas como *Softly as I Leave You* y *Moon River* mientras unos personajes maduros hablaban de negocios y consumían comida italiana. Escribía la letra de las canciones en trozos de papel. Porque, de otro modo, o bien las mezclaba o se olvidaba de ellas, tarareando la canción, tratando de parecer suave como Tony Bennett, improvisando y sintiéndose como un idiota. En los ascensores y en los supermercados, se había dado cuenta del hilo musical que tocaba siempre por lo bajo.

Hasta que el hombre de la Columbia lo llamó inesperadamente, hacía nueve semanas. Quería lanzar la grabación de prueba como un *single*. ¿Podía ir a grabar la otra cara? Por supuesto, contestó Larry. Claro que podía. Así fue como volvió a los estudios de la Columbia en Los Ángeles, un domingo por la tarde, y completó *Baby, Can You Dig Your Man* f con una canción que había escrito para los Tattered Remnants, *Pocket Savior*. El hombre de la Columbia le entregó un cheque de quinientos dólares y un contrato leonino que comprometía a Larry mucho más que a la empresa discográfica. Le estrechó la mano, le dijo que era bueno tenerlo en casa, y sonrió compasivo cuando Larry le preguntó cómo promocionaría el disco. Después se fue. Era demasiado tarde para depositar el cheque, de modo que lo conservó en el bolsillo mientras desgranaba su repertorio en Gino's. Casi al concluir la primera parte del espectáculo, interpretó una versión edulcorada de *Baby, Can You Dig Your Man?* El único que se dio cuenta fue el propietario de Gino's, quien le dijo que reservara el *soul* negro para el personal de limpieza.

Poco después, el hombre de la Columbia volvió a telefonear y le dijo que comprase el *Billboard*. Larry lo hizo. *Baby, Can You Dig Your Man?* era uno de los discos más prometedores de la semana. Larry telefoneó a su vez al hombre de la Columbia y éste le preguntó si le gustaría comer con algunos peces gordos, para hablar del álbum. Todos estaban satisfechos con el *single*, que ya se oía mucho en varias ciudades importantes. Parecía que iba a imponerse. En una emisora de música negra, en Detroit, había ganado una competencia nocturna durante cuatro noches seguidas. Al parecer, nadie sabía que Larry Underwood era blanco.

En la comilona, se emborrachó y ni siquiera saboreó el salmón. A nadie pareció importarle que se embriagara. Uno de los capitostes comentó que no le sorprendería que *Baby, Can You Dig Your Man?* ganara el Grammy del año próximo. Todo aquello sonaba a gloria. Larry se

sentía como el protagonista de un sueño. Al volver a su apartamento, tuvo la extraña certeza de que lo embestiría un camión y ése sería el fin de todo. Los mandamases de la Columbia le habían entregado otro cheque, esta vez de dos mil quinientos. Cuando llegó a su casa, Larry cogió el teléfono y empezó a hacer llamadas. La primera fue a Gino. Le dijo que tendría que buscarse a otro músico para que tocara *Yellow Bird* mientras los comensales tragaban su asquerosa pasta medio cruda. Después llamó a todos cuantos tenía en la memoria, incluido Barry Greg de los Remnants. A continuación salió y cogió una cogorza tremenda.

Hacía cinco semanas, el *single* irrumpió entre los 100 hits del *Billboard*, en el número 89. Fue la semana en que la primavera llegó realmente a Los Ángeles. En una tarde luminosa y refulgente de mayo, oyó por primera vez su disco en la radio. Estaba en compañía de tres o cuatro amigos, incluida su chica del momento, y se hallaban moderadamente dopados con cocaína. Larry salía de la cocina y entraba en la sala con un paquete de galletas cuando llegó al conocido lema de KLMT. Enseguida lo hipnotizó el sonido de su propia voz que brotaba de los altavoces Technics:

*Sé que no te dije que vendría
sé que no sabías que estaba aquí;
pero ne-e-e-ena, dímelo tú que sabes,
nena, ¿entiendes a tu hombre?
Es un hombre virtuoso.
Dime, nena, ¿entiendes a tu hombre?*

—¡Jesús, ése soy yo! —exclamó.

Dejó caer las galletas al suelo y se quedó boquiabierto y atónito mientras sus amigos aplaudían.

Hacía cuatro semanas su canción había trepado al puesto 63 del *Billboard*. Empezó a sentirse como si lo hubieran introducido en una vieja película muda donde todo se movía a demasiada velocidad. El auricular del teléfono brincaba en la horquilla. La Columbia clamaba por el álbum, para capitalizar el éxito del *single*. Alguna rata asquerosa de A & R le llamó tres veces en un solo día, diciéndole que tenía que fichar por Record One. No hoy, sino *ayer*, y grabar enseguida una nueva versión del *Hang On, Sloopy*, de MacCoys. Aquel retrasado mental no hacía más que gritar: «¡Monstruo! Sólo hay una continuación posible, Lar...». Jamás había visto a aquel tipo, y para él ya no era Larry sino Lar. ¡Él sí que era un monstruo! ¡Un auténtico y jodido *monstruo*!

Larry acabó perdiendo la paciencia y le dijo al monstruo chillón que, si le daban a elegir entre volver a grabar *Hang On, Sloopy* y una lavativa de coca-cola, elegiría ésta. Y luego colgó.

Las cosas siguieron por ese camino. Seguridades de que éste sería el mayor éxito musical de los últimos cinco años. Lo llamaron docenas de agentes artísticos. Todos parecían famélicos. Empezó a tomar estimulantes e imaginaba oír su canción en todas partes. Un sábado por la mañana la escuchó en *Soul Train*, y pasó el resto del día tratando de convencerse de que sí, de que la había oído de verdad.

Le fue difícil separarse de Julie, la chica con la que salía desde su debut en Gino's. Le presentaba a toda clase de gente, pero a casi nadie que él deseara conocer. Su voz empezó a recordarle la de los agentes que le telefoneaban. Rompió con ella después de un largo, estentóreo y feroz altercado. Julie le gritó que pronto tendría la cabeza tan hinchada que no podría meterla por la puerta de un estudio de grabación, y que él le debía quinientos dólares que se había gastado en drogas. Amenazó con suicidarse. Después, Larry se sintió como si hubiera participado en una larga batalla de almohadas, pero en la que éstas hubieran sido contaminadas con gas venenoso.

Tres semanas atrás habían empezado a grabar el álbum, y Larry rechazó la mayoría de las sugerencias que le hacían «por tu propio bien». Aprovechó toda la capacidad de maniobra que le permitía el contrato. Reclutó a tres de los Tattered Remnants: Barry Greig, Al Spellman y Johnny McCall. Y a otros dos músicos con los que había trabajado antes: Neil Goodman y Wayne Stukey. Grabaron el álbum en nueve días, utilizando todo el tiempo del que disponía el estudio. La Columbia parecía querer un álbum para lo que suponían sería una meteórica y efímera carrera de veinte semanas, comenzando con *Baby, Can You Dig Your Man?* y terminando con *Hang On, Sloopy*. Las ambiciones de Larry eran mayores.

La cubierta del álbum consistía en una foto suya dentro de una bañera antigua, llena de espuma. En los azulejos de arriba estaban escritas, con lápiz de labios de una secretaria de la Columbia, las palabras POCKET SAVIOR y LARRY UNDERWOOD. La Columbia quiso titularlo *Baby, Can*

You Dig Your Man?, pero Larry se negó categóricamente, y al fin se conformaron con un rótulo sobre la funda de plástico que rezaba: CONTIENE EL HIT.

Hacía dos semanas, el disco había trepado al puesto 47. Y empezó la fiesta. Alquiló por un mes una casa en la playa de Malibú y, a partir de entonces, la memoria se enturbiaba un poco. La gente entraba y salía, cada vez en mayor número. Conocía a algunos, pero la mayoría eran extraños. Recordaba el asedio de más agentes que deseaban «promocionar su gran carrera». Recordaba a una chica que había tenido una mala experiencia con la droga y había echado a correr chillando por la playa, totalmente desnuda. Recordaba que había esnifado cocaína y bebido tequila. Recordaba que un sábado por la mañana, hacía más o menos una semana, lo habían despertado con unas sacudidas violentas para que oyera cómo Kasey Kasem presentaba su disco con el número 36 de la lista de éxitos. Recordaba haber tomado muchos comprimidos rojos y también recordaba, aunque con cierta vaguedad, haber regateado la compra del Datsun Z con un cheque de cuatro mil dólares de derechos de autor, que había recibido por correo.

Y entonces llegó el 13 de junio, hacía seis días, cuando Wayne Stukey le pidió que lo acompañara a caminar por la playa. Eran apenas las nueve de la mañana, pero el tocadiscos y los dos televisores estaban encendidos. Desde la sala de juegos del sótano llegaba el rumor de lo que parecía una orgía. Larry se hallaba sentado en un mullido sillón de la sala, vestido sólo con unos calzoncillos, y trataba de descifrar un cómic de *Superboy*. Se sentía muy espabilado; sin embargo, las palabras no parecían tener significado alguno. Una ópera de Wagner atronaba desde los altavoces, y Wayne hubo de gritar tres o cuatro veces para hacerse entender. Larry respondió con un gesto de asentimiento. Se sentía en condiciones de caminar kilómetros.

Pero cuando el sol se hincó en sus globos oculares, cambió de idea. Nada de caminar. No. Sus ojos se habían convertido en cristales de aumento, y pronto el sol se filtraría por ellos para inflamarle los sesos, resecos como yesca.

Wayne insistió y lo agarró del brazo con fuerza. Avanzaron por la playa, pisando la arena cada vez más caliente hasta la orilla. Y Larry decidió que, al fin y al cabo, había sido una buena idea. El rugido del oleaje era sedante. Una gaviota, que se esforzaba por ganar altura, se alzaba en el cielo azul como el bosquejo de una letra M blanca.

—Ven —dijo Wayne, tirando de él.

Larry anduvo todos los kilómetros que se sentía en condiciones de recorrer. Pero ya había llegado al límite de sus fuerzas. Tenía una jaqueca atroz y le parecía que su columna vertebral se había convertido en chicle. Le palpitaban los globos oculares y sentía un dolor sordo en los riñones. Una resaca de anfetamina no es tan demoledora como la que sigue a la ingestión de una botella de Four Roses; pero tampoco es tan agradable, digamos, como podría serlo hacer el amor con Raquel Welch. Si conseguía otro par de pastillas, sería capaz de eludir aquella bola negra que deseaba derribarlo. Se llevó la mano al bolsillo para cogerlas y, por primera vez, fue consciente de que sólo llevaba unos calzoncillos que se había puesto tres días atrás.

—Quiero volver, Wayne.

—Caminemos un poco más.

Le pareció que Wayne lo miraba con una expresión extraña en la que se mezclaban la exasperación y cierto aire compasivo.

—No, tío. Estoy en calzoncillos. La policía me detendrá por exhibicionismo.

—En este tramo de la costa podrías atarte un pañuelo alrededor de la polla y pasearte con las pelotas al aire sin que nadie te moleste. Sigamos.

—Estoy cansado —rezongó Larry.

Empezó a sentirse enfadado con Wayne. Era así como se vengaba de su éxito (Wayne sólo figuraba en el nuevo álbum como pianista). Se parecía a Julie. Ahora todos lo odiaban. Todos querían desollarlo. Las lágrimas fáciles le enturbiaban la visión.

—Adelante, tío —insistió Wayne. Y siguieron andando por la playa.

Habían recorrido quizá otro kilómetro y medio cuando Larry sintió de pronto unos fuertes calambres en los muslos. Gritó y se tumbó sobre la arena. Era como si le hubieran clavado dos estiletes gemelos al mismo tiempo.

—¡Calambres! —aulló—. ¡Ay de mí, calambres!

Wayne se acuclilló junto a él y le enderezó las piernas. El dolor le acometió de nuevo y entonces Wayne empezó a darle golpecitos en los músculos agarrotados, masajeándolos. Por fin, los tejidos empezaron a distenderse.

Larry, que había estado conteniendo el aliento, resolló.

—Gracias... Ha sido... muy duro.

—Sí, no lo dudo, Larry —asintió Wayne—. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Bien. Pero deja que me siente, ¿eh? Después volveremos.

—Debo hablar contigo. He tenido que traerte aquí y despejarte para que me escuches.

—¿De qué se trata, Wayne?

Ya está, pensó. Ahora viene el sablazo. Pero lo que dijo Wayne pareció tan alejado de la realidad que, por un momento, se retrotrajo al cómic de *Superboy*, tratando de descifrar una oración de cinco palabras.

—La fiesta debe terminar, Larry.

—¿Eh?

—La fiesta. Cuando vuelvas, desconéctalo todo, dales las llaves de sus coches y acompáñalos a la puerta. Líbrate de ellos.

—¡No puedo hacer eso! —exclamó Larry horrorizado.

—Será mejor que lo hagas.

—Pero ¿por qué? Tío, la fiesta acaba de empezar.

—Larry, ¿cuánto dinero te adelantó la Columbia?

—¿Te importa?

—¿De veras crees que quiero chuparte la sangre, Larry? Piénsalo.

Larry lo pensó, y comprendió con creciente sorpresa que no había ninguna razón para que Wayne quisiera darle un sablazo. Aún no había triunfado, era un principiante como la mayoría de los que habían ayudado a Larry a grabar el álbum. Pero, a diferencia fie ellos, provenía de una familia rica y se llevaba bien con los suyos. El padre de Wayne era propietario de la mitad de las acciones de la tercera industria de juegos electrónicos del país. Los Stukey poseían en Bel Air una casa palaciega. Larry se dio cuenta, alelado, de que su súbita fortuna no debía de ser más que calderilla para Wayne.

—No, supongo que no —farfulló—. Lo siento. Pero es que todos los sableadores al oeste de Las Vegas...

—¿Entonces cuánto?

Larry reflexionó.

—Siete mil de adelanto. En total.

—¿Te pagan derechos de autor trimestralmente por el *single* y cada seis meses por el álbum?

—Sí.

Wayne asintió.

—Aprieten los dólares hasta que chilla el águila, los muy hijos de puta —comentó Wayne—. ¿Un cigarrillo?

Larry lo cogió y, para encenderlo, cubrió el extremo con las manos ahuecadas.

—¿Sabes cuánto te cuesta esta juerga?

—Claro —respondió Larry.

—No alquilaste la casa por menos de mil dólares.

—Es cierto —replicó Larry.

En realidad habían sido mil doscientos, más un depósito de quinientos para cubrir posibles daños. Había pagado el depósito y la mitad del alquiler. Un total de mil cien, y debía seiscientos.

—¿Cuánto costó la droga? —inquirió Wayne.

—Joder, hay que invitar con algo. Es como el queso para las galletas...

—Había hierba y coca. ¿Cuánto?

—Jodido inquisidor —masculló Larry—. Quinientos y quinientos.

—Y se agotó al segundo día.

—¡Qué dices! —exclamó Larry, estupefacto—. Cuando salí esta mañana vi dos cuencos... Es cierto que quedaba poco, pero...

—¿No recuerdas a Deck? —Wayne bajó el tono y realizó una parodia de la voz de Larry, con sus palabras arrastradas—: Cárgalo a mi cuenta, Dewey. Los quiero siempre llenos.

Larry miró a Wayne con creciente espanto. Sí, recordaba a un tipo delgado y enjuto, con un peculiar corte de pelo, de los que se llevaban hacia diez o quince años, un tipo pequeño con ese peinado y una camiseta en la que se leía «Jesús llega y es despreciado». Aquel tipo parecía tener buena droga que, prácticamente, daba la impresión de salirle del culo. Incluso pudo recordar lo que había dicho a ese Dewey Deck: que mantuviese llenos los cuencos de la hospitalidad... Pero eso había ocurrido... bueno, había ocurrido hacía muchos días.

—Eres el mejor cliente que le ha tocado en suerte a Dewey Deck en mucho tiempo —afirmó Wayne. /

—¿Cuánto le debo?

—No mucho por la hierba. La hierba es barata. Mil doscientos. Ocho mil por la cocaína.

Larry dio un respingo. Miró a Wayne, con los ojos desenchajados. Apenas logró balbucear con estupefacción: *¿Nueve mil doscientos?*

—La inflación, tío. ¿Quieres que te cuente el resto?

No, no quería, pero asintió.

—Arriba había un televisor en color. Alguien descargó sobre él una silla. Calculo trescientos para reparaciones. Arrancaron el artesonado de la planta baja. Cuatrocientos. Anteayer rompieron el ventanal que da al mar. Trescientos. La alfombra de la sala está destrozada: quemaduras de cigarrillo, cerveza, *whisky*. Cuatrocientos. Telefoneé a la tienda de licores. Seiscientos.

—¿Seiscientos dólares de bebida? —musitó Larry espantado.

—Alégrate de que casi todos beben cerveza y vino. Hay una factura del mercado por cuatrocientos dólares. *Pizza*, patatas fritas, ya sabes. Pero lo peor es el ruido. Pronto caerá la poli. Y cuatro tíos están inyectándose heroína. En la casa hay ochenta o cien gramos de la mejicana morena.

—¿Eso también lo han cargado en mi cuenta? —graznó Larry.

—No. Deck no toca la heroína. Es mercancía de la mafia, y a Deck le asusta la perspectiva de usar botas de hormigón. Pero si cae la poli no dudes que el registro sí lo cargarán en tu cuenta.

—Pero yo no sabía...

—Eres un pardillo.

—Es que...

—La factura total de esta juerga asciende a más de doce mil dólares —anunció Wayne—. Ese Datsun Z lo sacaste de la agencia... ¿Cuánto pagaste como adelanto?

—Dos mil quinientos —contestó Larry, aturdido. Tenía ganas de llorar.

—¿Cuánto te queda hasta que recibas el próximo cheque? ¿Un par de miles?

—Más o menos —respondió Larry, sin atreverse a confesarle que ni siquiera tenía esa cantidad, sólo ochocientos, entre efectivo y cheques.

—Escúchame, Larry, porque no mereces que te lo repita. Aquí siempre hay juerga gratis y los parásitos están dispuestos a disfrutar de ella. Ahora están aquí. Sacúdetelos de encima y díles que se larguen.

Larry pensó en las docenas de personas que había en la casa. Quizá conocía una de cada tres. La perspectiva de echar a todos esos desconocidos le produjo un nudo en la garganta. Quedaría mal con ellos. Y esa imagen chocó con la de Dewey Deck, que reaprovisionaba sus cuencos, sacaba una libreta del bolsillo trasero y agregaba otra cifra a la factura. Él, con su peinado y su camiseta.

Wayne lo miró serenamente.

—Tío, me tomarán por el rey de los imbéciles —murmuró Larry por fin, detestando esas palabras débiles a medida que brotaban de su boca.

—Sí, echarán pestes de ti. Dirán que se te han contagiado los vicios de Hollywood, que se te han subido los humos a la cabeza, que te olvidas de los viejos amigos. Pero ninguno de ellos es amigo tuyo, Larry. Hace tres días que tus amigos se dieron cuenta de lo que pasaba y se largaron. No es agradable ver, por ejemplo, cómo un amigo se mea en los pantalones y ni siquiera se da cuenta.

—¿Por qué lo dices? —espetó Larry, súbitamente colérico.

Lo que lo enfurecía era descubrir que sus verdaderos amigos se habían ido. Ahora, al considerarlas retrospectivamente, sus excusas se veían endebles. Barry Greig lo había llamado aparte y había tratado de hablarle; pero él estaba *colocado* y se limitó a asentir con la cabeza y a sonreírle con expresión tonta. Ahora se preguntó si Barry también había querido abrirle los ojos. Al pensarlo se avergonzaba y se irritaba.

—¿Por qué lo dices? —repitió—. Tengo la impresión de que no te caigo demasiado bien.

—No; pero tampoco me desagradas. No sé qué más decir, tío. Podría haber dejado que te dieras de narices. Con una vez te habría bastado, pero igual lo conseguirás.

—¿A qué te refieres?

—Los echarás. Porque tienes veta dura. Posees el ingrediente básico del éxito, cualquiera que sea. Una bonita carrera por delante. Un pop blandengue que nadie recordará dentro de cinco años. Las chiquillas de la secundaria coleccionarán tus discos. Ganarás dinero.

Larry crispó los puños sobre las piernas. Le apetecía pegar un buen puñetazo a aquella cara plácida. Wayne le decía cosas que le hacían sentirse como una cagarruta de perro junto a

un poste.

—Vuelve y desconéctalo todo —dijo Wayne en voz baja—. Después sube a tu coche y vete. Vete, tío. No vuelvas si no es para recoger el próximo cheque por derechos de autor.

—Pero Dewey...

—Encontraré a alguien que se encargará de hablar con Dewey. El tipo le aconsejará que espere su dinero como un buen chico. Y Dewey no pondrá objeciones.

Hizo una pausa mientras observaba a dos chiquillos que corrían por la playa. Un perro iba alegremente detrás de ellos.

Larry se puso en pie y le dio las gracias a regañadientes. La brisa marina hacía ondear sus ajados calzoncillos.

—Vete a otra parte y pon en orden la mierda que tienes dentro —dijo Wayne, levantándose junto a él—. Tienes mucha mierda que ordenar. ¿Qué clase de manager quieres? ¿Qué clase de contrato prefieres después del éxito de *Pocket Savior*? Con paciencia, te las arreglarás. Los tipos como tú siempre se las arreglan.

Los tipos como tú siempre se las arreglan.

Los tipos como tú siempre se las arreglan.

Los tipos como...

Alguien golpeaba con un dedo el cristal de la ventanilla.

Larry dio un respingo y se irguió en el asiento. Sintió una punzada de dolor en el cuello y la sensación de entumecimiento le obligó a hacer una mueca. No había estado amodorrado, sino sumido en un profundo sueño durante el cual había revivido los tiempos de California. Pero lo que contempló fue la claridad gris de Nueva York. El dedo volvió a golpear.

Giró la cabeza despacio y con dolor y vio a su madre, que llevaba un pañuelo de malla negra sobre la cabeza.

Por un momento se limitaron a mirarse a través del cristal del coche. Larry tuvo una sensación extraña: se sintió desnudo, como un animal al que estuvieran observando en el zoológico. Entonces intervino su boca, que sonrió. Luego Larry bajó el cristal.

—Mamá...

—Sabía que eras tú —dijo ella con voz monocorde—. Sal y deja que te vea en pie.

Se le habían dormido ambas piernas y, cuando abrió la portezuela y se apeó, sintió un terrible hormigueo que le subía desde los pies. Nunca había imaginado que se encontraría así, desprevenido y a cara descubierta. Tuvo la impresión de ser un centinela dormido en su puesto, al que le ordenan de repente que se cuadre. Quién sabe por qué había previsto que su madre le parecería más menuda y menos segura de sí, por una triquiñuela de los años, que a él le habían hecho madurar y a ella la habían dejado como antes.

Pero la forma en que lo había sorprendido era casi sobrecogedora. Cuando él tenía diez años, ella acostumbraba despertarlo los sábados por la mañana golpeando con un dedo la puerta de su cuarto, reprochándole que ya había dormido demasiado. Y ahora, catorce años después, había vuelto a despertarlo de la misma manera mientras dormía en su coche nuevo como un niño exhausto que ha tratado de pasar la noche en pie y al que el coco lo atrapa con la guardia baja.

De repente, se hallaba frente a ella con el pelo alborotado y una sonrisa bastante tonta. El hormigueo seguía corriéndole por las piernas, forzándole a moverlas. Recordó que, cuando hacía eso, ella siempre le preguntaba si tenía que ir al baño. Entonces se obligó a no moverse.

—Hola, mamá —dijo.

Ella lo miró en silencio. De pronto, el miedo se asentó en su corazón como un ave de mal agüero de regreso en el viejo nido. Lo que temió fue que diera media vuelta, que renegara de él, que le mostrara la espalda de su chaqueta raída, que se encaminara hacia la boca del metro más próxima y lo dejara solo.

Entonces la oyó suspirar, del mismo modo que un hombre suspiraría antes de levantar un pesado fardo. Y cuando habló, su tono sonó tan natural, tan plácido y tan complacido que Larry olvidó su primera impresión.

—Venga, Larry —exclamó—. Sube. Cuando me asomé a la ventana supe que eras tú. Me quedan unos días de baja por enfermedad.

Se volvió hacia la escalinata de la entrada. Él la siguió tres pasos más atrás, tratando de alcanzarla, y sin dejar de hacer muecas a causa del hormigueo que lo martirizaba.

—Mamá...

Ella se volvió hacia él, y Larry la abrazó. Una fugaz expresión de miedo cruzó por las facciones de su madre, como si temiera que la agrediera en lugar de estrecharla con afecto. Pero aceptó su abrazo y le correspondió. El aroma de la bolsita de polvo perfumado que siempre usaba su madre ascendió hasta su nariz, evocando una nostalgia inesperada, vehemente, dulce y amarga. Al principio pensó que iba a llorar, y sintió la jactanciosa seguridad de que ella también lloraría. Fue un momento conmovedor. Por encima del hombro encorvado de su madre vio el gato muerto, que yacía medio fuera del cubo de la basura. Cuando ella se apartó, tenía los ojos secos.

—Ven, te prepararé el desayuno. ¿Has conducido toda la noche?

—Sí —respondió con voz enronquecida por la emoción.

—Bueno, vamos. El ascensor no funciona; pero son sólo dos pisos. Peor es para la señora Halsey, con su artritis. Vive en el quinto. No olvides limpiarte los zapatos. Si ensucias el suelo, el señor Freeman se me echará encima. Juro que hueles a mugre. Y la mugre es su peor enemiga.

Ya habían llegado a la escalinata.

—¿Puedes comerte tres huevos? Te prepararé también tostadas. Anda, ven.

La siguió. Cruzó por delante de los desvanecidos perros y miró desconcertado hacia donde habían estado, sólo para asegurarse de que se habían volatilizado, que él no se había encogido medio metro, que todos los años ochenta no se habían desvanecido en el tiempo. Su madre abrió las puertas y entraron. Las sombras pardas y hasta los olores de comida eran los mismos.

Alice Underwood le preparó tres huevos, tocino, tostadas, zumo y café. Cuando iba por el café, Larry encendió un cigarrillo, que ella miró con desaprobación. Pero no dijo nada. Eso le devolvió a Larry parte de su confianza... aunque no mucha. Su madre siempre había sabido esperar el momento oportuno.

Metió en el fregadero la sartén de hierro, que siseó un poco al contacto con el agua. Él pensó que su madre no había cambiado mucho. Un poco mayor (ya debía tener cincuenta y uno), más canosa, pero aún conservaba una abundante cabellera negra. Llevaba un sencillo vestido gris, probablemente el mismo que usaba para trabajar. Su busto seguía siendo la misma ola encrespada que combaba la pechera del vestido... quizá un poco más voluminoso. Dime la verdad, mamá, ¿tu busto se ha dilatado? ¿Es ése el cambio fundamental?

Hizo caer las cenizas del cigarrillo en el platillo del café, y ella se apresuró a reemplazarlo por el cenicero que siempre guardaba en el aparador. Como el platito estaba sucio de café le pareció normal echar en él la ceniza. En cambio el cenicero estaba limpio, impecable, y lo utilizó con cierto remordimiento. Ella sabía esperar el momento oportuno y seguiría tendiéndole pequeñas trampas hasta que le sangraran los tobillos y estuviese a punto de desvariar.

—De modo que has vuelto —dijo Alice, al tiempo que cogía un estropajo usado y empezaba a fregar la sartén—. ¿Qué te ha traído aquí?

Bueno, mamá, este amigo mío me abrió los ojos: los hijos de puta actúan en grupo, y esta vez se habían cebado en mí. No sé si «amigo» es la palabra exacta para definirlo. Desde el punto de vista musical, me respeta más o menos tanto como yo respeto a la banda del circo. Pero me obligó a ponerme en marcha. ¿Y no fue Robert Frost quien dijo que el hogar es un lugar al que siempre se vuelve?

—Supongo que te echaba de menos, mamá —respondió en voz alta.

—¿Por eso me escribías tan a menudo? —ironizó ella.

—Mi especialidad no es escribir cartas.

Movió despacio el cigarrillo y en la punta se formaron volutas de humo.

—Y que lo digas.

—Mi especialidad no es escribir cartas —repitió él sonriente.

—Sigues siendo arrogante con tu madre. En eso no has cambiado.

—Lo siento. ¿Cómo te encuentras, mamá?

Ella colocó la sartén en el escurrerplatos, quitó el tapón del sumidero y se limpió el fleco de espuma de las manos enrojecidas.

—No muy mal —contestó, acercándose a la mesa y sentándose—. Me duele un poco la espalda, pero tengo mis píldoras. Me las arreglo.

—¿No se te luxó desde que me fui?

—Sólo una vez. Pero el doctor Holmes lo arregló.

—Mamá, esos quiroprácticos son... unos farsantes.

Se mordió la lengua.

—¿Qué has dicho que son?

Se encogió de hombros, incómodo ante su sonrisa torcida.

—Eres libre, blanca y tienes veintiún años. Si él te mejora, me alegro.

Alice suspiró y sacó un paquete de pastillas verdes del bolsillo del vestido. Life Savers.

—Tengo bastantes más años. Y lo siento. ¿Quieres una?

Él meneó la cabeza mirando las Life Savers que le tendía su madre.

—Aún eres casi una niña —exclamó Larry con su antiguo tono lisonjero, que a ella siempre le había gustado pero esta vez sólo hizo surgir en sus labios un atisbo de sonrisa—. ¿Hay nuevos hombres en tu vida?

—Varios. ¿Y en la tuya?

—No —afirmó Larry—. Hombres nuevos, no. Algunas chicas, pero hombres no.

Supuso que ella se reiría; pero sólo volvió a mostrar el atisbo de sonrisa. La estoy preocupando, pensó. No sabe qué busco aquí. Al fin y al cabo, no ha estado esperándome tres años. Sólo quería que siguiera lejos de aquí.

—El mismo Larry de siempre. Jamás hablas en serio. ¿No estás comprometido? ¿Tienes alguna amiga estable?

—Mariposeo, mamá.

—Ya. Por lo menos nunca viniste a decirme que habías dejado embarazada a una honesta chica católica. Te reconozco ese mérito. Fuiste muy cuidadoso, muy afortunado o muy gentil.

Larry hizo un esfuerzo por conservar su expresión neutra. Era la primera vez en la vida que ella mencionaba el sexo de forma directa o indirecta.

—De todos modos, ya aprenderás —continuó Alice—. Según dicen, los solteros son los que más se divierten. Pero no es cierto. Envejecerás y te harás tan antipático como el señor Freeman. Él ocupa el apartamento de la planta baja y siempre está de pie delante de la ventana, esperando alguna desgracia...

Larry gruñó.

—He oído tu canción por la radio. Ése es mi hijo, le digo a la gente, Ése es Larry. Pero casi nadie me cree.

—¿La has oído?

Se preguntó por qué no había abordado aún el tema.

—Claro. No para de sonar por esa emisora de *rock* que escuchan las chicas. WROK.

—¿Te gusta?

—Tanto como el resto de esa música. —Le lanzó una mirada severa—. Opino que algunas de esas piezas son lascivas.

Larry se dio cuenta de que estaba moviendo los pies y se contuvo con un esfuerzo.

—Tiene que sonar... apasionada. Eso es todo, mamá.

Tenía el rostro congestionado. Nunca habría imaginado que iba a hablar de la pasión en la cocina de su madre.

—La pasión debe quedar relegada a la alcoba —dictaminó ella tajante, poniendo fin al análisis estético de su disco—. Además, has modificado tu voz. Pareces un negro.

—¿Ahora? —inquirió divertido.

—No, en la radio.

—Ese tono pardo se contagia —parodió Larry, sonriendo.

—Así es —asintió Alice—. Cuando yo era joven, Frank Sinatra nos parecía audaz. Ahora tenemos este estilo que llaman *rock*. Alaridos, les llamo yo. —Le dirigió una airada mirada—. Por lo menos en tu disco no hay alaridos.

—Cobro derechos de autor —explicó él—. Un tanto por ciento de cada disco que se vende. Suma...

—Oh, por favor —lo interrumpió ella con un ademán, pues nunca sacaba buenas calificaciones en matemáticas—. ¿Ya te han pagado, o compraste ese automóvil a crédito?

—No me han pagado mucho —respondió rozando la mentira—. Pagué una entrada. El resto está financiado.

—Cómodos plazos mensuales —sentenció ella—. Así fue como tu padre terminó en bancarota. El médico dijo que murió de un ataque al corazón; pero no fue eso. Tenía el corazón *destrozado*. Tu padre fue al asilo de indigentes en cómodas cuotas mensuales.

Era una vieja historia, y Larry la dejó pasar asintiendo en los momentos oportunos. Su padre había sido dueño de una camisería. Cerca de allí abrieron una sucursal de la cadena Robert Hall, y al cabo de un año, su tienda se fue al traste. Para consolarse, se refugió en la

comida y, en tres años, engordó cincuenta kilos. Cayó redondo en el *snack* bar de la esquina cuando Larry tenía nueve años. Frente a él, dejó un plato con una hamburguesa a medio comer. Después, cuando su hermana trató de consolar a una mujer que no parecía necesitar ninguna clase de consuelo, Alice Underwood comentó que la cosa podía haber sido peor. «Bastante peor —dijo mirando más allá de su hermana y directamente a su cuñado— habría sido que se hubiera convertido en alcohólico».

Después, Alice crió a Larry, marcándolo con sus proverbios y prejuicios, hasta que éste abandonó el hogar. Cuando él y Rudy Schwartz partieron en el viejo Ford de Rudy, su último comentario fue que en California también había asilos para indigentes. Sí señor, ésa es mi mamá.

—¿Piensas quedarte aquí, Larry? —preguntó ella con dulzura.

—¿Te molestaría? —repuso él, sorprendido.

—Hay espacio. La cama plegable está todavía en el dormitorio de atrás. Lo utilizo como trastero, pero te bastará apartar unas cuantas cajas.

—Muy bien —dijo él con un leve gesto de asentimiento—. Si no te importa, sólo me quedaré un par de semanas. Tenía ganas de ver a algunos de los viejos camaradas. Mark, Galen, David, Chris... esos tipos.

Alice se puso en pie, se acercó a la ventana y la levantó.

—Eres bienvenido y puedes quedarte cuanto quieras, Larry. Quizá no sé expresarme muy bien, pero me alegra verte. Sé que no tuvimos una buena despedida. Hubo palabras duras. —El rostro de Alice se mostró todavía adusto; pero también desbordante de un cariño terrible, renuente—. Lamento haberlas pronunciado. Las dije sólo porque te quiero. Nunca supe manifestarte este sentimiento como es debido, y por eso lo hice a mi manera.

—No te preocupes —murmuró él, mirando la mesa, y notó que había vuelto a sonrojarse—. Escucha, aportaré dinero para los gastos.

—Como quieras, pero nadie te obliga. Estoy trabajando. Hay mucha gente que no puede decir lo mismo. Todavía eres mi hijo.

Larry pensó en el cadáver del gato en el cubo de la basura, y en Dewey Deck, que llenaba sonriente los cuencos. Y de pronto se echó a llorar. Mientras las lágrimas le nublaban la vista, pensó que ésa debería haber sido la reacción de su madre, no la suya. Nada había salido como él tenía previsto. Nada. Ambos habían cambiado, pero no como lo había imaginado. Se había producido una inversión antinatural: ella había crecido y él se había empequeñecido. No había vuelto a casa porque tuviera que ir a alguna parte. Su regreso se debía a que tenía miedo y necesitaba a su madre.

Ella continuó junto a la ventana, observándolo. Las blancas cortinas oscilaron a causa de la brisa húmeda, y le oscurecieron la cara, sin ocultarla por completo pero haciendo su rostro más fantasmal. Los ruidos del tráfico penetraban por la ventana. Alice sacó su pañuelo del escote del vestido, se acercó a la mesa y lo entregó a su hijo. En Larry había una veta dura. Ella hubiera podido ponerle a prueba, pero ¿a qué conduciría eso? Su padre había sido un blando y, en el fondo, ella sabía que precisamente eso lo había enviado a la tumba. Max Underwood había hecho mejor las cosas concediendo crédito que tomándolo. Por lo tanto, ¿de dónde había salido aquella veta dura en su hijo? ¿A quién tenía Larry que agradecersele? ¿O que echarle la culpa?

Esas lágrimas no modificarían la naturaleza de Larry, así como una tormenta de verano no puede cambiar la forma de una roca. Aquella dureza podría servir para muchas cosas. Ella lo sabía, lo había sabido como una mujer que criaba sola a un niño, en una ciudad que se preocupa muy poco por las madres y menos por sus hijos. Pero Larry aún no lo había averiguado. Él era sólo lo que ella había dicho que era: el mismo Larry de siempre. Seguiría adelante, sin pensar, metiendo a la gente en problemas incluido él mismo. Y cuando los problemas fuesen muy grandes, recurriría a aquella dura veta para salvarse. ¿Y en lo que se refería a los demás? Pues dejaría que se hundiesen o que nadasen por su cuenta. Las rocas son fuertes. Existía una gran dureza en su carácter, pero seguía empleándola de una manera destructiva. Podía verlo en sus ojos, leerlo en cada matiz de su forma de actuar... incluso en su manera de mover aquel cilindro cancerígeno para hacer anillos en el aire. Nunca había pulido aquella dureza suya para convertirla en una espada con la que cortar a la gente. Y eso ya era algo. Pero cuando lo necesitase recurriría a ello, igual que lo hizo de niño, y lo emplearía como una maza para librarse de las trampas que él mismo se tendiese. En una ocasión se había dicho que Larry cambiaría. Ella lo había hecho; él lo *haría*.

Pero no tenía delante a ningún niño, sino a un hombre hecho y derecho, y temió que sus días de cambio esencial, aquel que el sacerdote definía como un cambio de alma más que de

corazón, ya los había superado. Existía algo en él que producía el cruel estremecimiento que se experimenta al morder papel de estaño o al oír el chirrido de la tiza sobre la pizarra. En el fondo, Larry era el único que podía entrar libremente en su corazón.

También pensó que Larry tenía una reserva de bondad, de inmensa bondad. No obstante, a esas alturas de la vida se necesitaría una catástrofe para sacarla a relucir. Allí no había ninguna catástrofe; sólo su hijo, llorando.

—Estás cansado —le dijo—. Limpia esto. Yo quitaré las cajas y luego te echas a dormir. No te preocupes por nada.

Cruzó el corto pasillo hasta la habitación trasera, su antiguo dormitorio. Larry la oyó gruñir y mover cajas. Se enjugó los ojos con lentitud. El ruido del tráfico se incrementó. Trató de recordar la última vez que había llorado delante de su madre. Pensó en el cadáver del gato. Ella tenía razón: estaba cansado, jamás había estado tan cansado. Se fue a la cama y durmió casi dieciocho horas de un tirón.

La tarde se hallaba muy avanzada cuando Frannie fue a la parte posterior de la casa, donde su padre escardaba con paciencia los guisantes y las habas. Ella había nacido cuando sus padres ya eran mayores, y ahora él había pasado el límite de los sesenta. El cabello blanco le asomaba por debajo de la gorra de béisbol que usaba siempre. Su madre había ido a comprar guantes blancos en Portland. La mejor amiga de la infancia de Fran, Amy Lauder, se casaría a comienzos del mes próximo.

Contempló la espalda de su padre, limitándose a disfrutar del cariño que sentía por él. En aquel momento del día la luz adquiría un matiz especial que a ella le gustaba mucho, una tonalidad intemporal que pertenecía sólo a las cosas más fugaces del Maine de principios del verano. Cuando, a mediados de enero, pensara en aquel particular tono de luz, sentiría añoranza. La luz de las tardes del inicio del verano, mientras se deslizaba hacia la oscuridad, albergaba en su seno muchas cosas buenas: partidos de béisbol en el parque, donde Fred siempre jugaba de tercera base y bateaba de modo impecable; sandías, las primeras mazorcas de maíz, té helado en vasos muy fríos... la infancia.

Frannie se aclaró un poco la garganta.

—¿Necesitas que te eche una mano?

Él se volvió y sonrió.

—Hola, Fran. Me has pillado in fraganti, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—¿Ya ha regresado tu madre? —Frunció el entrecejo por un momento—. No; es cierto. Acaba de irse, ¿verdad? Bien, échame una mano. Pero no te olvides de lavarte después.

—Las manos de una mujer son el espejo de sus hábitos —bromeó Fran, y resopló.

Peter, su padre, se esforzó para esbozar una expresión de escepticismo pero fracasó.

Fran se agachó en la hilera contigua a él y empezó a escardar. Se oía el piar de los gorriones y, desde la carretera 1, a menos de cien metros, llegaba el rumor constante del tráfico. No era tan intenso como lo sería en julio, cuando casi todos los días se produjera un accidente fatal entre ese punto y Kittery, pero ya estaba aumentando.

Peter le describió su jornada y ella respondió con las preguntas adecuadas. Él era mecánico en una fábrica de piezas de automóvil de Sanford, la mayor al norte de Boston. Tenía sesenta y cuatro años e iba a iniciar su último año de trabajo antes de jubilarse. Sería un año breve, porque había acumulado cuatro semanas de vacaciones atrasadas, y pensaba tomárselas en septiembre, después de que los turistas hubieran vuelto a sus casas. Pensaba mucho en la jubilación, pero trataba de no representársela como el inicio de unas interminables vacaciones. Tenía muchos amigos jubilados que le habían explicado que no se trataba de eso en absoluto. No creía que llegara a aburrirse tanto como Harían Enders, ni a ser tan vergonzosamente pobre como los Carón. Allí estaba, por ejemplo, el pobre Paul, que apenas había faltado un día en su vida al taller y, sin embargo, su esposa y él se habían visto forzados a vender la casa y trasladarse a vivir con su hija y su yerno.

Peter Goldsmith no se había contentado con la Seguridad Social. Nunca confió en ella, incluso antes de los días en que el sistema empezara a hundirse a causa de la recesión, la inflación y la creciente cantidad de personas jubiladas. No hubo demasiados demócratas en el Maine de los años treinta y cuarenta, le explicó a su hija, pero su abuelo había sido uno de ellos, y había hecho de él otro magnífico demócrata. En los prósperos tiempos de Ogunquit, aquello convirtió a los Goldsmith en una especie de parias. Pero su padre tenía un proverbio tan escéptico como la más dura filosofía del Maine republicano: no pongas tu confianza en los príncipes de este mundo, puesto que sólo pensarán en su propio interés, al igual que sus gobiernos, hasta el fin de los tiempos.

Frannie se echó a reír. Le gustaba oír a su padre hablar de aquella manera. No era algo que hiciese a menudo, porque su esposa no hacía otra cosa que replicarle con mordacidad.

Tienes que confiar sólo en ti mismo, le aconsejaba, y dejar que los príncipes de este mundo se ocupen de las personas que los han elegido. La mayoría de las veces esto no sale muy bien, pero resulta lo más apropiado; ambos tienen lo que se merecen.

—Un hombre que ama el dinero es un bastardo —dijo—, alguien que debe ser odiado. Un hombre que no ama la tierra es un bobo. No puedes odiarlo, pero llegas a tenerle lástima.

Fran se preguntó si estaría pensando en el pobre Paul Carón, que había sido amigo suyo desde antes de que ella naciera; pero prefirió no mencionarlo.

De cualquier modo, prosiguió, él había guardado lo suficiente en los buenos tiempos para poder salir adelante. Y ella nunca había sido una carga para ellos, ni en los buenos tiempos ni en los malos, y estaba orgulloso de poder decir a sus amigos que había podido pagarle los estudios. Y que todo lo que no pudo cubrir el dinero de él o la inteligencia de ella, lo había logrado ella inclinando la espalda. Había que trabajar duro si uno deseaba abrirse paso en esta mierda de país. Su esposa jamás lo había entendido. Las mujeres se vieron sometidas a cambios, les gustase o no; y a Carla le resultaba difícil comprender que Fran no se hubiese dedicado a buscar un buen marido.

—Lo único que ve es a Amy Lauder casada —dijo Peter—, y le parece que lo mismo debería ser para ti. Amy es bonita; pero cuando te pones a su lado, Amy Lauder parece un plato viejo desportillado. Tu madre ha estado aplicando durante toda su vida sus antiguos criterios, y ahora ya no le es posible cambiar. No tienes más que rascar un poco y verás saltar chispas, como del acero contra el pedernal. Así son las cosas. Y no se puede echar la culpa a nadie. Pero tienes que recordar, Fran, que es muy vieja para cambiar. Ya eres lo bastante mayor para comprenderlo.

Después de toda esta divagación, volvió a lo de su empleo, y le contó cómo uno de sus compañeros había estado a punto de perder el pulgar en una pequeña prensa debido a que tenía la mente en el billar mientras su maldito pulgar se hallaba debajo de la máquina. Gracias a Dios que Lester Crowley pudo apartarle a tiempo. Pero, añadió, algún día Lester Crowley no estaría allí. Luego su rostro pareció iluminarse y comenzó a hablarle acerca de una idea que se le había ocurrido respecto a una antena para coche que pudiera ocultarse en el adorno del capó.

Su voz saltaba de un tema a otro, dulce y reconfortante. Las sombras de sus cuerpos se alargaron, estirándose sobre las hileras que tenían delante. Como siempre, Fran se sintió arrullada por aquella voz. Se había acercado a él para decirle algo; pero, desde su más tierna infancia, se había acercado a él muchas veces para decirle algo y en cambio se había quedado a escuchar. No la aburría. Por lo que ella sabía, no aburría a nadie, excepto tal vez a su madre. Era un buen narrador. De los mejores.

Se dio cuenta de que Peter se había callado. Estaba sentado sobre una piedra, en el extremo de su hilera. Cargaba la pipa y observaba a Fran.

—¿En qué piensas, Frannie?

Ella se sintió desconcertada, sin saber cómo debía proceder. Se había acercado para decirselo, y ahora no estaba segura de poder hacerlo. El silencio entre ellos se agigantó, y acabó convirtiéndose en un abismo. Respingó.

—Estoy encinta —informó escuetamente.

Él dejó de llenar la pipa y se limitó a mirarla.

—Encinta —repitió, como si nunca hubiera oído la palabra, y luego agregó—; Oh, Frannie... ¿es una broma? ¿O un juego?

—No, papá.

—Ven y siéntate a mi lado.

Ella avanzó por la hilera y se sentó junto a él. Un muro de piedra separaba su parcela de la del vecino. Del otro lado del muro crecía un seto enmarañado, de perfume dulzón, que se había tornado silvestre con la mayor naturalidad del mundo. A Fran le palpitaba la cabeza y sentía algo de náuseas.

—¿Estás segura? —le preguntó tu padre.

—Sí.

Y a continuación, sin ninguna afectación, sencillamente porque no podía evitarlo, prorrumpió en sollozos convulsivos.

Él la arropó con un brazo durante lo que le pareció un rato larguísimo. Cuando las lágrimas empezaron a remitir, hizo un esfuerzo para formularle la pregunta que más la inquietaba.

—¿Papá, me sigues queriendo?

—¿Cómo? —La miró perplejo—. Claro que sigo queriéndote mucho, Frannie.

Aquello la hizo llorar de nuevo; pero esta vez él se apartó para encender la pipa. El aroma de Borkum Riff empezó a esparcirse en la débil brisa.

—¿Estás desilusionado? —preguntó Fran.

—No lo sé. Nunca tuve una hija embarazada y no sé cómo debo tomarlo. ¿Ha sido Jess?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Se lo has dicho?

Volvió a asentir.

—¿Qué dijo él?

—Que se casaría conmigo. O que me pagaría un aborto.

—Boda o aborto —murmuró Peter Goldsmith, y chupó su pipa—. Es un chico con muchos recursos.

Fran se miró las manos. Había tierra en los pequeños surcos de los nudillos y debajo de las uñas. Las manos de la mujer son el espejo de sus hábitos, recordó. Una soltera embarazada. Tendré que borrarle del padrón de la iglesia. Las manos de la mujer...

—No quiero entrometerme en tu intimidad —dijo su padre—, pero ¿ninguno de los dos adoptó precauciones?

—Yo tomaba píldoras anticonceptivas —confesó ella—. Fallaron.

—Entonces no puedo culpar a nadie, como no sea a los dos —sentenció él, mirándola—. Y eso tampoco puedo hacerlo, Frannie. No puedo formular recriminaciones. A los sesenta y cuatro uno suele olvidar lo que pasaba a los veintiuno. Así qué no hablaremos de culpas.

Ella asintió, sintiendo un gran alivio.

—Tu madre tendrá mucho que decir respecto a culpabilidades —prosiguió él—. Y no la haré callar. Pero tampoco la apoyaré. ¿Entiendes?

Fran asintió con la cabeza. Su padre ya no trataba de oponerse a su madre. No lo hacía en voz alta. En una ocasión le había explicado a Frannie que su madre, que tenía la lengua muy afilada, se desbocaba cuando la contradecían. Frannie sospechaba que, muchos años atrás, su padre había tenido que optar entre un enfrentamiento permanente que culminaría en el divorcio, o la capitulación. Había optado por capitular... pero a su manera.

—¿Estás seguro de que podrás abstenerte de intervenir, papá? —inquirió ella.

—¿Me pides que tome partido por ti, Fran?

—No lo sé.

—¿Qué harías tú?

—¿Con mamá?

—No. Contigo, Frannie.

—No lo sé.

—¿Te casarás con él? Dos pueden vivir con el mismo presupuesto que uno. Al menos eso se dice.

—No creo que sea posible. Me parece que he dejado de amarlo, si es que alguna vez lo amé.

—¿Por el bebé?

Ahora la pipa tiraba bien y el humo impregnaba el aire con una fragancia dulzona. Las sombras se acumulan en los recovecos de la huerta y los grillos empezaban a hacerse oír.

—No, el bebé no es la razón, de todos modos ya había empezado a suceder. Jess es... —Su voz se apagó.

Trató de identificar el defecto que le atribuía a Jess. Podía disimularse en medio de la novedad del bebé, podía sepultarlo para que permaneciera latente durante seis meses, dieciséis, o veintiséis, para salir finalmente y destruirlos a ambos. Cásate de prisa, arrepiéntete despacio. Una de las máximas favoritas de su madre.

—Es débil —sentenció—. No puedo explicarlo mejor.

—No confías en que pueda salir adelante a tu lado, ¿verdad, Frannie?

—No —respondió con franqueza; su padre acababa de acercarse más que ella a la médula del problema. No confiaba en Jessie, que provenía de un ambiente intelectual y acomodado—. Jess quiere hacerlo bien. Hacer lo apropiado. Ésa es la verdad. Pero... Hace unos meses acudimos a un recitado de poesía a cargo de Ted Enslin. El lugar se hallaba atestado y todo el mundo escuchaba con muchísima atención para no perderse ni una sola palabra. Y yo... Ya me conoces...

Su padre la rodeó cariñosamente con el brazo y le dijo:

—A ti te entró la risa tonta.

—Sí. Eso es. Me conoces muy bien.

—Te conozco un poco —comentó.

—Pues sí, las risitas... a saber por qué surgieron. Era como un ritmo, como una canción que escuchas por la radio. Y me vinieron las risillas. En realidad no tenían nada que ver con la poesía de Enslin, que era muy buena, ni con su aspecto. Lo que motivaba mi reacción era la forma en que todos lo miraban, tan solemnes y cariacontecidos...

Observó a su padre para ver cómo se lo estaba tomando. Él se limitó a hacer un ademán indicándole que continuara.

—De todos modos, tuve que salir. Quiero decir que no me quedó más remedio que hacerlo. Y Jess se puso furioso conmigo. Estoy segura de que tenía motivo para enfurecerse... Había sido una chiquillada, una forma infantil de *sentir* las cosas... Pero así es, en general, mi forma de comportarme. No siempre. Puedo mostrarme seria...

—Sí, claro que puedes.

—Pero a veces...

—A veces la risa te acomete y no puedes evitarlo —sentenció Peter.

—Supongo que sí. Pero Jess no es de esa clase de personas. Y si estuviésemos casados... no dejaría de ver en casa a ese huésped indeseado que yo permitiría entrar. No todos los días, pero sí lo bastante a menudo como para volverse loco. Luego yo intentaría enmendarme... Y supongo...

—Creo que serías un tanto infeliz —comentó Peter, abrazándola con más fuerza contra sí.

—Tienes razón —admitió ella.

—Entonces no dejes que tu madre te haga cambiar de opinión.

Cerró los ojos, aún más aliviada. Milagrosamente, él la había entendido.

—¿Qué te parece la idea del aborto? —preguntó al cabo de un rato.

—Me parece que de eso sí quieres hablar.

Ella lo miró, sorprendida por la agudeza de su padre. Él le devolvió la mirada, un poco burlón, sonriendo y alzando una de sus pobladas cejas. Sin embargo, la impresión general que captó de su padre fue más bien de una gran seriedad.

—Ya —respondió.

—Escucha —dijo él, y guardó silencio.

Ella escuchó un gorrión, los grillos, el lejano rumor de un avión, alguien que llamaba a Jackie, una cortadora de césped eléctrica, un coche que aceleraba por la carretera.

Luego él le cogió la mano y habló.

—Frannie, no es justo que tu padre sea tan viejo; pero no puedo solucionarlo. Me casé tarde, en 1956.

La miró pensativo, en la penumbra del crepúsculo.

—Carla era distinta en aquella época. Era... ardiente como el fuego; también en esto era joven. No cambió hasta la muerte de tu hermano Freddy. Hasta entonces fue joven. Después de morir Freddy se convirtió en otra persona... No creas que estoy hablando en contra de tu madre, Frannie, aunque en realidad lo parezca. Lo que digo es que Carla... cambió después de aquello. Aplicó tres capas de cemento sobre su forma de ver las cosas, y ahí terminó todo. Ahora parece la guardiana de un museo de ideas; y si ve que alguien manosea los objetos exhibidos, le suelta un buen sermón. Pero antes no era así, te lo aseguro.

—¿Cómo era antes, papá?

—Oh... —Lanzó una mirada distraída en torno a la huerta—. Se parecía mucho a ti, Frannie. Tenía accesos de risa. Íbamos juntos a Boston para ver jugar los Red Sox y, durante el descanso, me acompañaba al bar y tomaba una cerveza.

—¿Mamá... bebía cerveza?

—Sí. Y después pasaba la mayor parte de la novena entrada del partido en el lavabo, y salía maldiciéndome porque le había hecho perder lo mejor. En realidad había estado todo el tiempo diciéndome que bajásemos al parque a hacernos carantoñas.

Frannie intentó imaginar a su madre con un vaso de cerveza Narragansett en la mano, mirando a su padre y riendo como una chica enamorada. No lo consiguió.

—Durante mucho tiempo tratamos de engendrar un hijo —continuó él, abstraído—. Fuimos a un médico para ver cuál de los dos funcionaba mal. El doctor nos dijo que ambos estábamos bien. Entonces, en el sesenta, nació tu hermano Fred. Carla lo agobió con su cariño, Fran. Luego, en el sesenta y cinco sufrió un aborto y ambos pensamos que ése era el fin. Hasta que llegaste tú, cuatro años más tarde, con un mes de anticipación pero bien. Y yo te agobí con tanto cariño. Cada uno tuvimos nuestro hijo preferido, pero tu madre perdió el suyo.

Se quedó cavilando. Fred Goldsmith había muerto en 1973. Tenía trece años, y Frannie cuatro. El hombre que embistió a Fred estaba borracho. Tenía una larga lista de infracciones de tráfico, en las que se incluían exceso de velocidad, conducción temeraria y conducir bajo efecto de drogas. Fred sobrevivió siete días.

—Pienso que aborto es una palabra demasiado inocente para designar ese acto —dijo Peter Goldsmith con lentitud, como si le doliese pronunciar cada palabra—. Creo que es un infanticidio puro y simple. Siento decirlo de esta manera, ser tan inflexible, ser de la forma que quieras llamarlo... pero es así... Ya te he advertido que soy viejo.

—No eres viejo, papá —murmuró ella.

—¡Lo soy! —replicó él con rudeza, y de repente pareció muy afectado—. Soy un viejo que pretende aconsejar a una hija joven. Ridículo. Un conductor borracho segó la vida de mi hijo hace diecisiete años, y mi esposa nunca volvió a ser la misma. Cuando he considerado el problema del aborto siempre lo he hecho pensando en Fred. Parece que no puedo enfocarlo desde otro ángulo, me veo tan impotente como tú cuando no pudiste evitar reírte en aquella lectura poética. Tu madre despotricaría contra el aborto por todas las razones de rutina. Invocaría la moral, una moral que se remonta a hace dos mil años. El derecho a la vida. Toda nuestra moral occidental descansa sobre esa idea. Yo he leído a los filósofos. Tu madre prefiere el *Reader's Digest*... Pero al final soy yo quien esgrime los argumentos sentimentales mientras ella se atiene a los códigos morales. Sólo veo a Fred. Lo destrozaron por dentro. No tuvo ninguna posibilidad. Las matronas defensoras del derecho a la vida blanden fotografías de fetos ahogados en sal, de horribles raspados sobre una mesa de acero. ¿Y qué? La conclusión de la vida nunca es bella. Yo sólo veo a Fred, postrado en aquella cama durante siete días, con vendajes que le cubrían el cuerpo. La vida es barata, y el aborto la abarata aún más. Yo he leído mucho más que tu madre; no obstante ella es quien logra al final poner más sentido en las cosas. Lo que hacemos y lo que pensamos... Todo eso se basa con frecuencia en juicios arbitrarios. No puedo llegar más allá. Es como algo que me cierra la garganta, ver cómo esas cosas tan lógicas se derivan en realidad de lo irracional. De la fe. No te he resultado muy útil, ¿verdad?

—No quiero abortar —dijo ella con firmeza—. Tengo mis propias razones.

—¿Cuáles son?

—El bebé es parte de mí —respondió ella, levantando el mentón—. Si es puro egoísmo, no me importa.

—¿Lo darás en adopción, Frannie?

—No lo sé.

—¿Deseas hacerlo?

—No. Quiero conservarlo.

Él se quedó callado. Frannie creyó captar su desaprobación.

—Piensas en la escuela, ¿no es cierto? —inquirió.

—No —contestó él.

Se levantó, se llevó las manos a la zona lumbar e hizo una mueca complacida cuando crujió su columna vertebral.

—Pienso que hemos hablado lo suficiente. Y que todavía no es necesario que tomes una resolución.

—Ha llegado mamá —anunció Fran.

En el instante en que él se volvió para seguir la dirección de la mirada de su hija, el coche entraba en el camino particular, Carla los vio, hizo sonar el claxon y agitó la mano con alegría.

—Tengo que decírselo —murmuró Fran.

—Sí. Pero es mejor que esperes un día, cariño.

—Está bien.

Le ayudó a recoger las herramientas de jardinería y después se encaminaron juntos hacia el automóvil.

En la leve luz que se extiende por el paisaje poco después de ocultarse el sol, durante uno de esos raros momentos que los cineastas llaman «la hora mágica», Vic Palfrey salió de su delirio a una breve lucidez.

Me estoy muriendo, pensó y las palabras resonaron en su mente, haciéndole creer que había hablado en voz alta.

Miró alrededor y vio una cama de hospital, alzada para evitar que un posible vómito lo ahogase. Lo habían asegurado bien con unas pinzas de latón y los laterales de la cama estaban levantados. Supongo que me han dado una paliza, pensó. Que me han pateado unos jodidos cabrones. Luego se preguntó dónde estaba.

Tenía un babero con grumos de flema alrededor del cuello. Le dolía la cabeza. Unos extraños pensamientos le acuciaban. Supo que había permanecido presa del delirio... y que aquello volvería. Estaba enfermo y aquel momento no significaba curación, ni siquiera el comienzo de una curación, sino sólo un breve respiro.

Se llevó la muñeca derecha a la frente y la apartó con una mueca, del mismo modo que uno retira la mano de una estufa encendida. Estaba ardiendo. Y lleno de tubos. De la nariz le salían dos de plástico transparente. Otro surgía de debajo de la sábana y llegaba hasta una botella en el suelo. Supo muy bien dónde estaba conectado el otro extremo de aquel tubo. Dos botellas colgaban de una percha a un lado de la cama. De cada una salía un tubito y ambos se juntaban para terminar en su brazo. Un gotero intravenoso.

Cabía suponer que eso era suficiente, pensó. Pero había también cables. Apoyados en su cráneo, y en el pecho, y en el brazo izquierdo. Uno parecía empotrado en su jodido ombligo. Y, para colmo, casi no le cabía duda de que tenía uno pegado al trasero. Dios mío, ¿para qué podría ser?

—¡Eh! —intentó lanzar un grito resonante e indignado. Pero lo que emitió fue el quedo susurro de un hombre muy enfermo. Y salió acompañado de aquellas flemas con las que parecía estar ahogándose.

Mamá, ¿ha entrado George el caballo?

Aquello sólo eran delirios. Un pensamiento irracional que se ampliaba a través de la conciencia, como si se tratase de un meteoro. De todas maneras, llegó a engañarle durante un segundo. No resistiría demasiado. La idea le llenó de pánico. Al mirarse sus flacos brazos, supuso que habría perdido por lo menos unos quince kilos, y tampoco había tenido demasiado para empezar. Esto, fuese lo que fuese, acabaría por matarlo. Al pensar que iba a morir balbuciendo tonterías e inanimado como un viejo senil, acabó aterrado.

George se ha ido a cortejar a Norma Willis. Debes coger ese caballo, Vic, y colocarle el cabezal como un buen chico.

Eso no es cosa mía.

Víctor, debes querer a tu mamá.

Claro que te quiero. Pero no es...

Debes querer a mamá. Mamá ha cogido la gripe. No la tienes, mamá. Tienes tuberculosis. Es la tuberculosis la que te matará. En 1947. Y George morirá seis días después de llegar a Corea, con tiempo suficiente para escribir una carta y luego bang bang bang. George está...

Vic, ayúdame y mete a ese caballo, ésta es mi última palabra.

—Soy yo quien tiene la gripe y no ella —susurró, emergiendo a la superficie de la realidad—. Soy yo.

Estaba mirando hacia la puerta, pensando que era una puerta medianamente graciosa incluso para un hospital. Tenía redondeadas las esquinas, y se hallaba adornada con remaches. El borde inferior se encontraba por lo menos a quince centímetros del suelo de baldosas. Hasta un carpintero chapucero como Vic Palfrey podría

(basta de juerga, Vic, ya es suficiente).

(Mamá, me ha cogido mis cómics. ¡Que me los devuelva! ¡Que me los devuelva...!).

hacer una mejor. Era (acero).

Aquel pensamiento hundió un clavo en su cerebro y Vic forcejeó para incorporarse a fin de ver mejor la puerta. Sí, lo era. Definitivamente lo era. Una puerta de acero. ¿Por qué se encontraba en un hospital detrás de una puerta de acero? ¿Qué había sucedido? ¿Estaba

realmente muriéndose? ¿No sería mejor pensar en cómo se iba a enfrentar a Dios? Oh, ¿qué había *sucedido*? Trató desesperadamente de atravesar aquella niebla gris; pero sólo la atravesaban unas voces, muy lejanas, unas voces a las que no podía atribuir nombres.

Ahora lo que digo es... lo que tendría que decir es... que se joda esa mierda de inflación...

Será mejor que apagues los surtidores, Hap.

(¿Hap? ¿Bill Hapscomb? ¿Quién es él? Conozco ese apellido).

Dios mío...

Están muertos, eso es...

Dame la mano y te arrastraré hasta aquí...

Devuélveme mis cómics, Vic...

En ese momento el sol se hundió lo suficiente en el horizonte como para que se activase un circuito fotoeléctrico y las lámparas de la habitación se encendieron. Vic pudo ver la hilera de rostros que le observaban con gravedad desde detrás de dos tabiques de cristal. Se puso a gritar, pues al principio creyó que se trataba de las personas que habían mantenido aquellas conversaciones en su mente. Una de las figuras, un hombre con bata de médico, hacía apremiantes gestos hacia alguien que se encontraba fuera del campo de visión de Vic, el cual había agotado ya su capacidad de asustarse. Se hallaba demasiado débil para permanecer asustado. Pero aquel repentino susto que llegó con el silencioso florecimiento de luz y su visión de aquellos rostros que lo contemplaban (como un jurado de fantasmas en sus batas blancas) había despejado parte de su bloqueo mental. Ya sabía dónde estaba. En Atlanta, Georgia. Habían llegado y se los llevaron, a él, a Hap, a Norm, a la esposa de Norm y a los niños de Norm. Se habían llevado a Hank Carmichael, Stu Redman... Sólo Dios sabía a cuántos más. Vic había permanecido asustado e indignado. Claro, él tenía un resfriado y estornudos, pero seguramente no le afectaba el cólera o lo que fuera que padeciesen aquel pobre Campion y su familia. Él tenía algunos grados de fiebre, y recordaba que Norm Bruett se había tambaleado y necesitado ayuda para subir la escalerilla del avión. Su mujer parecía muerta de miedo y lloraba. El pequeño Bobby Bruett también sollozaba... y tosía. Una tos rasposa y bronca. El avión se encontraba en la pequeña pista en las afueras de Braintree. Para salir de la ciudad de Arnette tuvieron que pasar por un bloqueo de carreteras, en la 93, y los hombres estaban tendiendo alambre de espino... Alambre espinoso allí mismo, en el desierto...

Por encima de aquella extraña puerta destelló una luz roja. Luego se produjo un sonido sibilante y a continuación otro sonido como el de una aspiradora. Cuando se apagó, la puerta se abrió. El hombre que entró iba vestido con un traje blanco presurizado, con una escafandra. Tras el visor se distinguía la cabeza del hombre como un globo encerrado en una cápsula. Llevaba a la espalda depósitos de oxígeno y, cuando habló, su voz sonó metálica y distorsionada. Podía haberse tratado de una voz procedente de un videojuego, como aquella que decía: «Pruebe de nuevo, cadete del espacio», cuando fallabas en la última jugada.

—¿Cómo se encuentra, señor Palfrey? —chirrió.

Pero Vic no pudo responder. Había regresado a las profundidades de su delirio. Fue a su madre a la que vio tras la escafandra del traje blanco. Iba vestida de blanco cuando papá los llevó a George y a él a verla por última vez al sanatorio. Habían tenido que hospitalizarla para que ningún otro miembro de la familia cogiese lo que ella tenía. La tuberculosis es contagiosa. Te puedes morir.

Habló a su madre... Le prometió que iba a ser bueno y a ocuparse del caballo. Le dijo que George le había quitado sus tebeos. Le preguntó si ella se encontraba mejor... y si creía que podría regresar pronto a casa... El hombre del traje blanco le puso una inyección y él se hundió más todavía. Sus palabras se hicieron incoherentes. El hombre del traje blanco miró hacia atrás, a los rostros que se hallaban tras el cristal, y meneó la cabeza.

Habló por el intercomunicador de la escafandra:

—Si esto no surte efecto, lo perderemos a eso de medianoche...

Para Vic Palfrey la hora mágica se había acabado.

—Limítese a arremangarse, señor Redman —dijo la bonita enfermera de cabello oscuro—. Sólo será un minuto.

En sus manos enguantadas sostenía la abrazadera del estígmomanómetro. Sonreía detrás de la máscara de plástico como si compartieran un secreto gracioso.

—No —respondió Stu.

La sonrisa vaciló un poco.

—Es para tomarle la presión. Es un momento.

—No.

—El medico lo ha ordenado —replicó ella, adoptando un tono formal—. Por favor.

—Si es orden del médico, quiero hablar con él.

—Temo que ahora está ocupado. Si puede...

—Esperaré —respondió Stu con tono apacible, sin hacer el menor ademán de desabrocharse el puño de la camisa.

—Me limito a cumplir con mi trabajo. No querrá que tenga problemas, ¿verdad? —Le dedicó una sonrisa de huérfana seductora—. Si me permite...

—No —repitió Stu—. Vaya y dígalos. Enviarán a alguien.

Fastidiada, la enfermera se encaminó hacia la puerta de acero e hizo girar la llave en la cerradura. La bomba neumática hizo presión, la puerta se abrió con un siseo, y ella salió. Mientras volvía a cerrarse, la enfermera dirigió a Stu una última mirada de reproche. Él la miró a su vez con expresión de mansedumbre.

Cuando la puerta se cerró del todo, Stu se levantó y se acercó a la ventana. Cristal doble y rejas por fuera. Pero ya había oscurecido por completo y no había nada que ver. Volvió a sentarse. Vestía vaqueros desteñidos y camisa a cuadros y calzaba botas marrones, cuya costura empezaba a hincharse por los costados. Se pasó una mano por la cara e hizo una mueca. No le dejaban afeitarse y la barba le crecía con rapidez.

No tenía nada que objetar a las pruebas. A lo que sí ponía objeciones era a que no lo informaran de nada. No estaba enfermo, al menos de momento, pero tenía mucho miedo. Allí estaban montando una superchería y él no seguiría colaborando si no le informaban acerca de lo sucedido en Arnette y de cuál había sido la participación del tal *Campion*. Cuando lo supiera todo, al menos podría asentar sus temores sobre algo sólido.

En los ojos de ellos leía que esperaban sus preguntas. En los hospitales tienen medios para ocultar las cosas. Su esposa había muerto de cáncer hacía cuatro años, a los veintisiete. Le empezó en la matriz y le corrió por el cuerpo como un reguero de pólvora, y Stu había visto cómo eludían sus preguntas, ya fuera cambiando de tema o suministrándole la información en largas parrafadas ininteligibles. De modo que él no había preguntado nada, y eso les preocupaba. Era la hora de preguntar y obtener alguna respuesta.

Él mismo podía hacer algunas conjeturas. *Campion*, su esposa y su hija habían pillado algo grave. Se manifestaba como la gripe o un resfriado de verano, pero luego se agravaba hasta que te ahogabas en tu propia flema o te consumía la fiebre. Y se trataba de algo muy contagioso.

Habían ido a buscarlo en la tarde del 17, hacía dos días. Cuatro militares y un médico, amables pero inflexibles. Ni pensar en resistirse: los militares iban armados. Entonces fue cuando Stu Redman empezó a asustarse en serio.

Una caravana salió de Arnette rumbo a la pista de aviación de Braintree. Stu viajó con Vic Palfrey, Hap, los Bruett, Hank Carmichael y su esposa, y dos suboficiales del ejército. Todos iban hacinados en una furgoneta militar. Los tipos del ejército no abrieron la boca, indiferentes a la histeria de Lila Bruett.

Las otras furgonetas también iban abarrotadas. Stu no vio a todos sus ocupantes, pero sí a los cinco miembros de la familia Hodges, y a Chris Ortega, hermano de Carlos, el conductor voluntario de la ambulancia. Chris era el barman del Indian Head. Descubrió también a Parker Nason y su esposa, el matrimonio de ancianos que vivía en el campamento de *roulottes* próximo a la casa de Stu. El cual conjeturó que habían ido a buscar a cuantos estuvieron en la gasolinera y a todos aquellos con los que habían tenido contacto los visitantes de la gasolinera después de que *Campion* se estrellara contra los surtidores.

En las afueras de la ciudad, dos camiones verde oliva bloquearon la carretera. Stu intuyó que las otras vías que comunicaban con Arnette también se hallaban bloqueadas. Estaban tendiendo alambre de espino y, cuando tuvieran cercada la ciudad, probablemente apostarían centinelas.

De modo que era grave. Gravísimo.

Se armó de paciencia y se sentó en la silla que había al lado de la cama. Al principio quizá no viniese nadie. Tal vez por la mañana enviaran una persona con autoridad suficiente para contarle las cosas que necesitaba saber. Aguardaría. La paciencia había sido siempre el arma de Stuart Redman.

Para distraerse, empezó a pasar revista a las condiciones en que se hallaban las personas con que había viajado hasta el aeródromo. Norm era el único que se veía claramente enfermo. Tosía, expectoraba flema, tenía fiebre. Los restantes parecían sufrir en mayor o menor grado

los efectos de un resfriado común. Luke Bruett estornudaba. Lila y Vic Palfrey tosían un poco. A Hap le goteaba la nariz y se la sonaba sin cesar. Le recordaba a Stu las aulas del colegio de su infancia, donde por lo menos las dos terceras partes de los niños parecían atacados por algún microbio.

Pero lo que más le había asustado, aunque quizá fuera sólo una coincidencia, fue algo que ocurrió justo cuando entraban en el aeródromo.

El conductor había soltado de repente tres o cuatro sonoros estornudos. Lo más probable es que fuera una simple casualidad. Junio era una mala época en el este de Texas para quienes sufrían de alergia. O tal vez el conductor estaba a punto de pescar un resfriado común, no aquella rara mierda que afectaba a los demás. Stu quiso creer esto. Porque algo capaz de contagiarse con tanta rapidez...

La escolta militar había embarcado en el avión con ellos. Se mantuvieron mudos respecto de contestar a cualquier pregunta, y sólo accedieron a informarles acerca del lugar de destino. Iban a Atlanta. Allí serían más explícitos (una mentira descarada). Y no dijeron ni una palabra más.

Hap viajó sentado junto a Stu, e iba borracho como una cuba. El avión también era del ejército, muy austero; pero la comida y la bebida podían competir con las de primera clase del *Concorde*. Por supuesto, no los atendía una bella azafata sino un sargento inexpresivo. Exceptuando ese detalle, uno podía sentirse muy cómodo. Incluso Lila Bruett se calmó cuando tomó un par de copas.

Hap se inclinó hacia Stu, echándole una cálida bruma de efluvios alcohólicos.

—Éste es un extraño pelotón de veteranos, Stuart. No hay ni uno que baje de los cincuenta años; y ninguno lleva anillo de casado. Militares de carrera, de baja graduación.

Una media hora antes de que aterrizaran, Norm Bruett se desmayó y Lila Bruett empezó a chillar. Dos de los sargentos inexpresivos envolvieron a Norm con una manta y lo reanimaron. Lila, histérica de nuevo, siguió chillando. Al cabo de un rato vomitó sus cócteles y la ensalada de pollo que había comido. Dos de los buenos veteranos limpiaron impasibles la inmundicia.

—¿Qué significa esto? —aulló Lila—. ¿Qué le pasa a mi marido? ¿Vamos a morir? ¿Se van a morir mis pequeños?

Tenía un «pequeño» estrujado bajo cada brazo, con las cabezas apretadas contra sus pechos opulentos. Luke y Bobby parecían asustados e incómodos; y también un poco avergonzados por el jaleo que armaba su madre.

—¿Por qué no me contesta nadie? ¿No estamos en un país libre?

—¿No pueden hacerla callar? —gritó Chris Ortega desde el fondo del avión.

Un militar la obligó a beber un vaso de leche y entonces Lila se apaciguó. Pasó el resto de viaje mirando por la ventanilla la campiña allá abajo. Stu supuso que en aquel vaso había algo más que leche.

Cuando aterrizaron, les esperaban cuatro limusinas Cadillac. Los de Arnette se acomodaron en tres de ellas, y la escolta militar en la cuarta.

Stu suponía que esos buenos veteranos sin anillos de matrimonio, ni parientes próximos tal vez, estaban en el mismo edificio que él. La luz roja se encendió sobre la puerta. Cuando el compresor o lo que diablos fuera se detuvo, entró uno de los hombres con escafandra. El doctor Denninger. Era joven, de cabello oscuro, tez olivácea, rasgos afilados y una sonrisa melosa.

—Patty Greer dice que usted no se ha portado bien con ella —proclamó el altavoz pectoral de Denninger mientras se acercaba pesadamente a Stu—. Está muy dolida.

—No tiene por qué estarlo —respondió Stu con serenidad.

Era difícil fingir serenidad, pero intuía que era importante ocultar su miedo a aquel hombre. Denninger parecía, por su aspecto y su comportamiento, uno de esos sujetos que pisotean a sus subordinados y los tratan con prepotencia, en tanto lamen las botas de sus superiores, como perritos falderos. Ante ese tipo de individuos había que asumir una actitud firme. Si adivinaba que su interlocutor estaba asustado, no conseguiría más que un «Lo siento, pero no puedo decirle más».

—Exijo una explicación —espetó Stu.

—Lo siento, pero...

—Si quiere que coopere, dígame qué pasa.

—A su debido tiempo...

—Puedo fastidiarles mucho.

—Lo sabemos —reconoció Denninger—. Pero carezco de autoridad para darle información, señor Redman. Yo mismo sé muy poco.

—Sospecho que han estado analizando mi sangre con todas esas agujas.

—Es verdad —contestó Denninger con tono cauteloso.

—¿Para qué?

—No se lo puedo decir. Yo también lo ignoro.

Stu se resignó a creerle. No era más que un técnico arrogante que realizaba su trabajo. Un trabajo que no le gustaba mucho.

—Han puesto en cuarentena mi ciudad natal.

—No sé nada de eso.

Pero Denninger apartó la vista, y esta vez Stu supo que mentía.

—¿Cómo es que no he visto nada al respecto? —preguntó al tiempo que señalaba el televisor empotrado en la pared.

—¿Perdón?

—Cuando bloquean una ciudad y la cercan con alambre de espino, es noticia —dijo Stu.

—Señor Redman, si permite que Patty le tome la tensión arterial...

—No —replicó Stu—. Si quieren algo más de mí, será mejor que envíen a dos hombres robustos para lograrlo. Y por muchos que envíen, conseguiré abrir algunos trajes herméticos. No parecen muy resistentes, ¿sabe?

Manoteó en dirección a la escafandra de Denninger, el cual retrocedió bruscamente y casi se cayó. El altavoz de su intercomunicador emitió un graznido de terror y hubo un sobresalto detrás del cristal doble.

—Supongo que podrían drogarme. Pero eso alteraría los análisis, ¿no es cierto?

—¡No está siendo razonable, señor Redman! —exclamó Denninger desde una distancia prudente—. Su falta de cooperación puede ser muy perjudicial para su país, ¿sabe?

—No —respondió Stu—. Más bien me parece que es mi país el que me está perjudicando a mí. Me ha encerrado en un hospital de Georgia en compañía de un medicucho que no sabe nada. De modo que lárguese de aquí y envíe a alguien con quien pueda hablar o a un par de gorilas para obtener por la fuerza lo que usted necesita. Pero sepa que me resistiré.

Tras marcharse Denninger, Stu se quedó inmóvil en la silla. La enfermera no volvió. Tampoco aparecieron dos gorilas para tomarle la tensión arterial. Ahora que lo pensaba, supuso que ni siquiera una cosa sencilla como tomarle la presión sería de utilidad conseguida a la fuerza. Por el momento lo dejarían cocerse en su propio jugo.

Se levantó y encendió el televisor, aunque lo observó sin ver nada. El miedo lo recorría por dentro como un elefante desbocado. Hacía dos días que esperaba el momento en que empezara a estornudar, a toser, a escupir flema negra. Se preguntó si alguno de los demás se encontraría ya tan mal como el propio Champion. Pensó en la mujer muerta y en su niña, en aquel viejo Chevy. Y siguió viendo el rostro de Lila Bruett en la mujer y el de la pequeña Cheryl en la niña.

El televisor graznaba y crujía. El corazón comenzó a latirle más despacio. Podía oír el débil siseo de un purificador que ventilaba la habitación. El miedo se retorció y revolcaba más allá de su rostro impassible. A veces era desmesurado y despavorido, y lo pisoteaba todo: el elefante. Otras veces era pequeño y corrosivo, lo desgarraba con sus dientes afilados: la rata. Pero siempre estaba presente.

Transcurrieron cuarenta horas antes de que enviaran un hombre dispuesto a hablar.

El 18 de julio, cinco horas después de haber conversado con su primo Bill Hapscomb, Joe Bob Brentwood detuvo a un automovilista en la carretera 40 de Texas, unos cincuenta kilómetros al este de Braintree. Por exceso de velocidad. El infractor era Harry Trent, de Braintree, agente de seguros. Corría a cien kilómetros por hora en un tramo donde el máximo autorizado era ochenta. Joe Bob le entregó una papeleta de multa. Trent la aceptó sumisamente e hizo reír a Joe Bob cuando intentó venderle un seguro de vida y otro para su casa. Joe Bob se sentía bien. En lo que menos pensaba era en morir. Sin embargo, ya estaba enfermo. En la Texaco de Bill Hapscomb había cargado algo más que gasolina. Y le había pasado a Harry Trent algo más que una papeleta de multa.

Harry, un hombre sociable y enamorado de su trabajo, contagió la enfermedad a más de cuarenta personas durante ese día y el siguiente. Es imposible determinar a cuántas otras contagiaron esos cuarenta. Sería igual que preguntar cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler. En una estimación a la baja de cinco por cada uno, se podían obtener unas doscientas personas. Empleando la misma fórmula a la baja, sería fácil establecer que aquellos doscientos contagiarían a un millar, estos mil a cinco mil, Jos cinco mil a veinticinco mil...

Bajo el desierto de California, y pagando con dinero del contribuyente, alguien había inventado al fin una cadena de cartas que funcionaba a la perfección. Una cadena de cartas que era letal.

El 19 de junio, o sea el día que Larry Underwood volvió a casa, en Nueva York, y el día en que Frannie Goldsmith le anunció a su padre que estaba embarazada, Harry Trent se detuvo a comer en una cafetería del este de Texas llamada Babe's Kwik-Eat. Pidió una hamburguesa con queso y, de postre, pastel de fresas. Tenía un leve resfriado alérgico, y no paraba de estornudar y expectorar. Mientras comía, infectó a la propietaria, al lavaplatos, a los camioneros sentados en el reservado del rincón, al repartidor de pan, al encargado de cambiar el repertorio del tocadiscos automático y a la dulce camarera que atendía su mesa. De propina le dejó un dólar sobre el cual bullía la muerte.

Cuando salía del aparcamiento, entraba un coche familiar, con baca en el techo y abarrotado de niños y maletas. El conductor, que bajó el cristal para preguntarle cómo se llegaba a la carretera 21 por el norte, tenía acento de Nueva York. Harry le dio al neoyorquino instrucciones muy explícitas. Pero, sin saberlo, también le dio a toda la familia unos billetes para la muerte.

El neoyorquino era Edward M. Norris, teniente de policía. Estaba destacado en la brigada de detectives del distrito 87 de Nueva York. Éstas eran sus primeras auténticas vacaciones en cinco años. Él y su familia lo habían pasado muy bien, en particular en el Disney World de Orlando. Y no sabían que toda la familia estaría muerta en el segundo día de julio. Norris planeaba decirle a aquel hijo de perra de Carella que sí se podía llevar a la mujer y los chicos a algún lugar en coche y pasarlo bien. Le diría: Steve, tal vez seas un buen detective, pero un hombre que no puede conseguir que su familia lo pase bien, vale lo mismo que el agujero que hace una meada en la nieve.

La familia Norris comió en Babe's y después siguió las precisas instrucciones de Harry Trent para llegar a la carretera 21. Ed y su esposa Trish quedaron maravillados por ese testimonio de la hospitalidad sureña mientras sus tres hijos se dedicaban a dibujar en el asiento trasero del coche.

Esa noche se alojaron en un motel de Eustice, Oklahoma. Ed y Trish contagiaron al conserje. Los niños, Marsha, Stanley y Héctor, transmitieron el mal a los críos con los que jugaron en el patio del motel... Y esos críos seguirían viaje hacia el oeste de Texas, luego Alabama, Arkansas y Tennessee. Trish infectó a las dos mujeres que lavaban ropa en la lavandería automática situada a dos manzanas de distancia. Mientras recorría el pasillo del motel para conseguir un poco de hielo, Ed infectó a un tipo ante el que se cruzó en el vestíbulo. Todo el mundo representó su papel en esta obra.

Trish despertó a Ed temprano por la mañana para decirle que Heck, el bebé, estaba enfermo. Tenía una tos muy bronca y fiebre alta. La madre estaba muy preocupada. Ed Norris gimió y le dijo que le diese una aspirina. Si aquel maldito catarro hubiera esperado a

desencadenarse cuatro o cinco días, habrían estado ya en casa y a Ed le habría quedado el recuerdo de unas vacaciones perfectas. A través de la puerta de madera podía oír al pobre niño con auténtica tos de perro.

Trish confió en que los síntomas de Héctor hubiesen mejorado por la mañana; sin embargo, al mediodía del 20, tuvo que admitir que aquello no iba a suceder. La aspirina no hizo remitir la fiebre, y el pobre Heck tenía los ojos vidriosos. Su tos había adoptado un matiz convulsivo que no le gustaba nada, y su respiración era dificultosa y llena de flema. Fuese aquello lo que fuese, Marsha parecía haberse contagiado también, y Trish notaba en la garganta unas molestias que le obligaban a toser, aunque de momento sólo era una tos ligera, que podía amortiguar con un pañuelo.

—Tendremos que llevar a Heck a un médico —dijo ella al fin.

Ed se detuvo en una estación de servicio y comprobó el mapa. Estaban en Hammer Crossing, Kansas.

—Tal vez aquí podamos encontrar alguno —dijo él.

Ella suspiró y se pasó una mano por el cabello, irritada.

—¡Hammer Crossing, Kansas! ¡Oh, Señor! ¿Por qué ha tenido que ponerse tan enfermo en un maldito sitio como *éste*?

Marsha, que estaba mirando el mapa por encima del hombro de su padre, comentó:

—Dice que Jesse James robó aquí el banco, papá. Y dos veces.

—Jodido Jesse James... —gruñó Ed.

—¡Ed! —exclamó Trish.

—Lo siento —se disculpó Ed, aunque no lo sentía lo más mínimo.

Siguió conduciendo.

Después de seis llamadas encontró por fin en Polliston un médico que atendería a Héctor si lo llevaban allí. Polliston se encontraba fuera de su ruta, treinta kilómetros al oeste de Hammer Crossing. Pero lo más importante era Héctor. Ed estaba cada vez más preocupado. Nunca había visto al bebé con tan poco ánimo, tan falto de vitalidad.

A las dos de la tarde estaban haciendo antesala en la consulta del doctor Brenden Sweeney. Para entonces, Ed también estornudaba. La sala de espera de Sweeney estaba llena. No consiguieron que los recibiera el médico hasta cerca de las cuatro de la tarde. Trish no pudo mantener a Heck más que dentro de una semiconsciencia, y ella misma también se notaba febril. Sólo Stan Norris, de nueve años, se encontraba todavía lo bastante bien como para moverse.

Durante su espera en la consulta de Sweeney contagiaron la enfermedad, que en el desintegrado país habría de conocerse con el nombre de *Capitán Trotamundos*, a más de veinticinco personas, incluyendo a una mujer de edad que había acudido sólo para abonar unos honorarios y que pasaría la enfermedad a todo su club de *bridge*.

Esta mujer era Sarah Bradford, *Cookie* para su marido y amigos íntimos. Sarah jugó muy bien aquella noche, tal vez porque su compañera era Ángela Dupray, su mejor amiga. Parecían disfrutar de una especie de telepatía. Ganaron limpiamente los tres *rubbers*, realizando un gran *slam* durante el último. En lo que se refería a Sarah, la única mancha en el horizonte la constituía el hecho de que parecía estar incubando un ligero constipado. No resultaba justo que se presentara tan seguido del último que había padecido.

A las diez, cuando acabó la partida, Ángela y ella salieron a tomarse unas copas en un bar. Ángela no tenía prisa por volver a casa. Era el día en que David organizaba en su casa la partida semanal de póquer con sus amigos, y ella no iba a poder dormir con todo el jaleo que se armaba... a menos que se tomase primero un sedante de receta propia: dos *gin fizz* con endrina.

En el bar, las dos mujeres revivieron la partida de *bridge*. Entretanto consiguieron contagiar a todos los parroquianos, incluyendo a dos hombres jóvenes que estaban cerca de ellas bebiendo cerveza. Iban camino de California, lo mismo que Larry Underwood y su compañero Rudy Schwartz habían hecho una vez, en busca de fortuna. Un amigo de ambos les había prometido un empleo en una empresa de mudanzas. Al día siguiente se dirigieron hacia el Oeste, y diseminaron la enfermedad por todo el camino.

Las cartas en cadena no funcionan. Es un hecho sabido. El millón de dólares o más que te prometen si envías un dólar al nombre que se halla en la cabecera de la lista, lo quitas y añades el tuyo al pie, y luego mandas la carta a cinco amigos, no acaba nunca de llegar. Esta cadena de cartas del *Capitán Trotamundos*, por el contrario, funcionó a las mil maravillas. Se empezaba a construir la pirámide, pero no desde la base hasta la cima, sino desde arriba hacia abajo, desde un militar llamado Charles Champion. No se produjo el menor fallo. Pero, en

vez de que el cartero trajera a cada participante un montón de cartas con un billete de dólar en cada una, el *Capitán Trotamundos* traía la muerte...

Sarah Bradford y Ángela Dupray regresaron a sus coches aparcados, contagiando por el camino a cuatro o cinco personas que encontraron en la calle. Luego se besaron las mejillas y se fueron cada cual por su lado. Sarah regresó a su hogar para contagiar a su marido, y a sus cinco compañeros de póquer. Y también contagió a su hija adolescente, Samantha, que temía haber pillado, sin saberlo sus padres, una blenorragia transmitida por su novio. En realidad, así había sido. Pero no había que preocuparse por ello, comparado con lo que su madre le había pegado a ella.

Al día siguiente, Samantha infectaría a todos los de la piscina de la YWCA, en Polliston.

Y así sucesivamente.

Le cayeron encima poco después del crepúsculo, mientras caminaba por el arcén de la carretera 27, que un kilómetro más atrás se llamaba Main Street, cuando atravesaba la ciudad. Pensaba girar, dos o tres kilómetros más adelante, hacia el oeste, por la carretera 63, que lo habría llevado a la autopista y al comienzo de su largo viaje al norte. Quizá tenía los sentidos embotados por las dos cervezas que acababa de beber, pero intuía que algo andaba mal. Cuando empezaba a recordar a los cuatro o cinco gandules que había visto al otro extremo de la barra, éstos salieron de su escondite y corrieron hacia él.

Nick se defendió lo mejor que pudo. Derribó a uno y ensangrentó la nariz a otro. De momento tuvo la esperanza de vencer. El hecho de que peleara sin emitir ningún sonido los intimidaba un poco. Eran flojos. Quizá habían hecho eso mismo antes sin encontrar resistencia, y no esperaron que la ofreciera ese chico esmirriado y cargado con una mochila.

Entonces uno de ellos le pegó justo encima del mentón, partiéndole el labio con el anillo de sello. El sabor dulzón de la sangre le inundó la boca. Trastabilló y alguien le inmovilizó los brazos. Forcejeó ferozmente y zafó una mano en el preciso instante en que un puño se estrellaba contra su cara como una luna que se precipitase al suelo. Antes de cerrar el ojo derecho, divisó de nuevo aquel anillo que relucía en la oscuridad. Vio estrellas y notó que sus sentidos empezaban a difuminarse.

Asustado, se debatió con más vehemencia. El hombre del anillo de sello estaba de nuevo ante él. Nick le asestó un puntapié en el vientre. Anillo de Sello se quedó sin aliento y se dobló en dos, jadeando como un perrito con laringitis.

Los otros cerraron el círculo. Ahora Nick sólo veía las siluetas de hombres corpulentos (camaradas, se autodenominaban) con camisas grises arremangadas para hacer ostentación de sus grandes bíceps tatuados. Llevaban pesados zapatos de trabajo. Sobre las frentes caían mechones de cabello aceitoso. A la luz declinante del día todo eso adquirió contornos de pesadilla. Le entró sangre en el ojo sano. Le arrancaron la mochila de la espalda. Los golpes llovían sobre él. Se convirtió en un títere invertebrado, pero no terminaba de perder el conocimiento. Sólo jadeaba mientras proyectaba los puños una y otra vez, igual que pistones.

Anillo de Sello se había levantado, tambaleándose.

—Sujetadlo por el pelo —ordenó.

Lo aferraron por los brazos y uno de ellos lo cogió por su cabello negro y ensortijado.

—¿Por qué no grita? —preguntó otro, agitado—. ¿Por qué no grita, Ray?

—Te dije que no mencionaras nombres —espetó Anillo de Sello—. Me importa un carajo el porqué. Voy a machacarlo. Este cabrón me ha dado una patada y voy a acabar con él.

Le lanzó un puñetazo. Nick apartó la cabeza y el anillo le rozó la mejilla.

—¡Sujétalo! He dicho que lo sujetéis —exclamó Ray—. ¿Qué sois? ¿Un hatajo de mariquitas?

El puño volvió a descargar y la nariz de Nick se convirtió en un tomate aplastado y chorreante. Su respiración se redujo a un siseo. Estaba al borde del desvanecimiento. Abrió la boca y aspiró una bocanada de aire nocturno. Un chotacabras lanzó un gorjeo dulce y solitario. Pero Nick apenas lo oyó.

—No dejes que se mueva —insistió Ray—. ¡No le permitas moverse, joder!

El puño volvió a atizarlo. El anillo de sello le partió dos dientes. Sentía un dolor que no podía traducir. A gritos. Se le aflojaron las piernas y colgó, sostenido por sus agresores, como si fuera un saco de patatas.

—¡Ya basta, Ray! ¿Quieres matarlo?

—¡Sujétalo! El muy hijoputa me pateó. Voy a darle una lección que no olvidará.

Entonces unas luces barrieron la carretera, que allí estaba bordeada de malezas y jalonada por viejos pinos de gran altura.

—Mierda...

—¡Suéltalo, suéltalo!

Era la voz de Ray. Pero Ray ya no estaba delante de él. Nick se sintió vagamente agradecido, obnubilado por el dolor de su boca. Tenía astillas de dientes sobre la lengua.

Unas manos lo empujaron al centro de la carretera. Los conos de luz que se aproximaban lo enfocaron como si fuera un actor de teatro. Oyó un chirrido de frenos. Nick agitó los brazos

y trató de mover las piernas, pero éstas no respondieron. Se desplomó sobre el asfalto. El chirrido de los frenos llenó el mundo. Impotente, esperó ser atropellado. Por lo menos eso pondría fin al dolor de la boca.

Pero una lluvia de guijarros le azotó la mejilla y una rueda se detuvo a menos de treinta centímetros de su cara. Pudo divisar una piedrecita blanca empotrada entre dos surcos del neumático como una moneda entre un par de nudillos.

Un trozo de cuarzo, pensó incongruentemente. Y se desvaneció.

Cuando Nick volvió en sí, estaba tumbado sobre una litera. Era dura, pero en los últimos tres años las había conocido más duras. Abrió los ojos con dificultad; parecían pegados con goma. El derecho sólo consiguió abrirlo a medias.

Miró un techo de cemento gris agrietado, en el que zigzagueaban tuberías. Una cadena dividía en dos su campo visual. Levantó un poco la cabeza, y el movimiento le produjo una terrible punzada de dolor. Vio otra cadena que unía la pata exterior de la litera a un remache encajado en el muro.

Volvió la cabeza hacia la izquierda (otra punzada de dolor) y vio una pared de hormigón rugoso. También agrietada y cubierta de *graffiti*. Algunos eran nuevos, otros antiguos, AQUÍ HAY CHINCHES, LOUIS DRAGONSKY, 1977. ME GUSTA POR EL CULO. EL *DELIRIUM TREMENS* PUEDE SER DIVERTIDO. SIGO AMÁNDOTE SUZANNE. ESTE LUGAR ES UNA MIERDA, JERRY. CLYDE D. FRED 1971. Había dibujos de enormes penes colgantes, pechos descomunales, vaginas grotescas. Todo eso le dio a Nick una orientación para situarse. Estaba en la celda de una cárcel.

Se irguió con cuidado sobre los codos, dejó que sus pies (calzados con pantuflas de papel) bajaran sobre el borde del catre, y después se sentó. El dolor volvió a agujonearle la cabeza; su columna vertebral crujió. El estómago se le revolvió y le embargó una náusea que lo llevó al borde del desmayo.

En lugar de gritar (no habría podido hacerlo), Nick se apoyó sobre las rodillas, con una mano sobre cada mejilla, y esperó que pasara. Luego palpó los apósitos que le habían colocado sobre el corte de la mejilla y, arrugando la cara un par de veces, verificó que un matasanos le había aplicado un par de puntos en la herida.

Miró en torno. Era una celda pequeña. Más allá del extremo de la litera había una puerta enrejada. Junto a la litera se hallaba la letrina. Girando lentamente el cuello entumecido, vio que detrás y más arriba había un ventanuco con barrotes.

Después de permanecer sentado en el borde de la litera lo necesario para asegurarse de que no se desmayaría, se bajó hasta las rodillas los informes pantalones del pijama gris que tenía puesto, se acercó a la letrina y orinó durante lo que le pareció no menos de una hora. Cuando terminó se apoyó en el borde del catre como un anciano y miró con aprensión el interior de la taza, buscando rastros de sangre. Pero la orina era clara. Entonces hizo correr el agua.

Caminó lentamente hasta la puerta enrejada y miró el corto pasillo. A su izquierda estaba la celda de los borrachos. Un anciano se hallaba tumbado en una de sus cinco literas; su mano, semejante a un madero desgastado, colgaba sobre el suelo. A la derecha, el corredor terminaba en una puerta entreabierta.

Una sombra se levantó, danzó en la rendija de la puerta y a continuación un hombre corpulento con un uniforme caqui, de verano, entró en el corredor. Usaba un cinturón Sam Browne y una gran pistola. Enganchó los pulgares en los bolsillos del pantalón y mantuvo la mirada en Nick durante casi un minuto, sin pronunciar palabra. Por fin dijo:

—De niño encontré un puma en las colinas, lo matamos a tiros con mis amigos y lo arrastramos treinta kilómetros hasta la ciudad por un camino de tierra. Lo que quedó de ese animal fue lo más lastimoso que vi en mi vida. Después de él, tú eres lo más lastimoso que he visto, muchacho.

Nick pensó que eso sonaba a discurso premeditado, reservado para los forasteros y vagabundos que ocupaban de cuando en cuando las celdas.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Nick se llevó un dedo a los labios hinchados y meneó la cabeza. Se cubrió la boca con la mano, y volvió a menear la cabeza.

—¿Qué? ¿No puedes hablar? ¿Qué pantomima es ésta?

Nick escribió en el aire con un lápiz invisible.

—¿Quieres un lápiz?

Nick asintió con la cabeza.

—Si eres mudo, ¿por qué no llevas una tarjeta que te identifique como tal?

Nick se encogió de hombros. Volvió del revés sus bolsillos vacíos. Cerró los puños, lo cual generó otro estallido de dolor en la cabeza y otra oleada de náuseas. Terminó por golpearse suavemente las sienes con los puños, haciendo girar los globos oculares hacia arriba y dejándose caer contra los barrotes. Después, señaló sus bolsillos vacíos.

—Te han robado.

Nick asintió con la cabeza.

El hombre de caqui se volvió y salió por la puerta. Un momento después, regresó con un lápiz romo y un bloc. Lo pasó entre los barrotes. En cada hoja se leía el membrete «Oficina del *sheriff* John Baker».

Nick golpeó el nombre con el extremo del lápiz. Arqueó las cejas, interrogante.

—Sí, soy yo. ¿Tú cómo te llamas?

«Nick Andros», escribió. Pasó la mano entre los barrotes.

Baker negó con la cabeza.

—A ti no te la estrecharé. ¿También eres sordo?

Nick asintió.

—¿Qué te sucedió anoche? El doctor Soames y su esposa casi te arrollaron como a una marmota, muchacho.

«Golpeado y robado. A uno o dos kilómetros de una taberna de la Main Street. Zack's Place».

—Ese tugurio no es para un chico como tú —repuso Baker—. Seguramente no tienes edad para beber.

Nick meneó la cabeza.

«Tengo veintidós años —escribió—. Puedo beber un par de cervezas sin que me peguen y me desvalijen por ello, ¿verdad?».

Baker leyó las palabras con expresión divertida.

—Parece que en Shoyo no puedes, muchacho. ¿Qué haces aquí?

Nick arrancó la primera hoja del bloc, la estrujó y la arrojó al suelo. Antes de que pudiera empezar a escribir la respuesta, un brazo pasó rápidamente entre las rejas y una mano de acero le atenazó el hombro. Nick levantó la cabeza.

—Mi esposa limpia las celdas —gruñó Baker—. Arroja ese papel en la letrina.

Nick se agachó y recogió la bola de papel. El dolor de la espalda le obligó a hacer una mueca. Miró a Baker con las cejas arqueadas. Baker asintió.

Nick volvió junto a la reja. Esta vez escribió más extensamente. Baker pensó que debía de ser muy difícil enseñarle a leer y escribir a un chico sordomudo, y que si ese Nick Andros había aprendido debía tener una buena sesera.

Nick pasó el bloc entre los barrotes.

«Viajo de un lado a otro; pero no soy un vagabundo. Ayer trabajé para un hombre llamado Rich Ellerton, a unos nueve kilómetros al oeste de aquí. Limpié su granero y cargué heno en el pajar. La semana pasada estuve en Watts, Oklahoma, tendiendo alambradas. Los hombres que me golpearon me quitaron el jornal que había ganado en una semana».

—¿Estás seguro de que trabajaste para Rich Ellerton? Puedo comprobarlo, ¿sabes?

Baker arrancó la hoja con la explicación de Nick, la dobló y se la metió en el bolsillo de la camisa.

Nick asintió con la cabeza.

—¿Viste a su perro?

Nick volvió a asentir.

—¿De qué raza era?

Nick hizo un ademán pidiendo el bloc. «Un doberman enorme —escribió—. Pero manso».

Baker asintió, dio media vuelta y se marchó. Nick permaneció junto a los barrotes, mirando con ansiedad. Baker volvió al cabo de un momento, con un gran manojo de llaves. Hizo girar una de éstas en la cerradura de la celda y deslizó la puerta sobre su riel.

—Ven al despacho —dijo—. ¿Quieres desayunar?

Nick negó con la cabeza, y después hizo un ademán de verter y beber.

—¿Café? De acuerdo. ¿Con adúcar?

Nick negó con la cabeza.

—Lo tomas como los hombres, ¿eh? —Baker rio—. Ven conmigo.

Baker echó a andar por el pasillo y, aunque estaba hablando, Nick fue incapaz de entender lo que decía, puesto que le daba la espalda y le ocultaba sus labios.

—No me importa la compañía. Tengo insomnio. En realidad, la mayoría de las noches no puedo dormir más de tres o cuatro horas. Mi mujer quiere que vaya a ver a un buen médico, en Pine Bluff. Si la cosa sigue, lo haré. Compréndelo, estoy aquí a las cinco de la mañana, y desayuno huevos y patatas fritas.

Se dio la vuelta al pronunciar la última frase y Nick captó lo de patatas fritas. Alzó las cejas y se encogió de hombros.

—No importa —continuó Baker—. Al menos no tiene importancia para un muchacho como tú...

En el despacho, Baker le sirvió una taza de café negro de un termo. Sobre el secante de su escritorio estaba el plato del desayuno del *sheriff*. Nick sorbió el café. Le causó dolor en la boca, pero estaba bueno.

Tocó el hombro a Baker y señaló el café, se frotó el estómago y asintió.

—Me alegra que te guste —sonrió Baker—. Lo prepara mi esposa Jane. —Se metió en la boca un huevo a medio freír, lo masticó, y después señaló a Nick con el tenedor—: Lo haces muy bien. Como uno de esos mimos. Apuesto a que no te resulta difícil comunicarte, ¿eh?

Nick balanceó una mano en el aire. Más o menos.

—No te obligare a quedarte —anunció Baker, rebañando el plato con una tostada—; pero si te quedas tal vez podamos atrapar a los tipos que te hicieron esto. ¿Entiendes?

Nick asintió y escribió: «¿Cree que podré recuperar mi dinero?».

—Ni hablar —respondió Baker—. Soy un *sheriff* corriente, chico. Para una cosa así necesitas a uno de película.

Nick asintió y se encogió de hombros. Juntó las manos e imitó el vuelo de un pájaro.

—Sí, seguramente han volado. ¿Cuántos eran? —inquirió Baker.

Nick alzó un dedo y escribió: «Grande y rubio. De la estatura de usted, un poco más pesado. Camisa y pantalones grises. Un gran anillo de sello en la mano derecha. Piedra púrpura. Con eso me hirió la cara».

Cuando Baker leyó aquello, su expresión se demudó. Primero en preocupación, después en cólera. Nick pensó que la expresión de cólera estaba dirigida contra él y volvió a asustarse.

—¡Dios mío! —exclamó Baker—. ¿Estás seguro?

Nick asintió.

—¿Algo más? ¿Viste algo más?

Nick se concentró y después escribió: «Pequeña cicatriz en la frente».

—Ése es Ray Booth —sentenció Baker—. Mi cuñado. Gracias, muchacho. Son las cinco de la mañana y ya me has estropeado el día.

Los ojos de Nick se dilataron un poco más e hizo un ademán de disculpa.

—Descuida —murmuró Baker—. Es un mal sujeto, y Jane lo sabe. La maltrató muchas veces cuando eran niños. De todas formas, son hermanos, y supongo que habré de olvidarme de mi vida amorosa por esta semana.

Nick bajó los hombros, turbado.

—Probablemente será inútil —dijo Baker—. Se apoyarán mutuamente sus coartadas. Será tu palabra contra la de ellos. ¿Los marcaste?

«Pateé a Ray en el estómago —escribió Nick—. A otro le pegué en la nariz. Quizá se la rompí».

—Los compinches de Ray son Vince Hogan, Billy Warner y Mike Childress —comentó Baker—. Tal vez consiga quedarme a solas con Vince y arrancarle la verdad. No tiene agallas. Después podría pillar a Mike y Billy. Ray obtuvo ese anillo en una fraternidad universitaria de Luisiana. Abandonó en el segundo curso. —Hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre el borde del plato—. Supongo que podríamos intentarlo, muchacho. Pero te prevengo que lo más probable es que no consigamos inculparlos. Son feroces y cobardes como una jauría de hienas, pero ellos viven aquí y tú eres un caminante sordomudo. Si consiguen librarse, se ensañarán contigo.

Nick reflexionó. Recordó cómo lo habían golpeado, y cómo Ray había dicho: «El muy hijoputa me pateó. Voy a darle una lección que no olvidará». Y cómo le habían arrancado de la espalda la mochila, su vieja compañera de los dos últimos años de peregrinaje.

Escribió y subrayó la palabra «Intentémoslo».

Baker suspiró y asintió con la cabeza.

—Está bien. Vince Hogan trabaja en el aserradero... Bueno, no precisamente. Lo que más hace es holgazanear. Iremos allí a las nueve, y quizá consigamos hacerlo cantar.

Nick asintió con la cabeza.

—¿Cómo está tu boca? El doctor Soames dejó unos comprimidos. Dijo que era de esperar que sufrieras dolores muy intensos.

Nick volvió a asentir, tristemente.

—Iré a buscarlos. Están... —Se interrumpió y, en el mundo de película muda en el que vivía Nick, vio al *sheriff* estornudar varias veces—. Este es otro problema —continuó, pero ahora se había vuelto y Nick sólo captó la primera palabra—. Estoy pillando un resfriado de mil demonios. Vaya, ¿no es maravillosa la vida? Bienvenido a Arkansas, muchacho.

Cogió los comprimidos y se los entregó a Nick junto con un vaso de agua. Luego se masajeó la mandíbula. Allí tenía una hinchazón manifiesta y dolorosa. Glándulas inflamadas, tos, estornudos... Sí, le aguardaba una jornada estupenda.

Larry despertó con una resaca que podría haber sido peor, con un asqueroso regusto en la boca y con la sensación de que no se hallaba en el lugar debido.

La cama era de una plaza, pero tenía dos almohadas. Le llegó el olor de tocino frito. Se sentó y vio por las ventanas otro día gris de Nueva York. Lo primero que pensó fue que le había ocurrido algo espantoso a Berkeley. Empezó a recordar lo sucedido la noche anterior, y se dio cuenta de que lo que tenía delante era Fordham, no Berkeley. Se encontraba en un apartamento de un segundo piso en Tremont Avenue, y su madre se estaría preguntando dónde había pasado la noche. ¿Le había telefoneado? ¿Le había dado alguna excusa por su ausencia?

Bajó las piernas de la cama y encontró un paquete de Winston arrugado, con un ridículo cigarrillo dentro. Lo encendió con un Bic verde. Sabía a excremento de caballo. En la cocina, seguía crepitando el tocino frito, como la estática de una radio de onda corta.

La chica se llamaba María y había dicho que era... higienista oral, o algo parecido. Larry no sabía si era experta en higiene, pero resultaba sobresaliente en lo de oral. Recordó vagamente que lo había chupado como si fuese una piruleta. Crosby, Stills y Nash, en el pequeño estereo de la sala de estar, cantaban acerca de cuánta agua había pasado por debajo del puente, del tiempo que habíamos desperdiciado por el camino. Si la memoria no le fallaba, María no había desperdiciado demasiado tiempo. María había quedado un poco abrumada al descubrir que *él* era Larry Underwood. ¿Acaso en una pausa de su maratón sexual vespertina no habían salido a la calle en busca de una tienda de discos para comprar *Baby, Can You Dig Your Man*?

Gimió y trató de reconstruir el día anterior desde su comienzo hasta su desenlace frenético y devorador. Los Yankees no estaban en la ciudad, eso sí pudo recordarlo. Cuando se despertó, su madre ya se había ido a trabajar, pero le dejó una nota sobre la mesa de la cocina: «Larry, los Yanks no jugarán aquí hasta el 1 de julio. También jugarán el 4 de julio. Si ese día no tienes nada que hacer, ¿por qué no llevas a tu madre al estadio? Te compraré cerveza y salchichas. Hay huevos y salchichas en el frigorífico, y rollitos dulces en la panera, sé que te gustan. Cuídate mucho». Había una típica posdata de Alice Underwood: «La mayoría de tus antiguos compinches se han largado, en buena hora; pero creo que Buddy Marx trabaja en la imprenta de Stricker Avenue».

Le bastaba pensar en esa nota para estremecerse. Ni un «querido» antes de su nombre ni un «con cariño» antes de la firma. Alice Underwood no creía en sentimentalismos. Lo concreto estaba en la nevera. Mientras él dormía, descansando de su larga travesía por el país, su madre había salido y había llenado el frigorífico con todo lo que a él le gustaba. Su memoria era tan perfecta que asustaba. Un jamón Daisy en lata. Un bote de mantequilla natural... ¿Cómo diablos podía permitirse esos lujos con su salario? Latas de cola-cola. Salchichas Deli. Un bistec ahumado, que ya se marinaba en la salsa especial de Alice, y dos kilos de helado de chocolate Baskin-Robbins en el congelador. Junto con pastel de queso Sara Lee, de los que tienen cerezas por encima.

Siguiendo un impulso, se dirigió al cuarto de baño, no para descargar la vejiga sino para comprobar el botiquín de las medicinas. Un cepillo de dientes nuevo colgaba del viejo soporte del que habían colgado todos los cepillos de dientes de su infancia, uno tras otro. En el armario había también un paquete de maquinillas de afeitar desechables, crema de afeitar Barbasol, incluso un frasco de colonia Old Spice. Se quedó allí mirando todas esas cosas. Luego cogió el tubo de pasta dentífrica y lo sostuvo en la mano. Nada de «querido», nada de «te quiere, mamá». Sólo un cepillo de dientes nuevo, pasta dentífrica sin abrir, un nuevo frasco de colonia. El cariño auténtico, pensó, no necesita palabras edulcoradas. Comenzó a lavarse los dientes, preguntándose si debería haber una canción para todo esto.

En ese momento entró la higienista oral interrumpiendo sus pensamientos, vestida sólo con unas braguitas rosa.

—¡Hola, Larry! —exclamó.

Era de baja estatura, bonita, con un vago aire de Sandra Dee, y pechos firmes, sin el menor atisbo de flaccidez. ¿Cómo era aquel viejo chiste? Eso es... Tiene un par de 38 y una pistola

auténtica. Ja, ja, muy divertido. Había recorrido cuatro mil quinientos kilómetros para pasar la noche dejándose devorar por Sandra Dee.

—Hola —respondió él y se levantó.

Estaba desnudo pero sus ropas descansaban al pie de la cama. Empezó a vestirse.

—Tengo una bata que puedes ponerte, si quieres. Preparé ahumado y tocino.

¿Arenque ahumado y tocino? Su estómago empezó a crispase, espantado.

—No, cariño. Debo darme prisa. Tengo que ver a una persona.

—Eh, no puedes dejarme plantada así...

—Es importante.

—Bueno, ¡yo también soy importante!

Empezaba a ponerse pesada y eso no le agradó. Pensó en Pedro Picapiedra gritando «¡WILMAAAAAA!», con toda la fuerza de sus pulmones de dibujos animados.

—Estás ejercitando tu estilo del Bronx, querida —dijo.

—¿Qué insinúas?

Ella apoyó las manos sobre las caderas y sus pechos brincaron de forma seductora... Pero no sedujeron a Larry, el cual se puso los pantalones y los abrochó.

—Nací en el Bronx, sí. Pero ¿eso me convierte en una negra? ¿Qué tienes contra el Bronx?

—Nada —respondió Larry, y se acercó a ella—. Escucha, la persona con la que estoy citado es mi madre. Hace dos días que he llegado a la ciudad y anoche ni siquiera la telefoneé, ¿recuerdas?

—No telefoneaste a nadie —refunfuñó ella—. ¿Seguro que es tu madre?

Él volvió a acercarse a la cama y se calzó los mocasines.

—Sí. Trabaja en el edificio del Chemical Bank como supervisora de piso.

—Apuesto a que tampoco eres el Larry Underwood que grabó ese disco.

—Puedes creer lo que quieras. Tengo prisa.

—¡Cerdo! —le espetó ella—. ¿Qué quieres que haga con todo lo que cociné?

—Tíralo al cubo de la basura.

Ella profirió un chillido de cólera y le arrojó la espátula. En cualquier otra ocasión habría errado. Una de las primeras leyes de la física estipula que una espátula arrojada por una higienista oral furiosa no seguirá jamás una trayectoria recta. Pero ésa fue la excepción que confirmó la regla. Una voltereta y ¡zas! Justo en la frente de Larry. No fue muy dolorosa, pero vio caer dos gotas de sangre sobre la alfombra cuando se agachó a recoger el utensilio.

Avanzó un par de pasos con la espátula en la mano.

—¡Debería darte una tunda! —la amenazó.

—Claro —exclamó ella, echándose a llorar—. ¿Por qué no? La gran estrella. Folla y se va. Pensé que eras un buen tipo. Pues no lo eres.

Unas lágrimas le corrieron por las mejillas y cayeron sobre el declive de los pechos. Larry miró fascinado cómo una de ellas quedaba colgando del pezón. Produjo el mismo efecto que una lupa. Vio los poros, y un pelo negro que brotaba del interior de laaréola. Jesús, me estoy volviendo loco, pensó.

—¡Debo irme! —dijo.

Su americana blanca estaba al pie de la cama. La recogió y se la echó sobre el hombro.

—¡No eres un buen tipo! —le gritó ella mientras pasaba a la sala—. ¡Me acosté contigo porque pensé que eras un buen tipo!

Lo que vio en la sala le hizo gemir para sus adentros. Encima del sofá en el que recordaba vagamente haber sido devorado, había por lo menos dos docenas de copias de *Baby, Can You Dig Your Mant* Sobre el plato del polvoriento estereofónico portátil había tres más. En la pared de enfrente se veía un póster gigantesco de Ryan O'Neal y Alice McGraw. Ser devorado significa no tener que pedir nunca perdón. Ja, ja. Vaya, sí que me estoy volviendo loco.

Ella estaba en el umbral del dormitorio, todavía llorando, patética con sus braguitas. Larry descubrió el corte que se había hecho en una espinilla al afeitarse las piernas.

—Telefonéame —dijo ella—. No estoy enfadada.

Él debería haber contestado «Claro que sí». Y así habría terminado todo. En cambio se oyó lanzar una risa absurda que remató con un:

—Se te están quemando los arenques ahumados.

Ella chilló y cruzó la estancia. Pero tropezó con una almohada y se cayó de bruces. Con un brazo, volcó una botella de leche e hizo caer también la botella vacía de escocés que se encontraba a su lado. Dios santo, pensó Larry, ¿hemos estado mezclando eso?

Larry salió rápidamente y bajó las escaleras a toda prisa. Al sortear los seis últimos escalones que conducían a la salida, la oyó vociferar desde el rellano de arriba:

—¡No eres un buen tipo! ¡No lo eres!

Cerró de un portazo y se zambulló en la atmósfera brumosa y húmeda, saturada por el olor de los árboles en primavera y de grasa frita y de humo de cigarrillos. Aún llevaba consigo la ridícula colilla, consumida hasta el filtro. La arrojó al arroyo y aspiró una bocanada de aire fresco. Era maravilloso escapar de esa locura.

Arriba y detrás de él, una ventana se levantó estrepitosamente, y supo lo que vendría a continuación.

—¡Ojalá te pudras! —le gritó la higienista oral—. ¡Ojalá te caigas delante de un maldito metro! ¡No eres un cantante! ¡Eres una mierda en la cama! ¡Canalla! ¡Llévale esto a tu madre!

Una botella de leche salió volando por la ventana del dormitorio del segundo piso. Larry la esquivó. Estalló en la cuneta como una bomba, salpicando la calzada de fragmentos de vidrio. La siguió una botella de *whisky* escocés, que dio volteretas y se estrelló casi a sus pies. Fuese lo que fuese aquella chica, su puntería era aterradora. Echó a correr, cubriéndose la cabeza con el brazo. Aquella locura no terminaba nunca.

Desde detrás, le llegó un último alarido, triunfal y con una apropiada entonación del Bronx:

—¡Bésame el culo, chulo de mierda!

A continuación dobló en la esquina y enfiló el paso elevado. Se echó a reír histéricamente, mientras observaba los coches que pasaban por debajo.

—¿No podías haber manejado mejor todo este asunto? —se dijo—. Oh, tío, tenías que haberlo hecho de otra manera. Ha sido una escena muy mala. Tendrías que avergonzarte, tío.

Entonces se percató de que estaba hablando en voz alta y se le escapó otra serie de risas histéricas. De pronto experimentó una náusea vertiginosa en el estómago y cerró con fuerza los ojos. En su memoria se abrió un archivo del departamento de masoquismo y le oyó decir a Wayne Stuke: «En ti hay algo que es como morder papel de estaño».

Había tratado a aquella chica como una vieja puta después de una noche de juerga.

No eres un buen tipo.

Sí, lo soy. Lo soy.

Cuando los gorriones protestaron por su decisión de echarlos de su casa, los amenazó con llamar a la policía, y lo dijo muy en serio. ¿No había sido así? Claro que sí. La mayoría de ellos eran desconocidos, y le importaba un pimiento que les estallara una mina en el culo. Y Wayne Stuke, aquel bastardo, de pie en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho como el juez de la horca el día del juicio final.

Sal Doria dijo al salir: «Si esto es lo que les sucede a los tipos como tú, Larry, desearía que aún siguieses haciendo sesiones de ensayo...».

Abrió los ojos y corrió en busca de un taxi. Oh, sí. La observación amarga del amigo ultrajado. Pero si era un gran amigo, ¿qué estaba haciendo aquí remedándole? Fui un estúpido y a nadie le gusta ver cómo se porta un tipo estúpido. Ésa es la auténtica historia.

No eres un tipo agradable.

Soy un tipo agradable. Y, además, ¿eso qué importa?

Se acercaba un taxi y Larry le hizo señas. Pareció titubear un momento antes de pararse junto al bordillo. Larry recordó la sangre que tenía en la frente. Abrió la puerta y subió antes de que el taxista cambiase de opinión.

—Manhattan. Al edificio del Chemical Bank en Central Park —dijo.

—Tiene un corte en la frente —le advirtió el taxista.

—Una chica me arrojó una espátula —contestó Larry.

El taxista le ofreció una mueca de conmiseración y emprendió la carrera, dejando que Larry se instalase cómodamente y tratase de imaginar cómo iba a explicarte todo aquello a su madre.

Larry encontró a una negra de aspecto cansino en la planta del vestíbulo, la cual le explicó que le parecía que Alice Underwood se encontraba en el piso 24, realizando un inventario. Tomó un ascensor. Sabía que los otros ocupantes le miraban la frente de reojo. La herida ya no sangraba, pero se había coagulado de manera visible.

El piso 24 albergaba las oficinas de una compañía japonesa de cámaras fotográficas. Larry recorrió los pasillos durante casi veinte minutos, buscando a su madre y sintiéndose algo ridículo. Allí había montones de ejecutivos occidentales, pero se veían suficientes japoneses para hacer que se sintiera un memo bastante alto. Los hombres y mujeres diminutos, con sus ojos sesgados, le miraban la frente y su ensangrentada chaqueta con impasible parsimonia oriental.

Por fin localizó una puerta con el letrero de VIGILANCIA Y LIMPIEZA detrás de un gran helecho. Tanteó el pomo. No estaba cerrada y atisbo en el interior. Su madre se encontraba allí, con su soso uniforme gris, con medias gruesas y zapatos de suela de corcho. Llevaba el cabello recogido en una redecilla negra. Le estaba dando la espalda. En una mano sostenía una tablilla para hacer anotaciones y parecía estar contando las botellas de limpiacristales que había en un estante alto.

Larry sintió un fuerte impulso de darse la vuelta y salir corriendo, regresar al garaje situado a dos manzanas del edificio de apartamentos de su madre y marcharse con el Z. A la mierda con los dos meses de alquiler por adelantado que debía pagar por la plaza de aparcamiento. Meterse en el coche y pirárselas. Pero ¿pirárselas adonde? A cualquier parte. Bar Harbor, Maine, Tampa, Florida, Salt Lake City, Utah. Cualquier lugar sería bueno, cualquiera donde no estuviese Dewey y ese cuarto que olía a jabón. No sabía si eran las lámparas fluorescentes o el corte de su frente, pero comenzó a sentir un jodido dolor de cabeza.

Oh, deja de lloriquear, maldito mariquita.

—Hola, mamá —dijo.

Ella se asustó un poco, pero no se volvió.

—Hola, Larry. Has sabido no perderte por la ciudad.

—Claro —arrastró los pies—. Quería disculparme. Debí llamarte anoche...

—Sí... Buena idea...

—Me quede con Buddy. Salimos a dar una vuelta por la ciudad...

—Ya imaginé que sería eso. O algo parecido.

Arrastró con el pie un pequeño taburete, se subió y comenzó a contar las botellas de encerador de suelos en el estante superior, tocando cada una levemente. Alargó la mano y, al hacerlo, el vestido se le subió y él pudo ver encima de la parte superior de las medias la carne blanca de sus muslos, por lo que apartó la vista, recordando de repente, y sin venir a cuento, lo que le había sucedido al tercer hijo de Noé cuando vio a su padre yacer borracho y desnudo en su jergón. El pobre tipo había acabado haciendo de leñador y de aguador para siempre. Él y todos sus descendientes. Y ésa es la razón de que hoy tengamos disturbios raciales. Alabado sea Dios.

—¿Es todo lo que has venido a decirme? —le preguntó ella, dándose la vuelta para mirarle por primera vez.

—Vine a decirte dónde estaba y a disculparme. Obré muy mal.

—Sí —repitió ella—. Pero ya conocemos tu lado malo, Larry. ¿Creías que lo había olvidado? Él enrojeció.

—Mamá, escucha...

—Estás sangrando... ¿Alguna fulana te ha golpeado en un arrebato?

Se volvió de nuevo hacia los estantes y, tras haber contado la doble hilera de botellas, hizo una anotación en la tablilla.

—Alguien nos ha birlado dos frascos de cera para suelos esta semana pasada —observó—. Dichosos ellos...

—He venido a quedarme y lo siento mucho... —dijo Larry.

Ella no se impresionó, pero él sí. Un poco.

—Geoghanm caerá sobre nosotras si esa maldita cera para suelos no deja de desaparecer.

—No me he visto envuelto en una pelea callejera, ni tampoco he estado en ningún tugurio de fulanas. No ha sido nada de eso. Sólo fue...

Ella se dio de nuevo la vuelta, con las cejas arqueadas de aquella irónica manera que él recordaba tan bien.

—¿Entonces qué fue?

—Pues... —No pudo dar con una mentira convincente—. Fue... hum... eh... una espátula...

—¿Te confundió alguien con un huevo frito? Menuda noche habéis pasado Buddy y tú en la ciudad...

Él se había olvidado de que ella le daba cien vueltas, y que probablemente siempre sería así.

—Fue una chica, mamá. Me la arrojó.

—Pues debe tener muy buena puntería —respondió Alice Underwood y se volvió otra vez—. Esa condenada Consuelo otra vez está escondiendo los formularios para pedir material. No es que sirvan de mucho; nunca conseguimos todo el que necesitamos.

—Mamá, ¿estás enfadada conmigo?

De repente, las manos de ella le cayeron a los costados. Sus hombros se derrumbaron.

—No te enfades conmigo —susurró Larry—. ¿Verdad que no? ¿Eh?

Ella se volvió y Larry vio un extraño brillo en sus ojos. Bueno, supuso que era extraño, pero no estuvo seguro de si lo originaban los fluorescentes. Oyó a la higienista oral decir una vez más: «No eres un tipo agradable». ¿Por qué se había molestado en regresar a casa si iba a hacerle todo aquello... sin tener en cuenta lo que ella le estaba haciendo?

—Larry —le dijo su madre con tono cariñoso—. Oh, Larry, Larry...

Por un momento pensó que no iba a decir nada más. Incluso se permitió confiar en que así fuese.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre? «No te enfades conmigo, mamá, por favor, no te enfades». Te he escuchado por la radio, y aunque no me gusta esa canción tuya, estoy orgullosa de que seas tú quien la cante. La gente me pregunta si de veras eres mi hijo, y yo respondo que sí, que es Larry. Les digo que siempre cantas, y eso no es mentira, ¿verdad?

Él movió la cabeza, sin atreverse a hablar.

—Les cuento que cogiste la guitarra de Donny Roberts cuando empezabas el instituto y que tocaste mejor que él durante media hora. Posees talento, Larry; nadie tiene que decírmelo, y menos aún tú. Supongo que lo sabes, porque es la única cosa de la que nunca te oí quejarte. Luego te marchaste. ¿Y te he hecho recriminaciones acerca de eso? Los jóvenes siempre se van, es lo más natural del mundo. A veces duele pero eso es también natural. Ahora vuelves. ¿Tiene alguien que explicarme la razón? No. Has vuelto porque, con supervenías de discos o sin ellas, te has metido en alguna clase de lío en la costa Oeste.

—¡No estoy metido en problemas! —repuso él.

—Claro que sí. Conozco los signos. He sido tu madre durante muchísimo tiempo y no puedes engañarme, Larry. Los problemas son algo que siempre has andado buscando. A veces creo que sales a la calle sólo para pisar mierda de perro. Que Dios me perdone por decir una cosa así... pero Dios sabe que es verdad. ¿Que si estoy enfadada? No. ¿Decepcionada? Sí. Había confiado en que cambiarías allí. Pero no lo has hecho. Te fuiste como un niño en el cuerpo de un hombre y regresas de la misma manera, excepto que el hombre se ha dejado crecer el pelo. ¿Sabes por qué creo que has vuelto a casa?

Él la miró deseoso de hablar; pero sabiendo que la única cosa que sería capaz de decir, si no quería que ambos se volviesen locos sería: «No llores, mamá, por favor...».

—Creo que has regresado a casa porque no tenías otro sitio al que ir. No conocías a nadie más que te acogiese. Nunca he comentado nada acerca de ti a nadie, Larry, ni siquiera a mi propia hermana; pero puesto que me empujas a hacerlo, te diré qué es lo que opino de ti. Creo que eres un pícaro, siempre lo has sido. No eres *malo*, no es eso lo que quiero decir. En los lugares donde tuvimos que vivir después de que murió tu padre, te habrías vuelto malo, de haber algo malo en ti, bien lo sabe Dios. Me parece que lo peor que te he sorprendido haciendo ha sido escribir palabrotas en la portería de aquel sitio de Carstairs Avenue, en Queens. ¿Te acuerdas?

Lo recordó. Ella le había escrito con tiza en la frente aquella misma palabra y luego le hizo dar tres veces la vuelta a la manzana. Nunca más había escrito aquella palabra, ni ninguna otra, en un edificio, muro o porche.

—Lo peor, Larry, es que tú *pareces* bueno. A veces creo que sería una bendición que te hubieras convertido en algo peor. En realidad, pareces saber lo que está mal, pero no cómo

evitarlo. Y yo tampoco lo sé. Probé todo cuanto se me ocurrió cuando eras pequeño. Escribir aquella palabra en tu frente fue sólo una de esas cosas. En aquel momento estaba desesperada, de otro modo jamás te habría hecho algo así. Eres un fresco, eso es todo. Regresaste a casa conmigo, porque sabías que tenía algo que dar. No a todos, pero sí a ti.

—Me iré —replicó con amargura—. Esta tarde.

Luego pensó que quizá no podía *permitirse* marcharse, por lo menos hasta que Wayne le mandara el próximo cheque de derechos de autor, o lo que le quedase tras acabar de alimentar a aquellos sabuesos hambrientos de Los Ángeles. En lo que se refería a gastos corrientes, estaba el alquiler del aparcamiento para el Datsun Z, y un fuerte pago que tenía que enviar el viernes. Y después de la juerga de anoche, que había comenzado de modo tan inocente con Buddy, su prometida y la higienista oral, una chica muy agradable del Bronx, Larry, te encantará, con un gran sentido del humor, estaba casi sin blanca. No. Para decirlo con mayor exactitud, se encontraba en auténtica bancarrota. Aquel pensamiento le dio pánico. Si dejaba a su madre, ¿adónde iría? ¿A un hotel? El portero de cualquier hotel que no fuese un tugurio le diría que ahuecara el ala. Llevaba buena ropa, pero ellos lo sabían. No sabía cómo, pero, de alguna forma, aquellos bastardos lo sabían. Podían *oler* una cartera vacía.

—No te vayas —musitó ella—. No lo hagas, Larry. Te he comprado comida especial. Pensé que esta noche podríamos jugar un poco al *gin rummy*.

—Mamá, tú no puedes jugar —le respondió con una leve sonrisa.

—A centavo el punto, le puedo dar una paliza a un chico como tú.

—Tal vez si te concedo cuatrocientos puntos de ven taja...

—Escucha, niño —repuso ella—. Quizá sea yo la que deba darte los cuatrocientos puntos. Quédate, Larry. ¿Qué me dices?

—De acuerdo —contestó.

Por primera vez en aquel día se sintió bien. Bien de verdad. Una vocecilla interior le susurró que estaba apostando de nuevo, el mismo viejo Larry, tratando de liberarse; pero se negó a escuchar. A fin de cuentas, era su *madre*. Y se lo había *pedido*. Ciertamente que había ido precedido de cosas desagradables. Pero pedir era pedir.

—Verás. Compraré las entradas para el partido del Cuatro de Julio. Podré hacerlo con lo que te desplume esta noche.

—No podrías desplumar ni a un canario —bromeó ella, y se volvió hacia los estantes—. Hay un lavabo en el vestíbulo. ¿Por qué no vas y te limpias la sangre de la frente? Coge diez dólares de mi bolso y vete a ver una película. Aún quedan algunos buenos cines en la Tercera Avenida. Lo único que tienes que hacer es alejarte de esos antros de la Cuarenta y nueve y Broadway.

—Dentro de poco podré darte dinero —repuso Larry—. Esta semana estoy en el puesto dieciocho de la lista de principales. Lo comprobé en *Sam Goody* antes de venir.

—Eso es maravilloso. Pero, si estás tan forrado, ¿por qué no te compras un ejemplar en vez de limitarte a mirarlo?

De repente se produjo una especie de atasco en su garganta.

—Bueno, no te preocupes —prosiguió ella—. Mi lengua es como un caballo con mal genio. En cuanto empieza a correr, tiene que seguir hasta derrengarse. Ya lo sabes. Coge quince, Larry... Considéralo un préstamo. Supongo que lo recuperaré de una manera u otra.

—Claro que sí —repuso Larry.

Se acercó a su madre y le tiró del borde del vestido como un niño. Ella miró hacia abajo. Él se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, mamá.

Ella pareció desconcertarse, no por el beso sino por sus palabras y la forma de decirlas.

—Vaya, Larry, eso ya lo sé —respondió.

—Respecto de que tengo problemas... Sí, tengo algunos, pero es...

La voz de ella replicó con frialdad:

—No quiero oír nada de eso...

—Está bien. Dime, mamá... ¿cuál es el mejor cine de por aquí?

—El Lux Twin. Pero no sé qué dan.

—No importa. ¿Sabes qué creo? Que hay tres cosas que puedes encontrar en cualquier lugar de Estados Unidos, pero que sólo las encontrarás buenas en la ciudad de Nueva York.

—¿De veras? ¿Cuáles son?

—Películas, béisbol y *hot dogs* en Nedick's.

Ella se echó a reír.

—No eres tonto, Larry... Nunca lo has sido.

Larry fue al lavabo de caballeros y se lavó la sangre de la frente. Luego regresó y besó otra vez a su madre. Y sacó quince dólares del desgastado bolso negro.

Después se fue a ver la película del Lux, y vio a un loco y maligno fantasma llamado Freddy Krueger que se tragaba a unas cuantas adolescentes en la arena movediza de sus propios sueños, donde todas, menos la heroína, morían. Freddy Krueger también parecía morir al final, pero aquello resultaba difícil de decir y, dado que la película tenía un número romano después del nombre, y gozaba de buena aceptación, Larry pensó que el hombre con las navajas en lugar de los dedos regresaría, sin saber que el ruido persistente en la fila de atrás, indicaba el final de todo aquello. No habría más continuaciones y, dentro de muy poco tiempo, tampoco darían en absoluto más películas.

Un hombre tosía en una butaca detrás de él.

En el rincón más alejado del salón había un reloj de caja. Durante toda su vida Frannie Goldsmith había oído su mesurado tictac y sus toques. Recapitulaba en aquella estancia, que nunca le había gustado y que en días como hoy odiaba con toda el alma.

Su lugar favorito de la casa era el taller de su padre. Se encontraba en el cobertizo que comunicaba la vivienda con el granero, y entraba en él a través de una puerta de apenas metro y medio de altura y casi oculta detrás del viejo fogón de la cocina. Para empezar, la puerta era bastante inusual: pequeña y disimulada como las que aparecen en los cuentos de hadas y en las fantasías. Cuando se hizo mayor y más alta, tuvo que agacharse como su padre. Su madre nunca iba al taller, a menos que tuviese absoluta necesidad. Era una puerta como las de *Alicia en el País de las Maravillas* y, durante algún tiempo, su juego secreto, incluso para su padre, era el de que un día abriría la puerta y no encontraría el taller de Peter Goldsmith, sino un pasaje subterráneo que llevaría a alguna parte desde el País de las Maravillas a Hobbiton, un túnel corto pero muy gracioso con lados redondeados, de tierra, y un techo en el que se entrelazaban poderosas raíces con las que podías hacerte un buen chichón en la cabeza. Un túnel que no oliese a tierra húmeda y mojada, a bichos asquerosos y gusanos, sino que tuviese aroma de cinamomo y de pastel de manzana al horno, un túnel que acabase en alguna parte de la despensa de Bag End, donde Bilbo Baggins celebrase la fiesta de su tropecientos cumpleaños.

Pero aquel curioso túnel nunca había llevado a esos lugares. Para Frannie Goldsmith, que había crecido en aquella casa, era suficiente con que condujera al taller de su padre, al que éste, a veces llamaba almacén de herramientas, en tanto para su madre era «ese asqueroso lugar donde va tu padre a beber cerveza». Herramientas extrañas y chismes raros. Un gran armario con mil cajones, todos atiborrados. Clavos, tornillos, brocas, papel de lija (de tres clases: áspero, más áspero y muy áspero), cepillos, niveles y todas las demás cosas para las que ella aún no tenía nombres y debía dárselo. En el taller reinaba la oscuridad, salvo la entelarañada bombilla de cuarenta vatios que colgaba desnuda de un cable y el brillante haz de la lámpara Tensor, que siempre enfocaba aquello en lo que su padre estaba trabajando. Se percibían olores de polvo, aceite y humo de pipa. Para ella parecía existir la regla de que todos los padres deben fumar:

Pipa, puros, cigarrillos, marihuana, hachís, hojas de lechuga, cualquier cosa. En realidad, el olor a humo formaba parte de su propia infancia.

«Alcánzame esa llave inglesa, Frannie. No... la pequeña. ¿Qué has hecho hoy en la escuela? ¿De veras? ¿Y por qué te quería tirar al suelo Ruthie Sears? Sí, muy feo. Sí, un arañazo muy feo. Pero entona con el color de tu vestido, ¿no crees? Pues ahora deberías buscar a Ruthie Sears para que te derribe otra vez y te haga un arañazo en la otra pierna. Así harán juego los arañazos. Pásame ese destornillador grande. No, el de mango, amarillo...».

«¡Frannie Goldsmith! Sal de ese sitio asqueroso ahora mismo y cámbiate la ropa del colegio... ¡Te vas a manchar!».

Incluso en la actualidad, a los veintiuno, podía entrar agachada por aquella puerta y quedarse de pie entre la mesa de trabajo y aquella vieja estufa Franklin que daba un calor tan potente en invierno, y captar todo lo que había sentido cuando era una pequeña Frannie Goldsmith que se iba haciendo mayor en aquella casa. Resultaba una sensación, casi siempre entremezclada de tristeza, puesto que apenas recordaba a su hermano Fred, cuyo propio crecimiento había quedado interrumpido de forma tan brusca. Se quedaba allí y olía el aceite que lo impregnaba todo, el moho, la pipa de su padre. Casi no lograba recordarse a sí misma tan pequeña, tan extrañamente pequeña; pero a veces sí lo conseguía, y resultaba una sensación muy agradable.

Y ahora el salón.

El salón.

Si el taller constituía todo lo bueno de la infancia, simbolizado por el olor de la pipa de su padre (el cual a veces le soplaba suavemente humo en la oreja cuando ella tenía dolor de oídos, siempre después de hacerle prometer que no se lo diría a Carla), el salón, por el contrario, constituía todo aquello de la infancia que desearía olvidar. «¡Hablar cuando había que hacerlo! ¡Es más fácil de romper que de arreglar! Vete arriba ahora mismo y cámbiate de

ropa, ¿no sabes que eso es lo que se debe hacer? ¿Es que no piensas nunca? No te rasques, la gente creará que tienen pulgas. ¿Qué pensarán tío Andrew y tía Carlene? ¡Me haces pasar una vergüenza mortal!». El salón era el sitio donde tenías que mantener la boca cerrada, donde te picaba y no te podías rascar; el salón estaba lleno de órdenes inapelables, conversaciones aburridas, parientes que te pellizcaban en las mejillas, dolores o estornudos que reprimir, toses que habías de contener y, sobre todo, bostezos que disimular.

Y el centro de esa estancia lo constituía el reloj, donde habitaba el espíritu de su madre. Había sido fabricado en 1889 por el abuelo de Carla, Tobías Downes, y obtuvo casi de inmediato el estatus de reliquia familiar, viajando por ahí durante el transcurso de los años, cuidadosamente envuelto y asegurado, en las mudanzas de una parte del país a otra. Había llegado a la vida originariamente en Buffalo (Nueva York), donde estaba el taller de Tobías, un lugar que sin duda debió estar tan ahumado y sucio como el propio taller de Peter, aunque un comentario de esta clase hubiera sorprendido a Carla por creerlo inadecuado. Iba de una rama a otra de la familia cuando el cáncer, un ataque cardíaco o un accidente afligía a alguna de ellas. El reloj llevaba en el salón desde que Peter y Carla Goldsmith se trasladaron a la casa, hacía ya treinta y seis años. Allí lo habían colocado y allí permanecía, con sus variados campanilleos, marcando los segmentos de un tiempo fugitivo. Algún día el reloj sería de ella, si lo deseaba, reflexionó Frannie mientras miraba la conmovida y pálida cara de su madre. ¡Pero yo no lo quiero! ¡No lo quiero y nunca lo tendré!

En esa sala había flores secas bajo campanas de cristal. También una alfombra color gris paloma con rosas de color apagado representadas en la lanilla. Había asimismo una graciosa ventana arqueada con un panorama desde la colina hasta la carretera 1, con un macizo de alheña entre ella y los terrenos de la casa. Carla había perseguido a su marido con lúgubre fervor hasta que éste plantó el seto justo detrás de la estación de servicio Exxon, en la curva. Una vez allí, continuó dando la lata a su marido para que consiguiera que creciese deprisa. Incluso un fertilizante radiactivo, pensó Frannie, hubiese sido aceptable para ella de haber servido para este fin. La estridencia de sus recriminaciones en lo referente al macizo de alheña fueron disminuyendo a medida que el seto se hacía más alto, y supuso que desaparecerían en otro par de años, cuando al fin el arbusto alcanzase altura suficiente para ocultar por completo aquella ofensiva estación de servicio de modo que el salón permaneciese de nuevo inviolado.

Por lo menos se acabaría aquel asunto.

Esparcidas en el papel de la pared había grandes hojas verdes y flores rosadas casi de la misma tonalidad que las rosas de la alfombra. Muebles primitivos norteamericanos y una serie de puertas dobles de caoba oscura. Una chimenea con fines decorativos en la que un tronco de abedul reposaba eternamente sobre un hogar de ladrillos rojos, siempre immaculados. Frannie supuso que aquel tronco estaría ya tan seco que ardería como papel si le pegase fuego. Por encima del tronco había una olla casi tan grande como para que un chiquillo se bañase en ella. La había aportado la bisabuela de Frannie, y allí estaba suspendida por encima de aquel incólume leño, tan eterna como él. Sobre la repisa, para terminar esta parte de la descripción, se encontraba el eterno mosquetón de chispa.

Segmentos de tiempo de una era yerma.

Uno de los primeros recuerdos fue el de haberse orinado en la alfombra color gris paloma con aquellas rosas oscuras representadas en la lanilla. Debía de tener por entonces tres años; no llevaba demasiado tiempo sin pañales, y probablemente tampoco le dejaran entrar en el salón, excepto en ocasiones muy especiales, a causa de la posibilidad de accidentes. Pero de algún modo había penetrado y, al ver a su madre, que no simplemente corría hacia ella sino que volaba para atraparla antes de que pudiera ocurrir lo impensable, aquello había desencadenado que sucediera. Su vejiga se vació, la mancha se expandió y la alfombra gris paloma comenzó a transformarse en gris pizarra oscuro alrededor de su culito, todo lo cual provocó en su madre auténticos chillidos. La mancha finalmente desapareció; pero ¿después de cuántas sesiones de frotarla con champú? El Señor lo sabría, pero Frannie Goldsmith no.

Fue en ese salón donde su madre le habló severamente, de forma explícita y extensa, después de haberla pillado a ella y a Norman Burstein examinándose el uno al otro en el granero, con sus ropas amontonadas en un amistoso lío sobre una bala de heno. ¿Le gustaría, le preguntó Carla mientras el reloj del abuelo campanilleaba de forma solemne, que se llevase a Frannie a dar un paseo arriba y abajo de la carretera 1 sin ninguna ropa puesta? ¿Cómo estaría eso? Frannie, que entonces tenía seis años, había llorado, pero de algún modo evitó la histeria que acarrearía aquella perspectiva.

Cuando tenía diez años se había estrellado con la bicicleta contra un buzón cuando miraba hacia atrás para gritarle algo por encima del hombro a Georgette McGuire. Se hizo un corte en la cabeza, le sangró la nariz, se laceró ambas rodillas y quedó inconsciente unos momentos. Luego se puso en pie y emprendió el camino de la entrada a su casa, llorando, horrorizada por la visión de la sangre de sus heridas. Hubiera ido a ver a su padre, pero como estaba en el trabajo, entró tambaleándose en el salón donde su madre se encontraba sirviendo el té a las señoras Venner y Prynne. «¡Fuera de aquí! —le gritó y, al instante corría ya hacia Frannie, abrazándola y exclamando—: ¡Oh, Frannie, oh querida, que le ha pasado a tu pobre nariz!». Pero todo esto llevándose a Frannie a la cocina, donde podría ya gotear la sangre en el suelo. Frannie no olvidó nunca aquellas primeras palabras («¡Fuera de aquí!»). Su primera preocupación fue el salón, donde moraba aquella edad perdida y donde la sangre no estaba permitida. Tal vez tampoco lo olvidó la señora Prynne, porque, incluso a través de las lágrimas, Frannie había visto una expresión conmocionada y atribulada en su rostro. Después de aquel día, la señora Prynne se convirtió en alguien que llamaba cada vez más de tarde en tarde.

En su primer año de instituto, le pusieron una mala calificación de comportamiento en el boletín de notas. Naturalmente, fue invitada, en el salón, a discutir aquella nota con su madre. En el último año de instituto, tuvo tres períodos de retraso por notas bajas, y también hubo que discutir aquello con su madre en el salón. Allí fue donde trataron acerca de las ambiciones de Frannie, y siempre acababa todo en una enorme pérdida de tiempo. Y era también allí donde discutían las quejas de Frannie, y se llegaba a la conclusión de que resultaban injustificadas, por no mencionar los gimoteos, los lloriqueos y las acusaciones de desagradaída.

Fue asimismo en el salón donde instalaron el ataúd de su hermano sobre un caballete adornado con rosas, crisantemos y lirios del valle, con su seco perfume impregnando la estancia, mientras en el rincón el impasible reloj seguía campanilleando segmentos de tiempo.

—Estás embarazada —repitió Carla Goldsmith por segunda vez.

—Sí, madre. —Su voz resultó muy seca pero no se permitió humedecerse los labios. En vez de ello, los apretó.

Pensó: En el taller de mi padre hay una niñita con un vestido rojo y siempre permanecerá allí, riéndose y escondiéndose debajo de la mesa con el torno de banco abierto en un lado, o acurrucada con las rodillas llenas de costras apretadas contra el pecho detrás del gran armario de herramientas de los mil cajones. Aquella niña es muy feliz. Pero aquí, en el salón de mi madre, está una niña aún más pequeña, que no puede hacerse pipí en la alfombra como un maldito cachorro malo. Y también estará siempre aquí, sin importar lo mucho que desee irse.

—Oh, Frannie —exclamó su madre. Se pasó una mano por sus mejillas como una ofendida tía solterona.

—¿Y cómo ha podido suceder una cosa así?

Era la misma pregunta de Jesse. Aquello era lo que más la indignaba. Era la misma pregunta que él había formulado.

—Dado que tú has tenido dos hijos, madre, creo que sabes cómo ocurren esas cosas...

—¡Descarada! —exclamó Carla.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y destellaron aquel fuego que siempre había aterrado a Frannie. Estaba en pie de esa forma crispada que también la había aterrado tanto. Una mujer alta con un, impecable vestido verde y unas impecables medias *beige*. Se acercó a la repisa de la chimenea, donde siempre acudía en momentos de zozobra. Allí, debajo del mosquetón de chispa, descansaba un gran álbum de recortes. Carla era en cierto modo una genealogista aficionada, y toda su familia se encontraba en aquel libro. Se remontaba por lo menos a 1638, cuando sus más antiguos antepasados detectables se destacaron lo suficiente de la innominada multitud de londinenses como para quedar registrados en los archivos de alguna iglesia antigua, como Merton Downs. Francmasón. Su árbol familiar se había publicado cuatro años atrás en *The New England Genealogist*, con la propia Carla como recopiladora de los archivos.

Ahora acarició con los dedos aquel libro de nombres cuidadosamente reunidos, un lugar seguro donde nadie podría entrar. ¿No habría ladrones en algún lugar?, se preguntó Frannie. ¿Ni alcohólicos? ¿Ni madres solteras?

—¿Cómo has podido hacernos algo así? —preguntó al fin—. ¿Es de Jess?

—Sí. Él es el padre.

Carla retrocedió ante esta palabra.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —repitió—. Hemos hecho todo lo posible para educarte de manera correcta. Y esto es... es... —Se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar—. ¿Cómo has podido hacerlo? —gritó—. Después de todo lo que hemos hecho por ti, ¿ése es el pago que recibimos? ¿Qué te vayas por ahí y... y... lo hagas con un chico como una perra en celo? ¡Eres una perdida!

Se deshizo en sollozos, inclinándose en busca de apoyo en la repisa de la chimenea, tapándose los ojos con una mano y sin dejar de deslizar la otra por las tapas de paño verde del álbum de recortes. Mientras tanto, el reloj de caja prosiguió su tictac.

—Madre...

—¡No me llames así! ¡Ya has dicho lo suficiente!

Frannie estaba de pie, envarada. Sentía las piernas como si fuesen de madera, pero le temblaban.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse de sus ojos; pero las contuvo. No quería que aquella estancia la derrotara una vez más.

—Yo me haré cargo de todo.

—¡Has comido a nuestra mesa! —le gritó de repente Carla—. Te hemos querido... criado... ¡Y esto es lo que recibimos! ¡Eres una perdida! ¡Una *perdida*!

Frannie, cegada por las lágrimas, se tambaleó. Su pie derecho golpeó contra el tobillo izquierdo. Perdió el equilibrio y cayó hacia adelante con las manos extendidas. Se golpeó un lado de la cabeza contra la mesa del café y con una mano volcó un jarrón de flores que cayó encima de la alfombra. El florero no se rompió, pero el agua se derramó y convirtió el color gris paloma en gris pizarra.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamó Carla, en tono casi triunfal.

Las lágrimas habían formado unos hoyos negros debajo de los ojos y habían abierto surcos entre el maquillaje. Tenía un aspecto extraviado y medio enloquecido.

—Mira. Has estropeado la alfombra. La alfombra de tu abuela...

La chica se sentó en el suelo, frotándose la cabeza, llorando aún, deseando decir a su madre que sólo se trataba de agua; pero ya había perdido por completo las fuerzas y no estaba del todo segura. ¿Era sólo agua? ¿Serían orines? ¿O que...?

Moviéndose una vez más con aquella espectral rapidez, Carla Goldsmith recogió el jarrón y lo blandió hacia Frannie.

—¿Cuál será su siguiente paso, señorita? ¿Planeas quedarte aquí? ¿Esperas que te alimentemos y te alojemos mientras tú te vas de juerga por la ciudad? Eso es, supongo. ¡Pues no! ¡No voy a permitirlo! ¡No lo consentiré!

—No pienso quedarme —murmuró Frannie—. ¿Has creído que lo haría?

—¿Y adonde te irás? ¿Con él? Lo dudo.

—Imagino que con Bobbi Rengarten en Dorchester o Debbie Smith en Somersworth.

Frannie reunió fuerzas y se levantó. Todavía lloraba, pero también comenzaba a enfurecerse.

—Eso no es asunto tuyo...

—¿Qué no es asunto mío? —siseó Carla, sin dejar de sostener el jarrón—. ¿Que no es asunto *mío*? ¿Lo que hagas mientras aún sigas bajo mi techo no es asunto *mío*? ¡Eres una asquerosa desagradecida!

Abofeteó a Frannie, y lo hizo con fuerza. La cabeza de la chica se balanceó hacia atrás. Se frotó la mejilla, mirando con incredulidad a su madre.

—Ése es el pago que recibimos por enviarte a un buen colegio... —exclamó Carla, mostrando los dientes en una grotesca sonrisa inmisericorde—. Ya no pararás. Después de que te cases con él...

—No voy a casarme con él. Y no dejaré la universidad.

Los ojos de Carla se abrieron como platos y miró a Frannie como si ésta se hubiese vuelto loca.

—¿De qué estás hablando? ¿De un aborto? ¿Vas a ir a que te hagan abortar? ¿Serás una asesina además de una fulana?

—Voy a tener el niño. Perderé el semestre de primavera, pero puedo acabar en el próximo verano.

—¿Y con qué vas a acabar? ¿Con *mi* dinero? Si es eso, tendrás que pensarlo mejor. Una chica moderna como tú apenas necesita de la ayuda de sus padres, ¿no es así?

—Respecto de la ayuda ya veo que no —replicó Frannie en voz baja—. En lo que se refiere al dinero... pues... ya me las apañaré...

—¡No tienes vergüenza! Sólo piensas en ti misma —gritó Carla—. Dios mío, que esto tenga que pasarnos a tu padre y a mí... ¡Pero no te importa! A tu padre se le romperá el corazón y...

—No lo siento roto...

La calmosa voz de Peter Goldsmith llegó desde el umbral, por lo que ambas se dieron la vuelta. Estaba en la puerta, y no se alejó mucho de ella. Las punteras de sus botas de trabajo se detuvieron exactamente delante de donde empezaba la alfombra del salón que enlazaba con la más raída del pasillo. Frannie se percató de que no trataba de un lugar donde le había visto muchas veces antes. ¿Cuándo había sido la última vez que entró en el salón? No podía recordarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le gritó Carla—. Creía que hoy trabajabas hasta tarde.

—He hecho un cambio con Harry Masters —explicó Peter—. Fran ya me lo ha contado, Carla. Vamos a ser abuelos.

—¡Abuelos! —chilló ella, y soltó una risa malévola y confusa.

—Déjame esto a mí. Te lo dijo primero y me lo has ocultado. Muy bien. Eso es lo que cabía esperar de ti. Pero ahora voy a cerrar la puerta y las dos zanjaremos este asunto. —Sonrió a Frannie amenazadoramente. Puso la mano en el pomo de la puerta del salón y comenzó a cerrarla.

Frannie la observó, todavía aturdida, incapaz de comprender el súbito acceso de furia de su madre.

Peter alargó la mano con lentitud e impidió que la puerta acabase de cerrarse.

—Peter, quiero que me dejes esto a mí.

—Sé cómo lo haces. Y así lo he permitido en el pasado. Pero esta vez no, Carla.

—Esto no es asunto tuyo.

—Sí lo es... —replicó él con calma.

—Papá...

Carla se volvió hacia ella, con el semblante pálido que ahora aparecía moteado de rojo en los pómulos.

—¡No te dirijas a él! —gritó—. ¡No estás tratando con él! Ya sé que siempre le has engatusado con cualquier idea que hayas tenido o le has hablado con arrumacos para que se pusiera de tu parte, sin tener en cuenta lo que hubieras podido hacer, pero ahora no estás tratando con él, señorita...

—Basta ya, Carla.

—¡Fuera de aquí!

—Aún no he entrado.

—¡No te burles de mí! ¡Sal de mi salón!

Desquiciada, intentó cerrar la puerta, y al principio él la contuvo con facilidad, luego con mayor esfuerzo. Al final, se le hincharon los tendones del cuello, aunque ella fuese una mujer y pesara treinta y cinco kilos menos que él.

Frannie deseó gritarles que lo dejaran, decirle a su padre que se marchase, para que los dos no tuviesen que ver a Carla de aquella manera, con aquel repentino e irracional encono que siempre parecía aletear; pero que ahora había estallado.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi salón! ¡Fuera! ¡Bastardo, suelta esa maldita puerta y sal de aquí...!

Fue entonces cuando él la abofeteó.

El reloj del abuelo no se detuvo, ultrajado ante aquello, sino que siguió con su tictac como lo había hecho siempre. Pero las airadas palabras de Carla se detuvieron en seco.

Cayó sobre sus rodillas y la puerta se abrió por completo hasta chocar suavemente contra el alto respaldo de una silla victoriana con su funda bordada a mano.

—No, oh, no... —gimió Frannie.

Carla se llevó una mano a la mejilla y alzó la mirada hacia su marido.

—Hace diez o más años que te llevas mereciendo esto —observó Peter—. Siempre me he estado diciendo que no debía hacerlo, porque no soy un hombre aficionado a pegar a las mujeres. Y sigo pensando lo mismo... Pero cuando alguien, hombre o mujer, se convierte en un perro y comienza a morder, es necesario hacer algo. Sólo me hubiera gustado, Carla, haber tenido el ánimo suficiente para haberlo hecho antes. Eso nos hubiera lastimado menos a los dos.

—Papá...

—Descuida, Frannie —dijo sin crudeza—. Has dicho que ella es una egoísta —continuó Peter, mirando el rostro desencajado de su esposa—. Pero aquí la única egoísta eres tú. Dejaste de preocuparte cuando Fred murió. Decidiste entonces que querer a la gente podía

causar dolor, y llegaste a la conclusión de que era más seguro vivir sólo para ti misma. Y eso fue lo que hiciste una y otra vez. Este cuarto lo dedicaste a tu familia muerta y te olvidaste de la viva. Y cuando Frannie entró aquí y te contó que tenía problemas, cuando pidió que la ayudaras, estoy seguro de que lo primero que te cruzó por la cabeza fue preguntarte qué dirían las damas del club Flower and Garden, o si eso significaría que no podrías asistir a la boda de Amy Lauder. El dolor constituye una razón para cambiar; pero todo el dolor del mundo no puede cambiar los hechos. Has sido una egoísta.

La ayudó a incorporarse. Ella se puso en pie como una sonámbula. Su expresión no había cambiado. Conservaba los ojos muy abiertos, incrédulos; todavía no había vuelto a ellos aquella mirada implacable. Frannie pensó que aquello no tardaría en ocurrir.

—La culpa ha sido mía por permitírtelo a fin de no crear situaciones desagradables. Por no desear enfrentarme a los hechos. Ya ves, yo también he sido un egoísta. Y cuando Frannie se fue al colegio pensé: Bueno, ahora Carla ya tiene lo que quería y no podrá lastimar a nadie, excepto a sí misma, y si una persona no sabe que hiere a los demás, en ese caso los demás no deberían sentirse lastimados. Pero me equivoqué. Llevo mucho tiempo equivocándome, pero nunca tanto como ahora.

Con gentileza pero también firmeza, sujetó a Carla por los hombros.

—Y ahora voy a decirte una cosa como marido tuyo. Si Frannie necesita un lugar donde estar, ese lugar es este. Siempre lo ha sido. Si necesita dinero, lo tendrá de mi cartera, como hasta ahora. Y si decide conservar el bebé, ya verás cómo hace una fiesta apropiada. Tal vez creas que no asistirá nadie, pero ella tiene amigos muy buenos, y ellos lo harán. Y añadiré una cosa más: si desea que lo bauticen, se podrá hacer aquí mismo. Aquí, en este maldito salón.

La boca de Carla se abrió y comenzaron a surgir sonidos. Al principio se parecieron al silbido de una tetera encima del fogón. Luego se convirtió en un lúgubre quejido.

—Peter, el ataúd de tu hijo estuvo en esta estancia...

—Sí. Y por eso no puedo pensar en un sitio mejor para bautizar una nueva vida. La sangre de Fred. Sangre de *vida*. Fred lleva muerto muchos años, Carla. Hace mucho tiempo que es pasto de los gusanos.

La mujer comenzó a gritar y se llevó las manos a los oídos. Él se inclinó y se las apartó.

—Pero los gusanos no tienen nada que ver con tu hija y el bebé de tu hija. No importa cómo haya sido. Es algo vivo. Te comportas como si quisieras echarla, Carla. ¿Y qué tendrás si lo consigues? Nada, excepto este salón y un marido que te odiará por lo que hiciste. Será como si eliminases a tres personas a la vez: a mí, a Frannie y al propio Fred.

—Me voy al piso de arriba a acostarme —balbuceó Carla—. Tengo náuseas. Creo que será mejor que me eche.

—Yo te ayudaré —se ofreció Frannie.

—No me toques. Quédate con tu padre. Ambos lo habéis tramado todo. Pensáis destrozarme en esta ciudad... ¿Por qué no te instalas en mi salón, Frannie? Arroja barro en la alfombra, esparce las cenizas de la chimenea, encima de mi reloj... Adelante, hazlo.

Soltó una risotada histérica y empujó a su marido al cruzar hacia el pasillo. Parecía borracha. Peter intentó pasarle un brazo por los hombros. Ella enseñó los dientes y le bufó.

Sus risas se convirtieron en sollozos cuando comenzó a subir lentamente por la escalera, inclinándose sobre el pasamanos de ébano en busca de apoyo. Aquellos sollozos eran tan desolados que Frannie la compadeció intensamente. El rostro de su padre estaba lívido. Al llegar arriba, Carla se volvió y se balanceó de una manera tan alarmante que, por un momento, Frannie, creyó que se precipitaría hasta el pie de la escalera. Se quedó mirándolos y pareció que iba a hablar, pero se dio de nuevo la vuelta. Un momento después, cerró la puerta de su dormitorio.

Padre e hija se miraron, también desolados. El reloj del abuelo siguió con su inexorable tictac.

—No te preocupes —comentó Peter—. Cambiará de opinión.

—¿De veras? —preguntó Frannie.

Se acercó a su padre, se inclinó contra su pecho y él la abrazó.

—Yo no lo creo así —dijo ella.

—No importa. No debemos pensar en ello a partir de ahora.

—Pero yo sí he de hacerlo. Ella no quiere que yo esté aquí.

—Debes quedarte. Debes hallarte en casa cuando ella cambie de opinión y se percate de que aún *necesita* que te quedes. —Hizo una pausa—. Yo lo necesito, Frannie.

—Papá —dijo al tiempo que apretaba la cabeza contra su pecho—. Oh, papá. Lo siento, lo siento tanto...

—Chisst —le ordenó, y le acarició el cabello.

Por encima de la cabeza de Frannie vio cómo la luz de la tarde penetraba a través de las ventanas de arco, como siempre lo había hecho en el crepúsculo, dorada y serena, de la misma forma que la luz solar entra en los museos y en las cámaras mortuorias.

—Chisst, Frannie. Te quiero, hija mía...

Se encendió la luz, el compresor siseó y la puerta se abrió. El hombre que entró no llevaba escafandra, sólo un pequeño filtro nasal resplandeciente que se parecía un poco a uno de esos tenedores de plata de dos puntas con que se pinchan las aceitunas para sacarlas del frasco.

—Hola, señor Redman —dijo cruzando la habitación; tendió la mano, enfundada en un delgado guante, y Stu, sorprendido y a la defensiva, la estrechó—. Soy Dick Deitz. Denninger nos informó que piensa abandonar el juego si no le informamos de cómo va el marcador.

Stu asintió con la cabeza.

—Estupendo —prosiguió Deitz, y se sentó sobre el borde de la cama.

Era un hombre menudo, de tez cobriza. Sentado allí, con los codos apoyados sobre las rodillas, parecía un gnomo de una película de Disney.

—Bien. ¿Qué quiere saber?

—En primer lugar por qué no usa uno de esos trajes espaciales.

—Porque *Geraldo* dice que su caso no es contagioso.

Deitz señaló un conejillo de Indias que estaba detrás de la ventana de cristales dobles, encerrado en una jaula. Detrás de la jaula estaba Denninger, impassible.

—¿*Geraldo*, eh?

—*Geraldo* ha respirado el mismo aire que usted durante tres días, por un convector. La enfermedad que sufren sus amigos se transmite fácilmente de los seres humanos a los cobayas, y viceversa. Si su caso fuera contagioso, *Geraldo* ya habría muerto.

—Pero usted no se arriesga más de lo indispensable —comentó Stu, y señaló con el pulgar el filtro nasal.

Deitz respondió con una sonrisa cínica.

—¿Y cómo la he pillado yo?

Muy despacio, Deitz dijo:

—Cabello negro, ojos azules, un bronceado fantástico. —Se quedó mirándolo con fijeza—. No es muy divertido, ¿verdad?

Stu no respondió.

—¿Quiere pegarme?

—No creo que sirviera de nada...

Deitz suspiró y se rascó el puente de la nariz como si los filtros le molestasen.

—Escuche —dijo—. Cuando las cosas son serias, me dedico a gastar bromas. Otras personas fuman o mascan chicle. Es mi forma de mantenerme entero, eso es todo. No dudo que haya otras formas mejores. En lo que se refiere a la enfermedad que ha contraído, por lo que Denninger y sus colegas han podido averiguar, no tiene que preocuparse en absoluto.

Stu asintió aliviado. Sin embargo, tenía la impresión de que aquel gnomo había abandonado su cara de póquer ante su súbito y profundo alivio.

—¿Cuál es la enfermedad de los otros?

—Lo siento. Es un secreto.

—¿Cómo la pilló ese *Campion*?

—También es un secreto.

—Yo sospecho que *Campion* era militar. Y que en alguna parte se produjo un accidente. Como con aquellas ovejas de Utah, pero mucho peor.

—Redman, podrían enviarme a la cárcel sólo por decirle si está usted cerca o lejos de la verdad.

Stu se frotó su barba incipiente.

—Debería alegrarse de que no seamos más comunicativos —prosiguió Deitz—. Se da cuenta de eso, ¿verdad?

—Así puedo servir mejor a mi país —respondió Stu secamente.

—No, ése es el argumento de Denninger. En el ordenamiento general, Denninger y yo somos insignificantes; pero Denninger lo es aún más que yo. Él es un simple autómatas. Hay una razón más pragmática para que esté contento: usted también es un secreto, ¿sabe? Ha desaparecido de la faz de la tierra. Si supiera más, los que llevan la batuta podrían pensar que es más seguro que desaparezca definitivamente.

Stu no contestó. Estaba alelado.

—Pero no he venido para amenazarlo. Necesitamos su cooperación, señor Redman. Es indispensable.

—¿Dónde están las otras personas con las que vine aquí?

Deitz sacó un papel del bolsillo interior.

—Victor Palfrey, difunto. Norman Bruett, Robert Bruett, difuntos. Thomas Wannamaker, difunto. Ralph Hodges, Cheryl Hodges, difuntos. Christian Ortega, difunto. Anthony Leominster, difunto.

Los nombres dieron vueltas en la cabeza de Stu. Chris, el camarero, siempre guardaba un Louisville Slugger cargado debajo del mostrador, y el camionero que pensase que Chris sólo bromeaba respecto a usarlo se llevaría una desagradable sorpresa. Tony Leominster, que conducía aquel gran International, con el Cobra CB debajo del salpicadero; a veces frecuentaba la estación de Hap pero no estuvo allí la noche en que *Campion* se estrelló contra los surtidores. Vic Palfrey... ¡Mierda!, conocía a Vic de toda la vida; ¿cómo podía estar muerto? Pero lo que le había afectado más era la familia Hodges.

—¿Todos ellos? —se oyó preguntar—. ¿Toda la familia de Ralph?

Deitz volvió la hoja.

—No. La pequeña Eva de cuatro años aún vive.

—¿Cómo está?

—Lo siento. Eso también es un secreto.

La furia se apoderó de él inesperadamente. Se levantó, cogió a Deitz por las solapas y lo zarandeó.

Por el rabillo del ojo atisbo un movimiento de alarma detrás del cristal doble. Oyó un silbato lejano, amortiguado por el aislamiento acústico.

—¿Qué hicieron ustedes? —vociferó—. ¿Qué hicieron? En nombre de Dios, ¿qué hicieron?

—Señor Redman...

—¡Dígame qué coño hicieron!

La puerta se abrió con un siseo. Entraron tres hombres robustos con uniformes color oliva. Todos llevaban filtros nasales.

Deitz los miró y les espetó:

—¡Fuera de aquí!

Los tres parecieron desconcertados.

—Tenemos orden...

—¡Fuera de aquí, y *ésta* es una orden!

Se retiraron. Deitz se sentó en el borde de la cama. Tenía las solapas arrugadas y el pelo le había caído sobre la frente. Eso era todo. Miraba a Stu con serenidad, incluso con conmiseración. En un raptó Stu pensó en arrancarle el filtro nasal, y entonces recordó a *Geraldo*. Qué nombre tan estúpido para un conejillo de Indias. La desesperación le azotó como un chorro de agua fría. Se sentó.

—Maldita sea —musitó.

—Escúcheme —dijo Deitz—. Yo no soy responsable de que usted se encuentre aquí. Denninger tampoco lo es, ni las enfermeras que vienen a tomarle la tensión. Si hubo un responsable fue *Campion*. Aunque tampoco puede cargarle toda la culpa a él. *Campion* huyó; pero fue un fallo técnico el que le permitió escapar. El problema no nos convierte en responsables.

—¿Entonces quién lo es?

—Nadie —respondió Deitz, y sonrió—. En este caso, la responsabilidad se diluye tanto que es casi invisible. Fue un accidente. Podría haber ocurrido de muchas otras maneras.

—Vaya accidente —masculló Stu—. ¿Y los otros? ¿Hap y Hank Carmichael y Lila Bruett? ¿Su hijo Luke? ¿Monty Sullivan...?

—Secretos —sentenció Deitz—. ¿Quiere sacudirme un poco más? Si eso le hace sentirse mejor, adelante.

Stu se quedó callado, pero la expresión con que miró a Deitz hizo que éste bajara la vista y empezara a tocarse la raya de sus pantalones.

—Están vivos —murmuró—, y quizá los vea cuando llegue el momento.

—¿Y Arnette?

—En cuarentena.

—¿Quién ha muerto allí?

—Nadie.

—Miente.

—Lamento que lo crea.

—¿Cuándo saldré de este lugar?

—No lo sé.

—¿Secreto? —preguntó Stu con tono mordaz.

—No, pero lo ignoro. Al parecer usted no padece la enfermedad. Queremos saber por qué no la pilló. Si lo conseguimos, el problema estará resuelto.

—¿Puedo afeitarme? Me pica la cara.

Deitz sonrió.

—Si permite que Denninger reanude los exámenes, enviaré un ordenanza para que lo afeite ahora mismo.

—Puedo hacerlo yo solo. Vengo haciéndolo desde los quince años.

—No lo creo posible. —Deitz negó con la cabeza.

—¿Teme que me degüelle?

Stu le sonrió con expresión hostil.

—Digamos que...

Stu lo interrumpió con un acceso de tos seca, que lo obligó a doblarse en dos.

El efecto sobre Deitz fue galvánico. Brincó de la cama y llegó a la puerta neumática sin que sus pies parecieran tocar el suelo. Se apresuró a buscar en el bolsillo la llave cuadrada y la insertó en la cerradura.

—No se moleste —dijo Stu, sonriendo—. Sólo fingía.

Deitz se volvió lentamente hacia él, con expresión de cólera, los ojos desorbitados.

—¿Qué ha hecho?

—Fingir. —La sonrisa de Stu se ensanchó.

Deitz dio dos pasos hacia él, titubeando. Cerró los puños, los abrió y volvió a cerrarlos.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo ha hecho?

—Lo siento —respondió Stu, sonriendo—. Es un secreto.

—Maldito hijoputa —farfulló Deitz.

—Váyase —agregó Stu—. Váyase y dígales que pueden reanudar sus exámenes.

Esa noche durmió como no lo había hecho desde su llegada. Y tuvo un sueño muy vivido. Siempre había soñado mucho (su esposa se había quejado de que se revolvía y mascullaba mientras dormía), pero nunca un sueño parecido.

Estaba en un camino rural, en un lugar preciso donde el asfalto negro se convertía en tierra blanca como el hueso. Refulgía un sol incandescente de verano. A ambos lados del camino crecía un maizal verde que se extendía hasta el infinito. Había un cartel, pero estaba cubierto de polvo y no pudo leerlo. Oía el graznar de los cuervos, agudo y lejano. Más cerca, alguien tocaba una guitarra acústica con *pizzicatos*. Vic Palfrey lo había hecho y había sido un buen intérprete.

Aquí es a donde debo llegar, pensó Stu vagamente. Sí, éste es el lugar sin duda.

¿Qué melodía era ésa? *Beautiful Zion? The Fields of My Father's Home? Sweet Bye and Bye?* Un himno religioso que recordaba de su infancia, algo asociado con el bautismo por inmersión y los picnics. Pero no recordaba cuál de ellos.

Entonces cesó la música y una nube ocultó el sol. Sintió miedo. Comenzó a sentir que había algo pavoroso, algo peor que la plaga, el fuego o el terremoto. Algo que estaba en el maizal y lo espiaba. En el maizal había algo macabro.

Miró y vio dos ojos rojos, inflamados, en medio de las sombras, confundidos con el maizal. Esos ojos generaron en él la parálisis y la desesperación que la gallina siente frente a la comadreja. Él, pensó. El hombre sin rostro. Dios mío. Dios mío, no.

Entonces el sueño empezó a diluirse y se despertó con desasosiego, desorientación y alivio. Fue al baño y después se acercó a la ventana. Miró la luna. Volvió a la cama y tardó una hora en dormirse de nuevo. Todo ese maíz, pensó, aletargado. Debía tratarse de Iowa o Nebraska, tal vez del norte de Kansas. Pero nunca había estado en esos lugares.

Faltaban quince minutos para la medianoche. Al otro lado de la pequeña ventana blindada, las sombras se oprimían uniformes contra el cristal. Deitz estaba sentado a solas en el cubículo de la oficina, con la corbata floja y el botón del cuello desabrochado. Tenía los pies alzados y apoyados en aquel anónimo escritorio metálico. Sostenía un micrófono. Encima de la mesa, una anticuada grabadora Wollensak estaba en marcha.

—Habla el coronel Deitz —dijo—. Estoy en las instalaciones de Atlanta código PB-2. Informe 16, tema archivo Proyecto Azul, subarchivo Princesa/Príncipe. Este informe, archivo y subarchivo son de alto secreto, clasificación 2-2-3, sólo para tus ojos. Si no tienes clasificación para recibir este material, sal pitando, Jack.

Cerró los ojos. La grabadora continuó funcionando con suavidad, llevando a cabo todos los adecuados cambios eléctricos y magnéticos.

—Príncipe me ha dado una jodida mala noche —prosiguió—. No voy a entrar en detalles; se encuentra en el informe de Denninger. Este tipo pide y pide, y le das la mano y se queda con el brazo. Además, naturalmente, una transcripción de mi conversación con Príncipe figurará en el disco de telecomunicaciones, el cual contiene asimismo la transcripción de esta cinta, que se está llevando a cabo a las 23.45 horas. Me enfadé lo suficiente para pegarle, porque me sacó de mis casillas. De todos modos, ya no estoy enojado. El hombre me apretó los tornillos y, durante un segundo, supe exactamente lo que eso significa. Es un tipo bastante peculiar, una vez atraviesas su exterior a lo Gary Cooper, y un maldito individualista. Y esto le va, pues ha encontrado toda clase de cosas que reprochar. No tiene familia en primer grado en Arnette ni en otro lugar, por lo que no le podemos forzar demasiado. Denninger se ha prestado voluntario, o eso dice, y también dice que le gustaría obligarle a que mostrase una disposición de ánimo más cooperadora, lo cual es posible. Pero, si se me permite otra observación personal, me parece que la cosa costará más de lo que Denninger imagina. Tal vez mucho más. Que quede constancia, de todos modos, de que estoy en contra de ello. Mi madre solía decir que se cazan más moscas con miel que con vinagre, y yo sigo creyéndolo. Que conste en el expediente que las pruebas le dan como libre de virus. Imagínatelo...

Hizo otra pausa, luchando contra el adormecimiento. Había conseguido sólo cuatro horas de sueño en las últimas setenta y dos.

—Informe —dijo y sacó un montón de hojas del escritorio—. Henry Carmichael murió mientras yo estaba hablando con Príncipe. El poli, Joseph Robert Brentwood, murió hace media hora. Esto figurará en el informe del doctor D. Pero sólo echa pestes del asunto... Brentwood mostró una repentina respuesta positiva al tipo de vacuna...

Hurgó entre los papeles.

—Aquí está. 63-A-3. Véase subarchivo. La fiebre de Brent remitió, desapareció la característica inflamación del cuello, informó de que estaba hambriento y comió un huevo pasado por agua y una tostada con mantequilla. Habló de manera coherente, deseó saber dónde se encontraba, y todas esas cosas. Luego volvió la fiebre de repente. Comenzó a delirar. Rompió las correas de la cama, se arrojó al suelo y se arrastró por el cuarto, gritando y tosiendo, vomitándolo todo. Después se derrumbó y murió. No hubo nada que rascar. La opinión del equipo es que lo mató la vacuna. Lo mejoró durante un rato, pero se hallaba de nuevo enfermo antes de su muerte. Por lo tanto volvemos a los peores momentos.

Hizo una pausa.

—He dejado lo peor para el final. Podemos abandonar la calificación de secreto para Princesa y llamarla igual que antes, Eva Hodges, hembra, cuatro años, caucasiana. Su carroza se ha convertido en una calabaza con un tiro de ratones a últimas horas de esta tarde. Al reconocimiento parece por completo sana, ni siquiera mocos. Naturalmente está baja de forma y echa de menos a su madre. Pero, aparte de eso, su estado es normal. Sin embargo, lo tiene. Después del almuerzo, su tensión sanguínea mostró un descenso, y más tarde subida, que es el único diagnóstico al que ha podido llegar hasta ahora Denninger, quien antes de la cena me ha mostrado portaobjetos con esputos. Podéis creerme. Estas transparencias con esputos son un magnífico incentivo para una dieta a rajatabla. Están muy cargados, con esos gérmenes en forma de ruedas de carro que él asegura que no son en realidad gérmenes, sino incubadores. No acabo de comprender cómo llega a saber dónde está esa cosa y qué aspecto

tiene, y sin embargo no pueda detenerla. Me ha soltado parrafadas de jerga, pero no creo que ni siquiera él lo entienda.

Deitz encendió un cigarrillo.

—En resumen, ¿dónde estamos esta noche? Tenemos una enfermedad que posee unas cuantas etapas bien definidas... Pero ciertas personas se pueden saltar alguna etapa. Y también están las que regresan a una anterior. Incluso hay gente a quien le ocurre ambas cosas. Algunas personas permanecen en una etapa durante un tiempo relativamente prolongado y otros se precipitan por las cuatro como un cohete. Uno de nuestros dos sujetos «limpios» ya no está limpio. El otro es un individuo de treinta años, que parece tan saludable como yo mismo. Denninger le ha hecho millones de pruebas y sólo ha logrado aislar cuatro anormalidades: ese Redman parece tener demasiados males en su cuerpo. Le afecta una leve hipertensión, muy ligera para requerir medicación. Presenta un fuerte tic en el ojo izquierdo cuando está bajo tensión. Y Denninger afirma que sueña mucho más que el promedio de la gente, casi toda la noche y todas las noches. Y han averiguado eso por las series estándar EGG que le efectuaron antes de que se declarase en huelga. Y eso es todo. No extraigo nada en claro de eso. Tampoco le es posible al doctor Denninger, ni a la gente que ha comprobado los trabajos del doctor Demento.

»Y esto me asusta, Starkey. Me asusta porque incluso un médico muy listo, con todos los hechos en la mano, no podría llegar a diagnosticar otra cosa que un constipado común en los portadores que andan por ahí. Cristo, nadie acude al médico a menos que haya pillado una neumonía, tenga un bulto sospechoso en la teta o un mal proceso de urticaria. Resulta difícil que alguien te visite por una cosa así. Por lo tanto, se quedan en casa, bebiendo líquidos y descansando en la cama, y luego se mueren. Pero, antes de hacerlo, contagian a cualquiera que entre en el cuarto donde están. Todos seguimos esperando que Príncipe (creo que he empleado su nombre auténtico en algún lugar, pero en este momento me importa un pimiento) se derrumbe esta noche, o mañana, o pasado mañana todo lo más. Y hasta ahora, quien ha sufrido un retroceso ya no se ha recuperado. Esos hijos de perra de California hicieron su trabajo demasiado bien para mi gusto.

»Deitz, Atlanta PB, instalación 2, fin del informe.

Apagó el magnetófono y se quedó mirándolo. Luego encendió otro cigarrillo.

Faltaban dos minutos para la medianoche.

Patty Greer, la misma que había tratado de tomarle la tensión sanguínea a Stu el día en que éste se había declarado en huelga, hojeaba el semanario *McCall* en la sala de enfermeras, mientras aguardaba el momento de ir a examinar a Sullivan y Hapscomb. Hap estaría despierto, viendo el programa de Johnny Carson, y no le crearía problemas. Le gustaba gastar bromas acerca de lo difícil que sería pellizcarle el trasero a través de la escafandra que la cubría por completo. Hapscomb se hallaba asustado pero cooperaba, no como ese horrible Stuart Redman, que se limitaba a mirarte sin pestañear. Hapscomb era lo que Patty definía como un «buen colaborador». Para ella, los pacientes se dividían en «buenos colaboradores» y «viejos cascarrabias». Patty, que se había fracturado una pierna patinando cuando tenía siete años y que no había vuelto a pasar un día postrada en cama, no soportaba a los «viejos cascarrabias». O uno estaba enfermo y era un «buen colaborador», o era un hipocondríaco que fastidiaba a las pobres enfermeras.

Sullivan estaría durmiendo y se despertaría de mal humor. Ella no tenía la culpa de que le ordenasen despertarlo, y Sullivan debería entenderlo así. Tenía que estar agradecido de que el gobierno le dispensara la mejor atención posible, sin cobrarle un céntimo. Eso era lo que le diría si empezaba a comportarse de nuevo como un «viejo cascarrabias».

El reloj marcó las doce. Era hora de ponerse en marcha.

Salió de la sala de enfermeras y recorrió el pasillo en dirección al recinto blanco donde primero la rociarían y después la ayudarían a ponerse el uniforme. A mitad de camino, empezó a cosquillearle la nariz. Sacó el pañuelo y estornudó tres veces. Volvió a guardar el pañuelo.

Obsesionada por el caprichoso Sullivan, no prestó atención a sus estornudos. Debía tratarse de un acceso de fiebre del heno. Ni se le cruzó por la cabeza la orden exhibida con grandes letras rojas en la sala de enfermeras: COMUNIQUE INMEDIATAMENTE A SU SUPERVISOR CUALQUIER SÍNTOMA DE RESFRIADO POR INSIGNIFICANTE QUE PAREZCA. Temían que la enfermedad que padecían esos pobres diablos de Texas, cualquiera que fuese, traspasara las habitaciones herméticamente cerradas; pero ella sabía que era imposible que el virus más minúsculo se infiltrara en las asépticas escafandras blancas.

A pesar de ello, en el trayecto hacia el recinto blanco contagió a un ordenanza, a un médico que se disponía a salir, y a otra enfermera que iba a realizar su ronda nocturna.

Había empezado un nuevo día.

Un día después, el 23 de junio, un gran Continental blanco rugía hacia el norte por la carretera 180, en otra región del país. Oscilaba entre ciento veinte y ciento cuarenta kilómetros por hora. Su pintura blanca refulgía bajo el sol y sus cromados destellaban. Los cristales traseros también se habían convertido en un heliógrafo.

El rastro que el Continental había dejado atrás desde que Poke y Lloyd mataron a su propietario y robaron el coche, en algún lugar al sur de Hachita, era sinuoso y bastante absurdo. Por la carretera 81 hasta la 80, luego la autopista. Poke y Lloyd empezaron a inquietarse. En los últimos seis días habían matado a seis personas, incluidos el propietario del Continental, su esposa y su hija. Pero no eran los seis asesinatos la causa de que se hallaran inquietos en la interestatal. Eran la droga y las armas. Cinco gramos de hachís, un estuche de rapé con Dios sabe cuánta cocaína, y ocho kilos de marihuana.

Además, dos calibres 38, tres 45, un Magnum 357 que Poke llamaba su «pokerizador», seis escopetas, dos de cañones recortados, y una metralleta Schmeisser. El asesinato estaba más allá de su alcance intelectual, pero ambos entendían que lo pasarían mal si la policía de Arizona los pillaba en un coche robado y abarrotado de droga y armas. Además, eran fugitivos que habían cruzado los límites de un estado, el de Nevada.

Fugitivos federales. A Lloyd le gustaba la frase. Rompepelotas. Probad esto, ratas inmundas. Trágate este bocadillo de plomo, maldito poli.

De modo que viraron al norte en Deming, y ahora estaban en la 180. Habían atravesado Hurley y Bayard y la ciudad de Silver City, donde Lloyd compró una bolsa de hamburguesas y ocho batidos de chocolate (¿por qué, en nombre de Cristo, había comprado esa basura?; pronto mearían chocolate), sonriéndole a la camarera con una expresión vacía que la dejó nerviosa durante varias horas. «Pienso que a ese hombre tanto le habría dado matarme como mirarme», le comentó más tarde a su patrón.

Fuera de Silver City y hacia Cliff, donde la carretera se desviaba de nuevo hacia el oeste, precisamente hacia donde no querían ir. Atravesaron Buckhorn y volvieron a encontrarse en un territorio dejado de la mano de Dios, en una carretera de dos carriles que discurría entre matorrales y arenas, con un fondo de montes y mesetas que daban ganas de vomitar.

—Nos estamos quedando sin gasolina —anunció Poke.

—Eso es porque aceleras demasiado —respondió Lloyd.

Bebió un sorbo de su tercer batido, se atragantó, escupió por la ventanilla y arrojó fuera todo lo que quedaba, incluyendo los tres batidos que aún estaban intactos.

—¡Arre! ¡Arre! —gritó Poke, y pisó el acelerador.

El Continental salió disparado.

—¡Fuerza, cowboy! —vociferó Lloyd.

—¡Arre! ¡Arre!

—¿Quieres fumar?

—Fúmalos si puedes —respondió Poke—. ¡Arre! ¡Arre!

Sobre el suelo, entre los pies de Lloyd, descansaba un gran bolso verde que contenía los ocho kilos de marihuana. Metió la mano, cogió un puñado y empezó a liar un cigarrillo.

—¡Arre! ¡Arre!

El Continental zigzagueaba sobre la blanca línea divisoria.

—¡Para! —aulló Lloyd—. La estoy esparciendo por todas partes.

—Hay más... ¡Arre!

—Oye, tío, tenemos que vender esta mercancía. Si no lo hacemos nos atraparán y terminaremos viajando en un maletero.

—Está bien, amigo. —Poke condujo con cautela, pero enfurruñado—. A ti se te ocurrió la jodida idea.

—Antes te pareció buena.

—Sí, y en ningún momento imaginé que terminaríamos dando tumbos por la maldita Arizona. ¿Cómo llegaremos así a Nueva York?

—Estamos despistando a nuestros perseguidores, mamón —respondió Lloyd.

Mentalmente, vio cómo se abrían las puertas de los garajes de la policía y miles de coches patrulla de los años cuarenta salían en jauría tras ellos.

—Cochina suerte —farfulló Poke—. Es una faena estupenda. ¿Sabes qué llevamos encima, aparte de la droga y las armas? Pues dieciséis dólares y trescientas putas tarjetas de crédito que no nos atrevemos a usar. Demonios, ni siquiera llevamos suficiente dinero para llenar el depósito de este cacharro.

—Dios proveerá —respondió Lloyd.

Pegó con saliva el borde del pitillo y lo prendió con el encendedor del Continental.

—Cochina suerte.

—Y si quieres venderla, ¿por qué la fumamos? —prosiguió Poke, a quien no le tranquilizaba mucho la idea de que Dios proveería.

—Pues venderemos unos gramos menos. Vamos, Poke. Dale una calada.

Ése era el mejor sistema para hacer callar a Poke. Lanzó una carcajada y cogió el cigarrillo. La Schmeisser, con la carga completa, descansaba entre ellos sobre su culata plegable. El coche rugía por el camino, con la aguja del indicador de gasolina marcando un octavo del total.

Poke y Lloyd se habían conocido hacía un año en el Centro de Seguridad de Brownsville, una granja de trabajo en Nevada. Brownsville contaba con cuarenta hectáreas de tierra de regadío y un conjunto carcelario compuesto por casetas metálicas. Estaba unos noventa kilómetros al norte de Tonopah y unos ciento veinte al noroeste de Gabbs. Era un lugar infame para pasar una condena breve. Aunque el Centro de Brownsville fuera teóricamente una granja, allí no crecía casi nada. Las zanahorias, las lechugas y los guisantes tenían un primer contacto con el sol cegador, sonreían débilmente y se agostaban. Lo que sí crecía eran las legumbres y la maleza. Las autoridades estatales se aferraban a la idea de que algún día también crecería la soja. Pero lo mejor que se podía decir acerca de la finalidad ostensible de Brownsville era que el desierto se tomaba su tiempo para florecer. El alcaide (que prefería hacerse llamar «patrón») se enorgullecía de ser un duro, y sólo empleaba a tipos que consideraba tan duros como él. Como él se complacía en informar a los novatos, Brownsville era una prisión de mínima seguridad, sobre todo porque no había a dónde huir una vez se trasponía la alambrada. De todos modos, algunos lo hacían; pero a la mayoría los traían de vuelta a los dos o tres días, quemados y cegados por el sol, dispuestos a venderle al patrón sus almas achicharradas a cambio de un sorbo de agua. Algunos de ellos graznaban como locos, y un joven que permaneció fuera durante tres días juraba haber visto un inmenso castillo unos kilómetros al sur de Gabbs, un castillo con foso y todo. Agregó que el foso estaba custodiado por duendes que montaban corceles negros. Varios meses después, cuando apareció en Brownsville un predicador de una secta de Colorado, ese mismo joven se consagró en cuerpo y alma a Jesús.

A Andrew *Poke* Freeman, encarcelado por agresión sin agravantes, lo dejaron en libertad en abril de 1989. Había ocupado la cama vecina a la de Lloyd Henreid, a quien le dijo que, si le interesaba participar en un gran golpe, él tenía una perspectiva interesante en Las Vegas. Lloyd aceptó.

A Lloyd lo dejaron en libertad el 1 de junio. Su delito, perpetrado en Reno, había consistido en una tentativa de violación. La víctima era una corista que iba camino de su casa, y que le había rociado los ojos con gas lacrimógeno; Lloyd sintió alivio cuando sólo le condenaron a una pena dos a cuatro años, entre los que se computarían el tiempo pasado en prisión preventiva y la disminución por buena conducta. En Brownsville hacía demasiado calor para portarse mal.

Cogió un autobús a Las Vegas, y Poke lo recibió en la terminal. Le explicó de qué se trataba. Él conocía a ese tipo, y a ese tipo lo conocían en algunos círculos por el apodo de Bello George. Bello George ejecutaba algunos trabajillos para un grupo de individuos que, en general, tenían apellidos italianos y sicilianos. George sólo colaboraba con ellos de forma esporádica. Lo que hacía, sobre todo, era llevar y traer cosas. Unas veces las llevaba de Las Vegas a Los Ángeles; y otras de Los Ángeles a Las Vegas. Pequeños cargamentos de droga, casi siempre: muestras gratuitas para grandes clientes. En algunas ocasiones armas. Las armas siempre las llevaban, nunca las traían. Según entendía Poke (y el entendimiento de Poke no daba para mucho), a veces los sicilianos vendían artillería a hampones autónomos. Bueno, agregó Poke, Bello George había accedido a informarles acerca de la hora y el lugar en que se almacenaría un buen surtido de dichas mercancías. George pedía una cuarta parte de la tajada. Poke y Lloyd le caerían encima, lo atarían y lo amordazarían, robarían el botín y quizá le pegarían un par de puñetazos para salvar las apariencias. George les advirtió que tenían que ser convincentes, porque con los sicilianos no se bromeaba.

—De acuerdo —contestó Lloyd—. Me gusta la idea.

Al día siguiente, Poke y Lloyd fueron a visitar a Bello George, un tipo de un metro ochenta, de modales corteses, con una cabecita que descansaba de modo incongruente sobre unos anchos hombros. Tenía una hermosa cabellera rubia rizada que le daba cierta semejanza con el famoso luchador de su mismo nombre.

Había decidido abandonar el negocio, pero Poke le hizo cambiar de idea. George les dijo que fueran a su casa el próximo viernes por la tarde, alrededor de las seis.

—Usad máscaras, por el amor de Dios —dijo—. Ensangrentadme la nariz y dejadme un ojo a la funerala. ¡Jesús!, ojalá no me hubiera metido en este lío.

Llegó el gran día. Poke y Lloyd fueron en autobús hasta la esquina donde vivía George, y al pie del camino interior se calaron sendos pasamontañas. La puerta se hallaba cerrada, pero no muy bien cerrada, como había prometido George. Abajo había una sala de juego. George se encontraba allí, frente a un bolso lleno de marihuana. La mesa de ping pong estaba repleta de armas. George tenía miedo.

—¡Jesús, oh, Jesús!, ojalá nunca me hubiera metido en esto —repetía mientras Lloyd le ataba los pies con cuerda y Poke le inmovilizaba las manos con cinta adhesiva.

Luego, Lloyd le soltó un puñetazo en la nariz y le hizo sangrar. Poke repitió la operación en el ojo, dejándoselo a la funerala como había pedido.

—¡Caray! —exclamó George—. ¿Era necesario que pegaras con tanta fuerza?

Poke le cubrió la boca con un esparadrapo y luego los dos empezaron a juntar el botín.

—¿Sabes una cosa, tío? —preguntó Poke, haciendo una pausa.

—No —respondió Lloyd con una risita nerviosa—. No sé nada.

—Me pregunto si George sabrá guardar el secreto.

Lloyd miró pensativo a Bello George durante un momento tenso. Los ojos de George se desenchajaron, reflejando un súbito terror.

—Claro que sí —dijo Lloyd al fin—. Él también se juega el pellejo.

Poke sonrió.

—Oh, podría limitarse a decir: «Eh, muchachos, me encontré con un viejo amigo y su camarada. Charlamos un rato, nos bebimos unas cervezas, y los muy hijoputas vinieron a mi casa y me desvalijaron. ¿Qué os parece? Me alegrará mucho que les deis un repaso. Os describiré su aspecto».

George meneaba frenéticamente la cabeza, con ojos como platos.

Las armas estaban en un grueso saco de ropa sucia que habían encontrado en el cuarto de baño de la planta baja. Lloyd lo sopesó, nervioso.

—Bueno, ¿qué opinas que debemos hacer?

—Creo que deberíamos pokerizarlo, tío —sentenció Poke—. Es la única solución.

—Me parece muy cruel, después de que nos diera el soplo —opinó Lloyd.

—Éste es un mundo cruel, tío.

—Ya —suspiró Lloyd, y se acercaron a George.

—Mfff —protestó George, sacudiendo violentamente la cabeza—. ¡Mmmm! ¡Mmmmmffff!

—Sí —lo consoló Poke—. Es una suerte perra, ¿verdad? Lo siento, George, te juro que lo siento. Sujétale la cabeza, Lloyd.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Bello George la sacudía furiosamente de un lado a otro. Estaba sentado en el rincón de la sala de juego, donde las paredes eran de bloques, y se golpeaba una y otra vez el cráneo contra ellos... Ni siquiera parecía sentirlo.

—Sujétalo —ordenó Poke, y arrancó otra tira de cinta adhesiva.

Lloyd lo cogió por el pelo y consiguió inmovilizarlo el tiempo necesario para que Poke le aplicara la segunda tira de cinta sobre la nariz, bloqueando así todas sus vías respiratorias. George pareció enloquecer. Pasaron casi cinco minutos antes de que George se quedara totalmente quieto. Antes se retorció, se convulsionó y pateó el suelo. Su cara se puso tan roja como la pared lateral del granero del abuelo. Lo último que hizo fue levantar ambas piernas quince o veinte centímetros del suelo y bajarlas violentamente. Eso le recordó a Lloyd algo que había visto los dibujos animados de *Bugs Bunny*, o en otros parecidos, y soltó una risita, un poco más que reconfortado. Hasta entonces el espectáculo había sido bastante macabro.

Poke se acuclilló junto a George y le tomó el pulso.

—¿Qué? —preguntó Lloyd.

—Lo único que late es su reloj —contestó Poke—. Ya que hablamos de ello... —Levantó el grueso brazo de George y le miró la muñeca—. No vale la pena, es sólo un Timex.

Dejó caer el brazo de George, con lo que se rompió el cristal del reloj.

Las llaves del coche de George se encontraban en el bolsillo delantero de su pantalón. En un aparador del primer piso encontraron un bote de mantequilla de cacahuete lleno de

monedas. Lo cogieron. Había veinte dólares y sesenta centavos.

El coche de George era un antiguo Mustang jadeante, con los neumáticos gastados. Dejaron Las Vegas por la carretera 93 y se encaminaron luego hacia el sureste. Entraron en Arizona a las doce del día siguiente, o sea dos días después de comenzar el viaje. Rodearon Phoenix por caminos comarcales. El día anterior, alrededor de las nueve, se habían detenido en una polvorienta tienda situada a tres kilómetros pasado Sheldon, en la carretera 75 de Arizona. Asaltaron la tienda y pokerizaron al propietario, un anciano con una dentadura postiza comprada por correo. Robaron sesenta y tres dólares y la camioneta del viejo.

Esa mañana se habían pinchado dos neumáticos de la camioneta. Poco antes habían cruzado la línea divisoria entre Arizona y Nuevo México, y se colocaron a la vera del vehículo, sin saber muy bien qué hacer. Entonces apareció el Continental blanco y quedaron resueltos sus problemas.

El conductor se detuvo, se asomó y preguntó:

—¿Necesitan ayuda?

—Claro que sí —respondió Poke.

Y pokerizó al tipo *ipso facto*.

Lo perforó justo entre los ojos con el Magnum 357.

Probablemente el pobre infeliz nunca llegó a saber qué le había ocurrido.

—¿Por qué no doblas por ahí? —preguntó Lloyd, señalando el cruce siguiente.

Estaba plácidamente drogado.

—Es una buena idea —asintió Poke alegremente.

Dejó que la velocidad del coche bajara de ciento veinte a noventa. Viró a la izquierda, casi sin que las ruedas de la derecha se separaran del pavimento, y un nuevo tramo de la carretera se extendió ante ellos. La carretera 78, rumbo al Oeste. Y así, sin saber que habían salido antes de allí, ni que eran los responsables de lo que los periódicos denominaban MATANZA EN TRES ESTADOS, volvieron a entrar en Arizona.

Al cabo de una hora, más o menos, vieron un cartel a la derecha: BURRACK 6 KM.

—¿Quieres parar allí? —dijo Lloyd—. Tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre.

—Vete al infierno. Cuando fumo hierba me cosquillea el estómago.

—Puedes mordisquearme mis treinta centímetros, ¿qué te parece? ¡Arre! ¡Arre!

—Joder, Poke, detengámonos.

—Muy bien. También necesitamos dinero. Ya nos libramos de nuestros jodidos perseguidores. Conseguiremos un poco de dinero y nos dirigiremos hacia el norte. Esta mierda de desierto no me convence.

—De acuerdo —convino Lloyd.

No sabía si era por efecto de la droga; pero de repente se sintió más paranoico que en la autopista. Poke tenía razón. Se detendrían en las afueras de Burrack y repetirían la operación de los alrededores de Sheldon. Conseguirían dinero y algunos mapas de carreteras, cambiarían aquel condenado Continental por algo que pasara más inadvertido, y después enfilarían el norte y el este por carreteras secundarias. Saldrían pitando de Arizona.

—Te diré la verdad —dijo Poke—. De pronto me siento tan nervioso como un gato en una habitación llena de mecedoras.

—Te entiendo —respondió Lloyd con tono solemne.

Lo encontraron gracioso y los dos se echaron a reír.

Burrack ocupaba una respetable extensión a ambos lados de la carretera. Lo atravesaron a gran velocidad y, al otro extremo, encontraron una combinación de cafetería, tienda y gasolinera. En el estacionamiento de tierra había una antigua camioneta Ford, un Oldsmobile polvoriento y un carromato. El caballo de este último os miró cuando Poke aparcó el coche.

—Éste parece el lugar ideal —comentó Lloyd.

Poke se mostró de acuerdo. Recogió el 357 del asiento trasero y comprobó la carga.

—¿Preparado?

—Vamos allá —respondió Lloyd, y empuñó la Schmeisser.

Atravesaron el aparcamiento calcinado por el sol.

Ya hacía cuatro días que la policía sabía quiénes eran. Habían dejado sus huellas digitales repartidas por toda la casa de Bello George, y en la tienda donde pokerizaron al viejo de la

dentadura comprada por correo. La camioneta del anciano la habían hallado a quince metros de los cadáveres de los tres ocupantes del Continental, y pareció razonable suponer que los hombres que habían asesinado a Bello George y al dueño de la tienda también habían matado a esos tres. Si los fugitivos hubieran escuchado la radio del coche en lugar del casete, se habrían enterado de que las policías de Arizona y Nuevo México estaban coordinando la mayor cacería del hombre de los últimos cuarenta años, todo por un par de rateros que no podían entender muy bien lo que habían hecho para desencadenar semejante revuelo.

La gasolinera era de autoservicio. El empleado sólo debía poner en marcha el surtidor. De modo que subieron los escalones y entraron. Tres pasillos bordeados de mercancías envasadas ocupaban el local hasta el mostrador, en el cual un hombre vestido de vaquero pagaba un paquete de cigarrillos y media docena de Slim Jims. En la mitad del pasillo central, una mujer de aspecto extenuado y cabello negro trataba de decidirse entre dos marcas de salsa para espaguetis. El local olía a regaliz rancio, a sal, a tabaco, a vetustez. El propietario era un hombre pecoso que vestía de gris. Llevaba una gorra de la compañía con la leyenda Shell en letras rojas sobre un fondo blanco. Levantó la vista cuando la puerta se cerró y sus ojos se dilataron.

Lloyd apoyó contra el hombro la culata plegable de la Schmeisser y disparó una andanada al techo. Las dos bombillas colgantes estallaron.

—Quedaos quietos y no os pasará nada —rugió Lloyd.

Poke lo desmintió al instante al meterle una bala a la mujer que estudiaba las salsas, la cual salió despedida fuera de sus zapatos.

—¡Caray, Poke! —exclamó Lloyd—. No hacía falta.

—¡La he pokerizado!, tío —aulló Poke—. ¡No volverá a ver el programa de Lucille Ball! ¡Arre!

El hombre vestido de vaquero se volvió lentamente. Sostenía los cigarrillos en la mano izquierda. La intensa luz que se filtraba por los escaparates y la puerta arrancó destellos de sus gafas oscuras. Tenía un revólver 45 debajo del cinturón y lo extrajo con parsimonia mientras Lloyd y George miraban a la mujer muerta. Apuntó, disparó y la parte izquierda del rostro de Poke se disolvió de súbito en un geiser de sangre, tejidos y dientes.

—¡Me ha herido! —chilló Poke dejando caer el 357 y girando hacia atrás como una peonza.

Al batir el aire con las manos, derribó patatas fritas y galletas de queso sobre el pavimento de madera astillada.

—¡Me ha herido, Lloyd! ¡Cuidado! ¡El muy bastardo me ha herido!

Trastabilló contra la puerta, traspuso el umbral y cayó sentado en el porche.

Lloyd, pasmado, disparó, más por reflejo que en defensa propia. El rugido de la Schmeisser llenó el recinto. Volaron las latas. Los frascos se pulverizaron derramando salsa, encurtidos, aceitunas. El cristal de la nevera de Pepsi se quebró hacia dentro. Las botellas de refrescos Dr. Pepper, Nehi y Orange Crush estallaron como palomas de arcilla. Por todas partes corría la espuma. El hombre vestido de vaquero, impassible, sereno y dueño de sí, volvió a disparar su revólver. Lloyd sintió más que vio cómo la bala pasaba suficientemente cerca como para hacerle la raya del pelo. Barrió el local de izquierda a derecha con la Schmeisser.

El hombre tocado con la gorra de Shell se zambulló detrás del mostrador con tanta rapidez que podría haberse pensado que a sus pies se había abierto un escotillón. Se desintegró una máquina expendedora de bolas de chicle, y éstas rodaron por el suelo, rojas, azules y verdes. Estallaron los frascos de vidrio alineados sobre el mostrador. Uno de ellos contenía huevos encurtidos e inmediatamente el local se anegó con el fuerte olor del vinagre.

La Schmeisser abrió tres orificios de bala en la camisa caqui del vaquero y la mayor parte de sus entrañas salieron despedidas por atrás y se estamparon contra un cartel de Budweiser. El vaquero se desplomó sin soltar el 45, que empuñaba en una mano, ni los cigarrillos que aferraba con la otra.

Lloyd, aterrado, continuó disparando. La metralleta empezaba a recalentarse entre sus manos. Una caja llena de botellas vacías de gaseosa tintineó y se derrumbó. A la chica de un calendario, ataviada con pantaloncitos cortos, le apareció un agujero de bala en su mágico muslo color de melocotón. Cayó una hilera de libros de bolsillo. Entonces el cargador de la Schmeisser se agotó y el llameante silencio resultó ensordecedor. Flotaba un espeso y agrio olor a pólvora.

—Santo cielo —murmuró Lloyd.

Miró cautelosamente al vaquero. No parecía que pudiese crear problemas.

—¡Me ha herido! —aulló Poke, y volvió a entrar, tambaleándose y abriendo la puerta con tanta fuerza que hizo saltar un gozne y el batiente cayó al porche.

—¡Me ha herido, Lloyd!

—¡Y yo me lo he cargado, Poke! —respondió Lloyd.

Pero Poke pareció no oír. Su ojo derecho refulgía como un zafiro maligno; el izquierdo había desaparecido. Su mejilla izquierda se había esfumado y cuando hablaba se veía mover la mandíbula. También había perdido la mayor parte de los dientes. Tenía la camisa empapada en sangre.

—¡Ese cabrón me ha jodido! —chilló Poke, se agachó y recogió el Magnum 357—. ¡Te enseñaré a dispararme, hijo de perra!

Avanzó hacia el vaquero. Le plantó un pie sobre el trasero, como un cazador posando para una foto con su trofeo, y se dispuso a vaciarle el 357 en la cabeza. Lloyd lo miraba boquiabierto, con la metralleta humeante colgada de la mano y tratando de entender qué había ocurrido.

En ese momento el hombre de la gorra Shell volvió a asomarse desde detrás del mostrador, con el rostro crispado por una expresión obsesiva y sosteniendo con ambas manos una escopeta de dos cañones.

—Pero... —dijo Poke, y levantó la vista a tiempo para recibir la descarga de ambos cañones.

Lloyd resolvió que era hora de partir. Al diablo con el dinero. En todas partes había dinero. Dio media vuelta y salió de la tienda dando largas zancadas, casi sin tocar el suelo con las botas.

Había descendido la mitad de los escalones cuando un coche de la policía estatal de Arizona entró en el aparcamiento. Un agente se apeó y desenfundó la pistola.

—¡No se mueva! ¿Qué pasa aquí?

—¡Tres muertos! —exclamó Lloyd—. ¡Un matadero! ¡El asesino ha escapado por el fondo! ¡Yo me largo de aquí!

Corrió hacia el Connie. Se había sentado ya al volante cuando el agente gritó:

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

Lloyd se detuvo. De todos modos las jodidas llaves no estaban puestas.

—Mierda —masculló con amargura cuando uno de los agentes le apoyó su pistola contra la cabeza.

El otro lo esposó.

—Al asiento trasero.

El hombre de la gorra Shell había salido al porche empuñando la escopeta.

—¡Ha matado a Bill Markson! —chilló con una voz aguda—. ¡El otro mató a la señora Storm! ¡Ha sido horrible! ¡Yo me cargué al otro! ¡Está más muerto que una chinche aplastada! ¡Me gustaría acabar también con éste!

—Calma, amigo —dijo uno de los agentes—. La fiesta ha terminado.

—¡Lo acribillare ahí mismo! —vociferó el viejo—. ¡Acabaré con él!

De pronto se inclinó hacia adelante como un mayordomo inglés al hacer una reverencia y vomitó sobre sus zapatos.

—No me dejaréis en manos de ese tipo, ¿verdad? —preguntó Lloyd—. Está loco.

—Te lo has ganado a pulso, muchacho —siseó el otro agente.

El cañón de su pistola subió, reflejando el sol, y después cayó sobre la cabeza de Lloyd Henreid, el cual no volvió a despertarse hasta esa tarde, en la enfermería de la cárcel del condado de Apache.

Starkey se encontraba delante del monitor 2, sin apartar la mirada del técnico de segunda clase Frank D. Bruce. La última vez que había visto a Bruce estaba tomando un plato de sopa Chunky Sirloin. No había ningún cambio para la identificación positiva. Situación normal, igual de jodida.

Pensativo, con las manos enlazadas a la espalda, al igual que un general revistando la tropa, como el general *Black Jack* Pershing, su ídolo de juventud, Starkey se acercó al monitor 4, donde la situación había mejorado. El doctor Emmanuel Erwick aún yacía muerto en el suelo, pero la centrifugadora se había detenido. A las 19.40 horas de la noche anterior la centrifugadora había comenzado a soltar unos hilillos de humo. A las 19.45 los sensores de sonido del laboratorio de Erwick transmitieron una especie de ruido sincopado que se transformó luego en un *runk-runk-runk*. A las 21.50 la centrifugadora emitió su último ronquido y, poco a poco, acabó por detenerse. ¿Había sido Newton quien dijo que, en alguna parte, más allá de la estrella más lejana, podría haber un cuerpo en reposo absoluto? Newton tuvo razón acerca de todo, excepto en la distancia, pensó Starkey. No tenías que ir tan lejos. El Proyecto Azul estaba perfectamente inmóvil. Starkey se sintió muy contento. La centrifugadora había sido la última ilusión de vida, y el problema que había encargado a Steffens para que lo averiguara, por medio del banco principal de ordenadores (Steffens lo había mirado como si estuviese loco; y sí, Starkey pensaba que debía estarlo), fue: ¿Cuánto tiempo cabe esperar que funcione la centrifugadora? La respuesta le llegó a los 6,6 segundos: ± 3 AÑOS PROBABLEMENTE MAL FUNCIONAMIENTO EN LAS PRÓXIMAS DOS SEMANAS 0,009% ZONAS DE PROBABLE MAL FUNCIONAMIENTO COJINETES 18% MOTOR PRINCIPAL 16% TODO LO DEMÁS 54%.

Un ordenador muy listo. Starkey había ido a preguntar de nuevo a Steffens después de que se hubiese quemado ya la centrifugadora de Erwick. El ordenador estableció contacto con el banco de datos del Sistema de Ingeniería y confirmó que, en efecto, la centrifugadora había quemado los cojinetes.

Recuerda esto, pensó Starkey, mientras su avisador comenzaba a lanzar apremiantes pitidos detrás de él. El sonido de unos cojinetes que se queman es, en los estadios finales de su colapso: *ronc-ronc-ronc*.

Se acercó al avisador y pulsó el botón que lo desconectaba.

—Sí, Len.

—Billy, he recibido una llamada de urgencia de uno de nuestros equipos en una ciudad llamada Sipe Springs, Texas. A casi seiscientos kilómetros de Arnette. Dicen que tienen que hablar contigo. Es una decisión de mando.

—¿De qué se trata, Len? —preguntó con voz sosegada.

Se había tomado más de dieciséis pastillas en las últimas diez horas y, en términos generales, se encontraba bastante bien. No había la menor señal de un *ronc*.

—Prensa.

—Oh, maldita sea —replicó Stukey con suavidad—. Pásamelos.

Se produjo un ruido apagado de estática, con una voz que hablaba al fondo aunque no llegaba a entenderse.

—Espera un momento —le pidió Len.

La estática se fue disipando poco a poco.

—... León, Equipo León... ¿Lo capta, Base Azul? ¿Lo capta? Uno... dos... tres... cuatro... Aquí Equipo León...

—Te capto, Equipo León... —respondió Starkey—. Aquí Base Azul Uno.

—El problema se halla codificado como maceta en el Libro de Contingencias —informó aquella vocecilla—. Repito: maceta...

—Ya sé lo que es la jodida maceta —replicó Starkey—. ¿Cómo está la situación?

La vocecilla procedente de Sipe Springs habló de forma ininterrumpida durante casi cinco minutos. La situación en sí carecía de importancia, pensó Starkey. Dos días atrás el ordenador le había comunicado que este tipo de situación (en alguna forma o aspecto) era muy probable que ocurriera antes de finales de junio. Un 88% de probabilidades. Las especificaciones no importaban. Si tenía dos perneras y un cinturón, era un pantalón. El color no contaba.

Un módico de Sipe Springs había realizado algunas conjeturas aceptables y dos periodistas de un diario de Houston relacionaron lo que ocurría en Sipe Springs con lo sucedido en Arnette, Verona, Commerce City y una ciudad llamada Polliston (Kansas). Ésas eran las ciudades donde el problema había empeorado tanto y tan deprisa que fue enviado el ejército para establecer una cuarentena. El ordenador dio una lista de veinticinco ciudades más, en diez estados, donde comenzaban a aparecer las huellas de Azul.

La situación de Sipe Springs no se consideraba crucial porque no era única. Había tenido su oportunidad de ser algo único en Arnette (bueno, tal vez), y no fue así. La importancia radicaba en que la situación acabaría llegando a la letra impresa en otros medios que no fuesen los comunicados militares. Eso ocurriría, siempre y cuando Starkey no tomase las medidas oportunas. No tenía decidido si actuar o no. Pero cuando aquella vocecilla dejó de hablar, Starkey se percató de que, a fin de cuentas, había llegado a una decisión. Quizá la que había adoptado veinte años atrás.

Ya sabía lo que era importante. Y no lo era el hecho de la enfermedad; ni tampoco que la integridad de Atlanta tuviera ya fisuras y se vieran en la necesidad de cambiar toda la operación preservadora a las instalaciones, bastante menos satisfactorias, de Stovington (Vermont); tampoco consistía en el hecho de que Azul se extendiera como un engañoso resfriado común.

—Lo importante es...

—Repita Base Azul Uno —interrumpió con ansiedad la voz—. No lo hemos captado.

Lo verdaderamente importante era que aquel desgraciado incidente hubiese ocurrido. Starkey rememoró. Veintidós años atrás, en 1968, se encontraba en el club de oficiales de San Diego cuando llegaron las noticias acerca de Calley y de lo que había sucedido en Mai Lai 4. Starkey estaba jugando al póquer con cuatro hombres, dos de los cuales se encontraban en la actualidad entre los jefes del Mando Conjunto. La partida quedó olvidada por completo, sustituida por una discusión respecto a lo que había que hacer militarmente (no una sola rama sino toda la institución militar) en aquella atmósfera de caza de brujas del cuarto poder de Washington. Y uno de ellos, un hombre que podía ahora telefonear directamente a aquel miserable que estaba enmascarado como jefe ejecutivo desde el 20 de enero de 1989, dejó con cuidado las cartas encima del fieltro verde de la mesa y dijo: «Caballeros, ha ocurrido un incidente lamentable. Y cuando sucede un incidente lamentable que implica a todas las ramas de las fuerzas armadas de Estados Unidos, no debemos poner en tela de juicio las raíces de ese incidente. Lo que hay que hacer es ocuparse de las ramas que hay que podar. Y si uno se encuentra a su madre violada o a su padre golpeado y robado, antes de llamar a la policía o de comenzar una investigación, lo que hace es cubrir su desnudez. Porque se los ama...». Starkey no había oído jamás a nadie, ni antes ni después, hablar tan bien.

Ahora abrió el cajón superior de su escritorio y sacó una carpeta de hojas azules atada con una cinta roja. La leyenda escrita en la cubierta decía: SI SE ROMPE LA CINTA COMUNÍQUESE AL INSTANTE CON TODAS LAS DIVISIONES DE SEGURIDAD.

Starkey rompió la cinta.

—¿Está ahí, Base Azul Uno? —preguntaba la voz—. No le captamos. Repito. No le captamos.

—Estoy aquí, León —respondió Starkey.

Había hojeado hasta la última página del libro, ahora su dedo corría por una columna con la cabecera de CONTRAMEDIDAS SECRETAS EXTREMAS.

—León. ¿Qué capta?

—Captamos, Base Azul Uno.

—Troya —replicó Starkey con cuidado—. Repito, León: Troya. Repita, por favor. Corto.

Silencio. Volvió a oírse la estática. Starkey evocó los emisores-receptores que hacían cuando eran niños, con dos latas Del Monte y veinte metros de cordel encerado.

—¡Oh, Jesús! —exclamó una voz muy joven en Sipe Springs mientras se le oía tragar saliva.

—Repítelo, hijo —pidió Starkey.

—T... Troya —repitió la voz. Luego con mayor fuerza—: Troya...

—Muy bien —contestó Starkey con calma—. Que Dios le bendiga, hijo. Corto y cierro.

—Y a usted, señor. Corto y cierro.

Hubo un clic, seguido de fuerte estática, al que siguió otro clic. Luego, el silencio.

Acto seguido la voz de Len Creighton:

—¿Billy?

—Sí, Len.

—Lo he copiado todo.

—Muy bien, Len —contestó cansado Starkey—. Has hecho tu informe para que concuerde. Claro...

—No lo comprendes, Billy —repuso Len—. Has hecho lo apropiado. ¿No crees que lo sé?

Starkey dejó que sus ojos se cerrasen. Por un momento todos aquellos tranquilizantes le abandonaron.

—Que Dios te bendiga también a ti, Len —le dijo, y su voz estuvo a punto de quebrarse.

Desconectó y fue de nuevo a detenerse delante de la pantalla 2. Se colocó las manos a la espalda, al igual que *Black Jack* Pershing revistando tropas. Se quedó mirando a Frank D. Bruce y su lugar final de reposo. Al cabo de un rato volvió a sentirse calmado.

Si se va hacia el sudeste de Sipe Springs por la carretera 36, te encaminas en la dirección de Houston. El trayecto es de un día de distancia. El coche que ardía por la carretera era un Pontiac Bonneville de tres años, que avanzaba a unos ciento veinte kilómetros por hora. Al llegar al cambio de rasante y ver un Ford sin características especiales que bloqueaba la carretera, estuvo a punto de producirse una colisión.

El conductor, un tipo larguirucho de treinta y seis años, redactor de un gran periódico de Houston, pisó a fondo el freno y los neumáticos comenzaron a chirriar. El morro del Pontiac se hundió primero hacia la carretera y luego comenzó a girar hacia la izquierda.

—¡Dios santo! —gritó el fotógrafo que iba en el asiento del pasajero. Tiró la cámara al suelo y comenzó a soltarse el cinturón de seguridad.

El conductor apartó el pie del freno, situó el Ford en el arcén y sintió que las ruedas de la parte izquierda se agarraban en la tierra suelta. Pisó el acelerador y el Bonneville respondió con más tracción, volviendo al asfalto. Un humo azul salió de los neumáticos. La radio atronaba sin parar:

Nena, ¿entiendes a tu hombre?

Es un hombre virtuoso.

Nena, ¿entiendes a tu hombre?

Pisó de nuevo el freno, y el Bonneville se detuvo en medio de la cálida y desierta tarde. Aspiró con fuerza terrorífica y colérica y luego espiró en una serie de estallidos. Empezaba a sentirse furioso. Puso marcha atrás y retrocedió hacia el Ford y los dos hombres que se encontraban en pie detrás.

—Oigan —dijo el fotógrafo, nervioso. Estaba gordo y no había participado en una pelea desde el colegio—. Oigan, quizá lo mejor será que...

Salió proyectado hacia adelante con un gruñido mientras el corresponsal detenía de nuevo el Pontiac entre chirridos. Situó la palanca del automático en posición de punto muerto con un gran impulso de mano, y salió del coche.

Comenzó a andar hacia los dos jóvenes que se encontraban detrás del Ford, con las manos ya convertidas en puños.

—Está bien, soplapollos —les gritó—. Casi nos matamos y ahora...

Había servido en el ejército durante cuatro años. Voluntario. Por lo tanto, supo reconocer los fusiles como los nuevos M-3A, cuando los sacaron de la parte posterior del Ford. Se quedó parado en seco bajo el fuerte calor tejano y se orinó en los pantalones.

Comenzó a gritar. Con el pensamiento estaba corriendo hacia el Bonneville, pero sus pies no llegaron a moverse. Abrieron fuego contra él y las balas le alcanzaron en el pecho y la entrepierna. Mientras caía de rodillas, con las manos adelantadas como musitando clemencia, una bala le alcanzó por encima del ojo izquierdo y le separó la parte superior de la cabeza.

Al fotógrafo, que se había refugiado en el asiento trasero, le resultó difícil comprender qué había sucedido hasta que los dos jóvenes pasaron por encima del cuerpo del redactor y echaron a andar hacia él empuñando los fusiles.

Se deslizó por el asiento del Pontiac, mientras cálidos regueros de saliva le corrían por las comisuras de los labios. Las llaves se encontraban aún en el contacto. Hizo girar el coche y gritó en el momento en que empezaron a dispararle. Sintió que el automóvil daba un bandazo hacia la derecha, como si un gigante le hubiese pateado la parte trasera, y el volante comenzó a oscilar entre sus manos. El fotógrafo rebotó arriba y abajo mientras el Bonneville saltaba por la carretera sobre el neumático reventado. Un segundo después, el gigante pateó el otro lado del coche. La oscilación fue todavía peor, se levantaron chispas del asiento. El fotógrafo lloriqueaba. Los neumáticos traseros del Pontiac temblaron y aletearon como harapos negros. Los dos jóvenes corrieron hacia su Ford, cuyo número de serie figuraba suscrito en la División

de Vehículos del Ejército en el Pentágono, y uno de ellos lo hizo girar en redondo. El morro rebotó salvajemente mientras se subía a la cuneta y luego pasaba por encima del cuerpo del redactor. El sargento que iba en el asiento del pasajero proyectó un inesperado estornudo contra el parabrisas.

Por delante de ellos, el Pontiac marchaba sobre sus dos neumáticos traseros reventados, con el morro rebotando arriba y abajo. Detrás del volante, el fotógrafo gordo comenzó a sollozar ante la visión del Ford oscuro que cada vez se veía más grande en el retrovisor. Pisaba el acelerador a fondo, pero el Pontiac no pasaba de sesenta kilómetros por hora. En la radio, Larry Underwood se vio sustituido por Madonna, la cual no hacía más que afirmar que era una chica materialista.

El Ford adelantó al Bonneville y, durante un segundo de vana esperanza, el fotógrafo pensó que mantendría la marcha, desaparecería tras el desolado horizonte y lo dejaría solo.

Pero el Ford aminoró y el oscilante morro del Pontiac se empotró contra su guardabarros. Se produjo un agudo chirrido de roce de metales. La cabeza del fotógrafo salió despedida hacia el volante y la nariz empezó a sangrarle.

Aterrado, se echó a un lado, mientras dirigía desesperadas miradas hacia atrás. Se deslizó por el lado del pasajero. Corrió hacia la cuneta. Se encontró una valla de alambre de espino y saltó por encima. Voy a conseguirlo, correré sin parar..., pensó.

Cayó al otro lado, y la pierna se le quedó atrapada entre el alambre espinoso. Lanzando gritos al cielo, trataba de liberarse cuando los dos jóvenes bajaron por la cuneta.

¿Por qué?, intentó preguntarles. Pero todo lo que surgió de él fue un leve e indefenso graznido, y luego los sesos le salieron por la nuca.

Aquel día no se publicó ningún reportaje de enfermedades ni de cualquier otro problema relacionado con Sipe Springs, Texas.

Nick abrió la puerta que separaba el despacho del *sheriff* Baker del corredor de las celdas, y enseguida empezaron a provocarlo. Vince Hogan y Billy Warner estaban en las dos celdas situadas a la izquierda de Nick. Mike Childress ocupaba una de las dos de la derecha. La otra se hallaba vacía, porque Ray Booth, el del anillo de sello, había conseguido escapar a la redada.

—¡Eh, mamarracho! —gritó Childress—. ¡Eh, payaso de mierda! ¿Qué será de ti cuando salgamos? ¿Eh? Contéstame. ¿Qué coño crees que te sucederá?

—Te arrancaré las pelotas y te las haré tragar hasta que te ahogues —lo amenazó Billy Warner.

Vince Hogan era el único que no secundaba las amenazas. Mike y Billy no le tenían mucha simpatía ese 23 de junio en que los llevarían a la sede del condado de Calhoun y los encerrarían hasta el día que se celebrara el juicio. El *sheriff* Baker había apretado al viejo Vince y éste cantó como un canario. Baker le dijo a Nick que podría obtener una inculpación contra esos chicos. Pero, cuando llegaran al juicio, para el jurado sólo tendrían la palabra de Nick contra la de esos tres... o cuatro, si pescaban a Ray Booth.

Nick bajó la cabeza para no verles los labios y siguió barriendo. Tuvo cuidado de mantenerse en el centro del pasillo, fuera del alcance de sus manos.

Había adquirido respeto por el *sheriff* John Baker, que con sus ciento veintiocho kilos era Gran John para sus electores. Le respetaba no sólo porque le había empleado para que recuperara el salario perdido, sino también porque se había ensañado con sus cuatro agresores como si él hubiera sido el residente más antiguo del pueblo y no un visitante de paso. Nick sabía que en el Sur había algún que otro *sheriff* que lo habría enviado con gusto a una granja penal.

Fueron en el coche particular de Baker a la serrería donde trabajaba Vince Hogan. Llevaba una escopeta debajo del salpicadero («Siempre a la vista y siempre cargada», le explicó Baker) y una luz destellante para colocar encima del techo, y que Baker guardaba también para cuando intervenía en asuntos policiales. La colocó al entrar en el aparcamiento del aserradero, hacía de esto ya dos días.

Baker había carraspeado y escupido por la ventanilla, luego se sonó y se frotó sus enrojecidos ojos. Su voz había adquirido la sonoridad propia de una sirena para niebla. Nick no pudo oír nada de esto, naturalmente, pero tampoco lo necesitaba. Estaba clarísimo que el *sheriff* tenía un fuerte constipado.

—Ahora cuando lo veamos, yo le cogeré por el brazo —le explicó Baker—, y te preguntaré: ¿Es éste uno de ellos? Tendrás que hacerme un gesto afirmativo con la cabeza. No te preocupes de nada más... Sólo asiente con la cabeza. ¿Lo has comprendido?

Nick asintió.

Vince se hallaba trabajando con la cepilladora, alimentando la máquina con tablas sin desbistar. Estaba de pie, con el serrín cubriendo sus botazas. Dirigió a John una nerviosa sonrisa y sus ojos erraron incómodos hacia Nick, que se hallaba al lado del *sheriff*. El rostro de Nick se veía contraído y bastante pálido todavía.

—Hola, Gran John, ¿qué se te ha perdido por aquí?

Los otros hombres lo observaban todo con recelo, mirando alternativamente a Vince y Baker, como si observasen un partido de tenis. Uno de ellos escupió tabaco sobre el serrín fresco y luego se enjugó el mentón con el dorso de la mano.

Baker agarró a Vince Hogan por un brazo flácido y quemado por el sol y le empujó hacia adelante.

—¡Eh! ¿Qué ocurre, Gran John?

Baker volvió la cabeza para que Nick pudiese leer en sus labios.

—¿Es este uno de ellos?

Nick asintió con firmeza, y señaló a Vince para mayor seguridad.

—¿Qué significa esto? —protestó Vince—. No conozco a este atontado.

—¿Entonces cómo sabes que es atontado? Vamos, Vince, te voy a poner a la sombra. Manda a alguno de éstos a que te traiga tu cepillo de dientes.

Sin cesar de protestar, Vince fue conducido al coche y depositado dentro. Y también entre protestas fue llevado hasta la ciudad. Cuando lo encerraron, seguía protestando. Lo dejaron un par de horas solo para que se cociese en su propia salsa. Baker no se molestó en leerle sus derechos.

—Ese idiota no hace más que fingir —le dijo a Nick.

Cuando Baker regresó a eso de mediodía, Vince estaba demasiado hambriento y asustado para lanzar protesta alguna. Se limitó a volcar cosas.

A la una, Mike Childress estaba ya en la trena, y Baker detuvo a Billy Warner en su casa mientras preparaba su viejo Chrysler para largarse del pueblo. Y durante bastante tiempo, a juzgar por la cantidad de cajas de licor que había cargado y por el montón de maletas. Pero alguien había dado el soplo a Ray Booth, el cual fue bastante listo como para desaparecer en el momento preciso.

Baker llevó a Nick a casa para presentarle a su esposa y darle algo de cenar. Durante el trayecto en coche, Nick escribió en la agenda de notas: «Siento que se trate del hermano de ella. ¿Cómo se lo toma?».

—Con filosofía —respondió Baker con la voz de la experiencia—. Supongo que habrá llorado un poco a causa de esto; pero conoce a su hermano. Sabe que los parientes no se eligen como se hace con los amigos.

Jane Baker era una mujer menuda y guapa, que dio la bienvenida a Nick. Pero tenía los ojos enrojecidos y congestionados por el llanto.

—Mucho gusto, Nick —dijo, estrechando su mano—. Y le pido disculpas por el daño que le han hecho.

Nick se encogió de hombros de forma desmañada.

—Le ofrecí trabajo en la comisaría —informó Baker—, que se ha ido al diablo desde que Bradley se mudó a Little Rock. Necesita pintura y reparaciones. De todos modos tendrá que quedarse un tiempo aquí. Para el... ya sabes...

—El juicio —completó ella—. Sí...

Hubo una pausa durante la cual el silencio se hizo pesado incluso para Nick.

Después, con fingida alegría, Jane Baker exclamó:

—Espero que le guste el jamón de campaña, Nick. Esto es lo que hay, junto con ensalada de patatas. Mi ensalada de patatas nunca podrá competir con la que hacía su madre, al menos eso afirma mi marido.

Nick se palmeó el estómago y sonrió.

Mientras comían el postre de fresa, Jane comentó:

—Trabajas demasiado, John Baker. Tu resfriado ha empeorado. Y no has comido casi nada.

Baker contempló su plato con expresión culpable y se encogió de hombros.

—Puedo permitirme el lujo de saltarme una comida de cuando en cuando —repuso, mientras se masajeaba su doble papada.

—Además estás congestionado. ¿Tienes fiebre?

—Tal vez unas décimas.

—Bueno, pues esta noche no sales. Y ya está...

—Tengo a mis presos, querida. Aunque no haga falta vigilarlos, hay que darles de comer y beber.

—Eso puede hacerlo Nick —replicó ella—. Te irás a la cama.

—Imposible —protestó Baker—. Nick no es mi ayudante.

—Pues entonces confíele el cargo.

—¡Pero si ni siquiera tiene residencia en el pueblo!

—Si tú no lo divulgas, yo tampoco lo haré —insistió ella con firmeza, y empezó a quitar la mesa—. Hazlo de una vez.

Así fue como Nick Andros pasó de preso de Shoyo a ayudante del *sheriff* local en menos de veinticuatro horas. Mientras se preparaba para acudir al despacho de Baker, éste entró en el vestíbulo de la planta baja, inmenso y espectral con su albornoz deshilachado. Parecía embarazado de que le viesan con aquella indumentaria.

—No debería haberme dejado convencer —farfulló—. Y no lo habría hecho de no encontrarme tan mal. Tengo el pecho cargado y estoy tan acalorado como en las rebajas de Navidad. Y débil para colmo.

Nick asintió con expresión comprensiva.

—Me he quedado sin lugarteniente. Bradley Caide y su esposa se fueron a Little Rock después de la muerte de su bebé. Una de esas muertes inexplicables, sin motivo aparente. No lo culpo por haberse marchado.

Nick se señaló el pecho y formó un círculo con el pulgar y el índice.

—Sí, te las arreglarás. Limitate a tomar las precauciones habituales. En el tercer cajón de mi escritorio, hay una pistola del 45, pero no la lleves encima. Las llaves tampoco. ¿De acuerdo? Si entras en el pabellón de las celdas, no te pongas a su alcance. Si alguno de ellos finge estar enfermo, no le hagas caso. Es la treta más vieja del mundo. Si enferman de verdad, el doctor Soames podrá examinarlos por la mañana y no les pasará nada. Entonces yo ya estaré allí.

Nick sacó su bloc del bolsillo y escribió: «Le agradezco su confianza. También que los haya encerrado y me haya dado el empleo».

Baker leyó y dijo:

—Eres un buen muchacho. ¿De dónde vienes? ¿Y cómo se explica que andes así, solo?

«Es una larga historia —garabateó Nick—. Pero, si lo desea, esta noche escribiré una parte, para que usted se entere».

—Hazlo —respondió Baker—. Supongo que sabes que cablegrafiaré tu nombre.

Nick asintió. Era un procedimiento de rutina. Pero no había nada de que pudiera avergonzarse.

—Jane telefoneará al Ma's Truck Stop, próximo a la carretera. Esos chicos me acusarán de malos tratos si no les envío la cena.

Nick escribió: «Que diga que el repartidor entre directamente. No lo oiré si llama a la puerta».

—De acuerdo. —Baker vaciló un momento—. Tienes una litera en el rincón. Es dura pero está limpia. Sólo te ruego que seas prudente, Nick. No puedes pedir auxilio.

Nick asintió y escribió: «Sé cuidarme».

—Sí, no lo dudo. De todas formas, haría venir a alguien del pueblo si pensara que alguno de ellos podía intentar...

Se interrumpió al entrar Jane.

—¿Sigues aleccionando a ese pobre chico? Déjalo irse ya, antes de que venga el estúpido de mi hermano y arme jaleo.

—Supongo que ya debe de estar en Tennessee. —Emitió una risa ronca, y luego soltó un suspiro sibilante que se quebró en una serie de estentóreas toses cargadas de flema—. Subiré a acostarme, Janey.

—Te llevaré unas aspirinas para que te baje la fiebre —le respondió ella.

Miró por encima del hombro a Nick, mientras subía la escalera con su marido.

—Ha sido un placer conocerlo, Nick. Cualquiera que fuesen las circunstancias... Ahora hágale caso a él y tenga cuidado.

Nick inclinó la cabeza para saludarla y ella le dedicó una leve reverencia. Le pareció ver un fulgor de lágrimas en sus ojos.

Un chico curioso, granujiento, vestido con una sucia chaqueta de repartidor de restaurante, llevó tres bandejas de Cena media hora después de que Nick llegara a la cárcel. Éste le hizo una seña al chico para que las depositara sobre la litera, y garabateó: «¿Esto está pagado?».

El chico lo leyó con la misma concentración con que un estudiante de letras habría abordado *Moby Dick*.

—Sí —dijo—. El *sheriff* tiene cuenta abierta. Oiga, ¿no puede hablar?

Nick meneó la cabeza.

—Lo siento —comentó el chico y salió deprisa, como si la mudez fuese contagiosa.

Nick transportó las bandejas una por una y las empujó con el mango de una escoba por la abertura practicada al pie de las puertas de las celdas.

Levantó la vista a tiempo para leer un «asqueroso hijo de puta» articulado por Mike Childress. Sonriendo, Nick le hizo un ademán obsceno.

—Yo te meteré ese dedo en el culo, payaso —dijo Childress—. Cuando salga de aquí...

Nick se volvió y se perdió el resto.

De nuevo en el despacho, se sentó en la silla de Baker, colocó el bloc en el centro del secante, reflexionó un momento y después escribió en la parte superior:

Historia de mi vida
por Nick Andros

Sonrió. Había estado en lugares extravagantes, pero ni siquiera en sus sueños más descabellados imaginó que se sentaría a narrar su biografía en el despacho de un *sheriff*,

elevado al rango de lugarteniente suyo y cuidando a tres hombres que lo habían maltratado. Escribió:

Nací en Caslin, Nebraska, el 14 de noviembre de 1918. Mi padre era un granjero independiente. Él y mi madre estaban siempre al borde del desahucio. Se hallaban endeudados con tres bancos distintos. Hacía seis meses que yo estaba en el vientre de mi madre, y mi padre la llevaba a la consulta del médico, en la ciudad, cuando se salió un eje de su camión y se fueron a la cuneta. Mi padre sufrió un infarto y murió. Mi madre me dio a luz tres meses más tarde, y yo nací tal como soy. Fue en verdad un golpe duro, después de haber perdido a su marido en esas circunstancias.

Ella conservó la granja hasta 1973, y entonces se la confiscaron los «peces gordos», como ella les llamaba. No tenía familia, pero escribió a unos amigos de Big Springs, en Iowa, y uno de ellos le consiguió trabajo en una panadería. Vivimos allí hasta 1977, cuando mi madre murió, también en un accidente. Una moto la embistió cuando cruzaba la calle al volver a casa desde el trabajo. El motorista ni siquiera tuvo la culpa: la mala suerte quiso que le fallaran los frenos. Tampoco iba a demasiada velocidad ni había cometido ninguna otra infracción. La misma iglesia me envió al orfanato de los Hijos de Jesús, en Des Moines, una institución subvencionada por toda clase de iglesias. Allí aprendí a leer y escribir.

Se interrumpió. Le dolía la mano de tanto escribir, pero no fue ésa la razón de la pausa. Revivir todo aquello le hacía sentirse inquieto e incómodo. Volvió al pabellón de las celdas y miró hacia dentro. Childress y Warner dormían. Vince Hogan fumaba un cigarrillo junto a los barrotes y miraba a través del corredor hacia la celda vacía donde debería haber estado Ray Booth si no hubiera huido tan deprisa. Hogan parecía haber llorado, y esto retrotrajo a Nick en el tiempo.

Había una palabra que aprendió en el cine, en su infancia: INCOMUNICADO. Un vocablo que siempre tuvo para Nick connotaciones fantásticas, propias de Lovecraft. Un término abominable que retumbaba en el cerebro. Una palabra que condensaba todos los matices del miedo que habitan fuera del universo cuerdo y dentro del alma humana. Había estado incomunicado toda su vida.

Se sentó y relejó la última frase: «Allí aprendí a leer y escribir». Pero no había sido tan sencillo. Vivía en un mundo silencioso. Escribir era un código. La palabra era el movimiento de los labios, de los dientes, la danza de la lengua. Su madre le enseñó a leer los labios y a escribir su nombre con letras trabajosas y mal formadas. «Ése es tu nombre —le había dicho—. Ése eres tú, Nick». Por supuesto, lo había dicho de forma silenciosa, incomprensible. El primer contacto se estableció cuando golpeó el papel y después le tocó en el pecho. Para el sordomudo, lo peor no es vivir en un mundo de película muda, sino no saber el nombre de las cosas. Él no había empezado a entender realmente todo eso hasta los cuatro años. Hasta esa edad no supo que a esas cosas altas y verdes se las llama árboles. Había querido saberlo, pero nadie se lo enseñó, y él no disponía de ningún medio para preguntar. Estaba incomunicado.

Cuando murió su padre, Nick se replegó casi por completo dentro de sí mismo. El orfanato era un mundo de rugiente silencio donde niños flacos y torvos se burlaban de su condición. Dos chicos corrían hacia él: uno cubriéndose la boca con las manos y otro tapándose las orejas. Si no había ningún celador a la vista, le pegaban. ¿Por qué? Sin ningún motivo. Excepto quizá que en la amplia clase de las víctimas hay subclases, las víctimas de las víctimas.

Perdió el deseo de comunicarse, y cuando esto sucedió sus procesos intelectuales empezaron a herrumbrarse y a desintegrarse. Comenzó a vagar de un lado para otro, distraídamente, mirando los objetos sin nombre que poblaban el mundo. Observaba cómo los niños en el campo de juego movían los labios, subían y bajaban los dientes como blancos puentes levadizos, hacían danzar las lenguas en el ritual del habla. A veces se quedaba contemplando una nube durante una hora.

Entonces apareció Rudy. Un hombre corpulento con cicatrices en el rostro y la cabeza calva. Medía dos metros, pero junto al esmirriado Nick Andros tanto habría dado que midiera seis. Se vieron por primera vez en una sala del sótano, donde había una mesa, varias sillas y un televisor que sólo funcionaba de vez en cuando. Rudy se puso en cuclillas y sus ojos quedaron más o menos a la misma altura que los de Nick. Después, alzó sus manos enormes, también llenas de cicatrices, y se las llevó a la boca y los ojos.

Soy sordomudo.

Nick volvió la cara hoscamente.

¿A quién le importa eso?

Rudy le pegó un bofetón.

Nick cayó al suelo. Abrió la boca y sus ojos comenzaron a derramar lágrimas silenciosas. No quería quedarse allí con aquel tipo cubierto de cicatrices, con semejante monstruo. No era sordomudo. Se trataba de una broma cruel.

Rudy lo ayudó a levantarse y lo condujo hasta la mesa. Allí había una hoja en blanco. Rudy la señaló y después señaló a Nick, el cual negó con la cabeza. Rudy volvió a señalar el papel en blanco. Sacó un lápiz y se lo entregó a Nick. Éste lo soltó como si le quemara y volvió a negar con la cabeza. Rudy señaló primero el lápiz, después a Nick y luego el papel. Nick negó con la cabeza. Rudy le dio otro bofetón.

Más lágrimas silenciosas. La cara llena de cicatrices lo miraba con una expresión en la que sólo se leía la paciencia letal. Volvió a señalar el papel. Señaló el lápiz. Señaló a Nick.

Nick cogió el lápiz. Escribió las cuatro palabras que sabía, exhumándolas de ese mecanismo lleno de telarañas, oxidado, que era su cerebro.

Escribió:

NICHOLAS AMOROS TE JODE

Después partió el lápiz por la mitad y dirigió una mirada desafiante a Rudy. Pero éste sonreía. De pronto estiró las manos sobre la mesa e inmovilizó la cabeza de Nick entre sus palmas callosas. No obstante, las manos eran tibias y delicadas. Nick no recordaba cuándo le habían tocado por última vez con tanto cariño. Su madre lo había hecho así.

Rudy apartó las manos del rostro de Nick. Cogió la mitad del lápiz que conservaba la punta. Dio vuelta a la hoja y presentó el dorso intacto. Tocó el papel en blanco con la punta del lápiz y después tocó a Nick. Otra vez. Y otra. Y de pronto Nick comprendió.

Tú eres una página en blanco.

Nick se echó a llorar.

Rudy volvió durante los seis años siguientes.

«Allí aprendí a leer y escribir. Vino a ayudarme un hombre llamado Rudy Sparkman. Fue una suerte que pudiera contar con él. En 1984 el orfanato entró en bancarota. Distribuyeron el mayor número posible de chicos, pero yo no fui uno de ellos. Dijeron que me colocarían con un familia y que el estado pagaría mi manutención. Quise irme con Rudy; pero éste se encontraba en África trabajando para el Cuerpo de Paz. De modo que me escapé. Pensé que, como tenía diecisiete años, no pondrían demasiado empeño en buscarme. Supuse que, si evitaba meterme en lío, todo marcharía bien, y así fue hasta ahora. Seguí cursos de enseñanza secundaria por correspondencia, porque Rudy siempre decía que la educación es lo más importante. Cuando me establezca durante un tiempo, realizaré el examen que me acredite que he superado la escuela secundaria. Pronto podré aprobarlo. Me gusta estudiar. Quizá algún día ingrese en la universidad. Bueno, ésta es mi historia».

Al día siguiente por la mañana, Baker apareció alrededor de las siete y media, cuando Nick vaciaba las papeleras. El *sheriff* tenía peor aspecto.

«¿Cómo se siente?», escribió Nick.

—Muy bien. Estuve ardiendo hasta medianoche. Nunca había tenido tanta fiebre desde mi infancia. Ni la aspirina podía dominarla. Janey quería que llamase al médico; pero, a eso de las doce y media, la fiebre bajó por sí sola. A partir de entonces dormí como un tronco. ¿Qué tal estás tú?

Nick formó un círculo con el pulgar y el índice: perfectamente.

—¿Y nuestros huéspedes?

Nick abrió y cerró la boca varias veces, parodiando un parloteo incesante. Hizo una mueca de furia y simuló golpear barrote invisibles.

Baker echó la cabeza hacia atrás, rió y después estornudó varias veces.

—Deberías trabajar en la tele —exclamó—. ¿Has escrito la historia de tu vida, como prometiste?

Nick asintió y le entregó dos hojas cubiertas de letra inclinada. El *sheriff* se sentó frente al escritorio y las leyó con atención. Cuando terminó, miró a Nick con expresión tan penetrante que el chico se miró los pies por un momento, azorado.

Cuando levantó por fin la vista, Baker preguntó:

—¿Has andado solo desde los dieciséis años? ¿Durante seis años?

Nick asintió.

—¿Y has seguido de veras esos cursos de enseñanza secundaria?

Nick escribió en una hoja de bloc: «Estaba muy atrasado porque empecé a leer y escribir demasiado tarde. Cuando cerraron el orfanato comenzaba a ponerme al día. Allí aprobé seis asignaturas y desde entonces he aprobado otras seis en La Salle de Chicago. Me faltan cuatro».

—¿Cuáles te faltan? —preguntó Baker. Se giró y gritó—: ¡A ver si os calláis los de ahí! Conseguiréis café y panecillos cuando me encuentre bien del todo y no antes...

Nick escribió: «Geometría, matemáticas superiores. Dos cursos de idioma. Éstos son los requisitos para ingresar en la universidad».

—Un idioma... ¿Quieres decir Frances? ¿Alemán? ¿Español?

Nick asintió.

Baker se rió y meneó la cabeza.

—Nunca he visto nada igual. Un sordomudo que aprende una lengua extranjera. No tengo nada contra ti, muchacho. Entiéndeme bien.

Nick sonrió y asintió.

—¿Entonces, por qué has deambulado tanto?

«Mientras era menor de edad, no me atrevía a permanecer mucho tiempo en un mismo lugar —escribió Nick—. Temía que trataran de encerrarme en otro orfanato o algo parecido. Cuando tuve suficiente edad para buscar trabajo fijo, empeoré la situación. Dijeron que la Bolsa había quebrado o algo parecido; pero dado que soy sordo no oí nada (ja, ja)».

—En la mayoría de los sitios te habrían dejado seguir vagabundeando —comentó Baker—. En épocas de crisis, la leche de la bondad humana no fluye con la misma prodigalidad. Quizá pueda conseguirte un trabajo aquí, a menos que estos chicos hayan hecho que odies para siempre Shoyo y Arkansas. Pero... espero que lo entiendas, todos no somos iguales.

Nick asintió.

—¿Cómo siguen tus dientes?

Nick se encogió de hombros.

—¿Tomaste esos comprimidos contra el dolor?

Nick levantó dos dedos.

—Bien. Escucha, tengo que completar unos trámites respecto de esos muchachos. Continúa con lo que estabas haciendo. Ya seguiremos hablando después...

El doctor Soames, el mismo que casi había arrollado a Nick con su coche, apareció alrededor de las nueve y media de esa mañana. Era un hombre de unos sesenta años, de cabellera blanca e hirsuta, con un flaco cogote de pollo y ojos azules muy penetrantes.

—Gran John me ha dicho que lees en los labios —comentó—. También dice que quiere conseguirte un empleo remunerado, de modo que he de asegurarme de que no terminarás en sus manos. Quítate la camisa.

Nick se desabrochó la camisa azul de trabajo y se despojó de ella.

—Santo Cristo, mira esto —exclamó Baker.

—Sí, lo machacaron bien. —Soames miró a Nick y agregó—: Muchacho, casi perdiste la tetilla izquierda.

Señaló un coágulo en forma de media luna, justo encima de la tetilla. El abdomen y el tórax de Nick parecían una aurora boreal.

Soames lo palpó, y luego estudió con atención sus pupilas. Al final, inspeccionó los destrozados dientes delanteros de Nick, lo único que verdaderamente le seguía doliendo pese a sus aparatosos hematomas.

—Esto debe causar un dolor de mil demonios —dijo, y Nick asintió con solemnidad—. Los vas a perder —continuó Soames—. Tú... —Estornudó tres veces seguidas—. Disculpádmame.

Empezó a guardar los instrumentos en el maletín negro.

—El pronóstico es favorable, jovencito, a menos que te fulmine un rayo o que vuelvas a la taberna de Zack. ¿Tu problema de mudez es físico o consecuencia de la sordera?

Nick escribió: «No tengo cuerdas vocales. Ni tímpanos».

—Defectos típicos de nacimiento —asintió Soames—. ¡Lo siento! Afortunadamente, Él te reforzó los sesos. Ya puedes ponerte la camisa.

Nick se la puso. Soames le caía simpático. A su manera, se parecía mucho a Rudy Sparkman, quien le dijo en una ocasión que Dios les había concedido a todos los varones sordomudos cinco centímetros adicionales debajo de la cintura para compensar lo que les había quitado por encima de las clavículas.

—Encargaré en la farmacia que te den otro frasco de analgésicos —prosiguió—. Dile a ese potentado que pague la cuenta.

—Jo, jo —rió Baker.

—Tiene más dinero guardado dentro de botes vacíos de frutas que verrugas un cerdo —afirmó Soames. Volvió a estornudar, se limpió la nariz, hurgó en el maletín y sacó un estetoscopio.

—Cuidado, abuelo, si no quieres que te encierre por ebriedad y alteración del orden público —dijo Baker con una sonrisa.

—Sí, sí —murmuró Soames—. Un día abrirás la boca más de lo acostumbrado y te caerás en ella. Quitate la camisa, John, y veremos si tus tetas siguen tan grandes como antes.

—¿Que me quite la camisa? ¿Por qué?

—Porque tu esposa quiere que te examine. Cree que estás enfermo y no quiere que empeores. Dios sabe por qué. ¿Acaso no le he dicho muchas veces que ella y yo ya no tendríamos que vernos a escondidas si tú estuvieses bajo tierra? Vamos, John, desvístete.

—Sólo es un resfriado —farfulló Baker mientras se desabrochaba de mala gana la camisa—. Esta mañana me siento bien. Te juro, Ambrose, que tú pareces estar peor que yo.

—El paciente no diagnostica al médico —replicó Soames.

Mientras Baker se quitaba la camisa, el doctor se volvió hacia Nick y le dijo:

—Es curioso ver cómo se contagia este resfriado. La señora Lathrop está enferma y toda la familia Richie, y la mayoría de esos holgazanes de Baker Road están escupiendo los sesos. Incluso Billy Warner.

Baker se había quitado ya hasta la camiseta.

—¿No te lo había dicho? —exclamó Soames—. ¿Qué te parecen este par? Bastan para calentar incluso a un pobre viejo como yo...

Baker resolló cuando el estetoscopio le tocó el pecho.

—¡Está frío! ¿Qué haces? ¿Lo guardas en el congelador?

—Aspira —dijo Soames con ceño—. Espira.

Baker soltó el aire y su espiración se trocó en una tos débil.

Soames auscultó al *sheriff* durante largo rato. Pecho y espalda. Cuando al fin guardó el estetoscopio, utilizó una espátula para examinar la garganta de Baker. Al concluir el examen, la partió en dos y lo arrojó a la papelera.

—¿Y bien? —preguntó Baker.

Soames apretó el cuello del *sheriff* debajo de la mandíbula. Baker dio un respingo.

—No es necesario que pregunte si te ha dolido —dijo Soames—. John, vuelve a casa y métete en cama.

Baker parpadeó.

—Ambrose —objetó con parsimonia—, sabes que no es posible. Tengo tres presos que debo enviar a Camden esta tarde. Ayer dejé a este chico custodiándolos, pero no volveré a hacerlo. Es mudo. Anoche no habría accedido si hubiera estado en mis cabales.

—Tienes una infección respiratoria. Y muy fuerte, a juzgar por el ruido. Además, tienes fiebre. Te seré franco. Esto no es una broma cuando el paciente lleva encima tantos kilos de más como tú. Vete a la cama. Si mañana por la mañana te sientes bien, te librarás entonces de tus presos. Mejor aún, pide a la patrulla estatal que venga a buscarlos.

Baker miró compungido a Nick.

—La verdad —dijo— es que me siento un poco flojo. Quizá un poco de reposo...

«Vuelva a casa y acuéstese —escribió Nick—. Seré prudente. Además, tengo que ganar lo indispensable para pagarme esos comprimidos».

—Trabajas tanto como un drogadicto —comentó Soames, y se echó a reír.

Baker cogió las dos hojas de papel donde figuraba la biografía de Nick.

—¿Puedo llevármelas para que las lea Janey? Te ha cobrado mucho afecto, Nick.

Nick garabateó en el bloc: «Claro que puede. Su esposa es muy simpática».

—Ya —suspiró Baker mientras se abrochaba la camisa—. La fiebre vuelve a subirme. Pensé que me había librado de ella.

—Toma aspirinas —aconsejó Soames, al tiempo que cerraba su maletín—. Lo que no me gusta es esa afección glandular.

—En el último cajón del escritorio, en una caja de cigarros —dijo Baker—, está el dinero para gastos menudos. Puedes salir a comer y de camino te compras el medicamento. Esos chicos no son precisamente forajidos. Deja un comprobante por la suma que pagues. Telefonaré a la policía estatal y esta tarde vendrán a llevárselos.

Nick hizo el gesto habitual con el pulgar y el índice.

—He depositado mucha confianza en ti en muy poco tiempo —sentenció Baker con tono circunspecto—. Pero Janey tiene razón. Eres un chico de fiar.

Nick asintió.

Jane Baker apareció alrededor de las seis de la tarde con una fuente tapada y un envase de leche. Nick escribió: «Muchas gracias. ¿Cómo está su marido?».

—Quería venir personalmente pero logré disuadirlo —sonrió ella—. Esta tarde le subió tanto la fiebre que me asusté, pero ahora ha vuelto casi a la temperatura normal. Creo que la explicación reside en la patrulla del estado. Johnny no se siente feliz si no tiene un pretexto para enfurecerse contra ellos.

Nick le dirigió una mirada interrogante.

—Le dijeron que hasta mañana a las nueve de la mañana no pueden enviar a nadie en busca de los presos. Han tenido un mal día, con veinte o más hombres de baja por enfermedad. Y muchos de los que siguen en pie han estado transportando gente al hospital de Camden e incluso al de Pine Bluff. Hay muchos enfermos en la comarca. Me parece que Am Soames está más preocupado de lo que deja entrever.

Ella también parecía alarmada. Después, extrajo del bolsillo de la pechera las dos hojas de papel dobladas.

—Vaya historia —comentó con tono afable mientras le devolvía los papeles—. Nunca he conocido a nadie con peor suerte. Considero que la forma en que has superado todos los obstáculos es admirable. Y vuelvo a pedirte disculpas por lo que te hizo mi hermano.

Nick no supo qué decir y sólo atinó a encogerse de hombros.

—Ojalá te quedes en Shoyo —prosiguió ella—. Le caes simpático a mi marido. Y también a mí. Cuídate de los hombres que tienes ahí encerrados.

«Me cuidaré —escribió Nick—. Dígame al *sheriff* que espero que se mejore».

—Le transmitiré tus buenos deseos.

La mujer se fue y, para Nick, ésa fue una noche de descanso intermitente. Se levantó varias veces para observar a sus tres presos. Desesperados o no, a las diez ya estaban todos durmiendo. Dos tipos de la ciudad acudieron a asegurarse de que Nick se encontraba bien, y Nick se percató de que ambos parecían resfriados.

Tuvo sueños extraños, y lo único que recordó al despertar fue que creía haber estado caminando por unas hileras interminables de maíz verde, buscando algo, y con un miedo terrible a causa de algo que parecía estar detrás de él.

Por la mañana se levantó temprano y barrió con cuidado la parte de atrás de la cárcel, sin hacer caso de Billy Warner y Mike Childress. Mientras lo hacía, Billy lo llamó.

—Ya sabes que Ray volverá. Y cuando te coja, desearás estar *ciego* además de sordo y mudo.

Nick, con la espalda vuelta, se perdió la mayor parte de la amenaza.

De regreso en la oficina, cogió un ejemplar atrasado de *Time* y comenzó a leer. Sintió tentaciones de apoyar los pies encima de la mesa; pero decidió que sería una buena manera de meterse en líos si se presentaba el *sheriff*.

A las ocho se preguntó si Baker habría tenido aquella noche una recaída. Nick había esperado que estuviese ya allí, dispuesto a que se llevaran a sus tres presos a la cárcel del condado en cuanto apareciese la patrulla de la policía estatal. Además, a Nick el estómago empezaba a sonarle a vacío. No había aparecido nadie de la cafetería de la carretera, y se quedó mirando el teléfono, más con asco que con nostalgia. Estaba al día de los temas de ciencia ficción, pues a veces conseguía algunos libros de bolsillo en los polvorientos estantes traseros de viejas librerías, por veinticinco o diez centavos. Se puso a pensar, no por primera vez, que sería un gran día para todos los sordomudos del mundo cuando el uso del teléfono con pantalla que las novelas de ciencia ficción predecían se generalizase.

A las nueve menos cuarto estaba ya muy preocupado. Se acercó a la puerta que daba a las celdas y miró.

Billy y Mike aporreaban los barrotes de sus celdas con los zapatos, algo que venía a demostrar que la gente que no puede hablar constituye un pequeño porcentaje de los imbéciles del mundo. Vince Hogan se hallaba tumbado. Se limitó a volver la cabeza y mirar a Nick. Hogan estaba muy pálido, excepto una especie de colorete en las mejillas, y tenía marcadas ojeras; gotas de sudor le perlaban la frente. Nick observó su mirada apática y febril y se percató de que parecía realmente enfermo. Su preocupación se ahondó aún más.

—Eh, tontainas, ¿qué pasa con el desayuno? —le gritó Mike—. Vince parece que necesita un médico. Ese parlanchín a lo mejor no está de acuerdo, ¿verdad, Bill?

Bill no quiso seguir la broma.

—Lo siento, ya te he llamado antes a gritos, tío. Pero Vince está de veras enfermo. Necesita que lo vea el doctor.

Nick asintió y salió, tratando de imaginarse qué hacer a continuación. Se inclinó sobre el escritorio y escribió en el bloc de notas: «*Sheriff* Baker, o quien sea: he ido a buscar el desayuno a los presos y a tratar de encontrar al doctor Soames para que vea a Vincent Hogan. Parece estar enfermo de veras, no sólo fingiéndolo. Nick Andros».

Arrancó la hoja del bloc y la dejó encima del escritorio. Luego, tras meterse el bloc en el bolsillo, salió a la calle.

La primera cosa que le extrañó fue el pesado calor del día y el olor a invernadero. Por la tarde aquello iba a ser un horno. Era uno de esos días en que la gente gusta de hacer sus menesteres a primera hora de la mañana para pasarse luego la tarde lo más tranquila posible. Para Nick, Main Street tenía un aspecto de extraña indolencia a aquella hora todavía alejada del mediodía. Parecía más un domingo que un día de trabajo.

Los espacios de aparcamiento en diagonal que había frente a las tiendas se hallaban vacíos. Algunos coches y camiones de los granjeros transitaban en ambas direcciones; pero no demasiados. La ferretería parecía abierta, pero el Banco Mercantil tenía las persianas bajadas, aunque eran ya más de las nueve.

Nick dobló a la derecha, hacia la cafetería de la carretera, que se encontraba a unas cinco manzanas de distancia. Había llegado a la esquina de la tercera cuando distinguió el coche del doctor Soames. Avanzaba despacio por la calle en dirección a él, dando bandazos de un lado a otro, con muestras de agotamiento. Nick le hizo señas energéticas, sin estar seguro de que Soames se detuviera; pero éste acercó al coche al bordillo, ocupando cuatro espacios de aparcamiento en diagonal. No salió, sino que siguió sentado detrás al volante. Su mirada asombró a Nick. Soames parecía haber envejecido veinte años desde que lo había visto bromear con el *sheriff*. En parte se trataría de agotamiento, pero éste no podía ser la única explicación. Como para confirmar sus pensamientos, el médico sacó un arrugado pañuelo, como un viejo mago haciendo un truco trillado, y se sonó repetidas veces. Al final inclinó la cabeza contra el asiento del coche, con la boca entreabierta para aspirar aire. La piel le brillaba tanto y era tan amarilla que a Nick le recordó la de un cadáver.

Soames abrió los ojos y dijo:

—El *sheriff* Baker ha fallecido. Si me has parado por eso, puedes olvidarte del asunto. Murió poco después de las dos de la madrugada. Y ahora Janey está enferma de lo mismo.

Los ojos de Nick se abrieron como platos. ¿El *sheriff* Baker muerto? Pero si su mujer había estado con él anoche y le explicó que se sentía mejor. Y ella... ella parecía encontrarse muy bien. No, aquello no era posible.

—Muerto, eso es —prosiguió Soames, como si Nick hubiese expresado su pensamiento en voz alta—. Y no es el único. Ya he firmado doce certificados de defunción en las últimas doce horas. Y sé muy bien que otros veinte estarán muertos al mediodía si Dios no tiene piedad de ellos. Pero dudo que esto sea obra de Dios. Sospecho que Él sólo lo está permitiendo como una consecuencia.

Nick sacó el bloc del bolsillo y escribió: «¿Y qué les ocurre?».

—No lo sé —repuso Soames, arrugando lentamente la hoja y arrojándola a la calle—. Pero todo el mundo en la ciudad parece afectado de esto. Estoy más asustado de lo que lo he estado jamás en mi vida. Yo también lo he pillado, aunque de lo que ahora sufro más es de agotamiento. Ya no soy un hombre joven. Uno no se puede pasar así horas y horas sin pagar un precio, como has de comprender.

En su voz se percibía una cansada y asustada petulancia, aunque por fortuna Nick no pudo escucharla.

—Y compadecerme no me servirá de ninguna ayuda.

Nick, que no podía ser consciente de que Soames estuviese sintiéndolo también por él mismo, se limitó a mirarlo con curiosidad.

Soames salió del coche y se apoyó un momento en el brazo de Nick. La forma de aferrarse era propia de un anciano, débil y un poco apremiante.

—Sentémonos en ese banco, Nick. Es bueno hablar contigo. Supongo que ya te lo habían dicho.

Nick señaló hacia la cárcel.

—No van a ir a ninguna parte —lo tranquilizó Soames—; y si lo han pillado, ahora mismo los pondré al final de mi lista.

Se sentaron en el banco, verde brillante y con el anuncio de una compañía de seguros en el respaldo. Soames volvió el rostro a la calidez del sol.

—Escalofríos y fiebre —explicó—. Desde las diez de anoche. Últimamente sólo escalofríos. Y gracias a Dios no se ha presentado diarrea.

«Debería meterse en cama», escribió Nick.

—Ya sé que debería hacerlo. Y lo haré. Sólo quiero descansar unos minutos.

Se le cerraron los ojos y Nick pensó que se había quedado dormido. Se preguntó si debía ir a la cafetería de la carretera y llevarles a Billy y Mike el desayuno.

Luego, Soames habló de nuevo, sin abrir los ojos. Nick observó sus labios.

—Los síntomas son muy comunes —dijo, y comenzó a enumerarlos con los dedos, que fue extendiendo delante de él como un abanico hasta llegar a diez—. Escalofríos. Fiebre. Dolor de cabeza. Debilidad y cansancio general. Pérdida del apetito. Micción dolorosa. Inflamación progresiva de los ganglios. Hinchazones en los sobacos y la ingle. Respiración fatigosa... —Se quedó mirando a Nick—. Son los síntomas del resfriado común, de la gripe, de la neumonía. Nosotros podemos curar todas esas cosas, Nick. A menos que el paciente sea muy joven o muy viejo, o se halle debilitado por una enfermedad anterior, los antibióticos consiguen curarlo. Pero con esto no. Acomete al paciente de una forma rápida o lenta, eso no parece importar. Nada sirve de ayuda. La cosa progresa, sube, desciende de nuevo, aumenta el debilitamiento, las inflamaciones van a más. Y al final la muerte. Alguien ha cometido un error. Y están tratando de ocultarlo.

Nick lo miró pensativo, preguntándose si había entendido bien las palabras de labios del doctor, o si Soames desvariaba.

—Esto suena a pesadilla paranoica, ¿verdad? —dijo mirándolo con cansino humor—. Yo podía asustarme de la paranoia de la generación más joven, ¿lo sabías? Que alguien estaba pinchando sus teléfonos, siguiéndolos... haciendo con ellos pruebas en los ordenadores... Pues bien, acabo de averiguar que ellos tenían razón y que era yo el equivocado. La vida es algo muy bueno, Nick, pero el envejecer se cobra un pesado peaje sobre los prejuicios más queridos por uno, y eso es lo que he averiguado ahora...

«¿Qué quiere decir?», escribió Nick.

—Ninguno de los teléfonos de Shoyo funciona —prosiguió Soames.

Nick no sabía si eso era una respuesta a su pregunta (Soames parecía haber prestado a la última nota de Nick una indiferente mirada), o si el doctor había seguido adelante con alguna nueva parrafada. Daba la impresión de que la fiebre hacía que la mente de Soames divagara.

El doctor contempló el intrigado rostro de Nick, y debió de pensar que el sordomudo no le creía.

—Es cierto —prosiguió—. Si tratas de marcar cualquier número que no sea de esta ciudad, lo único que consigues es un anuncio grabado. Además, las dos salidas y entradas de Shoyo a la autopista están cerradas y hay unas vallas que ponen: obras en la carretera. Pero no hay obras de ninguna clase. Sólo las vallas. He estado allí. Creo que se podrían apartar. Pero esta mañana el tráfico por la autopista parecía muy ligero. Y en su mayor parte lo constituyen vehículos del ejército. Camiones y *jeeps*.

«¿Y qué pasa con las otras carreteras?», escribió Nick.

—La 63 ha sido cerrada al este porque se halla en obras para sustituir las alcantarillas —prosiguió Soames—. Y en el extremo oeste de la ciudad parece haber ocurrido un grave accidente. Pueden verse dos vehículos cruzados en la calzada, bloqueándola por completo. Hay puestas unas señalizaciones, pero ni la menor señal de tropas ni miembros de salvamento y ayuda en carretera.

Hizo una pausa, volvió a sacar el pañuelo y se sonó ruidosamente.

—Los hombres que trabajan en las obras de alcantarillado avanzan con lentitud, según Joe Rackman, que vive por allí. He estado en casa de los Rackman hace dos horas, visitando a su pequeño, que también se encuentra muy enfermo... Joe dijo que los hombres de la cloaca son

en realidad soldados; aunque van vestidos como obreros del servicio de conservación de carreteras estatales, usan un camión del ejército.

Nick escribió: «¿Cómo lo sabe?».

Mientras se levantaba, Soames comentó:

—Los obreros rara vez se saludan unos a otros.

Nick se puso también en pie.



«¿Y las carreteras comarcales?», apuntó.

—Tal vez sea posible —respondió Soames—. Pero yo soy un médico, no un héroe. Joe afirmó haber visto fusiles en la cabina del camión. Fusiles del ejército. Si alguien intenta salir de Shoyo por rutas vecinales y lo pillan, ¿quién sabe qué podría ocurrirle? ¿Y qué se averiguaría yendo más allá de Shoyo? Repito: se ha cometido una equivocación. Y ahora están tratando de taparlo. Naturalmente, la noticia de algo así aparecerá, y no pasará demasiado tiempo. Pero entretanto ¿cuántos morirán?

Asustado, Nick miró al doctor Soames mientras regresaban al coche y el médico se subía con lentitud.

—Y, tú, Nick —dijo Soames mirándole por la ventanilla—, ¿cómo te encuentras? ¿Te notas resfriado? ¿Estornudas? ¿Toses?

Nick negó con la cabeza.

—¿Tratarás de salir de la ciudad? Creo que podrías hacerlo a través del campo.

Nick volvió a menear la cabeza y escribió:

«Esos hombres están encarcelados. No puedo dejarlos. Vincent Hogan se encuentra enfermo, pero los otros dos están bien. Les llevaré el desayuno y luego iré a ver a la señora Baker».

—Eres un chico muy juicioso —comentó Soames—. Y eso es raro. Un muchacho, en esta degradada época, que tenga sentido de la responsabilidad es una *rara avis*. Ella te lo agradecerá, Nick, lo sé. Braceman, el ministro metodista, también dijo que se pasaría por allí. Me temo que deberé atender un montón de llamadas antes de que el día termine. Tendrás cuidado con esos que tienes encerrados, ¿verdad?

Nick asintió con seriedad.

—Bien. Trataré de pasar por la tarde para ver cómo estás.

Puso el coche en marcha y se alejó con aspecto cansado, los ojos enrojecidos y consumidos. Nick le siguió con la mirada, con gesto preocupado, y luego echó a andar en dirección a la cafetería de la carretera. Se hallaba abierta, pero sólo estaba un cocinero y tres de las cuatro

camareras no se habían presentado al turno de siete a tres. Nick tuvo que esperar mucho tiempo para que le sirviesen su pedido.

Cuando regresó a la cárcel, tanto Bill como Mike parecían muy asustados. Vince Hogan deliraba. A las seis de la tarde, había muerto.

Hacía tanto tiempo que Larry no visitaba Times Square que esperaba encontrarse con algo distinto, mágico. Allí las cosas parecían más pequeñas y sin embargo mejores. Y no se sentiría intimidado por la importancia, el olor y la a veces peligrosa vitalidad del lugar, como le había ocurrido de chiquillo, cuando él y Buddy Marx, o él solo, venían para ver doble película o para contemplar los resplandecientes escaparates de las tiendas, y los billares.

Pero todo parecía igual... Más aún, porque algunas cosas sí habían cambiado. Cuando salías del metro, el quiosco de revistas de la esquina había desaparecido. A media manzana de distancia, donde había una galería comercial llena de luces destellantes y timbres y jóvenes de peligroso aspecto, con cigarrillos que les colgaban de los labios, había ahora un Orange Julius con un montón de jóvenes negros delante y con la parte inferior de sus cuerpos moviéndose sensualmente, como si en algún lugar tocasen un *swing* que sólo unos oídos negros podían escuchar. Había más salas de masaje y cines x.

De todos modos era más o menos la misma de antes, y eso lo apenó. La única diferencia concreta empeoraba aún más la situación: ahora se sentía allí como un turista. Claro que quizá incluso los neoyorquinos se sentían como turistas en Times Square, empequeñecidos, deseando alzar la vista para leer los titulares electrónicos mientras caminaban de un lado para otro. Había olvidado lo que era constituir una parte de Nueva York. Pero tampoco tenía prisa por volver a aprenderlo.

Esa mañana la madre de Larry no había ido a trabajar. Desde hacía dos días luchaba con un resfriado y esa mañana se había levantado temprano, con fiebre. Él, desde la cama estrecha y segura de su antigua habitación, la había oído trajar en la cocina, estornudar y blasfemar entre dientes mientras se preparaba el desayuno. El chasquido del televisor al encenderse y después el programa de noticias *Today*. Un conato de golpe de Estado en la India. Una central eléctrica dinamitada en Wyoming. Se esperaba que el Tribunal Supremo dictara una sentencia histórica respecto a los derechos de los homosexuales.

Cuando Larry entró en la cocina abrochándose la camisa, el noticiario había terminado y Gene Shalitt entrevistaba a un hombre calvo que mostraba a una serie de animalillos de cristal. Explicó que ésa era su especialidad desde hacía cuarenta años, y que Random House publicaría un libro suyo sobre el tema. En ese momento estornudó.

«Está disculpado», dijo Gene Shalitt con una sonrisa.

—¿Los quieres fritos o revueltos? —preguntó Alice Underwood. Llevaba puesta la bata.

—Revueltos —respondió Larry, seguro de que era inútil protestar contra los huevos. A juicio de Alice ningún desayuno estaba completo sin ellos. Tenían proteínas y eran nutritivos. Su concepto de la nutrición era vago pero omnímodo. Larry sabía que tenía grabada en la mente una lista de productos nutritivos y otra de los que no lo eran.

Se sentó y miró cómo preparaba los huevos vertiéndolos en la misma vieja sartén ennegrecida, revolviéndolos con la misma batidora de alambre que había empleado cuando él asistía al primer curso de la escuela pública 162.

Su madre sacó el pañuelo del bolsillo de la bata, tosió y estornudó en él y farfulló «¡Mierda!» con voz apenas audible antes de volver a guardárselo.

—¿No irás a trabajar, mamá?

—Pedí permiso por enfermedad. Este resfriado quiere acabar conmigo. Aborrezco pedir la baja por enfermedad. Lo hace demasiada gente. Pero quiero quedarme en cama. Tengo fiebre. Y se me han inflamado los ganglios.

—¿Has llamado al médico?

—Cuando yo era una doncella los médicos hacían visitas a domicilios. Ahora, si estás enfermo debes ir a las urgencias del hospital. Eso, o perder todo el día para que algún curandero te eche un vistazo en uno de esos sitios en que se supone hacen medicina ambulatoria. Entrás y sólo te entregan la correspondiente receta del seguro. Esos lugares son peores que una capilla una semana antes de Navidad. Me quedaré en casa, beberé un zumo y tomaré aspirinas. Mañana me sentiré bien.

Él le hizo compañía durante casi toda la mañana. Llevó el televisor hasta delante de la cama de su madre, con los tendones de los brazos heroicamente distendidos. Te vas a herniar,

bromeó para sí. Le sirvió el zumo, le acercó una vieja botella de Nyquil para la sofocación, y bajó al supermercado para comprarle un par de libros de bolsillo.

Después de eso ya no quedó mucho por hacer, excepto irritarse mutuamente. A ella le sorprendió que la señal de la televisión fuera mucho peor en el dormitorio, y Larry debió tragarse el comentario cáustico de que era mejor que nada. Por fin, le dijo que quizá era hora de que saliese a pasear un poco por la ciudad.

—Es una buena idea —asintió su madre con alivio—. Voy a echar un sueñecito... Eres un buen chico, Larry.

De modo que bajó por la angosta escalera (el ascensor seguía averiado) y salió a la calle, experimentando una sensación de culpable satisfacción. El día le pertenecía, y tenía aún doscientos dólares en efectivo.

Ahora, ya en Times Square, no se sentía tan alegre. Anduvo por allí, tras haberse pasado la cartera a un bolsillo del pecho. Se detuvo frente a una tienda de discos que los vendía con descuento.

El sonido de su propia voz le llegó desfigurado desde un ajetreado altavoz colocado en lo alto:

*No he venido a pedirte que te quedes toda la noche
ni a preguntarte si has visto la luz;
no he venido a fastidiarte o a provocarte.
Sólo quiero que me digas si te parece que puedes,
nena, entender a tu hombre.
Entenderlo, nena...
Dime, nena, ¿entiendes a tu hombre?*

Ése soy yo, pensó, contemplando con mirada ausente un álbum, pero aquel sonido le deprimía. Peor aún, le producía nostalgia. No quería estar allí, debajo de aquel cielo gris, oliendo los tubos de escape de Nueva York, con una mano jugando constantemente a una especie de póquer con su cartera, para asegurarse de que seguía aún allí. Nueva York, eres pura paranoia. De repente deseó estar en un estudio de grabación de la costa Oeste, realizando un nuevo álbum.

Larry apretó el paso y entró en una sala de juego. Las campanas y timbres tintineaban en sus oídos, y a ello se sumó el desgarrado rugido amplificado del juego Carrera Mortal 2000 reforzado con los chillidos electrónicos de los peatones agonizantes. Bonito juego, pensó Larry, al que pronto le seguirá Dachau 2000. Ése les encantará. Se acercó a la cabina de cambio y recogió diez dólares en monedas de veinticinco centavos. Junto al Beef 'n Brew de la acera de enfrente había un teléfono que funcionaba, y marcó de memoria el número de Jane's Place. Era una sala de póquer que solía frecuentar Wayne Stukekey.

Larry insertó monedas en la ranura hasta que le dolió la mano, y entonces el teléfono comenzó a sonar a cuatro mil quinientos kilómetros de allí.

—Jane's —respondió una voz femenina—. Estamos abiertos.

—¿A cualquier proposición? —preguntó él con tono sensual.

—Escucha, listillo, esto no es... ¡Oh! ¿Eres Larry?

—Sí, el mismo. Qué tal, Arlene.

—¿Dónde estás? No te hemos visto últimamente.

—Bueno, estoy en la costa Este —contestó cauteloso—. Alguien me advirtió que los buitres me buscaban y que me convenía largarme hasta que se apaciguaran.

—¿Algo relacionado con una gran juerga?

—Sí.

—He oído hablar de eso —exclamó ella—. Eres un derrochador...

—¿Está por ahí Wayne, Arlene?

—¿Te refieres a Wayne Stukekey? ¿No te has enterado?

—¿De qué? Estoy en la otra costa. Eh, supongo que se encuentra bien, ¿no?

—Se halla en el hospital, tumbado por la gripe. Aquí la llaman *Capitán Trotamundos*. Aunque no es para reírse... Dicen que ha matado ya a muchos. La gente tiene miedo de estar en un recinto cerrado. Hoy hay seis mesas vacías. Y tú sabes que Jane's nunca ha tenido mesas vacías.

—¿Cómo está Wayne?

—¿Quién puede saberlo? Tienen montones de pabellones llenos de gente y en ninguno de ellos admiten visitas. Es alucinante, Larry. Y hay muchos soldados por las calles.

—¿De permiso?

—Los soldados de permiso no van armados ni en camiones militares. Mucha gente está asustada de verdad. Tienes suerte de encontrarte ahí.

—Pero eso no ha aparecido en las noticias.

—Aquí los periódicos publicaron artículos aconsejando vacunarse contra la gripe. Algunos dicen que el ejército perdió el control de uno de esos frasquitos de peste. ¿No es patético?

—No son más que versiones alarmistas.

—¿Ahí donde estás no sucede nada parecido?

—No —respondió, pero entonces recordó el resfriado de su madre. ¿Y no había oído muchos estornudos y toses en el metro? Recordó haber pensado que aquello parecía un pabellón de tuberculosos. Pero en todas las ciudades proliferan los estornudos y las narices chorreantes.

—Ni siquiera Janey ha venido —prosiguió Arlene—. Tiene fiebre y las glándulas inflamadas, según dijo. Pensé que esa vieja zorra lo resistía todo, incluidas las enfermedades.

—Han pasado tres minutos —les interrumpió la telefonista—. Avisen cuando terminen.

—Bueno, volveré dentro de una semana, Arlene —dijo Larry—. Ya nos veremos.

—Con mucho gusto. Siempre quise salir con una estrella de la canción.

—Arlene, ¿conoces a un tipo llamado Dewey Deck?

—¡Oh! —exclamó ella, sobresaltada—. ¡Caray, Larry!

—¿Qué pasa?

—Gracias a Dios que no has colgado. Vi a Wayne dos días antes de que lo internaran en el hospital. ¡Lo había olvidado por completo! ¡Caray!

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Es un sobre. Dijo que era para ti. Me pidió que lo guardara durante una semana, o que te lo diera si te veía. También dijo algo como: «Tiene mucha suerte de que sea de él y no de Dewey».

—¿Qué hay dentro?

Se pasó el auricular de una mano a otra.

—Espera un momento... Voy a ver.

Hubo una pausa, y después un ruido de papel que se desgarraba.

—Es una libreta de ahorro —informó—. First Commercial Bank of California. Con un saldo de... ¡Uau! Más de trece mil dólares. Si cuando salgamos me pides que paguemos a medias te partiré la cabeza.

—No tendrás que hacerlo —le dijo Larry sonriendo—. Gracias, Arlene. Guárdamelo bien.

—No; lo tiraré por el retrete. So tonto...

—Es muy bueno ser amado...

Ella suspiró.

—Pues lo eres demasiado, Larry. Lo pondré en un sobre con el nombre de los dos. Así ya no me eludirás cuando vengas...

—No se me ocurriría hacerlo, cariño.

Cortaron. Entonces se oyó de nuevo a la telefonista, que reclamaba tres dólares. Larry, que seguía sintiendo las facciones distendidas por una sonrisa ancha y bobalicona, los introdujo de buena gana en la ranura.

Miró las monedas aún diseminadas sobre el estante de la cabina telefónica, tomó una y la insertó en el aparato. Instantes después sonaba el teléfono de su madre.

El primer impulso consistía en compartir la buena noticia, el segundo en darle a alguien en la cabeza. Creía. Bueno, no; sólo se trataba de lo primero. Quería tranquilizarse y tranquilizar a su madre con la noticia de que era de nuevo solvente.

La sonrisa se borró de sus labios poco a poco. El teléfono sonaba y sonaba. Quizá al final había decidido salir. Recordó su rostro congestionado y febril, sus toses y estornudos y cómo mascullaba impaciente en el pañuelo... No creía que hubiera salido.

Colgó y recogió la moneda no utilizada. Salió, haciendo tintinear el cambio en la mano. Vio un taxi y le hizo señas, y, en el momento en que el vehículo volvía a incorporarse al tráfico, comenzó a llover.

La puerta estaba cerrada con llave, y después de golpear dos o tres veces se convenció de que el apartamento se encontraba vacío. Había golpeado con tanta fuerza que alguien contestó de igual manera desde el piso de arriba, como un fantasma exasperado. Pero quería entrar y asegurarse, y no tenía llave. Se volvió para bajar al apartamento de Freeman, y entonces fue cuando oyó el gemido detrás de la puerta.

En la puerta de su madre había tres cerraduras, pero ella no se molestaba en usarlas a pesar de su temor a los puertorriqueños. Larry embistió la puerta con el hombro y ésta cedió ruidosamente... La acometió de nuevo y el pestillo saltó... El batiente giró sobre los goznes y se estrelló contra la pared.

—¿Mamá?

Otra vez el gemido.

El apartamento se encontraba en penumbra. Había oscurecido de repente. Se oía el retumbar de los truenos y el fuerte repiqueteo de la lluvia. La ventana de la sala se encontraba entreabierta y las cortinas blancas ondeaban sobre la mesa. Se veía una mancha húmeda sobre el suelo allí donde había entrado la lluvia.

—¿Dónde estás, mamá?

Un gemido más potente. Atravesó la cocina y volvió a retumbar un trueno.

Casi tropezó con ella, porque se hallaba tumbada en el suelo, medio fuera del dormitorio.

—¡Mamá! ¡Dios mío!

Ella trató de darse la vuelta, pero sólo se movió su cabeza, rotando sobre el mentón para apoyarse sobre la mejilla izquierda. Su respiración era entrecortada por estertores y estaba cargada de flema. Pero lo peor, lo que él nunca iba a olvidar, fue la forma en que su ojo visible giró para mirarlo, como el ojo de un cerdo en el corral del matadero. Tenía las facciones inflamadas por la fiebre.

—¿Larry?

—Te acostare otra vez, mamá.

Se agachó, tensando las piernas, haciendo frente al temblor que pretendía apoderarse de ellas, y alzó a su madre en brazos. La bata se abrió y dejó al descubierto un camisón desteñido por los lavados y unas piernas blancas y surcadas por gruesas venas varicosas. Él calor que irradiaba era tremendo, lo cual sobrecogió a Larry. Nadie podía tener tanta fiebre y vivir. Sus sesos debían de estar friéndose.

Como para confirmarlo, ella dijo con voz quejumbrosa:

—Larry, ve a buscar a tu padre... Está en el bar.

—Cálmate —respondió él, ofuscado—. Cálmate y duerme, mamá.

—¡Está en el bar con ese fotógrafo! —chilló ella.

El trueno retumbó con estruendo inusitado.

A Larry le pareció que tenía el cuerpo untado con una sustancia viscosa y fría que chorreaba lentamente.

Una brisa fresca se colaba por la ventana entreabierta de la sala y corría por el apartamento. Como respondiendo a ella, Alice empezó a temblar y en los brazos se le puso piel de gallina. Le castañeteaban los dientes. Su rostro parecía una luna llena en la penumbra del dormitorio. Larry bajó las sábanas, metió las piernas de su madre dentro y tiró de las mantas hasta cubrirle el mentón. Incluso así, siguió tiritando, haciendo estremecer las mantas. Tenía el rostro totalmente seco, sin una gota de sudor.

—¡Ve a decirle que le ordeno que salga de allí! —vociferó, y después se quedó en silencio, un silencio turbado tan sólo por el fuerte ruido bronquial de su respiración.

Larry pasó a la sala y se acercó al teléfono. Después, dio la vuelta alrededor, cerró la ventana y regresó junto al aparato. Las guías estaban en un estante debajo de la mesita del teléfono.

Buscó el número del hospital Mercy y lo marcó mientras los truenos seguían retumbando fuera. La trayectoria de un rayo transformó la ventana que acababa de cerrar en una placa azul y blanca de rayos X. Su madre chilló con voz ahogada en el dormitorio, helándole la sangre.

El teléfono sonó una vez, y después se oyeron un zumbido y un chasquido. Una voz metálica dijo: «Ésta es una grabación registrada en el hospital Mercy. En este momento todas las líneas se hallan ocupadas. Si puede esperar, le atenderemos lo antes posible. Ésta es una grabación registrada en el hospital Mercy. En este momento...».

—¡Hemos puesto a los melenudos en el piso de abajo! —vociferó su madre.

Resonó un trueno.

—¡Esos puertorriqueños no saben nada!

«... lo antes posible...».

Colgó con furia el auricular y se apoyó en el teléfono, sudando. ¿Qué clase de condenado hospital era ése, donde una jodida grabación atendía las llamadas? ¿Qué pasaba allí?



Larry decidió bajar para preguntar a Freeman si podía cuidarla mientras él acudía al hospital. ¿O acaso sería mejor pedir una ambulancia particular? Jesús, ¿por qué nadie sabía qué hacer en esas circunstancias, cuando llegaba el momento? ¿Por qué no lo enseñaban en la escuela?

Su madre seguía suspirando fatigosamente en su dormitorio.

—Volveré —murmuró, y se encaminó hacia la puerta.

Estaba asustado, aterrado por ella; pero en el fondo otra voz decía cosas como: *Esto siempre me ocurre a mí. Y: ¿Por qué tuvo que suceder apenas recibí las buenas noticias? Y lo más despreciable: ¿Hasta qué punto esto va a arruinar mis planes? ¿Cuántos proyectos me veré obligado a cambiar?*

Odiaba esa voz, le deseaba una muerte rápida y atroz, pero seguía machacando y machacando.

Corrió escaleras abajo hacia el apartamento de Freeman.

El trueno retumbó entre las nubes oscuras.

Cuando llegó al rellano de la planta baja, el viento abrió la puerta y entró una auténtica tromba de agua.

El Harborside era el hotel más antiguo de Ogunquit. La vista no era muy buena desde que habían construido el nuevo club de yates al otro lado. Pero, en una tarde como ésa, cuando el firmamento aparecía esmaltado por intermitentes nubes tormentosas, la vista no estaba mal.

Frannie llevaba sentada al lado de la ventana casi tres horas, intentando escribir una carta a Grace Duggan, una compañera del instituto que ahora estaba en Smith. No se trataba de una carta tipo confesión relacionada con su embarazo o con la escena que había tenido con su madre. Escribir acerca de esas cosas no haría más que deprimirla y supuso que pronto Grace oiría lo suficiente de sus propias fuentes en la ciudad. Trataba de escribir una simple carta amistosa. El viaje en bicicleta que Jess y yo hicimos a Rangeky, en mayo, con Sam Loihrop y Sally Wenceslas. El examen final de biología que me salió tan bien. El nuevo empleo en el Senado de Pogy Tate (otra amiga común del instituto). La próxima boda de Amy Lauder.

Pero la carta parecía no querer dejarse escribir. Las interesantes pirotecnias del día habían desempeñado su papel. ¿Cómo se podía escribir mientras una especie de tormenta de bolsillo no dejaba de agitarse sobre las aguas? Si se analizaba la cosa, ninguna de las noticias de la carta parecía verosímil. Todo se había retorcido muy poco, como un cuchillo en la mano que te hace un corte superficial en vez de pelar la patata como uno espera que lo haga. El viaje en bicicleta había sido estupendo, pero ella y Jess ya no se encontraban en relaciones tan alegres. En efecto, ella había tenido suerte en el examen final de biología. Sin embargo no había sido tan afortunada en la final de biología, que era lo que realmente contaba. Por otra parte, ni ella ni Grace se habían preocupado nunca demasiado por Peggy Tate y, en el estado actual de Fran, las próximas nupcias de Amy se parecían más a un chiste fantasmal que a un motivo de alegría. Amy podrá casarse y yo voy a tener el bebé, blablabla...

Consideró que debía terminar la carta, siempre y cuando no tuviese que hacer frente a nada más. Escribió:

Tengo problemas, auténticos problemas, pero no me encuentro con ánimo de comentar nada acerca de eso. ¡Ya es bastante malo tener que pensar en ellos! Espero verte el día cuatro a menos que tus planes hayan cambiado desde tu última carta. (¿Una carta en seis semanas? Comienzo a pensar que alguien te ha cortado los dedos y no puedes escribir a máquina, chica...). Cuando te vea te lo contaré todo. Estoy segura de que tus consejos me serán de mucha ayuda. Cree en mí y yo creeré en ti.

Firmó con su acostumbrada caligrafía extravagante, por lo que ocupó la mitad del restante espacio en blanco del papel de notas. En el momento en que terminaba de hacerlo, se sintió más parecida que nunca a una impostora. La dobló, la introdujo en el sobre, escribió la dirección y la dejó apoyada contra el espejo. Asunto concluido. Y ahora, ¿qué?

El día se oscurecía de nuevo. Se levantó y comenzó a andar impaciente por el cuarto, pensando en lo que debería hacer antes de que comenzara a llover otra vez. ¿Adónde podría ir? ¿Al cine? Ya había visto la única película que daban en la ciudad, con Jesse. ¿A Portland a mirar escaparates? No era muy divertido. Las únicas ropas en las que, en ese momento, podía pensar de una manera realista eran aquellas con cintura elástica. Espacio para dos.

Hoy había tenido tres llamadas. La primera con buenas noticias, la segunda indiferente y la tercera mala. Le hubiera gustado que hubieran llegado en orden inverso. Fuera, la lluvia había comenzado a caer, oscureciendo de nuevo los malecones. Decidió salir a dar un paseo aún bajo la molesta lluvia. El aire fresco y la humedad veraniega la harían sentirse mejor. Incluso se detendría en algún sitio y tomaría una cerveza.

La primera llamada había sido de Debbie Smith, de Somersworth. Fran sería muy bien recibida, le dijo cálidamente Debbie. En realidad la necesitaban. Una de las tres chicas con quienes compartía el apartamento se había mudado en mayo, tras haber conseguido un trabajo como secretaria en un almacén. Ella y Rhoda no podrían pagar solas el alquiler durante mucho tiempo si no había una tercera persona. «Y ambas procedemos de familias numerosas —le dijo Debbie—. No nos molestan los bebés llorones».

Fran dijo que estaba dispuesta a ir allí a primeros de julio, y cuando colgó unas cálidas lágrimas le corrían por las mejillas. Lágrimas de alivio. Si podía marcharse de aquella ciudad en la que había crecido, pensó que todo iría bien. Lejos de su madre, y también de su padre. El asunto del bebé y de su condición de soltera asumiría entonces una especie de razonable proporción dentro de su vida. Un factor importante, seguramente, pero no el único. Había alguna clase de animal, le parecía que algún insecto o una rana, que doblaba su tamaño habitual cuando se sentía amenazado. El depredador, por lo menos en teoría, al ver aquello se asustaba y se largaba. Ella se sentía como uno de esos bichos, y era toda esa ciudad, todo ese ambiente lo que la hacía sentir así. Sabía que nadie le haría llevar una letra escarlata, pero sabía asimismo que su mente acabaría de convencer a sus nervios de este hecho: era necesaria una ruptura con Ogunquit. Cuando salió a la calle pudo sentir a la gente. No que la mirasen, sino que *estaban preparados* para mirarla. Los residentes permanentes, naturalmente, no la gente que sólo estaba allí de vacaciones. Aquéllos siempre tenían necesidad de mirar algo: un borracho, un holgazán mantenido por la Seguridad Social, el niño de buena familia al que han pillado haciendo de cleptómano en alguna tienda de Portland o de Old Orchard Beach... o la chica de cintura en expansión.

La segunda llamada había sido de Jess Rider. Había llamado desde Portland y primero probó en su domicilio. Por fortuna se puso Peter, que le proporcionó el número de teléfono de Fran en el Harborside, sin hacer comentarios de ninguna clase.

De todos modos, lo primero que dijo Jess fue:

—En casa tienes mucha estática, ¿verdad?

—Sí, un poco... —replicó ella cautamente, sin desear que él siguiera por allí. Eso los convertiría en conspiradores de alguna clase.

—¿Tu madre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Parece del tipo de las que les gusta escuchar. Es algo que se ve en los ojos, Frannie. Si disparas contra mi vaca sagrada, yo lo haré contra la tuya.

Ella no respondió.

—Lo siento. No quería ofenderte.

—No lo has hecho —replicó.

En realidad su descripción era muy acertada —aun— que un tanto superficial—. Pero estaba todavía tratando de recuperarse de la sorpresa de aquel verbo: *ofender*. Resultaba una palabra extraña en sus labios. Tal vez aquí exista alguna regla, pensó. Cuando tu amante empieza a hablar de «ofenderte», es que ya no es en absoluto tu amante.

—Frannie, la proposición sigue en pie. Si dices sí, conseguiré un par de anillos y estaré ahí esta tarde.

En tu bici, pensó ella y casi rió por lo bajo. Pero una risilla sería hacerle una afrenta innecesaria, por lo que cubrió el micrófono para asegurarse. Había estado más veces llorando y medio riendo durante los últimos seis días de cuanto lo había hecho desde que tenía quince años y empezaba a citarse con chicos.

—No, Jess —repuso, y su voz sonó serena.

—¡Lo digo en serio! —insistió él con vehemencia, como si la hubiera visto conteniendo la risa.

—Lo sé —prosiguió ella—. Pero no estoy preparada para casarme. Me conozco, Jess. No tiene que ver contigo.

—¿Y qué me dices del bebé?

—Lo tendré...

—¿Y se lo darás a alguien?

—Aún no lo he decidido.

Él guardó silencio por un momento y Fran pudo oír voces procedentes de los otros cuartos. Tienen sus propios problemas, supuso. Cariño, el mundo es un drama de todos los días. Amamos nuestras vidas y las consideramos en busca de una luz que nos guíe para seguir haciendo cosas mañana.

—Estoy preocupado por ese bebé —dijo al fin Jesse.

Ella dudaba que fuera así; pero tal vez sería la única cosa que él podría decir para cortarle el paso. Y lo hizo.

—Jess...

—¿Adónde irás? —prosiguió él con brío—. No te puedes quedar en Harborside todo el verano. Si necesitas un sitio adonde ir, miraré algo por Portland.

—Tengo un lugar al que ir.

—¿Dónde es, o no debo preguntarlo?

—Pues más bien no —replicó ella, y se mordió la lengua por no haber encontrado una forma más diplomática de expresarlo.

—Oh... —Su voz se había normalizado, y continuó con cierta cautela—. ¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades, Frannie? Realmente quiero saberlo... No se trata de una pregunta retórica ni de nada parecido.

—Claro que puedes —convino ella con cuidado.

Mentalmente se prohibió ponerse furiosa, porque cuando Jess adelantaba algo así, por lo general era antes de salir con alguna frase horrible e inesperada.

—¿Yo no tengo ningún derecho en todo esto? —inquirió Jess—. ¿No puedo compartir la responsabilidad y la decisión?

Por un momento ella sí se puso furiosa, pero luego se calmó. Jess estaba sólo haciendo de Jess, tratando de proteger la imagen de sí mismo, del modo en que todo el mundo cree que debe hacerlo para luego dormir bien por las noches. A ella siempre le había gustado Jess por su inteligencia; pero, en una situación así, la inteligencia podía ser una lata. La gente como Jess, incluso ella misma, habían recibido la enseñanza de que lo mejor que cabía hacer era comprometerse y mostrarse activos. A veces tenías que herirte a ti mismo (y muy mal, por cierto) para averiguar que lo mejor era esconderse entre las hierbas altas y aplazar las decisiones. Sus esfuerzos eran amables, pero no dejaban de ser sólo esfuerzos. No quería dejarla marchar.

—Jess, ninguno de los dos quiere este bebe. Estábamos de acuerdo en que yo tomaría la píldora, por lo que lo del bebe no tuvo que suceder. Tú no tienes la menor responsabilidad.

—Pero...

—No, Jess —respondió ella con firmeza.

Él suspiró.

—¿Seguiremos en contacto una vez te hayas instalado?

—Creo que sí...

—¿Piensas volver a la universidad?

—Llegado el momento. Tendré que saltarme el semestre de otoño. Tal vez haga una solicitud.

—Frannie, si me necesitas ya sabes dónde estaré. No voy a escaparme.

—Lo sé, Jess.

—Si necesitas algo...

—Sí...

—Mantente en contacto conmigo. No quiero presionarte, pero... me gustaría verte.

—Muy bien, Jess.

—Adiós, Fran.

—Adiós.

Cuando colgó, pensó que los adioses parecían demasiado definitivos, con la conversación sin concluir. No habían añadido ningún «te quiero», lo cual era significativo. Le hizo sentirse triste, pero se dijo que no debería estarlo. Aunque decirlo no ayudaba demasiado.

La última llamada fue al mediodía. Era de su padre. Habían estado almorzando anteayer, y él le dijo que estaba preocupado por el efecto que toda aquello podría tener sobre Carla. No había subido a acostarse la noche anterior. Se había quedado en el salón, mirando sus antiguos archivos genealógicos. Él se presentó a eso de las once y media para preguntarle cuándo subiría a la cama. Tenía el cabello suelto, por encima de los hombros, y una mañanita sobre el camisón. Peter dijo que parecía haber perdido el contacto con la realidad. Tenía aquel pesado libro encima del regazo y ni siquiera había levantado la mirada hacia él, sino que continuó pasando hojas. Afirmó que no tenía sueño. Que ya subiría al cabo de un rato. Estaba constipada, dijo Peter cuando se hallaban sentados a una mesa del *Corner Lunch*, mirando las hamburguesas más que comiéndoselas. Se sorbía los mocos. Cuando le preguntó si le apetecía un vaso de leche caliente, ella no le respondió. La encontró al día siguiente dormida en el sillón, con el libro todavía encima del regazo.

Cuando al fin despertó, parecía hallarse mejor, pero el resfriado había empeorado. Dejó de lado la idea de llamar al doctor Edmonton, diciendo que era sólo un catarro pectoral. Se había frotado Vicks en el pecho y colocado un trozo de franela, y le parecía que ya se le estaba destapando la nariz. Pero él no se había preocupado por eso, según le contó a su hija. Aunque ella se negó a que le tomase la temperatura, le pareció que tendría un par de grados por encima de lo normal.

Había llamado a Fran después de que comenzara la tormenta. Las nubes, púrpura y negras, se habían amontonado en la bahía y comenzó la lluvia. Al principio suave y luego torrencial. Mientras hablaban, Fran miraba por la ventana y veía los rayos precipitarse sobre el agua, más allá del rompeolas. Cada vez que sucedía, se producía un ruido como de rascar en el hilo telefónico, como la aguja de un fonógrafo al rayar un disco.

—Hoy está en cama —siguió él—. Y al fin ha consentido en que venga Tom Edmonton a echarle un vistazo.

—¿Ha ido ya?

—Acaba de marcharse. Cree que ha pillado la gripe.

—Oh, Dios mío —replicó Frannie, cerrando los ojos—. Ese no es ninguna broma en una mujer de su edad.

—No, no lo es. —Hizo una pausa—. Se lo he contado todo a Tom. Lo del bebé, lo de la pelea entre Carla y tú. Tom ha cuidado de ti desde que eras muy pequeñita y mantendrá la boca cerrada. Le pregunté si eso podía haber sido la causa de todo esto. Pero dijo que no, que la gripe es la gripe.

—La gripe según quién... —repuso Frannie débilmente.

—¿Qué decías?

—Nada, no te preocupes —respondió Fran—. Sigue.

—Pues no hay mucho más que contar, cariño. Tom dice que corre mucho de eso por ahí, de una cepa particularmente maligna. Parece que procede del Sur, y ahora ha llegado a Nueva York.

—Pero quedarse dormida toda la noche en el salón... —comentó Fran.

—Tom dijo que haberse dormido sentada fue bueno para sus pulmones y para sus bronquios. No dijo nada más, pero su mujer también es miembro de todas las organizaciones con que colabora Carla. Tú y yo sabemos que ha estado jugando con su salud, Fran. Es presidenta del Comité Histórico de la Ciudad, se pasa veinte horas a la semana en una biblioteca, es secretaria del Club Femenino y del Club de Amigos de la Literatura y también dirigió el March oí Dimes local antes de que Fred muriese. Y el invierno pasado, para colmo, se hizo también cargo de la Fundación Cardíaca. Y además de todo esto ha conseguido tomar parte en la Sociedad Genealógica de Maine. Está cansada, agotada. Y ésa es en parte la razón de que tuviera aquel estallido contigo. Los Edmonton afirman que es el sujeto ideal para pillar el primer germen diabólico que pueda cruzarse en su camino. Y eso es todo lo que el médico tenía que decir... Tu madre se está haciendo vieja y no quiere reconocerlo. Está trabajando más duro que yo mismo.

—¿Hasta qué punto se halla enferma?

—Está en la cama, bebiendo zumos y tomándose pastillas que le ha recetado Tom. Yo no he trabajado hoy, y la señorita Halliday vendrá mañana para pasar el día con ella. Quiere ver a la Halliday a fin de elaborar la agenda de las reuniones de julio de la Sociedad Histórica.

Su padre suspiró hondo y los rayos hicieron crepitar de nuevo la línea telefónica.

—Pienso que lo que quiere es morir con las botas puestas.

Tímidamente, ella dijo:

—¿Crees que le importará si yo...?

—En absoluto. Pero dale tiempo, Fran... Ya verás cómo cambia de opinión.

Ahora, cuatro horas después, se preguntó si su madre *cambiaría* de opinión. Tal vez si entregase el bebé no se enteraría nadie de la ciudad. Pero eso era poco probable. En las pequeñas ciudades la gente se enteraría de todo, aunque parezca inverosímil. Y, naturalmente, si conservaba el bebé... Pero en realidad no pensaba en eso. ¿O sí?

El sentimiento de culpabilidad creció dentro de ella mientras se ponía su abrigo de verano. Estaba claro que su madre se hallaba agotada. Fran lo había visto al regresar de la universidad, cuando ambas intercambiaron besos en las mejillas. Carla tenía bolsas debajo de los ojos, su piel estaba amarillenta y el gris de su cabello, que siempre estaba controlado por el salón de belleza, había avanzado visiblemente a pesar de los reflejos de treinta dólares. Pero, de todos modos...

Se había comportado de una manera en extremo histérica. Y Frannie no dejaba de preguntarse cómo haría frente a su responsabilidad si la gripe de su madre degeneraba en una neumonía, o si tenía una depresión nerviosa. O incluso si se moría. Dios, qué pensamiento tan horrible. Aquello no podía ocurrir. Por favor, Dios mío, no, claro que no... Las medicinas que estaba tomando la mejorarían y, una vez Frannie estuviese lejos de ella, incubando a su pequeño extraño en Somersworth, su madre se recuperaría de la conmoción que había sufrido por su culpa. Si quisiera...

El teléfono empezó a sonar.

Ella se quedó mirándolo, absorta. Fuera seguían los relámpagos, y un trueno cercano le hizo dar un respingo.

Ring, ring, ring...

Ya había recibido las tres llamadas que esperaba. ¿Quién más podría ser? Debbie no necesitaría contestar su llamada telefónica, y tampoco creía que Jess pudiera hacerlo. Tal vez fuera un vendedor. A lo mejor era Jess después de todo, probando su antiguo truco universitario.

Cuando iba a levantar el auricular, pensó que era su padre y que las noticias serían aún peores. Sólo es un pastel. La culpa es como un pastel. Parte de la culpa hay que atribuirle a las obras de caridad que hace mi madre. Pero bromeas si crees que no vas a tener una gran parte, y muy amarga, de ese pastel gracias a ti misma. Y tendrás que comerte tu trozo.

—¿Sí?

—Fran... —dijo su padre, y después profirió un extraño sonido, como de tragar saliva—. Oh, Frannie...

De nuevo ese sonido como de tragar y Fran se percató con creciente horror de que su padre estaba intentando contener las lágrimas. Fran se llevó una mano a la garganta.

—¿Papá? ¿Qué pasa? ¿Es mamá?

—Frannie, voy a ir a buscarte. Cerraré y te recogeré. Eso es lo que haré.

—¿Mamá está bien? —gritó al receptor. Los truenos retumbaron de nuevo sobre Harborside, y ella se echó a llorar—. Dímelo, papá...

—Está peor, eso es todo lo que sé —dijo él—. Una hora después de llamarte y hablar contigo, empeoró. La fiebre le subió y empezó a delirar. Traté de dar con Tom... y Rachel dijo que se hallaba fuera, que había muchísima gente enferma... Así que llamé al hospital Sandford y me dijeron que sus dos ambulancias estaban fuera atendiendo llamadas. Y añadieron a Carla a la lista. La *lista*, Frannie. ¿Qué diablos es esa *lista*, así de repente? Conozco a Jim Warrington, conduce una de las ambulancias del Sandford y, a menos que haya un accidente de tráfico en la 95, suele estar sentado por ahí, jugando a cartas todo el día. ¿Qué significa esa *lista*? —Se le notaba tenso.

—Cálmate, papá. Cálmate... —Estalló en lágrimas de nuevo. Se llevó la mano a los ojos—. Si aún está ahí, será mejor que la lleves tú mismo.

—No... no. Llegaron hace quince minutos. Y, Cristo, Frannie, llevaban *seis personas* en la ambulancia. Uno de ellos era Will Ronson, el encargado del *drugstore*. Y tu madre volvió en sí un momento mientras la llevaban a la ambulancia y no hacía más que repetir: «No puedo respirar, Peter, no puedo. ¿Por qué no puedo respirar?». Dios mío... —acabó con la voz quebrada.

—¿Puedes conducir, papá? ¿Puedes venir en coche hasta aquí?

—Sí, claro que sí.

Parecía hacer acopio de fuerzas.

—Estaré en la puerta de la calle.

Fran colgó y bajó deprisa las escaleras, con las rodillas temblándole. Ya en la portería, vio que, aunque seguía lloviendo, las nubes del último aguacero estaban despejándose y el sol de última hora de la tarde empezaba a abrirse paso. Maquinalmente, alzó la vista en busca del arco iris y vio, muy lejos y por encima del agua, aquel brumoso y místico creciente. El sentimiento de culpabilidad volvió a apoderarse de ella. Sintió retortijones en el vientre, donde estaba aquella otra cosa. Comenzó a llorar de nuevo.

Cómete tu trozo de pastel, se dijo a sí misma, mientras aguardaba a que se presentara su padre. Sabe muy mal, pero cómetelo. Y luego tendrás un segundo, y hasta un tercero. Come tu pastel, Frannie, hasta la última miga.

Stu Redman tenía miedo.

Miró por la ventana enrejada de su nueva habitación de Stovington, Vermont, y lo que vio fue una pequeña ciudad allá abajo, minúsculos carteles de gasolineras, y una especie de fábrica, una calle ancha, un río, una autopista y, más allá de ésta, el espinazo de granito del extremo oeste de Nueva Inglaterra: los montes Green.

Tenía miedo porque aquello se parecía más a la celda de una cárcel que a un cuarto de hospital. Tenía miedo porque Denninger había desaparecido; no había vuelto a verlo desde que aquel delirante circo de tres pistas se había trasladado de Atlanta a ese otro lugar. Deitz también había desaparecido. Stu pensó que todo el personal había enfermado del virus que habían estado estudiando.

Todos habían desaparecido. O bien eso, o la enfermedad que Charles D. Campion había traído a Arnette era mucho más contagiosa de lo que nadie suponía. De una manera u otra, la integridad del Atlanta Plague Center había sido violada, y Stu pensó que todos los que se habían encontrado allí tenían muchas posibilidades de practicar, en carne propia, un poco de investigación sobre aquel virus que llamaban «A I» o la «supergripe».

Aquí seguían practicándose exámenes, pero éstos parecían inconexos. La programación era descuidada. Garabateaban los resultados y él sospechaba que alguien les echaba un vistazo, meneaba la cabeza y los arrojaba a la trituradora más próxima.

Y ni siquiera eso era lo peor. Lo peor eran las armas. Ahora las enfermeras que venían a recoger muestras de sangre, de saliva o de orina, llegaban acompañadas por un soldado enfundado en una escafandra blanca, y el soldado llevaba una pistola en un estuche de plástico. El estuche se hallaba sujeto al puño del guante derecho del soldado. La pistola era una 45 del ejército. A Stu no le cabía la menor duda de que, si intentaba extralimitarse tal como había hecho con Deitz, la 45 reduciría el extremo del estuche a jirones chamuscados y humeantes y Stu Redman dejaría de existir.

Si ahora sólo se ocupaban de forma rutinaria de él, eso significaba que se había convertido en alguien prescindible. Estaba preso. Y estar detenido era muy malo. Estar preso significaba ser alguien del que podía prescindirse... y eso era pero que muy malo.

Había visto con atención el noticiario de las seis, como todas las tardes. Los hombres que intentaron dar el golpe de Estado en la India habían sido catalogados como «agitadores foráneos», fueron fusilados. La policía continuaba buscando las personas que habían volado una central eléctrica en Laramie (Wyoming) el día anterior. El Tribunal Supremo había dictaminado, por seis votos contra tres, que no se podía destituir de los cargos públicos de la Administración civil a los homosexuales reconocidos como tales. Y, por primera vez, hubo un atisbo de algo más.

Los funcionarios de la Comisión de Energía Atómica del Condado Miller (Arkansas) habían negado que existiera el riesgo de que se fundiera un reactor. La central nuclear del pueblo de Fouke, unos cuarenta y cinco kilómetros al norte de la frontera de Texas, había tenido ya una serie de pequeños desperfectos en el sistema eléctrico de los equipos que controlaban el ciclo de refrigeración. Pero eso no era razón suficiente para alarmarse. Las unidades del ejército que patrullaban la zona sólo estaban allí como medida de precaución. Stu se preguntó qué podría prevenir el ejército si el reactor de Fouke se fundía. Pensó que tal vez las tropas estaban en el sudoeste de Arkansas por razones muy distintas. Fouke no se hallaba muy lejos de Arnette.

Otra información había revelado que, en la costa Este, parecía estar gestándose una epidemia de gripe: la cepa rusa. No debía preocupar a nadie, con excepción de los muy ancianos y los muy jóvenes. Entrevistaron a un cansado médico de Nueva York en un pasillo del hospital Mercy de Brooklyn. Dijo que la gripe era de una tenacidad excesiva para tratarse de la Rusa-A, y exhortó a los televidentes a administrarse antigripales. A continuación empezó a agregar algo más; pero cortaron el sonido y sólo se vio el movimiento de sus labios. La imagen volvió al locutor de estudio, quien manifestó:

«Se sabe que en Nueva York se han producido algunas muertes como consecuencia de esta reciente epidemia de gripe. Pero, en la mayoría de los casos fatales también han influido otros factores, como la contaminación urbana y el enfisema. Los funcionarios de Sanidad hacen

hincapié en que ésta es la gripe de la cepa Rusa-A, no más peligrosa que la gripe porcina. Mientras tanto, como dicen los médicos, un viejo consejo es el mejor consejo: quédese en cama, descanse lo más posible, beba líquidos y combata la fiebre con aspirinas».

El locutor esbozó una sonrisa tranquilizadora. Pero, fuera de la cámara, alguien estornudó.

El sol tocaba ya en el horizonte, tiñéndolo de un color dorado que pronto pasaría a rojo y luego a un apagado naranja. Las noches eran lo peor. Le habían llevado a una parte del país que le era por completo desconocida. Y le parecía aún más extraña por la noche. En aquel principio de verano el verdor que podía ver a través de su ventana parecía excesivo, atemorizante. Carecía de amigos. Sí, conocía a las personas que habían viajado en avión con él desde Braintree a Atlanta. Pero todas habían muerto. Se veía rodeado de autómatas que le extraían la sangre a punta de pistola. Temía por su vida, aunque se sentía bien, y había comenzado a creer que no iba a pillar aquello, fuera lo que fuese.

Pensativo, Stu se preguntó si sería posible escaparse de allí.

El 24 de junio, cuando Creighton entró, encontró a Starkey mirando los monitores, con las manos cruzadas a la espalda. Vio que el anillo de West Point del viejo refulgía en su mano derecha, y lo compadeció. Hacía diez días que el anciano se mantenía en pie con píldoras estimulantes y estaba próximo al colapso. Pero, pensó Creighton, si sus sospechas acerca de la llamada telefónica eran correctas, el colapso ya se había producido.

—Len —dijo Starkey, como sorprendido—. Me alegra que hayas venido.

—Gracias —respondió Creighton con una leve sonrisa.

—Ya sabes quién telefoneó.

—¿Entonces era realmente él?

—El presidente, sí. Me han relevado. Ese palurdo me ha relevado, Len. Por supuesto, yo lo había previsto, pero no por eso deja de doler. Duele como mil diablos. Duele cuando la resolución parte de ese fanteoche hipócrita.

Len Creighton asintió con la cabeza.

—Bueno —continuó Starkey, pasándose la mano por la cara—. De todas maneras está hecho. Ahora mandas tú. Quiere que te presentes en Washington cuanto antes. Te colocará en el potro del tormento y te descoyuntará. Pero tú deberás limitarte a decir que sí y soportarlo todo. Hemos salvado lo que hemos podido.

—Si es así, este país debería agradeceréte de rodillas.

—La válvula me quemaba la mano, pero... la sostuve el mayor tiempo posible, Len. La sostuve.

Hablaba con serena firmeza, pero sus ojos no hacían más que dirigirse hacia el monitor y, por un momento, su boca tembló.

—Y no podría haberlo hecho sin ti.

—Bueno, hemos hecho lo humanamente posible, ¿no crees Billy?

—Puedes decirlo así, soldado. Ahora, escucha... Hay un asunto prioritario. Apenas puedas, deberás hablar con Jack Cleveland. Él conoce quiénes son nuestros hombres de ambos telones, el de acero y el de bambú. Sabe cómo ponerse en contacto con ellos, y no vacilará ante lo que hay que hacer. Comprenderá que corre prisa.

—No entiendo, Billy.

—Tenemos que suponer lo peor —explicó Starkey, y una extraña sonrisa apareció en sus facciones.

Su labio superior se curvó hacia arriba y se arrugó como el hocico de un perro guardián. Señaló con el dedo las hojas de papel que descansaban sobre la mesa.

—Ya ha escapado a todo control. Ha aflorado en Oregón, Nebraska, Luisiana, Florida. Y parece que ha habido casos en México y Chile. Cuando perdimos Atlanta, murieron los tres hombres más competentes para afrontar el problema. No progresamos con Stuart Redman. ¿Sabías que le inyectamos el virus Azul? Él creyó que era un sedante. Su organismo mató el virus y nadie sabe cómo lo hizo. Si dispusiéramos de seis semanas, quizá podríamos dar en la tecla. Pero no es así. La historia de la gripe es la mejor. Pero es de importancia prioritaria que el otro bando nunca interprete esto como una... como una situación artificial creada en Estados Unidos. Eso podría sugerirle ideas.

»Cleveland tiene entre ocho y veinte hombres en la Unión Soviética, y entre cinco y diez en cada uno de los países satélites europeos. Ni siquiera yo sé cuántos tiene en la China roja. —La boca de Starkey volvía a temblar—. Cuando veas a Cleveland esta tarde, bastará que le digas *Roma cae*. ¿No lo olvidarás?

—No —respondió Len, que sentía los labios curiosamente fríos—. ¿Pero en verdad esperas que lo hagan? ¿Esos hombres y mujeres?

—Los nuestros recibieron esas ampollas hace una semana. Creen que contienen partículas radiactivas que serán rastreadas por nuestros satélites Sky-Cruise. Bastará con que crean eso, ¿no te parece, Len?

—Sí, Billy.

—Y si las cosas van de mal en peor, jamás lo sabrá nadie. El Proyecto Azul estuvo libre de infiltraciones hasta el fin. No hay duda de ello. Un nuevo virus, una mutación... Es posible que el otro bando lo sospeche, pero ya no habrá tiempo. Por partes iguales, Len.

—Sí.

Starkey miraba de nuevo los monitores.

—Hace unos años mi hija me regaló un libro de poesía. Escrito por un tal Yeets. Dijo que todos los militares deberían leer a Yeets. Supongo que ése era su sentido del humor. ¿Has oído hablar de Yeets, Len?

—Creo que sí —respondió Creighton, después de haber contemplado y desechado la posibilidad de corregir a Starkey: el poeta se llamaba Yeats.

—Leí hasta el último verso —continuó Starkey, mientras observaba en la pantalla la cafetería silenciosa—. Sobre todo porque ella pensaba que no debía hacerlo. No conviene adoptar un comportamiento demasiado previsible. Allí había muchas cosas que no entendí. Sospecho incluso que el tipo estaba loco. Pero lo leí de todos modos. Una poesía rara, no siempre rimaba, pero en ese libro había un poema que ha perdurado en mi mente. El tipo parecía describir todo aquello a lo que he consagrado mi vida, su naturaleza irrealizable, su condenada nobleza. Decía que todo se desarticula, que el núcleo pierde cohesión. Las cosas se desintegran, Len. Eso era lo que quería decir. Yeets sabía eso, aunque no supiera nada más.

—Sí, señor —murmuró Creighton.

—La primera vez que lo leí, el final me puso carne de gallina. Y sigue produciéndose el mismo efecto. Lo he aprendido de memoria. «¿Qué bestia torpe, a la que por fin le ha llegado la hora, se arrastra hacia Belén para nacer?».

Creighton guardó silencio. No tenía nada que decir.

—La bestia torpe está en marcha —prosiguió Starkey, dando media vuelta; lloraba y sonreía—. Las cosas se están desarticulando. La misión consiste en conservar lo más posible durante el mayor tiempo posible.

—Sí, señor —contestó Creighton, y por primera vez sintió la comezón de las lágrimas en sus propios ojos.

Starkey tendió la mano y Creighton la estrechó. La mano de Starkey era vieja y fría, al igual que la piel de la que se despoja una serpiente y en la que ha muerto algún animalillo de la pradera, dejando su propio frágil esqueleto dentro del pellejo del reptil. Las lágrimas rebosaron los ojos de Starkey y rodaron por sus mejillas bien afeitadas.

—Tengo asuntos que atender —dijo Starkey.

—Sí, señor.

Starkey se quitó de la mano derecha el anillo de West Point, y de la izquierda el de casado.

—Para Cindy —dijo—. Para mi hija. Comprueba que lleguen a ella, Len.

—Así lo haré.

Starkey se acercó a la puerta.

—¿Billy? —le llamó Len Creighton.

Starkey se volvió.

Creighton permaneció de pie, muy erguido, con las lágrimas resbalándole aún por las mejillas. Hizo un saludo militar.

Starkey se dio otra vez la vuelta y luego cerró la puerta con fuerza.

El ascensor zumbó mientras iba marcando las plantas. Cuando él empleó su llave especial para entrar en la zona del parque de vehículos, comenzó a sonar una alarma de tono melancólico, como si supiera que estaba previniendo de una situación que ya se había convertido en causa perdida.

Starkey se imaginó a Len Creighton observándole en una serie de monitores cuando subió a un *jeep* y lo condujo por la desierta planta del lugar de las pruebas. Cruzó una puerta con el letrero de ALTA SEGURIDAD, PROHIBIDA LA ENTRADA A ESTA ZONA SIN UN PERMISO ESPECIAL.

Los puntos de inspección se parecían a las cabinas de peaje de una autopista. Aún funcionaban, pero los soldados que se encontraban tras los amarillentos cristales estaban muertos y desintegrándose con rapidez en el seco calor del desierto. Las cabinas estaban hechas a prueba de bala; aunque estaba claro que no lo habían sido a prueba de gérmenes. Los vidriosos y hundidos ojos de sus ocupantes miraron vacuamente a Starkey mientras éste pasaba con su vehículo, la única cosa que se movía a lo largo de la maraña de cables polvorientos entre cobertizos Quonset y los bajos edificios de bloques.

Se detuvo delante de un bloque achaparrado con un letrero en la puerta que rezaba: PROHIBIDA LA ENTRADA SIN UN PASE A-I-A. Empleó una llave para penetrar y otra para llamar un ascensor. El cadáver de un guardia, rígido como un garrote, lo miraba desde la zona acristalada de seguridad a la izquierda del ascensor. Cuando éste llegó y las puertas se

abrieron, Starkey entró rápidamente. Le pareció sentir la mirada del guardia muerto, el leve peso de unos ojos como dos piedras polvorientas.

El ascensor descendió con tal rapidez que se le revolvió el estómago. Cuando se detuvo, sonó una suave campanilla. Las puertas se abrieron y el dulzón olor de la muerte llegó hasta él como un suave bofetón. No era demasiado fuerte, porque los purificadores aún funcionaban, pero ningún purificador de aire podía eliminar por completo aquel hedor. Cuando un hombre ha muerto, desea que tú te enteres, pensó Starkey.

Había por lo menos una docena de cadáveres tendidos enfrente del ascensor. Starkey pasó entre ellos, procurando no pisarlos. Aquello le habría hecho gritar, pero estaba decidido a que eso no ocurriera. No se desea gritar en una tumba, pues el sonido puede volverte loco. Y eso era exactamente el lugar donde se encontraba. Parecía un bien financiado proyecto de investigaciones, pero en realidad sólo se trataba de una tumba.

Las puertas del ascensor se cerraron tras él y se produjo un zumbido cuando comenzó a subir de forma automática. No volvería a bajar a menos que alguien más introdujera una llave, según sabía Starkey. En cuanto quedó violada la integridad de las instalaciones, los ordenadores desconectaron todos los ascensores que conducían al programa general de contaminación. ¿Por qué esos pobres hombres y mujeres yacían allí? Era obvio que habían confiado en que los ordenadores se hubiesen ciscado en los procedimientos de emergencia. ¿Por qué no? Tenía cierta lógica. Todo lo demás lo había hecho.

Starkey recorrió el pasillo que llevaba a la cafetería; sus pisadas resonaban lúgubrementes. Por encima, los fluorescentes empotrados en sus largas molduras, que parecían bandejas para hielo invertidas, arrojaban una luz mortecina. Allí había más cadáveres. Un hombre y una mujer con las prendas quitadas y un agujero en la cabeza. Habían estado jodiendo, pensó Starkey; luego él le pegó un tiro a ella y se disparó a sí mismo. Amor entre los virus. La pistola, un arma reglamentaria del 45, aún permanecía en su mano. Las baldosas del suelo se hallaban salpicadas con sangre y materia cerebral que parecía harina de avena. Sintió un terrible impulso de inclinarse y tocar los pechos de la mujer muerta, comprobar si estaban duros o flácidos.

Más allá del corredor, un hombre se encontraba sentado, con la espalda apoyada contra una puerta cerrada. Del cuello le colgaba un cartel. El mentón le había caído hacia adelante, tapando lo que había escrito. Starkey le empujó la cabeza hacia atrás. Al hacerlo, los ojos le quedaron en blanco. Las palabras del cartel habían sido escritas con un rotulador rojo: AHORA YA SABES CÓMO ACTÚA. ¿ALGUNA PREGUNTA?

Starkey soltó el mentón del hombre. La cabeza siguió inclinada en su ángulo rígido y las cuencas del hundido ojo mirando absortas hacia arriba. Starkey dio un paso atrás. Lloraba de nuevo, porque él no tenía ninguna pregunta.

Las puertas de la cafetería estaban abiertas de par en par. Fuera había un gran tablero de corcho. Starkey vio que el 20 de junio debía celebrarse un partido de liga en el estadio. Los Grim Gutterballers contra los First Strikers por el campeonato del Proyecto. Anna Floss deseaba que la llevasen en coche a Denver o Boulder el 9 de julio. Compartiría el volante y los gastos. Richard Betts quería desembarazarse de unos magníficos cachorrillos, cruce de collie y San Bernardo. También se veía el anuncio de unos servicios religiosos multiconfesionales en la cafetería.

Starkey leyó cada uno de los anuncios del tablero, y luego entró.

Allí el olor era mucho peor: a comida rancia además de a cuerpos muertos. Starkey echó un vistazo en torno con embotado horror.

Algunos de ellos parecían mirarle.

—Hombres... —dijo Starkey, y luego sollozó.

No tenía la menor idea de lo que había estado a punto de decir.

Anduvo despacio hasta donde se encontraba Frank D. Bruce con el rostro hundido en un plato de sopa. Se quedó mirándolo durante un instante. Luego lo cogió por el pelo y tiró de la cabeza. El cuenco de sopa le siguió, adherido a su rostro por la sopa endurecida. Starkey lo golpeó horrorizado, hasta que por fin se desprendió. El plato rebotó contra el suelo. Starkey se contuvo de limpiarle los párpados. Tenía miedo de que los ojos de Frank D. Bruce se le cayeran dentro del cráneo, como los del hombre del cartel. E incluso tenía aún más miedo de que los ojos, libres de aquel pegamento que los sostenía, se moviesen como una persiana. Y lo que le producía mayor pavor era la expresión que los ojos de Frank D. Bruce pudiesen tener.

—Soldado raso Bruce —dijo Starkey en voz baja—, descanse...

Colocó con cuidado el pañuelo sobre la faz de Frank D. Bruce. Se quedó pegado allí. Starkey se volvió y salió de la cafetería con pasos largos y vigorosos, como en un desfile.

militar.

A mitad de camino hacia el ascensor llegó junto al hombre con el cartel colgado del cuello. Starkey se sentó a su lado aflojó la sujeción de la culata de la pistola y se llevó el cañón del arma a la boca.

Cuando se produjo el disparo, resultó apagado y poco dramático. Ninguno de los cadáveres se estremeció. Los purificadores del aire se hicieron cargo del hilillo de humo. En las bóvedas del Proyecto Azul continuó el silencio. En la cafetería, el pañuelo de Starkey se despegó del rostro del soldado Frank D. Bruce y cayó al suelo. A Frank D. Bruce no pareció importarle, pero Len Creighton miraba cada vez más la pantalla que mostraba a Bruce, y se preguntó por qué diablos no había quitado la sopa adherida a las cejas de aquel hombre mientras estuvo allí. Iba a tener que enfrentarse con el presidente de Estados Unidos pronto, muy pronto; sin embargo, la sopa coagulada en las cejas de Frank Bruce le preocupaba más. Mucho más.

Randall Flagg, el hombre oscuro, caminaba hacia el sur por la carretera 51, escuchando los ruidos nocturnos que se percibían muy cerca, a ambos lados de esa estrecha carretera que, tarde o temprano, lo sacaría de Idaho para llevarlo a Nevada. Desde allí podría ir a cualquier parte. Ésa era su tierra, y nadie la conocía mejor ni la amaba más que él. Conocía todos los caminos, y los recorría de noche. En ese momento, una hora antes del amanecer, se hallaba entre Grasmere y Riddle, al oeste de Twin Falls, todavía al norte de la reserva de Duck Valley, que abarca dos estados. ¿No era estupendo?

Marchaba deprisa, haciendo repiquetear contra el asfalto de la carretera sus tacones desgastados. Cuando aparecían en el horizonte los faros de un coche, él se apartaba, bajando por el terraplén hasta las altas malezas donde se refugiaban los insectos nocturnos... Y el coche pasaba de largo. El conductor quizá experimentase un ligero escalofrío, igual que si hubiera atravesado una bolsa de aire; y su esposa y sus hijos dormidos respingaban sobresaltados, como si en ese instante los hubiera rozado una pesadilla.

Iba hacia el sur, por la carretera 51. Sobre el asfalto resonaban los tacones desgastados de sus botas camperas de punta estrecha. Alto, de edad indefinida, con vaqueros desteñidos y tachonados, y chaqueta de la misma tela. Tenía los bolsillos llenos de panfletos contradictorios, de cincuenta tendencias distintas. Este hombre repartía folletos sobre los más diversos asuntos: los peligros de las centrales nucleares, el papel de la conspiración judía internacional en el derrocamiento de los gobiernos amigos de la CIA, el sindicato de trabajadores agrícolas, los Testigos de Jehová (*Si puedes contestar afirmativamente estas diez preguntas, ¡has sido salvado!*), los Negros por la Igualdad Militante, el Código del Klan. Tenía todos éstos, y muchos más. En cada lado de su chaqueta de tela basta lucía un distintivo. En el derecho, un rostro sonriente sobre fondo amarillo. En el izquierdo, un cerdo con gorra de policía. La leyenda estaba escrita al pie en un círculo: ¿CÓMO ESTÁ TU JAMÓN?

Seguía adelante, sin pausa, sin aminorar la marcha; pero sensible a la noche. A la espalda llevaba una maltrecha mochila de los exploradores norteamericanos. En su rostro, y quizá también en su corazón, se leía una torva hilaridad. Su rostro era el de un hombre aborreciblemente feliz, que irradiaba una espantosa tibieza fascinante, un rostro que irisaba los vasos de agua en las manos de las cansadas camareras de las paradas para camioneros, que hacía que los chiquillos estrellaran sus triciclos contra las vallas de madera y después corrieran llorando en busca de sus madres con las rodillas ensangrentadas. Un rostro que trocaba en riñas encarnizadas las discusiones de taberna sobre temas deportivos.

Avanzaba hacia el sur, por un tramo de la 51, situado entre Grasmere y Riddle, ahora más cerca de Nevada. Pronto acamparía y pasaría el día durmiendo, para despertarse por la noche. Leería mientras su cena se cocinaba sobre una pequeña fogata sin humo. No importaba qué: una despanzurrada novela de bolsillo o lo que fuese. Y después de la cena echaría, a andar hacia el sur, por esa excelente carretera de dos carriles que atravesaba un erial dejado de la mano de Dios. Escudriñaría, olfatearía y escucharía, a medida que el clima se tornara más árido, hasta reducirlo todo, por estrangulación, a matas de artemisas y maleza seca. Miraría cómo las montañas empezaban a aflorar de la tierra como huesos de dinosaurio. Al amanecer del día siguiente, o del segundo día, entraría en Nevada, y se encontraría primero en Owyhee y después en Mountain City, que era donde vivía un hombre llamado Christopher Bradenton, quien le proporcionaría un coche robado y papeles falsos. Con eso cobrarían vida todas las gloriosas posibilidades de la comarca, y ésta se transformaría en un organismo político con una red de carreteras implantadas en su piel como capilares maravillosos, preparados para llevarlo a él a todas partes. Era un grumo en busca de un lugar donde ponerse, una esquirla de hueso a la caza de un órgano suave al que pinchar, una célula cancerosa en persecución de un compinche: entonces formarían un hogar y criarían un bonito pequeño tumor maligno.

Seguía caminando, balanceando los brazos a los costados. Era muy conocido a lo largo de las rutas clandestinas por donde transitan los pobres y los locos, los terroristas, aquellos a quienes han inculcado tanto el odio que éste se manifiesta en sus facciones como labios leporinos, hasta el punto de que sólo son bien acogidos por sus iguales, quienes los agasajan

en tugurios con consignas y carteles pegados a las paredes, en sótanos donde las prensas amortiguadas sujetan cañones recortados mientras los cardan con explosivos potentes, en trastiendas donde se urden planes demenciales: el asesinato de un ministro, el secuestro del hijo de un dignatario extranjero, o la irrupción en una reunión del consejo de administración de la Standard Oil con granadas y ametralladoras para asesinar en nombre del pueblo. Allí lo conocían, e incluso los más locos de entre ellos, sólo podían mirar de forma oblicua su rostro torvo y sonriente. Las mujeres con las que se acostaba, aunque hubieran reducido la cópula a algo tan intrascendente como sacar un bocado de la nevera, se ponían rígidas y volvían la cara al entregarse, cosa que a veces hacían con lágrimas en los ojos. Se entregaban como podrían haberse entregado a un carnero con ojos dorados o a un perro negro... Y, cuando todo concluía, se sentían frías, tan frías que les parecía que nunca podrían recuperar el calor. Cuando entraba en una asamblea, cesaban la cháchara histérica, las difamaciones, las recriminaciones, las acusaciones, la retórica ideológica. Se producía un momento de absoluto silencio, y todos se volvían hacia él, como si hubiera llegado con una atroz máquina de destrucción acunada en los brazos, algo mil veces más mortífero que el explosivo plástico que los estudiantes de química subversivos fabrican en los laboratorios subterráneos, y que las armas compradas en el mercado negro al sargento corrupto de un arsenal militar. Parecía llegar con un artefacto herrumbrado por la sangre y almacenado durante siglos en el limbo de los alaridos; pero acondicionado, introducido en la asamblea como un don infernal, un pastel de cumpleaños con velitas de nitroglicerina. Y entonces la conversación volvía a empezar, racional y disciplinada, tanto como puede serlo entre fanáticos, y todos se ponían de acuerdo.

Se bamboleaba por la carretera, con los pies calzados en las holgadas botas, que tenían cómodas articulaciones en los puntos precisos. Sus pies y esas botas eran viejos amantes. Christopher Bradenton de Mountain City lo conocía por el nombre de Richard Fry. Bradenton controlaba una de las redes clandestinas por donde se desplazaban los fugitivos. Media docena de organizaciones distintas, desde los Weathermen hasta la Brigada Guevara, se ocupaban de que tuviera Los bolsillos bien provistos de dinero. Era poeta, y a veces dictaba clases en universidades alternativas, o viajaba a los estados de Utah, Nevada y Arizona, donde disertaba en las cátedras de inglés de institutos y asombraba (o pretendía asombrar) a los chicos y chicas de clase media con la noticia de que la poesía era un cadáver inquieto. Ahora rondaba los cuarenta; pero hacía quince años lo habían destituido en una universidad de California por fraternizar demasiado con un grupo estudiantil revolucionario. En 1968 lo arrestaron durante la Gran Convención de los Cerdos, en Chicago, y estableció firmes lazos con un grupo.

El hombre oscuro caminaba y sonreía. Bradenton representaba sólo la desembocadura de un conducto, y éstos eran miles: los laberintos por donde circulaban los chiflados, transportando sus libros y sus bombas. Estos laberintos se hallaban interconectados, y los carteles indicadores habían sido camuflados, pero eran legibles para los iniciados. En Nueva York lo conocían por el nombre de Robert Frank, y nunca contradijeron su afirmación de que era negro, a pesar de que su tez era blanca. Él y un veterano negro de Vietnam, el cual alimentaba un odio más que suficiente para compensar la pérdida de su pierna izquierda, habían liquidado a seis polis en Nueva York y Nueva Jersey. En Georgia, el hombre oscuro era Ramsey Forrest, un descendiente lejano de Nathan Bedford Forrest, y, según su expediente de blanco, había participado en dos violaciones, una castración y el incendio de una chabola de negros. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, a comienzos de los sesenta, durante la primera eclosión de los derechos civiles. A veces se sentía como si hubiera nacido en medio de aquel conflicto. Lo cierto era que no recordaba mucho de lo sucedido antes, excepto que su lugar de origen estaba en Nebraska y que, en cierto tiempo, fue al instituto con un chico pelirrojo y patizambo, Charles Starkweather. Recordaba mejor las marchas por los derechos civiles de 1960 y 1961: las palizas, los desfiles nocturnos, las iglesias que estallaban como si fueran demasiado pequeñas para contener el milagro que había crecido dentro de ellas. Recordaba haber vagabundeado hasta Nueva Orleans en 1962, y haber conocido a un joven desequilibrado que repartía octavillas en las que exhortaba a Estados Unidos a no entrometerse en Cuba. Ese hombre era un tal Oswald, y él cogió algunos panfletos de Oswald y todavía conservaba un par de ellos, muy viejos y ajados, en uno de sus múltiples bolsillos. Había sido miembro de un centenar de comités. Participó en manifestaciones contra docenas de universidades. Redactaba las preguntas que más desconcertaban a los hombres del poder cuando éstos iban a pronunciar conferencias; pero nunca las formulaba personalmente porque podían haberse alarmado al ver su rostro sonriente, encendido, y podrían haber huido de la tribuna. Tampoco hablaba en los mítines, porque los micrófonos chisporroteaban. Pero

había escrito discursos para quienes sí hablaban; y en varias ocasiones esos discursos habían culminado en tumultos, coches volcados, votaciones en favor de huelgas estudiantiles y manifestaciones violentas. A comienzos de los setenta tuvo tratos, durante un tiempo, con un hombre llamado Donald DeFreeze, a quien le sugirió que adoptara el apodo de *Cinque*. Había ayudado a trazar los planes para el secuestro de una heredera, y fue el quien propuso que la enloquecieran en lugar de entregarla contra el pago de un rescate. Salió de la casita de Los Ángeles donde se frieron DeFreeze y los otros cuando faltaban menos de veinte minutos para que llegara la policía, se alejó por la calle, haciendo repicar contra el pavimento sus botas abultadas y polvorientas, con una sonrisa de fuego que indujo a las madres a recoger a sus hijos y hacerlos entrar en sus casas. Y más tarde, cuando detuvieron a los escasos supervivientes del grupo, lo único que éstos atinaron a decir fue que había habido alguien importante, quizá sólo un aliado ocasional: un hombre sin edad, un hombre a quien a veces llamaban el *Dandy*.

Avanzaba con paso sistemático que devoraba distancias. Dos días atrás había estado en Laramie (Wyoming), integrando un grupo de sabotaje ecológico. Habían dinamitado una central eléctrica. Y ahora se hallaba en la 51, entre Grasmere y Riddle, rumbo a Mountain City. Al día siguiente estaría en otra parte. Y se sentía más feliz que nunca, porque...

Se detuvo.

Porque faltaba poco. Lo percibía, casi lo saboreaba en el aire nocturno. Sí, lo saboreaba: un gusto carbonizado y caliente que provenía de todas partes, como si Dios planeara un banquete colosal y toda la civilización estuviera en vísperas de convertirse en el asado. Los carbones estaban ardiendo blancos y hojaldrados por fuera y rojos como ojos de demonio por dentro. Algo enorme, muy grande.

La hora de su transfiguración estaba próxima. Iba a nacer por segunda vez, lo iban a extraer de la vagina palpitante de una gran bestia de color arenoso que en ese mismo momento yacía convulsionada por las contracciones, moviendo las piernas a medida que brotaba la sangre del parto; con los ojos incandescentes fulminando el vacío.

Había nacido cuando cambiaban los tiempos, y los tiempos iban a cambiar de nuevo. Los presagios se hallaban en el viento de esa apacible noche de Idaho.

Ya casi era hora de renacer. Lo sabía. ¿Por qué, si no, había estado de pronto en condiciones de ejecutar hechizos?

Cerró los ojos, mientras su faz se volvía lentamente hacia el oscuro cielo, ya preparado para recibir el alba. Se concentró. Sonrió. Los polvorientos y deteriorados tacones de sus botas comenzaron a alzarse de la carretera. Unos centímetros. Más. Y más. La sonrisa se ensanchó. Ahora ya se había elevado casi medio metro del suelo, se había levantado con firmeza sobre el camino mientras el polvo flotaba debajo de él.

Vio cómo los primeros palmos del amanecer avanzaban tiñendo de claridad el cielo, y descendió de nuevo. Aún no había llegado el momento.

Pero la hora estaba cerca.

Echó a andar otra vez, sonriendo, buscando un lugar donde tumbarse a pasar el día. El momento estaba cerca, y por ahora era suficiente con saberlo.

Por el pasillo del pabellón de máxima seguridad de la cárcel de Phoenix, dos guardias conducían a Lloyd Henreid, al que se describía en los periódicos locales como «el asesino impenitente con cara de bebé». A uno de los guardias le goteaba la nariz y los dos tenían mal aspecto. Los otros ocupantes del pabellón lo recibían como si hiciera un desfile triunfal. Allí era un personaje célebre.

—¡Bravo, Henreid!

—¡Arriba, muchacho!

—¡Dile al fiscal que si me suelta no dejaré que le haga daño!

—¡Siempre adelante, hermano! ¡Adelanteadelanteadelante!

—Bastardos —exclamó el guardia al tiempo que estornudaba.

Lloyd sonreía, feliz. Se hallaba encantado por su nueva popularidad. Eso no se parecía nada a Brownsville. Cuando matabas a lo grande, te respetaban. Se imaginó que Tom Cruise debía sentir lo mismo en un estreno mundial de una película suya.

Al final del pasillo, salvaron una puerta y un enrejado doble controlado mediante un mecanismo eléctrico. Volvieron a registrarlo, mientras el guardia resfriado le resollaba en la cara como si acabase de subir corriendo una escalera. Después, lo hicieron pasar frente a un detector de metales, probablemente para verificar que no llevaba nada escondido en el culo, como había puesto de moda el cine con *Papillon*.

—Muy bien —dijo el guardia del resfriado.

Otro les hizo una seña para que avanzaran. Recorrieron un nuevo pasillo, éste pintado de verde, en el que reinaba el silencio; los únicos sonidos provenían de las pisadas de los guardias, pues Lloyd llevaba zapatillas de papel, y los moqueos asmáticos a la derecha del detenido. En el fondo había otro guardia apostado frente a una puerta cerrada, la cual tenía un ventanuco, poco más que una mirilla, con el cristal protegido por una tela metálica.

—¿Por qué las cárceles siempre huelen a orina? —preguntó Lloyd, sólo para entablar conversación—. Quiero decir que incluso las celdas vacías huelen a orina. ¿Acaso meáis en los rincones? —La idea le hizo soltar una risita.

—Cierra el pico, asesino —espetó el guardia resfriado.

—No tienes buen aspecto —comentó Lloyd—. Deberías irte a casa y meterte en cama.

—Cállate —ordenó el otro guardia.

Lloyd se calló. Eso era lo que sucedía cuando tratabas de hablar con semejantes tipos. Sabía por experiencia que a los funcionarios de prisiones no les inculcaban reglas de urbanidad.

—Eh, malnacido —le dijo el guardia de la puerta.

—¿Qué tal, cara de culo? —respondió Lloyd con mordacidad.

No existía nada mejor que un diálogo cordial para refrescar el ambiente. Dos días en la trena y ya podía sentir aquella comezón que le había asaltado otras veces.

—Eso te costará un diente —sentenció el guardia de la puerta.

—Eh, no puedes...

—Claro que puedo. En el patio hay más de un tipo que mataría a su propia madre por dos cartones de Chesterfield. ¿Quieres que sean dos dientes, malnacido?

Lloyd se calló.

—Bien —prosiguió el guardia—. Entonces será sólo uno. Entradlo, muchachos.

El guardia resfriado abrió la puerta y su compañero empujó a Lloyd dentro, donde el abogado de oficio se hallaba sentado frente a una mesa de metal, estudiando los documentos que llevaba en su maletín.

—Aquí tiene a su hombre, señor letrado.

El abogado levantó la vista. Apenas era poco más que un imberbe. ¿Pero eso qué importaba? Los mendigos no podían ser exigentes. De todos modos lo tenían pillado por las pelotas, y Lloyd calculaba que le endilgarían veinte años. Cuando te han atrapado, lo único que puedes hacer es cerrar los ojos y apretar los dientes.

—Muchas gra...

—¡Ese tipo me ha llamado malnacido! —exclamó Lloyd, señalando al guardia apostado en la puerta—. Y cuando contesté, dijo que me arrancaría un diente. ¿Qué le parece como

ejemplo de brutalidad policial?

El abogado se pasó la mano por la cara.

—¿Es eso verdad? —le preguntó al guardia apostado en la puerta.

El interpelado alzó los ojos al techo y suspiró.

—Estos tipos deberían escribir guiones de televisión —contestó el guardia—. Son muy imaginativos. Le dije «hola», él dijo «hola» y no hubo nada más.

—¡Es una jodida mentira! —proclamó Lloyd con tono afectado.

—No es así —afirmó el guardia, impasible.

—No lo dudo —asintió el abogado—. Pero creo que antes de irme le contaré los dientes al señor Henreid.

Por el rostro del guardia cruzó una vaga expresión de ira, y cambió una mirada con los dos que habían acompañado a Lloyd, el cual sonrió. Quizá no era un mal chico. Sus dos últimos defensores de oficio fueron veteranos curtidos. Uno de ellos había entrado en la sala de audiencias llevando un culo artificial en una bolsa. Increíble: ¡un jodido culo artificial! A los veteranos curtidos les importaba una mierda el cliente. Recita tu alegato y vete, ése era su lema. Pero quizá este chico podría reducir a diez años la sentencia por robo a mano armada. Tal vez incluso descontar el tiempo de prisión preventiva. En realidad a la única que había pokerizado había sido a la mujer del tipo del Continental blanco, y a lo mejor podía colgarle eso a su compinche Poke. A él no le importaría, pues estaba muerto. La sonrisa de Lloyd se ensanchó un poco. Hay que mirar el lado bueno de las cosas. Ésa era la regla. La vida era demasiado breve para hacer nada más.

Con estos agradables pensamientos danzando en su cabeza, Lloyd se sentó a conferenciar con su abogado, que se llamaba Andy Devins, según recordó Lloyd, y que ahora lo miraba de una manera extraña. Era la forma en que podías mirar a una serpiente de cascabel malherida, pero cuyo mordisco letal era probable que aún se produjera.

—¡Estás con la mierda hasta el cuello, Sylvester! —exclamó de repente Devins.

Lloyd dio un respingo.

—¿Qué? ¿Qué diablos quiere decir con eso? A propósito, me parece que ha manejado muy bien al gordinflas de ahí fuera. Tenía el aspecto de empezar a comerse clavos y luego escupirlos...

—Escúchame, Sylvester, y escúchame con atención.

—Mi nombre no es...

—No tienes la menor idea del lío en que estás metido, Sylvester.

La mirada de Devins no se inmutó. Su voz era suave e intensa. Su cabello, rubio y cortado casi al cero, no era más que una especie de pelusilla rosada a través de la cual le brillaba el cuero cabelludo. En la mano izquierda llevaba un anillo de oro de casado, y un aro de bisutería de una hermandad en el dedo corazón de la derecha, los hizo entrechocar y emitieron un gracioso clic que causó dentera a Lloyd.

—Te van a someter a juicio dentro de nueve días, Sylvester, a causa de una decisión del Tribunal Supremo de hace cuatro años.

—¿Qué? ¿Qué...? —Lloyd se sintió muy nervioso.

—Se trata del caso *Markham contra Carolina del Sur* —explicó Devins—. Y esto tiene que ver con las condiciones para que los estados puedan ejercer una justicia más rápida en los casos en que se solicita la pena de muerte.

—¿Pena de muerte? —gritó Lloyd, horrorizado—. ¿Se refiere a la silla eléctrica? Eh, tío. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Lo juro por Dios!

—A los ojos de la ley eso no importa —prosiguió Devins—. Si estabas allí lo has hecho.

—¿Qué quiere decir con que *no importa*? —exclamó Lloyd—. ¡Claro que importa! ¡Es un asunto bastante jodido! ¡Yo no me cargué a esas personas, fue Poke el que lo hizo! ¡Estaba loco! Fue él...

—¿Por qué no te callas, Sylvester? —repuso Devins con aquella voz suave e intensa.

Lloyd lo hizo.

En su súbito miedo se había olvidado de los vítores que le habían brindado a la entrada e incluso de la inquietante posibilidad de perder uno de sus dientes. De pronto tuvo una visión del canario del gato de Sylvester, jugándole una mala pasada. Sólo que, en su mente, el pajarillo no estaba golpeando con un mazo en la cabeza a aquel tontainas o colocando delante de su pata una trampa para ratones. Lo que Lloyd veía era a Sylvester atado en la silla eléctrica mientras el canario estaba posado en un taburete al lado de un gran interruptor. Incluso podía ver la gorra del guardia en la cabecita amarilla del ave.

Y la imagen no era muy agradable.

Tal vez Devins vio algo de todo esto reflejado en su rostro, puesto que dio muestras de una moderada complacencia. Posó las manos sobre el montón de papeles que había extraído de su maletín.

—No cabe el concepto de complicidad cuando se trata de asesinato en primer grado cometido con premeditación —añadió—. El estado tiene tres testigos que darán fe de que Andrew Freeman y tú ibais juntos. Y eso puede hacer que te fríen el trasero. ¿Lo entiendes ahora?

—Yo...

—Está bien. Volvamos al caso *Markham contra Carolina del Sur*. Te explicare con palabras sencillas cómo las reglas de este caso se aplican a tu situación. Pero, en primer lugar, debo recordarte un hecho que sin duda has aprendido durante uno de tus paseos por el instituto: la Constitución de Estados Unidos prohíbe específicamente los castigos crueles e inhumanos.

—Como el de la jodida silla eléctrica, maldita sea —se apresuró a responder Lloyd.

Devins meneaba la cabeza.

—Ahí es donde la ley no está clara —siguió—. Hasta hace cuatro años, los tribunales no hicieron más que darle vueltas a la cosa, intentando encontrarle sentido. ¿«Castigo cruel e inhumano» significaba cosas parecidas a la silla eléctrica y la cámara de gas? ¿O eso se refiere al espacio que media entre la sentencia y la ejecución? ¿Las apelaciones, los aplazamientos, los meses y años que ciertos prisioneros (Edgar Smith, Caryl Chessman y Ted Bundy son probablemente los casos más famosos) se vieron forzados a pasar en varias galerías de la muerte? El Tribunal Supremo permitió que volviesen a producirse ejecuciones a fines de los setenta; pero las galerías de la muerte siguen atestadas y continúa en pie el asunto del castigo cruel e inhumano. Bien, pues en *Markham contra Carolina del Sur* tienes a un hombre sentenciado a la silla eléctrica por violación y asesinato de tres compañeras de universidad. Se probó la premeditación por un diario que llevaba ese tipo, John Markham. Y el jurado lo condenó a muerte.

—Vaya mierda —susurró Lloyd.

Devins asintió y dedicó a Lloyd una torva sonrisa.

—El caso llegó al Tribunal Supremo, el cual confirmó que la pena capital, en ciertas circunstancias, no era ningún castigo cruel e inhumano. El tribunal sugirió que cuanto antes fuese ejecutado, mejor... Desde un punto de vista legal. ¿Lo vas captando, Sylvester? ¿Comienzas a verlo claro?

Ése no era el caso de Lloyd.

—¿Sabes por qué te van a juzgar en Arizona en lugar de en Nuevo México o Nevada?

Lloyd negó con la cabeza.

—Porque Arizona es uno de los cuatro estados que tienen un tribunal especial para las penas capitales, y se convoca sólo cuando se ha pedido y conseguido esta pena.

—No lo entiendo.

—Te juzgarán dentro de cuatro días —continuó Devins—. El estado tiene entre manos un caso tan importante que puede permitirse el lujo de designar a las primeras personas que pueda conseguir para el estrado del jurado. Yo lo demoraré todo lo que pueda; pero el primer día ya se confirmará el jurado. El estado presentará el sumario en el segundo día. Yo trataré de que sean tres días en vez de dos, y me alargaré al máximo en mis alegatos iniciales y en mis conclusiones definitivas, hasta que el juez me prive del uso de la palabra. Pero tres días será lo máximo. Tendremos suerte si lo conseguimos. El jurado se retirará y te encontrará culpable en cinco minutos, a menos que suceda un maldito milagro. Dentro de nueve días, a partir de hoy, estarás sentenciado a muerte y, una semana después, te convertirás en un fiambre chamuscado. Al pueblo de Arizona le encantará, y también al Tribunal Supremo. Porque todo el mundo será más feliz cuanto más deprisa vaya el asunto. Tal vez pueda alargarlo una semana... Aunque sólo un poco.

—¡Pero eso no es justo! —gritó Lloyd.

—Éste es un mundo viejo y cruel —dijo Devins—, en particular para los «asesinos locos», que es lo que la prensa y los comentaristas de televisión te están llamando. Eres realmente grande en el mundo del crimen. Tienes un gancho considerable. Incluso has relegado a segunda página la epidemia de gripe del Este.

—No he pokerizado a nadie —replicó melancólicamente Lloyd—. Poke fue quien lo hizo todo. Incluso inventó la palabra.

—Eso no importa —siguió inflexible Devins—. Es lo que estoy tratando de que te entre en esa cabezota. El juez concederá al gobernador un día de plazo. Sólo un día. Apelaré y, bajo las nuevas disposiciones, mi recurso debe estar en manos del tribunal especial para la pena

capital dentro de siete días, a menos que seas liberado de inmediato. Si deciden no aceptar la apelación, dispondré de otros siete días para realizar la correspondiente petición al Tribunal Supremo. En tu caso haré la apelación con la mayor rapidez posible. Es probable que el tribunal especial para la pena capital se avenga en concedernos audiencia, pues el sistema es aún muy nuevo y desean recibir las menores críticas posibles. Puede que lo denominen la apelación de Jack el Destripados.

—¿Y cuánto pasará antes de que acabe todo? —musitó Lloyd.

—Oh, dictaminarán en un abrir y cerrar de ojos —respondió Devins, y su sonrisa se convirtió en la de un lobo—. Verás, el tribunal especial está compuesto por cinco jueces jubilados de Arizona. No tienen otra cosa que hacer que ir de pesca, jugar al póquer, beberse su buen *bourbon* y esperar a que algún saco de mierda como tú aparezca en su sala de juicios, que en realidad es un banco de ordenadores conectado con el Congreso estatal, el despacho del gobernador y alguien más. Tienen teléfonos equipados con módems en sus coches, en sus cabañas, en sus barcas y por supuesto en sus casas. Su media de edad es de setenta y dos...

Lloyd hizo una mueca.

—Lo cual significa que algunos de ellos son suficientemente viejos como para haber pasado por todos los tribunales, si no como jueces, al menos como abogados o como estudiantes. Todos creen en la ley del Oeste: un juicio rápido y luego la soga. Así fueron las cosas por aquí más o menos hasta los años cincuenta. Y cuando se trata de asesinos múltiples, es el *único* procedimiento.

—¡Malditos bastardos!

—Necesitas estar enterado de todo aquello a lo que nos enfrentamos —prosiguió Devin—. Sólo quieren asegurarse de que no vayas a sufrir ningún tipo de castigo cruel o inhumano, Lloyd. Y aún tendrías que darles las gracias...

—¿Darles las *gracias*? Lo que me gustaría es...

—¿Pokerizarlos? —repuso Devins en voz baja.

—¡No, claro que no! —exclamó Lloyd con escasa convicción.

—Nuestra petición de un nuevo juicio será desestimada y todos mis argumentos serán rechazados sumariamente. Con suerte el tribunal me invitará a presentar testigos. Si me conceden la oportunidad, llamaré a todos los que atestiguaron en el juicio original, más cualquier otro que se me ocurra. Llegados a este punto, convocaré a tus compinches del instituto para que testifiquen acerca de tu carácter. Eso en caso de que pueda encontrarlos.

—Dejé el colegio en el sexto grado —replicó desesperado Lloyd.

—Después de que el tribunal especial desestime cuanto hagamos, efectuaré una petición para ser oído ante el Tribunal Supremo. Espero verme rechazado el mismo día.

Devins se interrumpió y encendió un cigarrillo.

—¿Y entonces, qué? —preguntó Lloyd.

—¿Entonces? —preguntó a su vez Devins, mostrándose sorprendido y exasperado ante la cerrazón de Lloyd—. Pues entonces irás a la galería de la muerte de la prisión estatal y disfrutarás de toda la buena comida que quieras hasta que llegue el momento de acudir a la descarga. No será mucho tiempo:

—No van a hacer eso —dijo Lloyd—. Sólo está tratando de asustarme.

—Lloyd, los cuatro estados que tienen tribunales especiales para la pena capital lo han hecho así todas las veces. Hasta ahora, cuarenta hombres y mujeres han sido ejecutados bajo las directrices *Markham*. A los contribuyentes les cuesta un poco más, a causa del tribunal extra; pero no demasiado, puesto que hay poquísimos casos de asesinato en primer grado. Y la verdad es que a los contribuyentes no les importa abrir sus bolsas para la pena capital. Les *encanta*.

Lloyd parecía a punto de vomitar.

—De todos modos —prosiguió Devins—, sólo se coloca a un acusado bajo la jurisprudencia *Markham* cuando parece por completo culpable. No es suficiente que un zorro tenga plumas en el hocico; has de haberle atrapado en el gallinero. Que es donde te pillaron a ti.

Lloyd, que había disfrutado de los vótores de los muchachos hacía sólo quince minutos, se veía convertido en un fiambre dentro de dos o tres semanas, y en un agujero negro.

—¿Estás asustado, Sylvester? —le preguntó Devins de una forma casi amable.

Lloyd tuvo que humedecerse los labios antes de responder.

—¡Pues claro que lo estoy! Según todo lo que me ha explicado soy hombre muerto.

—No te quiero muerto —repuso Devins—, sólo asustado. Si entras en la sala sonriendo con arrogancia, te atarán a la silla y apretarán el botón. Vas a ser el número cuarenta y uno de los

chicos *Markham*. Pero si me escuchas podremos salir de esto. No digo que lo consigamos, sólo que lo intentaremos.-

—Pues adelante.

—Con lo que tenemos que contar primero es con el jurado —continuó Devins—. Doce tipos corrientes de la calle. Me gustaría tener un jurado lleno de damas de cuarenta y dos años, que aún puedan recitar de memoria *Winnie the Pooh* y celebrar funerales por sus pajarillos en el patio trasero. Eso es lo que me gustaría. Todo miembro del jurado, cuando lo designan, es muy consciente de las consecuencias *Markham*. Saben que no va a llegar a un veredicto de pena capital que pueda o no cumplirse en seis meses o en seis años, cuando ya se hayan olvidado de él sino que el tipo al que condenan en junio criará malvas antes de que empiecen las vacaciones de verano.

—Tiene una forma terrible de plantear las cosas.

Ignorando el comentario, Devins prosiguió:

—En algunos casos, el simple hecho de saber esto ha llevado a ciertos jurados a dictar veredictos de no culpabilidad. Se trata de un resultado adverso del *Markham*, Determinados jurados han sobreseído a asesinos declarados para evitar mancharse las manos con sangre fresca.

Tomó una hoja de papel.

—Aunque se ha ejecutado a cuarenta personas bajo *Markham*, la pena de muerte bajo *Markham* se ha pedido un total de *setenta* veces. De los treinta no ejecutados, veintiséis fueron hallados «no culpables» por los jurados designados. Sólo cuatro sentencias fueron casadas por el tribunal especial para penas capitales, una en Carolina del Sur, dos en Florida y otra en Alabama.

—¿Y nunca en Arizona?

—Nunca. Ya te lo he dicho. La ley del Oeste. Esos cinco ancianos te quieren muerto y bien muerto. Si no podemos salvarte delante del jurado, estás desahuciado. Te podría apostar noventa contra una.

—¿Y cuántas personas han sido encontradas no culpables por unos jurados corrientes bajo esa ley en Arizona?

—Dos de catorce.

—Pues es una probabilidad bastante baja.

Devins sonrió con su expresión de lobo.

—Debo informarte —le dijo— que uno de esos dos tenía el mismo defensor que tú. Era culpable como un pecado, Lloyd, lo mismo que tú... El juez Pechert estuvo abroncando a aquellas diez mujeres y dos hombres durante veinte minutos. Creí que le iba a dar un ataque de apoplejía.

—Si me declaran no culpable, ya no podrán juzgarme otra vez, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Así que se trata de un juego de todo o nada.

—Exacto.

—Bien... —fue todo lo que dijo Lloyd, y se enjugó la frente.

—Puesto que te has hecho cargo de la situación —continuó Devins— y sabes dónde hemos de aplicar toda nuestra fuerza, ya podemos ir al grano.

—Ya. Pero no acaba de gustarme.

—En realidad, tienes huevos si lo hiciste. —Devins entrelazó las manos y se inclinó sobre ellas—. Veamos... Me has dicho a mí y a la policía que tú... ejem... —Cogió unos documentos entre los papeles que llevaba en el maletín y los hojeó—. Ah... Aquí está... «No he matado a nadie. Poke hizo toda la matanza. Lo de matar fue idea suya y no mía. Poke estaba como una cabra y supongo que es una bendición para el mundo que se haya ido al otro barrio».

—Sí, eso es. ¿Y qué? —dijo Lloyd a la defensiva.

—Sólo esto... —repuso Devins de modo relamido—. Esto implica que estabas *asustado*, que le tenías miedo a Poke Freeman. ¿Se lo tenías?

—Verá, yo no estaba exactamente...

—En realidad temías por tu vida.

—No creo que fuese así...

—Aterrado. Créeme, te cagabas en los pantalones.

Lloyd frunció el entrecejo. Era la mueca de un tipo que desea ser buen estudiante pero que tiene serios problemas para aprenderse la lección.

—No me entiendas mal, Lloyd. Yo no quiero decir eso. Sólo estoy sugiriendo que Poke estaba todo el rato drogado...

—Lo estaba. Los *dos* lo estábamos...

—No. Tú no. Sólo él. Y se volvía loco cuando se drogaba.

En los vericuetos de la memoria de Lloyd, el fantasma de Poke Freeman no hacía más que gritar alegremente «¡Arre! ¡Arre!». Y disparar contra la mujer del almacén de Burrack.

—Y te apuntó varias veces con una pistola...

—No, él nunca...

—Claro que lo hizo. Sólo que te has olvidado de eso durante algún tiempo. En realidad, en una ocasión amenazó con matarte si no le secundabas.

—Bueno, yo también tenía un arma...

—Creo —le dijo Devins, mirándole de cerca— que si buscas en tu memoria te acordarás de que Poke te dijo que tu arma estaba cargada con balas de fogeo. ¿Te acuerdas de eso?

—Ahora que lo menciona...

—Y nadie quedó más sorprendido que tú cuando en realidad comenzó a disparar balas de verdad... ¿No fue así?

—Claro —admitió Lloyd. Y asintió con energía—. Casi me provocó una hemorragia...

—Y estabas a punto de volver tu arma contra Poke Freeman cuando él fue abatido, quitándote de encima ese problema.

Lloyd se quedó mirando a su abogado con un brillo de esperanza en los ojos.

—Señor Devins —le dijo con franqueza—, ésta es precisamente la forma en que ocurrió toda esa mierda...

Esa misma mañana, más tarde, se hallaba en el patio de recreo asistiendo a un partido de béisbol y cavilando acerca de lo que le había dicho su abogado, cuando se le acercó un corpulento recluso llamado Mathers, que lo hizo ponerse en pie de un fuerte tirón. Mathers tenía la cabeza rapada, estilo Telly Savallas, y su calva brillaba.

—Un momento —exclamó Lloyd—. Mi abogado me contó los dientes. Así que si te propones...

—Sí, Shockley me lo advirtió —contestó Mathers—. Por eso me dijo que...

Su rodilla hizo impacto de lleno en la entrepierna de Lloyd, y el dolor fue tan atroz que ni siquiera pudo gritar. Se dobló en dos, retorciéndose y agarrándose los testículos. Después de quién sabe cuánto tiempo, pudo levantar la vista. Mathers seguía observándolo, con la calva reluciente. Los guardias miraban en otra dirección. Lloyd gemía y se convulsionaba.

—No es nada personal —manifestó Mathers—. En realidad, te deseo que salgas de este aprieto. Esa ley *Markham* es una mierda.

Se alejó y Lloyd vio que el guardia de la puerta estaba montado sobre una rampa, en la plataforma de carga de camiones, en el otro extremo del patio. Tenía los pulgares enganchados en el cinturón y sonreía a Lloyd. Cuando vio que éste lo miraba, le hizo un ademán obsceno con el dedo. Mathers se le acercó y el guardia le arrojó un paquete de tabaco. Mathers se lo metió en el bolsillo del pecho, esbozó un saludo y se alejó. Lloyd Henreid estaba tumbado, con las rodillas encogidas sobre el pecho, aferrándose el vientre dolorido. Las palabras del abogado resonaban en su mente: «Éste es un mundo duro, Lloyd, un mundo muy duro».

Nick Andros descorrió una cortina y miró hacia la calle. Cuando desde allí, el primer piso de la casa del difunto John Baker, se miraba hacia la izquierda, se veía toda la zona céntrica de Shoyo, y si se miraba a la derecha se apreciaba cómo la carretera 63 salía del pueblo. Main Street estaba totalmente desierta. Las tiendas tenían las persianas bajadas. Un perro de aspecto enfermizo se hallaba sentado en medio de la calzada, con la cabeza gacha y el lomo agitado. De su hocico chorreaba espuma blanca sobre el pavimento. Otro perro yacía muerto en el arroyo, cincuenta metros más allá.

Detrás de Nick la mujer lanzó un gemido débil y gutural, pero él no la oyó. Corrió la cortina, se frotó los ojos y después se acercó a la mujer que acababa de despertar. Jane Baker se encontraba arropada en mantas porque un par de horas antes tenía frío. Ahora le corría el sudor por la cara y las apartó de un puntapié. Nick observó, turbado, que el fino camisón se había vuelto transparente en algunos lugares, por efecto de la transpiración. Pero ella no veía a Nick, y él dudaba que en ese momento le importara su desnudez. Estaba agonizando.

—Johnny, trae la palangana. ¡Voy a vomitar! —exclamó.

Nick sacó la palangana de debajo de la cama y la depositó junto a ella. Pero Jane Baker agitó los brazos y la envió al suelo, donde cayó con un repiqueteo hueco, que él tampoco oyó. Volvió a cogerla y la sostuvo, mirando a la mujer.

—¡Johnny! —chilló—. ¡No encuentro mi neceser de la costura! ¡No está en el armario!

Nick llenó un vaso de agua con la jarra que había en la mesilla de noche y se lo acercó a los labios, pero ella volvió a agitar los brazos y estuvo a punto de hacer que se escurriera de su mano. Nick volvió a dejarlo. Cerca, para que estuviera a su alcance si ella se apaciguaba.

La mudez nunca le había pesado tanto como durante esos últimos días. El pastor metodista Braceman estuvo con ella el 23, cuando llegó Nick. Le leía la Biblia en la sala, mas parecía ansioso por irse. Nick imaginó por qué. La fiebre había conferido a Jane Baker un resplandor rosado, juvenil, que no armonizaba con su tragedia. Quizá el pastor anhelaba reunir a su familia y huir de allí. En los pueblos las noticias circulaban con mucha rapidez, y otros ya habían resuelto emigrar de Shoyo.

Desde que Braceman salió de la casa de los Baker, unas cuarenta y ocho horas antes, todo se había convertido en una pesadilla. La señora Baker había empeorado, tanto que Nick temió que muriera antes de la puesta de sol.

Para colmo, él no podía hacerle compañía todo el tiempo. Había ido a la parada de autobuses para recoger la comida de sus tres prisioneros; pero Vince Hogan no pudo comer. Deliraba. Mike Childress y Billy Warner querían salir de allí, y Nick no se decidía a soltarlos. No por miedo: no creía que estuvieran dispuestos a perder el tiempo atacándolo para saldar cuentas. Querían largarse cuanto antes de Shoyo, como los demás. Pero esa responsabilidad recaía sobre él. Le había hecho una promesa a un hombre que ahora estaba muerto. Sin duda la patrulla del estado se haría de nuevo con el control de la situación, y tarde o temprano acudiría a buscarlos.

En el último cajón del escritorio de Baker encontró una pistola del 45 rodeada de su funda y cinturón, y tras un momento de duda, se la ciñó a la cintura. Cuando miró hacia abajo y vio la aparatosa culata apoyada contra su cadera huesuda se sintió ridículo... Sin embargo, el peso del arma resultaba reconfortante.

El día 23 por la tarde había abierto la celda de Vince y le había puesto sobre la frente improvisadas compresas de hielo, y también en el pecho y el cuello. Vince abrió los ojos y miró a Nick con tan angustiada expresión de súplica silenciosa, que éste por un instante lamentó no poder decirle nada para consolarlo. Al igual que ahora, dos días después, lamentaba no poder prestarle ese servicio a la señora Baker. Habría bastado decir “se mejorará” o «creo que está bajando la fiebre».

Todo el tiempo se lo pasó atendiendo a Vince. Billy y Myke no habían dejado de gritarle. Mientras se inclinaba sobre el hombre enfermo aquello no importaba; pero cada vez que alzaba la mirada veía sus asustadas caras, sus labios que formaban siempre las mismas palabras: «Por favor, déjanos salir». Nick tenía mucho cuidado en mantenerse alejado de ellos. Aún no había crecido mucho, pero era ya bastante mayor para saber que el pánico convierte a los hombres en peligrosos.

Esa tarde había ido y venido por calles casi desiertas, temiendo encontrar a Vince Hogan muerto en un extremo de su trayecto, o a Jane Baker muerta en el otro. Buscó con la vista el coche del doctor Soames, pero no lo divisó. Esa tarde aún se hallaban abiertas unas cuantas tiendas, y la gasolinera Texaco. Pero él estaba seguro de que la ciudad se iba vaciando. La gente se marchaba por el bosque, por los caminos de leñadores, y quizá incluso por el río Shoyo, que pasaba por Smakover y desembocaba en Mount Holly. Otros partirían por la noche, pensó Nick.

El sol acababa de ponerse cuando llegó a casa de los Baker. Encontró a Jane desplazándose en bata por la cocina, trémula, preparando té. Lo miró y él vio que no tenía fiebre.

—Quiero darte las gracias por tus cuidados —dijo serenamente—. Me siento mejor. ¿Quieres una taza de té? —Y se echó a llorar.

Nick se acercó a ella, temiendo que se desmayara. Su abundante cabellera oscura se derramó sobre la bata azul claro.

—Johnny —murmuró en la cocina en penumbra—. Oh, mi pobre Johnny...

Si pudiera hablar, pensó Nick con tristeza. Pero sólo podía sostenerla, guiarla por la cocina hasta la mesa.

—El té...

Nick se señaló a sí mismo y luego la hizo sentar.

—Está bien —admitió Jane Baker—. Me siento mejor. Mucho mejor. Sólo que... que... —Se cubrió el rostro con las manos.

Nick preparó te caliente para los dos y lo llevó a la mesa. Bebieron en silencio. Ella apretó la taza entre las manos, como una chiquilla. Por fin, la depositó sobre la mesa y preguntó:

—¿Cuántas personas enfermas hay en el pueblo, Nick?

«Ya no lo sé —escribió Nick—. Es muy grave».

—¿Has visto al médico?

«No, desde esta mañana».

—Ambrose se agotará si no se cuida —dijo ella—. Se cuidará, ¿verdad, Nick?

Nick asintió con la cabeza y trató de sonreír.

—¿Y los prisioneros de John? ¿Vino la patrulla a buscarlos?

«No —escribió Nick—. Hogan está muy enfermo. Hago lo que puedo. Los otros quieren que los suelte antes de que Hogan los contagie».

—¡No lo hagas! —exclamó ella—. Espero que no se te haya ocurrido semejante idea.

«No —escribió Nick—. Ahora debe usted volver a la cama. Necesita descansar».

Jane le sonrió y, cuando movió la cabeza, Nick vio las manchas oscuras bajo los bordes de su mandíbula... y se preguntó si estaba verdaderamente curada.

—Sí. Dormiré veinticuatro horas de un tirón. Parece haber algo absurdo, el hecho de dormir con John muerto... Tampoco puedo convencerme de que ya no está, ¿sabes?, y a cada momento tropiezo con la idea, como si fuera algo que olvidé poner en su sitio.

Nick le cogió la mano y se la apretó. Jane Baker sonrió débilmente.

—Con el tiempo —dijo—, quizá encuentre otra razón para vivir. ¿Les has servido la cena a tus presos, Nick?

El joven negó con la cabeza.

—Deberías hacerlo. Si sabes conducir, ¿por qué no usas el coche de John?

«No sé conducir —escribió Nick—. Pero gracias de todas formas. Iré andando hasta la parada de autobuses. No se encuentra lejos. Y mañana por la mañana vendré a ver cómo sigue, si le parece bien».

—Sí —respondió ella—. Estupendo.

Él se levantó y señaló la taza.

—Beberé hasta la última gota —prometió ella.

Nick salía por la puerta cuando sintió un toque vacilante sobre su brazo.

—John... —dijo ella, tras una pausa continuó con esfuerzo—: Espero que lo... hayan llevado a la Funeraria Curtis. Allí es donde siempre organizaron el entierro de los familiares de John y los míos. ¿Crees que lo llevaron allí?

Nick asintió. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de la mujer.

Cuando la dejó esa noche, se encaminó hacia la parada de autobuses. Un cartel de CERRADO colgaba oblicuamente en la puerta. Dio un rodeo hasta la *roulotte* aparcada atrás, pero la encontró cerrada y a oscuras. Nadie contestó a su llamada. Dadas las circunstancias, pensó

que se justificaba entrar por la fuerza. En la oficina del *sheriff* Baker había dinero suficiente para pagar los daños.

Rompió el cristal, junto a la cerradura del restaurante, y abrió la puerta desde dentro. El recinto tenía un aspecto tétrico, aun con las luces encendidas. El tocadiscos automático estaba oscuro y silencioso. No había nadie en la mesa de billar ni en el juego de *hockey* electrónico. Los reservados se encontraban vacíos, y los taburetes desocupados. La parrilla estaba tapada.

Nick se dirigió a la cocina, frió unas hamburguesas y las metió en una bolsa. Agregó una botella de leche y medio pastel de manzana que descansaba en el mostrador bajo una campana de plástico. Después volvió a la cárcel, no sin antes dejar una nota explicando quién y por qué había entrado de esa manera.

Vince Hogan estaba muerto. Yacía sobre el suelo de la celda entre el hielo medio derretido envuelto en las toallas. Al final se había cogido el cuello con la mano agarrotada, como si estuviera forcejeando con un estrangulador invisible. Tenía rojas las yemas de los dedos. Las moscas revoloteaban sobre él. Su cuello aparecía negro e hinchado.

—¿Nos soltarás ahora? —preguntó Mike Childress—. Vince ha reventado, mudo de mierda. ¿Satisfecho? Él también la ha pillado —dijo señalando a Billy Warner.

Billy estaba aterrado. Tenía manchas rojas en el cuello y las mejillas, la manga de su camisa con la que había estado limpiándose la nariz estaba tiesa de mocos.

—¡Es mentira! —chilló histéricamente—. ¡Mentira, mentira podrida! Es... —De pronto empezó a estornudar con tanta fuerza que se dobló en dos, y expelió una nube de saliva y moco.

—¿Lo ves? —continuó Mike—. ¿Eh? ¿Estás satisfecho, mudo hijoputa? ¡Déjame salir! Puedes quedarte con él, si quieres, pero no conmigo. Será un asesinato, eso es lo que será. ¡Un asesinato a sangre fría!

Nick meneó la cabeza y Mike tuvo un acceso de furia. Se abalanzó contra los barrotes y los golpeó con la cara, ensangrentando los nudillos de ambas manos.

Nick pasó los víveres por las ranuras de las puertas, empujándolos con el mango de la escoba. Billy lo miró estúpidamente y después empezó a comer.

Mike arrojó el vaso de leche contra la reja. Se hizo añicos y la leche lo salpicó todo. Estrelló sus dos hamburguesas contra la pared cubierta de inscripciones, y una de ellas quedó grotescamente estampada en una mancha de mostaza, salsa de tomate y jugo. Saltó sobre su trozo de pastel de manzana y bailó encima. Los pedazos de manzana salieron despedidos en todas direcciones. El plato de plástico blanco se astilló.

—¡Me declaro en huelga de hambre! —vociferó—. ¡En una jodida huelga de hambre! ¡No comeré nada! ¡Tú hablarás antes que yo pruebe algo de lo que traigas, bastardo! Te...

Nick se dio la vuelta e inmediatamente cayó el silencio. Volvió al despacho, asustado, sin saber qué hacer. Quizá *debería* soltarlos. Si hubiera sabido conducir un coche, los habría llevado a Camden. Pero no sabía. Y debía pensar en Vince. No podía dejarlo allí tumbado, atrayendo las moscas.

En el despacho había dos puertas. Una correspondía a un armario empotrado. La otra comunicaba con una escalera. Nick bajó por ella y se encontró con una combinación de sótano y almacén. Allí abajo hacía fresco.

Volvió a subir. Mike estaba sentado en el suelo, recogiendo abstraídamente los trozos de manzana aplastados para desempolvarlos y comerlos. No miró a Nick.

Éste pasó los brazos por debajo del cadáver y trató de levantarlo. El olor pestilente que desprendía le revolvió el estómago. Vince era demasiado pesado para él. Lo observó un momento, impotente, y se dio cuenta de que los otros dos estaban contra las puertas de sus celdas, contemplándolo con macabra fascinación. Nick adivinó lo que pensaban. Vince había sido uno de ellos, un amigo. Había muerto como una rata en una trampa, víctima de una espantosa enfermedad que los había infectado y que ellos no entendían. Nick se preguntó, no por primera vez en el día, cuándo empezaría a estornudar, a tener fiebre y a desarrollar, esos peculiares bultos del cuello.

Cogió los musculosos antebrazos de Vince Hogan y lo arrastró fuera de la celda. La cabeza del muerto se inclinó hacia él a causa del peso, y pareció mirar a Nick, diciéndole sin palabras que fuese cuidadoso, que no lo zarandease demasiado.

Le costó diez minutos bajar el cadáver por los empinados escalones. Nick lo dejó, jadeando, sobre el pavimento, bajo los tubos fluorescentes, y después lo cubrió con una raída manta militar que cogió de la litera de arriba.

Luego trató de dormir. Pero no concilio el sueño hasta la madrugada. Sus sueños habían sido siempre muy vívidos, y a veces lo asustaban. Casi nunca tenía verdaderas pesadillas; pero últimamente sus sueños eran ominosos, y le producían la sensación de que en ellos nadie era exactamente lo que parecía, y de que el mundo normal se había trocado en un lugar donde sacrificaban a los niños tras las celosías cerradas y donde abominables máquinas negras rugían incansables en sótanos secretos.

Y, por supuesto, a ello se sumaba un terror muy personal: el de despertarse y descubrir que todo eso era realidad.

Durmió un poco y soñó algo que ya había soñado no hacía mucho: el maizal, el aroma de las cosas que crecían tibiamente, la sensación de que algo, o alguien, muy bueno y seguro estaba cerca. Una sensación de *hogar*. Aquello empezó a convertirse en pavor cuando tomó conciencia de que había algo en el maizal, vigilándolo. Pensó: ¡Mamá, la comadreja se ha metido en el gallinero! Y se despertó para encontrarse con la luz del amanecer.

Tenía el cuerpo empapado en sudor.

Puso a calentar el café y fue a echar una ojeada a los dos presos.

Mike Childress estaba llorando. Detrás de él, la hamburguesa seguía pegada a la pared.

—Yo también lo he pillado. ¿Ya estás satisfecho? ¿No era eso lo que querías? Escucha mi respiración. Cuando intento aspirar, parezco un condenado tren de mercancías resoplando cuesta arriba.

Pero Nick se preocupó antes por Billy Warner, que yacía en coma sobre su camastro. Tenía el cuello hinchado y negro y su pecho se agitaba espasmódicamente.

Volvió a la oficina, miró el teléfono y con un acceso de ira y remordimiento lo arrojó al suelo. Apagó el hornillo y corrió calle abajo hacia la casa de los Baker. Pulsó el timbre durante lo que le pareció una hora, hasta que bajó Jane, envuelta en su bata. El sudor febril le perlaba de nuevo el rostro. No deliraba, pero hablaba con lentitud y torpeza. Tenía los labios llenos de ampollas.

—Entra, Nick. ¿Qué sucede?

«Hogan murió anoche. Creo que Warner está agonizando. Se halla muy enfermo. ¿Ha visto al doctor?».

Ella negó con la cabeza, se estremeció con la ligera brisa, estornudó y luego se tambaleó. Nick le rodeó los hombros y la llevó hasta una silla.

Escribió: «¿Podría telefonear por mí a su consulta?».

—Claro. Tráeme el teléfono. Nick, me parece... Creo que he tenido una recaída esta noche.

Le llevó el teléfono y ella marcó el número de Soames. Después de que ella retuviese el auricular durante más de medio minuto contra su oído, supo que no habría respuesta.

Jane llamó a la casa del médico, y a la de su enfermera. En vano.

—Probaré con la patrulla del estado —dijo, pero después de marcar un solo número volvió a depositar el auricular sobre la horquilla—. Supongo que el servicio de larga distancia sigue desconectado. Tras marcar el uno sólo he oído un pitido. —Esbozó una débil sonrisa y a continuación sus lágrimas empezaron a fluir—. Pobre Nick —murmuró—. Pobre de mí. Pobres todos. ¿Me ayudarás a subir? Me siento muy débil y me cuesta respirar. Creo que pronto me reuniré con John. —Él la miró y deseó poder hablar—. Si me ayudas me gustaría volver a la cama.

Nick la acompañó arriba y luego escribió: «Volveré».

—Gracias, Nick. Eres un buen chico...

Ya se estaba durmiendo.

Nick salió de la casa y se detuvo en la acera, preguntándose qué hacer a continuación. Si hubiera sabido conducir quizá habría podido hacer algo. Pero...

Vio una bicicleta de niño en el jardín de la casa que había al otro lado de la calle. Se acercó, miró la vivienda a la que pertenecía. Tenía las persianas bajadas, igual que las casas de sus confusos sueños. Llamó a la puerta. No hubo respuesta, aunque golpeó varias veces.

Regresó junto a la bici. Era pequeña, pero no demasiado. Podía montar en ella, si no le importaba golpearse las rodillas contra el manillar. Naturalmente, tendría un aspecto ridículo, pero seguramente en todo Shoyo no quedaba nadie para verlo. Y en caso de que lo hubiera, no creía que tuviese ganas de reír.

Se montó en la bicicleta y pedaleó torpemente por Main Street, pasó ante la cárcel, siguió hasta la carretera 63, en dirección al sitio en que Joe Rackman había visto a los soldados camuflados como obreros de carreteras. Si continuaban allí, y si realmente eran soldados, Nick conseguiría que se hiciesen cargo de Billy Warner y Mike Childress. Suponiendo que

Billy siguiera vivo. Si aquellos hombres habían puesto a Shoyo bajo cuarentena, en ese caso la enfermedad que azotaba al pueblo sería de su responsabilidad.

Para llegar a la carretera necesitó una hora de peda leo, con las rodillas golpeándole contra el manillar con monótona regularidad y la bici oscilando de un lado a otro de la línea central. Pero cuando llegó allí, los soldados, o el equipo de carreteras, o quienesquiera que fuesen, se habían marchado. Sólo quedaban varios conos, uno de los cuales aún producía destellos. También había dos caballetes anaranjados. La carretera había sido excavada, aunque Nick juzgó que podría pasarse por ella.

Advirtió por el rabillo del ojo un ligero movimiento oscuro, y al mismo tiempo el viento se despezó un poco en torno a él, sólo un suave aliento veraniego, pero lo suficiente para llevar hasta sus narices un enfermizo olor de corrupción. El movimiento oscuro era una nube de moscas. Dejó la bicicleta en la cuneta del otro lado de la carretera. Allí, cerca de la brillante nueva tubería del alcantarillado, había cuatro cadáveres. Sus cuellos e inflamados rostros aparecían ennegrecidos. Nick no supo si se trataba de soldados. Tampoco se aproximó demasiado. Se dijo que podía volver junto a la bicicleta, que allí no había nada que temer, que estaban muertos y que los muertos no pueden hacerte daño. De todos modos, mientras lo pensaba, había echado a correr y se encontraba a más de siete metros de la cuneta. Atenazado por el pánico, regresó en bici hacia Shoyo. En las afueras de la ciudad chocó contra una piedra y se estrelló. Se precipitó sobre el manillar, se golpeó en la cabeza y se rasguñó las manos. Permaneció allí durante un momento, en medio de la carretera, temblándole todo el cuerpo.

Durante la siguiente hora y media de aquella mañana, la del día anterior, Nick golpeó puertas y pulsó timbres. Se dijo que tenía que haber alguien sano. Él se sentía bien, y seguramente no sería el único. Encontraría a alguien, un hombre, o una mujer, o tal vez un adolescente; alguien que supiese conducir.

Pero sus golpes y timbrazos obtuvieron respuesta menos de una docena de veces. La puerta se abría hasta donde lo permitía la cabeza, se asomaba un rostro enfermo pero esperanzado y, al ver a Nick, la esperanza se eclipsaba. La cabeza se sacudía en un gesto de negación y la puerta volvía a cerrarse. Si Nick hubiera podido hablar, habría tratado de convencer a quien fuera de que podía conducir un coche. De que si llevaban los presos a Camden, también podrían ir ellos y tal vez encontrasen un hospital. De que todo saldría bien. Pero no podía hablar.

Algunos le preguntaban si había visto al doctor Soames. Un hombre, presa de una cólera delirante, abrió totalmente la puerta de su casa, salió tambaleándose al porche, vestido sólo con calzoncillos, y trató de atrapar a Nick. Dijo que le iba a hacer «lo que debería haberle hecho allá en Houston». Parecía creer que Nick era alguien llamado Jenner. Lo persiguió por la galería, de un lado a otro, como un zombi en una película de serie B. Tenía el bajo vientre horriblemente hinchado y sus calzoncillos estaban dilatados como si alguien hubiera metido un melón dentro de ellos. Al final, se desplomó en el porche con fuertes palpitaciones en el pecho. Nick lo observó desde el jardín de abajo. El hombre blandió débilmente el puño y después volvió a entrar arrastrándose. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta.

Pero la mayoría de las casas permanecían silenciosas, enigmáticas. Acabó dándose por vencido. Volvió a invadirlo la sensación de que algo ominoso se cernía sobre él, y no pudo desechar la idea de que estaba golpeando puertas de panteones, que tarde o temprano los cadáveres podrían empezar a responder. No lo consoló mucho decirse que la mayoría de las viviendas estaba vacía, que sus ocupantes ya habían huido a Camden, a El Dorado o a Texarkana.

Volvió a casa de los Baker. Jane dormía profundamente. Tenía la frente fría. Pero esta vez Nick no alimentó muchas esperanzas.

Era mediodía. Regresó a la parada de autobuses, sintiendo los efectos del descanso insuficiente de esa noche. La 45 de Baker le golpeaba la cadera. En la cantina de la parada, calentó dos latas de sopa y las vertió en jarras térmicas. La leche de la nevera aún parecía en buenas condiciones, de modo que también cogió una botella.

Billy Warner se encontraba muerto, y cuando Mike vio a Nick se echó a reír histéricamente y señaló con el dedo.

—¡Dos caídos y uno por caer! ¿No lo ves?

Nick introdujo la jarra térmica por la abertura empujándola con el mango de la escoba. Después introdujo un gran vaso de leche. Mike empezó a sorber la sopa directamente de la jarra. Nick se sentó en el pasillo con su jarra. Bajaría a Billy al sótano, pero antes almorzaría. Tenía apetito. Mientras tomaba la sopa miró pensativo a Mike.

—¿Te preguntas cómo estoy? —inquirió éste.

Nick asintió con la cabeza.

—Igual que cuando me dejaste esta mañana. Debo haber expulsado medio kilo de moco. — Lo miró con expresión esperanzada—. Mi madre siempre decía que cuando expulsas tanto moco estás mejorando. Quizá el mío sólo es un caso leve, ¿eh?

Nick se encogió de hombros. Todo era posible.

—Soy fuerte como un águila de bronce —prosiguió Mike—. Creo que no es nada... Me parece que voy a vomitarlo todo. Escucha, déjame salir. Por favor, te lo suplico.

Nick reflexionó.

—Caray, tú tienes la pistola. De todos modos no te guardo rencor. Sólo quiero salir de aquí. Primero veré cómo está mi esposa...

Nick le señaló la mano izquierda, desprovista de anillos.

—Sí, nos hemos divorciado, pero ella sigue viviendo en la ciudad, en Ridge Road. Me gustaría verla. ¿Qué dices, tío? —Mike lloraba—. Dame una oportunidad. No me tengas aquí encerrado en esta trampa para ratas.

Nick se puso en pie lentamente, pasó al despacho y abrió el cajón del escritorio. Las llaves estaban allí. La lógica de Mike era inexorable. Resultaba absurdo suponer que alguien fuera a sacarlos de aquella situación atroz. Cogió las llaves y volvió al corredor. Separó la que le había mostrado John Baker, la del rótulo blanco, y se la arrojó a Mike Childress entre los barrotes.

—Gracias —balbuceó Mike—. Oh, gracias. Juro por Dios que lamento la paliza que te dimos. La idea fue de Ray. Vince y yo tratamos de disuadirlo, pero cuando Ray bebe se vuelve loco...

Introdujo la llave en la cerradura con dedos trémulos. Nick retrocedió, con la mano sobre la culata del arma.

La puerta de la celda se abrió y Mike salió al pasillo.

—Lo digo en serio —prosiguió—. Sólo quiero largarme de esta ciudad.

Pasó junto a Nick, con una sonrisa convulsiva en los labios. Después salió corriendo por la puerta que comunicaba el pequeño pabellón de celdas con el despacho. Nick lo siguió a tiempo para ver cómo la puerta de la oficina se cerraba detrás de él.

Nick salió a la calle. Mike estaba en el bordillo de la acera, apoyado en un parquímetro, escudriñando la calle desierta.

—Dios mío —susurró, y volvió su rostro perplejo hacia Nick—. ¿Qué coño es esto?

Nick asintió, sin apartar la mano de la pistola.

Mike empezó a decir algo, pero sus palabras se disolvieron en una tos espasmódica. Se cubrió la boca y después se enjugó los labios.

—¡Me largaré de aquí! —exclamó—. Si eres listo, me imitarás, mudito. Esto es la peste negra, o algo parecido.

Nick se encogió de hombros y Mike se alejó por la acera. Caminaba cada vez más deprisa, y al final echó a correr. Nick lo observó hasta perderlo de vista, y después entró de nuevo. Nunca volvería a verlo. Sintió que le quitaban un peso de encima y tuvo la certeza de haber procedido de forma correcta. Se tumbó sobre la litera y se durmió al instante.

Durmió toda la tarde en la litera desnuda. Despertó sudando aunque sintiéndose un poco mejor. Las tormentas eléctricas sacudían las montañas, pero no habían llegado a Shoyo.

Al caer la noche, recorrió Main Street hasta el Paulie's Radio & TV y perpetró otro de sus compungidos robos con daño. Dejó una nota junto a la caja registradora y se llevó a la cárcel un televisor Sony portátil. Lo encendió. La filial de CBS irradiaba una señal con la leyenda avería repetidor ondas, por favor siga sintonizando. ABC proyectaba *I Love Lucy* y la NBC emitía un episodio antiguo de una serie sobre una jovencita temeraria que pretendía trabajar como mecánica en un circuito de coches de carreras. La emisora independiente Texarkana, especializada en viejas películas y concursos, se hallaba muda. Nick apagó el televisor.

Fue a la parada de autobuses y preparó suficiente sopa y bocadillos para dos personas. Pensó que había algo de macabro en la forma en que seguía funcionando la iluminación urbana: la farolas salpicaban Main Street con charcos de luz blanca. Cargó los víveres en una cesta. Durante el trayecto hasta la casa de Jane Baker, se acercó a él una jauría de tres o cuatro perros, famélicos, atraídos por el olor de la comida. Nike extrajo la 45 pero no reunió el valor necesario para utilizarla hasta que uno de los perros amenazó con morderle. Entonces apretó el gatillo y la bala rebotó sobre el cemento a un metro y medio de él, dejando un surco

plateado de plomo. No oyó el estampido, pero sintió la sorda sacudida de la vibración. Los perros se dispersaron y huyeron.

Jane estaba dormida. Tenía la frente y las mejillas calientes y su respiración era lenta y trabajosa. Nick la halló muy consumida. Fue a buscar un trapo mojado en agua fría y le frotó la cara. Le dejó su ración de víveres sobre la mesilla de noche. Después bajó a la sala y encendió el televisor en color de los Baker, instalado en una gran consola.

La CBS no emitió en toda la noche. La NBC tenía una programación regular, pero la imagen de la filial de ABC se difuminaba a cada momento, y a veces se borraba por completo para después reaparecer de súbito. El canal de la ABC sólo pasaba viejos programas grabados, como si el nexo con la red se hubiera cortado. No importaba. Lo que Nick esperaba era el noticiario.

Cuando empezó, se quedó perplejo: la noticia del día era la «epidemia de supergripe», como la llamaban ahora, pero los locutores de ambas emisoras dijeron que ya estaba siendo dominada. En el Centro de Control de Epidemias habían elaborado una vacuna, y a comienzos de la semana siguiente los ciudadanos podrían conseguir que su médico se la administrara. Al parecer, los brotes eran graves en Nueva York, San Francisco, Los Ángeles y Londres, pero los estaban conteniendo en todas partes. En algunas zonas, agregó el locutor, se habían cancelado temporalmente las reuniones públicas.

En Shoyo, pensó Nick, toda la *ciudad* había sido cancelada. ¿Quién engañaba a quién?

Al final, el locutor dijo que seguían restringidos los viajes a la mayoría de las grandes áreas urbanas, pero la situación se normalizaría apenas se contara con suficiente vacuna. A continuación pasó a ocuparse de un accidente de aviación ocurrido en Michigan y de algunas reacciones en el Congreso ante el dictamen del Tribunal Supremo sobre los derechos de los homosexuales.

Nick apagó el televisor y salió al porche. Allí había un columpio y se sentó en él. El movimiento de vaivén resultaba relajante, y no podía oír los chirridos del herrumbre, pues John Baker se había olvidado de engrasarlo. Se quedó mirando las luciérnagas que formaban irregulares festones en la oscuridad. Se percibían relámpagos entre las nubes allá en el horizonte, haciéndolas asemejarse a monstruosas luciérnagas del tamaño de dinosaurios. La noche resultaba pegajosa y agobiante.

Como para él la televisión era un medio exclusivamente visual, había notado algo que quizá pasó inadvertido a los demás: no habían proyectado anuncios de películas, ni resultados de béisbol. El informe meteorológico fue vago, sin un mapa que mostrara las variaciones... como si la Oficina Meteorológica de Estados Unidos hubiera cerrado sus puertas.

Los dos locutores le habían parecido nerviosos y ofuscados. Uno de ellos tenía un resfriado. Tosió una vez frente al micrófono y pidió disculpas. Y ambos habían mirado nerviosamente a derecha e izquierda de la cámara, como si hubiera alguien más en el estudio, alguien encargado de vigilar que no se extralimitaran.

Eso ocurrió la noche del 24 de junio. Nick durmió de forma intermitente en el porche delantero de los Baker, y tuvo muy malos sueños. Ahora, en la tarde del día siguiente, asistía a la agonía de Jane Baker, esa excelente mujer... y no podía decirle una palabra de consuelo.

Ella le tiraba de la mano. Nick miraba su pálido y extenuado rostro. Su piel estaba ahora reseca, el sudor se había evaporado. Sin embargo, aquello no le producía ninguna esperanza o consuelo. Se moría. Él sólo había ido para comprobarlo.

—Nick —le dijo ella, y sonrió.

Jane le cogió una mano y la retuvo.

—Quiero darte de nuevo las gracias. Nadie desea morir solo, ¿lo sabías?

Él sacudió la cabeza y Jane comprendió que eso no significaba que estuviese de acuerdo con lo manifestado por ella, sino una contradicción vehemente.

—Sí, me estoy muriendo —insistió ella—. Pero no importa, Nick, en aquel armario hay un vestido blanco. Lo identificarás por... —Un acceso de tos la interrumpió. Cuando pudo dominarlo, continuó—: Por el encaje... Es el que llevaba en el tren cuando salimos para nuestra luna de miel. Aún me va bien... O me iba... Supongo que ahora me estará un poco grande, ya que he perdido peso. Pero eso no importa. Siempre me ha encantado ese vestido. John y yo fuimos al lago Pontchartrain. Recuerdo esas semanas como las más felices de mi vida. John siempre me hizo feliz. ¿Te acordarás del vestido, Nick? Es con el que deseo que me entierren. No te molestará demasiado vestirme... ¿verdad?

Tragó saliva con esfuerzo y meneó la cabeza al mismo tiempo que miraba la colcha. Debió de percatarse de la mezcla de tristeza e incomodidad del chico, porque ya no mencionó el vestido. En vez de ello habló de otras cosas, de una forma ligera, casi con coquetería. Cómo

había ganado un concurso de elocución en el instituto, cómo había ido a las finales del estado de Arkansas y cómo sus bragas se le habían aflojado cuando alcanzó el clímax en el *The Daemon Lover* de Shirley Jackson. Le contó cómo su hermana, que había ido a Vietnam como miembro de una misión baptista, había regresado no con uno ni dos, sino con tres niños adoptados. Mencionó un viaje por el campo que John y ella habían emprendido tres años atrás, y le explicó cómo un alce con muy malas pulgas los tuvo encaramados a un árbol todo un día.

—Nos acomodamos allí y nos hicimos carantoñas... —siguió diciendo medio adormilada— como un chico y una chica del instituto en las butacas de un cine. Dios mío, en qué estado se hallaba cuando bajamos... Estaba... estábamos... enamorados... muy enamorados... El amor es lo que mueve el mundo. Es la única cosa que permite a hombres y mujeres seguir en pie en un mundo donde la gravedad siempre parece estar queriendo derribarlos, llevarlos hacia abajo, hacerles arrastrarse. Estábamos... muy enamorados.

Se quedó adormilada y luego dormida hasta que él la despertó, al mover una cortina o tal vez por hacer crujir una baldosa floja.

—¡John! —gritó con la voz ahogada por la flema—. Oh, John, nunca le he cogido el truco para que funcione bien esto. ¡John, tienes que ayudarme...!

Sus palabras se fueron extinguendo en una larga y rápida espiración que Nick no pudo escuchar pero que aun así percibió. Un hilillo de sangre oscura le salió por una ventana de la nariz. Jane se derrumbó sobre la almohada y su cabeza se movió una, dos, tres veces, como si hubiese tomado alguna clase de decisión vital y la respuesta fuese negativa.

Luego se quedó inmóvil.

Tímidamente, él apoyó la mano contra un lado de su cuello; luego, en la parte interna de la muñeca y a continuación entre los pechos. No sintió nada. Había muerto. El reloj de la mesilla de noche seguía con su tictac, pero sin que lo oyera nadie. Nick apoyó la cabeza contra las rodillas, y lloró un poco, de su forma tan personal y silenciosa. «Todo cuanto puedes conseguir es una especie de lenta aceptación —le había dicho Rudy una vez—. Pero en un mundo de culebrones televisivos, eso es bastante útil».

Sabía lo que venía a continuación y no deseaba hacerlo. No era justo, gritaba una parte de él. No era responsabilidad suya. Pero, dado que allí no había nadie más, y tal vez tampoco en muchos kilómetros a la redonda, tendría que apechugar con aquello. Eso, o dejarla donde estaba para que se pudriera, cosa que no podía consentir. Jane se había mostrado muy amable con él, y habían existido muchas personas en su vida que, enfermas o sanas, no habían sido capaces de portarse como ella. Supuso que no le quedaba otro remedio que llevarlo a cabo. Cuanto más tiempo permaneciese allí sentado y sin hacer nada, más miedo de efectuar aquella tarea. Sabía dónde estaba la Funeraria Curtis, a tres manzanas calle abajo, y luego otra en el oeste. Y fuera haría muchísimo calor.

Se forzó a ponerse en pie y acercarse al armario, confiando a medias en que el vestido blanco, el vestido de la luna de miel, sólo hubiese sido una parte más de sus delirios. Pero estaba allí. Ahora amarilleaba un poco a causa de los años, no obstante, lo reconoció por el encaje. Lo sacó del armario y lo colocó de través a los pies de la cama. Se quedó mirando el vestido, y luego a la mujer, y pensó: Ahora va a estarle algo más que un poco holgado. La enfermedad, sea la que sea, ha sido muy cruel con ella... Pero supongo que da lo mismo.

Contra su voluntad, rodeó la cama, fue hacia ella y comenzó a quitarle el camisón. Una vez se lo hubo sacado y ella quedó desnuda, el temor se evaporó y sólo sintió piedad, tan honda que le causó dolor y le hizo sollozar mientras le lavaba el cuerpo y luego la vestía como había ido vestida el día en que se lo puso camino del lago Pontchartrain. Una vez vestida como aquel día, la tomó entre sus brazos y la llevó a la funeraria con sus encajes. La llevó como un novio que cruzase un sinfín de umbrales con su amada en brazos.

Algún grupo del campus, probablemente el de Estudiantes por una Sociedad Democrática o los Jóvenes Maoístas, había estado muy atareado con una fotocopidora durante la noche del 25 al 26 de junio. Por la mañana, estos carteles se hallaban pegados por todo el campus de la Universidad de Kentucky, en Louisville:

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!
¡ESTAS SIENDO ENGAÑADO! ¡EL GOBIERNO TE MIENTE! ¡LA PRENSA, QUE HA SIDO
OCUPADA POR LAS FUERZAS DEL CERDO MILITAR, TE ESTA MINTIENDO! LA
ADMINISTRACIÓN DE ESTA UNIVERSIDAD TE MIENTE Y LOS MÉDICOS DE LA
ENFERMERÍA ACTÚAN A LAS ÓRDENES DE LA ADMINISTRACIÓN
NO HAY VACUNA CONTRA LA SUPERGRIPE.

- LA SUPERGRIPE NO ES UNA ENFERMEDAD GRAVE, ES UNA ENFERMEDAD MORTAL.
- EL CONTAGIO LLEGA A ALCANZAR HASTA EL 75%.
- LA SUPERGRIPE HA SIDO DESARROLLADA POR LAS FUERZAS DEL CERDO MILITAR ESTADOUNIDENSE Y HA QUEDADO LIBERADA POR UN ACCIDENTE.
- ¡EL CERDO MILITAR ESTADOUNIDENSE QUIERE TAPAR SU ERROR MORTAL, AUNQUE ESTO SIGNIFIQUE QUE MUERA EL 75% DE LA POBLACIÓN!

¡SALUDOS AL PUEBLO REVOLUCIONARIO! ¡HA LLEGADO EL MOMENTO DE NUESTRA
LUCHA! ¡UNÍOS, LUCHAD, CONQUISTAD!
¡REUNIÓN EN EL GIMNASIO A LAS 7 DE LA TARDE!

Lo sucedido en la WBZ-TV, de Boston, había sido planeado la noche anterior por tres locutores y seis técnicos, todos los cuales trabajaban en el estudio 6. Cinco de esos hombres jugaban con regularidad al póquer, y seis de los nueve estaban ya enfermos. Sabían que ya no tenían nada que perder. Consiguieron reunir doce pistolas. Bob Palmer, el hombre que dirigía las noticias de la mañana, las llevó al piso de arriba dentro de una bolsa donde, por lo general, llevaba sus notas, lápices y cuadernos.

Todo el edificio de la emisora se hallaba acordonado por, según había explicado George Dickerson la noche anterior, hombres de la Guardia Nacional. En realidad, se trataba de más de cincuenta soldados a los que nunca habían visto hasta entonces.

A las 9.01, justo después de que Palmer hubiera empezado a leer el ejemplar suavizado que le había entregado diez minutos antes un suboficial del ejército, tuvo lugar un auténtico golpe. Los nueve tomaron las instalaciones de la emisora de televisión. Los soldados, que no esperaban problemas de aquel grupo de civiles acostumbrados a informar de tragedias que sucedían a mucha distancia, fueron cogidos por sorpresa y desarmados. Otro personal de la emisora se unió a la pequeña rebelión. Despejaron con rapidez el sexto piso y cerraron las puertas. Los ascensores fueron subidos hasta el sexto piso antes de que los soldados que se encontraban en la planta baja supieran muy bien qué estaba ocurriendo. Tres soldados trataron de subir por la escalera de incendios, pero un portero llamado Charles Yorkin, armado con una carabina, disparó por encima de sus cabezas. Fue el único disparo que se produjo.

Los telespectadores de la zona de la WBZ-TV vieron cómo Bob Palmer dejaba su reportaje en mitad de una frase y le oyeron decir:

«¡Vale! ¡Ahora!».

Se produjeron algunos sonidos apagados fuera de cámara.

Cuando todo hubo acabado, millares de divertidos televidentes pudieron observar que Bob Palmer empuñaba una pistola de cañón corto.

Una voz ronca, fuera del micrófono, aulló jubilosa:

«¡Lo hemos conseguido, Bob! ¡Tenemos a esos bastardos! ¡Los tenemos a todos!».

«Muy bien. Excelente trabajo», replicó Palmer.

Luego, se enfrentó de nuevo a la cámara.

«Ciudadanos y amigos de Boston, y estadounidenses de nuestra zona de radiodifusión. Algo a un tiempo importante y terrible ha sucedido en este estudio. Y estoy muy contento de que haya pasado por primera vez aquí, en Bostop, la cuna de la independencia de Estados Unidos. Durante los últimos siete días las instalaciones de esta emisora han permanecido bajo la

vigilancia de unos hombres que alegaban pertenecer a la Guardia Nacional. Hombres con uniforme del ejército, armados con fusiles y que se han mantenido delante de nuestras cámaras, en nuestras salas de control, junto a nuestros teletipos. ¿Han sido manipuladas las noticias? Lamento decir que sí. Me han entregado unos textos y me han forzado a leerlos con un arma apuntándome a la cabeza. El boletín que estaba leyendo se hallaba relacionado con la llamada “supergripe epidémica”. Todo lo que decía era falso».

Las luces empezaron oscilar en el tablero de distribución. Al cabo de quince segundos se encendieron todas ellas.

«Cuanto han filmado nuestros cámaras ha sido confiscado o velado de forma deliberada. Los artículos de nuestros reporteros han desaparecido. Pero tenemos filmaciones, y tenemos corresponsales aquí mismo, en el estudio, no reporteros profesionales, sino testigos de lo que puede constituir el mayor desastre al que se ha enfrentado nuestro país... No empleo estas palabras a la ligera. Les vamos a pasar algunas de estas grabaciones. Todas ellas han sido tomadas de forma clandestina, y algunas de ellas son de escasa calidad. Y ahora estamos aquí, tras haber liberado nuestra emisora de televisión. Creemos que, pese a todo, podrán ver lo suficiente. Más incluso de lo que puedan desear».

Alzó la mirada, sacó un pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta y se sonó la nariz. Todos aquellos que poseían buenos televisores en color pudieron ver que parecía acalorado y febril.

«Ya está preparado, George. Adelante».

El rostro de Palmer fue sustituido por filmaciones del Hospital General de Boston. Los pabellones aparecían atestados; las enfermeras, la mayoría de ellas asimismo enfermas, iban de acá para allá, algunas llorando de forma histérica. Otras parecían en extremo conmovidas.

Filmaciones de soldados en las esquinas de las calles, empuñando fusiles. Más filmaciones de edificios que habían sido forzados.

Apareció de nuevo Bob Palmer.

«Si tienen niños, estimados televidentes —dijo deprisa—, les aconsejo que los hagan salir de la habitación».

Siguió una grabación granulosa de un camión que descendía por un malecón de la bahía de Boston, un camión verde oliva del ejército. Por debajo, avanzando insegura, se veía una barcaza cubierta con lonas. Dos soldados con mascarillas de gas saltaron de la cabina del camión. La imagen empezó a temblar, hasta que se inmovilizó cuando los soldados retiraron las lonas que cubrían la parte trasera del camión. Buscaron adentro y los cadáveres comenzaron a caer en cascada hacia la barcaza: mujeres, ancianos, niños, policías, enfermeras, todos en una especie de inundación que parecía no iba a acabarse nunca. En un momento de la filmación, quedó claro que los soldados empleaban horcas para sacar a los muertos.

Palmer prosiguió esta emisión durante dos horas, mientras su ronca e inflexible voz seguía leyendo notas y boletines y entrevistando a los otros miembros del equipo. Aquello continuó hasta que alguien de la planta baja se percató de que no tenían que volver a tomar el sexto piso para detener aquello. A las 11.16 el transmisor de la WBZ fue abatido con ayuda de diez kilos de explosivos plásticos.

Palmer y los demás del sexto piso fueron sumariamente ejecutados, bajo el cargo de traición al gobierno de Estados Unidos.

Era una pequeña ciudad, llamada Durbin, en Virginia Occidental, con un periódico que salía una vez a la semana, el *Call-Clarion*, fundado por un abogado jubilado, James D. Hogliss, cuyas cifras de venta fueron siempre buenas porque Hogliss fue un esforzado defensor del derecho de los mineros a organizarse a fines de los años cuarenta y en los cincuenta y porque sus editoriales estaban siempre plagados de ácido corrosivo y proyectiles de azufre dirigidos contra los halcones del gobierno, tanto en el aspecto local como en el federal.

Hogliss tenía un puñado regular de repartidores de periódicos, pero en esta clara mañana de verano llevó él mismo los diarios en su Cadillac 1948, cuyos grandes neumáticos pintados con una banda blanca chirriaban por las calles de Durbin... Pero esas calles se hallaban penosamente vacías. Los periódicos estaban amontonados en los asientos del Cadillac y en el maletero. Era un mal día para el *Call-Clarion*. El periódico tenía sólo una página con tipos grandes enmarcada con filetes negros. La palabra que aparecía encima proclamaba extra, la primera edición extra que Hogliss editaba desde 1980, cuando ocurrió una explosión en la mina Ladybird, sepultando a cuarenta mineros.

El titular rezaba: EL GOBIERNO TRATA DE OCULTAR EL ESTALLIDO DE UNA PLAGA... Abajo: «Especial para el *Call-Clarion*, por James D. Hogliss». Y abajo de esto: «Le ha sido revelado a este periodista por una fuente fidedigna que la epidemia de gripe que aquí, en Virginia, llaman también “enfermedad que ahoga” o “cuello de tubo”, es en realidad una mutación letal del virus de la gripe común, creada por el gobierno con fines bélicos, y en franco desafío a los acuerdos revisados de Ginebra referentes a la guerra biológica y química, acuerdos que los representantes de Estados Unidos firmaron hace siete años. La fuente, un oficial del ejército en la actualidad destinado en Wheeling, afirma también que las promesas de una inminente vacuna no son más que una “mentira abyecta”. Según esta fuente, no se ha desarrollado aún vacuna de ninguna clase. Ciudadanos, esto es mucho más que un desastre o una tragedia; es el fin de toda la confianza en nuestro gobierno. Si hemos podido hacernos a nosotros mismos una cosa así, en ese caso...».

Hogliss estaba enfermo y muy débil. Para componer este editorial había agotado las fuerzas que le quedaban. Todas sus energías se volcaron en aquellas palabras y no habían sido sustituidas. Tenía el pecho lleno de flema, e incluso la respiración normal era parecida a la de correr colina arriba. Sin embargo, siguió yendo metódicamente de casa en casa, dejando sus ejemplares, sin siquiera saber si las casas seguían ocupadas, y en caso de que así fuese, si habría alguien dentro con fuerzas suficientes para salir y recoger el periódico.

Se encontró al fin en el extremo oeste de la ciudad, Poverty Row, con sus cabañas y remolques y su olor a fosa séptica. Sólo quedaban los periódicos del maletero. Lo abrió y la tapa se quedó oscilando con lentitud cuando se dirigió a la cera. Estaba padeciendo un terrible dolor de cabeza y comenzaba a ver doble.

Cuando hubo atendido la última casa, cerca del límite de la ciudad con Rack's Crossing, aún le quedaban unos veinticinco diarios. Con su vieja navaja de bolsillo rompió la cinta que los unía y dejó que el viento los dispersara. Pensó en su fuente de información, un comandante de ojos oscuros y obsesivos que había sido trasladado desde algún lugar secreto de California llamado Proyecto Azul hacía sólo tres meses. El comandante había estado a cargo de la seguridad exterior, y toqueteó su pistola durante todo el rato en que le contó a Hogliss lo que sabía. Hogliss pensó que no pasaría mucho tiempo antes de que el comandante emplease el arma, si no la había usado ya.

Se sentó de nuevo al volante del Cadillac, el único coche que había tenido desde su vigésimo séptimo cumpleaños, y descubrió que estaba demasiado cansado para volver conduciendo a la ciudad. Por lo tanto, se echó hacia atrás adormilado, escuchando los terribles sonidos que procedían de su pecho, y observó cómo el viento se llevaba perezosamente los ejemplares de la edición extra de su diario, en dirección a Rack's Crossing. Algunos de ellos quedaron atrapados en los árboles, donde colgaron como extraños frutos. Muy cerca, pudo escuchar el borboteo del arroyo Durbin, donde había pescado de muchacho. Naturalmente, ahora ya no había allí peces, pues las compañías carboneras se habían cuidado de esto; pero el ruido todavía resultaba apaciguador. Cerró los ojos, se quedó dormido y, al cabo de hora y media, estaba muerto.

El *Times* de Los Ángeles había impreso sólo veintiséis mil ejemplares de su extra de una sola página antes de que los oficiales al cargo descubriesen que no habían incluido una circular oficial, tal y como les habían dicho. La represalia fue rápida y sangrienta. La versión oficial del FBI fue que unos «revolucionarios radicales», aquellos viejos espantajos, habían dinamitado las rotativas del *Times* de Los Ángeles, causando la muerte de veintiocho trabajadores. El FBI no necesitó explicar por qué había alojado balas en cada una de las veintiocho cabezas, ya que los cadáveres fueron mezclados con millares de víctimas de la epidemia, y sepultados en el mar.

Sin embargo, habían salido diez mil ejemplares, y eso fue suficiente. Los titulares, con grandes letras, proclamaban:

LA COSTA OCCIDENTAL RETIENE LA PLAGA DE LA GRIPE EPIDÉMICA.

Huyen millares de personas ante la mortal supergripe. El gobierno intenta encubrirlo.

LOS ÁNGELES. — Muchos de los que decían ser miembros de la Guardia Nacional y que han estado ayudando durante la tragedia en curso, son soldados profesionales con muchos años de servicio en filas. Parte de su trabajo ha consistido en asegurar a los aterrados residentes de Los Ángeles

que la supergripe, conocida por los jóvenes como *Capitán Trotamundos*, es «sólo un poco más virulenta» que las cepas Londres o de Hong Kong... Pero esas seguridades han sido dadas por unos portadores de mascarillas transportables. El presidente tiene planeado hablar esta tarde a las 18:00. Su secretario de Prensa, Hubert Ross, ha manifestado que los informes de que el presidente hablará desde un plato montado que parezca el Despacho Oval, pero que en realidad se encuentra a gran profundidad en el búnquer de la Casa Blanca, son «históricos, maliciosos y totalmente infundados». Las copias entregadas con antelación al discurso del presidente indican que «alentará» al pueblo norteamericano para que se sobreponga, y equipare el pánico actual al que siguió a la transmisión por radio, en los años 1930, de *La guerra de los mundos* por Orson Welles.

El *Times* tiene cinco preguntas que desearía respondiera el presidente en su discurso:

- ¿Por qué el *Times* ha sido obligado a imprimir las noticias por criminales con uniformes del ejército en clara violación de sus derechos constitucionales?
- ¿Por qué las carreteras 5, 10 y 15 han sido objeto de bloqueo por parte de carros blindados y de transporte de tropas?
- ¿Por qué, si se trata de una «pequeña epidemia de gripe», ha sido declarada la ley marcial en Los Ángeles y en las zonas que la rodean?
- Si se trata de una «pequeña epidemia de gripe», ¿por qué se llevan trenes de barcas hacia el Pacífico y se descargan allí? ¿Y por qué esas barcas contienen lo que tememos que contienen y que fuentes bien informadas afirman que son los cadáveres de las víctimas de la plaga?
- Finalmente, si de verdad se va distribuir una vacuna a los médicos y a hospitales, ¿por qué *ninguno* de los médicos con los que se ha puesto en contacto este periódico para saber más detalles no tenía la menor noticia de los plazos de suministro? ¿Por qué no se ha habilitado *ninguna* clínica para administrar las inyecciones contra la gripe? ¿Por qué *ninguna* de las farmacias a las que hemos llamado ha recibido envíos ni prospectos del gobierno acerca de esta vacuna?

Exhortamos al presidente a que responda a estas preguntas en su discurso y, por encima de todo, le requerimos para que ponga fin a esas tácticas de Estado policial y al loco esfuerzo por encubrir la verdad...

En Duluth, un hombre vestido con *shorts* caqui y calzado con sandalias, pasaba por Redmont Avenue con una gran mancha de ceniza sobre la frente y sendas pancartas colgadas de sus hombros, por delante y por detrás.

La delantera anunciaba: «La hora de la desaparición ha llegado pronto resucitará Nuestro Señor Jesucristo preparaos para encontraros con vuestro Dios».

La trasera rezaba: «He aquí que los corazones de los pecadores fueron quebrantados, los poderosos serán humillados y los humillados serán encumbrados. Se aproximan los días de ignominia. Ay de ti, oh Sión».

Cuatro jóvenes vestidos con cazadoras de motorista, todos con mucha tos y narices goteantes, cayeron sobre el hombre de los *shorts* caqui y lo golpearon con sus propias pancartas hasta dejarlo inconsciente. Después huyeron, mientras uno de ellos gritaba histéricamente por encima del hombro:

—¡Así aprenderás a no asustar a la gente, chalado!

El programa matutino más escuchado de Springfield, Missouri, era *Diga lo suyo*, con Ray Flowers, en la emisora KLFT. Ray tenía seis líneas telefónicas en la cabina de su estudio. El 26 de junio por la mañana fue el único empleado de la KLFT que se presentó a trabajar. Sabía lo que pasaba en el mundo circundante, y eso le asustaba. Tenía la impresión de que, durante la última semana, todas las personas que conocía habían enfermado. En Springfield no había tropas, pero oyó decir que la Guardia Nacional había sido convocada en Kansas City y San Luis para «contener la ola de pánico» y «evitar saqueos». Ray Flowers, por su parte, se sentía bien. Miró pensativo su equipo: teléfonos, el dispositivo de retardo, las hileras de anuncios comerciales grabados en casetes (*Si su lavabo está atascado / y no sabe qué ocurre / llame al hombre de la manguera de acero*) y, por supuesto, el micrófono.

Encendió un cigarrillo, fue hasta la puerta del estudio y la cerró con llave. Entró en su cabina y también la cerró con llave. Interrumpió la música grabada, que procedía de una cinta magnetofónica, pasó su carátula musical y después se instaló frente al micro.

—Un saludo para todos —exclamó—. Les habla Ray Flowers en *Diga lo suyo*, y creo que esta mañana hay un solo tema de conversación, ¿no es así? Podéis llamarle supergripe o *Capitán Trotamundos*, es lo mismo. He oído algunas historias terroríficas sobre tropas que lo bloquean todo, y si queréis hablar de eso, yo estoy dispuesto a escuchar. Éste sigue siendo un país libre, ¿verdad? Y puesto que esta mañana estoy solo, cambiaremos un poco la rutina. He desactivado el dispositivo de retardo, y creo que podemos prescindir de la publicidad. Si el Springfield que vosotros veis se parece al que veo yo desde las ventanas de KLFT, sospecho que nadie ha de tener muchas ganas de salir de compras. De modo que, si estáis listos y despejados, como decía mi madre, pongamos manos a la obra. Nuestros números son el 656-8600 y el 656-8601, llamada gratuita. Si oís la señal de ocupado, tened paciencia. Recordad que lo hago todo yo solo.

En Carthage, a sesenta y cinco kilómetros de Springfield, había una unidad del ejército, y una patrulla de veinte hombres salió en busca de Ray Flowers. Dos de ellos no acataron la orden y fueron fusilados sumariamente.

Durante la hora que tardaron en llegar a Springfield, llamaron a Ray Flowers: un médico, que dijo que la gente moría como moscas y que la versión oficial de la vacuna era falsa; una enfermera que confirmó que en Kansas City sacaban los cadáveres de los hospitales en camiones; una mujer delirante que lo atribuía todo a los platillos volantes procedentes del espacio; un granjero que informó que un destacamento del ejército, armado con dos lanzacohetes, acababa de cavar una zanja endemoniadamente larga en un campo próximo a la carretera 71, al sur de Kansas City; otra media docena de personas con informaciones propias.

Entonces se oyó un crujido en la puerta exterior del estudio.

—¡Abra! —gritó una voz amortiguada—. ¡Abra en nombre del gobierno de Estados Unidos!

Ray consultó su reloj. Las doce menos cuarto.

—Bueno —dijo—, parece que han desembarcado los marines. Pero seguiremos recibiendo llamadas.

Se oyó un tableteo de fusiles automáticos y el pomo de la puerta cayó sobre la alfombra. Del agujero mellado brotaba humo azul. La puerta fue abierta a empujones e irrumpieron media docena de soldados, con máscaras antigás y uniforme de campaña.

—Varios soldados acaban de entrar en el estudio —informó Ray—. Están armados hasta los dientes y parecen dispuestos a empezar una operación de limpieza, como en la Francia de hace treinta y seis años. Exceptuando sus máscaras antigás...

—¡Desconecte! —vociferó un hombre fornido, con galones de sargento.

Estaba empuinado al otro lado de los tabiques de cristal de la cabina de transmisión y blandía su fusil.

—No —respondió Ray, y cuando levantó el cigarrillo del cenicero vio que le temblaban los dedos—. Esta es una emisora autorizada por la Comisión Federal de Comunicaciones —dijo—, y yo soy...

—¡Le revoco su jodida licencia! ¡Ahora *desconecte*!

—No —repitió Ray, y se volvió de nuevo hacia el micrófono—. Estimados radioyentes, me han ordenado desconectar el micrófono y me he negado, creo que con razón. Estos hombres se comportan como nazis, no como soldados norteamericanos. No voy a...

—¡Es su última oportunidad!

El sargento alzó el fusil.

—Sargento —dijo un soldado desde la puerta—. No creo que pueda...

—Si ese hombre agrega una palabra, matadlo —ordenó el sargento.

—Me parece que van a matarme —manifestó Ray Flowers.

Un instante después el cristal de la cabina voló hacia adentro y él cayó inerte sobre el panel de instrumentos. De alguna parte brotó un terrible chillido de acoplamiento, que fue aumentando de volumen. El sargento vació su cargador contra el panel y el ruido enmudeció. Las luces de la centralita telefónica seguían parpadeando.

—Muy bien —dijo el sargento, dando media vuelta—. Quiero llegar a Carthage a la una y no...

Tres de sus hombres dispararon simultáneamente, uno de ellos con un fusil sin retroceso que vomitaba sesenta balas con punta de gas por segundo. El sargento cayó de espaldas entre

los restos del tabique de cristal. Una de sus piernas se convulsionó y la bota de campaña desprendió del marco más astillas de cristal.

Un soldado raso, con acné que le sobresalía de su rostro coloreado, estalló en lágrimas. Los otros se limitaron a permanecer allí muy conturbados. El olor de la cordita era pesado y embriagaba el ambiente.

—¡Nos lo hemos cargado! —gritó histéricamente el soldado—. ¡Dios santo, nos hemos cargado al sargento Peters!

Nadie replicó. Sus rostros seguían perplejos y sin comprender nada; aunque, más tarde desearon haberlo hecho antes. Era una especie de juego mortal; pero no era su juego.

El teléfono, que Ray Flowers había puesto en la horquilla del amplificador instantes antes de morir, profirió una serie de crujidos.

—¿Ray? ¿Estás ahí, Ray? —La voz era cansada, nasal—. He estado escuchando todo el rato tu programa, y mi marido también. Los dos deseamos decirte que sigas tu buen trabajo y que no permitas que te achanten. ¿De acuerdo, Ray? ¿Ray...?

COMUNICADO 234 ZONA 2 SECRETO LUCHA

DE: LONDON ZONA 2 NUEVA YORK

CREIGHTON COMANDANCIA

REF: OPERACIÓN CARNAVAL

NUEVA YORK ACORDONADA AÚN. OPTACIÓN DESEMBARAZAMIENTO DE CADÁVERES CONTINÚA ADELANTE. CIUDAD RELATIVAMENTE TRANQUILA. HISTORIA COBERTURA DESVELÁNDOSE MÁS RÁPIDO ESPERADO PERO HASTA AHORA TODO BAJO CONTROL. EN NUEVA YORK SUPERGRIPE MANTIENE MAYORÍA POBLACIÓN EN SUS CASAS. ESTIMAMOS MÁS DEL 50% DE TROPAS ENCARGADAS BARRICADAS EN PUNTOS ENTRADA/SALIDA (PUENTE GEORGE WASHINGTON PUENTE TRIBOOROUGH PUENTE BROOKLYN TÚNELES LINCOLN Y HOLLAND MÁS ACCESOS LIMITADOS AUTOPISTAS DISTRITOS EXTERIORES). ESTÁN ENFERMOS SUPERGRIPE. MAYORÍA TROPAS AÚN CAPACES DE SERVICIO ACTIVO Y REALIZÁNDOLO BIEN. TRES INCENDIOS FUERA DE CONTROL: HARLEM SÉPTIMA AVENIDA ESTADIO SHEA. DESERCIÓN DE LAS FILAS GRAN PROBLEMA. DESERTORES FUSILADOS SUMARIAMENTE. RESUMEN PERSONAL: SITUACIÓN AÚN VIABLE PERO DETERIORÁNDOSE LENTAMENTE. FIN COMUNICADO

LONDON ZONA 2 NUEVA YORK

En Boulder, Colorado, empezó a circular el rumor de que el centro de estudios atmosféricos del Servicio Meteorológico de Estados Unidos era en realidad una base de guerra biológica. Un *discjockey* medio delirante de Denver repitió el rumor por una emisora de frecuencia modulada. El 26 de junio, a las once de la noche, los habitantes de Boulder iniciaron un éxodo masivo. Desde Denver-Arvida despacharon una compañía de soldados para detenerlos, pero fue como enviar un hombre con una escobilla para limpiar una porqueriza. Más de once mil civiles, enfermos, asustados y obsesionados por la idea de alejarse del centro de estudios atmosféricos, los arrollaron.

A las once y cuarto, una tremenda explosión iluminó la noche en la sede del centro de estudios atmosféricos, en Broadway. Un joven extremista llamado Desmond Ramage había colocado en el vestíbulo ocho kilos de explosivo plástico, en principio reservados para varios tribunales y legislaturas de estados del Medio Oeste. El explosivo era excelente, pero el dispositivo de relojería resultó tosco. Ramage fue pulverizado junto con toda clase de inofensivos equipos meteorológicos y artefactos destinados a medir la contaminación por partículas.

Mientras tanto, continuó el éxodo desde Boulder.

COMUNICADO 771 ZONA 6 SECRETO LUCHA

DE: GARETH ZONA 6 LITTLE ROCK

A: CREIGHTON COMANDANCIA

REF: OPERACIÓN CARNAVAL

BRODSKY NEUTRALIZADO, REPITO BRODSKY NEUTRALIZADO. SE LE ENCONTRÓ TRABAJANDO EN UNA CLÍNICA IMPORTANTE. JUZGADO Y EJECUTADO SUMARIAMENTE POR TRAICIÓN A ESTADOS UNIDOS. ALGUNOS ENFERMOS INTENTARON INTERFERIR. 6 MUERTOS. 3 DE MIS HOMBRES HERIDOS LEVEMENTE. ZONA 6 FUERZAS DE ESTA ÁREA TRABAJAN A SÓLO 40% CAPACIDAD ESTIMÁNDOSE 25% AÚN EN SERVICIO ACTIVO AHORA ENFERMOS SUPERGRIPE. 15% DESERTORES. INCIDENTE MÁS SERIO RESPECTO PLAN CONTINGENCIA F PARA FRANK. SARGENTO T. L. PETERS DESTINADO CARTHAGE. MO. EN SERVICIO CONTINGENCIA SPRINGFIELD MO. APARENTEMENTE ASESINADO POR

Cuando el atardecer se fue extendiendo en el cielo como un paciente anestesiado encima de una mesa, dos mil estudiantes que asistían a la Universidad Estatal de Kent, Ohio, se pusieron en el sendero de la guerra, haciéndolo a lo grande. Los dos mil alborotadores eran estudiantes de primer trimestre de verano, asistentes a un simposio para el futuro de la facultad de periodismo, ciento veinte miembros de un teatro experimental y doscientos socios de los Granjeros de América, rama de Ohio, cuya convención había coincidido con la difusión galopante de la supergripe. Todos ellos llevaban encerrados en el campus desde el 22 de junio, cuatro días atrás. Lo que sigue es una transcripción de las comunicaciones por radio de la policía de la zona, y abarca el período entre las 17.16 y las 17.22 horas.

—Unidad dieciséis, unidad dieciséis, ¿me recibes? Cambio.

—Te recibo, unidad veinte. Cambio.

—Tenemos un grupo de muchachos que vienen por el paseo. Unos setenta tipos pendencieros diría yo... Ah, comprueba esto, dieciséis, tenemos otro grupo que llega en dirección opuesta... Caray, doscientos o más por ahí, a lo que parece. Corto.

—Unidad veinte, aquí la base. ¿Me recibe? Cambio.

—Le recibo por la cinco, base. Cambio.

—Mando a Chumm y Halliday para allá. Bloqueen la carretera con el coche. No tome más acciones. Si se hacen con usted, bájese los pantalones y disfrute. Nada de resistencia, ¿me recibe? Cambio.

—Recibo lo de no resistencia, base. ¿Qué están haciendo esos soldados por la parte este del paseo? Cambio.

—¿Qué soldados? Cambio.

—Eso pregunto yo, base. Son...

—Base, aquí Dudley Chumm. Oh, mierda, ésta es la unidad doce. Lo siento, base. Hay un grupo de chicos que viene por Burrows Drive. Unos ciento cincuenta. Se encaminan hacia el paseo. Canturreando o cantando. Pero, joder, capitán, vemos también soldados. Llevan máscaras antigás, me parece. Ah, parecen dispuestos en formación de escaramuza. Al menos eso parece. Cambio.

—Base a unidad doce. Únase a la unidad veinte al pie del paseo. Las mismas instrucciones. Nada de resistencia. Cambio.

—Recibido, base. Voy para allá. Cambio.

—Base, aquí unidad diecisiete. Habla Halliday, base. ¿Me recibe? Cambio.

—Le recibo, diecisiete. Cambio.

—Estoy detrás de Chumm. Hay otros dos centenares de chicos que vienen por el paseo. Llevan pancartas, como en los sesenta. Una dice «soldados tirad vuestros fusiles». Veo otra pancarta «La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad»: Ellos...

—Me importa un carajo lo que digan las pancartas, unidad diecisiete. Vaya allí con Chumm y Peters y bloquéelos. Parece como si se encaminaran hacia un tornado. Cambio.

—Recibido. Corto y cierro.

—Aquí el jefe Richard Burleigh de la seguridad del campus hablando a la jefatura de las fuerzas militares acampadas en el lado sur de este campus. Repito, soy el jefe Burleigh de la seguridad del campus. Sé que han estado interfiriendo nuestras comunicaciones, por lo tanto sobran esos jodidos engaños y reconocimientos. Cambio.

—Aquí el coronel Albert Philips, del ejército de Estados Unidos. Le escuchamos, jefe Burleigh. Cambio.

—Base, aquí la unidad dieciséis. Los chicos han llegado al monumento conmemorativo de la guerra. Al parecer se dirigen contra los soldados. Esto se está poniendo feo. Cambio.

—Aquí Burleigh, coronel Philips. Por favor, declare sus intenciones. Cambio.

—Mis órdenes son contener en el campus a los que están en él. Mi única intención es obedecer las órdenes recibidas. Si esas personas sólo se están manifestando, me parece muy bien... Pero si intentan quebrantar la cuarentena, eso es otra cosa. Cambio.

—No querrá decir...

—Quiero decir lo que digo, jefe Burleigh. Corto y cierro.

—¡Philips! ¡Philips! ¡Respóndame, maldita sea! ¡Aquí no hay ninguna guerrilla! ¡Son sólo chicos! ¡No van armados! Ellos...

—Unidad trece a base. Esos chicos van en línea recta hacia los soldados. Ondean sus pancartas. Cantan aquella canción que solía cantar Joan Baez. Oh, mierda, creo que algunos están arrojando piedras. Ellos... ¡Oh, Dios mío! ¡No pueden hacer eso!

—¡Base a unidad trece! ¿Qué pasa ahí? ¿Qué sucede?

—Aquí Chumm, Dick. Te diré lo que está sucediendo. Es una matanza. Me gustaría estar ciego. ¡Oh, maldita sea! Están acribillando a esos chicos, creo que con ametralladoras. No se ha producido la menor advertencia. Los chicos que todavía se mantienen en pie... Se dispersan, corren hacia todos los puntos del campus. ¡Oh, mierda! ¡Acabo de ver a una chica cortada en dos por los disparos! Sangre... debe de haber sesenta u ochenta chicos caídos en el césped. Ellos...

—¡Chumm! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí, unidad doce!

—Base, aquí unidad diecisiete. ¿Me recibes? Cambio.

—Te recibo, maldita sea. ¿Pero dónde está ese jodido de Chumm? Cambio.

—Chumm y Halliday creo... que salieron de los coches para verlo mejor. Enseguida regresamos, Dick. Ahora parece que los soldados se están disparando entre sí. No sé quién va a ganar ni me importa. Continuarán por nosotros. Cualquiera de nosotros que pueda regresar, que lo haga. Sugiero que nos refugiemos todos en el sótano y aguardemos a que se les acaben las municiones. Cambio.

—Maldita sea...

—Aún sigue el tiro al blanco, Dick. Y no bromeo. Corto.

Durante la mayor parte de este intercambio por radio el oyente podía escuchar ruidos sordos apagados de fondo, no muy diferentes a castañas crepitando al fuego. Incluso se percibían gritos apagados... y en los últimos cuarenta segundos el estrépito de las explosiones de los morteros.

Lo que sigue es una transcripción tomada de una banda especial de radio de alta frecuencia en el sur de California. La transcripción se realizó desde las 19.17 a las 19.20 horas del Pacífico.

—Massingil, zona diez. ¿Estás ahí, base azul? Este mensaje está codificado en Annie Oakley. Urgente. Adelante, si estás ahí. Cambio.

—Aquí Len, David. Nos podemos saltar la jerga. Nadie nos está escuchando.

—Aquí las cosas se hallan fuera de control... Los Ángeles se encuentra en llamas. La jodida ciudad entera y lo que la rodea. Todos mis hombres están enfermos, desertando o peleando junto con la población civil. Estoy en la sala de los tragaluces del Bank of America, oficina principal. Hay más de seiscientas personas tratando de entrar para pillarme. Y la mayoría de ellas pertenece al ejército regular. Las cosas se derrumban. El centro no resiste.

—¿Puedes salir?

—Diablos, no. Pero les daré a esa escoria algo en que pensar. Tengo aquí un rifle sin retroceso. ¡Maldita basura!

—Suerte, David.

—Y a ti también. Resiste cuanto puedas.

—Así lo haré.

—Yo no estoy tan seguro...

La comunicación verbal acabó en este punto. Se produjo un ruido de cosas aplastadas, crujidos metálicos, tintineo de cristales rotos. Voces que chillaban. Disparos de armas cortas, muy cerca del radiotransmisor, tan cerca como para distorsionar las resonantes detonaciones de lo que parecía un rifle sin retroceso.

Voces que daban alaridos y rugían. Un sonido que zumbaba y rebotaba, un grito muy cerca del transmisor, un ruido sordo y luego el silencio.

A continuación, ésta es una transcripción de la banda de radio del ejército en San Francisco. Se efectuó de las 19.28 a las 19.30 horas del Pacífico.

—¡Soldados y hermanos! Hemos tomado la emisora de radio y el cuartel general de la Jefatura de mando. ¡Vuestros opresores han muerto! Yo, el Hermano Zeno, hasta hace unos momentos el sargento de primera Roland Gibbs, me proclamo primer presidente de la República de California del Norte... ¡Tenemos el control! ¡Tenemos el control! Si vuestros

oficiales pretenden contrarrestar mis órdenes, disparadles como si fuesen perros... ¡Como a malditos perros! Tomad el número, el rango y el número de serie de los desertores... Haced una lista de los que hablen de sedición o traición contra la República de California del Norte... Está naciendo un nuevo día. ¡Los días del opresor han acabado! Somos...

Ráfagas de ametralladora. Gritos. Ruidos sordos y de porrazos. Disparos de pistola, más gritos, una ráfaga sostenida de ametralladora. Un quejido prolongado y moribundo. Tres segundos sin transmisión.

—Aquí el comandante Alfred Nunn, del ejército de Estados Unidos. Me he hecho cargo de control provisional y temporal de las fuerzas militares en el área de San Francisco. El puñado de traidores en este cuartel general ha recibido su merecido. Estoy al mando, repito, estoy al mando. La operación en curso proseguirá.

Los desertores de todas clases serán tratados como hasta ahora, sin consideración alguna, repito, sin consideración alguna. Soy ahora...

Voces de fondo:

—... a todos... ¡Cogedlos a todos! Muerte a los cerdos de la guerra...

Disparos de armas pesadas. Silencio en la radio.

A las 21.16 horas del Este, los que hasta este momento se encontraban lo suficientemente bien para ver la televisión en la zona de Portland, Maine, sintonizaron la WCSH-TV y observaron con atónito horror a un enorme negro, desnudo salvo por un taparrabos de cuero rosado y una gorra de oficial de Marina, obviamente enfermo, realizando una serie de sesenta y dos ejecuciones públicas.

Sus colegas, también negros, asimismo casi desnudos, todos con taparrabos y algún distintivo de rango, para demostrar que habían pertenecido en algún momento al ejército, iban provistos con armas automáticas y semiautomáticas. En el plato donde la audiencia de la emisora había contemplado en otras ocasiones debates políticos locales y el *Dialing for Dollars*, había más miembros de esta junta negra que incluía tal vez a doscientos soldados vestidos de caqui, con fusiles y pistolas.

El fornido negro, con una amplia sonrisa que mostraba unos bien alineados dientes blancos en su rostro de carbón, empuñaba una pistola automática del 45 y se hallaba de pie al lado de un gran tambor de cristal. En un tiempo, que ya parecía miles de años atrás, aquel tambor había albergado recortes de guías telefónicas para el programa *Dialing for Dollars*.

Ahora le dio la vuelta, sacó un permiso de conducir y gritó:

—Soldado de primera clase Franklin Stern, un paso al frente...

Los hombres armados que flanqueaban la audiencia por todos los lados se inclinaron para mirar las tarjetas de los nombres, mientras un cámara novato abarcaba al público con temblorosas barridas.

Al final, un joven de cabello rubio claro, de no más de diecinueve años, fue puesto de pie, gritando y protestando, y llevado a la zona del plato. Dos negros le obligaron a ponerse de rodillas.

El hombre negro, estornudó, escupió flema y colocó la 45 en la sien del soldado raso Stern.

—¡No! —gritó Stern histéricamente—. ¡Estoy con usted, pongo a Dios por testigo que lo estaré! Yo...

—En el nombre del padre del hijo y del espíritu santo —entonó el negrazo sonriendo al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

Saltó un borbotón de sangre y sesos detrás del lugar donde el soldado de primera clase Stern había sido obligado a arrodillarse.

Plaf...

El negro estornudó de nuevo y casi se derrumbó. Otro negro, éste en la sala de control (llevaba una gorra verde de instrucción y unos pantalones cortos de blanco inmaculado), pulsó el botón de aplaudan y, en la parte delantera del estudio para el público, el letrero destelló. Los soldados negros que vigilaban a los prisioneros/público alzaron sus armas en actitud amenazante y los cautivos soldados blancos, con los rostros brillando de sudor y terror, se pusieron a aplaudir con entusiasmo.

—¡El siguiente! —proclamó con voz ronca el gran negro del taparrabos. Y de nuevo hurgó en el tambor. Leyó la ficha y luego anunció—: Sargento de servicios técnicos Roger Petersen, un paso al frente...

Un hombre entre el público comenzó a aullar e intentó inútilmente escapar por las puertas posteriores. Segundos después, estaba ya en el plato. En la confusión, uno de los hombres de

la tercera fila trató de quitarse la tarjeta con su nombre que llevaba prendida en su guerrera con un imperdible. Se oyó un disparo y se derrumbó en su asiento, con los ojos vidriosos, como si un aburrido programa le hubiera llevado a un adormecimiento parecido a la muerte.

Este espectáculo continuó hasta casi las once menos cuarto, cuando cuatro patrullas del ejército, llevando máscaras antigás y metralletas, irrumpieron en el estudio.

El negro del taparrabos fue abatido casi de inmediato, blasfemando, sudando, sacudido a balazos y disparando locamente su pistola automática. El renegado que había estado operando la cámara 2 murió de un disparo en el vientre y se inclinó hacia adelante para atrapar las tripas que le salían, mientras su cámara brindaba al público una penosa panorámica de los horrores. Los guardianes medio desnudos estaban contestando al fuego, y los soldados de las máscaras antigás barrían ya toda la zona del público. Los que se hallaban en medio, desarmados, en lugar de ser rescatados se encontraron con que su ejecución simplemente se había acelerado.

Un hombre joven y pelirrojo, con una salvaje expresión de pánico en el rostro, trepó sobre los respaldos de seis hileras de asientos como un profesional de circo sobre zancos antes de que sus piernas fuesen segadas por una ráfaga del 45. Otros se arrastraron por los pasillos enmoquetados entre las filas de butacas, con la cara contra el suelo, como les habían enseñado a arrastrarse bajo un fuego real de ametralladora en la instrucción básica. Un sargento de edad madura y pelo gris se puso en pie, con los brazos abiertos cual un artista invitado de la tele y gritó un «¡Bastaaa...!», con toda la fuerza de sus pulmones. Un implacable fuego cruzado se centró en él y le hizo parecer una marioneta que se desintegraba. El fragor de los disparos y los gritos de los moribundos y heridos hicieron que los indicadores de la sala de control saltaran hasta más allá de los 50 decibelios.

El cámara cayó encima de la palanca del encuadre, y los telespectadores fueron obsequiados con una misericorde visión del techo del estudio durante el resto del intercambio de disparos. Los tiros disminuyeron durante cinco minutos en que hubo explosiones aisladas, y luego sólo prosiguieron los gritos.

A las once y cinco, el techo del estudio se vio reemplazado en las pantallas domésticas por la caricatura de un hombre que observaba lúgubrementemente un anuncio de televisión. El dibujo incluía un letrero que rezaba:

ROGAMOS DISCULPEN LA INTERRUPCIÓN A CAUSA DE PROBLEMAS TÉCNICOS.

Mientras, la noche se acercaba a su fin, y esto resultó también algo cierto para casi todo el mundo.

En Des Moines, a las 23.30 horas de la zona central, un viejo Buick cubierto con pegatinas religiosas (TOCA EL CLAXON SI AMAS A JESÚS, entre otras) cruzaba implacable las desiertas calles céntricas. A primera hora de aquel día se había producido un incendio en Des Moines que dejó carbonizados la mayor parte de la Hull Avenue y el Grandview Junior College. Más tarde se habían producido disturbios y saqueos que destrozaron casi toda el área central.

Cuando el sol se ocultó, las calles se vieron llenas de inquietas turbas de personas, la mayoría de ellas menores de veinticinco años y con motos de manillar alto. Habían roto escaparates, robado televisores, llenado sus depósitos de gasolina en las estaciones de servicio, mientras trataban de encontrar algún arma. Ahora las calles estaban vacías. Algunos, sobre todo los motoristas, consumieron sus últimos ímpetus en la carretera 81. Pero casi todos se retiraron a sus casas y cerraron las puertas, sufriendo ya de la supergripe o presas del terror de pillarla, mientras la luz del sol se iba apagando. Ahora Des Moines se parecía al día siguiente de una desenfrenada fiesta de Nochevieja tras abatirse un invencible sueño sobre el último juerguista. Los neumáticos del Buick chirriaban y saltaban sobre los vidrios rotos de la calle y el coche giró hacia el oeste desde la Decimocuarta Avenida a Euclid Avenue, pasando ante dos coches que habían chocado de frente y que ahora yacían de lado con sus parachoques entrelazados como amantes después de un doble suicidio. En el techo del Buick había un altavoz, el cual comenzó a emitir chirridos y los primeros compases de un disco antiguo. Luego, atronando arriba y abajo de las espectrales y desiertas calles de Des Moines, irrumpió la aterciopelada y ronroneante voz de Mother Maybelle Carter, cantando *Keep on the Sunny Side*.

*Mantente en la acera soleada,
siempre en la acera soleada.
Mantente en la acera soleada de la vida,
aunque tus problemas sean muchos.
Parecerá que no tienes ninguno,*

si te mantienes en la acera soleada de la vida...

El viejo Buick cruzó de un lado a otro, realizando trayectorias zigzagueantes, bandazos, dando la vuelta a la misma manzana tres o cuatro veces. Cuando pasaba por un bache, o por encima de un cadáver, el disco daba un salto.

A las doce menos veinte, el Buick se acercó a un bordillo y se detuvo. Luego, se puso de nuevo en marcha. El altavoz atronó entonces con la canción de Elvis Presley *The Old Rugged Cross*. Un viento nocturno azotó las copas de los árboles e hizo oscilar una última voluta de humo de las achicharradas ruinas del instituto.

Del discurso del presidente, transmitido a las nueve de la noche, hora del Este, y que no se vio en numerosas zonas.

«... una gran nación, como ésta debe ser. No podemos permitirnos temer a la oscuridad como los niños. Pero tampoco podemos tomar a la ligera esta seria epidemia de gripe. Compañeros norteamericanos, os insto a que os quedéis en casa. Si os sentís enfermos, meteos en la cama, tomad aspirinas y bebed mucho líquido. Confiad en que os encontraréis mejor en una semana. Permitidme que os repita lo dicho al principio de mi comparecencia de esta noche. No hay ninguna verdad en el rumor de que esta cepa de gripe sea mortal. En la inmensa mayoría de los casos, la persona afectada puede confiar en levantarse y sentirse bien al cabo de una semana. Además... —Un acceso de tos—. Además, existe un perverso rumor propagado por ciertos grupos radicales contra todo lo establecido de que esta cepa de gripe ha sido algo incubado por el gobierno para un posible empleo militar. Amigos estadounidenses, eso es una clara y tajante falsedad, y quiero declararlo aquí y ahora. Este país firmó los acuerdos revisados de Ginebra sobre gases tóxicos y guerra biológica, con absoluta buena conciencia y buena fe. Ni ahora ni en ningún momento... —un acceso de estornudos— hemos dedicado ninguna partida del presupuesto a la fabricación clandestina de sustancias en violación de la Convención de Ginebra. Ésta es una epidemia de gripe moderadamente grave, nada más... Acabamos de recibir informes de que la epidemia se ha extendido a otros países, incluyendo Rusia y la China Roja. Por lo tanto, nosotros... —otro acceso de tos y estornudos— os pedimos que conservéis la calma y os tranquilicéis al saber también que, a finales de esta semana o principios de la próxima, estará ya disponible una vacuna contra la gripe para aquellos que aún no hayan mejorado. En algunas zonas se ha recurrido a la Guardia Nacional para proteger a la población contra vándalos y saqueadores. Pero son falsos por completo los rumores de que algunas ciudades hayan sido “ocupadas” por fuerzas del ejército o que la información haya sido manipulada. Americanos, esto es una falsedad y quiero alegar aquí y ahora que...».

Pintadas en la fachada de la Primera Iglesia Baptista de Atlanta, con espray rojo:

«Querido Jesús, te veré pronto. Tu amiga, América. Posdata: Confío en que aún tengas plazas libres para este fin de semana».

El 27 de junio por la mañana, Larry Underwood se hallaba sentado en un banco de Central Park, mirando los animales del zoológico. Detrás de él, la Quinta Avenida estaba atestada de coches silenciosos. Sus propietarios habían muerto o huido. Más abajo, muchas de las lujosas tiendas habían quedado reducidas a escombros humeantes.

Desde su banco, Larry veía un león, un antílope, una cebrá y un mono. Todos, menos el mono, estaban muertos. Larry sospechaba que no los había matado la gripe. Dios sabía cuánto hacía que no les daban alimento ni agua, y eso había acabado con ellos. Excepto con el mono, el cual durante las tres horas que Larry llevaba sentado allí, se había movido cuatro o cinco veces. Fue capaz de eludir la muerte por inanición o sed, pero tenía todos los síntomas de la supergripe. Era evidente que sufría mucho. Éste era un mundo cruel.

A su derecha, el reloj donde figuraban todos los animales dio las once. Las figuras que antaño habían deleitado a los niños ya no tenían público. El oso tocó la corneta, un mono mecánico que nunca se pondría enfermo pero acabaría quedándose sin cuerda tocó el tamboril, el elefante golpeó el bombo con la trompa. Concierto del fin del mundo en arreglo para figuras de relojería.

Al cabo de un rato el reloj enmudeció. Oyó de nuevo los gritos roncacos, ahora misericordiosamente amortiguados por la distancia. El heraldo de los monstruos se encontraba hacia la izquierda de Larry, quizá en el campo de juegos Heckscher. Tal vez se caería en la piscina que había y se ahogaría.

—¡Vienen los monstruos! —clamaba la voz apagada, ronca.

Esa mañana se habían disipado las nubes y el día era radiante y caluroso. Desde el zoológico llegaba el zumbido soporífero de las moscas que se posaban sobre los animales muertos.

—¡Ya llegan los monstruos! —vociferó el heraldo.

Era un hombre alto, de unos sesenta y cinco años, según los cálculos de Larry. Lo había oído por primera vez la noche anterior, que había pasado en el hotel Sherry-Netherland. Mientras la oscuridad pesaba sobre la ciudad, insólitamente silenciosa, la voz débil, ululante, había parecido estentórea y lúgubre, la de un Jeremías lunático flotando por las calles de Manhattan, resonando y deformándose. Larry, insomne en la colosal cama de matrimonio, con todas las luces de la *suite* encendidas, había adquirido la convicción irracional de que el heraldo de los monstruos lo buscaba a él, lo rastreaba, como a veces lo hacían las criaturas de sus frecuentes pesadillas. Durante largo rato tuvo la impresión de que la voz sonaba cada vez más próxima.

—¡Vienen los monstruos! ¡Los monstruos se acercan! ¡Están en los suburbios!

Creía que la puerta de la *suite*, cerrada con tres vueltas de llave, sería derribada, y el heraldo de los monstruos aparecería allí... Pero no con fisonomía de ser humano sino de ogro gigantesco, con cabeza de perro y ojos de mosca grandes como platos y dientes rechinantes.

Sin embargo, Larry lo había visto esa mañana en el parque y era sólo un viejo chiflado que usaba pantalones de cuero, sandalias y gafas con montura de carey, una de cuyas patillas estaba sujeta con esparadrapo. Larry intentó hablarle y el heraldo de los monstruos huyó despavorido, gritando por encima del hombro que los monstruos aparecerían en las calles de un momento a otro. Tropezó con un alambre tendido a la altura de los tobillos y cayó desparramado sobre uno de los senderos para ciclistas. Sus gafas volaron por el aire pero no se rompieron. Así fue cómo el pánico que le inspiraba a Larry se transformó, en doce horas, en una sensación de hastío y ligera irritación.

En el parque había otras personas, y Larry habló con algunas de ellas. Todas se parecían mucho entre sí. Y supuso que él tampoco era muy distinto. Estaban aleladas, hablaban de forma inconexa y al parecer no podían dejar de buscar con las manos las mangas de su interlocutor. Las historias que contaban eran todas similares. Sus amigos y parientes estaban muertos o moribundos. Habían habido tiroteos en las calles, se había producido un gran incendio en la Quinta Avenida y... ¿era cierto que ya no existía Tiffany's? ¿Podía ser cierto eso? ¿Quién limpiaría las calles? ¿Quién recogería la basura? ¿Convendría que se fueran de Nueva York? Habían oído decir que las tropas bloqueaban todos los puntos de salida. A una mujer la aterrorizaba la posibilidad de que las ratas salieran de las alcantarillas e invadieran

la Tierra, lo cual le hizo evocar a Larry, con desasosiego, lo que él también había pensado el día de su regreso a Nueva York. Un joven que masticaba patatas fritas le informó locuaz que iba a realizar la ambición de su vida: iría al Yankee Stadium, correría desnudo alrededor del campo, y después se masturbaría en la base de meta.

—Es la gran oportunidad de mi vida, tío —le dijo a Larry, guiñó ambos ojos y después se alejó masticando patatas fritas.

Muchas de las personas que veía en el parque estaban enfermas, pero pocas morían allí. Quizá las asustaba la idea de que los animales pudieran merendárselas y, cuando sentían que el fin estaba próximo, se arrastraban hasta sus casas. Esa mañana Larry tuvo un solo encuentro con la muerte, y con eso le bastó. Había caminado por un sendero hasta los lavabos. Al abrir la puerta halló un cadáver sentado, sonriente y con la cara infestada de gusanos. Tenía las manos apoyadas sobre las muslos desnudos y sus ojos hundidos miraban fijamente los de Larry. Un nauseabundo olor dulzón lo azotó como si el hombre hubiera sido una rancia golosina abandonada a las moscas en medio de toda la confusión. Larry cerró violentamente la puerta, pero ya era tarde. Vomitó los copos de maíz que había tomado para desayunar y continuó haciendo arcadas con el estómago vacío. Dios mío, rezó, mientras volvía tambaleándose al zoológico, si me oyes, y si hoy aceptas peticiones, te ruego que en este día no me hagas ver otro cuadro parecido. Me basta con los chiflados, y esto otro es más de lo que puedo soportar.

Ahora, sentado en ese banco (el heraldo de los monstruos se había puesto fuera del alcance de sus oídos, al menos de momento), Larry comprobó que estaba pensando en las Series Mundiales de cinco años atrás. Resultaba bueno recordarlo porque, según le parecía ahora, aquélla había sido la última vez en que fue feliz por completo, en perfecto estado físico, la mente serena y sin trabajar contra sí misma.

Eso fue poco antes de que Rudy y él se peleasen. Aquella pelea había sido algo trivial, y si alguna vez veía a Rudy (nunca se sabe, le dijo su mente con un suspiro), le pediría disculpas. Volvería y le besaría los zapatos, si eso era lo que él necesitaba para que las cosas funcionaran de nuevo.

Habían empezado a viajar por el país con el viejo y destartado Mercury de 1968 al que se le hizo polvo la transmisión en Omaha. Decidieron trabajar un par de semanas, luego hacer autostop hacia el Oeste, trabajar otro par de semanas y, a continuación, un poco más de autostop. Pasaron un tiempo trabajando en una granja en el oeste de Nebraska, cerca de la zona fronteriza. Una noche, Larry perdió sesenta dólares en una partida de póquer. Al día siguiente tuvo que pedirle a Rudy un préstamo para salir del apuro. Llegaron a Los Ángeles un mes después, y Larry fue el primero en conseguir un empleo, si puede llamarse así a ejercer de lavaplatos por el salario mínimo. Una noche, tres semanas después, Rudy suscitó el asunto del préstamo. Le explicó que había encontrado a un tipo que le recomendó una agencia de colocaciones realmente buena, que nunca fallaba, pero que la tarifa era de veinticinco pavos. Y daba la casualidad de que ésa era la cantidad a que ascendía el préstamo que había hecho a Larry después de la partida de póquer. Normalmente, le explicó Rudy, no se lo hubiera pedido, pero...

Larry protestó y alegó que ya le había devuelto el préstamo. Si Rudy necesitaba los veinticinco, pues muy bien; pero que él nunca había creído que le haría pagar el mismo préstamo dos veces.

Rudy le contestó que no quería un *donativo*; que sólo deseaba el dinero que le *debía*, y que tampoco estaba interesado en todo aquel palique de Larry Underwood. «Vaya —le respondió Larry, intentando soltar una carcajada desenfadada—, jamás imaginé que necesitase pedirte un recibo, Rudy. Pero veo que estaba en un error».

Aquello había ido en aumento hasta convertirse en una discusión seria, al punto de casi llegar a las manos. Y al final, el rostro de Rudy se puso colorado. «Así eres tú, Larry —le gritó —, así eres tú siempre. Ésa es tu forma de ser. Creía que nunca acabaría de aprender la lección, pero al final lo he conseguido. Vete a la mierda, Larry».

Rudy se fue, y Larry le siguió hasta las escaleras de aquella barata casa de habitaciones, hurgando en la cartera que llevaba en el bolsillo trasero. Allí tenía tres billetes de diez muy bien doblados en un compartimiento secreto debajo de las fotos. Los arrojó detrás de Rudy. «¡Vamos, jodido embustero! ¡Cógelos! ¡Coge el maldito dinero!».

Rudy dio un gran portazo y salió a la noche, hacia cualquier mísero destino que los Rudy de este mundo pudiesen esperar. No miró hacia atrás. Larry se quedó al pie de la escalera, jadeando. Al cabo de un rato empezó a buscar sus tres billetes de diez dólares, los reunió y los colocó de nuevo en su sitio.

Ahora, al pensar en este incidente, después de tantos años, quedó convencido de que Rudy tenía razón. Sí, estaba completamente seguro. Pero incluso aunque se los hubiera *devuelto*, ya que ambos eran amigos desde los años escolares y, pensándolo bien, a Larry siempre le faltaban diez centavos para la matinal del sábado porque se había comprado algún bombón de licor o un par de barras de caramelo mientras iba de camino para encontrarse con Rudy, o le pedía prestados veinticinco centavos para redondear su dinero para la comida en la escuela, o siete centavos del cambio del autobús. Con el paso de los años, había llegado a reunir de Rudy hasta cincuenta dólares en monedas, incluso tal vez un centenar. Cuando Rudy le pidió los veinticinco, Larry recordó la manera en que se había envarado. Su cerebro restó veinticinco dólares de los tres billetes de diez, y le dijo: Eso sólo te deja cinco pavos. Por lo tanto, ya se lo has devuelto. No estoy muy seguro de cuándo, pero lo hiciste. No discutamos más de este asunto.



Y nunca más lo habían hecho. Pero después de eso se quedó solo en la ciudad. No tenía amigos, ni siquiera había intentado hacer ninguno en el bar donde trabajaba. El hecho era que creía que todo el mundo que trabajaba allí tenía mal carácter, desde el cocinero jefe hasta las camareras de culo contoneante que mascaban chicle. Todo era una birria. Sí, realmente había creído que todos los de Tony's Feed Bag eran una birria, menos él, el santito, el que estaba muy cerca de alcanzar el éxito (y uno tenía que creérselo). Larry Underwood. Solo en un mundo de soplapollos, se sentía tan dolorido como un perro apaleado y con tanta nostalgia de su hogar como un hombre perdido en una isla desierta. Comenzó a pensar cada vez más en comprar un billete de autobús y regresar a Nueva York.

En otro mes, tal vez en otras dos semanas, lo hubiera hecho así... Pero estaba Yvonne.

Conoció a Yvonne Wetterlen en un cine situado a dos manzanas del club donde ella trabajaba como bailarina *top-less*. Cuando acabó el segundo pase, ella se había puesto a llorar y a buscar un bolso en torno de su asiento. Llevaba allí el permiso de conducir, y también su chequera, el carnet del sindicato, su tarjeta de crédito, una fotocopia de su partida de nacimiento y la tarjeta de la Seguridad Social. Aunque probablemente se lo habían robado, Larry no dijo nada y ayudó a la chica a buscar el bolso. A veces se tenía la sensación de vivir realmente en un mundo de maravillas, porque él lo encontró tres filas de asientos más allá cuando ya estaban a punto de renunciar a la empresa. Supuso que habría emigrado hasta allí a causa de que la gente movía los pies mientras miraba la película, que había sido un tanto soporífera. Ella lo abrazó y lloró mientras le daba las gracias. Larry, sintiéndose el Capitán América, le dijo que le gustaría llevarla a tomar unas hamburguesas o algo parecido para

celebrarlo, pero que estaba muy mal de dinero. Yvonne le dijo que ella se encargaría de eso. Larry, el gran príncipe, se mostró muy seguro de que ocurriría así.

Empezaron a verse y en menos de dos semanas mantenían ya un romance en toda regla. Larry encontró un trabajo de dependiente en una librería, y consiguió una actuación para cantar con un grupo llamado The Hotshot Rhythm Rangers & All-Time Boogie Band. El nombre era lo mejor que tenía el grupo. Pero el guitarrista rítmico era Johnny McCall, que más tarde formaría los Tattered Remnants, que sí eran un grupo bastante bueno.

Larry e Yvonne empezaron a vivir juntos, y para Larry todo cambió. Parte del asunto radicaba en tener un piso, el suyo propio, y en poder pagar la mitad del alquiler. Yvonne puso unas cortinas, compraron unos muebles baratos y acabaron de complementarlos, tras lo cual otros miembros del grupo y varias amigas de Yvonne empezaron a dejarse caer por allí. El piso era muy claro durante el día; por la noche, una fragante brisa de California, que parecía cargada del olor de los naranjos aunque la única cosa de que podía estar cargada era de contaminación, penetraba por las ventanas. A veces no acudía nadie. Entonces, Yvonne y él se limitaban a ver la tele y, en ocasiones, ella le traía una lata de cerveza, se sentaba en el brazo de su sillón y le acariciaba el cuello. Era su propio piso, un hogar, maldita sea. Muchas veces permanecía despierto tumbado en la cama por la noche, con Yvonne dormida a su lado, y se maravillaba de lo bien que se sentía. Luego se deslizaba con suavidad en el sueño, dormía como un bendito y no se acordaba de Rudy Marks. Por lo menos, no demasiado.

Vivieron juntos catorce meses, y todo fue muy bien hasta las seis últimas semanas, cuando Yvonne se convirtió en un bicho, y lo único que le quedó a Larry de todo aquello fueron las Series Mundiales. Se pasaba el día en la librería y luego acudía a casa de Johnny McCalli y los dos (el grupo al completo sólo ensayaba los fines de semana, porque los otros dos tipos tenían empleos nocturnos) trabajaban en algún nuevo material o sólo en aquellos temas antiguos, a los que Johnny llamaba los «auténticos», como *Nobody but Me* y *Double Shot of My Baby's Love*.

Después se marchaba a casa, a su casa, e Yvonne le tenía ya preparada la cena. Nada de la mierda de comidas precocinadas que anunciaban por la tele. Genuina cocina casera. La chica estaba muy bien preparada. Después se iban a la sala de estar, encendían el televisor y veían las Series Mundiales. Más tarde hacían el amor. Todo parecía estupendo y nada hacía pensar que no lo fuera. Ni una sola cosa le atormentaba. Nada había sido tan bueno hasta entonces. Nada.

Se percató de que lloraba un poco, y se sintió irritado al pensar que se comportaba como un pobre jubilado, llorando al sol en Central Park. Pero después recapacitó. Tenía derecho a llorar por lo que había perdido, tenía derecho a estar traumatizado, si era eso lo que le pasaba.

Su madre había fallecido hacía tres días. Había muerto en una litera, en un pasillo del hospital Mercy, hacinada con otros miles de pacientes que también se afanaban por morir. Larry se hallaba arrodillado junto a ella cuando expiró, y pensó que enloquecería al ver morir a su madre mientras en torno a él se elevaba el hedor de la orina y los excrementos; la barahúnda infernal de los delirantes, los sofocados y los locos; los clamores de los afligidos. Al final ella no lo reconoció, no había habido un último momento de lucidez. Su pecho se detuvo en mitad de un resuello y se desinfló poco a poco, como un neumático pinchado bajo el peso del automóvil. Él permaneció diez minutos acuclillado junto a ella, sin saber qué hacer, pensando confusamente que debería esperar que alguien le firmara un certificado de defunción o le preguntara qué había sucedido. Pero lo ocurrido estaba claro: sucedía en todas partes. Y estaba igual de claro que aquel lugar era un manicomio. No se le acercaría un joven médico con aplomo para darle sus condolencias y agilizar los trámites funerarios. Tarde o temprano se la llevarían como si fuera un saco de avena, y él no quería presenciar esa escena. El bolso de su madre estaba debajo de la litera. Encontró una estilográfica, un imperdible y un talonario de cheques. Arrancó de éste una hoja de impresos y escribió el nombre de su madre, su dirección y, después de practicar una resta mental, su edad. La prendió en el bolsillo de la blusa de su madre con el imperdible y se echó a llorar. La besó en la mejilla y se marchó, siempre llorando. Tenía la impresión de ser un desertor. Una vez fuera, se sintió un poco mejor, aunque en ese momento las calles estaban llenas de locos, enfermos y patrullas militares.

Y ahora se hallaba sentado en este banco y se dolía por cosas más generales: por la pérdida de la jubilación por parte de su madre, por la pérdida de su propia carrera, por aquella época en Los Ángeles en que había estado mirando las Series Mundiales con Yvonne, sabiendo que después vendría la cama y hacer el amor, y por Rudy. Sobre todo se dolía por

Rudy y deseaba haberle pagado aquellos veinticinco dólares con una sonrisa y un encogimiento de hombros, ahorrándose los seis años que había perdido.

El mono murió a las doce menos cuarto.

Estaba sentado en su columpio, apático, con las manos unidas debajo del mentón y de pronto parpadeó, cayó hacia adelante y se estrelló contra el cemento con un chasquido horrible y definitivo.

Larry no quiso seguir allí. Se levantó y echó a caminar con paso indiferente hacia el amplio paseo donde se levantaba el quiosco de música. Hacía unos quince minutos había oído al heraldo de los monstruos, muy lejos; pero ahora el único ruido parecía el repiqueteo de sus propios tacones sobre el pavimento y el gorjeo de los pájaros. Al parecer, la gripe no atacaba a los pájaros. Dichosos ellos.

Cuando se acercó al quiosco vio a una mujer sentada en uno de los bancos frente a él. Quizá tuviera cincuenta años, pero se había esforzado mucho por parecer más joven. Vestía una blusa campesina de seda que le dejaba los hombros desnudos... Claro que, pensó Larry, por lo que él sabía las campesinas no podían permitirse el lujo de usar sedas. Al oír las pisadas de Larry miró en torno. Sostenía una píldora en la mano y se la arrojó despreocupadamente a la boca como si fuera un cacahuete.

—Hola —dijo Larry.

La mujer tenía las facciones serenas y ojos azules que reflejaban una inteligencia aguda. Usaba gafas con montura de oro y su bolso estaba ribeteado con algo que ciertamente parecía visón. Llevaba cuatro anillos: una sortija de boda, dos diamantes y una esmeralda ojo de gato.

—Oh, no soy peligroso —agregó Larry.

Supuso que ésta era una frase ridícula, pero ella debía lucir unos veinte mil dólares en los dedos. Claro que también podrían ser piedras falsas; pero no tenía aspecto de aficionada a las baratijas.

—No, no pareces peligroso —contestó ella—. Ni enfermo.

Al pronunciar la última palabra alzó un poco la voz, convirtiendo el aserto en casi una pregunta cortés. No estaba tan serena como parecía a primera vista. Tenía un pequeño tic en la parte lateral del cuello, y tras el brillo de inteligencia de los ojos asomaba la misma conmoción embotada que Larry había visto en sus propios ojos esa mañana, al afeitarse.

—No, no creo estarlo. ¿Y tú?

—En absoluto. ¿Sabes que llevas un envoltorio de helado pegado al zapato?

Larry comprobó que era así. Esto le hizo sonrojarse, porque sospechaba que le habría informado en el mismo tono de que tenía la bragueta desabrochada. Se apoyó sobre una pierna y trató de arrancarlo.

—Pareces una cigüeña. Prueba sentado. Me llamo Rita Blakemoor.

—Mucho gusto. Yo soy Larry Underwood.

Se sentó. Ella le tendió la mano y él se la estrechó con delicadeza, cerrando los dedos sobre los anillos. Después desprendió el papel del zapato y lo arrojó en una papelera al lado del banco, donde se leía: ÉSTE ES SU PARQUE, CONSÉRVELO LIMPIO. Toda aquella operación le pareció cómica. Echó la cabeza hacia atrás y rió. Era la primera risa auténtica desde que había encontrado a su madre tumbada en el suelo del apartamento. Se sintió aliviado al descubrir que reír seguía siendo agradable.

Rita Blakemoor se rió de él y con él, y volvió a impresionarlo su atractivo informal pero elegante. Parecía un mujer extraída de una novela de Irwin Shaw. *Nightzvork*, tal vez, o la que habían adaptado para la televisión hacía unos años.

—Cuando oí que te acercabas casi me escondí —explicó ella—. Pensé que probablemente se trataba del hombre de las gafas rotas y filosofía extravagante.

—¿El heraldo de los monstruos?

—¿Es así como le llamas tú o como se autodesigna él?

—Lo llamo yo.

—Muy apropiado —asintió ella, abriendo su bolso ribeteado (quizá) de visón y sacando un paquete de cigarrillos mentolados—. Me recuerda a un Diógenes lunático.

—Sí, lo único que hace es buscar un monstruo honrado —comentó Larry, y volvió a reír.

Ella encendió el cigarrillo y exhaló una bocanada de humo.

—Él tampoco está enfermo —agregó Larry—. Pero la mayoría de los otros sí lo están.

—El portero de mi edificio parece muy sano —informó Rita—. Sigue en su puesto. Esta mañana le di cinco dólares de propina al salir, no sé si porque estaba sano o porque estaba en

su puesto. ¿Qué opinas?

—No te conozco lo suficiente para opinar.

—No, claro que no.

Volvió a guardar el tabaco en el bolso y él vio que en el interior había un revólver. Rita siguió la dirección de su mirada.

—Pertenece a mi esposo. Era ejecutivo de carrera en un banco de Nueva York. Así lo enunciaba él cuando le preguntaban cómo se ganaba la vida. Soy-ejecutivo-de-carrera-en-uno-de-los-grandes-bancos-de-Nueva-York.

—Falleció hace dos años. Estaba cenando con uno de esos árabes que parecen haberse frotado todas las partes del cuerpo con bronceador. Tuvo un infarto fulminante. Murió con la corbata puesta. ¿Te parece que éste podría ser el equivalente, en nuestra generación, de morir con las botas puestas? Harry Blakemoor murió con la corbata puesta. Me gusta, Larry.

Un pinzón se posó frente a ellos y picoteó el suelo.

—Tenía un miedo patológico a los ladrones y por eso compró este revólver. ¿Los revólveres reculan realmente y producen un ruido atronador cuando disparan, Larry?

Larry, que no había disparado un arma en su vida, contestó:

—No creo que uno de estas dimensiones recule mucho. ¿Es un treinta y ocho?

—Un treinta y dos.

Rita lo sacó del bolso y él vio que también contenía muchos frasquitos de píldoras. Esta vez ella no siguió la dirección de su mirada. Observaba un arbusto de zarzaparrilla que crecía unos cinco metros más allá, frente a ellos.

—Creo que haré la prueba. ¿Te parece que puedo acertarle a ese arbolito?

—No lo sé —respondió él, con aprensión—. No creo...

Rita apretó el gatillo y el revólver produjo una detonación bastante fuerte. En el tronco del arbusto apareció un pequeño orificio.

—¡Diana! —exclamó ella, y sopló el humo del cañón como una tiradora profesional.

—Excelente —reconoció Larry, y cuando ella volvió a guardar el arma en el bolso su corazón recuperó el ritmo normal.

—No podría dispararle a un ser humano. Estoy segura de ello. Y pronto no habrá contra quién tirar, ¿verdad?

—Oh, no lo sé.

—Vi que mirabas mis anillos. ¿Quieres uno?

—¿Eh? ¡No!

Empezó a sonrojarse de nuevo.

—Como banquero, mi marido creía en los diamantes. Creía en ellos igual que los baptistas creen en el apocalipsis. Tengo muchísimos diamantes y están todos asegurados. No sólo éramos dueños de parte del yacimiento, mi Harry y yo, sino que a veces yo creía que teníamos un derecho legal sobre él. Pero si alguien quisiera mis diamantes, se los regalaría. Al fin y al cabo han vuelto a ser simples trozos de roca, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Claro que sí —insistió ella, y el tic de su cuello volvió a manifestarse—. Y si me los pidiera un asaltante, no sólo se los entregaría, sino que le daría además la dirección de Cartier. Su surtido de piedras es mucho mejor que el mío.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Larry.

—¿Tú qué sugieres?

—Pues no lo sé —respondió él, y suspiró.

—Es exactamente lo que contesto yo.

—¿Sabes una cosa? Esta mañana vi a un tipo que dijo que iría al Yankee Stadium y se haría una pa... se masturbaría en la base de meta. ¿Qué te parece?

—Qué caminata tan espantosa —exclamó Rita—. ¿Por qué no le sugieres un lugar más próximo?

Suspiró y el suspiro se transformó en estremecimiento. Abrió el bolso, sacó un frasco de píldoras y tragó una cápsula gelatinosa.

—¿Qué es eso?

—Vitamina E —contestó ella, con una sonrisa radiante y falsa. El tic del cuello vibró una o dos veces y después Rita volvió a serenarse.

—No hay nadie en los bares —comentó Larry de pronto—. Entré en Pat's, en la calle Cuarenta y tres, y estaba vacío. Tienen ese inmenso mostrador de caoba, y yo me metí detrás y vertí Johnny Walker en un vaso de agua hasta llenarlo. Después no quise quedarme allí. De modo que lo dejé sobre el mostrador y me fui.

Suspiraron al unísono.

—Eres muy simpático —dijo—. Me gustas mucho.

—Gracias, señora Blakemoor. —Él se sintió sorprendido y complacido.

—Rita. Llámame Rita.

—Muy bien.

—¿Tienes apetito, Larry?

—En verdad, sí.

—Quizá accederías a invitar a una dama a almorzar.

—Con mucho gusto.

Rita se levantó y le ofreció el brazo con una sonrisa ligeramente petulante. Cuando él lo enlazó con el suyo le llegó una vaharada de su perfume, un aroma al mismo tiempo reconfortante e inquietante por las asociaciones que tenía para él. Era el mismo perfume que se desprendía de la bolsita de polvos que su madre llevaba cuando iban juntos al cine, cosa que hacían con frecuencia.

Después se olvidó de esto, mientras salían del parque y se encaminaban por la Quinta Avenida, alejándose del mono muerto, del heraldo de los monstruos y de la tétrica golosina que estaría sentada por los tiempos de los tiempos en los lavabos. Rita parloteaba sin cesar y, más adelante, él no podría recordar absolutamente nada de lo que le había dicho. Sí, recordaba algo, una sola cosa: ella siempre había soñado, afirmó, con pasearse por la Quinta Avenida agarrada del brazo de un joven apuesto, un joven que podría haber sido él pero no lo era.

De todos modos, siguió evocando la caminata, en especial después de que ella empezara a desarticularse como un juguete mal montado. Su bella sonrisa, su cháchara frívola, cínica, informal, el susurro de sus pantalones.

Entraron en un restaurante y Larry cocinó. Con relativa torpeza, pero ella aplaudió cada plato; la carne asada, las patatas fritas, el café instantáneo, el pastel de fresas y ruibarbo.

Había un pastel de fresas en la nevera. Estaba cubierto con papel celofán, y después de contemplarlo con expresión embotada y perpleja, Frannie lo sacó. Lo depositó encima de la mesa y cortó una porción. Una fresa cayó sobre el tablero con un chasquido flácido, mientras ella colocaba la porción en un platito. Cogió la fresa y se la comió. Limpió con un trapo la pequeña mancha de jugo, volvió a cubrir el resto del pastel con el celofán y lo guardó en la nevera.

Estaba girando para coger la porción de pastel cuando vio el colgador de cuchillos contiguo a los armarios. Lo había confeccionado su padre. Tenía dos correderas magnetizadas y los cuchillos colgaban de ellas, con las hojas hacia abajo. El sol de la tarde se reflejaba sobre los filos. Frannie los miró durante largo rato, sin que se modificara la expresión opaca, parcialmente curiosa, de sus ojos, mientras sus manos jugaban con los pliegues del delantal que tenía ceñido a la cintura.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, recordó que estaba haciendo algo. ¿Qué? Sin ninguna razón en particular, le vino a la mente una línea de escritura, un párrafo. «Antes de quitar la paja de ojo ajeno, vigila la viga en el tuyo». Lo consideró. ¿Una paja? ¿Una viga? Esa imagen en particular siempre le había preocupado. ¿Qué clase de viga?^[2] ¿La de un rayo de luna? ¿Una viga de techo? Había vigas de muchas clases e incluso en Nueva York hubo un alcalde llamado Beame, sin mencionar una canción que había aprendido en la Escuela Bíblica de Vacaciones: *Yo seré un rayo de luz para él*.

—Antes de quitar la paja del ojo ajeno...

Pero no se trataba de un ojo sino de un pastel. Se volvió. Una mosca se paseaba por su pastel. Agitó la mano y la ahuyentó.

Miró la porción de tarta durante largo rato. Sabía que sus padres estaban muertos. Su madre había fallecido en el hospital Sanford y su padre, que antaño le había hecho sentirse cómoda en su taller, yacía muerto en la cama del primer piso. ¿Por qué todo tenía que ocurrírsele en rimas que se concretaban en bromas tontas y malévolas, como un idiota juego mnemotécnico que se presenta en caso de fiebre? «Pulgas tiene mi perro y se las muerde encima de un cerro...».

De repente recuperó el sentido de la realidad y una especie de pánico la embargó. En el cuarto había un olor... Algo se estaba quemando.

Frannie volvió la cabeza y vio una sartén con patatas que había puesto a freír y luego había olvidado. El humo estaba saliendo de la sartén y formaba una maloliente nube. El aceite se disparaba en coléricas salpicaduras, y las que ya habían aterrizado en los quemadores se encendían con fuerza y se alzaban, como si un invisible hornillo de butano estuviera siendo avivado por una mano también invisible. El fondo de la sartén se había ennegrecido.

Tocó el mango y apartó los dedos con un respingo. Se hallaba demasiado caliente para tocarla. Cogió un trapo de cocina, lo enrolló en el mango y rápidamente transportó el utensilio, que chisporroteaba como un dragón, a la puerta trasera. Lo depositó en el escalón superior del porche. El olor de la madreselva y el zumbido de las abejas llegó hasta ella, pero apenas se dio cuenta. Por un momento, aquella gruesa y monótona manta con la que había ahogado sus respuestas emocionales en los últimos cuatro días se había taladrado, y se sentía asustada. ¿Asustada? No; en un estado de terror latente, a poca distancia del pánico.

Podía recordar cómo había pelado las patatas y puesto luego el aceite para que se hicieran. Ahora lo recordaba. Pero durante un rato... lo había olvidado todo.

De pie en el porche trasero, con el paño de cocina todavía en una mano, trató de recordar con exactitud cómo se había desarrollado el curso de sus pensamientos después de haber puesto a freír las patatas. Aquello parecía muy importante.

Bueno, primero pensó en que una comida que sólo consistiera en patatas fritas no era en verdad muy nutritiva. Luego se dijo que si el McDonald's de la carretera 1 aún hubiera estado abierto, no habría tenido que prepararse la comida, y que también habría podido conseguir una hamburguesa. Sólo coger el coche y hacer el trayecto hasta allí. Pediría un Quarter Pounder y las patatas fritas tamaño grande, las que se anunciaban en el gran letrero rojo y brillante. Con algunas manchas de aceite en el interior, sin duda poco saludables, pero muy reconfortantes. Las mujeres embarazadas tienen extrañas apetencias...

Aquello la llevó al siguiente eslabón de la cadena. Pensamientos de extraños antojos que le habían conducido a unos pensamientos acerca del pastel de fresas que había en el frigorífico. De repente, le pareció que deseaba un trozo de aquel pastel de fresas más que ninguna otra cosa en el mundo. Lo había cogido, pero de alguna manera, por el rabillo del ojo, había captado aquel colgador para cuchillos que su padre hizo para su madre (a la señora Edmonton, la esposa del médico, le entró tanta envidia a causa de aquel soporte para cuchillos que Peter tuvo que confeccionar otro para ella hacía ya dos Navidades), y su mente había sufrido un cortocircuito. Pajas... vigas... moscas...

—Oh, Dios mío —dijo al vacío jardín de su padre, donde no había quitado las malas hierbas. Se sentó, se llevó el delantal a la cara y lloró.

Cuando su padre murió, a las ocho y media de la noche anterior, su capacidad para enfocar mentalmente las cosas pareció haberse fragmentado. Se olvidaba de cosas que había estado haciendo, su mente se deslizaba por alguna soñadora tangente, o simplemente se quedaba sin pensar en nada en absoluto, sin más conciencia del mundo que la que pudiera tener una col.

Después de expirar su padre, se sentó al lado de su cama y se quedó allí durante un largo rato. Al fin, bajó al piso inferior y puso la tele. Sin una razón en particular; porque, en aquel momento, parecía una buena idea. La única emisora que funcionaba era la afiliada de la NBC en Portland, la WCSH. Parecían estar dando alguna especie de loco programa de juicios. Un hombre negro, que se parecía a la peor pesadilla de los cazadores de cabezas africanos, hacía ver que ejecutaba a hombres blancos con una pistola, mientras otros hombres en el auditorio se dedicaban a aplaudir. Naturalmente, aquello tenía que ser una representación. No se daban cosas así por televisión en caso de ser reales. Pero no *parecía* en absoluto fingido. Le recordó a *Alicia en el País de las Maravillas*, sólo que aquí no era la Reina Roja la que gritaba «¡Que les corten las cabezas!», sino que en este caso... Pero ¿qué? ¿Quién? El Príncipe Negro, supuso. Sin embargo aquel negrazo del taparrabos no se parecía mucho al Príncipe.

Avanzado el programa (no hubiera podido decir cuánto tiempo transcurrió), otros hombres irrumpieron en el estudio y se produjo un intercambio de disparos que, por su realismo, parecía todavía mejor ensayado que las ejecuciones. Vio hombres casi decapitados por balas de gran calibre, derribados entre borbotones de sangre. Recordó haber pensado que debían de haber intercalado alguno de esos letreros en que se advierte a los padres que deben enviar los niños a la cama. También recordó haber pensado que la WCSH debería perder, en el acto, su licencia para emitir, si realmente aquel espantoso programa sangriento era *real*.

Lo apagó cuando la cámara dio un giro y empezó a mostrar sólo las luces del estudio que colgaban del techo. Se echó en el sofá, y se quedó mirando su propio techo. Se durmió allí. Y por la mañana, estaba bastante convencida de que había soñado todo aquel programa. Y eso era realmente el nudo de la cuestión: *todo* había empezado a parecerse a una pesadilla por la que se deslizaban y liberaban muchas ansiedades. Comenzó con la muerte de su madre. La de su padre sólo la había intensificado. Como en *Alicia*, las cosas eran cada vez más raras.

Hubo una reunión especial en la ciudad a la que acudió su padre, aunque para entonces también él estaba enfermo. Frannie, sintiéndose drogada e irreal, pero físicamente normal, había ido con él.

El ayuntamiento se hallaba atestado, mucho más lleno que durante algunas reuniones ciudadanas a finales de febrero o principios de marzo. Había mucho ruido de sonarse las narices, toses y estornudos. Los funcionarios estaban asustados y listos para encolerizarse con la menor excusa. Hablaban en voz alta y ronca. Se ponían en pie. Chascaban los dedos. Pontificaban. Muchos de ellos, y no sólo las mujeres, estallaban en sollozos.

El resultado había sido el de cerrar por completo la ciudad. No se permitiría entrar a nadie. Si la gente deseaba salir, pues estupendo, siempre y cuando comprendieran que ya no podrían regresar. Las carreteras de entrada y salida de la ciudad, sobre todo la 1, tenían que ser bloqueadas con coches. Tras una discusión a gritos que duró media hora, esto fue rectificado respecto a que había que efectuarlo con camiones. En los puntos de bloqueo unos voluntarios harían las veces de vigilantes armados con escopetas. Los que trataran de emplear la carretera 1 para ir hacia el norte o el sur, serían encaminados, si era hacia el norte, a Wells, y si era hacia el sur, hasta York, donde podrían tomar la interestatal 95, y de este modo rodear Ogunquit. Cualquiera que tratase de pasar sería abatido a tiros. «¿Hay que matarlos?», preguntaron algunos. «Claro que sí», respondieron otros.

Hubo un pequeño grupo de veinte personas que mantuvo la tesis de que aquellos que ya estuviesen enfermos deberían ser expulsados inmediatamente de la ciudad. Fueron vencidos por un inmenso número de votos en contra porque la tarde del día 24, cuando tuvo lugar la reunión, casi todo el que no estaba enfermo tenía parientes próximos o amigos que sí lo

estaban. Muchos de ellos creían las noticias oficiales, las cuales aseguraban que pronto se dispondría de una vacuna. Alegaban que cómo podrían luego mirarse a la cara si todo era al final una falsa alarma y les expulsaban como si fuesen perros apestados.

Al final se propuso sólo expulsar a los miembros de la población *veraneante* que estuviesen enfermos.

La población veraneante, que tenía allí una buena representación, alegó sombríamente que eran ellos los que habían pagado las escuelas de la ciudad, las carreteras, los que sostenían a los indigentes y mantenían las playas públicas durante años y años, a través de los impuestos que pagaban por sus casitas. Los negocios que habrían tenido que cerrar desde mediados de septiembre hasta mediados de junio, se mantenían a flote gracias a sus dólares de verano. Si iban a ser tratados así, de una forma tan injusta, el pueblo de Ogunquit podría estar seguro de que no regresarían más. Tendrían que volver a dedicarse a las langostas, las almejas y las chirlas para poder subsistir. La moción que pedía que se expulsase a la población veraneante fue derrotada por un margen considerable.

A medianoche se habían establecido ya las barreras y, al amanecer del 25, varias personas habían sido tiroteadas en las barreras. La mayoría sólo fueron heridas, pero hubo tres o cuatro muertos, casi todas personas que procedían del norte y que habían salido de Boston empujadas por un pánico inmotivado. Algunos regresaron a York prestándose de buen grado a seguir por la autopista, pero otros fueron demasiado insensatos para comprenderlo y trataron de embestir los bloqueos o rodearlos a través de los arcones de la carretera. Y pagaron por ello.

Al caer la tarde, bastantes de los hombres a cargo de las barricadas estaban enfermos y con ojos vidriosos a causa de la fiebre. Dejaban las escopetas en el suelo para poder sonarse las narices. Algunos, como Freddy Delancey y Curtis Beauchamp, se desvanecieron y fueron llevados más tarde a una improvisada enfermería que se instaló en el ayuntamiento. Murieron allí.

El día anterior por la mañana, el padre de Frannie, que se había opuesto a todo el asunto de las barricadas, se vio obligado a meterse en la cama y Frannie tuvo que empezar a cuidarlo. Él no le permitió que se lo llevase a la enfermería. Si tenía que morir, le dijo a Frannie, deseaba hacerlo en su casa, de una manera decente, en privado.

Por la tarde, el flujo del tráfico se había agotado en su mayor parte. Gus Dimsmore, el que atendía el aparcamiento público de la playa, manifestó que había tantos coches abandonados a lo largo de la calle que incluso los conductores más hábiles eran incapaces de avanzar por allí. También tenía importancia el hecho de que, en la tarde del 25, quedaban menos de tres hombres que se mantuviesen en pie y en condiciones de vigilar. Gus, que se había sentido perfectamente hasta el día anterior, se puso también enfermo y empezó a chorrearle la nariz. La única persona en la ciudad, además de ella misma, que parecía estar bien era Harold, el hermano de dieciséis años de Amy Lauder. La propia Amy había muerto antes de la primera reunión en la ciudad, con su vestido de novia aún colgado en el armario y sin estrenar.

Fran no había salido todavía hoy, y tampoco había visto a nadie desde que Gus acudió a verla la tarde anterior. Había oído coches unas cuantas veces aquella mañana y una vez las cercanas detonaciones de una escopeta, pero eso fue todo. El ininterrumpido silencio se había añadido a su sensación de irrealidad.

Y ahora había que considerar aquellos asuntos. Moscas... ojos... pastel... Frannie se percató de que estaba escuchando el frigorífico. Había un mecanismo para confeccionar cubitos de hielo, y cada veinte segundos se oía un golpe sordo en algún lugar del interior cuando se había fabricado otro cubito.

Estuvo allí sentada casi una hora, con el plato delante, y aquella expresión melancólica y semiperpleja en su rostro. Poco a poco, otro pensamiento comenzó a emerger en su mente: dos pensamientos en realidad, que parecieron al instante conectados y sin ninguna relación. ¿Serían las partes interconectadas de un pensamiento mayor? Mientras se mantenía atenta para oír los cubitos que iban cayendo en el frigorífico, los examinó. El primer pensamiento era el de que su padre estaba muerto, que había muerto en su hogar y que aquello debía haberle agradado.

El segundo pensamiento tenía que ver con el día. Era un hermoso día de verano, uno de esos días que los turistas venían a buscar en la costa. Nadie iba allí para nadar, puesto que el agua nunca estaba lo bastante cálida para hacerlo. Iban a disfrutar de días así. El sol refulgía y Frannie vio el termómetro colgado fuera de la ventana de la cocina. Marcaba veinticinco grados. Era un día hermoso y su padre estaba muerto. ¿Existía algún nexo entre lo uno y lo otro, exceptuando el efecto lacrimógeno?

Frunció el ceño, con talante confundido y apático. Su mente se ocupaba del problema y después se disparaba en otras direcciones. Pero siempre volvía al punto de partida.

Era un bello y cálido día y su padre estaba muerto.

Tuvo una revelación repentina y cerró los ojos con fuerza, como si la hubieran golpeado.

Al mismo tiempo, sus manos brincaron involuntariamente sobre el mantel, tirando al suelo el plato, que se hizo añicos, y Frannie gritó llevándose las manos a las mejillas, donde sus dedos trazaron surcos. La perpleja y apática vaguedad se borró de sus ojos, que enseguida adquirieron una expresión penetrante y directa. Fue como si la hubieran abofeteado o le hubieran colocado un frasco de amoníaco debajo de la nariz.

No puedes conservar el cadáver en la casa. Estamos en pleno verano.

La apatía empezó a infiltrarse de nuevo, difuminando los contornos del pensamiento. La magnitud del horror empezó a oscurecerse, a amortiguarse... Escuchó de nuevo el desprendimiento y la caída de los cubitos de hielo.

Combatió esa distracción. Fue hasta el fregadero, abrió completamente el grifo, ahuecó las manos debajo y se arrojó agua contra sus mejillas, conmocionando su piel un poco sudorosa.

Podría divagar todo el rato que quisiera, pero antes tendría que resolver ese problema. No podía dejarlo en la cama mientras junio dejaba paso a julio. Existían demasiadas semejanzas con el cuento de Faulkner que figuraba en todas las antologías para estudiantes universitarios: «Una rosa para Emily». Los padres de la ciudad no sabían cuál era el origen de esa pestilencia, pero después de un tiempo desapareció. Era... era...

—¡No! —exclamó en voz alta dentro de la cocina soleada.

Empezó a pasearse de un lado a otro pensando en eso. Lo primero que se le ocurrió fue recurrir a la funeraria local. Pero quién... quién...

—¡Deja de rehuirlo! —vociferó, furiosa, en la solitaria cocina—. ¿Quién lo enterrará?

Y el sonido de su voz trajo la respuesta. Estaba muy claro: ella lo haría. ¿Quién si no? Ella.

Eran las dos y media de la tarde cuando oyó que el coche entraba por el camino particular de la casa, con un perfecto ronroneo de su potente motor. Frannie depositó la pala sobre el borde de la fosa (estaba cavando en el huerto, entre los tomates y las lechugas) y se volvió, un poco asustada.

Era un Cadillac cupé de Ville flamante, de color verde botella, y de él se apeó Harold Lauder. Gordo, de dieciséis años. Frannie experimentó un instantáneo disgusto. No estimaba a Harold, y no conocía a nadie que lo estimara. Ni siquiera su difunta hermana Amy. Probablemente su madre sí lo había querido. Fran interpretó como una ironía del destino que la única persona que quedaba en Ogunquit, además de ella, fuera uno de los pocos que le disgustaban realmente.

Harold editaba la revista literaria de la escuela secundaria de Ogunquit y escribía extraños cuentos narrados en presente o enfocados desde la perspectiva de la segunda persona, o con ambas características a la vez. «Atraviesas el delirante pasillo, te abres camino a través de la astillada puerta y miras las carreras de las estrellas...». Aquél era el estilo de Harold.

«Se hace una paja en los pantalones —le había confiado una vez Amy a Fran—. ¿No te parece repugnante? Se masturba en los pantalones y usa los mismos calzoncillos casi hasta que se tienen tiesos por sí solos».

Harold tenía el cabello negro y grasiento. Era bastante alto, alrededor de un metro ochenta y dos. Pero pesaba casi ciento veinte kilos. Usaba con preferencia botas de vaquero de punta aguda, anchos cinturones de tipo militar, de los que tiraba constantemente hacia arriba, y camisas floreadas que se hinchaban sobre su cuerpo como velas. A Frannie no le interesaba con cuánta frecuencia se masturbaba ni cuánto pesaba. Pero, al mirarlo, se sentía siempre incómoda y un poco asqueada, como si intuyera que casi todos los pensamientos de Harold estaban ligeramente recubiertos de baba. No pensaba que Harold pudiera ser peligroso, ni siquiera en una situación como ésa, pero sería tan desagradable como siempre, y tal vez aún más.

No la había visto. Miraba hacia la casa.

—¿Hay alguien? —gritó.

Después, metió la mano por la ventanilla del Cadillac e hizo sonar el claxon.

El ruido laceró los nervios de Frannie. Se habría quedado callada de no haber sido porque, al darse la vuelta para subir al coche, Harold habría visto la excavación, y a ella sentada en su extremo. Por un momento sintió la tentación de internarse más en el huerto y permanecer allí hasta que él se fuera.

Basta, se dijo, basta. Al fin y al cabo es otro ser humano vivo.

—¡Estoy aquí, Harold! —exclamó.

Harold dio un respingo y sus gordas nalgas se estremecieron dentro de los ceñidos pantalones. Resultaba obvio que todo había sido una formalidad y no había previsto obtener respuesta. Se dio vuelta y Fran caminó hasta el borde del huerto, resignada a que él la contemplara tal y como iba vestida, con sus *shorts* blancos de gimnasia y su blusa. Los ojos de Harold reptaron ávidamente sobre ella.

—¿Qué tal, Fran? —dijo con tono alegre.

—Hola, Harold.

—Me enteré de que resistías esta horrible enfermedad, de modo que decidí pasar por aquí. Estoy elaborando un censo de población.

Le sonrió, mostrando unos dientes que sólo tenían encuentros esporádicos con el cepillo.

—Me afligió mucho la muerte de Amy, Harold. ¿Tu madre y tu padre han...?

—Me temo que sí —respondió él, inclinó la cabeza un momento y después la levantó bruscamente, haciendo ondear su pelo apelmazado—. Pero la vida continúa, ¿no es así?

—Supongo que sí —murmuró ella.

Los ojos de Harold se habían posado de nuevo en sus pechos, y lamentó no llevar puesto un suéter.

—¿Te gusta mi coche?

—Es el de Brannigan, ¿verdad?

Roy Brannigan era un agente de la propiedad local.

—Era de él —respondió Harold—. Antes, en aquellos tiempos de escasez, yo pensaba que cualquiera que condujese un chupagasolina como éste debería ser colgado del letrero de la gasolinera más próxima, pero todo eso ha cambiado. Menos gente implica más petróleo.

Petróleo, pensó ella estupefacta, ha dicho petróleo.

—Hay abundancia de todo —concluyó Harold.

Sus ojos despidieron un destello fugaz cuando bajaron hacia el ombligo de Fran, que la blusa, muy breve, dejaba al descubierto, y después subieron hacia su rostro, bajaron a sus *shorts*, y saltaron otra vez a su cara. Su sonrisa era al mismo tiempo jovial y ofuscada.

—Harold, si me disculpas...

—¿Pero qué hacías, cariño?

La irrealidad empezaba a infiltrarse de nuevo. Fran se preguntó cuánto podía soportar el cerebro humano antes de restallar como una goma tensada más allá del límite de resistencia. Mis padres han muerto, pero puedo sobrellevarlo. Una extraña epidemia parece haberse extendido por todo el país, quizá por todo el mundo, aniquilando a justos y pecadores por igual... y puedo sobrellevarlo. Estoy cavando una fosa en el huerto que mi padre escardaba hace una semana, y supongo que cuando sea suficientemente profunda lo meteré dentro... y creo que puedo sobrellevarlo. Pero esto de que Harold Lauder se pasee en el Cadillac de Roy Brannigan, me coma con los ojos y me llame «cariño»...

—Harold —dijo con tono paciente—. No soy tu cariño. Soy cinco años mayor que tú.

—Ya —contestó él, parpadeando ligeramente al percibir la ira controlada de Frannie—. Bueno... ¿qué es eso? ¿Una fosa?

—Es una tumba para mi padre.

—Oh —murmuró Harold Lauder, con una vocecilla que denotaba nerviosismo.

—Entraré para beber agua antes de terminarla. Francamente, Harold, prefiero que te vayas. Estoy ofuscada.

—Lo entiendo —asintió él secamente—. Pero Fran... ¿en el huerto?

Ella ya se había encaminado hacia la casa, y al oír esto se volvió furiosa.

—¿Qué sugieres? ¿Que lo meta en un ataúd y lo arrastre hasta el cementerio? ¿Para qué, en nombre de Dios? ¡Él adoraba su huerto! ¿Y a ti qué te importa, después de todo?

Empezaba a llorar. Se volvió y corrió hacia la cocina. Estuvo a punto de tropezar con el parachoques delantero del Cadillac. Sabía que Harold debía de estar contemplando su trasero, acumulando escenas para la película pornográfica que proyectaba sin cesar en su cerebro, y esto la hizo sentirse más colérica, triste y llorosa que antes.

La puerta se cerró tras ella con un golpe. Se encaminó hacia el fregadero y bebió tres vasos de agua fría, con demasiada prisa. Un clavo plateado de dolor se incrustó en su frente. Su estómago sorprendido se acalabró y ella se apoyó un momento sobre el fregadero de porcelana, con los ojos entrecerrados, preguntándose si iba a vomitar. Al cabo de un instante el estómago le comunicó que toleraría el agua fría, por lo menos de momento.

—¿Fran?

Se volvió y vio a Harold al otro lado de la puerta, con las manos colgando a los costados. Parecía preocupado y afligido, y de pronto ella se apiadó. Harold Lauder, paseándose por esa ciudad triste y devastada en el Cadillac de Roy Brannigan. Harold Lauder, que probablemente nunca había salido con una chica en toda su vida y que por ella fingía una actitud que él consideraba de desdén mundano. Por las chicas, por los amigos, por todo.

—Lo siento, Harold.

—No, yo no tenía derecho a entrometerme. Escucha, si quieres, puedo ayudarte.

—Gracias, pero prefiero hacerlo sola. Es...

—Es algo personal. Claro que sí. Lo entiendo.

Frannie podía haber sacado un suéter del armario de la cocina. Pero él habría entendido por qué lo hacía y no quería volver a avergonzarlo. Volvió a salir al porche y ambos se quedaron un rato, mirando el huerto y el hoyo con la tierra apilada en torno. La tarde zumbaba perezosamente como si nada hubiera cambiado.

—¿Qué harás ahora? —preguntó a Harold.

—Lo ignoro. Ya sabes... —Su voz se apagó poco a poco.

—¿Qué?

—Bueno, me cuesta decirlo. No soy una de las personas más queridas de esta pequeña comarca de Nueva Inglaterra. Dudo que hubiesen alzado una estatua en mi recuerdo si me hubiese convertido en un escritor famoso, como soñé alguna vez. Entre paréntesis, pienso que me convertiré en un viejo de larga barba antes de que haya otro escritor famoso.

Fran no dijo nada. Se limitó a seguir mirándolo.

—Así —continuó él, y su cuerpo se convulsionó como si la palabra hubiese salido disparada—, así que debo sentirme maravillado por esta injusticia. La injusticia me parece tan monstruosa que me resulta más fácil pensar que al fin los gandules que asisten a nuestro centro local de sabiduría han conseguido enloquecerme.

Se ajustó sus gafas y ella notó, compasiva, que su acné era en verdad horrible. Se preguntó si nadie le había informado que el agua y el jabón lo mejorarían un poco. ¿O acaso todos habían estado demasiado abstraídos contemplando cómo la bella y menuda Amy se ajetreaba por la Universidad de Maine con un promedio de 3,8, para graduarse en el vigésimo tercer lugar en un curso de más de mil alumnos? La bella Amy, tan inteligente y vivaz, pero su hermano era irritante.

—Enloquecerme —repitió Harold con voz queda—. He estado dando vueltas en un Cadillac por la ciudad con mi permiso de principiante. Y mira estas botas de vaquero relucientes, con rebuscadas costuras. Veintiséis dólares. Entré sencillamente en el Shoe Boat y elegí mi número. Me siento como un impostor. Un actor en escena. Hoy ha habido momentos en los que creí estar loco.

—No —respondió Frannie.

Olía como si no se hubiera bañado durante los últimos tres o cuatro días, pero ya no la asqueaba.

—¿Cómo dice la canción? ¿Estaré en tu sueño si tú estás en el mío? No estamos locos, Harold.

—Quizá fuese mejor que lo estuviéramos.

—Alguien vendrá. Después de un tiempo. Después de que esta enfermedad, sea cual sea, haya remitido.

—¿Quién puede venir?

—Alguien con autoridad —contestó ella con tono inseguro—. Alguien que... bueno, que restaure el orden.

Harold rió amargamente.

—Cariño... Oh, disculpa. Fran, fueron las personas con autoridad las que *hicieron* esto. Se especializan en restaurar el orden. Han resuelto la crisis económica, la contaminación, la escasez de petróleo y la guerra fría, todo de un plumazo. Sí, claro que restauraron el orden. Lo han solucionado todo de la misma manera, como Alejandro lo del nudo gordiano: cortándolo por la mitad con su espada.

—Pero no es más que una *gripe* rara, Harold. Lo dijo la radio...

—La naturaleza no actúa así, Fran. Tus personas con autoridad congregaron a una legión de bacteriólogos, virólogos y epidemiólogos en una dependencia oficial para verificar cuántos bichos raros podían engendrar. Bacterias. Virus. Plasma de gérmenes. Y un buen día un bien pagado pelotillero dijo: «Mirad lo que he hecho. Lo mata casi todo. ¿No es algo grande?». Y le dieron una medalla, una prima y un apartamento. Luego, alguien lo propagó. ¿Qué piensas hacer, Fran?

—Enterraré a mi padre —murmuró ella con actitud apacible.

—Oh..., por supuesto. —La miró un momento y después agregó atropelladamente—: Escucha, yo me iré de aquí, de Ogunquit. Si me quedo más tiempo enloqueceré de veras. Fran, ¿por qué no te vienes conmigo?

—¿Adonde?

—No lo sé. Todavía no.

—Bueno, si se te ocurre algún lugar, ven a comunicármelo.

Harold se animó.

—Está bien, lo haré. Es...

Dejó la frase en suspenso y empezó a bajar los escalones del porche como si estuviera en trance. Sus botas de vaquero refulgían al sol. Fran lo miró con una risa triste.

Le hizo un ademán de despedida antes de sentarse al volante del Cadillac. Fran, a su vez, también levantó una mano. El coche dio un brinco poco profesional cuando él metió la marcha atrás, y luego retrocedió por la entrada de vehículos calándose unas cuantas veces. Giró a la izquierda, aplastando algunas de las flores de Carla y casi chocó con una columna al dar la vuelta para volver a la calle. Luego tocó el claxon un par de veces y desapareció. Fran se quedó mirándolo hasta que se hubo perdido de vista y luego volvió al huerto de su padre.

Pasadas las cuatro subió al primer piso arrastrando los pies, obligándose a caminar. Un dolor sordo, causado por el calor, el esfuerzo y la tensión, le martirizaba las sienes y la frente. Se había dicho que podía esperar un día más, pero eso sólo habría empeorado las cosas. Llevaba debajo del brazo el mejor mantel de damasco de su madre, que reservaba para las visitas.

Aquello no marchó tan bien como había confiado, pero las cosas tampoco fueron tan mal. Tenía moscas en la cara, relucientes, frotándose las patas anteriores y luego separándolas otra vez; su piel se había oscurecido un poco, pero estaba tan moreno de trabajar en el jardín que aquello resultaba poco perceptible... siempre y cuando procuraras no pensar en ello. No se percibía olor, que era lo que más había temido.

La cama donde había muerto era la de matrimonio, la que había compartido durante muchos años con Carla.

Puso el mantel encima de la mitad de la cama correspondiente a su madre, de modo que el borde tocaba el brazo de su padre, la cadera y la pierna. Luego, tragando saliva (la cabeza le latía con violencia), se preparó para envolver a su padre en su sudario.

Peter Goldsmith llevaba su pijama a rayas y esto la desconcertó. Era algo tremendamente frívolo. Pero la cosa resultaría igual. Ni siquiera se permitió pensar en que debería desnudarlo y vestirlo de nuevo.

Tratando de fortalecerse al máximo, le agarró el brazo izquierdo. Estaba tan rígido como un mueble. Empujó para darle la vuelta. Mientras lo hacía el cadáver soltó un terrible y prolongado eructo que se prolongó, frotando en su garganta como si una cigarra se hubiese abierto camino hasta allí.

Dio un chillido, se tambaleó y se golpeó con la mesilla de noche. Sus peines, sus cepillos, el despertador, un montoncito de calderilla suelta y algunos gemelos y clips tintinearón y cayeron al suelo. Ahora sí se percibió un olor, un olor corrupto y gaseoso. La última parte de la niebla protectora que la había envuelto se disipó y supo la verdad. Se dejó caer de rodillas, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a gemir. No estaba enterrando ninguna muñeca de tamaño natural; lo que enterraba era a su *padre*, y el último resto de humanidad, de verdad, era aquel nauseabundo olor que flotaba en el aire. Y muy pronto habría también desaparecido.

El mundo se volvió gris y el sonido de su propia pena, de su ronco gemido, comenzó a hacerse distante, como si alguien más estuviese profiriendo aquellos ruidos, tal vez alguna de aquellas mujercitas morenas que se ven en los noticiarios de la televisión. Transcurrió cierto tiempo, no tuvo la menor idea de su duración, y luego, poco a poco, volvió en sí misma y al conocimiento de todo cuanto aún le quedaba por hacer. Se trataba de cosas que hasta entonces no se había permitido realizar.

Se acercó a él y le dio la vuelta. Emitió otro eructo, éste más leve.

Le besó la frente.

—Te quiero, papá —dijo—. Te quiero. Frannie te quiere.

Sus lágrimas cayeron sobre el rostro de él. Le quitó el pijama y lo vistió con su mejor traje, casi sin sentir la sorda palpitación de su espalda, el dolor del cuello y los brazos al levantar cada parte de su cuerpo para vestirla, y al dejarla caer para pasar a la siguiente. A fin de

anudarle correctamente la corbata le apoyó la cabeza entre dos volúmenes del *Libro de la sabiduría*. En el último cajón, debajo de los calcetines, encontró sus condecoraciones militares: el Corazón Púrpura, las medallas por buena conducta, las cintas de sus campañas... y la Estrella de Bronce ganada en Anzio. Se las prendió a la solapa. En el cuarto de baño encontró talco y le espolvoreó la cara, el cuello y las manos. El perfume del talco, dulce y nostálgico, le hizo llorar de nuevo. El sudor humedecía su cuerpo. Tenía oscuras ojeras de extenuación.

Lo envolvió en el mantel, cogió el costurero de su madre y cosió los bordes. Después hizo otra doblez y volvió a cosérselo. Con un gruñido, siseante consiguió bajar el cuerpo al suelo sin dejarlo caer. Después, lo cogió por las axilas, lo arrastró hasta el rellano de la escalera y lo deslizó con el mayor cuidado, hasta la planta baja. Se detuvo entonces, resollando. Ahora la jaqueca era muy intensa, y la agujoneaba con fuertes punzadas.

Arrastró el cadáver por el pasillo y a través de la cocina, y lo sacó al porche. Bajó por los peldaños. Tuvo que volver a descansar. Ahora la luz dorada del crepúsculo pincelaba la tierra. Entró otra vez en crisis y se sentó junto a él, con la cabeza sobre las rodillas, meciéndose atrás y adelante, llorando. Los pájaros gorjeaban. Por fin consiguió arrastrarlo hasta el huerto.

Cuando hubo terminado y los últimos terrones de tierra estuvieron de nuevo en su lugar (los había acondicionado sobre sus rodillas, como si estuviera armando un rompecabezas), ya eran las nueve menos cuarto. Estaba sucia. Sólo la piel que le circundaba los ojos aparecía blanca, porque la habían lavado las lágrimas. Se bamboleaba presa del agotamiento. El cabello le colgaba apelmazado sobre las mejillas.

—Descansa en paz, papá —murmuró.

Arrastró la pala hasta el taller de su padre y la arrojó dentro con indiferencia. Tuvo que descansar dos veces mientras subía los seis escalones del porche trasero. Atravesó la cocina sin encender las luces y se quitó las zapatillas con un puntapié al entrar en la sala. Se dejó caer en el sofá y se durmió instantáneamente.

En el sueño subía una vez más las escaleras, en busca de su padre, para cumplir con su deber y sepultarlo decorosamente. Pero cuando entró en la habitación el cuerpo ya estaba cubierto por el mantel y su sentimiento de aflicción y pérdida se trocó en otro parecido al miedo. Atravesó la alcoba en penumbra, contra su voluntad, con un súbito deseo de huir; pero sin poder detenerse. El mantel refulgió en las sombras, espectral, macabro, y ella comprendió:

El que estaba debajo no era su padre. Y tampoco estaba muerto.

Algo... alguien... impregnado de vida abyecta y de abominable regocijo se hallaba allí abajo, y arriesgaría más de lo que valía su existencia si levantaba el mantel, pero no podía detener sus pies...

Su mano se adelantó sobre el mantel... y lo apartó bruscamente.

Él sonreía pero no le vio las facciones. De esa sonrisa pavorosa se desprendió una corriente de aire helado. No, no veía sus facciones, pero sí vio el obsequio que ese fantasma inocuo había traído para su bebé: una percha de alambre retorcida.

Echó a correr, huyendo de la habitación, del sueño, elevándose, aflorando brevemente a la superficie...

Aflorando brevemente a la superficie en la oscuridad que envolvía la sala a las tres de la mañana, con su cuerpo ya deshilachado y desplegado, que sólo dejaba tras de sí una sensación de calamidad como el regusto rancio de un alimento podrido. En ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia, pensó: es él, el *Dandy*, el hombre sin rostro.



Después volvió a dormirse, esta vez sin soñar, y cuando despertó a la mañana siguiente no recordaba en absoluto la pesadilla. Pero al pensar en la criatura, la embargó un feroz instinto protector, un sentimiento que la dejó perpleja y la asustó un poco por su vehemencia e intensidad.

Esa misma noche, mientras Larry Underwood dormía con Rita Blakemoor y mientras Frannie Goldsmith dormía sola, soñando su sueño ominoso, Stuart Redman esperaba a Elder. Hacía tres días que lo aguardaba... Y esa noche Elder no lo desilusionó.

El día 24, inmediatamente después del mediodía, Elder había entrado con dos enfermeros y se había llevado el televisor. Los enfermeros lo habían transportado mientras Elder empuñaba su revólver y apuntaba a Stu. Pero éste ya no necesitaba el televisor. Sólo difundía un montón de basura ininteligible. Lo único que podía hacer era postrarse junto a la ventana enrejada y contemplar la ciudad que se levantaba allá abajo, a orillas del río. Como decía la canción: «No necesitas ser un meteorólogo para saber de dónde sopla el viento».

Las chimeneas de la fábrica textil ya no desprendían humo. Las tinturas multicolores que contaminaban el río habían desaparecido. La mayoría de los coches, que desde lejos parecían juguetes resplandecientes, habían abandonado el estacionamiento de la fábrica y no habían vuelto. El día anterior, el 26, sólo unos pocos automóviles circulaban por la autopista, y éstos debían eludir los embotellamientos como esquiadores en un *slalom*. Ninguna grúa había retirado los vehículos abandonados.

La parte baja de la ciudad se desplegaba a sus pies como un mapa en relieve, y parecía abandonada por completo. El reloj del ayuntamiento, que había desgarnado las horas de su encierro, no tañía desde las nueve de la mañana, y la melodía que precedía a las campanadas se había amortiguado, débil y exhausta. Estalló un incendio en lo que parecía una cafetería de la carretera, o quizá sólo un almacén de las afueras. Estuvo ardiendo alegremente durante toda la tarde. El humo negro ascendía al cielo azul; pero no llegó ningún coche de bomberos para extinguirlo. Si el edificio no se hubiera levantado en medio de un aparcamiento de asfalto, probablemente el fuego habría consumido la mitad de la ciudad. Esa noche las ruinas aún seguían humeando a pesar de que por la tarde había caído un chaparrón.

Stu suponía que la orden final de Elder consistía en matarlo. ¿Por qué no? Sólo sería un cadáver más, y conocía el pequeño secreto. No habían podido encontrar un antídoto ni descubrir en qué se diferenciaba su organismo del de aquellos que habían sucumbido. Sin duda la idea de que quedaban muy pocos a quienes podría revelarles el secreto no había entrado jamás en sus cálculos. Él era un cabo suelto, mantenido hasta entonces como huésped de un hatajo de soplapollas.

Stu estaba seguro de que al héroe de un serial de televisión o de una novela ya se le habría ocurrido un sistema para escapar. E incluso a algunas personas de carne y hueso. Pero él no se contaba entre ellas. Con cierta resignación aterrada, había llegado a la conclusión de que lo único que podía hacer era aguardar a Elder y tratar de estar preparado.

Elder era el testimonio más evidente de que lo que unas veces denominaban «Azul» y otras «supergripe» había irrumpido en esa instalación. Las enfermeras le llamaban doctor Elder; pero no era doctor. Rondaba los cincuenta, su mirada era dura y carecía de sentido del humor. Ninguno de los médicos anteriores había tenido la necesidad de apuntarle con un revólver. Elder lo asustaba porque sería imposible razonar o argumentar con él. Elder esperaba órdenes. Cuando las recibiera, las cumpliría. Era la versión militar de un asesino a sueldo, y jamás se le ocurriría incumplir dichas órdenes a la luz de los últimos acontecimientos.

Hacía tres años, Stu había comprado un libro llamado *Watership Down* para mandárselo a un sobrino suyo en Waco. También preparó un paquete para meter el libro dentro y luego, como aborrecía envolver regalos mucho más que odiaba leer, había mirado la primera página, pensando que averiguaría sobre qué trataba. Pero leyó la primera página, luego la segunda... y al final quedó hechizado. Se había mantenido despierto toda la noche, bebiendo café, fumando y abriéndose paso página tras página, de la misma manera que lo hace un hombre no acostumbrado a leer que descubre el placer de hacerlo. Por el amor de Dios, aquello trataba de conejos... Los animales más estúpidos y cobardes que existen sobre la Tierra... Pero el tipo que había escrito el libro los hacía parecer diferentes. Realmente te gustaban. Era un relato muy bueno; y Stu, que leía a paso de tortuga, lo acabó dos días después.

La cosa que más recordó del libro fue: «quedarse alelado» o sólo «alelado». Lo comprendió al instante, porque había visto muchos animales en ese estado y había arrollado a unos cuantos en la carretera. Un animal alelado se queda en mitad de la calzada, con las orejas

hacia atrás, observando al coche que se precipita contra él, incapaz de moverse a pesar de su muerte inminente. Un ciervo podría alelarse sólo por recibir un destello de luz en los ojos. La música muy alta podía provocar algo parecido a los mapaches. Y dar golpes constantes en los barrotes de su jaula podría inducir a un loro a un estado así.

Elder hacía que Stu se sintiera de esta manera. Si le miraba los ojos azules, toda la voluntad se le escapaba. Tal vez Elder no necesitase de una pistola para quitarle de en medio. Probablemente había seguido cursos de kárate, artes marciales y toda clase de trucos sucios. ¿Qué podría hacer él con un tipo así? Sólo pensar en Elder originaba que su voluntad tratase de abandonarle. Alelado. Era una buena palabra para ese estado de la mente.

El piloto rojo sobre la puerta se encendió poco después de las diez de la noche, y Stu sintió que un ligero sudor le humedecía los brazos y la cara. Eso le sucedía siempre que se encendía la luz roja. Porque, en una de esas ocasiones, Elder entraría solo. No quería tener testigos. En alguna parte debía de haber un horno para la cremación de las víctimas de la plaga. Elder lo arrojaría a su interior. Un tijeretazo. Basta de cabos sueltos.

Elder entró. Solo.

Stu estaba sentado en el borde de la cama, con una mano apoyada en el respaldo de la silla. Al ver a Elder experimentó el habitual vuelco en el estómago. Y la acostumbrada necesidad de soltar un torrente de súplicas, a pesar de que sabía que serían inútiles. En el rostro que había detrás del visor del traje blanco no cabía la piedad.

Ahora todo le pareció muy claro, con mucho color, muy lento. Tenía la impresión de que sus ojos giraban dentro de una cápsula lubricada a medida que seguían a Elder por la habitación. Era un hombre corpulento, fornido, y el traje blanco le quedaba demasiado ceñido. El orificio del cañón de su revólver parecía tener las dimensiones de un túnel.

—¿Cómo se siente? —preguntó Elder.

Incluso a través del altavoz, Stu captó su tono gangoso. Elder estaba enfermo.

—Igual que antes —respondió Stu, sorprendido por el aplomo de su voz—. Oiga, ¿cuándo me dejarán salir de aquí?

—Muy pronto —respondió Elder, y estornudó—. Usted no es muy locuaz, ¿verdad?

Stu se encogió de hombros.

—Esa cualidad me gusta —prosiguió Elder—. Los charlatanes son tipos quejosos, plañideros y lameculos. Hace veinte minutos recibí la orden que le concierne, señor Redman. No es una orden muy agradable, pero creo que sabrá afrontarla.

—¿Qué orden?

—Bueno, me han ordenado que...

Stu miró por encima del hombro de Elder hacia el marco alto, remachado, de la compuerta automática.

—¡Joder! —exclamó—. Ésa es una condenada rata. ¿Qué hospital es éste, donde hay ratas?

Elder se volvió. Al principio Stu quedó tan sorprendido por el éxito de su treta que casi no atinó a actuar. Después cogió el respaldo de la silla con ambas manos cuando Elder empezaba a girarse hacia él. Elder tenía los ojos desencajados, con una repentina expresión de alarma. Stu levantó la silla y la descargó sobre Elder con toda la fuerza de sus noventa kilos.

—¡Eh! —vociferó Elder—. ¡No...!

La silla se estrelló contra su brazo derecho. El arma se disparó, desintegrando la funda, y la bala rebotó contra el suelo. El revólver cayó sobre la alfombra, donde volvió a dispararse.

Stu tenía miedo de no disponer más que de un solo golpe antes de que Elder se recuperara. Resolvió sacar el mayor partido. La silla describió un arco de gran magnitud y descendió con fuerza. Elder trató de levantar su brazo derecho y no lo consiguió. Las patas de la silla golpearon la escafandra blanca. El visor de plástico se astilló sobre los ojos y la nariz de Elder, que aulló y cayó hacia atrás.

Rodó sobre el suelo y manoseó el revólver que yacía sobre la alfombra. Stu blandió la silla por última vez y la descargó sobre la nuca de Elder, que se derrumbó. Stu se agachó, jadeando, y recogió el revólver. Retrocedió, apuntando al cuerpo postrado, pero Elder no se movió.

Por un momento le atormentó una pesadilla: ¿y si las órdenes de Elder no eran las de matarlo sino las de ponerlo en libertad? Pero aquello carecía de sentido, ¿verdad? Si le habían ordenado liberarlo, ¿por qué darle tantas vueltas al asunto? ¿Qué quería decir con que no se trataba de una «orden agradable»?

No... Habían mandado a Elder para que le matara.

Stu se quedó mirando el cuerpo inerte, temblando como una hoja. Si Elder se ponía repentinamente en pie, pensó, probablemente no le acertaría con las cinco balas a

quemarropa. Pero no creía que Elder fuera a levantarse. Ni ahora ni nunca.

De pronto, la necesidad de salir de allí fue tan acuciante que casi atravesó la compuerta neumática a ciegas para irrumpir al otro lado. Hacía más de una semana que estaba encerrado y lo único que anhelaba era respirar aire fresco y huir de aquel lugar espantoso.

Pero debía proceder con cautela.

Stu se metió en la compuerta y apretó un botón con la leyenda ciclo. Una bomba de aire funcionó brevemente y se abrió la puerta exterior. Del otro lado había una habitación pequeña con una mesa de despacho. Sobre ésta descansaba una serie de expedientes médicos... y sus ropas, las que había usado en el vuelo de Braintree a Atlanta. El dedo helado del pánico volvió a tocarlo. Sin duda todo eso lo habría acompañado al crematorio. Los expedientes, las ropas. Adiós, Stuart Redman. Stuart Redman no habría existido nunca.

Stu oyó un ruidito a sus espaldas, y se apresuró a volverse. Elder se tambaleaba hacia él, doblado en dos, con las manos colgantes. Una astilla mellada de plástico estaba clavada en su ojo sangrante. Sonreía.

—No se mueva —le ordenó Stu.

Le apuntó con el arma, sosteniéndola con ambas manos... a pesar de lo cual el cañón temblaba.

Elder no dio señales de haberlo oído. Siguió avanzando. Stu apretó el gatillo. El revólver reculó en sus manos y Elder se paró. Su sonrisa se transformó en una mueca, como si súbitamente lo hubiera atacado un cólico intestinal. Ahora había un pequeño orificio en la pechera de su uniforme blanco. Se bamboleó un momento y se desplomó. Stu sólo atinó a mirarlo, paralizado, y después salió torpemente de la habitación, dejando sus efectos personales apilados sobre el escritorio.

Probó la puerta del fondo y la abrió. Del otro lado había un corredor iluminado por mortecinos fluorescentes. A mitad de trayecto hacia el hueco de los ascensores, frente a lo que quizá era la sala de enfermeras, había una mesita rodante. Oyó un débil gemido. Alguien tosió con un largo estertor convulsivo y desgarrador.

Volvió a la habitación y recogió sus ropas. Luego salió, cerró la puerta a su espalda y echó a andar por el pasillo. La mano le sudaba alrededor de la culata del arma de Elder. Cuando llegó a la mesilla, miró hacia atrás, alarmado por el silencio y la soledad. La tos se había interrumpido. Stu esperaba ver a Elder arrastrándose en pos de él, obsesionado por cumplir la orden final. Lo curioso era que añoraba las dimensiones cerradas y conocidas de aquella habitación.

Volvió a oír el gemido, ahora más potente. Otro corredor se cruzaba perpendicular a ése, frente a los ascensores, y contra la pared estaba apoyado un hombre que Stu reconoció como uno de los enfermeros. Tenía la cara hinchada y ennegrecida, y su pecho subía y bajaba con movimientos espasmódicos. Mientras Stu lo miraba, volvió a gemir. Detrás de él yacía un hombre muerto, enroscado en posición fetal. Más allá había otros tres cadáveres, uno de los cuales era una mujer. El enfermero (Stu recordó que se llamaba Vic) empezó a toser de nuevo.

—Mierda —exclamó Vic—. ¿Qué hace fuera? Se supone que no debe salir...

—Elder fue a ocuparse de mí, pero fui yo quien me ocupé de él. Por suerte, él estaba enfermo.

—Pues sí que tiene suerte... —asintió Vic, y de su pecho brotó otro acceso de tos—. Esto duele, no puede imaginar cuánto duele. Estamos jodidos. Que el cielo me ampare.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Stu torpemente.

—Puede apoyar el revólver contra mi sien y apretar el gatillo. Siento que me desgarran las entrañas...

Empezó a toser de nuevo y gimió impotente.

Pero Stu no pudo hacerlo, y cuando continuaron los gemidos sordos de Vic, perdió la entereza. Corrió hacia los ascensores, alejándose de ese rostro ennegrecido que parecía una luna durante un eclipse parcial, esperando que Vic lo llamara con la voz estridente y siempre virtuosa que suelen emplear los enfermos cuando necesitan algo de los sanos. Pero Vic se limitó a seguir gimiendo y eso fue aún peor.

La puerta del ascensor se había cerrado y la cabina ya estaba descendiendo cuando a Stu se le ocurrió que podía tratarse de una trampa. Tal vez gas venenoso, o un cortocircuito que desenganchara los cables y mandara el ascensor a toda velocidad por el pozo hasta estrellarlo en el fondo. Entró hasta el centro de la cabina y miró nerviosamente en busca de alguna abertura o respiradero. La claustrofobia le acarició macabramente y de repente el ascensor le pareció una cabina telefónica y un ataúd. ¿Un entierro anticipado?

Alargó un dedo para pulsar el *stop* y luego se preguntó qué pasaría si se paraba entre dos plantas. Antes de que pudiera responderse a esta pregunta, el ascensor disminuyó la marcha con suavidad hasta pararse con normalidad.

¿Qué pasará si ahí fuera hay hombres armados?

Pero el único centinela que surgió al abrirse la entrada del ascensor fue una mujer muerta, con uniforme de enfermera. Estaba curvada en una posición fetal al lado de una puerta en la que se leía mujeres.

Stu se quedó mirándola y luego la puerta comenzó a cerrarse, pero introdujo la mano y la hoja se deslizó hacia atrás. Salió. El pasillo llevaba hasta una bifurcación en forma de T y se dirigió hacia allí, mientras sorteaba a la enfermera muerta.

Oyó un ruido detrás de él. Se volvió con la pistola preparada, pero sólo se trataba de la puerta del ascensor cerrándose por segunda vez. La observó, tragó saliva y siguió andando. La claustrofobia seguía pulsando obstinada en su columna vertebral, diciéndole que acelerase el paso, que saliese de allí lo más pronto posible antes de que alguien o *algo* lo atrapase. Los ecos de sus pisadas en aquel pasillo medio a oscuras del ala administrativa se parecían mucho a un macabro compañero: *¿Vamos a jugar, Stuart? Muy bien*. Pasó delante de unas puertas con paneles de cristal esmerilado, cada una de las cuales tenía su propia historia que contar: DR. SLOANE. REGISTROS Y TRANSCRIPCIONES. SR. BALLINGER. MICROFILMES. COPIAS DE ARCHIVOS. SRA. WIGGS. Tal vez fuese allí donde se tramasen todas las cosas, pensó Stu.

En la bifurcación en T había un surtidor de agua, pero su sabor caliente y a cloro le revolvió el estómago. A su izquierda no había salida; un letrero en la pared de baldosas con una flecha anaranjada debajo decía: PABELLÓN DE LA BIBLIOTECA. El pasillo parecía extenderse kilómetros y kilómetros. A unos cincuenta metros se veía el cadáver de un hombre con un traje blanco, semejante a un extraño animal arrojado en una playa.

El dominio de sí mismo iba empeorando. Aquel lugar era mucho más grande de lo que imaginaba. No es que pudiera calcular muchas cosas a partir de lo que había visto al entrar allí por primera vez, pues sólo se trató de dos vestíbulos, un ascensor y una habitación. Ahora supuso que aquello debía de ser del tamaño de un gran hospital metropolitano. Podría deambular durante horas, con sus pisadas resonando, descubriendo algún cadáver de vez en cuando. Estaban distribuidos como los premios en una fantasmagórica caza del tesoro. Recordó haber llevado a Norma, su mujer, a un gran hospital de Houston cuando le diagnosticaron el cáncer. Cada lugar al que llegabas tenía pequeños planos en las paredes con flechitas que señalaban un punto. Las letras escritas en la flecha decían: USTED ESTÁ AQUÍ. Aquello lo ponían para que la gente no se perdiera. Y él lo estaba ahora: *perdido*. Oh, cariño, está mal. Es igual de malo.

—No te alees ahora, eres casi un hombre libre —se dijo.

Y sus palabras suscitaban ecos, planos y extraños. No había querido hablar en voz alta y aquello empeoró las cosas.

Giró a la derecha, dando la espalda al pabellón de la biblioteca, pasó ante más despachos, llegó a otro corredor y giró también por allí... Miraba hacia atrás con frecuencia, para asegurarse de que nadie lo seguía. Tal vez Elder. Pero no se lo llegaba a creer. El pasillo terminaba ante una puerta cerrada en la que ponía radiología. Un cartel escrito a mano colgaba del picaporte y en él se leía: CERRADO HASTA PRÓXIMO AVISO, Randall.

Stu retrocedió, se asomó a la esquina y luego regresó por donde había venido. El cadáver del traje blanco se veía ahora pequeño y muy distante, pero aparecía tan inmutable y eterno que le hizo desear echar a correr a toda prisa.

Dobló a la derecha, dándole de nuevo la espalda. A unos veinte metros el corredor se bifurcaba en otro cruce en T. Stu giró a la derecha y pasó ante más oficinas. El corredor acababa en el laboratorio de microbiología. En uno de los compartimientos un hombre joven, vestido con pantalones cortos, se hallaba caído encima de su escritorio. Estaba en coma, sangrando por la nariz y la boca. Su respiración era trabajosa. Emitía un ruido parecido a un viento de octubre entre las cerradas panochas del maíz.

Stu echó a correr, por los pasillos, cada vez más convencido de que no había salida, al menos no en esa planta. El eco de sus pisadas le persiguió, como si Elder o Vic hubiesen vivido lo suficiente para avisar a alguna patrulla militar y ponerles tras su rastro. Luego, otra fantasía sustituyó a ésta, una que en cierto modo había asociado con los raros sueños que le habían asaltado las pasadas noches. La idea creció con tanta fuerza que sintió pánico al darse la vuelta, temeroso de que una figura de traje blanco le estuviese persiguiendo, una figura de traje blanco y escafandra. Una aparición horrible, un hombre surgido de más allá del tiempo y el espacio.

Jadeando, Stu tomó un recodo y corrió tres metros antes de darse cuenta de que el pasillo no llevaba a ninguna parte, y chocó contra una puerta en la que había un letrero: salida.

Empujó la hoja, convencido de que la puerta estaría cerrada con llave, pero se abrió con facilidad. Bajó cuatro escalones y llegó a otra puerta. Hacia la izquierda de ese rellano, otras escaleras descendían hacia unas tinieblas impenetrables. La mitad superior de la segunda puerta era de cristal reforzado por una malla metálica. Del otro lado sólo había la noche, la bella y apacible noche estival, y toda la libertad que anhelaba.

Stu seguía mirando hacia fuera, fascinado, cuando una mano salió de la oscuridad de las escaleras y lo cogió por el tobillo. Una interjección asaeteó la garganta de Stu. Miró en torno, con el estómago convertido en hielo, y vio un rostro sanguinolento, sonriente, que le miraba desde la penumbra.

—Ven abajo y comerás pollo conmigo, amigo —susurró una voz crepitante y moribunda—. Está muy oscuro...

Stu gritó y trató de zafarse. El ser sonriente de las tinieblas siguió reteniéndolo, hablando, haciendo muecas y riendo. De las comisuras de su boca chorreaba sangre o bilis. Stu pateó la mano que le sujetaba el tobillo y después la pisoteó. El rostro que flotaba en el hueco de la escalera desapareció y se oyeron unos golpes sordos... Stu empujó la puerta con el hombro. Se abrió violentamente y él salió trastabillando, agitando los brazos para conservar el equilibrio. Lo perdió de todos modos, y cayó sobre el camino de cemento.

Se levantó despacio, casi con cautela. Detrás de él los gritos se habían acallado. Una fresca brisa nocturna le secó el sudor de la frente. Descubrió con asombro que allí había césped y parterres de flores. La noche nunca le había parecido tan dulce y fragante. En el cielo se veía una luna en cuarto creciente. Stu la miró agradecido y después cruzó el prado hacia la carretera que conducía a la ciudad de Stovington, situada más abajo. El césped estaba húmedo de rocío y el viento susurraba entre los pinos.

—Estoy vivo —le dijo Stu Redman a la noche, y se echó a llorar—. Estoy vivo, gracias a Dios estoy vivo. Gracias, Dios mío, gracias...

Tambaleándose, echó a andar camino abajo.

El viento arrastraba el polvo por los chaparrales de Texas y a la hora del crepúsculo formaba un velo translúcido que confería al pueblo de Arnette una imagen espectral. El cartel de Texaco de Bill Hapscomb se había desprendido y yacía en medio de la carretera. Alguien había dejado abierta la llave del gas de la casa de Norm Bruett, y el día anterior una chispa del acondicionador de aire la había hecho volar por los aires, diseminando tablas, tejas y juguetes por toda Laurel Street. En Main Street, cadáveres de soldados y perros yacían en el arroyo. En el bar de Randy, un hombre en pijama estaba atravesado sobre el mostrador de la carne, con los brazos colgando. Uno de los perros que ahora yacían en el arroyo se había ensañado con su cara hasta saciar el apetito. A los gatos no les afectaba la gripe, y docenas de ellos salían de la penumbra silenciosa como sombras sinuosas. Desde varias casas, el sonido de las pantallas con nieve de los televisores atronaba sin parar. Unas persianas sueltas daban golpes continuos. Una furgoneta roja con la pintura desvaída y manchas de óxido, y con las palabras SPEEDAWAY EXPRESS apenas legibles a los costados, se alzaba en medio de Durgin Street, delante de la taberna Indian Head. En la furgoneta se veían muchas botellas de cerveza y gaseosa. En Logan Lañe, el barrio más opulento de Arnette, los tubos metálicos ornamentales tintineaban en el porche de la casa de Yany Leominster. El Scout de Tony se hallaba aparcado en el camino particular, con las ventanillas abiertas. Una familia de ardillas había hecho su nido en el asiento trasero. El sol abandonó Arnette y el pueblo se oscureció bajo el ala de la noche. A excepción de los chillidos y susurros de los animalillos y el tintineo de los tubos metálicos de Tony Leominster, el pueblo estaba silencioso. Silencioso. Silencioso.

Christopher Bradenton luchó por salir del delirio como de arenas movedizas. Tenía dolores por todas partes. Sentía su rostro como si alguien le hubiese inyectado silicona en una docena de puntos y fuese ahora del tamaño de un dirigible. Su garganta era un crudo dolor y, aún más alarmante, parecía haberse cerrado desde el tamaño ordinario de una garganta a algo no mayor que el orificio de la pistola de aire comprimido de un chico. Su respiración sibilaba al pasar por aquella diminuta conexión. Por si eso no fuera suficiente, había también un firme y pulsante dolor como la sensación de ahogarse. Y, por encima de todo, lo peor era el calor. No recordaba haber sentido un calor así ni siquiera dos años atrás cuando llevó en coche a dos presos a los que había tenido que trasladar desde el oeste de Texas a Los Ángeles para que los pusieran en libertad provisional bajo fianza. Su viejo Pontiac Tempest había muerto en la carretera 190, en el Valle de la Muerte. Entonces padeció mucho calor. Pero éste era peor, era un calor *interior*, como si se hubiese tragado el sol.

Gimió y trató de quitarse las mantas, pero no tuvo fuerzas. ¿Se había metido él mismo en la cama? No lo creía. Alguien o algo había estado en la casa con él. Alguien o algo... Debería recordarlo, pero no podía. Todo lo que Bradenton recordaba era que había pasado miedo, incluso antes de enfermar, debido a que sabía que alguien (o algo) iba a presentarse y que él tenía que...

¿Qué?

Gimió de nuevo y meneó la cabeza encima de la almohada. Todo lo que recordaba era el delirio. Cálidos fantasmas con ojos pegajosos. Su madre había acudido a ese dormitorio de troncos lisos; su madre, que había muerto en 1969, y había hablado con él: «Kit, oh Kit, ya te lo dije: No me gusta nada que te metas en política; esos hombres con los que vas están locos, son como perros rabiosos, y esas chicas no son otra cosa que fulanas. Te lo dije, Kit».

Luego, su rostro se desvaneció, dando paso a una horda de escarabajos de tumbas desde las rotas fisuras de un pergamino amarillo, y él se había puesto a gritar hasta que se hizo una negrura absoluta y se produjeron unos gritos confusos, el golpeteo de unos zapatos como gente corriendo... Luces, luces destellantes, olor a gas... Y se encontró de regreso en Chicago, el año 1968; en alguna parte unas voces cantaban «¡Todo el mundo está mirando! ¡Todo el mundo está mirando! Todo el mundo...». Había una chica tumbada en la cuneta, al lado de la entrada del parque, con unos téjanos de peto, los pies desnudos, su largo cabello lleno de fragmentos de vidrio, su rostro una máscara reluciente de sangre, que en la despiadada luz blanca de las farolas era la máscara de un insecto aplastado. La ayudó a ponerse en pie. Ella gritó y se agarró a él, porque un monstruo del espacio exterior avanzaba a través del gas, una criatura que llevaba unas botas negras brillantes, una chaqueta de artillería y una máscara antigás con ojos de diferente color, sosteniendo una porra en una mano, una lata de Mace en la otra, y sonriendo. Cuando el monstruo del espacio exterior se quitó la máscara y descubrió su cara sonriente y llameante, ambos habían gritado porque se trataba de algo o de alguien que él había estado esperando. Kit Bradenton siempre estuvo aterrado por ello. Era el Tipo Andarín. Los gritos de Bradenton habían alterado el tejido de aquel sueño como cristales finos quebrados por un *do bemol*. Y se encontró en Boulder, Colorado, en un apartamento de Canyon Boulevard, en un verano muy cálido, tan cálido que incluso sólo con pantalones cortos tenía el cuerpo empapado en sudor. A su lado, de espaldas, se encuentra el muchacho más guapo del mundo, alto, moreno y erguido, que lleva unos calzoncillos amarillo limón que se contonean al compás de su precioso trasero. Sabes que, si se da la vuelta, su rostro será como el de un ángel de Rafael y que flotará como el caballo del Llanero Solitario. Fuera, *Haio Silver*. ¿Dónde lo has recogido? ¿En un mitin para discutir de racismo en el campus, o en la cafetería? ¿Haciendo autostop? ¿Y eso importa? Oh, hace tanto calor, pero hay agua, un cántaro de agua, una urna de agua tallada con extrañas figuras que resaltan en bajorrelieve, y además la píldora. Oh, ¡LA PÍLDORA! La que le había enviado este ángel de calzoncillos amarillo limón. Huxleyland. El lugar donde el dedo móvil escribe y no se mueve, el lugar donde las flores florecen sobre los robles muertos, y chico, que erección alza los pantaloncillos... ¿Había sido Kit Bradenton alguna vez tan valiente, tan dispuesto para el amor? «Vamos a la cama —le propones a aquel suave trasero—. Vamos a la cama y házmelo y luego te lo haré a ti. De la

manera que te gusta». «Tómate la píldora primero —dice él, sin darse la vuelta—. Luego ya veremos». Coges la píldora, el agua está fría en tu garganta y, poco a poco, aquella cosa extraña aparece a tu vista, aquella rareza que hace cada ángulo del suelo un más o menos de cuarenta y cinco grados. Durante algún tiempo, te encuentras mirando el ventilador en el barato escritorio Grand Rapids, y luego estás mirando tu propio reflejo en el espejo ondulado que hay encima de él. Tu rostro parece negro e hinchado, pero no te permites preocuparte porque se trata sólo de la píldora, sólo de ¡LA PÍLDORA! Murmuras: «Capitán Trotamundos, oh, muchacho, estoy tan calentorro...». Él echa a correr y al principio tienes que mirar aquellas suaves caderas y donde el elástico de su calzoncillo se baja tanto, y después tu mirada se mueve hacia el plano y moreno estómago, luego hacia aquel hermoso pecho lampiño y, finalmente, desde el delgado cuello hasta el rostro, y se trata de *su* cara, hundida y feliz, con una sonrisa feroz. No el rostro de un ángel de Rafael, sino de un diablo de Goya y, en cada cuenca negra de los ojos avizoras el rostro de una víbora; avanza hacia ti mientras chillas, y susurra: *Trotamundos, cariño, Capitán Trotamundos...*

A continuación, la oscuridad, rostros y voces que recordaba. Hasta que por fin salió a la superficie aquí, en la casita que había construido con sus propias manos en las afueras de Mountain City. Porque ahora era ahora, y la gran ola de revueltas que anegó el país se había retirado hacía mucho tiempo; los jóvenes contestatarios eran ya en su mayoría tipos de edad, con barba gris y agujeros quemados donde solían estar sus tabiques nasales, éstos son los restos, cariño. El chico de los calzoncillos amarillo limón de hacía mucho tiempo. En Boulder, el propio Kit Bradenton era poco más que un muchacho.

Dios mío, ¿me estoy muriendo?

Quedó perplejo ante este pensamiento, con agonizante horror, mientras el calor se aumentaba en su cabeza al igual que una tormenta de arena. De repente, su ligera y rápida respiración se detuvo mientras un sonido comenzaba a alzarse desde algún lugar hondo y lejano, más allá de la cerrada puerta del dormitorio.

Al principio, Bradenton pensó que se trataba de la sirena de un coche de bomberos, o de la sirena de una patrulla de la policía. Se incorporó y lo oyó más alto y más cercano. Oyó unas pisadas a lo largo del vestíbulo del piso de abajo y luego a través de la sala de estar; a continuación se oyeron por las escaleras como una auténtica estampida.

Se apoyó contra la almohada, con un rictus de terror en el rostro. Sus ojos se abrieron como platos en su hinchado y ennegrecido rostro, y el sonido se aproximó todavía más. Ya no era el de una sirena sino un grito penetrante, un grito que ninguna garganta podía emitir o sostener, seguramente el grito de un hada maligna que anuncia la muerte o de algún negro Caronte llegado para llevárselo al otro lado del río que separa la tierra de los vivos de la de los muertos.

Ahora las pisadas que desde el salón corrían hacia él, resonaron a lo largo de las escaleras, cuyas tablas crujieron bajo el peso de aquellos implacables tacones a la carrera. De repente, Kit Bradenton supo qué era aquello y chilló cuando la puerta se abrió violentamente y el hombre de los pantalones y chaqueta téjanos irrumpió allí, con su letal sonrisa destellando en su rostro igual que un semicírculo de cuchillos, con la cara tan jovial como un lunático Papá Noel que llevase un cubo de acero galvanizado encima del hombro derecho.

—¡EEEEEEEEHHHAAAAHHHHHHHHH!

—¡Oh! —gritó Bradenton, cruzando los brazos encima de la cara—. ¡No! ¡Noooo...!

El cubo se inclinó, el agua se vertió y por un momento pareció suspendida entre una luz amarillenta, como el mayor diamante en bruto del universo. Vio el rostro del hombre oscuro a través de ello, reflejado y refractado en el rostro de un gnomo sonriente que acaba de abrirse camino desde las entrañas más negras del infierno hasta la tierra. Luego, el agua cayó sobre él, tan fría que su inflamada garganta se abrió del todo por un momento, exprimiendo sangre de sus paredes en gruesas gotas, ahogándole, obligándolo a apartar con violencia, las mantas de la cama, en un espasmo convulso, para que su cuerpo pudiese ladearse mientras unos dolorosos calambres, originados por aquellos involuntarios forcejeos, le azotaron como sabuesos mordiendo a la carrera.

Gritó. Y volvió a gritar. Luego se quedó tendido, tembloroso, con su enfebrecido cuerpo empapado de pies a cabeza, la cabeza latiéndole, los ojos saltándosele. Su garganta se cerró sobre la hendedura de una garganta en carne viva y comenzó a forcejear miserablemente de nuevo para poder respirar. Su cuerpo empezó a sacudirse y temblar.

—¡Sabía cómo quitarte ese constipado! —gritó alegremente el hombre que conocía como Richard Fry. Depositó el cubo en el suelo con un tintineo—. Ah, vamos... Sabía cuál era el

truco... Debes dar las gracias, amigo mío. Eso debes hacer. ¿Me vas a dar las gracias? ¿No puedes hablar? ¿No? Sin embargo, sé que dentro de ti lo haces.

Se disparó en el aire como Bruce Lee en una película de kungfú, con las rodillas abiertas y, por un momento, pareció colgar suspendido directamente por encima de Kit Bradenton como había hecho antes el agua, con su sombra proyectándose sobre el salpicado pecho del empapado pijama de Bradenton, y éste gimió débilmente. Luego una rodilla se precipitó sobre un lado de su caja torácica y la ingle en pantalones téjanos fue la cruz de una horca suspendida encima de su pecho a escasos centímetros, y su rostro ardió hacia el de Bradenton como la antorcha de un sótano en una novela gótica.

—Tenía que despertarte, tío —dijo Fry—. No quería que te escaquearas sin que hablásemos un poco.

—Apár... ta... te... de... mí...

—No estoy encima de ti, tío. Sólo estoy suspendido por encima de ti. Como el gran mundo invisible.

Bradenton, en una agonía de miedo, sólo pudo jadear, estremecerse y contemplar aterrado aquel rostro alegre y chispeante.

—Tenemos que hablar acerca de barcos y focas y de si las abejas tienen aguijón. También acerca de los documentos que se supone tienes para mí, y del coche y de las llaves del coche. Todo lo que he visto es una furgoneta Chevy, y sé que es tuya. ¿Qué me dices al respecto?

—... ellos... documentos... no puedo... no puedo hablar. —Jadeó ásperamente en busca de aire. Sus dientes produjeron un sonido agudo, como pajarillos en un árbol.

—Será *mejor* que puedas hablar —le aconsejó. Fry, y sacó los pulgares, que tenían una doble articulación (como todos sus dedos), y los meneó en unos ángulos que parecían negar la biología y la física—. Porque de lo contrario pondré en mi llavero tus ojos azules y vas a tener que ir trotando por ahí como un perro ciego.

Apoyó los pulgares contra los ojos de Bradenton, y éste se hundió impotente contra la almohada.

—Me lo pediste —prosiguió Fry—, y yo te di las píldoras adecuadas. En realidad te sujeté para que pudieras tragártelas. Ponte bien, tío. Las píldoras se harán cargo de todo.

Bradenton, que ahora temblaba de miedo como antes de frío, forzó las palabras a través de sus rechinantes dientes:

—Documentos... a nombre de Randall Flagg. Abajo, en el aparador gales. Bajo el... papel de contacto.

—¿Coche?

Bradenton intentó desesperadamente pensar. ¿Tenía un coche de aquel hombre? Aquello había pasado mucho tiempo atrás y se interponían todas las llamas del delirio, que parecía haber dañado sus procesos de pensar, quemar bancos enteros de memoria. Secciones completas de su pasado eran archivadores llenos de cables achicharrados y relés ennegrecidos. En lugar del coche por el que preguntaba aquel hombre, acudió a él una imagen del primer coche que había poseído, un Studebaker de 1953, con un morro en forma de bala que había pintado de color rosa.

Fry le colocó una mano sobre la boca y le apretó las ventanillas de la nariz con la otra. Bradenton comenzó a sacudirse debajo de él. Gemidos ahogados escaparon en torno a la mano de Fry, el cual apartó las dos y preguntó:

—¿Te ayuda esto a recordar?

Aunque pareciera extraño, así fue.

—Coche... —contestó y luego jadeó como un perro.

El mundo dio vueltas, se afirmó y pudo proseguir.

—El coche aparcado... detrás de la gasolinera Conoco... en las afueras de la ciudad. En la carretera 51.

—¿Al norte o al sur de la ciudad?

—Sur... sur...

—¡Vaya, pues sur! Muy bien. Prosigue.

—Tapado... con una lona... Bu... Bu... Buick. El permiso está junto al volante. A nombre de... Randall Flagg... —De nuevo le vencieron los jadeos, y fue incapaz de proseguir ni de hacer otra cosa que mirar a Fry con leve esperanza.

—¿Llaves?

—Debajo...

El trasero de Fry extrajo las siguientes palabras al apoyarse encima del pecho de Bradenton. Se instaló allí de la misma forma que pudiera haberlo hecho en un comfortable

sofá. De repente, Bradenton no pudo conseguir ni una simple bocanada de aire.

Expelió lo último de su respiración en una pequeña frase:

—Por favor...

—Y gracias por todo —dijo Richard Fry/Randall Flagg con una sonrisita—. Da las buenas noches, Kit...

Incapaz de hablar, Kit Bradenton sólo pudo hacer girar sus ojos en blanco.

—No pienses mal de mí —le recomendó en voz baja el hombre oscuro, sin dejar de mirarlo—. Lo que pasa es que ahora tengo un poco de prisa. La feria empieza temprano. Están abriendo todas las atracciones. El tiro al blanco, la rueda de la fortuna. Y ésta es mi noche de suerte, Kit, lo siento. Lo siento mucho. Por lo tanto, debemos apresurarnos...

Había dos o tres kilómetros hasta la gasolinera Conoco, y cuando llegó allí pasaba ya de las tres de la madrugada. El viento se había levantado, soplando a través de la calle. Durante el trayecto, había visto los cadáveres de tres perros y de un hombre con una especie de uniforme. Por encima, las estrellas brillaban con fuerza, chispas titilantes a través de la piel oscura del universo.

La lona que cubría el Buick estaba fijada y tensada en el suelo con unas clavijas y el viento la hacía ondear. Cuando Flagg quitó las clavijas, la lona se desprendió y voló en la noche como un gran fantasma pardo. Pero el asunto principal era a dónde se dirigiría él. Se quedó junto al Buick, un modelo de 1975 muy bien conservado (los coches se conservaban bien aquí, puesto que había poca humedad y el óxido tardaba en aparecer), aspirando el aire nocturno veraniego igual que lo haría un coyote. Se percibía una fragancia del desierto, de ese que sólo puede apreciarse bien por la noche. El Buick se alzaba en aquel depósito entre desmembrados cadáveres de coches, monolitos de la isla de Pascua entre el ventoso silencio. El bloque de un motor. Una transmisión que recordaba las pesas que se usan para fortalecer músculos. Una pila de neumáticos en la que el viento arrancaba extraños sonidos y ecos. Un parabrisas rajado...

Pensó que, en escenarios así, cualquier hombre podría ser un Yago.

Dejó atrás el Buick y pasó la mano por el abollado capó de lo que otrora debió de ser un Mustang.

—Eh, pequeño Cobra, no sabes que te van a cerrar —canturreó con voz apagada.

Dio una patada con su polvorienta bota y descubrió un nido de joyas, que saltaron hacia él con apagado resplandor: rubíes, esmeraldas, perlas del tamaño de huevos de ganso, diamantes que rivalizaban con las estrellas. Les chascó los dedos. Y desaparecieron. ¿Adónde irían?

El viento gimió a través de la destrozada ventanilla de un viejo Plymouth y pequeñas cosas vivientes susurraron en el interior.

Algo más susurró detrás de él. Se dio la vuelta y era Kit Brandeton, vestido con aquellos absurdos calzoncillos amarillos, con su orinal de poeta colgándole por encima del cinturón como un alud contenido en cámara lenta. Bradenton anduvo hacia él por encima de retorcidos hierros de Detroit. Una ballesta le perforó los pies como en una crucifixión, pero la herida no sangró. El ombligo de Bradenton parecía un ojo a la funerala.

El hombre oscuro chascó los dedos y Bradenton desapareció.

Sonrió y regresó junto al Buick. Apoyó la frente contra la curva del techo del lado del pasajero. Al cabo de unos instantes se enderezó, sonriente.

Se sentó al volante, bombeó el acelerador varias veces para poner a punto el carburador. El motor se encendió y el indicador de la gasolina señaló cuarto depósito. Desembragó y condujo por el lado de la gasolinera, con los rayos de sus faros atrapando por un momento otro par de esmeraldas: unos ojos gatunos que brillaron con cautela desde las altas hierbas al lado de la puerta de los servicios de mujeres de la gasolinera Conoco. En la boca del gato se veía el pequeño cuerpo lacio de un ratón. Al descubrir la sonrisa del hombre, el gato soltó su presa y salió corriendo. Flagg rió estentóreamente, la carcajada de un hombre que no tiene en mente más que cosas buenas. Cuando el asfaltado de la zona de la Conoco se convirtió en carretera, giró a la derecha y comenzó a circular hacia el sur.

Alguien había dejado abierta la puerta que comunicaba el pabellón de máxima seguridad con el de celdas contiguo. El corredor blindado hacía las veces de amplificador natural, y confería una gran resonancia a los gritos constantes, monótonos que se oyeron durante toda la mañana, y cuyos ecos reproducía una y otra vez, hasta que Lloyd Henreid pensó que la combinación de los alaridos con el lógico miedo que experimentaba terminaría por enloquecerlo.

—¡Mamá! —articuló el grito ronco, vibrante—. ¡Maaaamá!

Lloyd estaba sentado en el suelo de la celda, con las piernas cruzadas. Le sangraban las manos. La camisa azul de su uniforme de presidiario estaba manchada de sangre porque se había estado secando las manos en ella a fin de poder operar mejor. Eran las diez de la mañana del 29 de junio. Alrededor de las siete había notado que una pata de su litera estaba floja, y desde entonces trataba de desprender los tornillos que la sujetaban al suelo y al bastidor. Trabajaba sin más herramientas que los dedos, y en verdad había quitado cinco o seis tornillos. Como consecuencia de ello, sus falanges parecían una hamburguesa cruda. El sexto tornillo resultó el más rebelde, pero ya empezaba a creer que al fin podría desprenderlo. De momento no se planteaba qué haría después. La única forma de evadirse del pánico consistía en no pensar.

—Maaaamá...

Se levantó de un salto, sin preocuparse por la sangre que le goteaba de las inflamadas manos. Asomó la cara lo más que pudo hacia el corredor, con los ojos furiosamente desorbitados, agarrando los barrotes.

—¡Cállate, cabrón de mierda! —vociferó—. ¡Cállate, que me estás pudriendo el seso!

Se produjo una larga pausa. Lloyd saboreó el silencio. El silencio es oro. Aquella máxima siempre le había parecido estúpida: pero en verdad tenía sus virtudes.

—¡Maaaaamááááá...!

La voz volvió a brotar de la garganta de acero del pabellón de celdas, tan lúgubre como la sirena de un barco.

—Joder —masculló Lloyd—. ¡Cállate! ¡Cállate, maldito cretino de mierda!

—¡Maaaaamááááá...!

Lloyd volvió a la pata de la litera y se encarnizó con ella, lamentando una vez más no tener en la celda algo para hacer palanca, y tratando de olvidarse de la palpitación de sus dedos y del terror de su mente. Procuró recordar con exactitud cuándo había visto a su abogado por última vez. Esos detalles se diluían enseguida dentro de su cabeza, tan ineficaz para recordar la cronología de los hechos pasados como un cedazo para retener el agua. Hacía tres días. Sí. Un día después de que el hijoputa de Mathers le machacara las pelotas. Dos guardias habían vuelto a llevarlo al locutorio. Shockley estaba en la puerta y lo recibió con un «Caray, aquí está el piojoso respondón, ¿qué tal, piojoso vas a decir alguna agudeza?». Y a continuación Shockley había abierto la boca y estornudado en la cara de Lloyd, rodándolo de saliva. «Te convidó a unos microbios de resfriado, piojoso. Aquí los tienen todos, del alcaide para abajo, y yo soy partidario de compartir la riqueza. En Estados Unidos incluso las sabandijas como tú deberían estar en condiciones de pillar un resfriado». Después le hicieron entrar y el abogado le dio muy buenas noticias. El magistrado que debía juzgar el caso de Lloyd estaba en cama con gripe. Otros dos jueces también se hallaban enfermos, de modo que los restantes calientasillas estaban atiborrados de trabajo. Quizá conseguirían un aplazamiento. «Rece para que eso suceda», le recomendó el abogado. «¿Cuándo lo sabremos?», preguntó Lloyd. «Probablemente en el último minuto», replicó Devins. Lloyd no volvió a verlo, y ahora, pensándolo mejor, recordó que al abogado también le chorreaba la nariz y...

—¡Maldita sea!

Se llevó a la boca los dedos de la mano derecha y sintió el sabor de la sangre tibia. Pero el jodido tornillo había cedido un poco, lo cual indicaba que seguramente lograría desprenderlo. Ya ni siquiera el histérico hijoputa del extremo del corredor lo fastidiaba... por lo menos no tanto como antes. Lo desprendería. Después de eso le bastaría con tener paciencia. Se sentó con los dedos en la boca, dejándolos descansar. Cuando terminara su trabajo, desgarraría su camisa en jirones y los vendería.

—¿Mamá?

—Yo sé lo que puedes hacer con tu madre —farfulló Lloyd.

Aquella noche, después de haber hablado por última vez con su abogado, empezaron a llevarse a los presos enfermos, a *transportarlos*, porque no sacaban a nadie que no estuviese ya con un pie en la fosa. Trask, el hombre que ocupaba la celda situada a la derecha de la de Lloyd, comentó que la mayoría de los guardias también parecían bastante resfriados. Quizá podrían sacar provecho de eso, comentó. ¿Cuál?, preguntó Lloyd. No lo sabía, respondió Trask. Era un tipo esmirriado con cara larga de sabueso que estaba en máxima seguridad a la espera de que lo juzgasen por robo a mano armada y agresión con arma de fuego. Tal vez un aplazamiento, añadió.

Trask tenía seis cigarrillos de marihuana guardados debajo del delgado colchón de la litera, y le dio cuatro a uno de los guardias que aún parecía en condiciones de informar de lo que sucedía en el exterior. El vigilante dijo que la población huía de Phoenix en todas direcciones. Había muchos enfermos y la gente moría como moscas. El gobierno aseguraba que pronto habría una vacuna, pero casi nadie lo creía. Muchas emisoras de radio de California difundían noticias escalofrantes sobre la ley marcial, las barricadas militares y los rumores de decenas de miles de muertos. El guardia agregó que no le extrañaría descubrir que unos pervertidos bolcheviques melenudos lo hubieran desencadenado todo al verter algo en el agua.

Luego dijo que él se sentía bien, pero que se largaría de allí en cuanto terminara su turno. Había oído decir que el ejército planeaba bloquear antes de la mañana del día siguiente la carretera 17, la I-10 y la 80. Lo que él pensaba hacer era subir al coche a su esposa e hijo y todos los víveres que pudieran conseguir, y quedarse en las montañas hasta que pasara todo. Allí tenía una cabaña, explicó el guardia, y si alguien trataba de acercarse a menos de treinta metros, le metería una bala en la cabeza.

A la mañana siguiente, Trask amaneció con la nariz chorreando y dijo que se sentía afiebrado. El pánico casi le hacía desvariar, recordó Lloyd. Trask les había gritado a todos los guardias que pasaban que lo sacaran de allí antes de que enfermara de gravedad. Los guardias ni siquiera lo miraban, ni a los otros presos, que ya estaban tan inquietos como leones hambrientos en las jaulas del zoológico. Entonces fue cuando Lloyd empezó a asustarse. Por lo general, había no menos de veinte guardias en el pabellón a una hora dada. ¿Cómo se explicaba entonces que sólo hubiera visto cuatro o cinco caras al otro lado de las rejas?

Aquel día, el 27, Lloyd empezó a comer sólo la mitad de los alimentos que le pasaban entre los barros, y a almacenar la otra mitad debajo del colchón.

El día anterior, Trask tuvo una serie de convulsiones repentinas. Su cara se puso amoratada y se murió. Lloyd miró ávidamente el resto del almuerzo de Trask, pero no pudo alcanzarlo. Por la tarde aún aparecieron algunos guardias en el corredor, pero no llevaban a nadie a la enfermería; también se estaban muriendo, y el alcaide había resuelto no malgastar energías. Nadie se acercó a recoger el cadáver de Trask.

A última hora de la tarde del día anterior, Lloyd durmió la siesta. Cuando despertó, los corredores de máxima seguridad estaban vacíos. No sirvieron la cena. Ahora sí que aquello parecía la leonera del zoológico. Lloyd no era tan imaginativo como para preguntarse cuánto más salvaje habría sido el clamor si el pabellón hubiese estado lleno al ciento por ciento. No sabía cuántos seguían vivos y con suficientes energías como para pedir su ración a gritos; la resonancia hacía que pareciesen muchos más de los que en realidad eran. De lo único que Lloyd estaba seguro era de que, a su derecha, Trask atraía las moscas, y de que la celda de su izquierda estaba vacía. El anterior ocupante, un joven negro que hablaba en jerga, y que al atracar a una viejecita la había matado involuntariamente, fue transportado a la enfermería hacía ya varios días. Enfrente, veía dos celdas vacías y los pies colgantes de un hombre que estaba preso por haber matado a su esposa y su cuñado durante una partida de naipes a causa de unos centavos. Al parecer el «asesino del centavo», como le llamaban, había optado por suicidarse con el cinturón o, si se lo habían quitado, con los pantalones.

Esa noche, más tarde, después de que las luces se encendieran automáticamente, Lloyd ingirió parte de las judías que había economizado dos días antes. Tenían un gusto repulsivo pero las comió de todos modos. Las tragó con agua de la taza del inodoro y después se arrastró hasta su litera y apretó las rodillas contra el pecho, maldiciendo a Poke por haberlo metido en ese lío. Poke era el único culpable. Lloyd, por sí mismo, nunca se habría sentido tan ambicioso como para ensayar algo de más envergadura que pequeñas raterías.

Poco a poco se acalló el clamor de los hambrientos, y Lloyd sospechó que él no era el único que había almacenado reservas como una ardilla. Pero no tenía mucho. Si hubiera sabido que iba a ocurrir algo parecido, habría acumulado más víveres. En su inconsciente se agazapaba un horror que Lloyd no quería ver. Era como si en el fondo de su mente aletearan un par de cortinas detrás de las cuales se ocultaba algo. Sólo se veían los pies huesudos, esqueléticos, debajo del dobladillo de las cortinas. Con eso bastaba. Porque los pies pertenecían a un cadáver bamboleante, escuálido, cuyo nombre era MUERTE POR INANICIÓN.

—Oh, no —murmuró Lloyd—. Vendrá alguien. Claro que sí. Eso es tan seguro como que la mierda se pega a las sábanas.

Pero no cesaba de acordarse del conejo. No podía evitarlo. En una rifa de la escuela le había tocado un conejo con su jaula. Su padre no lo quería, pero Lloyd lo convenció de que él lo cuidaría y le daría de comer de su propia asignación semanal. Le tenía cariño y se ocupaba de él. Pero el problema consistía en que no podía retener las cosas mucho tiempo en la memoria. Siempre había sido así. Y un día, mientras se columpiaba distraídamente en el neumático que colgaba del enfermizo arce de la parte trasera de su destartada casita de Marathon, Pensilvania, se irguió súbitamente, pensando en el conejo. No se había acordado de él... durante más de dos semanas.

Corrió al pequeño cobertizo adosado al granero. Era verano, al igual que ahora, y cuando entró le inundó el fétido olor del conejo. La piel que tanto le había gustado acariciar se hallaba apelmazada y sucia. Unos gusanos blancos reptaban por las cavidades que habían contenido sus bonitos ojos rosados. Las patas aparecían roídas y ensangrentadas porque había tratado de evadirse de la jaula arañándola, y eso era sin duda lo que había sucedido, pero una zona oscura y morbosa de su mente le susurró que el conejo, famélico, había tratado de autodevorarse.

Lloyd sacó el conejo de allí, cavó una fosa y lo enterró, sin sacarlo de la jaula. Su padre nunca le preguntó por el animal. Quizá incluso había olvidado que su hijo tenía un conejo. Lloyd no era muy avispado, pero en comparación con su padre resultaba un coloso intelectual. Mas Lloyd no lo olvidó nunca. Siempre lo acosaron sueños muy vívidos, y la muerte del conejo generó una serie de pesadillas horribles. Y ahora la imagen del conejo resurgió mientras él estaba sentado en la litera con las rodillas recogidas contra el pecho, diciéndose que vendría alguien, que seguramente llegaría cualquier persona y lo dejaría en libertad. No había pillado la gripe *Capitán Trotamundos*; sólo estaba hambriento. Como lo había estado su conejo. Exactamente igual.

Pasada la medianoche, se durmió; y a la mañana empezó a ocuparse de la pata de la litera. Al contemplar sus ensangrentados dedos, pensó con horror en las patas de aquel conejo al que no había querido causar el menor daño.

A la una de la tarde del 29 de junio había conseguido liberar el catre. Al final el tornillo cedió con facilidad y la pata cayó tintineando sobre el suelo de la celda. Él se quedó mirándola, preguntándose para qué se había obstinado en desprenderla. Medía unos noventa centímetros.

La llevó hasta la puerta de la celda y empezó a golpear estrepitosamente los barrotes de acero azulado.

—¡Eh! —gritó, mientras la sonora barra emitía sus fuertes repiques—. ¡Eh, malditos, eh!

Se calló y escuchó cómo se apagaban los ecos. Por un momento reinó un silencio total y después, desde el pabellón de celdas, llegó la ronca respuesta:

—¡Mamá! ¡Aquí abajo, mamá! ¡Estoy aquí abajo!

—¡Joder! —exclamó Lloyd, y arrojó al rincón la pata de la litera.

Había trabajado durante horas, prácticamente se había destrozado los dedos sólo para despertar a aquel imbécil.

Se sentó en el camastro, levantó el colchón y cogió un trozo de pan duro. Contempló la posibilidad de tomar también un puñado de dátiles. Primero se dijo que los economizaría; pero al final se los comió uno a uno, haciendo muecas, reservando pan hasta el final para quitarse de la boca aquel sabor empalagoso.

Cuando acabó, anduvo al azar hasta el extremo de su celda. Miró hacia abajo y ahogó un grito de asco. Trask estaba despatarrado mitad fuera de su camastro, y la pernera de su pantalón se había levantado un poco. Sus tobillos estaban desnudos por encima de las pantuflas. Una rata enorme, regordeta, estaba royendo la pierna de Trask. Tenía la repulsiva cola pulcramente enroscada alrededor de la pierna grisácea.

Lloyd se encaminó al otro extremo de la celda y recogió la pata de la litera. Volvió adonde había estado antes y permaneció un momento inmóvil, preguntándose si la rata lo vería y se largaría. Pero la rata le volvía las ancas. Lloyd tenía la impresión de que ni siquiera sabía que estaba allí. Midió la distancia con la vista y estimó que la pata de la litera llegaría estupendamente.

—¡Ajá! —dijo, y descargó la barra.

Ésta aplastó a la rata contra la pierna de Trask, cuyo cadáver cayó del camastro con un ruido sordo. La rata yacía sobre el flanco, aturdida, respirando débilmente. Tenía gotas de sangre sobre los bigotes. Movía las patas traseras como si su cerebro le ordenara huir pero las señales se entremezclaron en algún punto de la médula. Lloyd volvió a golpearla y la mató.

—Así aprenderás, inmundita —murmuró Lloyd.

Dejó la barra a un lado y volvió a su litera. Se sentía acalorado, asustado y con ganas de llorar. Miró por encima del hombro y gritó:

—¿Te gusta tu infierno de ratas, puta de mierda?

—¡Mamá! —aulló la voz, a modo de feliz respuesta—. ¡Maaaaamá!

—¡Cállate! —chilló Lloyd—. ¡No soy tu madre! ¡Tu madre está chupando pollas en un prostíbulo de Indiana!

—¿Mamá? —repitió la voz, vacilante.

Después enmudeció.

Lloyd se echó a llorar. Y se frotaba los ojos con las puños como un chiquillo. Quería un bocadillo de carne, quería hablar con su abogado. Quería salir de allí.

Finalmente se dejó caer sobre su camastro, se puso una mano encima de los ojos y se masturbó. Era una forma, tan buena como cualquiera, de dormirse.

Cuando despertó eran las cinco de la tarde y en máxima seguridad reinaba un silencio sepulcral. Con los ojos legañosos, Lloyd se levantó del camastro, que ahora se escoraba como un borracho hacia el lado del que le habían arrancado el soporte. Cogió la barra, se acorazó contra los gritos de ¡Mamá! y empezó a martillear como el cocinero del rancho que convoca a los peones para una comida campestre. Comida. Ésa sí era una palabra bonita. Lonjas de jamón, patatas con salsa roja, guisantes frescos y, de postre, crema de leche y chocolate. Y una enorme fuente de helado de fresa. No, no había una palabra más bella que ésa: comida.

—Eh, ¿no hay nadie aquí? —gritó Lloyd con voz quebrada.

Nadie contestó. Ni siquiera un grito de ¡Mamá! En ese momento quizá lo hubiera oído con gusto. La compañía de los locos era mejor que la de los muertos.

Lloyd dejó caer ruidosamente la pata de la litera. Volvió al camastro, levantó el colchón e hizo inventario. Dos trozos de pan, dos puñados de dátiles, una chuleta de cerdo mordisqueada, un poco de salami. Partió el salami y comió el trozo más grande, pero sólo le sirvió para avivarle el apetito.

—Basta ya —susurró. Devoró el resto de la chuleta de cerdo y después se recriminó por haberlo hecho. Lloró otro poco. Moriría allí, como el conejo había muerto en su jaula, como Trask en la suya.

Trask.

Durante largo rato estuvo mirando pensativo el interior de la celda de Trask, observando cómo las moscas revoloteaban, se posaban y levantaban el vuelo. Sobre la cara del viejo Trask había un verdadero aeropuerto para moscas. Después, Lloyd cogió la pata de la litera y la pasó entre los barrotes. Alzándose sobre las puntas de los pies consiguió introducirla lo suficiente para alcanzar el cadáver de la rata y arrastrarlo hacia su celda.

Cuando tuvo la rata suficientemente cerca, se arrodilló y la pasó a su lado. La levantó por la cola y la dejó oscilar delante de sus ojos. Después la metió bajo el colchón, donde las moscas no pudieran alcanzarla, colocándola separada de los otros víveres. Contempló la rata muerta antes de dejar caer el colchón, que la ocultó piadosamente.

—Por si acaso —le susurró Lloyd Henreid al silencio—. Por si acaso, simplemente.

Después, trepó al otro extremo de la litera, recogió las rodillas hasta el mentón y se quedó inmóvil.

A las 20.38, según el reloj del despacho del *sheriff*, las luces se apagaron.

Nick Andros había estado leyendo un libro de bolsillo que cogió de un estante del *drugstore*, una novela de terror sobre una asustada institutriz que creía que la solitaria finca donde daba clases al hermoso hijo del dueño se encontraba encantada. Aunque apenas había llegado a la mitad del libro, Nick ya sabía que el fantasma era la bella esposa del dueño, que estaba probablemente encerrada en el desván y bien muerta.

Cuando las luces se apagaron sintió que el corazón le daba un vuelco y que una voz le susurraba desde lo más profundo de su mente, desde un lugar donde las pesadillas que ahora le perseguían cada vez que se quedaba dormido no hacían más que estar al acecho: *Viene por ti... ahora está ahí fuera, en la autopista de la noche... la autopista donde se oculta... el hombre oscuro...*

Dejó sobre el escritorio el libro y salió a la calle. Ya lo último de la luz del día había desaparecido del cielo, y estaba cercano el crepúsculo. Todas las farolas de la calle se hallaban apagadas. Los fluorescentes del *drugstore*, que habían permanecido encendidos noche y día, también se habían apagado. El zumbido de las cajas de empalmes que se encontraban encima de los postes de la corriente ya no se producía. Nick lo comprobó al tocar un poste y no sentir otra cosa que la madera: la vibración no se percibía.

En el armario de suministros del despacho había una caja de velas, pero eso no consoló demasiado a Nick. El hecho de que las luces se hubiesen apagado le había alcanzado con mucha fuerza, y ahora estaba allí de pie, mirando hacia el oeste, suplicando en silencio que la luz no le abandonase en aquel oscuro cementerio.

A pesar de ello, la luz no regresó. Nick no se obstinó más en creer que quedaba alguna luz en el ciclo. A las nueve y diez regresó al despacho y se dirigió hacia el armario donde se encontraban las velas. Se hallaba tanteando en un estante cuando la puerta que estaba detrás de él se abrió violentamente y Ray Booth entró tambaleándose, con el rostro ennegrecido e hinchado, con su anillo brillando en el dedo. Se había refugiado en los bosques cercanos a la ciudad desde la misma noche del 22 de junio, hacía ya una semana. En la mañana del día 24 empezó a sentirse enfermo y, al fin, hambriento y temiendo por su vida, se vio impulsado a regresar a la ciudad, donde no había visto a nadie salvo a aquel maldito mudo que era, después de todo, el que le había metido en aquella situación. El mudo había estado cruzando la ciudad como el jodido Billy, andando por allí como si poseyese aquella ciudad, donde Ray había vivido la mayor parte de su vida, con la pistola del *sheriff* en una funda colgada de su cadena derecha y asegurada al muslo con una tira. Tal vez pensara que de verdad era el amo de la ciudad. Ray sospechó que iba a morir a causa de aquella cosa que habían traído; pero antes le iba a mostrar a aquel maldito mudo quién mandaba allí.

Nick se hallaba de espaldas y no supo que ya no estaba solo en el despacho del *sheriff* Baker hasta que las manos se cerraron alrededor de su cuello. La caja que acababa de coger se le cayó de las manos y las velas de cera se rompieron y se esparcieron. Estaba ya casi asfixiado antes de que pudiera recuperarse, cuando de repente estuvo seguro de que la criatura negra de sus sueños se había encarnado: algún demonio del sótano del infierno se encontraba detrás de él e intentaba estrangularlo con sus garras escamosas.

Convulso, cogió las manos que le estaban asfixiando y trató de quitárselas de encima. Una cálida respiración sopló contra su oreja derecha, originando una especie de brisa que podía sentir pero no oír. Consiguió jadear un poco antes de que aquellas manos apretasen de nuevo con fuerza su cuello.

Los dos hombres se balancearon en la oscuridad como oscuros bailarines. Ray Booth sintió que sus fuerzas menguaban en cuanto el chico comenzó a forcejear. Le latía la cabeza. Si no acababa enseguida con el mudo, no conseguiría liquidarlo. Apretó con el resto de las fuerzas que le quedaban el flaco cuello del jovencito.

Nick sintió que el mundo se desvanecía. El dolor de su garganta, agudo al principio, se había hecho entumecedor y distante, casi placentero. Plantó el tacón de sus botas hacia atrás, sobre un pie de Booth y al mismo tiempo apoyó todo su peso contra el hombretón. Booth se vio forzado a retroceder un paso. Pisó una vela, resbaló y se derrumbó al suelo con Nick encima. Sus manos aflojaron al fin la presa.

Nick rodó a un lado, jadeando pesadamente. Todo parecía distante, excepto el dolor del cuello, que había regresado en lentas y retumbantes punzadas. Sintió el sabor de la sangre en la parte posterior de la garganta.

La grande y corcovada forma de aquello que lo había atacado se esforzaba por ponerse en pie. Nick se acordó de la pistola y tendió la mano en su busca. Estaba allí, pero no acababa de salir. De alguna manera se había encajado en la funda. Tiró con frenesí. Se disparó. La bala le rozó la pierna y se empotró en el suelo.

La sombra cayó sobre él como un hado fatal.

A Nick se le cortó la respiración y luego aquellas grandes manos blancas se aferraron a su rostro, con los pulgares buscándole los ojos. Nick vio un reflejo púrpura en una de aquellas manos a la mortecina luz de la luna y su sorprendida boca formó en la oscuridad la palabra *¡Booth!* Su mano derecha continuó tirando de la pistola. Apenas había sentido el cálido chisporroteo de dolor a lo largo de todo su muslo.

Uno de los pulgares de Ray Booth se metió en el ojo derecho de Nick. Un agudo dolor estalló en su cabeza. Al final consiguió liberar la pistola. El pulgar de Booth, encallecido por el duro trabajo, empezó a barrenar con fuerza, triturándole el globo ocular. Nick emitió un amorfo grito que no era mucho más que un brusco susurro de aire, y hundió el arma en el flácido costado de Booth. Apretó el gatillo y la pistola hizo un ruido apagado, que Nick sintió como un violento retroceso que corrió por su brazo; la mira del arma se había enganchado en la camisa de Booth. Nick vio un velado destello y, un momento después, el olor de la pólvora y de la achicharrada camisa de su agresor. Ray Booth se puso rígido un instante y luego se derrumbó encima de él.

Sollozando de pánico, Nick intentó librarse del peso que tenía encima. El cuerpo de Booth se deslizó y Nick se arrastró por debajo y se llevó una mano a su herido ojo. Se quedó tendido en el suelo durante mucho rato, con la garganta hirviéndole. Sentía como si un implacable destornillador hubiera estado horadando sus sienas.

Al final tanteó alrededor en busca de una vela, y la prendió con el encendedor que había en la mesa. A su débil resplandor amarillo pudo ver el cadáver de Ray Booth tendido de bruces sobre el suelo. El disparo le había dejado en un lado de la camisa un círculo ennegrecido. Había mucha sangre. La sombra de Booth se alargó hasta la distante pared en la insegura luz de la vela, como algo grande e informe.

Entre silenciosos gemidos, Nick se dirigió tambaleante hacia el pequeño cuarto de baño, con la mano sobre el ojo, y luego se miró en el espejo. Vio que entre los dedos le goteaba algo y apartó bruscamente la mano. No estaba seguro, pero pensó que ahora, además de sordomudo, podía haberse convertido también en tuerto.

Regresó al despacho y empezó a dar patadas al lacio cuerpo de Ray Booth.

Malnacido, le dijo al hombre muerto. Primero los dientes y ahora el ojo. ¿Estás contento? De haber podido me habrías arrancado los dos ojos, ¿verdad? Me habrías quitado los ojos y me habrías dejado sordo, mudo y ciego, en un mundo de muertos. ¡Maldito cabrón!

Dio más patadas a Booth, y la sensación de sus pies hundiéndose en aquel cadáver le revolvió el estómago. Al cabo de un rato, se sentó en el camastro con las manos en la cabeza. Fuera, las sombras se habían apoderado de todo. Todas las luces del mundo se habían apagado.

Durante mucho tiempo (¿cuántos días?, ¿quién podía saberlo? Trashcan no, seguramente). Donald Merwin Elbert, alias *Trashcan* para sus amigos de su borroso y confuso pasado de la escuela primaria, había vagado de uno a otro extremo de las calles de Powtanville, Indiana, intimidado por las voces que oía dentro de su cabeza, zigzagueando y alzando las manos para protegerse de las piedras que le arrojaban los fantasmas.

¡Eh Trashcan!

¡Eh, Trashcan! ¿Qué tal, basura? ¿Has encendido fogatas esta semana?

¿Qué dijo la vieja Semple cuando le quemaste el cheque de la pensión, Trashcan?

Eh, basurita, ¿quieres comprar un poco de queroseno?

¿Gozabas mucho con los electrochoques que te aplicaban en Terre Haute? Trashcan...

Eh, Trashcan...

Unas veces sabía que las voces no eran verdaderas, pero otras rogaba a gritos que callaran, sólo para descubrir que la única voz era la suya, cuyo eco le devolvían las casas, las fachadas de las tiendas y el lavadero de coches Scrubba-Dubba, donde antes había trabajado y donde ahora estaba sentado, en la mañana del 30 de junio, comiendo un bocadillo pringoso de manteca de cacahuete, jalea, tomates y mostaza. Ninguna otra voz excepto la suya, que rebotaba contra las casas y las tiendas y retornaba a sus oídos. Porque, inexplicablemente, Powtanville se hallaba vacío. Todos se habían ido... ¿O no? Decían que estaba loco, y sólo a un loco se le podía ocurrir que en su pueblo natal no quedaba un alma, que allí sólo se encontraba él. Pero sus ojos volvían sin cesar a los depósitos de petróleo que se alzaban en el horizonte, enormes, blancos y redondos, como nubes bajas. Se levantaban entre Powtanville y la carretera que llevaba a Gary y Chicago. Él sabía que deseaba hacer y eso no era un sueño. Era realmente malo pero no era un sueño. Y sabía que no podría contenerse.

¿Te has chamuscado los dedos, Trashcan?

Eh, Trashcan, ¿no sabes que te orinas en la cama porque juegas con fuego?

Algo pareció pasar silbando junto a él. Sollozó, levantó las manos, y dejó caer el bocadillo al polvo. Apretó la mejilla contra el hombro. Pero ignoraba lo que ocurría. No había nadie. Al otro lado del lavadero de coches sólo había la carretera 130 de Indiana que llevaba a Gary, pero que antes pasaba por los grandes depósitos de petróleo de la Cheery Oil Company. Gimoteando, recogió el bocadillo, quitó el polvo gris del pan blanco y empezó a masticarlo de nuevo.

¿Eran sueños? En otro tiempo su padre había estado vivo. El sheriff lo mató en la calle justo enfrente de la iglesia metodista, y él había tenido que convivir siempre con ese recuerdo.

Eh, Trashcan, el sheriff Greeley mató a tu viejo como si fuera un perro rabioso. ¿Lo sabes, imbécil de mierda?

Su padre, Wendell Elbert, estaba en el bar O'Toole y hubo un altercado; él tenía un revólver y mató al barman a tiros; después fue a su casa y mató a tiros a los dos hermanos mayores de Trashcan y a su hermana... Oh, Wendell Elbert era un tipo raro y de muy mal genio, y desde mucho antes de aquella noche había empezado a perder la chaveta, como muy bien sabían todos los habitantes de Powtanville. Y decían que de tal palo tal astilla... También habría matado a la madre de Trashcan si Sally Elbert no hubiera salido a la calle, en plena noche, llevando en brazos a su hijo Donald de cinco años (más tarde conocido como Trashcan). Wendell Elbert se detuvo en los escalones de la entrada, y les disparó. Las balas silbaban y rebotaban contra las piedras y, al descerrajar el último tiro con un precario revólver que le había comprado a un negro en una taberna de State Street, en Chicago, el arma le estalló en la mano. Los fragmentos borrarón la mayor parte de su cara. Avanzó zigzagueando calle arriba, chorreando sangre que se le metía en los ojos, aullando y blandiendo en una mano los restos de su revólver de pacotilla, cuyo cañón estaba florecido y partido como un cigarro explosivo de broma, y en el instante en que llegaba a la iglesia metodista, el sheriff Greeley se apeó del único coche patrulla de Powtanville y le ordenó que se detuviera y soltara el arma. En lugar de ello Wendell Elbert apuntó al sheriff con los vestigios de su revólver, y Greeley le vació los dos cañones de su escopeta.

Eh, Trashcan, ¿aún no te has quemado la polla?

Quizá podría volver a ser Don Elbert en lugar de Trashcan, así como Carley Yates era ahora sólo Carl Yates, vendedor de coches de la agencia Chrysler-Plymouth local. Pero Carl había desaparecido, todos habían desaparecido, y tal vez era demasiado tarde para que él fuese alguien.

Oh, fue muy feo pero...

iJejejejejaajajajojojo!

Sorteó la cadena y empezó a subir por la escalerilla.

Sally Elbert Greeley se puso histérica cuando su nuevo marido habló de enviar al chico a ese instituto de Terre Haute («¡Piensas que está loco! ¿Cómo puede estar loco un niño de diez años? Sospecho que lo que quieres es librarte de él. ¡Te deshiciste de su padre y ahora quieres deshacerte de él!»). La única alternativa que le quedaba a Greeley era inculpar al chico, y no puedes enviar a un niño de diez años al reformatorio, a menos que quieras que salga violado y a menos que quieras divorciarte de tu flamante esposa.

Escalerilla arriba... escalerilla arriba... Sus pies arrancaban vibraciones metálicas a los peldaños de acero. Había dejado las voces abajo y nadie podría arrojar una piedra a tanta altura. Los vehículos estacionados parecían centelleantes coches de juguete Corgi. Sólo se oía la voz del viento, que le susurraba en el oído y gemía en un respiradero. Eso, y la llamada

lejana de un pájaro. Los árboles y los campos se extendían en todas direcciones, con distintos tonos de verde ligeramente azulados por una adormecida bruma matutina. Él sonreía feliz mientras subía y subía... giraba y giraba... por la espiral de acero.

Cuando llegó a la cubierta del depósito, lisa y circular, le pareció estar en el techo del mundo, y que con sólo levantar las manos tocaría el cielo. Depositó a un lado la lata de gasolina y la caja de herramientas, y se quedó mirando. Desde allí se podía ver incluso Gary, porque había desaparecido el humo que habitualmente brotaba de las chimeneas de las fábricas, y arriba la atmósfera estaba más despejada que abajo. Chicago era un ensueño envuelto en la niebla estival, y había un ligero destello azul en el extremo norte que podía ser el lago Michigan o una simple expresión de deseos. Y pronto el día iba a inflamarse.

Dejó la gasolina, llevó la caja de herramientas hasta los equipos de bombeo y empezó a estudiarlos. Tenía una sensibilidad intuitiva para las maquinarias. Podía manejarlas en la misma forma que algunos *idiots savants* son capaces de multiplicar y dividir mentalmente números de siete cifras. No había en ello ningún proceso racional ni cognoscitivo: sencillamente dejaba vagar los ojos sobre ellas durante un rato; y después, tras unos instantes, sus manos se movían con rapidez y seguridad, sin esfuerzo.

Eh, Trashcan, ¿por qué incendiaste una iglesia? ¿Por qué no quemaste el instituto?

Cuando estaba en quinto curso, encendió una fogata en la sala de una casa abandonada de la ciudad vecina de Sedley, y la casa ardió hasta los cimientos. Su padrastro, el *sheriff* Greeley, lo metió en el calabozo porque una pandilla de chicos lo había maltratado y los adultos estaban dispuestos a hacer lo mismo. («Caray, si no hubiera llovido, este maldito crío pirómano podría haber arrasado media ciudad»). Greeley le dijo a Sally que Donald tendría que someterse a unos exámenes en el instituto de Terre Haute. Ella le contestó que lo dejaría si le hacía eso a su pequeñín, su único polluelo; pero Greeley siguió en sus trece y le hizo firmar la orden al juez. Y así fue como Trashcan desapareció de Powtanville durante dos años, y su madre se divorció del *sheriff*. Ese mismo año los electores destituyeron a Greeley y el *exsheriff* terminó trasladándose a Gary para trabajar en una cadena de montaje de automóviles. Sally iba a visitar a Trashcan todas las semanas y siempre lloraba.

Trashcan susurró: «Aquí estás, hijo de puta», y después miró furtivamente en torno para comprobar si alguien lo había oído. Por supuesto no lo había oído nadie. Y aunque hubiera estado abajo, tampoco quedaba nadie. Excepto los fantasmas. Unas turgentes nubes blancas flotaron sobre su cabeza.

Del laberinto de equipos de bombeo asomaba un tubo de grandes dimensiones, de más de medio metro de diámetro, con una rosca en la boca para atornillar una manguera. Estaba reservado estrictamente para desagües y derrames, pero ahora el depósito estaba lleno de gasolina refinada y parte de ésta, quizá medio litro, se había vertido fuera, abriendo surcos brillantes en la tina capa de polvo que cubría la superficie. Trashcan dio un paso atrás, los ojos refulgentes, con una gran llave en una mano y un martillo en la otra. Los dejó caer sobre la tapa metálica.

Después de todo, no necesitaba la gasolina que había traído. Levantó la lata al grito de «¡Fuera las bombas!» y la arrojó al vacío. Contempló las volteretas de su descenso rutilante. Cuando había hecho la tercera parte de su trayecto, se estrelló contra la escalerilla, rebotó y después cayó dando vueltas y vueltas, rociando gasolina ambarina por el lado donde el choque contra la escalerilla había abierto un agujero.

Giró de nuevo hacia el tubo de desagüe. Miró los charcos brillantes de gasolina. Del bolsillo de la camisa sacó un paquete de fósforos y los contempló, sintiéndose culpable, fascinado y excitado. Sobre una cara había un anuncio que decía que en la Escuela por Correspondencia La Salle, de Chicago, se podían seguir cursos de casi todas las asignaturas. Estoy montado sobre una bomba, pensó. Cerró los ojos, temblando de miedo y éxtasis, poseído por la conocida y fría excitación que le entumecía los dedos de las manos y los pies.

¡Eh, Trashcan, incendiario de mierda!

En Terre Haute le dieron de alta cuando tenía trece años. No sabía si estaba curado o no, pero dijeron que lo estaba. Necesitaban su cuarto para encerrar por un par de años a otro crío chalado. Trashcan regresó a casa. Ya estaba demasiado atrasado en sus tarcas escolares y no parecía entender nada. En Terre Haute lo habían sometido a un tratamiento de electrochoques y, cuando volvió a Powtanville, no podía recordar las cosas. Estudiaba para un examen y después olvidaba la mitad de lo que había aprendido. Y no aprobaba.

Por un tiempo no volvió a encender fogatas. Todo parecía en orden. El *sheriff* que había matado a su padre se había ido a colocar faros a los Dodge, en Gary. Su madre había vuelto a trabajar en el café Powtanville. Estupendo. Claro que allí estaba Cheery Oil, los depósitos

blancos que se alzaban sobre el horizonte como gigantescas latas encaladas, y detrás de ellos se veían los humos industriales de Gary, donde vivía el *sheriff* que había asesinado a su padre, como si Gary ya estuviera incendiada. Muchas veces se preguntaba cómo estallarían los depósitos de Cheery Oil. ¿Tres explosiones aisladas, tan potentes como para destrozarte los tímpanos y tan brillantes como para freírte los ojos? ¿Tres columnas de fuego (el padre, el hijo y el santo *sheriff* que había matado a su padre) que arderían día y noche durante meses? ¿O acaso no arderían en absoluto?

Pronto lo iba a saber. La suave brisa de verano apagó los dos primeros fósforos que encendió, y los dejó caer sobre el acero remachado. A su derecha, cerca de la barandilla que circundaba el borde del depósito y que no llegaba más arriba de la rodilla, vio un escarabajo que se debatía débilmente en un charco de gasolina. Soy como ese escarabajo, pensó con rencor, ¿y qué clase de mundo es éste donde Dios te deja atascado en un mazacote pegajoso igual que a un escarabajo en un charco de gasolina? Era un mundo que merecía arder, eso era. Se irguió, con la cabeza gacha, listo para encender el tercer fósforo en cuanto se calmara el viento.

Cuando cumplió dieciséis años dejó la escuela con la autorización de su madre («¿Qué pretendéis? Lo arruinaron allí en Terre Haute. Les pondría una demanda judicial si tuviese dinero. Tratamientos de electrochoque, les llaman. ¡Una maldita silla eléctrica, la llamo yo!»). Y entró a trabajar en el lavadero de coches Scrubba-Dubba. Durante cierto tiempo las cosas siguieron su curso normal. La gente le gritaba desde las esquinas o los autos en marcha, le preguntaban qué había dicho la vieja Semple (que ya llevaba cuatro años enterrada) cuando le quemó el cheque de la pensión, o si había mojado la cama después de incendiar la casa de Sedley. E intercambiaban silbidos mientras holgazaneaban frente a la tienda de golosinas o en el portal del O'Toole. Se gritaban unos a otros que debían esconder los fósforos y apagar los pitillos porque se acercaba Trashcan. Todas las voces se convirtieron en fantasmales, pero era imposible no hacer caso de las piedras cuando éstas salían zumbando de la desembocadura de un callejón oscuro o de la acera de enfrente. Una vez alguien le había arrojado una lata de cerveza casi llena desde un coche en marcha; le dio en la frente y le hizo caer de rodillas.

Ésa había sido su vida: las voces, la pedrada esporádica, el Scrubba-Dubba. Y a la hora del almuerzo se sentaba a comer el bocadillo preparado por su madre, mirando los depósitos de Cheery Oil y preguntándose cómo sería aquello.

Ésa fue su vida hasta que una noche se encontró en el atrio de la iglesia metodista con una lata de gasolina, de veinte litros, rociándolo todo, en especial los viejos libros de himnos acumulados en un rincón, hasta que se detuvo y pensó: Esto está mal, sabrán quién lo ha hecho, lo pensarán aunque lo hubiera hecho otro, y te encerrarán. Lo pensó y olió la gasolina mientras las voces revoloteaban y giraban dentro de su cabeza como murciélagos en un campanario embrujado. Después, una sonrisa iluminó su rostro mientras inclinaba la lata, y corrió a lo largo de la nave central rociando gasolina en todas direcciones; sí, corrió desde el atrio hasta el altar, como un novio que llega tarde a su propia boda; tan ansioso que le pareció sentir unas gotas de tibio semen correrle por la entrepierna.

Después corrió de nuevo al atrio, extrajo un fósforo de madera, lo frotó contra la cremallera de sus vaqueros, lo arrojó sobre la pila de libros de himnos y ¡cataplún!

Al día siguiente, viajaba hacia el Centro Correccional de Northern Indiana. Durante el trayecto, pasó frente a la estructura negra y humeante de la iglesia metodista.

Y ahí estaba Carley Yates apoyado contra el poste de un farol, frente al Scrubba-Dubba, con un Lucky Strike en la comisura de los labios y gritando: «Eh, Trashcan, ¿por qué incendiaste la iglesia? ¿Por qué no quemaste el instituto?».

Tenía diecisiete años cuando lo enviaron al correccional y al cumplir los dieciocho lo trasladaron a la prisión del estado. ¿Cuánto tiempo pasó allí? ¿Quién lo sabía? Trashcan, seguramente no. En la prisión a nadie le interesaba que hubiera quemado la iglesia metodista hasta los cimientos. Allí había hombres que habían cometido delitos peores: asesinar, violar, partírle el cráneo a viejecitas bibliotecarias. Algunos reclusos querían hacerle algo, y otros querían que él les hiciera algo a ellos. No le importaba. Eso sucedía después que se apagaban las luces. Un hombre calvo le dijo que lo amaba: «Te amo, Donald». Y eso era mejor que esquivar piedras. A veces pensaba: con tal que me dejen quedarme definitivamente aquí. Pero otras veces, por la noche, soñaba con Cheery Oil, y sus sueños siempre consistían en una explosión aislada seguida por otras dos, y el ruido era ¡BLAM...! ¡BLAM! ¡BLAM! Portentosas explosiones que se abrían paso entre la rutilante luz del día dándole forma, al igual que los golpes del martillo dan forma a una delgada lámina de cobre. Y en la ciudad todos interrumpirán sus actividades y mirarán hacia el norte, hacia Gary, donde los depósitos se

recortaban contra el cielo como descomunales latas encaladas. Carley Yates estaría tratando de venderle un Plymouth Fury de dos años de antigüedad a un matrimonio joven con un bebé, y se interrumpiría en mitad de su perorata para mirar. Los holgazanes del O'Toole y de la tienda de golosinas se congregaban en la calle, olvidándose de sus cervezas y sus batidos de chocolate. En el café, su madre haría un alto delante de la caja registradora. El nuevo empleado del Scrubba-Dubba levantaría la cabeza junto a los faros que había estado lavando y, con el guante de esponja todavía en la mano, miraría hacia el norte mientras el estruendo colosal y prodigioso martillaba la rutina de cobre laminado de esa jornada: ¡BLAMMM! Ése era su sueño.

Hubo un momento en que le concedieron algunos privilegios en la prisión, y cuando se propagó la extraña epidemia lo enviaron a la enfermería. Desde hacía pocos días ya no quedaban pacientes allí porque todos habían muerto. Y los que seguían con vida habían huido, excepto un joven guardia llamado Jason Debbins que se sentó al volante de un camión de la lavandería de la prisión y se pegó un tiro.

¿A qué otro lugar podría haber ido, si no a casa?

La brisa le acarició la mejilla y luego se extinguió.

Encendió otro fósforo y lo arrojó. El fósforo cayó sobre un charco de gasolina que se inflamó con llamas azules. Se propagaron delicadamente, como una especie de corona con el fósforo quemado en el centro. Trashcan contempló un momento el espectáculo, fascinado. Después se encaminó deprisa a la escalerilla que circundaba el depósito, mirando por encima del hombro. Ahora veía el equipo de bombeo a través de la bruma que generaba el calor, rielando como un espejismo. Las llamas azules, que no se alzaban más de cinco centímetros, se propagaron hacia la maquinaria y el tubo abierto, formando un semicírculo cada vez más ancho. Los forcejeos del escarabajo habían concluido. Había quedado reducido a un caparazón carbonizado.

Podría dejar que lo mismo me ocurra a mí, pensó.

Pero al parecer no era eso lo que deseaba. Sentía vagamente que ahora su vida podía tener otra finalidad, solemne y colosal. De modo que sintió el aleteo del miedo y empezó a bajar corriendo por la escalerilla. Sus zapatos producían un repiqueteo metálico y su mano se deslizaba veloz sobre la barandilla empinada y herrumbrosa.

Cada vez más abajo, dando vueltas, preguntándose cuánto tardarían en inflamarse los gases que flotaban alrededor de la boca del tubo, cuánto tiempo faltaba para que un calor suficientemente intenso como para provocar la explosión descendiera por la garganta del tubo hasta el vientre del depósito.

Bajaba corriendo, el cabello ondeando, con una sonrisa de terror en el rostro, y el viento rugiendo en sus oídos. Ya estaba a mitad de camino, frente a las letras CH de siete metros de altura y color verde pintadas en el depósito blanco. Más... más abajo, y si sus pies voladores se enredaban en algo, tropezaría del mismo modo que con la lata de gasolina y sus huesos se romperían como ramas secas.

El suelo cada vez más cerca, la grava blanca que rodeaba los depósitos, el césped verde más allá de U grava. Los coches del aparcamiento empezaron a recuperar sus dimensiones normales. Y él parecía seguir flotando en un sueño, y nunca tocaría tierra, sino que correría y correría sin llegar a ninguna parte. Estaba junto a una bomba con la mecha encendida.

Desde arriba llegó un súbito y potente estampido, como el de un gran petardo. Oyó un ruido metálico y después algo zumbó junto a él. Vio, con un miedo casi morboso, que era un fragmento del tubo de desagüe. Estaba ennegrecido por completo y el calor lo había retorcido dándole una configuración absurda.

Apoyó una mano en la barandilla y saltó por encima, oyendo que algo se quebraba en su muñeca. Un dolor atroz le subió hasta el hombro. Recorrió los últimos ocho metros por el aire y aterrizó sobre la grava. Las piedras le rasguñaron los antebrazos pero casi no lo sintió. Ahora era presa de un raro pánico entre gemidos y sonrisas, y la luz del día parecía muy brillante.

Trashcan se puso en pie, volvió la cabeza hacia atrás y arriba al mismo tiempo que echaba a correr. Al depósito le había brotado una cabellera amarilla, y el pelo crecía a una velocidad asombrosa. Podía estallar de un momento a otro.

Corrió, con la muñeca derecha fracturada palpitándole. Saltó sobre el bordillo del aparcamiento. Ya había cruzado la zona de los coches, seguido de cerca por su sombra, y ahora corría por el ancho camino de acceso de grava, atravesaba la puerta entreabierta y volvía a la carretera 130. La cruzó velozmente y se arrojó en la cuneta del otro lado,

desplomándose sobre un blando lecho de hojas muertas y musgo húmedo, con los brazos cruzados sobre la cabeza y los pulmones aguijoneados por su respiración jadeante.

El depósito de petróleo estalló. No hizo ¡BLAMM! sino ¡KABUMM! Un ruido tan formidable, pero al mismo tiempo tan breve y gutural que sintió cómo sus tímpanos se hundían y cómo sus globos oculares se desorbitaban por la onda expansiva. Hubo una segunda explosión, y una tercera. Trashcan se revolcó sobre el lecho de hojas, sonrió y aulló en silencio. Se sentó, cubriéndose los oídos con las manos. Un vendaval repentino lo tumbó como si fuera un desecho insignificante.

Los nuevos retoños que crecían a sus espaldas se doblaron y sus hojas produjeron un aleteo frenético, como el de los gallardetes de una tienda de venta de coches de segunda mano en un día ventoso. Uno o dos se quebraron con un estampido crepitante, como si alguien estuviera disparando una pistola de tiro al blanco. En la carretera empezaron a caer trozos incendiados del depósito. Se estrellaban con un estrépito metálico, y algunos conservaban los remaches tan retorcidos y negros como el tubo de desagüe.

¡¡KA-BUUUMMMM!!

Trashcan volvió a sentarse y vio un gigantesco árbol de fuego detrás del aparcamiento de Cheery Oil. De lo alto se desprendía una humareda negra que se elevaba en línea recta hasta una gran altura antes de que el viento la dispersara. Era imposible mirarla sin cerrar casi del todo los ojos. Desde el otro lado de la carretera irradiaba un calor que le tensaba la piel y la hacía brillar. Sus ojos irritados lagrimeaban. Otro fragmento de metal incandescente, esta vez de más de dos metros y con la forma de un diamante, cayó del cielo en la zanja seis metros a su izquierda. Las hojas que cubrían el musgo húmedo ardieron al instante.

¡¡KA-BUUUMMMM!! ¡¡KA-BUUUMMMM!!

Si se quedaba allí se disolvería en una masa convulsiva y ululante de combustión espontánea. Se levantó y echó a correr por la cuneta en dirección a Gary. La respiración le quemaba los pulmones. El aire sabía a metal. Se palpó el pelo para ver si estaba ardiendo. El olor dulzón de la gasolina impregnaba el aire y parecía adherirse a él. El viento tórrido hacía ondular sus ropas. Se sintió como si estuviera tratando de escapar de un horno microondas. La carretera se duplicó delante de sus ojos llorosos, y después se triplicó.

Se oyó otro rugido cuando la creciente presión del aire produjo el estallido de las oficinas de la Cheery Oil Company. Cimitarras de cristal cortaron el aire, bloques de cemento y ladrillo llovieron sobre la carretera. Una esquirla de acero le atravesó la manga de la camisa y le produjo un fino corte en la piel. Otro fragmento que por sus dimensiones podría haberle reducido la cabeza a jalea se estrelló a sus pies y rebotó, después de abrir un cráter en el asfalto. Logró al fin salir de la zona de peligro; la sangre le palpitaba en la cabeza como si le hubieran rociado el cerebro con petróleo y le hubieran prendido fuego.

¡KA-BUMM!

Otro depósito. La resistencia del aire pareció disolverse y una enorme onda caliente lo impulsó hacia adelante de modo que sus pies apenas tocaban el suelo. Esbozó la sonrisa aterrorizada propia de quien se mea encima cuando lo sujetan a la cometa más grande del mundo y lo alzan en medio de un vendaval. Vuela, muchacho, vuela, remontándote en el cielo hasta que el viento se vaya a otra parte y tú desciendas aullando en caída libre.

Tras una perfecta andanada de explosiones, el polvorín de Dios revienta en una llamarada de virtud, Satanás toma por asalto el cielo, y su capitán de artillería es un idiota que sonríe feroz con las mejillas rojas y desolladas, un idiota llamado Trashcan, que jamás volverá a llamarse Donald Merwin Elbert.

Imágenes destacadas: coches carbonizados en la carretera, el buzón del señor Strang hecho un guiñapo retorcido, una línea de fuego cruzando un maizal.

Ahora la onda expansiva no lo empujaba ya con tanta fuerza. La resistencia del aire había vuelto a aparecer. Trashcan lanzó una mirada por encima del hombro y vio que el montículo sobre el que se levantaban los depósitos de petróleo era una bola de fuego. Incluso la carretera parecía incendiada y los árboles ardían como teas.

Corrió otros cuatrocientos metros y después amainó el paso resollando, dando resoplidos, tambaleándose. Tras haber recorrido un kilómetro y medio, se detuvo y miró hacia atrás, aspirando el olor de la combustión. Puesto que no había bomberos ni equipos para combatirlo, el fuego se propagaría hacia donde lo llevara el viento. Quizá ardiera durante meses. Devoraría Powtanville y se extendería hacia el sur, incinerando casas, aldeas, granjas, sembrados, prados, bosques. Tal vez llegara muy al sur, hasta Terre Haute, y destruyera ese lugar donde lo habían tenido encerrado. ¡Y podría llegar aún más lejos!

Volvió otra vez la cabeza hacia el norte, hacia Gary. Ahora veía la ciudad, las grandes chimeneas mudas e inocentes, como trazos de tiza sobre una pizarra azul celeste. Más allá, Chicago. ¿Cuántos depósitos de petróleo? ¿Cuántas gasolineras? ¿Cuántos trenes silenciosos detenidos en desvíos, cargados de butano y fertilizantes inflamables? ¿Cuántos arrabales resecos como leña? ¿Cuántas ciudades más allá de Gary y Chicago?

Había todo un país listo para arder bajo el sol estival.

Trashcan se levantó y echó a andar, sonriendo. Su piel ya se estaba poniendo roja como una langosta. No la sentía, aunque esa noche lo mantendría despierto con una especie de euforia. Lo aguardaban incendios más grandes y mejores. Su mirada era apacible, feliz y completamente demencial: la mirada de un hombre que ha descubierto la gran palanca que mueve su destino y la ha tomado en sus manos.

—Quiero salir de la ciudad —dijo Rita sin volverse.

Estaba de pie en el balcón del pequeño apartamento, con la primera brisa de la mañana haciendo ondear el diáfano y largo camisón negro que llevaba.

—Muy bien —respondió Larry.

Se hallaba sentado a la mesa, tomando un bocadillo con un huevo frito.

Ella se volvió hacia él, con el rostro ojeroso. Si en el parque había parecido una elegante cuarentona el día que Larry la conoció, ahora parecía una mujer danzando en el filo de la navaja que separa los primeros años sesenta de los más avanzados. Sostenía un cigarrillo entre los dedos temblorosos, provocando volutas zigzagueantes. Dio una calada y exhaló el humo sin tragarlo.

—Lo digo muy en serio.

Larry se limpió la boca con la servilleta.

—Ya lo sé —respondió—, y lo comparto. Tenemos que irnos.

Los músculos faciales de la mujer parecieron distenderse aliviados. Con un matiz de subconsciente desagrado, Larry pensó que aquello la envejecía todavía más.

—¿Cuándo?

—¿Por qué no hoy? —preguntó él.

—Eres un chico estupendo —comentó Rita—. ¿Quieres más café?

—Ya me lo haré.

—Tonterías. Quédate donde estás. Siempre solía prepararle a mi marido una segunda taza. Él insistía en ello. Aunque apenas le veía la raya del pelo a la hora del desayuno. El resto de él se hallaba detrás del *Wall Street Journal* o algún horrible libro de literatura seria. A veces no muy significativa o profunda, pero henchida de significado. Böll, Camus, ¡Milton! Por el amor de Dios... Tú eres un cambio muy bienvenido...

Miró por encima del hombro con expresión maliciosa mientras se dirigía a la cocinita.

—Sería una lástima que escondieses la cara detrás de un periódico.

Él le dirigió una vaga sonrisa. Esa mañana su humor era un tanto forzado, al igual que el día anterior por la tarde. Recordaba haberla conocido en el parque, y cómo había creído que su conversación asemejaba un chorro de diamantes sobre el fieltro verde de una mesa de billar. A partir de entonces se había parecido más al brillo del circonio, una pasta casi perfecta pero que, a fin de cuentas, no dejaba de ser una pasta.

—Aquí tienes...

Depositó la taza. Su mano, aún temblorosa hizo que el café salpicara a Larry en el antebrazo. Apartó de ella con un siseo de dolor.

—Oh, lo siento...

En su rostro surgió algo más que consternación. Algo que podía ser incluso terror.

—Descuida...

—No, pero soy una patosa... Siéntate... Soy una torpe, una estúpida...

Prorrumpió en sollozos, exhalando unos graznidos como si hubiese sido testigo de la espantosa muerte de su mejor amigo.

Larry se puso en pie y la abrazó, y ella le abrazó convulsivamente. Era casi un agarrón. *Agarrón cósmico*, nuevo álbum por Larry Underwood, pensó él. Oh, mierda. No eres un tipo agradable. Vuelve a ocurrir otra vez.

—Lo siento. No sé qué me pasa, nunca me ocurren cosas así, lo siento...

—Está bien, no pasa nada.

Procuró apaciguarla pasándole la mano por su cabello entrecano, que mejoraría de aspecto si le dedicaba horas delante del espejo.

Él sabía en qué consistía aquel problema. Era algo a un tiempo personal e impersonal. Le había afectado también a él, pero no tan de repente ni de forma tan extrema. En cuanto ella, era como si un cristal interno se le hubiese astillado en las últimas veinticuatro horas.

En lo impersonal, supuso que se trataba del olor. Era algo que entraba por la puerta corredera abierta que comunicaba con el balcón y llegaba con la fresca brisa matutina, que más tarde dejaría paso a un calor pesado y húmedo, si este día iba a ser como los últimos tres o cuatro. Aquel fétido olor era difícil de definir de una forma menos penosa que la verdad

desnuda. Podía compararse con el de las naranjas enmohecidas, con el del pescado podrido o con el que a veces se respira en los túneles del metro, pero no era nada de eso: era el olor de los cadáveres, miles de ellos, descomponiéndose con el calor, detrás de las puertas cerradas, aunque uno quisiera poder olvidarse de eso.

Todavía había corriente eléctrica en Manhattan, pero Larry no creía que por mucho tiempo. Ya se había cortado en la mayoría de los sectores. La noche anterior había estado en el balcón, después de que Rita se hubiese dormido, y desde aquel lugar elevado pudo ver que las luces estaban apagadas en más de la mitad de Brooklyn y en todo Queens. Había una especie de bolsa negra más allá de la calle Ciento diez, en dirección a la isla de Manhattan. Mirando hacia Jersey se podían divisar las luces rutilantes de Union City y, quizá, de Bayonne, pero el resto de la costa de Jersey se hallaba en tinieblas.

La oscuridad representaba algo más que el corte de la luz. Entre otras cosas, significaba que había dejado de funcionar el aire acondicionado, ese invento moderno que hacía posible vivir en este particular núcleo urbano después de mediados de junio. Significaba que todas las personas que habían muerto plácidamente en sus apartamentos y casas de vecindad se estaban pudriendo ahora en hornos amueblados y, cuando pensaba en eso, volvía a evocar lo que había visto en los lavabos del parque. Había soñado con ello, y en sus sueños aquella repulsiva golosina resucitaba y le hacía señas.

Ahora, supuso que ella estaba turbada por lo que habían encontrado cuando pascaban por el parque. Al principio ella había reído, contenta y feliz, pero luego se había hecho vieja, después de toparse con el heraldo de los monstruos tendido en un sendero entre un charco de su propia sangre; las gafas con la patilla remendada descansaban junto a una mano cada vez más rígida, con ambos cristales quebrados. Al parecer había un monstruo suelto, después de todo. El hombre había sido acuchillado repetidas veces. Ante los turbados ojos de Larry se presentaba como un acerico humano.

Rita comenzó a chillar, y cuando luego se serenó su histeria, insistió en que debían enterrarlo. Y eso hicieron. Durante el trayecto de regreso al apartamento, Rita empezó a convertirse en la mujer que tenía frente a él esa mañana.

—Tranquila, Rita —le dijo—. Sólo es una pequeña quemadura. La piel ni siquiera se ha enrojecido.

—Buscaré Unguentine. Creo que hay un poco en el botiquín.

Pero Larry la retuvo por los hombros y la hizo sentarse. Lo miró con cara ojerosa.

—Lo que harás es comer —prosiguió Larry—. Huevos revueltos, tostadas, café. Después cogeremos unos mapas y estudiaremos la mejor ruta para salir de Manhattan. Tendremos que caminar, ¿sabes?

—Sí... Supongo que no nos queda otro remedio.

Él entró en la cocina porque no quería ver más aquella muda súplica en sus ojos. Cogió los dos últimos huevos del frigorífico, los cascó dentro de un cuenco y empezó a batirlos.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó.

—Pues no sé...

—¿En qué dirección? —insistió Larry, con una pizca de impaciencia. Añadió leche a los huevos y colocó la sartén al fuego—. ¿Al norte? Hacia allí está Nueva Inglaterra. ¿Al sur? Eso no me parece sensato. Podríamos...

Un sollozo ahogado. Se volvió y vio que ella lo miraba, retorciéndose las manos sobre el regazo, con los ojos brillantes. Estaba tratando de dominarse.

—¿Qué sucede? —le preguntó acercándose—. ¿Rita? ¿Qué te pasa?

—Creo que no podré comer... —gimoteó—. Sé que tú quieres que coma... Lo intentaré, pero... el *olor*...

Larry cruzó la sala y cerró las puertas de cristal.

—Listo —dijo con tono despreocupado, procurando disimular la irritación que ella le causaba—. ¿De acuerdo?

—Sí —contestó Rita—. Ahora podré comer.

Él volvió a la cocina y removió los huevos revueltos, que habían comenzado a burbujear. Había un rallador en el cajón de los utensilios y lo utilizó para rallar un trozo de queso americano. Cuando tuvo un montoncito, lo agregó a los huevos. Ella se movió detrás de él y, un momento después Debussy llenó el apartamento, demasiado ligero y preciosista para los gustos de Larry. Nunca le había interesado esa clase de música clásica. Si uno tiene que pasar por la mierda clásica, debes ir al grano y tener tu Beethoven, tu Wagner o algo parecido. ¿Por qué joder las cosas con menudencias?

Ella le había preguntado cómo se ganaba la vida... Larry pensó, con cierto resentimiento, que el tono de la pregunta era propio de una persona para la cual «ganarse la vida» no implicaba ningún dolor. Había cantado en varios grupos, alguna que otra grabación en estudio. Ella asintió y eso fue todo. Él prefirió no hablarle de su éxito discográfico. Eso también pertenecía al pasado. La brecha entre aquella vida y ésta era tan grande que aún no acababa de comprenderlo. En aquella vida había tenido que escapar de un traficante de cocaína; en ésta había enterrado a un hombre en Central Park.

Sirvió los huevos en un plato, agregó una taza de café instantáneo, con mucha crema, y azúcar. Larry aprobaba la frase de los camioneros: «Si quieres una taza de crema y azúcar, ¿por qué has pedido café?». Llevó todo a la mesa. Ella estaba sentada en un cojín, con los brazos cruzados, frente al tocadiscos. Debussy rezumaba de los altavoces como mantequilla derretida.

—La sopa está servida —anunció Larry.

Rita se acercó a la mesa con una débil sonrisa, mirando los huevos como un corredor habría mirado una hilera de vallas.

Después se sentó y empezó a comer.

—Está buena —aprobó—. Tenías razón. Gracias.

—Bien. Ahora escucha. Yo sugiero por la Quinta hasta la calle Treinta y nueve y doblar hacia el oeste. Pasar a Nueva Jersey por el túnel Lincoln, después seguiremos por la 495 al noroeste y... ¿Los huevos están buenos? No se han quemado, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Están muy sabrosos —sonrió, se llevó el tenedor a la boca y luego bebió un sorbo de café—. Continúa. Te escucho.

—Desde Passaic podríamos andar hacia el oeste, hasta que las carreteras estén lo bastante despejadas como para poder ir en coche. Luego podríamos encaminarnos a Nueva Inglaterra. Hacer una especie de ocho. ¿Entiendes lo que quiero decir? Será más largo, pero nos ahorrará un montón de problemas. Tal vez nos instalemos en una casa junto al océano, en Maine, Kittery, York, Wells, Ogunquit, quizá Scarborough o Boothbay Harbor. ¿Qué dices a eso?

Él había estado mirando por la ventana, pensando a medida que hablaba. En ese momento se volvió hacia ella y lo que vio le asustó: la posibilidad de que estuviera volviéndose loca. Sonreía, pero su expresión se parecía más a un rictus. El sudor le corría por el rostro en grandes gotas.

—¿Rita? Oh, Rita, qué...

—Lo siento...

Se levantó con precipitación e hizo caer la silla. Cruzó la sala corriendo.

—¿Rita? ¿Qué...?

Larry la siguió hasta el baño. A través de la puerta cerrada, oyó las arcadas sordas y espasmódicas con que vomitaba el desayuno. Golpeó la puerta con la mano, irritado. Dios, aborrecía que la gente vomitara. Le daba ganas de vomitar a él también.

El olor de queso que flotaba en el baño le produjo náuseas. Rita estaba sentada en el suelo, la cabeza colgando débilmente sobre la taza del inodoro.

Se limpió la boca con papel higiénico y lo miró con expresión suplicante, con el rostro tan blanco como el papel.

—No pude evitarlo... Larry. Lo siento.

—Joder, Rita, si sabías que iba a pasar esto, ¿por qué lo intentaste?

—Porque tú querías que lo comiera. Y no quería que te enojases conmigo. Pero no lo conseguí. Y ahora estás enfadado conmigo.

Su mente se retrotrajo a la noche anterior. Ella había hecho el amor con él con una pasión tan febril que él había pensado en la edad de Rita y se había sentido un poco asqueado. Se había visto como atrapado en una de esas máquinas para hacer ejercicio. Eyaculó con rapidez, casi como en un acto de autodefensa, y ella se había soltado mucho después, jadeante e insatisfecha. Más tarde, cuando Larry comenzaba ya a bordear el sueño, Rita se le aproximó. Volvió a oler sus polvos perfumados, los mismos que usaba su madre cuando lo llevaba al cine, y ella había murmurado aquello que lo había mantenido en vela durante las dos horas siguientes: «No me abandonarás, ¿verdad? ¿No me dejarás sola?».

Antes de todo eso Rita había sido estupenda en la cama, tanto que él se quedó perplejo. El día que se conocieron, habían ido a su casa después del almuerzo y había sucedido de la forma más natural del mundo. Recordó un instante de aprensión cuando vio cómo se balanceaban sus pechos y lo prominentes que eran sus venas azules (aquello le recordó las

venas varicosas de su madre). Pero lo olvidó todo cuando ella separó las piernas y sus muslos le oprimieron los costados con sorprendente fuerza.

Dijo: «Despacio —se echó a reír—, el último ha de ser el primero y el primero el último...». Él estaba ya a punto cuando ella de pronto se apartó y se puso a buscar los cigarrillos. ¿Qué diablos está haciendo?, se preguntó él mientras su polla ondeaba en el aire, tiesa y palpitante. Ella había sonreído. «Te debe de quedar alguna mano libre. Lo mismo que a mí». Por lo tanto, lo habían hecho mientras fumaban y ella charlotteaba ligeramente acerca de todo lo humano y lo divino. El color le había vuelto a las mejillas y, al cabo de un rato, su respiración se hizo entrecortada. Sus palabras empezaron a desvanecerse. «Ahora —le dijo, mientras le quitaba el cigarrillo, dejaba el suyo y aplastaba los dos—. Veamos si puedes terminar lo que empezaste». Larry lo acabó, con completa satisfacción para los dos. Acto seguido se deslizaron hacia el sueño. Despertó poco después de las cuatro de la madrugada. La contemplo dormir, pensando que en aquello, a fin de cuentas, había habido algo que cabía atribuir a la experiencia. En los últimos diez años había follado mucho, pero a lo que acababa de sucederle no se le podía llamar en absoluto joder. Era mucho mejor que eso, aunque un poco decadente. Bueno, ella habrá tenido su buena ristra de amantes, se dijo. Y ese pensamiento lo excitó de nuevo, y a continuación la despertó.

Había sido así de perfecto hasta que encontraron al heraldo de los monstruos y hasta la noche anterior. Antes hubo otros detalles que le inquietaron, pero que aceptó. Una cosa como ésta, razonó, te deja un poco alicaído; pero puedes seguir adelante.

Hacía dos noches se había despertado después de las dos y oyó que ella estaba llenando un vaso de agua. Pensó que estaría tomando otro somnífero. Tenía unas cápsulas rojas y amarillas que le dejaban alhelado. Supuso que ya las vendría tomando antes de presentarse la supergripe.

Además, estaba aquella forma obsesiva con que ella lo seguía de un lugar a otro del apartamento; incluso se colocaba en la puerta del baño y le hablaba mientras él se duchaba o hacía sus necesidades. A él le gustaba conservar la intimidad en el cuarto de baño, pero se decía que no todos compartían ese gusto. Todo dependía de la educación. Lo discutiría con ella... más adelante.

Pero ahora...

¿Tendría que cargarla sobre sus espaldas? Ojalá no. Rita le había parecido más fuerte, por lo menos al principio. Por eso le atrajo tanto aquel día en el parque. La publicidad no es siempre veraz, pensó con amargura. ¿Cómo diablos pensar en protegerla cuando apenas podía cuidarse a sí mismo? Eso lo había demostrado muy bien después del éxito de su disco. Wayne Stuker tampoco tuvo pelos en la lengua para hacérselo ver.

—No, no estoy enfadado —murmuró Larry—. Sólo se trata de que... Verás, no tengo ningún poder demandando sobre ti. Si no tienes ganas de comer, bastará con que lo digas.

—Ya te lo advertí...

—No me advertiste nada.

Rita bajó la cabeza, se miró las manos y él comprendió que intentaba no echarse a llorar. Por un momento se sintió más furioso que antes, con deseos de gritar: «¡No soy tu padre! ¡No soy tu poderoso marido banquero! ¡No voy a tomarte bajo mi tutela! ¡Maldita sea, eres treinta años mayor que yo!».

Luego le acometió el habitual acceso de desprecio por sí mismo y se preguntó qué demonios le pasaba.

—Lo lamento —se disculpó—. Soy un bastardo insensible.

—No, no lo eres —respondió ella, sorbiendo—. Pero ocurre que... todas estas cosas están comenzando a minarme. Lo de ayer... aquel pobre hombre en el parque. Nadie atraparé a las personas que le hicieron eso, sino que seguirían haciéndolo una y otra vez. Como animales en la selva. Y todo esto empieza a ser muy real. ¿Lo comprendes, Larry? ¿Entiendes lo que quiero decir?

Volvió hacia él aquellos ojos aún cargados de lágrimas.

—Sí —repuso, pero seguía impaciente, incluso sentía un poco de desprecio hacia ella.

Aquello era una situación real. ¿Cómo no iba a serlo? Estaban en medio de ella y la habían visto desarrollarse. Su propia madre había muerto; él la vio morir. ¿Intentaba decirle que ella era más sensible? Él había perdido a su madre, y Rita había perdido al hombre que la llevaba en Mercedes. Sin embargo, en cierto modo, la pérdida de ella resultaba mayor. Pues él era una mierda. Una puta mierda.

—Por favor, no te enfades conmigo —pidió ella—. Trataré de hacer mejor las cosas.

Así lo espero, pensó él. Confío en ello.

—Está bien —le dijo, y la ayudó a ponerse en pie—. Vamos. Tenemos un montón de cosas que hacer. ¿No te parece?

—Sí —contestó Rita, pero su expresión no había cambiado.

—Cuando salgamos de la ciudad te sentirás mejor.

Ella lo miró a los ojos.

—¿De veras?

—Sí —respondió Larry con firmeza—. Claro que sí.

Salieron a buscar lo mejor de lo mejor.

Manhattan Sporting Goods estaba cerrado; pero Larry destrozó el escaparate con una cañería de hierro que recogió de la calle. La alarma contra robo aulló en la desierta e impenetrable calle. Eligió una gran mochila para él y otra más pequeña para Rita. Ella había empacado dos mudas para cada uno, que era todo lo que podía permitirse Larry, el cual las llevaba ahora en una bolsa de vuelo de la Panam que ella había encontrado en el armario, junto con los cepillos de dientes. Aquello de los cepillos de dientes le pareció a él un tanto absurdo. Rita iba demasiado bien vestida para caminar, con unos pantalones blancos de seda y una blusa marfileña. Larry llevaba unos gastados téjanos y una camisa blanca arremangada.

Cargaron las mochilas con comida preparada y nada más. Era absurdo, le explicó Larry, llevar un montón de cosas incluidas las prendas de ropa, cuando no tenían más que coger cuanto necesitasen.

Ella se mostró de acuerdo, aunque sin mucha convicción y su falta de interés lo irritó una vez más.

Tras una breve vacilación, añadió también un fusil del 30 y doscientos cartuchos. Era un arma magnífica, a la que quitó la etiqueta del precio que colgaba del guardamonte. Costaba 450 dólares.

—¿De verdad crees que necesitamos eso? —preguntó ella con aprensión.

Aún conservaba el revólver del 32 en el bolso.

—Opino que será mejor que lo tengamos —replicó, sin querer decir más pero pensando en el penoso fin del heraldo de los monstruos.

—Oh —exclamó Rita con un hilo de voz.

Por la expresión de sus ojos, Larry comprendió que estaba pensando en lo mismo.

—¿No es demasiado pesada esa mochila para ti?

—Oh, no. De veras...

—Pero te pesará cada vez más a medida que andemos. Sólo tienes que decírmelo y la llevaré un rato.

—Está bien —contestó con una sonrisa.

Una vez se encontraron de nuevo en la acera, ella miró a un lado y otro y dijo:

—¿Vamos a salir de Nueva York?

—Sí.

—Me alegro. Me siento como... Oh, como cuando era una niña y mi padre me decía: «Hoy haremos una excursión». ¿Te acuerdas de cómo era eso?

Larry le sonrió también, recordando las veladas en que su madre le decía: «Ese Oeste que deseas ver está allá, Larry. Clint Eastwood. ¿Qué te parece?».

—Creo que también lo recuerdo —dijo.

Se enderezó y se ajustó mejor la mochila.

—El principio de una excursión —comentó ella, y luego añadió, con tanta suavidad, que él apenas la entendió—: El camino se extendía y extendía...

—¿Qué?

—Es una frase de Tolkien —aclaró—. *El señor de los anillos*. Siempre he pensado en él como una especie de puerta hacia la aventura.

—Cuanto menos aventura haya mejor —replicó Larry, casi sin querer comprender lo que ella decía.

Rita continuaba mirando la calle. Cerca del cruce había un estrecho pasaje entre altos edificios, y claros de rayos de sol que se reflejaban en los cristales. Se encontraba atestado de coches. Era como si todos los de Nueva York se hubiesen decidido al mismo tiempo a aparcar por las calles.

Ella dijo:

—He estado en Bermudas, Inglaterra y Jamaica, Montreal y Saigón y hasta en Moscú. Pero nunca había emprendido una excursión desde que era una niña pequeña y mi padre nos

llevaba a mi hermana Bess y a mí a visitar el zoo. En marcha, Larry.

Fue una caminata que Larry Underwood no olvidó nunca. Empezó a pensar que ella no había estado tan errada al citar a Tolkien, con sus míticas tierras vistas a través de las lentes del tiempo y con una imaginación medio enloquecida y un tanto exaltada, poblada de elfos y gnomos, duendecillos y oreas. No había ninguno de esos seres en Nueva York; pero era tanto lo que había cambiado, tanto lo que estaba desquiciado, que resultaba imposible no considerarlo como una fantasía. En la Quinta con la 54 Este habían ahorcado de una farola a un hombre de cuyo cuello colgaba un cartel con una sola palabra: SAQUEADOR. Sobre una papelera hexagonal, que aún ostentaba publicidad reciente de un espectáculo de Broadway, una gata daba de mamar a sus crías y disfrutaba del sol de la mañana.

Un hombre joven, con una gran maleta, se acercó a ellos y le dijo a Larry que le pagaría un millón de dólares por follar a la mujer durante quince minutos. Era de suponer que el dinero estaría en la maleta. Larry se descolgó la carabina y le dijo que se llevara su millón a otra parte.

—Vale, tío. No tienes por qué ponerte así. No puedes culparme por intentar follar, ¿no te parece? Que tengas un buen día.

Poco después de mediodía llegaron a la intersección de la Quinta y la calle Treinta y nueve. Rita, con cierto humor histérico, insistió en llamarlo John Bearsford Tipson, un nombre que no significaba nada para Larry.

Larry sugirió que comieran. En la esquina había una tienda de comestibles; pero cuando abrió la puerta, el olor de carne podrida repelió a Rita.

—Será mejor que no entre si quiero conservar el apetito —dijo.

Larry sospechaba que dentro podría haber abundante carne en buenas condiciones, a base de componentes químicos; pero no le gustaba la idea de dejarla sola en la acera. De modo que se sentaron en un banco, a cincuenta metros de allí, y comieron manzanas, lonchas de tocino y galletas Ritz untadas con queso, y tomaron café frío de un termo.

—Esta vez estaba realmente hambrienta —comentó ella.

Él le sonrió. El solo hecho de haberse decidido a hacer algo positivo era bueno. Le había asegurado a Rita que se sentiría mejor cuando saliesen de Nueva York. En aquel momento lo había dicho sólo por decir algo. Ahora, al ver cómo se le había mejorado también a él el carácter, pensó que era verdad. Vivir en Nueva York era como quedarse en un cementerio donde los muertos aún no estaban del todo inmóviles. Cuanto antes salieran de allí, mejor. Tal vez ella volviera a ser la misma de aquel primer día en el parque. Se dirigirían al Maine por carreteras secundarias y se alojarían en la casa de veraneo de algún ricacho. Ahora hacia el norte; y en septiembre u octubre hacia el sur. Boothbay Harbor en verano, Key Biscayne en invierno. Sería un recorrido maravilloso. Distraído con estos pensamientos, no vio la mueca de dolor que hizo Rita al echarse al hombro el fusil que él se había empeñado en traer.

Avanzaban rumbo al oeste, seguidos por sus sombras, que al principio eran chatas como sapos, pero que empezaban a estirarse a medida que avanzaba la tarde. Las calles estaban abarrotadas y silenciosas, ríos congelados de automóviles de todos los colores, con predominio del amarillo de los taxis. Muchos coches se habían convertido en carrozas fúnebres. Los cadáveres en descomposición de los conductores seguían detrás del volante, y los pasajeros estaban hundidos en los asientos como si, hartos del atasco, se hubieran dormido. Larry comenzó a pensar que tal vez cogiesen un par de motocicletas una vez hubieran salido de la ciudad. Les darían movilidad y una posibilidad de sortear los atascos que debían de sembrar las carreteras por todas partes.

Suponiendo que ella sepa conducir una moto, pensó. Y tal como se iban desarrollando las cosas, lo más probable era que no supiese. La vida con Rita se estaba convirtiendo en un auténtico engorro, por lo menos en algunos aspectos. Pero si no era capaz de conducir, supuso que podría ir con él en el asiento de atrás.

En el cruce de la Treinta y nueve y la Séptima Avenida vieron a un joven tumbado sobre un taxi. Su única vestimenta consistía en unos téjanos cortos.

—¿Está muerto? —inquirió Rita.

El joven se incorporó, miró en torno, los vio y los saludó con la mano.

Ellos contestaron el saludo. El joven volvió a tumbarse plácidamente.

Poco después de las dos cruzaron la Undécima Avenida. Larry oyó a sus espaldas un grito ahogado y se dio cuenta de que Rita ya no caminaba a su izquierda.

Estaba hincada sobre una rodilla, sujetándose el pie. Entonces Larry descubrió que Rita calzaba unas costosas sandalias de puntera abierta, de ochenta dólares o más, ideales para caminar quinientos metros por la Quinta Avenida, contemplando escaparates. Pero que para una larga marcha, una expedición como la que ellos estaban realizando...

Las tiras le habían hecho sangrar los tobillos.

—Larry, lo sien...

Él la levantó bruscamente.

—¿En qué pensabas? —le espetó en la cara.

Experimentó un fugaz sentimiento de compasión al ver cómo ella retrocedía, asustada; pero también sintió un placer perverso.

—¿Creías que podrías volver en taxi a tu apartamento si te dolían los pies?

—Nunca creí...

—¡Maldita sea! —se mesó el cabello—. Estás sangrando, Rita. ¿Cuánto tiempo llevan haciéndote daño?

Le contestó con voz tan baja y gangosa que le resultó difícil entenderla incluso en medio de aquel silencio sobrenatural.

—Desde... supongo que más o menos desde que pasamos por la Quinta y la Cuarenta y nueve.

—¿Has caminado dos jodidos kilómetros con los pies lastimados y sin decir nada?

—Pensé que tal vez pasaría... que dejaría de dolerme... No quise... Íbamos a buen ritmo al salir de la ciudad... Sólo pensé...

—¡Pensaste en una mierda! —exclamó Larry, furioso—. ¿Cuánto tiempo duraremos así? Tus jodidos pies parecen salidos de una puñetera crucifixión.

—No seas grosero conmigo, Larry —suplicó ella, empezando a gimotear—. No, por favor... Me siento tan mal cuando tú... Por favor, no seas grosero conmigo...

Larry había montado en cólera, y más tarde no sabría por qué su pie sangrante le había provocado semejante reacción. En ese momento no importaba.

Le gritó a la cara:

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Los altos edificios de apartamentos devolvieron el eco de su improperio.

Ella se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar, lo cual enfureció más a Larry. Supuso que su reacción se debía en parte a que ella no quería ver la realidad. Prefería taparse la cara con las manos y dejar que él la guiara. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, siempre había alguien dispuesto a cuidar de la pequeña Rita. Alguien para conducir su coche, hacer sus compras, lavar la taza del inodoro, confeccionarle la declaración de Hacienda. De modo que pongamos música de ese empalagoso Debussy, cubrámonos los ojos con las manos bien cuidadas y dejemos que todo corra a cuenta de Larry. Ocúpate de mí, Larry. Después de ver lo que sucedió al heraldo de los monstruos, he resuelto que no quiero ver nada más. Eso fue demasiado para una persona como yo.

Larry le apartó las manos bruscamente. Rita se encogió y trató de llevárselas de nuevo a los ojos.

—Mírame.

Ella meneó la cabeza.

—¡Maldita sea, mírame, Rita!

Ella obedeció con un gesto extraño y atemorizado, como si pensara que Larry se disponía a maltratarla no sólo de palabra. En el estado en que él se encontraba, aquello era lo mínimo que se podía suponer.

—Te explicaré la situación, porque al parecer no lo entiendes. La situación es que posiblemente tendremos que caminar treinta o cuarenta kilómetros. Y si te afectan esas heridas, puedes pillar una infección y morirte. Y para hacer frente a esta situación, debes mover el culo y empezar a ayudarme.

Larry la sujetaba por los brazos con excesiva fuerza. Su ira se disipó cuando observó las marcas rojas que aparecieron en su carne al soltarla. Retrocedió un paso, de nuevo inseguro, convencido de que su reacción había sido exagerada. Larry Underwood ataca otra vez. Si era tan listo, ¿por qué antes de partir no había comprobado qué calzado usaba ella?

Porque ése es problema suyo, respondió hoscamente una parte de su ser, a la defensiva.

No, no era cierto. Era un problema de él. Porque Rita estaba en Babia. Si había decidido llevarla consigo (y desde luego las cosas habrían sido mucho más fáciles si la hubiese dejado atrás), tendría que hacerse responsable de ella.

Que me condenen si voy a hacerlo, le dijo la voz agria.

Su madre: «Eres un aprovechado, Larry».

La higienista oral de Fordham, gritando por la ventana detrás de él: «Pensé que eras un buen tipo... ¡Pero no eres un buen tipo!».

«Hay algo malo en ti, Larry. Eres un fresco», otra vez su madre.

¡Eso es mentira! ¡Una condenada mentira!, exclamó mentalmente.

—Rita —le dijo—, lo siento...

Ella se sentó en el suelo, con su blusa sin mangas y sus pantalones blancos. El cabello se le veía gris y viejo. Bajó la cabeza y se cogió los pies lastimados. Se resistía a mirar a Larry.

—Lo siento —repitió—. Yo... Mira, no tenía derecho a decir lo que dije. —Sí lo tenía, pero eso no importaba. Si se disculpaba, todo se arreglaría. Así funcionaba el mundo.

—Sigue tu camino —respondió ella—. No te detengas por mí.

—He dicho que lo siento —insistió él con tono un poco petulante—. Conseguiremos otros zapatos y unos calcetines blancos. Nosotros...

—Nosotros no haremos nada. Sigue tu camino.

—Lo siento, Rita.

—Si repites eso una vez más gritaré. Eres un mierda y no acepto tus disculpas. Ahora vete.

—Te dije que lo...

Ella echó la cabeza hacia atrás y chilló. Larry se apartó, mirando en torno para comprobar si alguien la había oído, si tal vez un policía se acercaba para averiguar qué atrocidad estaba perpetrando ese joven contra la anciana que descansaba sentada sobre la acera, descalza. Muy gracioso, pensó él.

Rita dejó de chillar y lo miró.

—Será mejor que termines o te abandonaré de verdad —le advirtió él.

Rita se limitó a seguir mirándolo. Larry no podía sostener aquella mirada, de modo que bajó los ojos, odiándola por eso.

—Está bien —murmuró—. Que te diviertas cuando te violen y te asesinen.

Se echó el fusil al hombro y reanudó la marcha rumbo a la pendiente de entrada de la 495, abarrotada de automóviles, que descendía en declive hacia la boca del túnel. Al pie de la cuesta vio que se había producido un accidente espectacular: un camión de mudanzas Mayflower había tratado de abrirse paso por el carril de más circulación y los coches estaban desparramados en torno a él como los palos de un juego de bolos. Un Pinto carbonizado yacía casi debajo de la carrocería del camión. Su conductor colgaba a medias fuera de la cabina, cabeza abajo y con los brazos estirados; debajo de él había un reguero de sangre seca y vómitos.

Larry miró en torno, seguro de que la vería caminando hacia él o que estaría quieta y mirándolo con expresión acusadora. Pero Rita había desaparecido.

—Jódete —masculló con nervioso resentimiento—. Yo ya me disculpé.

Por un momento no pudo seguir adelante. Se sentía empalado por los centenares de ojos muertos y coléricos que lo miraban desde los automóviles. Recordó un verso de Dylan... «Te esperé en medio del tráfico congelado... cuando sabías que debía estar en otra parte... ¿Pero dónde estás tú esta noche, dulce Marie?».

Delante vio cuatro carriles atestados de vehículos que habrían enfilado hacia el oeste y que desaparecían dentro de la arcada negra del túnel, y observó, con algo parecido al pavor, que los tubos fluorescentes del techo estaban apagados. Sería como entrar en un cementerio de automóviles. Lo dejarían llegar hasta la mitad del trayecto y entonces todos empezarían a moverse... a cobrar vida... oiría que las portezuelas se abrían y después se acercaban sigilosas... las pisadas que se arrastraban...

Un leve sudor le cubrió el cuerpo. Un pájaro lanzó un ronco graznido y Larry dio un respingo. Te portas como un estúpido, se dijo. Hasta un niño podría hacerlo. Bastará con que no te apartes de la pasarela para peatones y en un santiamén estarás...

... estrangulado por los muertos andantes.

Se humedeció los labios y trató de reír. Caminó tres pasos hacia el lugar donde la pendiente empalmaba con la carretera y se detuvo. A su izquierda había un Cadillac. Una mujer con facciones ennegrecidas de duende lo miraba desde dentro. Tenía la nariz como un bulbo, apretada contra el cristal, por el que habían chorreado sangre y mucosidad. El conductor del Cadillac estaba inclinado sobre el volante, como si buscara algo en el suelo. Todas las ventanillas del coche se hallaban cerradas. Por dentro, aquello debía de ser un invernadero. Si abría la portezuela la mujer caería sobre el pavimento y reventaría como una bolsa de melones podridos. El olor sería cálido, húmedo e impregnado de descomposición.

Así olería dentro del túnel.

Larry se volvió y se alejó corriendo por donde había venido. La brisa que generaba al correr le enfriaba el sudor de la frente.

—¡Rita! ¡Escucha, Rita! ¡Quiero...!

Las palabras murieron cuando llegó a lo alto de la rampa. Rita no había vuelto a aparecer. La calle Treinta y nueve se reducía a un punto en lontananza. Corrió de la acera del sur a la del norte, deslizándose entre parachoques y trepando sobre capós tan calientes que casi producían ampollas en la piel. Pero la acera del norte también estaba desierta.

Hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Rita! ¡Rita!

Sólo le respondió un eco muerto: *¡Rita... ita... ita... ita... ita...!*

Hacia las cuatro empezaban a acumularse sobre Manhattan nubes oscuras, y el fragor de los truenos retumbaba entre los acantilados de la ciudad. Los rayos se bifurcaban en el cielo. Era como si Dios estuviese tratando de asustar a la escasa gente que aún quedaba y que había salido de sus escondites. La luz se tornó amarilla y extraña. A Larry no le gustó. Tenía el estómago entumecido y cuando encendió un cigarrillo lo vio temblar en su mano como la taza de café había temblado esa mañana en la de Rita.

Se hallaba sentado en la rampa de acceso, del lado que correspondía a la calzada, con la espalda recostada contra el travesaño inferior de la baranda. La mochila descansaba sobre sus rodillas, y el fusil del 30 se hallaba apoyado en los hierros, junto a él. Había pensado que ella se asustaría y volvería, pero se equivocó. Hacía un cuarto de hora que había renunciado a seguir gritando su nombre. El eco lo asustaba.

El trueno volvía a retumbar, esta vez más cerca. Una brisa helada le acarició la camisa, adherida a su piel por el sudor. Tendría que refugiarse en alguna parte, o de lo contrario meterse en el túnel de una vez. Si no tenía agallas para pasar al otro lado, debería permanecer otra noche en la ciudad y atravesar el puente George Washington por la mañana. Para ello tendría que caminar más de catorce kilómetros hacia el norte.

Trató de pensar en el túnel de un modo razonable. Allí dentro no había nada que pudiera morderle. Había olvidado coger una linterna potente (Jesús, era imposible recordarlo todo) pero tenía su encendedor Bic, y había una barandilla entre la pasarela y la carretera. Ni esfuerzos ni tensiones. Todo lo demás, por ejemplo, pensar en los muertos de los coches, era una fantasía terrorífica, un guión de un cómic tan poco sensato como preocuparse por el coco oculto en el armario.

Un rayo atravesó el cielo casi directamente encima de su cabeza, sobresaltándolo. Fue seguido por una fuerte descarga de truenos. Hoy es 1 de julio, pensó, el día en que deberías llevar a tu amada a la feria de Coney Island y comer *hot-dogs*. Derribar las tres botellas de leche de madera con una sola bola y ganar la muñeca Kewpie. Por la noche, fuegos artificiales...

Una ráfaga de fría lluvia le azotó la nuca y le chorreó por el cuello de la camisa. En torno a él empezaron a caer goterones grandes como monedas de diez centavos. Se levantó, se echó la mochila sobre los hombros y cogió el fusil. Aún no sabía con certeza hacia dónde dirigirse, si de vuelta a la calle Treinta y nueve o al túnel Lincoln. Pero debía ponerse a cubierto en alguna parte si no quería acabar empapado.

Un trueno estalló encima de su cabeza con un gigantesco rugido que le hizo gritar de terror, un sonido no muy diferente a los proferidos por los hombres de Cromagnon dos millones de años atrás.

—¡Judío cobarde! —se dijo.

Y comenzó a correr por la rampa hacia las fauces del túnel, con la cabeza agachada mientras la lluvia se intensificaba. El cabello empezó a gotearle. Al pasar ante la mujer del Cadillac trató de no mirar; aunque, a pesar de todo, la vio por el rabillo del ojo. La lluvia tamborileaba sobre los techos de los coches cual una percusión latina. Caía con tanta violencia que rebotaba y provocaba una ligera niebla.

Larry se detuvo un momento fuera del túnel, indeciso y asustado de nuevo. Pero de pronto comenzó a granizar y aquello le decidió. Los granizos eran grandes y punzantes. Los truenos seguían retumbando.

Muy bien, pensó. Muy bien, lo haré.

Y entró en el túnel Lincoln.

Estaba más oscuro de lo que había imaginado. Al principio la abertura situada a sus espaldas proyectaba una tenue luz blanca delante de él, y así fue como vio aún más coches, parachoques trabados entre sí. Debió de ser horrible morir ahí dentro, pensó, mientras la claustrofobia se cerraba con sigilo alrededor de su cabeza y empezaba a estrujarle las sienes; debió de ser pero que muy horrible, jodidamente horrible. Vio los azulejos blanquiverdosos que recubrían las curvadas paredes. A la derecha, estaba la barandilla para peatones. A la izquierda, con intervalos de diez o quince metros, las grandes columnas de apoyo. Un letrero advertía: PROHIBIDO CAMBIAR DE CARRIL. En el techo del túnel estaban los apagados tubos fluorescentes, y los inexpresivos ojos de cristal de las cámaras de televisión de circuito cerrado. Cuando sorteó la primera curva, un poco sesgada hacia la derecha, la luz se atenuó hasta que sólo pudo discernir el velado brillo de los cromados, y después la claridad desapareció por completo.

Extrajo torpemente su Bic, lo alzó y encendió. La iluminación que suministró fue ridícula y acrecentó su nerviosismo. Incluso con el gas abierto al máximo sólo producía un círculo de visibilidad de unos metros de diámetro.

Volvió a guardarlo en el bolsillo y siguió caminando, deslizándolo la mano por la barandilla. Allí también había eco, un eco que le gustaba todavía menos que el de fuera. Era como si alguien estuviera detrás de él... acechándolo. Se detuvo varias veces, con la cabeza inclinada y los ojos muy abiertos (pero ciegos), escuchando hasta que el eco se apagaba. Al cabo de un rato empezó a arrastrar los pies por el cemento para que el eco no se repitiera.

Un poco más tarde se detuvo y accionó el encendedor cerca del reloj de pulsera. Eran las cuatro y veinte; pero no supo muy bien qué conclusión sacar de ello. En esa oscuridad, el tiempo parecía carecer de significado concreto. También la distancia. ¿Cuánto medía el túnel Lincoln? ¿Un kilómetro y medio? ¿Tres? No podían ser tres kilómetros bajo el río Hudson. Digamos uno y medio. Pero, en tal caso, ya debería haber llegado al otro extremo. Si un hombre a paso normal camina seis kilómetros en una hora, puede recorrer uno y medio en quince minutos, y él ya llevaba veinte en aquel fétido agujero.

—Camino mucho más despacio —dijo, y dio un respingo al oír su propia voz.

El encendedor se le cayó de la mano y rebotó en la pasarela.

El eco le contestó, convertido en la voz peligrosamente burlona de un lunático que se aproximaba:

... despacio... acio... acio.

—Jesús —murmuró Larry.

sús... sús... sús...

Se secó el rostro con la mano, combatiendo el pánico y el deseo vehemente de echar a correr a ciegas. Por el contrario, se arrodilló (sus rodillas crujieron, asustándolo de nuevo) y tanteó la minúscula orografía de la pasarela para peatones: los valles desconchados del cemento, la cordillera de una vieja colilla, el monte de una bolita de plata... hasta que, por fin, encontró el Bic y lo encendió. La llama osciló locamente en su puño trémulo.

Había pisado la mano de un soldado que yacía con la espalda apoyada contra la pared del túnel y las piernas atravesadas sobre la pasarela. Un centinela apostado allí para cortar el tránsito. Sus ojos vidriosos miraban a Larry. Sus labios habían dejado los dientes al descubierto y parecían sonreír. Tenía una navaja clavada en el cuello.

El encendedor se estaba recalentando en su mano. Larry lo apagó. Se humedeció los labios, se agarró con fuerza a la barandilla, con los dedos agarrotados, y se obligó a avanzar por encima del cuerpo, con una zancada larga. Le embargó una certidumbre de pesadilla: oiría el roce de las botas del soldado, que estiraría la mano y lo cogería por la pierna.

Larry echó una torpe carrera y después se detuvo, seguro de que si no se paraba lo dominaría el pánico y seguiría corriendo a ciegas, perseguido por un macabro regimiento de ecos.

Cuando se hubo sosegado un poco reanudó la marcha. Pero era peor. Los dedos de sus pies se encogían dentro de los zapatos, temiendo chocar en cualquier momento con otro cadáver despatarrado sobre la pasarela... Lo cual no tardó en suceder.

Gruñó y sacó de nuevo el encendedor. Esta vez el cuadro fue más sobrecogedor: había tropezado con el cuerpo de un anciano de traje azul. Un solideo de seda negra se había desprendido de su cabeza medio calva y había caído sobre sus muslos. En la solapa lucía una estrella de seis puntas, de plata forjada. Más adelante había otra media docena de cadáveres: dos mujeres, un hombre de mediana edad, una anciana y dos mozalbetes.

El encendedor se estaba recalentando. Lo apagó y volvió a guardarlo en el bolsillo, donde siguió quemándole la pierna. El *Capitán Trotamundos* no había matado a ese grupo, y tampoco al soldado de antes. Larry había visto la sangre, las ropas desgarradas, los azulejos desconchados, los orificios de proyectil. Los habían acibillado a balazos. Recordó los rumores de que los soldados bloqueaban los puntos de salida. Había vacilado en darles crédito o no. Durante la última semana, a medida que todo se derrumbaba, circularon demasiadas habladurías.

Era fácil reconstruir el episodio: habían quedado atrapados en el túnel, pero no estaban tan enfermos como para no poder caminar. Se apearon del coche y echaron a andar hacia la salida de Jersey. Allí había habido un puesto militar, un emplazamiento de ametralladoras, algo.

¿Había habido? ¿O aún seguía allí?

Larry se cubrió de sudor y trató de tomar una decisión. La completa oscuridad proporcionaba la pantalla de cine perfecta para que la mente proyectara todas sus fantasías. Vio soldados de ojos melancólicos con trajes antigérmes agazapados detrás de una ametralladora equipada con visores infrarrojos. Tenían la misión de abatir a todos los rezagados que intentasen pasar por el túnel. También vio un soldado aislado, un voluntario suicida, que llevaba gafas infrarrojas y se arrastraba hacia él empuñando un cuchillo. Y dos más que manipulaban un mortero provisto de un cartucho con gases tóxicos.

Sin embargo, no podía volver sobre sus pasos. Estaba segurísimo de que aquellos soldados eran sólo fruto de su imaginación. Y el pensamiento de retroceder resultaba insoportable. Seguramente los soldados ya se habían ido. Aquel sobre el que había pasado venía a confirmarlo. Pero lo que realmente le turbaba eran los cadáveres que tenía por delante. Estaban tendidos cada dos o tres metros. No podía saltar por encima de ellos de la misma forma que había hecho con el soldado. Y, si se acercaba a la pasarela para sortearlos, se arriesgaba a romperse la pierna o el tobillo. Si debía seguir adelante, tendría que andar... encima de ellos.

Algo se movió detrás de él, en la oscuridad.

Larry se volvió, aterrorizado por ese crujido solitario... una pisada.

—¿Quién está ahí? —gritó, descolgando el fusil que llevaba en bandolera.

La única respuesta fue el eco. Cuando éste se extinguió, oyó, o creyó oír, un susurro de respiración. Permaneció en la penumbra con los ojos desorbitados. Se le erizó el vello de la nuca y contuvo el aliento. No oyó nada. Había empezado a desecharlo como un capricho de su imaginación, cuando el ruido se repitió... una pisada deslizante, ligera.

Buscó desesperadamente el encendedor. No se le ocurrió que así podría convertirse en un blanco perfecto. Cuando lo sacó del bolsillo, la ruedecilla se le enganchó por un momento en el pantalón y el Bic se le escurrió de la mano. Oyó un ruido al golpear contra la barandilla y después cuando se estrelló contra el capó o el maletero de un coche.

Volvió a oír la pisada deslizante, un poco más cerca, aunque no pudo determinar a qué distancia. Alguien venía a matarlo y su mente, paralizada por el pánico, le mostró, como en una película de horror, la imagen del soldado de la navaja clavada en el cuello que avanzaba lentamente hacia él en la oscuridad.

Otra vez la pisada ligera, crujiente.

Larry apuntó el fusil y empezó a disparar. Los estampidos produjeron un estruendo ensordecedor en Aquel espacio cerrado. Gritó, pero el estrépito ahogó su alarido. A medida que los fogonazos brotaban del cañón del 30-30, vio las imágenes centelleantes de azulejos y columnas de vehículos petrificados, como una sucesión de instantáneas en blanco y negro. Los rebotes zumbaban como almas en pena. El fusil reculó una y otra vez contra su hombro, hasta entumecerlo y se dio cuenta de que la fuerza de los retrocesos lo había desviado de manera que ahora disparaba hacia la carretera en lugar de hacerlo hacia la pasarela. No podía detenerse. Su dedo había sustituido las funciones del cerebro y siguió apretando de modo irracional hasta que el percutor empezó a repicar con un chasquido seco e impotente.

Hubo un reflujo de ecos. Las imágenes fulgurantes grabadas en su retina flotaban por triplicado. Tenía una vaga conciencia del olor de pólvora quemada.

Giró nuevamente, sin soltar el arma, y esta vez no vio en la pantalla de su cine interior a los soldados con uniformes esterilizados, sino a los morlocks de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells, tal como los dibujaban en los cómics: criaturas encorvadas y ciegas que salían de sus cuevas donde los ingenios subterráneos funcionaban sin parar. Empezó a abrirse paso por la barricada de cadáveres, tropezando, cayendo casi, aferrándose a la barandilla, para seguir

adelante. Su pie se introdujo en una viscosidad repulsiva, provocando un olor pútrido que él apenas notó. Continuó avanzando jadeante.

Entonces se oyó un grito en la oscuridad, detrás de él, un grito que lo paralizó: era una voz desesperada y lastimera.

—¡Larry! Oh, Larry, por el amor de Dios...

Rita Blakemoor.

Se volvió. Ella sollozaba desenfrenadamente, poblando el recinto con nuevos ecos. En un arrebato decidió seguir su camino, abandonarla. Tarde o temprano, Rita encontraría la salida... ¿Por qué cargar otra vez con aquel lastre? Después se serenó y exclamó:

—¡Rita! ¡Quédate donde estás! ¿Me oyes?

Los sollozos continuaron.

Larry volvió atrás, trastabillando sobre los cadáveres, procurando contener la respiración, con el rostro crispado en una mueca de asco. Corrió hacia Rita, sin saber a qué distancia estaba. Por fin casi cayó encima de ella.

—Larry...

Se apretó contra él y se aferró a su cuello con frenesí. Su corazón palpitaba desbocadamente debajo de la blusa.

—Larry, Larry, no me dejes sola aquí, no me dejes en la oscuridad...

—Tranquila. —La abrazó con fuerza—. ¿Te he hecho daño? ¿Te he herido?

—No... Pero una de las balas pasó tan cerca que noté el aire que desplazaba... y astillas... trozos de azulejo, creo... en la cara... Me cortaron la cara...

—Oh, Rita. Perdí la cabeza en la oscuridad. Se me extravió el encendedor... ¿Por qué no me hablaste? Podría haberte matado. —Tomó conciencia de ello—. *Podría haberte matado...* —repitió atónito.

—No estaba segura de que fueras tú. Cuando bajaste por la rampa me metí en una casa de apartamentos. Volviste y me llamaste, pero no pude... Después vinieron dos hombres al empezar a llover... Creo que nos buscaban... o sólo a mí. Me quedé donde estaba y cuando se fueron temí que siguieran escondidos, esperándome, y no me atreví a salir hasta que pensé que llegarías al otro lado y nunca volvería a verte... Y entonces... entonces... Larry, no me abandonarás, ¿verdad?

—No —prometió—. No te abandonaré.

—Cometí un error al decir eso, sí, un error, y tú tenías razón, debería haberte advertido lo que me pasaba con las sandalias, con los zapatos... Comeré cuando tú quieras... Yo... yo...

—Calla —susurró él, apretándola—. Ya se ha arreglado todo.

Mentalmente, se vio disparando contra ella en un acceso de pánico ciego, y pensó cuán fácil habría sido que una de aquellas balas le destrozara un brazo o le perforara el vientre. De pronto sintió una necesidad urgente de ir a los servicios y casi le castañetearon los dientes.

—Nos pondremos en marcha cuando puedas andar. No hay prisa.

—Había un hombre... creo que era un hombre... Lo pisé. —Rita tragó saliva—. Oh, casi chillé, pero me contuve porque pensé que quizá era uno de aquellos hombres el que avanzaba más adelante, y no tú. Y cuando gritaste... el eco... no supe si eras tú o...

—Hay más cadáveres. ¿Podrás resistirlo?

—Si voy contigo, sí. Por favor...

—De acuerdo.

—Quiero salir de aquí. —Se estremeció convulsa y se pegó a él—. Nunca en mi vida deseé algo con tanta vehemencia.

Él la besó. Primero en la nariz, luego en los ojos y finalmente en la boca.

—Gracias —dijo Larry, sin tener la menor idea de lo que quería expresar—. Gracias.

—Gracias —repitió ella—. Oh, querido Larry. No me abandonarás, ¿verdad?

—No —repuso—. No te dejaré. Dime sólo cuándo estés preparada, Rita, y seguiremos juntos.

Y así lo hicieron.

Sortearon los cadáveres, pasándose mutuamente los brazos en torno al cuello como camaradas que vuelven a casa después de una juerga. Más allá tropezaron con un obstáculo. Era imposible ver; pero, después de palparlo, Rita afirmó que parecía una cama colocada en posición vertical. Consiguieron arrojarla por encima de la barandilla de la pasarela, y se estrelló contra un coche con un resonante estrépito que les hizo respingar y abrazarse. Detrás encontraron más cuerpos despatarrados, tres en total. Larry supuso que eran los soldados

que habían acribillado a la familia judía. Pasaron por encima de ellos y siguieron adelante, cogidos de la mano.

Poco después Rita se detuvo en seco.

—¿Qué sucede? —preguntó Larry—. ¿Hay algo en el camino?

—No... ¡Puedo verlo, Larry! ¡Es el final del túnel!

Él parpadeó y también pudo verlo. La claridad era tenue y había aparecido de modo tan gradual que no la percibió hasta que ella se lo dijo. Captó un leve reflejo sobre los azulejos y la palidez borrosa del rostro de Rita más cerca. Al mirar hacia la izquierda y abajo, vio el río muerto de automóviles.

—¡Vamos! —exclamó Larry, jubiloso.

Sesenta pasos más allá había más cadáveres por la pasarela, todos soldados. Pasaron por encima.

—¿Por qué querrían cerrar Nueva York? —preguntó Rita—. A menos que... Larry, ¡tal vez esto sólo ha sucedido en Nueva York!

—No lo creo —respondió. Pero sintió una instintiva esperanza.

Anduvieron más deprisa. La boca del túnel se encontraba ya ante ellos. Estaba bloqueada por dos pesados camiones de un convoy militar. Los enormes vehículos impedían que penetrara gran parte de la luz diurna. De no haber estado allí, Larry y Rita habrían percibido la luz mucho antes. Se veía otro reguero de cadáveres donde la pasarela descendía para conectar con la rampa que llevaba al exterior. Se escurrieron entre los camiones del convoy, trepando por los trabados parachoques. Rita no miró el interior, pero Larry sí. Se veía el trípode medio desmontado de una ametralladora, así como cajas de municiones y recipientes, de granadas de gas. Había también tres cadáveres.

Cuando se hallaban en el exterior, una brisa húmeda les envolvió y aquel maravilloso olor fresco pareció lo más valioso del mundo. Larry se lo dijo a Rita. Ella asintió y apoyó la cabeza contra su hombro.

—No volvería a pasar por ahí ni por un millón de dólares —dijo ella.

—Dentro de unos años emplearás los billetes como papel higiénico —bromeó Larry.

—¿Estás seguro?

—¿De que no se trata sólo de Nueva York? —Señaló con el dedo—: Mira...

Las cabinas del peaje estaban vacías. La del centro se alzaba entre un montón de cristales rotos. Más allá, los carriles que llevaban al oeste aparecían desiertos hasta donde alcanzaba la vista. Pero los del este, los que llevaban al túnel y a la ciudad que acababan de abandonar, se hallaban atestados. Había un desordenado montón de cadáveres en la autopista y muchas gaviotas rondaban vigilándolo todo.

Rita lanzó una débil exclamación:

—¡Oh, Dios mío!

—Había tantas personas tratando de entrar en Nueva York como las que intentaban salir. No sé por qué se molestaron en bloquear el túnel en el extremo de Jersey. Probablemente ellos tampoco sabían el porqué. Quizá se tratase de una brillante idea de cualquier chupatintas...

Ella se sentó en la carretera y se echó a llorar.

—Vamos... no llores —la consoló Larry, arrodillándose a su lado.

Lo vivido en el túnel estaba demasiado fresco para que pudiera enfadarse con Rita.

—Todo saldrá bien —le dijo—. Mira, ya estamos fuera. Y eso es algo. Y este aire fresco... Nueva Jersey nunca había oído tan bien.

Larry le sonrió y se quedó mirando los rasguños que Rita tenía en las mejillas donde le habían alcanzado los fragmentos de azulejos.

—Debemos buscar una farmacia y ponerte un poco de agua oxigenada en esos cortes —dijo—. ¿Crees que podrás andar?

—Sí... —Lo miró con una entumecida gratitud que le hizo sentir incómodo—. Lo único que necesito son unos zapatos nuevos. Unas zapatillas de deporte. Te lo prometo.

—Te grite porque estaba alterado —se justificó en voz baja.

Le pasó la mano por el cabello y le besó el rasguño que tenía encima del ojo derecho.

—No soy un mal tipo —añadió con voz aún más baja.

—Lo único que te pido es que no me dejes...

La ayudó a ponerse en pie y le pasó una mano por el talle. Luego echaron a andar en dirección a las cabinas del peaje. Nueva York había quedado atrás, al otro lado del río.

En el centro de Ogunquit había un pequeño parque engalanado con un cañón de la guerra civil y un monumento a los caídos. Después de que muriera Gus Dinsmore, Frannie Goldsmith acudió allí, se sentó al lado del estanque de los patos, y con aire despreocupado comenzó a lanzar piedrecillas, observando las ondas concéntricas que se formaban en la apacible agua.

Dos días antes había llevado a Gus a casa de los Hanson junto a la playa, temiendo que, si aguardaba más, Gus ya no fuese capaz de andar y tuviese que pasar su «último confinamiento», como sus antecesores lo definieron con un eufemismo horroroso pero correcto, en ese cálido y pequeño cubículo cerca del aparcamiento de la playa.

Había pensado que Gus moriría aquella noche. Su fiebre había sido muy alta y cayó en un enloquecido delirio. Bajó dos veces de la cama e incluso anduvo tambaleándose en torno al dormitorio de Hanson, tropezando con las cosas y derribándolas, cayendo de rodillas y levantándose. Gritaba a unas personas que no estaban allí, les respondía y las observaba con unas emociones que iban desde la hilaridad al decaimiento, hasta que Frannie comenzó a creer que los compañeros invisibles de Gus eran reales y que el fantasma era ella. Había rogado a Gus que se metiera de nuevo en la cama. No sirvió de nada pues, para él, Frannie no se encontraba allí. Tenía que apartarse de su camino, si no quería que chocasen de frente.

Al fin se derrumbó en la cama y pasó de un frenético delirio a una inconsciencia pesada y jadeante. Fran supuso que aquello era el coma final. Pero a la mañana siguiente, cuando le examinó de nuevo, Gus estaba sentado en la cama leyendo una novela del Oeste, que había encontrado en las estanterías. Le dio las gracias por cuidar de él y le dijo que confiaba en no haber dicho o hecho nada embarazoso la noche anterior. Cuando ella le dijo que no se preocupase, Gus miró dubitativo en torno al desordenado dormitorio y le contestó que era muy buena por decir eso.

Fran preparó un poco de sopa, que él tomó con gusto y, cuando Gus se quejó de lo duro que resultaba leer sin sus gafas (se habían roto mientras realizaba su turno en la barricada de la ciudad la semana anterior), ella le cogió el libro, a pesar de sus débiles protestas, y le leyó cuatro capítulos de aquella historia del Oeste acerca de una mujer que vivía al norte de Haven. La novela se titulaba *El fuego de Navidad*. El *sheriff* John Stoner tenía problemas con los pendencieros de la ciudad de Roaring Rock, Wyoming. Pero lo peor era que no encontraba nada que regalarle por Navidad a su hermosa y joven esposa.

Fran se sintió cada vez más optimista, pensando que Gus podría estar recuperándose. Pero la noche anterior había empeorado de nuevo, y murió a las ocho menos cuarto de la mañana, hacía sólo una hora y media. Conservó el conocimiento hasta el final, aunque sin ser consciente de su gravedad. Le dijo anhelante que le gustaría un helado de soda como el que les compraba su padre a él y sus hermanos cada Cuatro de Julio y también en el día del Trabajo, cuando instalaban la feria en Bangor. Pero en ese momento ya no había en Ogunquit corriente eléctrica (se había ido a las 21.17 horas del 29 de junio, según señalaban los relojes eléctricos) y no había ninguna clase de helado en la ciudad. Ella se preguntó si alguien en el pueblo tendría un equipo electrógeno de gasolina conectado a algún frigorífico e incluso pensó en llamar a Harold Lauder para preguntárselo. Pero Gus comenzaba ya a respirar sus últimos y desesperanzados alientos. Aquello prosiguió durante cinco minutos mientras ella le mantenía la cabeza incorporada con una mano y, con la otra, le sujetaba un paño debajo de la boca para recoger las expectoraciones de mucosidad. Luego todo acabó.

Frannie lo cubrió con una sábana limpia y lo dejó en el lecho del viejo Jack Hanson, con vistas al océano. Después, había ido allí, y desde entonces estaba lanzando piedrecillas al estanque, casi sin pensar en nada. Pero subconscientemente se percató de que no pensar era una *buena* cosa. No se trataba de aquella extraña apatía que la embargó al día siguiente de morir su padre. Desde entonces había sido más o menos ella misma. Había cogido un rosál en la floristería de Nathan y lo había plantado al pie de la tumba de Peter. Pensó que arraigaría bien, tal y como habría dicho su padre. Ahora, la ausencia de pensamientos era una especie de descanso, tras contemplar los últimos instantes de Gus. No era nada parecido al preludio de locura por el que había atravesado antes. Aquello había sido como recorrer una especie de túnel gris y viciado, lleno de siluetas inquietantes, un túnel que no deseaba cruzar de nuevo.

Pero tendría que pensar pronto en qué hacer a continuación, y supuso que en aquello debía incluir a Harold Lauder. No sólo porque Harold y ella fueran ahora las dos únicas personas en la zona, sino porque no tenía la menor idea de lo que sería de Harold sin alguien que velara por él. No supuso que ella fuese la persona más práctica del mundo; pero, dado que se encontraba allí, no le quedaría otro remedio que hacerlo. Seguía sin gustarle; pero él al menos había intentado mostrar cierto tacto y probado conservar aún cierta decencia. A pesar de que lo hacía a su propia y rara manera.

Harold la dejó en paz durante cuatro días.

Tras el encuentro en la casa de ella, probablemente porque sabía que deseaba llorar a sus padres en la intimidad. Pero Frannie lo había visto alguna que otra vez en el Cadillac de Roy Brannigan, yendo de un lugar a otro. Y en dos ocasiones oyó desde su ventana el tecleo de la máquina de escribir de Harold. El solo hecho de que pudiera oírlo, a pesar de que la casa de la familia Lauder estaba a un kilómetro, era testimonio más que suficiente de que reinaba un silencio absoluto y de que lo ocurrido era muy real. Le divirtió pensar que Harold se había apoderado del Cadillac, pero que no se le había ocurrido sustituir su máquina de escribir manual por una de esas susurrantes eléctricas.

Claro que ahora ya no le serviría, reflexionó, mientras se ponía en pie y se sacudía los fondillos del pantalón corto. Los helados y las máquinas de escribir eléctricas pertenecían al pasado. Esto le hizo sentir una tremenda nostalgia, y volvió a preguntarse con honda perplejidad cómo era posible que semejante cataclismo se hubiera producido en sólo un par de semanas.

Tenía que haber más gente, a pesar de lo que decía Harold. Si la autoridad y el orden se habían desquiciado de momento, encontraría a los otros supervivientes y entre todos los reinstaurarían. No se le ocurrió por qué la «autoridad y el orden» le parecían tan necesarios, así como tampoco se planteó por qué se sentía responsable de Harold. Era así y nada más. El orden resultaba necesario.

Se encaminó despacio por Main Street hacia la casa de los Lauder. Ya hacía calor, pero una brisa marina refrescaba la atmósfera. De pronto sintió deseos de ir a la playa, buscar un trozo de alga y mordisquearlo.

—Eres repugnante —se dijo en voz alta.

Pero, claro, estaba embarazada. La semana próxima le apetecerían bocadillos de cebolla untados con crema de rábano picante.

Se detuvo en la esquina, todavía a cien metros de la casa de Harold, sorprendida de que hubiera transcurrido tanto tiempo desde que pensó por última vez en su embarazo. Antes siempre estaba con el *estoy embarazada*, como si fuera algo desagradable que la seguía a todas partes: debo ir a recoger el vestido azul a la tintorería antes del viernes (en pocos meses tendré que arrumbarlo en el armario porque *estoy embarazada*); me ducharé ahora (en pocos meses pareceré una ballena en la ducha porque *estoy embarazada*); debería hacer cambiar el aceite del coche antes de que los pistones se quemen (me pregunto qué diría Johnny si supiera que *estoy embarazada*). Pero quizá ya se había acostumbrado a la idea. Al fin y al cabo, habían pasado casi tres meses.

Por primera vez se preguntó, inquieta, quién la ayudaría a dar a luz.

Desde la casa de los Lauder llegaba el traqueteo acompasado de una cortadora de césped manual y, cuando Fran dio la vuelta a la esquina, se encontró con un espectáculo insólito. Sólo la sorpresa le impidió lanzar una carcajada.

Harold estaba cortando el césped, vestido sólo con un ceñido y sucinto bañador azul. Su blanca piel estaba recubierta de sudor y su larga melena le bailoteaba sobre la nuca. Los fofos michelines brincaban por encima de la cintura del bañador y por debajo del elástico de la pernera. El césped cortado le había teñido los pies de verde hasta los tobillos. Tenía la espalda enrojecida, aunque no sabía si por efecto del ejercicio o del sol.

Pero Harold no sólo cortaba el césped, sino que *corría*. El jardín de los Lauder bajaba en declive hasta un pintoresco y sinuoso muro de piedra, y en su centro se levantaba una glorieta octogonal. Allí era donde Amy y ella servían sus «tés» cuando eran muy pequeñas, recordó Frannie con una súbita nostalgia dolorosa. El prado de los Lauder era casi inglés por su verdor y su sosiego, pero ahora un derviche vestido con un bañador azul había invadido la bucólica escena. Harold jadeaba mientras arremetía cuesta abajo inclinado sobre la empuñadura del artefacto. Las cuchillas zumbaban. El césped salía despedido como un chorro verde y se adhería a las pantorrillas de Harold. Había segado quizá la mitad del jardín, y sólo

le faltaba completar un cuadrilátero cada vez más pequeño que rodeaba la glorieta. Viró en el ángulo inferior y después acometió rugiendo hacia arriba. La glorieta lo ocultó fugazmente; pero enseguida reapareció inclinado sobre su cortadora como un conductor de fórmula uno.

La vio al llegar a la mitad de la cuesta. En ese mismo instante Frannie dijo:

—¿Harold?

—¡Oh! —sollozó Harold.

Lo había arrancado de un mundo secreto, sobresaltándolo, y por un momento temió que la conmoción y el agotamiento le produjeran un infarto.

Entonces Harold corrió hacia la casa, arremolinando con los pies el césped cortado, y ella sintió el aroma dulzón que éste exhalaba en la cálida atmósfera estival.

—¿Qué sucede, Harold? —preguntó.

El muchacho subió de dos en dos los escalones del porche, abrió la puerta trasera y entró corriendo. En medio del silencio que se hizo a continuación, un grajo lanzó un chillido estridente y un animalillo se movió entre los arbustos, detrás del muro. La cortadora abandonada descansaba, con una estela de césped segado, ante una barrera de césped alto, a poca distancia de la glorieta donde antaño Amy y ella habían bebido refrescos en las tacitas de té, con los meñiques estirados en un gesto que quería ser muy elegante. Frannie permaneció un rato indecisa y por fin caminó hasta la puerta y llamó. No hubo respuesta, pero oyó que Harold estaba llorando.

—¿Harold?

Tampoco contestó. Siguió llorando.

Ella entró en el pasillo posterior de la casa, oscuro, fresco y fragante. La despensa de la señora Lauder se abría a la izquierda, y Frannie recordaba que allí siempre había flotado un aroma de manzanas secas y canela, como si los pasteles estuvieran esperando su propia creación.

—¿Harold?

Avanzó por el pasillo hasta la cocina. El chico estaba allí, sentado a la mesa. Tenía las manos crispadas sobre el pelo y sus pies teñidos de verde descansaban sobre el linóleo descolorido que su madre había mantenido impecable.

—¿Qué pasa, Harold?

—¡Vete! —exclamó él con voz llorosa—. ¡Vete! ¡Yo no te gusto!

—Claro que me gustas. Eres un buen chico, Harold. Quizá no el mejor, pero eres bueno.

Esas palabras parecieron hacerle llorar con más ganas.

—¿Tienes algo para beber?

—Una limonada de sobre —respondió él. Sorbió, se limpió la nariz y, sin dejar de mirar la mesa, agregó—: Está tibio.

—Ya. ¿Cogiste el agua de la bomba de la ciudad?

Como muchos pueblos pequeños, Ogunquit aún tenía una bomba comunal detrás del ayuntamiento, aunque durante los últimos cuarenta años había sido más una antigualla que una fuente efectiva de agua. A veces los turistas se fotografiaban allí: ésta es la bomba de agua del pueblecito donde solemos ir a pasar las vacaciones. Oh, qué curioso.

—Sí.

Fran escanció sendos vasos de limonada con agua y se sentó.

Deberíamos beberlo en la glorieta, pensó.

—¿Qué ocurre, Harold?

El chico lanzó una risa rara, histérica, y se llevó el vaso a la boca. Lo vació y lo depositó sobre la mesa.

—¿Ocurrir? ¿Qué podría ocurrir?

—Quiero decir si te sucede algo en especial.

Probó su refresco e hizo una mueca. No estaba muy tibio. Harold debía de haber bombeado el agua hacía poco; pero se había olvidado de echar azúcar.

Por fin él la miró, el rostro surcado por las lágrimas y todavía con ganas de gimotear.

—Echo de menos a mi madre —dijo.

—Oh, Harold...

—Cuando ocurrió eso, cuando ella murió, pensé: Vaya, no ha sido tan grave.

Aferraba el vaso con fuerza, mirándola con una expresión vehemente, demacrada.

—Sé que esto debe parecerte atroz. Pero nunca imaginé *cómo* reaccionaría cuando murieran. Soy una persona sensible. Por eso me perseguían los cretinos de aquella cámara de tormentos que era el instituto. Pensaba que cuando mis padres murieran enloquecería de dolor, o por lo menos quedaría postrado durante años... que mi sol interior, por así decir, se...

se... Y cuando sucedió, mi madre... Amy... mi padre... pensé: Vaya, no ha sido tan grave. Yo... ellos... —Descargó el puño sobre la mesa, asustando a Frannie—. ¿Por qué no puedo expresarme? —clamó—. ¡Siempre he sabido hacerlo! La función del escritor consiste en esculpir con palabras, en calar hasta el hueso. ¿Por qué no puedo expresar lo que siento?

—Tranquilízate, Harold. Yo sé lo que sientes.

Él la miró, pasmado.

—¿Sabes lo...? —meneó la cabeza—. No. No es posible.

—¿Recuerdas el día que viniste a casa? ¿Cuando yo estaba cavando la tumba? Me sentía muy alterada. Ni siquiera me daba cuenta de lo que hacía. Intenté freír unas patatas y casi incendié la casa. De modo que si cortar el césped te tranquiliza, hazlo. Aunque el sol te producirá quemaduras si lo cortas en bañador. Ya te estás quemando —agregó mirándole los hombros.

Para mostrarse cortés, tomó otro trago de aquella horrible limonada.

Él se secó la boca con el dorso de la mano.

—Nunca los quise mucho —dijo—. Pero pensé que la pena era algo que se sentía de todos modos. Así como cuando tienes la vejiga llena debes orinar, también cuando mueren tus padres debes sentir dolor.

Ella asintió, pensando que la comparación era sorprendente pero bastante apropiada.

—Mi madre siempre vivía fascinada por Amy. Era la amiga de Amy —exageró con una puerilidad casi lastimosa—. Y yo le inspiraba horror a mi padre.

A ella le extrañó oír eso. Brad Lauder había sido un hombre, fornido, capataz de la tejeduría de lana de Kennebunk. No debía de entender a ese hijo fofo y raro que había engendrado su simiente.

—Un día me llevó aparte —prosiguió Harold— y me preguntó si era marica. Así fue como lo dijo. Me asusté tanto que me eché a llorar. Me abofeteó y me advirtió que, si pensaba seguir siendo tan condenadamente infantil, lo mejor que podía hacer era largarme del pueblo... Y a Amy yo le importaba una mierda. Yo no era más que un estorbo cuando traía a sus amigas a casa. Me trataba como si fuera una bazofia.

Fran terminó la limonada con un esfuerzo.

—De modo que cuando murieron y yo no lo lamenté, pensé que me había equivocado, que la pena no es un acto reflejo. Pero ése fue otro error. Empecé a echarlos de menos cada vez más, sobre todo a mi madre. Si sólo hubiera podido verla... Muchas veces no la encontraba cuando la quería... cuando la necesitaba. Estaba demasiado atareada ocupándose de Amy, o acompañándola. Pero nunca me trató mal. De modo que esta mañana me dije: Voy a cortar el césped. Así no pensaré en ello. Pero seguí pensando. Y por eso empecé a segararlo cada vez más deprisa... como si así pudiera acelerar el olvido... Supongo que fue entonces cuando llegaste. ¿Se me ve tan enloquecido como en realidad me siento, Fran?

Ella estiró el brazo por encima de la mesa y le tocó la mano.

—No hay nada malo en lo que sientes, Harold.

—¿Estás segura? —La miraba de nuevo con esa expresión desorbitada, pueril.

—Sí, lo estoy.

—¿Serás mi amiga?

—Sí.

—Gracias a Dios —exclamó él.

Su mano estaba sudorosa bajo la de ella, y cuando Fran lo pensó, él pareció intuirlo y la retiró.

—¿Quieres más limonada? —le ofreció.

Frannie le dirigió su mejor sonrisa diplomática.

—Tal vez más tarde —contestó.

Organizaron un picnic en el parque: bocadillos de mantequilla de cacahuete y jalea y sendas botellas de coca-cola, las cuales resultaron tolerables después de refrescarse un rato en el estanque de los patos.

—He estado pensando lo que haré —dijo Harold—. ¿No quieres ese bocadillo?

—No, ya no tengo hambre.

Harold devoró el bocadillo. Frannie se dijo que su pena tardía no le había quitado el apetito.

—¿Qué harás? —preguntó ella.

—Me gustaría ir a Vermont —respondió Harold con timidez—. ¿Quieres venir?

—¿Por qué Vermont?

—Allí hay un centro oficial de epidemias y enfermedades contagiosas, en una ciudad llamada Stovington —explicó—. No es tan importante como el de Atlanta, pero está más cerca. Si todavía hay personas vivas investigando esa gripe, muchas de ellas deben de encontrarse allí.

—¿Y por qué no habrían de estar muertas también?

—Es posible que lo estén, sí —asintió Harold con tono un poco presuntuoso—. Pero en lugares como Stovington, donde están habituados a trabajar con enfermedades contagiosas, saben tomar precauciones. Y si el instituto sigue funcionando, supongo que deben de estar buscando individuos como nosotros. Inmunes.

—¿Cómo sabes tanto, Harold? —Ella lo miró con admiración y Harold se ruborizó, complacido.

—Leo mucho. Ninguno de esos centros es secreto. ¿Qué opinas, Fran?

A ella le pareció una buena idea. Aquello cuadraba con esa inextinguible necesidad de orden y autoridad. Irían a Stovington, les harían ingresar en el centro, les efectuarían pruebas, y las pruebas mostrarían diferencias entre ellos y todas las personas que se contagiaron y después murieron. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse para qué serviría una vacuna a esas alturas.

—Creo que deberíamos buscar un mapa de carreteras y estudiar cómo llegar allí con la mayor rapidez posible.

Las facciones de Harold se iluminaron. Por un momento, ella pensó que iba a besarla, y en ese singular instante de euforia probablemente se lo habría permitido. Pero el instante pasó. Y más adelante se alegró de ello.

Sobre el mapa de carreteras, donde las distancias estaban reducidas a magnitudes de dedos, la expedición parecía bastante sencilla. Carretera 1 hasta la 1-95, 1-95 hasta la 302 atravesando las ciudades de la zona lacustre de Maine occidental, y cruzando la prolongación de New Hampshire por la misma carretera hasta Vermont. Stovington caía apenas cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Barre, y se podía acceder a ella tanto por la carretera como por la I-89.

—¿A que distancia está en total? —inquirió ella.

Harold cogió una regla, midió y después consultó la escala.

—No lo creerás —murmuró cariacontecido.

—¿Ciento cincuenta kilómetros?

—Más de cuatrocientos cincuenta.

—¡Dios mío! —exclamó Frannie—. Eso echa por tierra nuestro plan. Había leído en algún sitio que podías recorrer andando la mayor parte de los estados de Nueva Inglaterra en un solo día.

—Es un truco —declaró Harold con voz engolada—. Puede hacerse en cuatro estados: Connecticut, Rhode Island, Massachusetts y más allá del límite de Vermont, siempre y cuando conozcas la manera de hacerlo. Es parecido a resolver el truco de los dos clavos entrelazados: fácil si sabes cómo. Imposible en caso contrario.

—¿De dónde diablos has sacado eso? —le preguntó ella divertida.

—Del libro Guinness de los récords —respondió él con cierto aire altivo. En realidad, he estado pensando en usar bicicletas. O tal vez en un ciclomotor.

—Eres un genio, Harold —sentenció ella.

Él tosió, sonrojado y complacido de nuevo.

—Mañana por la mañana podríamos pedalear hasta Wells. Allí hay una agencia de Honda... ¿Sabes montar en una Honda, Fran?

—Podré aprender si vamos despacio durante un trecho.

—Oh, creo que sería muy imprudente acelerar —dictaminó Harold—. Al salir de una curva cerrada nunca sabes si encontrarás tres coches bloqueando la carretera.

—¿Por qué esperar hasta mañana? ¿Por qué no partimos hoy?

—Ya son más de las dos —contestó Harold—. No podríamos llegar mucho más allá de Wells, y antes tenemos que equiparnos. Resultará más fácil aquí en Ogunquit, porque sabemos dónde está todo. Y necesitamos armas, desde luego.

En cuanto Harold pronunció esa palabra, Frannie pensó en el niño.

—¿Por qué crees que vamos a necesitarlas?

Él la miró un momento y después bajó la vista, ruborizándose al contestar:

—Porque han desaparecido la policía y los tribunales, y tú eres mujer y eres guapa y algunas personas... algunos hombres... podrían no ser... caballeros. Por eso. —Su rubor ya era tan intenso que casi rayaba el púrpura.

Se refiere a una violación, pensó ella. *Violación*. ¿Pero a quién se le podría ocurrir violarme si *estoy embarazada*? Claro que nadie lo sabía, ni siquiera Harold. Y aunque lo proclamaras, aunque le dijeras al violador en potencia: «Tenga la gentileza de no hacerme eso porque estoy embarazada», ¿sería razonable esperar que él contestara: «Caray, señora, lo siento mucho. Iré a violar a otra chica»?

—Muy bien —asintió ella—. Armas. Pero de todos modos podríamos llegar hoy a Wells.

—Quiero hacer algo más aquí —manifestó Harold.

La torrecilla que se levantaba sobre el granero de Moses Richardson estaba caliente como un horno. Cuando llegaron al henil, a ella ya le chorreaba el sudor por el cuerpo. Pero al terminar de subir la endeble escalera que conducía al desván de la torrecilla, fluía a torrentes, oscureciéndole la blusa y haciendo que se pegase a sus pechos:

—¿Crees que es imprescindible, Harold?

—No lo sé —respondió él, que transportaba un bote de pintura blanca y una pequeña brocha todavía envuelta en celofán—. Pero el granero mira hacia la carretera 1, y sospecho que la mayoría de la gente pasará por ella. De todos modos, no perjudicará a nadie.

—Te perjudicará a ti si te caes y rompes los huesos. —El calor le producía dolor de cabeza, y la coca-cola del almuerzo bullía en su estómago produciéndole náuseas—. Podrías matarte.

—No me caeré —respondió Harold con tono nervioso; luego la miró—. Fran, pareces enferma.

—Es el calor —respondió ella débilmente.

—Entonces baja. Tumbate debajo de un árbol y mira cómo la mosca humana desafía la muerte por el empinado declive de diez grados del granero de Moses Richardson.

—No bromees. Sigo pensando que es un proyecto tonto. Y peligroso.

—Sí, pero me sentiré mejor si lo hago. Vete, Fran.

Lo hace por mí, pensó ella.

Lo vio sudoroso y asustado, con telarañas adheridas a sus hombros desnudos y fofos, con el vientre asomando flácido sobre la cintura de sus ceñidos vaqueros, resuelto a no perder su apuesta, a hacer todo lo que correspondía.

Fran se alzó sobre las puntas de los pies y le besó ligeramente en la boca.

—Ten cuidado —le dijo.

Descendió deprisa la escalera con la coca-cola revolviéndose en su estómago, en torbellinos circulares, puajjjj. Bajó deprisa pero no tanto como para no ver la dicha estupefacta que reflejaban los ojos de él. Fue descendiendo los peldaños, precariamente clavados, que conducían del henil al suelo del granero alfombrado de paja, y se dio aún más prisa porque sabía que ahora iba a vomitar. Aunque ella sabía que se debía al calor, a la coca-cola y al bebé, ¿qué podría pensar Harold si la oía? De modo que quería hacerlo fuera, donde él no pudiera darse cuenta. Y llegó justo a tiempo.

Harold bajó a las cuatro menos cuarto. Su espalda estaba ya escaldada y tenía los brazos salpicados de pintura. Mientras él trabajaba. Fran había dormitado, inquieta, bajo un olmo del jardín delantero de los Richardson, sin poder conciliar totalmente el sueño, atenta al posible ruido de las tejas que se desprendían y al alarido angustiado que lanzaría el pobre gordo de Harold al recorrer los treinta metros que separaban el tejado del granero del suelo.

Pero no oyó nada de eso, y ahora él se erguía orgulloso frente a ella, con los pies teñidos de verde por el césped, los brazos blancos, los hombros enrojecidos.

—¿Por qué te has molestado en bajar la pintura? —le preguntó ella.

—No he querido dejarla allí. Podía haberse producido una combustión espontánea y perderíamos nuestro letrero.

Fran volvió a pensar en lo decidido que se mostraba Harold a no pasar nada por alto. Sólo se hallaba un poco asustado.

Ambos miraron el tejado del granero. La pintura blanca refulgía contrastando con las desteñidas tejas verdes, y las palabras trazadas allí le recordaron a Fran los letreros que a veces se veían pintados sobre los techos de los graneros, en el Sur: «Jesús salva» o «Coma Red Indian».

El de Harold decía: «Hemos ido al Centro de Control de Epidemias de Stovington, Vermont. Carretera 1 hasta Wells. Interestatal 95 hasta Portland. Carretera 302 hasta Barre. Interestatal 89 hasta Stovington. Partimos de Ogunquit el 2 de julio de 1990. Harold Emery Lauder y Frances Goldsmith».

—No sé cuál es tu segundo nombre —se disculpó Harold.

—Así está bien —respondió Frannie, sin dejar de mirar el letrero.

La primera línea había sido escrita inmediatamente debajo de la ventana de la torrecilla. La última, o sea su nombre, apenas por encima del canalón del tejado.

—¿Cómo conseguiste escribir la última línea? —preguntó.

—No fue tan difícil —respondió con presunción—. Tuve que dejar colgar un poco los pies, pero eso fue todo.

—Oh, Harold, ¿por qué no firmaste tú solo?

—Porque formamos un equipo —contestó él, y después la miró con un gesto de aprensión—. ¿O no?

—Supongo que sí... mientras no te mates. ¿Tienes apetito?

Él sonrió.

—Estoy hambriento como un oso.

—Entonces, vayamos a comer. Y te untaré en la espalda una crema. Tendrás que ponerte la camisa, Harold. Así no podrás dormir esta noche.

—Dormiré bien —respondió él, y le sonrió.

Frannie le devolvió la sonrisa.

Comieron alimentos envasados y bebieron limonada (esta vez la preparó Frannie, y no se olvidó de agregarle azúcar). Más tarde, cuando empezó a oscurecer, Harold se presentó en casa de Frannie con algo bajo el brazo.

—Era de Amy —dijo—. Lo encontré en el altillo. Creo que mamá y papá se lo regalaron cuando terminó los estudios en la escuela secundaria. Ni siquiera sé si aún funciona, pero saqué algunas pilas de la ferretería.

Se palmeó los bolsillos, que estaban llenos de pilas Ever Ready.

Era un tocadiscos portátil, de esos que las chicas quinceañeras solían llevar a la playa y las excursiones campestres. Los habían fabricado para *singles* de 45 rpm: los que grababan los Osmonds, Leif Garrett, John Travolta, Shaun Cassidy. Fran lo contempló y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Bueno —murmuró—. Vamos a probarlo.

Funcionaba. Y pasaron casi cuatro horas sentados en el sofá, con el tocadiscos colocado sobre la mesita que tenían delante, escuchando cómo la música de un mundo muerto poblaba la noche estival.

Al principio, Stu aceptó los ladridos con naturalidad: era un componente típico de una radiante mañana de verano. Acababa de atravesar South Ryegate, en New Hampshire, y ahora la carretera seguía una trayectoria sinuosa por una hermosa comarca de olmos frondosos que salpicaban el asfalto con movedizas manchas de luz. Los matorrales que crecían a ambos lados del camino eran tupidos: zumaques brillantes, enebros gris azulados y muchos arbustos cuyos nombres desconocía. La exuberancia de la vegetación seguía maravillándolo, acostumbrado al este de Texas, donde la flora que flanqueaba la carretera no se parecía en nada. A la izquierda, un viejo muro de piedra asomaba de cuando en cuando tras la maleza para luego perderse en la espesura y, a la derecha, un arroyuelo discurría alegremente hacia el este. A veces unos animalillos se movían entre la vegetación. El día anterior se había quedado pasmado ante la presencia de un gamo que olfateaba el aire matutino sobre la raya blanca demarcatoria de la carretera 302. Las aves lanzaban roncosp graznidos. Contra ese fondo sonoro, los ladridos del perro parecían lo más natural del mundo.

Había caminado ya más de un kilómetro cuando se le ocurrió que el perro, ahora más próximo, a juzgar por los ladridos, podía salirse de lo normal, al fin y al cabo. Después de dejar Stovington había visto muchos perros muertos, y ninguno vivo. Bueno, reflexionó, la gripe había matado a la mayoría de los seres humanos, pero no a todos. Al parecer también había matado a la mayoría de perros, pero no a todos. Quizá ese perro en particular se había vuelto medroso y rehuía a la gente. Cuando lo oliera lo más probable era que se ocultara entre los matorrales y le ladrara histéricamente hasta que él se alejara de su territorio.

Stu ajustó las correas de la mochila que llevaba a la espalda y volvió a colocarse los pañuelos que le protegían los hombros. Calzaba un par de zapatillas de deporte, y los tres días de marcha le habían dejado su sello. Sobre la cabeza lucía un vistoso sombrero de fieltro rojo, de ala ancha. Llevaba un fusil en bandolera. No esperaba tropezar con merodeadores, pero intuía que ir armado podía ser útil. Tal vez para conseguir carne fresca. Aunque cuando había visto el gamo el día anterior se había sentido demasiado maravillado para pensar siquiera en dispararle.

Con la mochila bien acomodada, continuó su marcha. El perro parecía estar a la vuelta del primer recodo. Quizá lo veré, al fin y al cabo, pensó Stu.

Había tomado por la 302 hacia el este porque suponía que tarde o temprano lo llevaría al mar. Cuando llegase al mar decidiría qué hacer. Hasta entonces no pensaría en ello. Su caminata, que ya había durado cuatro días, era una especie de proceso de cicatrización. No dejó de considerar la posibilidad de montar en una motocicleta que pudiera sortear los ocasionales choques en cadena que bloqueaban la carretera. Pero al final optó por ir a pie. Siempre había disfrutado de las caminatas, y su cuerpo clamaba por alguna forma de ejercicio. Había pasado casi dos semanas encerrado, hasta su fuga de Stovington, y se sentía flácido y en baja forma. Suponía que más adelante esa lentitud lo exasperaría y entonces cogería una bicicleta o una moto. De momento, se conformaba con andar hacia el este por esa carretera, contemplando el paisaje, tomándose un descanso de cinco minutos cuando quería o tumbándose a dormir una siesta por la tarde, a la hora de más calor. Resultaba muy bueno para él hacerlo de esta manera. Poco a poco, aquella enloquecida búsqueda de una salida se iba amortiguando en su recuerdo, y veía el hecho como algo que ya había pasado, en vez de seguir viviéndolo con sudores de angustia. La sensación de que alguien le seguía había sido lo más duro. Las dos primeras noches en la carretera soñó una y otra vez con su encuentro final con Elder, cuando éste se presentó para ejecutar las órdenes recibidas. En sus sueños, Stu era siempre muy lento con la silla. Elder se echaba hacia atrás y quedaba fuera de su arco, apretaba el gatillo de su pistola y Stu sentía un pesado pero indoloro guante de boxeo relleno de plomo que se estrellaba en su pecho. Soñaba con esto una y otra vez hasta que despertaba exhausto por la mañana, pero tan contento de seguir vivo que apenas se percataba de ello. La noche anterior no se había presentado. Dudó que aquellos terrores se disipasen de una manera repentina; no obstante pensó que, a medida que anduviera, el veneno desaparecería poco a poco de su organismo. Tal vez jamás se desembarazara por completo de aquello, pero ahora se sintió seguro de poder pensar con mayor claridad, llegase o no al océano.

Dio la vuelta al recodo y allí estaba el perro, un setter irlandés de pelaje castaño rojizo. Ladró alegremente al ver a Stu y corrió por el camino, meneando frenéticamente la cola. Se alzó sobre dos patas, y apoyó las delanteras sobre el abdomen de Stu, a quien la arremetida hizo retroceder un paso, trastabillando.

—Cuidado, amigo —exclamó sonriendo.

El perro ladró y volvió a brincar.

—¡*Kojak*! —gritó una voz severa, y Stu se sobresaltó y miró en torno—. ¡Abajo! ¡Deja a ese hombre en paz! ¡Le vas a ensuciar la camisa con las patas! ¡Maldito animal!

Kojak volvió a asentar las cuatro patas sobre la carretera y anduvo alrededor de Stu con la cola baja. Sin embargo, seguía moviéndose con secreto regocijo.

Entonces vio al propietario de la voz y de *Kojak*, según parecía: un hombre que frisaba los sesenta, vestido con un suéter deshilachado y unos viejos pantalones grises, tocado con una boina. Estaba sentado en el taburete de un piano y sostenía una paleta de pintor. Frente a él se levantaba un caballete con un lienzo.

El hombre se levantó, dejó la paleta sobre el taburete (Stu le oyó murmurar entre dientes: «Ahora no te olvides y te sientes encima»), y se acercó con la mano tendida. La brisa suave mecía el cabello grisáceo y ondulado que asomaba por debajo de la boina.

—Espero que no se proponga cometer ninguna fechoría con ese fusil, señor. Soy Glen Bateman.

Stu estrechó su mano.

—Stuart Redman. No se preocupe por el fusil. No me he tropezado con demasiadas personas a las que dispararles. En realidad hasta verle a usted no he encontrado a nadie.

—¿Le gusta el caviar?

—Nunca lo he probado.

—Entonces es hora de que lo haga. Y si no le gusta, tengo muchas otras cosas que ofrecerle. No saltes, *Kojak*. Sé que piensas reanudar tus brincos enloquecidos, porque leo en ti como en un libro; pero debes dominarte. Recuerda siempre que el autodomínio es lo que distingue a las especies superiores de las inferiores, *Kojak*. ¡Domínate!

Al oír esta invocación a sus mejores instintos, *Kojak* se sentó y empezó a jadear. Había una especie de gran sonrisa en su rostro perruno. Por la experiencia que Stu tenía, un perro que sonriera o bien era mordedor o un maldito buen perro. Y ese no parecía en absoluto un perro mordedor.

—Le invitó a almorzar —prosiguió Bateman—. Es el primer ser humano que veo en casi una semana. ¿Acepta?

—Con mucho gusto.

—Es sureño, ¿verdad?

—Del este de Texas.

Bateman asintió y se volvió hacia su pintura, una acuarela pasable del bosque que se extendía del otro lado de la carretera.

—Yo no me sentaría allí —se apresuró a decir.

—No, no sería conveniente, ¿verdad? Gracias.

Cambió de rumbo y se dirigió hacia el fondo del pequeño calvero.

Stu vio una nevera portátil anaranjada y blanca, a la sombra, con lo que parecía un mantel blanco doblado encima. Cuando Bateman lo desplegó, Stu vio qué era en realidad.

—Formaba parte del equipo de comunicaciones de la iglesia baptista de Gracia, en Woodville —explicó Bateman—. Yo lo confiscué. No creo que los baptistas lo echen de menos. Todos volvieron a los brazos de Jesús. Por lo menos los baptistas de Woodville. Ahora pueden celebrar su comunión en persona. Aunque creo que los baptistas van a quedar bastante decepcionados del cielo, a menos que la dirección les permita tener televisión, a la que tal vez llamen allí ciellovisión. Lo que tenemos aquí, en cambio, es una antigua comunión pagana con la naturaleza. No pises el mantel, *Kojak*. El autodomínio, *Kojak*, recuérdalo siempre. Que el autodomínio sea el lema de todos tus actos. ¿Quiere que crucemos la carretera y nos lavemos, señor Redman?

—Llámeme Stu.

—Muy bien.

Cruzaron la carretera y se lavaron en el agua fría y clara. Más abajo, *Kojak* bebió con fuertes lengüetazos y después corrió por el bosque, lanzando alegres ladridos. Espantó un faisán. Stu lo vio salir disparado de la maleza e inmotivadamente pensó que quizá todo se arreglaría. Ignoraba cómo, pero se arreglaría.

El caviar no le entusiasmó mucho. Sabía a jalea de pescado fría. Aunque no importó demasiado, pues Bateman también tenía pimientos, salami, latas de sardinas, manzanas y una caja de higos secos. Stu comió vorazmente de todo.

Durante la comida, que fue acompañada con una buena cantidad de galletas saladas, Bateman contó a Stu que había sido profesor adjunto de sociología en el Woodsville Community College. Le explicó que Woodsville era una ciudad pequeña, famosa por su universidad y por sus cuatro gasolineras. Estaba situada a Unos diez kilómetros por aquella carretera. Su mujer había muerto hacía diez años. No habían tenido hijos. La mayoría de sus colegas no lo estimaban, añadió, y ese sentimiento había sido recíproco.

—Me consideraban un lunático —explicó—. La seria posibilidad de que tuvieran razón no contribuyó a mejorar nuestras relaciones.

Había aceptado la epidemia de supergripe con ecuanimidad. Al menos había podido dedicarse por entero a pintar, como siempre deseó. Mientras repartía el postre, un pastel Sara Lee, y le servía su mitad a Stu en un plato de cartón, agregó:

—Soy un pésimo pintor, horrible. Pero me digo que en este mes de julio no hay nadie en el mundo que pinte mejores paisajes que Glendo Pequod Bateman, licenciado en letras y bellas artes. Con un ego bastante barato, pero a fin de cuentas mío.

—¿*Kojak* fue siempre tu perro?

—No. Ha sido una asombrosa coincidencia. *Kojak* pertenecía a alguien del otro lado de la ciudad. Lo veía alguna que otra vez; pero, puesto que no sabía su nombre, me tomé la libertad de rebautizarlo. A él no ha parecido importarle. Excúsame un momento.

Cruzó la carretera y Stu lo oyó chapotear en el agua. Volvió poco después, con las perneras de los pantalones recogidas hasta las rodillas. Llevaba en cada mano un *pack* chorreante con seis latas de cerveza Narraganset.

—Qué tonto he sido. La había reservado para la comida.

—No importa —respondió Stu al tiempo que cogía una lata—. Gracias.

Las abrieron y Bateman alzó la suya.

—Por nosotros, Stu. Por días felices, mentes satisfechas y poco o ningún dolor de espalda.

—Sea.

Chocaron las latas y bebieron. Stu pensó que nunca había disfrutado tanto de un trago de cerveza, y que quizá tampoco volvería a hacerlo jamás.

—Eres un hombre de pocas palabras —comentó Bateman—. Espero que no pienses que estoy bailando sobre la tumba del mundo, por decirlo de alguna manera.

—Descuide —repuso Stu.

—Tenía prejuicios contra el mundo —prosiguió Bateman—. Lo admito con franqueza. Para mí, el mundo, en el último cuarto de este siglo, tiene el encanto de un hombre de ochenta años que está muriendo de cáncer de colón. Afirman que se trata de un malestar que ha azotado a todos los pueblos occidentales mientras el siglo, nuestro siglo, se acerca a su final. Siempre nos hemos cubierto de mantos fúnebres y hemos ido por ahí llorando nuestros infortunios. Oh, Jerusalén... o Cleveland, según sea el caso. La enfermedad del baile de san Vito tuvo lugar durante la última parte del siglo quince. La peste bubónica, la muerte negra, diezmó Europa en las postrimerías del siglo dieciséis. La tos ferina cuando terminaba el siglo diecisiete y los primeros estallidos de gripe al acabar el siglo pasado. Nos acostumbramos tanto a la idea de la gripe que, en realidad, casi la consideramos un resfriado común, ¿no te parece? Y tan sólo los historiadores parecen saber que hace un siglo no existía. Ha sido siempre durante las últimas tres décadas del siglo que fuese cuando los maníacos religiosos presentan hechos y cifras que muestran que Armagedón ya está cerca. Naturalmente, esas personas siempre han existido; pero al finalizar cada siglo, sus filas parecen aumentar... y son tomadas en serio por Un gran número de personas. Aparecen monstruos. Atila el huno, Gengis Kan, Jack *el Destripador*, Lizzie Borden. Charles Nianson, Richard Speck y Ted Bundy en nuestro tiempo, si te parece bien. Algunos colegas, más fantasiosos que yo, han sugerido que el hombre occidental necesita una buena lavativa, una purga, y esto se da al acabarse un siglo para que podamos enfrentarnos al nuevo limpios y llenos de optimismo. En este caso nos han aplicado un superencma. Si se piensa bien, es muy lógico. A fin de cuentas, esta vez no sólo nos aproximamos a una nueva centuria. Nos estamos acercando a un auténtico nuevo milenio.

Bateman hizo una pausa, y se quedó meditando en lo que había dicho.

—Y ahora que pienso acerca de ello, en realidad sí estoy bailando sobre la tumba del mundo. ¿Otra cerveza?

Stu tomó una y consideró lo que Bateman acababa de exponer.

—No es en realidad el fin —opinó Stu—. Al menos yo no lo creo. Sólo... un entreacto.

—Es una buena comparación. Bien dicho. Si no te molesta volveré a mi descripción.

—Adelante.

—¿Has visto a otros perros? —preguntó Bateman mientras *Kojak* se acercaba dando alegres saltos desde el otro lado de la carretera.

—No.

—Yo tampoco. Tú eres la única persona que he visto, pero *Kojak* parece ser único en su clase.

—Si *Kojak* vive, debe haber otros.

—No es un juicio muy científico —observó Bateman con tono amable—. ¿Qué clase de norteamericano eres? Muéstrame otro perro, con preferencia una hembra, y aceptaré tu tesis de que en algún lugar hay un tercero. Pero no me muestres uno y a partir de ello llegues a la conclusión de que hay un segundo. No sirve.

—He visto vacas —dijo Stu.

—Vacas, sí. Y ciervos. Pero todos los caballos han muerto.

—Es cierto —convino Stu.

Había visto varios caballos muertos durante su recorrido. En algunos casos las vacas cerca de los cadáveres hinchados.

—¿Por qué será?

—Lo ignoro. Todos respiramos más o menos de la misma manera, y ésta parece una enfermedad respiratoria. Pero me pregunto si habrá otro factor. Los hombres, los perros y los caballos la pillan. Las vacas y los ciervos no. Las ratas se eclipsaron durante un tiempo, pero parecen estar volviendo. —Bateman mezclaba temerariamente los colores sobre su paleta—. Gatos por todas partes, una plaga. Y, por lo que he visto, los insectos abundan más que nunca. Naturalmente, ningún pequeño *faux pas* que la humanidad realiza parece afectarles, y el pensamiento de un mosquito con gripe resulta demasiado ridículo. A primera vista no se entiende nada. Todo es una locura.

—Desde luego.

Stu abrió otra cerveza.

Le zumbaba la cabeza, pero de forma bastante placentera.

—Es posible que observemos interesantes cambios ecológicos —prosiguió Bateman. Estaba intentando incluir a *Kojak* en su cuadro—. Falta ver si el homo sapiens podrá reproducirse después de esta experiencia. Sí que está por verse. Pero al menos podremos intentarlo. ¿Pero encontrará *Kojak* una compañera? ¿Se convertirá algún día en un padre orgulloso?

—Jesús, tal vez no.

Bateman cogió una cerveza fresca.

—Creo que tienes razón —manifestó—. Es probable que haya otros seres humanos, otros perros, otros caballos. Pero posiblemente habrá muchos animales que morirán sin reproducirse. Aunque, por supuesto, quizá algunos animales de las especies susceptibles estaban preñados cuando estalló la epidemia. Estoy seguro de que, en estos momentos, en Estados Unidos hay docenas de mujeres sanas y preñadas. Pero también es posible que algunos animales desaparezcan irremisiblemente. Si borras a los perros de la ecuación, proliferarán los ciervos, que parecen inmunes. Por cierto, no quedan suficientes hombres para reducir el número de ciervos. Durante unos años habrá que cancelar la temporada de veda.

—Bueno, los ciervos sobrantes morirán de hambre —comentó Stu.

—No, no se morirán. Por lo menos no aquí. Ignoro lo que sucederá en el este de Texas; pero en Nueva Inglaterra todos los campos fueron sembrados y crecían bien antes de que apareciera la gripe. Los ciervos tendrán abundante forraje este año y el siguiente. Incluso después, nuestros granos germinarán en estado silvestre. Ningún ciervo pasará hambre hasta dentro de siete años. Si vuelves a pasar por este lugar dentro de cierto tiempo, tendrás que abrirte paso a codazos entre los ciervos para llegar a la carretera.

Stu se quedó pensando en esto. Luego, dijo:

—¿No exageras?

—No lo creo. Puede existir algún factor, o quizá varios, que no hemos tomado en consideración; lo admito. Si quieres, toma mi hipótesis respecto al efecto de la completa o casi completa desaparición de la población canina y de la superpoblación de ciervos, y aplícala a la relación entre otras especies. Los gatos criando sin control. ¿Qué significa eso? Ya he dicho antes que las ratas habían desaparecido en la Bolsa Ecológica, pero están efectuando una reaparición. Si hay suficientes gatos, eso podría variar. Un mundo sin ratas parece demasiado bueno en principio, pero tengo mis dudas.

—¿Por qué has dicho que estaba por verse si los seres humanos podrían reproducirse o no?

—Hay dos posibilidades —contestó Bateman—. La primera es que los bebés no sean inmunes.

—O sea que mueran apenas vean la luz.

—Sí, o quizá en el útero. Y, menos probable aunque posible, que la supergripe haya esterilizado a los sobrevivientes.

—Eso es absurdo —repuso Stu.

—Claro, y también que las paperas esterilizan —sentenció Glen Bateman con sequedad.

—Pero si las madres de los niños que están en el útero... si las madres son inmunes...

—Sí, la inmunidad puede transmitirse de madre a hijo, lo mismo que la susceptibilidad. Pero no puedes depositar toda la fe en ello. Pienso que el futuro de los niños que hoy están en el útero es muy incierto. Las madres son inmunes, sí, pero la probabilidad estadística indica que la mayoría de los padres no lo eran y por eso ahora están muertos.

—¿Cuál es la otra posibilidad?

—Que nosotros mismos completemos el trabajo de destrucción de nuestra propia especie —respondió Bateman con serenidad—. En realidad creo que es *muy* posible, porque ya estamos demasiado dispersos. Pero el hombre es un animal gregario, social, y acabaremos por congregarnos. A menos que seamos muy afortunados para hacer el relato de los que hemos sobrevivido a la gran plaga de mil novecientos noventa. La mayoría de las sociedades que se formen tenderán a ser dictaduras primitivas gobernadas por pequeños cesares. Tal vez unas pocas sean comunidades ilustradas, democráticas, y te diré con exactitud cuál será el requisito necesario para una sociedad de esa naturaleza en los años noventa y primeros del dos mil: una comunidad con suficientes técnicos para volver a encender las luces. Eso puede hacerse y con bastante facilidad. No se trata del día siguiente de una guerra nuclear, con todo destrozado. La maquinaria aún sigue ahí, aguardando a que se presenten las personas que sepan reparar los enchufes y empezar de nuevo todas las cosas. Todo depende de cuántos supervivientes sepan manejar la tecnología.

Stu tomó un trago de cerveza.

—¿Lo crees así?

—Claro, no me cabe duda.

Bateman bebió también cerveza; después se inclinó y sonrió torvamente a Stu.

—Ahora déjame que plantee una situación hipotética, Stuart Redman de Texas oriental. Supongamos que tenemos una comunidad A en Boston y una comunidad B en Utica, estado de Nueva York. Ambas saben que existe la otra y conocen las condiciones en que se halla. La A está en buena situación. Sus miembros viven en Beacon Hill, en medio de la opulencia, porque entre ellos se encuentra un electricista. Este hombre tiene los conocimientos necesarios para poner en marcha la central eléctrica de Beacon Hill. Para ello le basta saber cuáles interruptores hay que accionar después de un bloqueo automático. Una vez en funcionamiento, todo continúa en marcha de manera automática. El electricista puede enseñar a otros miembros de su comunidad qué palancas levantar y qué medidores vigilar. Las turbinas funcionan con petróleo, que abunda porque los que solían usarlo están más muertos que Carracuca. De modo que en Boston hay corriente eléctrica. Tienen calefacción para protegerse del frío, luz para leer por la noche, refrigeración para tomarse un buen *whisky* con hielo. En verdad, la vida es casi idílica. Sin contaminación, sin problemas de drogas, sin conflictos raciales, sin angustias de escasez. Sin complicaciones de dinero ni de intercambio, porque todas las mercancías, ya que no los servicios, están al alcance de la mano y le bastarán durante tres siglos a una sociedad drásticamente reducida. Desde un punto de vista sociológico, lo probable es que un grupo así se vuelva comunitario por su propia naturaleza. Aquí no habrá dictadura. El terreno abonado para una dictadura, las condiciones de necesidad, incertidumbre y privaciones, no existirán. Es casi seguro que Boston acabará siendo regida de nuevo por alguna forma de gobierno municipal. Pero el caso de la comunidad B de Utica es distinto. Allí no hay nadie capacitado para poner en marcha la central eléctrica. Sus miembros tardarán mucho en descubrir la forma de hacerla funcionar. Entretanto, pasan frío por la noche, deben comer productos envasados, se sienten infelices. Un dictador asume el poder. Lo acogen bien porque viven desorientados, tiritan de frío y están enfermos. Le dejan tomar decisiones. Y naturalmente las toma. El tirano envía un mensajero a Boston con una petición: ¿tendrán la gentileza de enviar su técnico a Utica para que ayude a poner en marcha la central eléctrica? La otra alternativa es una larga y peligrosa peregrinación al sur antes de que empiece el invierno. ¿Qué hace la comunidad A cuando recibe este mensaje?

—¿Envía al técnico?

—¡Pues, no! Podrían retenerlo contra su voluntad. En el mundo posgripe, el conocimiento técnico sustituirá al oro y se convertirá en el medio más perfecto de intercambio. Y en esas condiciones la comunidad A es rica y la B es pobre. ¿Qué hace entonces la B?

—Supongo que emigrar al sur —respondió Stu—. Quizá incluso al sur de Texas.

—Tal vez. Pero también cabe la posibilidad de que amenace a la comunidad de Boston con una ojiva nuclear.

—Ya —reconoció Stu—. No pueden poner en marcha la planta eléctrica pero pueden disparar un misil nuclear en Beantown.

—Si fuera yo —prosiguió Bateman—, ni siquiera me preocuparía por un misil. Me limitaría a coger una ojiva nuclear y llevarla a Boston en una furgoneta. ¿Crees que eso funcionaría?

—No lo sé.

—Aunque no fuese así, en el mundo hay superabundancia de armas convencionales. De eso se trata. *Todas* esas armas almacenadas, a la espera de que alguien las use. Y si las dos comunidades contaran con técnicos mimados, tal vez se las arreglarían para desencadenar una precaria guerra nuclear por diferencias de religión, por cuestiones territoriales o por razones ideológicas. Imagínate: en lugar de tener seis o siete potencias atómicas mundiales, podría haber sesenta o setenta aquí mismo, en Estados Unidos. Y si la situación fuera diferente, estoy seguro de que lucharían con piedras y garrotes. Pero el hecho es que todos los antiguos soldados han desaparecido y han dejado detrás sus juguetes. Es un pensamiento muy lúgubre, después de tantas cosas espantosas como han sucedido ya... Pero me temo que todo eso es previsible.

Quedaron en silencio. *Kojak* ladró a lo lejos, en el bosque, mientras el sol giraba sobre el eje de las doce.

—¿Sabes? —concluyó Bateman—. En el fondo soy un hombre feliz. Quizá porque mi umbral de satisfacción es muy bajo. Y por ello no he gustado mucho en mi campo. Tengo mis defectos: hablo demasiado, como ya habrás notado, y soy un pintor abominable, según has podido ver. También soy terriblemente poco previsor con el dinero. A veces me paso los tres días anteriores al cobro de mi paga comiendo bocadillos de mantequilla de cacahuete. En Woodsville tengo fama de abrir libretas de ahorro y cerrarlas una semana después. Pero nada de eso ha logrado hundirme, Stu. Excéntrico pero alegre, ése soy yo. La única maldición de mi vida han sido los sueños. Desde mi infancia me han acosado unos sueños asombrosamente vividos, muchos de ellos desagradables. De joven soñaba con duendes ocultos bajo los puentes, que estiraban la mano y me sujetaban el pie. O con una bruja que me convertía en pájaro... Intento gritar pero no me salen más que unos graznidos. ¿Tú has tenido pesadillas, Stu?

—A veces.

Pensó en Elder, y en cómo lo perseguía en sus pesadillas por corredores que en lugar de terminar se revolvían sobre sí mismos, alumbrados por luces fluorescentes frías y poblados de ecos.

—Entonces me comprendes. Cuando era adolescente, tuve mi correspondiente ración de sueños eróticos, pero a veces se hallaban mezclados con sueños en los que la chica con la que estaba se transformaba en un sapo, o en una serpiente, o en un cadáver en descomposición. Cuando me hice mayor tuve sueños de fracaso, de degradación, sueños de suicidio, sueños de una espantosa muerte por accidente. El que más se repetía era uno en el que me moría aplastado por el elevador de una gasolinera. Todos ellos, supongo, permutaciones del sueño de los gnomos. Creo que esos sueños son como un emético psicológico, y que las personas que los tienen se ven más favorecidas que perjudicadas por ellos.

—Las angustias no se te amontonan si te desembalézas de ellas mientras duermes.

—Así es. Existen toda clase de interpretaciones los sueños, y las de Freud se han convertido en las más conocidas; pero siempre he creído que sirven de simple función eliminatoria, y no mucho más, que los sueños son la manera que tiene la psique de descargarse de tanto en tanto. Y que las personas que no sueñan, o que no lo hacen de manera que puedan recordarlos con facilidad cuando despiertan, se hallan, en cierto modo, mentalmente estreñidos. A fin de cuentas, la única compensación práctica por tener una pesadilla radica en despertarse y comprobar que no ha sido más que un sueño.

Stu sonrió.

—Pero últimamente he tenido uno realmente espantoso. Se repite, de manera parecida al de verme aplastado debajo de un elevacoches, pero es un juego de niños al lado de los anteriores. No se parece a ninguno de los que he tenido, y al mismo tiempo se halla

relacionado con todos ellos. Como si... como si fuera la *suma* de mis pesadillas. Y me despierto alterado, con la sensación de que no ha sido un sueño sino una visión. Sé que esto suena ridículo...

—¿En qué consiste?

—Es un hombre —respondió Bateman—. Por lo menos, yo creo que es un hombre. Está subido en el tejado de un edificio muy alto, o quizá se trata de un acantilado. Sea lo que sea, es tan alto que parece rodeado de niebla centenares de metros por debajo. Falta poco para la puesta del sol. Él mira hacia el otro lado, hacia el este. Unas veces me da la impresión de que usa vaqueros y chaqueta tejana; pero más a menudo va vestido con una túnica provista de una capucha. Nunca le veo la cara, pero sí los ojos. Son rojos. Estoy seguro de que me busca a mí... y de que tarde o temprano me encontrará, o yo me veré forzado a ir con él... y eso supondrá la muerte para mí. Intento gritar y... —Sus palabras se extinguieron y se encogió de hombros.

—¿Entonces es cuando te despiertas?

—Sí.

Kojak volvía al trote. Bateman lo palmeó mientras el animal husmeaba el disco de aluminio y consumía los restos del pastel.

—Bueno, supongo que no es más que un sueño —agregó Bateman, se levantó e hizo una mueca al fallarle las rodillas—. Sospecho que, si me estuviera psicoanalizando, el hurgador de cerebros diría que el sueño expresa mi miedo inconsciente a uno o varios líderes que pongan de nuevo en marcha el sistema. Quizá el miedo a la tecnología en general. Porque creo que todas las nuevas sociedades que surjan en el mundo occidental tendrán la tecnología como su piedra angular. Es una pena, y no algo necesario, pero así será porque están enganchados a ella. No recordarán, o no querrán recordar, sus males: los ríos contaminados, el agujero en la capa de ozono, la bomba atómica, la polución atmosférica. Todo cuanto recordarán será que hubo un tiempo en que podían tener calefacción por la noche sin hacer casi ningún esfuerzo... En fin. Pero este sueño se ensaña conmigo.

Stu permaneció callado.

—Bueno, es hora de volver —manifestó el profesor Bateman—. Ya estoy medio borracho y me parece que esta tarde va a llover.

Se encaminó hacia el fondo del calvero. Poco después volvió con una carretilla. Cargó el taburete de piano en la carretilla, agregó la paleta y la nevera portátil y encima de todo colocó su mediocre cuadro en precario equilibrio.

—¿Transportaste todo eso hasta aquí? —inquirió Stu.

—Lo transporté hasta encontrar algo que quería pintar. Cada día camino en una dirección distinta. Es un buen ejercicio. Si vas hacia el este, ¿por qué no vuelves conmigo a Woodsville y pasas la noche en mi casa? Podremos turnarnos para empujar la carretilla, y aún tengo seis latas de cerveza enfriándose en aquel arroyo. Así llegaremos cómodamente a destino. Esto nos llevará a casa con elegancia.

—Acepto.

—Estupendo. Probablemente no pararé de hablar durante el trayecto. Has caído en manos del profesor locuaz. Cuando te hartes, dime que me calle. No me ofenderé.

—Me gusta escuchar.

—Entonces eres uno de los elegidos del Señor. En marcha.

Anduvieron por la 302. Uno de ellos empujaba la carretilla mientras el otro se bebía una cerveza. Sin importar lo que hicieran, Bateman hablaba, un monólogo interminable que saltaba de un tema a otro, sin apenas pausa. *Kojak* trotaba a su lado. Stu escuchó durante un rato; luego, sus pensamientos se dispersaban, siguiendo sus propias tangentes, hasta que de nuevo retornaba a la realidad. Había quedado perturbado por la visión de Bateman de centenares de pequeños enclaves de personas, algunos de ellos militaristas, viviendo en un país donde millares de armas terribles yacían alrededor como las piezas de un juguete de montaje. Pero, cosa rara, hacia lo que su mente retomaba con preferencia era al sueño de Glen Bateman, el del hombre sin rostro encima de un edificio o al borde de un acantilado, el hombre de ojos encarnados que, de espaldas al sol poniente, miraba incansable hacia el este.

Despertó poco antes de la medianoche, empapado en sudor, con el temor de haber gritado. Pero en el cuarto contiguo Glen Bateman respiraba con regularidad, sin sobresaltos, y *Kojak* dormía plácidamente. Todo estaba iluminado por una luna de fulgores surrealistas.

Al despertarse, Stu se encontró erguido sobre los codos. Enseguida volvió a tumbarse sobre la sábana húmeda y se cubrió los ojos con el brazo. No quería recordar el sueño pero se sentía impotente para eludirlo.

Había vuelto a Stovington. Elder estaba muerto. Todos estaban muertos. El edificio era una tumba llena de resonancias. Él era el único superviviente, y no hallaba salida. Al principio trató de dominar su pánico. Camina pero no corre, se repitió una y otra vez, aunque pronto tendría que correr. Su paso era cada vez más rápido, y el deseo vehemente de mirar por encima del hombro para asegurarse de que sólo había ecos empezaba a ser imperioso.

Pasó frente a puertas cerradas con nombres escritos en negro sobre vidrio esmerilado, ante una mesa rodante caída, por delante del cadáver de una enfermera con la falda blanca recogida sobre los muslos, una enfermera cuyo rostro ennegrecido y deformado por una mueca miraba los fríos y blancos cubos de hielo invertidos que eran los fluorescentes del techo.

Por fin echó a correr.

Acabó en una auténtica carrera, dejando atrás las puertas. Flechas anaranjadas que sobresalían sobre placas blancas. Letreros. Al principio parecían lógicos: RADIOLOGÍA, CORREDOR B A LABORATORIOS, PROHIBIDO PASAR SIN AUTORIZACIÓN. Pero después entró en otra parte del edificio, en una zona que nunca había visto y que tampoco debería haber visto jamás. En esas paredes la pintura había empezado a cuartearse y desprenderse. Algunos tubos fluorescentes se hallaban apagados. Otros zumbaban como moscas atrapadas en una tela metálica. Unos cuantos vidrios esmerilados de los despachos estaban rotos y a través de los dentados agujeros vio objetos destrozados y cadáveres espantosamente contorsionados por el dolor. Sangre. Esa gente no había muerto de gripe: habían sido asesinados. Los cadáveres estaban pinchados, acribillados y golpeados; sus ojos saltones miraban sin ver.

Bajó por una escalera mecánica que no funcionaba y se metió en un largo túnel oscuro recubierto de azulejos. En el otro extremo había más despachos, pero allí las puertas aparecían pintadas de un fúnebre color negro. Las flechas eran de color rojo brillante. Los tubos fluorescentes bordeaban y titilaban. Los letreros decían A LAS URNAS DE COBALTO, ARSENAL LÁSER, MISILES, SALA DE EPIDEMIAS. Después, sollozando de alivio, vio una flecha que apuntaba hacia un recodo en ángulo recto, y encima la palabra sacrosanta: SALIDA.

Dobló por el recodo. La puerta se hallaba abierta. Más allá se veía la noche grata y fragante. Se abalanzó hacia la puerta pero, en ese momento, entró un hombre vestido con vaqueros y chaqueta tejana. Stu se detuvo. Resbaló, con un grito atascado en la garganta como un hierro herrumbroso. Cuando el hombre avanzó bajo el resplandor de los tubos titilantes, Stu vio que donde debería haber estado su rostro sólo había una fría sombra negra, unas tinieblas perforadas por dos desalmados ojos de un rojo vivo. No tenía alma, pero sí sentido del humor, una especie de regocijo lunático.

El hombre oscuro estiró las manos y Stu vio que chorreaban sangre.

—El cielo y la tierra —susurró el hombre oscuro desde el agujero donde debería haber estado su cara—. Todo el cielo y toda la tierra.

Stu despertó sobresaltado.

En ese momento *Kojak* gimió en el pasillo y lanzó un gruñido quedo. Sus patas se estremecieron en sueños, y Stu supuso que también los perros soñaban. Era muy natural eso de soñar, y hasta tener una pesadilla esporádica.

Pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera volver a dormirse.

Mientras la epidemia de supergripe decaía, se produjo una segunda epidemia que duró dos semanas. Fue más común en las sociedades tecnológicas, como Estados Unidos, y menos frecuente en los países subdesarrollados, como Perú o Senegal. En Estados Unidos, esta segunda epidemia afectó al 16 por ciento de los supervivientes de la supergripe. En lugares como Perú y Senegal, a no más del 3 por ciento. La nueva epidemia no tuvo nombre porque los síntomas diferían mucho de un caso a otro. Un sociólogo como Glen Bateman la habría llamado «muerte natural» o «la de los tipos de las salas azules de urgencia». En estrictos términos darwinianos, fue el golpe final, el menos amable de todos los golpes finales, habrían opinado muchos. Sam Tauber tenía cinco años y medio. Su madre había muerto el 24 de junio en el hospital de Murfreesboro, Georgia. El 25 fallecieron su padre y su hermana menor, April, de dos años. El 27 Mike, su hermano mayor, dejando a Sam que se las arreglase por sí solo.

Permaneció en estado de *shock* desde la muerte de su madre. Erraba a la deriva por las calles de Murfreesboro, comiendo cuando tenía hambre, a veces llorando. Al cabo de un tiempo dejó de llorar, porque no servía para nada. No hacía volver a las personas. Por las noches su sueño era interrumpido por horribles pesadillas en las que papá, April y Mike morían una y otra vez, con sus rostros hinchados y negros, un terrible sonido crepitante en sus pechos, mientras se ahogaban en sus propios mocos.

A las diez menos cuarto de la mañana del 2 de julio, Sam andaba por una extensión de zarzamoras por detrás de la casa de Hattie Reynolds. Distraído y exhausto, zigzagueó entre los matorrales, casi dos veces más altos que él, cogiendo moras y comiéndoselas hasta que sus labios y su mentón quedaron manchados de negro. Las espinas se enganchaban en sus ropas y a veces en la carne, pero apenas se percataba de ello. Las abejas zumbaban pesadas alrededor. No vio la vieja tapa del pozo medio podrida y oculta entre las zarzas y hierba. Cedió bajo su peso con un crujido de astillas y Sam se precipitó siete metros por el agujero revestido de piedra hasta el fondo seco, donde se rompió ambas piernas. Murió veinte horas después, más de miedo y de tristeza que a causa de la conmoción, el hambre y la deshidratación.

Irma Fayette vivía en Lodi, California. Era una chica de veintiséis años, virgen, y con un miedo obsesivo a que la violaran. Su vida había sido una larga pesadilla desde el 23 de junio, cuando los saqueos se desencadenaron en la ciudad y ya no existía policía que detuviera a los saqueadores. Irma tenía una casita en una calle lateral; su madre había vivido allí con ella hasta que murió de un ataque de corazón en 1985. Al comenzar los saqueos, los tiroteos y el horrisono sonido de los hombres borrachos alborotando por las calles de la principal arteria comercial, Irma cerró todas las puertas y luego se ocultó en la habitación para invitados de la planta baja. Desde entonces había hecho algunas escapadas al piso superior, tan silenciosa como un ratón, para conseguir comida o hacer sus necesidades.

A Irma no le gustaba la gente. Si todos los habitantes de la Tierra hubiesen muerto menos ella, se habría sentido del todo feliz. Pero no era éste el caso. El día anterior, tras empezar a confiar con cautela en que ya no quedase nadie en Lodi más que ella, había visto a un hombre gordo y borracho, un *hippie* con una camiseta con la leyenda DEJÉ EL SEXO Y LA BEBIDA Y FUERON LOS 20 MINUTOS MAS MISERABLES DE MI VIDA. El individuo recorría la calle con una botella de *whisky* en la mano. Tenía un largo cabello que le caía en cascada desde la gorra y le cubría los hombros. En la cintura de sus ajustados tejanos aparecía encajada una pistola. Azorada, Irma, que le había espiado por las cortinas del dormitorio cuando él no podía verla, se precipitó al piso de la planta baja y se refugió en la atrancada habitación para huéspedes.

No estaban todos muertos. Si quedaba un *hippie* suelto, habría otros. Y todos serían violadores. La violarían. Tarde o temprano la encontrarían y la violarían.

Aquella mañana, antes de las primeras luces, había subido sigilosamente al desván, donde en unas cajas de cartón se conservaban las pocas pertenencias de su padre que había sido marino mercante. Abandonó a la madre de Irma a finales de los sesenta. Ella se lo había contado todo a su hija. Su padre había sido una bestia que se emborrachaba y luego quería

violarla. Todos lo hacían. Cuando te casas, eso le da a un hombre el derecho a violarte en cualquier ocasión en que le apetezca. Incluso por el día. La madre de Irma siempre resumía el abandono de su marido en cuatro palabras, las mismas que Irma habría aplicado a la muerte de casi todo hombre, mujer o chiquillo sobre la faz de la tierra: «No se perdió nada».

La mayoría de las cajas no contenían otra cosa que baratijas compradas en puertos extranjeros: «Recuerdo de Hong Kong», «Recuerdo de Saigón», «Recuerdo de Copenhague». Había un álbum de fotos, de las cuales la mayoría mostraba a su padre en un barco, a veces sonriendo a la cámara con los brazos alrededor de los hombros de sus brutales compañeros. Probablemente la enfermedad que llamaban *Capitán Trotamundos* también habría acabado con él allá donde se encontrase. No se perdió nada.

Pero había también una caja de madera con unos pequeños cierres dorados. Guardaba una pistola del calibre 45, sobre un terciopelo rojo y, en un compartimiento secreto de debajo del terciopelo, había varias balas verduscas y con aspecto herrumbroso. Irma pensó que de todos modos servirían. Las balas no se estropeaban como la leche o el queso.

Cargó el arma bajo la única bombilla, llena de telarañas, del desván y luego bajó a desayunar en la mesa de la cocina. Ya nunca más se ocultaría en un agujero como un ratón. Los violadores no saldrían bien librados.

Por la tarde se sentó en el porche delantero a leer un libro. Se titulaba *Satán aún está vivo en la Tierra*. Era una obra muy instructiva. Los pecadores y los ingratos estaban recibiendo su justo castigo, tal y como el libro había dicho que ocurriría. Todos habían desaparecido. Sólo quedaban unos cuantos *hippies* violadores, y ella supuso que podría hacerles frente. La pistola reposaba a su lado.

A las dos regresó el hombre de la melena rubia, tan borracho que apenas se tenía en pie. Vio a Irma y su rostro se iluminó, pensando sin duda en la suerte que tenía al descubrir, al fin, a una «gatita».

—¡Hola, cariño! —gritó—. ¡Sólo quedamos tú y yo! Cuánto tiempo...

El terror demudó su rostro al ver a Irma dejar el libro y empuñar el 45.

—Eh, escucha, deja eso... ¿Está cargada? ¡Eh...!

Irma apretó el gatillo. La pistola estalló y lo mató instantáneamente. No se perdió nada.

George McDougall vivía en Nyack, Nueva York. Había sido profesor de matemáticas en un instituto especializado en enseñanza para disminuidos. Él y su mujer eran católicos practicantes. Harriet McDougall le había dado once hijos, nueve chicos y dos chicas. Así, entre el 22 de junio, cuando su hijo Jeff de nueve años sucumbió a causa de lo que se diagnosticaba como una «gripe con neumonía», y el 29 de junio, cuando su hija Patricia de dieciséis años (oh, Dios mío, era tan joven y tan dolorosamente bella) había caído ante lo que todos llamaban cuello de tubo, tuvo que ver cómo se iban para siempre las doce personas que más amaba en el mundo, y sólo él permanecía con salud. En el instituto siempre había gastado bromas respecto de que no era capaz de recordar los nombres de cada uno de sus hijos; pero el orden de sus fallecimientos quedó bien grabado en su memoria. Jeff el 22, Marty y Helen el 23, su esposa Harriett y Bill y George Jr. y Robert y Stan el 24, Richard el 25, Danny el 27, el pequeño Frank de tres años el 28 y, finalmente, Pat, que parecía recuperarse y que estuvo mejorando hasta el final.

George pensó que iba a enloquecer.

Diez años atrás había empezado a hacer *jogging* por consejo de su médico. No jugaba al tenis, al balonmano ni a nada, pagaba a un chico (uno de los suyos como es natural) para que le cortase el césped, y por lo general iba en coche a la tienda de la esquina cuando Harriett necesitaba una barra de pan. Debe vigilar el peso, le había dicho el doctor Warner. Pasa demasiado tiempo sentado y eso no es bueno para su corazón. Pruebe a hacer *jogging*.

Por lo tanto se había comprado un chándal y corría todas las noches, en distancias cortas al principio y luego en recorridos cada vez más largos. Las primeras veces experimentó cierto embarazo, convencido de que sus vecinos estaban dándose palmadas en la frente y elevando los ojos al cielo. Pero luego un par de hombres, a los que sólo conocía por haberse saludado cuando regaban sus jardines, se le acercaron y le preguntaron si podían acompañarle, pues probablemente resultaba más seguro hacerlo varios juntos. Para entonces, los dos chicos mayores de George también se le habían unido. Así, la cosa se convirtió en algo característico del barrio, y aunque su número variaba a medida que unos se iniciaban en el ejercicio y otros abandonaban, siguió siendo una actividad admitida y normal.

Ahora que todos se habían ido, él continuaba aquella práctica a diario. Durante horas. Iba solo cuando hacía *jogging*, sin concentrarse en nada más que en el ruido de sus zapatillas por la acera, el movimiento de sus brazos y su pesada y jadeante respiración, hasta que perdió aquella sensación de locura inminente. No podía suicidarse porque era católico practicante y el suicidio era pecado mortal. Dios debía de querer reservarlo para otra cosa. Y se concentraba en el *jogging*. El día anterior había corrido durante casi seis horas hasta que se quedó sin respiración y casi con náuseas debido al agotamiento. Tenía cincuenta y un años, ya no era un hombre joven, y supuso que correr tanto no resultaba bueno para él. Pero aquello era la única cosa que le resultaba buena.

Por ello, aquella mañana se levantó con los primeros resplandores del día, tras una noche casi insomne (el pensamiento que revoloteaba una y otra vez en su mente era: Jeff-Marty-Helen-Harriett-Bill-George Júnior-Robert-Stanley-Richard-Danny-Frank-Patty), se puso el chándal, salió y comenzó a correr por las desiertas calles de Nyack, pisando a veces trozos de vidrio. En una ocasión incluso tuvo que saltar por encima de un televisor que yacía despanzurrado en el pavimento. Llegó hasta las calles residenciales, donde las persianas estaban echadas, y pasó también por el horrible lugar del choque de tres coches en el cruce de Main Street.

En los inicios sólo trotaba, pero más tarde necesitó correr cada vez más para dejar atrás los pensamientos. Un hombre de cincuenta y un años con pelo gris, un chándal también gris y zapatillas blancas, volando por las calles vacías, como si le persiguieran todos los demonios del mundo. A las once y cuarto sufrió una trombosis coronaria y cayó muerto en la esquina de Oak y Pine, cerca de una boca de incendios. La expresión de su rostro parecía de agradecimiento.

Eileen Drummond, de Clewinston, Florida, se emborrachó con crema de menta DeKuyper la tarde del 2 de julio. Quería emborracharse para no pensar en su familia, y la crema de menta era la única clase de alcohol que resistía. El día anterior había encontrado una bolsita llena de marihuana en su dormitorio de juventud, y había conseguido *colocarse*. Pero sentirse drogada sólo empeoraba las cosas. Se había sentado en su sala de estar y pasado toda la tarde llorando sobre las fotos de su álbum.

Así pues, esa tarde se bebió una botella entera de crema de menta, se mareó, fue a vomitar al cuarto de baño y luego se metió en la cama, encendió un cigarrillo, se quedó dormida, quemó la casa hasta los cimientos y ya jamás tuvo que pensar en nada. El viento se había levantado de nuevo, y quemó de paso la mayor parte de Clewinston. No se perdió nada.

Arthur Stimson vivía en Reno, Nevada. La tarde del 29, después de nadar en el lago Yahoe, pisó un clavo oxidado. La herida se le gangrenó. Lo supo por la fetidez que rezumaba e intentó amputarse el pie. A mitad de la operación se desmayó y murió por una hemorragia en el vestíbulo del casino Toby Harrah, donde había intentado llevar a cabo la operación.

En Swanville, Maine, una chica de diez años llamada Candice Moran se cayó de su bicicleta y quedó en el suelo, sin vida, debido a una fractura de cráneo.

Milton Craslow, un ranchero de Harding Countin, Nuevo México, fue mordido por una serpiente de cascabel y falleció media hora después.

En Miltown, Kentucky, Judy Horton se sentía muy complacida por los acontecimientos. Tenía diecisiete años y era muy bonita. Dos años antes había cometido dos errores graves: quedarse embarazada y aceptar que sus padres le aconsejasen casarse con el muchacho responsable, un estudiante de ingeniería. A los quince años le resultó halagador salir con un universitario (aunque sólo fuese de primer curso); pero durante el resto de su vida no pudo recordar por qué le había permitido a Waldo Horton que la dejase encinta; él era miembro del equipo de fútbol americano Miltown High y ella era la animadora principal. De no haber sido por Waldo Horton, ella habría sido la jefa de animadoras de su penúltimo curso. Y, volviendo al asunto, ni Steve ni Mark hubieran sido maridos más aceptables. Ambos tenían los hombros anchos y

Mark un cabello rubio que le caía sobre los hombros. Pero era Waldo, no podía haber sido otro. Todo lo que tuvo que hacer fue mirar su Diario y realizar unas operaciones aritméticas. Después de que llegara el bebé, ya ni siquiera hacía falta eso. Era idéntico a él. Por lo tanto, durante dos largos años se esforzó con una serie de trabajos de ínfima categoría en restaurantes de comida rápida y en moteles, mientras Waldo iba a la universidad. Odiaba más que nada la facultad de Waldo, incluso más que al bebé y al mismo Waldo. Si él quería tanto tener una familia, ¿por qué no dejaba los estudios y se ponía a trabajar? *Ella* sí lo había hecho. Pero los padres de ella y los de él no se lo permitirían. A solas, Judy podría mantener alguna conversación cariñosa con él. Pero siempre estaban los parientes políticos, todo el rato metiendo las narices en el asunto. Oh, Judy, las cosas irán mejor cuando Waldo consiga un buen empleo. Oh, Judy, las cosas hubieran ido mucho mejor de haber acudido más a menudo a la iglesia. Oh, Judy, chínchate y sigue sonriendo hasta que lo tengas todo bien cogido. Hasta que los venzas a *todos*.

Luego, se presentó la supergripe y con eso se resolvieron todos sus problemas. Sus padres murieron, su pequeñín Petie también murió (le dio un poco de tristeza pero lo superó al cabo de un par de días); luego murieron los padres de Waldo y, finalmente, el propio Waldo, con lo que ella quedó libre. El pensamiento de que también ella podía haber muerto no le pasó jamás por la cabeza y, naturalmente, seguía con vida.

Habían vivido en una casa de apartamentos grande y laberíntica, en el centro de Miltown. Uno de los detalles de la vivienda, y que reflejaba a Waldo (Judy, como era natural, no tenía nada que decir al respecto), era una cámara frigorífica para la carne situada en el sótano. Habían llegado allí en septiembre de 1988, y se encontraban en el tercer piso. ¿Quién iba a estar llevando y trayendo la carne y las hamburguesas de la cámara frigorífica? Había tres posibilidades, pero las dos primeras no contaban. Waldo y Petie habían muerto en casa. En aquel momento ya no se podían conseguir servicios hospitalarios a no ser que fueses un pez gordo, y las funerarias se hallaban atestadas. Además, eran unos lugares muy viejos, a los que Judy no se habría acercado nunca. Pero la corriente eléctrica aún seguía funcionando. Por lo tanto, se los llevó abajo y los metió en la cámara frigorífica.

Hacía tres días que en Miltown se había cortado la corriente, pero allí aún seguía haciendo bastante frío. Judy lo sabía porque bajaba a ver sus cadáveres tres o cuatro veces al día. Se decía que sólo lo hacía para comprobar su estado. Para qué otra cosa iba a hacerlo. ¿Acaso se refocilaba al hacerlo?

Bajó allí la tarde del 2 de julio y se olvidó de poner el seguro en la puerta de la cámara frigorífica. Se cerró detrás de ella e hizo caer la aldaba de seguridad. Fue entonces cuando se percató, después de dos años de entrar y salir de aquel lugar, de que la puerta no tenía pomo por dentro. De esta manera, Judy Horton murió en compañía de su hijo y de su marido.

Jim Lee, de Harriesburg, Misisipí, conectó todos los aparatos eléctricos de su casa a un grupo electrógeno de gasolina y cayó electrocutado al intentar ponerlo en marcha.

Richard Hogginga era un joven negro que había vivido siempre en Detroit, Michigan. Durante los últimos cinco años, fue adicto a la heroína más fina, que él llamaba *hebrawn*. Con la epidemia de supergripe, se vio forzado a una espantosa abstinencia, ya que todos los camellos y narcotraficantes que conocía habían muerto.

En esta brillante tarde de verano se encontraba sentado en un destrozado porche bebiéndose una caliente 7-Up y deseando conseguir una dosis de caballo por pequeña que fuera.

Comenzó a pensar en Allie McFarlane, y en algo de lo que había oído acerca de él, en las calles, poco antes de que se produjese el caos. La gente siempre contaba que Allie, el tercer pez gordo de Detroit, acababa de recibir un buen cargamento. Todo el mundo se beneficiaría. Nada de aquella porquería morena, sino china blanca, la mejor de todas.

Richie ignoraba dónde podría guardar McFarlane un buen material como ése, pues no resultaba saludable saber semejantes cosas. Pero había oído decir que si los polis llegaban a conseguir una orden de registro para la casa de Grosse Pointe, que Allie había comprado a su tío abuelo, los huesos de Allie se pudrirían en la cárcel por el resto de su vida.

Logró la dirección de Lake Shore Drive de un Erin D. McFarlane en la guía telefónica de Detroit y se dirigió andando hacia allí. Cuando llegó, con los pies doloridos, casi había

oscurecido. Ya no intentaba decirse que había sido un paseo casual. Deseaba pincharse, lo deseaba con toda su alma.

Un muro de piedra cercaba la propiedad y Richie lo saltó como una sombra negra, cortándose las manos con los vidrios incrustados en lo alto de la pared. Rompió una ventana para entrar y se disparó una alarma que le hizo salir corriendo hasta la mitad del césped antes de acordarse de que ya no había polis que acudieran a ninguna llamada. Regresó empapado en sudor.

La electricidad estaba cortada y por lo menos había veinte habitaciones en aquel jodido lugar. Tendría que esperar hasta el día siguiente para buscar de forma apropiada, e incluso así tardaría una semana en poner patas arriba todo aquel sitio. Y resultaba probable que la mierda ni siquiera estuviese allí. Cristo... Richie sintió una oleada de náuseas. Por lo menos podría hurgar en los sitios más obvios.

En el cuarto de baño del piso superior encontró una docena de bolsas de plástico llenas de blanco polvo. Estaban en la cisterna del retrete, un viejo truco. Richie se quedó mirando las bolsas, enfermo de deseo, pensando que Allie debía de haber untado a las personas adecuadas para permitirse dejar un material tan bueno en la jodida cisterna de un inodoro. Con la droga que había allí, un hombre tendría para diecisiete siglos.

Llevó una bolsa al dormitorio principal, la abrió y desparramó su contenido encima de la cama. Le temblaban las manos cuando sacó sus utensilios y comenzó a prepararla. No se le ocurrió preguntarse cómo estaría cortada aquella mierda. En las calles, la más fuerte que Richie había comprado tenía un 12 por ciento de pureza, y le había producido un sueño tan profundo como un coma.

Se inyectó por encima del codo. Aquella cosa tenía una pureza del 96 por ciento. Alcanzó su corriente sanguínea como un tren de carga. Richie se derrumbó sobre las bolsas de heroína, empolvándose con ella la pechera de la camisa. Seis minutos después había hecho el viaje sin retorno.

No se perdió nada.

Lloyd Henreid estaba arrodillado. Tarareaba y sonreía. Algunas veces olvidaba lo que había estado tarareando, su sonrisa se borraba y sollozaba un poco. Después olvidaba que estaba llorando y seguía con su soniquete. La canción era *Camptown Races*. Había momentos en que, en lugar de tararear o sonreír, susurraba entre dientes duuu-da, duuu-da. El pabellón de celdas estaba totalmente silencioso si se exceptuaban los sollozos, los duuu-da ocasionales y el débil roce de la pata de la litera. Lloyd estaba tratando de dar vuelta al cadáver de Trask para alcanzar su pierna. Por favor, camarero, más ensalada de coles y otra pierna.

Lloyd tenía aspecto de haberse decidido a practicar una dieta estricta. El uniforme de la prisión colgaba de su cuerpo como una vela en un día apacible. Hacía ocho días que les habían servido la última cena y, a partir de entonces, no habían vuelto a darles de comer. La piel de Lloyd estaba estirada sobre el rostro y marcaba todas las curvas y ángulos de su calavera. Sus ojos le brillaban y centelleaban; los labios se le habían estirado y mostraba los dientes. Exhibía una fisonomía caballuna porque el pelo había empezado a caérsele en grandes mechones. Su aspecto era más bien el de un enajenado.

—Duuu-da, duuu-da —susurró mientras pescaba con la barra de metal.

En otra época no supo por qué se tomaba el trabajo de lastimarse los dedos para desatornillar ese maldito artefacto. También en otra época creyó conocer de veras lo que era el hambre. El hambre de entonces no había sido más que un vago prelude comparado con lo que sentía ahora.

—Cabalgaba toda la noche... cabalgaba todo el día... Ta-ra-rá...

La pata de la litera enganchó el bajo de la pernera del pantalón de Trask y después se le escapó. Lloyd inclinó la cabeza y sollozó como un niño. Detrás de él, arrumbado en un rincón, estaba el esqueleto de la rata que había matado en la celda de Trask el 29 de junio, hacía cinco días. La larga cola rosada seguía unida al esqueleto. Lloyd había intentado varias veces comerse la cola; pero era demasiado dura. Había agotado casi toda el agua de la taza del inodoro, no obstante sus esfuerzos por conservarla.

La celda estaba impregnada de olor de orina. Meaba en dirección al corredor para no contaminar la reserva de agua.

Había comido demasiado deprisa los víveres almacenados, pues supuso que alguien vendría. No atinó a pensar que...

No quería comerse a Trask. La idea de comerse a Trask era atroz. Precisamente la noche anterior había conseguido atrapar con una pantufla una cucaracha y se la había comido viva. La sintió correr demencialmente por dentro de su boca antes de partirla en dos con los dientes. En realidad no había sido tan desagradable: sabía mejor que la rata. No, no quería comerse a Trask. No deseaba convertirse en caníbal. Se repetía la historia de la rata. Acercaría a Trask por si acaso. Por si acaso. Había oído decir que un hombre podía sobrevivir sin comer, siempre que tuviera agua.

(No mucha agua pero ahora no pensaré en eso, ahora no pensaré en eso).

Se resistía a morir de inanición. Sentía demasiado odio. El odio había crecido a un ritmo bastante acelerado durante los últimos tres días, paralelamente al hambre. Suponía que si su conejo favorito, muerto hacía mucho tiempo, hubiera estado en condiciones de pensar, lo habría detestado a él del mismo modo. Ahora dormía mucho, y su sueño se veía siempre turbado con las ensoñaciones acerca del conejo, de su cuerpo hinchado, de su pelaje moteado, de los gusanos retorciéndose en sus ojos, y aún peor, de aquellas patas ensangrentadas que cuando despertaba le hacían mirarse los dedos alelado. El odio de Lloyd se había condensado alrededor de un sencillo concepto imaginario: LA LLAVE.

Se encontraba encerrado bajo llave. En otro tiempo había parecido justo. Él había sido uno de los malos. No *realmente* malo; el verdadero malo había sido Poke. Sin Poke, él nunca habría pasado de ser un mierdecilla. De todas formas, había compartido parte de la culpa. Hubo aquel *Georgious* en Las Vegas, y las tres personas del Continental blanco. Existieron todas aquellas cosas y supuso que compartía parte de la culpa. Tal vez se había ganado un castigo, un breve encierro. No era algo para lo que te ofrecieras de forma voluntaria; pero cuando te pillaban con las manos en la masa tenías que arrostrar las consecuencias. Como le

dijo al abogado, probablemente se había ganado unos veinte años entre rejas por su participación en «la matanza de los tres estados». Pero no la silla eléctrica. No, por Dios. La idea de morir achicharrado era... demencial.

Pero ellos tenían LA LLAVE, y eso era lo importante. Podían encerrarte y hacer de ti lo que se les antojara.

Durante los últimos tres días Lloyd había empezado a asimilar el valor simbólico, mágico, que LA LLAVE tenía, LA LLAVE era la recompensa que te daban por respetar las reglas del juego. Si desobedecías, podían encerrarte. No era muy distinto de la tarjeta del Monopoly que te enviaba *A la cárcel*. No poder pasar, no poder retirar doscientos dólares, LA LLAVE otorgaba prerrogativas. Podían quitarte diez años de vida, o veinte, o cuarenta. Podían emplear a tipos como Mathers para que te aporrearan. Incluso podían freírte en la silla eléctrica.

Pero la circunstancia de poseer LA LLAVE no les daba derecho a irse y dejarte encerrado para siempre. No les daba derecho a obligarte a comer una rata muerta ni a colocarte en el aprieto de intentar tragar la estopa de tu colchón. No les concedía el derecho a dejarte en un sitio donde tenías que comerte al hombre de la celda de al lado para poder seguir con vida (si es que podías atraparlo, ta-ra-rá...).



Había ciertas cosas que no se podían hacer a un ser humano. La posesión de LA LLAVE proporcionaba determinados privilegios, pero eso era todo. Lo habían dejado allí a merced de una muerte espantosa cuando podrían haberle permitido salir. Y él no era un asesino rabioso dispuesto a reventar al primero que se le cruzara en el camino, a pesar de lo que habían dicho los diarios. Antes de conocer a Poke no era más que un mierdecilla.

Por eso odiaba. Al principio le había parecido que odiar era infructuoso, porque los que tenían LA LLAVE habían sucumbido a la gripe. Estaban fuera del alcance de su venganza. Pero después, poco a poco, a medida que aumentaba su hambre, empezó a comprender que la gripe no los mataría a ellos. Mataría a los fracasados como él, mataría a Mathers pero no al piojoso alcahuete que había contratado a Mathers, porque ese alcahuete tenía LA LLAVE. No mataría al gobernador ni al alcaide... El guardia que dijo que el alcaide estaba enfermo había sido un jodido embustero. No mataría a los funcionarios de la cárcel, ni a ningún *sheriff* de condado, ni a los agentes del FBI. La gripe no alcanzaría a los poseedores de LA LLAVE. Pero Lloyd sí los alcanzaría. Si vivía lo suficiente para salir de allí, ya se ocuparía de darles caza.

La pata de la litera volvió a engancharse en el bajo de la pernera de Trask.

—Acércate —susurró Lloyd—. Acércate aquí... Las chicas del campamento cantan esta canción... todo el día. —El cadáver de Trask se deslizó, lento y rígido, por el suelo de su celda. Jamás un pescador había atrapado un atún con tantas precauciones y pericia como las que

Lloyd desplegaba para hacerse con Trask. En determinado momento, el pantalón de su presa se desgarró y Lloyd tuvo que engancharlo por otro lugar. Pero al fin su pie estuvo suficientemente cerca para que Lloyd pudiera meter la mano entre los barrotes y cogerlo... si se lo proponía—. No lo tomes como algo personal —le susurró a Trask.

Le tocó la pierna y se la acarició.

—No lo tomes como algo personal. No te voy a comer, viejo amigo. No te voy a comer... a menos que las circunstancias me obliguen a ello.

Ni siquiera era consciente de que la boca se le estaba haciendo agua.

Lloyd oyó a alguien en medio de la penumbra cenicienta del crepúsculo. Al principio el rumor fue tan lejano y tan extraño (un repiqueteo de metal contra metal) que creyó estar soñándolo. Ahora los estados de vigilia y sueño se confundían y Lloyd trasponía el límite entre ambos casi sin notarlo.

Pero después oyó la voz y se irguió en la litera, con los ojos muy abiertos, desorbitados y centelleantes en su rostro demacrado. La voz llegaba por los corredores desde Dios sabía qué lugar del pabellón de administración, y luego por las escaleras que daban a los pasillos que conectaban con las zonas de visita hasta el bloque central de celdas, donde se encontraba Lloyd. Flotó a través de las puertas de doble reja y llegó por fin a los oídos de Lloyd.

—¡Ooooooh ooooooh! ¿Hay alguien en casa?

Lo primero que pensó Lloyd fue: No contestes. Tal vez se vaya.

—¿Hay alguien en casa? Cuento hasta uno, cuento hasta dos... Sí, ya me voy, para sacudirme el polvo de Phoenix de las botas...

Al escuchar esto, Lloyd salió de su parálisis. Saltó de la litera, levantó la pata de hierro y empezó a golpear los barrotes con frenesí. Las vibraciones subieron por el metal y repercutieron en los huesos de su puño crispado.

—¡No! —aulló—. ¡No! ¡No se vaya! ¡Por favor, no se vaya!

La voz sonaba ahora más próxima, y provenía de la escalera que unía la administración con aquel piso:

—Te amamos tanto que te devoraremos... ¡Oh! Hay alguien que parece *tan...* hambriento...

Sonó una risita lerda.

Lloyd dejó caer la pata de la litera y se aferró con ambas manos a los barrotes de su celda. Ahora oía las pisadas en un tramo envuelto en sombras. Resonaban acompasadas por el corredor que conducía al pabellón de celdas. Lloyd quiso derramar lágrimas de alivio... Pero no lo embargaba el júbilo sino el miedo, un pavor creciente que le hizo lamentar no haberse quedado callado. ¿Callado? ¡Dios! ¿Qué podía ser peor que morir de hambre?

Lo de morir de hambre le hizo pensar en Trask, que yacía despatarrado en las cenicientas últimas luces, con una pierna tiesa apuntando hacia la celda de Lloyd. En la pantorrilla le faltaba un buen trozo. Y tenía marcas de dientes. Lloyd sabía qué dientecillos habían hecho aquellas marcas, y tenía una vaga sensación de haberse comido un filete de Trask. Se sintió invadido por una terrible repugnancia, culpabilidad y horror. Se precipitó hacia las rejas y empujó la pierna de Trask. Luego, mirando por encima de los hombros para asegurarse de que el dueño de aquella voz no se encontraba a la vista, alargó la mano y, entre los barrotes de separación, le bajó las perneras ocultando lo que había hecho.

Claro que no había mucha prisa, porque las puertas enrejadas del fondo del pabellón de celdas estaban cerradas y, con la corriente cortada, los interruptores automáticos no funcionarían. Su salvador tendría que volver atrás y buscar LA LLAVE. Tendría que...

Lloyd gruñó cuando el mecanismo eléctrico que controlaba las puertas de rejas cobró vida. El silencio del pabellón intensificó el ronroneo, que culminó con el rutinario *¡clicsalm!* de las puertas al abrirse.

Después, las pisadas resonaron por el corredor del pabellón.

Lloyd estaba de nuevo junto a la puerta de su celda y, sin querer, retrocedió dos pasos. Bajó la vista hacia el corredor y lo primero que vio fue un par de botas polvorientas de vaquero de punta estrecha y tacones gastados, y pensó que las de Poke eran iguales que esas.

Las botas se detuvieron frente a su celda.

Vio los vaqueros descoloridos y ceñidos bajo la caña de las botas, el cinturón de cuero con hebilla de bronce, en cuyo interior había varios signos del zodiaco dentro de círculos concéntricos, la chaqueta tejana con sendos distintivos en los bolsillos de la pechera. En uno se veía una cara sonriente, y en el otro un cerdo muerto con la leyenda *¿cómo está tu jamón?*

En el momento en que los ojos de Lloyd llegaban al rostro torvamente congestionado de Randall Flagg, éste exclamó: «¡Buuu!». La interjección solitaria flotó hasta el fondo del pabellón silencioso y después reverberó. Lloyd chilló, se enredó en sus propios pies, cayó y se echó a llorar.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Flagg—. Tranquilo, tío. Todo va bien.

—¿Puede liberarme? —sollozó Lloyd—. Por favor, sáqueme de aquí. No quiero terminar como mi conejo, no quiero terminar así, no es justo, si no hubiera sido por Poke yo no sería más que un mierdecilla, por favor, señor haré todo lo que me pida.

—Pobre tipo. Pareces el cartel publicitario de unas vacaciones de verano en Dachau.

No obstante la compasión que rezumaba la voz de Flagg, Lloyd no se atrevió a alzar la mirada más allá de las rodilleras de los vaqueros del recién llegado. Si volvía a contemplar sus facciones, éstas lo matarían. Eran las facciones de un demonio.

—Por favor —musitó Lloyd—. Por favor, sáqueme de aquí. Me muero de hambre.

—¿Cuánto tiempo llevas encerrado, amigo?

—No lo sé —respondió Lloyd secándose los ojos con sus escuálidos dedos—. Mucho. Muchísimo.

—¿Cómo es que aún no has muerto?

—Sabía lo que iba a ocurrir —contestó Lloyd a las perneras de los vaqueros mientras se arrojaba en los últimos jirones de su astucia—. Guardé algo de comida. Eso fue todo lo que hice.

—¿Y por casualidad no habrás pegado un bocadito al buen compañero de la celda de al lado?

—¿Qué? —gimió Lloyd—. ¡No! ¡Por el amor de Dios! ¿Quién cree que soy? Señor, por favor...

—Su pierna derecha parece más delgada que la izquierda. Ésa es la única razón de que te haya hecho la pregunta, amigo.

—No sé nada de eso —susurró Lloyd. Ahora le temblaba todo el cuerpo.

—¿Y qué tal la rata? ¿Tenía buen sabor?

Lloyd se cubrió el rostro con las manos.

—¿Cómo te llamas?

Lloyd intentó responder, pero sólo consiguió emitir un gemido.

—¿Cómo te llamas, soldado?

—Lloyd Henreid.

Trató de pensar lo que debía decir a continuación, pero su mente era un caos. Cuando el abogado le comunicó que podrían enviarlo a la silla eléctrica tenía miedo, pero no tanto. Nunca en la vida había sentido un miedo tan atroz.

—¡Fue todo idea de Poke! —aulló—. ¡Poke debería estar aquí, no yo!

—Mírame, Lloyd.

—No —susurró. Sus ojos se revolvían frenéticos en las órbitas.

—¿Por qué no?

—Porque...

—Continúa.

—Porque no creo que usted exista —susurró Lloyd—. Y si existe... si existe, es el diablo.

—Mírame, Lloyd.

Incapaz de resistirse, Lloyd levantó la vista hacia el rostro torvo y sonriente que asomaba entre los barrotes. La mano derecha sostenía algo a la altura del ojo de ese mismo lado. Al mirarlo Lloyd sintió escalofríos. Parecía una piedra negra, tan oscura que tenía aspecto casi resinoso. En el centro aparecía una hendidura roja, y Lloyd tuvo la impresión de que era un ojo avieso, sangriento y entreabierto que lo escrutaba. Después, Flagg hizo girar un poco el objeto entre los dedos, y la hendidura roja de la piedra oscura pareció... una llave. Flagg le daba vueltas entre los dedos. Ora era el ojo, ora la llave.

El ojo, la llave...

—Me trajo el café... me trajo el té... me trajo casi todo... menos la llave del chalet —canturreó Flagg—. ¿No es así, Lloyd?

—Sí —respondió con voz ronca.

Sus ojos no se apartaban de la pequeña piedra negra. Flagg empezó a pasarla entre los dedos igual que un prestidigitador.

—Ahora eres un hombre que sabe apreciar el valor de una buena llave —comentó Flagg.

La piedra oscura desapareció dentro de su puño cerrado y reapareció de repente en el otro, donde empezó a deslizarse de nuevo por los dedos...

—Estoy seguro de eso. Porque la llave sirve para abrir puertas. ¿En la vida hay algo más importante que abrir puertas, Lloyd?

—Señor, tengo un hambre atroz...

—Por supuesto —asintió Flagg, y en su rostro apareció una grotesca expresión de desazón—. ¡Jesús, una rata no es alimento suficiente! Caray, ¿sabes qué he comido yo? Un buen bocadillo de filete jugoso sobre pan de Viena, con cebolla y salsa Gulden's. ¿Qué te parece? ¿Apetitoso?

Lloyd asintió con la cabeza. De sus ojos caían lentas lágrimas.

—Lo acompañé con patatas fritas y un batido de chocolate, y como postre... Vaya, te estoy *torturando*, ¿no es así? Deberían azotarme por esto, sí, eso es lo que deberían hacerme. Lo siento. 1 e soltaré e iremos a buscar algo de comer. ¿De acuerdo?

Lloyd estaba tan pasmado que ni siquiera pudo asentir. Ahora la misericordia que se reflejaba en las facciones de aquel hombre parecía bastante auténtica, y daba la impresión de estar verdaderamente disgustado consigo mismo. La piedra negra volvió a desaparecer en su puño. Y cuando éste se abrió, Lloyd vio, maravillado, que sobre la palma de la mano descansaba una llave de plata, con el ojo cincelado.

—¡Dios... bendito! —graznó Lloyd.

—¿Te ha gustado? —preguntó el hombre torvo—. Este truco me lo enseñó una muñeca de un salón de masajes de Secaucus, Nueva Jersey. Secaucus, capital de las porquerizas más colosales del mundo.

Se inclinó e introdujo la llave en la cerradura de la celda. Y eso fue extraño, porque hasta donde alcanzaba la memoria de Lloyd, que en ese instante no era muy lejos, las celdas *no tenían* cerraduras, pues se abrían y cerraban mediante un sistema electrónico. Pero no tuvo duda de que la llave de plata funcionaría.

En el momento en que ésta llegaba al fondo, Flagg se detuvo y lo miró con una sonrisa astuta. Lloyd sintió que la desesperación volvía a invadirlo. Todo aquello no era más que una triquiñuela.

—¿Me he presentado? Me llamo Flagg, con doble «ge». Mucho gusto en conocerte.

—Lo mismo digo —graznó Lloyd.

—Creo que antes de abrir la puerta y llevarte a cenar deberíamos concertar un acuerdo, Lloyd.

—Claro que sí —volvió a graznar Lloyd. Y se echó a sollozar.

—Voy a convertirte en mi mano derecha. Te colocaré a la altura de san Pedro. Cuando abra esta puerta, depositaré en tu mano las llaves del reino. No es un mal negocio, ¿verdad Lloyd?

—No —susurró, asustado.

La oscuridad se había hecho ya casi total. Flagg era poco más que una silueta oscura, pero sus ojos seguían nítidamente visibles. Refulgían en la penumbra como los de un lince, uno a la izquierda del barrote que terminaba en la cerradura, otro a la derecha. Lloyd experimentaba una sensación de terror, pero también algo más: una especie de éxtasis religioso. Un placer. El placer de ser *elegido*. La sensación de que, de alguna manera, había conquistado el acceso... a algo.

—Te gustaría vengarte de quienes te dejaron aquí, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió Lloyd, olvidando de momento su terror, el cual fue ahogado por una cólera famélica, ansiosa.

—No sólo de esas personas, sino de todos cuantos fueran capaces de hacer algo parecido —sugirió Flagg—. Se trata de determinada clase de individuos, ¿no? Unos individuos para los cuales los hombres como tú no son más que basura. Porque ellos están en la cúspide. No creen que alguien como tú tenga derecho a la vida.

—Es verdad —asintió Lloyd.

Su hambre descomunal se había trocado en otra clase de apetito, del mismo modo que la piedra negra se había convertido en llave de plata. Ese hombre había expresado en muy pocas palabras todos sus complejos sentimientos. No era como el guardia de la puerta con el que deseaba ajustar cuentas, porque el guardia de la puerta no era el único. El guardia de la puerta había tenido LA LLAVE, muy bien; pero no fue él quien *hizo* LA LLAVE. Alguien se la había dado. El alcaide, supuso Lloyd, pero tampoco el alcaide había hecho LA LLAVE. Lloyd deseaba encontrar a todos los fabricantes y herreros. Serían inmunes a la supergripe y tenía cuentas pendientes con ellos. Oh, sí, y aquello sí era un *buen* asunto.

—¿Sabes lo que dice la Biblia acerca de los individuos de esa calaña? —preguntó Flagg con parsimonia—. Dice que los ensalzados serán humillados. ¿Y sabes lo que dice acerca de las

criaturas como tú, Lloyd? Dice que benditos serán los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Y que benditos son los pobres de espíritu, porque ellos verán a Dios.

Lloyd asentía con la cabeza. Asentía y lloraba. Por un momento pareció formarse una refulgente aureola en torno de la cabeza de Flagg, un halo tan brillante que, de haberlo mirado Lloyd durante mucho tiempo, probablemente le redujera los ojos a cenizas. Luego desapareció... como si nunca hubiera estado.

—No eres muy inteligente —prosiguió Flagg—, pero intuyo que puedes ser muy leal. Tú y yo llegaremos muy lejos. Es una buena época para los seres como nosotros. Ha llegado nuestro momento. Sólo necesito tu palabra.

—¿Pa... palabra?

—De que no nos separaremos. Tú y yo. Nada de negativas. Nada de dormirse en el puesto de guardia. Muy pronto habrá otros, que ya se dirigen hacia el oeste, pero por ahora estamos tú y yo solos. Te daré la llave si tú me das tu promesa.

—Yo... lo prometo —respondió Lloyd.

Las palabras parecieron flotar en el aire con una extraña vibración. Él las escuchó con la cabeza alelada, y casi pudo ver las dos palabras, con un fulgor tan macabro como el de una aurora boreal reflejada en los ojos de un cadáver.

Después las olvidó cuando la llave giró en la cerradura, la cual se abrió despidiendo espirales de humo.

—Eres libre, Lloyd. Sal de ahí.

Lloyd, incrédulo, tocó tímidamente los barrotes, como si éstos pudieran quemarlo, y en verdad estaban calientes. Pero cuando empujó, la puerta se deslizó hacia atrás sin producir ruido alguno. Miró a su salvador, a aquellos ojos incandescentes.

Él le colocó algo en la mano. La llave.

—Ahora es tuya, Lloyd.

—¿Mía?

Flagg cerró los dedos de Lloyd alrededor de la llave... y él la sintió moverse en su mano, la sintió *cambiar*. Emitió un grito ronco y abrió los dedos. La llave había desaparecido y en su lugar se hallaba la piedra negra con la hendidura roja.

La alzó, intrigado, y la hizo girar en una y otra dirección. Unas veces la hendidura parecía una llave; otras, una calavera; y aún otras, un ojo ensangrentado y entrecerrado.

—Mía —se dijo Lloyd a sí mismo.

Esta vez cerró la mano sin ayuda, apretando salvajemente aquella piedra.

—¿Vamos a comer algo? —propuso Flagg—. Tenemos que viajar mucho esta noche.

—Comida... Muy bien.

—Hay muchas cosas que hacer —añadió Flagg—. Y vamos a movernos muy deprisa.

Se dirigieron hacia las escaleras y pasaron ante los hombres muertos en sus celdas. Cuando Lloyd se tambaleó a causa de la debilidad, Flagg lo sujetó por el codo y le ayudó a avanzar. Lloyd se volvió y miró aquel rostro sonriente con algo más de gratitud. Contempló a Flagg con algo que rayaba en amor.

Nick Andros dormía en el camastro del despacho del *sheriff* Baker. Pero su sueño no era tranquilo. Sólo tenía puestos los calzoncillos y su cuerpo estaba ligeramente húmedo por la transpiración. Lo último que había pensado antes de dormirse la noche anterior había sido que por la mañana estaría muerto. El hombre oscuro que había acosado sus sueños febriles rompería la frágil barrera que separaba el sueño de la vigilia y se lo llevaría consigo.

Resultaba extraño. El ojo que Ray Booth le había aplastado en la oscuridad le había dolido durante dos días. Luego, al tercero, la sensación de que un calibrador gigante le hurgase en la cabeza se fue apagando hasta convertirse en sólo un persistente dolor. Ahora, cuando miraba con el ojo, no percibía más que una mancha gris en que unas sombras se movían, o parecían moverse. Pero lo que le estaba matando no era la lesión en el ojo, sino la rozadura que le había infligido la bala a lo largo de la pierna.

No se la había desinfectado. El dolor en el ojo había sido tan intenso que apenas había reparado en lo otro. La rozadura corría superficialmente a lo largo de su muslo derecho y acababa en la rodilla; al día siguiente se había examinado el orificio en sus pantalones, por donde había entrado por arte de magia la bala. Y al día siguiente, 30 de junio, la herida había enrojecido en los bordes y los músculos de la pierna le dolían.

Se había dirigido cojeando hasta la consulta del doctor Soames y había encontrado un frasco de agua oxigenada. Se vertió todo el contenido por encima de la herida, de unos veinticinco centímetros de longitud. Aquella noche toda la pierna derecha le latió como una muela cariada y, bajo la piel, unas líneas rojas de sangre irradiaban punzadas desde la herida, que empezaba a formar una costra.

El 1 de julio regresó a la consulta del doctor Soames y registró su botiquín, buscando penicilina. Encontró las muestras de penicilina de Soames y, tras una breve vacilación, ingirió los dos comprimidos de una cajita. Fue muy consciente de lo que ocurriría si su cuerpo reaccionaba alérgicamente, pero pensó asimismo que la alternativa era una muerte aún más horrible. La infección estaba ya llegando a su apogeo. La penicilina no lo mató, pero tampoco experimentó una perceptible mejoría.

Durante el mediodía del día anterior se vio atacado por una fiebre muy alta, y supuso que habría estado delirando la mayor parte del tiempo. Tenía cuanta comida deseaba, pero no le apetecía comer nada; todo lo que deseaba era beber taza tras taza de agua del refrigerador del despacho de Baker. El agua casi se había terminado cuando se durmió (o se desmayó) la noche anterior, y Nick no sabía dónde encontrar más agua. En su estado febril, aquello ya no le importaba demasiado. Pronto moriría y ya no tendría que preocuparse por nada. No le agradaba la idea de morir, pero el pensamiento de no sufrir más dolores o preocupaciones constituía un alivio superior. Su pierna le latía, le punzaba y le escocía.

Durante esas últimas noches, después de matar a Ray Booth, el dormir no había sido tal. Sus sueños eran como una inundación. Todos los que había conocido en su vida aparecieron como los actores de una pieza teatral, para saludar al público después de la caída del telón. Rugy Sparkman, señalando la hoja de papel en blanco: «Tú eres esta página en blanco». Su madre, dando golpecitos sobre las líneas y los círculos que le había ayudado a trazar sobre otra hoja de papel en blanco, maculando su pureza: «Aquí dice Nick Andros, cariño. Ése eres tú». Jane Baker, con el rostro vuelto sobre la almohada, diciendo: «Johnny, mi pobre Johnny». El doctor Soames pidiéndole una y otra vez a John Baker que se quitase la camisa, y una y otra vez Ray Booth que decía «Sujetadle... le voy a dar su merecido... el muy hijo puta me ha golpeado... sujetadle...». A diferencia de los otros sueños de su vida, en éstos Nick no tenía que leer los labios. Oía realmente lo que decía la gente. Los sueños eran increíblemente vívidos, y se esfumaban cuando el dolor de la pierna estaba a punto de despertarlo. Y al volver a dormirse aparecía una nueva escena. En dos sueños aparecieron personas que nunca había visto, y éstos fueron los que recordó con más nitidez al despertar.

Estaba en un lugar alto. El terreno se extendía a sus pies como un mapa en relieve. Era un terreno desértico, y las estrellas tenían la pasmosa nitidez que les confiere la altura. Junto a él había un hombre... no, no un hombre sino la *silueta* de un hombre. Como si la figura hubiera sido cortada de la urdimbre de la realidad y lo que estaba realmente junto a él fuera un hombre negativo, un agujero negro con forma de hombre. Y la voz de esa figura susurró: *Todo*

lo que veas será tuyo si te prosternas y me adoras. Nick sacudió la cabeza, ansiando alejarse de ese horrible abismo, temiendo que la figura lo empujara al vacío.

¿Por qué no hablas? ¿Por qué te limitas a sacudir la cabeza?

Nick repitió en sueños el ademán que había repetido tantas veces durante la vigilia: el dedo sobre los labios y después la palma de la mano sobre la garganta... y entonces se oyó decir con voz perfectamente clara: «No puedo hablar. Soy mudo».

Pero puedes. Si quieres, puedes.

Entonces, Nick estiró la mano para tocar la figura, mientras una oleada de asombro y dicha vehemente disipaba momentáneamente su miedo. Pero cuando su mano se acercó al hombro de la figura, se heló hasta tal punto que tuvo la impresión de haberse quemado. La apartó bruscamente, con cristales de hielo sobre los nudillos. Y entonces se dio cuenta: oía. La voz de la figura oscura, el chillido lejano de un ave nocturna, el ulular del viento. La sorpresa lo hizo enmudecer nuevamente. El mundo tenía una dimensión que nunca había echado de menos porque nunca la había experimentado, y que ahora encajaba donde correspondía. Oía *sonidos*. Parecía distinguir cada uno sin que se lo explicaran. Eran bellos. Bellos *sonidos*. Deslizó sus dedos por la camisa y se maravilló al oír el roce de las uñas contra el tejido de algodón.

Después la silueta oscura se volvió hacia él y Nick se asustó. Ese ente, fuera lo que fuere, no regalaba milagros.

Si te prosternas y me adoras...

Y Nick se cubrió el rostro con las manos porque ambicionaba todo lo que aquella negra figura le había mostrado desde esa atalaya del desierto: ciudades, mujeres, tesoros, poder. Pero sobre todo anhelaba oír el roce fascinante de sus uñas en la camisa, el tictac de un reloj en una casa vacía después de la medianoche y el murmullo secreto de la lluvia.

Pero la palabra que pronunció fue *No* y entonces lo envolvió nuevamente aquel frío gélido y fue *empujado*, se sintió caer, girando sobre sí mismo, aullando silenciosamente mientras daba volteretas por un abismo poblado de nubes, precipitándose en el olor del...

¿... maíz?

Sí, maíz. Éste era el otro sueño, y se fusionaban así, casi sin un pasaje intermedio que indicara la diferencia. Estaba el maizal verde, y el olor era el de la tierra estival y el estiércol de vaca y las cosas que crecían. Se puso en pie y echó a andar por la hilera donde había caído, deteniéndose fugazmente al darse cuenta de que podía oír el suave silbido que producía el viento al soplar entre las hojas verdes del maíz de julio... y algo más.

Música.

Una extraña clase de música. Y pensó en sueños: «De modo que se trata de esto». Surgía de delante y se encaminó hacia allí, deseando ver si esa concatenación de bellos sonidos provenía de lo que llamaban «piano» o «corneta» o «violoncelo».

El cálido olor del verano en las fosas nasales, el abovedado firmamento azul en las alturas, ese hermoso sonido. Nick nunca había sido dichoso en su sueño. Y cuando se aproximó a la fuente, una voz se sumó a la música, una voz vetusta como el cuero oscuro, que arrastraba un poco las palabras como si la canción fuera un guiso recalentado que nunca perdía su sabor primitivo. Nick se acercó hipnotizado.

*Vengo sola al jardín,
mientras el rocío aún baña las rosas,
y escucho la voz que se derrama en mi oído.
El hijo... de Dios... proclama
y marcha conmigo y me habla
y me dice que soy suya.
Y el júbilo compartido mientras permanecemos allí
ningún otro... lo ha experimentado... jamás.*

Cuando terminó la estrofa, Nick se adelantó hasta el final de la hilera y allí en el claro se levantaba una cabaña, no mucho mejor que una choza, con un tonel herrumbroso para los desperdicios y un viejo manzano nudoso pero aún verde y preñado de vida prodigiosa. De la casa sobresalía un porche oblicuo, destartado y sostenido por viejos pilares. Las ventanas estaban abiertas y la plácida brisa estival hacía flamear hacia fuera y hacia dentro las deshilachadas cortinas blancas. Una chimenea de hojalata, mellada y ahumada, asomaba del techo, con una inclinación ancestral y absurda. La casa descansaba en su calvero y el maizal se extendía en las cuatro direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Sólo le interrumpía, hacia el norte, un camino de tierra que al llegar al horizonte llano se reducía a un punto. Fue entonces cuando Nick supo dónde se hallaba: en el condado de Polk, Nebraska, al oeste de

Omaha y un poco al norte de Osceola. Ese camino de tierra desembocaba mucho más adelante en la carretera 30 y en Columbus, sobre la orilla septentrional del Platte.

En el porche está sentada la mujer más anciana de Estados Unidos, una negra de cabello blanco, fino y crespo. Es delgada y lleva una bata y gafas. Parece suficientemente frágil para que el fuerte viento de la tarde la arrastre hasta el alto firmamento azul. Y el instrumento que toca (tal vez este es lo que la retiene con su peso en tierra) es una guitarra. Suena bien. Nick piensa en el sueño: «Así es como suena una guitarra». Siente que podría pasar el resto del día allí, mirando y escuchando a la vieja negra sentada en su porche en medio de todo ese maizal de Nebraska, al oeste de Omaha y un poco al norte de Osceola en el condado de Polk. El rostro de la mujer está surcado por un millón de arrugas como el mapa de un estado de geografía accidentada: ríos y cañones a lo largo de las mejillas pardas y curtidas, serranías debajo de la protuberancia del mentón, un sinuoso glaciar de hueso en la base de la frente, las cavernas de los ojos.

Ha empezado a cantar nuevamente, acompañándose con la vieja guitarra:

*Jesús, ¿cuándo pasarás por aquí,
oh, Jesús, cuándo pasarás por aquí, cuándo?
Porque ahora es cuando te necesitamos.
Oh, ahora es cuando te necesitamos.
Ahora es...
—Oye, chico, ¿quién te ha clavado en ese lugar?*

La mujer apoya la guitarra sobre su regazo como si fuera un bebé y le hace una seña para que se acerque. Nick obedece. Dice que sólo quería oírla cantar, que la canción es muy bella.

—Bueno, cantar es el capricho de Dios, ahora paso así casi todo el día... ¿Cómo te va con el hombre oscuro?

—Me asusta. Tengo miedo...

—Chico, es justo que tengas miedo. Incluso debes temerle a un árbol en la oscuridad, si lo ves desde el ángulo apropiado. Somos todos mortales, alabado sea Dios.

—¿Pero cómo le diré que no? ¿Cómo...?

—¿Cómo respiras? ¿Cómo sueñas? Nadie lo sabe. Pero ven a verme. En cualquier momento. Me llaman Madre Abigail. Soy la mujer más vieja de esta comarca, según creo, y sigo preparando mis propios bizcochos. Ven a verme cuando quieras, chico, y trae a tus amigos.

—¿Pero cómo me libraré de esto?

—Que Dios te bendiga, chico, nadie se zafa nunca. Bastará que seas optimista y que vengas a visitar a Madre Abigail cuando tengas ganas. Supongo que estaré aquí mismo. Ya no paseo mucho. De modo que ven a verme. Estaré... aquí, aquí mismo...

... aquí mismo, aquí mismo... fue despertando poco a poco hasta que desaparecieron Nebraska, el olor del maíz y el rostro arrugado y oscuro de la Madre Abigail. Se infiltró en el mundo real, y lo que hizo éste no fue sustituir al mundo soñado sino superponerse a él hasta eclipsarlo.

Estaba en Shoyo, Arkansas, se llamaba Nick Andros, nunca había oído el sonido de una guitarra... pero seguía vivo.

Se sentó en la litera y estudió el rasguño. La hinchazón había disminuido un poco. El dolor era sólo una palpitación. Me estoy curando, pensó muy aliviado. Creo que me repondré.

Se levantó del camastro y cojeó hasta la ventana, en calzoncillos. Su pierna estaba rígida, pero era una rigidez que desaparecería con un poco de ejercicio. Contempló el pueblo silencioso, que ya no era Shoyo sino el cadáver de Shoyo, y comprendió que tendría que partir ese mismo día. No llegaría muy lejos, pero ese sería el comienzo del viaje.

¿Adónde ir? Bueno, creía saberlo. Los sueños no eran más que sueños, pero suponía que para empezar podía encaminarse hacia el noroeste. Hacia Nebraska.

Nick salió de la ciudad, pedaleando, aproximadamente a la una y cuarto de la tarde del 3 de julio. Por la mañana había preparado una mochila en la que había metido algunos comprimidos más de penicilina, por precaución, y algunos alimentos envasados. Sobre todo sopa de tomate Campbell y raviolis Chef Boyardee, dos de sus favoritos. Agregó varias cajas de balas para el revólver y se ciñó una cantimplora.

Caminó calle arriba, husmeando en los garajes, hasta que encontró lo que buscaba: una bicicleta de diez piñones más o menos apropiada para su estatura. Pedaleó despacio por Main

Street, desentumeciendo poco a poco su pierna herida. Avanzaba hacia el oeste y su sombra le seguía, montada sobre su propia bicicleta negra. Pasó ante las graciosas casas de fresca apariencia de las afueras de la ciudad, que se alzaban en la sombra con las persianas bajadas.

Aquella noche acampó en una granja, a unos quince kilómetros al oeste de Shoyo. A la caída de la noche del 4 de julio se hallaba ya cerca de Oklahoma. La víspera había dormido en el patio de otra granja, con el rostro vuelto hacia el cielo, observando una lluvia de estrellas fugaces arañar la noche con su fuego blanco y frío, pensó que jamás había visto algo tan hermoso: Fuera lo que fuese lo que le aguardara, estaba muy contento de seguir vivo.

El sol y el gorjeo de los pájaros despertaron a Larry a las ocho y media. Ambos lo hicieron sentir eufórico. Desde que había salido de Nueva York, todas las mañanas, sol y gorjeo de pájaros. Y como atractivo extra, como obsequio gratuito adicional, el aire tenía un aroma fresco y límpido. Incluso Rita lo había notado. Él no cesaba de pensar que ya no habría nada mejor. Pero siempre lo había. Tanto que te preguntabas que le habían estado haciendo al planeta. Y te preguntabas si era así como el aire había olido *siempre* en lugares como la alta Minnesota y Oregón y la falda occidental de las Rocosas.

Tumbado en su mitad del saco doble de dormir bajo el toldo de la tienda de dos plazas que habían añadido a su equipo para el viaje en Passaic, en la mañana del 2 de julio, Larry se acordó de cuando Al Spellman, uno de los Tattered Remnants había intentado persuadirlo de que hiciese acampada con él y dos o tres tipos más. Se dirigieron hacia el este, se detuvieron en Las Vegas durante una noche, y luego pretendían dirigirse a un lugar llamado Loveland, en Colorado. Acamparían en las montañas por encima de Loveland unos cinco días.

«Dejad toda esta mierda de las “alturas de las montañas Rocosas” a John Denver —les había dicho Larry enfurruñado—. Regresaréis todos con picaduras de mosquito y probablemente con algún caso de envenenamiento por ortigas al pasar por los bosques. Si cambiáis de opinión y decidís acampar en Las Dunas de Las Vegas durante esos cinco días, no tenéis más que telefonearme».

Pero tal vez hubiera sido así. Depender sólo de ti mismo, sin que nadie te atosigue (excepto Rita, y supuso que podría enfrentarse a ello), respirando un aire excelente y durmiendo por las noches sin tener que dar vueltas y más vueltas; sólo tumbarte y te quedabas profundamente dormido, como cuando alguien te atiza un martillazo en la cabeza. Sin problemas, excepto la ruta que deberás elegir al día siguiente y cuánto tiempo te llevará. Aquello era en verdad maravilloso.

Y esa mañana, en Bennington (Vermont), yendo hacia el este por la carretera 9, esa mañana sí resultó algo especial. Era 4 de julio, el día de la Independencia.

Se sentó en el saco de dormir y miró a Rita, pero ésta seguía durmiendo como un lirón, y bajo la tela acolchada y tras la ondulación de su cabello se marcaba el perfil de su cuerpo. Bueno, esa mañana la despertaría a lo grande.

Larry corrió la cremallera de su lado y salió del saco, totalmente desnudo. Al principio se le puso carne de gallina, pero luego el aire le pareció naturalmente cálido. Tal vez la temperatura superaba los veinte grados. Sería otro día soberbio. Salió arrastrándose lentamente de la pequeña tienda para dos personas y se puso en pie.

Junto a la tienda estaba aparcada una moto Harley de 1.200 cc, negra y cromada. La habían conseguido en Passaic, lo mismo que el saco de dormir y la tienda. A esa altura ya habían abandonado tres coches: dos bloqueados por gigantescos embotellamientos de tráfico, y el tercero atascado en el lodo de las afueras de Nutley, donde habían intentado sortear dos camiones empotrados. La moto era la solución. Con ella era posible eludir los choques en cadena, y en los atascos la podía pilotar por la calzada central o por el arcén, si lo había. A Rita no le gustaba —viajar en el asiento de atrás la ponía nerviosa y se aferraba desesperadamente a Larry—, pero había admitido que era el único recurso práctico. El último atasco de tráfico de la humanidad había sido espectacular. Y desde que habían salido de Passaic y circulaban por el campo, habían hecho un excelente promedio. En la noche del 2 de julio habían entrado nuevamente en el estado de Nueva York y habían plantado la tienda en las afueras de Quarryville, con los brumosos y místicos Catskills al oeste. En la tarde del 3 de julio viraron hacia el este y al caer la noche entraron en Vermont. Y ahora estaban en Bennington.

Habían acampado en una colina de las afueras de la ciudad, y mientras Larry orinaba desnudo junto a la moto pudo maravillarse ante la imagen tipo postal de Nueva Inglaterra que se extendía a sus pies. Dos inmaculadas iglesias blancas, cuyos campanarios se empinaban como si quisieran perforar el cielo azul de la mañana; una escuela privada, con sus edificios de piedra gris tapizados de hiedra; un par de escuelas de ladrillo rojo; muchos árboles ataviados con sus verdes galas estivales. Lo único que ponía un toque sutilmente equívoco en la imagen era la ausencia de humo en la fábrica y la cantidad de coches titilantes aparcados

en ángulos absurdos sobre Main Street, que era también la carrera por donde transitaban. Pero en el soleado silencio sólo alterado por el gorjeo de algún pájaro Larry podía haber compartido los sentimientos de la difunta Irma Fayette: nada se había perdido.

Pero hoy era el 4 de Julio y supuso que continuaba siendo estadounidense. Se aclaró la garganta, escupió y tarareó un poco hasta encontrar el tono. Aspiró profundamente, consciente de la ligera brisa matutina que le acariciaba el tórax y las nalgas desnudas, y comenzó a cantar.

*Oh, dime qué ves
a la luz temprana del alba,
lo que tan orgullosamente saludamos
con el último fulgor del crepúsculo...*

Lo cantó hasta el fin, de cara a Bennington, y al terminar ejecutó un pintoresco meneo teatral, porque Rita ya debía de estar en la abertura de la tienda, sonriéndole.

Concluyó con un saludo en dirección al edificio que probablemente albergaba el Palacio de Justicia de Bennington, y después se volvió, pensando que la mejor forma de iniciar otro año de independencia en la buena y vieja patria era con un buen y viejo polvo al estilo norteamericano.

—Larry Underwood, niño patriota, te desea un excelente...

Pero la tienda seguía cerrada, y por un momento Larry volvió a sentirse irritado con ella, pero se contuvo. Rita no podía sintonizar permanentemente la misma longitud de onda que él. Eso era todo. Apenas asumías y aceptabas este hecho, estabas en camino de conseguir una relación adulta. Él ponía muy buena voluntad desde la macabra experiencia del túnel y creía estar portándose bien.

Debía colocarse en su lugar. Ésa era la clave. Debía hacerse cargo de que ella era mucho mayor, que se había acostumbrado a una determinada rutina durante la mayor parte de su vida. Era lógico que le resultara difícil adaptarse a un mundo que se había puesto cabeza abajo. Las píldoras, por ejemplo. A él no le había regocijado descubrir que había traído consigo algo que ella llamaba «mis pequeñas reanimantes». Las pequeñas reanimantes eran rojas. Tres de ellas con un trago de tequila bastaban para hacerte retozar y brincar durante todo el día. A Larry no le gustaba eso porque todos aquellos altibajos se añadían al mono que padecía. Un mono más o menos del tamaño de King Kong. Y no le gustaba porque, en última instancia, era una especie de reproche hacia él. ¿Por qué tenía que estar nerviosa? ¿Por qué tenía que resultarle difícil conciliar el sueño por la noche? A él no le ocurría nada de eso. ¿Y no cuidaba al máximo de ella? Aquello constituía todo un bocinazo para él.

Volvió a la tienda y vaciló durante un momento. Quizá debería dejarla dormir. Quizá estaba exhausta. Pero...

Miró hacia abajo y se encontró con su vieja y querida polla, que desde luego no quería dejar dormir a Rita. El cantar y todo aquello le había puesto cachondo. De modo que se metió dentro de la tienda...

—¿Rita?

Lo sintió repentinamente tras la despejada frescura del aire matutino. Debía de haber estado muy amodorrado para no haberlo advertido. El olor no era insoportable porque la tienda estaba bastante bien ventilada, pero era fuerte: un olor agrisado de vómitos y descomposición.

—¿Rita?

Su inmovilidad lo alarmó. Sólo aquel mechón de cabello que asomaba del saco de dormir le revolvió el estómago. Se arrastró sobre manos y rodillas, con el olor a vómitos cada vez más intenso, sintiendo náuseas.

—¿Estás bien, Rita? ¡Despierta, Rita!

Nada.

La volvió y vio que la cremallera del saco de dormir estaba parcialmente abierta como si por la noche hubiera tratado de salir forcejeando, tal vez percatándose de lo que le estaba ocurriendo, forcejeando en vano, mientras él dormía plácidamente a su lado. Uno de los frascos de píldoras se desprendió de su mano y sus ojos parecían opacas canicas nubladas detrás de los párpados entrecerrados y su boca aparecía llena del vómito verdoso que la había ahogado.

Miró sus facciones durante lo que le pareció mucho tiempo. Estaban casi nariz contra nariz y la tienda pareció recalentarse hasta que se asemejó a una buhardilla en una tarde de fines de agosto inmediatamente antes de un chaparrón veraniego. La cabeza de él parecía estar

hinchándose. La boca de Rita se encontraba llena de esa mierda y él no podía apartar los ojos. La pregunta que no dejaba de dar vueltas en su cerebro como un conejo mecánico era: ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo cuando ella ya estaba muerta? Repulsivo, tío. Reeepulsivo.

La parálisis se disipó y salió arrastrándose de la tienda, arañándose ambas rodillas cuando éstas pasaron de la lona a la tierra desnuda. Pensó que él también iba a vomitar y luchó para contenerse. Aborrecía el vómito más que cualquier otra cosa, y entonces pensó: ¡Y yo había vuelto allí para echar un polvo con ella!, y todo se derramó en un viscoso alud y él se alejó reptando de la inmundicia humeante, llorando y odiando el sabor pastoso que le impregnaba la boca y las fosas nasales.

Pensó en ella durante toda la mañana. Sentía cierto alivio de que hubiera muerto... mucho alivio, en verdad. Nunca se lo confesaría a nadie. Confirmaba todo lo que su madre, Wayne Stuke y incluso aquel tonto bomboncito que tenía su apartamento cerca de la Universidad de Fordham habían dicho acerca de él. Larry Underwood, la luz destellante de Fordham.

—No soy un buen tipo —sentenció en voz alta, y después de decirlo se sintió mejor.

Era más fácil decir la verdad, y la verdad era lo más importante. Había llegado a un acuerdo consigo mismo en la oscura trastienda de su subconsciente, donde mandaban las *potencias detrás del trono*. Tal vez no fuese un tipo agradable, pero tampoco era un desalmado. Por lo tanto, había decidido cuidar de ella, no gritarle por enfadado que se sintiera a veces, como cuando ella lo había agarrado con su estilo Kansas City al subirse en la Harley, no enfurecerse por muy estúpida que ella pudiese ser acerca de muchas cosas. Dos noches atrás, ella había puesto una lata de guisantes en la fogata sin quitarle la tapa y él había tenido que pescarla achicharrada e hinchada, unos tres segundos antes de que estallase como una bomba, tal vez dejándolos ciegos con las esquirlas de su hojalata. Pero ¿le había regañado por eso? No, no lo había hecho: sólo una pequeña broma y lo había pasado por alto. Y lo mismo respecto de las píldoras. Había pensado que lo de las píldoras era sólo asunto de ella.

Tal vez tenía que haberlo discutido con Rita, pensó. Quizá era eso lo que ella deseaba.

—Esto no es un acontecimiento social —exclamó en voz alta.

Era únicamente cuestión de supervivencia. Y ella no había sido capaz de conseguirlo. Tal vez ella ya lo supiera, desde aquel día en Central Park cuando había disparado despreocupadamente con su ridículo revólver del 32 contra el jaboncillo, con aquel arma que le hubiera podido estallar en las manos. Tal vez...

—Tal vez..., ¡mierda! —exclamó airado.

Se llevó la cantimplora a la boca, pero estaba vacía y siguió con aquel regusto. Quizá hubiese otras personas como ella por todo el país. La supergripe no tenía un tipo especial de supervivientes, ¿por qué lo había sido ella? Tal vez hubiese alguien joven en algún lugar del país en ese mismo instante, en perfectas condiciones físicas, inmune a la supergripe pero muriéndose de amigdalitis. Como Henny Youngman podía haber dicho: «Eh, tíos, tengo un millón de ellos».

Larry estaba sentado en una desviación de la carretera, un lugar pintoresco para contemplar el paisaje. La vista de Vermont alejándose de Nueva York en aquella dorada neblina matinal quitaba la respiración. Un letrero indicaba que aquello era Twelve-Mile Point. Larry pensó que podía ver más allá del horizonte. En un día claro podías ver hasta el infinito. En el extremo más alejado del desvío había un murete de piedra que llegaba a la altura de las rodillas, con las piedras unidas sin cemento y algunas destrozadas botellas de Budweiser. También un preservativo usado. Supuso que los chicos del instituto irían allí al anochecer y mirarían las luces de la ciudad que se encontraba a sus pies. Primero se exaltarían y luego querrían follar, un APF, como solían decir: un acuerdo para follar.

De todos modos, ¿por qué se sentía tan mal? Estaba diciendo la verdad, ¿no? Claro. Y lo peor de decir la verdad era que se sentía aliviado, ¿no? ¿Y no se había ido aquella piedra que llevaba colgada del cuello?

No, lo peor es estar solo, se dijo. Sentirse solo.

Una sentencia tópica pero cierta. Deseaba tener a alguien con quien compartir aquello. Alguien al que pudiese decirle: «En un día claro puedes ver hasta el infinito». Y su única compañía estaba en una tienda, a dos kilómetros de distancia, con la boca llena de vómitos verdes, cada vez más rígida y con moscas revoloteándole.

Pero un rato después apoyó la cabeza sobre las rodillas y cerró los ojos. Se dijo que no lloraría. Aborrecía llorar casi tanto como vomitar. Al fin se acobardó. No podía enterrarla. Evocó las peores imágenes: los gusanos y los escarabajos, las marmotas que la olfatearían y se acercarían a comer un bocado, la injusticia de que otro ser humano la abandonara como si

fuese un envoltorio de caramelo o una lata vacía de Pepsi. Pero el hecho de sepultarla parecía tener un vago atisbo de ilegalidad, pero en verdad (y ahora decía la verdad, ¿no?) eso no era más que una excusa barata. Podía soportar la idea de bajar a Bennington y forzar la puerta de la ferretería Ever Popular y coger una pala Ever Popular y un pico Ever Popular; incluso podía soportar la idea de volver a ese lugar apacible y bello y cavar la fosa Ever Popular junto a la piedra miliar Ever Popular. Pero en cuanto a entrar de nuevo en aquella tienda (que ya debía oler como el excusado de Central Park, donde la oscura golosina Ever Popular seguiría sentada por los siglos de los siglos) y terminar de abrir la cremallera del saco y sacar su cuerpo rígido e hinchado y arrastrarlo hasta la fosa por las axilas y dejarlo caer dentro y después arrojarle la tierra encima con la pala, viendo cómo caía sobre sus piernas blancas y se adhería a su cabello...

No, hermano. Creo que esta vez me lavaré las manos. Si soy un gallina, paciencia.

Volvió a la tienda y recorrió la tela de la entrada. Encontró una rama larga. Inhaló una bocanada de aire fresco, lo retuvo en los pulmones, y enganchó sus ropas con la rama. Retrocedió arrastrándolas y se las puso. Volvió a inspirar profundamente, retuvo el aire y utilizó la rama para pescar sus botas. Se sentó en un tronco caído y se las calzó.

El olor había impregnado sus ropas.

—Mierda —masculló.

La veía, medio fuera del saco de dormir, con la mano estirada y curvada aún alrededor del frasco de píldoras que ya no estaba allí. Sus ojos entrecerrados parecían mirarlo con expresión acusadora. Aquello le hizo pensar de nuevo en el túnel y su visión de los muertos vivientes. Utilizó la rama para correr la tela que cubría la entrada de la tienda.

Pero aún la olía sobre su propio cuerpo.

De modo que al fin y al cabo convirtió a Bennington en su primera parada, y en el Bennington Men's Shop se desvistió y se surtió con ropas nuevas: tres mudas más y cuatro pares de calcetines y calzoncillos. Incluso escogió un par de botas nuevas.

Al mirarse en el espejo vio la tienda vacía a sus espaldas y la Harley llamativamente reclinada contra el bordillo de la acera.

—Excelente fibra —murmuró—. Pesada.

Pero no había nadie para admirar su buen gusto.

Salió de la tienda, montó en la Harley y arrancó. Debería haberse detenido en la ferretería para buscar otra tienda y otro saco de dormir, pero lo único que deseaba ahora era salir de Bennington. Se detendría más adelante.

Mientras guiaba la moto por la salida de la ciudad miró hacia el lugar donde la tierra formaba una leve ondulación y vio el mojón del kilómetro 20, pero no la tienda. Tanto mejor, porque...

Miró nuevamente la carretera y el pánico le cerró la garganta: una camioneta International-Harvester que arrastraba un remolque había maniobrado para eludir un coche y un remolque había volcado. ¡Iba a estrellar la Harley contra su carrocería!

Viró bruscamente hacia la derecha, arrastrando la bota nueva por el asfalto, y casi consiguió rodear aquella mole. Pero el estribo izquierdo se enganchó en el parachoques trasero del remolque y le sacó la moto de debajo. Larry aterrizó sobre el borde de la carretera con un golpe que le hizo vibrar los huesos. La Harley tartajó un momento a sus espaldas.

—¿Estás bien? —se preguntó en voz alta.

Gracias a Dios, sólo iba a treinta. Gracias a Dios, Rita no iba con él, porque entonces lo habría desquiciado con su histeria. Claro que si hubiera ido con Rita no habría mirado hacia arriba y habría conducido con prudencia para no asustarla más de lo necesario.

—Estoy bien —se contestó, no seguro del todo.

Se sentó. El silencio lo impresionó, como ya había sucedido en otras ocasiones. Todo estaba tan silencioso que si pensabas en eso podías enloquecer. En ese momento incluso los berreos de Rita habrían sido reconfortantes. De pronto todo se llenó de centelleos y pensó, horrorizado, que se iba a desmayar. Estoy herido, se dijo, y lo sentiré apenas pase el *shock*. Estoy malherido o algo por el estilo, ¿y quién me cuidará?

Pero cuando pasó el instante de desfallecimiento se miró y le pareció que probablemente estaba ileso. Se había lastimado ambas manos y sus pantalones nuevos se habían desgarrado a la altura de la rodilla derecha —la rodilla también estaba arañada—, pero sólo se trataba de rasguños. No valía la pena tanta alharaca: cualquiera podía volcar con su moto, y en realidad le sucedía a todo el mundo de vez en cuando.

Pero él sabía por qué tanta alharaca: podría haberse golpeado la cabeza de otra manera y haberse fracturado el cráneo y haber quedado postrado al sol hasta morir. O se habría

ahogado con sus propios vómitos como Rita.

Caminó temblando hasta la Harley y la enderezó. No parecía averiada, pero tenía un aspecto distinto. Antes había sido sólo una máquina, una máquina fascinante que podía servir para el doble fin de transportarlo y hacerlo sentir como James Dean en *Rebelde sin causa*. Pero ahora las piezas cromadas parecían sonreírle como un charlatán de feria, desafiarlo a demostrar si era suficiente macho como para cabalgar sobre ella.

Arrancó al tercer intento y se alejó de Bennington a una velocidad no mayor que la de un hombre andando. Tenía sudor frío en los brazos y nunca en su vida había sentido tantos deseos de ver otro rostro humano.

Pero aquel día no vería ninguno más.

Por la tarde se permitió acelerar un poco, pero no se atrevió a dar más gas en cuanto alcanzó los 30 kph, ni siquiera al ver que la carretera se hallaba despejada. En las afueras de Wilmington había una tienda de artículos de deporte y de motos, se detuvo allí, cogió un saco de dormir, unos gruesos guantes y un casco, pero incluso con el casco puesto no se permitió ir a más de 40 kph. En los cambios de rasante aminoraba tanto que era como si fuese junto a la moto arrastrándola. Continuaba teniendo visiones de yacer inconsciente a un lado de la carretera y desangrándose hasta morir por falta de asistencia.

A las cinco se aproximaba ya a Brattleboro con el indicador de sobrecalentamiento de la Harley encendido. La aparcó y la apagó con sentimientos encontrados.

—Para esto podías haberla empujado —se dijo—. Está hecha para ir por lo menos a cien, so estúpido...

Echó a andar por la ciudad, sin saber si volvería a buscar la motocicleta.

Aquella noche durmió en el parque municipal de Brattleboro, al abrigo parcial del quiosco de música. Se acostó y se quedó dormido al instante. Un ruido le despertó poco después. Consultó el reloj. Las delgadas manecillas fosforescentes señalaban las once y veinte. Se incorporó sobre un codo y contempló la oscuridad, añorando la pequeña tienda que había conservado el calor de su cuerpo. ¡Qué estupendo útero de lona había sido!

Si se había producido algún ruido ya se había extinguido; incluso los grillos habían quedado silenciosos. ¿Aquello estaba bien? ¿No pasaba nada?

—¿Hay alguien ahí? —gritó Larry, y su propia voz le asustó.

Tanteó en busca del fusil y, durante un momento de pánico no la encontró. Cuando lo hizo, apretó el gatillo sin pensarlo, como un hombre que se ahogase en el océano se agarraría a su salvavidas. De no haber estado el seguro puesto, el arma se habría disparado y posiblemente le hubiese herido.

Había algo más, aparte del silencio, estaba seguro. Tal vez una persona o quizá algún animal grande y peligroso. Naturalmente, una persona podría ser también peligrosa. Una persona como la que había acuchillado al heraldo de los monstruos, o como John Bearsford Tipton, que le había ofrecido un millón de dólares por follar a su mujer.

—¿Quién hay ahí?

En la mochila llevaba una linterna, pero para sacarla debería soltar el fusil, que ahora apoyaba contra su regazo. Además... ¿deseaba de verdad ver quién había allí?

Se limitó a quedarse sentado, deseando que se produjera un movimiento o una repetición del ruido que le había despertado (¿había oído un ruido o sólo lo había soñado?). Al cabo de un rato cabeceó y luego se adormeció.

De repente, su cabeza se alzó con ojos como platos y todo su cuerpo se encogió. *Ahora* sí se había producido un ruido y, de no haber estado la noche tan nublada, la luna le habría mostrado...

Pero él no quería mirar. No, definitivamente no quería ver nada. Se inclinó hacia adelante, con la cabeza ladeada, escuchando el ruido de unas botas polvorientas alejándose de él por la acera de Main Street, en Brattleboro, Vermont, hacia el oeste, extinguiéndose poco a poco.

Larry sintió un repentino impulso de ponerle en pie, dejando el saco de dormir en torno de sus tobillos, y gritar: «¡Regresa quienquiera que seas! ¡Vuelve!». ¿Pero lo deseaba en realidad? El quiosco de música amplificaría su grito. ¿Y si en realidad aquellas botas regresaban, haciéndose cada vez más audibles en aquel silencio absoluto?

Así pues, se tumbó de espaldas y se curvó en una posición fetal, con las manos abrazadas al fusil. Esta noche ya no podré dormir más, pensó, pero al cabo de tres minutos estaba de nuevo dormido. Al día siguiente no supo si lo había soñado.

Mientras Larry Underwood sufría su caída del 4 de julio en el estado vecino, Stuart Redman descansaba sentado sobre un peñasco al borde de la carretera y comía su almuerzo. Oyó ruido de motores aproximándose. Vació de un trago la lata de cerveza y cerró la abertura de la bolsa de papel encerado donde guardaba las galletas Ritz. El fusil estaba apoyado contra la roca, junto a él. Lo levantó, le quitó el seguro y volvió a dejarlo a un lado. Se aproximaban motocicletas, de poca cilindrada a juzgar por el ruido. En medio de ese inmenso silencio era imposible determinar a qué distancia se encontraban. Quince kilómetros, quizá. Disponía del tiempo más que suficiente para acabar de comer, pero no tenía apetito. El sol calentaba ya bastante y perspectiva de encontrarse con otros seres humanos era agradable. No había visto ninguna persona viva desde que había dejado la casa de Glen Bateman, en Woodsville. Le echó otro vistazo al fusil. Le había quitado el seguro porque sus semejantes podrían parecerse a Elder. Y lo había dejado contra la roca porque alimentaba la esperanza de que se parecieran a Bateman... aunque tal vez preferiría que no fuesen tan pesimistas respecto al futuro. «La sociedad reaparecerá —había sentenciado Bateman—. Pero observa que no he dicho que se reformará. Ése habría sido un juego de palabras macabro. Hay muy poco potencial de reforma en la raza humana».

Pero el mismo Bateman no había deseado seguir hablando acerca de la reaparición de la sociedad. Bateman había dado la sensación de sentirse muy satisfecho —al menos por el momento— con la perspectiva de salir a caminar en compañía de *Kojak*, de pintar sus cuadros y de cavilar sobre las implicaciones sociológicas del aniquilamiento casi total.

«Si vuelves a pasar por aquí y me invitas de nuevo a “asociarme”, Stu, probablemente aceptaré. Ésa es la maldición de la raza humana. La sociabilidad. Cristo debería haber proclamado: “Sí, en verdad os digo que donde os congreguéis dos o tres de vosotros, algún otro será despachurrado a patadas”. ¿Quieres que te cuente lo que la sociología nos enseña acerca de la raza humana? Te lo sintetizaré. Muéstrame un hombre o una mujer solo y te mostraré un santo. Que sean dos y se enamorarán. Que sean tres e inventarán una deliciosa institución llamada “sociedad”. Que sean cuatro y construirán una pirámide. Que sean cinco y convertirán a uno en un paria. Que sean seis y reinventarán el prejuicio. Que sean siete y en otros tantos años reinventarán la guerra. Es posible que el hombre haya sido hecho a imagen de Dios, pero la sociedad humana fue hecha a imagen de su antagonista y siempre trata de volver a las andadas».

¿Eso era cierto? Si lo era, que Dios los ayudara. Últimamente Stu había pensado mucho en sus viejos amigos y conocidos. Su memoria tendía a disimular u olvidar por completo sus características negativas: la forma en que Bill Hapscomb se hurgaba la nariz y pegaba los mocos en la suela del zapato; la brutalidad con que Norm Bruett trataba a sus hijos; el método chocante que empleaba Billy Verecker para controlar la población felina en torno de su casa, aplastando con sus botas los cráneos de los gatitos recién nacidos.

Los recuerdos que evocaba pretendían ser exclusivamente agradables. Aquellos amaneceres en que salían a cazar, arrebuados en sus chaquetas acolchadas y sus fosforescentes chalecos anaranjados. Las partidas de póquer en casa de Ralph Hodges, cuando Willy Craddock siempre se quejaba de que iba perdiendo cuatro dólares aunque fuera ganando veinte. Seis o siete de ellos empujando el Scout de Tony Leominster para devolverlo a la carretera aquella vez que se había metido en la cuneta, borracho como una cuba, a Tony tambaleándose y jurando por Dios y todos los santos cómo había conseguido rechazar a un montón de espaldas mojadas mejicanos; cómo se habían reído. El flujo interminable de chistes étnicos de Chris Ortega. Cómo iban todos a Huntsville en busca de putas, y aquella vez en que Joe Bob Brentwood pilló ladillas y trató de contar a todos que procedían de los sofás de la sala y no de los cuartos de las chicas en el piso de arriba. Aquéllos habían sido días estupendos. Quizá no a gusto de los sibaritas con sus *night clubs* y sus restaurantes de lujo y sus museos, pero igualmente estupendos. Pensaba en todo eso, repasaba una y otra vez sus recuerdos, tal como un viejo recluso echaría una tras otra las cartas de la grasienta baraja para sus partidas de solitarios. Anhelaba oír otras voces humanas, trabar amistad con alguien, tener a alguien a quien volverse para decirle «¿Has visto eso?» cuando ocurriera algo como la lluvia de estrellas fugaces que había presenciado la otra noche.

Se sentó un poco más erguido cuando las motocicletas aparecieron por fin en el recodo de la carretera, y vio que se trataba de un par de Honda 250, pilotadas por un chico de unos dieciocho años y una chica guapa quizá mayor que el chico. La joven vestía una blusa amarilla y unos Levi's azul claro.

Lo vieron sentado sobre el peñasco y las dos Hondas colearon un poco cuando la sorpresa hizo que sus pilotos perdieran fugazmente el control. El chico se quedó boquiabierto. Por un momento no estuvo claro si se detendrían o acelerarían rumbo al oeste.

Stu alzó la mano y articuló un afable «¡Hola!». El corazón le palpitaba, quería que se detuvieran. Y se detuvieron.

Al principio lo sorprendieron sus tensas posturas. Sobre todo la del chico, que se comportaba como si acabaran de inyectarle cinco litros de adrenalina en la sangre. Claro que Stu tenía un fusil, pero no lo usaba para apuntarles, y ellos también iban armados. Él llevaba una pistola y ella tenía un pequeño fusil de caza cruzado sobre la espalda y sujeto por una correa, como si estuviera interpretando el papel de Patty Hearst sin mucha convicción.

—Creo que es una buena persona, Harold —dijo la joven, pero el chico llamado Harold siguió a horcajadas sobre la moto, mirando a Stu con expresión de perplejidad y estudiado antagonismo—. Creo que... —insistió ella.

—¿Cómo podemos saberlo? —respondió desabridamente Harold sin apartar los ojos de Stu.

—Bueno, me alegro de verlos, si esto significa algo para ustedes —manifestó Stu.

—¿Y si no le creyera? —replicó Harold, y Stu comprendió que el chico estaba muerto de miedo. Miedo por sí mismo y por la chica.

—Bueno, no lo sé...

Stu bajó del peñasco. La mano de Harold bajó hacia su pistola enfundada.

—Harold, tranquilo —dijo la chica.

Después, todos parecieron incapaces de decidir qué harían a continuación. Eran un grupo de tres puntos que, una vez unidos, formarían un triángulo cuya configuración exacta aún resultaba imprevisible.

—Ouuuu —exclamó Frannie, desmontando de la moto y apoyándola contra un olmo al lado de la carretera—. Nunca podré quitarme los callos del trasero, Harold.

Harold emitió un gruñido hosco.

Ella se volvió hacia Stu.

—¿Alguna vez ha recorrido doscientos cincuenta kilómetros en una Honda, señor Redman? No se lo recomiendo.

—¿Adónde van? —preguntó Stu, sonriendo.

—¿A usted qué le importa? —espetó Harold.

—¿Qué clase de actitud es ésta? —intervino Fran—. El señor Redman es la primera persona que vemos. Quiero decir, si no buscamos otros seres humanos, ¿para qué vinimos, Harold?

—La está cuidando, eso es todo —dijo Stu con tono calmado.

—Claro que sí —asintió Harold.

—Yo creía que nos cuidábamos el uno al otro —manifestó ella, y Harold se sonrojó.

Que sean tres personas y formarán una sociedad, pensó Stu. ¿Pero esos dos eran lo más apropiado para él? Le gustaba la chica, pero el muchacho le parecía un fanfarrón asustado. Y un fanfarrón asustado podía ser muy peligroso en circunstancias apropiadas... o no apropiadas...

—Lo que digas —murmuró Harold.

Miró a Stu de soslayo y sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo de su chaqueta. Encendió un cigarrillo. Empezó a dar caladas anhelantemente, como un tipo que acaba de dejar el tabaco.

—Vamos rumbo a Stovington, Vermont —explicó Frannie—. Al centro de epidemias. Nosotros... ¿Qué pasa? ¿Señor Redman?

Él había palidecido súbitamente.

—¿Por qué allí? —inquirió Stu.

—Porque allí hay casualmente un instituto para el estudio de las enfermedades contagiosas —explicó Harold con tono petulante—. Yo pensé que si queda algún vestigio de orden en el país, o si alguna autoridad sobrevivió a la plaga reciente, lo más probable es que se encuentren en Stovington o en Atlanta, donde hay otro instituto.

—Exactamente —confirmó Frannie.

—Pierden el tiempo —dictaminó Stu.

Frannie se quedó atónita y Harold pareció indignado. El rubor empezó a asomar nuevamente a sus mejillas.

—No creo que usted sea el más indicado para juzgarlo —dijo.

—Supongo que lo soy. Vengo de allí.

Ambos se quedaron atónitos.

—¿Lo sabía? —preguntó Frannie—. ¿Lo verificó?

—No, no fue así...

—¡Miente! —chilló Harold.

Fran vio un gélido y fugaz fulgor de cólera en los ojos de Redman.

—No, no miento.

—Pues yo digo que sí, que es un...

—¡Cállate, Harold!

Harold se quedó mirándola boquiabierto.

—Pero, Frannie, ¿cómo puedes creer...?

—¿Cómo puedes ser tan grosero y hostil? —lo interrumpió ella vehementemente—. ¿Por lo menos quieres escuchar lo que nos dice?

—No me inspira confianza.

Es razonable, pensó Stu. Así estamos iguales.

—¿Cómo puedes desconfiar de un hombre al que acabas de conocer? Realmente, Harold, tu comportamiento es imperdonable.

—Permitan que les explique cómo lo supe —dijo Stu con parsimonia.

Contó una versión abreviada de la historia. Todo había empezado cuando Campion embistió los surtidores de gasolina de Hap. Describió sucintamente cómo había huido de Stovington hacia una semana. Harold miraba tontamente sus manos, que arrancaban trozos de musgo y los desmenuzaban. Pero el semblante de la chica parecía una máscara trágica que se iba desplegando progresivamente, y Stu la compadeció. Había partido con ese chico (que, para ser justos, había tenido una excelente idea) aferrándose con toda lógica a la esperanza de que quedara en pie un vestigio del antiguo sistema. Bueno, se había llevado una desilusión. Una desilusión amarga, a juzgar por su expresión.

—¿Atlanta también? ¿La peste arrasó a las dos? —preguntó Fran.

—Sí —contestó Stu, y ella se echó a llorar.

Sintió deseos de consolarla, pero el chico no lo habría permitido. Harold miró a Fran, incómodo, y después desvió la vista hacia el musgo adherido a los puños de su camisa. Stu le tendió su pañuelo a Fran. Ésta le dio las gracias sin levantar los ojos. Harold volvió a mirarlo de forma hostil, con la expresión de un crío codicioso que quiere todas las galletas para sí. Qué sorpresa se va a llevar, pensó Stu, cuando descubra que la chica no es una caja de galletas.

Cuando sus lágrimas se hubieron reducido a hipos, ella murmuró:

—Supongo que Harold y yo estamos en deuda con usted. Por lo menos nos ha ahorrado un viaje al final del cual nos esperaba un desencanto.

—¿De modo que le crees? ¿Te suelta un camelo y tú... tú te lo tragas sin vacilar?

—¿Por qué habría de mentir, Harold?

—Bueno, ¿cómo puedes saber lo que se trae entre manos? —preguntó Harold con tono truculento—. Podría ser un asesino. O un violador.

—Personalmente, no creo en la violencia —respondió Stu con afabilidad—. Quizá usted sabe al respecto algo que yo ignoro.

—¡Basta! —exclamó Fran—. ¿Puedes intentar no ser tan insoportable, Harold?

—¿Insoportable? —vociferó Harold—. Trato de velar por ti... por nosotros... ¿Y eso es tan condenadamente insoportable?

—Mire —terció Stu, y se arremangó. En la cara inferior de su codo se veían varios pinchazos en proceso de cicatrización y las últimas huellas de un hematoma descolorido—. Me inyectaron toda clase de sustancias.

—Tal vez es un drogadicto —comentó Harold.

Stu volvió a bajarse la manga sin contestar. Se trataba de la chica, desde luego. Harold se había acostumbrado a la idea de ser su propietario. Bueno, algunas chicas aceptaban tener un propietario y otras no. Ésta parecía pertenecer a la segunda categoría. Era alta y guapa y tenía un aspecto muy lozano. Sus ojos oscuros y su cabello acentuaban un aire que podía parecer de frágil indefensión. Habría sido fácil pasar por alto la tenue arruga (la arruga del *yo-quiero*, la había denominado la madre de Stu) intercalada entre las cejas, que se hacía muy

pronunciada cuando la contrariaban; la agilidad de sus manos; e incluso el movimiento con que se apartaba el cabello de su frente.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Fran, desdeñando el segundo comentario de Harold.

—Seguir adelante a pesar de todo —respondió Harold, y cuando ella lo miró con la frente surcada por aquella arruga, se apresuró a agregar—: Bueno, tenemos que ir a alguna *parte*. Sí, probablemente dice la verdad, pero podríamos confirmarlo. Entonces resolveremos lo que haremos después.

Fran miró a Sur con expresión de «no quiero lastimar sus sentimientos, pero...». Stu se encogió de hombros.

—¿De acuerdo? —la apremió Harold.

—Supongo que es igual —murmuró Frannie.

Arrancó un diente de león y sopló la pelusilla.

—¿No han visto a nadie? —inquirió Stu.

—Sólo a un perro que parecía encontrarse bien.

—Yo también he visto un perro.

Stu les contó su encuentro con Bateman y *Kojak*. Cuando hubo terminado comentó:

—Yo me dirigía hacia la costa, pero ustedes me desalientan un poco al decirme que allí no hay nadie.

—Lo siento —manifestó Harold, que no parecía sentirlo ni una pizca.

Se puso en pie.

—¿Estás lista, Fran?

Ella miró a Stu, vaciló, y después se levantó.

—De vuelta a la prodigiosa máquina para adelgazar. Gracias por habernos informado, señor Redman, aunque no fueran buenas noticias.

—Un momento —dijo Stu, poniéndose en pie.

Vaciló, preguntándose nuevamente si eran buenas personas. La chica lo era, pero el chico debía de tener diecisiete años y estaba gravemente aquejado de odio-a-casi-todo-el-mundo. Sin embargo, ¿acaso podía darse el lujo de escoger? Parecía que no.

—Creo que todos estamos buscando compañía —dijo—. Me gustaría ir con ustedes, si me aceptan.

—No —respondió Harold.

Fran miró a Harold y luego a Stu, algo turbada.

—Quizá deberíamos...

—No interesa. He dicho que no.

—¿No tengo voto?

—¿Qué te pasa? ¿No entiendes que sólo piensa en una cosa?

—En caso de emergencia, tres pueden más que dos —argumentó Stu.

—No —repitió Harold. Y bajó la mano hacia la culata de la pistola.

—Sí —dijo Fran—. Será un placer tenerlo con nosotros, señor Redman...

Harold se giró hacia ella, encolerizado y ofendido. Por un momento Stu temió que fuese a golpearla.

—Eso es lo que sientes, ¿eh? Me doy cuenta de que sólo esperabas una excusa para deshacerte de mí.

Estaba tan furioso que las lágrimas asomaban a sus ojos, y esto aumentaba su irritación.

—Si te gusta más, de acuerdo. Vete con él. No seguiré contigo.

Se encaminó impetuosamente hacia las motos.

Frannie miró a Stu con expresión abrumada y después se volvió hacia Harold.

—Un momento —exclamó Stu—. Espere aquí, por favor.

—No le haga nada —le dijo Fran—. Por favor.

Corrió hacia Harold, que estaba montado en su Honda y trataba de hacerla arrancar. En su ira había girado el acelerador a fondo una y otra vez, y el carburador se había anegado. Si la moto se hubiese puesto en marcha con tanta aceleración, pensó Stu, se habría levantado por la rueda delantera, como si se tratase de un unicycle, y el pobre Harold habría aterrizado sobre su trasero.

—¡No se acerque! —le gritó Harold, y volvió a apoyar la mano sobre la culata del arma.

Stu colocó su mano sobre la de Harold, como si se tratara de un juego. La otra mano la apoyó sobre el brazo del chico. Harold tenía los ojos desencajados, y Stu supo que le faltaba muy poco para convertirse en un individuo peligroso. No estaba solamente celoso de la chica: lo que estaba en entredicho era su dignidad personal y la nueva imagen de sí mismo como protector de la joven. Dios sabía qué clase de frustrado había sido antes de que se produjera

la tragedia, con su panza y sus botas puntiagudas y su tono presuntuoso. Pero debajo de la nueva imagen perduraba la certeza de que seguía siendo un frustrado y de que continuaría así hasta el final. Habría reaccionado de la misma manera ante Bateman o ante un niño de doce años. En cualquier situación triangular se vería siempre a sí mismo en el punto más bajo.

—Harold —le dijo casi al oído.

—¡Suélteme!

La tensión parecía aligerar su pesado cuerpo, que vibraba como un cable cargado de corriente.

—¿Te acuestas con ella, Harold?

Harold dio un respingo y Stu se dio cuenta de que la respuesta era negativa.

—¡Eso no le interesa!

—No. Excepto para aclarar las cosas. No trataré de quitártela. Lamento tener que hablar con tanta crudeza, pero lo mejor será que cada uno sepa cuál es su lugar. Ahora somos dos más uno, y si te vas volveremos a ser dos más uno. No se habrá ganado nada.

Harold no contestó, pero ya no temblaba tanto.

—Hablaré lo más claramente posible.

Stu siguió hablando, aún muy cerca de los oídos de Harold (que aparecían tapados de cerumen marrón), y tomándose la molestia de hacerlo de una manera clara y serena.

—Ambos sabemos que los hombres no necesitan violar mujeres. No, si saben cómo seducirlas.

—Eso es...

Harold se humedeció los labios y miró hacia donde Fran seguía esperando, con los brazos cruzados un poco por debajo de los pechos, mirándolos ansiosamente.

—Eso es asqueroso.

—Quizá lo sea y quizá no, pero cuando un hombre está junto a una mujer que no quiere recibirlo en su cama, ese hombre tiene que optar. Yo siempre opto por la seducción. Supongo que tú también, puesto que ella sigue acompañándote por su propia iniciativa. Sólo quiero que tú y yo hablemos francamente. No me propongo desplazarte como un chulo de pueblo.

La mano de Harold se distendió sobre el arma y miró a Stu.

—¿Lo dices en serio? Yo... ¿Me prometes que no lo harás?

Stu asintió con la cabeza.

—Estoy enamorado de ella —murmuró Harold roncamente—. Ella no me ama, lo sé, pero yo no puedo remediarlo.

—Bien. No quiero entrometerme. Sólo quiero acompañaros.

—¿Lo prometes? —repitió Harold, compulsivamente.

—Sí, lo prometo.

—Está bien.

Desmontó despacio de la Honda y ambo¹⁵ volvieron junto a Fran.

—Puede venir —dijo Harold—. Y yo... —Miró a Stu y agregó con forzada dignidad—: Te pido disculpas por haber sido tan estúpido.

—¡Hurra! —exclamó Fran, palmoteando—. Ahora que eso está solucionado, ¿adónde iremos?

Siguieron hacia donde iban Fran y Harold, hacia el oeste. Stu dijo que suponía que Glen Bateman tendría mucho gusto en darles alojamiento por esa noche, si conseguían llegar a Woodsville antes de que oscureciera... y tal vez accedería a acompañarlos por la mañana (reflexión esta que exasperó nuevamente a Harold). Stu pilotó la Honda de Fran, y ésta montó detrás de Harold. Se detuvieron a comer en Twin Mountain y allí fue donde empezaron a conocerse, mediante un proceso lento y cauteloso. El acento de los chicos le resultaba gracioso a Stu, por la forma como abrían las aes y suavizaban la pronunciación o modificaban las erres. Supuso que su acento sería igualmente divertido para ellos, tal vez incluso más divertido.

Comieron en un bar abandonado, y Stu contempló el rostro de Fran: sus ojos vivaces, su mandíbula pequeña pero obstinada, la tenue arruga intercalada entre los ojos que servía como barómetro de sus emociones. Le gustaba su aspecto y su conversación, e incluso le gustaba la forma en que se recogía el cabello sobre las sienes.

Y fue así como empezó a darse cuenta de que, en realidad, sí la deseaba.

LIBRO SEGUNDO
EN LA FRONTERA
DEL 5 DE JULIO AL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1990

*Llegamos en el barco que llaman el Mayflower,
llegamos en el barco que navega en la luna.
Llegamos en el momento más incierto de la era.
Y cantamos una melodía americana.
Pero está bien, está bien.
No se puede ser bienaventurado por siempre...*

Paul Simon

*Buscamos con ahínco un restaurante para automovilistas,
y tratamos de hallar un espacio para aparcar.
Allí las hamburguesas crepitan noche y día sobre una parrilla al
aire libre.*

*¡Si! En Estados Unidos, los jukebox brincan de continuo con discos.
Caramba, estoy muy contento de vivir en Estados Unidos.
Todo cuanto deseamos está aquí, en Estados Unidos.*

Chuck Berry

Había un hombre muerto en Main Street de May (Oklahoma).

A Nick no le sorprendió. Desde que abandonó Shoyo había visto infinidad de cadáveres, e intuía que no representaban ni la milésima parte de toda la gente muerta que había ido dejando atrás. En algunos lugares, el olor a muerte era tan denso que uno podía desmayarse. Así que poca diferencia podía haber por un muerto más o menos.

Pero al ver que aquel muerto se sentaba, a Nick le embargó el terror y perdió el dominio de su bici. Empezó a hacer eses, se bamboleó y finalmente cayó, arrojando violentamente a Nick contra el pavimento de la carretera 3 de Oklahoma. Se hizo cortes en las manos y la frente.

—Vaya tortazo que se ha dado, compadre —dijo el cadáver avanzando hacia Nick a un paso que era un suave balanceo—. Acaba de darse un buen trompazo, ¿eh? ¡Caray!

Nick no le oyó. Tenía la mirada clavada en un punto del pavimento sobre el que caían gotas de sangre que resbalaban por sus manos, procedentes del corte que tenía en la frente. De pronto sintió una mano sobre el hombro. Se acordó del cadáver y trató de huir a cuatro patas y con mirada aterrada en el ojo que no llevaba parche.

—No se lo tome así —dijo el cadáver.

En ese momento, Nick se dio cuenta de que no era un cadáver, sino un joven que lo miraba con perplejidad. En la mano llevaba una botella de *whisky* casi llena. Nick lo comprendió todo. No era un cadáver sino un borracho que había perdido el conocimiento.

Nick hizo un gesto de asentimiento al tiempo que formaba un círculo con el pulgar y el índice. En aquel preciso instante, en el ojo que Ray Booth le había atizado, le cayó una cálida gota de sangre que le produjo escozor. Levantó el parche y se limpió con la manga. Parecía haber recuperado algo más de visión, pero en cuanto cerraba el ojo sano seguía viendo el mundo como una gran mancha borrosa. Volvió a colocarse el parche, anduvo despacio hasta la acera y se sentó en el bordillo junto a un Plymouth con matrícula de Kansas. En la imagen reflejada en el parabrisas, pudo verse la herida de la frente. Tenía feo aspecto pero no parecía profunda. Buscaría una farmacia y se la desinfectaría y se pondría un apósito. Aunque se dijo que tenía en el cuerpo penicilina suficiente para combatir todas las infecciones. No obstante, el rasguño de bala en la pierna le hacía temer una gangrena. Con muecas de dolor, fue quitándose los restos de piedrecillas de las palmas de las manos.

El hombre con la botella de *whisky* lo había observado todo con expresión vacua. Si Nick hubiera levantado la mirada, se habría dado cuenta al punto de que se trataba de un retrasado. Al volverse Nick hacia el parabrisas para examinar su herida, desapareció toda animación de la cara del hombre, la cual quedó sin expresión, vacua e inane. Vestía un mono limpio y zapatones de trabajo. Su estatura rondaría el metro setenta y cinco y su pelo era tan rubio que casi parecía blanco. Tenía los ojos de un azul brillante e indefinido. Esto, unido al pelo pajizo, revelaba su ascendencia escandinava. No parecía tener más de veintitrés años, aunque Nick descubriera más adelante que rondaba los cuarenta y cinco, ya que podía recordar el final de la guerra coreana y que, un mes después, su padre había regresado a casa con su uniforme. Y no cabía pensar que se lo hubiera inventado: la imaginación no era precisamente el fuerte de Tom Cullen.

Permanecía allí en pie, sin expresión, semejante a un robot al que acabaran de desenchufar. Luego, poco a poco su cara se fue animando. Sus ojos, enrojecidos por el *whisky*, empezaron a chispear. Sonrió. Había recordado el comentario provocado por aquella situación. «Vaya tortazo que se ha pegado, compadre. Acaba de darse un buen trompazo, ¿eh? Caray».

Parpadeó al ver aquella sangre en la frente de Nick.

Éste llevaba un bloc de papel y un bolígrafo en el bolsillo de la camisa. Y allí seguían pese a la caída. Escribió: «Es que me diste un susto. Pensé que estabas muerto hasta que te sentaste. Estoy bien. ¿Hay alguna farmacia en el pueblo?». Mostró el bloc al hombre del mono, el cual lo cogió, miró lo escrito y se lo devolvió.

—Soy Tom Cullen. Pero no sé leer. Sólo llegué hasta el tercer curso; pero entonces tenía ya dieciséis años y papá hizo que lo dejara. Decía que era demasiado mayor —comentó sonriendo.

Retrasado, se dijo Nick. Yo no puedo hablar y él no puede leer. Por un instante quedó desconcertado.

—Vaya tortazo que se ha pegado, compadre —exclamó Tom Cullen—. ¡Caray! ¡Menudo trompazo!

Nick asintió con la cabeza. Volvió a guardarse el bloc y el bolígrafo. Se llevó de nuevo una mano a la boca y meneó la cabeza. Se tapó ambos oídos con las manos y meneó la cabeza. Se aplicó la mano izquierda a la garganta y meneó la cabeza.

Cullen hizo una mueca desconcertado.

—¿Tiene dolor de muelas? Yo tuve una vez. ¡Vaya si dolía, caramba! Dolía una barbaridad. ¡Caray!

Nick negó con la cabeza y repitió su pantomima. Esta vez Cullen pensó que tenía dolor de oídos. Nick alzó los brazos con gesto desesperado y se acercó a la bici. La pintura tenía rasguños pero, por lo demás, parecía en buen estado. La montó y pedaleó por la calle un corto trecho. Sí, estaba bien. Cullen corrió junto a él sonriendo. Su mirada no se apartaba de Nick. Durante casi toda la semana no había visto alma viviente.

—¿No tiene ganas de hablar? —preguntó.

Pero Nick no se volvió ni dio muestras de haber oído. Tom le tiró de la manga y repitió la pregunta.

El hombre de la bici se llevó la mano a la boca y meneó la cabeza. Tom frunció el entrecejo. Ahora el hombre se había detenido y recorría con la mirada las fachadas de las tiendas. Debió de encontrar lo que buscaba porque se dirigió hacia la acera y luego a la farmacia de Norton. Si lo que quería era entrar, iba a vérselas moradas porque estaba cerrada. Norton se había marchado del pueblo. Daba la impresión de que casi todo el mundo había cerrado y abandonado el pueblo, salvo Mom y su amiga Blakely. Y las dos estaban muertas.

En aquel momento el hombre-que-no-hablaba intentaba abrir la puerta. Tom podía haberle dicho que no le serviría de nada, aunque en la puerta se viese el cartel de ABIERTO. El cartel de ABIERTO mentía. Mala suerte, porque a Tom le apetecía un batido. Era cien veces mejor que el *whisky* que al principio le hizo sentirse bien, pero luego le produjo sueño y, finalmente, un dolor de cabeza insoportable. Se durmió para quitarse la jaqueca, pero entonces tuvo horribles pesadillas sobre un hombre con un traje negro como el que llevaba el reverendo Deiffenbaker. En su sueño, el hombre del traje negro le perseguía. A Tom le parecía un hombre muy malo. La única razón de que hubiera empezado a beber era porque al parecer no debía hacerlo, así se lo había dicho su padre, y también Mom; pero ¿qué importaba, ahora que todo el mundo se había ido? Lo haría si le venía en gana.

¿Pero qué estaba haciendo el hombre-que-no-hablaba? Había cogido el cubo de basura que había en la acera e iba a... ¿a romper el cristal del escaparate de Norton? ¡CRASH! Vaya si lo había hecho. Y ahora estaba metiendo la mano para abrir la puerta.

—¡Eh, compadre, no puede hacer eso! —gritó Tom con una mezcla de ultraje y excitación—. ¡Eso es ilegal! ¿No sabe que...?

Pero el hombre ya estaba dentro y no se volvió.

—¿Es usted sordo? —gritó Tom indignado—. ¡Cáspita! ¿Es usted...?

Dejó sin terminar la frase. De su rostro desaparecieron la excitación y la animación. Volvía a ser el robot desconectado. En May era habitual ver así a Tom *el Tonto*. Solía andar por la calle mirando los escaparates con aquella eterna expresión de contento en su rostro escandinavo ligeramente ancho y, de repente, se detenía con la mirada perdida. Alguien solía gritar «¡Ya se ha largado Tom!». Y todos reían. Si Tom ha acompañado de su padre, éste fruncía el entrecejo, lo agarraba por el codo y le hacía emprender de nuevo la marcha. A veces le daba palmadas en el hombro o en la espalda hasta que volvía en sí. Pero al padre de Tom cada vez se le había visto menos durante... la primera mitad de 1988, porque salía con una camarera pelirroja de Boomer's Bar & Grill. Se llamaba DeeDee Pasckalotte y vaya si el nombre era motivo de chiste. Hacía más o menos un año que ella y Don Cullen se habían largado juntos. Sólo se les había visto una vez en un motel barato, en Slapout (Oklahoma). A partir de entonces se esfumaron.

Para la mayoría de la gente, aquellas repentinas y momentáneas pérdidas de raciocinio de Tom eran una prueba más de retraso mental; pero en realidad eran pruebas de un entendimiento casi normal. El proceso del pensamiento humano está basado, o al menos eso dicen los psicólogos, en la deducción y la inducción. Y afirman que una persona retrasada mental es incapaz de tener esos impulsos deductivos e inductivos. Hay hilos sueltos en alguna parte, circuitos interrumpidos y conmutadores averiados. Tom Cullen no era un retrasado total y podía establecer relaciones sencillas. De cuando en cuando, durante sus momentos de

suspensión de los sentidos, se hallaba en condiciones de establecer relaciones inductivas o deductivas más o menos complejas. Experimentaba entonces la misma sensación que una persona normal cuando dice: «Lo tengo en la punta de la lengua». Al ocurrir eso, Tom solía abandonar el mundo real, que sólo era una corriente de potencia sensorial, y se sumergía en su mente. Era semejante a un hombre que estuviera en una habitación a oscuras y desconocida, que tuviera en la mano la clavija del enchufe de una lámpara, y avanzara a gatas por el suelo, tropezando con cosas, palpando con la mano libre tratando de encontrar la base del enchufe. Si llegaba a encontrarla, lo que no ocurría siempre, resplandecía la luz y veía con claridad la habitación. O sea, la idea. Tom era una criatura sensorial. En una lista de sus cosas favoritas habría incluido saborear un batido en la tienda de Norton, mirando a una bonita chica de minifalda, que estuviese esperando para cruzar la calle; el aroma de las lilas y el tacto de la seda. Pero, sobre todas esas cosas, le gustaba lo intangible, le encantaba ese instante en que se establecía una conexión una vez había logrado enchufar, y la luz inundaba la habitación a oscuras. No siempre ocurría así, a menudo la conexión se le escapaba. Pero esta vez no.

Había dicho: «¿Acaso es usted sordo?».

El hombre se había comportado como si no oyera lo que Tom decía, salvo en los momentos en que le miraba de frente. Y el hombre no le había dicho una sola palabra, ni siquiera hola. A veces la gente no contestaba a Tom cuando hacía preguntas porque algo en su cara les revelaba que andaba mal de la cabeza. Pero, cuando esto ocurría, la persona que no contestaba parecía enfadada, triste o avergonzada. Pero ese hombre no se había comportado así; había hecho a Tom la señal de un círculo con el pulgar y el índice y Tom sabía que aquello significaba «bien». Sin embargo seguía sin hablar.

Las manos sobre los oídos y un movimiento de negación con la cabeza.

Las manos sobre la boca y lo mismo.

Las manos sobre el cuello y otra vez lo mismo.

La habitación se iluminó. Había establecido la corriente.

—¡Atiza! —exclamó Tom al tiempo que su cara volvía a animarse. Le brillaron los ojos enrojecidos. Entró corriendo en el Norton's *Drugstore* olvidando que era ilegal. El hombre-que-no-hablaba estaba empapando un algodón con algo que olía como Bactine, y luego se lo pasó por la frente.

—¡Eh, compadre! —gritó Tom precipitándose en la estancia.

El hombre-que-no-hablaba ni siquiera se volvió. Tom quedó por un momento perplejo y luego recordó. Dio una palmada en el hombro a Nick y éste se volvió.

—Usted es sordomudo, ¿verdad? ¡No puede oír! ¡No puede hablar! ¿Verdad?

Nick asintió con la cabeza. Y entonces fue él quien quedó perplejo ante la reacción de Tom, el cual dio una patalleta en el aire aplaudiendo frenético.

—¡Lo he pensado! ¡Hurra por mí! ¡Lo he pensado yo solo! ¡Hurra por Tom Cullen!

Nick no pudo evitar una sonrisa. No recordaba ninguna ocasión en que su incapacidad hubiera despertado en alguien semejante júbilo.

Había una pequeña plaza de pueblo delante del tribunal de justicia, y en esa placita se alzaba la estatua de un marine uniformado con equipo y armamento de la Segunda Guerra Mundial. La placa que había debajo hacía constar que ese monumento estaba dedicado a los muchachos del condado de Harper que hicieron el sacrificio supremo por su país. Nick Andros y Tom Cullen se encontraban sentados a la sombra de aquel monumento comiendo salchichas y pollo enlatados con patatas fritas. Nick llevaba un esparadrapo en la frente, sobre el ojo izquierdo. Estaba leyendo en los labios de Tom, lo que resultaba algo difícil porque este no paraba de meterse comida en la boca mientras hablaba, al tiempo que, en su fuero interno, se decía que empezaba a estar harto de tomar tanto comestible de lata. Lo que de verdad le apetecía era un jugoso bistec con una buena guarnición.

Desde que se sentaron, Tom no había dejado de hablar. Se mostraba en exceso repetitivo, matizando su discurso con muchas exclamaciones como «¡Atiza!» y «¿No es así?». A Nick no le importaba. Hasta encontrar a Tom no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos el contacto con otras personas, ni de hasta qué punto le había atormentado la idea de que fuera la única persona viva en toda la tierra. Incluso hubo un momento en que pensó que la enfermedad había matado a toda la gente en el mundo salvo a los sordomudos. Ahora, se dijo sonriendo, podía especular sobre la posibilidad de que hubiera matado a todos en el mundo excepto a los sordomudos y retrasados mentales. Aquella idea, que le pareció

regocijante a las dos de una tarde de verano, volvería por la noche para atormentarle, no encontrándola ya divertida.

Se preguntaba a dónde pensaría Tom que se había ido toda la gente. Ya le había oído hablar de su padre, que se había largado hacía un par de años con una camarera, y del trabajo de Tom como factótum en la granja Norbutt, y de la conclusión a la que llegó Norbutt de que Tom se encontraba ya «lo bastante bien» para poder confiarle un hacha, y de cómo Tom había «luchado contra todos hasta dejarlos medio muertos. A uno de ellos lo envié al hospital con *roturas*. Es lo que hizo Tom Cullen». Y también se enteró de que Tom había encontrado a su madre en casa de Blakely; y de que ambas estaban muertas en la sala de estar, por lo que Tom había ahuecado el ala rápidamente. Jesús no acudía a llevarse al cielo a las personas muertas si había alguien observando, explicó Tom. Nick pensó que el Jesús de Tom era una especie de Santa Claus a la inversa, que se llevaba a los muertos por la chimenea en vez de bajar regalos por ella. Pero no había dicho palabra sobre el vacío absoluto de May, ni sobre la carretera que atravesaba el pueblo, en la que nada se movía.

Tocó con suavidad el pecho de Tom a fin de detener el torrente de palabras.

—¿Qué?

Nick trazó con el brazo un amplio círculo, abarcando los edificios del centro del pueblo. Adoptó una expresión cómica de asombro, frunciendo el ceño, ladeando la cabeza y rascándose la coronilla. Luego, con los dedos, simuló el caminar sobre la hierba y terminó dirigiendo a Tom una mirada interrogadora.

Lo que vio fue alarmante. Tom podía estar muerto, allí sentado, ya que en su rostro no había vestigio alguno de animación. Sus ojos, que hasta hacía un instante brillaban por todo cuanto quería decir, eran como vidrio opaco. Tenía la boca entreabierta y Nick podía ver trozos masticados de patatas fritas adheridos a su lengua. Las manos le pendían inertes.

Alarmado, Nick, alargó la mano para tocarlo, pero el cuerpo de Tom dio una sacudida. Aletearon sus párpados y la vida fluyó de nuevo a sus ojos como el agua que llena un balde. No hubiera quedado más claro lo ocurrido si un globo aerostático con la leyenda EUREKA hubiese aparecido sobre su cabeza.

—¡Quieres saber adónde ha ido toda la gente! —exclamó Tom.

Nick hizo un vigoroso gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bueno, supongo que se fueron a Kansas City —respondió Tom—. Atiza, eso es. Todo el mundo estaba siempre hablando de lo pequeño que era este pueblo. No ocurría nada. No había diversiones. Hasta la pista de patinaje se vino abajo. Sólo quedaba el restaurante para automovilistas, y no brindaba ningún espectáculo. Mamá siempre decía que la gente se va, y que nadie vuelve. Como hizo papá, que se largó con una camarera del Boomer. Se llamaba DeeDee Pasckalotte. Así que supongo que todos se hartaron y marcharon al mismo tiempo. Deben de haberse ido a Kansas City. ¡Caray! ¿No ha sido eso lo que han hecho? Allí es adonde debieron irse. Excepto la señora Blakely y mamá. Jesús se las va a llevar arriba, al cielo, y las mecerá en la gloria eterna.

Tom interrumpió su monólogo.

Se han ido a Kansas City, reflexionó Nick. Por lo quejo sé, podría ser así. Todo el mundo abandonaba el planeta pobre y triste elegido por la mano de Dios y, o bien se mecían en su gloria eterna, o se ponían de nuevo en marcha para Kansas City.

Se recostó y parpadeó varias veces. De manera que las palabras de Tom se quebraron convirtiéndose en el equivalente visual de un poema moderno, sin cadencia, como una obra de E. E. Cummings.

Había tenido malos sueños la noche anterior, que pasó en un granero; y ahora, con el estómago lleno, todo cuanto quería era...

Nick se quedó dormido.

Al despertarse en ese estado confuso en que se encuentra quien ha dormido profundamente en pleno día, lo primero que se preguntó fue por qué sudaba de aquella manera. Lo descubrió al sentarse. Eran las cinco menos cuarto de la tarde, había dormido unas dos horas y media, y el sol se había corrido de detrás del monumento en memoria de la guerra. Pero eso no era todo. Tom Cullen, en un alarde de solicitud, lo había tapado bien para que no se resfriara. Con dos mantas y un edredón.

Los apartó, se levantó y se desperezó. No se veía rastro de Tom. Nick anduvo despacio hacia la entrada principal de la plaza, preguntándose qué iba a hacer, si es que hacía algo, respecto a Tom... El muchacho retrasado había estado comiendo en A&P, que se encontraba al

otro lado de la plaza del pueblo. No había tenido reparo alguno en entrar allí y coger comida, guiándose por las imágenes que aparecían en las etiquetas de las latas; ya que, a decir de Tom, la puerta del supermercado no estaba cerrada.

Nick se preguntaba perezoso qué habría hecho Tom si lo hubiera estado. Suponía que, llegado el momento en que el hambre le apretara lo suficiente, habría olvidado sus escrúpulos. ¿Pero qué habría sido de él una vez se hubiera acabado la comida?

Sin embargo, no era eso lo que realmente le preocupaba de Tom, sino la patética avidez con que le había saludado. Nick se dijo que, por retrasado que fuera, no lo era tanto como para dejar de sentir la soledad. Su madre y la mujer que fue para él como una tía habían muerto. Su padre se había ido. Su patrón, Norbutt, y todos los demás habitantes de May se habían largado a Kansas City una noche, mientras Tom dormía, dejándole allí para que deambulara por Main Street como un amable fantasma. Y estaba teniendo a su alcance cosas que no debía coger, como el *whisky*. Si volviera a emborracharse, podía incluso hacerse daño. Y si resultara herido, sin nadie que lo atendiese, probablemente moriría.

Pero... ¿cómo podrían ayudarse mutuamente un sordomudo y un retrasado mental? Un tipo que no puede hablar y otro que no puede pensar. Bueno, en realidad no es justo decir eso. Tom podía pensar al menos un poco, pero no podía leer, y Nick se planteaba cuánto tiempo tardaría en cansarse de jugar a las charadas con Tom Cullen. No se hacía ilusiones. Y no sería porque el propio Tom llegara a aburrirse de ellas. Atiza, nunca.

Se detuvo en la acera frente a la entrada del parque, con las manos en los bolsillos. Tomó su decisión. Bien, puedo pasar la noche aquí con Tom. Una noche más no importa. Al menos podré preparar una comida decente para él.

Algo más animado, se encaminó en busca de Tom.

Aquella noche Nick durmió en el parque. Ignoraba dónde había dormido Tom; pero, al despertarse a la mañana siguiente, algo humedecido por el rocío pero sintiéndose estupendamente, lo primero que vio al atravesar la plaza del pueblo fue a Tom, en cuclillas ante una flota de coches de juguete Corgi y una gran gasolinera Texaco de plástico.

Tom había llegado a la conclusión de que, si estaba bien irrumpir en el *drugstore* de Norman, también lo estaba hacerlo en cualquier otro sitio. Estaba sentado en el escalón de una tienda. A lo largo del bordillo de la acera, se encitraban alineados unos cuarenta modelos de coche. Junto a ellos, el destornillador que Tom había utilizado, para forzar el escaparate donde se hallaban expuestos. Había varios Jaguar, Mercedes Benz, Rolls Royce, un modelo Bentley a escala con una larga capota verde lima, un Lamborghini, un Tord, un Pontiac Bonneville de diez centímetros de largo, fabricado por encargo, un Corvette, un Masseratti y, que Dios y nos proteja, un Moon 1933. Tom estaba inclinado sobre ellos estudiándolos, metiéndolos y sacándolos del garaje, haciéndoles repostar en la bomba de juguete. Nick vio que uno de los elevadores del taller de reparaciones funcionaba y que, de cuando en cuando, Tom hacía subir alguno de los coches y hurgaba debajo de él. De haber podido oír, habría escuchado, en el silencio casi perfecto, el sonido de la imaginación de Tom Cullen en acción. La vibración de sus labios *brrrrr* mientras conducía los coches por el asfalto Fisher-Prize, el *chuc chuc chuc chuc* de la bomba de gasolina, el *sssssss* del elevador. De todos modos, pudo pescar retazos de la conversación entre el propietario de la gasolinera y las figurillas dentro de los cochecitos. «¿Quiere que le llene el depósito, señor? ¿Normal? ¡Puede apostar! Permítame que le limpie el parabrisas... Humm. Creo que es el carb... Déjeme que lo suba y echaré un vistazo por debajo. ¿Habitación para descansar? ¡Vaya si las hay! Por ahí a la derecha».

Y sobre aquello, arqueándose en todas direcciones, el cielo que Dios había extendido sobre aquel pequeño trecho de Oklahoma.

No puedo dejarlo. No puedo hacer semejante cosa, se dijo. Y de repente se sintió embargado por una amarga tristeza, totalmente inesperada, un sentimiento tan profundo que por un instante tuvo la sensación de que iba a romper a llorar.

Se han ido a Kansas City, se dijo. Eso es lo que ha pasado. Todos se han ido a Kansas City.

Nick cruzó la calle y dio a Tom una palmada en el brazo. El chico se sobresaltó y miró por encima del hombro. Sus labios se distendieron en una sonrisa amplia y embarazada, y empezó a ruborizarse.

—Se que esto es para los niños y no para hombres hechos y derechos —declaró—. Lo sé. Caray, sí. Papá me lo dijo.

Nick se encogió de hombros, sonrió e hizo un gesto con las manos. Tom pareció aliviado.

—Ahora son míos. Si quiero son míos. Si tú puedes entrar en la farmacia y coger algo, yo también puedo entrar y coger algo. Atiza, ¿acaso no puedo? No tengo que volver a dejarlos, ¿verdad?

Nick negó con la cabeza.

—¡Son míos! —exclamó Tom contento, al tiempo que se volvía hacia el garaje. Tom le dio otra palmada y Tom se giró de nuevo—. ¿Qué?

Nick le tiró de la manga y Tom se levantó. Nick lo llevó calle abajo hasta donde se encontraba su bici. Se señaló a sí mismo, y luego a la bicicleta. Tom asintió.

—Claro. Esta bici es tuya. Ese garaje Texaco es mío. Yo no cogeré tu bici y tú no cogerás mi garaje. ¡Caray, no!

Nick meneó la cabeza. Volvió a señalarse y luego a la bici. Y luego Main Street abajo. Agitó la mano. Adiós.

Tom se quedó inmóvil.

—¿Vas a irte? —preguntó con tono vacilante.

Nick asintió.

—¡No quiero que te vayas! —suplicó Tom, con los ojos azules muy abiertos, llenos de lágrimas—. ¡Me gustas! ¡No quiero que te vayas también a Kansas City!

Nick le pasó el brazo por los hombros. Volvió a señalarse. Luego a Tom. Seguidamente a la bici y fuera de la ciudad.

—No entiendo —dijo Tom.

Nick repitió paciente la pantomima. Esta vez añadió el ademán de adiós y luego cogió la mano de Tom y la agitó en señal de despedida.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Tom al tiempo que esbozaba una sonrisa de incrédula alegría.

Nick asintió aliviado.

—¡Pues claro! —gritó Tom—. ¡Tom Cullen va a irse! ¡Tom...! —Se detuvo, su expresión de júbilo desapareció en parte y miró cauteloso a Nick—. ¿Puedo llevarme mi garaje?

Nick lo pensó por un instante y luego hizo un gesto de asentimiento.

—¡Bien! —La sonrisa de Tom reapareció como el sol por detrás de una nube—. ¡Tom Cullen se va!

Nick lo llevó junto a la bici. Señaló a Tom y luego a la bicicleta. *

—Nunca he montado una como esta —dijo Tom dubitativo mirando el engranaje de la máquina y el alto y estrecho sillín—. Más vale que no lo haga. Tom Cullen se caería de una bici tan rara como ésta.

Pese a esto, Nick se alegró. «Nunca he montado una como ésta» quería decir que sí lo había hecho en algún otro tipo de bicicleta. Se trataba de encontrar una que fuera sencilla y adecuada. Tom le retrasaría, eso era inevitable; pero tal vez no demasiado. Además, ¿qué prisas había? Los sueños sólo son sueños. Pero sentía un impulso de apresurarse, algo tan fuerte y al tiempo tan indefinido que parecía tratarse de una orden subconsciente.

Llevó de nuevo a Tom junto a su gasolinera. La señaló y luego, sonriendo, hizo un gesto de asentimiento. Tom, anhelante, se puso en cuclillas. De pronto, sus manos se detuvieron en el momento de coger un par de coches. Miró a Nick con expresión conturbada y suspicaz.

—No te irás sin Tom Cullen, ¿verdad?

Nick negó firmemente con la cabeza.

—Bueno —dijo Tom, volviendo confiado a sus juguetes.

Nick, sin pensarlo, le alborotó el pelo. Tom levantó los ojos y le sonrió con timidez. Nick sonrió a su vez. No, no podía dejarlo. Eso estaba claro.

Era casi mediodía cuando al fin encontró una bici que pudiera servirle a Tom. Nunca se imaginó que fuera a costarle tanto tiempo; pero una sorprendente mayoría de gente había cerrado a machamartillo sus casas, garajes y construcciones anexas. En casi todos los casos se había limitado a atisbar en los garajes en sombras a través de ventanas sucias, llenas de telarañas, con la esperanza de localizar la bici adecuada. Pasó tres horas deambulando de calle en calle, sudando y con el sol implacable sobre la nuca. En un momento dado había regresado a la Western Auto para asegurarse de que no había ninguna. Las dos bicis del escaparate eran tandems de dos, con tres velocidades. El resto estaba todo desmontado.

Al fin halló lo que buscaba en un garaje pequeño y apartado, al sur del pueblo. El garaje estaba cerrado, pero tenía una ventana bastante grande. Nick rompió el vidrio de una pedrada y retiró los trozos de cristal. En el interior del garaje hacía un calor espantoso y

había un apestoso hedor a aceite y polvo. La bici era una vieja Schwinn para chico y se encontraba junto a una camioneta 4Merc de unos diez años de antigüedad, con las ruedas sin neumáticos y las portezuelas descolgadas.

Con la suerte que estoy teniendo, se dijo Nick, la condenada bici estará fuera de combate. Le faltará la cadena, tendrá los neumáticos reventados o algo por el estilo. Pero esta vez la suerte le había sido propicia. La bicicleta rodaba bien. Los neumáticos se encontraban en perfecto estado. Todos los cerrojos y los pedales parecían bien ajustados. La bici no llevaba cesto. Tendría que remediarlo. Había un guardacadenas y, cuidadosamente colgada en la pared, una bomba de mano Briggs casi nueva.

Siguió husmeando y en un estante encontró un bote de aceite 3 en 1. Se sentó en el agrietado suelo de cemento, olvidando por un momento el calor, y se dedicó a engrasar con minuciosidad la cadena y los pedales. Una vez hubo terminado, tapó el 3 en 1 y se lo metió con precaución en el bolsillo de los pantalones.

Con un trozo de cuerda ató la bomba de la bici en la trasera de la Schwinn. Luego abrió la puerta del garaje y la sacó. Nunca le había parecido tan maravilloso el aire fresco. Cerró los ojos, hizo una profunda aspiración, llevó la bici hasta la calle, montó y pedaleó despacio Main Street abajo. La bici rodaba de maravilla. Sería perfecta para Tom; siempre que supiera montarla, naturalmente.

La dejó aparcada junto a su Raleigh y luego se encaminó hacia la tienda de artículos de deporte. Encontró un cesto de alambre de buen tamaño para bicicleta. Se disponía ya a irse con ella debajo del brazo, cuando algo atrajo su atención. Una bocina Klaxon, con una campana cromada y un gran bulbo de cuero rojo. Sonriente, metió la bocina en la cesta metálica y a continuación se dirigió a la sección de herramientas en busca de un destornillador y una llave inglesa. Luego salió a la calle. Tom se encontraba tumbado dormitando, a la sombra del viejo monumento a los marines de la Segunda Guerra Mundial que se alzaba en la plaza del pueblo.

Nick colgó la cesta del manillar de la Schwinn y puso junto a ella la bocina. Entró de nuevo en la tienda, y regresó con una mochila de buen tamaño.

Se dirigió al almacén A&P y la llenó de latas de carne, fruta y vegetales. Se había detenido ante unas judías con chile enlatadas, cuando vio una sombra pasar por el pasillo de enfrente. Si hubiera podido oír, ya se habría dado cuenta de que Tom había descubierto su bici. El sonido bronco y ahogado de la bocina se propagaba arriba y abajo de la calle acompañado por las risas de Tom Cullen.

Nick se dirigió a la puerta del supermercado y vio a Tom pedaleando majestuoso Main Street abajo, con su pelo rubio y los faldones de la camisa ondeando y apretando sin cesar la Klaxon. En el final del sector comercial, giró rápido y volvió a toda prisa. Podía verse el garaje Fisher-Price en el cesto de la bicicleta. Los bolsillos de sus pantalones y los de su camisa caquí desbordaban de coches Corgi. El sol brillaba con fuerza, trazando círculos en los radios de las ruedas. Con cierta tristeza, Nick lamentó no poder oír el sonido de la bocina, sólo para saber si le gustaría tanto como a Tom, el cual lo saludó con la mano y siguió subiendo por la calle. Al alcanzar el extremo más alejado del sector comercial, dio de nuevo la vuelta y volvió, sin dejar de oprimir la bocina. Nick alzó la mano con el gesto de un policía para que se detuviera. Tom fue deslizándose hasta quedar parado delante de él. Le caían grandes gotas de sudor por la cara. El tubo de goma de la bomba oscilaba de un lado a otro. Tom jadeaba y sonreía.

Nick señaló hacia las afueras de la ciudad e hizo el ademán de despedida.

—¿Verdad que puedo llevarme mi garaje?

Nick asintió al tiempo que pasaba la correa de la mochila por el grueso cuello de Tom.

—¿Nos vamos ya?

Nick volvió a asentir e hizo un círculo con el pulgar y el índice.

—¿A Kansas City?

Nick meneó la cabeza.

—¿Adonde nos dé la gana?

Nick asintió. Sí. A donde nos dé la gana, se dijo. Pero lo más probable es que ese lugar esté en alguna parte de Nebraska.

—¡Uff! —exclamó Tom con júbilo—. ¡Bien, bien! ¡Eso es! ¡Uufff!

Habían alcanzado la carretera 283 en dirección norte y, cuando llevaban sólo dos horas y media de viaje, empezaron a aparecer grandes y oscuros nubarrones por el oeste. La

tormenta les sorprendió rápidamente descargando lluvia a raudales. Nick no podía oír los truenos, aunque sí ver los relámpagos en forma de tridentes que despedían las nubes. Eran lo bastante brillantes para producir deslumbramiento, dejando luego imágenes de un azul purpúreo. Mientras se acercaban a los alrededores de Rosston, donde Nick pensaba virar en dirección este, hacia la carretera 64, la lluvia cesó y el cielo adquirió un tono amarillento extraño y sobrecogedor. El refrescante viento que le había azotado la mejilla izquierda dejó de soplar. Nick empezó a sentirse nervioso sin saber por qué, y desmañado en forma inexplicable. Nadie le había dicho jamás que una de las escasas reacciones que el hombre todavía comparte con los animales más primitivos, es la que se produce ante una baja repentina de la presión atmosférica.

Tom le estaba tirando de la manga con movimientos frenéticos. Se sobresaltó al verlo completamente lívido.

Sus ojos eran como platos.

—¡Tornado! —chilló—. ¡Se acerca un tornado!

Nick escudriñó buscando un embudo pero no vio ninguno. Se volvió de nuevo hacia Tom intentando encontrar una forma de tranquilizarlo. Pero Tom había desaparecido. Se había metido pedaleando por el campo a la derecha de la carretera, por un sendero llano que seguía en zigzag a través de la hierba alta.

¡Maldito loco!, se dijo Nick. Vas a romper el jodido eje.

Tom se dirigía hacia un granero con un silo contiguo que se veía al final de un camino polvoriento, el cual se prolongaba unos cuatrocientos metros. Nick, que seguía nervioso, subió pedaleando por la carretera, pasó luego la bici por encima de la valla del corral del ganado y continuó pedaleando por el polvoriento sendero que conducía al granero. La bicicleta de Tom estaba caída en el suelo. Se halla todo lo aterrado que le permite su reducida mente, se dijo Nick.

Su propia inquietud le hizo echar una última ojeada por encima del hombro, y lo que vio lo dejó paralizado de horror.

Por el oeste se acercaba una oscuridad terrible. No era una nube sino más bien una ausencia total de luz. Presentaba forma de un embudo que parecía tener más de trescientos metros de altura. Era más ancho por arriba que por abajo. El extremo inferior no llegaba a tocar la tierra. Y de la parte alta fluían nubarrones.

Mientras Nick miraba, el gigantesco embudo tocó tierra, a más de un kilómetro de distancia. Y un largo edificio azul con el tejado de metal acanalado, tal vez un depósito de suministros de coche o un cobertizo de almacenaje de madera, explotó con un potente estruendo. Claro que él no pudo oírlo pero la vibración le hizo tambalearse hacia atrás. Y el edificio pareció explotar *hacia dentro*, como si el embudo hubiera aspirado todo el aire, que contenía. Acto seguido, el tejado de metal se partió en dos. Las dos secciones se elevaron, girando y girando como un copete que se hubiera vuelto loco. Nick, fascinado, torcía el cuello para seguir su trayectoria.

Estoy viendo eso que aparece en mis peores sueños, se dijo, y no es un hombre, aunque es posible que a veces lo parezca. Se trata de un tornado. Una grande y poderosa tromba negra irrumpiendo desde el oeste, engullendo todo cuanto tenga el infortunio de encontrarse en su camino. Es...

En ese momento se sintió levantado literalmente en vilo y empujado al granero. Miró en derredor buscando a Tom y por un momento quedó sorprendido al verlo. Estaba tan fascinado por la tormenta que había olvidado la existencia de Tom Cullen.

—¡Abajo! —dijo Tom jadeando—. ¡Aprisa! ¡Aprisa! Eso es, caray. ¡Tornado! ¡¡Tornado!!

Nick salió al fin de su trance, se dio cuenta de dónde se encontraba y con quién, y sintió miedo. Mientras bajaba las escaleras y seguía a Tom hacia el sótano del granero, que servía de refugio contra las tormentas, percibió una vibración extraña y palpitante. Era lo más parecido a un sonido que jamás había experimentado, como un molesto dolor en el centro del cerebro. Luego vio algo que jamás olvidaría: cómo, una tras otra, eran arrancadas las tablas de la pared del granero y ascendían vertiginosas en el polvoriento aire, como si se tratara de dientes cariados arrancados por unas tenazas invisibles. La paja que cubría el suelo empezó a subir al tiempo que giraba formando alocados tornados en miniatura. Aquella vibración sorda se hacía por momentos más intensa.

Tom empujó y abrió una pesada puerta de madera, y le hizo cruzarla de un empujón. Nick sintió olor a moho y podredumbre. Con el último resto de luz descubrió que estaban compartiendo el sótano refugio con una familia de cadáveres roídos por las ratas. Tom cerró

la puerta de golpe y quedaron sumidos en la oscuridad. Disminuyó la vibración; pero no del todo.

El pánico le envolvió. La oscuridad reducía sus sentidos al tacto y el olfato. De ninguno de ellos recibía mensajes reconfortantes y bajo sus pies sentía la vibración constante de las tablas y el olor a muerte.

Tom le agarró a ciegas la mano, y Nick atrajo hasta su lado al retrasado mental, que temblaba. Se preguntó si estaría llorando o si intentaba hablar con él. Aquella idea le alivió algo de su propio miedo y pasó el brazo por los hombros de Tom, el cual le correspondió. Allí permanecieron los dos, en pie, muy erguidos y agarrados el uno al otro.

Nick sintió aumentar la vibración bajo sus pies. Incluso el aire parecía temblar ligeramente sobre su rostro. Tom se agarró a él con más fuerza todavía. Sordo, ciego y mudo, se mantenía a la espera de lo que pudiera suceder a continuación, y reflexionaba que, si Ray Booth le hubiera machacado su otro ojo, toda su vida sería como en esos momentos. De haber ocurrido así se habría pegado un tiro en la cabeza para acabar de una vez.

Más tarde, le sería casi imposible creer a su reloj, según el cual sólo habían pasado quince minutos en la oscuridad del sótano refugio. Jamás en su vida había comprendido cuán subjetivo y maleable es el tiempo. Parecía como si hubieran estado allí dos o tres horas. A medida que pasaba el tiempo, llegó a creer que no se hallaban solos en aquel sótano refugio. Sí, claro, estaban los cadáveres. Algún pobre infeliz habría llevado allí a su familia cerca ya del fin, acaso con la febril suposición de que, si allí habían capeado otros desastres naturales, acaso también podrían salvarse de ése. Pero no se refería a los cadáveres. A juicio de Nick, un cadáver era algo que no se diferenciaba mucho de una silla, una máquina de escribir o una alfombra. Un cadáver era una cosa inanimada que ocupaba espacio. Lo que él sentía era la presencia de otro ser humano, y cada vez se hallaba más convencido de quién o qué era.

Era el hombre oscuro, el hombre que cobraba vida en sus sueños, la criatura cuyo espíritu había percibido en el negro corazón del ciclón.

En alguna parte —allí en el rincón, o tal vez incluso detrás de ellos— él los observaba. Y esperaba. En el momento preciso los tocaría y entonces los dos... ¿qué? Pues enloquecerían de terror. Él podía verlos. Nick estaba seguro de que los veía. Tenía ojos capaces de ver en la oscuridad como los de un gato o los de una misteriosa criatura, quizá como la de la película *Depredador*. Eso... algo así. El hombre oscuro podía ver tonos del espectro que el ojo humano no alcanzaría jamás y a él todo le parecería lento y rojo, como si todo el mundo se hubiera teñido de sangre.

En un principio, Nick era capaz de separar esa fantasía de la realidad. Pero a medida que pasaba el tiempo tenía cada vez mayor certeza de que la fantasía *era* realidad. Imaginaba sentir en la nuca el aliento del hombre moreno.

Estaba a punto de lanzarse hacia la puerta, abrirla y salir corriendo sin importarle lo que hubiera fuera, cuando Tom lo hizo por él. De repente desapareció el brazo que Nick tenía sobre los hombros. Un instante después, la puerta del sótano refugio se abrió de golpe dejando penetrar un derroche de deslumbrante luz blanca que obligó a Nick a protegerse con la mano el ojo sano. Apenas pudo obtener una fugaz imagen de Tom Cullen subiendo las escaleras tambaleantes. Lo siguió, tanteando el camino entre aquel deslumbramiento. Cuando llegó arriba, el ojo ya se le había acostumbrado.

Pensó que la luz no era tan fuerte cuando bajaron al sótano y descubrió de inmediato el motivo: el tejado del granero había sido arrancado. Casi parecía una operación quirúrgica. El trabajo había sido tan limpio que no había nada astillado, y apenas restos en el suelo. Tres locos del tejado colgaban de las paredes del almacén, y casi todas las tablas habían sido arrancadas. Encontrarse allí era como estar en el interior de la puntiaguda osamenta de un monstruo prehistórico.

Tom no se detuvo a evaluar los daños. Huía del granero como si le estuviera persiguiendo el mismísimo diablo. Sólo una vez miró hacia atrás, con los ojos desorbitados y expresión de terror infinito. Nick no pudo evitar observar por encima del hombro en dirección al sótano refugio. Las escaleras iban difuminándose entre las sombras a medida que bajaban, madera vieja, astillada y hundida en el centro de cada escalón. Vio paja extendida sobre el suelo y dos pares de manos saliendo de entre las sombras. De los dedos, roídos por las ratas, sólo quedaban los huesos.

Si allí dentro había alguien más, Nick no lo vio.

Y tampoco quería verlo.

De manera que siguió a Tom hasta el exterior.

Tom se encontraba en pie, junto a su bicicleta, temblando. Nick se sintió desconcertado ante la caprichosa selectividad del tornado, que había destruido casi todo el granero sin causar el menor daño a sus bicicletas. De repente se dio cuenta de que Tom estaba llorando. Nick se acercó a él y le pasó el brazo por los hombros. Tom seguía con los ojos desorbitados, fijos en la puerta doble arrancada del granero. Nick hizo el consabido círculo con el pulgar y el índice. La mirada de Tom se detuvo por un instante en él; pero en su rostro no apareció la sonrisa que Nick esperaba. Se limitó a dirigir la vista otra vez al granero. Sus ojos tenían aquella expresión vacua y fija que a Nick no le gustaba nada.

—Allí había alguien —dijo Tom con sequedad.

La sonrisa de Nick se le heló en los labios. Señaló a Tom, luego se señaló a sí mismo y, por último, hizo un gesto breve y cortante en el aire con el canto de la mano.

—Alguien salió de la tromba —dijo Tom.

Nick se encogió de hombros.

—¿Podemos irnos ya? ¡Por favor!

Nick asintió con la cabeza.

Condujeron de nuevo sus bicicletas a la carretera, a través del sendero de hierba destrozada por el tornado. Había tocado abajo, en la parte occidental de Rosston, cortando a través de la 283, en un recorrido de oeste a este, arrasando pretilos y cables; había bordeado el granero a la izquierda de ellos, y se había hundido a través de la casa que se alzaba, o más bien se había alzado, frente al granero. Cuatrocientos metros delante cesaba bruscamente su rastro a través del campo. Las nubes empezaban ya a abrirse, aunque todavía seguía cayendo una llovizna ligera y refrescante, y los pájaros cantaban como si tal cosa.

Nick observó los vigorosos músculos de Tom debajo de la camisa, al levantar éste su bicicleta por encima del enredo de cables que había al borde de la carretera. Este hombre me ha salvado la vida, se dijo. Jamás había visto una tromba en toda mi existencia. Si le hubiera dejado en May, como en principio pensé, a estas horas habría muerto.

Pasó la bici por encima de aquel lío de cables y dio a Tom una palmada en la espalda al tiempo que le sonreía.

Tenemos que encontrar a alguien más, pensó Nick. Hemos de encontrarlo sólo para que yo pueda dar las gracias a Tom. Y también decirle mi nombre. Ni siquiera conoce mi nombre, porque no sabe leer.

Permaneció un instante aturdido por aquella idea. Luego montaron en sus bicicletas y se pusieron en marcha.

Aquella noche acamparon cerca del campo de fútbol de la Jaycee's Little League de Rosston. El cielo nocturno estaba limpio de nubes y aparecía estrellado. Nick se quedó de inmediato dormido y no tuvo sueños. Despertó a la mañana siguiente, pensando en lo formidable que era estar de nuevo con alguien, cuan diferente resultaba.

Se hallaban en Polk County, Nebraska, cuyo nombre le sonaba de algo; durante los últimos años había viajado mucho y quizá alguien le había mencionado Polk County. Había también una carretera 30. Pero no podía creer, y mucho menos en las primeras horas de la mañana de un día hermoso, que fueran a encontrarse con una negra vieja, sentada en su porche en medio de un maizal, cantando himnos acompañándose con una guitarra. Pero consideraba importante ir a algún sitio, buscar gente. En cierto modo compartía la urgencia de Fran Goldsmith y Stu Redman de reagruparse. Hasta que eso fuera un hecho, todo seguiría siendo ajeno y disgregado. Había peligro en todas partes. Uno no podía verlo pero lo sentía, de la misma manera que tuvo conciencia de la presencia del hombre oscuro ayer en aquel sótano. Se tenía la sensación de que el peligro acechaba en todos los lugares, dentro de las casas, al tomar la próxima curva de la carretera, acaso oculto debajo de los coches y camiones abandonados a lo largo del camino. Y, si no estaba allí, estaría en el calendario, escondido debajo de las dos o tres hojas siguientes. Peligro. Cada partícula de su ser parecía musitarlo.

PUENTE FUERA DE SERVICIO. SESENTA KILÓMETROS DE CARRETERA EN MALAS CONDICIONES. NO NOS HACEMOS RESPONSABLES DE LAS PERSONAS QUE SIGAN ADELANTE.

Parte de ello se debía al estremecedor sobresalto psicológico del campo vacío. Mientras permaneció en Shoyo, se había sentido protegido. Poco importaba, o al menos no demasiado, que Shoyo estuviera vacío, al tratarse de un lugar tan pequeño. Pero cuando uno se encontraba en movimiento era como si... Bueno, le hacía recordar una película de Walt Disney que había visto de niño, algo relacionado con la naturaleza: aparecía un tulipán que llenaba la pantalla, un único tulipán, tan bello que te hacía contener el aliento. Luego la cámara

retrocedía con rapidez y veías todo un campo cubierto de tulipanes. Te dejaba fuera de combate. Producía una total sobrecarga sensorial. Era demasiado. Y eso estaba pasando durante aquel viaje. Shoyo estaba vacío y Nick pudo asimilarlo. Pero también McNab estaba vacío, y Texarkana, y Spencerville. Ardmore había ardido hasta los cimientos. Fue hacia el norte, hasta la carretera 81 y no encontró más que venados. Por dos veces había descubierto lo que probablemente eran indicios de personas vivas. Las cenizas todavía tibias de una hoguera y un venado cazado por alguien que lo había troceado limpiamente. Pero ninguna persona. Era para volverse loco ir adquiriendo consciencia de la enormidad de todo ello. No se trataba solo de Shoyo, de McNab o de Texarkana. Era América la que yacía allí, semejante a una inmensa lata vacía, con unos cuantos guisantes olvidados en el fondo. Y más allá de América se encontraba *todo el mundo*. De sólo pensarlo Nick se sintió marcado y enfermo.

Si seguían rodando, tal vez fueran como una bola de nieve haciéndose cada vez más grande a medida que caía por la pendiente. De allí a Nebraska, con un poco de suerte, podrían tropezar con algunas personas y recogerlas. O que los recogieran a ellos si hallaba un grupo más numeroso. Suponía que desde Nebraska irían a alguna otra parte. Era como una búsqueda sin nada que encontrar. Ningún Grial ni tampoco espada alguna hundida en un yunque.

Cortaremos en dirección noreste, se dijo, hacia Kansas. La carretera 35 los conduciría a una nueva versión de la carretera 81, y esta los llevaría directamente a Swedeholm, en Nebraska, donde cruzaba la 92, formando un ángulo recto perfecto. Otra ruta, la 30, conectaba con ambas, formando la hipotenusa de un triángulo. Y en alguna parte de ese triángulo se encontraba el país de su sueño.

Al pensar en ello sintió una extraña excitación premonitoria.

Cierto movimiento le hizo levantar la vista. Tom se encontraba sentado, frotándose los ojos con los puños. Un bostezo fenomenal hacía desaparecer casi toda la parte inferior de su cara. Nick sonrió y Tom le devolvió la sonrisa.

—¿Seguiremos camino también hoy? —preguntó Tom.

Nick hizo un gesto de asentimiento.

—Caramba, esto es estupendo. Me gusta montar mi bici. Espero que no paremos nunca.

Quién sabe, se dijo Nick. Tal vez se cumpla su deseo.

Aquella mañana viraron hacia el este y almorzaron en una encrucijada no lejos de la frontera entre Oklahoma y Kansas. Era 7 de julio y hacía calor.

Poco antes de detenerse a comer, Tom hizo su habitual parada deslizante con la bici. Miraba fijamente un cartel clavado en un mojón medio hundido en el blanco reborde del arcén de la carretera. Nick lo miró. El cartel rezaba: ESTÁN SALIENDO DE HARPER COUNTY, OKLAHOMA. ESTÁN ENTRANDO EN WOODS COUNTY, OKLAHOMA.

—Yo puedo leer eso —dijo Tom.

Si Nick hubiera estado en condiciones de oír, podría haberse sentido divertido y conmovido al descubrir cómo la voz de Tom iba adquiriendo un registro agudo y declamatorio.

—¿Sabes lo que te digo?

Nick negó con la cabeza.

—Jamás he estado fuera de Harper County en toda mi vida, caray, no; Tom Cullen no. Pero una vez mi papá me trajo aquí y me enseñó este cartel. Dijo que si alguna vez llegaba a pescarme al otro lado de él, me molería a palos. Espero que no nos pesque en Woods County. ¿Crees que lo hará?

Nick negó enfático.

—¿Está Kansas City en Woods County?

Nick negó de nuevo.

—Pero vamos a ir a Woods County antes que a otro sitio, ¿verdad?

Nick asintió.

A Tom le brillaron los ojos.

—¿Es el mundo?

Nick no le entendió. Frunció el ceño... Enarcó las cejas... Se encogió de hombros.

—El *mundo* es el lugar al que me refiero —explicó Tom—. ¿Vamos a ir al *mundo*, colega? —Vaciló un momento y luego preguntó con gravedad balbuceante—: Has dicho Woods, ¿verdad? ¿Iremos al mundo^[3]?

Nick asintió con un movimiento lento de cabeza.

—De acuerdo —dijo Tom.

Se quedó un instante mirando el cartel; luego se limpió el ojo derecho del que le caía una lágrima, y a continuación subió a su bici.

—Bien. Allá vamos.

Entraron en Kansas poco antes de que oscureciera demasiado. Después de la cena, Tom se mostró malhumorado y cansado. Quería jugar con su garaje. Quería ver la televisión. No le apetecía seguir pedaleando porque le dolía el trasero de estar tanto tiempo encima del sillín. No tenía la menor idea de los límites entre estados, por lo que no compartió el júbilo de Nick al pasar junto a otro cartel en el que se leía: ESTÁN ENTRANDO EN KANSAS. Para entonces era tal la oscuridad que las letras blancas parecían flotar unos centímetros por encima del cartel marrón, semejantes a espíritus.

Acamparon a casi medio kilómetro de la frontera, debajo de un molino de agua que se erguía sobre unas altas patas de acero semejante a un marciano de H. G. Wells. Tom se quedó dormido en cuanto se metió en su saco. Nick permaneció un rato sentado, contemplando las estrellas. La Tierra se hallaba sumida en la más absoluta oscuridad y, para él, también en el más completo silencio. Poco antes de meterse en el saco de dormir vio un cuervo posarse en una empalizada cercana, y tuvo la impresión de que le estaba observando. Sus ojillos negros parecían bordeados por semicírculos de sangre, reflejo sin duda de una borrosa luna estival, anaranjada, que apareció sin que se diera cuenta. Había algo en el cuervo que a Nick le hizo sentirse inquieto. Cogió un gran terrón y se lo arrojó. El pajarraco aleteó, pareció clavar en él una mirada funesta y furiosa y desapareció en la oscuridad.

Nick soñó esa noche con el hombre sin rostro, en pie sobre el alto tejado, con los brazos extendidos hacia el este, y luego con el alto maizal y el sonido de la música. Sólo que esta vez *sabía* que era música y esta vez *sabía* que era una guitarra. Se despertó cerca del amanecer, con la vejiga a punto de reventar y las palabras de ella sonando en sus oídos. «Madre Abigail es como me llaman... ven a verme cuando quieras».

Aquella tarde, a última hora, mientras se dirigían hacia el este a través de Comanche County en la carretera 160, se quedaron boquiabiertos al ver un pequeño rebaño de bisontes, acaso no más de una docena, atravesando con calma la carretera en busca de buenos pastos. En la parte norte, hubo en tiempos una alambrada, pero al parecer los bisontes la habían derribado.

—¿Qué son? —preguntó Tom asustado—. ¡No son vacas!

Y como Nick no podía hablar ni Tom podía leer, le fue imposible contestar a su pregunta. Era el 8 de julio de 1990. Aquella noche durmieron a campo abierto, en las llanas tierras de labranza, sesenta kilómetros al oeste de Deerhead.

Era 9 de julio y estaban almorzando a la sombra de un viejo y gallardo olmo en el patio delantero de una granja que había ardido en parte. Tom comía salchichas de una lata mientras hacía entrar y salir los coches de la gasolinera. Al mismo tiempo, tarareaba una y otra vez el estribillo de una canción popular. Nick se sabía de memoria las formas que iban adoptando los labios de Tom:

Pequeña, ¿puedes contentar a tu hombre?

Es un tipo honrado.

Pequeña, ¿puedes contentar a tu hombre?

Nick se sentía algo deprimido y un poco impresionado por las dimensiones del país. Jamás se había dado cuenta antes de lo fácil que resultaba levantar el pulgar sabiendo que tarde o temprano te recogerían. Un coche se disponía a parar, por lo general conducido por un hombre, a menudo con una lata de cerveza entre las piernas. Quería saber a dónde te dirigías y tú alargabas un trozo de papel que llevabas en el bolsillo de la camisa, un trozo de papel en el que se leía: «Hola, me llamo Nick Andros. Soy sordomudo. Lo siento. Voy a... Muchas gracias por llevarme. Puedo leer los labios». Y eso solía ser todo. A menos que al tipo que conducía no le cayeran bien los sordomudos. Les ocurría a algunos, aunque eran muy pocos. Subías al coche y te llevaba hasta donde querías ir, o al menos un buen trecho del camino. El coche devoraba la carretera y los kilómetros. El coche era una forma de teletransporte. El coche dominaba los mapas. Pero ahora *no* había coche, aunque en muchas de aquellas carreteras habría resultado un sistema práctico de locomoción durante cien kilómetros, si se

iba con cuidado. Y cuando acababa quedando bloqueado, bastaba con abandonar el vehículo, caminar distancias más o menos largas y luego coger otro. Pero sin automóvil eran semejantes a hormigas arrastrándose sobre el pecho de un gigante abatido, hormigas yendo infatigables de un pezón al otro. Por todo eso, Nick deseaba, sin atreverse apenas a soñarlo, que cuando finalmente se encontraran con alguna persona, siempre que tal cosa pudiera ocurrir, fuera como en aquellos días despreocupados del autostop. Se vería aquel familiar centelleo del cromo al aparecer sobre la cima de la siguiente colina, aquellos destellos del sol que a un tiempo deslumbraban y alegraban la vista. Sería un coche americano de lo más corriente, un Chevy Biscayne o un Pontiac Tempest, el estupendo acero rodante del viejo Detroit. En sus sueños nunca veía un Honda, una Mazda o un Yugo. Aparecería esa belleza americana y vería a un hombre al volante, un hombre con un codo atezado apoyado en la ventanilla. Ese hombre sonreiría y diría: «¡Por Job, muchachos! ¡Cuánto me alegro de veros! ¡Arriba! ¡Subid y veamos a dónde nos dirigimos!».

Pero aquel día no vieron a nadie. Y al décimo día tropezaron con Julie Lawry.

Fue otra jornada tórrida. Habían pasado casi toda la tarde pedaleando con las camisas anudadas a la cintura, y los dos se estaban poniendo tan morenos como indios. Ese día no había sido bueno a causa de las manzanas. De las manzanas verdes.

Las encontraron en un viejo manzano en el huerto de una granja, verdes, pequeñas y ácidas. Pero llevaban tanto tiempo privados de fruta fresca que les parecieron pura ambrosía. Nick se limitó a comerse dos; pero Tom, voraz, se zampó seis, una tras otra. Hizo caso omiso de los ademanes de Nick para que dejara de comer. Cuando a Tom Cullen se le metía una cosa en la cabeza podía resultar tan tozudo como un niño de cuatro años.

Así que, a partir de las once de la mañana y durante el resto de la tarde, Tom sufrió retortijones. Le caían hilos de sudor. Gemía. Tenía que bajarse de la bici y refugiarse entre colinas bajas. Nick, pese a su irritación por lo mucho que se estaban retrasando, no pudo evitar que le hiciera cierta gracia.

Al llegar a la ciudad de Pratt, alrededor de las cuatro de la tarde, Nick decidió que ya tenían suficiente por ese día. Tom se desplomó agradecido sobre el banco de la parada de autobús, que estaba a la sombra, y al punto se quedó dormido. Nick lo dejó allí y se dirigió al barrio comercial en busca de una farmacia. Trataría de hallar algo de Pepto-Bismol y, cuando Tom despertara, le obligaría a tomarlo, le gustara o no. Si hacía falta todo un frasco para frenar la diarrea de Tom se la haría tomar por mucho que se resistiera. Nick quería recuperar tiempo al día siguiente.

Encontró una farmacia entre el Pratt Theater y el Norge local. Entró por la puerta abierta y permaneció allí un instante olfateando el rancio olor, ya familiar, de un local caluroso y sin ventilar. Se mezclaban otros olores, fuertes y empalagosos. El más fuerte era de perfume. Tal vez algún frasco se hubiera roto con el calor.

Miró en derredor buscando las medicinas para el estómago, al tiempo que intentaba recordar si el Pepto-Bismol soportaba bien el calor. Bueno, ya lo pondría en la etiqueta. Sus ojos pasaron sin detenerse por el maniquí. Un par de filas a la derecha, vio lo que buscaba. Dio dos pasos y de repente se dio de cuenta que nunca había visto un maniquí en un *drugstore*.

Volvió la cabeza y lo que vio fue a Julie Lawry.

Se encontraba en pie, absolutamente inmóvil, con un frasco de perfume en una mano. Tenía los ojos azul porcelana muy abiertos, como embargada por la sorpresa, incrédula. Llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás y recogido con una brillante banda de seda que le colgaba hasta la cintura. Vestía un ajustado suéter rosa y unos *shorts* téjanos tan reducidos que casi podían confundirse con bragas. Tenía un sarpullido de acné en la frente y un grano en el mismo centro de la barbilla.

Nick y ella permanecieron mirándose a través de la desierta farmacia, ambos paralizados. Luego, la botella de perfume se escurrió entre los dedos de la chica y estalló contra el suelo como una bomba, convirtiendo la tienda en una especie de invernadero. Por el olor, aquello parecía un funeral.

—¡Dios mío! ¿Eres de carne y hueso? —preguntó Julie con voz temblorosa.

A Nick le pareció que el corazón se le saldría del pecho y sintió el fuerte latido de la sangre en las sienes. Incluso aparecieron unos puntos luminosos invadiendo su campo de visión.

Asintió con la cabeza.

—¿No eres un fantasma?

Negó con la cabeza.

—Entonces di algo. Si no eres un fantasma, di algo.

Nick se llevó una mano a la boca y luego a la garganta.

—¿Qué significa eso?

La voz de la muchacha había adquirido un ligero matiz de nerviosismo. Nick no podía oírlo, aunque sí percibirlo, pues se notaba en su cara. Temía avanzar en dirección a ella porque tal vez echara a correr. Nick no temía que ella tuviera miedo de ver a otra persona. Lo que le asustaba era la posibilidad de estar sufriendo una alucinación. De nuevo experimentó aquel sentimiento de frustración. Si al menos pudiera hablar... Lo intentó de nuevo con la pantomima. Después de todo, era lo único que podía hacer. Esta vez logró hacerse entender.

—¿No puedes hablar? ¿Eres mudo?

Nick asintió.

Ella soltó una aguda risa de angustiosa contrariedad.

—¿Quieres decir que cuando por fin aparece alguien, resulta que es un mudo?

Nick se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa forzada.

—Bien —dijo ella avanzando hacia él—. Eres bastante atractivo. Algo es algo.

Le puso una mano en el brazo y sus senos casi le rozaron.

Nick pudo oler al menos tres clases diferentes de perfume y, por debajo de ellos, el desagradable olor a sudor de la mujer.

—Me llamo Julie. Julie Lawry. ¿Y tú? —Lanzó una risita tonta—. No puedes decírmelo, ¿verdad? Pobrecillo.

Se acercó más a él y sus senos le rozaron. Nick empezó a sentirse acalorado. Qué diablos, se dijo incómodo, no es más que una chiquilla.

Se apartó de ella, sacó el bloc del bolsillo y empezó a escribir. Ella se apoyó sobre su hombro para ver lo que ponía. No llevaba sostén. Desde luego pronto había superado su temor. Los trazos de su escritura empezaron a ser irregulares.

—Bueno, adelante —dijo ella mientras Nick escribía.

Nick tenía la mirada fija en su bloc y no podía «leer» sus palabras, aunque sí sentir el cálido cosquilleo de su aliento.

«Me llamo Nick Andros. Soy sordomudo. Viajo con Tom Cullen, que es un poco retrasado. No puede leer ni comprender muchas cosas, a menos que sean muy sencillas. Vamos camino de Nebraska porque creo que allí puede haber gente. Ven con nosotros si quieres».

—Desde luego —contestó ella. Y luego, recordando que era sordo le preguntó formando las palabras con todo cuidado—: ¿Pues leer los labios?

Nick asintió.

—Muy bien. Estaba tan ansiosa de ver gente que poco importa que sean un sordomudo y un retrasado. Esto es fantasmal. Apenas puedo dormir desde que se fue la corriente. —Su rostro adquirió una expresión de dolor más propia de la heroína de un folletín que de una persona real—. Hace dos semanas que papá y mamá murieron, ¿sabes? Todos murieron menos yo. Y he estado tan sola...

Con un sollozo, se arrojó en brazos de Nick y empezó a frotarse contra él con una parodia de dolor.

Cuando por fin se apartó, tenía los ojos secos y brillantes.

—Oye, vamos a hacerlo —le propuso—. No estás demasiado mal.

Nick se quedó mirándola boquiabierto. No podía creerlo.

Pero la cosa iba en serio. Ella estaba intentando quitarle el cinturón.

—Vamos. Tomo la píldora. No temas... —Reflexionó un instante—. Puedes hacerlo, ¿verdad? Quiero decir que el hecho de que no puedas hablar no significa que no puedas...

Nick alargó las manos con la intención de cogerla por los hombros; pero se encontró con sus senos. Aquél fue el fin de toda resistencia. Y también dejó de pensar de manera coherente. La tumbó en el suelo y la poseyó.

Más tarde, se dirigió a la puerta y miró hacia fuera mientras se abrochaba el cinturón, para averiguar qué estaba haciendo Tom. Seguía sentado en el banco del parque, dormido como un tronco. Julie se acercó; manoseaba otro frasco de perfume.

—¿Es ése el retrasado? —preguntó.

Nick asintió aunque no le gustó la palabra; sonaba cruel.

Julie empezó a hablar de sí misma, y Nick descubrió que tenía diecisiete años y no era mucho más joven que él. Su madre y sus amigos la llamaban Cara de Ángel o sólo Ángel,

porque parecía una adolescente. Durante una hora estuvo contándole cosas, y a Nick le resultó prácticamente imposible separar la verdad de las mentiras y la fantasía. Debía de haber estado esperando durante toda su vida a alguien como él, que jamás podría interrumpir su incesante monólogo. Nick llegó a sentir fatiga sólo de observar cómo los carnosos labios de ella formaban las palabras. Pero si apartaba la mirada para comprobar dónde estaba Tom, o para observar el destrozado escaparate de la tienda de modas que había al otro lado de la calle, la mano de ella le rozaba la mejilla para obligarle a volver los ojos hacia su boca. Quería que lo «escuchara» todo. Al principio Nick se sintió irritado y luego aburrido. Pero lo realmente increíble fue que, al cabo de una hora, descubrió que lo que deseaba era, en primer lugar, no haberla encontrado, y ahora que ya no tenía remedio, que cambiara de idea y no les acompañara.

Frecuentaba el ambiente de la música *rock* y la marihuana. Había tenido un amigo que el abril pasado se había ido para alistarse en los marines. Desde entonces no lo había visto; pero le escribía todas las semanas. Ella y sus dos amigas, Ruth Honinger y Mary Beth Gooch, fueron a todos los conciertos *rock* en Wichita y, en septiembre, hicieron autostop hasta Kansas City para ver el concierto de Van Halen y los Monsters of Heavy Metal. Aseguraba haberlo hecho con el bajista Dokken y decía que había sido «la experiencia más a tope que he tenido en toda mi vida». Había «llorado y llorado» después de la muerte de sus padres, con una diferencia de veinticuatro horas; a pesar de que su madre era una «zorra mojigata» y de que, para su padre, su amigo Ronnie, el que se marchó para alistarse en los marines, fuera «como un forúnculo en el culo». Había pensado hacerse esteticista en Wichita o «largarme a Hollywood y encontrar trabajo en una de esas compañías que hacen las casas de las estrellas. En decoración de interiores soy cojonuda a tope y Mary Beth dijo que vendría conmigo».

Al llegar a ese punto, recordó que Mary Beth Gooch había muerto y que su oportunidad de convertirse en una esteticista o en decoradora de interiores para las estrellas se había desvanecido... al igual que todo lo demás y que todo el mundo.

Cuando aquel torrente de palabras empezó a perder fuerza, al menos de momento, quiso volver a hacerlo, como le dijo con mimo. Nick negó con la cabeza y ella, por un momento, puso morritos.

—Después de todo, es posible que no quiera ir con vosotros —dijo.

Nick se encogió de hombros.

—¡Mudo, mudo, mudo! —exclamó ella con auténtica saña, y sus ojos brillaban por el despecho; luego, sonrió=, Sólo era una broma.

Nick la contempló con expresión impávida. Le habían llamado peores cosas; sin embargo había algo en ella que no le gustaba nada. Cierta inquieta inestabilidad. Las mujeres, cuando se enfadan con uno, pueden gritarte o abofetearte. Pero ésta no. Ésta intentaría arañarte. De repente tuvo la absoluta seguridad de que le había mentido respecto a su edad. No tenía diecisiete años, ni catorce, ni veintiuno. Tendría la edad que ella quisiera, siempre que tú la necesitaras más que ella a ti, la desearas más de lo que ella te deseara a ti. Se había presentado como una criatura sexual. Pero Nick se dijo que su sexualidad era sólo una manifestación de otra faceta de su personalidad... un síntoma. *Síntoma* era una palabra que se utilizaba para referirse a alguien que estaba enfermo. Y ella en cierto modo lo estaba; y de repente se asustó ante la influencia que aquella mujer pudiera ejercer en Tom.

—¡Eh! Tu amigo se está despertando —dijo Julie.

Nick volvió la cabeza. En ese momento Tom estaba ya sentado en el banco, rascándose la coronilla, que se asemejaba al nido de un cuervo, y mirando en derredor desorientado. Nick se acordó de repente del Pepto-Bismol.

—¡Hola, tú! —canturreó Julie al tiempo que echaba a correr calle abajo en dirección a Tom, agitando sus senos bajo el ceñido suéter.

A Tom se le desorbitaron más los ojos.

—¿Hola? —preguntó Tom más que dijo. Miró a Nick en busca de una explicación.

Nick se encogió de hombros y asintió.

—Soy Julie —dijo ella—. ¿Qué tal te va, encanto?

Sumido en su pensamiento y también en su inquietud, Nick entró de nuevo en la farmacia en busca de lo que Tom necesitaba.

—Aj-aj —dijo Tom meneando la cabeza al tiempo que retrocedía—. Aj-aj. No lo hago. A Tom Cullen no le gusta la medicina, cáspita, no. Sabe mal.

Nick lo miró irritado, sosteniendo en la mano el frasco triangular de Pepto-Bismol. Miró a Julie, que le devolvió la mirada; pero Nick pudo ver en ella la misma enojosa expresión que cuando le llamó mudo. No era cordial sino dura como el pedernal. Era la expresión que una persona sin sentido del humor adopta cuando se dispone a fastidiar.

—Tienes razón, Tom —le dijo ella—. No lo bebas, es veneno.

Nick la miró fijamente. Ella le sonrió, en jarras, desafiándole a que convenciera a Tom de lo contrario. Tal vez ésa fuera su mezquina venganza por el rechazo a su segunda oferta de follar.

Miró de nuevo a Tom y él mismo tomó un sorbo de Pepto-Bismol. Empezaba a sentir en las sienes la sorda presión del enfado. Tendió la botella a Tom; pero éste distaba mucho de mostrarse convencido.

—No, aj-aj. Tom Cullen no bebe veneno —dijo, y Nick advirtió, sintiendo aumentar su enfado hacia la joven, que Tom estaba aterrado—. Papá dijo que no lo hiciera. Papá dijo que si podía matar a las ratas en el granero, mataría a Tom. ¡No quiero veneno!

Nick se volvió hacia Julie, incapaz de soportar su sarcástica sonrisa, y le descargó una fuerte bofetada. Tom miraba asustado, con los ojos muy abiertos.

—Maldito... —balbuceó ella, y por un momento no encontró las palabras; había enrojecido intensamente y de súbito pareció más vieja y malvada—. ¡Bastardo mudo de mierda! ¡Sólo era una broma, so imbécil! ¡Tú no puedes pegarme! ¡No puedes pegarme, maldito seas!

Se precipitó hacia Nick, el cual la repelió de un empujón. Cayó sobre su trasero y se quedó mirándolo enseñando los dientes.

—Te arrancaré las pelotas —jadeó—; no puedes hacerme esto.

Nick, con mano temblorosa y sintiendo fuertes latidos en la cabeza, sacó su bolígrafo y garrapateó con letras grandes y nerviosas. Arrancó la hoja y se la alargó a Julie. Ésta la apartó de un manotazo con los ojos brillándole de furia. Nick la recogió y agarrando a la joven por el cogote le puso la nota delante de la cara. Tom había retrocedido gimoteando.

—¡Está bien! —chilló Julie—. ¡La leeré! ¡Leeré tu asquerosa nota!

Sólo eran tres palabras: «No te necesitamos».

—¡Jódete! —le gritó ella al tiempo que se soltaba.

Julie retrocedió varios pasos por la acera. Tenía los azules ojos muy abiertos, como cuando topó prácticamente con ella en la farmacia; pero ahora rebosaban odio. Nick sintió contrariedad. Entre todas las personas del mundo, ¿por qué precisamente ella?

—No me quedaré aquí —siguió diciendo Julie Lawry—. Voy con vosotros. Y no puedes impedírmelo.

Pero sí podía. ¿Acaso ella no se había dado cuenta? No, se dijo Nick, no se había dado cuenta. Para ella todo aquello era una especie de escenificación de Hollywood, una película sobre un desastre en la tierra protagonizada por ella. Una película en la que Julie Lawry, conocida también como Cara de Ángel, siempre se salía con la suya.

Sacó el revólver de la funda y apuntó a los pies de la joven. Julie palideció y se quedó inmóvil. Sus ojos habían cambiado y por primera vez daba la impresión de ser real. En su mundo había aparecido algo que *no podía manejar a su antojo*: un arma. De repente, Nick se sintió fatigado además de contrariado.

—No quise decirlo... —alegó ella presurosa—. Haré lo que quieras. Te lo juro por Dios.

Nick le indicó con el arma que se fuera.

Julie echó a andar, mirando hacia atrás por encima del hombro. Andaba cada vez más deprisa y finalmente echó a correr. Nick enfundó el arma. Estaba temblando. Se sentía sucio y deprimido, como si Julie Lawry hubiera sido algo inhumano, más semejante a los escarabajos que uno se encuentra debajo de los árboles muertos que a un ser humano.

Se volvió hacia Tom; pero éste había desaparecido.

Corrió por la calle, bajo un sol implacable, latiéndole la cabeza de forma espantosa, palpitándole el ojo herido. Necesitó casi veinte minutos para encontrar a Tom escondido en un patio trasero, dos calles más abajo del barrio comercial. Estaba sentado en un herrumbroso columpio, abrazado a su garaje Fisher-Prize. Al ver a Nick empezó a llorar.

—No me lo hagas beber, por favor; no hagas beber a Tom Cullen veneno, cáspita, no, papá decía que si podía matar ratas también podía matarme a mí... ¡por faaaavor!

Nick se dio cuenta de que todavía llevaba en la mano el frasco de Pepto-Bismol. Lo tiró y mostró a Tom las manos vacías. La diarrea habría de seguir su curso. Muchas gracias, Julie.

Tom bajó los escalones farfullando.

—Lo siento —repetía—. Lo siento. Tom Cullen lo siente.

Regresaron juntos a Main Street... y de repente se pararon en seco. Las dos bicis estaban tiradas con las ruedas pinchadas. El contenido de sus mochilas se hallaba desperdigado por la calle.

En ese momento algo pasó a gran velocidad junto a la cara de Nick, que lo sintió. Y Tom, dando un chillido, echó a correr. Nick permaneció allí por un instante, desconcertado, mirando en derredor, y vio el destello de un segundo disparo. Procedía de una ventana del segundo piso del hotel Pratt. Algo semejante a una aguja de zurcir zumbó junto a su cuello.

Dio media vuelta y corrió detrás de Tom.

No podía saber si Julie volvería a disparar. De lo que sí estuvo seguro cuando alcanzó a Tom, era de que ninguno de los dos había resultado herido. Nos hemos librado, se dijo. Pero resultó una verdad a medias.

Aquella noche durmieron en un granero a cuatro kilómetros al norte de Pratt. Tom pasó la noche despertándose a causa de las pesadillas, y despertando luego a Nick para que lo tranquilizara. A la mañana siguiente, alrededor de las once, llegaron a Iuka, y encontraron dos excelentes bicicletas en una tienda llamada *Sport & Cycle World*. Nick, que empezaba a recuperarse de su encuentro con Julie, pensó que podrían completar sus suministros en Great Bend, adonde deberían llegar el día 14.

Pero precisamente alrededor de las tres menos cuarto de la tarde del 12 de julio, vio un destello en el retrovisor del manillar. Se detuvo. Tom, que iba pedaleando detrás de él y remoloneaba, le arrolló un pie, pero Nick apenas lo notó. Miraba hacia atrás por encima del hombro. El centelleo aparecido en la colina, justo detrás de ellos, semejante a una estrella del alba, le satisfizo y deslumbró su ojo. Apenas podía creer lo que estaba viendo. Era una vieja furgoneta de reparto Chevy, el viejo y excelente acero rodante de Detroit, que avanzaba despacio, pasando de un carril a otro de la 281, a fin de sortear un montón de vehículos abandonados. Pasó junto a ellos. Tom agitó frenético los brazos en tanto que Nick seguía allí en pie, paralizado, con las piernas a horcajadas sobre su bici. Lo primero que se le ocurrió a Nick antes de que apareciera la cabeza del conductor, fue que se trataría de Julie Lawry, con su sonrisa triunfal y retorcida. Llevaría el arma con la que antes intentó matarlos, y desde tan cerca no habría posibilidad de que fallara. No hay en el infierno furia peor que la de una mujer despechada.

Pero el rostro que apareció pertenecía a un hombre de unos cuarenta años, tocado con un sombrero de paja frívolamente ladeado con una pluma en la cinta de terciopelo azul. Al sonreír, su cara se convirtió en una malla de simpáticas arrugas debidas al sol.

—¡Por las barbas de Belcebú! ¡Me alegro de veros, muchachos! Subid y veamos a dónde nos dirigimos.

Así fue como Nick y Tom se encontraron con Ralph Bretner.

Se estaba desmoronando, pequeña, ¿no lo sabías?

Pensándolo bien, ése era un verso de Huey Piano Smith. Hacía ya mucho tiempo. Una ráfaga del pasado. Huey Piano Smith. ¿Recuerdas cómo era aquello? *Ah-ah-ah-ah, daaaay-o... gooba-gooba-gooba-gooba... ah-ah-ah*. El ingenio, la agudeza y la crítica social de Huey Piano Smith.

—A la mierda con la crítica social —dijo—. Huey Piano Smith fue anterior a mi época.

Años más tarde, Johnny Rivers había grabado una de las canciones de Huey, *Rocking Pneumonia and toe Boogie-Woogie Fin*. Larry Underwood la recordaba con toda claridad y se dijo que era adecuada para la ocasión. El bueno y viejo de Johnny Rivers. El bueno y viejo de Huey Piano Smith.

—A la mierda —repitió Larry; tenía un aspecto horrible, era un fantasma pálido y frágil dando traspies por una carretera de Nueva Inglaterra—. A mí que me den los sesenta.

Claro, los sesenta. Aquellos sí fueron buenos tiempos. Mediados y finales de los sesenta. El Flower Power, Andy Warhol con sus gafas de montura rosa y sus jodidas pinturas. Velvet Underground. Norman Spinrad, Norman Mailer, Norman Thomas, Norman Rockwell, el bueno y viejo de Norman Bates de los Bates Motel, heh-heh-heh. Dylan se rompió el cuello. Barry McGuire graznó *The Eye of Destruction*. Joan Baez despertó la conciencia de los chicos blancos de América. Todos aquellos maravillosos grupos, se dijo Larry mareado, te dieron los sesenta y empastaron los ochenta en tu trasero. En lo que a *rock and roll* se refería, los sesenta fueron de los Last Hurrah of the Golden Horde, Cream, Rascals, Speenful, Airplane (Grace Slick a la voz, Norman Mailer a la guitarra y el bueno y viejo de Norman Bates a la batería), Beatles... quien... muerto...

Cayó de bruces golpeándose la cabeza.

El mundo se deshizo entre tinieblas y luego volvió en brillantes fragmentos. Ni siquiera importaba. Hay que joderse, como solían decir en los gloriosos y alegres sesenta. Que podía importar que se cayera y se diera un golpe en la cabeza cuando durante toda la última semana no había podido dormir sin despertarse con horribles pesadillas, y consideraba una buena noche aquella en la que el grito no llegaba a salir de la garganta, puesto que, si lo hacía, su propio alarido lo despertaba, se sentía aún más aterrado.

Sonaba que se encontraba de nuevo en el túnel Lincoln. Había alguien detrás de él; sólo que en los sueños no era Rita, sino el demonio que acechaba a Larry con una siniestra sonrisa en su rostro. El hombre negro no era como los muertos vivientes, era *peor* que ellos. Larry corría con el pánico lento y fangoso de los malos sueños, tropezando con cadáveres invisibles, sabedor de que le estaban mirando, con aquellos vidriosos ojos de animales disecados, desde las criptas de sus coches, que se habían introducido en la circulación paralizada, aunque tenían algún otro lugar donde estar. Corría pero... ¿de qué le servía correr si el hombre demonio negro, el hombre negro mágico, podría ver en la oscuridad con ojos semejantes a periscopios? Y al cabo de un rato, el hombre oscuro empezaría a susurrarle *con voz insinuante: Ven, Larry, ven, lo obtendreeemos juuuntos... Laaarry...*

Sentiría el aliento del hombre negro sobre su hombro y ése era el momento en que empezaba a luchar por despertarse, por escapar del sueño; y el grito se le atragantaba como un hueso caliente. O bien acababa saliendo de sus labios con fuerza suficiente para despertar a un muerto.

La visión del hombre oscuro solía retroceder durante las horas diurnas. Era evidente que el hombre oscuro hacía turno de noche. Por el día, era el Gran Solitario el que le atormentaba, royendo para abrirse camino hasta su cerebro como una rata infatigable, o acaso una comadreja. De día, sus pensamientos volvían siempre a Rita. La chica del aparcamiento, la deliciosa Rita. La veía una y otra vez; en su mente contemplaba aquellos rasgados ojos semejantes a los de un animal al que hubieran sorprendido el dolor y la muerte; aquella boca que había besado, expulsando un vómito rancio y verdoso. Había muerto durante la noche, *en el mismo jodido saco de dormir*, y ahora él estaba...

Bien, derrumbándose. Así era, ¿no? Eso era lo que le ocurría. Se estaba derrumbando.

—Derrumbándome —dijo con voz apesadumbrada—. Caray me estoy volviendo majara.

Una parte de él que todavía conservaba cierto grado de raciocinio le aseguraba que podía ser verdad; pero lo que estaba sufriendo en ese momento era postración a causa del calor. A raíz de lo ocurrido a Rita, se sintió incapaz de volver a utilizar la motocicleta. No podía. Era como un bloqueo mental. Se veía sin cesar estampado por toda la carretera. Así que, al final, la desechó. Desde entonces estaba caminando... ¿Cuántos días? ¿Cuatro? ¿Ocho? ¿Nueve? No lo sabía. Había estado hablando solo desde las diez de la mañana; en ese momento eran casi las cuatro, el sol estaba exactamente detrás de él, y no llevaba sombrero.

No recordaba cuántos días hacía que se había desprendido de la motocicleta. No fue ayer y probablemente tampoco anteayer (tal vez, pero no era probable). Y, a fin de cuentas, ¿qué importaba? Se bajó, metió un cambio, hizo girar el acelerador y soltó el embrague. La propia máquina se arrancó de sus manos, enfermas y temblorosas, semejante a un derviche, y atravesó, dando saltos y corcovos, el terraplén de la carretera 9 en alguna parte al este de Concord. Se dijo que era posible que el nombre de la ciudad donde había asesinado a su motocicleta fuera Gossville; aunque tampoco importaba demasiado. La realidad era que ya no le servía para nada. No se había atrevido a conducirla a más de veinticinco kilómetros por hora, y, así y todo, tenía imágenes de pesadillas en las que salía lanzado por encima del manillar y se partía el cráneo, o se encontraba, con un callejón sin salida para ir a estrellarse contra un camión volcado y quedar convertido en una gran bola de fuego. Y al cabo de un rato había aparecido la jodida luz achicharrante. Claro que había aparecido, y casi podía leer la palabra COBARDE sobre el envoltorio de plástico de la pequeña bombilla roja. Inicialmente no sólo había considerado normal el uso de la moto sino que incluso *disfrutaba* con ella, con la sensación de velocidad mientras el viento le silbaba en los oídos y el pavimento desapareciendo a veinticinco centímetros de sus pies. Sí. Eso era cuando Rita estaba todavía con él, antes de que ella se convirtiera en una bocanada de vómito verdoso y un par de ojos entornados. Sí, también disfrutó con ella.

Así que había arrojado la motocicleta por encima del terraplén hacia un barranco desbordante de maleza, y luego se había asomado a él con una especie de terror cauteloso, como si aquello fuera capaz de levantarse y atacarle. Vamos, se había dicho, vamos y termina de una vez, so idiota. Pero aquella moto resistió durante un buen rato. Se revolcó y aulló en el barranco, con la rueda trasera girando en el vacío, la cadena removiendo furiosa las hojas secas, y levantando nubes de polvo marrón que despedía un olor acre. El tubo de escape cromado eructaba humo azul. E incluso entonces estuvo lo bastante loco como para creer que en todo aquello había algo sobrenatural, que la moto se arreglaría por sí sola, saldría de su tumba y lo *trituraría*... O bien que una tarde cualquiera miraría hacia atrás y vería su moto, esa condenada moto que se negaba a permanecer allá abajo y morir decentemente, rugiendo por la carretera en línea recta hacia él. Encorvado sobre el manillar se encontraría aquel hombre oscuro, aquella pesadilla, y a la grupa, detrás de él, con sus pantalones de seda blanca agitados por la brisa, iría Rita Blakemoor, con su cara blanca como la tiza, sus ojos hinchados y su pelo tan seco y muerto como un maizal en invierno. Por último, la moto empezó a petardear y sacudirse. Cuando al fin se detuvo, él miró hacia abajo y se sintió triste, como si hubiera matado a una parte de sí mismo. Sin la motocicleta no había manera de organizar un ataque serio contra el silencio y, en cierto modo, éste era peor que sus temores a morir o a resultar malherido por accidente. Desde entonces había estado andando. A lo largo de la carretera 9, atravesó varias ciudades pequeñas que tenían tiendas de bicicletas, pero si las hubiera mirado por mucho tiempo, habrían surgido ante él imágenes de sí mismo caído en la cuneta, en un enfermizo charco de sangre en technicolor, algo semejante a una de esas espantosas aunque fascinantes películas de horror, en las que la gente se pasa todo el tiempo muriendo bajo las ruedas de grandes camiones o a consecuencia de enormes e indefinibles criaturas que han nacido y crecido en sus entrañas y que se liberaban con una explosión del vientre, hecho jirones de carne, y entonces moriría soportando el pálido y tembloroso silencio. Moriría con unas exquisitas gotitas de sudor perlándole el labio superior y las sienes.

Había perdido peso. Andaba durante todo el día, desde el alba hasta la puesta de sol. No dormía bien. Las pesadillas solían despertarle a las cuatro de la madrugada. Entonces encendía su farol Coleman, se acurrucaba y esperaba a que el sol iluminara lo suficiente para atreverse a emprender el camino. Y andaba sin parar, hasta que oscurecía tanto que apenas se podía ver y tenía que instalar su campamento. Lo hacía con la furtiva y urgente rapidez de un presidiario fugitivo. Una vez preparado el campamento, solía yacer despierto hasta tarde, sintiéndose como si dos gramos de cocaína pura se hubieran infiltrado en su organismo. Vamos, muchacho, muévete. Al igual que un recalcitrante consumidor de coca, no comía demasiado. Jamás tenía hambre. La cocaína no despierta el apetito, y tampoco lo hace el

terror. Larry no había vuelto a tocar la coca desde aquella lejana fiesta en California, pero pasaba todo el tiempo aterrado. El graznido de un ave en el bosque le hacía estremecerse. El chillido de agonía de un animalillo al echarle la zarpa otro más grande, le proporcionó el susto de su vida. Había pasado de la delgadez a hallarse flaco y a atravesar luego por todos los grados de lo esquelético. En aquellos momentos se encontraba en la linde, metafórica o metabólicamente hablando, entre la escualidez y la emaciación. Le había crecido la barba, una barba rubia rojiza, más clara que su pelo. Tenía los ojos completamente hundidos. Brillaban en sus cuencas semejantes a animales pequeños y desesperados que hubieran quedado atrapados en sendos nidos de culebras.

—Estoy perdido —gimió.

Le horrorizó la trémula desesperación de aquel quebrado lamento. ¿Tan grave era la cosa? Hubo una vez un Larry Underwood con moderado éxito, que tenía la ambición de convertirse en el Elton John de su época... Caramba, cómo se hubiera reído de eso Jerry García... Y ahora, aquel tipo se había convertido en esta cosa descoyuntada, arrastrándose por el negro asfalto de la carretera 9 en alguna parte del sureste de New Hampshire, reptando... El rey de los reptantes. Ése era él. Con toda seguridad el otro Larry Underwood no tendría nada que ver con semejante ser rastrero...

Intentó levantarse, pero no lo consiguió.

—Esto es ridículo —dijo sollozando y medio riendo.

Al otro lado de la carretera, sobre una colina a unos doscientos metros de allí, centelleando como un deslumbrante milagro se alzaba una encantadora y blanca granja de Nueva Inglaterra. Tenía costaneras verdes, setos verdes y un tejado de ripias verdes. Delante de ella se extendía una pradera que empezaba a amarillear. Al pie de la pradera corría un pequeño arroyo. Podía oírlo gorgotear y chapotear, un sonido fascinante. Un muro de piedra se prolongaba a lo largo de su curso, probablemente limitando la propiedad y, junto al muro, a intervalos, podían verse grandes olmos umbrosos. Así que haría su numerito reptante mundialmente famoso y llegaría hasta ellos para descansar un rato a su sombra. Eso era exactamente lo que iba a hacer. Y cuando se sintiera algo mejor respecto a... respecto a las cosas en general, se esforzaría por ponerse en pie e iría hasta el arroyo para beber y lavarse. Probablemente olería a diablos. Pero ¿a quién le importaba? ¿Quién habría de olerle ahora que Rita había muerto?

¿Seguiría tumbada en aquella tienda?, se preguntó morbosamente. ¿Hinchándose? ¿Atrayendo moscas? ¿Pareciéndose cada vez más al dulce pastelón negro en aquel retrete de Central Park? ¿Dónde sino podría estar? ¿Jugando al golf en Palm Springs con Bob Hope?

—Esto es horrible, Dios mío.

Empezó a cruzar la carretera arrastrándose. Estaba seguro de que, una vez a la sombra, podría ponerse en pie; aunque el esfuerzo se le antojaba excesivo. Sin embargo, hizo acopio de energía y halló la suficiente para mirar hacia atrás y cerciorarse de que su moto no le había seguido.

A la sombra, la temperatura era al menos quince grados más baja, y Larry exhaló un largo suspiro de alivio. Se llevó la mano a la nuca, que era donde había recibido con más fuerza el sol la mayor parte del día, y apretó. Sintió un leve dolor. ¿Alguna quemadura? Vamos. Xilocaína. Y todas esas otras porquerías. Haga que esos hombres se protejan del sol. Arde, encanto, arde. Watts. ¿Te acuerdas de Watts? Otro fogonazo del pasado. Toda la raza humana no era más que un inmenso fogonazo del pasado, una enorme gasificación dorada.

—Estás enfermo, muchacho —dijo apoyando la cabeza contra el rugoso tronco y cerrando los ojos.

El sol, tamizado por las ramas, creaba dibujos cambiantes en rojo y negro a través de sus párpados. El murmullo del agua resultaba agradable y tranquilizador. Dentro de un momento iría hasta allí para beber y lavarse. Sólo un momento.

Dormitó.

Pasaban los minutos y se fue sumergiendo en su primer sueño apacible y sin pesadillas durante días. Sus manos descansaban inertes sobre las piernas. El delgado pecho subía y bajaba, y la barba hacía parecer todavía más flaca su cara inquieta, de refugiado solitario que hubiera escapado de una matanza terrible. Poco a poco, empezaron a suavizarse las arrugas en su rostro atezado. Se hundió en espiral hasta los niveles más profundos de la inconsciencia y quedó allí, semejante a una pequeña criatura del río que se protegiese del verano adormilada entre los frescos lodos. El sol iba descendiendo en el cielo.

Cerca de la orilla del arroyo, el exuberante seto de arbustos se agitó levemente al avanzar alguien sigiloso entre ellos, detenerse y ponerse de nuevo en movimiento. Al cabo de un

momento apareció un muchacho. Tal vez tuviera trece años, o acaso diez y fuese alto para su edad. Vestía sólo unos *shorts* Fruit of the Loom. Su cuerpo bronceado parecía de caoba salvo en la parte, asombrosamente blanca, que asomaba por la cintura de sus *shorts*. En su piel podían verse picaduras de mosquitos y de ácaros, algunas recientes. En la mano derecha sostenía un cuchillo de carnicero. La hoja tenía treinta centímetros de largo y era aserrada. Brillaba agresiva al sol.

Sigiloso, un poco agachado, fue acercándose al olmo y a la cerca de piedra hasta encontrarse justo detrás de Larry. Tenía ojos azul verdoso, parecidos al agua del mar, con los extremos levantados, lo que le daba cierto aspecto chino. Eran ojos sin expresión, blandamente salvajes. Levantó el cuchillo.

—No —le ordenó una voz de mujer, suave aunque firme.

El muchacho se volvió hacia ella, con la cabeza ladeada y escuchando. Seguía con el cuchillo en alto. Su actitud era a un tiempo interrogante y decepcionado.

—Esperemos y veamos qué pasa —dijo la voz de mujer.

El muchacho se detuvo y sus ojos fueron del cuchillo a Larry y luego de nuevo al cuchillo con expresión de ansia. Finalmente se retiró por donde había llegado.

Larry seguía durmiendo.

Cuando Larry al fin se despertó, se dio cuenta de que se sentía bien, y de que estaba hambriento y se sentía capaz de orinar como un caballo.

Al ponerse en pie y escuchar el maravilloso crujido de sus huesos al desperezarse, se percató de que no había simplemente dormitado. Había dormido durante toda la noche. Miró su reloj y se asombró: eran las nueve y veinte de la mañana. Estaba hambriento. Seguramente habría comida en la casa. Conservas de sopa y tal vez de carne. El estómago le crujía.

Antes de ponerse en marcha, se quitó la ropa y se remojó en el arroyo. Notó lo escuálido que se estaba quedando. Se levantó, se secó con la camisa y se puso de nuevo los pantalones. Un par tic piedras sobresalían de la superficie del agua, y Larry las utilizó para cruzar el arroyo. De repente se quedó inmóvil y miró hacia los espesos arbustos. El miedo que había permanecido latente desde que se había despertado, surgió de repente como un haz de teas que se encienden, para apagarse con igual rapidez. Probablemente se trataba de una ardilla o una marmota. Tal vez incluso de un zorro. Nada más. Se volvió y empezó a atravesar la pradera en dirección a la casa blanca.

A mitad de camino, un pensamiento emergió en su mente como una burbuja y explotó. Ocurrió de forma casual, pero sus implicaciones le hicieron pararse en seco.

La idea era ésta: ¿Por qué no viajo en bicicleta?

Se detuvo en medio de la pradera, a la misma distancia de la casa que del arroyo, y lo evidente de la pregunta lo dejó aturdido. Había caminado desde que arrojó la Harley al barranco. Había caminado hasta agotarse a causa de una insolación o de algo muy parecido. Sin embargo, había podido ir pedaleando todo el tiempo. De haberlo hecho, ya se encontraría en la costa, escogiendo su casa de verano y avituallándola.

Rompió a reír, en principio levemente, un poco asombrado por el sonido de su propia risa entre aquel silencio. Reír cuando no hay nadie cerca es una señal más de que estás emprendiendo un viaje sin retorno a las tierras de la locura. Pero la risa parecía real y sincera, condenadamente *sana* y tan semejante a la del viejo Larry Underwood. Permaneció allí, con los brazos en jarras, la cabeza vuelta hacia el cielo, y desgañitándose ante su asombrosa simpleza.

Detrás de él, en el lugar donde los arbustos junto al arroyo eran más espesos, unos ojos azul verdoso observaban todo aquello, y vieron cómo Larry reanudaba su camino en dirección a la casa, sin dejar de reír y mover la cabeza. El muchacho se abrió camino entre los arbustos, medio desnudo y blandiendo el cuchillo de carnicero.

Surgió otra mano que le acarició el hombro. El muchacho se detuvo. Apareció la mujer. Era alta y corpulenta; pero no pareció agitar una sola ramita de los arbustos. Tenía abundante pelo negro, con gruesas mechas blancas. Lo llevaba recogido en una trenza que le caía sobre un hombro y le llegaba al nacimiento del seno. Al mirar a aquella mujer, lo primero que impresionaba era su estatura; luego, la mirada se sentía atraída hacia aquel pelo, y lo contemplaba pensando en cómo podía palpase con los propios ojos su textura fuerte y a un tiempo sedosa. Si el que la miraba era un hombre, se encontraría pensando en el aspecto que tendría ella con aquel cabello suelto, desparramado sobre una almohada bajo un rayo de luna. Y también se preguntaría cómo sería ella en la cama. Pero a aquella mujer aún no la había

penetrado hombre alguno. Era pura. Esperaba. Hubo sueños. En cierta ocasión había acudido a la tabla Ouija. Y ahora se preguntó una vez más si sería ese hombre.

—Espera —le dijo el muchacho.

Le hizo volver el turbado rostro hacia el suyo en calma. Sabía lo que le perturbaba.

—A la casa no le pasará nada. ¿Por qué habría de hacerle daño a la casa, Joe?

El muchacho se volvió de nuevo y dirigió una preocupada mirada hacia la vivienda.

—Cuando entre le seguiremos.

El chico meneó la cabeza contrariado.

—Sí. Tenemos que hacerlo. Yo tengo que hacerlo.

Lo decía con absoluta convicción. Tal vez no fuera él; pero podía ser un eslabón de la cadena que durante tantos años estaba siguiendo, una cadena que ahora ya tocaba a su fin.

Joe, aunque ése no era su verdadero nombre, levantó bruscamente el cuchillo como dispuesto a clavárselo a la mujer. Ella no intentó protegerse ni huir, y el muchacho bajó el cuchillo lentamente. Se volvió hacia la casa y asestó varias cuchilladas en esa dirección.

—No, no lo harás —le advirtió ella—. Es un ser humano y nos conducirá hasta... —Iba a añadir «hasta otros seres humanos. Es un ser humano y nos llevará hasta otros seres humanos». Pero no sabía muy bien si era eso lo que quería decir. Empezaba ya a sentirse empujada hacia dos caminos a la vez, y pensó que le hubiera gustado no haber visto a Larry. Intentó acariciar de nuevo al muchacho; pero él se apartó y miró hacia la casa blanca con expresión ardiente y recelosa. Al cabo de un rato, se deslizó de nuevo entre los arbustos y miró a la mujer con gesto de reproche. Ella lo siguió para asegurarse de que estaba bien. Se había acurrucado en posición fetal apretando el cuchillo contra su pecho. Se metió el pulgar en la boca y cerró los ojos.

Nadine regresó junto al arroyo, donde se había formado un pequeño remanso, y se arrodilló. Bebió con las manos y luego se instaló para vigilar la casa. Su mirada era tranquila; su rostro, como el de una virgen de Rafael.

A última hora de aquella tarde, mientras Larry pedaleaba a lo largo de los árboles de la carretera 9, vio un cartel verde iluminado y se detuvo a leerlo un tanto asombrado. En él se decía que estaba entrando en MAINE, TIERRA DE VACACIONES. Apenas podía creerlo. En su medio inconsciencia, asustado, debió de haber cubierto andando una distancia increíble. O, de no ser así, había extraviado un par de días en alguna parte. Se disponía a reanudar su pedaleo cuando algo, un ruido en el bosque o acaso sólo en su cabeza, le hizo mirar rápidamente hacia atrás por encima del hombro. No había nada, sólo la carretera por la que venía desde New Hampshire, completamente desierta.

Desde que estuvo en la gran casa blanca, donde desayunó cereales con queso de un bote aerosol extendido sobre unas galletas Ritz un poco rancias, había tenido varias veces la sensación de que lo observaban y lo seguían. Oía cosas, incluso tal vez las veía por el rabillo del ojo. Su capacidad de observación que ya casi había recuperado del todo en tan extraña situación, seguía avivando estímulos, todavía tan débiles que eran subliminales, y excitaba sus nervios con cosas tan nimias que, incluso reunidas, formaban sólo una vaga impresión, una sensación de «ser vigilado». Esa sensación no le asustaba como las otras. No tenía la impresión de sufrir alucinación o delirio. Si alguien estaba vigilándolo e intentado ocultar su presencia era porque le tenía miedo. Y si tenía miedo del infeliz y esquelético Larry Underwood, que se había acobardado hasta el punto de dejar de montar una motocicleta a treinta kilómetros por hora, no debía preocuparle.

En aquellos momentos, cabalgando en la bici que había cogido de una tienda de artículos de deporte, unos seis kilómetros al este de la casa blanca, gritó con claridad:

—Si hay alguien ahí, ¿por qué no sale? No le haré daño.

No hubo respuesta. Permaneció en la carretera junto al cartel que señalaba la frontera, vigilando y esperando. Trinó un pájaro y luego levantó el vuelo. Nada más se movió. Al cabo de un rato reanudó la marcha.

Hacia las seis de aquella tarde llegó al pequeño pueblo de North Berwick, en la intersección de las carreteras 9 y 4. Decidió acampar allí y, a la mañana siguiente, seguir camino hacia la costa.

Había una tienda pequeña en el cruce de North Berwick. Entró y cogió del frigorífico un paquete de seis cervezas Black Label, una marca que no conocía, seguramente una cerveza

regional. También se llevó una bolsa de patatas fritas y dos latas de carne. Metió todo en su mochila y se dirigió de nuevo a la puerta.

Al otro lado de la calle había un restaurante y, por un instante, le pareció ver *pasar* dos largas sombras" y desaparecer. Tal vez sus ojos le engañaron, pero no lo creía. Se le ocurrió cruzar corriendo la carretera y sorprender en su escondite a quienes estuvieran allí: «Vamos, vamos, salid ya. El juego ha terminado, niños». Decidió no hacerlo. Sabía lo que era el miedo.

En vez de eso, caminó un corto trecho carretera abajo, empujando la bici en cuyo manillar había colgado la mochila. Vio una escuela de ladrillo con un bosquecito en la parte trasera. En el pinar, recogió leña suficiente para hacer fuego, la puso en el centro del suelo de asfalto del patio de recreo y la encendió. Cerca había un arroyo que fluía junto a una fábrica textil, por debajo de la carretera. Puso a enfriar la cerveza en el agua y calentó una lata de carne. Comió con su cubierto de *boy scout*, sentado en uno de los columpios que había en el patio, meciéndose lentamente; su larga sombra se proyectaba a través de las borrosas líneas de la cancha de baloncesto.

Se preguntó por qué no sentía miedo de la gente que le estaba siguiendo; porque ahora estaba seguro de que *había* gente que le seguía, al menos dos personas. Y también se preguntó por qué durante todo ese día se sentía tan bien, como si su cuerpo hubiera expulsado algún espantoso veneno durante su largo sueño de la tarde anterior. Tal vez se debiera a que necesitaba descanso. ¿Eso y nada más? Parecía demasiado sencillo.

Desde el punto de vista de la lógica, si sus seguidores quisieran hacerle algún daño ya lo habrían intentado. Hubieran disparado contra él desde la maleza o al menos le hubieran detenido con sus armas. Habrían cogido lo que les viniera en gana. Y de nuevo intervenía la lógica (también era bueno poder pensar con lógica, ya que durante los últimos días lo había hecho sumergido en el corrosivo ácido del terror). ¿Qué podía tener él que alguien deseara? En lo que se refería a cosas materiales, había suficiente para los pocos que quedaban para disfrutarlas. ¿Para qué molestarse en robar a una persona, matar y arriesgar la vida cuando todo cuanto uno pudo haber soñado tener, sentado en el retrete con el catálogo de Sears sobre las rodillas, se encontraba ahora al alcance en cualquier escaparate de América? Bastaba con romper el cristal, entrar y cogerlo.

Todo salvo, naturalmente, la compañía de alguien. Y como Larry bien sabía, *eso* andaba escaso. Y precisamente por eso no se sentía asustado, pues creía que era *eso* lo que aquella gente quería. Tarde o temprano, su deseo superaría al miedo. Y él esperaría hasta que tal cosa ocurriese. No pensaba ahuyentarlos como a una bandada de codornices. Eso empeoraría las cosas. Hacía dos días él mismo se habría esfumado de haber visto a alguien. Así que podía esperar. Desde luego tenía necesidad de volver a ver a alguna persona. Vaya si la tenía.

Se dirigió de nuevo al arroyo para lavar su cubierto. Sacó del agua las latas de cerveza y regresó a su columpio. Abrió una lata y la alzó en dirección al restaurante donde había visto las sombras.

—¡A vuestra salud! —dijo y bebió de un trago la mitad de la lata.

Iba a tomárselo con calma.

Eran las siete cuando vació la última cerveza. El sol se estaba poniendo. Dio un puntapié a las brasas que quedaban y recogió las cosas. Luego, achispado y sintiéndose a gusto, subió pedaleando por la carretera 9 durante casi medio kilómetro y encontró una casa con un porche cubierto. Dejó la bici en el césped, cogió su saco de dormir y se dirigió al porche.

Una vez más, recorrió con la mirada los alrededores esperando descubrir a quienquiera estuvieran siguiéndole, ya que tenía la seguridad de que no habían abandonado. Pero la calle se hallaba silenciosa y desierta. Se encogió de hombros y entró en el porche.

Era todavía temprano, y esperaba mantenerse un rato despierto. No obstante, debía de estar falto de sueño, pues a los quince minutos, se quedó dormido como una marmota, con la respiración rítmica y pausada. Y el rifle junto a su mano derecha.

Nadine estaba cansada. Aquél le parecía el día más largo de su vida. Por dos veces estuvo segura de que los había descubierto; una de ellas fue cerca de Strafford, y otra en la línea divisoria entre los estados de Maine y New Hampshire, cuando el hombre miró por encima del hombro llamando a quienquiera lo estuviese siguiendo. Por su parte, poco le importaba que los descubriera o no. Aquel hombre no estaba loco como el que había pasado diez días atrás por la casa blanca, un soldado armado hasta los dientes. Reía, gritaba y amenazaba con volarle los sesos a un tal teniente Morton. A Joe también le había asustado el soldado, lo que en su caso era buena cosa.

—¿Joe? —Miró en derredor.

Joe había desaparecido.

Y ella había estado a punto de dormirse. Apartó la manta y se puso en pie, haciendo una mueca ante la infinidad de dolores que sentía. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que hizo un recorrido tan largo en bicicleta?

Probablemente nunca lo había hecho. Y luego estaba ese esfuerzo por guardar las distancias, que acababa con sus nervios. Si se acercaban demasiado podían ser vistos y ello trastornaría a Joe. Si se mantenían en exceso alejados, existía el riesgo de que el hombre cambiara de carretera y lo perdieran, y eso la trastornaría a *ella*. No se le había ocurrido que Larry pudiera pedalear en círculo y situarse detrás de ellos. Por suerte, al menos para Joe, tampoco se le había ocurrido a Larry. Seguía diciéndose que Joe se acostumbraría a la idea de que necesitaban a aquel hombre... y no sólo a él. No podían estar solos. Si seguían solos morirían solos. Joe habría de acostumbrarse a la idea. Su vida anterior no la había pasado en una burbuja, y tampoco ella. Tenían que haber estado acostumbrados al contacto con otras personas.

—Joe —llamó de nuevo con voz queda.

Aquel chico podía ser tan sigiloso como un guerrillero vietcong deslizándose por la maleza, pero en las tres últimas semanas los oídos de Nadine se habían sensibilizado ante los movimientos de él. Y además esa noche había luna. Oyó crujir la grava y supo a dónde se dirigía. Lo siguió pese a sus dolores. Eran las diez y cuarto.

Habían instalado su campamento, si así podía llamarse a dos mantas sobre la hierba, detrás del North Berwick Grille, enfrente del almacén general. Dejaron las bicis en un cobertizo detrás del restaurante. El hombre al que seguían había comido en el patio de la escuela. «Si nos acercáramos allí, apuesto a que nos daría algo de su cena, Joe —le había sugerido con tacto—. Está caliente... y huele bien, ¿verdad? Seguro que es mucho más sabrosa que este bodrio». A Joe se le habían desorbitado los ojos, al tiempo que movía el cuchillo de forma amenazadora en dirección a Larry. Luego, el hombre había subido por la calle hasta una casa con el porche cubierto. Por la forma que conducía su bici, a Nadine le pareció que estaba medio borracho. En aquel momento dormía en el porche de la casa.

Aceleró el paso y algunos guijarros se le clavaron en las plantas de los pies. A la izquierda había casas. Nadine cruzó las praderas, que empezaban a convertirse en campos cubiertos de vegetación. La hierba, cubierta de fresco rocío, le llegaba por encima de los tobillos. Le hizo recordar una ocasión en que corrió por hierba como ésa con un muchacho; pero entonces había luna llena, no en cuarto menguante como ahora. Había notado en el vientre una dulce y ardiente oleada de excitación, y sintió sus senos como algo sexual, llenos y erectos. La luna la había embriagado, y también la hierba, humedeciéndole las piernas con el rocío de la noche. Sabía que si el muchacho la alcanzaba le entregaría su virginidad. Corrió como un poseso a través del maizal. ¿La había alcanzado? ¿Qué importaba ya?

Corrió más deprisa, saltando un sendero de cemento que brillaba como hielo en la oscuridad.

Y allí estaba Joe, en pie a la entrada del porche cubierto donde dormía el hombre. Sus calzoncillos blancos resaltaban en la oscuridad. Su piel era tan oscura que podía pensarse que aquellos calzoncillos estaban suspendidos en el aire, o que pertenecían al Hombre Invisible.

Joe era de Epsom. Eso lo sabía Nadine porque fue donde lo encontró. Ella era de South Barnstead, un pueblo veinte kilómetros al noreste de Epsom. Había estado buscando de manera meticulosa a otras gentes adineradas, sintiéndose reacia a abandonar su propia casa en la ciudad en que había nacido. Procedía en círculos que ampliaba cada vez más. Y sólo encontró a Joe, presa del delirio y la fiebre a causa de la mordedura de algún animal, tal vez una rata o una ardilla. Lo encontró sentado en el césped de una casa de Epsom, desnudo salvo por los calzoncillos, aferrado a un cuchillo de carnicero, semejante a un salvaje primitivo o a un pigmeo moribundo aunque todavía violento. Nadine ya tenía experiencia con infecciones. Lo llevó a la casa. ¿Era la del chico? Le pareció lo más probable, pero nunca estaría segura a menos que él se lo dijera. En la casa encontró muchas personas muertas. Muchas. Madre, padre, tres niños, el mayor de unos quince años. Descubrió la clínica de un médico en la que halló desinfectantes, antibióticos y vendas. No estaba segura de cuál sería el antibiótico adecuado, y sabía que si se equivocaba podía llegar a matarlo; pero de cualquier manera moriría si ella no hacía algo. Tenía la mordedura en el tobillo, que se le había inflamado. La suerte la acompañó. Al cabo de tres días se había reducido la hinchazón, el tobillo adquirió su tamaño normal y la fiebre desapareció. El muchacho confiaba en Nadine, sólo en Nadine. Se despertaba por la mañana y lo encontraba agarrado a ella. Habían ido a la casa blanca. Le

llamaba Joe. No era su nombre; pero durante el tiempo en que trabajó como maestra llamaba Jane a todas las niñas cuyo nombre desconocía y Joe a los chiquillos. Llegó aquel soldado, riendo, gritando y maldiciendo al teniente Morton. Joe intentó precipitarse sobre él y matarlo con el cuchillo. Y ahora quería hacer otro tanto con este hombre. Ella temía quitarle el cuchillo porque era el talismán de Joe. Si intentaba arrebatárselo, quizá la atacaría. Dormía empuñándolo con fuerza; y la única noche que ella intentó quitárselo, más por ver si podría hacerlo que para arrebatárselo de verdad, se había despertado al instante sin el menor movimiento. Estaba profundamente dormido y un segundo después sintió clavados en ella, con blando salvajismo, aquellos inquietantes ojos de un azul grisáceo y oblicuos como los de un chino. Apartó el cuchillo con un gruñido sordo. No hablaba.

En aquel momento lanzaba cuchillazos al aire, quizá preparándose para atacar al hombre.

Nadine se colocó detrás de él sin preocuparse de hacer ruido, pero el muchacho no la oyó. Joe se encontraba sumido en su propio mundo. Al punto, sin darse cuenta de lo que iba hacer, Nadine sujetó la muñeca del chico y se la retorció con fuerza.

Joe emitió un jadeo sibilante y Larry Underwood se agitó algo en su sueño, se volvió y siguió durmiendo.

El cuchillo cayó entre ellos sobre la hierba, con su hoja dentada lanzando quebrados reflejos de luz de luna.

El muchacho la miró enfurecido. Nadine lo miró a su vez y luego señaló el camino por donde habían llegado. Joe sacudió la cabeza y señaló hacia el porche y el hombre en el saco de dormir.

Hizo un horrible gesto, pasándose el pulgar a través de la garganta a la altura de la nuez. Luego sonrió. Nadine nunca le había visto sonreír, y se quedó helada. No hubiera resultado más brutal si aquellos dientes blancos y relucientes acabaran en puntas afiladas.

—No lo hagas —dijo con voz queda—. O lo despierto.

Joe pareció alarmarse. Movié la cabeza repetidas veces.

—Entonces vuelve conmigo. A dormir.

El chico miró el cuchillo y luego otra vez a ella. La violencia había desaparecido. Era sólo un chiquillo perdido que quería su osito o la raída manta que le había acompañado desde la cuna. Nadine pensó que ése podía ser el momento de hacerle dejar el cuchillo. Pero ¿y luego qué? ¿Se pondría a gritar? Había gritado cuando aquel soldado lunático se marchó, lanzando sonidos terribles e inarticulados de terror y furia. ¿Haría lo mismo ahora?

—¿Volverás conmigo?

Joe asintió.

—Muy bien —musitó Nadine.

El muchacho se agachó y recogió el cuchillo.

Volvieron juntos, y cuando se acostaron el chico se acurrucó confiado junto a ella, olvidándose del intruso. La rodeó con sus brazos y se quedó dormido. Nadine sintió en el vientre aquel dolor ya familiar, mucho más profundo y persistente que los producidos por el esfuerzo físico. Era un dolor de mujer y nada podía hacer al respecto. Se quedó dormida.

Nadine despertó de madrugada. No sabía la hora exacta porque no tenía reloj. Se hallaba helada y entumecida. Temió que Joe hubiera esperado astutamente a que se quedara dormida, hubiese vuelto sigiloso a la casa y le hubiera cortado el cuello al hombre. Ya no la rodeaban los brazos del muchacho. Se sentía responsable por Joe, como siempre se había sentido por los niños desamparados; pero si Joe hubiera hecho eso, lo abandonaría. Quitar una vida cuando se habían perdido tantas era un pecado imperdonable. Y no podía permanecer mucho más tiempo sola con Joe sin que nadie la ayudara. Estar con él era como encontrarse en Una jaula con un león excitable. Al igual que un león, Joe no podía o no quería hablar, sólo era capaz de rugir con su cascada voz infantil.

Se incorporó y vio que el muchacho seguía con ella. Se había apartado un poco mientras dormía; pero eso era todo. Estaba acurrucado como un feto, con el pulgar en la boca y la mano aferrada al cuchillo.

Nadine se dirigió al césped, orinó y volvió a su manta. A la mañana siguiente no sabía si por la noche se había despertado o sólo lo había soñado.

Si he soñado, se dijo Larry, deben de haber sido sueños gratos. No recordaba ninguno. Volvía a ser él mismo y se dijo que aquel sería un buen día. Llegaría al océano. Recogió su saco de

dormir y lo ató al portaequipajes de la bici, se volvió para coger su mochila... y se paró en seco.

Un sendero pavimentado conducía a los escalones del porche. A ambos lados, la hierba crecía alta y de un verde intenso. A la derecha, cerca ya del porche estaba aplastada y húmeda por el rocío. Una vez este se hubiera evaporado, la hierba se enderezaría de nuevo; pero de momento tenía la forma de una huella de pie. Él era un tipo urbano y no un leñador, prefería las novelas de Hunter Thompson antes que las de James Fenimore Cooper; pero había que estar ciego, se dijo, para no ver que allí había dos clases de huellas. Unas grandes y las otras pequeñas. En algún momento de la noche habían entrado en el porche y le habían observado. Aquello le produjo un escalofrío.

Si no se dan a conocer pronto, se dijo, seré yo quien los pondrá al descubierto. La idea de que podía hacerlo le devolvió la confianza. Se endosó la mochila y se puso en marcha.

A mediodía había llegado a la carretera 1 en Wells. Lanzó una moneda y salió cruz. Giró hacia el sur y dejó la moneda centelleando sobre el polvo. Joe la encontró veinte minutos después y se quedó mirándola como si fuera el cristal de un hipnotizador. Se la metió en la boca y Nadine lo obligó a esculpirla.

Tres kilómetros carretera abajo, Larry vio por primera vez el inmenso mar, perezoso y tranquilo aquel día. Era diferente del Pacífico, y del Atlántico por la zona de Long Island. Aquella parte del océano parecía complaciente, casi domado. Las aguas eran de un azul más oscuro, casi cobalto, y llegaba en olas sucesivas que rompían contra las rocas. Una espuma casi tan densa como clara de huevo batida saltaba al aire desplomándose luego. Las olas producían en la playa un constante rumor sordo.

Larry dejó la bicicleta y caminó hacia el océano presa de una profunda excitación. Estaba *allí*, había llegado al mar. Aquello era el final del este. El final de la tierra.

Cruzó un charco, chapoteando entre cañizales. Aspiró el olor vigoroso y fragante de la mar. A medida que se acercaba al farallón, iba desapareciendo la fina capa de tierra, y surgiendo a través de ella el hueso descarnado del granito. El granito, la auténtica realidad de Maine. Las blancas gaviotas levantaron el vuelo, chillando y graznando. En toda su vida no había visto tantas aves juntas. Se le ocurrió que, no obstante su belleza, las gaviotas eran aves carroñeras. Y lo que le vino a la cabeza a continuación era algo *casi* indecible; pero le había acudido a la mente antes siquiera de poder rechazarlo: últimamente debían de estar dándose un buen banquete.

Echó a andar de nuevo, con los zapatos repiqueteando y rascando la roca reseca por el sol, aunque siempre mojada en muchas grietas a causa de las rociadas. Entre esas hendeduras crecían lapas. Desperdigadas por todas partes, podían verse, semejantes a esquilas de hueso, las conchas que las gaviotas habían soltado después de comerse los blandos moluscos.

Un instante después se encontraba en pie sobre el desnudo farallón. Allí recibió el azote de viento con toda su fuerza. Levantó la cara para recibir de lleno el olor salobre del mar azul. Las olas encrestadas, de un azul verdoso y cristalino, avanzaban lentamente haciéndose cada vez más pronunciadas, se formaba un hueco debajo de ellas, al tiempo que, en lo alto, aparecía un rizo blanco, y de inmediato la cresta se convertía en espuma. Luego se estrellaban con impulso suicida contra las rocas, como venían haciendo desde el principio de los tiempos, destruyéndose ellas y destruyendo a la vez un trocito infinitesimal de tierra. Hubo un estruendo, sordo y hueco, al penetrar el agua forzadamente en algún túnel medio sumergido tallado en la roca a lo largo de milenios.

Se volvió a derecha e izquierda y vio que, hasta donde alcanzaba la vista, ocurría lo mismo en ambas direcciones: rompientes, olas, rociadas, en una inmensidad multicolor que le dejó sin aliento.

Estaba en el fin de la tierra.

Se sentó con los pies colgando por el borde. Se hallaba deslumbrado. Permaneció así durante media hora hasta que la brisa marina le abrió el apetito. Hurgó en su mochila en busca de algo para almorzar. Comió con gusto. Las rociadas habían oscurecido las perneras de sus téjanos. Se sentía limpio y fresco.

Atravesó de nuevo en dirección contraria el charco y tan sumido se encontraba en sus pensamientos que en un principio le pareció que aquel chillido creciente era el de las gaviotas. Incluso levantaba ya la mirada hacia el cielo cuando se dio cuenta, con un sobresalto, de que se trataba de un grito humano. Un grito de guerra. Al bajar los ojos divisó a un muchacho que corría hacia él, sus musculosas piernas moviéndose frenéticamente. En una mano empuñaba un largo cuchillo de carnicero. Iba desnudo salvo por unos calzoncillos y tenía las piernas cubiertas de arañazos de zarzas. Detrás de él, saliendo entre los arbustos y

matorrales del otro lado de la carretera, apareció una mujer. Estaba muy pálida y tenía profundas ojeras de fatiga.

—¡Joe! —gritó.

Y empezó a correr como si le produjera dolor el hacerlo.

Joe siguió corriendo sin detenerse, chapoteando con los pies descalzos por los charcos de agua estancada. Tenía el rostro contraído en una mueca tensa y cruel. Llevaba el cuchillo alzado sobre la cabeza, reflejando la luz del sol.

Quiere matarme, se dijo Larry, perplejo. Pero ¿qué le he hecho yo a ese muchacho?

—¡Joe! —chilló la mujer, esta vez con un tono agudo, conminatorio y desesperado.

Joe siguió acortando distancias.

Larry tuvo tiempo de recordar que había dejado el rifle junto a la bicicleta. Y el vociferante muchacho ya se lanzaba sobre él.

Larry logró superar su parálisis, se hizo a un lado y lanzó una patada al estómago del muchacho, que se desplomó como un peso inerte.

—¡Joe! —chilló de nuevo Nadine.

Tropezó y cayó de rodillas. Su blusa blanca quedó salpicada de barro.

—¡No le haga daño! —suplicó—. ¡No es más que un niño! ¡No le haga daño, por favor!

Joe había caído de espaldas, formando una equis. Los brazos eran una uve y las piernas otra uve invertida. Larry le cogió la mano y le hizo soltar el cuchillo.

—¡Suéltalo!

El chico jadeó sibilante y luego emitió un gruñido. Contrajo el labio superior y enseñó los dientes. Sus ojos achinados miraron furiosos a Larry. Mantener el pie sobre la muñeca del muchacho era como estar pisando a una serpiente herida pero aun así peligrosa. Sentía el esfuerzo del muchacho por liberar de un tirón su mano sin importarle que pudiera resultar herido. Logró sentarse a medias e intentó morder a Larry en las piernas a través del grueso y húmedo tejano. Larry presionó más con el pie sobre la delgada muñeca, y Joe dio un grito, pero no de dolor sino de desafío.

—Suéltalo, muchacho.

Joe seguía forcejeando, y habría proseguido hasta que Larry le rompiera la muñeca, de no haber llegado por fin Nadine, llena de barro y sin aliento.

Sin mirar siquiera a Larry se dejó caer de rodillas.

—Suéltelo —dijo con voz tranquila aunque firme.

Tenía la cara sudorosa pero su expresión era de calma. Acercó el rostro a unos centímetros de los rasgos contraídos de Joe. Éste hizo ademán de morderle como un perro y siguió forcejeando.

Larry, ceñudo, se esforzó por mantener el equilibrio. Si en ese momento soltaba al muchacho, atacaría a la mujer.

—¡Suéltelo! —repitió Nadine.

El chico gruñó. En la mejilla derecha tenía una mancha de barro con la forma de un signo de interrogación.

—Vamos a soltarte, Joe. Yo voy a soltarte. Y me iré con este hombre a menos que seas un buen chico.

Larry sintió que el brazo se tensaba más aún bajo su pie. Luego se aflojó. Pero el chico la miraba a ella con expresión ofendida y acusadora. Cuando desvió la mirada hacia Larry éste pudo leer en sus ojos unos ardientes celos. Incluso sudando como estaba, Larry se quedó helado ante aquella mirada.

La mujer le dijo que nadie iba a hacerle daño, que no lo abandonarían. Si soltaba el cuchillo todos podían ser amigos.

Poco a poco, la mano que se encontraba debajo del pie de Larry se fue abriendo hasta soltar el cuchillo. El muchacho yacía inmóvil, con la mirada clavada en el cielo. Había renunciado. Larry apartó el pie, se inclinó rápidamente y cogió el cuchillo. Se volvió y lo lanzó con fuerza en dirección al farallón. La hoja destelló bajo los rayos del sol. Los extraños ojos de Joe siguieron su trayectoria hasta que finalmente emitió un largo y atormentado aullido. El cuchillo rebotó contra las rocas y cayó por el borde.

Larry se volvió y se quedó mirándolos. La mujer estaba examinando el antebrazo de Joe donde había quedado la marca de las suelas estriadas de Larry. Luego miró al hombre con sus ojos oscuros; desbordaban tristeza.

Larry sintió que le venían a la boca las sempiternas palabras de justificación: «Tenía que hacerlo, no fue culpa mía. Oiga, señora, quería matarme». Creyó leer el juicio condenatorio en aquellos ojos tristes: «No es usted una buena persona».

Sin embargo, no dijo nada. Las cosas eran como eran y el muchacho le había forzado a obrar así. Al mirarlo en aquel momento, acurrucado con expresión desolada y chupándose el pulgar, Larry dudaba que hubiera sido el mismo chico que dio lugar a la situación. Podía haber terminado mucho peor, con heridas o incluso muerto.

Así que se quedó callado y cruzó su mirada con la de la mujer. Se dio cuenta de que estaba pensando en algo que Barry Grieg dijo en cierta ocasión acerca de un guitarrista llamado Jory Baker, que siempre llegaba puntual, jamás faltaba a un ensayo ni fastidiaba una audición. No era la clase de guitarrista capaz de destacar, en modo alguno un virtuoso como Angus Young o Eddie Van Halen, pero sí competente. Hubo un tiempo, había dicho Barry, en que Jory Baker fue el alma de un grupo llamado Sparx, un grupo del que todo el mundo pensaba que aquel año sería el que cosecharía más éxitos. Sonaba algo así como Credence en los primeros tiempos: *rock and roll* duro de guitarra. Jory Baker había escrito casi todas las letras y partituras. Luego sufrió un accidente de coche y salió del hospital, como dice la canción de John Prinne, con una placa de acero en la cabeza y un mono a cuestras. Fue progresando de los sedantes prescritos por los médicos a la heroína. Lo detuvieron un par de veces. Al cabo de cierto tiempo se había convertido en un yonqui callejero de dedos temblorosos. Luego, como quiera que fuese, al cabo de dieciocho meses, se había liberado y así permaneció. Una gran parte de él había desaparecido. Ya no era el alma de grupo alguno, con probabilidades de éxito o sin ellas. Pero siempre llegaba puntual, jamás faltaba a los ensayos ni arruinaba una audición. No hablaba mucho pero la ruta de pinchazos en su brazo izquierdo había desaparecido. Y Barry Grieg dijo: «Ha salido por el otro lado». Y eso fue todo. Nadie puede decir lo que ocurre entre la persona que fuiste y la persona en que te has convertido. Nadie puede navegar por ese sector azul y solitario del infierno. No existen mapas para el cambio. Uno, sencillamente, sale por el otro lado.

O no sale.

En cierto modo he cambiado, pensó Larry, yo también he salido por el otro lado.

—Soy Nadine Cross. Y este es Joe. Me alegra haberle encontrado.

—Larry Underwood.

Se estrecharon la mano, ambos con una leve sonrisa ante lo absurdo de la situación.

—Volvamos a la carretera —dijo Nadine.

Comenzaron a andar juntos. Al poco, Larry miró por encima del hombro. Joe seguía de rodillas, sentado sobre las pantorrillas y chupándose el pulgar, sin darse cuenta de que se alejaban.

—Vendrá —dijo ella con voz queda.

—¿Está segura?

—Por completo.

Al llegar al desnivel de grava de la carretera, ella tropezó y Larry la cogió por el brazo.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó ella.

—Claro.

Se sentaron en el suelo, uno frente a otro. Al cabo de un rato, Joe se levantó y se dirigió anadeando hacia ellos, mirándose los pies descalzos. Se sentó algo alejado. Larry lo miró cauteloso y luego volvió los ojos a Nadine Cross.

—Vosotros erais quienes me seguiais.

—¿Lo sabías? Sí. Pensé que te darías cuenta.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hoy hace dos días —contestó Nadine—. Estábamos en la casa de Epsom. —Al ver la expresión desconcertada de él, añadió—: Junto al arroyo. Te quedaste dormido junto a la cerca de piedra.

Larry asintió.

—Y anoche vinisteis a echar una ojeada mientras dormía en aquel porche. Tal vez para comprobar si tenía cuernos o un rabo rojo.

—Fue Joe —dijo ella—. Y al darme cuenta de que se había ido, salí en su busca. ¿Cómo lo sabes?

—Dejasteis vuestras huellas en la hierba.

—Ah.

Nadine lo miró con más atención. Larry no apartó los ojos, a pesar de que deseaba hacerlo.

—No quisiera que te enfadaras con nosotros —prosiguió ella—. Supongo que parecerá ridículo después de que Joe haya intentado matarte; pero él no es responsable.

—¿Es ése su nombre?

—No. Así es como yo le llamo.

—Parece un salvaje de la *National Geographic*.

—Sí, algo por estilo. Lo encontré en el patio de una casa, tal vez la suya. Se encontraba enfermo a causa de una mordedura, que podía ser de rata. No habla. Gruñe y rezonga. Hasta esta mañana he sido capaz de controlarlo. Pero... verás, estoy... estoy cansada y...

Se encogió de hombros. El barro se estaba secando en la blusa, formando lo que parecía una serie de ideogramas chinos.

—Al principio lo vestí —explicó—. Pero se despojaba de todo, excepto de los calzoncillos. Hasta que me cansé de intentarlo. Ni siquiera le molestan los mosquitos. —Hizo una pausa—. ¿Podemos ir contigo? Dadas las circunstancias, no veo la necesidad de andarse por las ramas.

Larry se preguntó qué pensaría si le hablaba de la última mujer que le había acompañado. Pero no lo haría. Ese episodio había quedado profundamente enterrado, aunque no así la mujer. Se mostraba tan recio a mencionar a Rita como lo estaría un asesino por sacar a relucir el nombre de su víctima durante una conversación en la sala de estar.

—No sé a dónde voy —dijo—. Vengo de Nueva York, supongo que a través del más largo recorrido. Mi proyecto era buscar una casa acogedora en la costa y quedarme hasta octubre. Pero, cuanto más avanzo, más grande es mi necesidad de hallar gente. Cuanto más lejos voy, más preocupado me siento.

Se estaba expresando con torpeza y no parecía capaz de mejorarlo sin referirse a Rita o a sus pesadillas sobre el hombre oscuro.

—Todo el tiempo me sentía aterrado de estar solo —dijo—. En realidad estaba paranoico. Es como si esperara que me sorprendieran los indios y me arrancaran la cabellera.

—En otras palabras, has dejado de buscar casas para buscar personas.

—Sí. Tal vez.

—Nos has encontrado a nosotros. Ya es un comienzo.

—Creo que sois vosotros los que me habéis encontrado a mí. Y el muchacho me preocupa, Nadine. He de ser franco al respecto. Ya no tiene su cuchillo; pero el mundo está lleno de cuchillos esperando que alguien los coja.

—Ya.

—No quiero parecer brutal...

Dejó sin terminar la frase esperando que Nadine lo hiciera por él; pero ella no dijo nada y se limitó a mirarlo con aquellos ojos oscuros.

—¿Has pensado en abandonarlo?

Ya estaba, lo había escupido como una piedra; pero seguía dando la impresión de no ser un buen hombre. Mas ¿era justo empeorar una situación ya de por sí desastrosa cargando con un psicópata de diez años? Había dicho a Nadine que parecería brutal y suponía que así era. Pero estaban viviendo en un mundo brutal.

Entretanto, Joe tenía clavados en él sus extraños ojos color de mar.

—No podría hacerlo —repuso Nadine con calma—. Me doy cuenta del peligro y comprendo que ese peligro te acecharía sobre todo a ti. Está celoso. Tiene miedo de que conquistes mi afecto. Es posible que vuelva a intentar atacarte, a menos que hagas amistad con él o de que lo convenzas de que no tienes intención de... Si lo abandonara, sería como cometer asesinato. Y no quiero tener parte en ello. Ya ha muerto demasiada gente.

—Si me rebana el pescuezo a medianoche, tendrías parte en *ello*.

Nadine bajó la cabeza.

—Probablemente lo hubiera hecho anoche de no haber intervenido tú. ¿No es verdad? —le dijo Larry en voz tan baja que sólo ella podía oírlo, ya que no sabía si Joe entendía o no lo que estaban hablando.

—Son cosas que pueden ocurrir —contestó ella con suavidad.

Larry rió.

Nadine levantó los ojos.

—Quiero ir contigo, Larry, pero no puedo dejar a Joe. Tú decides.

—No me lo pones fácil.

—No son tiempos fáciles.

Reflexionó sobre ello. Joe estaba sentado sobre un pequeño promontorio junto a la carretera, mirándolos. Detrás, las olas rompían incesantes contra las rocas, resonando en las cuevas secretas que habían horadado en la tierra.

—Muy bien —dijo—. Creo que te muestras peligrosamente bondadosa; pero... está bien.

—Gracias —respondió Nadine—. Desde este momento me hago responsable de sus acciones.

—Sería un gran consuelo si llegara a matarme.

—Sería una carga en mi corazón para el resto de mi vida —afirmó ella.

De repente, se estremeció por la súbita certeza de que algún día no muy lejano sus palabras sobre el carácter sagrado de la vida se burlarían de ella. No, se dijo, no mataré. Eso nunca. Jamás lo haré.

Aquella noche acamparon en la arena de la playa de Wells. Larry hizo una hoguera, y Joe se sentó al otro lado, lejos de él y Nadine, arrojando ramitas al fuego. De vez en cuando acercaba la punta de una más grande a las llamas hasta que se prendía como una antorcha, y entonces la contemplaba como si se tratase de una vela de cumpleaños. Luego echó a correr por la arena y se alejó de la zona iluminada por la hoguera. Se había levantado algo de brisa marina, más fresca de lo habitual. Larry recordó vagamente el aguacero caído la tarde en que encontró a su madre agonizando, poco antes de que la aniquiladora epidemia de gripe se abatiera sobre Nueva York. Recordaba los truenos y las cortinas blancas agitándose violentamente en el apartamento. Se estremeció y el viento hizo danzar una espiral de fuego fuera de la hoguera ascendiendo hacia el cielo oscuro y sin estrellas. Pensó en el otoño, todavía lejano pero río tanto como aquel día de junio en que encontró a su madre delirando en el suelo. Volvió a sentir un leve estremecimiento.

—¿Tocas?

La voz de Nadine le produjo un ligero sobresalto, y miró hacia la guitarra que yacía en la arena entre ellos. La había encontrado apoyada contra un piano Steinway en la sala de música de una casa en la que irrumpió para buscar su cena. Larry llenó su mochila con latas suficientes para sustituir las que consumieran durante aquel día; y cogió la guitarra siguiendo un impulso, sin mirar siquiera lo que había dentro del estuche. No había tocado desde aquella alocada fiesta en Malibú y de eso hacía ya seis semanas. En otra vida.

—Sí —dijo, y sintió que *necesitaba* tocar. No por ella, sino porque tocar aligeraba la mente y distendía el espíritu. Y cuando se estaba ante un fuego en la playa, era inevitable que alguien tocara la guitarra.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo al tiempo que abría el estuche.

Esperaba algo bueno; pero lo que había dentro del estuche era una maravillosa sorpresa. Se trataba de una Gibson de doce cuerdas, un hermoso instrumento, con toda probabilidad hecho de encargo. Las incrustaciones de nácar despedían destellos rojizos al reflejar el fuego, y los transformaban en prismas de luz.

—Es preciosa —comentó Nadine.

—Vaya si lo es.

Tocó unos acordes y le gustó el sonido, incluso estando medio desafinada. Era más intenso y vibrante que el que se obtenía de una guitarra de seis cuerdas. Un sonido armónico y vigoroso. Eso era lo bueno de una guitarra con cuerdas de acero, que se obtenía un sonido vigoroso pero agradable. Las cuerdas eran Black Diamonds, un poco usadas, pero producían un sonido magnífico. Sonrió ligeramente al recordar el desprecio de Berry Grieg por las plácidas cuerdas de la guitarra normal. El bueno de Barry, que de mayor quería ser Steve Miller.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Nadine.

—Me acuerdo de los viejos tiempos —contestó él y sintió cierta melancolía.

La afinó mientras seguía pensando en Barry, Johnny McCall y Wayne Stukey. Cuando ya estaba terminando, Nadine le tocó ligeramente en el hombro y Larry levantó la vista.

Joe se hallaba en pie junto al fuego. Aquellos ojos extraños lo miraban fascinados. El chico tenía la boca abierta.

—La música tiene hechizo... —musitó Nadine.

Larry empezó a ensayar en la guitarra un viejo *blues* aprendido cuando era un adolescente. Creía recordar que se trataba de un tema de Koerner, Ray y Glover. Cuando pensó que había captado la melodía empezó a cantar:

*Me verás llegar, pequeña por caminos muy lejanos.
Ay, madre mía, convertiré la noche en día.
Ya estoy aquí,
recordando mi hogar feliz.
Y tú, pequeña, me oyes llegar
y conoces el golpear sobre mi hueso de gato negro...*

Ahora el muchacho sonreía francamente. Era la sonrisa asombrada de quien ha descubierto un secreto divertido. A Larry le pareció que tenía todo el aspecto de haber estado sufriendo un inalcanzable picazón entre los omóplatos durante mucho tiempo y que por fin había encontrado a alguien que sabía dónde rascarle. Rebuscó en su memoria, durante tanto tiempo en desuso, en busca de una segunda estrofa, hasta que por fin la encontró.

*Puedo hacer cosas, madre mía,
que otros hombres no pueden hacer.
No pueden encontrar los números, pequeña,
no pueden sacar la raíz del Conquistador.
Pero yo puedo porque estoy
muy lejos de mi hogar.
Y tú sabes que me oirás llegar,
por el traqueteo sobre mi hueso de gato negro.*

La franca sonrisa de deleite del muchacho le iluminó sus extraños ojos y los convirtió en algo capaz de enardecer a cualquier jovencita, según le pareció a Larry, que ejecutó una digresión instrumental, arrancando a la guitarra los sonidos adecuados: vigorosos, llamativos, algo charros, semejantes a viejas joyas, probablemente robadas, que se sacan de una bolsa de papel para venderlas en cualquier esquina. Luego volvió a la melodía, antes de echarlo todo a perder. No podía recordar la última estrofa completa, algo referente a las vías de un ferrocarril, así que repitió la primera estrofa y lo dejó.

Cuando se hizo el silencio, Nadine rompió a reír y aplaudió. Joe y empezó a dar saltos por la arena, emitiendo gritos de júbilo. Larry no podía creer el cambio experimentado por el muchacho, y se dijo que habría de andar con cautela y no darle excesiva importancia. De lo contrario se arriesgaba a sufrir una amarga decepción.

Alguien le había dicho que la música tiene hechizos que calman a los animales salvajes. Se preguntó si la cosa podría ser tan sencilla. Joe le hacía gestos.

—Quiere que toques algo más —dijo Nadine—. Ha sido maravilloso. Me hace sentir mejor. Mucho mejor.

De manera que tocó *Goin' Down Town* y su propio *Sally's Fresno Blues*. Luego interpretó *The Springhill Mine Disaster* y *That's All Right, Mamma*. Cambió al *rock and roll* primitivo: *Jim Dandy* y *Twenty Flight Rock*, haciendo el ritmo *boogie woogie* del coro lo mejor que pudo, aunque para entonces empezaba a sentir los dedos, entumecidos y doloridos. Como final, ofreció una canción que siempre le había gustado: *Endless Sleep*, original de Jody Reynolds.

—Ya no puedo tocar más —dijo a Joe, que había permanecido inmóvil durante todo el recital—. Los dedos, ya sabes.

Se los mostró para que viera las huellas profundas que las cuerdas le habían producido y también las uñas astilladas.

El muchacho alargó las manos.

Larry vaciló un instante y luego se encogió de hombros en su fuero interno. Tendió la guitarra al muchacho.

—Se necesita mucha práctica —dijo.

Pero lo que ocurrió a continuación fue lo más asombroso que había presenciado en su vida: el muchacho interpretó *Jim Dandy* de manera casi impecable, ululando las palabras más que cantándolas, como si tuviera la lengua pegada al paladar. Al propio tiempo, era evidente que jamás había tocado la guitarra. Podía rasguear con la suficiente fuerza las cuerdas para hacerlas sonar de manera adecuada y sus cambios de acorde eran confusos y fuera de tiempo. El sonido que emitía era en sordina y fantasmal, como si estuviera tocando una guitarra rellena de algodón. Por lo demás era un calco perfecto de cómo Larry había tocado la canción.

Una vez hubo terminado, Joe se miró los dedos, como intentando comprender por qué podía repetir la armonía de la música que Larry había tocado, pero no la melodía.

—No tocas con fuerza suficiente. Eso es todo. Tienes que hacerte callos en las yemas de los dedos, endurecerlas. Y también los músculos de tu mano izquierda. —Larry se oyó decir esto como si su voz estuviera muy lejana.

Joe lo miraba con atención, pero Larry no sabía si el muchacho le entendía o no.

—¿Sabes si puede hacerlo? —preguntó volviéndose hacia Nadine.

—No. Estoy tan sorprendida como tú. Parece un prodigio o algo parecido, ¿no?

Larry asintió. El chico interpretó *That's All Right, Mamma*, captando casi todos los matices de la interpretación de Larry. Pero a veces las cuerdas resonaban como madera, al bloquear Joe con los dedos sus vibraciones.

—Déjame que te enseñe —dijo Larry.

Joe entornó los ojos en actitud desconfiada. Larry pensó que tal vez se acordaba del cuchillo que voló por los aires en el acantilado. Empezó a retroceder apretando con fuerza la guitarra.

—Muy bien —dijo Larry—. Cuando quieras una lección ven a buscarme.

El muchacho emitió una especie de relincho y se alejó corriendo por la playa, enarbolando la guitarra sobre su cabeza a la manera de un objeto ritual.

—La va a estropear —vaticinó Larry.

—No —dijo Nadine—. No lo creo.

Larry se despertó durante la noche. Se incorporó apoyado en un codo. Nadine era una silueta vagamente femenina envuelta en tres mantas, a corta distancia de la hoguera ya apagada. Joe estaba enfrente de Larry. También lo cubrían varias mantas, pero tenía la cabeza fuera. Tenía el pulgar en la boca. Sus piernas estaban encogidas y, entre ellas, se hallaba la Gibson de doce cuerdas. La mano libre descansaba sobre el mástil. Larry lo miró fascinado. Le había quitado el cuchillo y lo había arrojado al mar, y ahora él adoptaba la guitarra. Estupendo. Podía quedársela. No se da a nadie una puñalada mortal con una guitarra. Aunque también podía ser un estupendo instrumento de ataque, se dijo Larry. Y volvió a dormirse.

Al despertarse a la mañana siguiente, vio a Joe sentado sobre una roca con la guitarra y los pies desnudos mojados por las olas. Tocaba *Sally's Fresno Bines*. Ya lo hacía mejor. Nadine despertó veinte minutos después y le sonrió radiante. Larry pensó que era una mujer encantadora y le vino a la mente un fragmento de canción, algo de Chuck Berry: «Nadine, dulzura, ¿eres tú?».

—Veamos qué tenemos de desayuno —dijo.

Encendió un fuego y los tres se sentaron en derredor. Nadine preparó cereales con leche en polvo, y bebieron té fuerte preparado en una lata, al estilo de los vagabundos. Joe comía con la Gibson sobre las piernas. Por dos veces, Larry se encontró sonriendo al muchacho y pensando que no se podía sentir antipatía por alguien a quien le gustara la guitarra.

Pedalearon hacia el sur por la carretera 1. Joe llevaba su bici en línea recta sobre la raya blanca, a veces manteniéndose así durante más de un kilómetro. En una ocasión descubrieron que, mientras conducía plácidamente su bicicleta a lo largo del arcén, iba comiendo moras de manera divertida. Las lanzaba al aire y las atrapaba con la boca al caer, sin fallar ni una. Una hora después, lo encontraron sentado sobre una piedra histórica de la guerra de la Independencia y tocando *Jim Dandy* en la guitarra.

A las once llegaron a un extraño bloqueo en la linde de una ciudad llamada Ogunquit. Atravesados en la carretera y bloqueándola de lado a lado, había tres camiones de un vivo color naranja. En la trasera de uno se encontraba el cuerpo despatarrado, picoteado por los cuervos, de lo que alguna vez fue un hombre. Los diez últimos días de calor abrasador habían hecho su efecto. Allí donde el cuerpo no estaba cubierto por la ropa, se agitaba una nube de insectos.

Nadine, dio media vuelta y comenzó a alejarse.

—¿Dónde está Joe? —preguntó.

—No lo sé. Por ahí delante, en alguna parte.

—Quisiera que no hubiera visto esto. ¿Crees que lo ha visto?

—Es probable —contestó Larry.

Había estado pensando que, para tratarse de una arteria principal, la carretera 1 había estado terriblemente desierta desde que salieron de Wells, pues no encontraron por el camino más de dos docenas de coches abandonados. Ahora comprendía el motivo: habían bloqueado la carretera. Al otro lado de aquel pueblo debía de haber probablemente centenares, acaso miles de coches abandonados. Y se daba cuenta de cómo se sentía Nadine respecto a Joe. Lo mejor hubiera sido evitar aquello al muchacho.

—¿Por qué bloquearían la carretera? —le preguntó Nadine—. ¿Por qué habrían de hacerlo?

—Debieron tratar de poner en cuarentena a su ciudad. Imagino que encontraremos un nuevo bloqueo en el otro lado.

—¿Hay más cuerpos?

Larry detuvo la bicicleta y miró.

—Tres —dijo.

—Muy bien. No voy a mirarlos.

Larry asintió. Atravesaron el bloqueo de los camiones y siguieron su camino. La carretera bordeaba de nuevo el mar y se sentía más fresco. Había largas y sórdidas hileras de chalets de veraneo, apretados unos junto a otros. Larry se preguntó si la gente pasaba de veras sus vacaciones en aquellas viviendas. ¿Por qué no irse a Harlem y dejar que tus hijos jueguen debajo del chorro de la boca de incendio?

—No es bonito, ¿verdad? —comentó Nadine.

Aquello era la esencia de un vulgar lugar de veraneo junto al mar. La gasolinera, puestos de freiduría, de almejas, heladerías, moteles pintados con toda suerte de colores pastel, minigolf...

Larry experimentó dos reacciones distintas. Parte de su ser clamaba contra aquella triste y vocinglera fealdad y contra la fealdad de las mentes que habían convertido aquel trecho de costa, magnífico y bravío, en un largo parque de atracciones de carretera para familias viajando en camionetas. Pero otra parte, más profunda y sutil, le susurraba sobre la gente que ocupaba aquellos lugares y aquella carretera durante otros veranos. Damas con sombreros para el sol y *shorts* demasiado ceñidos para sus orondos traseros. Estudiantes de secundaria con camisetas de *rugby* a rayas rojas y negras. Muchachas con indumentaria de playa y sandalias. Chiquillos chillones con la cara churretosa de helado. Eran ciudadanos americanos y había una especie de romance indecente y apremiante siempre que se encontraban en grupos, poco importaba que estuvieran en un refugio de esquí, en Aspen o cumpliendo con sus prosaicos ritos estivales a lo largo de la carretera 1 en Maine. Y ahora todos esos americanos se habían ido. Una tormenta había arrancado una rama de un árbol, la cual a su vez había derribado el gigantesco letrero de plástico Dairy Treet sobre el puesto de helados del aparcamiento, donde permanecía tumbado de costado semejante a una pálida coraza. En el campo de minigolf la hierba empezaba a crecer. Hubo un tiempo en que aquel trecho de carretera entre Portland y Portsmouth había sido un parque de atracciones de cien kilómetros, y ya no era más que un lugar poblado de fantasmas donde todas las agujas del reloj se habían descolgado.

—No, no es muy bonito —respondió él—. Pero una vez fue nuestro, Nadine. Una vez fue nuestro aunque jamás hubiéramos estado aquí. Y ahora ha desaparecido.

—Pero no para siempre —dijo ella.

Larry la miró, contempló su rostro límpido y resplandeciente. Su frente, en la que nacía aquel mechón asombrosamente blanco, brillaba como una lámpara.

—No soy una persona religiosa —continuó—. Si lo fuese, diría que lo ocurrido es un castigo de Dios. Dentro de cien años, quizá doscientos, volverá a ser nuestro.

—Esos camiones no habrán desaparecido dentro de doscientos años.

—No, pero la carretera sí. Los camiones permanecerán en medio de un campo o de un bosque, y donde solían estar sus neumáticos habrán crecido albarraz y plantas orquídeas. Ya no serán camiones, sino un montón de chatarra.

—Creo que estás equivocada.

—¿Por qué?

—Porque estamos buscando a otras personas —repuso Larry—. Dime, ¿por qué crees que estamos haciendo esto?

Nadine lo miró.

—Bueno... porque es lo que debemos hacer —contestó—. La gente *necesita* de otra gente. ¿Acaso no lo sientes cuando estás solo?

—Sí —respondió Larry—. Si no nos tuviéramos los unos a los otros, la soledad nos volvería locos. Y cuando lo estamos, la propia cercanía nos saca también de quicio. Si nos hallamos juntos, construimos kilómetros de chalets veraniegos y los hombres se matan entre sí en los bares los sábados por la noche. —Se echó a reír con una risa en la que no había ni una pizca de humor—. No hay respuesta —concluyó—. Es como encontrarse atascado dentro de un huevo. Vamos... Joe debe llevarnos mucha delantera.

Permaneció parada con su bicicleta un momento más, con la inquieta mirada clavada en la espalda de Larry mientras se alejaba. Por último, empezó a pedalear detrás de él. No podía estar en lo cierto. *No podía* ser. Si llegara a ocurrir una cosa tan monstruosa como Después de todo, Joe no les llevaba demasiada delantera. Lo encontraron sentado en el parachoques trasero de un Ford azul aparcado en un camino. Estaba mirando una revista erótica que

acababa de encontrar; y Larry observó incómodo que el muchacho tenía una erección. Contempló de soslayo a Nadine; pero ésta miraba hacia otro lado, quizá a propósito.

—¿Vamos? —dijo Larry cuando llegaron junto a él. Joe dejó le revista y, en lugar de ponerse en pie, hizo un sonido gutural e interrogante señalando hacia arriba, al aire. Larry levantó los ojos pensando que el muchacho había visto un aeroplano.

—¡El cielo no, el granero! —gritó entonces Nadine, y su voz se oyó muy cerca y excitada—. ¡En el granero! ¡Gracias a ti, Joe! ¡Nosotros jamás lo habríamos visto!

Se acercó al chico y lo estrechó. Larry se volvió hacia el granero, donde se destacaban claramente unas letras blancas sobre el descolorido tejado de ripias: NOS HEMOS IDO A STOVINGTON, VT. CENTRO CONTROL EPIDEMIA.

Debajo había una serie de direcciones de carreteras. Y al final: ABANDONAMOS OGUNQUIT 2 JULIO 1990. HAROLD EMERY LAUDER Y FRANCES GOLDSMITH.

—¡Santo cielo! Debió de estar echando el hígado cuando escribió la última línea —dijo Larry.

—¡El centro de control de epidemias! —exclamó Nadine—. ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Hace menos de tres meses leí un artículo en el suplemento dominical! ¡Se encuentran allí!

—Si aún están vivos.

—¡Pues claro que lo están! Para el dos de julio había *terminado* la epidemia. Y si pudieron subir hasta el tejado de ese granero es evidente que no estaban enfermos.

—Desde luego uno de ellos se sentía muy saludable —asintió Larry, sintiendo una excitación creciente—. Y pensar que he atravesado Vermont.

—Stovington se encuentra al norte de la carretera 9 desde varios puntos —reflexionó Nadine con tono ausente, sin apartar la mirada del granero—. Aun así ya deben de estar allí, ¿no te parece? —le brillaban los ojos—. El dos de julio fue hace hoy dos semanas. ¿Crees que puede haber otras personas en el centro de control de epidemias, Larry? Debe de haberlas, ¿verdad? Si estaban al corriente de las cuarentenas y la esterilización de ropas... Sin duda llevaron a cabo una cura, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Larry cauteloso.

—Pues claro que sí —dijo ella con tono impaciente y un tanto fastidiado.

Larry nunca la había visto tan excitada, ni siquiera cuando Joe hizo su hazaña de imitación con la guitarra.

—Apostaría a que Harold y Frances han encontrado *docenas* de personas, tal vez incluso *centenares* —continuó—. Nos iremos ahora mismo. El camino más rápido...

—Espera un momento —la interrumpió Larry cogiéndola por el hombro.

—¿Qué ocurre? ¿No comprendes...?

—Comprendo que este letrero nos ha estado esperando dos semanas y que puede seguir esperando algo más. Entretanto, vamos a almorzar. Además, Joe el *loco por la guitarra* se está cayendo de sueño.

Nadine lo observó. Joe estaba mirando de nuevo la revista, pero empezaba a cabecear y esforzarse por mantener los ojos abiertos. Tenía unas profundas ojeras.

—Dijiste que acababa de reponerse de una infección —añadió Larry—. Y tú también has tenido un duro viaje...

—Tienes razón...

—Todo cuanto necesita Joe es una buena comida y una larga siesta.

Joe emitió un gruñido soñoliento de desinterés por todo.

Larry sintió los últimos vestigios del miedo que no hacía mucho le había atenazado ante lo que tenía que decir a continuación. Pero había de hacerlo. De lo contrario, lo haría Nadine tan pronto tuviera posibilidad de reflexionar... y además tal vez fuera ya el momento de averiguar si había cambiado todo lo que él creía.

—¿Sabes conducir, Nadine?

—¿Conducir? ¿Quieres decir si tengo carnet? Sí, pero un coche no resultaría nada práctico con tantos vehículos abandonados por las carreteras, ¿no crees? Quiero decir...

—No pensaba en un coche —dijo Larry.

La imagen de Rita montando a la grupa detrás del misterioso hombre negro (suponía que se trataba de la representación simbólica de la muerte en su mente) surgió de repente ante sus ojos. Los dos derribándole a él mientras cabalgaban en un monstruoso cerdo, semejantes a los tenebrosos jinetes del Apocalipsis. Sintió la boca seca ante aquella imagen. Le latían las sienes. Pero su voz sonó firme. Si se le quebró en algún momento Nadine no pareció darse cuenta. Y lo más extraño fue que Joe la miró medio adormilado, y le pareció notar algún cambio.

—Estaba pensando en algún tipo de motocicleta. Podríamos ir más rápido con menos esfuerzo y evitar cualquier... bueno, cualquier cosa que encontremos en la carretera. Igual que hicimos con las bicis ante aquellos camiones.

Los ojos de Nadine reflejaron una creciente excitación.

—Sí, podríamos hacerlo. Nunca he conducido una moto; pero podrías enseñarme, ¿no?

Al oír aquellas palabras el temor de Larry se intensificó.

—Sí —dijo—. Puedo enseñarte a conducir despacio hasta que te habitúes. *Muy* despacio. Una motocicleta, incluso un pequeño ciclomotor no perdona el error humano. Y no podría llevarte a un médico si tuvieses un accidente.

—De acuerdo. Iremos... ¿Ibas en moto antes de que te encontráramos, Larry? Tuvo que ser así para que recorrieras con tanta rapidez el camino desde Nueva York.

—La dejé —contestó sin inmutarse—. Empecé a ponerme nervioso de viajar solo.

—Bien, ahora ya no estarás solo —dijo Nadine casi con alegría, y se apresuró a volverse hacia Joe—. ¡Nos vamos a Vermont, Joe! ¡Vamos a reunimos con otras personas! Es estupendo, ¿verdad?

Joe bostezó.

Nadine dijo que estaba demasiado excitada para dormir, pero que se tumbaría junto a Joe hasta que él se durmiera. Larry se fue a Ogunquit en busca de una tienda de motos. No había ninguna; pero recordó haber visto una de ciclomotores cuando salían de Wells. Volvió para decírselo a Nadine, y se los encontró a los dos dormidos a la sombra del Ford azul donde Joe había estado ojeando *Gallery*.

Se tumbó a cierta distancia de ellos, pero le fue imposible conciliar el sueño. Finalmente, cruzó la carretera y se dirigió a través del campo de alfalfa, la cual le llegaba hasta la rodilla, al granero donde estaba pintado el cartel. A medida que avanzaba, los saltamontes brincaban alocados para apartarse de su camino. Y Larry se dijo: Yo soy su epidemia. Yo soy su hombre oscuro.

Cerca del portalón doble del granero, vio dos latas de Pepsi vacías y los restos de un emparedado. En épocas normales, las gaviotas habrían dado buena cuenta de ello; pero los tiempos habían cambiado y sin duda esas aves disponían de mejor comida. Le dio un puntapié, y luego otro a una de las latas.

Llévatelo al laboratorio, sargento Briggs. Creo que nuestro asesino ha cometido finalmente un error.

De acuerdo, inspector Underwood. El día en que Scotland Yard decidió enviarle a usted, fue afortunado para Squinchly-on-the-Green.

No lo mencione siquiera, sargento. Es parte del trabajo.

Larry entró en el granero... Estaba oscuro, hacía calor y palpitaba con el suave aleteo de las golondrinas. Resultaba agradable el olor a heno. No había animales en los pesebres. El propietario debió haberlos dejado en libertad para vivir o morir por la epidemia antes de que perecieran de hambre.

Tome nota de eso para el forense, sargento.

Muy bien, inspector Underwood.

Miró al suelo y vio la envoltura de un dulce. La cogió. Hubo un tiempo en que guardó en su interior una barra de chocolate Payday. Era posible que el pintor de carteles tuviera arrestos. Pero lo que no tenía era buen gusto. Si a alguien le gustaba el chocolate Payday, era indudable que había estado demasiado tiempo expuesto a los tórridos rayos de sol.

Había una escala clavada a una de las vigas de apoyo del desván. Empapado en sudor, sin saber por qué estaba allí, Larry subió por ella. Anduvo despacio y se mantenía vigilante por las ratas... En el centro del desván, un tramo de escaleras corrientes conducían a la parte superior, y los peldaños aparecían salpicados de pintura blanca.

Creo que hemos hecho otro hallazgo, sargento.

Estoy sorprendido, inspector... Su capacidad deductiva sólo se ve superada por su apostura y por la extraordinaria longitud de su miembro.

Gracias, sargento.

Subió hasta lo alto. Todavía hacía más calor, un calor inaguantable. Larry pensó que si Frances y Harold hubieran dejado allí su pintura después de acabada la faena, el granero habría ardido hasta los cimientos.

Las ventanas estaban polvorientas y festoneadas de telarañas que sin duda databan de cuando era presidente Gerald Ford. Una de las ventanas había sido forzada y, al asomarse por

ella, Larry contempló un panorama espléndido de aquella región.

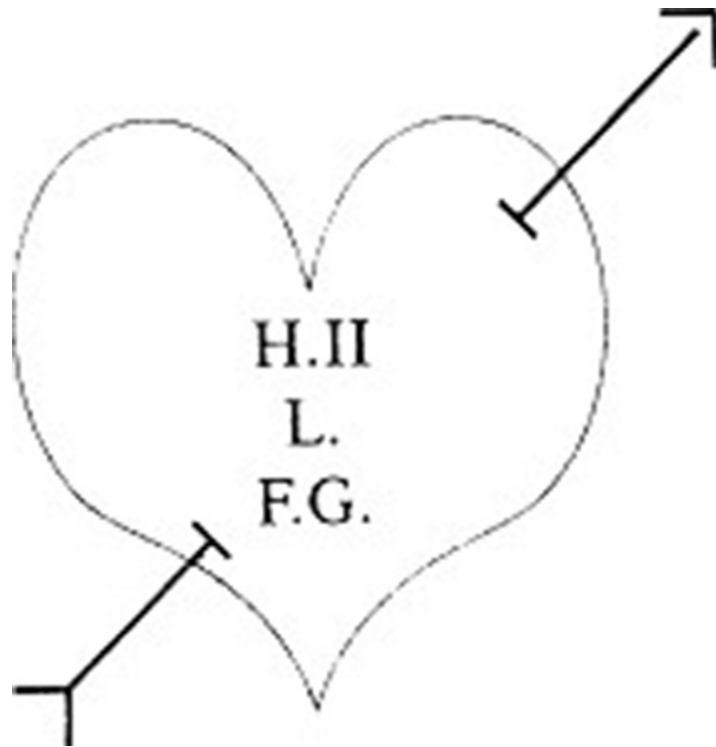
Aquel lado del granero daba al este, y se encontraba a altura suficiente para que los puestos de carretera, tan monstruosamente feos a nivel del suelo, dieran la impresión de algo de escasa importancia, como unos pocos escombros al borde de la carretera. Más allá de ésta se hallaba el océano, magnífico con sus constantes olas, partidas limpiamente en dos por el rompeolas que se prolongaba desde la parte norte del muelle. El campo era igual un óleo que representara el pleno verano, todo verde y oro, envuelto en la quieta calina de la tarde. Podía aspirar el olor salobre y a yodo. Mirando hacia abajo, por la vertiente del tejado se podía leer, del revés, el cartel de Harold.

Sólo de pensar en andar a gatas por aquel tejado a semejante altura del suelo, hizo que Larry sintiera un nudo en el estómago. Sin duda el chico tuvo que dejar las piernas colgando sobre el canalón para poder poner el nombre de la muchacha.

¿Por qué se tomó tantas molestias, sargento? Creo que éste es uno de los interrogantes que debemos hacernos.

Lo que usted diga, inspector Underwood.

Bajó de nuevo las escaleras, despacio y vigilando dónde ponía los pies. No era el momento más adecuado para romperse una pierna. Al llegar abajo, algo llamó su atención, algo grabado en una de las vigas de apoyo, asombrosamente blanco y reciente, en franco contraste con la oscuridad vieja y polvorienta del granero. Se acercó a la viga y examinó lo que allí habían dibujado. Luego, pasó la yema del pulgar por encima, en parte por diversión y también maravillado de que otro ser humano hubiera hecho aquello el día que él y Rita estuvieron viajando por el norte. Recorrió de nuevo con la uña las letras escritas.



Creo, sargento, que ese pobre diablo estaba enamorado.

—Bravo, Harold —dijo Larry saliendo del granero.

La tienda de motos de Wells era una concesionaria de Honda y por la forma en que las máquinas estaban alineadas en la sala de exposición, Larry dedujo que faltaban dos de ellas. Todavía se sintió más orgulloso de su otro descubrimiento: una envoltura arrugada cerca de una de las papeleras, de una barra de chocolate Payday. Parecía como si alguien, probablemente el enamorado Harold Lauder, hubiera comido su barra de chocolate mientras él y su enamorada decidían con qué moto se sentirían más felices. Hizo una bola con la envoltura y la lanzó a la papelera. Falló.

Nadine creía que sus deducciones eran acertadas, pero no estaba tan interesada por ellas como Larry. Examinaba las restantes máquinas, ansiosa por ponerse en marcha. Joe se encontraba sentado en el escalón de entrada de la sala de exposición, tocando la Gibson de doce cuerdas y cantando contento.

—Escucha, Nadine. Ahora son las cinco de la tarde —dijo Larry—. Es imposible que salgamos hasta mañana.

—¡Pero si todavía quedan tres horas de luz diurna! ¡No debemos quedarnos aquí sentados! Podríamos no encontrarlos.

—Si no los encontramos, mala suerte —opinó él—. Además, Harold Lauder dejó una vez instrucciones sobre las carreteras que pensaban tomar. Si se ponen de nuevo en camino, probablemente volverán a hacerlo.

—Pero...

—Sé que estás impaciente —dijo Larry apoyándole las manos en los hombros; se daba cuenta de que empezaba a resurgir la antigua ansiedad y se obligó a dominarla—, pero nunca has montado antes un ciclomotor.

—Sé andar en bicicleta. Y también cómo utilizar un embrague. *Por favor*, Larry. Si no perdemos tiempo acamparemos esta noche en New Hampshire y mañana por la noche estaremos a medio camino. Podemos...

—¡No es igual que una bicicleta! —explotó Larry.

La guitarra paró de repente con una nota discordante y Joe los miró por encima del hombro con los ojos entornados y gesto de desconfianza. Caramba, tengo un tacto maravilloso con la gente, se dijo Larry. Y esto le hizo ponerse todavía más furioso.

—Me estás haciendo daño —dijo Nadine con suavidad.

Bajó los ojos y vio que tenía los dedos engarfiados en los suaves hombros de ella. Su ira se convirtió en bochorno.

—Lo lamento —dijo.

Joe seguía mirándolo, y Larry hubo de admitir que había perdido parte de los puntos ganados ante el muchacho. Tal vez toda. Nadine había dicho algo.

—¿Qué?

—Te he pedido que me indiques en que se diferencia de la bicicleta.

Su primer impulso fue el de gritarle: «Si sabes tanto, ve e inténtalo. Ve y descubre cómo es el mundo visto boca abajo». Se contuvo, pensando que no sólo había perdido puntos ante el muchacho, sino también control sobre sí mismo. Tal vez hubiera logrado pasarse al otro lado; pero algunas de las tretas infantiles del viejo Larry habían estado pisándole los talones, semejante a una sombra atenuada con el sol de mediodía pero no desaparecida del todo.

—Es más pesada —contestó—. Si pierdes el equilibrio, no puedes recuperarlo con la misma facilidad que con la bicicleta. Una de esas trescientos sesenta pesa más de cien kilos. Uno se acostumbra a controlar ese peso extra, pero se necesita algún tiempo para ello. En un coche, accionas el cambio con la mano y el acelerador con el pie, en un ciclomotor es al revés, el cambio se acciona con el pie y el acelerador con la mano, y acostumbrarse a eso cuesta. Lleva dos frenos en lugar de uno. Con el pie derecho frenas la rueda trasera y con la mano derecha la delantera. Si te olvidas y sólo utilizas el freno de mano, lo más probable es que salgas volando por encima del manillar. Y además habrás de acostumbrarte a tu pasajero.

—¿Joe? Pensé que iría contigo...

—Me gustaría llevarlo; pero, por ahora, no creo que quiera venir conmigo. ¿A ti qué te parece?

Nadine miró a Joe.

—Es posible que ni siquiera contigo se avenga a viajar. Tal vez le dé miedo.

—En caso de que decida hacerlo, serás responsable de él. Y yo seré responsable de vosotros. No quiero ver cómo te estrellas.

—¿Te ha ocurrido eso, Larry? ¿Ibas con alguien?

—Sí. Tuve un accidente. Pero para entonces la mujer con la que iba ya estaba muerta.

—¿Se estrelló con su moto?

—No. Yo diría que lo que ocurrió fue un setenta por ciento accidente y un treinta por ciento suicidio. Cualquier cosa que necesitase de mí... amistad, comprensión, ayuda, no sé... no estaba recibiendo suficiente. —En ese momento se sentía mal, las sienes le latían, tenía la garganta seca y se hallaba al borde de las lágrimas—. Se llamaba Rita. Rita Blakemoor. Me gustaría hacerlo mejor con vosotros.

—¿Por qué no me lo habías contado, Larry?

—Porque me produce dolor hablar de ello —dijo sencillamente—. Mucho dolor.

Aquella era la verdad pero no toda. Además estaban los sueños. De repente se preguntó si Nadine tendría pesadillas... La noche anterior se despertó un momento y la oyó agitarse inquieta farfullando en sueños. Pero por la mañana no había dicho nada. ¿Y Joe? ¿Tendría Joe pesadillas? Bien, no sabía nada acerca de ellos, pero al intrépido inspector Underwood de Scotland Yard le daban miedo las pesadillas... Y si Nadine se estrellaba con el ciclomotor, era posible que volviesen.

—Entonces nos iremos mañana —decidió ella—. Enséñame esta noche a manejar la moto.

Ante todo, estaba el problema de poner gasolina a las dos motos que Larry eligió. En el taller había una bomba. Pero, sin electricidad, no funcionaría. Encontró otra envoltura de chocolate junto a la plancha que cubría el depósito subterráneo. Y dedujo que había sido utilizado recientemente por Harold Lauder, el hombre de los grandes recursos. Enamorado o no, adicto o no al Payday, Harold se había ganado todo el respeto de Larry, hasta le caía simpático por adelantado. Su mente ya había creado una imagen de Harold. Estaría en la treintena, tal vez fuera granjero, alto y atezado por el sol, flaco, acaso no demasiado inteligente, aunque sí muy sagaz. Hizo una mueca. Crear una imagen de alguien a quien jamás se ha visto es un juego inútil, porque nunca resulta como uno se lo ha imaginado. Todo el mundo sabía aquello del *discjockey* que pesaba ciento veinte kilos y tenía la voz tan fina como el trallazo de un látigo.

Mientras Nadine preparaba una cena fría, Larry husmeaba por la trastienda. Encontró un gran bidón, una pala de hierro y, enrollado sobre la tapa del depósito subterráneo, un tubo de goma.

¡Otra vez te encuentro, Harold! Mire esto, sargento Briggs. Nuestro hombre sacó gasolina del depósito subterráneo para seguir marchando. Me sorprende que no se llevara la manguera.

Tal vez cortara un trozo y esto que vemos sea lo que quedó, inspector Underwood... teniendo en cuenta que está con los desperdicios, si me permite la observación.

Por Júpiter que tiene razón, sargento. Voy a proponerle para un ascenso.

—¿Puedes ayudarme, Joe?

El muchacho levantó los ojos del queso y las galletas que estaba comiendo y miró a Larry con desconfianza.

—Anda, ve. No pasa nada —le animó Nadine.

Joe se acercó arrastrando un poco los pies.

Larry introdujo la pala en la ranura de la tapa.

—Apoya todo tu peso sobre esto y a ver si podemos levantarla —le dijo.

Por un instante pensó que el muchacho no le había comprendido, o que sencillamente no quería hacerlo. Pero luego agarró el extremo de la pala e hizo fuerza sobre él. Tenía los brazos delgados pero con músculos como cuerdas, el tipo de músculos que solían poseer los trabajadores de las familias pobres. La tapa se movió un poco aunque no lo suficiente para que Larry pudiera meter los dedos.

—Apóyate sobre la pala —le indicó.

Por un instante, aquellos ojos achinados, medio salvajes, lo miraron con frialdad. Luego, Joe descargó todo su peso, quedando con los pies levantados del suelo.

La tapa se levantó algo más que la vez anterior, lo suficiente para que Larry pudiese introducir las dedos por debajo. Mientras se esforzaba por mover la tapa, se le ocurrió que si seguía sin caerle bien al muchacho, aquella era su gran oportunidad para demostrarlo. Si Joe llegaba a retirar su peso de la pala, la tapa caería de golpe y él perdería todos los dedos de la mano salvo los pulgares. Nadine también se estaba dando cuenta de ello. Había estado examinando una de las motos, pero se volvió a mirar con el cuerpo tenso. Sus ojos oscuros fueron de Larry, con una rodilla hincada en tierra, a Joe que vigilaba a Larry mientras mantenía su peso sobre la pala. Aquellos ojos color de mar eran inescrutables. Y Larry seguía sin conseguir levantar la tapa.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Nadine con su habitual voz tranquila aunque un punto más aguda.

Le cayó sudor sobre un ojo y parpadeó para quitárselo. Seguía sin lograrlo, aunque olía la gasolina.

—Creo que podemos arreglárnoslas —contestó Larry mirándola de frente.

Un momento después, sus dedos tropezaron con una corta hendedura en la parte interior de la tapa. Dio impulso con los hombros y por fin la tapa se alzó estrellándose sobre el suelo.

con un estruendo sordo. Oyó suspirar a Nadine y caer al suelo la pala. Se limpió el sudor de la frente y miró al muchacho.

—Buen trabajo, Joe —dijo—. Si llegas a soltar esa cosa habría tenido que pasar el resto de mi vida subiéndome la cremallera con los dientes. Gracias.

No esperaba una respuesta, a lo sumo un gritito incomprensible antes de que Joe volviera a ensimismarse. Pero el chico dijo con voz ahogada y torpe:

—No ahii porr-que.

Larry y Nadine se miraron, y luego a Joe. Su expresión era de sorpresa y júbilo, a pesar de que en cierto modo parecía haberlo estado esperando. Era una expresión que él ya había visto; no se acordaba cuándo.

—Has dicho «no hay por qué», Joe.

El muchacho asintió enérgicamente.

—No ahii porr-que. No ahii porr-que.

Nadine le tendió los brazos sonriendo.

—Es estupendo, Joe. Realmente estupendo.

Joe se acercó trotando a ella y dejó que lo abrazara por un momento. Luego se dedicó a examinar las motos emitiendo pequeños gritos y riendo para sí.

—Puede hablar —comentó Larry.

—Sabía que no era mudo —aseguró Nadine—. Pero es maravilloso saber que puede recuperarse. Creo que nos necesitaba a los dos. Dos mitades. Él... Bueno, no sé.

Larry vio que se había ruborizado y pensó que sabía por qué. Empezó a deslizar el tubo de goma por el agujero que había en el cemento, y de repente se dio cuenta de que lo que aquello podría ser interpretado como una pantomima bastante grosera. Le dirigió una rápida mirada. Nadine se giró, aunque no antes de que Larry viera la atención con que había seguido sus operaciones y el color arrebatado de sus mejillas.

Se sintió asaltado por el miedo y gritó:

—¡Por Dios santo, Nadine! ¡Cuidado, Nadine, por favor!

Ella se concentraba en los controles manuales sin mirar a dónde se dirigía. Y la Honda se dirigía directamente al tronco de un pino a unos galopantes ocho kilómetros por hora.

Nadine levantó la cabeza y emitió un grito. Dio la vuelta con demasiado impulso y cayó de la máquina. La Honda siguió vacilante.

Larry corrió junto a ella.

—¿Estás bien? ¡Nadine! ¿Estás...?

La vio levantarse, temblorosa, mirándose las manos llenas de rasguños.

—Sí, estoy perfectamente. Soy una estúpida por no mirar por dónde voy. ¿Le ha pasado algo a la moto?

—No te preocupes por la condenada moto. Déjame ver tus manos.

Ella se las mostró. Larry sacó del bolsillo del pantalón un bote de plástico de Bactine y se las roció con el desinfectante.

—Estás temblando —observó Nadine.

—No tiene importancia —contestó Larry con involuntaria brusquedad—. Escucha, tal vez será mejor que sigamos con las bicicletas. Esto es peligroso...

—Y también el suspirar —repuso ella—. Creo que Joe deberá ir contigo, al menos al principio.

—No querrá...

—A mí me parece que sí —dijo mirándole a los ojos—. Y tú piensas lo mismo, ¿verdad?

—Bien, dejémoslo por esta noche. Está demasiado oscuro y se ve mal.

—Sólo otra vez. Creo haber leído en alguna parte que si tu caballo te tira debes volver a montarlo de inmediato.

Joe apareció comiendo moras que llevaba en un casco de motorista. Había encontrado varias zarzas silvestres detrás de la tienda y se dedicó a coger su fruto mientras Nadine recibía la primera clase de motorismo.

—Creo que así es —contestó Larry sin más argumentos—. Pero controla el camino que sigues, por favor.

—Sí, señor. Así lo haré, señor.

Nadine hizo el saludo militar y sonrió. Tenía una lenta y hermosa sonrisa que le iluminaba el rostro. Larry sonrió a su vez, no podía hacer otra cosa. Cuando Nadine sonreía, hasta Joe le devolvía la sonrisa.

En esta ocasión recorrió por dos veces la parcela y salió luego a la carretera tomando una curva demasiado cerrada, que hizo temblar a Larry. Pero Nadine bajó el pie como él le había enseñado, siguió colina arriba y desapareció de la vista. La vio cambiar con cuidado a segunda, y oyó cuando lo hizo a tercera mientras quedaba oculta detrás de la primera ondulación. Luego el ruido de motor comenzó a alejarse y pronto se convirtió en un ronroneo que se fue apagando. Larry siguió allí en pie, inquieto, sacudiéndose con aire ausente algún que otro mosquito.

Joe apareció de nuevo con toda la boca azul.

—No ahíi porr-que —dijo y sonrió.

Larry logró forzar a su vez otra sonrisa. Si Nadine no volvía pronto, iría en su busca. Le atormentaba la idea de encontrarla tirada en la cuneta con el cuello roto.

Se dirigía ya hacia la otra moto, preguntándose si llevar o no a Joe con él, cuando volvió a oírse el sordo ronroneo que fue en aumento hasta convertirse en el ruido del motor de la Honda resonando uniforme en cuarta. Se tranquilizó un poco. Pero comprendió con tristeza que nunca sería capaz de tranquilizarse del todo mientras Nadine montara aquella cosa.

La mujer reapareció, esta vez con el faro del ciclomotor encendido, y se detuvo al lado de él.

—Bastante bien, ¿verdad?

Paró la máquina.

—Ya me disponía a ir en tu busca. Pensé que habías tenido un accidente.

—Bueno, algo parecido. —Nadine, al ver que se quedaba rígido, se apresuró a añadir—: Gire demasiado despacio y olvide darle al embrague. Me paré.

—¡Ah! Por esta noche ya es suficiente.

—Sí —admitió ella—. Me duele la rabadilla.

Aquella noche Larry se encontraba tumbado entre sus mantas, preguntándose si Nadine iría a 61 cuando Joe se durmiese o si sería él quien debiera ir. La deseaba. Al final, se quedó dormido.

Sonó que se encontraba perdido en un maizal. Pero se escuchaba música de guitarra. Joe tocando la guitarra. Si encontraba a Joe todo iría bien. Así que siguió el sonido atravesando las hileras de cañas, hasta alcanzar un mísero calvero. Allí se alzaba una casa pequeña, en realidad un cobertizo, cuyo porche lo aguantaban unos viejos y herrumbrosos postes. No era Joe quien tocaba la guitarra. ¿Cómo podría hacerlo? Joe le sujetaba la mano izquierda y Nadine la derecha. Iban con él. La vieja era quien la tocaba, una especie de espiritual con ritmo de jazz que hacía sonreír a Joe. La vieja era negra y estaba sentada en el porche. Larry se dijo que era la mujer más vieja que había visto en su vida. Pero había algo en ella que le hacía sentirse bien... de la misma manera que su madre le hacía sentirse bien cuando de repente lo abrazaba y le decía: «Aquí tenemos al preferido; éste será siempre el preferido de Alice Underwood».

La vieja dejó de tocar y les miró.

Vaya, vaya, tengo compañía. Vení acá, vení acá que puea veros mis ohos ya no son lo que eran.

Así que se acercaron, cogidos los tres de la mano. Joe, al pasar, dio un empujoncito a un columpio que era un viejo neumático. La sombra en forma de buñuelo del neumático iba y venía sobre el herboso suelo. Se encontraban en un pequeño calvero, una isla en un mar de maíz. Un polvoriento camino se prolongaba en dirección norte hacia un punto indeterminado.

¿Quieres sacar swing de esta vieja caja mía?, preguntó a Joe.

El chico se adelantó anhelante y cogió la vieja guitarra de sus nudosas manos. Empezó a tocar la melodía que escucharon mientras atravesaban el campo de maíz; pero la interpretaba mejor y con más viveza.

Dios lo bendiga, toca bien. Yo soy mu vieja. Ahora ya no puedo hace que mis dedos vayan tan aprisa. Tengo ruma. Pero en mil noveciento dos toqué en el County Hall. Fui la primera negra que tocó allí. La muy primera.

Nadine le preguntó quién era. Se encontraban en una especie de lugar infinito donde el sol parecía inmóvil, y la sombra del columpio que Joe puso en movimiento seguía yendo de atrás adelante a través del herboso patio. Larry deseaba quedarse allí para siempre, él y su familia. Aquél era un *buen lugar*. Allí jamás le alcanzaría el hombre sin rostro y tampoco a Nadine ni a Joe.

Madre Abigail es como ellos me llaman. Me hago cuenta de que soy la mujer más vieja al este de Nebraska y todavía hago mis bollos. Venir a verme tan pronto como podáis. Hemos de irnos antes de que nos gane por la mano.

Una nube cubrió el sol. El arco del columpio fue disminuyendo hasta detenerse. Joe dejó de tocar y Larry sintió que se le erizaba el vello de la nuca. La vieja pareció no darse cuenta.

¿Quién nos puede ganar por la mano?, preguntó Nadine.

Larry deseó poder hablar, gritar a Nadine que recogiera la pregunta antes de que les hiciera daño.

Ese hombre negro. Ese servidor del demonio. Tenemos las Rocosas entre él y nosotros, alabado sea Dios, pero no lo detendrán. Ése es el motivo de que tengamos que cerrar filas. En Colorado, Dios se me apareció durante un sueño y me mostró dónde. Pero hemos de ser rápidos, todo lo rápidos que podamos. Así que habéis venido a verme. Hay otros que también vienen.

No, dijo Nadine con voz fría y temerosa. *Nosotros vamos a Vermont. Eso es todo. Sólo a Vermont... un viaje corto.*

Vuestro viaje será más largo que el nuestro si no lucháis contra su poder, replicó la vieja en el sueño de Larry. Miraba a Nadine con una gran tristeza. *Ese que tienes ahí puede ser un buen hombre, mujer. Quiere hacer algo de sí mismo. ¿Por qué no le ayudas en lugar de utilizarlo?*

¡No! ¡Nos vamos a Vermont!

La vieja miró con lástima a Nadine. *A donde iréis será directamente al infierno si no andas con cuidado, hija de Eva. Y cuando lleguéis allí, encontraréis que ese infierno es frío.*

Llegado a aquel punto se rompió el sueño, partiéndose en grietas de oscuridad que lo engulleron. Pero en aquella oscuridad algo le acechaba. Era frío e inmisericorde y pronto vería la mueca de sus dientes.

Se despertó antes de que eso ocurriera. Hacía media hora que apuntaba el alba, y el mundo estaba sumergido en una niebla, densa y blanca que desaparecería tan pronto el sol subiera algo más. En aquel momento, la tienda de motos parecía un extraño mascarón de proa construido con cenizas volcánicas en lugar de madera.

Alguien había cerca de él. Y comprobó que no era precisamente Nadine quien había acudido a su lado, sino Joe. El muchacho se encontraba tumbado allí con el pulgar metido en la boca, temblando en sueños, como presa de su propia pesadilla. Larry se preguntó si los sueños de Joe serían diferentes de los suyos propios. Y volvió a tumbarse, con la mirada perdida en la blanca niebla y pensando en ello hasta que los otros dos se despertaron una hora después.

Cuando terminaron de desayunar y colocar sus cosas en las motos, la bruma se había despejado lo suficiente para permitirles viajar. Tal como predijo Nadine, Joe no se mostró reacio a subirse en la moto de Larry. Por el contrario, lo hizo antes de que se lo hubieran dicho siquiera.

—Despacio —recomendó Larry por cuarta vez—. No vayamos con prisas, pues podríamos tener un accidente.

—Estupendo —dijo Nadine—. Me siento muy excitada. Es como ir en busca de algo.

Le sonrió pero esta vez Larry no le devolvió la sonrisa. Rita Blakemoor había dicho algo muy parecido cuando salían de Nueva York. Dos días antes de morir.

Se detuvieron a almorzar en Epsom. Comieron jamón frito de una lata y bebieron refresco de naranja debajo del árbol donde Larry había dormido cuando Joe permaneció en pie junto a él con aquel cuchillo. Larry se sintió aliviado al descubrir que viajar en las motos no era tan malo como en principio supuso. En general podían hacer un tiempo bastante bueno e incluso cuando atravesaban los pueblos bastaba con circular junto a las aceras como si fueran caminando. Nadine se mostraba muy atenta a la conducción, reducía la velocidad al tomar las curvas y ni en plena carretera apremiaba a Larry para que acelerase por encima de la velocidad promedio de cincuenta kilómetros por hora que había marcado. Larry se dijo que, de no intervenir el mal tiempo, podrían estar en Stovington para el día 19.

Se detuvieron para cenar al oeste de Concord, donde Nadine dijo que ahorrarían tiempo en la ruta Lauder y Goldsmith, yendo directamente hacia el noroeste por el atajo de la I-89.

—Habrà un montón de coches abandonados —objetó Larry dubitativo.

—Podemos ir sorteándolos —respondió Nadine confiada— y utilizar la senda de los camiones grúa cuando nos veamos obligados a hacerlo. Lo peor que puede ocurrir es que tengamos que retroceder para salir y tomar una carretera secundaria.

Lo intentaron durante dos horas después de la cena; y desde luego se encontraron con un bloqueo. A poco de dejar atrás Warner, hallaron volcado un coche con caravana. El conductor y su mujer, muertos desde hacía semanas, yacían como sacos de grano en los asientos delanteros de su Electra.

Mediante los esfuerzos de los tres lograron levantar las motos y pasarlas a través del enganche del coche con la caravana. Una vez lo hubieron logrado, se sintieron demasiado agotados para proseguir. Aquella noche Larry no se preguntó si iría o no junto a Nadine, la cual había extendido sus mantas a unos tres metros de las suyas, con el muchacho entre ambos. Aquella noche estaba demasiado cansado para hacer otra cosa que dormir.

Al día siguiente por la tarde llegaron a un bloqueo que les fue imposible atravesar. Había volcado un camión tráiler y detrás se habían estrellado media docena de coches. Por fortuna, sólo habían recorrido dos millas desde la salida de Enfield. Regresaron, enfilaron la rampa de salida y luego, como se sentían demasiado fatigados, hicieron un alto en el parque del pueblo de Enfield.

—¿A qué te dedicabas, Nadine? —le preguntó Larry.

Había estado pensado en la expresión de sus ojos al ver que Joe por fin hablaba. El muchacho había incorporado a su vocabulario «Larry, Nadine, gracias» y «Voii cuurto ban-no». Había basado en eso sus especulaciones.

—¿Eras maestra?

Nadine lo miró sorprendida.

—Has acertado.

—¿Niños pequeños?

—Exacto. Primero y segundo curso.

Ello explicaba en cierto modo su decisión de no abandonar a Joe. El muchacho había sufrido una regresión hasta un nivel de siete años.

—¿Qué te indujo a suponerlo?

—Hace mucho tiempo salí con una logopeda de Long Island —explicó Larry—. Sé que parece el principio de uno de esos retorcidos chistes de Nueva York, pero es la verdad. Trabajaba para los colegios de Ocean View. En los primeros cursos. Niños con dificultades de habla, paladar bífido, labio leporino, sordos. Solía decir que, corrigiendo los defectos de habla de los niños, se les mostraba un camino alternativo de captar los sonidos exactos. Muéstraselo, di la palabra. Muéstraselo, di la palabra. Una y otra vez hasta que algo en la cabeza del niño hacía clic. Y cuando hablaba sobre ese clic, tenía la misma expresión que tú cuando Joe dijo: «No hay de qué».

—¿De veras? —sonrió con cierta tristeza—. Quería a aquellos pequeños. Algunos sufrían de anomalías; pero a esa edad ninguno está perdido del todo. Los pequeños son los únicos seres humanos buenos.

—Una idea bastante romántica, ¿no?

Nadine se encogió de hombros.

—Los niños son buenos y, si te dedicas a trabajar con ellos, tiene que acabar siendo romántica. Lo cual no es tan malo. ¿Acaso tu amiga logopeda no era feliz con su trabajo?

—Sí, le gustaba —contestó Larry—. ¿Estuviste casada? ¿Antes?

Allí estaba otra vez esa palabra sencilla y omnipresente: *antes*. Eran sólo dos sílabas; pero parecían imprescindibles.

—¿Casada? No, nunca he estado casada. —Parecía de nuevo nerviosa—. Soy la típica maestra solterona; más joven de lo que parezco pero más vieja de lo que me siento. Treinta y siete.

Larry le miró el pelo, y Nadine asintió como si hubiera hablado en voz alta:

—Es prematuro —dijo con sencillez—. Mi abuela tenía el pelo completamente blanco a los cuarenta. Yo creo que el mío resistirá al menos cinco años más.

—¿Dónde enseñabas?

—En un colegio particular de Pittsfield. Muy selecto. Con los muros cubiertos de hiedra, el equipo de juegos más moderno. La flota de automóviles estaba formada por dos Thunderbird, tres Mercedes Benz, un par de Lincoln y un Chrysler Imperial.

—Debes de haber sido muy buena.

—Sí, creo que lo era —repuso con candidez—. Ahora ya poco importa.

Larry la rodeó con un brazo, y ella se puso rígida. Tenía la mano y el hombro calientes.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo incómoda.

—¿No quieres que lo haga?

—No, no quiero.

Larry, confundido, apartó el brazo. La cuestión era que Nadine sí quería que lo hiciera. La sentía excitarse en suaves y perceptibles oleadas. Ahora ya tenía la cara arrebolada y se miraba las manos que tenía nerviosamente entrelazadas sobre el regazo.

—Nadine...

(¿eres tú, cariño?).

Nadine levantó los ojos y Larry vio que estaba a punto de prorrumpir en llanto. Se disponía a decirle algo cuando Joe se acercó arrastrando el estuche de la guitarra. Lo miraron con expresión culpable, como si los hubiera sorprendido haciendo algo más que hablar.

—Señora —dijo Joe como quien no quiere la cosa.

—¿Qué? —preguntó Larry sobresaltado y sin comprenderlo muy bien.

—¡Señora! —repitió Joe al tiempo que señalaba con el pulgar por encima del hombro.

Larry y Nadine se miraron.

De repente se oyó una cuarta voz aguda y estrangulada por la emoción, tan sobrecogedora como la voz de Dios.

—¡Gracias sean dadas al cielo! ¡Ah! Gracias sean dadas al cielo.

Se pusieron en pie y se quedaron mirando a la mujer que ya estaba cruzando la calle en dirección a ellos. Sonreía y lloraba a un tiempo.

—Estoy muy contenta —exclamó—. Me alegra tanto verles, gracias a Dios...

Se tambaleó y tal vez se hubiera desmayado de no haber sido por Larry que la sostuvo hasta que le pasó el mareo. Tendría unos veinticinco años. Vestía téjanos y una sencilla blusa blanca de algodón. Su rostro estaba pálido y en sus ojos azules había una extraña mirada fija. Los tenía clavados en Larry como intentando convencerse de que no se trataba de una alucinación, que aquellas tres personas que veía se encontraban en realidad allí.

—Soy Larry Underwood —dijo él—. Esta señora es Nadine Cross. Y el muchacho es Joe. Nos alegra mucho haberla encontrado.

La mujer siguió mirándolo sin decir palabra. Luego se acercó lentamente a Nadine.

—Estoy tan contenta... —empezó a decir— tan contenta de haberles encontrado. —Se tambaleó ligeramente—. ¡Dios mío! ¿Son personas de verdad?

—Sí —respondió Nadine—. Lo somos.

La mujer la abrazó sollozando. Nadine la estrechó a su vez con fuerza. Joe seguía en pie, en la calle, junto a una furgoneta volcada, sosteniendo el estuche de la guitarra y el pulgar metido en la boca. Finalmente se acercó a Larry y se quedó mirándolo. Larry le cogió la mano. Los dos permanecieron allí contemplando con expresión solemne a las mujeres. Y así fue como conocieron a Lucy Swann.

Cuando le dijeron adonde se dirigían, se mostró ansiosa por acompañarles. Sobre todo al añadir que tenían motivos para creer que allí se encontraban al menos otras dos personas y era posible que más. Larry halló en el Enfield Sporting Goods una mochila adecuada para ella y Nadine la acompañó hasta su casa, en los alrededores de la ciudad, para ayudarle a hacer el equipaje: dos trajes, algo de ropa interior, otro par de zapatos y un impermeable. Y fotografías de su marido y de su hija, muertos.

Aquella noche acamparon en un pueblo llamado Quechee, ya fuera de la línea divisoria estatal, y en Vermont. La historia que les contó Lucy Swann fue breve y sencilla; no muy distinta de las otras que oirían. Revelaba el dolor y la conmoción que la llevaron al borde de la locura.

Su marido había caído enfermo el 24 de julio y su hija al día siguiente. Los cuidó lo mejor que pudo, temiendo ser ella la próxima en contraer estertores, como habían dado en llamar a la enfermedad en aquel rincón de Nueva Inglaterra. El día 27, cuando su marido cayó en coma, Enfield se encontraba prácticamente aislado del mundo. La televisión se recibía sólo alguna que otra vez y de una manera extraña. Las personas morían como moscas. Habían visto movimientos de tropas alrededor de la barrera del peaje, pero nadie se preocupó por un lugar tan pequeño como Enfield, en New Hampshire. Su marido murió en las primeras horas de la mañana del 28 de junio. Su hija pareció mejorar lentamente hasta el 29; pero al atardecer de ese día empezó a empeorar. Murió alrededor de las once de la noche. Para el 3

de julio todo el mundo había muerto salvo ella y un viejo llamado Bill Ladds, el cual, si bien estuvo enfermo, aparentaba haberse recuperado por completo, según explicó Lucy. No obstante, en la mañana del día de la Independencia, lo encontró muerto en Main Street, hinchado y negro como todos los demás.

Se encontraban sentados alrededor de un fuego crepitante.

—De manera que enterré a mis seres queridos y también a Bill —dijo Lucy—. Necesité todo un día, pero logré dejarlos para que descansaran. Y entonces pensé que lo mejor sería que me fuera a Concord donde viven mis padres. Sólo que nunca llegué a hacerlo. —Los miró suplicante—. ¿He hecho mal? ¿Creéis que tal vez estaban vivos?

—No —contestó Larry—. La inmunidad no es hereditaria de forma directa. Mi madre... —Se quedó mirando al fuego.

—Wes y yo tuvimos que casarnos —explicó Lucy—. Fue durante el verano en que me gradué en secundaria... en 1984. Mis padres no querían que me casara con él. Se empeñaban en que me fuera de casa para tener al bebé y que luego lo diera en adopción. Pero no quise. Mamá vaticinó que terminaría en divorcio. Papá insistía en que Wes era un inútil y que siempre lo sería. Yo me limité a contestarles: «Es posible. Pero ya veremos lo que pasa». Quería probar suerte. ¿Comprendéis?

—Sí —respondió Nadine.

Estaba sentada junto a Lucy y la miraba con compasión.

—Teníamos una casa pequeña y bonita, y desde luego jamás pensé que íbamos a acabar así —comentó Lucy con un suspiro que era casi un sollozo—. Y formábamos una estupenda familia. Era Marcy, más que yo, quien tenía encandilado a Wes. Pensaba que el sol se levantaba y se ponía con esa niña. Pensaba...

—No sigas —le pidió Nadine—. Todo eso era antes.

De nuevo esa palabra, se dijo Larry. Esa breve palabra de dos sílabas.

—Sí, ahora ya ha pasado. Y supongo que hubiera podido seguir adelante. En realidad lo hice hasta que empecé a tener pesadillas.

Larry dio un respingo.

—¿Pesadillas?

Nadine miraba a Joe. Un momento antes el muchacho había estado moviendo afirmativamente la cabeza delante del fuego. Ahora contemplaba a Lucy con ojos brillantes.

—Malos sueños, pesadillas —dijo Lucy—. No son siempre las mismas. Por lo general, me persigue un hombre al que no logro verle la cara porque va envuelto en una... ¿cómo le llamáis vosotros? En una capa. Y siempre está en las sombras, en los callejones. —Se estremeció—. Llegué a tal punto que tenía miedo de dormirme. Pero ahora tal vez podré...

—¡Hombre nejrrroo! —exclamó Joe de repente y todos se sobresaltaron. Se levantó y alargó los brazos como una reproducción en miniatura de Bela Lugosi con los dedos engarfiados como garras—. ¡Hombre nejrrroo! ¡Sueños malos! ¡Perrsigue! ¡Persigue a mii!

Se encogió apretándose contra Nadine y mirando con temor las sombras.

Se hizo un breve silencio.

—Es una locura —sentenció Larry, y luego calló.

Todos lo miraron. De repente, las sombras parecieron mucho más oscuras, y Lucy se mostró de nuevo atemorizada.

Larry hizo un esfuerzo para seguir hablando.

—¿Alguna vez has soñado sobre... bueno, con un lugar en Nebraska, Lucy?

—Una vez tuve un sueño en el que aparecía una vieja y negra —respondió ella—; pero no duró mucho. Dijo algo así como «Vienes a verme». Luego de nuevo me encontré en Enfield y aquel... aquel tipo horrible me perseguía. Entonces me desperté.

Larry se quedó tanto tiempo mirándola que al final se ruborizó y bajó los ojos. Entonces Larry miró a Joe.

—¿Alguna vez sueñas con... con un maizal, Joe? ¿Una vieja? ¿Una guitarra?

Joe se limitó a mirarlo por encima de los brazos de Nadine, que seguían rodeándole.

—Déjalo en paz. Vas a trastornarlo más todavía —rogó Nadine; pero era ella quien parecía trastornada.

Larry reflexionó.

—¿Con una casa, Joe? ¿Una casa pequeña con un porche sostenido con vigas?

Creyó ver un destello en los ojos de Joe.

—¡Ya está bien, Larry! —se impacientó Nadine.

—¿Y un columpio, Joe? ¿Un columpio hecho con un neumático?

Joe se apartó bruscamente de los brazos de Nadine y se sacó el pulgar de la boca.

—¡El columpio! —exclamó Joe exultante—. ¡El columpio! —Se alejó de todos y señaló primero a Nadine y luego a Larry—. ¡Ella! ¡Tú! ¡Muchos!

—¿Muchos? —preguntó Larry.

Pero Joe había vuelto a su estado habitual.

Lucy Swann parecía estupefacta.

—El columpio —dijo—. Yo también recuerdo eso. —Miró a Larry—. ¿Por qué todos tenemos los mismos sueños? ¿Está alguien manejando un rayo sobre nosotros?

—No lo sé. —Dirigió la mirada a Nadine—. ¿También los has tenido tú?

—Yo no sueño —declaró ella tajante y de inmediato bajó la mirada.

Estás mintiendo, pensó Larry, pero ¿por qué?

—Nadine, si tú...

—¡Te he dicho que yo no sueño! —gritó Nadine casi histérica—. ¿Es que no puedes dejarme en paz? ¿Tienes que atormentarme?

Se puso en pie y se alejó de la hoguera casi corriendo.

Lucy la siguió con la vista por un momento, dubitativa. Luego se levantó.

—Iré con ella.

—Sí, es preferible. Quédate conmigo, Joe. ¿De acuerdo?

—... uerdo —contestó Joe, y se dispuso a abrir el estuche de la guitarra.

Diez minutos después, Lucy regresaba con Nadine. Las dos habían estado llorando, según pudo ver Larry, pero parecían haber recuperado el dominio de sí.

—Lo siento —se disculpó Nadine ante Larry—. Siempre estoy inquieta y me comporto de forma extraña.

—No te preocupes.

El tema no volvió a plantearse. Permanecieron allí escuchando el repertorio de Joe. Ya empezaba a ser muy bueno y junto con los sonidos ululantes y los gruñidos se escuchaban fragmentos de palabras.

Por fin se durmieron. Larry en un extremo, Nadine en el otro y entre ambos Joe y Lucy.

Larry soñó con el hombre negro en aquel lugar alto, y luego con la vieja negra sentada en su porche. Sólo que en ese sueño supo que el hombre negro estaba llegando a grandes zancadas a través del maizal, agitando su sábana retorcida entre las altas cañas y acercándose cada vez más a ellos.

Larry se despertó en plena noche, sin aliento, el pecho oprimido por el terror. Los demás dormían como lirones. De alguna forma, con ese sueño lo había sabido. El hombre negro no llegaba con las manos vacías. En los brazos traía a modo de ofrenda el cuerpo putrefacto de Rita Blackemoore, ahora ya rígido e hinchado, con la carne arrancada a jirones por las alimañas. Una acusación muda para ser arrojada a sus pies, para desvelar su culpabilidad ante los demás, para proclamar en silencio que no era un tipo bueno, que le faltaba algo, que era un perdedor, un aprovechado.

Por último volvió a dormirse y despertó a las siete de la mañana siguiente, entumecido, helado, hambriento y con ganas de orinar. No había tenido sueños.

—¡Dios mío! —exclamó Nadine desolada. La miró, y vio una decepción demasiado profunda para llorar siquiera. Tenía el rostro pálido y, en sus extraordinarios ojos, había una expresión sombría y embotada.

Eran las siete y cuarto del 19 de julio. Las sombras empezaban a alargarse. Habían viajado durante todo el día, con períodos de descanso de sólo cinco minutos y el rato que dedicaron al almuerzo. Lo habían tomado en Randolph media hora antes. Ninguno de ellos se quejó en ningún momento; aunque al cabo de seis horas de estar sobre una moto Larry sentía el cuerpo entumecido, dolorido y acribillado por las agujetas.

En aquel momento se encontraban todos juntos, en hilera, delante de una verja de hierro forjado. Debajo y detrás de ellos se extendía al pueblo de Stovington, muy semejante a como Stu Redman lo vio durante su último par de días en aquella institución. Al otro lado de la verja y más allá de un césped que un día estuvo sin duda bien cuidado pero que ahora se encontraba reseco y cubierto de palitroques y hojas arrancadas durante las tormentas, se alzaba la propia institución.

Tenía tres pisos; pero Larry supuso que habría más plantas subterráneas.

Aquel lugar estaba desierto y silencioso.

En el centro había un letrero:

CENTRO DE CONTROL DE EPIDEMIAS DE STOVINGTON
INSTITUCIÓN GUBERNAMENTAL
LOS VISITANTES HABRÁN DE PRESENTARSE EN LA OFICINA CENTRAL.

Junto a él había otro letrero, y ése era precisamente el que estaban leyendo:

CARRETERA 7 A RUTLAND	AQUÍ ESTÁN TODOS MUERTOS
CARRETERA 4 A SCHUYLerville	NOS DIRIGIMOS HACIA
CARRETERA 9 HACIA I-87	EL OESTE DE NEBRASKA
SUR I-87 HACIA I-90	SEGUIMOS NUESTRA RUTA
I-90 OESTE	ATENCIÓN A LOS SERIALES
	HAROLD EMERY LAUDER
	FRANCES GOLDSMITH
	STUART REDMAN
	GLENDO PEQUOD BATEMAN
	8 DE JULIO DE 1990

—Harold, amigo mío —musitó Larry—. Estoy deseando estrecharte la mano e invitarte a una cerveza... o a un Payday.

—¡Larry! —gritó Lucy con voz aguda.

A las once menos veinte de la mañana del 11 de julio salió vacilante al porche llevando su café y su tostada, como hacía todos los días que el termómetro coca-cola, colgado en el exterior de la ventana que había sobre el fregadero, subía a más de cincuenta grados. El verano batía su marca, el más hermoso verano que Abigail podía recordar desde 1955, el año en que murió su madre, a la bendita edad de noventa y tres años. Lo malo era que no había bastante gente por allí para disfrutarlo, se dijo mientras tomaba asiento en su mecedora sin brazos. Pero ¿acaso disfrutaban? Algunos sí, desde luego. Los jóvenes enamorados sí lo disfrutaban, y también los ancianos cuyos huesos recordaban muy bien las garras mortales del invierno. Ahora ya habían muerto la mayoría de jóvenes y ancianos y la mayoría de edad mediana. Dios había condenado a un duro castigo a la raza humana.

Algunos pondrían en tela de juicio una pena tan dura; pero la madre Abigail no se encontraba entre ellos. Una vez Él lo hizo con agua y en un momento dado lo haría con fuego. No le tocaba a ella juzgar a Dios, aunque habría preferido que Él no hubiera considerado oportuno poner aquel cáliz ante sus labios. Pero en lo referente a sentencias estaba satisfecha con la respuesta que Dios había dado a Moisés junto a la zarza ardiente, cuando éste se permitió dudar. «Pero si me preguntan el nombre del *Dios* de nuestros padres, ¿qué puedo responderles?». Y Dios salió de detrás de aquel arbusto sin que el fuego le hubiese afectado: YO SOY EL QUE SOY. En otras palabras: Moisés, deja de andarte por las ramas de esta zarza y mueve tu viejo trasero.

Emitió una risita temblorosa al tiempo que asentía con la cabeza. Introdujo la tostada en la taza de café hasta que se hubo reblandecido para poder masticarla. Hacía dieciséis años que había dicho adiós a su último diente. Desdentada había llegado del vientre de su madre y desdentada iría a la tumba. Molly, su biznieta, y su marido le habían regalado una dentadura postiza por el día de la Madre, exactamente un año antes, aquel en que cumplió noventa y tres; pero le hacía daño en las encías, y sólo se la ponía cuando Molly y Jim iban a visitarla. Entonces la sacaba de la caja guardada en el cajón, la limpiaba bien y se la ponía. Solía hacer muecas ante el espejo picado de la cocina y gruñir a través de aquellos grandes y relucientes dientes falsos, riendo hasta desternillarse.

Estaba vieja y débil, pero la cabeza le funcionaba bastante bien. Su nombre era Abigail Freemantle, \ había nacido en 1882. Tenía el certificado de nacimiento para demostrarlo. Había visto lo indecible en su larga estancia en la tierra, pero nada parecido a lo ocurrido durante el último mes. No, jamás había pasado nada semejante y ahora, le estaba llegando la hora de convertirse en parte de ello. Lo aborrecía. Era vieja. Quería descansar y disfrutar del ciclo de las estaciones, mientras Dios no se cansara de verla hacer su ronda diaria y decidiera llevarla a morar en la Gloria. Pero ¿qué ocurría cuando interrogabas a Dios? La única respuesta que recibías era yo soy el que soy. Cuando su propio Hijo le rogó que apartara de sus labios el cáliz, Dios ni siquiera respondió. Y ella no era de esa madera, ni por asomo. Tan sólo una pecadora corriente, eso era ella; y por la noche, cuando el viento soplaba a través de los maizales, la aterrorizaba pensar que Dios hubiera mirado a aquella chiquitina que aparecía entre las piernas de su madre allá a principios de 1882 y se hubiera dicho a sí misma: «Tengo que mantenerla en activo una buena temporada. Tiene trabajo en 1990, al otro lado de un montón de hojas del calendario».

Sus días allí, en Hemingford Home, estaban llegando a su fin, y tenía ante sí su temporada final de trabajo en el Oeste, cerca de las montañas Rocosas. Él había enviado a Moisés a ascender montañas y a Noé a construir barcas. Él había visto a su Hijo clavado en una cruz. ¿Qué podía importarle el terrible miedo que sentía Abby Freemantle ante el hombre sin cara, aquel que invadía sus sueños?

Jamás lo había visto, no tenía que verlo. Era una sombra que pasaba al mediodía a través de los maizales, una fría bolsa de aire, un cuervo cruel que te acechaba desde los postes telefónicos. La voz del hombre la llamaba con todos los sonidos que más temor le habían inspirado... En voz baja era la nariz del «reloj de la muerte»^[4] debajo de las escaleras, anunciando que pronto morirá alguien amado. Con voz estentórea eran los truenos crepusculares retumbando entre las nubes que se precipitaban desde el oeste semejantes a

un furioso Armagedón. Y a veces no se oía ruido alguno, sólo el solitario susurro del viento nocturno agitando el maíz. Pero ella sabía que estaba allí, y eso era lo peor, porque entonces el hombre sin rostro parecía apenas un poco inferior al propio Dios. En aquellos momentos tenía la sensación de hallarse a muy escasa distancia del ángel oscuro que voló en silencio sobre Egipto matando a los recién nacidos en las casas cuyas puertas no estuvieran marcadas con sangre. Aquello era lo que más la aterraba. El miedo la hacía volver a ser niña, y supo que mientras otros lo conocían y estaban atemorizados por él, sólo a ella se le había concedido una clara visión de su terrible poder.

—¡Ay de mí! —exclamó. Y se metió en la boca el último trozo de tostada.

Se balanceaba en su mecedora mientras bebía el café. El día era claro y hermoso y no le dolía en especial ninguna parte del cuerpo. Ofreció una breve oración de gracias por lo que había recibido. Dios es grande, Dios es bueno. Cualquier niño, por pequeño que fuera, podía aprender esas palabras, que acompañaban al mundo entero, y todo lo que contenía, bueno y perverso.

—Dios es grande —dijo madre Abigail—. Dios es bueno. Os doy gracias por la luz del sol. Por el café. Por la deposición que hice anoche. Tenías razón, esos dátiles hicieron el efecto deseado; Dios mío, me saben malísimos. Dios es grande...

Dejó la taza de café y se mecía, con la cara vuelta hacia el sol, semejante a una extraña roca viviente surcada por venas de carbón. Dormitó; luego, se durmió. Su corazón, cuyas paredes eran ya casi tan delgadas como papel de seda, seguía latiendo como llevaba haciéndolo durante los últimos 39.630 días. Igual que con un bebé en la cuna, había que poner la mano sobre su pecho para asegurarse de que respiraba.

Pero la sonrisa permanecía.

Desde luego las cosas habían cambiado durante todos los años transcurridos desde que ella era una muchacha. Los Freemantle habían llegado de Nebraska como esclavos libres. Molly, la biznieta de Abigail, se reía de forma cínica y desagradable, sugiriendo que el dinero que el padre de Abby había invertido para comprar la casa, dinero que le pagaba Saín Freemantle, de Lewis, Carolina del Sur, por los salarios ganados durante los ocho años que su padre y sus hermanos trabajaron una vez la guerra civil hubo terminado, había sido «dinero de conciencia». Abigail se había mordido la lengua cuando Molly dijo aquello. Molly, Jim y todos los demás eran jóvenes, y para ellos sólo había lo absolutamente bueno y lo absolutamente malo. Para sus adentros, hizo girar los ojos preguntándose: ¿Dinero de conciencia? Bien, ¿hay algún dinero más limpio que ése?

De manera que los Freemantle se instalaron en Hemingford Home. Abby, la última de sus hermanos nació precisamente allí, en ese mismo lugar. Su padre se había adelantado a quienes no querían comprar a los negros y a quienes no querían venderlos. Había ido adquiriendo tierra, una parcela cada vez, para no alarmar a los que se preocupaban por «esos bastardos negros que llegan de Columbus». Fue el primero en Polk County en intentar la rotación de cultivos, el primero en utilizar los fertilizantes químicos. Y, en marzo de 1902, Gary Sites se presentó en la casa para decir a John Freemantle que había sido elegido por votación para pertenecer a la Asociación de Granjeros. Fue el primer negro de todo el estado de Nebraska que perteneció a la Asociación de Granjeros. Todo un acontecimiento.

Pensaba que quien mirara atrás podría elegir a lo largo de su vida un año y afirmar: «Este fue el mejor». Al parecer, siempre había para cualquiera épocas en las que todo salía a pedir de boca, épocas tranquilas, gloriosas y desbordantes de maravillas. Sólo mucho después cabía preguntarse por qué sucedía de aquel modo. Era como mezclar diez ingredientes que asimilaban un poco del sabor de los otros. Los champiñones sabían a jamón, y éste a champiñones. El venado tenía un ligerísimo sabor silvestre a perdiz, y la perdiz un leve regusto a pepino. A lo largo de la vida es posible que se desee que aquellas cosas buenas que cayeron todas juntas en ese año especial, se hubieran repartido un poco, haber tenido la posibilidad de coger alguna de esas cosas doradas y trasplantarla a aquel período de tres años del que no se puede recordar nada bueno. Ni malo siquiera. Y entonces se sabía que las cosas habían ocurrido así, como se supone que tuvieron lugar en el mundo que Dios creó y que Adán y Eva destruyeron a medias. Se hizo la colada, se fregaron los suelos, se cuidó de los bebés, fueron remendadas las ropas... Tres años en los que nada rompió el tranquilo y gris paso del tiempo, salvo Pascua Florida, Acción de Gracias, el Cuatro de Julio y Navidad. Pero nadie es capaz de decir qué caminos sigue Dios para hacer sus maravillas y, tanto para Abby Freemantle como para su padre, el año dos fue el mejor.

Abby pensaba que era la única en la familia, aparte de su padre, que comprendía la gran cosa, casi sin precedentes, de que se le hubiera invitado a pertenecer a la Asociación de Granjeros. Sería el primer negro de Nebraska con esa distinción, y, casi con seguridad, el primer negro de todo Estados Unidos. Sabía muy bien el precio que habrían de pagar él y su familia en forma de chistes groseros y epítetos raciales por parte de aquellos hombres que, con Ben Conveigh a la cabeza, eran contrarios a esa idea. Pero también se dio cuenta de que Gary Sites le estaba ofreciendo algo más que una oportunidad de supervivencia. Gary le brindaba la ocasión de prosperar con el resto de los que pertenecían al cinturón del maíz.

Como miembro de la Asociación de Granjeros, vería resuelto su problema para la adquisición de semilla buena. Y no tendría necesidad de llevar sus cosechas a Omaha para encontrar comprador. También sería posible que se pusiera fin a la reyerta por los derechos del agua que había mantenido con Ben Conveigh, a quien las cuestiones sobre negros como John Freemantle o sus defensores como Gary Sites volvían loco furioso. Podría incluso significar que el recaudador de impuestos del condado suspendiera su continuo acoso. De manera que John Freemantle aceptó la invitación. La votación siguió adelante, y además con un cómodo margen. Claro que hubo imprecaciones y chistes desagradables de cómo se había capturado a un mapache en el almacén de la Asociación de Granjeros y también que cuando uno de sus bebés iba al cielo y recibía sus alitas negras, se le llamaba murciélago en lugar de ángel. Ben Conveigh fue diciendo por todas partes que la única razón de que en la asociación hubieran votado el ingreso de John Freemantle era porque estaba cerca de la feria de los niños y precisaban que un negro hiciera el papel de orangután. John Freemantle fingía no oír nada de aquello, y en casa solía citar la Biblia: «Una respuesta mansa acaba con la ira» y «Hermanos, cosecharéis lo que habéis sembrado». Y su favorita, que no decía con humildad sino con esperanza inflexible: «Los mansos heredarán la tierra».

Poco a poco fue atrayendo a sus vecinos en derredor. No a todos ellos, pues no había que pensar en los fanáticos rabiosos como Ben Conveigh y su medio hermano George, como tampoco en los Arnold y los Deacons. Pero sí a todos los demás. En 1903 habían comido con Gary Sites y su familia en la propia sala comedor, como si fueran blancos.

En 1902, Abigail había tocado la guitarra en el local de la asociación, y no durante un acto religioso sino en el acto de presentación de talentos que celebraban los blancos al terminar el año. Su madre se había mostrado contraria a ello. Fue una de las pocas veces a lo largo de su vida en que manifestó delante de los hijos su oposición a una idea de su marido. Sólo que para entonces los muchachos se acercaban ya a la mediana edad y el propio John había acumulado bastantes canas en su cabeza.

—Ya sé cómo ha sido —dijo lloriqueando—. Tú y Sites y ese Frank Fenner lo arreglasteis todo. Eso está muy bien por parte de ellos, John Freemantle, pero tú ¿qué tienes en la cabeza? ¡Ellos son blancos! Te reúnes con ellos en el patio de atrás y habláis de la siembra. Incluso puedes ir a tomar con ellos una cerveza, eso si Nate Jackson te deja entrar en su local. ¡Estupendo! Sé bien por todo lo que has pasado durante estos años. Sé que has seguido sonriendo cuando estabas destrozado. ¡Pero esto es diferente! ¡Se trata de tu propia hija! ¿Qué dirás si llega allí con su bonito traje blanco y se ríen de ella? ¿Qué harás si le tiran tomates como hicieron con Brick Sullivan cuando intentó cantar en el espectáculo *minstre*^[5]? ¿Y qué vas a decir si viene a ti con todo su vestido sucio de tomates y te pregunta «¿Por qué, papá? ¿Por qué lo han hecho y por qué *dejaste* que lo hicieran?».

—Muy bien, Rebecca —le había contestado John—. Supongo que lo mejor será que lo decidan ella y David.

David había sido su primer marido. En 1902, Abigail Freemantle se había convertido en Abigail Trotts.

Trotts era un bracero negro que recorría casi cuarenta kilómetros para cortejarla. En cierta ocasión, John Freemantle le dijo a Rebecca que al viejo David le había cogido fuerte y que había estado «trotando» un rato. Fueron muchos los que se habían reído de su primer marido, diciendo cosas como «Creo que sé quién lleva los pantalones en *esa* familia».

Pero David no fue un ser débil, tan sólo callado y reflexivo. Cuando dijo a John y Rebecca Freemantle: «Si Abigail cree que está bien, supongo que es lo que habrá que hacer, caramba», ella le había bendecido mil veces y respondió a sus padres que pensaba seguir adelante.

Así que el 27 de diciembre de 1902, encinta va de tres meses de su primer hijo, subió al escenario del local de la asociación en medio del silencio mortal que se hizo cuando el maestro de ceremonias pronunció su nombre. Antes de ella había actuado Gretchen Tilvons

bailando una picante danza francesa, enseñando a placer los tobillos y las enaguas entre los broncos silbidos, vítores y pateos de los hombres de la audiencia.

Permaneció en pie en medio del silencio, sabedora de los negros que debían resultar su cara y su cuello en contraste con su nuevo traje blanco. El corazón le brincaba en el pecho. Pensaba: He olvidado todas las palabras, hasta la última. Prometí a papá que no lloraría, pasara lo que pasase. Y no lloraré. Pero Ben Conveigh está ahí y cuando Ben Conveigh chille NIGGER supongo que me echaré a llorar. ¿Por qué me metí en esto? Mamá tenía razón. Me he salido de mi sitio y tendré que pagarlo...

El salón estaba lleno de caras blancas que la miraban. Todos los asientos se hallaban ocupados, y al fondo había dos hileras de gente de pie. Las lámparas de petróleo centelleaban y oscilaban. Retiraron el telón de terciopelo rojo y lo sujetaron con cordones dorados.

Entonces pensó: Soy Abigail Freemantle Trotts, toco bien y canto bien. Y eso no me lo ha dado nadie.

De manera que empezó a cantar *The Oíd Rugged Cross* en medio del silencio, pulsando las cuerdas con delicadeza. Luego, subiendo de tono, interpretó una melodía más vigorosa, la de *How I Love My Jesús*. Y siguió con otra más fuerte *Camp Meeting in Georgia*. Ahora la gente se balanceaba siguiendo el compás, casi contra su voluntad. Algunos sonreían y se daban palmadas en las rodillas.

Cantó un popurrí de canciones de la guerra civil: *When Johnny Comes Marching Home*, *Marching Through Georgia* y *Goober Peanuts*. Con esta última aumentaron las sonrisas. Muchos de aquellos hombres, veteranos del ejército habían comido poco más que «cacahuetes» (*peanuts*) durante la guerra. Terminó con *Tenting Tonight on the Oíd Campground*. Al extinguirse el último acorde en un silencio que ya era melancólico y triste, Abigail se dijo: Ahora ya podéis arrojar vuestros tomates o lo que queráis. Venga, hacedlo. He tocado y he cantado lo mejor que sé y ha estado muy bien.

Cuando se apagó la última nota, el silencio se prolongó durante un instante, como si se hubiera producido un encantamiento y tanto los que se hallaban sentados como quienes estaban de pie al fondo del salón hubieran sido llevados muy lejos y no encontraran el camino de regreso. De súbito, estallaron los aplausos, que fueron aumentando semejantes a una ola, largos y constantes. Abigail se sonrojó y se sintió confusa, ardiente y temblorosa. Vio a su madre llorando abiertamente y a su padre y David mirándola con expresión radiante.

Intentó abandonar el escenario, pero se oían numerosos gritos de «¡Otra! ¡Otra!», así que, sonriente, empezó a tocar *Digging My Potatoes*. Aquella canción era algo atrevida, pero Abby pensó que si Gretchen Tilyons podía enseñar en público los tobillos, ella también podía cantar una canción un poquitín indecente. Al fin y al cabo era una mujer casada.

*Alguien ha estado plantando patatas.
Las ha dejado en mi recipiente.
Ahora ese alguien se ha ido,
y mira en qué lío me he metido.*

Había seis estrofas más como aquélla, algunas incluso peores, y con el último verso de cada una aumentaban las exclamaciones de aprobación. Más adelante se diría que, si algo había hecho mal aquella noche, fue introducir aquella canción, que era exactamente el tipo de canción que esperaban oír cantar a una negra.

Terminó con otra ovación y nuevos gritos de «¡Otra!».

Subió de nuevo al escenario.

—Muchas gracias —dijo una vez el público se hubo calmado—. Voy a interpretar una canción que jamás hubiese esperado cantar aquí. Pero es la mejor que conozco, teniendo en cuenta lo que el presidente Lincoln y este país hicieron por mí y por los míos.

Todos permanecían quietos y escuchando con atención. Su familia estaba sentada cerca del pasillo de la izquierda, semejante a una mancha de mermelada de zarzamora sobre un pañuelo blanco.

—A causa de lo ocurrido por aquel entonces, en plena guerra civil —prosiguió con voz firme—, mi familia pudo venir aquí y vivir con estos estupendos vecinos.

A renglón seguido tocó y cantó *Spangled Banner*. Todo el mundo se puso en pie y escuchó. Algunos pañuelos volvieron a salir. Cuando terminó, aplaudieron a rabiar.

Aquel fue el día más maravilloso de su vida.

Despertó pasado el mediodía. Se sentó, parpadeando a la luz del sol. Una mujer anciana de ciento ocho años. Había dormido en mala postura, y sintió dolor de espalda. Lo tendría durante todo el día, de eso no le cabía duda.

—Pobre de mí —se lamentó.

Se puso en pie con cuidado y empezó a bajar los escalones del porche sujetándose a la desvencijada barandilla, haciendo muecas a causa del dolor de espalda y las agujetas de las piernas. Su circulación no era la de antes; ¿cómo habría de serlo? Una y otra vez se había puesto en guardia sobre las consecuencias de quedarse dormida en aquella mecedora. Solía dormir y entonces retornaban los viejos tiempos, lo cual era maravilloso, vaya si lo era, mejor que ver una comedia en televisión. Pero lo pagaba caro al despertar. Podía sermonearse a sí misma cuanto quisiera; era como un perro viejo que se tumba delante de la chimenea. Ella se sentaba al sol, se quedaba dormida y eso era todo.

Al llegar al final de los escalones se detuvo para recuperar el aliento. Luego logró arrancar una condenada flema y la escupió al polvo. Cuando se sintió mejor, salvo por el dolor de la espalda, caminó despacio hacia el excusado que su nieto Víctor había construido detrás de la casa en 1931. Entró, cerró la puerta, y cegó la mirilla, como si fuera hubiera mirones, y se sentó. Un instante después empezó a orinar y suspiró satisfecha. Ésa era otra cosa que te pasaba cuando llegabas a vieja y sobre la que nadie te advertía. ¿O sería acaso que una nunca escuchaba? Dejabas de darte cuenta de cuándo tenías que orinar. Parecía como si hubieras dejado de percibir sensaciones en la vejiga y, si no andabas con cuidado, te lo hacías encima. Y no era de las que les gustaba ir sucias. De manera que acudía allí para ponerse en cuclillas seis o siete veces al día, y por la noche ponía la bacinilla junto a la cama. En una ocasión el Jim de Molly le había dicho que era como un perro que no podía pasar junto a un árbol sin levantar la pata. Aquello le hizo reír hasta saltársele las lágrimas. El Jim de Molly era un ejecutivo publicitario de Chicago con un gran porvenir... Bueno, lo había sido. Suponía que habría muerto con todos los demás. Molly también. Benditos sean, estarían ya en el cielo.

El año anterior, Molly y Jim fueron casi los únicos que acudieron allí a verla. El resto de la familia parecía haberse olvidado de ella; pero lo comprendía. Había vivido más tiempo del que le correspondía. Era una especie de dinosaurio, un ser cuyo verdadero lugar estaba en un museo o una tumba. Entendía que no quisieran ir a verla a *ella*; pero le costaba entender que no quisiesen volver para ver la *tierra*. La verdad era que ya no quedaba mucha. Sólo unas hectáreas de la enorme propiedad original. Pero a la gente negra ya no parecía importarle demasiado la tierra. En realidad, se sentían avergonzados de ella. Se habían ido para abrirse camino en las ciudades, y la mayoría de ellos, como Jim, había triunfado... ¡Pero a ella se le partía el corazón al pensar en todos aquellos negros que habían repudiado la tierra!

Hacía dos años, Molly y Jim habían querido ponerle un retrete con sifón, y no les agradó que ella rechazara la idea. Intentó explicarlo; pero Molly sólo sabía repetir: «Tienes ciento seis años, madre Abigail. ¿Cómo crees que me sentiré sabiendo que vas ahí a ponerte en cuclillas los días en que la temperatura baja? ¿Acaso no sabes lo que el frío puede hacer a tu corazón?».

—Cuando el Señor me quiera, el Señor me llevará —había contestado Abigail. Y como estaba haciendo calceta pensaron que miraba la labor y no pudieron darse cuenta de la expresión de sus ojos.

Había algunas cosas de las que uno podía privarse. Al parecer eso era algo que tampoco sabían los jóvenes. Pues bien, allá por el año ochenta y dos, Cathy y David le habían ofrecido un televisor y ella les tomó la palabra. El televisor es una máquina maravillosa para pasar el tiempo cuando uno está solo. Pero cuando Christopher y Susy fueron a verla y quisieron instalarle agua corriente, lo rechazó igual que hizo con el amable ofrecimiento de Molly y Jim de un retrete con sifón. Alegaron que su pozo era poco profundo y que corría el peligro de secarse con otro verano como el de 1988, cuando hubo aquella sequía. Era verdad, pero ella siguió diciendo que no. Naturalmente, pensaron que estaba lela, que estaba acumulando una capa tras otra de senilidad de la misma manera que un suelo las recibe de barniz. Pero ella estaba convencida de que la cabeza le funcionaba como siempre.

Se levantó del asiento del excusado, echó un poco de cal por el agujero y salió de nuevo a la luz del sol. Mantenía su excusado limpio, pero era un lugar apestoso y viejo por mucho que lo limpiara. Parecía que Dios le hubiera estado susurrando el oído cuando Chris y Susy le ofrecieron instalarle agua corriente. Y también estuvo presente cuando, mucho antes, Molly y Jim quisieron instalarle aquel trono chino con el sifón a un lado. Dios *sí* hablaba a las

personas. ¿Acaso no había hablado Él con Noé en lo atinente al arca, diciéndole cuántos palmos de longitud, y cuántos de profundidad y cuántos de ancho? Sí. Y ella creía que Él también le había hablado, no desde una zarza ardiente o de una columna de fuego sino con una voz leve que dijo: *Vas a necesitar tu bomba de mano, Abby. Disfruta cuanto quieras con tu electricidad, pero conserva llenas tus lámparas de petróleo y mantén las mechas bien recortadas. Conserva tu fresquera igual que la conservó tu madre. Y cuídate de no dejar que ningún joven te convenza de algo que tú sabes va contra mi voluntad. Ellos son tus descendientes, pero yo soy tu Padre.*

Se detuvo en medio del patio contemplando aquel mar de maíz, interrumpido sólo por la polvorienta carretera que se dirigía al norte, hacia Duncan y Columbus. A unos cuatro o cinco kilómetros de su casa estaba asfaltada. Ese año el maíz iba a ser muy hermoso y era una lástima que no hubiera nadie para cosecharlo. Era triste que en septiembre las grandes cosechadoras rojas permanecieran inmóviles en sus cobertizos. Y muy triste pensar que no habría reuniones de vecinos para desgranar el maíz, ni bailes en el granero. Tristísimo pensar que, por primera vez en los últimos ciento ocho años, ella no estaría allí, en Hemingford Home, para ver el momento del cambio cuando el verano daba paso al pagano otoño. Amaría aquel verano de un modo especial, porque iba a ser el último para ella... Y no la enterrarían allí para su descanso, sino mucho más lejos, hacia el oeste, en una tierra extraña. Era amargo.

Se acercó arrastrando los pies al columpio del neumático y lo puso en movimiento. Era un viejo neumático de tractor que su hermano Lucas había colocado en 1922. Desde entonces la cuerda había sido cambiada infinidad de veces, pero no así el neumático. Ahora tenía muchas grietas, y en el borde interior había una profunda depresión donde se sentaron generaciones de posaderas juveniles. Debajo del neumático había una polvorienta depresión en la tierra donde hacía ya tiempo que la hierba había renunciado a crecer, y de la rama a la que estaba atada la cuerda había desaparecido la corteza desvelando el corazón blanco. La cuerda crujió y esta vez Abigail habló en voz alta.

—Por favor, Señor. A menos que haya de ser así, aparta de mí ese cáliz, si es que puedes. Soy vieja y estoy asustada y quisiera descansar aquí mismo, en mi hogar. Estoy dispuesta a partir ahora mismo si así lo quieres. Se hará tu voluntad, Señor, pero Abby es una mujer negra, vieja y cansada. Se hará tu voluntad, Señor.

No se escuchaba sonido alguno salvo el crujir de la cuerda contra la rama y los cuervos en el maíz. Abigail descansó su vieja y arrugada frente sobre la rugosa corteza del viejo manzano que su padre había plantado hacía mucho tiempo, y lloró amargamente.

Aquella noche soñó con que de nuevo subía los escalones del escenario del local de la Asociación de Granjeros, una Abigail joven y bonita, encinta de tres meses, una atezada joya etíope con su vestido blanco y la guitarra colgándole del cuello, subiendo en medio de aquella quietud, en su cabeza una zarabanda de pensamientos, de los cuales uno destacaba: Soy Abigail Freemantle-Trotts y toco bien y canto bien. Y eso no me lo ha dado nadie.

En su sueño, se volvía despacio hasta enfrentarse a aquellas caras blancas que miraban, semejantes a lunas, contemplando el iluminado salón, con sus lámparas y el suave centelleo devuelto por las ventanas oscurecidas, ligeramente empañadas, y los cortinajes de terciopelo rojo con sus cordones dorados.

Se aferró a una idea y empezó a tocar *Rock of Ages*. Tocaba y su voz se elevó; no estaba nerviosa o contenida, sino igual a cuando había estado practicando, generosa y suave, como la propia luz amarilla de la lámpara y se dijo: Voy a conquistarlos. Con la ayuda de Dios voy a conquistarlos a todos ellos. ¡Ah, pueblo mío! Si estás sediento, ¿no sacaré para ti agua de la roca? Los conquistaré a todos y Haré que David se sienta orgulloso de mí y que papá y mamá estén orgullosos de mí. Lograré sentirme orgullosa de mí misma. Sacaré música del aire y agua de la roca...

- entonces fue cuando lo vio por primera vez. Estaba en pie al fondo, en un rincón, detrás de los asientos, con los brazos cruzadas sobre el pecho. Vestía téjanos y una chaqueta con botones en los bolsillos. Calzaba unas polvorientas botas negras, con los tacones desgastados, unas botas que daban la impresión de haber recorrido muchos kilómetros. Su frente era blanca como la luz de gas, las mejillas de un rojo bullicioso, sus ojos semejaban esquiras centelleantes de diamante azul, brillando con infernal alegría como si el trasgo de Lucifer hubiera tomado a su cargo el trabajo de Kris Kringle. Una mueca burlona contraía sus labios descubriendo los dientes y dando

la impresión de que gruñía. Los dientes eran blancos, afilados y limpios como los de una comadreja.

Alzó las manos, con los puños apretados con fuerza, tan duros como los nudos de un manzano. Mantenía su mueca divertida y odiosa. De aquellos puños empezaron a caer gotas de sangre.

Las palabras se atascaron en su mente. Sus dedos olvidaron cómo tocar. Hubo un desacorde final y luego se hizo el silencio.

¡Dios mío!, pensó. *¡Dios mío!* Pero Dios había apartado su rostro.

Y entonces Ben Conveigh se puso en pie, con la cara roja y abotagada, centelleando sus ojillos porcinos. «¡Zorra negra! —gritó—. ¿Qué está haciendo esa zorra negra en nuestro escenario? ¡Ninguna zorra negra ha sacado música del aire! ¡Ninguna zorra negra ha sacado jamás agua de la roca!».

Se escucharon gritos de asentimiento. La gente avanzaba hacia ella. Vio a su marido levantarse e intentar subir al escenario. Recibió un puñetazo en la boca que lo derribó de espaldas.

«¡Llevad a estos puercos mapaches al fondo del salón!», aullaba Bill Arnold. Alguien empujó a Rebecca Freemantle contra la pared. Chet Deacon la envolvió con el telón de terciopelo rojo y la ató con el cordón rojo, y chilló hasta desgañitarse: «¡Mirad esto! ¡Una mapache vestida! ¡Una mapache vestida!».

Otros se precipitaron y empezaron a golpear y zarandear a la mujer que forcejeaba debajo de la cortina de terciopelo.

«¡Mamá!», gritó Abby.

Le arrancaron la guitarra y la estrellaron contra el borde del escenario.

Buscó con mirada espantada al hombre oscuro en el fondo del salón, pero él ya había puesto su máquina en marcha y funcionaba a todo gas. Se había ido a algún otro lugar.

«¡Mamá!», volvió a gritar. Entonces, unas manos brutales la sacaron del escenario, manoseándola y pellizcándole el trasero por debajo de su vestido. Alguien tiró violentamente de su mano, descoyuntándole la muñeca. Se la pusieron contra algo duro y ardiente. Escuchó la voz de Ben Conveigh en su oído.

«¿Qué te parece mi *Rock of Ages*, furcia negra?».

La habitación giraba como un torbellino. Vio a su padre luchando por llegar junto al cuerpo inerte de su madre y vio aparecer una mano blanca sujetando una botella por detrás de un asiento plegable. Se oyó un golpe y un chasquido y luego el dentado cuello de la botella, lanzando destellos bajo la cálida luz de todas aquellas lámparas, impulsado hacia la cara de su padre. Vio la mirada fija en aquellos ojos saltones.

Chilló, y la fuerza de su grito pareció hacer estallar la habitación, sumiéndola en la oscuridad. Y allí estaba de nuevo madre Abigail con sus ciento ocho años, demasiado vieja, Señor, demasiado vieja; pero hágase Tu voluntad. Y estaba caminando entre el maíz, el maíz místico de raíces superficiales, pero que abarcaba grandes extensiones, perdida entre aquel maíz que era plateado a la luz de la luna y negro con las sombras. Oía la nocturna brisa estival susurrando suavemente a través de él; percibía su aroma vivo, siempre creciente a lo largo de su larguísima vida. Muchas veces había pensado que el maíz era la planta más próxima a toda vida; y su olor, el olor de la propia vida, el comienzo de la vida. ¡Ah!, se había casado y había enterrado a tres maridos, David Trotts, Henry Hardesty y Nate Brooks. Había tenido tres hombres en el lecho. Los recibió como toda mujer debe recibir a un hombre, abriéndoles camino, y luego siempre hubo el anhelante placer, el pensamiento: Oh, Dios mío, cómo me gusta el sexo con mi hombre y cómo me gusta que a él le guste conmigo. Y a veces, en el instante de su clímax solía pensar en el maíz, en el suave maíz de raíces poco profundas aunque muy extendidas; pensaba en la carne y luego en el maíz. Cuando todo había terminado y su marido yacía junto a ella, el olor del sexo permanecía en la habitación, el olor al semen que el hombre había plantado en ella, el olor a los jugos que ella había segregado para allanarle el camino, y era un olor como el del maíz en su panocha, suave y dulce, un olor celestial.

Sin embargo estaba asustada, avergonzada de su intimidad con la tierra, el verano y las cosas que crecen, porque no se hallaba sola. Él estaba allí con ella, dos hileras a la derecha o a la izquierda; dos pasos atrás o delante. El hombre oscuro se encontraba allí, hundiendo sus botas polvorientas en la carne de la tierra y desperdigándola en terrones, riendo en la noche semejante a un fanal.

Entonces habló, por primera vez habló en voz alta, y a la luz de la luna pudo ver su sombra, alta, encorvada y grotesca, situándose en la misma hilera por la que ella caminaba. Su voz era igual a la del viento nocturno que gime a través de los viejos y descarnados tallos de maíz en

octubre, exactamente igual a la matraca de esos mismos viejos tallos de maíz, blancos y estériles, cuando parecen hablar de su fin. Era una voz suave. Era la voz de la predestinación.

Decía: «Tengo tu sangre en mis puños, vieja madre. Si rezas a Dios, pídele que te lleve antes de que oigas siquiera mis pies subiendo tus escalones. No fuiste tú quien sacó música del aire, no fuiste tú quien sacó agua de la roca, y tu sangre está en mis puños».

Y entonces despertó, una hora antes del alba, y por un momento creyó que se había hecho pis. Pero sólo era sudor, denso como el rocío de mayo. Unos fuertes temblores sacudían su delgado cuerpo y toda ella clamaba por un tranquilo descanso.

Dios mío, pensó, aparta de mí este cáliz.

No hubo respuesta de su Dios. Sólo se escuchaba la brisa que, con las primeras luces del amanecer, zarandeaba los cristales de las ventanas, flojos y traqueteantes, necesitados de masilla fresca. Finalmente se levantó y atizó el fuego en su vieja estufa de leña. Luego puso a calentar el café.

Había mucho que hacer durante los próximos días, porque iba a tener compañía. Con sueños o sin ellos, cansada o no, nunca había desdeñado la compañía y no tenía intención de desdeñarla ahora. Pero tenía que hacerlo todo muy despacio o empezaría a olvidar cosas, pues se había vuelto muy olvidadiza. O a ponerlas mal. Y llegaría un momento en que acabaría buscándose su propia cola.

Lo primero que tenía que hacer era ir al gallinero de Addie Richardson. Y no estaba ahí, a la vuelta de la esquina, sino a cinco o seis kilómetros por lo menos. Se preguntó si el Señor le enviaría un águila que se los hiciera recorrer volando. O a Elías con su carro de fuego para que la llevara.

—Blasfemia —se dijo—. El Señor da fortaleza, no taxis.

Una vez hubo limpiado sus escasos platos, se puso los zapatos fuertes de caminar y cogió su bastón. Rara vez lo utilizaba; pero quizá ese día le hiciera falta. Seis kilómetros de ida y seis de regreso. A los dieciséis años los hubiera hecho corriendo, pero esos dieciséis habían quedado muy atrás.

Se puso en marcha a las ocho de la mañana con la esperanza de llegar al mediodía a la granja Richardson y echar una siesta durante el rato de más calor del día. A última hora de la tarde mataría sus gallinas y luego volvería a casa con el anochecer. No llegaría hasta después de que hubiera oscurecido. Eso le hizo pensar en su sueño de la noche anterior, pero aquel hombre todavía estaba muy lejos. En cambio sus invitados se hallaban mucho más cerca.

Caminaba muy despacio, más aún de lo que creía conveniente, porque incluso a las ocho y media de la mañana el sol brillaba orondo y con fuerza. No sudaba mucho, ya que no tenía suficiente carne sobre los huesos para sacarle sudor; pero cuando llegó junto al buzón de los Goodell, hubo de descansar un poco. Se sentó a la sombra de su árbol de la pimienta y comió un trozo de pan de higos. No se veía rastro alguno de águila o taxi. La idea le hizo emitir una risita cascada. Se levantó, se sacudió las migas de la falda y reanudó su camino. Nada, ni un solo taxi. El Señor ayuda a quienes se ayudan a sí mismos. Como quiera que fuese, podía oír cómo le crujían las articulaciones. Esa noche sería un auténtico concierto.

A medida que avanzaba iba encorvándose sobre su bastón, aunque las muñecas le producían un verdadero martirio. Arrastraba por el polvo sus zapatones con cordones amarillos de cuero. El sol caía sobre ella implacable, y su sombra se iba haciendo cada vez más pequeña. Aquella mañana vio más animales salvajes de los que había visto en los últimos cincuenta años. Zorros, mapaches, puercoespines, martas. Los cuervos trazaban círculos en el cielo, graznando y chillando. Si ella hubiera andado por allí y escuchado a Stu Redman y Glen Bateman discutiendo la caprichosa manera en que la supergripe había atacado a algunos animales dejando en paz a otros, se habría partido de risa. Atacó a los animales domésticos y se libraron los salvajes, así de sencillo. También habían sobrevivido algunas especies de animales domésticos; pero, por regla general, la epidemia acabó con el hombre y con sus mejores amigos. Se llevó a los perros y dejó a los lobos, porque éstos eran salvajes.

Sintió un intenso dolor, una especie de descarga eléctrica en las caderas, en las corvas, en los tobillos, en las muñecas. Caminaba y hablaba con su Dios; unas veces en silencio, otras en voz alta, sin notar la diferencia. Y se encontró de nuevo pensando en su propio pasado. De acuerdo, 1902 había sido el mejor año. A partir de entonces pareció como si el tiempo transcurriera con mayor rapidez, pasando sin pausa una y otra vez las hojas de un voluminoso

calendario. La vida de una persona pasa tan deprisa... ¿Cómo es posible entonces que un cuerpo se canse tanto de vivirla?

Había tenido cinco hijos con Davy Trotts, de los cuales, Maybelle había muerto asfixiada por un trozo de manzana en el patio trasero de la Oíd Place. Abby se hallaba tendiendo la ropa y, al volverse, vio a la niña, caída de espaldas, con las manos agarrándose la garganta y poniéndose morada. Consiguió al fin sacarle el trozo de manzana; pero para entonces la pequeña Maybelle se había quedado inerte. Fue la única niña que tuvo, y también la única de sus muchos hijos que murió a causa de un accidente.

Se sentó a la sombra de un olmo, junto a la cerca de los Naugler. Vio cómo, a doscientos metros, el polvo daba paso al asfalto en la carretera... Ése era el punto en que Freemantle Road se convertía en Polk County Road. El intenso calor reblandecía el asfalto y en el horizonte parecía mercurio, brillando como agua en una ensoñación. En un día caluroso siempre se podía ver ese mercurio hasta donde alcanzaba la vista; pero nunca se llegaba del todo hasta él. Al menos ella jamás lo había logrado.

David había muerto en 1913 de una gripe no muy diferente de la que ahora había acabado con tanta gente. En 1916, cumplidos ya los treinta y cuatro, Abby se casó con Henry Hardesty, un granjero negro de Wheeler County, allá en el Norte. Había acudido a cortejarla de manera especial. Henry era viudo con siete hijos, cinco de los cuales eran ya mayores y habían seguido su propio camino. Tenía siete años más que Abigail. Le dio dos hijos antes de que su tractor volcara y lo matase a finales del verano de 1925.

Un año después se casó con Nate Brooks y la gente había murmurado... ¡Ah, sí, la gente murmura! ¡Cómo le gusta murmurar a la gente! A veces parecía que era lo único que sabían hacer. Nate había sido jornalero de Henry Hardesty, y fue un buen marido. Tal vez no tan cariñoso como David y desde luego no tan tenaz como Henry; pero sí un buen hombre que siempre hacía lo que ella le decía. Cuando una mujer empieza a entrar un poco en años, es una tranquilidad saber quién lleva la vara alta.

Sus seis hijos le habían dado una cosecha de treinta y dos nietos, los cuales habían traído al mundo noventa y un biznietos, que ella supiera; y en la época de la supergripe tenía ya tres tataranietos. Hubieran sido más de no existir las píldoras que ahora tomaban las jóvenes para no tener hijos. Para ellas la sexualidad parecía sólo otro campo de juego en el que practicar. A Abigail le daban lástima con sus modernas formas de vida pero nunca habló de ello. A Dios correspondía juzgar si pecaban o no tomando aquellas píldoras, no a ese cabeza hueca de Roma... Madre Abigail había sido toda su vida metodista y se sentía muy orgullosa de no tener nada que ver con aquellos aborregados católicos. Pero ella sabía bien lo que se estaban perdiendo: el éxtasis que sientes cuando te encuentras al borde del Valle de la Sombra, la maravillosa sensación que se experimenta cuando te das a tu hombre y a tu Dios, cuando dices tu voluntad sea hecha y Tu voluntad sea hecha, el éxtasis final del sexo ante la mirada del Señor, cuando un hombre y una mujer reviven el viejo pecado de Adán y Eva, aunque ya purificado y santificado con la Sangre del Cordero.

Pobre de mí...

Le apetecía un sorbo de agua, deseaba estar en casa en su mecedora, quería que la dejaran en paz. Ahora ya podía ver el sol brillando sobre el tejado del gallinero, delante de ella, a su izquierda. Poco más de un kilómetro. Eran las diez y cuarto y no lo había hecho tan mal para ser tan vieja. Entraría y dormiría hasta la tarde. No había mal en ello. Al menos no a su edad. Avanzó arrastrando los pies a lo largo del montículo con sus pesados zapatos cubiertos ya por el polvo de la carretera.

Bueno, había tenido un montón de familiares para bendecirla en su vejez, y eso ya era algo. Algunos, como Linda y ese mamarracho de vendedor con el que se había casado, nunca iban a verla; pero estaban los buenos como Molly y Joe y David y Cathy, suficientes para compensarla por un millón como Linda y el mamarracho de su vendedor, que iba de puerta en puerta vendiendo cacharros para cocinar sin agua. El último de sus hermanos, Luke, había muerto en 1949 a la edad de ochenta y algo; y el último de sus propios hijos, Samuel, en 1974, a los cincuenta y cuatro años. Había sobrevivido a todos sus hijos. Eso no era natural; pero parecía como si el Señor tuviera planes especiales para ella.

En 1982, al cumplir los cien años, su foto apareció en el periódico de Omaha y habían enviado a un reportero de televisión para que hiciera un documental sobre ella. «¿A qué atribuye el haber llegado a tan avanzada edad?», le había preguntado el joven, y pareció decepcionado ante su lacónica respuesta: «A Dios». Querían oírle decir que tomaba jalea real, o que no probaba el cerdo frito, o cómo colocaba las piernas cuando dormía. Pero ella no hacía nada de eso. ¿Y por qué iba a mentir? Dios da la vida y Él te la quita cuando quiere.

Cathy y David le habían regalado un televisor para que pudiera verse en las noticias; y recibió una carta del presidente Reagan, que tampoco podía decirse que estuviera en la flor de la juventud, felicitándola por su «avanzada edad» y por el hecho de que hubiera votado siempre a los republicanos. Bueno..., ¿a quién otro podría votar? Roosevelt y los suyos eran todos comunistas. Y cuando hubo pasado el límite del siglo, el pueblo de Hemingford Home la había eximido del pago de sus impuestos «a perpetuidad» debido a esa misma edad avanzada por la que la felicitó Ronald Reagan. Le entregaron un documento certificando que era la persona más vieja de Nebraska, como si eso fuera algo que hubiera que poner de ejemplo a los niños para que crecieran tratando de emularlo. Sin embargo, lo de los impuestos había estado muy bien, aunque todo lo demás fuera pura memez. De no haber sido por ello, habría perdido el poco terreno que todavía conservaba. Como quiera que fuese, hacía tiempo que había perdido casi todo. Las propiedades de los Freemantle y el poder de la Asociación de Granjeros habían alcanzado su punto culminante en aquel mágico año de 1902, y a partir de entonces fue declinando irremisiblemente. Dos hectáreas era lo único que quedaba. El resto se lo llevaron los impuestos o hubo que venderlo a lo largo de los años... Y tenía que admitir, avergonzada, que la mayoría de las ventas las habían hecho sus propios hijos.

El año anterior le había enviado un papel una institución de Nueva York que decía llamarse American Geriatrics Society, en que le decían que era el sexto ser humano más viejo de Estados Unidos y la tercera mujer más vieja. El más viejo era un hombre de Santa Rosa, California: tenía ciento veintidós años. Pidió a Jim que enmarcara aquella carta y la colgó junto a la del presidente. Jim no lo había hecho hasta este febrero. Pensándolo bien, aquella fue la última vez que vio a Molly y a Jim.

Había llegado a la granja Richardson. Exhausta, se apoyó un momento en la empalizada más próxima al granero, mirando anhelante hacia la casa. Dentro estaría fresco y agradable. Tenía la sensación de que podría dormir todo un año. Sin embargo antes había de hacer algo más. Con aquella enfermedad habían muerto muchos animales —caballos, perros, ratas— y quería averiguar si entre ellos estaban las gallinas. Sería una broma realmente pesada si descubriera que, después de haber hecho todo aquel camino, sólo iba a encontrar gallinas muertas.

Arrastrando los pies, se encaminó hacia el gallinero, que estaba adosado al granero, y se detuvo al oír el cacareo en el interior. Un instante después un gallo graznó irritado.

—Muy bien —musitó—. La cosa aún funciona.

Se volvía cuando vio un cuerpo caído sobre un montón de leña, con una mano sobre la cara. Era Bill Richardson, el cuñado de Addie. Los animales habían dado buena cuenta de él.

—Pobre hombre —exclamó Abigail—. Pobre hombre. Legiones de ángeles te cantan en tu reposo, Billy Richardson.

Se encaminó hacia la casa fresca y acogedora. Parecía encontrarse a kilómetros de distancia, aunque sólo estuviera al otro lado del patio. No estaba segura de poder llegar hasta allí. Se encontraba extenuada.

—Hágase la voluntad del Señor —dijo y apretó el paso.

El sol brillaba a través de la ventana del dormitorio de invitados, donde Abby se había tumbado, quedándose dormida tan pronto se hubo quitado los zapatones. Durante largo rato no consiguió comprender por qué la luz era tan brillante. Fue una sensación muy semejante a la de Larry Underwood al despertarse junto al muro de roca en New Hampshire.

Se sentó, con un agudo dolor en cada uno de sus entumecidos músculos y frágiles huesos.

—¡Dios Todopoderoso! Me he pasado durmiendo la tarde y toda la noche.

Muy cansada debía de estar para que le hubiera sucedido eso. Se hallaba tan derrengada que necesitó casi diez minutos para salir de la cama y bajar al salón para ir al cuarto de baño. Y otros diez para meter los pies en sus zapatones. Andar era pura agonía; pero sabía que, de no hacerlo, la rigidez perduraría para siempre.

Cojeando y trastabillando se dirigió al gallinero y entró; se sobresaltó ante el calor agobiante, el olor a aves de corral y el inevitable hedor de la descomposición. El suministro de agua era automático, obtenida del pozo artesiano de los Richardson mediante una bomba; pero el pienso estaba casi agotado y muchas gallinas habían muerto por el calor. Las más débiles hacía tiempo que habían perecido de hambre, o picoteadas, y yacían en el suelo sucio de pienso y excrementos, semejantes a sucios montoncitos de una nieve que se derretía tristemente.

Las gallinas restantes huyeron a su llegada, con gran aleteo; pero las cluecas continuaron sentadas, con sus estúpidos ojos parpadeando al verla acercarse lenta y trabajosamente. Las gallinas podían morir de tantas enfermedades que había temido que la gripe se las hubiera llevado; sin embargo ésas parecían estar bien. Dios aprieta pero no ahoga.

Cogió tres de las más gordas y les metió la cabeza debajo del ala, con lo que se quedaron inmediatamente dormidas. Luego las introdujo en un saco al que no tuvo fuerzas para levantar; hubo de arrastrarlo por el suelo.

Las otras gallinas, desde sus altas perchas, observaban cautelosas a la vieja hasta que se marchó. Luego volvieron a su encarnizada disputa por el escaso pienso.

Ya eran cerca de las nueve de la mañana. Se sentó en el banco circular que rodeaba el roble que había en el patio de los Richardson, y se puso a pensar. Consideró que su intención original de volver a casa con el fresco del anochecer seguía siendo la mejor. Había perdido un día; pero la compañía que esperaba estaba todavía por llegar. Podía dedicar ese día a ocuparse de las gallinas y a descansar.

Empezaba a sentir más flexibles los músculos y debajo del esternón notaba una extraña sensación. Pasaron unos momentos antes de que se diera cuenta de lo que era: ¡tenía hambre! Aquella mañana tenía realmente hambre. ¡Alabado sea Dios! ¿Cuánto tiempo hacía que estaba comiendo sólo por la fuerza de la costumbre? Había sido como el fogonero de una locomotora echando carbón. Cuando se hubiera despedido de aquellas tres gallinas, iría a ver lo que Addie había dejado en su alacena y se daría un festín con lo que encontrara. Alabado sea Dios. ¿Lo ves?, se dijo. El Señor sabe lo que hace. Bendita seguridad, Abigail, bendita seguridad.

Resoplando, arrastró el saco hasta el matadero que se encontraba entre el granero y el cobertizo de la leña. Precisamente en la cara interior de la puerta del cobertizo encontró la Son House de Billy Richardson colgando de un par de escarpas, con la funda de caucho colocado cuidadosamente sobre la hoja. Lo cogió todo y volvió a salir.

—Señor —dijo en pie junto a su saco con sus zapatones polvorientos y mirando al cielo estival limpio de nubes—, me has dado la fuerza para caminar hasta aquí y creo que me darás también la fuerza para regresar. Tu profeta Isaías dice que si un hombre o una mujer cree en el Señor Dios de los Ejércitos, ascenderá con alas igual que las águilas. Yo no sé mucho de águilas, Señor, sólo que por lo general son aves perversas con una vista muy aguda; pero en este saco tengo tres gallinas para asar y me gustaría cortar su cabeza y no mi mano. Hágase tu voluntad. Amén.

Abrió el saco y atisbo en su interior. Una de las gallinas todavía seguía dormida con la cabeza debajo del ala. Las otras se mantenían apretadas una junto a la otra, sin moverse. Dentro del saco estaba oscuro y las muy tontas creían que era de noche. Sólo había alguien más estúpido que una gallina, y era un demócrata de Nueva York.

Abigail sacó una de las gallinas y la colocó sobre el tajo. Descargó el hacha con fuerza, respingando como siempre lo hacía ante el golpe mortal de la hoja clavándose en la madera. La gallina descabezada empezó a aletear por el patio de los Richardson lanzando salpicaduras de sangre por todas partes. Al cabo de un instante descubrió que estaba muerta y tuvo la decencia de quedar inerte en el suelo. Gallinas y demócratas de Nueva York. ¡Oh, Señor!

Una vez terminado el trabajo comprendió lo inútil de su preocupación: Dios había escuchado su plegaria. Tres buenas gallinas. Lo único que le quedaba por hacer era regresar con ellas a casa.

Volvió a meter las aves en el saco y luego colgó de nuevo el hacha Son House de Billy Richardson. A continuación, entró de nuevo en la casa para buscar comida.

Durmió la siesta durante las primeras horas de la tarde y soñó que sus visitantes ya estaban acercándose. Procedían del sur de York y llegaban en una vieja furgoneta de reparto. Eran seis, uno de ellos un muchacho sordomudo pero fuerte. Sería uno de aquellos con los que tendría que hablar. Se despertó alrededor de las tres y media, algo entumecida pero sintiéndose descansada y fresca. Las dos horas y media siguientes las pasó desplumando las gallinas. De cuando en cuando dejaba descansar sus doloridos dedos y luego, continuaba su tarea. Mientras trabajaba cantaba himnos *Seven Gates to the City (My Lord Allelu)*, *Trust and Obey* y su favorito *In the Garden*.

Cuando terminó con la última gallina, cada uno de sus dedos tenía jaqueca y la luz diurna empezó a adquirir ese matiz dorado y plácido que anunciaba la llegada del crepúsculo. Ya era finales de julio y los días empezaban a acortar de nuevo.

Entró en la casa y tomó otro bocado. El pan estaba rancio aunque no enmohecido. En la cocina de Addie Richardson jamás se atrevería el moho a asomar su verde cara. Encontró un tarro medio lleno de mantequilla de cacahuete. Se preparó un emparedado e hizo otro que se guardó en el bolsillo para más tarde.

Salió de nuevo, recogió su saco y bajó con tiento los escalones del porche. Había desplumado a las gallinas con todo cuidado en otro saco pero algunas plumas habían escapado y revoloteaban sobre el seto de los Richardson que se estaba secando por falta de agua.

Abigail suspiró hondo.

—De nuevo en marcha, Señor —dijo—. De camino hacia casa. Iré despacio, no creo que llegue allí hasta medianoche más o menos; pero el Libro dice que no hay que temer a la noche. Voy de camino para hacer Tu voluntad lo mejor que pueda. Camina conmigo, por favor. Por el amor de Jesús, amen.

Cuando llegó al punto donde terminaba el asfalto y la carretera volvía a ser de tierra, había oscurecido por completo. Los grillos cantaban y las ranas croaban en algún lugar húmedo, probablemente en el abrevadero de las vacas de Cal Goodell. Habría luna, una gran luna roja hasta que subiera bien alta en el cielo.

Se sentó para descansar y comer la mitad de su emparedado de mantequilla de cacahuete. Hubiera dado cualquier cosa por un poco de agradable jalea de grosella negra para disimular ese sabor tan pastoso; pero Addie guardaba sus conservas en el sótano y la escalera era demasiado larga. Tenía el saco junto a ella. Se sentía de nuevo dolorida, y le pareció haber perdido ya las fuerzas. Y aún le quedaban por delante cuatro kilómetros... Pero se sentía extrañamente jubilosa. ¿Cuánto tiempo hacía que no había estado fuera, bajo el manto de las estrellas? Brillaban lo mismo que siempre y, si tenía suerte, tal vez pudiera ver una estrella errante y tener un deseo. Una noche cálida como aquella, las estrellas, la luna de verano asomando su rostro de amante por el horizonte... Todo ello le hacía recordar su juventud, con sus extraños arrebatos y sobresaltos, sus ardores, su esplendorosa vulnerabilidad mientras permanecía al borde del misterio. Sí, claro, un día había sido joven. Había quienes no podían creerlo, como tampoco que la gigantesca secoya había sido una vez un verde vástago. Pero había sido una joven y por aquellos tiempos los nocturnos temores infantiles se habían calmado algo. Y los miedos adultos que acudían durante la noche, cuando todo está en silencio y puedes oír la voz de tu alma eterna, esos miedos estaban todavía abajo, en el camino. En ese breve período de tiempo la noche había sido un rompecabezas fragante, un momento en el que, mirando al cielo tachonado de estrellas y oyendo la brisa que llevaba olores tan embriagadores, te sentías cerca del palpito del universo, del amor y la vida. Parecía como si fueras a ser por siempre joven y que...

Tu sangre está en mis puños.

Su saco recibió de repente un tirón que la sobresaltó.

—¡Eh! —chilló con su voz cascada y amedrentada de vieja.

Agarró con fuerza el saco, que tenía un pequeño desgarrón en el fondo.

Se oyó un largo gruñido. Agazapada en la linde de la carretera, entre el reborde de grava y el maizal, se encontraba una gran comadreja marrón. La miraba moviendo los ojos en los que había destellos rojos por la luz de la luna que se reflejaba en ellos. A aquella comadreja se le unió otra... y otra... y una más.

Abigail miró hacia el otro lado de la carretera y las vio allí también, alineadas, con sus ojillos ruines y calculadores. Olían a las gallinas que tenía en el saco. ¿Cómo podían haberse reunido tantas en derredor suyo?, se preguntó con temor creciente.

En una ocasión le había mordido una comadreja. Metió el brazo por debajo del porche de la Big House para coger una pelota de goma que había caído y sintió aferrarse a su brazo como un montón de agujas. La inesperada malignidad de aquello, la agonía estallando en el sosegado orden, le hizo chillar tanto como el dolor real. Había sacado el brazo pero la comadreja seguía colgada de él, con la suave piel marrón salpicada con la sangre de Abigail, retorciendo el cuerpo como una serpiente. Ella continuó chillando y sacudiendo el brazo; pero la comadreja seguía allí como convertida en parte de ella.

Sus hermanos Micah y Matthew estaban en el patio, su padre en el porche hojeando un catálogo de ventas por correo. Todos llegaron corriendo y se quedaron paralizados al ver a Abigail, que entonces tenía doce años, corriendo por el calvero donde poco después se alzaría el granero, con la comadreja colgándole del brazo como una estola y moviendo las patas traseras en busca del apoyo en el aire. Tenía el traje, las piernas y los zapatos ensangrentados.

Su padre fue el primero en reaccionar. John Freemantle cogió un leño del montón que se hallaba junto al tajo y le gritó: «¡Detente, Abby!». Su voz, que había sido la voz de mando indiscutible desde su infancia, cortó por lo sano la oleada de pánico que invadía su mente al ver que no podía hacer nada por librarse del animal. Su padre descargó el leño y Abigail sintió un dolor insoportable que le corrió hasta el hombro. Pensó que tenía el brazo roto. Luego, aquella cosa marrón que tanto sufrimiento y sorpresa le había causado, pues en el terrible acaloramiento de esos breves momentos ambos sentimientos resultaban inseparables, aquella cosa yacía en el suelo, con todo el pelaje manchado por la sangre de Abigail. Entonces Micah dio un salto, dejándose caer con los pies y se oyó un espantoso crujido final como el que te retumba en la cabeza cuando masticas caramelos duros. Si no había muerto antes, ya lo estaba definitivamente. Abigail no se había desmayado, pero tuvo un ataque de histeria y no dejaba de sollozar y de chillar.

Para entonces también se había reunido con ellos Richard, el hermano mayor, con el semblante pálido y asustado. Cambió con su padre una mirada insegura y aterrada.

—Nunca en mi vida he visto a una comadreja hacer algo semejante —dijo John Freemantle sujetando por los hombros a su hija, que seguía llorando—. Gracias a Dios tu madre estaba arriba, en el camino con los guisantes.

—Tal vez estuviera... —empezaba a decir Richard.

—Tú cierra la boca —le interrumpió su padre.

El tono de su voz era a un tiempo frío, furioso y asustado. Y vaya si Richard cerró la boca, la cerró tan deprisa y con tal fuerza que Abby pudo oír el chasquido. Luego su padre le dijo a ella:

—Vayamos a la bomba, Abigail, cariño, y te limpiaremos esto.

Pasó un año antes de que Luke le dijera lo que su padre no quiso que Richard expresara en voz alta. Que casi con toda seguridad aquella comadreja debía de estar rabiosa, y que, de ser así, ella habría sufrido una de las muertes más horribles que los hombres conocían. Pero la comadreja no estaba rabiosa. La herida cicatrizó perfectamente. De todas maneras, desde entonces siempre la habían aterrado aquellos animales, de la misma manera que a algunas personas sienten pánico ante las ratas y las arañas. ¡Si al menos la epidemia se las hubiera llevado en vez de llevarse a los perros! Pero no había sido así y ella era...

Tu sangre está en mis puños.

Una de las alimañas se abalanzó rápidamente y rasgó el tosco tejido del saco.

—¡Eh! —chilló Abigail—. ¡Fuera de aquí!

La comadreja retrocedió como un rayo. Parecía reír y un jirón de tela le colgaba de la boca.

Las había enviado t/!, el hombre oscuro.

La embargó el terror. Ahora ya había decenas. Grises, marrones, negras... todas olfateando a las gallinas. Se alineaban a ambos lados de la carretera, ávidas por alcanzar algo de lo que husmeaban.

Tendré que dárselas, pensó. Todo ha sido para nada. Si no se las doy, me harán trizas. Todo para nada.

En las sombras de su mente podía ver la mueca del hombre oscuro, sus puños alargados goteando sangre.

Otro tirón al saco. Y otro.

Las comadrejas que se encontraban al otro lado de la carretera se estaban deslizado ya en dirección a Abigail, agazapadas, arrastrando los vientres por el polvo. Sus ojillos salvajes brillaban como punzones de hielo a la luz de la luna.

Pero, escuchad, quien crea en mí no perecerá... porque yo he puesto en él mi signo y nada le tocará... es mío, dijo el Señor.

Se puso en pie todavía aterrada, pero segura ya de lo que tenía que hacer.

—¡Largo de aquí! —les gritó—. Sí, son gallinas; pero son para mis invitados. Y ahora, ¡largaos!

Retrocedieron. Sus ojillos parecían inquietos. Y de repente se habían esfumado. *Un milagro*, se dijo y se sintió rebosar de regocijo y alabanzas hacia el Señor. Y entonces, de súbito, se quedó helada.

En alguna parte, lejos hacia el oeste, más allá de las Rocosas que ni siquiera aparecían visibles en el horizonte, sintió abrirse un ojo, un ojo que centelleaba y se volvía hacia ella vigilante. Con la misma claridad que si hubieran dicho las palabras en voz alta, le oyó preguntar: *¿Quién está ahí? ¿Eres tú, anciana?*

—Sabe que estoy aquí —musitó ella en la noche—. ¡Ayúdame, Señor! ¡Ayúdame ahora! ¡Ayúdanos a todos nosotros!

Echó a caminar de nuevo hacia la casa con el saco a rastras.

Aparecieron dos días después, el 24 de julio. Abigail todavía no había hecho todos los preparativos que quería. Volvía a estar coja y casi imposibilitada de levantarse; iba renqueando de un sitio a otro con la ayuda del bastón y apenas era capaz de bombear el agua del pozo. Al día siguiente de la matanza de las gallinas y de haber plantado cara a las comadreas, se había quedado dormida largo rato por la tarde, completamente agotada. Soñó que se encontraba en un alto y frío desfiladero en medio de las Rocosas, al oeste de la línea de división continental. La carretera 6 se prolongaba zigzagueante entre altas paredes de roca que daban sombra a aquella quebrada durante todo el día, salvo desde las doce menos cuarto de la mañana hasta la una de la tarde. En su sueño no era de día sino noche cerrada, sin luna. De alguna parte, llegaban los aullidos de los lobos. Y de repente un ojo se abrió en toda aquella oscuridad, rodando horriblemente de uno a otro lado mientras el viento se movía solitario través de los pinos y los abetos azules de montaña. Era él y la estaba buscando.

Se despertó de aquella larga e intensa siesta sin haber experimentado el menor descanso, más bien al contrario. De nuevo suplicó a Dios que no la abandonara o que, al menos, cambiara la dirección en la que Él quería que fuese.

Norte, sur, este... Señor, y abandonaré Hemingford Home cantando vuestras alabanzas. Pero hacia el oeste no, hacia el hombre oscuro no. Las Rocosas no son obstáculo suficiente entre él y nosotros. Ni los Andes lo serían.



Pero no importaba. Tarde o temprano, cuando aquel hombre se sintiera lo bastante fuerte, iría en busca de quienes le oponían resistencia. Si no ese año, al siguiente. Los perros habían sido exterminados por la epidemia, pero quedaban los lobos en las tierras altas de las montañas, dispuestos a servir al trasgo de Lucifer.

Y no sólo le servirían los lobos.

En la mañana del día en que finalmente llegaron sus invitados, Abigail empezó a las siete de la mañana a recoger leña, dos troncos cada vez, hasta que la estufa quedó encendida y la leñera llena. Dios la había favorecido con un día frío y nublado, el primero en muchas semanas. Probablemente habría lluvia al caer la noche. Al menos así lo decía la cadera que se le había roto en 1958.

Lo primero que hizo fue hornear sus tartas utilizando el relleno en conserva que tenía en las estanterías de su alacena, y el ruibarbo y las fresas del jardín. La cosecha de fresas acababa de empezar, gracias a Dios, y era bueno saber que no iban a desperdiciarse. Cocinar le hacía sentirse mejor, porque cocinar era vida. Una tarta de arándanos, dos de fresas y ruibarbo y una de manzana. Aquella mañana se percibía intensamente su aroma en la cocina. Las colocó en los alféizares para que se enfriaran, según la costumbre de toda la vida.

Había hecho la mejor pasta que le fue posible, aunque resultara difícil sin huevos frescos... claro que habría podido cogerlos en el gallinero, así que la culpa era sólo suya. Pero con huevos o sin ellos, la pequeña cocina con su accidentado suelo y su linóleo raído, olía aquella mañana a pollo frito. Como ya hacía mucho calor dentro, salió renqueando al porche para leer su lección diaria, y utilizó su último ejemplar de *The Upper Room* para abanicarse la cara.

Los pollos resultaron de lo más apetitosos. Uno de aquellos visitantes podría salir a coger dos docenas de mazorcas de maíz, tiernas y dulces, y podrían disfrutar de un excelente refrigerio al aire libre.

Una vez hubo colocado el pollo en servilletas de papel, salió al porche trasero con su guitarra, se sentó y empezó a tocar. Cantó todos sus himnos favoritos. Su aguda y temblorosa voz se fundió con el aire inmóvil.

*¿Sufrimos pruebas y tentaciones?
¿Nos abruma una carga de preocupaciones?
Jamás debemos desalentarnos,
Sino ofrecérselos en plegaria al Señor.*

La música le sonaba muy bien, aun cuando el oído le fallara hasta el punto de no estar nunca segura de tener afinada la guitarra. Así que tocó otro himno y luego Otro y otro.

Se preparaba a atacar *We Are Marching to Zion*, cuando oyó el ruido de un motor, acercándose por County Road. Dejó de cantar; pero sus dedos siguieron pulsando las cuerdas en actitud ausente al tiempo que ladeaba la cabeza y escuchaba. Ya llegan, sí Señor, encontraron bien su camino. En aquel momento ya podía ver la polvareda que levantaba la furgoneta al abandonar el asfalto y entrar en el polvoriento sendero que acababa delante de su patio. La embargó una excitación que despertó su espíritu hospitalario. Se sintió contenta por haberse puesto lo mejor que tenía. Puso la guitarra entre sus rodillas y se protegió los ojos con la mano, aunque seguía sin haber sol.

Sí, ya podía verla, una vieja camioneta de granja, una Chevrolet, que avanzaba con lentitud. El vehículo iba lleno, cuatro personas al parecer apretujadas (de lejos veía muy bien a pesar de sus ciento ocho años), y tres más en la caja, en pie y mirando por encima de la cabina. Pudo ver a un delgado hombre de pelo rubio, a una joven pelirroja y, en el centro... sí, ése era él, un muchacho que estaba aprendiendo a ser un hombre. Pelo oscuro, rostro enjuto, frente despejada. La había visto sentada en su porche y empezó a agitar frenéticamente la mano. Un instante después el hombre rubio hizo lo mismo. La muchacha pelirroja se limitó a mirar. Madre Abigail levantó la mano y los saludó a su vez.

—Alabado sea Dios por traérmelos —murmuró con voz ronca, y las lágrimas le resbalaron por las mejillas—. Te lo agradezco mucho, Señor.

La renqueante camioneta entró en el patio sonando como una matraca. El hombre que iba al volante llevaba un sombrero de paja con una banda de terciopelo azul y una gran pluma en ella.

—¡Yeeeeee... jau! —gritó al tiempo que saludaba con la mano—. ¡Hola, madre! Nick creía que tal vez estuvieras aquí y aquí estás. ¡Yeeeeee... jau!

Hizo sonar la bocina. En la cabina había un hombre de unos cincuenta años, una mujer de la misma edad y una niña con un mono de pana roja. La chiquilla saludó tímidamente con una mano, mientras se chupaba el pulgar de la otra.

El joven con el parche en el ojo y el pelo oscuro, Nick, saltó por el costado de la camioneta antes siquiera de que se hubiera parado. En cuanto recuperó el equilibrio se dirigió hacia la mujer negra. Su expresión era solemne pero sus ojos brillaban de alegría. Se detuvo ante los escalones que conducían al porche y luego miró en derredor asombrado... El patio, la casa, el viejo árbol con su columpio neumático. Y sobre todo a ella.

—Hola, Nick. Me alegro de verte. Dios te bendiga —le saludó Abigail.

Él sonrió, también con lágrimas en los ojos. Subió los escalones y le cogió las manos. La mujer le ofreció la arrugada mejilla, y él le dio un suave beso. Todos bajaron. El hombre que había conducido llevaba en brazos a la niña vestida de rojo, que tenía la pierna derecha escayolada, y mantenía los bracitos enlazados alrededor del atezado cuello del conductor.

Junto a él se encontraba una mujer en la cincuentena y, a su lado, la pelirroja y el muchacho rubio de la barba. No, el muchacho no, se dijo madre Abigail, es débil. El último de la fila era el otro hombre que viajaba en la cabina del vehículo. Se limpiaba los cristales de sus gafas con montura de acero.

Nick la miraba apremiante y ella asintió.

—Habéis hecho lo justo —le dijo—. El Señor os ha traído y madre Abigail va a alimentaros. Sed bienvenidos —añadió levantando la voz—. No podemos quedarnos por mucho tiempo; pero antes de marcharnos, descansaremos y compartiremos el pan, y empezaremos a conocernos los unos a los otros.

—¿Eres la mujer más vieja del mundo? —preguntó la niña con su vocecilla desde el refugio de los brazos del conductor.

—¡Chissst, Gina! —le reconvinó la mujer madura.

Pero madre Abigail se limitó a llevarse una mano a la cadera y reír.

—Quizá lo sea, pequeña, quizá lo sea.

Les hizo extender su mantel a cuadros rojos junto al manzano. Las dos mujeres, Olivia y June, prepararon el almuerzo al aire libre mientras los hombres fueron a recoger maíz. Requería poco trabajo hervirlo; y aunque no había mantequilla, Abigail tenía aceite y sal en cantidad.

Durante la comida se habló poco, lo que más se oía era el movimiento de las mandíbulas y los leves murmullos de satisfacción. Abigail se sentía complacida cuando la gente comía con buen apetito, y aquellas personas estaban haciendo justicia a sus platos. Había valido la pena su caminata hasta la casa de los Richardson y su escaramuza con las comadreas. No es que estuvieran lo que se dice hambrientos; pero cuando uno se pasa un mes sin probar otra cosa que comida enlatada, se siente un gran apetito por algo fresco y guisado de manera especial. Ella misma había dado buena cuenta de tres trozos de pollo, una mazorca de maíz y un trozo de aquella tarta de fresas y ruibarbo.

—Ha sido una comida estupenda. No recuerdo nada que me haya sabido tan bien. Gracias —le dijo el hombre de cara agradable y franca, llamado Ralph Bretner, una vez hubieron terminado y mientras tomaban café.

Los demás coincidieron. Nick sonrió al tiempo que asentía.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó la niña.

—Creo que pesas demasiado, cariño —le advirtió Olivia Walker, la mujer madura.

—Tonterías —replicó Abigail—. El día que no pueda sentar en mi regazo a una chiquilla durante un rato, me envolverán en mi sudario. Ven aquí, Gina.

El propio Ralph la llevó y la instaló.

—Cuando se canse del peso, no tiene más que decírmelo.

Hizo cosquillas a Gina en la cara con la pluma de su sombrero. La niña alzó las manos riendo.

—¡No me hagas cosquillas, Ralph! ¡No te atrevas a hacerme cosquillas!

—No te preocupes —dijo Ralph—. Estoy demasiado ahído para hacer cosquillas a nadie.

Se sentó de nuevo.

—¿Que te ha pasado en la pierna, Gina? —le preguntó Abigail.

—Me la rompí al caerme del granero —repuso la pequeña—. Dick me la curó. Ralph dice que Dick me salvó la vida.

Envió un beso por el aire al hombre de las gafas de montura metálica, quien enrojeció un poco, carraspeó y sonrió.

Nick, Tom Cullen y Ralph se habían encontrado con Dick Ellis a mitad de camino cuando atravesaban Kansas. Iba andando por el arcén de la carretera con una mochila a la espalda y un bastón de caminante en una mano. Era veterinario. Al día siguiente, cuando pasaban por el pequeño pueblo de Lindsborg se detuvieron para almorzar y escucharon unos gritos débiles que llegaban desde el sur del pueblo. Si el viento hubiera soplado del otro lado nunca los habrían oído.

—Por la gracia de Dios —dijo satisfecha Abigail, acariciando el pelo de la chiquilla.

Gina se encontraba sola desde hacía tres semanas. Había estado jugando en el henil del granero de su tío un día o dos antes, cuando la madera podrida del suelo cedió dejándola caer desde trece metros al almacén inferior. En él había heno suficiente para amortiguar su caída; a pesar de ello, el golpe fue fuerte y se rompió la pierna. En principio Dick Ellis se mostró pesimista en cuanto a sus posibilidades. Le administró anestesia local para entablillarle la

pierna. Las palabras clave de aquella conversación fueron pronunciadas mientras Gina McCone jugaba, despreocupada, con los botones del vestido de madre Abigail.

Gina saltó de nuevo al suelo con una rapidez que sorprendió a todos. Desde el primer momento se había encariñado con Ralph y su airoso sombrero. Ellis dijo en voz baja que, a su juicio, gran parte del problema de la niña era debido a su abrumadora soledad.

—Claro que sí —afirmó Abigail—. Si no os hubierais dado cuenta de su presencia habría sido su fin.

Gina bostezó. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos.

—Ahora la acostaré —dijo Olivia Walker.

—Ponía en el cuarto pequeño que hay al fondo del vestíbulo —le indicó Abigail—. Si quieres, puedes dormir con ella. Esta otra joven..., ¿cómo has dicho que te llamas, cariño?

—June Brinkmeyer —respondió la pelirroja.

—Bien, puedes dormir conmigo, June, a menos que tengas otra idea. La cama no es lo bastante grande para dos y aunque lo fuera no creo que quieras dormir con un viejo saco de huesos como yo; pero arriba hay un colchón que puede servirte si no lo han invadido las chinches. Supongo que uno de estos hombretones podrá bajártelo.

—Claro —asintió Ralph.

Olivia se llevó a Gina a la cama. La niña ya se había quedado dormida. La cocina, más frecuentada en aquellos momentos que en muchos años, estaba empezando a quedar en sombras. Abigail se puso en pie y encendió tres lámparas de petróleo, una para la mesa, otra que colocó sobre la estufa, ya que la Blackwood de hierro se estaba enfriando, y la tercera encima del alféizar de la ventana del porche.

—Tal vez las viejas costumbres fueran mejores —dijo Dick.

Todos se quedaron mirándolo. El hombre enrojeció y volvió a carraspear, pero Abigail se limitó a reír entre dientes.

—Quiero decir —se explicó Dick un poco a la defensiva— que esta es la primera comida casera que he tomado desde... Bueno, supongo que desde el trece de julio. El día que se fue la corriente eléctrica. Y la guisé yo mismo. Lo que hice apenas puede considerarse una preparación culinaria en regla. Sin embargo mi mujer... era una cocinera condenadamente buena. Ella... —Dejó la frase en suspenso.

Volvió Olivia.

—Se ha quedado como un tronco —informó—. Estaba exhausta.

—¿Horneas tu pan? —preguntó Dick a madre Abigail.

—Claro que sí. Siempre lo he hecho. Por supuesto que no es pan de levadura, pero hay de otras clases.

—Yo me muero por el pan —reconoció él con sencillez—. Helen, mi mujer, solía hacer pan dos veces por semana. Además, últimamente parece ser lo único que me apetece. Dadme tres rebanadas de pan y un poco de jalea de fresas y creo que puedo morir feliz.

—Tom Cullen está cansado —dijo bruscamente Tom—. Y eso quiere decir cansado. —Bostezó hasta casi desencajarse las mandíbulas.

—Podéis dormir en el cobertizo —sugirió Abigail—. Huele a moho, pero está seco.

Por un momento escucharon el rumor de la lluvia que estaba cayendo hacía casi una hora. A solas, hubiera resultado un sonido desolador. Reunidos allí todos, era un murmullo agradable e íntimo que parecía estrechar más los lazos entre ellos. Gorgoteaba desde las cañerías de estaño galvanizado y tamborileaba en el tonel para recoger agua que Abby tenía al fondo de la casa. Se escuchaban truenos lejanos, hacia Iowa.

—Supongo que llevaréis vuestro equipo de acampada —dijo Abigail.

—Traemos de todo —le respondió Ralph—. Estaremos muy bien. Vamos, Tom.

Se puso en pie.

—Me pregunto si Nick y tú podréis quedaros un rato, Ralph.

Nick había permanecido sentado a la mesa todo el rato, al otro extremo de donde se encontraba la mecedora de Abigail. Parece un hombre incapaz de hablar, pensó ésta. Debe sentirse perdido en una habitación llena de gente y sin duda tratará de desaparecer de la vista. Pero algo en Nick evitaba que eso pasara. Permanecía sentado, muy quieto, siguiendo la conversación, y su rostro reaccionaba a cuanto se decía. Tenía una cara franca e inteligente; pero con excesivas huellas de preocupaciones para una persona tan joven. Mientras hablaban, Abigail se dio cuenta de que, en varias ocasiones, todas las miradas convergían en Nick como si él pudiera confirmar lo que se decía en ese momento. Todos tenían muy en cuenta su presencia. Y varias veces le había visto mirar hacia la oscuridad, a través de la ventana, con expresión turbada.

—¿Podréis traerme ese colchón? —preguntó June con tono amable.

—Nick y yo lo traeremos —repuso Ralph poniéndose en pie.

—No quiero ir a ese cobertizo de atrás yo solo —clamó Tom.

—Yo iré contigo, miedica —se ofreció Dick—. Encenderemos la lámpara Coleman y nos acostaremos. —Se levantó—. Y gracias de nuevo, madre Abigail. No puedo expresarles lo maravilloso que ha sido todo esto.

Los demás repitieron su agradecimiento. Nick y Ralph bajaron el colchón, que estaba libre de chinches. Tom y Dick fueron al cobertizo donde pronto se encendió la lámpara Coleman. Poco después se encontraron solos en la cocina Nick, Ralph y la anciana.

—¿Le importa que fume, madre Abigail? —preguntó Ralph.

—No, siempre que no tires las cenizas al suelo. Hay un cenicero en el aparador detrás de ti.

Ralph se levantó para cogerlo y Abby se quedó mirando a Nick. Vestía una camisa caqui, vaqueros y una descolorida chaqueta de algodón. Había algo en él que le daba la impresión de conocerlo de antes, o de que estuviese predestinado que tenía que encontrarlo. Al mirarlo notaba una tranquila impresión de conocimiento y consumación, como si ese conocimiento fuera debido al destino. Parecía que, en un extremo de su vida, estuviera su padre, John Freemantle, alto, negro y orgulloso, y en el otro, ese hombre joven, blanco y mudo, con aquellos ojos brillantes y expresivos que la miraban desde el rostro envejecido por las preocupaciones.

Miró por la ventana y vio el resplandor de la lámpara de batería Coleman que salía por la ventana del cobertizo e iluminaba una pequeña parte de su patio. Se preguntaba si en el cobertizo quedaría aún olor a vaca. Hacía casi tres años que no había entrado en él. Resultaba innecesario. Había vendido su última vaca, *Daisy*, en 1975; pero en 1987 el cobertizo seguía oliendo a vaca. Y era probable que oliera todavía. Poco importaba, había peores olores.

—¿Mamá Abby?

Volvió la mirada. Ralph se encontraba sentado junto a Nick, sosteniendo una hoja de papel y tratando de leerla a la luz de la lámpara. Nick tenía sobre las piernas un bloc de papel y un bolígrafo. Seguía mirándola con fijeza.

—Nick dice...

Ralph se aclaró incómodo la garganta.

—Adelante.

—En su nota dice que le resulta muy difícil leer en sus labios porque...

—Creo que sé el motivo —dijo ella—. No os preocupéis.

Se levantó y se acercó al buró arrastrando los pies. En la segunda estantería superior había un recipiente de plástico en el que flotaban dos dentaduras postizas en un líquido lechoso.

Abigail las sacó y las enjuagó con agua.

—¡Cómo las he sufrido, Señor! —exclamó tristemente al encajarse la dentadura—. Tenemos que hablar —dijo—. Vosotros dos sois los dirigentes y hemos de poner algunas cosas en claro.

—Bueno, yo no lo soy —aclaró Ralph—. Nunca he sido otra cosa que un obrero de fábrica a jornada completa y un granjero a media jornada. En mi época me han crecido más callos que ideas. Supongo que es Nick quien está a cargo.

—¿Es así? —le preguntó ella.

Nick escribió brevemente y Ralph lo leyó en voz alta:

«En efecto, fue idea mía venir aquí. En cuanto a lo de estar a cargo, no lo sé».

—Encontramos a June y Olivia a unos ciento cuarenta kilómetros al Sur —informó Ralph—. Anteayer, ¿verdad, Nick?

Nick asintió.

—Incluso entonces veníamos ya de camino hacia aquí, madre. Las mujeres también se dirigían hacia el norte, y lo mismo Dick. Sencillamente nos reunimos.

—¿Habéis visto otras gentes? —preguntó Abigail.

«No —escribió Nick—; pero he tenido la sensación y también Ralph, de que hay otras personas que se ocultan, que nos vigilan. Supongo que tendrán miedo. Que todavía no han superado la conmoción sufrida por lo sucedido».

Abigail asintió.

—Dick ha dicho que el día antes de reunirse con nosotros oyó una motocicleta por alguna parte hacia el sur. Así que hay otras personas por ahí. Creo que lo que les asusta es el grupo tan numeroso que formamos.

—¿Por qué habéis venido aquí?

Sus ojillos, atrapados en aquella red de arrugas, le miraron penetrantes.

«He soñado contigo. Y Dick Ellis dice que él también, una vez. Y Gina, la niña, te llamaba “mamá Abigail” mucho antes de que llegáramos aquí. Y describió este lugar. El columpio del neumático», escribió Nick.

—Dios bendiga a la niña —comentó Abigail, y miró a Ralph—. ¿Y tú?

—Una o dos veces, mamá Abigail —comentó Ralph; se humedeció los labios—. Sobre todo soñaba con... con ese tipo.

—¿Qué tipo?

Nick escribió. Y encerró en un círculo lo que había escrito. Luego se lo dio a ella directamente. La vista de Abigail dejaba mucho que desear sin sus gafas para leer. A veces, recurría también a la lupa con luz que compró el año anterior en Hemmingford Center. Pero eso podía leerlo. Estaba escrito con grandes letras como las que Dios puso sobre el muro del palacio de Baltasar. Se sintió embargada por un frío glacial sólo con mirarlo dentro del círculo. Pensó en las comadreas arrastrándose por la carretera sobre sus vientres, pegando mordiscos a su saco con aquellos afilados dientes asesinos. Pensó en un ojo único, rojo, abriéndose, descubriéndose a sí mismo entre las tinieblas, mirando, buscando, ahora ya no solamente a una mujer vieja sino a todo un grupo de hombres y mujeres... y a una niña.

«Hombre oscuro» eran las dos palabras que había dentro del círculo.

—Se me ha dicho que tenemos que ir hacia el oeste —dijo Abigail, y dobló el papel, lo alisó y volvió a doblarlo, para olvidar por un momento el sufrimiento que le producía la artritis—. El Señor me lo dijo en un sueño. Yo no quería escuchar. Soy una mujer vieja y mi único deseo es morir en esta pequeña parcela de tierra. Ha sido propiedad de mi familia durante ciento doce años.

Pero no estaba destinada a morir allí más de lo que Moisés estaba destinado a ir a Canaán con los hijos de Israel.

Hizo una pausa. Los dos hombres la observaban atentos, a la luz de la lámpara. Fuera, la lluvia seguía cayendo lenta e incesante. Ya no se oía. Oh, Señor, se dijo Abigail, cómo me duele la boca con esta dentadura. Lo único que quiero es quitármela e irme a la cama.

—Empecé a tener sueños dos años antes de que se presentara la epidemia, y a veces mis sueños se han hecho realidad. La profecía es un don de Dios, y todos tenemos una pizca. Mi abuela solía llamarle la lámpara resplandeciente de Dios, y a veces sólo el resplandor. En mis sueños me veía yendo al oeste. Al principio con unas cuantas personas; luego, con algunas más y después con otras pocas. Hacia el oeste, siempre hacia el oeste hasta que pude ver las montañas Rocosas. El grupo fue creciendo y al final formábamos una auténtica caravana que quizá superaba las doscientas personas. Y había señales... No, no eran señales de Dios, sino habituales carteles de carretera como BOULDER, COLORADO. 609 KM.

Hizo una pausa.

—Esos sueños me asustaban. Jamás se los conté a nadie, tan asustada estaba. Me sentía como supongo se sintió Job cuando Dios le habló. Traté de convencerme de que sólo eran sueños, una vieja estúpida huyendo de Dios como había hecho Jonás. Pero, de todas maneras, el gran pez nos ha tragado, ¿os dais cuenta? Y si Dios le dice a Abby *Tienes que decirlo*, entonces tengo que decirlo. Y siempre sentí como si alguien viniera a mí, alguien especial, y así es como empecé a saber que había llegado el momento.

Miró a Nick que, sentado a la mesa, la contemplaba solemne con su ojo a través del humo del cigarrillo de Ralph.

—Y lo supe cuando te vi —prosiguió—. Eres tú, Nick. Dios ha puesto su dedo en tu corazón. Pero Él tiene más de un dedo y hay más gente por ahí, todavía en camino, alabado sea Dios, y Él también ha puesto un dedo en ellos. Sueño cómo cuida de nosotros incluso ahora y, que Dios perdone mi doliente espíritu, le maldigo en el fondo de mi corazón.

Rompió a llorar y se levantó para tomar un sorbo de agua y refrescarse la cara. Las lágrimas eran su parte humana, débil y vacilante.

Cuando se volvió hacia ellos, Nick estaba escribiendo. Arrancó la hoja del bloc y se la alargó a Ralph.

«Nada sé sobre la intervención de Dios; pero no me cabe duda de que algo está ocurriendo aquí. Todos aquellos con quienes nos hemos encontrado se dirigen hacia el norte. Como si tú tuvieras la respuesta. ¿Soñaste con alguno de los otros? ¿Con June o con Olivia? ¿Acaso con la niña?».

—No, con ninguno de los demás. Un hombre que no habla mucho. Una mujer encinta. Un hombre, de tu edad más o menos, que viene a mí con su guitarra. Y tú, Nick.

«¿Y crees que lo acertado es ir a Boulder?».

—Es lo que estamos *destinados* a hacer.

Por un instante, Nick garrapeó al azar sobre su bloc y finalmente escribió en él.

«¿Qué sabes del hombre oscuro? ¿Tienes idea de quién es?».

—Sé lo que trata de hacer pero ignoro quién es. Es la esencia de la maldad que queda en el mundo. El resto de la maldad es poca cosa. Atracadores, maníacos sexuales y personas a quienes gusta utilizar los puños. Pero él los convocará. Ya ha empezado. Los está reuniendo mucho más deprisa de lo que nos reunimos nosotros. Supongo que tendrá muchos más antes de estar preparado para hacer el primer movimiento. No sólo a los malvados que son como él, sino también a los débiles... a los solitarios... y a quienes han apartado a Dios de sus corazones.

«Tal vez no sea real —escribió Nick—. Quizá sea sólo... —Reflexionó mordisqueando el extremo del bolígrafo. Agregó—: la parte aterrada, la parte mala de todos nosotros. Acaso estemos soñando con las cosas que tememos poder hacer».

Mientras leía aquello en voz alta, Ralph frunció el entrecejo, pero Abby captó al punto lo que Nick quería decir. No se diferenciaba demasiado de la forma de hablar de los nuevos predicadores que habían aparecido durante los últimos veinte años. Su evangelio decía que, en realidad, Satanás no existía. Había maldad que procedía del pecado original, pero ello formaba parte de todos nosotros, y sacarlo de nuestro sistema era tan imposible como sacar un huevo de su cáscara sin romperlo. Tal como lo veían esos nuevos predicadores, Satanás era como un rompecabezas; y cada mujer, hombre y niño de la tierra eran pequeñas piezas que componían el todo. Sí, eso tenía un estupendo tono moderno; pero el fallo consistía en que no reflejaba la verdad. Si se permitía que Nick siguiera pensando de esa manera, el hombre oscuro lo devoraría para la cena.

—Soñaste conmigo. ¿Acaso no soy real? —le preguntó Abigail.

Nick asintió.

—Y yo soñé contigo. ¿Es que no eres real? Alabado sea Dios, estás sentado ahí enfrente, con un bloc sobre las rodillas. Es otro hombre, Nick, es tan real como tú.

Sí, era real. Se acordó de las comadreas y del ojo encarnado abriéndose en la oscuridad. Cuando habló de nuevo lo hizo con voz ronca:

—No es Satanás —dijo—. Pero Satanás y él se conocen bien y hace mucho tiempo que se reúnen.

«En la Biblia no se dice qué les ocurrió a Noé y su familia después de que descendieran las aguas. Pero no me sorprendería que hubiera habido alguna espantosa pelea por las almas de esas pocas gentes... Por sus almas, por sus cuerpos, por *sus formas de pensar*. Y no me sorprendería que fuera eso mismo lo que nos esperaba».

—Ahora se encuentra al oeste de las Rocosas. Tarde o temprano vendrá al este. Tal vez no ocurra este año, no; sino cuando esté preparado. Y a nosotros nos corresponde vérnoslas con él.

Nick meneaba la cabeza preocupado.

—Sí —dijo Abigail con calma—. Ya lo verás. Nos esperan días muy amargos. Muerte y terror, traición y lágrimas. Y no todos seguiremos vivos para ver cómo termina.

—Eso no me gusta nada —farfulló Ralph—. ¿Acaso no están las cosas bastante mal sin ese tipo del que habláis Nick y tú? ¿Es que no tenemos suficientes problemas sin médicos y sin electricidad, casi sin nada? ¿Por qué habríamos de tener que bregar con ese maldito extraño?

—No lo sé. Es el designio de Dios. Y Él no da explicaciones a personas como Abby Freemantle.

—Si ése es su designio, quisiera que se retirara y diera paso a alguien más joven —manifestó Ralph.

«Si el hombre oscuro está en el Oeste, tal vez debiéramos cambiar de dirección y encaminarnos hacia el este».

Abigail negó paciente con la cabeza.

—Todas las cosas están al servicio del Señor, Nick. ¿No crees que ese hombre negro le sirve también? Lo hace, no importa cuál pueda ser su misterioso propósito. El hombre negro te seguirá doquiera que vayas, porque está siguiendo el propósito de Dios. Y Dios quiere que trates con él. De nada sirve intentar eludir la voluntad del Señor. El hombre o la mujer que lo intente acabará en el vientre de la bestia.

Nick escribió algo breve. Ralph lo leyó, y se frotó la nariz. Le hubiera gustado no leerlo. Las viejas damas como aquélla no aguantan impertinencias como la que Nick acababa de escribir. Probablemente la llamaría blasfemia, y además lo pregonaría a gritos, despertando a todo el mundo.

—¿Qué dice? —preguntó Abigail.

—Dice...

Ralph se aclaró la garganta. Se agitó la pluma que llevaba en la banda del sombrero y por fin se decidió:

—Dice que no cree en Dios. —Luego se miró los zapatos esperando la explosión.

Pero Abigail se limitó a reír entre dientes. A continuación se levantó y se dirigió hacia Nick.

—Bendito seas, Nick. Pero eso no importa. *Él* cree en ti —dijo dándole unas palmaditas en la mano.

La jornada siguiente la pasaron en casa de Abby Freemantle y fue el mejor día desde que la supergripe empezó a disminuir como las aguas descendiendo del monte Ararat. La lluvia había parado durante las primeras horas de la mañana y, a las nueve, el cielo ofrecía una plácida imagen del Medio Oeste con el sol asomando entre las nubes. Hacía más fresco del que había hecho durante semanas.

Tom Cullen se pasó la mañana corriendo arriba y abajo entre las hileras del maizal, los brazos extendidos, espantando a los cuervos. Gina McCone se encontraba sentada en el suelo, junto al columpio del neumático jugando contenta con un montón de muñecas de papel que Abigail había encontrado en el fondo de un baúl que guardaba en su dormitorio. Poco antes Tom y ella habían practicado un divertido juego de coches y camiones corriendo alrededor del garaje Fisher-Prize que Tom se había llevado de la tienda de May, Oklahoma. Tom hacía gustoso lo que Gina quería.

Dick Ellis, el veterinario, se acercó con timidez a madre Abigail y le preguntó si alguien en aquella zona había criado cerdos.

—Caramba, los Stoner siempre tuvieron cerdos —contestó ella.

Se encontraba sentada en el porche rasgueando su guitarra y viendo a Gina jugar en el patio, con su pierna rota entablillada.

—¿Cree que todavía puede haber alguno vivo?

—Tendrás que ir a verlo. A lo mejor. Es posible que hayan roto sus cochiqueras y se hayan vuelto salvajes. —Le brillaron los ojos—. Y *también* es posible que yo conozca a alguien que anoche haya soñado con chuletas de cerdo.

—Sí, es muy posible que lo conozca —asintió Dick.

—¿Has matado alguna vez un cerdo?

—No —repuso él sonriendo abiertamente—. Les he quitado lombrices a unos cuantos, pero matarlos nunca. Siempre he sido lo que llamarías no violento.

—¿Crees que Ralph y tú podréis soportar a una mujer capataz?

—¿Por qué no? —respondió Ellis.

Al cabo de veinte minutos, los tres se pusieron en marcha. Abigail iba sentada entre los dos hombres en la cabina del Chevy. Llevaba el bastón majestuosamente colocado entre las rodillas. En casa de los Stoner, encontraron dos cerdos en la pocilga trasera, saludables y llenos de brío. Al parecer, cuando se les terminó el pienso la emprendieron con sus compañeros de pocilga, más débiles y menos afortunados.

Ralph instaló la cadena de Reg Stoner en el granero. Dick, siguiendo las indicaciones de Abigail, logró al fin amarrar fuerte con una cuerda la pata trasera de uno de los añejos. Lo introdujeron en el granero, chillando y retorciéndose, y lo colgaron cabeza abajo de la cadena.

Ralph salió de la casa con un cuchillo de carnicero de casi un metro de largo. Alabado sea Dios, eso no es un cuchillo, es una auténtica bayoneta, se dijo Abigail.

—Verás, no sé si podré hacerlo —advirtió el hombre.

—Bien, entonces dámelo a mí —le contestó Abigail al tiempo que alargaba la mano.

Ralph miró dubitativo a Dick, pero éste se encogió de hombros. Entregó el cuchillo.

—Te damos gracias, Señor, por el regalo que estamos a punto de recibir de tu generosidad. Bendice a este cerdo que podrá alimentarnos. Amen. Apartaos, muchachos, porque va a salpicar.

Lo degolló con un experto tajo, ya que hay cosas que nunca se olvidan por muy vieja que se sea, y luego se apartó con presteza.

—¿Tenéis el fuego encendido y el caldero puesto en él? —preguntó a Nick—. ¿Un buen fuego en el zaguán?

—Sí —contestó Dick con tono respetuoso, incapaz de apartar la vista del cerdo.

—¿Y también los cepillos? —preguntó a Ralph.

Éste le mostró dos grandes cepillos de fregar con rígidas cerdas amarillas.

—Bien. Entonces tenéis que llevarlo junto al caldero y arrojarlo dentro. Después de que haya hervido un rato, esas cerdas saldrán con un sencillo frotado. Y entonces podréis pelar al viejo *Mr. Porky* como si fuera un plátano.

Aquella perspectiva no pareció agradar a los dos hombres, cuya tez tenía un tono ligeramente verdoso.

—Aprisa, vamos —apremió Abigail—. No podéis coméroslo con la chaqueta puesta. Hay que desnudarlo antes.

Ralph y Dick se miraron, tragarón saliva y empezaron a bajar al cerdo de la cadena. A las tres de la tarde habían terminado, y a las cuatro llegaban a casa de Abigail con un cargamento de carne. Aquella noche cenaron chuletas de cerdo. Ninguno de los dos comió demasiado a gusto. Sin embargo, Abigail dio buena cuenta de dos chuletones, disfrutando al sentir cómo crujía entre su dentadura postiza la grasa bien tostada. Nada como la carne fresca que tú misma has preparado.

Hacía poco que habían dado las nueve. Gina estaba dormida y Tom Cullen se había quedado adormecido en la mecedora de madre Abigail, en el porche. Hacia el oeste, podían verse en el horizonte lejanos relámpagos.

Salvo Nick, que había ido a dar un paseo, todos los demás se encontraban reunidos en la cocina. Abigail sabía contra lo que estaba luchando aquel muchacho, y su corazón le acompañaba.

—En serio. No tienes ciento ocho años, ¿verdad? —preguntó Ralph recordando algo que la anciana había j dicho aquella mañana cuando salieron a la caza del cerdo.

—Espera aquí —le contestó Abigail—. Tengo algo que enseñarte.

Entró en su alcoba y sacó del cajón superior de su escritorio la carta enmarcada del presidente Reagan. Volvió junto a Ralph y la dejó sobre sus piernas.

—Lee *esto*, hijito —dijo con orgullo.

Ralph lo hizo.

—«... con ocasión de su centenario... una de las setenta y dos ciudadanos centenarios de Estados Unidos... la quinta persona más anciana de filiación republicana en Estados Unidos... con la felicitación y el saludo del presidente Ronald Reagan, 14 de enero de 1982». —Se quedó mirándola con ojos muy abiertos—. Que me aspen...

—Cuántas cosas tienes que haber visto —exclamó Olivia.

—Nada comparable a lo que he visto durante el último mes —suspiró—. Y a lo que me queda por ver.

La puerta se abrió y entró Nick. La conversación se interrumpió, como si todos hubieran estado haciendo tiempo mientras le esperaban. Abigail supo, por su rostro, que había tomado su decisión, y se dijo que sabía cuál era. Nick le alargó una nota, escrita en el porche, en pie junto a Tom. Abigail la alejó de sus ojos para leerla.

«Más vale que mañana emprendamos la marcha hacia Boulder», había escrito Nick.

Levantó los ojos de la nota de Nick, y se quedó mirándolo mientras asentía lentamente. Pasó la nota a June Brinkmeyer, la cual a su vez se la dio a Olivia.

—Creo que debemos hacerlo —dijo Abigail—. Tengo tan pocas ganas como vosotros, pero considero que es lo mejor. ¿Qué te ha impulsado a decidirte?

Nick se encogió de hombros casi enfadado y la señaló a ella.

—Que así sea —dijo Abigail—. Mi fe está en el Señor.

Desearía que la mía también, se dijo Nick.

En la mañana del día siguiente, 26 de julio, Dick y Ralph partieron hacia Columbus en la camioneta de este último.

—Me fastidia cambiarla —había dicho Ralph—; pero si tú lo dices, Nick, de acuerdo.

«Volved tan pronto como podáis», escribió Nick.

Ralph emitió una breve risa y recorrió el patio con la mirada. June y Olivia estaban lavando ropa en una gran artesa con una tabla de frotar fija por un extremo. Tom se hallaba en el maizal espantando cuervos, ocupación que al parecer le divertía. Gina jugaba con sus coches Corgi y el garaje. La anciana dormitaba, sentada en su mecedora. Y roncaba.

—Parece que tienes prisa por meter la cabeza en la boca del lobo, Nick.

«¿Acaso podemos ir a algún lugar mejor?», escribió Nick.

—Eso es verdad. De nada sirve ir vagando por ahí. Hace que te sientas más bien inútil. ¿Has reparado en que una persona rara vez se siente bien, a menos que mire hacia el porvenir?

Nick asintió.

—Bueno —dijo Ralph dando una palmada a Nick en el hombro—. ¿Estás preparado para hacer una excursión, Dick?

Seguidamente se alejó. Tom salió corriendo del maizal, con la camisa, los pantalones y hasta el largo pelo rubio cubierto de briznas.

—¡Yo también! ¡Tom Cullen también quiere ir de excursión! ¡Vaya que sí, atiza!

—En marcha pues —dijo Ralph—. Oye, espera, estás cubierto de hebras de maíz. Me extraña que todavía no se te haya acercado un cuervo. Más vale que te las quites.

Con sonrisa vacua, Tom dejó que Ralph le sacudiera la camisa y los pantalones. Mientras tanto, Nick se decía que aquellas dos últimas semanas seguramente habían sido las más felices de la vida de Tom. Estaba con personas que lo aceptaban y querían tenerlo junto a ellas. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Podía ser retrasado, pero seguía siendo un elemento valioso en este mundo nuevo, era un ser humano vivo.

—Hasta la vista, Nick —dijo Ralph instalándose al volante del Chevy.

—Hasta la vista, Nicky —repitió Tom Cullen como un eco sin dejar de sonreír.

Nick se quedó mirando la camioneta hasta que desapareció de la vista. Luego entró en el cobertizo y cogió un cajón viejo y un bote de pintura. Desprendió uno de los laterales del cajón y lo clavó en una larga estaca. A continuación sacó el cartel y la pintura al patio y se dedicó a escribir sobre él con esmero mientras Gina, por encima de su hombro, miraba lo que hacía.

—¿Qué dice ahí? —le preguntó.

—Dice: «Nos hemos ido a Boulder, Colorado. Viajamos por carreteras secundarias para evitar atascos de tráfico. Banda Ciudadana Canal 14» —le leyó Olivia.

—¿Qué significa eso? —preguntó a su vez June uniéndose al grupo.

Cogió a Gina en brazos y las dos se quedaron mirando cómo Nick plantaba el letrero, de cara a la zona donde la carretera polvorienta desembocaba en el camino que conducía a casa de Abigail. Clavó la estaca de la cerca hasta una profundidad de casi un metro. Ya nada la derribaría salvo un huracán. Claro que, en aquella parte del mundo, *había* huracanes. Recordó el que casi arrastró a Tom y a él y lo aterrados que se sintieron en el sótano.

Escribió una nota y se la tendió a June.

—«Una de las cosas que esperamos que Dick y Ralph traigan de Columbus es una radio CB. Alguien habrá de controlar el canal 14 durante todo el tiempo».

—¡Caramba! Eso sí es inteligente —exclamó Olivia.

Nick, con gesto grave, se dio una palmada en la frente y luego sonrió.

Las dos mujeres volvieron a su tarea de tender la ropa. Gina concentró de nuevo su atención en los cochecitos de juguete, saltando ágil sobre una pierna. Nick atravesó el patio, subió los escalones del porche y se sentó cerca de la anciana que dormitaba. Miró hacia el maizal preguntándose qué iba a ser de ellos.

Así será si tú lo dices, Nick.

Se había convertido en un líder. Era lo que los demás habían hecho de él y todavía no alcanzaba a comprender por qué. No se pueden recibir órdenes de un sordomudo. El líder debería haber sido Dick. Su verdadero lugar debería ser el de lancero, tercero por la izquierda, sin nada que decir y al que sólo reconocería su madre. Pero desde el momento en que se encontraron con Ralph Bretner salvando los baches de la carretera con su camioneta, sin ir en realidad a parte alguna, empezó ese juego de decir algo y luego mirar a Nick en busca de aprobación. Una niebla de nostalgia había empezado a envolver aquellos breves días entre Shoyo y May, antes de que encontrara a Tom y se responsabilizara de él. Era fácil olvidar cuán solo se había sentido, y el miedo que tuvo de que aquellas constantes pesadillas significaran que se estaba volviendo loco. Fácil de recordar, cuando sólo tenía que ocuparse de sí mismo, un lancero, tercero por la izquierda, un comparsa en esa terrible representación.

Lo supe en cuanto te vi. Eres tú, Nick. Dios ha puesto su dedo en tu corazón...

No, no lo acepto. Y si vamos a eso, tampoco acepto a Dios. Que la anciana se quede con su Dios. Las mujeres viejas lo necesitan tanto como los enemas y las bolsitas de té Lipton. Él se concentraría a su tiempo en cada cosa, afirmando un paso antes de dar el siguiente. Esperemos a llegar a Boulder y ya veremos qué hacer a continuación. La anciana dijo que el hombre oscuro era real, no un símbolo psicológico. No quería creerlo... aunque en el fondo de su corazón estuviera seguro. En el fondo de su corazón creía cuanto ella le había dicho.

- eso le daba miedo. Él no quería ser líder.

Eres tú, Nick.

Sintió una mano sobre el hombro que le hizo dar un respingo de sorpresa. Se volvió. Si la anciana había estado dormitando, ya se había espabilado. Le sonreía desde su mecedora sin brazos.

—Mientras me hallaba sentada aquí, recordaba la Gran Depresión —le dijo—. ¿Sabías que mi padre poseyó un día todas estas tierras por millas a la redonda? Es verdad. No estuvo mal el truco para un hombre negro.

- en el diecinueve y el veinte toqué la guitarra y canté en el local de la Asociación de Granjeros. Hace mucho tiempo, Nick. Mucho, muchísimo tiempo.

Nick hizo un gesto de asentimiento.

—Aquellos sí fueron buenos tiempos, Nick... Bueno, al menos la mayoría de ellos. Pero supongo que nada es eterno. Tan sólo el amor del Señor. Padre murió y la tierra quedó dividida entre sus hijos, con una parte para mi primer marido, no muy grande, unas treinta hectáreas. Esta casa se encuentra dentro de ese terreno, ¿sabes? Dos hectáreas, eso es cuanto queda. Bueno, supongo que ahora podría reclamarlo todo; pero ya no sería lo mismo.

Nick le dio unas palmaditas en la huesuda mano y Abigail lanzó un profundo suspiro.

—Los hermanos no siempre trabajan bien juntos. Por lo general acaban riñendo. ¡No tienes más que ver a Caín y Abel! ¡Todos querían ser capataces y ninguno jornalero! Llegó el treinta y uno y el banco reclamó su dinero. Así que entonces se unieron como una piña pero ya era demasiado tarde. Para mil novecientos cuarenta y cinco, todo había desaparecido menos mis treinta hectáreas, y unas veinte o veinticinco más donde está ahora la casa Coodell.

Hurgó en el bolsillo del vestido en busca de su pañuelo, lo sacó y se limpió los ojos con ademán lento y pensativo.

—Por último sólo quede yo, sin dinero ni nada. Y cada año, cuando llegaba el momento del pago de contribuciones, te quitaban un poco más de tierra. Vine aquí para ocuparme de la parte que ya ni siquiera era mía y llore por ella como estoy llorando ahora. Un poco más cada año por los impuestos, así es como ocurrió. Un pellizco aquí, un pellizco allá. Arrendé lo que quedaba, pero nada bastaba para cubrir sus condenados impuestos. Y entonces, cuando cumplí los cien años, me condonaron los impuestos a perpetuidad. Me lo dieron después de que se lo hubieran llevado todo menos esta pequeña parcela. Un detalle por su parte, ¿no crees?

Nick la miró y le apretó la mano con suavidad.

—Verás, Nick —prosiguió madre Abigail—, en el fondo de mi corazón he alimentado odio hacia el Señor. Todo hombre o mujer que lo ama también lo aborrece. Es un Dios duro, un Dios celoso, Él es lo que *Es*, y en este mundo es posible que pague el servicio con dolor mientras quienes sólo hacen maldades recorren las carreteras en lujosos Cadillac. Incluso el gozo de servirlo es un gozo amargo. Yo hago su voluntad; pero la parte humana que hay en mí lo maldice en el fondo de mi corazón. «Abby —me dice el Señor—, hay trabajo para ti por mucho tiempo. Así que te dejaré vivir hasta que sientas cruelmente el pellejo sobre los huesos. Te dejare ver cómo mueren tus hijos antes que tú, y aún habrás de seguir caminando por la tierra. Dejaré que veas cómo se llevan trozo a trozo la tierra de tu padre. Y al final tu recompensa será tener que alejarte, con unos desconocidos, de todas las cosas que amas, y morirás en tierra extraña sin que el trabajo haya quedado terminado. Ésa es mi voluntad, Abby». Y yo digo «Sí, Señor, hágase tu voluntad». Pero en el fondo de mi corazón, le maldigo y pregunto: «¿Por qué? ¿Por qué?». Y la única respuesta que obtengo es: «¿Dónde estabas tú cuando yo hice el mundo?».

Ahora las lágrimas resbalaban amargas por sus mejillas. Nick se asombró de que una anciana que parecía tan escurrida y flaca como una rama seca pudiera tener tantas lágrimas.

—Ayúdame, Nick —dijo madre Abigail—. Sólo quiero hacer lo que es justo.

Nick le apretó las manos. Detrás de ellos, Gina reía feliz manteniendo en alto uno de los cochecitos para que el sol lo hiciera brillar y lanzara destellos.

Dick y Ralph regresaron a mediodía. Dick al volante de un furgón Dodge nuevo y Ralph conduciendo un camión grúa rojo con una plancha metálica en la parte delantera y la cabria y el gancho detrás. Tom se encontraba en pie en la parte trasera, agitando los brazos con ampulosidad. Se detuvieron delante del porche y Dick bajó del furgón.

—En ese camión grúa hay una CB formidable —informó a Nick—. Un modelo con cuarenta canales. Ralph está loco con ella.

Nick hizo una sonriente mueca. Las mujeres habían acudido para ver los vehículos. Abigail observó cómo Ralph se llevaba a June hacia el camión grúa para que viera el equipo de radio, e hizo un gesto de aprobación. La mujer tenía buenas caderas y podría tener tantos bebés como quisiera.

—Así pues, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Ralph.

Nick garrapateó:

«En cuanto hayamos comido. ¿Probaste la CB?».

—Sí —dijo Ralph—, durante todo el camino de regreso. Una estática fatal. Hay un botón de ajuste, aunque no parece funcionar muy bien. Pero, con estática o sin ella, juraría que he oído algo. Muy lejos. Es posible que ni siquiera hayan sido voces. Pero, a decir verdad, Nick, no me ha gustado un pelo. Igual que esos sueños.

Se hizo el silencio entre ellos.

—Bueno —dijo Olivia al cabo—. Voy a hacer algo de manduca. Espero que a nadie le importe comer cerdo dos días seguidos.

A nadie le importó. Y para la una de la tarde los equipos de acampada, incluidas la mecedora y la guitarra de Abigail, habían sido trasladados al furgón. Se pusieron en marcha. El camión grúa iba en cabeza a fin de ir apartando todo aquello que pudiera bloquear la carretera. Abigail iba sentada en el asiento delantero del furgón, mientras se dirigían hacia el oeste por la carretera 30. No lloraba. Llevaba el bastón firme entre las piernas. Se le había terminado el llanto. Estaba en el vértice de la voluntad del Señor. Y su voluntad sería hecha. Se haría la voluntad de Dios pero recordó aquel Ojo encarnado abriéndose en el oscuro corazón de la noche, y sintió miedo.

Era ya avanzada la noche del 27 de julio. Habían acampado en lo que el cartel, ya casi destruido por las tormentas estivales, señalaba como Parque de Atracciones Kunkle. El propio Kunkle, Ohio, se encontraba más al sur. Al parecer hubo un incendio y casi todo el pueblo había desaparecido. Stu decía que probablemente lo había provocado un rayo. Como cabía esperar, Harold receló de esa teoría. Últimamente, si Stu Redman decía que un coche de bomberos era rojo, Harold Lauder se afanaría por presentar, con todo lujo de detalles, la demostración de que los coches de bomberos eran verdes.

Fran suspiró y se dio la vuelta. No conseguía dormir. Tenía miedo a aquel sueño.

A su izquierda se alineaban las cinco motocicletas. La luna centelleaba sobre los tubos de escape y las carrocerías. Era como si una banda de Ángeles del Infierno hubiera elegido ese lugar para pernoctar. Aunque, en verdad, los Ángeles nunca habían cabalgado en motos tan ridículas como esas Honda y Yamaha, se dijo. En realidad conducían Harley-Davidson... ¿O era sólo algo que había visto en las epopeyas cinematográficas de motos? *The Wild Angels*, *The Devils Angels*, *Hell's Angels on Wheels*. Las películas de motos habían estado de moda cuando ella iba al instituto. Wells Drive-In, Sanford Drive-In, South Portland Twin. Ven con tu coche y tu chica al cine. Y ahora ya no existían. Todos los cines al aire libre habían desaparecido, por no hablar de los Ángeles del Infierno y de la vieja American International Pictures, los estudios que producían esa clase de películas.

Ponlo en tu Diario, Frannie, se dijo al tiempo que se volvía de nuevo. Pero no esta noche. Esa noche iba a dormir, con sueños o sin ellos.

Podía ver a los demás, a unos veinte pasos de donde se encontraba tumbada, embutidos en sacos de dormir, aletargados como los Ángeles del Infierno, después de una bacanal de cerveza, una de esas fiestas en las que todo el mundo en la película se acostaba, salvo Peter Fonda y Nancy Sinatra. Harold, Stu, Glen Bateman, Mark Braddock, Perion McCarthy. Toma Sominex y duérmete.

No era Sominex lo que habían tomado, sino medio comprimido de Veronal cada uno. Fue idea de Stu cuando los sueños llegaron a ser insoportables y todos empezaron a mostrarse de malhumor y a dificultar la convivencia. Antes de mencionárselo a nadie, se había llevado a Harold aparte, porque la manera de halagarle era pidiéndole su opinión; y porque Harold *sabía* cosas. Valió la pena que lo hiciera; aunque también resultó algo insólito, como si con ellos viajara un dios de vía estrecha, más o menos omnisciente aunque emocionalmente inestable y propenso a derrumbarse en cualquier momento. En Albany, donde se encontraron con Mark y Perion, Harold había conseguido otro revólver, y ahora llevaba los dos atravesados en el cinturón, semejante a un Johnny Ringo moderno. Harold le daba lástima, pero también había empezado a asustarla. Comenzó a preguntarse si Harold no se volvería loco alguna noche y se pondría a disparar con aquel par de revólveres. A menudo recordaba el día en que se encontró con Harold, en el patio trasero de la casa de él, hundidas todas sus defensas emocionales, segando el césped en traje de baño y llorando a lágrima viva.

Sabía de qué modo se lo habría planteado Stu, con mucha calma, con un tono casi de conspiración: «Esos sueños son un problema, Harold. Se me ha ocurrido una idea, aunque no sé exactamente cómo ponerla en práctica... un sedante suave... Pero habrá de ser la dosis exacta. Si tomamos demasiado, nadie se despertará en caso de que nos encontremos en dificultades. ¿Qué me sugieres?».

Harold había sugerido que probaran con un Veronal entero, que podrían conseguir en cualquier farmacia. Si interrumpía el ciclo de los sueños, podrían reducirla a tres cuartas partes y, de seguir dando resultado, a la mitad. Stu había hablado también en privado con Glen a fin de conocer otra opinión, y habían ensayado el experimento. Con un cuarto de comprimido, los sueños volvían a atormentarles. De modo que siguieron con la dosis de medio comprimido.

Al menos para los demás.

Frannie aceptaba todas las noches su dosis, pero se la guardaba. No sabía si el Veronal podía perjudicar al bebé, y no quería arriesgarse. Decían que incluso la aspirina podía romper la cadena cromosómica. Así que sufría los sueños. *Sufrir* era la palabra exacta. Uno de ellos era el que predominaba; los otros, tarde o temprano, acababan fundiéndose con él. Estaba en

su casa de Ogunquit y el hombre oscuro la perseguía por corredores en sombras, a través de la sala de su madre, donde el reloj seguía marcando las estaciones en una era estéril. Sabía que podría escapar de él si se libraba de aquel cuerpo. Era el cuerpo de su padre envuelto en una sábana. Y si lo soltaba, el hombre oscuro haría algo con él, cometería con él alguna espantosa profanación. Así que corría, sabedora de que cada vez se le acercaba más y de que no tardaría en aferrarla aquella mano caliente y repulsiva. Entonces ella se sentiría exhausta y débil, y el cuerpo de su padre, envuelto en el sudario, se deslizaría de sus brazos, y ella se volvería hacia el hombre dispuesta a decirle: Llévatelo, haz lo que quieras, no me importa, pero deja de perseguirme.

Y allí estaría aquel hombre, vestido con algo oscuro, como el hábito con capucha de un monje, invisibles todos sus rasgos, salvo una ávida y siniestra sonrisa. Entonces fue cuando el horror se descargó sobre ella como un puño almohadillado y luchó por salir del sueño, con la piel pegajosa de sudor, el corazón palpitándole y ansiando no volver a dormir jamás.

Porque lo que quería el hombre oscuro no era el cadáver de su padre, sino al niño vivo que ella llevaba en su vientre.

Se volvió otra vez. Si no se dormía pronto, sacaría su diario y se pondría a escribir. Había empezado a llevar el diario el 5 de julio. En cierto modo lo estaba haciendo por el niño. Era un acto de fe... Fe en que la criatura viviría. Quería que supiera lo que había ocurrido. Cómo llegó la epidemia a un lugar llamado Ogunquit, cómo habían escapado ella y Harold, lo que habían hecho. Deseaba que el niño conociera cómo habían sido las cosas.

La luna brillaba lo suficiente para poder escribir. Dos o tres páginas del diario serían suficientes para sentirse adormilada. Quería dar una nueva oportunidad al sueño.

Cerró los ojos.

Y siguió pensando en Harold.

La situación pudo haberse normalizado con la llegada de Mark y Perion, si ellos no estuvieran ya comprometidos. Perion tenía treinta y tres años, once más que Mark. Pero, en el mundo actual esas cosas carecían de importancia. Se habían encontrado mutuamente, se habían estado buscando y se sentían contentos de seguir juntos. Perion había confesado a Frannie que estaban intentando tener un hijo. Gracias a Dios, como tomaba la píldora, no llevaba diafragma, le había dicho Peri, pues en ese caso, ¿cómo habría podido quitárselo?

Frannie estuvo a punto de hablarle del hijo que esperaba (ahora ya había recorrido una tercera parte del camino); pero algo la hizo contenerse. Temió que las cosas empeoraran aún más.

De manera que ya eran seis en lugar de cuatro. Glen se había negado a conducir una moto y siempre iba a la grupa de Stu o de Harold, pero la situación no había cambiado con la presencia de otra mujer.

¿Qué me dices de ti, Frannie? ¿Qué querías?

Se respondió a sí misma que si tenía que vivir en un mundo como ése, con un reloj biológico en su interior preparado para detenerse dentro de seis meses, querría que su hombre fuera alguien como Stu Redman. No, alguien como él no. Lo quería a él. Ya estaba, lo había dicho con toda crudeza.

Desaparecida la civilización, habían sido arrancados el cromo y los aderezos del motor de la sociedad humana. Glen Bateman volvía a menudo sobre el tema, y a Harold siempre parecía agradarle de manera excesiva.

Frannie llegó a la conclusión, pensando que si debía quedarse calva más valía que lo fuera del todo, de que la libido de la mujer no era ni más ni menos que una excrecencia de la sociedad tecnológica. La mujer se hallaba a merced de su cuerpo. Era más pequeña. Solía ser más débil. Un hombre no podía quedar embarazado, una mujer sí. Y una mujer encinta es un ser humano vulnerable. La civilización había facilitado una sombrilla de cordura para que ambos sexos se refugiaran debajo de ella. *Liberación...* esa palabra lo decía todo. Antes de la civilización y su prudente y humano sistema de protecciones, las mujeres habían sido esclavas. Dejémonos de rodeos, se dijo Fran: éramos esclavas. Luego, acabaron aquellos días aborrecibles. Y el credo de la mujer que debía colgarse en las paredes de las oficinas de la revista *Ms*, a ser posible en punto de cruz, era sencillamente éste: «Gracias, Hombre, por el ferrocarril. Gracias, Hombre, por inventar el automóvil y matar a los pieles rojas, quienes creyeron que resultaría agradable seguir todavía por un tiempo en América, ya que ellos estaban allí primero. Gracias, Hombre, por los hospitales, la policía, las escuelas. Ahora, por favor, me gustaría tener derecho a seguir mi propio camino y decidir mi propio destino. Hubo

un tiempo en el que formé parte de los bienes muebles; pero eso es historia. Debe ponerse fin a mis días de esclavitud. Me niego a ser una esclava, lo mismo que me niego a cruzar el océano Atlántico en un pequeño velero. Los aviones *jet* son más seguros y rápidos que los veleros y la libertad es más racional que la esclavitud. No tengo miedo a volar. Gracias, Hombre».

¿Y qué quedaba por decir? Nada. Los obreros podrían gruñir contra el oropel, los reaccionarios podían practicar pequeños juegos intelectuales; pero la verdad se limitaba a sonreír. Y ahora todo había cambiado en cuestión de semanas. Sólo el tiempo podría decir hasta qué punto. Pero, tumbada allí, en la noche, supo que necesitaba a un hombre. ¡Cuánto lo necesitaba, Dios mío!

No sólo era cuestión de hallar protección para ella y para su bebé. Stu la atraía, sobre todo después de haber conocido a Jess Rider. Stu era tranquilo, capaz y, sobre todo, no era lo que su padre hubiera llamado «veinte kilos de macho en un saco de diez kilos».

Y también Stu se sentía atraído por ella. Lo sabía muy bien, lo supo desde aquel primer almuerzo juntos el 14 de julio en el restaurante desierto. Por un instante, sólo por un instante, sus ojos se encontraron y se produjo ese chispazo, semejante a una sobrecarga eléctrica cuando todas las agujas llegan al límite. Suponía que Stu sabía también cómo estaban las cosas, pero la estaba esperando, dejando que ella tomara la decisión a su debido tiempo. Había estado primero con Harold y por lo tanto le pertenecía a él. Una apestosa idea machista, pero mucho se temía que el mundo iba a volver a ser apestosamente machista, al menos durante un tiempo.

Si hubiera otra mujer, alguien para Harold... Pero no había nadie. Y Fran se temía que no le sería posible esperar demasiado. Recordó el día en que Harold, con su estilo desmañado había intentado hacerle el amor, convertir en irrevocable la posesión de ella. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Dos semanas? Daba la impresión de que hubiese transcurrido más tiempo. Ahora todo el pasado parecía más lejano. Se había estirado como un chicle caliente. Entre su preocupación por lo que iba a hacer respecto a Harold, su temor de lo que pudiera suceder si ella se decidía por Stuart, y su miedo a las pesadillas, jamás llegaría a conciliar el sueño.

Mientras pensaba eso, se quedó dormida.

Cuando despertó, todavía estaba oscuro. Alguien la sacudía.

Farfulló una protesta, ya que su sueño había sido reposado por primera vez en una semana. Lo abandonó reacia creyendo que ya era de mañana y que habían de reemprender la marcha. ¿Pero por qué querían salir siendo todavía de noche? Al sentarse, se dio cuenta de que incluso la luna estaba baja.

Era Harold quien la sacudía. Parecía asustado.

—¿Qué pasa, Harold? ¿Algo va mal?

Entonces vio que Stu también estaba levantado. Y Glen Bateman. Perion se encontraba arrodillada más allá, donde habían encendido su pequeño fuego de campamento.

—Se trata de Mark —dijo Harold—. Está enfermo.

—¿Enfermo? —repitió Fran.

Entonces le llegó un sordo gemido desde el otro lado del rescoldo de la hoguera, donde Perion se hallaba de rodillas y los otros dos hombres en pie. Frannie sintió un miedo sólido como una columna negra. La enfermedad era lo que más temían todos.

—No será... la gripe, ¿verdad, Harold?

Porque si Mark caía enfermo con un caso tardío de *Capitán Trotamundos*, eso significaba que cualquiera de ellos podría enfermar. Tal vez los gérmenes siguieran en suspensión por todas partes. Incluso podían haber sufrido mutaciones. Para comerte mejor, querida.

—No, no es la gripe. No es nada parecido a la gripe. ¿Comiste anoche algunas de esas ostras en lata, Fran? ¿O tal vez cuando nos detuvimos a almorzar?

Fran intentó recordar, ya que todavía tenía la mente embotada por el sueño.

—Sí, tomé algunas en ambas ocasiones —dijo al fin—. Estaban muy buenas. Me encantan las ostras. ¿Se trata acaso de una intoxicación por alimentos en mal estado? ¿Es eso?

—Sólo te estoy preguntando, Fran. No sabemos qué es. Aquí no hay médico. ¿Cómo te sientes? ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente. Sólo algo somnolienta.

En realidad ya no lo estaba. Un nuevo gemido le llegó flotando desde el otro lado del campamento, como si Mark la estuviera acusando por sentirse bien cuando él no lo estaba.

—Glen cree que pueda tratarse de apendicitis —dijo Harold.

—¿Qué?

Harold se limitó a esbozar una sonrisa desvaída al tiempo que asentía.

Fran se levantó.

—Tenemos que ayudarle —dijo Perion mecánicamente, como si ya lo hubiera repetido muchas veces. Su mirada pasaba inquieta de uno a otro, y en sus ojos había tal expresión de terror e impotencia que Frannie volvió a sentirse acusada. Sus pensamientos volvían, egoístas, a la criatura que llevaba en las entrañas, e intentó rechazarlos. Inadecuado o no, le resultaba imposible eludirlos. Apártate de él, gritaba parte de ella al resto de su ser. Apártate de él ahora mismo, puede ser contagioso. Miró a Glen, que parecía pálido y envejecido a la luz de la lámpara Coleman.

—Dice Harold que crees que se trata del apéndice —le preguntó.

—No lo sé —contestó Glen, que parecía trastornado y asustado—. Desde luego presenta los síntomas. Tiene fiebre, el vientre duro e hinchado, y le duele al tocarle.

—Tenemos que ayudarle —repitió una vez más Perion. Y rompió a llorar.

Glen palpó el vientre de Mark y éste, que tenía los ojos entornados y con mirada vacua, los abrió como platos. Gritó. Glen apartó la mano como si hubiera tocado una estufa encendida. Miró a Stu, luego a Harold y de nuevo a Stu, con pánico apenas disimulado.

—¿Qué sugerís vosotros dos?

Harold permanecía de pie, tragando saliva de manera convulsiva, como si se hubiera atragantado.

—Démosle aspirina —dijo finalmente.

Perion, que tenía los ojos llenos de lágrimas y miraba a Mark, se volvió al oír a Harold.

—¿Aspirina? —repitió con asombro furioso—. ¿*Aspirina*? —Esta vez lo dijo con un chillido—. ¿Es eso lo más que puedes hacer con todos tus aires de sapiencia? ¡Aspirina!

Harold se metió las manos en los bolsillos y la miró con aspecto desolado, aceptando su reproche.

—Sin embargo, Harold tiene razón, Perion —dijo Stu con calma—. Por el momento, lo más que podemos hacer es darle aspirina. ¿Qué hora es?

—¡No sabéis qué hacer! —chilló Perion—. ¿Por qué no lo admitís de una puta vez?

—Son las tres y cuarto —contestó Frannie.

—¿Y si se *muere*?

Peri se apartó de la cara un mechón de pelo. Tenía el rostro abotagado por el llanto.

—Déjalos en paz, Peri —le pidió Mark con voz cansada y sorda; y todos se sobresaltaron—. Harán lo que puedan. Como quiera que sea, si sigue doliéndome así, preferiría morir. Dadme aspirina, cualquier cosa.

—La traeré —se ofreció Harold, ansioso por alejarse de allí—. Tengo en mi mochila. Excedrin extrafuerte —añadió como esperando recibir la aprobación de los demás.

Con la prisa dio un tropezón y estuvo a punto de caer.

—Tenemos que ayudarle —repitió Perion.

Stu se llevó aparte a Glen y Frannie.

—¿Se os ocurre algo? —les preguntó en voz queda—. Puedo aseguraros que a mí nada. Se ha puesto furiosa con Harold, pero su idea de la aspirina es mejor que cualquiera que yo pueda haber tenido.

—Está trastornada, eso es todo —la disculpó Fran.

Glen suspiró.

—Tal vez sólo sea algo intestinal. Demasiada comida indigesta. Quizá se le mueva el vientre y todo quede resuelto.

Frannie negó con la cabeza.

—Si fuera un simple trastorno intestinal no tendría fiebre. Y tampoco el vientre se le hubiera hinchado de esa forma.

A ella le daba la impresión de que fuese un tumor que le hubiera crecido durante la noche. Se sentía enferma sólo de pensarlo. No podía recordar haberse sentido nunca tan terriblemente asustada como en ese momento, salvo cuando tenía aquellas pesadillas. Harold había dicho que no había médico. ¡Y cuán verdad era! Una horrible verdad. Dios, todo se le venía encima de una vez, derrumbándose en derredor suyo. ¡Qué espantosamente estaban! ¡Cuán lejos de un teléfono! Y además, alguien había olvidado la red de seguridad. Miró el rostro tenso de Glen y luego a Stu. Observó en ambos una preocupación profunda; pero ninguno de los dos parecía tener respuestas.

Detrás de ellos, Mark gritó de nuevo y Perion gritó a su vez como si ella misma sintiera su dolor. Frannie supuso que, en cierto modo, así era.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con tono de impotencia.

Estaba pensando en el bebé y a su mente volvía una y otra vez la pregunta: ¿Qué pasaría si necesitara que le hiciesen una cesárea? ¿Qué pasaría si necesitara que le hiciesen una cesárea? ¿Qué pasaría...?

Mark volvió a gritar detrás de ella, semejante a un horrible profeta. En aquel momento, lo aborreció con toda su alma.

Se miraron en la trémula oscuridad.

Del diario de Fran Goldsmith

6 de julio de 1990

Tras haber ejercido cierta persuasión, el señor Bateman consintió en venir con nosotros. Después de todos sus artículos («Los escribo con palabras altisonantes para que nadie se dé cuenta de lo sencillos que son») y de los veinte años mortalmente aburridos con estudiantes, por no hablar de la Sociología del Comportamiento Desviado y de la Sociología del Comportamiento Rural, había llegado a la conclusión de que no podía permitirse perder esta oportunidad.

Stu quiso saber de qué oportunidad hablaba.

—Yo diría que está bien claro —respondió Harold con esa manera suya insufriblemente irritable. A veces, Harold puede ser un encanto pero también puede convertirse en un auténtico *boogersnot*, lo que precisamente era esta noche.

—Señor Bateman... —dijo.

—Llámame Glen, por favor —pidió él con tono tranquilo; pero por la forma en que Harold se quedó mirándolo podía pensarse que le había acusado de alguna enfermedad social.

—Como sociólogo, Glen piensa en la oportunidad que se le presenta de estudiar de primera mano la formación de una sociedad. Al menos eso creo. Quiere comprobar cómo se corresponden los hechos con las teorías.

Bien, para no hacer esto prolijo, diré que Glen, a quien desde ahora llamaré de ese modo porque es lo que le gusta, reconoció que era así en líneas generales; pero añadió:

—Tengo también algunas teorías que espero ratificar o desechar. No creo que el hombre que emerja de las cenizas de la civilización vaya a ser semejante al hombre que surgió de la cuna del Nilo, con un hueso en la nariz y tirando a una mujer por el pelo. Ésa es una de las teorías.

—Porque todo se encuentra tirado en derredor nuestro esperando a que vuelva a recogerse —dijo Stu, con esa actitud tranquila que le caracteriza.

Me sorprendió verle tan ceñudo al decir aquello, e incluso Harold lo miró con extrañeza.

Pero Glen se limitó a asentir.

—Así es —dijo Glen—. La sociedad tecnológica se ha colapsado, pero ha dejado tras de ella todos sus éxitos. Llegará alguien que los recuerde y los enseñe de nuevo a los otros. Es bastante razonable, ¿no? Habré de ponerlo por escrito.

(Yo lo he puesto ya por si acaso lo olvida. ¿Quién sabe? La sombra hace ji ji).

—Parece como si creyese que todo va a empezar de nuevo —dijo Harold—. La carrera de armamentos, la contaminación y todo lo demás. ¿Es otra de sus teorías? ¿O se trata de un corolario de la primera?

—No exactamente —contestó Glen.

Pero, antes de que pudiera continuar, Harold irrumpió con sus hipótesis particulares. No puedo transcribirlo palabra por palabra porque cuando Harold se excita habla muy deprisa. En resumen, vino a decir que, aun cuando tenía una pobre opinión de la gente en general, no creía que pudiera ser estúpida hasta ese punto. Dijo que a su juicio esta vez deberían establecerse ciertas leyes. Nadie podría andar por ahí jugueteando con cosas peligrosas como la fisión nuclear o *sprays* de fleuro-carbono (tal vez lo haya escrito esto mal pero no importa) y materiales y semejantes. Pero, en cambio, recuerdo muy bien algo que dijo, porque fue una imagen en extremo vivida.

—Sólo porque el nudo gordiano haya sido cortado por nosotros, no existe motivo para que emprendamos la tarca de anudarlo de nuevo.

Me di cuenta de que se moría de ganas de iniciar una discusión. Una de las cosas que hace difícil que Harold caiga simpático es lo ansioso que se muestra siempre de alardear sobre lo que sabe. Y desde luego sabe mucho. Harold tiene una inteligencia superior.

—El tiempo lo dirá, ¿no? —se limitó a decir Glen.

Todo esto terminó hará una hora más o menos y en este momento me encuentro en uno de los dormitorios de arriba, con *Kojak* tumbado en el suelo junto a mí. Buen perro. Todo esto resulta un tanto acogedor, me recuerda mi casa; pero estoy intentando no pensar en ella demasiado porque enseguida me echo a llorar. Se que suena espantoso, pero necesito de veras a alguien que me ayude a calentar esta cama. Incluso tengo ya en mente a un candidato.

¡Olvídate de eso, Frannie!

Así que mañana nos pondremos en camino hacia Stovington y sé que a Stu la idea no le gusta demasiado. Ese lugar le asusta. Stu me gusta *mucho*, quisiera que a Harold le resultara más simpático. Harold lo está poniendo todo muy difícil; pero supongo que no puede evitarlo, es su manera de ser.

Glen ha decidido que no llevemos a *Kojak*. Siente mucho tener que hacerlo, a pesar de que el perro no tendrá dificultades para encontrar comida. Y desde luego no hay otra solución a menos que encontrásemos una motocicleta con sidecar. Así y todo, el pobre *Kojak* podría asustarse y saltar de ella en marcha, en cuyo caso sería posible que se hiriera o se matara.

En todo caso, mañana nos vamos.

Cosas para el recuerdo: Los Texas Rangers, el equipo de béisbol, tenía un lanzador llamado Nolan Ryan que efectuaba todo tipo de lanzamientos con su famosa bola rápida, y un nobatazo es muy bueno. Luego estaban las comedias de televisión, con risas enlatadas, o sea grabando risas en bandas sonoras para intercalarlas en las escenas que se consideraban divertidas. Se suponía que así te animarías más a reírte. En el supermercado podíamos encontrar bizcochos y tartas congeladas. No tenías más que descongelarlos y comértelos. Mi favorita era la tarta de queso y fresas de Sara Lee.

7 de julio de 1990

No puedo escribir mucho. He pedaleado todo el día. Tengo el trasero como una hamburguesa, y la espalda como si tuviera una piedra encima. Anoche volví a tener esa pesadilla. Harold ha estado soñando también con ese... ¿hombre? Eso lo saca de quicio porque no puede explicarse cómo es posible que los dos tengamos la misma pesadilla.

Stu dice que todavía sigue soñando con Nebraska y la anciana negra que hay allí. Continúa diciéndome que en cualquier momento irá a verla. Stu cree que vive en un pueblo llamado Holland Home, o Hometown o algo parecido. Supone que podrá encontrarlo. Harold se burló de él y le soltó una larga perorata sobre que los sueños son manifestaciones psicofreudianas de cosas en las que no nos atrevemos a pensar cuando estamos despiertos. Tengo la impresión de que Stu se enfadó mucho, pero mantuvo la calma. Siento mucho miedo de que finalmente estalle ese resentimiento que existe entre ambos. ¡Desearía que no fuese así!

—¿Entonces por qué Frannie y tú tenéis el mismo sueño? —le preguntó Stu.

Harold farfulló algo sobre las coincidencias y se alejó.

Stu nos dijo a Glen y a mí que le gustaría que fuéramos a Nebraska después de Stovington. Glen contestó encogiéndose de hombros:

—¿Por qué no? A algún sitio habremos de ir.

Claro que Harold pondrá objeciones por definición. ¡Maldita sea, Harold! ¡Ya es hora de que crezcas!

Cosas para el recuerdo: A principios de los ochenta había escasez de gasolina porque en América todo el mundo conducía algo, por lo que habíamos agotado la mayor parte de nuestras reservas de petróleo y los árabes nos tenían a su merced. Los árabes poseían tantísimo dinero que, literalmente, no podían gastarlo. Había un grupo de *rock* llamado The Who que a veces solían terminar sus actuaciones, destrozando sus guitarras y amplificadores. Era conocido como *consumición conspicua*.

8 de julio de 1990

Es tarde y de nuevo estoy cansada; pero trataré de anotar todo cuando sea capaz de recordar antes de que mis párpados se cierren de golpe. Harold terminó su cartel hará más o menos una hora, debo decir que a regañadientes, y lo colocó en el césped de la instalación de Stovington. Stu le ayudó a clavarlo en el suelo y mantuvo la paz y tranquilidad a pesar de todas las pequeñas pullas mezquinas de Harold.

Intenté estar preparada para la decepción. Nunca creí que Stu mintiera, y en realidad no creo que Harold tampoco lo creyera. De manera que me hallaba segura de que todo el mundo habría muerto, pero aun así resultó una experiencia demoledora y lloré. No pude evitarlo.

No fui la única en sentirse trastornada. Cuando Stu vio el lugar, se quedó lívido. Llevaba una camisa de manga corta y vi cómo se le erizaba el vello de los brazos. Sus ojos, siempre tan azules, tenían el color de la pizarra, como el océano en un día nublado.

—Bien, echemos un vistazo alrededor —dijo Harold al cabo de un momento.

—¿Para qué? —le contestó Stu.

Parecía casi histérico, pero mantenía las riendas. Me asustó todavía más debido a que, por lo general, es frío como un témpano. La prueba es que a Harold le resulta casi imposible sacarlo de sus casillas...

—Stuart... —empezó Glen, pero Stu le interrumpió.

—¿Para qué? ¿Acaso no veis que es un lugar muerto? Nada de bandas ni de soldados, nada de nada. Creedme. Si estuvieran aquí, ya se habrían lanzado sobre nosotros. Nos encontraríamos ya en esas habitaciones blancas como un montón de jodidos conejillos de Indias. —Luego me miró y dijo—: Lo siento, Fran... no quería hablar así. Supongo que estoy trastornado.

—Muy bien, yo iré a echar un vistazo —dijo Harold—. ¿Quién viene conmigo?

A pesar de que Harold intentaba mostrarse valentón y audaz, en realidad también estaba asustado.

Glen se ofreció a acompañarlo y Stu dijo:

—Ve tú también, Fran. Echa un vistazo. Date ese gusto.

Me hubiera gustado contestar que prefería quedarme allí, en las afueras con él, porque parecía muy inquieto y, a decir verdad, tampoco tenía ganas de ir, pero ello habría creado mayores dificultades con Harold, así que dije que sí.

Si nosotros, Glen y yo, hubiéramos puesto en tela de juicio la historia de Stu, habríamos cambiado de parecer tan pronto abrimos la puerta. Era el hedor, el mismo de cualquiera de los pueblos relativamente grandes que habíamos atravesado. Un olor como a tomates podridos. Dios mío, ya estoy llorando otra vez, pero no es justo que la gente no sólo muera sino que luego apeste así.

Bien, ya me he desahogado llorando a rienda suelta por segunda vez en el día de hoy. No sé qué le está pasando a Fran, nuestra chica dura, que solía masticar clavos y escupir tachuelas de alfombra, ja, ja. Bueno, no más lágrimas por esta noche.

Pese a todo, entramos, supongo que por curiosidad morbosa. No sé qué pensarían los otros, pero yo sentía deseos de ver la habitación en que mantuvieron prisionero a Stu. Veamos, no era sólo el hedor, sino lo *frío* que estaba aquel lugar llegando de fuera. Muros de granito y mármol y, posiblemente, también un aislamiento fantástico. Había un ambiente más cálido en los dos pisos superiores; pero allí abajo estaban el olor... y el frío... Era como una tumba.

Era también fantasmagórico, como una casa frecuentada por espíritus. Los tres caminábamos muy juntos, como ovejas, y me alegraba de llevar el rifle, aunque sólo sea un 22. Nuestras pisadas resonaban como si alguien nos estuviera siguiendo con sigilo. Empecé a pensar de nuevo en aquella pesadilla, esa en la que aparece el hombre de la túnica negra. No era de extrañar que Stu no hubiera querido acompañarnos.

Finalmente nos dirigimos a los ascensores y subimos al segundo piso. Allí sólo había oficinas, y varios cuerpos. El tercer piso era semejante a un hospital pero todas las habitaciones tenían puertas herméticas, al menos eso fue lo que dijeron tanto Harold como Glen, y unas ventanillas especiales para observar el interior. Allí había *montones* de cuerpos. Tanto en las habitaciones como en todos los pasillos que desembocaban en el vestíbulo. Había muy pocas mujeres. Me pregunto si al final habían decidido evacuarlas. Hay tantas cosas que jamás sabremos... Aunque, por otra parte, ¿qué falta nos hace saberlas?

Como quiera que sea, al otro extremo del vestíbulo, al que se llegaba desde el pasillo principal donde se encontraban los ascensores, hallamos una habitación con la hermética puerta abierta. En ella había un cadáver, pero no se trataba de un paciente, ya que éstos llevaban la bata blanca del hospital. Y desde luego no había sido víctima de la gripe. Yacía en un gran charco de sangre seca y parecía haber intentado salir a rastras de la habitación donde al fin murió. Había una silla rota y todo estaba patas arriba, como si hubiera habido lucha. Glen miró en derredor y luego dijo:

—Será mejor que no mencionemos a Stu esta habitación. Creo que debió de estar a punto de morir aquí.

Miré el cuerpo descoyuntado y sentí escalofríos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harold. Incluso él parecía desasosegado. Fue una de las pocas veces en que oí hablar a Harold sin arrogancia y afectación.

—Creo que este caballero vino aquí para matar a Stuart —dijo Glen—, y que éste le ganó por la mano.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Por qué habría de querer matar a Stu si era inmune? No tiene sentido.

Glen me miró con ojos vacuos, como los de un arenque.

—Eso no importa, Fran —dijo—. No da la impresión de que el sentido tenga mucho que ver con este sitio. Existe cierta mentalidad que cree que lo bueno es echar tierra sobre las cosas. Creen en ello con la misma sinceridad y fanatismo que los miembros de muchas sectas religiosas creen en divinidades ocultas. Porque, para alguna gente, la necesidad de seguir disimulando, incluso después de sufrido el daño, es lo más importante. Me pregunto cuántas personas inmunes habrán matado en Atlanta, en San Francisco o en el Centro Epidemiológico de Topeka, antes de que la epidemia los matara finalmente a ellos y pusiera fin a su carnicería. ¿Y este pobre? Me alegro de que esté muerto. Sólo lo siento por Stu, que probablemente tendrá pesadillas durante el resto de su vida por culpa de este tipo.

¿Y a que nadie se imagina lo que hizo acto seguido Glen Bateman, ese hombre amable que describe imágenes horribles? Se acercó al muerto y le pegó un puntapié en la cara. Harold ahogó una especie de gruñido sordo como si le hubieran golpeado a él. Glen se dispuso a golpear de nuevo.

—¡No! —le gritó Harold.

Sin embargo, Glen atizó un nuevo puntapié al hombre. Luego se volvió al tiempo que se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Sus ojos habían perdido aquella espantosa mirada de pez en salazón.

—Vamos —dijo—, salgamos de aquí. Stu tenía razón. Es un lugar muerto.

Salimos y encontramos a Stu sentado en el alto muro que rodeaba el lugar, con la espalda contra la malla metálica. Y hubiera querido... Vamos, adelante Frannie. Si no puedes decírselo a tu diario, ¿a quién entonces? Hubiera querido correr junto a él, besarle y decirle lo avergonzada que me sentía de que ninguno de nosotros le hubiera creído. Avergonzada de cómo habíamos hablado sin cesar de *nuestros* duros sufrimientos durante el período de la epidemia, y él sin decir apenas nada, cuando aquel hombre casi le había matado.

¡Vaya por Dios! Me estoy enamorando de él ¡De no ser por Harold, pondría a prueba mi condenada suerte!

Pero (siempre hay un pero, aunque ahora tengo los dedos demasiado entumecidos) entonces fue cuando Stu nos dijo, por primera vez, que quería ir a Nebraska, que deseaba comprobar su sueño. Lo hizo con expresión decidida, aunque incómoda, como si supiera que Harold iba a obsequiarle con varias estupideces arrogantes. Pero éste se hallaba demasiado nervioso después de nuestro paseo por las instalaciones Stovington para mostrar otra cosa que una débil resistencia. Incluso ésta cedió cuando Glen dijo con tono reticente que la noche anterior también él había soñado con la anciana.

—Claro que es posible que sólo se deba a lo que nos contó Stu sobre *su* sueño —alegó con el rostro bastante enrojecido—, pero presentaba una similitud notable.

Harold afirmó que seguramente había sido eso, pero Stu dijo:

—Espera, Harold. Se me ha ocurrido una idea.

La idea consistía en que todos cogiéramos una hoja de papel y escribiéramos lo que recordásemos de los sueños tenidos durante la última semana y luego comparar nuestras notas. Era un enfoque bastante serio, por lo que Harold no pudo protestar demasiado.

Bien, el único sueño que yo había tenido era el que ya he anotado y que no voy a repetir. Me limité a transcribirlo, incluida la parte referida a mi padre; pero sin decir nada sobre el bebé.

Una vez hubimos comparado nuestras notas, los resultados fueron asombrosos.

Los tres, Harold, Stu y yo, habíamos soñado con *el hombre oscuro*, como yo le llamo. Tanto Stu como yo lo veíamos como un hombre con hábito de monje y sin facciones visibles; siempre tenía la cara en sombras. Harold decía que el hombre permanecía de pie en una puerta a oscuras, haciéndole señas como un alcahuete. A veces podía entrever sus pies y el brillo de sus ojos. Unos ojos como los de una comadreja, había especificado.

Los sueños de Stu y Glen sobre la anciana eran muy similares. La similitud era tal que resultaba ocioso analizarla (lo que es mi forma literaria de decir que mis dedos se están quedando insensibles). Como quiera que sea, ambos coinciden en que se encuentra en Polky County, Nebraska, aun cuando no hayan podido ponerse de acuerdo acerca del nombre del pueblo. Stu dice Hollingford Home y Glen afirma que es Hemingway Home. Bastante

semejantes. Y los dos parecían seguros de que podrían encontrarlo. (Toma buena nota, diario: yo apuesto por Hemingford Home).

Glen dijo:

—Esto es increíble. Parece que todos estamos compartiendo una auténtica experiencia psíquica.

Como era de esperar, Harold se mostró desdeñoso; no obstante parecía más dispuesto a la reflexión. Estuvo de acuerdo en ir allí; pero argumentando que a alguna parte habíamos de ir.

Emprenderemos la marcha por la mañana. Me siento asustada, pero sobre todo contenta de abandonar Stovington, que es un lugar de muerte. Y desde luego mis preferencias irán siempre hacia esa anciana que se enfrenta al hombre oscuro.

Cosas para el recuerdo: «Frena ya» quería decir no te pongas nerviosa; «chupi» y «fetén» significaba que era algo bueno. «Nada de sudores» se decía para indicar que no se estaba preocupado. «Adelante con el *boogie*» era pasarlo bien, y muchísima gente llevaba camisetas con la leyenda «Sucesos de Mierda», que ciertamente se producían y... se siguen produciendo. «Estoy engrasado» era una expresión muy corriente, que yo oí este año por primera vez y que quería decir que todo iba viento en popa.

Eran las doce del mediodía.

Perion se había dormido, extenuada, junto a Mark, a quien dos horas antes habían trasladado a la sombra. Recobraba la consciencia de manera intermitente, y para todos resultaba más fácil cuando se encontraba inconsciente. Había resistido al dolor durante el resto de la noche; pero al alba se dio por vencido y, cuando estaba consciente, sus gritos helaban la sangre. Se miraban impotentes unos a otros. Nadie había querido almorzar.

—Es el apéndice —dijo Glen—. Creo que no existe duda al respecto.

—Tal vez deberíamos intentar... bueno, operarle —sugirió Harold mirando a Glen—. Supongo que tú no...

—Lo mataríamos —afirmó Glen sin rodeos—. Lo sabes bien, Harold. Si lográramos abrirle sin que se desangrara hasta morir, cosa que no conseguiríamos, no sabríamos distinguir el apéndice del páncreas. Ahí dentro no encontrarás etiquetas, ¿sabes?

—Si no lo hacemos morirá —sentenció Harold.

—¿Quieres intentarlo tú? —replicó Glen—. A veces me asombras, Harold.

—No veo que tú seas de gran ayuda en estos momentos difíciles —dijo Harold enrojando.

—Acabad ya con esto. Vamos —intervino Stu—. ¿Qué sacáis con esta discusión? A menos que uno de vosotros esté dispuesto a abrirlo con un cuchillo, no hay nada que discutir.

—¡Stu! —exclamó Frannie sobresaltada.

—¿Qué? —Se encogió de hombros y a continuación dijo—: El hospital más cercano lo hemos dejado atrás, en Maumee. Nunca lograríamos que llegara hasta allí. Ni siquiera creo que podamos llevarle de nuevo junto a la barrera del peaje.

—Desde luego tienes razón —farfulló Glen pasándose la mano por una rasposa mejilla—. Discúlpame, Harold. Me siento muy trastornado. Sabía que podía pasar algo semejante; pero supongo que se trataba de un conocimiento académico. Esto es algo muy diferente a encontrarse sentado en el viejo estudio imaginando fantasías.

Harold aceptó las disculpas con un murmullo y se alejó con las manos en los bolsillos. Parecía un malhumorado chico de diez años, muy desarrollado para su edad.

—¿Por qué no podemos moverlo? —preguntó desesperada Fran, mirando de Stu a Glen.

—Porque debe de tener el apéndice muy inflamado —contestó Glen—. Si revienta inundará su organismo con una cantidad de toxinas capaz de matar a diez hombres.

Stu asintió.

—Peritonitis.

Frannie sentía un torbellino en la cabeza. ¿Apendicitis? Eso hoy en día no era nada. *Nada*. Pero si a veces ibas al hospital para operarte de arenilla en la vesícula o algo por el estilo y te quitaban el apéndice como rutina. Recordaba a uno de sus amigos del colegio, Charley Biggers, a quien todo el mundo llamaba Biggy. Le extirparon el apéndice durante el verano entre el quinto y sexto curso. Y sólo permaneció en el hospital dos o tres días. Desde el punto de vista médico, extirpar el apéndice carecía de importancia.

Como tampoco tenía importancia desde el punto de vista médico dar a luz a un hijo.

—Pero si no hacéis nada también le reventará, ¿no? —les preguntó ella.

Stu y Glen se miraron incómodos y no contestaron.

—¡Entonces sois unos ineptos! —explotó Fran—. ¡Tenéis que hacer algo! ¡Aunque sea con un cuchillo! ¡Tenéis que hacerlo!

—¿Y por qué nosotros? —repuso Glen—. ¿Por qué no lo haces tú? Por Dios, si ni siquiera tenemos un libro de medicina.

—Pero tú... él... ¡No puede ser! ¡Hoy en día la extirpación del apéndice es algo muy sencillo!

—Bien, tal vez fuera así en los viejos tiempos, pero no hoy en día —aseguró Glen.

Fran había echado a correr llorando con desconsuelo.

Regresó alrededor de las tres de la tarde, avergonzada de sí misma y dispuesta a disculparse. Pero ni Glen ni Stu se hallaban en el campamento. Harold se encontraba sentado en el tronco de un árbol caído, en actitud abatida. Perion seguía sentada junto a Mark con las piernas cruzadas, limpiándole la cara con un pañuelo. Estaba pálida pero sosegada.

—¡Frannie! —exclamó Harold con alegría al levantar la vista.

—Hola, Harold. —Fran se acercó a Peri—. ¿Cómo está?

—Duerme —dijo Perion.

Pero Fran advirtió que no dormía. Estaba inconsciente.

—¿Adónde han ido los otros, Peri?

Fue Harold quien contestó. Se había acercado por detrás de ella y Fran intuyó que ansiaba tocarle el pelo o ponerle una mano en el hombro. Y ella no quería que lo hiciera. Harold empezaba a lograr que se sintiera incómoda.

—Se han ido a Kunkle. En busca de un consultorio médico.

—Pensaron que podrían encontrar algunos libros —agregó Peri—. Y algún... algún instrumental.

Tragó saliva audiblemente. Siguió refrescándole la cara a Mark con un paño que introducía en agua de vez en cuando y luego lo escurría.

—Todos estamos muy apenados —afirmó Harold—. Supongo que decirlo parece estúpido, pero de veras lo estamos.

Peri levantó el rostro y sonrió a Harold, una sonrisa forzada y dulce.

—Lo sé —dijo—. Y os doy las gracias. No es culpa de nadie. A menos, claro, que exista Dios. Si hay Dios entonces la culpa es suya. Y cuando lo vea pienso atizarle un puntapié en el trasero.

Tenía un rostro de rasgos angulosos y un cuerpo de campesina. Fran, que solía fijarse en lo bueno de cada uno antes que en lo malo (Harold, por ejemplo, tenía unas manos muy bonitas para un chico), se había dado cuenta de que el pelo de Peri, de un suave tono caoba, era casi esplendoroso, y de que tenía ojos hermosos e inteligentes, de color índigo oscuro. Ella les había dicho que enseñaba antropología en la Universidad de Nueva York y que había militado en diversos movimientos, entre los que figuraban los derechos de la mujer e igualdad para las víctimas del sida. Nunca se había casado. En cierta ocasión le dijo a Frannie que Mark había sido mejor para ella de lo que jamás había esperado que lo fuera un hombre. Todos los que había conocido antes, o la habían ignorado o la habían fastidiado. Admitía que, en circunstancias normales, Mark hubiera entrado seguramente en la categoría de los que la ignoraban. Pero las circunstancias no eran las normales. Se habían conocido en Albany, donde Perion veraneaba con sus padres, el último día de junio. Después de charlar un rato, decidieron irse de la ciudad antes de que los gérmenes que se estaban incubando en los cuerpos en descomposición pudieran cebarse en ellos.

De modo que se marcharon y, a la noche siguiente, se convirtieron en amantes, más a causa de su desesperada soledad que por una atracción auténtica. Como se trataba de una charla entre jóvenes, Frannie no lo escribió en su diario. Mark había sido bueno con ella, dijo Peri a Fran con ese tono suave y ligeramente asombrado de todas las mujeres corrientes al descubrir a un hombre cariñoso en un mundo cruel. Empezó a amarle. Y lo amó cada día un poco más.

Y ahora esto.

—Es extraño —dijo ella—. Aquí todos somos graduados de secundaria, salvo Stu y Harold. Y tú, Harold, lo serías si las cosas hubieran seguido su curso normal.

—Sí, supongo que así habría sido —convino Harold.

Peri volvió de nuevo su atención a Mark y siguió refrescándole la frente, con suavidad y amor. Frannie recordaba unas ilustraciones en color de su Biblia familiar, un cuadro en el que

aparecían tres mujeres preparando el cuerpo de Jesús para la sepultura, ungiéndole con aceites y aromas.

—Frannie estudiaba literatura inglesa. Glen era profesor de sociología, Mark preparaba su doctorado de historia de América. Tú, Harold, también estudiabas literatura inglesa porque querías ser escritor. Podíamos sentarnos juntos y acometer sesudas discusiones y elucubraciones. De hecho lo hicimos, ¿no?

—Sí —asintió Harold. Su voz, que siempre había sido penetrante, resultó casi inaudible.

—Una educación humanística te enseña a pensar... Las duras realidades con las que vas tropezando son secundarias. Lo más importante que llevas contigo al término de tus estudios es haber aprendido a manejar la inducción y la deducción de manera constructiva.

—Eso es muy bueno —dijo Harold—. Me gusta.

Ahora sí apoyó la mano en el hombro de Frannie. Ella no lo evitó, pero no dejaba de sentirse incómoda.

—Sin embargo, no es bueno —exclamó Peri.

Harold quedó tan sorprendido que apartó la mano del hombro de Fran, para alivio de ella.

—¿No? —inquirió casi con timidez.

—¡Se está *muriendo*! —dijo Peri sin levantar la voz, pero con tono colérico e impotente—. Se está muriendo porque todos nosotros nos hemos pasado el tiempo intentando deslumbrarnos los unos a los otros en campos y apartamentos baratos en ciudades universitarias. Sí, claro, yo puedo hablar de los melanesios de Nueva Guinea, y Harold puede explicar la técnica literaria de los últimos poetas ingleses. ¿Y de qué le sirve todo eso a mi Mark?

—Si tuviéramos a alguien de la facultad de medicina... —empezó Fran.

—Eso es, si lo tuviéramos. Pero no lo tenemos. Ni siquiera tenemos a alguien que hubiera asistido a una escuela agrícola y pudiera haber *visto* al menos a un veterinario atender a una vaca o un caballo. —Los miró sombríamente—. Pese a la enorme simpatía que siento por todos vosotros, creo que, llegados a este punto, os cambiaría a todos juntos por un buen cirujano. Tenéis todos un miedo cervical a tocarlo, a pesar de saber lo que va a ocurrir si no lo hacéis. Y eso va también por mí. No me excluyo en modo alguno.

—Al menos los dos... —Frannie se interrumpió a tiempo. Iba a decir «Al menos los dos hombres han ido»; pero pensó que sería una manera desafortunada de exponerlo, considerando que Harold seguía allí—. Al menos Stu y Glen —rectificó— han ido a ver qué podían hacer. Eso ya es algo, ¿no?

Peri suspiró.

—Sí... es algo. Pero fue Stu quien tomó la decisión de ir, ¿no? El único entre nosotros que decidió al fin que era preferible intentar cualquier cosa a limitarnos a seguir aquí contemplándolo y retorciéndonos las manos. —Miró a Frannie—. ¿Te ha dicho lo que hacía para ganarse la vida?

—Trabajaba en una fábrica —se apresuró a decir Fran, sin darse cuenta del ceño de Harold al ver la rapidez con que ofrecía la información—. Colocaba circuitos en calculadoras electrónicas. Supongo que era un técnico especialista en computadoras.

—¡Ajá! —exclamó Harold sonriendo mordaz.

—Es el único entre nosotros que sabe cómo separar cosas —dijo Peri—. Lo que él y Bateman hagan matará a Mark, de eso estoy casi segura; pero es preferible morir mientras alguien intenta salvarte a que te dejen morir viendo cómo todos permanecen quietos mirando... igual que si fueras un perro atropellado en la calle.

Ni Harold ni Fran supieron qué contestar. Se limitaron a seguir allí en pie, detrás de ella, observando el rostro pálido e inmóvil de Mark. Al cabo de un rato, Harold volvió a poner la mano sudorosa sobre el hombro de Fran, y ella sintió deseos de gritar.

Stu y Glen regresaron a las cuatro menos cuarto. Habían cogido una bicicleta. Atado detrás, llevaban un maletín negro de médico con instrumental y un par de libros de cirugía.

—Vamos a intentarlo —fue cuanto dijo Stu.

Peri levantó la mirada. Tenía la cara muy pálida y tensa; pero su voz era tranquila:

—¿Lo haréis? Por favor. Los dos queremos que lo hagáis.

—Stu —dijo Peri.

Eran las cuatro y diez. Stu se encontraba arrodillado sobre una sábana de goma que habían extendido debajo de un árbol. El sudor le resbalaba por la cara. Le brillaban los ojos, atormentados y frenéticos. Frannie sujetaba delante de él un libro abierto, mostrándole alternativamente dos láminas en color cada vez que Stu levantaba los ojos y le hacía un gesto de asentimiento. Glen Bateman estaba junto a ellos, pálido, sujetando un carrete de hilo blanco quirúrgico. Entre ellos había un estuche con instrumental también quirúrgico. En aquel momento estaba todo salpicado de sangre.

—¡Aquí está! —gritó Stu con el tono estridente, vibrante por el triunfo, y sus ojos eran dos puntos brillantes—. ¡Aquí está el condenado bastardo! ¡Aquí! ¡Justo aquí!

—Stu —repitió Perion.

—¡Enséñame de nuevo esa otra lámina, Fran! ¡Deprisa!

—¿Puedes extirpárselo? —preguntó Glen—. ¡Dios mío! ¿Crees que podrás hacerlo?

Harold se había ido. Se había alejado pronto del grupo tapándose la boca con una mano. Durante los últimos quince minutos, permaneció de pie en un bosquecillo, de espalda a ellos. En ese momento se volvió con expresión esperanzada en su rostro ancho y redondo.

—No lo sé —repuso Stu—. Pero es posible. Es posible que pueda.

Estudió atentamente la lámina que Fran le mostraba. Tenía sangre hasta los codos y semejaba llevar unos guantes escarlata.

—Se halla situado de manera independiente arriba y abajo —musitó Stu, y los ojos le brillaban—. El apéndice. Es una pequeña unidad independiente. Es... sécame la frente, Frannie. Jesús, estoy sudando como un maldito cerdo... Gracias. Santo Dios, no quiero cortarle más de lo necesario... Aquí están los condenados intestinos... Pero, Dios, he de hacerlo.

—Stu —volvió a decir Perion.

—Dame las tijeras, Glen. No, esas no. Las pequeñas.

—Stu.

Por fin la miró.

—Ya no tienes que hacerlo. —Su tono de voz era suave, tranquilo—. Ha muerto.

Stu siguió mirándola.

Perion asintió.

—Hace casi dos minutos. Pero gracias de todas formas. Gracias por intentarlo.

Stu siguió mirándola.

—¿Estás segura? —musitó al fin.

Perion asintió de nuevo. Las lágrimas le caían por las mejillas.

Stu se alejó de ellos, dejando caer el pequeño escalpelo que había estado manejando, y se llevó la mano a los ojos con gesto de absoluta desesperanza. Glen se había puesto ya en pie y empezó a caminar sin mirar atrás, los hombros encorvados como si hubiera recibido un golpe.

Frannie abrazó a Stu y lo estrechó.

—Y eso es todo —dijo Stu.

Lo repetía una y otra vez con una voz lenta y sin matices que asustó a Fran.

—Eso es todo. Ya ha terminado. Eso es todo.

—Has hecho todo lo que has podido —le dijo Fran abrazándolo con más fuerza, como si él fuera a escaparse.

—Eso es todo —repitió una vez más con voz sorda.

Frannie volvió a abrazarlo con fuerza. Pese a todos sus pensamientos durante las últimas tres semanas y media, pese al enamoramiento que sentía por él, no lo había demostrado abiertamente. Había evitado, con cuidado casi penoso, demostrar lo que sentía. Ya era demasiado difícil la situación con Harold. Y ni siquiera en esos momentos estaba revelando sus sentimientos hacia Stu. En realidad no era un abrazo de amantes, sólo el de un superviviente que se aferraba a otro. Stu pareció entenderlo. La estrechó con fuerza, dejando huellas ensangrentadas en su camisa caqui, marcándola de tal forma que parecían partícipes en algún desafortunado crimen. En alguna parte, un pájaro chilló ásperamente. Más cerca, Perion rompió a llorar.

Harold Lauder, que no sabía distinguir entre los abrazos de supervivientes y los de amantes, se quedó mirando a Frannie y a Stu con suspicacia y temor crecientes. Al cabo de un largo rato, se adentró furioso en los matorrales y no regresó hasta bien pasada la hora de la cena.

A la mañana siguiente, Fran despertó temprano. Alguien la sacudía. Abriré los ojos y me encontraré con Glen o con Harold, se dijo somnolienta. Volveremos una vez más sobre lo mismo y *seguiremos* haciéndolo hasta que lo logremos. Quienes no aprenden de la historia...

Pero era Stu. Y ya era casi de día. El amanecer se deslizaba envuelto en una bruma temprana, como oro recién sacado envuelto en leve algodón. Los demás dormían profundamente.

—¿Qué pasa? —le preguntó al tiempo que se sentaba—. ¿Algo anda mal?

—Estaba soñando otra vez —le contestó él—. Pero no con la anciana, sino con él... con el hombre oscuro. Estaba tan aterrado que...

—Está bien —dijo ella asustada por su expresión—. Di lo que sea, por favor.

—Es Perion. Cogió todo el Veronal de la mochila de Glen.

Ella lanzó una exclamación entrecortada.

—¡Dios mío! —dijo Stu con voz quebrada—. Está muerta, Frannie. Señor, qué horrible situación.

Fran intentó hablar pero no le salían las palabras.

—Supongo que habré de despertar a los demás para que se levanten —dijo Stu.

Se frotó la mejilla, áspera por la barba incipiente. Fran todavía recordaba cómo la había sentido contra la suya el día anterior cuando lo abrazaba. Se volvió hacia ella aturdido:

—¿Cuándo acabará esto?

—No creo que acabe jamás —musitó ella.

Sus ojos se encontraron con las primeras luces del amanecer.

Del diario de Fran Goldsmith

12 de julio de 1990

Esta noche estamos acampados justo al oeste de Guilderlan (NY). Por fin hemos tomado la carretera 80/90. Ya se ha calmado un poco nuestra excitación por el encuentro de ayer por la tarde con Mark y Perion. Creo que es un bonito nombre. Han aceptado unirse a nosotros. De hecho fueron ellos quienes lo sugirieron.

Estoy segura de que Harold nunca se lo hubiera ofrecido. Ya sabemos cómo es. Se mostró algo asombrado, y me parece que Glen también, ante el armamento que llevaban, incluidos dos rifles semiautomáticos. Harold tuvo que hacer su numerito, ya sabéis, dejar bien sentada su presencia.

Supongo que he llenado páginas y más páginas con la psicología de Harold, de manera que si a estas alturas no lo conocéis, nunca llegaréis a conocerlo. Debajo de su fanfarronería y sus pomposas declaraciones, se oculta un muchacho muy inseguro. En realidad se resiste a creer que las cosas hayan cambiado. Una parte de él, y creo que una parte muy grande, ha de seguir creyendo que todos sus atormentadores de la facultad se levantarán un buen día de sus tumbas y empezarán a arrojarle bolitas de papel mascado o tal vez a ponerle motes desagradables, como Amy decía que solían hacer. Muchas veces pienso que hubiera sido mejor para él, y acaso también para mí, si no hubiéramos unido fuerzas allá en Ogunquit. Yo formo parte de su antigua vida, hubo un tiempo en que me unió una gran amistad con su hermana y todas esas cosas. Lo que viene a resumir mi extraña relación con Harold es que, a pesar de lo raro que pueda parecer, sabiendo lo que ahora sé, probablemente preferiría mil veces ser amiga de Harold que de Amy, que se sentía sobre todo deslumbrada por chicos con coches despampanantes y trajes de Sweetie's, y que además era una auténtica esnob de Ogunquit, de la única manera que puede serlo una *townie*^[6] durante todo el año. Y que Dios me perdone por decir cosas desagradables de los muertos, pero es la verdad. Harold es, a su extraña manera, más bien sensato. Cuando no dedica todas sus energías mentales a comportarse como un gilipollas, claro está. Pero, de cualquier manera, Harold jamás podrá creer que alguien piense que es indiferente. Una parte de su ser se ha concentrado en mantenerse ecuánime. Está decidido a llevar consigo todos sus problemas a este mundo nuevo. Es como si se los hubiera metido en la mochila junto con esas barras de chocolate Payday que tanto le gustan. No sé si es valiente.

Caramba, Harold, la verdad es que no sé.

Cosas para el recuerdo: El loro *Gillette*. «Por favor no aprieten el Charmin». El lanzador andante *Kool-Aid* que solía decir «Oh... yeaaahhh!». Los Tampones O. B. creados por una

ginecóloga. La película *La noche de los muertos vivientes*. ¡Brrrrr! Esto último presenta demasiadas similitudes. Abandono.

14 de julio de 1990

Hoy, durante el almuerzo, hemos tenido una charla muy extensa y seria sobre esos sueños, y nos hemos detenido con ello quizá demasiado tiempo. Y a propósito, nos encontramos exactamente al norte de Batavia, Nueva York.

Ayer Harold sugirió, con mucha cortedad para tratarse de él, que empezáramos a almacenar Veronal y todos tomásemos dosis ligeras, para ver si así podíamos «interrumpir el ciclo de sueños», como lo llamó. Acepté la idea para que nadie creyera que algo no me funciona bien; pero pienso guardarme mi dosis porque no sé el efecto que puede causar al Llanero Solitario. Espero que sea solitario. No estoy segura de poder enfrentarme a gemelos.

Una vez aprobada la propuesta del Veronal, Mark hizo un comentario.

—Veréis —dijo—, estas cosas no son demasiado coherentes. Pronto empezaremos a creer que somos Moisés o José, recibiendo llamadas telefónicas de Dios.

—El hombre oscuro no llama desde el cielo —observó Stu—. Si se trata de conferencia creo que llega desde un sitio mucho más bajo.

—Ésa es la forma que tiene Stu de decir que la Parca viene por nosotros —dije con un susurro.

—Es una explicación tan buena como cualquier otra —declaró Glen, y todos lo miramos—. Bien —prosiguió, creo que algo a la defensiva—. Si lo consideramos desde un punto de vista teológico parece como si fuéramos el nudo gordiano de una lucha entre el cielo y el infierno, ¿no? Si hay jesuitas supervivientes de la supergripe deben de estar desquiciados.

Aquello hizo que Mark se desternillara de risa. Yo no lo entendí, pero mantuve la boca cerrada.

—Bueno, creo que todo esto es ridículo —intervino Harold—. Antes de que nos demos cuenta estaréis enredados con Edgar Cayce y la transmigración de las almas.

Cayce lo pronunció *Case* y, cuando le corregí indicándole que hay que decirlo como las iniciales de Arkansas City, me miró con el ESPANTOSO CEÑO HAROLD. No es precisamente el tipo de hombre que te abrumba con su agradecimiento cuando le haces observar un pequeño fallo. ¡No, señor!

—Siempre que se produce un claro fenómeno paranormal —alegó Glen—, la única explicación que encaja y perpetúa su lógica interior es la teológica. Ésa es la razón de que lo psíquico y la religión hayan avanzado siempre codo con codo, incluso hasta nuestros modernos sanadores por la fe.

Harold farfullaba, pero Glen proseguía impertérrito.

—Por mi parte, creo que todo el mundo tiene ciertos poderes psíquicos y que una parte de nosotros se halla impregnada hasta tal punto que muy rara vez nos damos cuenta. El talento puede ser un gran impedimento y ello hace también que nos demos cuenta de su existencia.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque es un factor negativo, Fran. ¿Alguno de vosotros ha leído el estudio de 1958 de James D. L. Staunton sobre accidentes de trenes y aviones? En su origen fue publicado por una revista de sociología que consideraba el ocultismo una especie de *hobby*. Escribió muchos artículos sobre esos temas, pero los periódicos se ocupan muy poco de ellos.

Todos meneamos la cabeza.

—Tenéis que recordarlo —siguió diciendo—. James Staunton era lo que mis alumnos de hace veinte años llamaban una cabeza realmente privilegiada, un sociólogo que estudiaba el ocultismo.

Harold bufó, pero Stu y Mark sonreían. Y mucho me temo que yo también.

—Bien, hablemos de los aviones y los trenes —pidió Peri.

—Bueno. Staunton revisó las estadísticas de unos cincuenta accidentes de avión desde 1925 y unos doscientos de trenes desde 1900. Introdujo toda la información en un ordenador. Estableció una correlación básica entre tres factores: los habituales en cualquier transporte que acababa en desastre, las personas que murieron en el accidente y la *capacidad* del vehículo.

—No alcanzo a comprenderlo —dijo Stu.

—Has de saber que introdujo una segunda serie de datos en el ordenador, esta vez relativos a un número igual de aviones y trenes que *no* sufrieron accidentes.

Mark asintió.

—Un grupo de control y otro experimental. Parece tener bastante solidez.

—Lo que encontró fue muy simple pero demoledor por sus implicaciones. Es una vergüenza que uno haya de ir tanteando a través de dieciséis tablas la realidad estadística básica.

—¿Qué realidad? —quise saber.

—Los trenes y aviones al completo rara vez se estrellan —dijo Glen.

—¡Menuda estupidez! —chilló Harold.

—En modo alguno —replicó Glen con calma—. Ésa era precisamente la teoría de Staunton, y el ordenador la corroboró. En las ocasiones en que aviones y trenes se estrellan, los vehículos viajan con el sesenta y uno por ciento de su capacidad en cuanto a pasajeros. Cuando hacen el recorrido sin novedad, el porcentaje es del setenta y seis. Hay una diferencia del quince por ciento en gran número de casos computadorizados, y esa especie de desviación es *significativa*. Staunton señala que, desde un punto de vista de las estadísticas, una desviación de un tres por ciento daría ya que pensar, y tiene razón. Es una anomalía del tamaño de Texas. Staunton llegó a la conclusión de que la gente *sabe* qué aviones y trenes van a estrellarse... y que, de manera inconsciente, están prediciendo el futuro.

—Tu tía Sally sufrió un terrible dolor de estómago minutos antes de que el vuelo sesenta y uno despegara de Chicago con destino a San Diego. Y al estrellarse el avión en el desierto de Nevada todo el mundo clamó: «Ese dolor de estómago fue en verdad una bendición de Dios, tía Sally». Pero hasta que apareció James Staunton con sus conclusiones, nadie se dio cuenta de que, en realidad, hubo treinta personas con dolores de estómago o de cabeza. O sencillamente esa extraña sensación que se siente en las piernas cuando el cuerpo intenta decir a la cabeza que algo va a salir mal.

—Pues no puedo creer semejante cosa —dijo Harold moviendo la cabeza.

—Verás —prosiguió Glen—. Al cabo de una semana más o menos, desde que leí el artículo de Staunton, un *jet* de la Majestic Airlines se estrelló en el aeropuerto Logan. Murieron todos los que iban a bordo. Pues bien, llame a las oficinas de la Majestic en Logan una vez las cosas se hubieron tranquilizado. Les dije que era reportero del *Union Leader*, de Manchester (una pequeña mentira por una buena causa), que estaba reuniendo datos para un suplemento sobre accidentes aéreos y pregunté si podría decirme cuántas personas no subieron a ese vuelo a última hora. El hombre pareció un tanto sorprendido porque, según dijo, el personal de la compañía había estado hablando acerca de ello. Fueron dieciséis. Dieciséis personas no subieron a bordo. Le pregunté cuál era el promedio sobre setecientos cuarenta y siete vuelos de Denver a Boston, y dijo que tres.

—¡Tres! —exclamó Perion, al parecer maravillada.

—Exacto. Pero aquel tipo fue aún más lejos. Afirmó que también hubo quince cancelaciones, y que el promedio era de ocho. De manera que, aun cuando los titulares del accidente pregonaban MUEREN NOVENTA Y CUATRO PERSONAS EN EL ACCIDENTE AÉREO DE LOGAN, pudieron igualmente haber dicho TREINTA Y UNA PERSONAS EVITAN LA MUERTE EN EL DESASTRE DEL AEROPUERTO LOGAN.

Seguimos hablando de cuestiones psíquicas y todo eso, pero fuimos apartándonos del tema de *nuestros* sueños y de si procedían o no del Altísimo, allá en el cielo. Algo sí que se planteó después de que Harold se alejara francamente irritado.

—Si todos poseemos ese don psíquico —preguntó Stu a Glen—, ¿cómo es que no sabemos que una persona amada acaba de morir, o que nuestra casa ha sido arrasada por un tornado?

—Hay casos de este tipo —contestó Glen—. Pero he de admitir que distan mucho de ser habituales, o tan fáciles de demostrar con la ayuda de un ordenador. Es un punto interesante. Tengo una teoría —¿acaso no la tiene siempre, querido diario?— relacionada con la evolución. Veréis, hubo un tiempo en que el hombre, o su progenitor, tenía cola, y el vello le cubría todo el cuerpo; además, poseía unos sentidos mucho más agudos que tiene en la actualidad. ¿Por qué hoy en día no los tenemos? Rápido, Stu. Es tu oportunidad para colocarte en cabeza de la clase, con birrete y todo.

—Supongo que por la misma razón que los automovilistas ya no llevan anteojos de carretera y guardapolvo. Hay cosas que a veces se superan. Se llega a un punto en el que ya no son necesarias.

—Exacto. ¿Y de qué sirve tener un sentido psíquico que resulta inútil desde un punto de vista práctico? ¿Qué tiene de beneficioso que te encuentres trabajando tranquilamente en tu despacho y de repente sepas que tu mujer ha muerto en un accidente de coche cuando regresaba del mercado? Alguien te llamará por teléfono y te lo comunicará, ¿no? Ese sentido ha debido de quedar atrofiado hace muchísimo tiempo, si es que alguna vez lo tuvimos. Debíó desaparecer junto con la cola y la piel peluda.

»Lo que me interesa de esos sueños —prosiguió— es que parecen presagiar una especie de lucha. Estamos recibiendo imágenes nebulosas de una protagonista y un antagonista. De un adversario, si lo preferís. De ser así, podría parecer que estamos mirando un avión en el que está programado que volemos... y que de repente nos sintamos aquejados de dolor de estómago. Tal vez se nos estén dando los medios para moldear nuestro propio futuro. Una especie de voluntad libre cuatridimensional. La posibilidad de elegir de antemano los acontecimientos.

—Pero no sabemos lo que los sueños *significan* —intervine yo.

—En efecto, no lo sabemos. Pero podemos saberlo. No sé si un pequeño don psíquico significa que nuestro origen es divino. Son muchos los que aceptan el milagro de la vista sin creer que eso demuestre la existencia de Dios, y yo soy uno de ellos. Pero sí creo que esos sueños son una fuerza constructiva, pese a su capacidad para atemorizarnos.

Cosas para el recuerdo: Recesos. Déficits. El prototipo Ford Growler capaz de recorrer cien kilómetros de carretera con un galón de gasolina. Una auténtica maravilla de coche. Y eso es todo. Abandono. Si no hago más breves mis anotaciones, este diario resultará tan largo como *Lo que el viento se llevó*, antes incluso de que llegue el Llanero Solitario. Y, por favor, que no sea un caballo blanco llamado *Silver*. Ah, sí. Una cosa más para el recuerdo: Edgar Cayce. No puedo olvidarlo. Al parecer veía el futuro en sus sueños.

16 de julio de 1990

Sólo dos notas más, ambas relacionadas con los sueños. (Consultar la anotación hecha hace días). En primer lugar hacer constar el hecho de que Glen Bateman ha estado muy pálido y silencioso durante los dos últimos días, y esta noche he visto que tomaba una gran dosis de Veronal. Supongo que no tomó las dos últimas y el resultado fueron unas pesadillas horripilantes. Es algo que me preocupa. Quisiera saber cómo abordarle respecto al asunto, pero no se me ocurre nada.

La segunda cosa son mis propios sueños. Anteanoche, nada. Fue la noche después de nuestra discusión. Dormí como un bebé y no recuerdo nada en absoluto. Anoche soñé por primera vez con la anciana. Nada tengo que añadir a lo que ya se ha dicho. Sólo que ella parece envuelta en un aura de gentileza, de bondad. Creo que puedo entender el motivo de que Stu se halle tan decidido a ir a Nebraska, a pesar de los sarcasmos de Harold. Esta mañana me he despertado completamente descansada, pensando que si logramos llegar hasta esa anciana todo irá bien. Espero que realmente se encuentre allí. Y, a propósito, estoy convencida de que el nombre del pueblo es Hemingford Home.

Cosas para el recuerdo: ¡Madre Abigail!

Cuando ocurrió, ocurrió rápido.

Eran las diez y cuarto del 30 de julio y hacía sólo una hora que estaban en la carretera. Iban despacio, porque la noche anterior había llovido y la calzada estaba resbaladiza. Hablaron poco desde el día anterior por la mañana, cuando Stu despertó, primero a Frannie y luego a Harold y Glen, para comunicarles el suicidio de Parion. Fran pensaba tristemente que se culpaba a sí mismo. Se reprochaba algo de lo que tenía tanta culpa como de que hubiera tormenta.

Le habría gustado decírselo, en parte porque necesitaba que le reprendieran por su absurdo sentido de culpabilidad; pero también porque lo amaba. No podía seguir ocultándose a sí misma. Creía poder convencerlo de que él no tenía nada que ver con la muerte de Peri, pero hacerlo acarrearía la revelación de sus propios sentimientos hacia él. Se dijo que tal vez tendría que prenderse el corazón en la manga para que Stu fuera capaz de verlo. Por desgracia, también lo vería Harold. De manera que eso quedaba descartado... Pero tendría que hacerlo pronto, lo aceptara Harold o no. Mucho se temía que Harold se decidiera por la segunda postura. Semejante decisión podría conducir a algo horrible. Después de todo, llevaban muchas armas.

Fran estaba cavilando esas ideas cuando, al salir de una curva, vieron una gran caravana volcada en medio de la carretera, bloqueando el paso. Aquello resultaba sorprendente; pero todavía había más. Tres camionetas y una grúa se encontraban aparcados en el arcén. Y también había personas por allí. Al menos una docena.

Fran quedó tan sorprendida que se detuvo bruscamente. La Honda derrapó en la carretera mojada y casi la derribó antes de lograr dominarla. Los cuatro se detuvieron a la misma altura más o menos, asombrados de ver que todavía quedaba tanta gente con vida.

—Está bien, baja —dijo uno de los hombres.

Era alto, con barba pajiza, y llevaba gafas oscuras. Por un instante Fran sintió que se remontaba al Maine Turnpike y que la interpelaba un policía de tráfico por exceso de velocidad.

Luego nos pedirá los permisos de conducir, pensó Fran. Pero aquel hombre distaba mucho de ser un policía de tráfico. Allí había cuatro hombres, tres de ellos detrás del de la barba pajiza, más o menos en fila. El resto eran mujeres. Había al menos ocho. Estaban pálidas y asustadas, formando pequeños grupos alrededor de las camionetas.

El de la barba pajiza llevaba un revólver. Y los que estaban detrás de él iban provistos de fusiles. Dos de ellos llevaban equipamiento militar.

—Baja, maldita sea —repitió el barbudo.

Uno de sus compañeros levantó el rifle y disparó al aire. Fue un ruido tajante e imperativo en la brumosa atmósfera matinal.

Glen y Harold parecían desconcertados y recelosos. Sólo eso. Eran un blanco perfecto, se dijo Frannie, y empezó a sentir pánico. Ella misma no alcanzaba a comprender todavía la situación, pero sabía que la ecuación estaba equivocada. Cuatro hombres, ocho mujeres, le decía su cerebro, repitiendo luego más fuerte y en tono alarmado: ¡Cuatro hombres! ¡Ocho mujeres!

—Harold —dijo Stu con voz serena, y sus ojos tenían cierta expresión, como si se hubiera dado cuenta de algo—. Harold, no...

Y entonces fue cuando ocurrió todo.

Stu llevaba el fusil colgado a la espalda. Dejó caer el hombro de forma que la correa se deslizó por su brazo y al punto tenía el fusil en las manos.

—¡No lo hagas! —gritó con furia el hombre barbudo—. ¡Garvey! ¡Virge! ¡Ronnie! ¡Cogedles! ¡No le deis a la mujer!

Harold echó mano a sus revólveres, sin reparar en que todavía seguían en sus fundas.

Glen Bateman continuaba sentado detrás de Harold, estupefacto.

—¡Harold! —volvió a gritar Stu.

Frannie cogió su propio fusil. Tenía la sensación de que el aire estaba impregnado de algo pegajoso que no podría atravesar a tiempo. Pensó que probablemente morirían allí.

—¡Ahora! —chilló una de las chicas.

Frannie la miró al tiempo que seguía bregando con su fusil. No era realmente una chica, tendría al menos veinticinco años. Llevaba el pelo rubio ceniza recogido sobre la cabeza a la manera de un casco, como si acabara de trasquilarlo con unas tijeras de podar.

No todas las mujeres se movieron. Algunas parecían paralizadas a causa del miedo. Pero la rubia y otras tres sí lo hicieron.

Todo ocurrió en siete segundos.

El barbudo había estado apuntando a Stu con su revólver. Al gritar la rubia «¡Ahora!» lo había vuelto hacia ella semejante a la varilla de un zahorí buscando agua. Se disparó, haciendo un fuerte ruido como el de un trozo de acero al horadar un cartón. Stu resbaló de la moto y Frannie gritó.

De repente, Stu estaba disparando incorporado sobre los codos llenos de rasguños. La Honda había caído sobre una de sus piernas. El barbudo pareció retroceder bailando, semejante a un comparsa de vodevil retirándose del escenario. El descolorido abrigo que vestía se hinchaba al agitarse. Su revólver automático apuntó hacia el cielo, y se repitió cuatro veces más el sonido del acero perforando cartón. Finalmente cayó de espaldas.

Dos de los tres hombres que se encontraban detrás de él se habían vuelto sobresaltados al oír el grito de la rubia. Uno de ellos apretó los dos gatillos de su arma que tenía en la mano, una vieja escopeta Remington del calibre 12. El arma no tenía apoyo alguno, ya que la sostenía sobre la cadera derecha y, cuando se disparó, con un ruido como un trueno dentro de una habitación pequeña, se escapó de su mano despellejándole los dedos. Cayó en la carretera. La cara de una de las mujeres que no había reaccionado al grito de la rubia desapareció tras un borbotón de sangre, y por un instante Frannie pudo oírla caer sobre el pavimento, como si de repente una nube hubiera descargado un chaparrón. Un ojo atisbaba indemne a través de la sangrienta máscara facial de aquella mujer. Su mirada era vacua y turbia. Luego, la mujer cayó de bruces en la carretera. La County Squire que tenía a sus espaldas quedó acribillada a balazos. Una de las ventanillas se convirtió en una catarata de cristales.

La rubia luchaba a brazo partido con el segundo hombre, que se había vuelto hacia ella y cuyo rifle cayó entre sus cuerpos. Una de las jóvenes se precipitó hacia el arma que yacía en el suelo.

El tercer hombre que no se había vuelto hacia la rubia, empezó a disparar a Fran, la cual se encontraba sentada a horcajadas en su moto, con el rifle en las manos y mirándolo estúpidamente. Era un tipo de tez cetrina que parecía italiano.

Oyó zumbir una bala junto a la sien izquierda.

Harold había logrado al fin sacar uno de sus revólveres. Disparó contra el hombre de tez cetrina. La distancia era de unos cinco metros. Falló. Un orificio de bala apareció en el revestimiento rosa de la caravana, a la izquierda de la cabeza del hombre de tez cetrina. Éste miró a Harold.

—Voy a matarte, hijoputa.

—¡No lo hagas! —chilló Harold.

Dejó caer el revólver y levantó las manos.

El hombre de la tez cetrina disparó tres veces contra Harold y falló las tres. La tercera fue la que estuvo más cerca de dar en el blanco y perforó el tubo de escape de la Yamaha de Harold. La moto cayó con éste y Glen.

Habían transcurrido veinte segundos. Harold y Stu yacían de bruces en el suelo. Glen se encontraba sentado en la carretera con las piernas cruzadas, con la misma actitud de no saber dónde estaba ni qué sucedía. Frannie intentaba desesperadamente disparar contra el hombre de tez cetrina, pero su arma no respondía, ni siquiera podía hacer funcionar el gatillo, porque había olvidado quitar el seguro. La rubia seguía luchando con el segundo hombre. La mujer que se abalanzó a coger el arma caída disputaba su posesión a otra mujer.

Maldiciendo en italiano, el hombre de la tez cetrina apuntó de nuevo a Harold. Y entonces fue cuando Stu disparó: apareció un orificio en la frente del hombre, el cual se desplomó instantáneamente.

Otra mujer se había unido al forcejeo por el arma. El hombre al que se le había caído intentó escurrirse. La mujer le cogió la entrepierna y apretó con fuerza al tiempo que retorció. Fran vio tensarse los tendones de la mujer hasta el codo. El hombre lanzó un alarido, abandonó el arma y se alejó encorvado, agarrándose sus partes íntimas.

Harold se arrastró hacia donde había arrojado el revólver, lo recogió, lo alzó y disparó contra el hombre que se sujetaba los genitales. Hizo tres disparos y los falló todos.

Es como en *Bonnie y Clyde*, se dijo Frannie. ¡Dios mío, hay sangre por todas partes!

La mujer rubia con el pelo a trasquilones había perdido en su forcejeo por la posesión del rifle del segundo hombre. Él se lo arrancó de un tirón propinándole un puntapié en la cadera.

Ahora disparará contra ella, se dijo Frannie, pero el hombre giró en redondo como un soldado y empezó a disparar rápidamente hacia las tres mujeres, agazapadas al costado de la *Country Squire*.

—¡Siii! ¡*Sorras!* —chillaba el individuo—. ¡Siii! ¡*Sorras!*

Una de las mujeres cayó y empezó a retorcerse en el suelo entre la camioneta y la caravana volcada, semejante a un pez ensartado. Las otras dos mujeres echaron a correr. Stu disparó contra el hombre y falló. El hombre apuntó a una de las mujeres que corrían, y no falló. La otra sentenciada echó a correr y se ocultó tras la caravana.

El tercer hombre, el que perdió el arma sin lograr recuperarla, seguía tambaleándose y sujetándose la entrepierna. Una de las mujeres le apuntó con la escopeta y apretó los dos gatillos, con los ojos cerrados y un rictus en los labios, preparándose para la detonación. Pero no se produjo: el arma no tenía munición. Entonces la mujer la agarró por los cañones y la descargó formando un amplio arco. No le alcanzó en la cabeza pero sí entre el cuello y el hombro derecho. El hombre cayó de rodillas e intentó alejarse a gatas. La mujer, que vestía una camiseta azul en la que se leía UNIVERSIDAD ESTATAL DE KENT y unos raídos vaqueros, siguió andando detrás de él, golpeándole con la culata del arma. El hombre seguía arrastrándose, ahora ensangrentado. La mujer de la camiseta no cesaba de atizarle.

—¡Siiii, sois unas *sorras*, —chillaba el segundo hombre al tiempo que disparaba contra una mujer de mediana edad que farfullaba aturdida. La distancia entre el cañón y la mujer era de un metro, pero el hombre falló. Apretó de nuevo el gatillo. En vano. Se había quedado sin munición.

Ahora Harold sujetaba su revólver con ambas manos como vio hacer tantas veces en las películas. Apretó el gatillo y el disparo dio en el codo del segundo hombre. Éste dejó caer su rifle y empezó a dar saltos, emitiendo ruidos extraños y estridentes. A Frannie le sonaba a *P-P-Pleeze!* de Roger Rabbit.

—¡Le he dado! —gritó Harold extasiado—. ¡Le he dado! ¡Por Dios que le he dado!

Frannie recordó al fin el seguro de su rifle. Lo quitó al tiempo que Stu volvía a disparar. El segundo hombre se desplomó agarrándose el estómago en lugar del codo.

—¡Dios mío! —dijo Glen con voz queda. Luego, cubriéndose la cara con las manos, rompió a llorar.

Harold volvió a disparar. El cuerpo del segundo hombre se sacudió. Y dejó de gritar.

La mujer de la camiseta de la Universidad Estatal de Kent descargó de nuevo la culata de su arma, y esta vez dio de lleno en la cabeza del hombre que se arrastraba, rompiendo a un tiempo la cachea del arma y el cráneo del hombre.

Por un momento, reinó el silencio absoluto. Luego, un pájaro pio.

La joven de la camiseta se puso en pie sobre el cuerpo del tercer hombre y lanzó un prolongado y visceral grito de triunfo que atormentaría a Fran Goldsmith por el resto de su vida.

La joven rubia era Dayna Jurgens, de Xenia, Ohio. La de la camiseta era Susan Setern. Patty Kroger era la tercera muchacha, la que estrujara la entrepierna de uno de los hombres. Las otras dos eran bastante mayores. Shirley Hammet era la de más edad, había dicho Dayna. No conocían el nombre de la otra mujer, que debía estar en la treintena. Cuando Al, Garvey, Virge y Ronnie la cogieron dos días antes en el pueblo de Archbold, vagaba sin rumbo en estado de *shock*.

Los nueve salieron de la carretera y acamparon en una granja en alguna parte al oeste de Columbia, tras dejar atrás la línea fronteriza de Indiana. Todos estaban conmocionados y, más adelante, Fran se diría que su caminata campo través desde la caravana volcada hasta la granja habría parecido a cualquier observador una excursión campestre patrocinada por el manicomio local. La hierba, tan alta que les llegaba a la cadera y todavía húmeda por el aguacero de la noche anterior, pronto les empapó los pantalones. Mariposas blancas, volando perezosas con las alas pesadas por la humedad, se acercaban y alejaban de ellos formando círculos y ochos en el aire. El sol luchaba por salir, pero no lo lograba. Era un brillante brochazo que iluminaba débilmente una nebulosa blanca que se extendía de un horizonte al otro. Pero, con nebulosa o no, el día ya se presentaba caluroso, rezumando humedad, y por todas partes revoloteaban bandadas de cuervos con sus graznidos broncos. Fran se dijo, mareada, que ya había más cuervos que personas. Si no nos andamos con cuidado nos

picotearán hasta acabar con nosotros. La venganza de los cuervos. ¿Comían carne los cuervos? Mucho se temía que sí.

Por debajo de aquel constante desgranar de bobadas, vaga como el sol detrás de la nube que empezaba a desvanecerse, pero potente como ese mismo sol en aquella horrible y húmeda mañana del 13 de julio de 1990, volvía a su mente una y otra vez el enfrentamiento a balazos que había tenido lugar: la cara de la mujer desintegrándose por el disparo, Stu cayendo al suelo, el instante de horror al estar segura de que había muerto, un hombre gritando «¡Siiii, *sorras!*!» y luego imitando a Roger Rabbit al alcanzarle un disparo de Harold, estrépito del arma del barbudo, el visceral grito de victoria de Susan Stern en pie junto al cuerpo derribado de su enemigo.

Glenn caminaba junto a ella, con expresión turbada. Su pelo gris se agitaba alborotado. Le cogió la mano y le dio palmaditas.

—No debes permitir que esto te afecte —le dijo—. Horrores como ése suelen ocurrir. La mejor protección está en el número. Ya sabes, en la sociedad. La sociedad es la dovola del arco que llamamos civilización y el único antídoto real para el bandolerismo. Debes tomarlo con tranquilidad. Ha sido un hecho aislado. Piensa en ellos como enanos. ¡Eso! Enanos, engendros, monstruos de una especie genérica. Lo acepto. Afirmando que es una verdad evidente por sí sola, podría decirse que una ética socioconstitucional. ¡Ja! ¡Ja!

Su risa era en parte lamento. Fran contestaba a cada una de sus frases elípticas con un «Sí, Glen». Pero él parecía no oírla. Glen olía ligeramente a vómito. Las mariposas revoloteaban alrededor de ellos y luego se alejaban para cumplir con sus encargos de mariposas. Casi habían llegado a la granja. La escaramuza había durado menos de un minuto, pero Fran sospechaba que en su cabeza iba a proseguir por mucho tiempo. Glen continuaba dándole palmaditas en la mano. Deseó decirle que la dejara en paz, pero temía que Glen se echara a llorar. Todavía podía soportarlas. Lo que no estaba segura de soportar era a Glen Bateman sollozando.

Stu caminaba con Harold a un lado y al otro la joven rubia Dayna Jurgens. Susan Stern y Patty Kroger flanqueaban a la mujer catatónica que habían recogido en Archbold. Shirley Hammet, la mujer que se salvó por un pelo del disparo casi a quemarropa que le hizo el hombre que imitó a Roger Rabbit antes de morir, iba a la izquierda, algo retrasada, farfullando e intentando de vez en cuando cazar una mariposa. El grupo caminaba despacio, pero Shirley Hammet lo hacía con mayor lentitud. El desaliñado pelo gris le caía por la cara, y sus ojos confusos atisbaban el mundo como dos asustados ratones desde un refugio provisional.

Harold miró a Stu inquieto.

—Hemos acabado con ellos, ¿verdad, Stu? Los dejamos secos.

—Supongo que así es, Harold.

—*Teníamos* que hacerlo —dijo con seriedad Harold, como si Stu hubiera sugerido que podían haber hecho otra cosa—. ¡Era ellos o nosotros!

—Os hubieran volado la cabeza —dijo Dayna Jurgens con voz serena—. Yo iba con dos chicos cuando tropezamos con ellos. Mataron a Rich y Damon en una emboscada. Y después los remataron con un tiro en la cabeza para asegurarse. Claro que teníais que hacerlo. Según el cálculo de probabilidades sois vosotros los que tendríais que estar muertos.

—¡Dices que, según el cálculo de probabilidades, tendríamos que estar muertos! —repitió Harold, escandalizado.

—Poco importa ya —respondió Stu—. No te lo tomes al pie de la letra.

—¡Claro! ¡Sudor negativo! —exclamó Harold.

Rebuscó nervioso en su mochila y sacó una barra de chocolate Payday. Casi la dejó caer mientras le quitaba la envoltura. Maldijo y luego empezó a devorarla, sujetándola con ambas manos.

Habían llegado a la granja. Mientras comía su chocolate, Harold no podía evitar palparse de manera furtiva, para asegurarse de que no le habían herido. Sentía miedo de mirarse los pantalones. Estaba seguro de haberse orinado cuando la refriega alcanzó su punto culminante.

Dayna y Susan fueron las que más hablaron durante un perturbado desayuno-almuerzo, en el que todos picaron pero en el que nadie comió demasiado. Patty Kroger, que tenía diecisiete años y era realmente preciosa, intervenía de vez en cuando. La mujer sin nombre se agazapó

en un rincón de la polvorienta cocina de la granja. Shirley Hammet se encontraba sentada a una mesa, comiendo galletas rancias y farfullando.

Dayna había abandonado Xenia en compañía de Richard Darliss y Damon Bracknell. En Xenia sobrevivieron a la supergripe sólo tres personas: un hombre muy viejo, una mujer y una niña pequeña. Cuando Dayna y sus amigos les dijeron que se unieran a ellos, rehusaron diciendo que tenían algo que hacer «en el desierto».

Hacia el 8 de julio, Dayna, Richard y Damon empezaron a tener pesadillas sobre un hombre funesto. Eran pesadillas horribles. Rich se empeñó en que ese hombre funesto era real, afirmó Dayna, y que vivía en California. Creía que ese hombre, si en realidad se trataba de un hombre, era el motivo por el que aquellas personas que habían encontrado tenían que ir al desierto. Tanto ella como Duncan empezaron a temer por la cordura de Rich. Al hombre de la pesadilla le llamaba «el perverso» y aseguraba que estaba reuniendo un *ejército* de perversos. Decía que ese ejército pronto barrería el Oeste y esclavizaría a todo ser viviente. Primero en América y luego en el resto del mundo. Dayna y Damon habían empezado a discutir en privado la posibilidad de poner tierra por medio alguna noche, con Rich, y también a pensar que sus propias pesadillas fueran el resultado de las intensas imaginaciones de Rich Darliss.

En Williamstown, al llegar a una curva de la carretera descubrieron un camión de basuras volcado en medio de la calzada. Aparcados cerca había también una camioneta y una grúa.

—Pensábamos que se trataba sólo de otro accidente —dijo Dayna, desmigando nerviosa una galleta—, que era lo lógico que pensáramos.

Bajaron de sus bicicletas para hacerlas pasar alrededor del camión de basura, y entonces fue cuando los cuatro perversos, por utilizar la expresión de Rich, abrieron fuego desde la zanja. Asesinaron a Rich y a Damon e hicieron prisionera a Dayna. Era la cuarta incorporación a lo que ellos llamaban unas veces «el zoo» y otras «el harén». Uno de los otros había estado recriminando cosas a Shirley Hammet, que por entonces casi era normal, a pesar de haber sido repetidamente violada, sodomizada y obligada a practicar felaciones al mismo tiempo.

—Y en una ocasión —les aseguró Dayna—, cuando ya no pudo soportar que otro de ellos se la llevara entre los arbustos, Ronnie le limpió el trasero con un alambre de espino. Estuvo sangrando por el recto durante tres días.

—¡Santo cielo! —exclamó Stu—. ¿Cuál de ellos fue?

—El de la escopeta —respondió Susan Stern—. Al que yo rompí la crisma. Quisiera que estuviera aquí, caído en el suelo, para volver a hacerlo.

Al hombre de la barba pajiza y las gafas oscuras sólo le conocían por Doc. Él y Virge habían formado parte de un destacamento del ejército enviado a Akron al desencadenarse la epidemia. Su tarea consistía en «relaciones con los medios de comunicación», un eufemismo del ejército por «supresión de los medios de comunicación». Una vez bien encauzado el trabajo, se dedicaron al «mantenimiento del orden público», otro eufemismo que significaba disparar a los saqueadores que huían y colgar a los que se entregaban. Doc les había dicho que, para el 27 de junio, la cadena de mando tenía más agujeros que eslabones. La mayoría de sus propios hombres se encontraba enferma, aunque para entonces poco importaba que no pudiesen patrullar, ya que los ciudadanos de Akron estaban demasiado débiles para atracar bancos o joyerías.

El 30 de junio, la unidad había desaparecido. Sus miembros se encontraban muertos, moribundos o desperdigados por todas partes, Doc y Virge eran, de hecho, los únicos desperdigados. Y entonces fue cuando empezaron su nueva vida de cuidadores de zoo. Garvey se les había unido el 1 de julio, y Ronnie el día 3. Llegados a ese punto cerraron su pequeño y peculiar club a nuevos asociados.

—Pero, al cabo de un tiempo, vosotras los superasteis en número —objetó Glen.

Sin que nadie lo esperase, fue Shirley Hammet quien contestó.

—Píldoras —dijo mirándolos con sus ojos temerosos—. Píldoras cada mañana al levantarse, píldoras cada noche al acostarse. Arriba y abajo, arriba y abajo. —Sus últimas palabras apenas fueron audibles. Hizo una pausa y luego empezó a farfullar de nuevo.

Susan Stern retomó el hilo de la historia. A ella y a Rachel Carmody, una de las mujeres muertas, las habían capturado el 17 de julio en las afueras de Columbus. Para entonces el grupo viajaba en una caravana formada por las dos camionetas y la grúa. Los hombres utilizaban esta última para despejar el camino de vehículos volcados o para bloquear la carretera, según las circunstancias. Doc llevaba la farmacia sujeta a su cinturón en un grueso bolso. Fuertes somníferos para dormir, tranquilizantes para el viaje, sedantes para el descanso.

—Hacían levantarme por la mañana, me violaban dos o tres veces y luego tenía que esperar a que Doc me diera las píldoras —dijo Susan—. Al tercer día tenía irritada la vagina, y follar era en extremo doloroso. Solía confiar en que fuera Ronnie, porque todo lo que él quería era una mamada. Pero después de las píldoras te quedabas completamente tranquila. No somnolienta, sino tranquila. Las cosas parecían carecer de importancia una vez tomadas esas píldoras azules. Todo cuanto deseabas era sentarte con las manos cruzadas sobre el regazo y ver desfilar el paisaje, o ver cómo ellos quitaban algo del camino con la grúa. Un día, Garvey se volvió loco porque aquella muchacha, no tendría más de doce años, no quería hacerlo... Bueno, no voy a describírtelo. Fue horrendo. Y Garvey le voló la cabeza. Ni siquiera me importó, hasta tal punto estaba tranquila. Al cabo de un tiempo, casi dejabas de pensar en escaparte. Lo que ansiabas eran aquellas píldoras azules.

Dayna y Patty Kroger asentían con la cabeza.

Pero parecieron darse cuenta de que ocho mujeres era el límite conveniente, dijo Patty. El 22 de julio la capturaron a ella, después de asesinar al hombre de unos cincuenta años con el que viajaba, y mataron a una anciana que había formado parte del zoo durante una semana. Cuando, cerca de Archbold, capturaron a la joven sin nombre que se sentaba en el rincón, dispararon contra una adolescente estrábica de dieciséis años y la abandonaron en la zanja.

—Doc solía bromear sobre todo ello —dijo Patty—. Yo no paso por debajo de escaleras, decía, no cruzo por delante de gatos negros y tampoco voy a permitir que viajen conmigo trece personas.

El 29 avistaron por primera vez a Stu y los demás. El zoo había acampado en una zona de picnic, junto a la línea divisoria, cuando pasaron los cuatro.

—A Garvey lo atrajiste tú —dijo Susan señalando con la cabeza a Frannie.

Ésta se estremeció.

Dayna se acercó a ella y habló en voz queda.

—Y habían dejado muy claro el lugar que ocuparías.

Señaló con un gesto casi imperceptible a Shirley Hammet, que seguía farfullando y comiendo galletas.

—Pobre mujer —dijo Frannie.

—Fue Dayna la que nos convenció de que vosotros erais nuestra gran oportunidad —dijo Patty—. O acaso la última. Había tres hombres en vuestro grupo... Tanto ella como Helen Roget lo habían comprobado. Tres hombres *armados*. Y Doc confiaba demasiado en la caravana volcada en la carretera, Doc se presentaba como alguien con un cargo oficial, y los hombres con que nos encontrábamos, cuando *había* hombres, caían en la trampa. Y entonces disparaban contra ellos. Estaba dando excelentes resultados.

—Dayna nos pidió que intentáramos no tragar las píldoras esa mañana —prosiguió Susan—. Sabíamos que esa mañana estarían ocupados en llevar aquella gran caravana a la carretera y volcarla. No se lo dijimos a todas. Las únicas en saberlo éramos Dayna, Patty y Helen Roget... una de las jóvenes contra las que disparó Ronnie. Y yo, naturalmente. Helen dijo: «Si nos pescan intentando escupir las píldoras, nos matarán». Dayna respondió que, tarde o temprano, lo harían, y temprano si teníamos suerte. Sabíamos que era verdad. De manera que lo hicimos.

—Hube de retener la mía en la boca un rato —explicó Patty—. Empezaba a disolverse cuando tuve la oportunidad de escupirla —miró a Dayna—. Me parece que Helen tuvo que tragarse la suya. Creo que por eso fue tan lenta.

Dayna asintió. Miraba a Stu con una simpatía que inquietó a Frannie.

—Aun así, se hubieran salido con la suya si no os hubierais dado cuenta a tiempo, muchacho.

—Parece que no me di cuenta lo bastante pronto —dijo Stu—. La próxima vez lo haré. —Se puso en pie, se acercó a la ventana y miró hacia fuera—. Eso es lo que me asusta en parte. Lo listos que todos nos estamos volviendo.

A Fran le gustaba aún menos la manera cariñosa en que Dayna le miraba a él. No tenía derecho a mostrarse cariñosa después de lo que había pasado. Y a pesar de todo, es más bonita que yo, se dijo Fran. Además, dudo mucho que esté encinta.

—Éste es un mundo de listos, muchacho —corroboró Dayna—. Espabílate o muere.

Stu se volvió hacia ella, viéndola en realidad por primera vez, y Fran sintió una punzada de celos. He esperado demasiado tiempo, se dijo. Dios mío, lo hice. Dejé escapar mi oportunidad.

En ese momento su mirada tropezó con Harold y vio que sonreía solapadamente, con una mano en la boca para disimular. Parecía una sonrisa de alivio. De repente, Fran hubiera querido ponerse en pie, acercarse a Harold y sacarle los ojos con sus uñas.

¡Jamás, Harold!, le gritaría. ¡Jamás!
¿Jamás?

*Del diario de Fran Goldsmith
19 de julio de 1990*

¡Oh, Dios! Ha ocurrido lo peor. En los libros al menos ocurre y termina. Algo cambia. Pero en la vida real todo continúa, como en esos culebrones a los que nunca se les ve el fin. Tal vez debería actuar para poner las cosas en claro, pero temo que algo pueda ocurrir entre ellos y. Ya sé que no se puede terminar una frase con «y», pero tengo miedo de escribir lo que podría venir a continuación.

Deja que te lo cuente todo, querido diario, aun cuando me resulte penoso escribirlo e incluso pensar en ello.

Al atardecer, Glen y Stu se fueron al pueblo, que esta noche resulta ser Girard (Ohio), en busca de algo de comida, sobre todo concentrados y artículos congelados o deshidratados. Son fáciles de transportar y algunos de los concentrados son realmente sabrosos. Pero a mí toda la comida congelada y deshidratada me sabe a excremento seco de pavo. ¿Y cuándo has probado tú los excrementos secos de pavo para poder comparar? Poco importa, diario, hay cosas que no se dirán nunca, ja ja.

Nos preguntaron a Harold y a mí si queríamos acompañarles; pero yo dije que tenía más que suficiente de moto por un día. Harold también se excusó alegando que tenía que recoger agua y hervirla. Probablemente estaría ya maquinando sus planes. Siento describirlo como una persona intrigante pero la verdad es que es así.

[Nota: estamos asqueados del agua hervida que es de lo más insípida y carece totalmente de oxígeno, pero tanto Mark como Glen dicen que las fábricas y demás no han estado paradas lo suficiente para que los arroyos y ríos se pudieran purificar por sí solos, en especial en el noreste industrial, al que llaman el Cinturón Herrumbroso, así que para mayor seguridad lo hervimos todo. Seguimos esperando encontrar, tarde o temprano, grandes existencias de agua mineral embotellada, y ya deberíamos haberlas encontrado, según Harold. Pero parecen haber desaparecido de forma misteriosa. Stu supone que mucha gente debió de creer que lo que les ponía enfermos era el agua del grifo y decidieron consumir agua mineral antes de morir].

Bien, Mark y Perion se habían ido a alguna parte, según ellos en busca de moras silvestres, aunque probablemente para hacer otra cosa. Se muestran muy discretos al respecto. Por mi parte, recogí leña para el fuego y luego lo encendí para la marmita de agua de Harold. Y pronto llegó con ella. Era evidente que había estado en el arroyo y se había bañado y lavado el pelo. Puso el agua a calentar sobre el fuego. Luego, se acercó y se sentó a mi lado en un tronco.

Estábamos hablando de esto y aquello, cuando de repente me abrazó e intentó besarme. Digo que intentó pero en realidad lo logró, porque me cogió por sorpresa. Finalmente logré escabullirme. Pensándolo bien, resultó más bien cómico aun cuando todavía estoy enfadada, pues caímos de espaldas al otro lado del tronco. Mi blusa se desgarró y con ella un buen trozo de mi piel. Di un grito y por aquello de que la historia se repite: la situación se asemejaba demasiado a aquella vez en el rompeolas con Jess, cuando me mordí la lengua... Realmente demasiado para mi tranquilidad.

En un segundo, Harold hincó una rodilla junto a mí preguntándome si me encontraba bien, ruborizado hasta la raíz del cabello. Harold trata a veces de mostrarse frío y sofisticado, siempre me recuerda a un joven escritor desalentado en busca de algún café de intelectuales donde pasar el día charlando sobre Sartre y bebiendo mejunjes baratos. Pero en el fondo, bien disimulado, es un adolescente con una serie de fantasías infantiles. O al menos eso me parece. En su mayor parte fantasías cinematográficas. Tyrone Power en *Captain from Castile*, Humphrey Bogart en *La senda tenebrosa*, Steve McQueen en *Bullit*. En situaciones de tensión es esa parte suya la que se revela, tal vez por haber sido un niño reprimido. No lo sé. De cualquier manera, cuando intenta emular a Bogart, sólo consigue asemejarse al personaje de Woody Allen en *Sueños de seductor*.

Así que, cuando se arrodilló junto a mí y me dijo: «¿Te encuentras bien, pequeña?», me eché a reír. ¡Y decimos que la historia se repite! Pero lo que me hizo reír era algo más que lo cómico de la situación. Si sólo hubiera sido eso, habría podido calmarme. Era una risa

histórica provocada por las pesadillas, la preocupación por el bebé, mis sentimientos hacia Stu, el viajar día tras día, los dolores, la pérdida de mis padres...

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Harold poniéndose en pie.

Supongo que debí de haberle soltado una reprimenda con voz severa, pero para entonces había dejado de pensar en Harold y sólo veía la imagen del Pato Donald anadeando a través de las ruinas de la civilización occidental, parpadeando furioso: *¿Qué es tan divertido, ja? ¿Qué es tan divertido? ¿Qué es tan jodidamente divertido?* Me lleve las manos a la cara sin dejar de reír, llorar, reír, llorar, reír, hasta que Harold debió de pensar que me había vuelto completamente loca.

Al cabo de un rato logré calmarme, me limpié las lágrimas y estuve a punto de pedir a Harold que me mirara la espalda para ver lo que me había hecho. Pero lo pensé mejor, ya que tal vez lo tomara como una sugerencia.

—Me resulta muy difícil decir esto, Fran —empezó Harold.

—Entonces lo mejor será que no lo digas.

—Tengo que hacerlo.

Entonces comprendí que no aceptaría un no por respuesta a menos que se lo dijera a gritos.

—Te amo, Frannie —me espetó.

Supongo que siempre supe que iba a ser así. Habría resultado más fácil si sólo hubiera querido acostarse conmigo. El amor es más peligroso que sólo follar, y yo me encontraba en una situación difícil. ¿Cómo decirle no a Harold? Supongo que sólo hay una manera, se lo digas a quien se lo digas.

—Pues yo no, Harold —contesté.

El rostro se le desencajó.

—Es por él, ¿verdad? —dijo, y su cara se contrajo con una expresión malévola—. Es por Stu Redman, ¿no?

—No lo sé —dije. Tengo un genio que no siempre consigo dominar, creo que me viene por parte de madre. Pero en lo que se refiere a Harold siempre lo he mantenido a raya. Sin embargo en ese momento sentía tensarse el arco.

—Lo sé. —Su voz sonó estridente y autocompasiva—. Lo sé muy bien. Lo supe el día que lo encontramos. No quería que viniera con nosotros porque *lo sabía*. Y él dijo...

—¿Qué dijo?

—¡Que no quería! ¡Que podías ser mía!

—Igual que si te regalara un par de zapatos, ¿eh, Harold?

No contestó, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos. Me esforcé por recordar aquel día en Fabyan. La reacción inmediata de Harold frente a Stu había sido la de un perro cuando, un perro extraño entra en su patio. Casi podía ver el vello erizado en su nuca. Me pareció que Stu dijo aquello para hacernos abandonar el mundo de los perros y reinsertarnos en el de las personas. Y en realidad, ¿no es de lo que se trata? Me refiero a esta condenada discusión en que nos encontramos. Si no lo es, ¿para qué nos molestamos en intentar ser honestos?

—Yo no soy propiedad de nadie, Harold.

Masculló algo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Digo que tal vez tengas que cambiar de idea.

Me vino a los labios una réplica cortante, pero me contuve. Harold tenía una expresión serena.

—Conozco a los tipos como él —dijo—. Más vale que me creas, Frannie. Es uno de esos aleros del equipo de *rugby* que en clase se limita a permanecer sentado, disparando bolas de papel o flechas a sus compañeros, porque sabe que en cualquier caso el profesor le aprobará, aunque sea con la nota mínima, para que pueda seguir jugando. Uno de esos que salen con la animadora más bonita y se creen semidioses. Los que se burlan cuando el profesor de inglés te pide que leas tu composición porque es la mejor de la clase... Sí, conozco bien a esos jodidos tipejos. Buena suerte, Fran.

Dicho lo cual dio media vuelta y se alejó. Estoy segura de que no era la retirada pomposa y arrogante que pretendía hacer. Era como si yo le hubiera destruido su sueño secreto. El sueño de que las cosas habían cambiado, mientras en la realidad todo seguía igual. La verdad es que lo sentí muchísimo por él, ya que cuando se alejó no estaba simulando un abatido cinismo, sino que sentía cinismo auténtico, en modo alguno abatido, sino cortante y agresivo como la hoja de una navaja. Se sentía humillado. Pero lo que Harold jamás llegará a comprender es

que primero ha de cambiar *su* mentalidad. Tiene que darse cuenta de que el mundo seguirá siendo el mismo mientras *él* lo siga siendo. Atesora resentimiento con la misma avidez con que los piratas atesoran botines.

Bien. Ahora ya todo el mundo está de regreso, se ha cenado, se ha fumado, se ha repartido el Veronal. A mi comprimido lo llevo en el bolsillo en lugar de en el estómago. Todos nos disponemos a descansar. Harold y yo hemos tenido una penosa confrontación que me ha dejado con la sensación de que nada ha quedado resuelto, y que ahora nos vigila a Stu y a mí para ver qué ocurre. Me fastidia, y me siento furiosa de tener que escribir esto. ¿Qué derecho tiene a vigilarnos? ¿Qué derecho tiene a hacer más complicada la espantosa situación en que nos encontramos?

Cosas para el recuerdo: Lo lamento, diario. Debe ser por mi estado de ánimo, pero no consigo recordar nada interesante.

Frannie se acercó a Stu, que se encontraba sentado sobre una roca fumando un cigarro. Había hecho un pequeño círculo en la tierra con el tacón de la bota y lo utilizaba como cenicero. Se hallaba de cara al sol poniente. Las nubes se habían abierto para dejar que el disco rojo asomara entre ellas. Parecía haber pasado una eternidad, aunque sólo había sido el día anterior, desde el enfrentamiento a balazos. Habían sacado de la zanja una camioneta y ahora, junto con las motos, formaban toda una caravana que se dirigía hacia el oeste.

El aroma del cigarro hizo que Frannie recordara a su padre con su pipa. Y con el recuerdo le volvió la pena mezclada de nostalgia. Estoy empezando a superar tu pérdida, papá. No creo que te importe, ¿verdad?

Stu levantó la vista.

—Frannie —exclamó complacido—. ¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

—Bien.

—¿Quieres compartir mi roca y ver ocultarse el sol?

Fran se apresuró a hacerlo, mientras el corazón le latía con fuerza. Después de todo, había ido allí por ese motivo. Sabía que camino había seguido Stu al abandonar el campamento, y también que Harold y Glen, con dos de las jóvenes, habían ido a Brighton en busca de una radio CB. Para variar, fue idea de Glen y no de Harold. Patty Kroger había vuelto al campamento para cuidar de sus dos pacientes aquejadas de fatiga. Shirley Hammet mostraba síntomas de salir de su estado catatónico, pero aquella mañana los había despertado a todos chillando en sueños y agitando las manos como si intentase impedir algo. La otra mujer, la sin nombre, parecía seguir el camino opuesto: permanecía sentada, comía si se lo daban, hacía sus necesidades. No contestaba a preguntas. Sólo recuperaba su vitalidad durante el sueño e incluso con dosis altas de Veronal se quejaba con frecuencia y en ocasiones chillaba. Frannie creía conocer los sueños de aquella pobre mujer.

—Aún nos queda un largo camino por recorrer, ¿verdad? —dijo ella.

Stu dejó pasar un momento antes de contestar.

—Está más lejos de lo que pensábamos. Esa anciana ya no se encuentra en Nebraska.

—Sé que... —empezó a decir, pero se mordió la lengua.

Él la miró con una leve sonrisa.

—No has estado cumpliendo con la medicación.

—Me has pillado —dijo con una sonrisa.

—No somos los únicos —le aseguró Stu—. Esta tarde he hablado con Dayna y dijo que ni ella ni Susan querían tomarlas.

Fran volvió a sentir el alfilerazo de los celos al escuchar la familiaridad con que pronunciaba el nombre.

—¿Por qué dejaste de tomarla tú? —preguntó—. ¿Acaso te drogaron en... aquel lugar?

Él sacudió las cenizas en el cenicero ingeniado en la tierra.

—Sedantes suaves por la noche, eso era todo. No necesitaban drogarme. Estaba a buen recaudo. No; dejé de tomarlas hace tres noches porque tenía la sensación de que... perdía contacto. —Reflexionó para luego añadir—: Fue una idea genial que Glen y Harold fueran a buscar esa radio CB. Sirve precisamente para ponerse en contacto. Aquel amigo mío de Arnette, Tony Leominster, llevaba una en su Scout. Un trasto estupendo. Puedes hablar con la gente o pedir ayuda si te encuentras en un aprieto. Esos sueños son casi como tener una CB en la cabeza, sólo que la transmisión parece haberse cortado.

—Tal vez *estemos* transmitiendo —sugirió Fran.

Stu la miró desconcertado.

Permanecieron un rato en silencio. El sol aparecía entre las nubes, como queriendo despedirse antes de hundirse en el horizonte. Fran comprendía muy bien la adoración que los pueblos primitivos sentían por el astro rey. Mientras que en ella iba acumulándose día a día la inquietante quietud de un país casi vacío, el sol, y también la luna, le parecían cada vez más grandes e importantes. Más cercanos a ella. Aquellas esferas luminosas que recorrían el ciclo se asemejaban cada día más a como las veía de pequeña.

—En definitiva he dejado de tomarlas —declaró Stu—. Anoche soñé de nuevo con el hombre oscuro. Fue terrible. Se está instalando en alguna parte del desierto. Creo que en Las Vegas... Y creo que está crucificando a las personas que le crean dificultades.

—¿Que está haciendo *qué*?

—Eso es lo que soñé. Hileras de cruces a lo largo de la carretera 15, construidas con tablones de cercas y postes de teléfono. Gente colgando de ellas.

—No es más que un sueño —dijo ella, inquieta.

—Quizá. —Siguió fumando y dirigió la mirada a las nubes teñidas de rojo—. Pero las dos noches anteriores, justo antes de nuestro encuentro con esos maníacos que retenían a las mujeres, soñé con ella, con la mujer que se llama a sí misma madre Abigail. Estaba sentada en la cabina de un viejo camión aparcado en el arcén de la carretera 76. Yo me hallaba de pie, con el codo apoyado en la ventanilla, hablando con ella con la misma naturalidad con que lo estoy haciendo contigo. Y ella dijo: «Tienes que hacerles avanzar más deprisa, Stuart. Si una vieja dama como yo puede hacerlo, tanto más un tipo grande y fuerte de Texas como tú». —Rió, tiró el pitillo y lo aplastó con el tacón. Con aire ausente, pasó el brazo por los hombros de Frannie.

—Van a ir a Colorado —dijo ella.

—Sí. Creo que allí es adónde van.

—¿Han... han soñado con ella Dayna o Susan?

—Las dos. Y anoche Susan soñó con las cruces. Igual que yo.

—Ahora ya hay bastante gente con esa anciana.

Stu asintió.

—Veinte. Tal vez más. Verás, casi todos los días nos cruzamos con personas. Se esconden y esperan a que pasemos. Nos tienen miedo. Pero ella... supongo que a ella sí acudirán. A su debido tiempo.

—O tal vez al otro —dijo Frannie.

Stu asintió.

—Sí, o tal vez a él. ¿Por qué dejaste de tomar el Veronal, Fran?

Ella suspiró preguntándose si debería decírselo. Quería hacerlo pero temía su reacción.

—Nunca se sabe lo que una mujer hará —dijo por último.

—Ya —asintió él—. Pero quizá haya maneras de averiguar lo que piensa.

—¿Qué...? —repuso ella.

Pero Stu le cubrió la boca con un beso.

Permanecieron tumbados en la hierba hasta las últimas luces del crepúsculo. Mientras hacían el amor, el deslumbrante rojo había dado paso a un púrpura más frío, y ahora Frannie podía ver las estrellas brillando entre las últimas nubes. Al día siguiente haría buen tiempo para viajar. Con suerte, podrían hacer la mayor parte del camino a través de Indiana.

Stu espantó un mosquito que revoloteaba sobre su pecho. Su camisa colgaba en un arbusto cercano. Fran tenía la blusa puesta aunque desabrochada. Sus senos tensaban el tejido y se dijo: Estoy engordando, no demasiado, pero se nota... al menos lo noto yo.

—Hace mucho tiempo que te deseaba —dijo Stu sin mirarla.

—Y yo quería evitar problemas con Harold. Y hay algo más que...

—Harold tiene una extraña manera de ser —comentó él—; pero posee cualidades capaces de convertirlo en todo un hombre si madura. Te cae simpático, ¿no?

—Ésa no es la palabra exacta. No hay palabras para explicar lo que siento por Harold.

—¿Y qué sientes por mí? —preguntó Stu.

Lo miró y se dio cuenta de que no podía decir que lo amaba, no podía decirlo así, de pronto, a pesar de que ansiaba hacerlo.

—De acuerdo —dijo él como si ella le hubiera contradicho—. Sólo quiero dejar las cosas claras. Supongo que preferirás que Harold no sepa por el momento lo nuestro. ¿Correcto?

—Sí —asintió ella, agradecida.

—Más vale así. Si lo dejamos como está se solucionará de forma natural. He visto cómo mira a Patty. Es más o menos de su edad.

—No sé...

—Crees tener una deuda de gratitud con él, ¿verdad?

—Supongo que sí. Fuimos los únicos supervivientes de Ogunquit y...

—Fue el azar. Sólo eso, Frannie. No vas a permitir que alguien te retenga y ponga un cabezal por algo que fue puro azar.

—Creo que tienes razón.

—Y yo creo que te quiero —declaró él—. No me resulta fácil decirlo.

—También yo creo que te quiero. Pero hay algo más...

—Lo sabía.

—Me preguntas por qué dejé de tomar las píldoras... —Empezó a abrocharse la blusa, sin atreverse a mirarlo; tenía los labios resecos—. Temí que pudieran perjudicar al bebé —musitó.

—Al be... —La cogió con fuerza y la obligó a mirarlo—. ¿Estás encinta?

Ella asintió.

—¿Y no se lo has dicho a nadie?

—No.

—¿Y a Harold? ¿Lo sabe Harold?

—No. Sólo tú.

—Dios todopoderoso —exclamó él, escrutando su rostro con atención.

Ella había imaginado dos reacciones: que la dejara de inmediato, como sin duda habría hecho Jess de haber descubierto que estaba embarazada de otro hombre, y que la abrazara diciéndole que no se preocupase, que él se ocuparía de todo. Pero no había esperado que la estudiase de aquel modo. Le hizo recordar la noche en que se lo dijo a su padre en el jardín. Su actitud había sido muy parecida a la de Stu. Habría preferido decir a Stu cuál era su situación antes de haber hecho el amor. Tal vez entonces no lo hubieran hecho, pero al menos él no habría tenido la sensación de que ella se había aprovechado, de que ella era... mercancía usada. ¿Era eso lo que Stu estaba pensando?

—¿Stu? —musitó.

—No se lo has dicho a nadie —repitió él.

—No sabía cómo hacerlo. —Se hallaba a punto de echarse a llorar.

—¿Para cuándo lo esperas?

—Para enero. —Rompió a llorar al fin.

Él la abrazó y, sin pronunciar palabra, le hizo saber que todo estaba bien. No le dijo que no se preocupara ni que él se ocuparía de todo, pero le hizo otra vez el amor.

Fran nunca se había sentido tan feliz.

Ninguno de los dos vio a Harold oculto entre los matorrales, observándolos en silencio. Ninguno supo que sus ojos se convirtieron en pequeños triángulos letales cuando, al final, ella gimió de placer al alcanzar un maravilloso orgasmo.

Cuando terminaron, había oscurecido del todo.

Harold se alejó sigiloso.

Del diario de Fran Goldsmith
1 de agosto 1990

Anoche no hubo anotación. Demasiado excitada, demasiado feliz. Stu y yo estamos juntos. Está de acuerdo en que mantenga en secreto lo más posible lo de mi Llanero Solitario. A ser posible hasta que estemos instalados. Para mí está bien que sea Colorado. Tal como me siento hoy, igual me daría en las montañas de la luna. ¿Que parezco una colegiala deslumbrada? Bueno, si una dama no puede parecer una colegiala deslumbrada en su diario, ¿dónde podría parecerlo?

Pero todavía he de decir algo más antes de dar por cerrado el tema Llanero Solitario. Tiene que ver con mi instinto maternal. ¿Acaso existe eso? Yo creo que sí. Debe de ser cuestión de hormonas. Hace semanas que no me siento yo misma; pero me resulta muy difícil aislar los cambios resultantes de mi embarazo de los causados por el terrible desastre que ha caído sobre el mundo. ¿Existe un sentimiento de autoprotección? Bueno, no es la palabra exacta, pero es la que más se aproxima al sentimiento de que te has acercado un poco más al centro del universo y tienes que proteger tu nueva posición. Ése es el motivo de que el Veronal parezca un riesgo mayor que las pesadillas, aun cuando mi raciocinio me haga ver que el Veronal no puede perjudicar al bebé, al menos no a los bajos niveles que lo estamos consumiendo. Y supongo que ese sentimiento de autoprotección forma parte también del

amor que siento por Stu Redman. Tengo la sensación de que estoy amando, como también comiendo, por dos.

He de ser razonable. Necesito dormir, cualesquiera sean las pesadillas que deba afrontar. Nuestro viaje a través de Indiana no ha sido tan rápido como esperábamos. Nos retrasó un horrible amontonamiento de vehículos cerca de Elkhart. Muchos de ellos eran del ejército. Había soldados muertos. Glen, Susan Stern, Dayna y Stu cogieron todas las armas que encontraron: alrededor de veinte rifles, varias granadas y, sí, querido diario, un lanzacohetes. Mientras escribo, Harold y Stu intentan descubrir cómo se maneja. Han reunido diecisiete o dieciocho cohetes. Quiera Dios que no sean ellos los que vuelen.

Y hablando de Harold, he de decirte, querido diario, que no sospecha nada. Parece una frase sacada de una vieja película de Bette Davis, ¿verdad? Supongo que cuando alcancemos al grupo de madre Abigail habrá que decírselo. Pase lo que pase, no sería justo seguir ocultándoselo. Pero hoy estuvo más ingenioso y alegre de lo que nunca le había visto. Reía a mandíbula batiente. Sugirió que Stu le ayudara con ese peligroso lanzacohetes y...

Pero ya vuelven. Terminaré luego.

Frannie durmió profundamente y sin pesadillas. A todos les pasó igual, excepto a Harold Lauder. Poco después de la medianoche se levantó, y se dirigió silencioso hasta donde dormía Frannie. Se quedó contemplándola. Ya no sonreía, a pesar de haberlo hecho durante el día entero. A veces había tenido la sensación de que la sonrisa iba a hacerle estallar la cara, arrojando fuera su cerebro, que era un torbellino. Tal vez hubiera sido un alivio.

Permaneció en pie observándola y oyendo el chirrido de los grillos. Estamos en plena canícula, se dijo. Según la enciclopedia Webster, la canícula iba desde el 25 de julio al 28 de agosto. Llamada así porque se suponía que por esas fechas abundaban los perros rabiosos. Miró a Fran, que dormía plácidamente con el suéter como almohada. Tenía su mochila junto a ella.

Se arrodilló y quedó un instante paralizado al crujirle las rodillas en el silencio de la noche, pero nadie se movió. Soltó las hebillas de la mochila, desató los tirantes y metió la mano. Paseó una pequeña linterna lapicero por el contenido de la bolsa. Frannie murmuró algo entre sueños y Harold contuvo el aliento. Encontró lo que buscaba en el fondo, debajo de tres blusas limpias y un mapa de carreteras de bolsillo enrollado. Un cuaderno de notas Spiral. Lo sacó, lo abrió por la primera página y enfocó la linterna a la escritura, apretada pero legible, de Frannie.

«6 de julio de 1990. Tras haber ejercido cierta persuasión, el señor Bateman ha aceptado venir con nosotros...».

Harold cerró el cuaderno y se deslizó de nuevo hasta su saco de dormir, llevándolo consigo. Se sentía como el chiquillo que fue un día, aquel chiquillo con pocos amigos y muchos enemigos. Hasta los tres años había disfrutado de un breve período de encanto infantil, pero a partir de entonces solía ser el hazmerreír, gordo y feo. El chiquillo que despertó escaso interés en sus padres, acostumbrados a Amy desde que esta comenzó su largo camino hacia la meta de su vida, Miss América/Atlantic City; el muchacho que se dedicó a los libros en busca de solaz, el muchacho que evitó siempre ser elegido para el equipo de béisbol y que por la noche se convertía en héroe de leyenda, entre las sábanas, con una linterna enfocada hacia el libro. Ese mismo muchacho se deslizaba ahora en su saco de dormir con el diario de Frannie y la linterna.

Mientras enfocaba la cubierta del Spiral, tuvo un instante de lucidez. Tan sólo por un momento, parte de su mente le gritó «¡Detente, Harold!», y se estremeció de pies a cabeza. Y a punto estuvo de detenerse. Sólo por un momento pareció *posible* no seguir adelante, dejar de nuevo el diario en su sitio, renunciar a Frannie, dejar que siguiera su propio camino antes de que ocurriera algo terrible e irremediable. Por un momento, pareció poder apartar aquella amarga bebida, derramarla de la copa y volver a llenarla con lo que le estuviera destinado en el mundo. «Déjalo, Harold», le suplicaba esa voz lúcida. Pero ya era demasiado tarde.

A los dieciséis años había abandonado a Burroughs, Stevenson y Robert Howard por otras fantasías, las cuales adoraba y aborrecía a un tiempo... Nada de viajes espaciales o piratas, sino mocitas con pijamas de seda transparente, arrodilladas delante de él sobre almohadas de satén, mientras Harold el Grande se recostaba desnudo en su trono dispuesto a castigarlas con látigos de cuero y con bastones con puño de plata. Hubo fantasías duras por las que habían pasado todas las muchachas bonitas del instituto de Ogunquit. Aquellas ensoñaciones siempre acababan con una hinchazón explosiva en sus testículos, con una explosión de fluido

seminal que era más un castigo que un goce. Y luego se dormía con el semen secándosele sobre el vientre.

Y en esos momentos eran aquellas duras fantasías, aquellas viejas heridas lo que acumulaba, semejantes a páginas amarillentas, a viejos amigos cuyo mortal afecto jamás se desvanecía.

Abrió por la primera página, enfocó la linterna y empezó a leer.

Una hora antes de que amaneciera, volvió a colocar el diario en la mochila de Fran y aseguró los tirantes. No se molestó en tomar precauciones especiales. Se dijo con frialdad que, si ella llegaba a despertarse, la mataría y luego huiría. Huir... ¿adonde? Al Oeste. Pero no se detendría en Nebraska, ni siquiera en Colorado. Nada de eso.

Fran no se despertó.

Harold volvió a su saco de dormir. Se masturbó con furia. Cuando se durmió sonó algo extraño: que se estaba muriendo a mitad de camino de un escarpado declive de rocas desprendidas y cantos lunares. Arriba, en las alturas, revoloteaban buitres, esperando darse un banquete con él. No había luna, y tampoco estrellas... Y entonces, en la oscuridad, se abrió un horrendo ojo encarnado. Le aterraba al tiempo que le atraía. El Ojo le hizo señas de que avanzara. Hacia el oeste, donde las sombras todavía seguían acumulándose con su danza de la muerte crepuscular.

Cuando acamparon aquel atardecer, a la caída del sol, se encontraban al oeste de Joliet, Illinois. Todo fue cerveza, charlas y risas. Creían haber dejado atrás la lluvia, en Indiana. A todo el mundo le llamó la atención Harold, que jamás se había mostrado tan alegre y animado.

—¿Sabes lo que te digo, Harold? —le dijo Frannie cuando todos se disponían a retirarse—. No creo haberte visto nunca tan contento. ¿A qué se debe?

Harold le hizo un guiño malicioso.

—A todo puerco le llega su hora, Fran —le contestó.

Ella le devolvió la sonrisa algo desconcertada. Pero pensó que mostrarse enigmático era el estilo de Harold. Poco importaba. Lo importante era que, al parecer, las cosas se estaban arreglando por fin.

Esa misma noche Harold empezó su propio diario.

Tambaleante y abatido, ascendió por una larga cuesta. El sol le hizo hervir el estómago y le coció el cerebro. La señalización entre estados relució, y su reflejo irradió más calor. Él había sido otrora Donald Merwin Elbert, y ahora era para siempre *Trashcan* (Cubo de Basura) y estaba contemplando aquella ciudad fabulosa.

¿Durante cuánto tiempo estuvo viajando hacia el oeste? ¡Sólo Dios podía saberlo! Trashcan no. Habían transcurrido días. Noches. ¡Ah, él recordaba bien las noches!

Se detuvo, tambaleándose en sus harapos, y miró a sus pies la ciudad prometida, la ciudad de los sueños. La muñeca que se había roto al saltar por la barandilla de la escalera hacia el depósito Cheery Oil, no se había curado bien, y era una masa grotesca envuelta en un sucio vendaje. Todos los huesos de los dedos se habían torcido hacia arriba sin motivo aparente, transformando la mano en una garra de Quasimodo. Su brazo izquierdo era otra masa de tejido socarrado desde el codo hasta el hombro, que cicatrizaba muy despacio. Ya no olía mal ni supuraba, pero la nueva carne no tenía vello y era sonrosada como la piel de una muñeca barata. Su rostro gesticulante, enloquecido y barbudo se hallaba quemado por el sol, se pelaba y se cubría de costras, resultado del cabezazo que se dio cuando la parte delantera de su bici se separó del cuadro. Vestía una descolorida camisa azul de trabajo J. C. Penney empapada con manchas crecientes de sudor, y unos mugrientos pantalones de pana. La mochila, nueva no hacía mucho, había adquirido el estilo de su propietario. Trash había anudado una correa rota. Ahora colgaba de su espalda cual una desvencijada persiana. Sus pies iban calzados con Keds, sujetos ya con trozos de cordel, y de ellos surgían sus tobillos, excoriados por la arena y la ausencia de calcetines.

Miró pasmado la ciudad que se extendía allá abajo, muy lejos. Volvió la cara hacia el cielo de un hiriente gris metálico. El sol le bombardeaba con un calor de horno. Soltó un visceral grito de triunfo, similar al lanzado por Susan Stern cuando le partió el cráneo a Roger Rabbit con la culata de su propia escopeta.

Empezó a bailar una danza victoriosa, arrastrando los pies sobre la superficie candente y deslumbrante de la interestatal 15, mientras el viento desértico arremolinaba la arena sobre la autopista y las cumbres azuladas del Pahrana y el Spotted mostraban sus dientes, con indiferencia, al resplandeciente cielo, como hacían desde milenios. Al otro lado de la autopista, un Lincoln Continental y un T-Bird estaban casi enterrados en la arena, y sus ocupantes momificados detrás de los cristales. Más arriba, en el lado de Trashcan, había una furgoneta volcada medio cubierta de arena.

Trash siguió danzando. Sus pies, calzados con los voluminosos y remendados Keds, brincaron frenéticos en una especie de baile de marinero borracho. Los galones desgarrados de su camisa ondearon al viento. La cantimplora chocó contra su mochila. Los extremos deshilachados de su vendaje revolotearon con el candente viento. El tejido sonrosado y quemado relució como carne cruda. Las venas se marcaron en sus sienes. Llevaba una semana friéndose en la sartén de Dios, sin dejar de avanzar hacia el suroeste a través de Utah, la punta de Arizona, y luego adentrándose en Nevada. Tan loco como una cabra.

Mientras bailaba, entonó un canto monótono, repitiendo una vez y otra las mismas palabras, una tonadilla que se había popularizado cuando él estaba en la institución de Terre Haute, una canción titulada *Down to the Nightclub*, compuesta por Tower and Power. Pero las palabras fueron suyas. Y cantó:

—Cí-bo-la, Cí-bo-la, pumba, pumba ¡pum! Cí-bo-la, Cí-bo-la, pumba, pumba ¡pum!

Cada *pum* final era seguido de un pequeño brinco, hasta que el calor lo mareó. El cielo áspero se tornó de un gris crepuscular. Y él se derrumbó en el suelo, medio desvanecido. Su sobrecargado corazón latía descompasado en su árido pecho. Con sus últimas energías, gimoteador y gesticulante, se arrastró hasta la furgoneta volcada y se tendió en su sombra decreciente, temblando y jadeando por el calor.

—¡Cíbola! —graznó—. Pumba, pumba, ¡pum!

Con la mano agarrotada, se descolgó del hombro la cantimplora y la agitó. Estaba casi vacía. No le importó. Bebería hasta la última gota y seguiría tendido allí hasta que el sol se pusiera, y entonces caminaría por la autopista hasta Cíbola, la ciudad fabulosa. Esa noche bebería de las fuentes inagotables revestidas de oro. Pero no antes de que el sol asesino se

pusiera. Dios era el mayor incendiario de todos. Hacía mucho tiempo, un muchacho llamado Donald Merwin Elbert había quemado el cheque de la pensión de la anciana señora Semple. Ese mismo muchacho incendió la iglesia metodista de Powtanville y, si hubiese quedado algo de Donald Mervin Elbert en ese esqueleto, habría sido incinerado con los depósitos de petróleo de Gary, Indiana. Nueve docenas de ellos o más. Todos habían volado por los aires como una exhibición de fuegos artificiales. Y además justo a tiempo para el Cuatro de Julio. Y en la estela de semejante conflagración había quedado sólo Trashcan con el brazo izquierdo como un estofado hirviente, y un fuego dentro de su cuerpo que no iba a apagarse nunca, al menos hasta que su cuerpo quedara reducido a un ennegrecido trozo de carbón.

Y esta noche él bebería el agua de Cíbola, sí, y le sabría a vino.

Empinó la cantimplora. Su garganta tragó hasta la última gota que, caliente como orín, descendió gorgoteando hasta el estómago. Cuando se terminó, arrojó la cantimplora a la arena. El sudor le perló la frente igual que el rocío. Se tendió y sintió estremecimientos deliciosos con los calambres del agua.

—¡Cíbola! —farfulló—. ¡Cíbola! ¡Aquí estoy! ¡Haré lo que quieras! ¡Daré mi vida por ti! ¡Pumba, pumba, pum!

La somnolencia empezó a vencerlo, ahora que había calmado un poco su sed. Cuando se hallaba casi dormido, un pensamiento cruzó por su mente cual una fría hoja de estilete: ¿Qué pasará si Cíbola ha sido un espejismo?

—No —gruñó—. No, no.

Pero la simple negativa no ahuyentó el pensamiento. La hoja tentó y hurgó, manteniendo a raya el sueño. ¿Qué pasaría si él había bebido el resto de agua para celebrar un espejismo? A su estilo, reconoció la locura, y eso era precisamente lo que hacía la gente loca. Si hubiese sido un espejismo, él moriría allí, en el desierto, y los buitres cenarían su cuerpo.

Al fin, incapaz de soportar aquella aborrecible posibilidad, se levantó tambaleante y se dirigió hacia la carretera combatiendo las oleadas de desmayo y náuseas que intentaban abrumarle. En el repecho de la colina, miró ansioso la larga llanura que se extendía allá abajo, salpicada de yucas, plantas rastreras y mantillas del diablo. El aliento se le cortó y luego suspiró.

¡Allí estaba!

Cíbola, fabulosa ciudad antigua buscada por muchos... ¡y encontrada por Trashcan!

Allá abajo, en el desierto, rodeada de montañas azuladas, azul ella misma en las brumas de la distancia, sus torres y avenidas resplandecían. Había palmeras, movimiento y... ¡agua!

—¡Ah, Cíbola! —canturreó mientras regresaba trabajosamente a la sombra de la furgoneta.

Estaba más lejos de lo que parecía, lo reconoció. Por la noche, cuando la antorcha de Dios hubiese abandonado el cielo, él caminaría como jamás lo había hecho. Llegaría a Cíbola y su primer acto sería lanzarse de cabeza a la primera fuente que encontrara. Luego buscaría al hombre que le había inducido a ir allí. Al hombre que le hizo cruzar llanos y montañas y, por último, el desierto, todo en un mes, a pesar de su brazo horriblemente quemado.

El hombre oscuro. Él esperaba a Trashcan en Cíbola, suyos eran los ejércitos de la noche, los pálidos jinetes de la muerte que surgirían por el oeste en la misma cara del sol naciente. Ellos llegarían delirantes y apestando a sudor y pólvora. Habría alaridos, cosa que a Trashcan le gustaba muy poco, habría violación y sojuzgamiento, que le gustaban menos todavía; habría crimen, que era una cuestión insustancial.

Y habría un gran incendio.

Eso sí le importaba mucho. En sus sueños, el hombre oscuro venía a él, extendía los brazos desde un lugar alto y mostraba a Trashcan un país en llamas. Ciudades explotando como bombas. Campos cultivados formando líneas de fuego. Los propios ríos de Chicago y Pittsburgh, Detroit y Birmingham, con una flotante capa de petróleo ardiendo. Y el hombre oscuro le había dicho una cosa muy simple en sus sueños, una cosa que le había hecho correr a su encuentro: «Te daré un puesto importante en mi artillería. Eres el hombre que necesito».

Se colocó de costado, las mejillas y los párpados excoriados e irritados por la arena. Había ido perdiendo toda esperanza... Sí, desde que se cayó la rueda de su bicicleta había comenzado a perder toda esperanza. Al parecer, Dios, el dios de los *sheriffs* matadores de padres, el dios de Carley Yates, era más fuerte que el hombre oscuro. Sin embargo, él había mantenido su fe y había seguido adelante. Y al fin, cuando parecía que iba a abrasarse en aquel desierto antes de alcanzar Cíbola, donde lo esperaba el hombre oscuro, la había visto ante sus propios ojos.

—Cíbola —murmuró.

Y se durmió.

El primer sueño le había asaltado en Gary, hacía un mes más o menos, después de quemarse el brazo. Aquella noche se había echado a dormir con la seguridad de que iba a morir. Nadie podía vivir después de sufrir quemaduras tan graves. Un estribillo se había abierto paso dentro de su cabeza: *Vivir por la antorcha, morir por la antorcha. Vivir por ella, morir por ella.*

Las piernas le flaquearon en el parque de una pequeña ciudad y cayó al suelo con el brazo extendido como una cosa muerta, y toda la manga chamuscada. El dolor era monstruoso. Jamás había pensado que pudiera experimentarse semejante dolor. Había estado corriendo alegremente de un grupo de tanques de petróleo al siguiente, instalando toscos dispositivos de detonación, cada uno compuesto por un tubo de acero y una mezcla inflamable de parafina separada de una pequeña cantidad de ácido por una lengüeta de acero. Los había colocado junto a los tubos de salida en la parte superior de los tanques.

Cuando el ácido corroyese la lengüeta de acero, la parafina se inflamaría y esto provocaría la explosión de los tanques. Había planeado ir a la parte oeste de Gary, cerca de la maraña de carreteras que llevaban a Chicago y Milwaukee, antes de que sobreviniera la explosión, pues quería contemplar el espectáculo cuando aquella cochina ciudad volara por los aires en una tormenta de fuego.

Pero se confió demasiado con el último dispositivo o lo instaló mal, y se activó mientras él intentaba aflojar con una llave inglesa la tuerca de salida. Hubo un fogonazo blanco y cegador cuando la parafina ardiendo salió disparada del tubo y le cubrió de fuego el brazo izquierdo. Aquello no fue una llamita de fluido de encendedor que se agita en el aire y se apaga. Aquello fue pura agonía, como si tuviera el brazo dentro de un volcán.

Dando alaridos, corrió alrededor de la parte superior del tanque, rebotando contra la barandilla como una bola de billar humana. Si la barandilla no hubiese estado allí, él se habría precipitado por el borde semejante a una antorcha que hubieran tirado a un pozo. Sólo el azar le salvó la vida; los pies se le enredaron haciéndole caer sobre el brazo izquierdo, lo cual sofocó las llamas.

Se sentó, todavía medio loco de dolor. Más tarde se dijo que sólo la suerte ciega, o el designio del hombre oscuro, le había salvado de morir abrasado. Casi todo el chorro de parafina apenas le había rozado. Así que se sintió agradecido... Pero su agradecimiento llegaría más tarde. De momento sólo pudo llorar y mecerse apartando su brazo crispado del cuerpo mientras la piel humeaba, crepitaba y se contraía.

Mientras la luz se extinguía en el cielo, recordó vagamente que había instalado una docena de detonadores que podrían activarse en cualquier momento. Morir y verse fuera de su exquisita miseria sería maravilloso. Pero morir envuelto en llamas sería un verdadero horror.

Sin saber cómo, descendió del tanque y se alejó vacilante sorteando el tráfico y manteniendo apartado del cuerpo su brazo izquierdo achicharrado.

Cuando alcanzó un pequeño parque, próximo al centro de la ciudad, llegó el ocaso. Se sentó en la hierba, intentando pensar qué se hacía para las quemaduras. Aplicarles mantequilla, le habría dicho la madre de Donald Merwin Elbert. Pero eso era para una escaldadura, o para cuando la grasa del beicon te llenaba de salpicaduras. Le fue imposible imaginar siquiera que pudiese cubrir de mantequilla su agrietado y ennegrecido brazo. No podía ni pensar en tocárselo.

Suicidarse. Eso era lo acertado, ahí estaba el quid. Así acabaría con todas sus miserias como un perro viejo...

Entonces se oyó una explosión súbita y gigantesca en la parte este de la ciudad, como si la trama de la existencia hubiese sido partida en dos. Una columna de fuego líquido se elevó contra el índigo del crepúsculo. Trash tuvo que entrecerrar los ojos hasta que éstos fueron dos rendijas acuosas.

Incluso en su agonía el fuego le causó complacencia... Más todavía, le encantó, le satisfizo plenamente. Aquel fuego fue la mejor medicina, incluso mejor que la morfina que encontró al día siguiente. Como presidiario fiable había trabajado en la enfermería así como en la biblioteca y la sala de motores, y sabía mucho acerca de la morfina, el Elavil y el complejo Darvon. No relacionó su agonía actual con la columna de fuego. Sólo supo que el fuego era bueno y hermoso, algo que él necesitaba y necesitaría siempre. ¡Maravilloso fuego!

Momentos después, explotó el segundo depósito de petróleo, e incluso allí, a más de cuatro kilómetros, se percibió la onda cálida del aire en expansión. Otro tanque estalló, y luego otro. Una breve pausa y, acto seguido, seis de ellos saltaron por los aires. El resplandor fue demasiado vivo para mirar hacia allá; pero aun así él lo hizo, gesticulando, sus ojos

refulgendo llamas amarillas, olvidando por completo su brazo herido, olvidando las ideas de suicidio.

Fueron necesarias más de dos horas para que todos hicieran explosión. Para entonces, la noche había caído, pero no estaba oscuro: las llamas la habían tornado amarilla y anaranjada. Todo el arco oriental del horizonte danzaba con el fuego. Aquello le recordó una curiosa obra clásica que había leído de niño, una adaptación de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells. Ahora, años después, el niño que leyó aquel libro tan curioso había desaparecido, pero el hombre Trashcan estaba allí, y poseía el terrible y maravilloso secreto del rayo letal de los marcianos.

Se hizo hora de dejar el parque. La temperatura había ascendido ya diez grados. Debería marchar hacia el oeste, mantenerse por delante del fuego, como hizo en Powtanville, alejarse corriendo del arco creciente de destrucción. Pero no se encontraba en condiciones de correr. Así que se quedó dormido sobre la hierba, y las luces del fuego jugaron sobre la cara de aquel niño maltratado y fatigado.

En su sueño, el hombre oscuro llegó con su vestidura y su capucha, el rostro invisible... Sin embargo, Trashcan creyó haber visto antes a ese individuo. Cuando los holgazanes y parados ante la confitería y la cervecería, allá en Powtanville, le silbaban al pasar, parecía como si ese individuo hubiese estado entre ellos, silencioso y pensativo. Cuando trabajaba en el Scrubba-Dubba (enjaponando faros, limpiando las escobillas del parabrisas, lavando los balancines... ¡Eh, señor! ¿Quiere que le revise el aceite?), llevando el guante esponja en la mano derecha hasta que ésta semejaba un blancuzco pez muerto, y las uñas tan blancas como el marfil, le parecía haber visto el rostro de ese hombre, acalorado y gesticulando grotescamente detrás de la película de agua que resbalaba por el parabrisas. Cuando el *sheriff* lo mandó al manicomio de Terre Haute, él había sido el gesticulante conejillo de indias del psiquiatra en la habitación donde te daban los electrochoques («Voy a freírte la sesera, muchacho, te ayudaré a transformarte de Donald Merwin Elbert en Trashcan; ¿quieres que te revise el aceite?»), dispuesto a enviarle mil voltios zigzagueantes al cerebro. Él conocía muy bien a ese hombre oscuro, suyo era el rostro que nunca podía ver con claridad, suyas las manos que repartían sólo espadas de una baraja trucada, suyos los ojos que miraban a través de las llamas, suya la mueca de más allá de la tumba del mundo.

«Haré lo que quieras —dijo agradecido en el sueño—. ¡Daré mi vida por ti!».

El hombre oscuro alzó los brazos dentro de su túnica dando a ésta la forma de una cometa negra. Ambos estaban en un lugar alto y, a sus pies, América en llamas.

«Te daré un puesto importante en mi artillería. Eres el hombre que necesito».

Entonces vio un ejército de diez mil hombres y mujeres, desahuciados y harapientos marchando hacia el Este, atravesando desiertos y montañas, un ejército cuya hora había sonado al fin; todos descargaban camiones y *jeeps*; caravanas y tanques; cada hombre y cada mujer llevaba una piedra oscura colgada del cuello y, en lo más profundo de esas piedras, había una forma roja que podría haber sido un ojo o una llave. Subido en su camión, sobre un tanque gigantesco con llantas almohadilladas, se vio a sí mismo, y supo que el camión iba cargado con napalm gelatinoso. Detrás de él, en columna, muchos camiones con bombas, minas Teller y explosivos plásticos; lanzallamas y misiles; granadas, ametralladoras y lanzacohetes. La danza de la muerte se hallaba a punto de comenzar, y humeaban ya las cuerdas de violines y guitarras. El hedor de azufre y cordita saturaba el aire.

El hombre oscuro alzó otra vez los brazos y, cuando los dejó caer, todo quedó frío y silencioso, los fuegos se apagaron, incluso se enfriaron las cenizas. Por un momento fue otra vez un Donald Merwin Elber pequeño, asustado y confuso. Por un momento, sospechó que era sólo otro peón en la inmensa partida de ajedrez del hombre oscuro, que lo había engañado.

Entonces vio que el rostro del hombre oscuro no estaba escondido por completo: dos brasas refulgían en sus cuencas hundidas, donde deberían haber estado los ojos, e iluminaban una nariz tan afilada como una hoja.

«Haré lo que quieras —dijo Trash agradecido, en su sueño—. ¡Daré mi vida por ti! ¡Mi alma por ti!».

«Te emplearé para incendiar —dijo con voz grave el hombre oscuro—. Debes venir a mi ciudad y allí te será explicado todo».

«¿Adónde? ¿Adónde debo ir?».

Fue una verdadera agonía de esperanza y expectación.

«Hacia el Oeste —contestó el hombre oscuro mientras empezaba a desvanecerse—. Hacia el Oeste. Más allá de las montañas».

Entonces Trash despertó. Todavía era de noche, una noche aún resplandeciente. Las llamas iban acercándose y el calor era sofocante. Las casas estallaban. Las estrellas desaparecieron tras una densa capa de humo de petróleo. Una fina lluvia de hollín comenzó a caer como nieve negra.

Descubrió que ahora que tenía una meta podía andar. Marchó renqueando hacia el Oeste. Esporádicamente veía a otros que abandonaban Gary y miraban por encima del hombro el gran incendio. Insensatos, pensó Trash casi con afecto. Os quemaréis, a su debido tiempo os quemaréis. Aquella gente no le hizo el menor caso; para ellos Trashcan era sólo otro superviviente. Todos desaparecieron en el humo. Poco después del alba, Trashcan atravesó cojeando la demarcación de Illinois. Chicago se hallaba al norte, Joliet al sudoeste, el fuego quedó atrás en su propio horizonte borroso de humo. Eso había ocurrido al amanecer del 2 de julio.

Entretanto, había olvidado sus sueños de incendiar Chicago hasta los cimientos, sus sueños acerca de más depósitos de petróleo y vagones-cisternas llenos de gas a baja presión en apartaderos ferroviarios y las viviendas secas como yesca. No le importó Chicago. Aquella tarde, Trash irrumpió en el consultorio de un médico de Chicago Heights y robó una caja de inyectables de morfina. Le alivió un poco el dolor pero tuvo un efecto secundario más importante: le hizo preocuparse menos de su sufrimiento.

Aquella noche, Trash fue a una farmacia, cogió un bote de vaselina y embadurnó la parte quemada de su brazo con una gruesa capa. Sintió mucha sed; al parecer necesitaba estar bebiendo todo el tiempo. Las fantasías sobre el hombre oscuro le rondaron por la cabeza como moscardas. Cuando se desplomó, hacia el crepúsculo, había comenzado a pensar ya que la ciudad a la que le dirigía el hombre oscuro debía de ser Cíbola, la ciudad prometida.

Aquella noche el hombre oscuro acudió otra vez a sus sueños, y con una risa sardónica confirmó que así era.

Trashcan despertó. Había estado tiritando por el frío del desierto. En el desierto todo era siempre hielo o fuego; no había términos medios.

Gimiendo un poco, se levantó y se mantuvo tan cerca de sí mismo como pudo. Sobre su cabeza relucían un trillón de estrellas, que daban la impresión de hallarse tan cercanas como para tocarlas, bañando el desierto en su fría luz embrujada.

Caminó de vuelta a la carretera, con su piel irritada, y sus muchos dolores y achaques. Ahora éstos eran poca cosa para él. Se detuvo un momento y contempló la ciudad a sus pies, soñando en la noche (hubo pequeñas chispas de luz acá y acullá, como fuegos de campamento). Luego echó a andar.

Al cabo de varias horas, cuando la aurora empezó a colorear el cielo, Cíbola pareció casi tan distante como cuando había subido a la elevación para verla. Y se había bebido estúpidamente toda su agua, olvidando cuán magnificadas parecían las cosas desde allí. No se atrevió a caminar demasiado después del amanecer para evitar la deshidratación. Tendría que tenderse otra vez antes de que el sol se alzara con todo su poder.

Al cabo de una hora llegó a un Mercedes Benz situado fuera de la carretera, con el costado derecho hundido en la arena hasta las puertas. Abrió una del costado izquierdo y arrastró fuera a los dos ocupantes, arrugados como monos: una mujer anciana, que llevaba un montón de bisutería, y un anciano de cabello completamente blanco. Trash cogió las llaves del contacto, rodeó el coche y abrió el portaequipajes. Las maletas no estaban cerradas. Colgó diversas prendas sobre las ventanillas del Mercedes asegurándolas con piedras. Ahora disponía de una cueva fresca y oscura. Reptó al interior e intentó conciliar el sueño. Unos kilómetros hacia el oeste, la ciudad de Las Vegas resplandeció a la luz del sol estival.

No sabía conducir, jamás le habían enseñado eso en la cárcel, pero sí sabía andar en bicicleta. El 4 de julio, el día en que Larry Underwood descubrió que Rita Blakemoor había muerto de una sobredosis mientras dormía, Trashcan cogió una bici de diez velocidades y se echó a la carretera. Al principio su avance fue lento, porque el brazo izquierdo no le servía de mucho. Aquel primer día se cayó dos veces, una de ellas sobre su quemadura, lo cual le causó un dolor terrible. Por entonces la quemadura supuraba en abundancia a través de la vaselina y el olor era espantoso. Se preguntaba si le sobrevendría gangrena; pero no se permitió

preguntárselo durante mucho tiempo. Empezó a mezclar la vaselina con un ungüento antiséptico sin saber si sería eficaz, pero se dijo que en todo caso no podría perjudicarlo. Aquello parecía un engrudo viscoso como el semen.

Poco a poco aprendió a manejar la bici con una sola mano y constató que podía ir a buena marcha. El terreno se hizo más llano y entonces pudo imprimir a la bicicleta una buena marcha. La condujo con firmeza, no obstante la quemadura y el ligero mareo causado por las dosis casi constantes de morfina. Bebió mucha agua y comió con avidez. Caviló sobre las palabras del hombre oscuro: «Te daré un puesto importante en mi artillería. Eres el hombre que necesito». ¡Bonitas palabras! Era la primera vez que alguien le necesitaba. La frase le venía a la mente una y otra vez mientras pedaleaba bajo el ardiente sol del Medio Oeste. Y entonces empezó a tararear la melodía *Down to the Nightclub*. El estribillo «¡Cíbola! ¡Pumba, pumba pum!» llegó a su debido tiempo.

El 8 de julio, el día en que Nick Andros y Tom Cullen vieron bisontes pastando en el país comanche, Kansas, Trashcan cruzó el Misisipí en las cuatro ciudades de Davenport, Rock Island, Bettendorf y Moline. Él estaba en Iowa.

El 14, el día en que Larry Underwood despertó cerca de la casa blanca en la parte este de New Hampshire, Trashy cruzó el Missouri al norte de Council Bluffs y entró en Nebraska. Entretanto, había recuperado bastante el uso de la mano izquierda y los músculos de la pierna se le habían entonado. Por tanto aceleró la marcha, pues sentía la necesidad apremiante de apresurarse.

Fue en la orilla occidental del Missouri donde Trashcan sospechó por primera vez que el propio Dios podría intervenir en su destino. Hubo algo erróneo acerca de Nebraska, algo terriblemente erróneo y algo que le infundió miedo. Todo parecía igual que en Iowa... pero no lo fue. El hombre oscuro había acudido cada noche a sus sueños. Sin embargo, cuando Trashcan pasó a Nebraska no se le apareció más.

En su lugar, empezó a soñar con una anciana. En esos sueños él solía encontrarse tendido boca abajo en un maizal, casi paralizado por el odio y el miedo. Era una mañana radiante. Oía bandadas de cuervos graznando. Frente a él había una pantalla de anchas hojas de maíz, semejantes a espadas. Contra su voluntad pero incapaz de contenerse, separaba las hojas con mano temblorosa y atisbaba entre ellas. Veía una casa vieja en medio de un claro. La casa se alzaba sobre bloques o gatos o algo parecido. Había un manzano con un neumático colgando de una rama. Y, sentada en el porche, una vieja negra tocando una guitarra y cantando un espiritual. La canción variaba de un sueño a otro. Trashcan las sabía casi todas, porque él había conocido antaño a la mujer, madre de un muchacho llamado Donald Merwin Elbert, quien cantaba muchas de esas mismas canciones mientras hacía las faenas domésticas.

Ese sueño fue una pesadilla, pero no sólo porque al final ocurriera algo horrible. A primera vista se diría que no había ningún elemento inquietante en ninguna parte del sueño. ¿Un maizal? ¿Un cielo azul? ¿Una anciana? ¿Un neumático balanceándose? ¿Qué tenían de inquietante esas cosas? Las viejas no tiraban piedras ni reían burlonas, y menos las viejas que cantaban canciones sobre el antiguo hogar y sobre Cristo. Los Carley Yates de este mundo eran los que tiraban piedras.

Pero mucho antes de que el sueño terminara le paralizó el miedo, como si no fuera una vieja lo que estaba atisbando sino algo secreto, una luz apenas oculta que parecía a punto de estallar alrededor de ella y expandirse con una brillantez tan tremenda que haría parecer los llameantes tanques de petróleo de Gary simples candiles al viento. Una luz tan deslumbrante que le reduciría a cenizas los ojos. Durante esa parte del sueño, lo único que pensó fue: ¡Oh, por favor, líbrame de ella, no quiero saber nada de esa vieja arpía, sácame de Nebraska!

Y entonces, cualquiera fuese la canción que la mujer estuviera tocando, llegaba a un fin súbito y discordante. Ella miraba hacia el lugar donde él atisbaba por un agujero minúsculo en el grueso entramado de hojas. Su rostro estaba surcado de arrugas, su pelo era ralo y dejaba ver su cráneo pardusco, pero sus ojos tenían el brillo de los diamantes, estaban llenos de esa luz que él temía.

Con voz quebrada y vieja pero enérgica ella gritaba: «¡Comadreas en el maizal!». Él notaba el cambio en su ser y se miraba de arriba abajo para ver si se había transformado en una comadreja, en una cosa peluda, pardusca y escurridiza, si su nariz había crecido convirtiéndose en hocico, si sus ojos se habían reducido a dos cuentas negras, si sus dedos se habían tornado garras. Él era una comadreja, una alimaña nocturna y cobarde acechando a los débiles y los indefensos.

Entonces empezaba a gritar. Se despertaba dando gritos, sudando y con ojos desorbitados. Recorría su cuerpo con las manos para cerciorarse de que todo seguía en su sitio. Al final de

esa inspección, se cogía la cabeza y comprobaba que continuaba siendo una cabeza de persona y no una cabeza de comadreja.

Recorrió seiscientos kilómetros de Nebraska en tres días, impulsado por un terror supercarburante. Pasó a Colorado cerca de Julesburg, y el sueño empezó a desvanecerse y hacerse de un tono sepia.

(Respecto al papel de madre Abigail, ella despertó en la noche del 15 de julio, poco después de que Trashcan pasara por el norte del Hemingford Home, con unos escalofríos terribles producidos por el miedo y la piedad. Ignoraba por quién y por qué era la piedad. Pensó que podría haber estado soñando con su nieto Anders, el cual resultó muerto de una forma tonta en un accidente de caza cuando sólo tenía seis años).

El 18 de julio, entonces al suroeste de Sterling, Colorado, y todavía a varios kilómetros de Brush, encontró al muchacho.

Trash despertó cuando llegaba el crepúsculo. A pesar de las ropas que había tendido sobre las ventanillas, el Mercedes se había recalentado. Tenía la garganta como un pozo seco forrado con papel de lija. Las sienes le zumbaron y le saltaron. Sacó la lengua y cuando la tocó con el dedo fue como si tocara una rama seca. Se sentó y puso la mano sobre el volante del Mercedes. La retiró al instante con un silbido de dolor. Tuvo que envolver la manilla de la puerta con los faldones de su camisa para poder salir. Pensó que se apearía sin más, pero sobrevaloró su energía e infravaloró el gran avance de la deshidratación en aquella tarde bochornosa. Las piernas le flaquearon y cayó en la carretera, que estaba también ardiente. Gimiendo, reptó hasta la sombra del Mercedes. Se sentó allí, con los brazos y la cabeza colgando entre las rodillas dobladas, jadeante. Lanzó una mirada mórbida a los cuerpos que había sacado del coche, ella con sus brazaletes en los marchitos brazos, él con su afectado pelo blanco sobre la cara de mono momificado.

Necesitaba llegar a Cíbola antes de que el sol asomara por la mañana. Si no lo conseguía, moriría... ¡a la vista de su meta! El hombre oscuro no podía ser tan cruel. ¡No podía serlo!

—Daré mi vida por ti —susurró Trashcan.

Al esconderse el sol tras la línea de montañas, se puso en pie y empezó a caminar hacia las torres, los alminares y las avenidas de Cíbola.

Cuando el calor del día dio paso al frescor de la noche del desierto, se sintió más capaz de caminar. Sus zapatos de lona atados con cuerdas batieron y golpearon la superficie de la interestatal 15. Avanzó a duras penas, la cabeza le colgaba como la corola de un girasol medio marchito. Ni siquiera vio el letrero que decía las vegas 30 km cuando pasó por su lado.

Pensó en Boy. A decir verdad, Boy debería haber estado ahora con él. Los dos deberían estar marchando juntos hacia Cíbola con el escape libre del cupe de Boy levantando ecos en el desierto. Pero Boy había resultado indigno de confianza, y Trashcan fue enviado solo al desierto.

Sus pies se alzaron y cayeron una vez y otra en el pavimento.

—¡Cí-bo-la! —graznó—. ¡Pumba, pumba, pum!

Hacia la medianoche se dejó caer en el arcén y se sumió en un sueño ligero e intranquilo. Ahora la ciudad se encontraba más cerca.

Lo conseguiría.

Estaba seguro de conseguirlo.

Oyó a Boy antes de verlo. Fue el poderoso rugido del escape libre avanzando tronante hacia él desde el este, marcando con hierro candente el día. El sonido provino de la autopista 34, de la dirección de Yuma, Colorado. Su primer impulso fue esconderse, al igual que se había escondido de los escasos supervivientes que había visto desde Gary. Pero esta vez algo le hizo permanecer donde estaba, montado en su bici a un lado de la carretera, mirando con aprensión por encima del hombro.

El trueno fue cada vez más intenso. De pronto el sol se reflejó en cromo y

(¿¿FUEGO??).

en algo brillante de color naranja.

El conductor lo vio. Redujo de marcha con una serie de petardeos ametrallantes. Los neumáticos Goodyear chirriaron contra el asfalto. Finalmente, el coche se detuvo a su lado, jadeando como un animal peligroso que puede estar domesticado o no, y el conductor se dispuso a apearse. Trashcan sólo tuvo ojos para el automóvil. Él sabía mucho de coches, le

gustaban; aunque nunca hubiese obtenido el carnet de principiante. Éste era una belleza, un coche en el que alguien había trabajado durante años e invertido miles de dólares, del tipo de los que sólo se ven en las exposiciones de coches antiguos, una obra hecha con primor.

Era un cupé Ford 1932, pero su dueño no había escatimado nada ni se había limitado a introducir las innovaciones acostumbradas en un cupé. Había ido mucho más lejos convirtiéndolo en una parodia de todos los coches americanos, un vehículo resplandeciente de ciencia ficción, con llamas pintadas a mano surgiendo de múltiples tubos. La pintura era de escamas doradas. Las tuberías cromadas, que se extendían casi en toda la longitud del coche, reflejaban hirientemente el sol. El parabrisas era una pompa convexa. Los neumáticos traseros eran unos grandes Goodyear Wide Ováis, y los ejes de las ruedas estaban a una altura exagerada. Surgiendo del capó, cual un extraño conducto calorífico, había un compresor. Y del techo salía una acerada aleta de tiburón negra pero salpicada de manchas rojas como brasas. A ambos lados había dos palabras escritas con letras que sugerían velocidad: THE BOY (el muchacho).

—¡Eh, tíos: sois demasiado quejicas y patosos! —exclamó el conductor de aquella bala rodante.

Trash trasladó su atención desde las llamas pintadas al conductor. Mediría un metro sesenta. Su pelo estaba ahuecado y cubierto de pomada y brillantina. Sólo el pelo le proporcionaba otros siete centímetros de estatura. Todos los rizos se reunían por encima del cuello en lo que era no una simple cola de pato, sino el compendio de todos los peinados en cola de pato lucidos por los mocosos y rufianes de este mundo. Llevaba botas negras de puntera. Los tacones le proporcionaban seis centímetros más dándole una estatura —muy respetable— de metro setenta y cinco. Sus decolorados pantalones estaban tan ajustados que se hubiera podido leer las fechas de las monedas en sus bolsillos. Delineaban cada preciosa y prieta nalga como una especie de escultura azul y hacía que su entrepierna pareciese contener una bolsa de pelotas de golf. Lucía una camisa de seda de un color borgoña desvaído. Los gemelos de los puños parecían de hueso pulido y, según descubrió Trash más adelante, de eso precisamente estaban hechos. El muchacho tenía dos juegos: uno hecho con un par de molares humanos y el otro con los incisivos de un doberman. Sobre esa maravilla de camisa, y no obstante el calor del día, el hombre llevaba una cazadora de motorista de cuero negro con un águila en la espalda y cruzada por numerosas cremalleras que relucían como diamantes. De las hombreras y del cinturón colgaban tres patas de conejo: una blanca, otra parda y la tercera verde chillón. Esa cazadora, todavía más maravillosa que la camisa, había sido lustrada hasta la saciedad. Sobre el águila se leía THE BOY, bordado con hilo de seda blanco. El rostro que ahora miró Trashcan entre la masa de pelo reluciente y el cuello levantado de la no menos reluciente cazadora de motorista, fue una cara de muñeca, minúscula y pálida, con labios fruncidos y gruesos pero esculpidos sin tacha, ojos grises mortecinos, una frente ancha sin ninguna señal ni arruga, y unos extraños carrillos llenos. Parecía un pequeño Elvis.

Dos cintos se cruzaban sobre su vientre liso, y un revólver del 45 sobresalía de cada una de las pistoleras adosadas a sus caderas.

—¡Eh, tío! ¿Qué me dices? —preguntó arrastrando las palabras.

A Trashcan sólo se le ocurrió contestar:

—Me gusta tu coche.

Fue lo más acertado. Quizá lo único acertado. Cinco minutos después iba sentado en el asiento del pasajero y el cupé aceleraba hasta alcanzar la velocidad media de Boy, que era de ciento cuarenta kilómetros por hora. La bici que Trash había montado durante todo el camino desde Illinois se convirtió enseguida en una simple mota.

Trashcan indicó con timidez que, a semejante velocidad, Boy no podría ver a tiempo un objeto abandonado en la carretera, si se encontraban con alguno. De hecho habían encontrado varios y Boy los había sorteado haciendo chirriar los Goodyear.

—Eh, tío —dijo Boy—. Yo tengo reflejos. Se cuándo maniobrar. En tres quintas partes de segundo. ¿Puedes creer eso?

—Sí, claro —murmuró Trash, que se sintió como si acabara de remover un nido de serpientes con un palo.

—Me caes bien, tío —declaró Boy con su extraña y retumbante voz.

Sus ojos de muñeca miraron fijamente la carretera por encima del volante fluorescente color naranja. Grandes dados Styrofoam con calaveras como puntos se balancearon y danzaron colgados del espejo retrovisor.

—Anda —dijo—, coge una cerveza del asiento trasero.

Eran latas Coors y estaban calientes. Además el hombre Trashcan aborrecía la cerveza. Pero la bebió aprisa y dijo que estaba muy buena.

—Eh, tío —dijo Boy—. La cerveza Coors es la *única* cerveza. Yo mearía Coors si pudiera. ¿Te lo puedes creer? ¿Puedes creértelo?

Trashcan dijo que podía creérselo, ciertamente.

—A mí me llaman Boy. De Shreveport, Loosevanna. ¿Conoces ese lugar? Esta bestia que ves aquí ha ganado todos los galardones importantes de las exposiciones de coches en el Sur. ¿Te puedes creer esa majadería? ¿Puedes creértelo?

Trashcan aseguró que la creía y cogió otra cerveza caliente. Pareció la mejor opción dadas las circunstancias.

—¿Cómo te llaman a ti, tío?

—Trashcan.

—¿Qué coño...? —Por un momento, los ojos mortecinos de muñeca se clavaron en su rostro—. ¿Te burlas de mí, tío? Nadie se burla de Boy. Y más te vale creértelo.

—Me lo creo —contestó muy serio Trashcan—. Pero así es como me llaman. Porque yo solía incendiar cubos de basura, buzones y cosas así. Yo incendie la pensión de la vieja Semple. Y fui enviado al reformatorio por eso. También prendí fuego a la iglesia metodista de Powtanville, Indiana.

—¿Hiciste eso? —inquirió encantado Boy—. Tío, estás como un cencerro. Trashcan, ¿eh? Me gusta. Menuda pareja formamos. El jodido Boy y el jodido Trashcan. ¡Chócala, Trash!

Le tendió la mano y Trash se la estrechó con la mayor rapidez posible para que volviera a poner las dos manos sobre el volante. Tomaron chirriando una curva y al salir de ella se les apareció un Bekins bloqueando la calzada. Trashcan se llevó ambas manos a la cara preparándose para una transición inmediata al plano astral. Boy no se alteró. El cupé se desvió por la izquierda de la carretera deslizándose como un pez junto a la cabina del camión, de la que apenas le separó una capa de pintura.

—Por poco —dijo Trashcan cuando pudo hablar sin que la voz le temblara.

—Eh, chico —se limitó a decir Boy, y uno de sus ojos de muñeca le hizo un guiño solemne—. No me lo cuentes a mí... Yo te lo diré cuando sea menester. ¿Qué tal esa cerveza? Te hace un jodido nudo en la garganta, ¿no? Te anima después de viajar con esa bici infantil, ¿verdad?

—Claro —repuso Trashcan. Y tomó otro trago de la caliente Coors. Él estaba loco, pero no tan loco como para contradecir a aquel poseso mientras conducía.

—Bueno, no hay que andarse por las jodidas ramas —dijo Boy mientras alargaba el brazo hacia atrás para coger una lata de cerveza—. Supongo que los dos vamos al mismo lugar.

—Así lo creo —contestó cauteloso Trash.

—Vamos a unirnos. Nos dirigimos al Oeste. Vamos a entrar en el jodido subterráneo. ¿Puedes creértelo?

—Supongo que sí.

—Has soñado con el fantasmón del traje de vuelo negro, ¿no es así?

—¿Quieres decir el sacerdote?

—Siempre quiero decir lo que digo, y digo lo que quiero decir —aclaró Boy—. No me lo digas, jodida chinche, yo te lo diré. Es un traje de vuelo negro. Y el tipo lleva antiparras como las de un maldito as de la aviación. Unas antiparras tan grandes que no puedes ver su puta cara. Un viejo y fantasmal gallo de pelea, ¿verdad?

—Desde luego —convino Trashcan. Y sorbió su cerveza caliente. La cabeza empezó a zumbarle.

Boy se inclinó sobre el volante e imitó a un piloto de combate, a uno que había hecho su papel en alguna película de aviación. El cupé se bamboleó peligrosamente de un lado a otro de la carretera, en tanto él imitaba los *loops*, las zambullidas y las vueltas de campana.

—¡Toma eso, jodido teutón! ¡Capitán, bandidos a las doce en punto! ¡Apúntales con la ametralladora de proa! ¡Tacca... tacca tacca tacca tacca! ¡Nos los hemos cargado, señor! Todo despejado...

Su cara se mantuvo inexpresiva mientras se entregaba a esa fantasía; ni uno de sus bien engominados pelos se salió de sitio al tiempo que hacía volver el coche a su carril y pisaba el acelerador por la carretera. El corazón de Trashcan latió descompasado. Una leve capa de sudor le bañó el cuerpo. Bebió cerveza.

—Pero él no me amedrenta —dijo Boy como si el anterior tema de conversación no se hubiese interrumpido—. No, joder. Él es un tío duro, pero Boy ha manejado ya tíos duros. Les hago callar y retroceder un paso, tal como dice el jefe. ¿Puedes creértelo?

—Claro —contestó Trash.

—¿Comprendes al jefe?

—Claro —se apresuró a decir Trash.

No tenía la menor idea de quién era o había sido el jefe.

—Mejor será que comprendas al jefe, joder. Escucha, ¿sabes qué voy a hacer?

—¿Ir hacia el Oeste? —Trashcan se aventuró a hacer esa sugerencia, que parecía la más segura.

Boy pareció impacientarse.

—*Después* de que llegue allí, quiero decir. *Después*. ¿Sabes qué voy a hacer después?

—Pues no.

—Voy a mantenerme quieto por una temporada. Para estudiar la situación. ¿Puedes creértelo?

—Claro —respondió Trash.

—Jodido punto A. No me lo digas, seré yo quien te lo diga a ti, joder. Sólo estudiarla. Vigilar al gran hombre. Luego... —Miró caviloso por encima de su volante color naranja.

—¿Luego qué?

—Luego le cerraré el paso. Lo enviaré al hoyo, ¿entiendes? Lo pondré a pastar en un rancho de puta madre. ¿Puedes creértelo? Lo desposeeré de todas sus cosas y lo enterraré en el rancho. Tú pégate a mí, Trashcan, o como quiera que te llames, tío. No vamos a comer cerdo y guisantes. ¡Vamos a comer pollo del mejor!

El cupé siguió rugiendo carretera adelante con las llamas pintadas disparándose desde la carrocería. Trashcan guardó silencio en su asiento con la cerveza en el regazo y la preocupación en la mente. Estaba casi amaneciendo el 5 de agosto cuando Trashcan entró en Cíbola, conocida también como Las Vegas. En algún momento de las últimas cinco millas, había perdido el zapato izquierdo, y ahora, mientras caminaba por la curvada rampa de salida, sus pisadas sonaron más o menos así: *eslap-ZUMP, eslap-ZUMP, eslap-ZUMP*, similar al matraqueo de un neumático desinflado.

Se sintió casi acabado, pero cobró un poco de ánimo al caminar por el Strip, atestado de coches muertos y no pocas personas muertas, casi todas ellas picoteadas por los buitres. Lo había conseguido. Estaba en Cíbola. Tuvo que pasar por una dura prueba, pero la había superado.

Vio un centenar de clubes nocturnos de relumbrón y capillas de bodas instantáneas. Vio un Rolls-Royce Silver Ghost medio empotrado en un escaparate de una librería para adultos, vio a una mujer desnuda colgando boca abajo de una farola. Vio dos hojas del *Sun* de Las Vegas arrastradas por el viento. Los titulares que se entreveían anunciaban: la epidemia *empeora*. Washington enmudece. Vio un cartel gigantesco que rezaba: ¡NEIL DIAMOND! ¡HOTEL AMERICANA DESDE EL 15 DE JUNIO AL 30 DE AGOSTO! En el escaparate de una joyería, al parecer especializada en anillos nupciales y de compromiso, alguien había garrapateado, ¡MUERE, LAS VEGAS, POR TUS PECADOS! Vio un piano de cola vuelto del revés en medio de la calle como el cadáver de un caballo de madera.

Sus ojos se llenaron de esas maravillas.

Mientras seguía caminando vio otros anuncios, su neón muerto este verano por primera vez en muchos años: Flamingo, The Mint, Sahara, Glass Slipper, Imperial. Pero ¿dónde estaba la gente? ¿Dónde el agua?

Dejando que sus pies eligieran el camino, Trashcan dobló por el Strip. Apoyó la barbilla en el pecho y dormitó mientras caminaba. Y cuando tropezó con el bordillo, cayó de bruces aplastándose la nariz contra el pavimento, levantó la vista y observó lo que había allí, no pudo dar crédito a sus ojos. La sangre le brotó de la nariz sin que se diera cuenta y le tiñó la camisa azul. Fue como si estuviera dormitando todavía y aquél fuera su sueño.

Un inmenso edificio blanco se alzaba hacia el cielo del desierto, un monolito en el desierto, una aguja, un monumento, tan magnífico como la Esfinge o la Gran Pirámide. Las ventanas de su fachada oriental reflejaban el fuego del sol naciente, cual un presagio. En la fachada de aquel edificio blanco como un hueso dos inmensas pirámides doradas flanqueaban su entrada. Sobre la marquesina se veía un gran medallón de bronce y, esculpida en bajorrelieve, la cabeza de un león rugiente.

Encima de él, también en bronce, la sencilla pero imponente leyenda: GRAN HOTEL MGM.

Pero lo que captó su mirada fue lo que se alzaba en el cuadrángulo de hierba entre el aparcamiento y el camino de entrada. Trashcan lo miró pasmado. Un estremecimiento orgásmico le consumió de tal modo que pudo incorporarse sobre sus ensangrentadas manos con el deshilachado extremo del vendaje y contemplar la fuente como hipnotizado. Se le escapó un leve gimoteo.

Aquella fuente estaba funcionando. Era una encantadora construcción de piedra y marfil con incrustaciones de oro. Unas luces coloreadas jugaban con el chorro tiñendo el agua de púrpura, luego de amarillo, después de rojo y por fin verde. El rumor del chorro cayendo en la pila era música celestial.

—Cíbola —farfulló, y se levantó con esfuerzo. Su nariz seguía sangrando.

Empezó a avanzar tambaleante hacia la fuente, pero poco a poco fue apretando el paso hasta convertirlo en frenética carrera. Una palabra comenzó a escapar de su boca, una palabra larga que se elevó hacia el cielo como una serpentina, haciendo que la gente se asomara a las ventanas allá arriba (¿quién la veía? Dios, quizá, o el diablo; pero ciertamente no Trashcan). La palabra siguió elevándose cada vez más estridente a medida que él se aproximaba a la fuente. Y esa palabra era:

—¡¡Cíííbolaaaaaa!!

La a final se alargó y alargó, expresando todos los placeres jamás conocidos por la humanidad, y sólo terminó cuando él llegó al borde de la pila a la altura del pecho, y se zambulló en un baño de increíble frescura y clemencia. Sintió que los poros de su cuerpo se abrían como un millón de bocas y absorbían el agua como una esponja. Trash gritó. Hundió la cabeza, resopló dentro del agua y la expulsó en un estornudo que esparció sangre, agua y mucosidades en el costado del pilón. Hundió otra vez la cabeza y bebió con avidez.

—¡Cíbola, Cíbola! —gritó extasiado—. ¡Daré mi vida por ti!

Se refrescó hasta el hartazgo, bebió otra vez y luego salió y se dejó caer sobre la hierba. Había valido la pena, todo había valido la pena. Entonces le asaltaron las náuseas del agua tragada atropelladamente y vomitó con un violento espasmo. Incluso el vomitar le hizo sentirse mejor.

Se levantó y, asiéndose al borde de la fuente, bebió de nuevo. Esta vez el estómago aceptó agradecido el regalo.

Chorreando agua cual un odre lleno retrocedió tambaleante hacia los escalones de alabastro que conducían hasta las puertas de aquel lugar fabuloso, entre las pirámides doradas. A mitad de la escalinata, las náuseas le asaltaron otra vez y le hicieron doblarse. Cuando el acceso pasó, siguió avanzando resuelto. Las puertas eran giratorias y necesitó de todas sus escasas energías para poner una en movimiento. Caminó por un vestíbulo alfombrado que parecía tener kilómetros de largo. La alfombra era gruesa, tupida y de color arándano. Había un mostrador de recepción, otro para el correo y un tercero para llaves y cajetines. Todos vacíos. A su derecha, más allá de una barandilla ornamental, estaba el casino. Trashcan lo miró pasmado: las filas cerradas de máquinas tragaperras como soldados en posición de descanso antes del desfile, más allá la ruleta y las mesas de dados, y las barandillas de mármol rodeando las mesas de baccarat.

—¿Hay alguien aquí? —graznó Trash.

No hubo respuesta.

Entonces tuvo miedo, porque aquello era una morada de fantasmas, un lugar donde podían acecharle monstruos, pero el miedo cedió ante su fatiga. Bajó a trompicones los peldaños y entró en el casino, desfilando ante el Cub Bar, donde Lloyd Henreid estaba sentado muy silencioso entre las sombras, observándole con un vaso de agua Poland, en las manos.

Llegó a una mesa forrada con paño verde con la leyenda mística: el repartidor de cartas debe marcar el 16 y plantarse en el 17. Trash se encaramó a la mesa y quedó dormido al instante. Enseguida media docena de hombres rodearon a aquel harapiento que era Trashcan.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Ken DeMott.

—Déjemosle dormir —contestó Lloyd—. Flagg lo necesita.

—¡Ah! ¿Sí? —intervino otro—. Por cierto, ¿dónde coño está Flagg?

Lloyd se volvió para mirar al hombre, que empezaba a quedarse calvo y era bastante más alto que Lloyd. No obstante, el individuo dio un paso atrás ante la mirada de éste. La piedra alrededor del cuello de Lloyd era la única que no era de azabache sólido; en el centro relucía una hendidura roja, pequeña e inquietante.

—¿Tan ansioso estás de verlo, Hec? —inquirió.

—No —respondió el calvo—. Vamos, Lloyd, no quise...

—Sí, claro. —Lloyd miró al hombre que dormía en la mesa de *blackjack*—. Flagg pasará pronto por aquí. Estaba esperando a este individuo. Es algo especial.

Trashcan siguió durmiendo sobre la mesa, ajeno a todo.

Trash y Boy pasaron la noche del 18 de julio en el motel de Golden, Colorado. Boy escogió dos habitaciones con una puerta comunicante, la cual estaba cerrada con llave. Resolvió ese insignificante problema disparando con uno de sus 45 contra la cerradura. Después, levantó su bota y descargó una patada contra la puerta. Ésta se abrió temblando, envuelta en una humareda azulada de pólvora.

—¿Qué habitación quieres? —preguntó—. Elige, Trashy.

Trashcan optó por la de la derecha y se quedó solo en ella durante un rato. Boy se marchó a alguna parte. Cuando Trashcan estaba considerando detenidamente la idea de esfumarse antes de que ocurriera algo malo de verdad, e intentaba instrumentar esa posibilidad con algún medio de transporte, Boy regresó. Trashcan se alarmó al verle empujar un carrito de la compra rebosante de cerveza Coors. Sus ojos de muñeca estaban inyectados en sangre e irritados, y su peinado pompadour se expandía como los muelles de un reloj roto; grasientas madejas de pelo le colgaban sobre las orejas y las mejillas dándole el aspecto de un peligroso aunque absurdo cavernícola que hubiera encontrado una cazadora de cuero y se la hubiera puesto. Las patas de conejo se balanceaban en la cintura de la cazadora.

—No está fría —advirtió Boy—. Pero ¿a quién le importa? ¿Tengo razón o no?

—Toda la razón.

—Anda, toma una cerveza, tonto del culo —dijo Boy lanzándole una lata.

Trashcan arrancó la anilla y le saltó la espuma a la cara. Boy lanzó unas risotadas agudas y chillonas y se sujetó el liso vientre con ambas manos. Trash sonrió apenas. Decidió largarse aquella misma noche después de que aquel pequeño monstruo sucumbiera al sueño. Ya había tenido suficiente. Y lo que Boy dijera sobre el sacerdote oscuro... los temores de Trashcan acerca de eso eran muy serios. Decir esas cosas, aunque fuera en broma, equivalía a blasfemar en el altar de una iglesia o a levantar la cara hacia el cielo durante una tormenta y pedir que te cayera un rayo.

Lo peor de caso era que Boy no parecía haber estado bromeando.

Trashcan no se hallaba dispuesto a subir a las montañas y tomar todas esas curvas cerradas con aquel energúmeno que se pasaba todo el rato bebiendo y que hablaba de derrocar al hombre oscuro para ocupar su lugar.

Entretanto, Boy se cepilló dos cervezas en dos minutos, aplastó las latas y las arrojó con indiferencia a una de las camas gemelas. Miró con ceño el televisor RCA Chromacolor con una Coors recién abierta en la mano izquierda y, en la derecha, el 45 que había usado para volar la puerta comunicante.

—No hay jodida electricidad, y por tanto no hay jodida televisión —dijo.

Cuanto más se emborrachaba más se notaba su estropajoso acento sureño.

—No aborrezco eso. Me encanta que todos los tontos del culo se pierdan por ahí. Pero, por el calvo y viejo Jesucristo, ¿dónde está HBO? ¿Dónde el canal de *Playboy*? Ése sí era bueno, Trashy. Quiero decir que ellos nunca mostraron a unos tipos agachándose para lamer coños, pero algunas de esas señoras tenían piernas hasta la barbilla. ¿Sabes de qué carajo estoy hablando?

—Claro —dijo Trashcan.

—Eres un jodido A. No me lo digas, yo te lo diré. —Boy clavó la mirada en el televisor muerto—. Estúpido coño —masculló.

Y disparó contra el aparato. La pantalla estalló con un estampido hueco y voló en fragmentos por la alfombra. Trashcan alzó un brazo para protegerse los ojos y su cerveza se derramó sobre la alfombra.

—¡Mira lo que has hecho, mamón! —exclamó Boy con gran indignación.

De pronto, el 45 apuntó a Trash, su cañón era tan grande y oscuro como la chimenea de un transatlántico. Trashcan se quedó paralizado de miedo.

—Voy a ventilarte la máquina de pensar por eso —dijo Boy—. Si fuera otra marca no me importaría, pero has derramado una Coors. Yo mearía Coors si pudiera. ¿Puedes creértelo?

—Claro —musitó Trashcan.

—¿Y crees que están fabricando más Coors hoy día, Trash? ¿Te parece probable eso, joder?

—No... Supongo que no.

—Tienes razón, joder. ¡Es una industria en peligro de extinción!

Boy levantó un poco el arma. Trashcan pensó que su fin era inminente. Pero Boy bajó otra vez el arma... Tenía una expresión absolutamente vacua. Trashcan supuso que eso indicaba honda cavilación.

—Te diré qué voy a hacer, Trash. Coge otra lata y te la follas. Si lo consigues de una vez, no te freiré los sesos. ¿Puedes creértelo?

—¿Follármela?

—¡Por los clavos de Cristo, tío, eres un memo de categoría! ¡Bébetelo de una vez! ¡Eso es follarse una cerveza! ¿Dónde has pasado tu vida? ¿En la jodida África? Tienes que andarte con cuidado, Trash. Si he de meterte una bala en el cuerpo, irá directamente a tu entrecejo y te transformarás en una jodida cena fría para las cucarachas de este antro.

El muchacho hizo un ademán con la pistola, los enrojecidos ojos fijos en Trash. Espuma de cerveza le cubría el labio superior.

Trashcan se acercó al carro de la compra, cogió una cerveza e hizo saltar la anilla.

—¡Adelante, tío! Hasta la última gota. Y si la vomitas estarás listo, joder.

Trashcan vació la lata tragando de forma convulsiva. Cuando la lata quedó vacía, la dejó caer al suelo y mantuvo una lucha interminable con su garganta. Al fin, ganó su derecho a la vida con un largo y resonante eructo. Boy echó hacia atrás la cabeza y rió encantado. Trash restregó los pies mientras sonreía mareado. De pronto se sentía muy mareado.

Boy enfundó su arma.

—Vale. No ha estado mal, tío.

Boy continuó bebiendo. Las latas estrujadas se apilaron sobre la cama. Trash sostuvo una entre las rodillas y sorbía de ella cada vez que Boy parecía lanzarle una mirada desaprobadora. Boy refunfuñaba sin cesar, su voz se hacía cada vez más sureña, y las latas vacías seguían apilándose. Habló de los lugares que había visitado, de las carreras que había ganado, de que pasó un cargamento de droga por la frontera de México en un camión de lavandería con un motor 442 bajo el capó. Asquerosa materia, dijo. Él no la había probado jamás; pero ¿qué quieres, chico? Después de haber acarreado unos cargamentos de esa mierda, te podías limpiar el culo con papel higiénico de oro. Por fin empezó a adormecerse.

—Voy a darle caza, Trashy —masculló—. Iré allí, examinaré todo y le besaré el jodido culo hasta que vea cómo andan las cosas. Pero nadie da órdenes a Boy. Ningún jodido elemento. No por mucho tiempo. Yo no hago chapuzas. Si estoy en un trabajo, lo llevo hasta el fin. Ése es mi estilo. No sé quién es él, ni de dónde viene ni cómo transmite cosas a nuestros jodidos cerebros, pero voy a expulsarle de la jodida ciudad —un bostezo de hipopótamo—, voy a anularlo. Lo enviaré al hoyo. Pégate a mí, Trash, o quienquiera que seas, joder.

Se desplomó lentamente hacia atrás en la cama. Su lata de cerveza, recién abierta, se le cayó de la mano inerte. La Coors empapó la alfombra. La caja estaba vacía y, según los cálculos de Trashcan, Boy había vaciado veintiuna latas. Trashcan no podía comprender cómo un hombre tan menudo era capaz de beber tanta cerveza, pero sí se dio cuenta de la hora que era: hora de largarse. Eso lo sabía muy bien. Pero se hallaba mareado, débil y enfermo. Necesitaba dormir un rato. Boy parecía dispuesto a dormir como un leño toda la noche, y tal vez incluso parte de la mañana siguiente. Tiempo suficiente para que él diera una cabezada.

Así pues, se fue a la otra habitación y cerró la puerta comunicante lo mejor que pudo... lo cual no fue mucho. Las balas la habían desencajado. Había un despertador sobre la cómoda. Trash le dio cuerda, colocó las manecillas en la medianoche, aunque no supiera, ni le importara, qué hora era, y puso la llamada para las cinco de la mañana. Se tendió en una de las camas gemelas sin descalzarse siquiera. Al cabo de cinco minutos se quedó dormido.

Cuando despertó, era por la mañana y olía a cerveza y vómito sobre la cara. Sintió algo en la cama a su lado, demasiado voluminoso para tratarse de una comadreja. Sintió que una fuerte jaqueca producida le martilleaba las sienes.

—Cógemela —susurró Boy en la oscuridad.

Trashcan notó que le cogían la mano y se la conducían hacia algo duro, caliente y palpitante.

—Menéamela, vamos, menéamela. Sabes cómo hacerlo, lo adiviné apenas te vi por primera vez. Adelante, jodido idiota, menéamela.

Trashcan supo cómo hacerlo. En muchos aspectos fue un alivio tras largas noches de insomnio. Se decía que era malo, que era amariconado, pero lo que hacían los maricas era mejor que lo que hacían otros, aquellos que se pasaban la noche masturbándose y los que se tendían en sus literas haciendo crujir los nudillos y mirándote sonrientes.

Boy apretó la mano de Trashcan alrededor de su polla ardiente. La rodeó con la mano y empezó. Cuando todo terminara, Boy volvería a dormirse. Y él se escaparía sigiloso.

La respiración del muchacho se hizo jadeante. Empezó a mover las caderas al unísono con los manoseos de Trashcan. Al principio, éste no se dio cuenta de que el muchacho estaba desabrochándose el cinto y bajándose los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas.

Trash le dejó hacer. No le importaba que Boy quisiera metérsela. Trash había pasado ya por esa experiencia. No te mataba. No era veneno.

Entonces se paralizó. Lo que de repente penetraba su ano no era una polla sino frío acero.

Y de pronto adivinó lo que era.

—No... —bisbiseó.

Los ojos se le desorbitaron en la oscuridad. Ahora podía distinguir vagamente en el espejo la cara homicida de muñeca, apareciendo sobre su hombro, con las greñas colgando y los ojos enrojecidos.

—Sí —bisbiseó a su vez el muchacho—. Y no te conviene perder ni una embestida, Trashy. Ni una jodida embestida. Pues de lo contrario yo podría apretar el gatillo dentro de tu culo y enviarte al infierno. Recuérdalo, Trashy.

Gimoteando, Trashcan empezó a menear otra vez sus posaderas. Sus gemidos se transformaron en leves quejidos cuando el cañón del 45 se abrió camino dentro de él girando, sondando, rasgando. Y sorprendentemente le resultó excitante.

Poco después, el muchacho se apercibió de su enardecimiento.

—Te gusta, ¿verdad? —inquirió jadeante—. Ya sabía yo que te iba a gustar, saco de pus. Te gusta tenerlo dentro del culo, ¿verdad? Di que sí, saco de pus. Di que sí o te vas ahora mismo al infierno.

—Sí —gimió Trashcan.

—¿Quieres que ahora te lo haga yo?

Él no quería. Excitado o no, no quería, pero se lo calló.

—Sí...

—Yo no tocaría tu polla ni aunque fuera de diamantes. Háztelo tú mismo. ¿Para qué crees, si no, que Dios te dio dos manos?

¿Cuánto tiempo duró aquello? Sólo Dios lo sabía. Trashcan sólo sabía que con una mano a la espalda masturbaba a Boy y, al mismo tiempo, padecía las acometidas del revólver en su ano.

¿Un minuto, una hora, un año? ¿Qué diferencia había? Estuvo seguro que tan pronto como sobreviniera el orgasmo del muchacho, él sentiría dos cosas al mismo tiempo: el chorro caliente de la eyaculación de aquel pequeño monstruo en las nalgas y la agonía desgarradora de una bala rugiendo a través de sus órganos vitales. El enema definitivo.

Entonces las caderas del muchacho se paralizaron y su pene pasó por las distintas convulsiones en la mano de Trashcan. Su puño se tornó seboso, como un guante de goma. Un instante después, el cañón del arma se retiró. Lágrimas silenciosas de alivio rodaron por las mejillas de Trashcan. No le atemorizaba la muerte al servicio del hombre oscuro, pero no quería morir en aquella lóbrega habitación de motel en manos de un psicópata. No antes de haber visto Cíbola. Él habría rezado a Dios, pero supo por instinto que Dios no prestaría oído a quienes habían manifestado su sumisión al hombre oscuro. Y, en definitiva, ¿qué había hecho Dios para favorecer a Trashcan?

¿O a Donald Merwin Elbert?

En el silencio palpitante, la voz del muchacho entonó una canción, desafinando y derivando hacia el sueño:

—Mis compadres y yo estamos haciéndonos conocer muy bien... sí, los tipos duros nos conocen y nos dejan en paz...

Luego empezó a roncar.

Ahora me marcharé, pensó Trashcan. Pero temió despertar al muchacho. Me marcharé tan pronto como me asegure de que está dormido de verdad. Cinco minutos. No requerirá más tiempo.

Pero nadie sabe cuánto duran cinco minutos en la oscuridad. Podría decirse que cinco minutos en la oscuridad no existen. Esperó. Se dio media vuelta y dormitó sin saber que dormitaba. No pasó mucho tiempo sin que se deslizara por la pendiente del sueño.

Se encontró en una carretera tenebrosa situada a gran altura. Las estrellas parecían lo bastante cercanas para alcanzarlas y tocarlas. Se tenía la sensación de poder cogerlas del cielo y meterlas dentro de un jarro, como luciérnagas. Hacía un frío glacial. Estaba muy oscuro. Pudo ver, iluminadas por la pálida luz estelar, las caras vivas de las rocas a lo largo de esa ruta.

Y entre las tenebrosas sombras, algo caminó hacia él.

Entonces se oyó su voz, que venía de ninguna parte y de todas partes: *En las montañas te daré la señal. Te mostraré mi poder. Te mostraré lo que les sucede a quienes se oponen a mí. Espera. Vigila.*

Unos ojos rojos empezaron a abrirse en la oscuridad como si se hubiese colocado treinta y seis lámparas de peligro con caperuzas, y ahora ese alguien retirará las caperuzas a pares. Eran ojos, y todos rodeaban a Trashcan en un anillo fatídico. Al principio, creyó que eran ojos de comadreja, pero cuando el anillo se estrechó fueron de grandes lobos grises de montaña, con las orejas enhiestas y las babas goteando de sus oscuras bocas.

Sintió miedo.

No van por ti, mi buen y leal servidor. ¿Lo ves?

Y todos se marcharon. Así, sin más, los jadeantes y montaraces lobos grises se fueron.

Vigila, dijo la voz.

Espera, dijo la voz.

El sueño terminó. Trashcan despertó para descubrir un sol brillante entrando por la ventana de la habitación. El muchacho estaba plantado delante de ésta, y no parecía afectado por su encuentro de la noche anterior con la ya difunta Adolph Coors Company. Llevaba el pelo peinado con los antiguos rizos y ondas, y el hombre admiraba su imagen reflejada en el cristal. Había colocado su cazadora de cuero sobre el respaldo de una silla. Las patas de conejo colgaban de la cintura como minúsculos cadáveres en la horca.

—¡Eh, saco de pus! Pensé que necesitaría engrasarte otra vez la mano para despertarte. Vamos, tenemos una gran jornada por delante. Un montón de cosas van a suceder hoy. ¿Tengo razón o no?

—Seguro que la tienes —replicó Trashcan con una extraña sonrisa.

Cuando Trashcan surgió del sueño en la tarde del 5 de agosto, se encontraba todavía tendido sobre la mesa de *blackjack* en el casino del Gran Hotel MGM. Repantigado en una silla delante de él había un joven de pelo rubio pajizo y lacio con gafas ahumadas de espejo. Lo primero que observó Trash fue la piedra colgada alrededor de su cuello en el escote de la abierta camisa. Negra con una grieta roja en el centro. Como el ojo de un lobo en la noche.

Intentó decir que tenía sed, pero sólo consiguió emitir un débil sonido.

—Veo que te has pasado algún tiempo bajo el sol —dijo Lloyd Henreid.

—¿Eres él? —murmuró Trash—. ¿Eres...?

—¿El gran hombre? No, no soy él. Flagg está en Los Ángeles. Pero sabe que estás aquí. Hablé por radio con él esta tarde.

—¿Va a venir?

—¿Sólo para verte? ¡No, diablos! Él estará aquí a su debido tiempo. Tú y yo, amigo, somos gente de poca monta. Él estará aquí a su debido tiempo. —Y reiteró la pregunta que había hecho al hombre alto aquella mañana no mucho después de que Trashcan llegase tambaleante—. ¿Tan ansioso estás de verlo?

—Sí... no... No lo sé.

—Bien, sea como sea tendrás tu oportunidad.

—Tengo sed...

—Eso tiene fácil remedio. Bebe esto.

Le alargó un gran termo lleno de refresco Kool-Aid. Trashcan lo vació y luego se inclinó sujetándose el estómago y gimiendo. Cuando el calambre pasó, lanzó a Lloyd una estúpida mirada de gratitud.

—¿Crees que podrás comer algo? —preguntó Lloyd.

—Sí, me parece que sí.

Lloyd se volvió hacia un hombre plantado detrás de ellos. El individuo estaba haciendo girar, ocioso, la rueda de la ruleta dejando que la pequeña bola blanca brincara alocadamente.

—Roger, di a Whitney o a Stephanie-Ann que traigan cuanto antes unas patatas fritas y un par de hamburguesas a este hombre. ¡No, mierda! ¿Qué estoy pensando? Lo vomitará por todas partes. Que sea sopa. Traedle algo de sopa. ¿Le irá bien eso, amigo?

—Cualquier cosa —murmuró agradecido Trash.

—Aquí tenemos un tipo llamado Whitney Horgan —dijo Lloyd—. Antes era carnicero. Es un rollizo y pesado saco de mierda, pero ¡Dios, cómo cocina! Y aquí tiene de todo. Los frigoríficos se hallaban repletos. ¡Jodida Las Vegas! ¿No te parece el lugar más condenado que jamás has visto?

—Sí —reconoció Trash, a quien le gustó Lloyd antes de saber siquiera su nombre—. Es Cíbola.

—¿Cómo dices?

—Cíbola. Buscada por muchos.

—Sí, muchos la han buscado durante años, pero casi todos se marcharon como si lamentaran haberla encontrado. Bueno, llámala como te apetezca, colega... Pareces haberte cocido en el camino. ¿Cómo te llamas?

—Trashcan.

Lloyd no mostró extrañeza.

—Con un nombre como ése yo apostaría que eras motorista.

Le tendió la mano. En las yemas de sus dedos estaban todavía las marcas de su estancia en la cárcel de Phoenix donde casi murió de inanición.

—Yo soy Lloyd Henreid. Celebro conocerte, Trash. Bienvenido a bordo de la *Lollypop*.

Trashcan estrechó la mano que se le ofrecía y hubo de esforzarse para no llorar de gratitud. Que él recordase era la primera vez en su vida que alguien se dignaba a estrecharle la mano. Él estaba aquí. Había sido aceptado. Al fin *era parte de algo*. Habría hecho dos veces su reciente viaje por el desierto para disfrutar de este momento, se habría quemado el otro brazo y también ambas piernas.

—Gracias —farfulló—. Gracias, señor Henreid.

—Joder, chico... Llámame Lloyd.

—De acuerdo. Gracias, Lloyd.

—Eso está mejor. Después de comer te llevaré arriba y te daré una habitación. Mañana te pondremos a hacer algo. Según creo, el gran hombre ha concebido una cosa para ti; pero hasta entonces hay mucho que puedes hacer. Hemos puesto en marcha una buena parte de este lugar. Allá arriba en Boulder Dam un equipo está intentando recuperar toda la fuerza eléctrica. Otro trabaja en las reservas de agua. Hemos destacado patrullas exploradoras, pero te evitaremos esa actividad por algún tiempo. Parece que has tomado sol suficiente para un mes.

—Supongo que sí —respondió Trashcan con una débil sonrisa.

Estaba ya dispuesto a dar su vida por Lloyd Henreid. Sacando fuerzas de flaqueza señaló la piedra que pendía del cuello de éste y preguntó:

—¿Qué es...?

—La llevamos los que estamos encargados de todo. Idea *suya*. Es azabache. No tiene nada de roca, ¿sabes? Es como una burbuja de aceite.

—Me refiero a... la luz roja. El ojo.

—A ti también te lo parece, ¿eh? Es una hendidura. Idea especial de él. Yo no soy el tipo más listo que él tiene en sus filas, ni siquiera el más listo en el viejo Lost Wages; no, ni mucho menos. Pero soy... mierda, supongo que podría decirse que soy su mascota. —Miró a Trash—. Quizá tú también lo seas. ¡Quién sabe! Flagg es muy reservado. Sea como sea, oímos hablar sobre ti de un modo especial. Whitney y yo. Hay demasiados fijándose de un modo especial en demasiados. —Hizo una pausa—. Aunque supongo que él podría, si quisiera hacerlo. Supongo que él podría tomar nota de cualquiera.

Trashcan asintió.

—Él sabe hacer magia —informó Lloyd con voz enronquecida—. Yo lo he visto. Me horrorizaría estar en el otro bando, ¿sabes?

—Sí —convino Trashcan—. Ya vi lo que le sucedió a Boy.

—¿Boy?

—El tipo que venía conmigo hasta que alcanzamos las montañas. —Se estremeció—. No quiero hablar de ello.

—Bueno, hombre. Aquí llega tu sopa. Y Whitney ha añadido una hamburguesa. Te encantará. Ese tipo hace unas hamburguesas fantásticas, pero procura no vomitarla, ¿eh?

—De acuerdo.

—En cuanto a mí, tengo lugares que visitar y gente a quien ver. Si mi viejo camarada Poke me viera ahora, no se lo creería. Estoy más atareado que un tío cojo en una carrera pedestre. Nos veremos más tarde.

—Seguro —dijo Trashcan, y luego añadió casi con timidez—: Gracias por todo.

—No me lo agradezcas a mí —dijo amable Lloyd—. Agradéceselo a él.

—Así lo haré —repuso Trashcan—. Cada noche.

Pero estaba hablando consigo mismo. Lloyd se había alejado ya por el vestíbulo y conversaba con el individuo que había traído la sopa y la hamburguesa. Trashcan los miró afectuoso hasta perderlos de vista, y luego empezó a comer vorazmente. Se habría sentido estupidamente si no hubiese mirado el plato de sopa: era de tomate y tenía el color de la sangre.

Lo empujó a un lado. Su apetito desapareció de repente. Estuvo muy bien eso de decir a Lloyd que no quería hablar acerca de Boy, pero dejar de *pensar* en lo que le había sucedido era una cosa muy distinta.

Se acercó a la rueda de la ruleta sorbiendo del vaso de leche que le habían traído con la comida. Impulsó la rueda y dejó caer la bola blanca en la fuente. Ésta rodó por el borde; luego, entró en las ranuras y empezó a saltar arriba y abajo. Pensó en Boy. Se preguntó si vendría alguien para indicarle cuál era su habitación. Pensó otra vez en Boy. Se planteó si la bola se pararía en un número rojo o en uno negro... Pero pensó sobre todo en Boy. La saltarina bola se detuvo en una ranura. La rueda se paró. La bola se quedó en el doble cero verde.

Gana la casa.

En aquel día despejado de 27 °C, cuando se dirigían desde Golden a las Rocosas a lo largo de la interestatal 70, Boy había renunciado a la Coors en favor de una botella de *whisky* Rebel Yell. Otro par de botellas se alojaban entre los dos sobre el asiento, cada una en un cartón vacío de leche para que no rodaran y se rompieran. De cuando en cuando Boy sorbía de la botella, se enjuagaba con un trago de pepsi-cola y luego vociferaba a pleno pulmón: «¡Maldito calor!» o «¡Guay!» o «¡Motor sexy!». Había comentado ya varias veces que él mearía Rebel Yell si pudiera, y preguntado a Trashcan si se lo creía. Y Trashcan, pálido y todavía con la resaca de la noche anterior, decía a todo que sí.

Pero ni siquiera Boy podía lanzarse a noventa por aquellas carreteras. Redujo la velocidad a sesenta y gruñó contra las jodidas montañas. Luego, se animó.

—Cuando lleguemos a Utah y Nevada recuperaremos parte del tiempo perdido, Trashy. Esta pequeña preciosidad hace ciento sesenta en el llano. ¿Puedes creértelo?

—Es un coche estupendo —comentó Trashcan con una sonrisa de besugo.

—Puedes apostar el culo, tío.

Boy tomó otro sorbo de Rebel Yell, se enjuagó con pepsi y luego gritó «¡Guay!» con toda la fuerza de sus pulmones.

Trash contempló extasiado el paisaje que desfilaba ante sus ojos, bañado por el sol de media mañana. La interestatal había sido abierta en la ladera de la montaña, y a ratos viajaban entre enormes muros de roca viva. Los peñascos que él vio en su sueño de la noche anterior. ¿Se mostrarían de nuevo sus ojos rojos una vez oscureciera?

Se estremeció.

Poco después observó que su velocidad había descendido de sesenta a cuarenta. Luego a treinta. Boy masculló unos juramentos monótonos y horribles. El cupé sorteó un tráfico cada vez más denso, paralizado y mortalmente silencioso.

—¿Qué coño es esto? —se enfureció Boy—. ¿Qué ha hecho esta gente? ¿Han decidido todos morir a tres mil jodidos metros de altitud? ¡Eh, estúpidos jodidos, fuera de mi camino! ¿Es que no me oís? ¡Apartaos de mi camino, joder!

Trashcan se encogió.

Al salir de una curva se encontraron con un apilamiento horrendo de cuatro coches que bloqueaban por completo los carriles de la carretera hacia el oeste. Un hombre muerto, cubierto de sangre reseca que formaba una costra desigual, yacía boca abajo despatarrado en la carretera. Cerca de él había una muñeca Chatty-Cathy rota. Una barrera de acero con postes de dos metros bloqueaba el camino para contornear por la izquierda aquel amasamiento. Por la derecha, el terreno caía hacia la brumosa distancia.

Boy bebió Rebel Yell y condujo el cupé hacia el despeñadero.

—Agárrate, Trashy —susurró—. Vamos a contornearlo.

—No hay espacio —graznó Trashcan.

—Sí, el suficiente —susurró Boy.

Sus ojos relucieron. Empezó a sacar el coche de la carretera. Al poco, las ruedas del lado derecho giraron con sigilo sobre los escombros de desnivel.

—No cuentes conmigo —se apresuró a decir Trashcan. Y agarró la manilla de la puerta.

—Tú te quedas ahí sentado —ordenó Boy—. ¿O prefieres ser un saco de pus muerto?

Trash volvió la cabeza y se encontró con el cañón del 45. Boy rió tenso entre dientes.

Trashcan se respaldó en su asiento. Quiso cerrar los ojos pero no pudo. En su costado del coche, los últimos quince centímetros de desnivel se perdieron de vista. Ante él apareció un vasto paisaje de pinos azulados e inmensos peñascos. Pudo imaginarse los neumáticos Goodyear del cupé a diez centímetros del borde... luego a cinco...

—Otro par de centímetros —canturreó Boy con ojos desorbitados y sonrisa de poseso mientras el sudor perlaba aquella pálida frente de muñeca—. Sólo uno... más.

Aquello terminó a toda prisa. Trashcan sintió que la parte trasera derecha del coche se deslizaba de repente hacia fuera y abajo. Oyó la caída de un desprendimiento, primero de guijarros, luego de piedras grandes. Lanzó un grito. Boy profirió maldiciones, encajó la primera y pisó el acelerador. Por la izquierda, donde habían estado bordeando el cadáver patas arriba de un microbús Volkswagen, llegó el chirrido de metal contra metal.

—¡Vuela! —gritó Boy—. ¡Hazlo como un jodido pájaro de culo gordo! ¡Vuela! ¡Maldita sea, vuela!

Las ruedas traseras del cupé patinaron. Por un instante su impulso hacia el despeñadero pareció aumentar, pero de pronto brincó, se agarró al terreno y estuvieron de nuevo sobre la carretera.

—¡Te dije que lo conseguiría! —exclamó triunfante Boy—. ¡Maldita sea! ¿Lo hemos hecho o no? ¿Lo hemos hecho o no, Trashy, jodida mierda de pollo?

—Lo hemos hecho —repuso Trashcan muy tranquilo aunque estuviera temblando de pies a cabeza.

Parecía incapaz de dominarse. Y entonces, por segunda vez desde que encontró a Boy, dijo una cosa capaz de salvarle la vida... Si no la hubiese dicho, Boy seguramente lo habría matado, según su extraña manera de celebración.

—Buena conducción, campeón. —Él no había llamado «campeón» a nadie en toda su vida.

—Bah, no tan buena —contestó condescendiente Boy—. Hay algunos tíos en el país que podrían haberlo hecho. ¿Puedes creértelo?

—Si tú lo dices, Boy...

—No me lo cuentes, tío, yo te lo contaré a ti, joder. Bien, allá vamos. Todo sea por la jornada de un día.

Pero su avance no duró mucho. Un cuarto de hora después, el cupé de Boy se detuvo, a dos mil quinientos kilómetros de su punto de origen en Shreveport, Luisiana.

—No puedo creerlo —exclamó Boy—. Por la jodida madre, ¡no puedo creerlo!

Se apeó de un salto agarrando con la mano izquierda la botella de Rebel Yell, tres cuartas partes vacía.

—¡Salid de mi carretera! —rugió Boy dando saltos con sus grotescas botas de tacón alto, una minúscula fuerza natural de destrucción, como un terremoto dentro de un frasco—. ¡Salid de mi carretera, fornicadores de vuestra madre! ¡Estáis muertos, todos vosotros pertenecéis al jodido osario! ¡No tenéis nada que hacer en mi jodida carretera!

Arrojó lejos la botella de Rebel Yell, que se estrelló contra el costado de un viejo Porsche y se rompió en mil pedazos. Boy quedó silencioso, jadeando y un poco tambaleante.

Esta vez el problema no era tan simple como un apilamiento de cuatro o cinco coches. Esta vez el problema era, ni más ni menos, que de circulación. Aquí los carriles en dirección este estaban separados de los de dirección oeste por una herbosa partición central de unos diez metros. El cupé podría pasar de un lado de la autopista al otro pero las condiciones de ambas arterias eran idénticas: los cuatro carriles se hallaban atestados con un tráfico de seis carriles, parachoques contra parachoques, costados contra costados. Algunos conductores habían intentado utilizar la partición central aunque estuviese llena de rocas que surgían del suelo grisáceo como dientes de dragón. Quizá algunos vehículos de bastidor alto hubieran tenido cierto éxito, pero lo que Trashcan vio en la partición central fue un cementerio de automóviles, un amontonamiento de hierro, aplastado, hundido, triturado. Era como si una locura colectiva hubiese afectado a todos los conductores y hubieran decidido celebrar un demencial *derby* apocalíptico en la interestatal 70, allí arriba en las montañas Rocosas de Colorado.

Bien puedo decir que he visto llover Chevrolets del cielo. Casi rió, pero se apresuró a taparse la boca. Si Boy le oyera reír, probablemente no volviera a hacerlo nunca más.

Boy regresó dando zancadas con sus botas de tacón alto y el atusado pelo reluciendo al sol. Su cara era la de un basilisco enano. Le dominaba tal furia que tenía los ojos desorbitados.

—No pienso abandonar mi jodido coche —declaró—. ¿Me oyes? Ni hablar. No lo abandonaré. Empieza a andar, Trashy, ve hacia allá y mira hasta dónde llega este jodido embotellamiento. Tal vez sea un camión atravesado en la calzada, no lo sé. Sólo sé que no podemos dar jodida marcha atrás. Perdimos el desnivel. Nos iríamos al fondo. Pero me importa una mierda que sea un camión atascado o algo parecido. Me montaré en estos hijos de puta uno por uno y los enviaré al despeñadero. Ahora muévete, tío.

Trash no discutió. Echó a caminar despacio por la carretera haciendo eses entre el mazacote de coches. Se dispuso a agacharse y correr tan pronto como Boy empezara a disparar. Pero Boy no hizo tal cosa. Cuando Trashcan creyó hallarse ya a una distancia prudente, es decir, fuera del alcance del revólver, se encaramó a un camión cuba y miró hacia atrás. Boy, una miniatura de golfo callejero procedente del infierno, ahora con auténtico tamaño de muñeca a doscientos cincuenta metros de distancia, estaba tomando un trago, apoyado contra el costado de su cupé. Trashcan pensó saludarle con la mano pero se dijo que sería una mala idea.

Trashcan inició su caminata aquel día hacia las diez y media de la mañana. Su avance fue lento, hubo de trepar por techos de coches y camiones, tan apretados estaban los vehículos, y cuando llegó el primer letrero de TÚNEL CERRADO eran ya las tres y cuarto de la tarde. Había hecho dieciséis kilómetros más o menos. No era gran cosa, sobre todo para alguien que había cruzado un veinte por ciento del país en una bicicleta... Pero, considerando los obstáculos, pensó que dieciséis kilómetros era una distancia bastante impresionante. Podría haber vuelto para decir a Boy que el paso era imposible... suponiendo que tuviera intención de volver. Pero no la tuvo, por supuesto. Trashcan no había leído muchos libros de historia (después de la terapia del electrochoque, la lectura se le había hecho algo difícil); pero no lo necesitaba para hallarse enterado de que, en la antigüedad, los reyes y emperadores solían matar a los portadores de malas nuevas por simple resentimiento. Lo que él sabía era suficiente. Había visto lo bastante de Boy para saber que no quería verlo más.

Se quedó plantado cavilando sobre el letrero, letras negras sobre fondo anaranjado con forma de diamante. Lo habían derribado y estaba bajo la rueda de una cosa que parecía el Yugo más viejo del mundo, TÚNEL CERRADO. ¿Qué túnel? Miró al frente, protegiéndose los ojos, y creyó ver *algo*. Avanzó otros trescientos metros, encaramándose a los coches cuando era necesario, y llegó a un alarmante amasijo de vehículos aplastados y cadáveres. Algunos turismos y camiones habían ardidado hasta los ejes. Muchos eran vehículos del ejército, y numerosos cuerpos estaban vestidos de caqui. Más allá de la escena de aquella batalla, pues Trashy estaba seguro de que había sido eso, recommenzó el embotellamiento de circulación. Y todavía más allá, en dirección este y oeste, ésta desapareció dentro de dos huecos gemelos de lo que un letrero inmenso asegurado a la roca viva anunciaba como el TÚNEL EISENHOWER.

Se acercó, con el corazón agitado, sin saber lo que intentaba hacer. Aquellos huecos gemelos internándose en la roca le intimidaron y, cuando se acercó más, el recelo se tornó en miedo. Habría comprendido a la perfección los sentimientos de Larry Underwood acerca del túnel Lincoln; durante un instante ambos fueron hermanos en espíritu, y compartieron el mismo miedo.

La principal diferencia consistía en que, mientras el paso para peatones del túnel Lincoln estaba a considerable altura sobre la calzada, aquí estaba lo bastante bajo para que algunos coches hubieran intentado pasar con dos ruedas sobre el paso para peatones y las otras dos sobre la carretera. El túnel medía tres kilómetros de longitud. La única forma de franquearlo sería pasando de un coche a otro en la oscuridad más tenebrosa. Ello requeriría horas.

Trashcan sintió que las entrañas se le licuaban. Se quedó plantado mirando el túnel durante largo rato. Hacía un mes, Larry Underwood había penetrado en su túnel a despecho del miedo. Tras una larga contemplación, Trashcan dio media vuelta y empezó a caminar hacia Boy, con los hombros caídos y las comisuras de la boca temblorosas. Lo que le hizo regresar no fue sólo la inexistencia de un espacio despejado para caminar ni la longitud del túnel. Trash, que había vivido toda su vida en Indiana, no tenía ni idea de lo largo que era el túnel Eisenhower. Larry Underwood había sido motivado, y quizá controlado, por una vena subyacente de egoísmo, por la lógica de la supervivencia: Nueva York era una isla y él necesitaba abandonarla. El túnel significaba el escape más rápido: caminaría con la mayor ligereza posible, haría como el que se tapa la nariz y traga aprisa porque sabe que la medicina le sabrá mal. Trashcan era un hombre curtido, habituado a aceptar los golpes del destino y de su propia naturaleza tan inexplicable, y hacerlo así con la cabeza humillada. Por añadidura, su catastrófico encuentro con Boy le había acobardado, casi lavado el cerebro. Se vio lanzado a velocidades lo bastante altas como para ocasionar una lesión cerebral. Fue amenazado con la extinción si no lograba beber una cerveza sin parar y sin vomitarla después. Lo habían sodomizado con el cañón de un revólver. Y estuvo a punto de caer desde tres mil metros por el borde de la autopista. Después de todo eso, ¿cómo podía sacar fuerzas de flaqueza para reptar por un agujero perforado en la base de la montaña, un agujero donde quién sabía

cuántos horrores iba a encontrar en la oscuridad? No podía hacerlo. Otros, tal vez, pero no Trashcan. Y hubo también cierta lógica en la idea de volverse atrás. Era la lógica del derrotado, del alienado; pero así y todo tuvo su perverso encanto. Él *no* estaba en una isla. Si hubiera de retroceder durante el resto del día y, durante el siguiente, para encontrar una carretera que pasara por las montañas en lugar de atravesarlas, lo haría. Tendría que cruzarse con Boy, cierto; pero pensó que éste podría haber cambiado de idea y haberse marchado. Tal vez estuviera borracho perdido. O incluso muerto, aunque Trash dudaba que el destino le deparase una suerte tan extraordinaria. En el peor de los casos, si Boy se hallase todavía allí, observando y esperando, Trashcan podría aguardar hasta la oscuridad y entonces deslizarse sigiloso como una comadreja o cualquier animalillo del monte bajo. Luego continuaría hacia el este hasta encontrar la carretera que buscaba.

Llegó el camión cuba desde donde había visto Boy y su mítico cupé. Hizo mejor tiempo en el viaje de vuelta. Esta vez no se encaramó en los techos de los coches, pues su silueta se habría destacado muy clara en el cielo vespertino, sino que empezó a reptar de un coche a otro procurando no hacer ruido. Boy podría estar alerta y vigilante. Con un tipo así nunca se sabía lo que podría suceder, y no convenía arriesgarse. Deseó haber cogido el fusil de algún soldado, aunque él no hubiera utilizado en su vida un arma de fuego. Siguió reptando y los guijarros de la carretera se le clavaron dolorosamente en la mano herida. Eran las ocho en punto y el sol se había escondido tras las montañas.

Trashcan se detuvo detrás del capó del Porsche contra el que Boy había arrojado su botella, y poco a poco alzó los ojos por encima de él. Sí, allí estaba el incomparable cupé con su flamante pintura dorada, su parabrisas convexo y su aleta de tiburón alzándose como si quisiera cortar el cielo cárdeno de la tarde. Boy se hallaba repantigado detrás del volante, con los ojos cerrados y la boca abierta. El corazón de Trashcan pareció vocear una victoria dentro del pecho. «¡Borracho perdido! —proclamó su corazón—. ¡Dios! ¡Está borracho perdido!». Trash pensó que podría alejarse de allí por lo menos treinta kilómetros antes de que Boy despertara. Pero tendría que ser cauteloso.

Se deslizó de un coche a otro, como una chinche de agua cruzaría la superficie tranquila de un estanque, dejó a su izquierda el cupé y lo rodeó hasta quedar justo detrás. Ahora sólo era cuestión de poner la máxima distancia entre él y aquel demente...

—¡Alto ahí, estúpido chupapollas!

Trash quedó paralizado a cuatro patas. Se hizo pis en los pantalones y su cerebro se transformó en un despavorido pájaro negro. Volvió un poco la cabeza; los tendones del cuello crujieron como las bisagras de una puerta en una casa embrujada. Allí estaba Boy, resplandeciente, llevaba una camisa verde y dorada iridiscente y unos pantalones de pana descolorida. Empuñaba un 45 en cada mano. Una horrible mueca de odio y furor descomponía su rostro.

—Estaba explorando por este lado... —Trashcan oyó atónito de su propia voz—. Para asegurarme de que no había moros en la costa.

—Seguro... Estabas explorando a cuatro patas, mamón. Yo me encargaré de despejar tu jodida costa. Ven aquí.

Trashcan se puso en pie como buenamente pudo y se mantuvo firme agarrándose a la manilla de la puerta de un coche. Las bocas de las dos 45 de Boy parecieron tan grandes como los huecos del túnel Eisenhower. En ese momento se encontró mirando cara a cara a la muerte. No se llamó a engaño. Esta vez no habría palabras adecuadas para evitarla.

Ofreció una plegaria silenciosa al hombre oscuro: Por favor, ¡daré mi vida por ti si ésa es tu voluntad!

—¿Qué has visto allá arriba? —preguntó Boy—. ¿Un revoltijo de coches?

—Un túnel. Atestado. Por eso regresé, para contártelo. Por favor...

—¡Un túnel! —gimió Boy—. ¡Por la cabeza calva de Jesucristo! —El ceño reapareció—. ¿No me estarás mintiendo, jodido marica?

—¡No! ¡Te juro que no! Creo que el letrero pone «Túnel Eisenhower», pero tengo ciertas dificultades con las palabras largas. Yo...

—Cierra tu maldito pico. ¿A qué distancia?

—Doce kilómetros. Quizá más.

Por un momento Boy guardó silencio, mirando hacia el oeste a lo largo de la autopista. Luego lanzó una mirada fulminante a Trashcan.

—¿Intentas decirme que este embotellamiento tiene doce kilómetros de largo?

Boy puso los gatillos de las armas a medio percutor. Trashcan, que no sabría distinguir entre el medio percutor y un saco lleno de ranas, chilló como una mujer y se tapó los ojos.

—¡No miento! —gritó—. ¡Te lo juro!

Boy lo miró durante largo rato. Por fin bajó los percutores de sus armas.

—Voy a matarte, Trashy —dijo sonriente—. Te voy a arrebatarse tu jodida vida. Pero primero caminaremos hasta el amontonamiento que franqueamos esta mañana. Tú te encargarás de despeñar la furgoneta. Después desandaré camino y buscaré un rodeo. No pienso abandonar mi jodido coche —añadió petulante.

—No me mates, por favor —balbuceó Trashcan—. No lo hagas.

—Tal vez no lo haga si consigues despeñar esa furgoneta Volkswagen en menos de quince minutos. ¿Puedes creértelo?

—Sí —dijo Trash.

Pero como había visto aquellos ojos de un brillo preternatural, no se lo creyó. Regresaron al amontonamiento. Trashcan marchaba delante de Boy con piernas bamboleantes como si fueran de goma. Boy caminaba con remilgo. La cazadora de cuero crujía en sus pliegues. Una sonrisa vaga, casi dulce fruncía sus labios de muñeca.

Cuando llegaron al apilamiento, el crepúsculo había desaparecido o poco menos. El microbús estaba volcado de costado, los tres o cuatro ocupantes eran un amasijo de brazos y piernas que gracias a la luz decreciente resultaba difícil de ver. Boy pasó junto a la furgoneta y se detuvo en el desnivel mirando el lugar por el que habían pasado diez horas antes. Una de las rodadas del cupe seguía todavía allí pero la otra se había desmoronado con la tierra desprendida.

—Ni hablar —dijo tajante Boy—. No podemos pasar por aquí otra vez a menos que excavemos y movamos la tierra un poco. No me lo digas, yo te lo diré.

Por un instante Trashcan tuvo la idea de arremeter contra él y empujarle por el borde. Entonces Boy dio media vuelta. Sus revólveres apuntaron de manera casual hacia el estómago de Trashcan.

—Dime, Trashy, ¿te han pasado pensamientos malévolos por la cabeza? No pretenderás decirme que no es así. Puedo leerlo en tu cara como si fuera un jodido libro.

Trashcan movió la cabeza de un lado a otro.

—No cometas un error conmigo, Trashy. Es lo único en este ancho mundo que no te conviene hacer. Ahora ponte a empujar esa furgoneta. Tienes quince minutos.

Había un Austin aparcado cerca del amontonamiento. Boy abrió la puerta y, como si nada, sacó de un tirón el cadáver hinchado de una adolescente. Se quedó con un brazo en la mano y lo arrojó a un lado despreocupadamente. Se sentó en el asiento desocupado con los pies en el pavimento. Alardeando de buen humor, hizo un ademán con sus revólveres a la figura temblorosa y encogida de Trashcan.

—Se pasa el tiempo, querido colega. —Echó la cabeza hacia atrás y cantó—: ¡Aquí viene Johnny con su polla en la mano, es un hombre de cuerpo entero, y marcha al rodeooo! Eso está bien, Trashy, pon manos a la obra, te quedan sólo doce minutos, un empujón a la izquierda, un empujón a la derecha, vamos, jodido zopenco, planta el pie derecho como es debido...

Trash se apoyó contra el microbús. Tensó las piernas y empujó. El vehículo se movió unos centímetros hacia el borde. En el fondo de su alma, la esperanza, esa semilla indestructible del corazón humano, empezó a reverdecir. Boy era irracional, impulsivo, lo que Carley Yates y sus compinches del billar hubieran llamado más loco que una rata de vertedero. Tal vez si precipitaba la furgoneta por el despeñadero y despejaba el camino para su precioso cupé, aquel lunático le dejara vivir.

Tal vez.

Trash bajó la cabeza, agarró los bordes de la carrocería y empujó con todas sus fuerzas. El dolor le laceró el brazo quemado, y comprendió que el nuevo tejido, todavía muy frágil, reventaría. Luego, el dolor se hizo pura agonía.

El microbús se movió seis o siete centímetros. El sudor cayó por la frente de Trashcan y le escoció los ojos como lubricante caliente.

—¡Aquí viene Johnny con su polla en la mano, es un hombre de cuerpo entero y marcha al rodeooo! —cantó Boy—. Un empujón a la izquierda, un empujón a la derecha...

La canción se quebró como una rama seca. Trashcan levantó la vista, aprensivo. Boy saltó fuera del Austin y se plantó mostrando el perfil a Trash y mirando fijamente a través de la autopista hacia los carriles en dirección este. Una cuesta abrupta se alzaba más allá de ellos, ocultando casi el cielo.

—¿Qué coño ha sido eso? —susurró Boy.

—No he oído nada, na...

Entonces Trash oyó algo. Un leve rodar de guijarros y piedras al otro lado de la autopista. Su sueño retornó a él en una rememoración súbita y total que le heló la sangre y le evaporó toda la saliva en la boca.

—¿Quién está ahí? —vociferó Boy—. ¡Será mejor que contestes! ¡Contesta, maldita sea, o empezaré a disparar!

Y tuvo su respuesta, pero no de una voz humana. Un aullido se elevó en la noche cual una sirena ronca, ascendiendo y descendiendo hasta quedar en un gruñido gutural.

—¡Dios santo! —exclamó Boy, y su voz se redujo a un leve gañido.

Descendiendo por la cuesta en el lado más distante de la autopista se acercaban varios lobos, escuálidos lobos grises de ojos enrojecidos y fauces babeantes. Eran más de dos docenas. En un éxtasis de terror, Trashcan se orinó otra vez en los pantalones.

Boy rodeó el Austin, alzó sus 45 y empezó a disparar. Las llamas surgieron de los cañones, el estampido de los disparos levantó mil ecos en las montañas dando la impresión de que la artillería había entrado en acción. Trashcan gritó y se tapó los oídos. La brisa nocturna arrastró el humo de la pólvora, todavía caliente. El tuto de cordita le picó en la nariz.

Los lobos se aproximaron, ni de prisa ni de pánico, con andar pausado... Trash se sintió incapaz de apartar la mirada de sus ojos. No eran ojos de lobos ordinarios. Son los ojos de su Maestro, pensó. Su Maestro y el mío. De pronto recordó su oración y dejó de tener miedo. Empezó a sonreír.

Boy vació sus armas y abatió a tres lobos. Se enfundó los 45 sin volver a cargarlos y anduvo unos diez pasos; luego se detuvo. Entretanto, más lobos avanzaron sorteando las oscuras masas de los coches arrumbados, surgiendo como jirones de niebla. Uno de ellos alzó el hocico al cielo y aulló. Otro secundó el grito, después un tercero. Y, por fin, muchos se unieron al coro. Reanudaron su avance.

Boy empezó a retroceder e intentó cargar una de sus armas, pero las balas se le escurrieron entre los dedos. De repente, renunció a ello. El arma se le cayó de la mano y rebotó en el asfalto. Como si eso fuera una señal, los lobos se abalanzaron sobre él.

Con un grito de terror, Boy dio media vuelta y corrió hacia el Austin. Mientras lo hacía, su segundo revólver se salió de la funda y cayó a la carretera. Con un gruñido, el lobo más cercano saltó sobre el justo cuando Boy se zambullía en el Austin y cerraba de golpe la puerta.

Lo consiguió por muy poco. El lobo se apoyó contra la puerta gruñendo y haciendo girar los ojos de un modo horrible. Pronto se le unieron los otros y en un instante el Austin quedó rodeado. Dentro del coche, la cara de Boy fue una luna pequeña y blanca mirando despavorida.

Uno de los lobos se acercó a Trashcan, bajando la cabeza triangular con ojos relucientes como farolillos.

Doy mi vida por ti...

Sin sentir el menor miedo, Trash fue a su encuentro. Le tendió la mano quemada y el lobo se la lamió. Al cabo de un momento, el animal se dejó caer sobre sus cuartos traseros y enroscó su peluda cola alrededor del cuerpo.

Boy lo miró atónito, boquiabierto.

Sonriéndole, Trashcan le hizo un corte de manga.

Dos veces.

Y gritó:

—¡Que te jodan! ¡Estás acabado! ¿Me oyes? ¿Puedes creértelo? ¡Acabado! ¡No me lo digas! ¡Yo te lo diré!

La boca del lobo atrapó con suavidad la mano buena de Trashcan. Éste lo miró. El animal tiró ligeramente de él y lo condujo hacia el oeste.

—Está bien —dijo sereno Trashcan—. Vale, muchacho.

Empezó a caminar y el lobo le siguió de cerca, pisándole los talones como un perro adiestrado. Mientras se alejaban, otros lobos se les unieron surgiendo de entre los coches arrumbados. Ahora Trash caminaba con un lobo delante de él, otro detrás y dos a cada lado. Llevaba escolta igual que un dignatario.



Hizo alto y miró por encima del hombro. Nunca olvidaría lo que vio: un círculo gris de lobos rodeando pacientemente al pequeño Austin, y otro círculo pálido, la cara de Boy mirando hacia fuera con boca gesticulante detrás del cristal. Los lobos parecían reírse de él, con sus lenguas colgando de las fauces abiertas. Sí, y daba la impresión de que le preguntaban cuándo le daría la patada al hombre oscuro y le expulsaría del viejo Los Wages. ¿Cuándo?

Trashcan se preguntó a su vez cuánto tiempo permanecerían los lobos alrededor del pequeño Austin, rodeándolo con un círculo de fauces mortales. Dos días, tres, quizá cuatro. Y Boy seguiría allí mirando hacia fuera. Nada que comer a menos que la adolescente hubiese estado acompañada de un pasajero, nada que beber, con una temperatura en el interior que rondaba los cincuenta grados, porque no se debía olvidar el efecto invernadero. Los perros falderos del hombre oscuro esperarían hasta que Boy muriera de hambre o hasta que enloqueciera lo suficiente para abrir la puerta e intentar huir. Trashcan rió entre dientes en la oscuridad. Boy no era muy grande. Representaría apenas un bocado para cada lobo. Y lo que obtuvieran los animales podría ser puro veneno.

—¿Tengo razón o no? —Se carcajeó mirando a las brillantes estrellas—. ¡No me digas si puedes creértelo! ¡Yo te lo diré, jodido!

Sus fantasmales y grises compañeros siguieron caminando imperturbables alrededor de él sin hacer caso de sus gritos. Cuando alcanzaron el cupé de Boy, el lobo que iba a la zaga se adelantó, olfateó uno de los Goodyear, luego pareció esbozar una sonrisa sardónica y se meó en él.

Trashcan rió hasta que las lágrimas le rodaron por las agrietadas y barbudas mejillas. Su locura, al igual que un plato exquisito, necesitó sólo que el sol del desierto la hiciera hervir a fuego lento para completarla dándole ese toque final de sabor sutil.

Trashcan y su escolta continuaron su camino. Cuando la inmóvil circulación se hizo más densa, los lobos se arrastraron por debajo de los coches con los vientres pegados al asfalto, o bien marcharon por los capós y los techos. Siempre a su lado. Compañeros optimistas y silenciosos con ojos encarnados y colmillos relucientes. Cuando poco después de medianoche alcanzaron el túnel Eisenhower, Trashcan no vaciló y se adentró con decisión en las fauces del camino hacia el oeste. ¿Cómo podía ahora sentir miedo? ¿Cómo temer nada con semejantes guardianes?

Fue un largo recorrido, y Trash perdió la noción del tiempo al poco de iniciarlo. Tanteó a ciegas de un coche al siguiente. Una vez se le hundió la mano en algo húmedo, de una blandura repugnante, y hubo un horrible tufo de putrefacción. Pero ni siquiera entonces se

arredró. De vez en cuando vio ojos rojos en la oscuridad, siempre delante de él, siempre indicándole el camino.

Algún tiempo después, Trash notó una nueva frescura en el aire y apretó el paso. En una ocasión perdió el equilibrio y cayó desde el capó de un coche, estrellándose contra el parachoques del siguiente. Poco tiempo después levantó la vista y vio otra vez las estrellas, ahora palideciendo ante la llegada del alba. ¡Estaba fuera!

A todo esto sus guardianes se habían esfumado. Pero Trashcan cayó de rodillas y dio gracias con una plegaria larga, errática y desquiciada. Había visto en acción la mano del hombre oscuro, la había visto con absoluta claridad.

A despecho de todo lo experimentado desde que despertó la mañana anterior para ver a Boy admirando su peinado ante el espejo de la habitación del Golden Motel, Trash se sentía demasiado exaltado para dormir. Caminó, dejando atrás el túnel, pero antes de haber recorrido tres kilómetros, clareaba ya lo suficiente para proseguir con comodidad. En los carriles hacia el este, el aluvión de coches que habían estado esperando para utilizar el túnel se alargaba indefinidamente.

Al mediodía, Trash empezó a descender del paso de Vail hacia el propio Vail, desfilando ante los complejos de apartamentos. La fatiga estaba a punto de vencerle. Rompió una ventana, abrió una puerta y encontró una cama. Y eso fue todo cuanto recordó hasta el amanecer del día siguiente.

La belleza de la manía religiosa es que tiene el poder de explicarlo todo. Una vez se acepta a Dios (o a Satanás) como la primera causa de lo que sucede en el mundo mortal, nada queda abandonado al azar o al cambio. En cuanto se han dominado las frases mágicas como «ahora vemos a través de un cristal oscuro» y «misteriosos son los caminos que Él elige para hacer sus milagros», se puede arrojar alegremente la lógica por la borda. La manía religiosa es uno de los pocos medios infalibles para responder a las incongruencias del mundo, porque elimina por completo el puro accidente. Para el maníaco religioso, *todo* está hecho a propósito.

Es muy probable que, por esa razón, Trashcan hablara con un cuervo durante casi veinte minutos en la carretera al oeste de Vail, convencido de que se trataba de un emisario del hombre oscuro... o del propio hombre oscuro. Durante largo rato el animal lo miró en silencio, desde su posición en un alto hilo telefónico, sin emprender el vuelo. Incluso sintió aburrimiento o hambre, hasta que Trashcan puso punto final a su efusión de alabanzas y promesas de lealtad.

Cerca de Gran Junction, Trash consiguió otra bicicleta y hacia el 25 de julio había cruzado ya a toda velocidad el Utah occidental por la carretera 4 que conecta la 1-89, en el este, con la gran 1-15, orientada hacia el sudoeste, y que va desde el norte de Salt Lake City hasta San Bernardino, California. Cuando la rueda delantera de su bici decidió, de súbito, separarse del resto de la máquina para seguir corriendo por su cuenta en el desierto, Trashcan salió disparado por encima del manillar para aterrizar de cabeza, un golpe que podría haberle fracturado el cráneo. Corría a cuarenta por hora. Sin embargo, al cabo de cinco minutos fue capaz de levantarse, mientras le brotaba mucha sangre de diversos cortes y laceraciones en la cara; fue capaz de marcarse su pequeño baile entre muecas, y fue capaz de cantar:

—¡Cí-bo-la, doy la vida por ti, Cí-bo-la, pumba, pumba, pum!

Nada hay tan reconfortante para el espíritu abatido o el cráneo roto como una fuerte dosis de «hágase tu voluntad».

El 7 de agosto, Lloyd Henreid visitó la habitación en la que había sido instalado el día anterior el deshidratado y casi delirante Trashcan. Era una hermosa habitación en el piso decimotercero del Gran Hotel MGM. Había una cama redonda con sábanas de seda, y un espejo redondo, del mismo tamaño que la cama, colocado en el techo.

Trashcan miró a Lloyd.

—¿Cómo te encuentras, Trash?

—Bien —contestó él—. Mejor.

—Todo lo que necesitas es algo de comida, agua y descanso —diagnosticó Lloyd—. Te he traído ropa limpia. He necesitado adivinar la talla.

—Tiene un aspecto estupendo.

A decir verdad, Trash nunca podía recordar sus medidas. Cogió los pantalones y la camisa de faena que le ofreció Lloyd.

—Cuando te hayas vestido, baja a desayunar. —Lloyd le habló casi con tono deferente—. La mayoría de nosotros comemos en el *delicatessen* de platos preparados.

—Vale. Allí estaré.

El *delicatessen* hervía de conversaciones. Se detuvo en la entrada, asaltado por un miedo súbito. Cuando entrara allí, todos lo mirarían. Levantarían la vista y se reirían. Alguien empezaría a reír entre dientes al fondo de la habitación, otro le secundaría y al poco todo el local sería un estruendo de risas y dedos acusadores.

«¡Eh, esconded las cerillas, aquí llega el incendiario Trashcan!».

«¡Oye, Trash! ¿Que dijo la vieja Semple cuando le quemaste el cheque de su pensión?».

«¿Mojaste mucho la cama, Trashy?».

El sudor le cubrió la piel haciéndole sentir pegajoso a pesar de la ducha que tomó después de irse Lloyd. Recordó su cara en el espejo del baño, cubierta de magulladuras de lenta cicatrización; su cuerpo, demasiado enjuto; sus ojos, pequeñísimos para las enormes cuencas. Sí, todos se reirían. Trash escuchó el rumor de las conversaciones, el tintineo de los cubiertos y pensó en largarse con sigilo. Pero recordó la forma en que el lobo le había cogido de la mano, con mucha suavidad, para alejarle de la tumba metálica de Boy. Entonces cuadró los hombros y entró.

Algunos le lanzaron una mirada y volvieron su comida y a su conversación. Lloyd estaba sentado ante una gran mesa en el centro del local. Lo llamó. Trash anduvo entre las mesas. Había otras tres personas a la mesa. Todos comían jamón y huevos revueltos.

—Sírvete tú mismo —le indicó Lloyd—. Es una especie de mesa donde la comida se conserva al vapor.

Trashcan cogió una bandeja y se sirvió. El individuo que se hallaba tras el mostrador, de gran estatura y con un sucio gorro de cocinero, le observó.

—¿Es usted el señor Horgan? —le preguntó Trashcan.

Horgan sonrió dejando ver una dentadura llena de huecos.

—Sí, pero no iremos a ninguna parte si me sigues llamando así, chico. Llámame Whitey. ¿Te encuentras mejor? Cuando llegaste parecías una bolsa de basura.

—Sí, estoy mucho mejor, gracias.

—Prueba esos huevos. Come todo lo que quieras, pero ten cuidado con las patatas fritas de la casa. Son viejas y duras. Celebro verte por aquí, chico.

—Gracias —respondió Trash.

Y volvió a la mesa de Lloyd.

—Escucha, Trash, éste es Ken DeMott. El tipo de la calva es Héctor Drogan. Y este muchacho que intenta hacer crecer en su cara lo que brota con generosidad en su trasero, se hace llamar Ace High.

Todos le saludaron con la cabeza.

—Éste es nuestro nuevo chico —presentó Lloyd—. Se llama Trashcan.

Hubo apretones de manos. Trash atacó los huevos. Miró al joven de la barba rala y dijo con tono cortés:

—Por favor, ¿puede pasarme la sal, señor High?

Hubo un momento de sorpresa en que todos se miraron y luego un estallido de risas. Trash los miró pasmado sintiendo que el pánico lo embargaba. Pero entonces escuchó las risas, las escuchó de verdad, tanto con la mente como con los oídos, y comprendió que no había malevolencia en ellas. Aquí nadie le preguntaría por qué no había quemado la escuela en lugar de la iglesia. Aquí nadie se burlaría de él a costa del cheque de la pensión de la vieja Semple. Y él podría sonreír si quería. Y quiso.

—¡Señor High! —exclamó Héctor Drogan riendo entre dientes—. ¡Ah, Ace, te la has ganado! ¡Señor High! Eso me encanta. Si es muy divertido, joder.

Ace High le alargó la sal a Trashcan.

—Sólo Ace, amigo. Así te contestare en todo momento. Tú no me llamarás señor High y yo no te llamaré señor Trashcan. ¿Qué? ¿Cerramos el trato?

—De acuerdo —respondió Trashcan todavía sonriente.

—¡Oh, señor High! —comentó en falsete Héctor Drogan, y rompió a reír otra vez—. No sobrevivirás a eso, Ace. Te lo aseguro.

—Tal vez, pero estoy seguro de que voy a vivirlo —respondió Ace High.

Se levantó con su plato para ir a buscar más huevos. Cuando se alejaba, su mano estrechó por un momento el hombro de Trashcan. Aquella mano era cálida y sólida. Una mano misteriosa que no apretó ni hizo daño.

Trashcan atacó sus huevos sintiendo una calidez agradable. Ese bienestar fue tan extraño a su naturaleza que casi se dejó sentir como una enfermedad. Mientras comía, intentó

analizarlo y comprenderlo. Alzó la vista, miró los rostros en torno y creyó haber entendido lo que era.

Felicidad.

¡Qué grupo de gente tan agradable!, pensó.

Y a renglón seguido se dijo: Estoy en casa.

Se le concedió el día para que durmiera. Pero al siguiente estuvo atareado con un montón de gente en Boulder Dam. Allí se pasaron el día enrollando alambre de cobre en los husos de motores quemados. Trabajó en un banco con vistas al lago Mead, y nadie le supervisó. Trashcan supuso que allí no había capataz ni nada semejante porque todo el mundo pareció tan interesado por lo que estaba haciendo como él mismo.

Pero al siguiente día averiguó algo distinto.

Eran las diez y cuarto de la mañana. Trashcan se hallaba sentado ante su banco enrollando alambre de cobre y con la mente a mil kilómetros de distancia. Estaba componiendo mentalmente una loa al hombre oscuro. Se le había ocurrido empezar a escribir algunos de sus pensamientos sobre *él*. Sería el tipo de libro que la gente querría leer algún día. Gente que sintiera acerca de *él* lo mismo que el propio Trash.

Ken DeMott se acercó a su banco. Parecía pálido y asustado pese a su bronceado del desierto.

—Vamos —dijo—. El trabajo ha terminado. Volvemos a Las Vegas. Todo el mundo. Los autobuses esperan fuera.

—¿Por qué?

Trashcan le miró parpadeante.

—No lo sé. La orden es *suya*. Lloyd la transmitió. Mueve tu trasero, Tracy. Es preferible no hacer preguntas.

Así que no las hizo. Fuera, en el Hoover Driver, aguardaban con los motores en marcha tres autobuses de la escuela pública de Las Vegas. Hombres y mujeres subían a ellos.

Hubo poca charla. Aquel viaje de media mañana a Las Vegas fue la antítesis de los trayectos usuales de ida y vuelta del trabajo. No hubo payasadas, apenas conversación, y no se produjeron las bromas habituales entre las veintitantas mujeres y los treinta y tantos hombres. Cada cual se ensimismó en sus pensamientos.

Cuando se acercaban a la ciudad, Trashcan oyó al tipo sentado al otro lado del pasillo decir a su compañero de asiento:

—Se trata de Heck. Heck Droган. Maldita sea, ¿cómo averigua las cosas ese espectro?

—Cállate —dijo el otro, y lanzó una mirada recelosa a Trashcan.

Trash eludió la mirada y contempló por la ventanilla el paisaje desértico. Una vez más, su espíritu se turbó.

—¡Oh, Dios! —exclamó una de las mujeres cuando descendieron del autobús.

Pero su breve comentario fue el único.

Trashcan miró desconcertado alrededor. Todo el mundo estaba allí. Todo el mundo de Cíbola. Se les había hecho volver a excepción de unos cuantos exploradores que podrían estar en cualquier parte entre la península de México y Texas occidental. Fueron agrupados en semicírculo alrededor de la fuente, más de cuatrocientos en total. Algunos de las últimas filas se encaramaron a las sillas del hotel para poder ver. Hasta que no se acercó más, Trashcan creyó que todos miraban la fuente. Pero, al estirar el cuello, descubrió que había algo tendido sobre el césped delante de la fuente. No pudo distinguir qué era.

Una mano le agarró el codo. Era Lloyd. Su cara parecía pálida y desencajada.

—Te he estado buscando. *Él* quiere verte más tarde. Entretanto nos hemos encontrado con esto. ¡Dios, cómo aborrezco semejantes cosas! Necesito ayuda y has sido elegido.

A Trashcan le dio vueltas la cabeza.

¡*Él* quería verle! ¡*Él*! Pero entretanto estaba *esto*... lo que quiera que fuese.

—¿Qué es eso, Lloyd?

Lloyd no contestó. Sujetando a Trashcan por el brazo lo condujo hacia la fuente. La multitud les abrió paso, casi los rehuyó. El estrecho corredor por el que ambos pasaron, pareció quedar aislado con una capa fría de aborrecimiento y temor.

Whitney Horgan apareció de pie delante de la muchedumbre, fumando un cigarrillo. Uno de sus cachorros estaba apoyado en el objeto que Trash no había podido identificar antes. Era

una cruz de madera. Su segmento vertical medía unos cuatro metros.

—¿Está aquí todo el mundo? —preguntó Lloyd.

—Sí —contestó Whitey—. Supongo que se hallan todos. Winky pasó lista. Tenemos nueve hombres fuera del estado. Flagg dijo que no nos preocupáramos de ellos. ¿Qué tal lo aguantas, Lloyd?

—Estoy bien —repuso Lloyd—. Bueno..., no bien del todo pero, ya sabes, lo superaré.

Whiteyladeó la cabeza.

—¿Cuánto sabe el chico?

—No sé nada —dijo Trashcan más confuso que nunca; la esperanza, el pasmo y el temor pugnaron dentro de su ser—. ¿Qué es esto? Alguien dijo algo sobre Heck...

—Sí, se trata de Heck —asintió Lloyd—. Ha estado haciendo juego sucio. Un jodido golpe. ¡Aborrezco estos jodidos golpes! Vamos, Whitey, díles que lo traigan.

Whitey se alejó y pasó por encima de un hoyo rectangular en el suelo. El hoyo había sido relleno con cemento y parecía tener las medidas justas. Cuando Whitey Horgan subía al trote la ancha escalinata entre las pirámides doradas, Trashcan sintió secársele la boca. Se volvió hacia la silenciosa multitud, expectante en su formación de media luna bajo el cielo azul, luego hacia Lloyd, quien pálido y silencioso miraba la cruz mientras se descabezaba un grano en la barbilla.

—¿Acaso tú... nosotros... le crucificaremos? —logró balbucear al fin Trashcan—. ¿De eso se trata?

Con ademán repentino Lloyd buscó en el bolsillo de su descolorida camisa.

—Tengo algo para ti, ¿sabes? Él me lo dio para que te lo entregara. No puedo obligarte a tomarlo, pero, maldita sea, celebro hacerte por lo menos la oferta. ¿Lo quieres?

Sacó del bolsillo una fina cadena de oro con una piedra de azabache colgando de ella. La piedra tenía una minúscula grieta roja como la de Lloyd. Se balanceó ante los ojos de Trashcan como el péndulo de un hipnotizador.

La verdad se dejó entrever en los ojos de Lloyd, demasiado clara para no ser reconocida, y Trashcan supo que no podría llorar ni humillarse... no delante de él. Ni de nadie. Pero, en particular, delante de él... Tampoco podía alegar que no lo había entendido.

«Toma esto y tomarás todo —dijeron los ojos de Lloyd—. ¿Y qué es una parte de todo? Pues Heck Droган por supuesto. Heck y el hoyo en tierra revestido de cemento, un hoyo lo bastante grande para acoger el madero de la cruz de Heck».

Trash alargó despacio la mano. Hizo una pausa antes de que los dedos extendidos tocaran la cadenilla de oro.

Ésta es mi última oportunidad, se dijo. La última oportunidad de ser Donald Merwin Elbert.

Pero otra voz, una que habló con mayor autoridad aunque no exenta de ternura, como una mano fresca sobre una frente candente, le dijo que el momento de la elección había pasado hacía mucho. Si él optase ahora por ser Donald Merwin Elbert, moriría. Había buscado al hombre oscuro por su libre albedrío, en el supuesto de que existiera tal cosa para los Trashcan de este mundo, y había aceptado los favores del hombre oscuro. Él le había salvado de morir a manos de Boy (jamás le pasó por la cabeza que el hombre oscuro pudiese haber *enviado* a Boy con ese propósito) y sin duda eso significaba que su vida era una deuda que había contraído con el hombre oscuro. ¡Su vida! ¿Acaso no la había ofrecido él una vez y otra?

Pero *tu* alma... ¿ofreciste también tu alma?

Preso por mil, preso por mil quinientas, pensó Trashcan. Con suavidad, cogió la cadenilla de oro y la piedra negra. Era fría y suave al tacto. Por un momento apretó el puño sólo para ver si podía calentarla. No lo creyó posible, y acertó. Se la colocó alrededor del cuello, y allí quedó colgada sobre su piel cual una minúscula bola de hielo.

Pero a él no le importó esa sensación glacial.

Sirvió para compensar el fuego que ardía siempre en su mente.

—Debes decirte a ti mismo que no lo conoces —le aconsejó Lloyd—. Me refiero a Heck. Eso es lo que hago yo siempre. Facilita las cosas. Es...

Dos de las anchas puertas del hotel se abrieron de golpe. Frenéticos gritos de terror llegaron hasta ellos. La muchedumbre suspiró.

Un grupo de nueve hombres descendió por los escalones. Héctor Droган iba en el centro, debatiéndose como un tigre enjaulado. Su cara tenía una palidez mortal salvo dos manchas rojizas a la altura de los pómulos. El sudor le caía a chorros. Iba como su madre lo trajo al mundo. Lo sujetaban cinco hombres. Uno de ellos era Ace High, el chico de quien Heck se había reído acerca de su nombre.

—¡Ace! —farfulló Héctor—. ¡Eh, Ace! ¿Qué me dices? Una pequeña ayuda para el muchacho, ¿vale? Diles que desistan de esto, puedo justificarme. Juro ante Dios que puedo justificar mi acto. ¿Qué me dices? ¡Una pequeña ayuda! ¡Por favor, Ace!

Ace High no dijo nada; tan sólo acentuó su presa en el brazo de Heck. Ello fue contestación suficiente. Héctor Drogan empezó a gritar de nuevo. Fue arrastrado sin compasión por todo el pabellón en dirección a la fuente.

Detrás de él, caminando en fila como solemnes empleados de pompas fúnebres, marchaban tres hombres: Whitney Horgan acarreando una bolsa de viaje; un tipo llamado Roy Hoopes con una escalera de tijera; y un tal Winky Winks, un sujeto calvo que guiñaba los ojos sin cesar, que llevaba una carpeta con una hoja de papel mecanografiada.

Arrastraron a Heck hasta el pie de la cruz. Un horrible olor a miedo se desprendió de él; los ojos se le pusieron en blanco como los de un caballo abandonado durante una tormenta.

—¡Eh, Trashy! —rogó con voz ronca mientras Roy Hoopes colocaba la escalera detrás de él—. Diles que puedo justificarme. Diles que suspendan esto, camarada. Díselo, hombre.

Trashcan se miró los pies. Al doblar el cuello, la piedra negra se apartó de su pecho y quedó en su campo de visión. La grieta roja, el ojo, pareció mirarle con fijeza.

—No te conozco —farfulló.

Por el rabillo del ojo vio a Whitney hincar una rodilla en tierra, con un cigarrillo colgando de la comisura de la boca y el ojo izquierdo contraído para evitar el humo. Abrió la bolsa de viaje. Ante la mirada horrorizada de Trashcan, sacó afilados clavos de madera. Los colocó sobre la hierba y luego sacó del bolso un gran mazo.

A pesar de los murmullos alrededor de ellos, las palabras de Trashcan parecieron atravesar la bruma de pavor en el cerebro de Héctor Drogan.

—¿Qué es eso de que no me conoces? —gritó crispado—. ¡Hace sólo dos días desayunamos juntos! Llamaste señor High al chico. ¿Qué quieres decir con que no me conoces, embustero de mierda?

—No te conozco de nada —repitió Trash, aunque con más claridad esta vez. Y experimentó una sensación de alivio. Todo lo que vio delante de él fue a un desconocido, un desconocido que se parecía un poco a Carley Yates. Se llevó la mano a la piedra y la apretó. Su frialdad le animó aún más.

—¡Mentiroso! —vociferó Heck, y empezó a forcejear otra vez, flexionando los músculos, el sudor bañándole el torso desnudo y los brazos—. ¡Tú me conoces, reconócelo, mentiroso!

—No, no lo haré. No te conozco y no quiero conocerte.

Heck comenzó a gritar de nuevo. Los cuatro hombres que le sujetaban hicieron presión, jadeantes y sin aliento.

—Adelante —ordenó Lloyd.

Heck fue arrastrado hacia atrás. Uno de los hombres le echó la zancadilla haciéndole caer a medias sobre la cruz. Entretanto, Winky comenzó a leer la hoja mecanografiada que traía en su carpeta, con una voz estridente que cortó los gritos de Heck como el rechinar de una sierra circular.

—¡Atención, atención! Por orden de Randall Flagg, líder del pueblo y Primer Ciudadano, se dispone que este hombre, Héctor Alonso Drogan, sea ejecutado por medio de la crucifixión. El uso de la droga es la causa de esta sentencia.

—¡No, no, no! —vociferó frenético Heck, y su brazo izquierdo escapó a la presa de Ace High.

Instintivamente, Trash se arrodilló y sujetó el brazo, forzando la muñeca hacia el travesaño de la cruz. Un segundo después, Whitey se arrodilló junto a Trashcan empuñando el mazo y dos de los toscos clavos. El cigarrillo le colgaba todavía de la boca. Parecía un hombre dispuesto a hacer una chapuza de carpintería en su patio trasero.

—Sí, sujétalo así, Trash. Ahora lo clavaré. No tardaré ni un minuto.

—El uso de la droga no está permitido en la Sociedad del Pueblo porque reduce la capacidad del infractor para contribuir plenamente a la Sociedad del Pueblo —siguió proclamando Winky, que hablaba deprisa, como un subastador, mientras lo fulminaba con los ojos—. Se ha encontrado una gran reserva de cocaína en poder del sentenciado Héctor Drogan.

Ahora los gritos de Heck alcanzaron un tono que podría haber roto el cristal si hubiese habido algún cristal que romper. Apareció espuma en sus labios. Regueros de sangre le corrieron por los brazos cuando seis hombres, entre ellos Trashcan, elevaron la cruz y la encajaron en el hoyo de cemento. La silueta de Héctor Drogan se perfiló en el cielo con la cabeza echada hacia atrás en un rictus de dolor.

—... Se cumple la sentencia así en bien de la Sociedad del Pueblo —vociferó Winky enérgico—. Este comunicado concluye con una solemne advertencia y con saludos al pueblo de Las Vegas. Ahora clavemos esta nota de hechos fehacientes sobre la cabeza del descreído y pongámosle el sello del Primer Ciudadano, de nombre Randall Flagg.

—¡Oh, Dios mío, que dolor! —gritó Héctor Drogan por encima de todas las voces—. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, Dios, Dios!

La muchedumbre permaneció allí casi una hora, pues cada uno temió hacerse notar por ser el primero en marcharse. Se vio disgusto en muchas caras, y una especie de excitación apática en muchas otras. Pero había un denominador común: el miedo.

Sin embargo, Trashcan no se asustó. ¿Por qué habría de asustarte? Él no había conocido a aquel hombre.

No le había conocido en absoluto.

Aquella noche, a las diez y cuarto, Lloyd volvió a la habitación de Trashcan.

—Estás vestido. Bien. Pensé que tal vez te hubieras acostado ya —dijo.

—No —repuso Trashcan—. Estoy levantado. ¿Qué ocurre?

—Es ahora, Trashy. Flagg quiere verte —informó Lloyd con voz queda.

—¿Él...?

—Sí.

—¿Dónde está? Mi vida por él. —Trashcan se sentía enajenado.

—En el último piso —contestó Lloyd—. Llegó poco después de que hubiéramos terminado de incinerar el cuerpo de Drogan. Desde la costa. Llegó aquí en el preciso momento en que Whitey y yo volvíamos del vertedero. Nadie le ve jamás irse o venir, Trash, pero siempre saben cuándo ha vuelto a marcharse. O cuando regresa. Venga, muévete.

Cuatro minutos después el ascensor llegaba al último piso. Trashcan lo abandonó con el rostro iluminado y los ojos desorbitados. Lloyd no salió.

—¿No vas a...? —preguntó Trash volviéndose hacia él.

—No, quiere verte a solas. Buena suerte.

Y antes de que pudiera decir una sola palabra, el ascensor se cerró llevándose a Lloyd.

Trashcan se volvió. Se encontraba en un amplio y suntuoso vestíbulo. Había dos puertas. La del fondo se estaba abriendo muy despacio. Reinaba la penumbra, pero Trash pudo ver una silueta en el umbral. Y ojos. Ojos rojos.

Con el corazón palpitándole y la boca seca, empezó a caminar hacia aquella silueta. Al hacerlo, el aire parecía ser cada vez más frío. Se le puso carne de gallina en los brazos atezados por el sol. En alguna parte recóndita de su interior, el cuerpo de Donald Merwin Elbert rodó en su tumba y pareció gritar.

Luego se hizo de nuevo la quietud.

—Trashcan —dijo una voz sorda y atrayente—. Es magnífico tenerte aquí. Verdaderamente magnífico.

—Mi... mi vida por ti. —Las palabras cayeron como polvo de su boca.

—Sí —dijo con tono reconfortante la silueta en el umbral. Se entreabrieron los labios con una sonrisa que era una mueca y mostró unos dientes blancos.

—Pero no creo que lleguemos a tanto. Ven. Déjame mirarte.

Trashcan entró, con los ojos enfebrecidos y el rostro inexpresivo de un sonámbulo. La puerta se cerró y se encontraron en penumbra. Una mano ardiente se cerró sobre la mano helada de Trashcan... Y, de repente, se sintió en paz.

—En el desierto hay trabajo para ti —dijo Flagg—. Un gran trabajo, si lo quieres.

—Lo que sea —musitó Trashcan—. Lo que sea.

Randall Flagg rodeó con un brazo sus hombros vencidos.

—Voy a dedicarte a incendiar —dijo—. Bebamos algo y hablemos sobre ello.

Y, al final, aquél fue un incendio inmenso.

Cuando Lucy despertó faltaban quince minutos para la medianoche, según el reloj Pulsar de señora que llevaba. Vio un resplandor allá donde se alzaban las montañas... las montañas Rocosas, se corrigió con cierto asombro. Antes de este viaje nunca había estado al oeste de Filadelfia, donde vivía su cuñado. O había vivido.

La otra mitad del saco de dormir doble se hallaba vacía. Eso fue lo que la despertó. Lucy pensó en darse la vuelta y continuar durmiendo. Ya regresaría a la cama cuando le apeteciera... Pero se levantó y se encaminó despacio hacia donde creyó que lo encontraría. Anduvo grácil, sin perturbar a nadie. Excepto al juez, por descontado. Su guardia era desde las diez de la medianoche, y uno no sorprendía nunca dormitando al juez Farris cuando cumplía un deber. El juez tenía setenta años y se les había unido en Joliet. Ahora eran diecinueve en total, quince adultos, tres niños y Joe.

—¿Lucy? —musitó el juez.

—Hola. ¿Has visto a...?

Un leve chasquido de lengua.

—Claro que sí. Ha ido a la autopista. Al mismo lugar de anoche y de la noche anterior.

Lucy se acercó y vio que tenía la Biblia abierta sobre las piernas.

—Escucha, juez, te dañarás la vista leyendo.

—Tonterías. La luz de las estrellas es la mejor luz para esta materia. Quizá la única luz. «¿No hay un tiempo señalado para un hombre sobre la tierra? ¿No son sus días como los días de un mercenario? Así como un sirviente desea con fervor la sombra, y así como un mercenario espera la recompensa por su trabajo, yo estoy hecho para poseer meses de vanidad y se me asignan unas noches fatigosas. Cuando descanso digo: ¿Cuándo se irá la noche y me levantaré? Y estoy lleno de inquietud hasta el amanecer del día».

—Aún queda mucho —dijo Lucy sin gran entusiasmo—. Muy bonito, juez.

—No es bonito. Es el libro de Job. No hay nada que sea muy bonito en el libro de Job, Lucy —cerró la Biblia—. «Estoy lleno de inquietud hasta el amanecer del día». Así es tu hombre, Lucy. Así es Larry Underwood.

—Lo sé —respondió ella, y suspiró—. Si me fuera posible averiguar qué le perturba.

El juez, que tenía sus sospechas, guardó silencio.

—No pueden ser los sueños —continuó ella—. Nadie los tiene ya, a no ser Joe. Y Joe es... diferente.

—Sí. Lo es. Pobre chico.

—Y todo el mundo está sano. Al menos desde que la señora Vollman murió.

Dos días después de que el juez se les uniera, una pareja, que se había presentado como Dick y Sally Vollman, se incorporó a Larry y su heterogéneo batallón de supervivientes. Ambos tendrían unos cuarenta años, y resultaba evidente que estaban muy enamorados. Entonces, una semana antes, Sally Vollman había enfermado en la casa de la mujer anciana de Hemingford Home. Ellos acamparon allí durante dos días, esperando impotentes a que Sally mejorara o muriera. La mujer murió. Dick Vollman continuó con ellos, pero fue un hombre diferente... silencioso, pensativo, pálido.

—Le ha afectado mucho, ¿verdad? —preguntó al juez Farris.

—Larry es un hombre que se ha encontrado a sí mismo en una época relativamente tardía de la vida —respondió el juez aclarándose la garganta—. Al menos eso me parece. Los hombres que se encuentran a sí mismos algo tarde, nunca se sienten seguros. Ellos son todo lo que debe ser un buen ciudadano: partidistas pero nunca fanáticos, respetuosos de los hechos de cada situación, aunque jamás los imponen, se hallan incómodos en posiciones de mando y sin embargo raras veces rechazan una responsabilidad una vez se les ha ofrecido... o impuesto. Ellos son los mejores líderes en una democracia porque es muy poco probable que se enamoren del poder. Todo lo contrario. Y cuando las cosas van mal, cuando se les muere la esposa... ¿Pudo haber sido diabetes? —se interrumpió el juez a sí mismo—. Lo considero probable. La piel cianótica, el rápido coma... Muy posible, sí. Pero, de ser así, ¿dónde estaba su insulina? ¿Podría ser que se hubiese dejado morir? ¿Podría haber sido suicidio?

El juez hizo una pausa para pensar, con las manos entrelazadas bajo la barbilla. Se asemejaba a un pájaro negro de presa empollando.

—Ibas a decir algo sobre lo mal que van las cosas —le insinuó Lucy.

—Cuando las cosas van mal... cuando muere una Sally Vollman de diabetes, o de hemorragia interna, o de lo que quiera que sea, un hombre como Larry se culpa a sí mismo. Los hombres a los que glorifican los libros de historia tienen raras veces un buen fin. Melvin Purvis, el gran agente de los años treinta, se disparó un tiro con su pistola de servicio en 1959. Cuando Lincoln fue asesinado era un hombre prematuramente envejecido, al borde de una crisis nerviosa. Nosotros solíamos ver la decadencia progresiva de los presidentes de un mes a otro, incluso de una semana a la siguiente, en la televisión... a excepción de Nixon, por supuesto, quien florecía con el poder, igual que un vampiro se reanima con la sangre; y Reagan, el cual parecía demasiado estúpido para envejecer. Imagino que Gerald Ford era también de ese estilo.

—Creo que hay algo más —murmuró entristecida Lucy.

Él la miró.

—¿Cómo era eso que decíamos...? Estoy lleno de inquietud hasta el amanecer del día... ¿no?

El juez asintió.

—Una buena descripción de un hombre enamorado ¿verdad? —opinó Lucy.

El juez la miró, sorprendido de que hubiese sabido todo el tiempo lo que él no se atrevía a manifestar. Lucy se encogió de hombros y sonrió con un gesto de amargura en los labios.

—Las mujeres saben —explicó—. Las mujeres saben casi siempre.

Antes de que él pudiera replicar, Lucy se encaminó hacia la carretera, donde estaría Larry sentado y pensando en Nadine Cross.

—¿Larry?

—Aquí estoy —dijo él lacónico—. ¿Qué haces levantada?

—Sentí frío —contestó Lucy.

Estaba sentado con las piernas cruzadas en el desnivel de la carretera, como si meditara.

—¿Hay sitio para mí?

—Claro.

Larry se hizo a un lado. El pavimento conservaba todavía un poco del calor del día. Lucy se sentó. Él la rodeó con un brazo. Según los cálculos de ella, el grupo se encontraba esa noche a unos setenta y cinco kilómetros al este de Boulder. Si pudieran emprender el camino por carretera, al día siguiente a las nueve estarían en la Zona Libre de Boulder. A la hora de almorzar.

El hombre de la radio era quien la denominaba «Zona Libre de Boulder». Se llamaba Ralph Bretner y decía, con cierto embarazo, que la Zona Libre de Boulder era en gran parte una señal de radio. Pero a Lucy le gustaba por sí misma, por la forma en que sonaba. Y sonaba muy bien, sonaba como una nueva empresa. Nadine Cross había adoptado el nombre con un celo casi religioso, como si fuera un talismán.

Tres días después que Larry, Nadine, Joe y Lucy habían llegado a Stovington, y encontraron desierto el centro destinado a la plaza. Nadine había sugerido que cogieran una radio CB y empezaran a explorar los cuarenta canales. Larry aceptó entusiasmado la idea...

Como acepta casi todas sus ideas, pensó Lucy. Ella no entendía a Nadine Cross. Larry la adoraba, eso era evidente, pero Nadine no quería saber nada de él, aparte de la rutina diaria.

Comoquiera que fuese, la idea CB había sido buena, aunque la hubiera producido un cerebro que era un bloque de hielo, salvo cuando se trataba de Joe. Sería el modo más sencillo de localizar a otros grupos, había dicho Nadine.

Esto ocasionó cierta discusión desconcertante en su grupo que por entonces se componía de media docena con la incorporación de Mark Zellman, que había sido soldador en Nueva York, y Laurie Constable, una enfermera de veintiséis años. La discusión ocasionó otro argumento turbador acerca de los sueños.

Laurie empezó a protestar diciendo que ellos sabían, *exactamente*, a dónde iban. Estaban siguiendo al ingenioso Harold Lauder y su grupo a Nebraska. Desde luego era así, y por la misma razón. La fuerza de los sueños era demasiado poderosa para que se la desdeñara.

Después de algunos dimes y diretes en torno a ello, Nadine se puso histérica. Ella no había tenido ningún sueño, y lo repitió: ningún maldito sueño. Si los otros querían practicar la autohipnosis, estupendo. Mientras hubiera una base racional para seguir hacia Nebraska, como el signo en la instalación de Stovington, estupendo. Pero ella dejó bien claro que no se avendría sobre la base de suposiciones metafísicas. Si no les importaba, ella depositaría su fe en las emisoras de radio, no en las visiones.

Mark hizo una mueca amigable ante la expresión tensa de Nadine.

—Si no sueñas con nada, ¿cómo anoche me despertaste hablando en sueños? —le preguntó.

Nadine palideció.

—¿Me estás llamando mentirosa? —inquirió casi a voces—. Porque, si es así, será mejor que uno de nosotros dos se marche ahora mismo.

Joe se pegó a ella gimiendo.

Larry suavizó las cosas aceptando la idea CB. Y la semana anterior habían comenzado a captar emisiones, no de Nebraska, que había sido abandonada incluso antes de que ellos llegaran allí. Los sueños se lo habían advertido, pero por entonces los sueños comenzaban a difuminarse perdiendo su carácter apremiante. Las recibieron de Boulder, Colorado, a más de mil kilómetros por el oeste... unas señales lanzadas por el poderoso transmisor de Ralph.

Lucy recordaba todavía las caras alegres, casi en éxtasis de todos cuando a través de la estática se oyó el acento nasal de Ralph Bretner, natural de Oklahoma.

«Aquí Ralph Bretner, Zona Libre de Boulder. Si me oís, contestad por el canal catorce. Repito, canal catorce».

Ellos pudieron oír a Ralph, pero no tuvieron un transmisor lo bastante potente para responder, todavía no. Sin embargo se sintieron más cerca, y desde esa primera transmisión supieron que la anciana llamada Abigail Freemantle (Lucy pensaría siempre en ella como la madre Abigail) y sus acompañantes habían sido los primeros en llegar, y que desde entonces la gente había llegado allí en grupos de tres, cuatro y hasta de treinta. Cuando Bretner se puso en contacto por primera vez con ellos, había hasta doscientas personas. Aquella noche, mientras charlaban muy animados, superaban las trescientas cincuenta. Su propio grupo elevaría esa cifra hasta las cuatrocientas o más.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo Lucy poniéndole la mano en el brazo.

—Estaba pensando en ese reloj y en la muerte del capitalismo —contestó él señalando el Pulsar de ella—. Enraíza y acapara o muere... y el acaparador que enraíza con más fuerza se quedaba con el Cadillac rojo, blanco y azul, y el reloj Pulsar. Ahora, democracia auténtica. Cualquier dama en América puede tener un Pulsar digital y un visón azulado.

Soltó la carcajada.

—Tal vez —murmuró ella—. Pero te diré una cosa, Larry. Quizá yo no sepa mucho acerca del capitalismo pero se algo acerca de este reloj de mil dólares. Sé que no sirve para nada.

—¿No?

Él la miró sorprendido y sonriente. Fue una sonrisa leve pero genuina. Lucy se alegró... La sonrisa era para ella.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque nadie sabe qué hora es —replicó ella.

—Hace cuatro días os pedí la hora a Jackson, a Mark y a ti, y cada uno me dio una hora diferente. Todos dijisteis que vuestros relojes se habían parado por lo menos una vez... ¿Recuerdas aquel lugar donde conservaban la hora del mundo? Una vez leí un artículo sobre ello. Era algo tremendo. La habían ajustado hasta un microsegundo. Allí tenían péndulos y relojes solares y todo lo demás. Ahora pienso algunas veces en aquel lugar y me vuelvo loca. Todos sus relojes deben de haberse parado, y yo tengo un reloj Pulsar de mil dólares que pesqué en una joyería y que no puede marcar la hora solar con absoluta exactitud como se supone debería hacerlo. Por culpa de la gripe. La maldita gripe.

Lucy enmudeció y durante un rato los dos permanecieron sentados sin decir nada. De pronto Larry señaló el cielo.

—¡Mira allí!

—¿El qué? ¿Dónde?

—Allí.

Ella miró pero no vio lo que Larry señalaba hasta que éste le cogió la cabeza suavemente y se la ladeó hacia el cuadrante derecho del cielo. Entonces Lucy lo vio y se quedó sin aliento: una luz viva como la de una estrella pero dura y sin parpadear, volando veloz por el cielo de este a oeste.

—¡Dios mío! —exclamó—. Un avión, ¿verdad, Larry? ¿No es un avión?

—No. Es un satélite. Probablemente seguirá dando vueltas durante los próximos setecientos años.

Ambos lo siguieron con la vista hasta que se perdió tras la masa oscura de las Rocosas.

—Dime, Larry, ¿por qué no lo reconoció Nadine? Lo de los sueños.

Percibió en él una leve rigidez que la hizo desear no haber suscitado el tema. Pero ahora que lo había hecho tomó la determinación de llegar hasta el final.

—Ella asevera que no sueña con nada.

—Sin embargo, lo hace. Mark tenía razón al respecto. Además habla en sueños. Y una noche lo hizo en voz tan alta que me despertó.

Él la miró. Y al cabo de un momento preguntó:

—¿Y qué decía?

Lucy reflexionó intentando rememorarle lo mejor posible.

—Se agitaba en su saco de dormir y repetía «No lo hagas, hace tanto frío, no lo hagas, no podré soportarlo, hace tanto frío, tanto frío». Y luego empezó a tirarse del cabello. Se tiró del cabello, y gimió. Me puso los pelos de punta.

—La gente suele tener pesadillas, Lucy. Eso no quiere decir que sean acerca... bueno, acerca de él.

—Ya. Ella se comporta como si estuviera tratando de liberarse de algo, Larry. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí.

Él lo sabía. A pesar de su insistencia en negar que tenía sueños, Nadine mostraba unas profundas ojeras cuando el grupo alcanzó Hemingford Home. Y el magnífico mechón de pelo blanco era más denso y más blanco. Si la tocabas, saltaba. Se encogía.

—La quieres, ¿verdad? —preguntó ella.

—Vamos, Lucy —respondió él con tono de reproche.

—No, sólo quiero que sepas... —Movié la cabeza al observar su expresión—. Necesito decirlo. Veo cómo la miras... cómo te mira ella algunas veces cuando estás atareado con algo y puede hacerlo sin riesgo de que la descubras. Ella te quiere, Larry. Pero tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

Larry recordó su intento de hacerle el amor tres días después del chasco de Stovington. Desde entonces Nadine se había portado con mucha reserva... Todavía se mostraba alegre en ocasiones, pero era evidente que ahora se esforzaba por serlo. Joe se había ido a dormir. Larry se sentó junto a ella, y durante un rato ambos charlaron, no sobre su situación presente sino sobre cosas pasadas, las cosas seguras. Había intentado besarla. Nadine lo rechazó volviendo la cabeza; pero no sin hacerle sentir las cosas que Lucy acababa de revelar. Lo había intentado otra vez, mostrándose brusco y tierno a la vez. ¡La deseaba tanto! Por un instante Nadine se le había entregado, le había dejado ver lo que podría ser si...

Luego ella se soltó y se apartó con el rostro pálido, los brazos cruzados sobre el pecho, las manos en los codos y la cabeza baja.

«No hagas eso otra vez, Larry. Por favor, no lo hagas. O de lo contrario cogeré a Joe y me marcharé».

«¿Por qué? ¿Por qué, Nadine? ¿Por qué ese condenado trato?».

Ella no contestó. Simplemente se mantuvo en la misma posición, con la cabeza baja.

«Si pudiera decírtelo lo haría», contestó al fin. Y se alejó sin mirar hacia atrás.

—Una vez tuve una amiga que actuaba un poco como ella —le contó Lucy—. Durante mi curso superior en el instituto. Se llamaba Joline Majors. No llegó a terminar la secundaria. Lo dejó para casarse. Su novio estaba en la marina. Ella se hallaba embarazada cuando se casaron, pero perdió el bebé. El marido se ausentaba con frecuencia. Y a Joline... bueno, le gustaba participar en las fiestas. A ella le agradaba eso, y su marido era un oso celoso. Le dijo que si alguna vez averiguaba que hacía algo a sus espaldas le rompería los dos brazos y le destrozaría la cara. ¿Puedes imaginarte qué clase de vida pudo haber sido ésa? Tu marido viene a casa y dice: «Bueno, ahora voy a embarcarme, cariño. Bésame y luego nos daremos un pequeño revolcón en el heno. Por cierto, si cuando regrese alguien me dice que has estado haciendo tonterías por ahí, te romperé los brazos y te destrozaré la cara».

—No muy agradable.

—Al cabo de un tiempo ella conoció a ese tipo —continuó Lucy—. Era ayudante del instructor de educación física en Burlington High. Ambos se iban escondiendo por ahí, mirando siempre por encima del hombro. No sé si su marido había encargado a alguien que la espíara pero de momento eso les importó poco. Al cabo del tiempo Joline se sintió verdaderamente vigilada. Solía creer que cualquier tipo esperando el autobús o plantado en la esquina era un amigo de su marido. O el vendedor que se registrara después de ella y de Herb en cualquier motel cochambroso. Lo creía así aunque el motel estuviese lejos de Nueva York. Lo pensaba incluso del poli que les daba direcciones para ir de excursión cuando estaban juntos en un lugar. La cosa se puso tan mal que Joline soltaba un pequeño grito cuando el viento cerraba de golpe una puerta, y daba un respingo cada vez que alguien subía las escaleras. Y como vivía en un edificio que estaba dividido en siete apartamentos pequeños,

casi siempre había alguien subiendo la escalera. Herb se asustó y la abandonó. No tuvo miedo del marido de Joline, sino de *ella*. Poco antes de que su esposo regresara con permiso, Joline sufrió una crisis nerviosa. Todo porque a ella le encantaba amar... y porque él era celoso hasta la locura. Pues Nadine me recuerda a esa chica, Larry. Me da lástima. Pienso que resulta demasiado simpática, pero me da lástima. Tiene un aspecto terrible.

—¿Estás sugiriendo que Nadine me teme del mismo modo que esa chica temía a su marido?

—Tal vez —admitió Lucy—. Te diré una cosa: el marido de Nadine podrá estar en cualquier sitio menos aquí.

Él rió algo inquieto.

—Deberíamos volver a la cama. Mañana será un día fatigoso.

—Sí —convino ella, pensando que Larry no había entendido ni una palabra. Y de pronto rompió a llorar.

—¡Eh! —dijo él—. ¿Qué ocurre?

Intentó rodearla con un brazo. Lucy se lo apartó.

—Estás consiguiendo lo que quieres de mí. ¡No necesitas hacer eso!

Había todavía en él lo suficiente del viejo Larry como para preguntarse si la voz de ella llegaría hasta el campamento.

—Nunca te he presionado, Lucy —dijo ceñudo.

—¡Qué *estúpido* eres, Dios mío! —exclamó ella, dándole un golpe en la pierna—. ¿Por qué son tan estúpidos los hombres, Larry? No saben ver más que lo blanco y lo negro. No, nunca me presionaste. No soy como ella. Podrías presionarla y ella seguiría escupiéndote a los ojos y cruzando las piernas. Los hombres tienen nombres para las chicas como yo, y los escriben en las paredes de los lavabos. Pero todo se reduce a necesitar a alguien que se muestre *cálido*, a necesitar sentirse *cálida*. A la necesidad de amar. ¿Es tan malo eso?

—No. No lo es. Pero escucha, Lucy...

—Tú no crees eso —dijo desdeñosa—. Por consiguiente sigues persiguiendo a *Miss Altanería* y entretanto tienes a Lucy para practicar ejercicios horizontales al ponerse el sol.

Larry cayó en un silencioso abatimiento. Cada una de sus palabras era cierta. Se sintió demasiado cansado para continuar arguyendo. Lucy pareció adivinarlo y sus facciones se suavizaron. Le puso una mano en el brazo.

—Si la consigues, Larry, yo seré la primera en lanzarte un ramo. Jamás sentí rencor en mi vida. Pero procura no llevarte una gran decepción.

—Lucy...

La voz de ella se elevó de repente, con inesperada aspereza:

—Para mí, el amor es muy importante, el amor es lo único que nos sacará de este embrollo. Contra nosotros está el odio. Y aún peor, el vacío —bajó de tono—. Tienes razón. Es tarde. Me vuelvo a la cama. ¿Vienes?

—Sí —dijo él.

Cuando se levantaron, la estrechó entre sus brazos y la besó con ternura.

—Te quiero tanto como puedo, Lucy —dijo.

—Lo sé —reconoció ella, y le dedicó una sonrisa cansada—. Lo sé, Larry.

Esta vez, cuando él la rodeó con el brazo, Lucy le dejó hacer. Regresaron junto al campamento, hicieron el amor con recato, y se durmieron.

Nadine despertó como un gato en la oscuridad veinte minutos después de que Larry Underwood y Lucy Swann regresaran al campamento, diez minutos después de que ambos hicieran su acto de amor y se quedaran dormidos.

Alguien me necesita, pensó escuchando cómo se atenuaban los latidos de su corazón. Sus ojos miraron hacia el lugar donde las ramas colgantes de un olmo entretejían con sombras el cielo. Eso es. Alguien me necesita. Es verdad... Pero hace tanto frío.

Sus padres y su hermano habían muerto en un accidente de automóvil cuando ella tenía seis años. Aquel día no fue con ellos a ver a sus tíos porque prefirió quedarse jugando con una amiga. De cualquier forma ellos querían más al hermano, Nadine lo recordaba muy bien. El hermano no había sido como ella, una mocosa sacada de una cuna de orfanato a la edad de cuatro meses y medio. Los orígenes del hermano habían sido claros. El hermano había sido un hijo suyo de verdad. Nadine había pertenecido siempre y para siempre a Nadine. Ella era la hija de la tierra.

Después del accidente, había ido a vivir con los tíos porque éstos eran sus únicos familiares. En las montañas Blancas del New Hampshire oriental. Recordó que ellos la habían llevado a una excursión en el ferrocarril Cog hasta el monte Washington para celebrar su octavo cumpleaños. La altitud le ocasionó una hemorragia nasal, por lo que los dos se enfadaron mucho con ella. Sus tíos eran demasiado viejos, tendrían unos cincuenta y cinco años cuando ella cumplía los dieciséis, el año en que corrió grácil por la hierba húmeda bajo la luna... la noche del vino, cuando los sueños se condensaban en el aire claro como la vía láctea de la fantasía. Una noche de amor. Y si el chico la cogía, ella le daría cualquier premio que estuviera a su alcance. ¿Qué importaba si él la cogía? Los dos habían corrido. ¿Acaso no era eso lo importante?

Pero él no la alcanzó. Una nube había escondido la luna. El rocío empezaba a ser desagradable. El sabor de vino en su boca se había tornado sabor de sacudida eléctrica, algo ácido. Una especie de metamorfosis había tenido lugar, una sensación de que ella *tenía* que esperar.

¿Y dónde había estado por entonces él, su presunto, su oscuro novio? ¿En qué calles, qué carreteras secundarias, vagabundeando en la oscuridad suburbana mientras que, en el centro, el tintineo de charlas de cóctel partía el mundo en secciones netas y racionales? ¿Qué vientos fríos eran los suyos? ¿Cuántos cartuchos de dinamita en su raída mochila? ¿Quién sabía cuál había sido su nombre cuando ella tenía dieciséis años? ¿Qué edad tenía él? ¿Dónde estuvo su hogar? ¿Qué madre le había amamantado? Nadine sólo sabía que era huérfano como ella. Su tiempo estaba todavía por venir. Él caminaba por carreteras que no habían sido asfaltadas todavía, mientras ella tenía sólo un pie en esas mismas carreteras. La encrucijada donde ambos se encontrarían quedaba aún muy lejos. Era un hombre americano, Nadine sabía por lo menos eso, un hombre que gustaría de la leche y el pastel de manzana, un hombre que apreciaría la vida hogareña. Su hogar era América, pero su estilo era secreto: las autopistas para esconderse, las estaciones subterráneas donde las direcciones están escritas en runas. Él era el otro hombre, el otro rostro, el caso difícil, el hombre oscuro, el petimetre andante, y los desgastados tacones de sus botas vagaban a lo largo de los caminos perfumados de la noche estival.

¡Quién sabe cuándo vendría el novio!

Nadine le había esperado, virgen. A los dieciséis años estuvo a punto de caer. Y otra vez en la universidad. Los dos chicos se habían marchado coléricos y perplejos, como ahora Larry. Ella sentía la encrucijada en sus entrañas, la sensación de una confluencia mística, predeterminada.

La hora estaba próxima. *Él* la había llamado, la había invitado a venir.

Después de la universidad, Nadine se sumió en su trabajo. Alquiló un apartamento con otras dos chicas. ¿Qué chicas? Bueno, ellas iban y venían. Sólo Nadine permanecía. Se mostraba amable con los jóvenes que sus volubles compañeras traían a casa, pero ella nunca había tenido un joven para sí. Suponía que todos murmuraban respecto a eso, que la llamaban solterona empedernida, quizá incluso conjeturasen que era una circunspecta lesbiana. Se equivocaban. Ella era, sencillamente...

Una mujer intacta.

Esperando.

Algunas veces le había parecido que estaba a punto de sobrevenir un cambio. Al final de la jornada, solía retirar los juguetes en la silenciosa aula y, de repente, hacía una pausa, con ojos relucientes y vigilantes. Y entonces pensaba: Va a sobrevenir un cambio, va a soplar un gran viento. En otras ocasiones, cuando la asaltaba ese pensamiento, se sorprendía a sí misma mirando por encima del hombro como si la persiguieran. Luego se reía inquieta.

Su pelo había empezado a encanecer al cumplir los dieciséis, el año en que fue perseguida pero no cazada... Sólo unos pocos mechones al principio, sorprendentemente visibles entre tanto negro. No se les podía llamar grises, sino blancos, muy blancos.

Años después, Nadine asistía a una fiesta en un club de estudiantes. Las luces eran tenues y al cabo de un rato la concurrencia se disgregaba por parejas. Muchas chicas, Nadine entre ellas, firmaron para pasar la noche fuera de sus dormitorios. Ella había intentado ir hasta el final...

Pero algo, enterrado a lo largo de meses y años, la había inducido a echarse atrás. Y a la mañana siguiente, con la luz fría de la madrugada se miró en un espejo del lavabo para descubrir que el blanco había avanzado otra vez, aparentemente en un sola noche, aunque eso fuera imposible.

Y así habían pasado los años, como estaciones de una época seca. Hubo sentimientos, sí, *sentimientos*, y algunas veces, en la noche, había abierto los ojos y se había encontrado caliente y fría a un tiempo, bañada en sudor, deliciosamente viva y despierta en la trinchera de su cama, pensando en el misterioso sexo oscuro, experimentando una especie de éxtasis. Rodando en líquido caliente. Y en las mañanas siguientes, solía ir al espejo e imaginaba ver hebras blancas en su cabeza.

A lo largo de todos esos años, ella era sólo exteriormente Nadine Cross: dulce, cariñosa con los niños, buena en su trabajo, y soltera. Antaño, una mujer semejante habría suscitado comentarios y curiosidad, pero los tiempos habían cambiado. Y su belleza era tan singular que, por una razón u otra, se consideraba normal que ella fuera como era.

Ahora los tiempos iban a cambiar de nuevo.

Ahora iba a sobrevenir el cambio y, en sus sueños, ella había empezado a conocer a su novio, a entenderlo un poco aunque nunca lo hubiese visto. Él era aquel a quien Nadine había estado esperando. Necesitaba ir a él... pero no quería hacerlo. Ella estaba hecha para él. Sin embargo, él la aterrorizaba.

Entonces llegó Joe. Y después Larry. Las cosas se habían complicado de una forma horrible. Sabía que su pureza, su virginidad era algo importante para el hombre oscuro. Que si permitía a Larry poseerla (o se lo permitiera a cualquier hombre), se rompería el oscuro encantamiento. Y Larry la atraía. Había decidido permitirle que la poseyera. Dejémosle que me posea, terminemos todo de una vez. Estaba cansada, y Larry tenía razón. Había esperado demasiado tiempo al otro a lo largo de muchos años estériles.

Pero Larry *no* tenía razón... o así se lo había parecido al principio. Ella había rechazado sus avances iniciales con una especie de desdén. Nadine recordaba haber pensado: Si eso es todo lo que hay en él ¿quién puede culparme por rechazar su galanteo?

Sin embargo, le había seguido. Eso era un hecho. Había intentado frenéticamente alcanzar a otras personas, no sólo por Joe sino también porque había llegado casi hasta el extremo de abandonar al muchacho y encaminarse por su cuenta hacia el oeste en busca del hombre. Sólo los muchos años de responsabilidad inculcada respecto a los niños confiados a su cuidado la habían disuadido de ese proceder... y también la certeza de que Joe moriría si era abandonado.

Provocar más muertes en un mundo donde tantos habían muerto ya, era sin duda el más grave de los pecados.

Pero había resultado que en Larry Underwood había mucho más que en ningún otro... Él era como una de esas ilusiones ópticas (quizá incluso para sí mismo) en que crees que el agua es superficial, sólo unos cuantos centímetros de profundidad; pero, cuando metes la mano, hundes el brazo hasta el hombro. El procedimiento que él había empleado para conocer a Joe era un detalle. El modo en que Joe se había encariñado con él era otro, y su propia reacción de celos ante las relaciones crecientes entre Joe y Larry, otro. En la representación motociclista en Wells, Larry había apostado los dedos de ambas manos por el muchacho, y había ganado.

Si ellos no hubiesen centrado toda su atención en la tapa que cubría el depósito de gasolina, la habrían visto quedarse boquiabierta de sorpresa. Nadine estuvo observándolos, incapaz de moverse, la mirada fija en la brillante línea metálica de la palanca esperando a que temblara primero y después descendiera. Sólo cuando todo hubo terminado ella se dio cuenta de que había estado esperando a que comenzaran los gritos.

Entonces la tapa se levantó y ella tuvo que enfrentarse a su error y reconocer que había sido profundo. Larry había conocido a Joe mejor que ella, sin ningún adiestramiento especial y en mucho menos tiempo. Sólo la percepción retrospectiva le permitió entender lo importante que había sido el episodio de la guitarra, con cuánta celeridad y firmeza había definido las relaciones entre Larry y Joe. ¿Y dónde se encontraba el centro de esas relaciones?

Pues en la dependencia, naturalmente. ¿Qué otra cosa, si no, podría haber causado su súbito arrebatado de celos? Si Joe hubiese dependido de Larry, eso habría sido una cosa normal y aceptable. Lo que la había trastornado era que Larry dependía también de Joe, necesitaba a Joe de una forma distinta a la suya... *y Joe lo sabía*.

¿Había sido tan equivocado su juicio sobre el carácter de Larry? Ella pensó ahora que sí. Ese exterior nervioso, autónomo, era una máscara y se estaba desgastando con el abuso. El simple hecho de que él los hubiera mantenido unidos en este largo viaje demostraba su determinación.

La conclusión parecía clara: con independencia de su decisión de permitir que Larry le hiciera el amor, una parte de ella estaba comprometida con el otro hombre. Y hacer el amor

con Larry equivaldría a matar para siempre esa parte de sí misma. Nadine estaba segura de no poder hacerlo.

Y ella no era la única que soñaba con el hombre oscuro.

Eso la había perturbado al principio, y luego horrorizado. Ese horror fue tanto mayor al no tener más que a Joe y Larry para hacer comparaciones. Cuando se reunieron con Lucy y ésta aseguró haber tenido la misma clase de sueño, el horror vino a ser una especie de terror frenético. Ya no fue posible decirse, tratar de convencerse de que los sueños de ellos sólo tenían cierto parecido con los suyos. ¿Qué pasaría si todos los demás los tuvieran? ¿Qué sucedería si llegase al fin la hora del hombre oscuro... no sólo a ella sino también a todo el mundo que quedase en el planeta?

Esa idea, más que ninguna otra, le suscitó emociones conflictivas de terror y atracción. Se había atenido a la idea de Stovington con un afán casi ciego. Representaba, por la naturaleza de su función, un símbolo de cordura y racionalidad frente a la marea creciente de magia negra que ella notaba en torno. Pero Stovington había aparecido desierta. Una parodia del puerto seguro que ella elaboró en su pensamiento. El símbolo de cordura y racionalidad era un pabellón de los condenados a muerte.

Cuando el grupo avanzaba hacia el oeste, recogiendo supervivientes, su esperanza de que todo terminara para ella sin confrontación se había desvanecido bastante. Y de forma definitiva cuando ella empezó a estimar a Larry. Ahora él dormía con Lucy Swann. ¿Pero qué importaba eso? Ella estaba comprometida. Los otros habían tenido dos sueños opuestos: el hombre oscuro y la mujer anciana. Ésta parecía representar una especie de fuerza elemental, al igual que el hombre oscuro. La anciana era el núcleo al que otros se estaban adhiriendo gradualmente.

Nadine nunca había soñado con ella. Sólo con el hombre oscuro. Y cuando los sueños de los otros se desvanecieron de repente de forma tan inexplicable como llegaron, sus propios sueños, por el contrario, ganaron fuerza y claridad.

Ella sabía muchas cosas que los demás ignoraban. El hombre oscuro se llamaba Randall Flagg. Quienes en el Oeste le hacían oposición o se pronunciaban contra su modo de hacer las cosas, eran condenados a la crucifixión o enloquecían, y entonces se les dejaba libres para que vagaran por el pozo hirviente del Valle de la Muerte. En San Francisco y Los Ángeles había pequeños grupos de técnicos, pero muy pronto se trasladarían a Las Vegas donde crecía sin cesar la concentración de gente. Él no tenía prisa. El verano estaba ya declinando. Los desfiladeros de las montañas Rocosas estarían pronto llenos de nieve y aunque hubieran máquinas para despejarlos, ellos no conseguirían mantener los cuerpos lo bastante calientes para manejar las máquinas. Sería un largo invierno para consolidarse. Y el próximo abril o mayo...

Nadine se tendió en la oscuridad mirando al cielo.

Boulder era su última esperanza. La mujer anciana era su última esperanza. La cordura y la racionalidad que ella esperó encontrar en Stovington se habían trasladado a Boulder. Ellos son buenos, pensó, los buenos chicos, y si todo fuera así de sencillo para mí, apresada en una maraña de deseos conflictivos...

Repetía una vez y otra, cual un acorde dominante, su firme creencia de que el asesinato en este mundo diezmado era el pecado más grave. Y su corazón le decía firmemente, sin que pudiera ponerlo en duda, que la muerte era asunto de Randall Flagg. ¡Pero cuánto anhelaba ella su beso frío! Más de lo que había anhelado los besos del bachiller o del universitario... Incluso más, mucho se lo temía, que el beso y el abrazo de Larry Underwood.

Mañana estaremos en Boulder, pensó. Tal vez sepa entonces si el viaje ha terminado o...

Una estrella fugaz cruzó el ciclo, y al igual que una niña, Nadine expresó un deseo.

La aurora se acercaba, pintando con un delicado color rosa el cielo oriental. Stu Redman y Glen Bateman estaban a mitad de camino de la montaña Flagstaff en Boulder occidental, donde las primeras estribaciones de las Rocosas se alzaban sobre el llano como una visión de la prehistoria. En la luz crepuscular, Stu pensó que los pinos trepando entre las paredes desnudas y casi verticales semejaban las venas de una mano gigantesca surgida de la tierra.

En algún lugar hacia el este, Nadine Cross se había sumido al fin en un sueño inquieto y nada satisfactorio.

—Esta tarde voy a tener jaqueca —dijo Glen—. No recuerdo haberme pasado bebiendo toda la noche desde que era estudiante.

—La salida del sol vale la pena —dijo Stu.

—Sí. Es hermosa. ¿Habías estado en las Rocosas alguna vez?

—No —respondió Stu—. Pero celebro haber venido. —Alzó la jarra de vino y tomó un trago—. También tengo una resaca de primera. —Por un momento contempló en silencio el panorama y luego se volvió hacia Glen con una astuta sonrisa—. ¿Y qué va a suceder ahora?

—¿Sucedet? —Glen alzó las cejas.

—Claro. Para eso he subido hasta aquí. Mira —le dijo a Frannie—, me propongo emborracharlo y a extraerle la sesera.

—Estupendo —aprobó ella.

Glen sonrió:

—No hay hojas de té en el fondo de una botella de vino.

—No, pero ella me explicó lo que tú solías hacer. Sociología. El estudio de grupos de interacción. Así que haz algunas conjeturas cultas.

—Unta mi palma con oro, joh, aspirante al conocimiento!

—No te preocupes por el oro. Mañana te llevaré al First National Bank de Boulder y te daré un millón de dólares. ¿Qué te parece?

—Hablemos con seriedad, Stu... ¿Qué quieres saber?

—Lo mismo que desea saber el mundo de Andros, supongo. Qué sucederá a continuación. No sé decirlo de forma más clara.

—Habrá una sociedad —repuso meditativo Glen—. ¿De qué tipo? Imposible saberlo aún. Aquí hay ya casi cuatrocientas personas. Y al ritmo en que están llegando, imagino que seremos mil quinientos a primeros de septiembre. Cuatro mil quinientos a principios de octubre y quizá ocho mil cuando la nieve caiga en noviembre y bloquee las carreteras. Anótalo como la predicción número uno.

Para asombro de Glen, Stu sacó un bloc del bolsillo trasero de sus pantalones y anotó lo que acababa de oír.

—Me resulta difícil de creer —comentó Stu—. Hemos atravesado el país y no hemos encontrado ni cien personas.

—Bien, pero están llegando, ¿verdad?

—Sí... con cuentagotas.

—¿Qué significa eso? —inquirió sonriente Glen.

—Pues con cuentagotas. Mi madre solía decirlo. Bueno, sin duda están viniendo. Ahora mismo Ralph se halla en contacto con cinco o seis grupos que nos harán llegar hasta quinientos hacia fines de la semana.

Glen sonrió otra vez.

—Sí, y madre Abigail está sentada allí con él en su emisora de radio pero no quiere hablar por la CB. Según dice, teme recibir una descarga eléctrica.

—Frannie adora a esa anciana —dijo Stu—. En gran medida porque la mujer sabe mucho sobre partos... Pero, sobre todo, porque... la adora ¿sabes?

—Sí. Casi todo el mundo siente lo mismo.

—Ocho mil personas para este invierno —dijo Stu volviendo al tema—. ¡Caramba, hombre!

—Es simple aritmética. Digamos que la gripe barrió al noventa y nueve por ciento de la población. Quizá no fuera tanto; pero utilicemos esa cifra para tener algo en que basarnos. Si la gripe fue fatal para un noventa por ciento, ello significa que barrió a doscientos dieciocho millones de personas sólo en este país. —Glen observó la expresión consternada de Stu y

asintió sombrío—. Tal vez no haya sido tanto, pero es fácil conjeturar que esa cifra puede estar en juego. Hace parecer unos avaros a los nazis, ¿no es así?

—Dios santo —murmuró Stu con tono adusto.

—Pero eso dejaría todavía vivas a unos dos millones de personas, una quinta parte de la población de Tokio antes de la epidemia. Eso sólo en este país. Pues bien, creo que el diez por ciento de esos dos millones puede no haber sobrevivido a las secuelas de la gripe. Gentes que fueron víctimas *a posteriori*, como diría yo. Personas como ese pobre Mark Braddock, con su apéndice reventado; pero también los accidentes, los suicidios y, sí, el asesinato. Eso nos reduce a un millón ochocientos mil. Y sospechamos que hay un adversario, ¿no? El hombre oscuro con el que soñamos. En alguna parte al oeste de donde nos encontramos. Allí hay siete estados que podrían llamarse, legítimamente, su territorio... suponiendo que él exista de verdad.

—Creo que existe —declaró Stu.

—También yo. ¿Pero domina a toda la gente de allí? Lo considero tan poco probable como que madre Abigail domine automáticamente a la gente en los otros cuarenta y un estados continentales. Según creo, las cosas se han mantenido en una situación de fluidez lenta. Pero esto empieza a llegar a su fin. La gente se congrega. Cuando tú y yo discutimos esto al principio en New Hampshire, vislumbré docenas de sociedades diminutas. No conté, porque a la sazón no tenía noticia de ello, con la atracción irresistible de esos dos sueños opuestos. Fue un hecho inédito que nadie podría haber previsto.

—¿Quieres decir que nosotros terminaremos con novecientas mil personas y él con otras novecientas mil?

—No. Primero, el invierno inminente pasará factura. La pasará aquí, y será incluso más duro para los grupos pequeños que no hayan alcanzado este punto antes de las nieves. ¿Te das cuenta de que en la Zona Libre no tenemos siquiera un médico? Nuestro equipo médico se halla compuesto por un veterinario y la propia madre Abigail que ha olvidado más medicina popular válida de la que tú y yo tendremos jamás ocasión de aprender. No obstante sería realmente algo digno verse cuando intentaran ponerte una placa de acero en el cráneo después de que te lo hubieses partido en una caída, ¿verdad?

Stu rió entre dientes.

—Ese viejo muchacho, Rolf Dannemont, sacaría probablemente su Remington e iría iluminándose.

—Calculo que la población americana total podría reducirse a un millón seiscientos mil la próxima primavera, y es un cálculo generoso. Espero que nosotros obtengamos el millón.

—¡Un millón de personas! —exclamó pasmado Stu, contemplando la extensa y casi desierta ciudad de Boulder, ahora resplandeciente a medida que el sol asomaba por el horizonte.

—No puedo imaginármelo. Esta ciudad reventaría por las costuras.

—Boulder no podría darles cabida. Sé que uno se sobresalta cuando camina por las calles vacías del centro y hacia Table Mesa; pero así y todo no podría. Tendríamos que sembrar comunidades alrededor. Se te ofrecería esta situación: una comunidad gigantesca, ésta, y el resto del país al este completamente vacío.

—¿Por qué crees que obtendríamos casi toda la gente?

—Por una razón muy poco científica —contestó Glen pasándose una mano por su calva—. Me gusta creer que la mayoría de la gente es buena. Y pienso que quien está dirigiendo el espectáculo al oeste de aquí es realmente malvado. Pero tengo un presentimiento... —Su voz se fue apagando.

—Vamos, suéltalo.

—Lo haré porque estoy borracho. Pero que quede entre nosotros, Stuart.

—Está bien.

—Dame tu palabra.

—La tienes —dijo Stu.

—Creo que él se va a quedar con casi todos los técnicos —manifestó al final Glen—. No me preguntes la razón: es sólo un presentimiento. A la mayoría de los técnicos les gusta trabajar en una atmósfera de rigurosa disciplina y objetivos lineales. Les gusta que los trenes circulen con puntualidad.

»Lo que tenemos aquí en Boulder ahora mismo es una confusión absoluta, cada cual cascando a su gusto y haciendo sus propias cosas... y necesitamos hacer algo acerca de lo que mis discípulos llamarían "reunir juntos nuestra mierda". Pero este otro individuo... Apostaría cualquier cosa a que él hace circular con puntualidad los trenes. Y los técnicos son tan humanos como el resto de nosotros; ellos irán allá donde más los necesiten. Tengo la sospecha

de que nuestro adversario quiere conseguir tantos como pueda. Que se jodan los granjeros, él preferirá tener unos cuantos hombres que sepan desempolvar esos silos de misiles en Idaho y hacerlos operativos otra vez. Lo mismo digo respecto a tanques, helicópteros, y un par de bombarderos B-52 para presumir. Dudo que haya llegado ya hasta ahí... Bueno, estoy seguro de que no. Lo sabríamos. Probablemente ahora mismo está procurando recuperar el poder, restablecer las comunicaciones... tal vez se dedique incluso a la purga de los pusilánimes. Roma no se hizo en una hora... y él debe saberlo. Tiene tiempo. Pero cuando observo cómo se pone el sol por la noche (y esto no es cuento, Stuart), me asusto. Ya no necesito tener malos sueños para asustarme. Todo cuanto he de hacer, es pensar en éstos del otro lado de las Rocosas, atareados como pequeñas abejas.

—¿Qué estarán haciendo?

—¿Necesitas una lista? —respondió sonriente Glen.

Stuart indicó con un gesto su manoseado bloc. En su roja cubierta, había dos bailarines en silueta y las palabras BOOGIE, BOOGIE.

—Sí.

—Bromeas, ¿verdad?

—No, no bromeo. Tú mismo lo has dicho, Glen. Debemos empezar a reunir juntos nuestras mierdas en algún lugar. Cada día que pasa es peor. No podemos sentarnos aquí a escuchar la CB. Cualquier mañana podemos despertar para descubrir que ese indeseable entra en Boulder al frente de una columna acorazada con apoyo aéreo.

—No lo esperes mañana.

—No. ¿Pero qué me dices del próximo mayo?

—Posible —admitió Glen bajando la voz—. Sí, muy posible.

—¿Qué crees que nos ocurrirá entonces?

Glen respondió con un pequeño gesto muy explícito: disparó con el pulgar y el índice de la mano derecha, y luego bebió aprisa el vino que quedaba en su vaso.

—Sí —asintió Stu—. Empecemos pues por unirnos. Habla.

Glen cerró los ojos. El resplandeciente sol tocó su frente y sus mejillas arrugadas.

—De acuerdo —dijo—. Aquí lo tienes, Stu. Primero: recrear América. Nuestra pequeña América. Por las buenas o por las malas. Ante todo organización y gobierno. Si se comienza ahora, podremos formar el tipo de gobierno que queremos. Si esperamos hasta que la población se triplique, tendremos problemas graves.

»Digamos que convocamos una asamblea dentro de una semana a partir de hoy, eso sería el dieciocho de agosto. Antes debería trabajar un comité organizativo idóneo. Un comité de siete; digamos, tú, yo, Andros, Fran, Harold Lauder y quizá dos o tres más. La tarca del comité sería crear una orden del día para la asamblea del dieciocho de agosto. Y puedo decirte ahora mismo cuáles deberían ser los puntos de esa agenda.

—Dispara.

—Primero, lectura y ratificación de la Declaración de Independencia. Segundo, lo mismo respecto a la Constitución. Tercero, lo mismo de los Derechos Humanos. Todas las tarificaciones deberán ser refrendadas por votos de viva voz.

—Por Dios, Glen, todos somos americanos...

—No; ahí es donde te equivocas —dijo Glen abriendo los ojos, que parecieron hundidos e inyectados en sangre—. Somos un puñado de supervivientes carentes de gobierno. Somos una mezcolanza de grupos por edad, religión, grupos raciales y sociales. Gobierno es una *idea*, Stu. En verdad no es más que eso, si le despojas de la burocracia y de todas las gilipolleces. Iré todavía más lejos. Es una inculcación, un sendero de recuerdos. Casi todas esas personas creen todavía en el gobierno por representación, en la república, en lo que ellos consideran «democracia». Pero eso no durará mucho. Al cabo de cierto tiempo, todos empezarán a tener reacciones: el presidente ha muerto, el Pentágono está para alquilar, nadie debate nada en la Cámara ni en el Senado, excepto las termitas y las cucarachas. Nuestra gente de aquí despertará y verá que los modos antiguos han desaparecido y que ellos pueden reestructurar la sociedad de la forma que prefieran. Debemos captarlas antes de que despierten y hagan una tontería.

Apuntó con un dedo a Stu.

—Si en la reunión del dieciocho de agosto alguien se levanta y propone que madre Abigail se haga cargo de todo; contigo, y conmigo y con ese Andros como sus asesores, aprobarán por aclamación la propuesta sin darse cuenta de que han entregado el poder a la primera dictadura americana desde Huey Long.

—¡No puedo creerlo! Aquí hay licenciados universitarios, abogados, activistas políticos...

—Tal vez lo fueron en su día. Ahora son sólo un puñado de personas cansadas y asustadas que no saben qué les está sucediendo. Algunas podrán chillar quejas pero se callarán cuando les digas que madre Abigail y sus asesores van a recuperar el poder dentro de sesenta días. No, Stu, es muy importante que la primera cosa que hagamos sea ratificar el *espíritu* de la antigua sociedad. Eso es lo que quiero significar cuando digo recrear América. Así habrá de ser mientras estemos actuando bajo la amenaza directa de un hombre a quien llamaremos el Adversario.

—Continúa.

—Está bien. El segundo punto en la agenda será que administraremos el gobierno como un municipio de Nueva Inglaterra. Democracia perfecta. Mientras seamos relativamente pocos, eso funcionará bien. Sólo que en lugar de una junta de hombres selectos, tendremos siete representantes. Representantes de la Zona Libre. ¿Qué tal suena eso?

—Suena muy bien.

—También lo creo así. Y tendremos cuidado de que las personas que resulten elegidas sean las mismas que las del comité: idóneos. Daremos prisa a todo el mundo y tendremos la votación antes de que algunos puedan cabildear para sus amigos. Podemos elegir a dedo personas para que nos nombren y nos secunden.

—Muy bien pensado —exclamó Stu.

—Ya —dijo taciturno Glen—. Cuando quieras plantar cortacircuitos en el proceso democrático, consulta con un sociólogo.

—¿Y qué viene a continuación?

—Esto será muy popular. El artículo rezará así: «Resolución: Se concederá el veto absoluto a madre Abigail sobre cualquier acción propuesta por la Junta».

—¡Por Dios! ¿Se avendrá ella a eso?

—Supongo que sí. Pero preveo que ella no se mostrará dispuesta a ejercitar su poder de veto en circunstancia alguna. No podemos esperar tener aquí un gobierno viable mientras no la nombremos cabeza titular. Ella representa lo que todos tenemos en común. Todos hemos tenido una experiencia paranormal que gira alrededor de ella. Y la mujer tiene una especie de aura en torno suyo. Todas las personas emplean los mismos adjetivos para describirla: buena, afable, anciana, sabia, inteligente, simpática... Esas personas han tenido un sueño que las ha horrorizado, y otro que las ha hecho sentirse felices y seguras. Todas adoran la fuente del sueño bueno; con mayor intensidad puesto que el otro las aterroriza. Y les podemos aclarar que ella será nuestro líder sólo nominalmente. Creo que eso es lo que ella quiere. Es vieja, está fatigada...

Stu negó con la cabeza.

—Es vieja y está fatigada, pero ve el problema del hombre oscuro como una cruzada religiosa, Glen. Y ella no es la única. ¿Lo sabes, verdad?

—¿Quieres decir que ella puede optar por rebelarse?

—Tal vez eso no fuera tan malo —observó Stu—. Después de todo, con quien soñamos fue con *ella*, no con una junta representativa.

Glen meneó con la cabeza.

—No, no puedo aceptar la idea de que todos nosotros seamos peones en un juego apocalíptico del bien y el mal, con sueños o sin ellos. ¡Maldita sea! ¡Es absurdo!

Stu se encogió de hombros.

—Bueno, no nos precipitemos. Creo que tu idea de confiarle el poder de veto es buena. Aunque me parece que no profundiza lo suficiente. Deberíamos conferirle el poder de proponer y también de disponer.

—Pero no el poder absoluto —se apresuró a decir Glen.

—No. Sus ideas tendrían que ser ratificadas por la junta representativa —convino Stu, y añadió malicioso—: Pero podría resultar que nosotros fuéramos un sello de caucho para ella en lugar de ocurrir al revés.

Hubo un largo silencio. Glen apoyó la cabeza sobre una mano.

—Sí, tienes razón. Ella no puede ser sólo una mujer de paja... Hemos de aceptar la posibilidad de que tenga también sus propias ideas. Y ahí es donde preparo mi nebulosa bola de cristal. Porque ella es lo que quienes cabalgamos por las rutas de la sociología denominamos dirigida por otro —dijo al fin.

—¿Quién es el otro?

—¿Alá? ¿Thor? ¿Pee-wee Hermán? Eso carece de importancia. Lo que importa es que lo que ella dice no será dirigido, necesariamente, por lo que esta sociedad necesita ni por lo que

son sus tradiciones. Ella estará escuchando otra voz. Como Juana de Arco. Lo que me has hecho ver es que aquí podemos terminar con una teocracia.

—¿Teo... qué?

—Un viaje a Dios —respondió Glen, y no pareció demasiado feliz con la idea—. Cuando eras pequeño, Stu, ¿no soñaste alguna vez que podrías llegar a ser uno de los siete sumos sacerdotes, o sacerdotisas, al servicio de una mujer negra de Nebraska de ciento ocho años?

Stu le miró desconcertado. Por fin dijo:

—¿Queda algo de ese vino?

—Ni una gota.

—Mierda.

—Eso —dijo Glen.

Se estudiaron uno a otro y luego estallaron en carcajadas.

Sin duda era la casa más bonita en la que había vivido madre Abigail; y estar allí sentada en el porche, resguardado con enrejados, la hizo recordar a un viajante que había pasado por Hemingford allá en 1936 o 1937. ¡Caramba! Había sido el tipo con la conversación más amena que ella encontró en toda su vida. El hombre podría haber encantado a los pájaros hasta hacerlos bajar de los árboles. Ella le preguntó a aquel joven, llamado Donald King, cuál era su negocio con Abby Freemantle, y él le respondió:

—Mi negocio es la comodidad. *Su* comodidad. ¿Le gusta leer? ¿Escucha la radio? ¿O tal vez pone sus viejos y cansados pies sobre un cojín y escucha cómo rueda el mundo por la gran bolera del universo? Pues bien, ésas son las cosas que vendo —le había dicho el mercader ambulante de la charla afable—. En concreto aspiradoras Electrolux con todos los accesorios; representan verdaderamente un ahorro de tiempo. Apenas la enchufe le expondrá un nuevo panorama de descanso para usted. Y los plazos son casi tan cómodos como lo serán sus faenas domésticas.

Por aquellas fechas, todos habían estado sumidos en la Depresión y ella no había podido reunir siquiera veinte centavos para comprar cintas de pelo destinadas a celebrar los cumpleaños de sus nietas; la Electrolux no tuvo la menor oportunidad. Pero había que ver con cuánta dulzura hablaba aquel Donald King, de Perú, Indiana. ¡Dios! Ella no le había vuelto a ver jamás, pero tampoco había olvidado su nombre. Apostaría cualquier cosa a que el hombre había conquistado el corazón de alguna señora blanca. Ella no poseyó una aspiradora hasta el fin de la guerra con los nazis, cuando pareció de pronto que todo el mundo podía adquirir cualquier cosa, e incluso los blancos pobres tenían un Mercury en el granero.

Ahora esta casa, que según le había dicho Nick estaba en el sector Mapleton Hill de Boulder (madre Abigail apostaría cualquier cosa a que no habían vivido allí muchos negros antes de la asoladora epidemia), tenía todos los aparatos que ella conocía y algunos que no había visto jamás. Lavavajillas. Dos aspiradoras, una exclusivamente para la planta superior. Microondas. Lavadora y secadora. En la cocina, había un artefacto que parecía una simple caja metálica, y el buen amigo de Nick, Ralph Bretner, le había dicho que era una «trituradora de basura», de modo que podías meter en ella cuarenta kilos de desperdicios y recoger un pequeño bloque de basura no más grande que un escabel. Las maravillas eran inagotables.

Pero, pensándolo bien, algunas no.

Meciéndose muy tranquila en el porche, su mirada acertó a posarse en el enchufe eléctrico instalado en el zócalo. Probablemente para que la gente pudiera salir allí en verano y escuchar la radio o incluso ver el partido de béisbol en ese pequeño televisor tan gracioso. No había nada más común en todo el país que esas pequeñas placas de pared con dos agujeros. Ella las había tenido incluso en su choza de Hemingford. No dabas la menor importancia a esas placas... a menos que dejaran de funcionar. Entonces te dabas cuenta de que gran parte de la vida de una persona dependía de ellas. Todo ese ahorro de tiempo, esa comodidad que aquel Don King tanto encomiaba, provenía de esas placas embutidas en la pared. Si se les quitaba su potencia, podrías usar el horno microondas y el triturador de basura para colgar el abrigo y el sombrero.

¡Pero bueno! ¡Si su propia casita había estado mejor equipada que ésta para afrontar la inutilidad de esas pequeñas placas! Aquí alguien tenía que traerle el agua desde Boulder Creek, y era preciso hervirla antes de usarla, sólo por razones de seguridad. Allá en casa, ella había tenido su propia bomba manual. Aquí, Nick y Ralph tuvieron que traer en camión un horrible artefacto llamado Port-O-San y ponerlo en el patio trasero. En casa, ella había tenido su propio retrete exterior. Habría cambiado sin dudarle la Maytag, esa combinación de

lavadora y secadora, por su vieja artesa. Pero consiguió que Nick le encontrara una nueva. Y Brad Kitchner le buscó una tabla de lavar y un buen jabón de sosa. Probablemente ambos pensarían que ella estaba chiflada por querer hacer su propia colada... Pero los limpios eran lo más próximo a los santos. Ella jamás había enviado fuera su ropa sucia, y no pensaba empezar ahora. También tenía pequeños accidentes de cuando en cuando, como solía ocurrirle a la gente vieja; pero mientras pudiera hacer su propia colada, esos accidentes no tendrían que ser asunto de nadie sino sólo suyo.

Desde luego ellos recuperarían la energía eléctrica. Ésa era una de las cosas que Dios le había mostrado en sus sueños. Ella conocía un bendito número de cosas que iban a sobrevenir... Unas por los sueños y otras por su propio sentido común. Ambos estaban demasiado entrelazados para separarlos.

Muy pronto todas esas personas dejarían de correr alocadamente como pollos sin cabeza y empezarían a unirse. Ella no era socióloga como ese Glen Bateman (quien la miraba siempre como un agente de apuestas buscando un diez falso); pero sabía que la gente siempre se unía al cabo de cierto tiempo. La maldición y la bendición de la raza humana era su camaradería. ¡Caramba! Si seis personas fuesen a la deriva en el Misisipí sobre el tejado de una iglesia durante una inundación, organizarían un juego de bingo tan pronto el tejado encallase en un banco de arena.

Por lo pronto, ellos querrían formar una especie de gobierno con ella a la cabeza. No podría permitirlo, desde luego, por mucho que le agradase la idea. No sería la voluntad de Dios. ¿Dejarles administrar todas las cosas relacionadas con esta tierra... recuperar el poder? Estupendo. Lo primero que ella iba a hacer era probar la trituradora. Luego, hacer funcionar el gas para que sus traseros no se congelaran en el invierno. Dejarles a ellos presentar sus resoluciones y hacer sus planes, eso era estupendo. Ella no metería sus narices en esas cuestiones. Insistiría en que Nick formara parte de eso, y tal vez Ralph. Ese tejano parecía aceptable. Sabía cerrar la boca cuando su cerebro no funcionaba. Suponía que ellos querrían a ese chico gordo, ese Harold, y ella no les detendría aunque el tal chico no le gustara. Harold la ponía nerviosa sonriendo todo el tiempo pero sin que la sonrisa le llegara a los ojos. Era agradable, decía cosas razonables, pero sus ojos eran como dos fríos pedernales surgidos del fondo de su ser.

Ella creía que Harold poseía una especie de secreto. Alguna cosa maloliente y malsana envuelta en una apestosa cataplasma en el centro de su corazón. No tenía ni idea de lo que podía ser. La voluntad de Dios no había dispuesto que viera eso. Por lo tanto, ellos no debían intervenir en su plan para esta comunidad. De todas formas la inquietaba que el chico gordo pudiera formar parte de su consejo... Aunque nada diría.

Su asunto, pensó un tanto complacida en la mecadora, su lugar en los consejos y deliberaciones tenía sólo que ver con el hombre oscuro.

Éste no tenía nombre, aunque le agradase hacerse llamar Flagg... al menos por el momento. Y en el extremo más alejado de las montañas su trabajo había comenzado ya. Ella no conocía sus planes; pues estaban tan encubiertos ante sus ojos como los secretos del gordo Harold. Pero no necesitaba conocer los pormenores. El objetivo del hombre oscuro era claro y simple: destruirlos a todos.

Su comprensión del hombre oscuro era sorprendentemente sofisticada. Las gentes que habían llegado a la Zona Libre acudían a visitarla, y ella las recibía, a pesar de que la cansaran algunas veces y todas quisieran decirle que habían soñado con ella y con *él*. Éste las aterraba, y ella asentía y consolaba lo mejor que podía, pero pensaba que casi nadie conocería a ese Flagg si lo encontrara por la calle... a menos que él *quisiera* darse a conocer. Ellos podrían *sentir* un escalofrío, un acaloramiento súbito o un fugaz dolor lacerante en las orejas o las sienes. Pero esas personas se equivocaban al pensar que él tenía dos cabezas, o seis ojos, o afilados cuernos en su frente. Probablemente él no se diferenciaba mucho del hombre que solía traer la leche o el correo.

Ella conjeturaba que detrás del mal consciente había una negrura inconsciente. Eso era lo que distinguía a los humanos de los tenebrosos; ellos no podían hacer cosas sino sólo romperlas. Dios, el Creador, había hecho al hombre a su propia imagen, lo cual significaba que todo hombre y mujer que morase bajo la luz divina era un creador, una persona deseosa de extender la mano para conformar el mundo con arreglo a algún esquema racional. El hombre negro quería y podía sólo quitarle la forma. ¿Anticristo? Más bien se diría anticreador.

Él tendría sus seguidores, claro está. Era un embustero, y su padre era el padre de las mentiras. Sería para ellos un inmenso anuncio de neón, allá arriba en el cielo, deslumbrándolos con sibilantes fuegos de artificio. Esos aprendices de la destrucción no

percibirían que, como un signo de neón, él presentaba los mismos esquemas simples una y otra vez.

Ellos no percibirían que, si liberaras el gas que trazaba los bonitos esquemas en su complejo surtido de tubos, éste se dispararía en silencio sin dejar el menor rastro, ni siquiera un soplo de olor.

A su debido tiempo algunos harían una deducción: su reino no sería nunca de paz. Los centinelas y las alambradas en las fronteras de su territorio estarían allí no sólo para disuadir al invasor sino también para mantener dentro a los seducidos.

¿Triunfaría ese hombre?

Ella no tenía ninguna garantía de que no fuera así. Abigail sabía que él la tenía presente como ella a él, y que nada le procuraría más satisfacción que ver su cuerpo negro colgado de un poste telefónico para que lo picotearan los cuervos. Sabía que muy pocos, aparte de ella misma, habían soñado con crucifixiones, sólo unos pocos. Y éstos se lo habían contado sólo a ella, o así lo suponía. Y ninguno había contestado a esta pregunta: ¿triumfaría el hombre?

Tampoco ella era quién para saberlo. Dios trabajaba con discreción y a su manera. Le había agradado que los hijos de Israel sudaran y penaran bajo el yugo egipcio durante generaciones. Le había agradado enviar a José a la esclavitud, con su hermosa túnica de colores rasgada por la espalda. Le había agradado permitir que cien plagas visitaran al infortunado Job y le había agradado permitir que su único Hijo fuera crucificado con un chiste malo sobre su cabeza.

Dios era un jugador... Si Él hubiese sido mortal habría estado a gusto encorvado sobre un tablero de ajedrez en el porche de los almacenes de Pop Mann, allá en Hemingford Home. Abigail pensó que, para Él, el juego valía más que una vela, el juego era la propia vela. Él prevalecería a su debido tiempo. Pero no necesariamente este año, ni en el próximo milenio... y ella no sobrevaloraría la habilidad del hombre oscuro. Si él era gas neón, ella era la minúscula partícula de polvo oscuro que forma la gran nube de lluvia sobre la reseca tierra. Sólo otro soldado raso (¡ya cumplida la fecha del retiro, por cierto!) al servicio del Señor.

—Se hará Tu voluntad —dijo.

Y sacó del bolsillo de su delantal un paquete de cacahuets Planter. Su último médico, el doctor Staunton, le había recomendado que se mantuviese alejada de los alimentos salados; pero ¿qué sabía él? Ella había sobrevivido a los dos médicos que habían presumido de darle buenos consejos sobre la salud desde su ochenta y seis cumpleaños, y comería unos cuantos cacahuets si le apetecía. Dañaban sus encías de una forma mortal. Pero ¡caramba, qué sabrosos estaban!

Mientras masticaba, Ralph Bretner se acercó por el camino de entrada, con el sombrero de la pluma echado hacia atrás. Cuando llamó a la puerta del porche, se lo quitó.

—¿Estás despierta, madre?

—Lo estoy —contestó ella con la boca llena de cacahuets—. Entra, Ralph. No estoy masticando estos cacahuets, les estoy dando encía hasta aplastarlos.

Ralph rió y entró.

—Hay unas personas a quienes les gustaría saludarte si no estás demasiado cansada. Llegaron hace una hora. Muy buena gente, diría yo. El tipo que la dirige es uno de esos melenudos, pero parece sensato. Se llama Underwood.

—Bien, hazles entrar, Ralph —dijo ella.

—De acuerdo.

Se volvió para salir.

—¿Dónde está Nick? —le preguntó ella—. Hoy no lo he visto y ayer tampoco. ¿Es que se está haciendo demasiado bueno para los aldeanos?

—Ha estado fuera, en el embalse —le informó Ralph—. Él y ese electricista, Brad Kitchner, han estado examinando la central eléctrica. —Se frotó la nariz—. Yo estuve también esta mañana. Me figuré que esos jefes deberían tener por lo menos un indio para darle órdenes.

Madre Abigail soltó una risa aguda. Le gustaba Ralph. Era un alma sencilla pero astuta. Tenía tacto para averiguar cómo funcionaban las cosas. No le sorprendía que hubiese sido él quien hiciera marchar lo que todo el mundo llamaba Radio de la Zona Libre. Era el tipo de hombre que no dudaría en tratar con cola la batería de tu tractor cuando empezara a rajarse, y si la cola daba resultado, él se limitaría a quitarse su sombrero, a rascarse la cabeza y a sonreír como un niño de once años que ha terminado sus deberes y está ya con la caña de pescar al hombro. Era el tipo de hombre para tener cerca cuando las cosas no marchaban bien, el tipo de hombre que, de una forma u otra, estaba siempre ahí en las malas épocas. Él te ponía la válvula adecuada en la bomba de tu bicicleta cuando no se ajustaba a tu tipo de

neumático, sabía lo que causaba ese ruido raro en tu horno sólo con mirarlo. Te explicaba que podías fertilizar tu maizal con excremento de cerdo si lo mezclabas adecuadamente; pero no podía entender un contrato de alquiler de coches ni imaginar cómo los tratantes conseguían estafarle una vez y otra. Un impreso para solicitud de empleo relleno por Ralph Bretner parecería haber pasado por un mezclador Hamilton-Beach... Con faltas ortográficas, sobado, salpicado de manchas de tinta y huellas grasientas. Su lista laboral semejaría un tablero de ajedrez que hubiese dado la vuelta al mundo en un barco mercante. Pero cuando el tejido mismo del mundo parecía empezar a desgarrarse, era Ralph Bretner quien decía sin asustarse: «Pongamos un poco de cola y veamos si conseguimos mantenerlo unido». Y la mayoría de veces lo conseguía.

—Eres un buen muchacho, Ralph. ¿Lo sabías? Sí, lo eres.

—¡Gracias! Tú también eres buena, madre. Por cierto, ese tipo Redman pasó por aquí cuando estábamos trabajando. Quiso hablar con Nick sobre su participación en una especie de comité.

—¿Y qué dijo Nick?

—Bah, escribió un par de páginas. Pero lo que vinieron a decir me pareció bien, siempre que le parezca bien a madre Abigail. ¿Es así?

—Bueno, ¿qué puede decir una mujer vieja como yo sobre tales cosas?

—Mucho —replicó Ralph con seriedad—. Tú eres la razón de que estemos aquí. Supongo que haremos lo que tú digas.

—Lo único que quiero es seguir viviendo libre como lo he sido siempre, como una americana. Sólo deseo dar mi opinión cuando llegue para mí el momento de darla. Como una americana.

—Bueno, tendrás todo eso.

—¿Piensa lo mismo el resto, Ralph?

—Puedes apostar a que sí.

—Entonces está bien. —Abigail se mecía con serenidad—. Va siendo hora de que todo el mundo se ponga en marcha. Hay personas holgazaneando por ahí. Esperan a que alguien les diga dónde apoyarse.

—Entonces, ¿puedo ir adelante?

—¿Con qué?

—Bueno, Nick y Stu me preguntaron si podría encontrar una imprenta y hacerla funcionar cuando ellos consigan algo de electricidad. Les dije que no necesitaba electricidad. Fui al instituto y elegí el mimeógrafo manual más grande. Quieren algunos folletos. —Ralph meneó la cabeza—. ¡Casi nada! Setecientos. ¡Caramba! Aquí somos sólo cuatrocientos y pico.

—Y diecinueve que están en la verja, probablemente sufriendo una insolación mientras nos dedicamos a parlotear. Hazles pasar.

—Ahora mismo.

Ralph empezó a retirarse.

—¡Y escucha, Ralph!

Ralph se detuvo.

—Imprime mil —le recomendó ella.

Todos desfilaron a través de la verja que Ralph mantenía abierta, y ella sintió su pecado, el que tomó por la madre del pecado. El padre del pecado era el hurto; cada uno de los Diez Mandamientos se reducía a éste: «No robarás». Asesinato era el robo de una vida, adulterio el robo de una esposa, codicia el robo sigiloso que tenía lugar en la cueva del corazón. Blasfemia era el robo del nombre de Dios, birlado de la casa del Señor y enviado a pasear por las calles como una procaz prostituta. Ella no había tenido mucho de ladrona; a lo sumo una ladronzuela alguna vez que otra.

La madre del pecado era el orgullo.

El orgullo era el lado femenino de Satanás en la raza humana, el huevo recóndito del pecado, siempre fértil. El orgullo había mantenido a Moisés fuera de Canaán, donde las uvas eran tan grandes que los hombres tenían que acarrearlas en pértigas. «¿Quién hizo brotar agua de la roca cuando estuvimos sedientos?», preguntaron los hijos de Israel. Y Moisés contestó: «Yo lo hice».

Ella había sido siempre una mujer orgullosa. Orgullosa del suelo que fregaba apoyada en sus manos y rodillas. ¿Pero quién había provisto las manos, las rodillas y hasta la misma agua con que fregaba? Orgullosa de que todos sus hijos hubiesen salido buenos... Ninguno jamás

en la cárcel, ninguno sorprendido con la droga o con la botella, ninguno en el lado erróneo de las sábanas... Pero las madres de los hijos eran las hijas de Dios. Estaba orgullosa de su vida; pero ella no había hecho su vida. El orgullo era la maldición de la voluntad. Y, al igual que una mujer, el orgullo tenía sus artimañas. A su muy avanzada edad, ella no había conocido todavía todas sus ilusiones ni había dominado sus encantos.

Y mientras los recién llegados desfilaban por la verja, pensó: Es a mí a quien han venido a ver. Y en la estela de ese pecado, acudieron a su mente una serie de metáforas blasfemas: desfilaban uno tras otro como comulgantes, su joven líder con los ojos bajos casi todo el rato, una mujer de pelo claro a su lado, un niño detrás de él junto con una mujer de ojos oscuros cuyo pelo negro estaba veteado de blanco. Los demás detrás, en fila.

El joven subió los escalones del porche, y su mujer se detuvo al pie. El pelo de él era largo, como había dicho Ralph, pero estaba limpio. Tenía una barba leonada muy crecida y una cara enérgica con líneas recientes y profundas de preocupación alrededor de la boca y en la frente.

—Eres real —musitó él.

—¡Caramba! Siempre lo creí así —replicó ella—. Soy Abigail Freemantle, pero casi toda la gente de por aquí me llama madre Abigail. Bienvenidos a mi casa.

—Muchas gracias —farfulló él, y ella vio que estaba conteniendo las lágrimas—. Estoy... estamos muy contentos de hallarnos aquí. Me llamo Larry Underwood.

Ella le tendió la mano y él la tomó con delicadeza, casi con timidez. Abigail sintió otra vez ese arrebatado de orgullo. Fue como si el hombre pensara que ella tenía un fuego dentro de sí capaz de quemarle.

—He soñado... contigo —dijo él con embarazo.

Abigail sonrió. El hombre inclinó la cabeza y se dio la vuelta con cierta rigidez, casi tropezando. Descendió los escalones con los hombros caídos. Ya se relajará, pensó ella, ahora que está aquí y cuando descubra que no necesita soportar el peso del mundo entero sobre sus espaldas. Un hombre que duda de sí mismo no debe intentarlo con demasiado ahínco hasta que haya madurado. Este Larry Underwood se halla todavía un poco verde y tiende a doblarse. Pero me cae bien.

Ahora le tocó el turno a su mujer, una chiquilla preciosa con ojos como violetas. Miró con desenvoltura a madre Abigail, pero no altiva.

—Soy Lucy Swann. Celebro conocerla. —Y aunque llevara pantalones, hizo una breve genuflexión.

—Me alegro de que hayas venido, Lucy.

—¿Te importaría que te preguntara? Bueno... —Lucy bajó los párpados y enrojeció levemente.

—Ciento ocho en el último recuento —contestó afable ella—. Pero algunos días parece como si fueran doscientos.

—He soñado contigo —repuso Lucy. Y luego se retiró.

Entonces se presentaron la mujer de los ojos oscuros y el chico. La mujer la miró con gesto grave e impávido; el rostro del muchacho expresó sorpresa. El joven era aceptable. Pero hubo algo acerca de la mujer que le hizo sentir el frío de la tumba. Él está aquí, pensó. Él ha venido en la forma de esta mujer... Cuidado: él adopta diversas formas aparte de la suya: el lobo, el cuervo, la serpiente...

Ella no estaba libre de sentir miedo y, durante un instante, temió que aquella mujer extraña con mechones blancos en el pelo alargase la mano súbitamente y le rompiera el cuello. Esta sensación persistió unos segundos. Madre Abigail imaginó que el rostro de la mujer desaparecía y ella se quedaba mirando un agujero en el tiempo y el espacio, un agujero desde el cual dos ojos oscuros y malditos la miraban fijamente: unos ojos que parecían perdidos, ojerosos, sin esperanza.

Pero era sólo una mujer, no él. El hombre oscuro no se atrevería nunca a ir allí... ni siquiera en una forma que no fuera la suya. Esa no era más que una mujer, y por cierto muy bonita... con una cara expresiva, y un brazo protector sobre la espalda del muchacho. ¡Sus temores eran infundados!

Para Nadine Cross fue un instante de confusión. Se había encontrado bien cuando atravesaron la verja. Se había encontrado bien hasta que Larry empezó a hablar de la anciana. Entonces le asaltó una sensación deprimente de repugnancia y terror. Aquella anciana podía... ¿qué?

Podía ver.

Sí, temió que la anciana pudiera ver dentro de su ser, donde la oscuridad había sido plantada y germinaba. Temió que la anciana se levantara de su asiento en el porche y la

denunciara exigiéndole que dejara a Joe y se marchara con aquellos (con *él*) a quienes estaba destinada.

Las dos mujeres, cada cual con su temor solapado, se miraron. Se midieron una a otra. El momento fue breve, pero a ambas les pareció muy largo.

Él está en ella... el trasgo del Diablo, pensó Abby Freemantle.

Todo el poder de ellos se concentra aquí, pensó a su vez Nadine. Ella es cuanto tienen, aunque lo vean de otra forma.

Joe empezó a inquietarse, y le tiró de la mano.

—Hola —dijo por fin con voz mortecina—. Soy Nadine *Cross*.

—Sé quién eres —contestó la anciana.

Las palabras quedaron flotando e interrumpieron de repente la charla de los demás. Algunas personas se volvieron para ver si sucedía algo.

—¿De veras? —respondió con tono suave Nadine.

De repente pareció como si Joe fuera su única protección.

Puso muy despacio al muchacho delante de ella, como si se tratara de un rehén. Los extraños ojos verdes de Joe miraron a madre Abigail.

—Éste es Joe —lo presentó Nadine—. ¿También lo conoces?

Los ojos de Abigail permanecieron fijos en los de la mujer que se hacía llamar Nadine *Cross*. Pero una fina película de sudor le cubrió la nuca.

—Creo que su nombre es Joe, tal como el mío es Cassandra —dijo—. Y no creo que seas su madre.

Entonces miró al muchacho con cierto alivio, sintiendo la extraña sensación de que aquella mujer había ganado; había puesto al pequeño entre ambas, lo había usado para impedirle cumplir con su deber... ¡Ah; pero había sido una acción tan súbita que ella no se hallaba preparada para afrontarla!

—¿Cómo te llamas? —preguntó al muchacho.

El chico se esforzó por hablar, como si un hueso se le hubiese atascado en la garganta.

—No te lo diré —manifestó Nadine poniendo la mano sobre el hombro del muchacho—. No puede decírtelo. No creo que recuerde...

Joe se soltó y eso pareció romper el hechizo.

—¡Leo! —dijo con ímpetu y claridad—. ¡Leo Rockway, ése soy yo! ¡Soy Leo!

Y se echó riendo a los brazos de madre Abigail. Aquello arrancó risas y algunos aplausos del gentío. Nadine pasó inadvertida, y Abby sintió otra vez que cierta oportunidad se había esfumado.

—Joe —dijo Nadine. Su rostro tenía una expresión distante, de nuevo bajo control.

El muchacho se apartó un poco de madre Abigail y la miró.

—Ven aquí —le ordenó Nadine, y miró sin parpadear a Abby—. Esta mujer es anciana. Le harás daño. Es muy anciana... y no demasiado fuerte.

—¡Ah! Creo ser lo bastante fuerte para querer un poco a este chiquillo —replicó Abigail, pero su propia voz le sonó extrañamente indecisa—. Por su aspecto se diría que ha tenido un viaje duro.

—Bueno, ahora está cansado. Y tú también, al parecer. Vamos, Joe.

—La quiero —dijo el muchacho sin moverse.

Nadine pareció respingar al oírlo. Su voz se hizo aguda.

—Ven aquí, Joe.

—¡Ése no es mi nombre! ¡Me llamo Leo!

La pequeña multitud de nuevos peregrinos se tranquilizó otra vez, tras haber percibido algo inesperado o que podría suceder, pero fue incapaz de adivinar el qué.

Los ojos de ambas mujeres se cruzaron otra vez como sables.

Sé quién eres, dijeron los de Abby.

Sí. Y yo te conozco, contestaron los de Nadine.

Pero esta vez Nadine fue la primera que bajó los párpados.

—Está bien —admitió—. Leo o como quieras llamarte. Ven aquí antes de que la fatigues más.

El chico abandonó a regañadientes los brazos de madre Abigail.

—Vuelve por aquí a visitarme siempre que quieras —le invitó Abby. Pero no alzó la mirada para incluir a Nadine.

—Gracias —dijo el muchacho lanzándole un beso.

El rostro de Nadine se petrificó. No habló. Cuando ambos descendieron los peldaños del porche, el brazo de Nadine sobre la espalda del pequeño sembró una cadena más que un

consuelo. Madre Abigail los miró alejarse, dándose cuenta de que estaba perdiendo de nuevo el enfoque. Una vez desaparecido el rostro de la mujer, la sensación de revelación empezó a hacerse borrosa. Se sintió insegura acerca de lo que había intuido. Aquélla era sólo otra mujer, sin duda... ¿O no?

El joven Underwood siguió plantado al pie de los escalones, y su cara fue como una nube de tormenta.

—¿Por qué te has comportado así? —preguntó a Nadine.

Ella no le prestó atención. Pasó por su lado sin decir palabra. El muchacho lanzó una mirada suplicante a Underwood; no obstante, la mujer siguió haciéndose cargo de todo, al menos de momento, y el pequeño se dejó arrastrar por ella.

Hubo un momento de silencio y, de repente, Abby se sintió incapaz de llenarlo aunque el caso lo requiriera...

¿Incapaz?

¿Acaso no era su *misión* llenarlo?

Y una voz tenue preguntó: *¿Lo es? ¿Es ésa tu misión? ¿Es ésa la razón de que Dios te haya traído aquí, mujer? ¿Para ser la recepcionista oficial en las verjas de la Zona Libre?*

No puedo pensar, protestó ella. La mujer tenía razón. Estoy cansada.

Él llega en más formas que la suya propia, insistió la leve voz interna. Lobo, cuervo, serpiente... mujer.

¿Qué significaba eso? ¿Qué había sucedido aquí? ¿Qué, en nombre de Dios?

Yo estaba sentada aquí muy complacida, esperando a que se me reverenciara... Sí, eso es lo que estaba haciendo. Y entonces llega esa mujer y no sé lo que ha sucedido. Había algo acerca de ella... ¿No lo había? ¿Estás segura?

Hubo un momento de silencio durante el cual todos parecieron mirarla esperando a que se manifestara. Pero ella no lo hizo. La mujer y el muchacho se perdieron de vista; se marcharon como si ellos fueran los verdaderos creyentes y ella nada más que un gesticulante impostor al que ellos habían calado de inmediato.

¡Ah! ¡Pero yo soy vieja! ¡No es justo!

Y en la estela de aquello llegó otra voz, tenue y racional, una voz que no era la suya: *No demasiado vieja para no saber que la mujer es...*

Entonces otro hombre se le acercó con aire dubitativo, deferente.

—Hola, madre Abigail —dijo—. Me llamo Mark Zellman. De Lowville, Nueva York. He soñado contigo.

Abby se vio ante una alternativa que entrevió claramente por un instante en su insegura mente. Podría responder al Saludo de aquel hombre, charlar un poco con él para que se sintiera a sus anchas (pero no demasiado; esto no era precisamente lo que ella quería), y luego pasar al siguiente... y al siguiente... recibiendo su homenaje como palmas nuevas. O bien podría no hacerle caso ni tampoco al resto. Y seguir el hilo de su pensamiento hasta lo más profundo de su ser, buscando lo que el Señor quisiera que supiese.

La mujer es...

¿... qué?

¿Acaso importaba? La mujer se había ido.

—Antaño yo tenía un sobrino nieto allá en el estado de Nueva York —explicó a Mark Zellman—. En una ciudad llamada Rouse's Point, cerca de Vermont, sobre el lago Champlain. Probablemente no has oído hablar de ella, ¿verdad?

Mark Zellman le aseguró haber oído hablar de ella. Casi todo el mundo en Nueva York conocía esa ciudad. ¿La había visitado él? No, nunca. Pero se proponía hacerlo.

—A juzgar por lo que Ronnie escribía en sus cartas, no te perdiste gran cosa —comentó ella.

Y Zellman se retiró radiante.

Los otros se acercaron para rendirle tributo, al igual que los precedentes y como harían todavía otros en los días y semanas por venir. Un adolescente cuyo nombre era Tony Donahue. Un tipo llamado Jack Jackson, mecánico de automóvil. Una joven enfermera que se llamaba Laurie Constable; ésta vendría muy bien. Un anciano de nombre Richard Farris pero a quien todo el mundo llamaba juez. Él la miró inquisitivo y casi la hizo sentirse otra vez incómoda. Dick Vollman: Sandy DuChiens... bonito apellido, Frances. Harry Dunbarton, un hombre que hacía sólo tres meses había vendido gafas para ganarse la vida. Andrea Terminello. Un tal Smith. Un tal Rennett. Y muchos otros. Ella les habló a todos, asintió con la cabeza, sonrió, les hizo sentirse a sus anchas; pero el placer que experimentó otros días había desaparecido hoy,

y sintió sólo dolor en las muñecas, los dedos y las rodillas, más la alarmante sospecha de que tendría que ir a usar el Port-O-San y de que, si no llegaba pronto allí, se mancharía el vestido.

Todo eso y además la sensación, desapareciendo ya (y que se esfumaría por completo al caer la noche) de que se le había escapado algo de gran significación y que más tarde lo lamentaría mucho.

Él pensaba mejor cuando lo escribía, así que anotó a grandes rasgos todo cuanto pudiera ser de importancia, usando dos plumas, una azul y una negra. Nick Andros se había acomodado en el estudio de la vivienda de Baseline Drive, que compartía con Ralph Bretner y la esposa de éste, Elise. Estaba ya casi oscuro. La casa era una belleza, enclavada al pie de la gran montaña Flagstaff, pero bastante más alta que la ciudad de Boulder propiamente dicha, de modo que desde el gran ventanal de la sala se veían las calles y carreteras de la municipalidad extendiéndose cual el gigantesco tablero de algún juego. Esa ventana se hallaba tratada por el exterior con cierto material reflectante de modo que los moradores podían ver el exterior pero los transeúntes no el interior. Según calculaba Nick, el valor de la casa oscilaba entre cuatrocientos cincuenta mil dólares y quinientos mil... El propietario y su familia se hallaban misteriosamente ausentes.

En su largo viaje desde Shoyo a Boulder, primero a solas, luego con Tom Cullen y los demás, Nick había pasado por docenas de pueblos y ciudades que eran apestosos osarios. Boulder no tenía por qué ser diferente, pero lo era. Aquí había cadáveres, por supuesto, y se debería ir pensando algo acerca del problema antes de que comenzaran las lluvias ocasionando una descomposición rápida y posibles epidemias, pero no había *bastantes* cadáveres. Nick se preguntó si alguien, aparte de él y Stu Redman lo habían observado... quizá Lauder, pues Lauder lo observaba casi todo.

Por cada casa y edificio público que encontrabas sembrado de cadáveres, había otros diez completamente vacíos. En algún momento, durante el último coletazo de la epidemia, muchos ciudadanos de Boulder, enfermos y sanos, habían abandonado la ciudad. ¿Por qué? Bueno, en realidad no importaba y tal vez no se sabría jamás. Ahora bien, subsistía el pasmoso hecho de que madre Abigail había conseguido conducirlos a la que quizá era la única ciudad pequeña de Estados Unidos que no había tenido víctimas de la epidemia. Eso era suficiente para que incluso un agnóstico como él se preguntara caviloso dónde obtenía ella su información.

Nick había ocupado tres habitaciones en la planta baja de la casa, muy bonitas y amuebladas en pino nudoso. La inexistencia de apremio por parte de Ralph le había inducido a ampliar su espacio vital... Se sentía como un intruso, pero ellos le gustaban, y hasta su viaje desde Shoyo a Hemingford Home no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos otras caras. Y todavía no estaba satisfecho.

A decir verdad, aquel lugar era el más hermoso en el que había vivido. Tenía entrada propia por la puerta trasera y aparcaba su «diez velocidades» bajo el alero saliente de la puerta. Tenía también los comienzos de una colección de libros, algo que había querido siempre y no había podido obtener en sus largos años de vagabundeo. En aquellos días había sido un gran lector (durante esta nueva época había muy escasas ocasiones de sentarse y tener una buena y larga conversación con un libro), y algunos de los libros en las estanterías casi vacías eran viejos amigos, casi todos alquilados a las bibliotecas ambulantes a dos centavos diarios; durante los últimos años, nunca había pasado en una ciudad el tiempo suficiente para obtener un carnet regular de biblioteca. Otros eran libros que no había leído todavía y que las obras tomadas a préstamo le habían inducido a buscar. Sentado allí con sus plumas y su papel, tuvo uno de esos libros sobre la mesa junto a su mano derecha: *La casa en llamas*, de William Styron. Había marcado la página por donde iba con un billete de diez dólares que encontró en la calle. Había mucho dinero por las calles; el viento lo arrastraba a lo largo de los bordillos. Le sorprendía y le divertía ver cómo muchas personas, él mismo entre ellas, se agachaban todavía para coger los billetes. ¿Para qué? Ahora los libros eran gratuitos. Las *ideas* eran gratuitas. Unas veces este pensamiento le exaltaba, otras le aterraba.

El papel en que estaba escribiendo provenía de una carpeta de anillas en la cual recogía todos sus pensamientos... El contenido de la carpeta era mitad diario mitad lista de la compra. Había descubierto en sí mismo una propensión profunda a hacer listas, y se decía que alguno de sus antepasados debía de haber sido contable. Había descubierto también que, cuando la mente se alteraba hacer una lista solía tranquilizarla.

Volvió a la página en blanco, e hizo unos garabatos al margen.

Le pareció que todas las cosas que ellos querían o necesitaban de la vida anterior estaban almacenadas en la silenciosa central eléctrica de East Boulder, como un tesoro polvoriento dentro de un oscuro aparador. Una sensación desagradable, bajo la superficie, parecía circular entre las personas que se habían congregado en Boulder. Todas ellas eran como un grupo de niños asustados haciendo travesuras en la casa hechizada local. En cierto modo, el lugar semejaba una rancia ciudad fantasma. Se tenía la impresión de que estar allí era una cuestión absolutamente provisional. Había un hombre, un individuo apellidado Impening, que había vivido antaño en Boulder y trabajado con uno de los equipos guardianes de la planta IBM, en la Longmont Diagonal de Boulder. Impening parecía empeñado en sembrar la inquietud por doquier. Iba por ahí contando a la gente que el 14 de septiembre de 1984 había habido seis centímetros de nieve en Boulder y que, en noviembre, haría el frío suficiente para congelar a un mono de bronce. Ése era el tipo de charla que Nick querría suprimir de un plumazo. Si Impening hubiese estado en el ejercito le habrían expulsado por esparcir tales rumores. Lo importante era que sus palabras no surtirían ningún efecto si la gente pudiera instalarse en casas donde la luz funcionara y donde los hornos calentaran. Si eso no sucediera cuando llegasen los primeros ramalazos de frío, Nick temía que la gente empezara a largarse y no hubiera forma de detenerla ni con todos los representantes, asambleas y ratificaciones de este mundo.

Según Ralph, en la central eléctrica no había muchas cosas defectuosas, al menos visibles. El equipo encargado de cuidarla había parado parte de la maquinaria y dos o tres grandes turbinas habían explotado, quizá como resultado de la sobretensión final. Ralph decía que sería preciso reemplazar una parte del tendido pero pensaba que él, Brad Kitchner y doce más podrían hacerlo. Se requería un equipo mucho mayor para retirar el alambre de cobre fundido y ennegrecido de los generadores averiados y luego instalar alambre de cobre nuevo.

Había grandes reservas de éste en las casas suministradoras de Denver. Un día de la semana anterior, Ralph y Brad habían ido allí para comprobarlo por sí mismos. Ambos pensaban que con la fuerza laboral disponible podrían hacer volver la luz para el día del Trabajo.

«Y entonces organizaremos la jodida fiesta más grande que jamás haya visto esta ciudad», había dicho Brad.

Ley y orden. Ésta era otra cosa que le inquietaba. ¿Se podría confiar este paquete tan particular a Stu Redman? Él no querría semejante trabajo, pero Nick pensaba que se le podría persuadir a aceptarlo... y si las cosas se pusieran mal, él llegaría a conseguir que Glen, el amigo de Stu, le apoyara. Lo que en verdad le preocupaba era el recuerdo demasiado reciente y doloroso de su propia actuación, breve pero terrible, como carcelero de Shoyo. Vince y Billy agonizantes, Mike Childress dando saltos sobre su cena y vociferando con aire desafiante: «¡Huelga de hambre! ¡Estoy en una jodida huelga de hambre!».

Le dolían las entrañas al pensar que allí podrían necesitar tribunales y cárceles... quizá incluso un verdugo. ¡Dios! Aquella era la gente de madre Abigail, no del hombre oscuro. Pero él suponía que el hombre oscuro no se molestaría en nimiedades como tribunales y cárceles. Sus sentencias serían contundentes y definitivas. No necesitaría la amenaza de la cárcel puesto que los cadáveres colgaban de los postes telefónicos a lo largo de la interestatal 15 para que los picotearan los pájaros.

Nick esperaba que las infracciones fueran de menor importancia. Se habían dado ya varios casos de borrachera y conducta desordenada. Un chico, demasiado joven para conducir, había estado circulando por Broadway con una inmensa rastrilladora espantando a los peatones. Por último se había estrellado contra un camión lleno de pan y se había abierto una herida en la frente... y podía considerarse afortunado de salir tan bien librado, a juicio de Nick. Las personas que le habían visto sabían que era demasiado joven, pero ninguna se consideró con autoridad suficiente para poner fin a aquello.

Autoridad. Organización. Nick escribió ambas palabras en su libreta y las rodeó con sendos círculos dobles. Ser la gente de madre Abigail no les procuraba inmunidad contra la debilidad, la estupidez o el compañerismo mal entendido. Nick no sabía si ellos eran hijos de Dios o no, pero cuando Moisés descendió de la montaña, quienes no se encontraban dedicados a la adoración del becerro de oro habían estado tirando los dados, eso sí lo sabía. Y ellos debían afrontar la posibilidad de que alguien resultara malparado en un juego de cartas o disparara contra otro a causa de una mujer.

Autoridad. Organización. Rodeó con nuevos círculos las palabras, y éstas parecieron prisioneros detrás de una alambrada triple. ¡Qué bien sonaban juntas! ¡Y qué ecos tan lamentables despertaban!

No mucho después, entró Ralph.

—Varias personas llegarán mañana, Nick, y todo un grupo al día siguiente. Más de treinta.

«Bien —escribió Nick—. Apuesto a que tendremos un médico dentro de poco. Lo determina la ley de probabilidades».

—Sí —reconoció Ralph—. Nos estamos convirtiendo en una ciudad como Dios manda.

Nick asintió.

—Tuve una conversación con el tipo que conducía la partida que llegó hoy. Se llama Larry Underwood. Un hombre inteligente, Nick. Agudo como un clavo.

Nick alzó las cejas y trazó un signo de interrogación en el aire.

—Bien, veamos —continuó Ralph, que sabía que el signo de interrogación significaba «quiero más información»—. El hombre tiene seis o siete años más que tú, y tal vez ocho o nueve menos que Redman. Pero es el tipo de individuo que, según dices, debemos tener presente. Hace las preguntas justas.

—Por ejemplo, quién está a cargo de esto —informó Ralph—. Qué vamos a hacer y quién lo hace.

Nick asintió. Sí... las preguntas justas. ¿Pero se trataba del hombre adecuado? Ralph podría tener razón. También podría no tenerla.

«Mañana procuraré reunirme con él y saludarle», escribió.

—Sí, debes hacerlo. El hombre es aceptable —Ralph restregó los pies—. Y hablé con la madre poco antes de que llegaran ese Underwood y su gente para ser presentados. Hablé con ella como dijiste que querías.

—Ella dice que debemos seguir adelante. Ponernos en marcha. Afirma que algunas personas están remoloneando y necesitan a alguien que se encargue de decirles dónde apoyarse.

Nick echó hacia atrás su silla y rió en silencio. Luego escribió:

«Yo estaba seguro de que ella lo sentiría así. Mañana hablaré con Stu y Glen. ¿Imprimiste los folletos?».

—¡Ah! Sí, mierda —contestó Ralph—. ¡Por Dios, si es lo que he estado haciendo casi toda la tarde!

Mostró un ejemplar a Nick. Despedía un fuerte olor a tinta mimeográfica. El impreso era grande y llamativo. El propio Ralph había hecho el grafismo.

¡¡ASAMBLEA POPULAR!!
¡PARA ELEGIR Y NOMBRAR
A LA JUNTA REPRESENTATIVA!
Lugar: Canyon Boulevard Park & Bandshell
(si hace buen tiempo).
Chautauqua Hall, en el parque de Chautauqua
(si hace malo).
SE SERVIRÁN REFRESCOS
A LA TERMINACIÓN DE LA ASAMBLEA

Debajo de esto había dos planos rudimentarios para los recién llegados y para quienes no hubieran explorado mucho Boulder. Debajo estaban impresos los nombres que él, Stu y Glen habían acordado después de alguna discusión a primeras horas del día:

Comité

Nick Andros
Glen Bateman
Ralph Bretner
Richard Ellis
Fran Goldsmith
Stuart Redman
Susan Stern

Nick señaló la línea del prospecto referente a los refrescos, y alzó las cejas.

—¡Ah, sí! Bueno, Frannie vino y dijo que podríamos reunir más gente si ofreciésemos algo. Ella y su amiga Patty Kroger se ocuparán de ello. Pastelillos y Za-Rex —Ralph hizo una mueca de asco—. Si me dieran a elegir entre beber Za-Rex y orines de buey tendría que pensármelo. Te cederé el mío.

Nick sonrió.

—Lo único curioso acerca de esto —continuó con más seriedad Ralph— es que me hayáis incluido en ese comité. Sé lo que quiere decir: «Felicidades, te ha tocado todo el trabajo duro». Bueno, la verdad es que no he querido decir eso, yo he trabajado muy duro toda mi vida. Pero se supone que los comités tienen idearios y yo no soy un hombre de idearios.

Nick dibujó aprisa en su bloc una gran instalación CB y al fondo una torre de radio cuya parte superior despedía chispas eléctricas.

—Sí, pero eso es muy diferente —dijo taciturno Ralph.

«Te irá bien —escribió Nick—. Créeme».

—Si tú lo dices... Pero sigo creyendo que os iría mejor con ese tipo Underwood.

Nick negó con la cabeza y palmoteo en la espalda a Ralph. Éste le dio las buenas noches y se marchó escaleras arriba. Cuando se hubo ido, Nick miró pensativo el folleto durante largo rato. Si Stu y Glen hubiesen visto las copias (y él estaba seguro de que las habían visto ya a estas alturas), sabrían que él había suprimido, unilateralmente, a Harold Lauder de su lista de miembros del comité. No sabía cómo lo habrían tomado ellos; pero el hecho de que ninguno hubiese aparecido en su puerta era probablemente una buena señal. Tal vez ellos pretendieran que él hiciera algunos arreglos por su cuenta, y si fuera necesario lo haría, sólo para mantener a Harold fuera de la cumbre. Si se hiciera necesario les daría a Ralph. Éste no quería el puesto, aunque, maldición, Ralph tuviese un gran ingenio innato y una gran habilidad para salvar los problemas. Sería un buen elemento en el comité permanente, y él presentía que Stu y Glen habían llenado ya con sus amigos el comité. Si él, Nick, quería fuera a Lauder, tendrían que avenirse. No había habido ninguna disensión entre ellos para llevar a buen fin ese golpe de la jefatura. Dime, mamá, ¿cómo consigue el hombre sacar un conejo de ese sombrero? Bueno, hijo, no estoy segura, pero creo que podría haber empleado la vieja triquiñuela de distraernos con pastelillos y Za-Rex. Eso da resultado casi siempre.

Cuando Nick volvía la página en la que había estado haciendo garabatos, entró Ralph, el cual miró atento las palabras que él había rodeado con círculos, no una vez sino tres, como si quisiera encerrarlas. *Autoridad. Organización.* Y de repente escribió otra debajo de ellas... pues quedaba todavía espacio. Ahora las palabras en el triple círculo rezaban así: *Autoridad. Organización. Política.*

Pero él no intentaba suprimir del equipo a Lauder sólo porque intuyera que Stu y Glen Bateman estaban intentando arrebatárle un balón que verdaderamente era suyo. Sintió cierto resentimiento, sin duda. Habría sido extraño si no lo hubiese sentido. En cierto modo, él, Ralph y madre Abigail habían *fundado* la Zona Libre de Boulder.

Aquí hay cientos de personas y otros miles están en camino si Bateman no se equivoca, pensó mientras golpeaba con el lápiz las palabras rodeadas con círculos. Cuanto más las miró, más feas le parecieron. Pero cuando Ralph, y yo, madre y Tom Cullen llegamos aquí, los únicos seres vivientes en Boulder eran los gatos y los ciervos que habían bajado hasta aquí desde el parque nacional para alimentarse en los jardines... e incluso en los almacenes. Recordemos a aquel tan enorme que se coló en el supermercado Table Mesa y después no supo salir. Enloqueció corriendo por los pasillos y derribando cosas.

Por supuesto, no llevábamos aquí ni un mes, pero ¡fuimos los primeros! Así que hay un pequeño resentimiento... Pero el resentimiento no es la razón de que yo quiera fuera a Harold. Le quiero fuera porque no confío en él. El hombre sonríe todo el tiempo, pero en su interior hay un compartimiento estanco (¿sonrisa hermética?) que se manifiesta entre su boca y sus ojos. Durante algún tiempo hubo cierta fricción entre él y Stu a causa de Frannie. Y ahora los tres dicen que eso ha terminado; pero me pregunto si es verdad. Algunas veces Frannie mira a Harold y da la sensación de sentirse inquieta. Parece como si intentara imaginarse hasta dónde llega de verdad lo de «terminado». Él es bastante despierto pero se me antoja que también inestable.

Nick meneó la cabeza. En más de una ocasión se había preguntado si Harold no estaría loco.

Es por esa mueca sonriente, pensó. No quiero compartir secretos con nadie que sonría así y pareciera no dormir bien por la noche. Nada de Lauder. Ellos tendrán que conformarse con eso.

Nick cerró su carpeta de anillas y la metió en el cajón inferior de su mesa. Luego se levantó y empezó a desnudarse para tomar una ducha. Se sentía oscuramente sucio.

El mundo, pensó, no de acuerdo con Garp sino con la supergripe. Este mundo valiente y nuevo. Pero no le pareció particularmente valiente ni particularmente nuevo. Era como si alguien hubiese puesto un gran petardo en la caja de los juguetes de un niño. Había habido un enorme estampido y todo se desperdigó por todas partes. Los juguetes se habían diseminado

desde un extremo del cuarto de jugar al otro. Algunas cosas se habían averiado para siempre, y otras serían reparables, pero casi todo el material se había desparramado. Ciertas cosas estaban todavía demasiado calientes para ser tocadas; aunque serían aceptables tan pronto se enfriaran.

Entretanto, el trabajo consistía en seleccionar las cosas. Desprenderte de las que ya no eran útiles. Poner aparte los juguetes que podían ser reparados. Hacer una lista de todo cuanto todavía era valioso. Conseguir una nueva caja para guardar las cosas, una caja de juguetes nueva y bonita. Una caja de juguetes *fuerte*. El modo en que las cosas pueden desintegrarse tiene algo de horripilante por la facilidad con que lo hacen... y también una clara atracción. La reparación. La enumeración. Y desde luego descartar lo que ya no sirve.

Ahora bien, ¿cómo puedes decidirte a desechar unas cosas por inútiles?

Nick se detuvo desnudo con su ropa al brazo a mitad de camino del baño.

¡Ah, qué silenciosa estaba la noche...! ¿Pero no eran todas sus noches unas sinfonías de silencio? ¿Por qué, de repente, se le había puesto carne de gallina en todo el cuerpo? Porque sintió de súbito que lo que se encargaría de recoger el comité de la Zona Libre no serían juguetes. Ni mucho menos. Sintió de repente que se había unido a un extraño círculo cerrado del espíritu humano... Él y Redman, y Bateman, y madre Abigail. Sí, e incluso Ralph con su gran radio y su potente equipo emisor que proyectaba la señal de la Zona Libre a través del continente muerto. Cada uno tenía una aguja y quizá todos trabajaran juntos para confeccionar una manta caliente que los preservara del frío invernal... o quizá hubieran empezado tras una breve pausa a hacer un gran sudario para la raza humana, comenzando en las puntas de los pies y continuando la tarea hacia arriba.

Después de hacer el amor, Stu se echó a dormir. Últimamente había aguantado con cortas raciones de sueño, y la noche anterior se la había pasado con Glen Bateman emborrachándose y haciendo planes para el futuro. Frannie se puso su bata y salió al balcón.

El edificio donde vivían se hallaba en el centro de la ciudad, en la esquina de Pearl Street y Broadway. Su apartamento estaba en la tercera planta y ella podía ver Pearl correr en dirección este oeste, y Broadway norte sur. A ella le gustaba esto. Habían vuelto al punto de partida. La noche era cálida, sin viento, la losa negra del cielo se quebraba con millones de estrellas. Bajo su resplandor débil y helador, Fran pudo ver los bloques de las Flatirons elevándose hacia el oeste.

Se pasó la mano desde el cuello hasta los muslos. La bata que llevaba era de seda, y debajo estaba desnuda. Su mano pasó suavemente por los pechos y luego, en vez de continuar por la piel lisa y tersa hasta la leve elevación del pubis, trazó un arco en el vientre, siguiendo una curva que no había sido tan pronunciada apenas dos semanas antes.

Estaba empezando a mostrarlo. No mucho todavía, pero Stu lo había comentado aquella misma tarde. Su pregunta había sido bastante casual, e incluso cómica: «¿Cuánto tiempo podremos hacerlo sin que... hummm... lo estruje?». «¿Qué te parecen cuatro meses, jefe?», había contestado divertida ella. «Estupendo», había contestado él. Y la había penetrado deliciosamente.

Otras conversaciones precedentes habían sido más serias. No mucho después de que llegaran a Boulder, Stu le comentó que había discutido sobre el bebé con Glen, y éste le había advertido con cautela que el germen o virus de la supergripe podía estar todavía presente. Y en tal caso el bebé podría morir. Fue un pensamiento inquietante (puedes contar siempre con Glen Bateman, se dijo, para un pensamiento inquietante o dos); pero si la madre era inmune, sin duda el bebé...

No obstante, aquí había mucha gente que había perdido a sus hijos por la epidemia. Sí, pero eso significaría... ¿Qué significaría? Bien, por lo pronto que todas esas personas de allí eran sólo un epílogo de la raza humana, una breve coda. Ella no quiso creerlo, no pudo creerlo. Si eso fuera verdad...

Alguien se aproximó por la calle, deslizándose de lado entre un volquete que tenía dos ruedas plantadas en la acera, y la pared de un restaurante llamado Pearl Street Kitchen. El hombre llevaba una chaqueta ligera colgada del hombro y empuñaba en una mano algo que podía ser una botella o un arma. En la otra mano llevaba una hoja de papel, probablemente con unas señas escritas a juzgar por su modo de mirar los números de las casas. Por fin se detuvo delante de su edificio. Se quedó mirando el portal como si intentara decidir qué hacer. Frannie pensó que el hombre tenía cierto parecido con un detective privado de alguna serie televisiva. Ella, a unos seis metros sobre su cabeza, se encontró en una de esas situaciones

complicadas. Si lo llamaba, podría asustarlo. Y si no lo hacía, el hombre podía empezar a aporrear la puerta y despertar a Stuart. Y después de todo, ¿qué hacía él con un arma en la mano? Suponiendo que fuera un arma.

De pronto el hombre torció el cuello y miró hacia arriba, probablemente para comprobar si había alguna luz encendida en el edificio. Frannie siguió mirando hacia abajo. Así que las miradas de ambos se encontraron.

—¡Santo Dios! —exclamó el hombre en la acera.

Dio un paso hacia atrás, tropezó con el bordillo y cayó sentado en el arroyo.

—¡Oh! —gritó Frannie. Y a su vez dio un paso hacia atrás en el balcón.

A su espalda había una planta en un gran tiesto sobre el pedestal. Su trasero lo golpeó. El tiesto se tambaleó y acto seguido se estrelló ruidosamente contra las baldosas de pizarra del balcón.

En el dormitorio, Stu gruñó, se volvió y siguió durmiendo.

A Frannie le acometió un ataque de risa. Se llevó ambas manos a la boca, pero las carcajadas surgieron en forma de roncacos murmullos. La hilaridad ataca de nuevo, pensó. Y rió a borbotones dentro de sus manos unidas. Si él hubiese tenido una guitarra, podría haberle dejado caer el maldito tiesto en la cabeza. O *sole mio...* y ¡ZAS! El vientre le dolió de tanto intentar contener la risa.

Un susurro como el de un conspirador le llegó desde abajo.

—¡Eh, tú... la del balcón! ¡Pssst!

—Psst —susurró a su vez Frannie—. Pssst... ¡Ah, estupendo!

Tuvo que entrar para no empezar a rebuznar como un asno. Ella nunca había sido capaz de contener la risa cuando ésta la atacaba de verdad. Corrió grácil a través del dormitorio en penumbra, cogió de la puerta del baño una bata más recia y discreta, y marchó por el vestíbulo poniéndosela mientras la cara se le contorsionaba como una máscara de goma. Salió al descansillo y descendió un tramo antes de que la risa escapara de sus labios. Bajó los dos tramos siguientes lanzando sonoras carcajadas.

El hombre, un joven, según comprobó ahora, se había levantado y estaba sacudiéndose el polvo. Un tipo delgado y de buena complexión, con una barba que podría ser rubia o tal vez leonada a la luz del día. Tenía ojeras y sonreía con aire pesaroso.

—¿Qué has roto allá arriba? —preguntó—. Ha sonado como un piano.

—Era un tiesto —respondió ella—. Se... se...

Las carcajadas la asaltaron otra vez, y sólo pudo señalarle con un dedo y reír mientras sacudía la cabeza. Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Parecías muy gracioso, la verdad... Sé que es una insensatez decir eso a alguien a quien acabas de conocer... ¡Válgame Dios! ¡Pero lo parecías!

—Si esto hubiera ocurrido en los viejos tiempos —dijo él sonriente—, mi primera reacción habría sido demandarte por un cuarto de millón como mínimo. Escuche, juez, yo miré hacia arriba y esta joven estaba espiándome desde lo alto. Sentenciamos a favor del demandante, pobre muchacho. También del alguacil. Habrá un receso de diez minutos.

Los dos rieron juntos. El joven llevaba unos pantalones limpios pero descoloridos y una camisa azul marino. La noche estival era cálida y agradable, y Frannie empezaba a alegrarse de haber salido.

—Tu nombre no será Fran Goldsmith, ¿verdad?

—Pues sí, lo es. Pero no te conozco.

—Larry Underwood. Nosotros llegamos hoy. A decir verdad, yo estaba buscando a un tal Harold Lauder. Me dijeron que vivía en el 261 de Pearl junto con Stu Redman y Frannie Goldsmith y algunas personas más.

Eso cortó en seco su risa.

—Harold estaba en este edificio cuando llegamos a Boulder, pero se separó de nosotros hace algún tiempo. Ahora se encuentra en Arapahoe, el barrio oeste de la ciudad. Puedo darte sus señas si las quieres.

—Te lo agradecería. Pero supongo que será mejor esperar hasta mañana para ir allí. No quiero arriesgarme a otro incidente parecido.

—¿Conoces a Harold?

—Sí y no... como te conozco a ti. Para ser franco, he de decir que no eres como te imaginaba. Para mí eras una rubia tipo valquiria, como salida de un cuadro de Frank Frazzeta, y probablemente con un cuarenta y cinco en cada cadera. Pero de todas formas me alegra conocerte.

Le tendió la mano y Frannie se la estrechó, con una breve y desconcertada sonrisa.

—Me temo que no sé de qué estás hablando. No tengo ni la menor idea.

—Siéntate un minuto en el bordillo y te lo contaré.

Fran se sentó. Una brisa ligera corrió por la calle arrastrando jirones de papel y haciendo estremecerse a los viejos olmos en el jardín del juzgado, tres manzanas más allá.

—Tengo cierto material para Harold Lauder —explicó Larry—. Pero se supone que ha de ser una sorpresa; de modo que, si lo ves antes que yo, ya sabes, chitón.

—De acuerdo —dijo Frannie, cada vez más estupefacta.

Él alzó el cañón del arma, el cual resultó el largo cuello de una botella de vino. Ellaladeó la etiqueta para que recibiera la luz de las estrellas y pudo leer: «Bordeaux» en la parte superior y en la inferior la cosecha: «1947».

—La mejor cosecha burdeos de este siglo —dijo él—. Al menos es lo que solía decir un viejo amigo mío. Se llamaba Rudy. Dios bendiga su alma y le dé descanso.

—Pero 1947... hace cuarenta y tres años de eso. ¿No se habrá... bueno... no se habrá puesto rancio?

—Rudy solía decir que un buen burdeos no se pone rancio jamás. Lo traigo nada menos que desde Ohio. Si es un mal vino será un mal vino con un largo viaje a sus espaldas.

—¿Y eso es para Harold?

—Sí; y también le traigo un puñado de estas cosas.

Larry sacó algo del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió. Esta vez Fran no tuvo que ponerlo a la luz de las estrellas para leer las palabras impresas. Rompió a reír.

—¡Una barra Payday! —exclamó—. El predilecto de Harold... ¿Pero cómo lo averiguaste?

—Ésa es la historia.

—Entonces cuéntamela.

—Bien. Érase una vez un tío llamado Larry Underwood que iba desde California a Nueva York para ver a su querida y anciana madre. Éste no era el único motivo de su viaje, y los otros motivos eran menos Agradables, pero atengámonos al motivo simpático, ¿correcto?

—Correcto.

—Y atención, la malvada bruja de Occidente, o los tontos del culo del Pentágono, inundaron el país con una gran epidemia, y antes de poder decir «Cuidado», toda la gente de Nueva York, o casi toda, murió. Incluida la madre de Larry.

—Lo siento. Mis padres también.

—Sí, los padres de todo el mundo. Si nos enviáramos tarjetas de condolencia unos a otros no quedaría ni una. Pero Larry fue uno de los afortunados. Salió de la ciudad con una señora llamada Rita, que no estaba preparada para afrontar lo que estaba sucediendo. Y, por desgracia, Larry no estaba preparado para ayudarla a afrontarlo.

—Nadie lo estaba.

—Pero unos se adaptan más aprisa que otros. Bien, Larry y Rita se encaminaron hacia la costa de Maine. Consiguieron llegar a Vermont, y allí la señora se suicidó con somníferos.

—¡Oh, Larry, cuánto lo siento!

—Larry lo tomó muy a pecho. Lo tomó como un juicio más o menos divino sobre su carácter. Dos o tres personas que debían saber lo que se decían, le habían advertido que el rasgo más incorruptible de su carácter era una espléndida vena de egoísmo que resplandecía como una madonna sentada en el salpicadero de un Cadillac.

Frannie se corrió un poco sobre el bordillo.

—Espero no cansarte, pero todo esto me ha estado hurgando por dentro durante mucho tiempo y tiene cierta relación con la parte de la historia referente a Harold. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Gracias. Según creo, desde que pasamos por aquí hoy y conocimos a esa anciana, he estado buscando un rostro amigo a quien poder confiar todo esto. Supuse que sería el de Harold. Bien, Larry continuó hacia Maine porque no parecía haber otro sitio adonde ir. Por entonces, tenía pesadillas pero estaba solo y no podía saber si otras personas las tenían también. Se limitó a pensar que se trataba de un síntoma más de su creciente deterioro mental. Bueno, el caso es que al fin llegó a un pequeño pueblo costero llamado Wells donde conoció a una mujer llamada Nadine Cross y a un extraño niño llamado Leo Rockway.

—Wells —musitó ella maravillada.

—Los tres viajeros echaron al aire una moneda, por así decirlo, para saber qué camino seguir. Como salió cruz, enfilaron hacia el sur, adonde finalmente llegaron...

—¡A Ogunquit! —dijo Frannie satisfecha.

—Exacto. Y allí, pintado en un granero descubrí un letrero que significó mi primer contacto con Harold Lauder y Frances Goldsmith.

—¡El cartel de Harold! ¡Se pondrá muy contento!

—Seguimos las indicaciones del granero hasta Stovington y las de Stovington hasta Nebraska y también las recibidas en la casa de madre Abigail hasta Boulder. A lo largo del camino nos fuimos encontrando con varias personas. Una de ellas fue una joven llamada Lucy Swann, que es mi mujer. Me gustaría que algún día la conocieras. Creo que te gustará.

Hizo una pausa.

—Por entonces ocurrió algo que Larry en realidad no quería. Su pequeño grupo de cuatro personas aumentó hasta seis. Esas seis se encontraron con otras cuatro en la parte norte de Nueva York, y el grupo las absorbió. Cuando llegamos hasta el letrero de Harold a la entrada del patio de madre Abigail ya éramos dieciséis y recogimos a tres más cuando nos íbamos. Larry tenía a su cargo a toda esa valiente tropa. No hubo votaciones ni nada por el estilo. Sencillamente fue así. En realidad él no quería esa responsabilidad. Le mantenía desvelado todas las noches. Empezó a atiborrarse de Tums y Roloids. Pero es extraño cómo la mente domina a la propia mente. No podía dejar de pensar en ello. Acaso fuera cuestión de dignidad. Y yo, bueno, él, siempre temía estropear las cosas; pensaba que una mañana se levantaría y alguien aparecería muerto en un saco de dormir, como le había ocurrido ya con Rita en Vermont. Y todos le rodearían señalándole, al tiempo que dirían: «La culpa es tuya. No supiste qué hacer y es culpa tuya». Era algo sobre lo que me sentía incapaz de hablar incluso con el juez...

—¿Quién es el juez?

—El juez Farris. Un anciano sabio de Peoría. Supongo que una vez fue en realidad juez a principios de los cincuenta, juez de distrito o algo parecido; pero cuando la gripe atacó hacía mucho tiempo que estaba retirado. Sin embargo es un lince. Cuando te mira jurarías que tiene rayos X en los ojos. Bueno, el caso es que Harold era importante para mí. Iba adquiriendo mayor importancia a medida que el grupo se hacía más numeroso. En proporción directa, se diría. —Rió entre dientes—. Aquel granero... ¡Caramba! La última línea del letrero, aquella en que figuraba tu nombre estaba tan baja que pensé que en realidad la había pintado con el trasero.

—Sí. Yo dormía cuando lo hizo. De lo contrario le hubiera obligado a dejarlo.

—Empecé a hacerme una idea de él —continuó Larry—. Encontré una envoltura de Payday en aquel granero de Ogunquit, y luego aquello grabado en la viga...

—¿Grabado...?

Tenía la impresión de que Larry la estaba observando en la oscuridad y se ciñó la bata. No se trataba de un gesto de incomodidad, ya que no se sentía amenazada en modo alguno, sino de nerviosismo.

—Tan solo sus iniciales —dijo Larry—. H. E. L. Si eso hubiera sido todo, yo no estaría aquí ahora. Pero luego, en el concesionario de motos de Wells...

—¡Estuvimos allí!

—Ya lo sé. Vi que faltaban dos motos. Lo que resultaba todavía más impresionante era que Harold hubiera logrado sacar gasolina del depósito subterráneo. Debiste de ayudarlo, Fran. Yo estuve a punto de perder los dedos.

—No, no tuve que hacerlo. Harold buscó por todas partes hasta encontrar lo que él llamó un aspirador...

Larry gruñó y se dio una palmada en la frente.

—¡Aspirador! Caramba, ni siquiera me molesté en buscar por dónde vaciaban ese tanque. ¿Quieres decir que empezó a buscar, encontró un orificio y metió una manguera por él?

—Bueno... así fue.

—¡Oh, Harold! —exclamó Larry con un tono de admiración que Fran jamás había oído antes, al menos no en relación con el nombre de Harold Lauder—. Bien, ése fue uno de sus trucos que no descubrí. El caso es que al fin llegamos a Stovington. Y Nadine estaba tan trastornada que se desmayó.

—Yo empecé a llorar con desconsuelo —dijo Fran—. Me había hecho la idea de que cuando llegáramos allí alguien saldría a recibirnos y nos diría: «Hola, pasad».

Meneó la cabeza.

—Hoy en día todo eso parece una tontería.

—No me arredré. El intrépido Harold había estado antes que yo, dejando su marca y siguiendo adelante. Me sentía como un inexperto del Este siguiendo a un indio explorador.

La opinión que Larry tenía de Harold la fascinaba y la asombraba. ¿Acaso no había sido Stu quien en realidad condujo al grupo cuando salieron de Vermont y tomaron la ruta hacia Nebraska? A decir verdad no podía recordarlo. Para entonces todos andaban preocupados con

los sueños. Larry le estaba recordando cosas que había olvidado. Peor aún, que había desechado por intrascendentes. Harold arriesgando su vida por colocar aquel letrero en el granero. A ella le pareció un riesgo inútil. Pero había servido para algo. Y sacar la gasolina del depósito subterráneo... Al parecer a Larry le había costado grandes apuros; sin embargo a Harold le pareció una operación de rutina. La hacía sentirse pequeña y también culpable. Todos habían dado por sentado que Harold no era más que un comparsa sonriente. Pero, durante las últimas seis semanas, Harold había puesto en práctica algunos recursos excelentes. ¿Acaso había estado tan enamorada de Stu que tenía que ser un desconocido el que descubriera algunas verdades respecto a Harold? Lo que hacía más incómoda la sensación era que Harold, una vez hubo puesto los pies en la tierra, había mostrado una actitud completamente adulta respecto a Stuart y ella.

—Bien, así que aquí nos encontramos con otra señal clara, completa, los números de ruta, en Stovington, ¿no es así? —dijo Larry—. Y agitándose en la hierba, junto a ella, otra envoltura de Payday. Me sentía como si, en lugar de seguir las huellas observando ramitas rotas y hierba aplastada, fuera siguiendo el rastro de las chocolatinas Payday de Harold. Pero no seguimos vuestra ruta durante todo el camino. Cerca de Gary, en Indiana, nos desviamos hacia el norte, porque en algunos lugares todavía había algunos condenados incendios. Parecía como si en cada ciudad se hubieran incendiado todos los malditos tanques de petróleo. Sin embargo recogimos al juez en el desvío. Nos detuvimos en Hamingford Home. Entonces ya estábamos enterados de que ella se había ido. Ya sabes, los sueños... Pero de cualquier manera todos queríamos ver el lugar. El maizal... el columpio con el neumático... Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Sí —repuso Frannie con voz queda—. Lo sé.

—Y durante todo el tiempo me vuelvo loco pensando que algo va a ocurrir, que nos va a atacar una de esas bandas motorizadas o algo parecido, que nos vamos a quedar sin agua...

Mamá tenía un libro, se lo había dado su abuela o alguien. *Siguiendo sus pasos*, se titulaba. Y allí se encontraban montones de pequeñas historias de tipos con problemas horribles. En su mayoría problemas éticos. El autor del libro decía que para resolver los problemas, todo cuanto había de hacerse era preguntar: «¿Qué habría hecho Jesús?» y siempre quedaba clara la situación. ¿Sabes lo que creo? Es una pregunta Zen, en realidad no es en modo alguno una pregunta sino una manera de aclarar la mente, como decir Om^[7] y mirarte la punta de la nariz.

Fran sonrió. Sabía lo que su madre habría dicho sobre *algo* semejante.

—De manera que, cuando en realidad empezaba a sentirme hecho un lío, Lucy (es mi chica ¿te lo he dicho ya?) solía decir: «Adelante, Larry, haz la pregunta».

—¿Qué hubiera hecho Cristo? —aventuró Fran divertida.

—No. ¿Qué hubiera hecho *Harold*? —contestó Larry con toda seriedad.

Fran estaba prácticamente boquiabierta. No pudo evitar el deseo de estar presente cuando Larry conociera finalmente a Harold. ¿Cuál sería su reacción?

—Acampamos en aquella granja una noche, y casi nos quedamos sin agua. Había un pozo pero era imposible utilizarlo porque la corriente estaba cortada y la bomba no funcionaba. Y Joe, lo siento, quiero decir Leo, ése es su verdadero nombre, Leo repetía sin cesar: «Zed, Larry, mucha zed ahora». Me estaba sacando de mis casillas. Me sentía cada vez más nervioso y temía que la próxima vez que se acercara le sacudiría. Un tipo estupendo, ¿eh?, dispuesto a pegar a un niño con las facultades disminuidas. Pero una persona no puede cambiar de la noche a la mañana. He tenido mucho tiempo para averiguarlo por mí mismo.

—Los trajiste a todos a Maine sanos y salvos —resumió Frannie—. Uno de los nuestros murió. Se le reventó el apéndice. Stu intentó operarlo pero fue inútil. Yo diría, Larry, que en conjunto lo has hecho muy bien.

—Harold y yo lo hicimos muy bien —se apresuró a puntualizar él—. Entonces Lucy dijo: «Vamos, Larry, haz la pregunta». Así que la hice. En aquel lugar había un molino de viento que llevaba agua al granero. Funcionaba bien y sin embargo no salía agua por los grifos del granero. Abrí la caseta que había al pie del molino, donde se encontraba toda la maquinaria, y descubrí que la conducción principal se había salido de su hueco. La coloqué de nuevo en su sitio y ¡bingo! Toda el agua del mundo. Fresca y agradable al paladar. Gracias a Harold.

—Gracias a ti. En realidad Harold no estaba allí, Larry.

—Bueno, estaba en mi cabeza. Y ahora estoy aquí y le he traído el vino y las barras de chocolate. —La miró de soslayo—. Verás, por un momento pensé que era tu hombre.

Fran negó con la cabeza.

—No. Mi hombre... no es Harold.

Pasó un rato sin que Larry dijera palabra; pero Fran sentía que la estaba mirando.

—Está bien. ¿En qué me he equivocado? Me refiero a Harold —preguntó al fin.

Fran se puso en pie.

—Ahora he de irme. Me ha encantado conocerte, Larry. Ven mañana y podrás ver a Stu. Y trae a tu Lucy, si no está ocupada.

—¿Qué pasa con él? —insistió Larry poniéndose de pie.

—Bueno, no sé —contestó ella con voz sorda, y de repente sintió que estaba a punto de llorar—. Haces que me sienta como si... como si hubiera tratado a Harold muy mal y no sé cómo he podido hacerlo... ¿Acaso soy culpable por no quererlo como quiero a Stu?

—No, claro que no. —Larry se sentía confuso—. Oye, lo siento. Me he inmiscuido en tu intimidad. Me voy.

—¡Ha *cambiado*! —exclamó Fran—. No sé cómo ni por qué. Pero creo que ha sido para mejorar... aunque realmente no lo sé. Y a veces tengo miedo.

—¿Miedo de Harold?

Fran se limitó a bajar los ojos. Se dijo que ya había hablado demasiado.

—Ibas a decirme cómo puedo encontrar a Harold —le recordó Harry.

—Es fácil. Sal en línea recta de Arapahoe hasta que llegues a un pequeño parque, el Eben G. Fine Park. El parque está a la derecha y la casita de Harold a la izquierda. Justo enfrente.

—Muy bien, gracias. Ha sido un placer conocerte, Fran, con tiesto roto y todo.

Frannie sonrió, pero su sonrisa era un tanto forzada. Todo el amable buen humor de la velada se había esfumado.

Larry enarboló la botella de vino con su leve sonrisa habitual.

—Y si lo ves antes que yo... guarda el secreto. ¿De acuerdo?

—Descuida.

—Buenas noches, Frannie.

Se fue por donde había llegado. Ella vio cómo se perdía de vista. Luego subió la escalera, y volvió a meterse en la cama junto a Stu, que seguía durmiendo a pierna suelta.

Harold, se dijo, subiéndose las sábanas hasta la barbilla. ¿Cómo hubiera podido decir a ese Larry, que parecía tan simpático con su extraña actitud perdida (aunque ¿acaso no estaban ya todos perdidos?), que Harold Lauder era gordo, muy joven y se había perdido a sí mismo? ¿Cómo decirle que cierto día, no hacía mucho, había sorprendido al ingenioso Harold, al Harold de los mil y un recursos, segando el césped en traje de baño y llorando a lágrima viva? ¿Podía haberle dicho que el huraño y asustadizo Harold, que había llegado a Boulder desde Ogunquit se había transformado en un político resuelto, en un tipo cordial y dicharachero de los que dan palmadas en la espalda y que, sin embargo, te miraba con los ojos inexpressivos y desagradables de un monstruo del Gila?

Se dijo que esa noche le costaría mucho conciliar el sueño. Harold se había enamorado perdidamente de ella, y ella se había enamorado perdidamente de Stu Redman, y ciertamente vivían en un viejo mundo encallecido. Y ahora, cada vez que veía a Harold sentía auténticos *escalofríos*. Aun cuando pareciera haber perdido cinco kilos y ya no tuviese tanto acné, ella tenía la...

Contuvo el aliento y se incorporó apoyándose con los codos y los ojos muy abiertos en la oscuridad.

Dentro de ella algo se había movido.

Se llevó las manos a la curva de su vientre. Estaba convencida de que era demasiado pronto. Se trataba sólo de su imaginación. Salvo...

Salvo que no hubiera sido.

Volvió a echarse despacio, latándole el corazón con fuerza. Había estado a punto de despertar a Stu. Si hubiera sido él, en lugar de Jess, quien le hubiera hecho concebir aquel bebé, lo habría despertado y compartido con él ese instante. Lo haría con el próximo bebé. Si es que *había* un próximo bebé, claro.

Y entonces se repitió el leve movimiento. Era el niño. Y el niño estaba vivo.

—¡Maravilloso! —murmuró para sí y cerró los ojos.

Se olvidó de Larry Underwood y Harold Lauder. Todo lo que le había ocurrido desde que su madre cayó enferma pasó al olvido. Esperó a que se moviera de nuevo, volver a sentir esa presencia dentro de ella. Y se durmió esperando. Su hijo estaba vivo.

Harold se encontraba sentado en una silla en el césped de la casita que había elegido, mirando al cielo y recordando un viejo *rock and roll*. Aborrecía el *rock*, pero éste lo recordaba

casi palabra por palabra e incluso al grupo que lo había cantado, Kathy Young & The Innocents. La cantante del grupo tenía una voz alta, anhelante y aguda que llamó su atención. Un filón de oro, la llamaban los *discjockeys*. La voz de esa joven sonaba como si tuviera dieciséis años. Era pálida, rubia y corriente. Decía estar cantando a una foto que había pasado mucho tiempo enterrada en un cajón del tocador, una foto tomada en plena noche, mientras en la casa todo el mundo dormía. Daba una sensación de desesperanza. La foto a la que cantaba tal vez perteneciera al libro del año de su hermana mayor, una foto del capitán del equipo de *rugby* y presidente del Consejo de Estudiantes, que estaría disfrutando con la animadora principal en algún sendero para amantes, mientras que, en los suburbios, aquella chica vulgar, de pecho liso y una espinilla en la comisura de la boca cantaba:

Millares de estrellas en el cielo / me hacen comprender / que eres el único amor que adoro / dime que me amas / dime que eres mío, todo mío...

Esa noche había en el ciclo miríadas de estrellas; pero no eran estrellas de enamorados. No se veía el menor rastro de la Vía Láctea. Allí, a kilómetro y medio sobre el nivel del mar, las estrellas eran agudas y crueles como un billón de agujeros sobre terciopelo negro, pinchazos con el punzón del hielo de Dios. Harold se sentía con derecho a expresar sus deseos. Deseo que se haga realidad el deseo que tengo esta noche: Moríos todos, amigos.

Permanecía sentado en silencio, la cabeza echada hacia atrás, con la actitud de un astrólogo caviloso. Harold llevaba el pelo más largo que nunca. Pero ya no lo tenía sucio, ni apelmazado ni enredado. Tampoco olía como un proscrito en un henil. Incluso el acné había empezado a desaparecerle al haber suprimido las golosinas. Con el duro trabajo y todas aquellas caminatas, estaba perdiendo algo de peso. Su aspecto empezaba a ser excelente. Durante las últimas semanas hubo ocasiones en que, al pasar frente a algún espejo, se volvía para mirar por encima del hombro y encontrarse con un perfecto extraño.

Se acomodó en su asiento. Sobre las piernas tenía un libro, un gran volumen de lomo jaspeado y cubierta de imitación de piel. Siempre que salía lo ocultaba debajo de una losa suelta de la chimenea. Si alguien llegara a encontrar el libro, sería su final en Boulder. En la portada se leían dos palabras con letras doradas: libro mayor. Era el diario que había empezado después de haber leído el de Fran. Ya había llenado las primeras sesenta páginas con su escritura apretada, y sin dejar márgenes. No había párrafos, sólo un bloque compacto de palabras, un chorro de odio semejante al pus de un absceso. Nunca hubiera pensado que albergaba tanto odio. Parecía que ya hubiera debido agotarlo, y sin embargo era evidente que sólo lo había contenido.

¿Por qué odiaba tanto?

Se sentó erguido, como si la pregunta le hubiera llegado del exterior. Era una pregunta ardua de contestar, salvo tal vez para unos pocos. Unos pocos elegidos. ¿No había dicho Einstein que en el mundo sólo había seis personas que comprendían todas las implicaciones de $E = Eme\ ce^2$? ¿Y qué había de la ecuación dentro de su propia cabeza? La relatividad de Harold. La velocidad de la roña. ¡Ah! Podía escribir sobre ello el doble de las páginas que ya llevaba escritas, haciéndolo más oscuro, más misterioso, hasta quedar finalmente perdido en la maquinaria de sí mismo sin que por ello se hubiera acercado un ápice al manantial. Tal vez se estuviera... violando a sí mismo. ¿Era eso?

Pronto abandonaría Boulder. Un mes o dos, no más. Una vez hubiera logrado establecer el método para saldar sus cuentas. Y entonces se dirigiría al oeste. En cuanto llegara, abriría la boca y lo contaría todo respecto a ese lugar. Les contaría todo lo que pasaba en el ámbito público y, aún más importante, en el privado. Se aseguraría de estar en contacto con el comité de la Zona Libre. Le recibirían con los brazos abiertos y sería bien recompensado por quien estuviera allí al mando... No para terminar con el odio sino como el vehículo perfecto para él, un Cadillac de Odio, un Miedoferado, largo y de brillo oscuro. Subiría a él cargado con su odio, y le conduciría contra ellos. Flagg y él se cargarían a aquel poblado a patadas como si fuera un montecillo de hormigas. Pero primero arreglaría cuentas con Redman, que le había mentido y robado a su mujer.

Está bien, Harold, pero ¿por qué odias?, se preguntó.

No, para eso no había una respuesta satisfactoria, tan sólo una especie de... de respaldo al propio odio. ¿Era siquiera una pregunta justa? Se dijo que no. Equivalía a preguntar a una mujer por qué había dado a luz a un niño malformado.

Hubo un tiempo, una hora, un instante en que consideró la posibilidad de expulsar el odio. Fue al terminar de leer el diario de Fran y descubrir que ella se sentía irrevocablemente unida a Stu Redman. El súbito conocimiento había sido para él como un vaso de agua fría arrojado sobre una babosa, obligándola a contraerse hasta convertirse en una apretada bolita

en lugar de un organismo desplegado, sin retorcimientos. En aquella hora o instante tuvo conciencia de que podía *aceptar el hecho tal como era*, y ese conocimiento le había llenado a un tiempo de regocijo y terror. Por entonces supo que podía transformarse en otra persona, un nuevo Harold Lauder desgajado del antiguo por el afilado y oportuno bisturí de la epidemia de supergripe. Se dio cuenta con absoluta claridad de que eso era, en definitiva la Zona Libre de Boulder. La gente ya no era la que había sido. Esa sociedad de pueblo pequeño no se asemejaba a ninguna otra sociedad americana anterior a la epidemia. No lo veían porque no permanecían fuera de los límites como hacía él. Hombres y mujeres vivían juntos sin deseo aparente de reinstaurar la ceremonia del matrimonio. Grupos de personas se unían en pequeñas subcomunidades semejantes a comunas. No había demasiadas peleas. La gente parecía llevarse bien. Y lo más extraño de todo era que ninguno de ellos parecía poner en tela de juicio las profundas implicaciones teológicas de los sueños... y de la propia epidemia. Y Boulder era, por sí misma, una sociedad clónica, una página en blanco que no podía percibir su propia belleza nueva.

Harold se daba cuenta de ello y la aborrecía.

Muy lejos, más allá de las montañas, había otra criatura clónica. Un retazo de la malignidad oscura, una única célula salvaje extraída del corpus moribundo del viejo cuerpo político, una representación solitaria del carcinoma que había estado royendo a la vieja sociedad. Una célula única pero que ya había empezado a reproducirse creando nuevas células salvajes. Para la sociedad sería la vieja lucha, el esfuerzo del tejido sano por rechazar la incursión maligna. Pero, a cada célula individual se le presentaría el viejísimo interrogante, el que se remonta al Paraíso: ¿te comiste la manzana o la rechazaste? Del otro lado, en el Oeste, estaban ya devorando pasteles y tartas de manzana. Allí estaban los asesinos del Edén, los fusileros oscuros.

Y él mismo, cuando supo que era libre de *aceptar lo que era* había rechazado la nueva oportunidad. Aceptarla hubiera sido matarse a sí mismo. Se alzaba frente a ello el fantasma de cada una de las humillaciones sufridas. Sus sueños y ambiciones asesinados cobraron horrenda vida preguntándole si podía olvidarlos con tanta facilidad. En la nueva sociedad de la Zona Libre, sólo podía ser Harold Lauder. En la del otro lado de las montañas podía convertirse en un príncipe.

Le arrastró la malignidad... era un carnaval oscuro con sus luces encendidas girando sobre un paisaje negro, una interminable función de segunda categoría con fenómenos como él mismo y, en el anfiteatro principal, los leones comiéndose a los espectadores. Lo que le atraía era aquella música discordante de caos.

Abrió su diario y escribió con firmeza a la luz de las estrellas:

12 de agosto de 1990 (a primera hora de la mañana).

Se dice que los dos grandes pecados de la humanidad son el orgullo y el odio. ¿De veras lo son? Yo prefiero pensar en ellos como las dos grandes virtudes. Renunciar al orgullo y al odio es como decir que cambiarás por el bien del mundo. Es más noble acogerlos y darles salida. Así es como se declara que el mundo debe cambiar por el bien tuyo. Me he embarcado en una gran aventura.

HAROLD EMERY LAUDER

Cerró el libro. Entró en la casa, lo metió en su sitio y lo tapó cuidadosamente con la losa. Se dirigió al cuarto de baño, colocó su lámpara Coleman en la palangana para que iluminara el espejo y, durante los quince minutos siguientes, practicó la sonrisa. Empezaba a hacerlo muy bien.

Los carteles de Ralph anunciando la asamblea del 18 de agosto recorrieron todo Boulder. Fueron muchas las conversaciones excitadas, en su mayoría relacionadas con las cualidades y defectos de las siete personas del comité.

Madre Abigail se fue a la cama extenuada, antes siquiera de que la luz se extinguiera en el cielo. Durante el día hubo un constante desfile de visitantes, todos deseosos de conocer su opinión. Ella llegó a admitir que, a su juicio, la selección hecha por el comité era buena en su mayoría. La gente se mostraba ansiosa por saber si ella estaría dispuesta a formar parte de un comité permanente, en caso de que, durante la asamblea, llegara a formarse uno. Abigail contestó que ése sería un cargo demasiado fatigoso, pero que ayudaría en cuanto le fuera posible al comité de representantes electos si la gente así lo quería. Le aseguraron una y otra vez que cualquier comité permanente que rechazara su ayuda sería suspendido en pleno sin contemplaciones. Madre Abigail se acostó cansada pero satisfecha.

Y también fue así para Nick Andros aquella noche. En un solo día, gracias a un solo cartel reproducido con un mimeógrafo manual, la Zona Libre se había transformado, de un grupo desorientado de refugiados, en votantes potenciales. Y les gustaba. Les daba la sensación de un lugar donde afirmarse al cabo de un largo período de caída libre.

Aquella tarde, Ralph lo había llevado a la central eléctrica. Ralph, Stu y él habían acordado celebrar una reunión preliminar en casa de Stu y Frannie dentro de dos días. De esa manera los siete dispondrían de otros dos para escuchar lo que la gente decía.

Nick sonrió al tiempo que se llevaba las manos a sus inútiles oídos.

—Aún es mejor la lectura de los labios —afirmó Stu—. ¿Sabes lo que te digo, Nick? Que empiezo a creer que llegaremos a alguna parte con esos motores reventados. Ese Brad Kitchener es una auténtica fiera para el trabajo. Si tuviéramos diez como él tendríamos a todo el pueblo funcionando perfectamente para el uno de septiembre.

Nick formó un círculo con el pulgar y el índice, y ambos entraron juntos.

Esa tarde Larry Underwood y Leo Rockway se dirigieron por Arapahoe Street hacia la casa de Harold. Larry llevaba la mochila que le acompañara a lo largo de su caminar a través del país; pero en ella sólo había una botella de vino y media docena de barras Payday.

Lucy se había ido con un grupo de seis personas que habían cogido dos camiones desescombradores y empezaban a despejar las calles y carreteras del interior y los alrededores de Boulder. Lo malo era que trabajaban por su propia cuenta. En definitiva, se trataba de una operación espontánea que sólo se llevaba a cabo cuando algunas personas se sentían con ánimos de reunirse y hacerlo. Una abeja demoledora en lugar de una constructora, se dijo Larry, y su mirada tropezó con uno de los carteles de asamblea general clavado en un poste telefónico. Tal vez aquélla fuera la respuesta. La gente quería trabajar, maldita sea. Lo único que necesitaban era a alguien que coordinara las cosas y les dijera qué hacer. Larry creía que lo que ansiaban sobre todo era borrar toda evidencia de lo ocurrido allí a principios de verano (¿era posible que el verano se estuviera ya acabando?), como quien utiliza un borrador para eliminar de una pizarra palabras groseras. Tal vez no podamos hacerlo de un lado al otro de América, pero seremos capaces de conseguirlo aquí, en Boulder, antes de que lleguen las nieves si la naturaleza se decide a cooperar.

Un tintineo de cristales le hizo volverse. Leo había arrojado una gran piedra, cogida de la rocalla de algún jardín a través de la ventanilla trasera de un viejo Ford. En un cartel, colocado en la parte trasera del vehículo, podía leerse: MUEVE TU TRASERO POR EL DESFILADERO - COLD CREEK CANYON.

—No hagas eso, Joe.

—Soy Leo.

—Leo —se corrigió—, no hagas eso.

—¿Por qué no? —preguntó Leo tranquilamente.

Transcurrió un largo rato antes de que Larry encontrara una respuesta satisfactoria.

—Porque hace un ruido desagradable.

—Ah, bueno.

Siguieron caminando. Larry se metió las manos en los bolsillos. Leo le imitó. Larry dio un puntapié a una lata de cerveza. Leo se apartó de su camino para propinarle otro a una piedra. Larry empezó a silbar una melodía. Leo emitió un sonido susurrante a modo de acompañamiento. Larry alborotó el pelo del chiquillo. Leo lo miró con aquellos extraños ojos achinados y sonrió. Y Larry se dijo: Por Dios que me estoy encariñando con él. Y mucho.

Llegaron al parque que Frannie mencionó. Frente a él se alzaba una casa verde con persianas blancas. En el sendero pavimentado que conducía a la puerta principal había una carretilla llena de ladrillos y, a su lado, la tapadera de un recipiente de basuras metálico, llena de esa mezcla de argamasa de las de hágalo-usted-mismo y a la que sólo hay que añadir agua. Junto a ella, en cuclillas, se encontraba un tipo de hombros anchos, sin camisa y con la espalda despellejada por la inclemencia del sol. Estaba construyendo un murete bajo y de ladrillo alrededor de un macizo de flores.

Larry pensó en las palabras de Fran: «Ha cambiado. No sé cómo, por qué, y ni siquiera si ha sido para mejor, y a veces tengo miedo...».

—Harold Lauder, supongo —dijo adelantándose, tal como lo había planeado durante los largos días de su recorrido por el país.

Harold dio un respingo y se volvió con un ladrillo en una mano y en la otra una paleta goteando argamasa, enarbolada a medias a modo de arma. A Larry le pareció ver, por el rabillo de ojo, que Leo retrocedía vacilante. Su primera idea fue que Harold no respondía en absoluto a la imagen que había creado de él. El objeto de su segunda idea fue la paleta: ¡Santo Cielo! Espero que no vaya a atacarme con eso. El rostro de Harold tenía una expresión hermética, con los ojos entornados y sombríos. Sobre la frente sudorosa le caía un lacio mechón de pelo. Tenía los labios apretados.

Y a renglón seguido se produjo una transformación tan repentina y completa que, en adelante, Larry jamás estuvo seguro de haber visto a aquel Harold tenso y adusto, cuyo rostro daba la impresión de estar dispuesto a utilizar la paleta para emparedar a alguien en el sótano.

Esbozó una sonrisa amplia y afable que le formaba unos profundos hoyuelos en las comisuras de la boca. Sus ojos verdes perdieron aquella mirada amenazadora. ¿Cómo era posible que semejantes ojos límpidos y más bien tímidos pudieran haber parecido amenazadores o siquiera sombríos? Clavó la hoja de la paleta en la argamasa, se limpió las manos en los costados de sus vaqueros y se adelantó con la mano extendida. Dios mío, si no es más que un muchacho, más joven que yo, pensó Larry. Si ha cumplido los dieciocho, me comeré las velas de su último pastel de cumpleaños.

—No creo que nos conozcamos —dijo Harold sonriendo mientras se estrechaban la mano.

Apretaba con vigor. La mano de Larry subió y bajó exactamente tres veces antes de que la soltara. Le recordó la época en que estrechó la de George Bush, cuando el viejo político se presentaba para la reelección. Fue durante un acto político al que asistió siguiendo el consejo que su madre le había dado muchos años antes. Si no puedes permitirte ir al cine, ve al zoo, y si tampoco te llega para ir allí acude a un mitin político.

Pero la sonrisa de Harold era contagiosa y Larry se la devolvió. Fuera o no característico de un político su apretón de manos dio la impresión de que la sonrisa era absolutamente genuina y, al cabo de tanto tiempo, después de todas aquellas envolturas de chocolate, allí estaba Harold Lauder en carne y hueso.

—No, no me conoces —dijo Larry—. Pero yo a ti sí.

—¿De veras? —exclamó Harold y su sonrisa siguió agrandándose.

Si sigue así, pensó Larry divertido, las comisuras se le unirán en la nuca.

—Te he seguido a través del país desde Maine —dijo Larry.

—¡Bromeas! ¿De verdad?

—De verdad que lo he hecho. —Abrió su mochila—. Aquí tengo algo para ti.

Sacó la botella de burdeos y se la entregó.

—Caramba. No debiste hacerlo —objetó Harold mirándola con cierto asombro—. ¿Cosecha 1947?

—Un buen año —aseguró Larry—. Y éstas.

Le entregó media docena de barras Payday. Una de ellas se le escurrió entre los dedos y cayó en la hierba. Harold se inclinó a recogerla y Larry renovó, por un instante, aquella primera impresión.

Harold se enderezó sonriendo.

—¿Cómo lo sabías?

—Seguí tus señales... y los envoltorios de tus tabletas de chocolate.

—Por todos los diablos. Ven, entra en casa. Echemos un trago, como mi padre solía decir.
¿Os apetece una coca-cola?

—Seguro. Leo, ¿la quieres baja en...?

Miró en derredor pero Leo ya no estaba a su lado. Había retrocedido un largo trecho por el sendero y miraba fijamente algunas grietas en el pavimento.

—¡Eh, Leo! ¿La quieres baja en calorías?

Leo farfulló algo que Larry no pudo oír.

—¡Habla más alto! —exclamó repentinamente irritado—. ¿Para qué te ha dado Dios la voz? Te he preguntado que si la quieres baja en calorías.

—Creo que me iré para ver si ha vuelto mamá Nadine —dijo Leo con voz apenas audible.

—¡Qué diablos! Si acabamos de llegar.

—¡Quiero volver! —exclamó Leo, levantando la mirada del suelo.

Larry se dijo: Pero ¿qué demonios le pasa? Casi está llorando.

—Perdona un momento —pidió a Harold.

—Claro —asintió él sonriente—. A veces los chicos son tímidos. Yo lo fui.

Larry se acercó a Leo y se inclinó a su lado.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Quiero volver —dijo Leo evitando su mirada—. Quiero a mamá Nadine.

—Pero...

—Quiero volver.

Miró por un instante a Larry y luego dirigió la vista por encima de su hombro, hacia donde Harold se encontraba en pie. Clavó de nuevo los ojos en el suelo.

—¿No te cae simpático Harold?

—No lo sé... Sólo quiero volver.

Larry suspiró.

—¿Sabrás encontrar el camino?

—Claro.

—Muy bien. Pero me gustaría que entraras conmigo y tomaras una coca-cola. He estado esperando durante mucho tiempo a conocer a Harold. Lo sabes, ¿verdad? —Sí...

—Y luego podríamos volver juntos.

—No voy a entrar en esa casa —masculló Leo, y por un instante fue de nuevo Joe, con la mirada vacua y salvaje.

—Está bien —se apresuró a contestar Larry, y se incorporó—. Ve directamente a casa. Comprare que lo has hecho. Y mantente apartado de la calle.

—Lo haré. —Y de repente, Leo empezó a hablar siseando muy bajo—. ¿Por qué no vuelves conmigo? ¡Por favor, Larry!

—Caramba, Leo, qué...

—No importa —dijo Leo.

Y antes de que Larry pudiera decir nada más, se alejó rápidamente. Larry lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Regresó junto a Harold con expresión preocupada.

—No tiene importancia —lo justificó Harold—. A veces los niños hacen cosas extrañas.

—Desde luego éste las hace, pero supongo que tiene todo el derecho. Ha sufrido mucho.

—Apuesto a que sí —contestó Harold.

Por un instante, Larry se sintió receloso. La rápida simpatía de Harold por un muchacho al que nunca había visto parecía tan artificial como los huevos de criadero.

—Vamos, pasa —le invitó Harold—. ¿Sabes una cosa? Casi eres mi primer visitante. Frannie y Stu han estado algunas veces, pero ellos apenas cuentan.

Su mueca se convirtió en una sonrisa, una sonrisa ligeramente triste, y de repente Larry sintió lástima de aquel muchacho, porque en definitiva no era más que un muchacho. Se sentía solo y allí estaba Larry, el mismo Larry de siempre, sin una palabra de aliento para nadie, juzgándole a las primeras de cambio. No era justo. Había llegado el momento de que dejara de ser tan condenadamente desconfiado.

—Muy bien —contestó.

La sala de estar era pequeña pero confortable.

—Voy a poner un mobiliario nuevo en cuanto lo encuentre —dijo Harold—. Moderno. Cromo y cuero. Dispongo de MasterCard y Visa.

Larry rió.

—En el sótano hay algunas copas. Iré a buscarlas. Si no te importa, prescindiré de las barras de chocolate. He dejado los dulces porque intento perder peso. Pero hemos de probar

el vino. Ésta es una ocasión especial. Atravesasteis todo el país desde Maine detrás de nosotros, siguiendo mis... nuestras señales. Es algo que merece la pena celebrar. Tienes que contármelo todo. Y mientras tanto acomódate en el sillón verde. Es de lo malo lo mejor.

Aquella parrafada despertó una última suspicacia en Larry. Habla como un político... afable, rápido y voluble.

Harold salió de la habitación y Larry se sentó en el sillón verde. Oyó abrirse una puerta y luego a Harold bajar pesadamente un tramo de escalera. Miró en derredor. No, no era una sala de estar grandiosa ni sensacional, pero podría resultar muy atractiva con una alfombra de nudo y algunos muebles modernos. Lo mejor que tenía era el hogar con la chimenea en piedra. Un trabajo hecho esmeradamente a mano. Pero en el hogar había una losa suelta. A Larry le pareció que se había soltado y que la habían vuelto a colocar con cierto descuido. Con el mismo descuido con que se coloca a veces la pieza de un rompecabezas o un cuadro torcido en la pared.

Se levantó y apartó la losa. Harold aún seguía trasteando en el sótano. Larry se hallaba a punto de encajar la losa cuando vio un libro en el hueco, con la portada ligeramente sucia por el polvillo, aunque no lo bastante para ocultar las dos palabras grabadas en ella: LIBRO MAYOR.

Se sintió un poco avergonzado, como si hubiera estado husmeando con mala intención. Encajó de nuevo la losa en su sitio en el preciso momento en que empezaban a oírse las pisadas de Harold subiendo la escalera. La sincronización fue perfecta. Cuando Harold entró en la sala con una copa en cada mano, Larry se encontraba otra vez sentado en el sillón.

—Me entretuve un momento para limpiarlas en el barreño de abajo —explicó Harold—. Estaban algo polvorientas.

—Son muy bonitas. Verás, no podría jurar que el burdeos no se haya agriado. Tal vez nos dispongamos a paladear un poco de vinagre.

—El que no se arriesga no cruza la mar —sentenció Harold con una sonrisa.

A Larry le hizo sentirse incómodo y, de repente, se encontró pensando en aquel libro mayor... ¿Sería de Harold o habría pertenecido al antiguo propietario de la casa? Y si era de Harold, ¿qué diablos podría escribir en él?

Descorcharon la botella de burdeos y comprobaron que se encontraba en perfectas condiciones. Media hora después, ambos se hallaban agradablemente achispados, Harold un poco más que Larry. A pesar de ello, su sonrisa permanecía, más amplia si cabía.

—Esos carteles —dijo Larry a quien el vino le había soltado algo la lengua—. La asamblea del dieciocho. ¿Cómo es que no formas parte del comité, Harold? Hubiera creído que alguien como tú sería una persona idónea.

La sonrisa de Harold se hizo más ancha y beatífica.

—Bueno, soy demasiado joven. Supongo que pensaron que no tengo experiencia suficiente.

—Creo que es una condenada vergüenza.

¿En realidad lo creía? Aquella sonrisa y la leve expresión de suspicacia apenas vislumbrada... ¿Lo creía de veras? No lo sabía.

—Bueno. ¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? —comentó Harold sin dejar de sonreír—. A todo puerco le llega su hora.

Larry se fue alrededor de las cinco. Su despedida de Harold fue cordial. Éste le estrechó la mano, sonrió de nuevo y le dijo que volviera a visitarlo. Sin embargo, Larry tuvo la impresión de que le importaba un pimiento que no volviera nunca más.

Bajó despacio por el sendero de cemento hasta la acera, y se volvió para saludar. Pero Harold ya estaba dentro de la casa. Y la puerta cerrada. En el interior de la vivienda reinaba un ambiente muy fresco al estar bajadas las persianas. Dentro parecía estupendo pero ahora se le ocurrió que era la única casa de Boulder en la que había entrado que tenía las persianas y las cortinas echadas. Todavía hay muchas casas en Boulder con las persianas bajadas, se dijo. Eran las casas de los muertos. Al caer enfermos habían cerrado las cortinas al mundo, para morir en la intimidad, como todo animal prefiere hacerlo en el último momento. Los humanos, acaso como reconocimiento subconsciente del hecho de la muerte, prefieren tener abiertas de par en par sus persianas y cortinas.

Sufría un ligero dolor de cabeza debido al vino, e intentó convencerse de que el escalofrío que sentía era por causa de la pequeña resaca, justo castigo por haber trasogado buen vino como si fuera moscatel barato. Pero eso no lo tranquilizaba del todo. Recorrió la calle de arriba abajo y se dijo: Gracias a Dios por la visión focal. Gracias a Dios por la percepción selectiva. Porque sin ellas todos podríamos estar viviendo una historia de Lovecraft.

Sus ideas se hicieron confusas. De repente, estuvo seguro de que Harold le espiaba entre las rendijas de las persianas, abriendo y cerrando las manos con el gesto de un estrangulador, su sonrisa transformada en un rictus de odio... «A todo puerco le llega su hora». Al propio tiempo, recordaba la noche en Bennington durmiendo en el entarimado del quiosco de música, despertándose con la horrible sensación de que allí había alguien... y luego oyendo, ¿o acaso sólo lo había soñado?, el sonido polvoriento de unas botas alejándose hacia el oeste.

Basta ya. Deja de atormentarte.

Boot Hill, asoció libremente su mente. Santo cielo, déjalo ya, ojalá nunca hubiera pensado en la gente muerta, en esa gente muerta detrás de las persianas bajadas, de los visillos y las cortinas echadas, en la oscuridad, como en el túnel Lincoln. Cristo, ¿qué pasaría si empezaran a moverse, a ir por todas partes? Santo Dios, impídelo...

Y de repente se encontró recordando una excursión que hizo con su madre de pequeño al Zoo del Bronx. Se encontraban en la zona de los monos y había sentido el hedor como un puñetazo dirigido no sólo a su nariz sino al interior de ella. Había dado media vuelta dispuesto a salir corriendo pero su madre le detuvo. «Respira con normalidad, Larry —le había dicho—. Dentro de cinco minutos ni siquiera notarás ese apestoso olor».

No la creyó, y se quedó conteniéndose para no vomitar, ya que desde los siete años lo que más aborrecía era vomitar. Y resultó que su madre tenía razón. Al mirar de nuevo su reloj comprobó que hacía ya media hora que estaban en la zona de los monos, y no podía entender por qué la señoras que entraban se llevaban las manos a la nariz y parecían asqueadas. Así se lo había dicho a su madre y Alice Underwood se echó a reír.

—Claro que aún sigue oliendo mal. Pero no a ti.

—¿Por qué, mamá?

—No lo sé. Todo el mundo puede hacerlo. Ahora di: «Voy a oler otra vez como huele realmente la zona de los monos», y aspira con fuerza.

Así lo hizo y el hedor seguía allí, era incluso más fuerte y repugnante que cuando llegaron, y las salchichas y la tarta de manzana empezaron a subírsele en una enorme y angustiosa náusea. Se lanzó frenético a la puerta y al aire fresco del exterior y logró, por muy poco, retenerlo todo en el estómago.

Eso es percepción selectiva, se dijo ahora, y ella sabía lo que era aun cuando no supiera cómo se llamaba. Apenas quedó plasmada la idea en su mente cuando oyó la voz de su madre que decía: No tienes más que decir: «Voy a oler como realmente olía Boulder». Y lo estaba oliendo. Estaba oliendo lo que había detrás de aquellas puertas cerradas y de esas cortinas corridas: la lenta corrupción que estaba produciéndose.

Caminó más deprisa sin llegar a correr pero acercándose cada vez más a ello, oliendo ese vapor intenso y penetrante que él, al igual que todos los demás, había dejado conscientemente de aspirar porque estaba por todas partes, en todo lo que los rodeaba, coloreaba sus ideas y no se corrían las cortinas ni siquiera mientras se hacía el amor porque los muertos yacen detrás de las cortinas y los vivos todavía siguen queriendo contemplar el mundo.

Los sentía subir, no salchichas ni tarta de cerezas, sino el vino y el chocolate Payday. Porque aquélla era una zona de monos de la que nunca lograría salir. A menos que se trasladara a una isla deshabitada. Y aunque seguía aborreciendo vomitar más que cualquier otra cosa, en aquel momento iba...

—¿Larry? ¿Estás bien?

Se sobresaltó al tiempo que su garganta emitía un extraño sonido. Era Leo. Se encontraba sentado en la acera, a unas tres manzanas de la casa de Harold. Tenía en la mano una pelota de ping pong y la botaba sobre el pavimento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Larry.

El corazón volvía a latirle con normalidad.

—Quería volver a casa contigo —dijo—. Pero no podía entrar en la casa de ese hombre.

—¿Por qué no? —preguntó Larry sentándose a su vez en la acera junto a Leo.

El chico se encogió de hombros y volvió de nuevo los ojos a la pelotita, la cual hacía un leve ruido al rebotar contra el pavimento.

—No lo sé.

—¿Leo?

—¿Qué?

—Esto es muy importante para mí. Porque por una parte Harold me cae simpático... y por la otra no me gusta. ¿Has sentido alguna vez de dos maneras distintas respecto a una persona?

—Yo sólo me siento de una forma respecto a él.

—¿Cómo?

—Asustado —respondió Leo con sencillez—. Y ahora, ¿podemos irnos a casa para ver a mamá Nadine y a mamá Lucy?

—Claro.

Continuaron por Arapahoe en silencio. Leo seguía haciendo botar la pelota y recogéndola con habilidad.

—Siento que hayas tenido que esperar tanto tiempo —se disculpó Larry.

—No importa.

—No, de veras. Si lo hubiera sabido habría salido antes.

—Tenía algo para distraerme. Encontré esto en el jardín de un tipo. Es una pelota de pimpín.

—Ping pong —le corrigió Larry—. ¿Por qué crees que Harold tiene las persianas bajadas?

—Supongo que para que nadie pueda mirar dentro —respondió Leo—. Para poder hacer cosas secretas. Es como los muertos, ¿no?

Siguieron andando y, al llegar a la esquina de Broadway, torcieron hacia el sur. Ahora ya había más gente en las calles. Mujeres mirando escaparates de vestidos, un hombre con un zapapico que volvía de alguna parte, otro hombre eligiendo aparejos de pesca en un escaparate roto de una tienda de artículos de deporte. Larry vio a Dick Vollman, de su grupo, pedaleando en otra dirección. Los saludó con la mano y ellos le devolvieron el saludo.

—Cosas secretas —musitó Larry.

—Tal vez este rezando al hombre oscuro —dijo Leo, y Larry dio un respingo como si hubiera recibido una descarga de corriente. Leo no se dio cuenta. Hacía rebotar la pelota de ping pong por doble, primero sobre la acera y al recoger el rebote contra el muro de ladrillo junto al que pasaban... ¡Cloac! ¡Cloac!

—¿De veras crees eso? —le preguntó Larry esforzándose por parecer indiferente.

—No lo sé. No es como nosotros. Sonríe muchísimo, pero creo que lleva gusanos dentro. Grandes gusanos blancos comiéndole el seso. Como gorgojos.

—Joe... quiero decir, Leo...

Los ojos de Leo, oscuros, remotos y achinados, se aclararon de repente. Sonrió.

—Mira, ahí está Dayna. Me gusta. ¡Eh, Dayna! —gritó saludándola con la mano—. ¿Tienes chicle?

Dayna, que había estado engrasando el engranaje de una bici de diez velocidades, se volvió y les sonrió. Echó mano al bolsillo de su blusa y exhibió diez chicles Juicy Fruit como si fueran una mano de póquer. Leo corrió hacia ella riendo feliz, con el largo pelo al viento, apretando en la mano la pelotita mientras Larry lo miraba alejarse. Aquella idea de los gusanos blancos tras la sonrisa de Harold... ¿De dónde habría sacado eso Joe? No: es Leo, o al menos eso creo... ¿De dónde habría sacado una idea tan sofisticada y horrible? El muchacho había estado en semitrance. Y no era el único. ¿Cuántas veces, durante los pocos días que llevaba allí, había visto Larry a alguien detenerse de repente en la calle, con la mirada vacua por un instante, para luego proseguir tan tranquilo? Las cosas habían cambiado. Todo el radio de acción de la percepción humana parecía haber ascendido un grado.

Daba verdadero miedo.

Larry se encaminó hacia donde Leo y Dayna se encontraban compartiendo el chicle.

Aquella tarde Stu encontró a Frannie haciendo la colada en el pequeño patio trasero. Había llenado una bañera baja con agua, y vertido en ella casi media caja de Tide. Lo agitó con el palo de una escoba hasta que se formaron densos grumos; dudaba que lo estuviera haciendo bien, pero maldito si iba a acudir a madre Abigail y demostrar su ignorancia. Metió la ropa en el agua fría. Luego, haciendo de tripas corazón, saltó dentro y empezó a patear y golpear como una siciliana pisando uva. Su nuevo modelo Maytay 5000, se dijo. El método de agitación a dos pies, perfecto para sus colores vivos, sus delicadas prendas interiores y...

Fran se volvió y descubrió a su hombre en pie, a la entrada del patio, observándola con expresión divertida. Frannie se detuvo un poco jadeante.

—Ja ja. Muy gracioso. ¿Cuánto hace que estás ahí?

—Un par de minutos.

—Dime, ¿cómo le llamas a eso? ¿La danza de apareamiento del ganso silvestre de los bosques?

—Ja ja. —Lo miró con ceño—. Una gracia más y podrás pasar la noche en el diván o arriba, en Flagstaff con tu amigo Glen Bateman.

—Oye, no querías...

—Es también tu ropa, señor Stuart Redman. Puede que seas uno de los Padres Fundadores pero todavía sigues dejando un rastro ocasional en tus calzoncillos.

Stu esbozó una sonrisa hasta acabar riendo.

—Eso es muy vulgar, cariño.

—Ahora no me siento demasiado fina.

—Bueno, deja eso por un momento. Necesito hablar contigo.

Fran lo hizo a pesar de que tendría que lavarse los pies antes de volver a entrar. El corazón le latía con fuerza, no de felicidad sino más bien de tristeza, semejante a una maquinaria perfecta que alguien maltratara con ausencia de sentido común. Si es ésta la manera en que mi retatarabuela tenía que hacerlo, se dijo, entonces habría tenido derecho a la habitación que con el tiempo se convertiría en la preciosa sala de estar de su madre. Acaso lo consideraba una indemnización por riesgos o algo parecido.

Se miró los pies y las pantorrillas. Todavía llevaba adherida una fina capa de agua jabonosa grisácea. Se la quitó con un gesto de desagrado.

—Cuando mi mujer hacía la colada solía utilizar una... ¿cómo la llamáis? ¿Una tabla de lavar? Recuerdo que mi madre tenía tres tablas.

—Todo eso ya lo sé —replicó Frannie—. June Brinkmeyer y yo recorrimos sin éxito todo Boulder buscando una. La tecnología ataca de nuevo.

Stu volvió a sonreír.

Frannie puso los brazos en jarras.

—¿Intentas provocarme, Stuart Redman?

—No... sólo estaba pensando que creo saber dónde encontrar un tabla de lavar. Y otra para Juney.

—¿Dónde?

—Deja que primero eche un vistazo. —Dejó de sonreír, la rodeó con los brazos y apoyó su frente contra la de ella—. Ya sabes que te agradezco mucho que me laves la ropa, y sé que una mujer encinta sabe mejor que su hombre lo que tiene o no tiene que hacer. Pero ¿por qué molestarte, Frannie?

—¿Por qué? —Lo miró perpleja—. ¿Y qué te pondrás entonces? ¿Quieres ir por ahí con la ropa sucia?

—Las tiendas están llenas de ropa, Frannie. Y mi talla es fácil de encontrar.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que deseché las prendas sólo porque están *sucias*?

Stu se encogió de hombros un poco incómodo.

—Ni hablar —se opuso ella—. Retrocederíamos a las viejas tretas. Como las cajas que utilizaban para meter tu Big Mac o las botellas sin devolución. Ésa no es manera de volver a empezar.

Stu le dio un ligero beso.

—De acuerdo. Sólo que el próximo día de colada me toca a mí.

—Muy bien —sonrió ella con picardía—. ¿Y cuánto durará eso? ¿Hasta que dé a luz?

—Hasta que la electricidad vuelva a funcionar —respondió él—. Entonces te traeré la lavadora más grande y moderna que jamás hayas visto. Y la instalaré yo mismo.

—Se acepta el ofrecimiento.

Se besaron en la boca, y el deseo despertó en ellos. Stu siempre me excita cuando hace esto, pensó ella. El calor que había empezado por los pezones se extendió hasta la entrepierna.

—Más vale que lo dejemos a menos que tu intención sea la de hacer algo más que hablar —musitó Fran.

—Tal vez podamos hablar más tarde.

—Pero la colada...

—El remojo va bien para este polvo tan adherente —bromeó Stu.

Fran rió pero él la acalló con un beso. Al levantarla y ponerla en pie, mientras la conducía adentro, Fran quedó sorprendida por el calor del sol en sus hombros, preguntándose: ¿Era así de caliente antes? ¿Tan fuerte? Me ha limpiado de manchas la espalda. Me pregunto si serán los rayos ultravioleta o la altitud. ¿Es así todos los veranos? ¿Tan caliente?

Entretanto, él ya la estaba excitando mientras subían por los peldaños del porche, desnudándola y acariciándola.

—Siéntate —le dijo él.

—Pero...

—Lo digo en serio, Frannie.

—Antes tengo que hacer la colada, Stuart. Eché media caja de Tide y...

—No te preocupes.

Ella se sentó en la tumbona, a la sombra que proyectaba el alero del edificio. Luego se quitó los zapatos y los calcetines y, enrollándose los pantalones por encima de las rodillas, se metió en la bañera y empezó a patear y agitar la ropa con fuerza. Fran se echó a reír, sorprendida.

—¿Quieres pasar la noche en el diván? —preguntó Stu levantando la vista con ceño.

—Lo siento, cariño —repuso ella simulando arrepentimiento por burlarse, pero a renglón seguido se echó a reír de nuevo. Cuando al fin pudo dominarse dijo—: Bien, ¿qué tenías que decirme que te ha hecho volver?

—¡Ah, sí!

Para entonces él ya había logrado hacer una buena cantidad de espuma. En la superficie flotaban unos vaqueros y empezó a pisotearlos hasta hundirlos, haciendo saltar al césped un grumo espumoso. Frannie sintió ganas de reír nuevamente pero se contuvo.

—Esta noche vamos a celebrar la primera reunión de comité —dijo Stu.

—Tengo dos cajas de cerveza, crackers de queso, crema de queso y algunos pimientos...

—No se trata de eso, Frannie. Dick Ellis vino hoy para decir que quería renunciar al comité.

—¿De veras? —Se mostró sorprendida. No hubiera creído que fuera del tipo de hombres que prefieren eludir las responsabilidades.

—Dijo que aceptaría gustoso prestar sus servicios en cualquier cosa tan pronto encontremos un verdadero médico; pero que en la actualidad le es imposible. Hoy llegaron otras veinticinco personas y una de ellas, una mujer, tenía una pierna gangrenada. Al parecer es consecuencia de unos rasguños que se hizo al arrastrarse por debajo de una alambrada herrumbrosa.

—Eso es grave.

—Dick la ha salvado... Dick y esa enfermera que llegó con Underwood. Una chica alta y bonita. Se llama Laurie Constable. Dick dice que, de no haber sido por ella, habría perdido a la mujer. Aun así hubieron de amputarle la pierna a la altura de la rodilla y ambos están extenuados. Necesitaron tres horas. Además tienen a un chiquillo con convulsiones y Dick se está volviendo loco intentando averiguar si se trata de epilepsia o diabetes. Han tenido varios casos de intoxicación alimentaria por comida en mal estado, y asegura que algunos morirán por esa causa si no disponemos pronto de alguien que enseñe a la gente a seleccionar sus alimentos. Veamos, ¿dónde estaba? Ah, sí. Dos brazos rotos, un caso de gripe...

—¡Santo Cielo! ¿Has dicho *gripe*?

—Tranquila. Se trata de una gripe corriente. Ha bajado la fiebre con aspirina y no ha vuelto a subir. Tampoco se detectan manchas negras en el cuello. Pero Dick no está seguro de qué antibióticos tienen que utilizarse, en caso de que haya de hacerlo, y está estrujándose los sesos para averiguarlo. Además teme que la gripe se propague y cunda el pánico.

—¿Quién la tiene?

—Una señora llamada Roña Hewett. Hizo el trayecto caminando desde Laramie, Wyoming, y Dick afirma que tiene las defensas bajas.

Fran asintió.

—Afortunadamente esa Laurie Constable parece estar enamorada de Dick, a pesar de que él le dobla la edad. Supongo que eso poco importa.

—Eres muy generoso, Stuart, al darles tu aprobación.

Él sonrió.

—De todas maneras, Dick tiene cuarenta y ocho años y una pequeña dolencia cardíaca. En estos momentos siente que no puede hilar demasiado fino... Prácticamente está estudiando para médico. —Miró a Fran—. Comprendo que Laurie se haya enamorado de él. De cuantos estamos aquí, él es lo más parecido a un héroe. Sólo es un veterinario rural y tiene miedo de matar a alguien. Sabe que todos los días sigue llegando gente y que algunas personas han sufrido duros golpes.

—De manera que necesitamos a otro más para el comité.

—Sí. Ralph Bretner parece inclinarse por Larry Underwood y, por lo que dices, a ti te ha parecido bastante hábil.

—Así es. Creo que encajaría bien. Hoy he encontrado a su mujer en el centro del pueblo. Se llama Lucy Swann y es muy agradable.

—Quiero ser sincero contigo, Frannie. No me gusta cómo contó la historia de su vida a alguien que acababa de conocer.

—Creo que se debió a que, desde el principio, yo estuve con Harold. No creo que comprendiera porque estaba contigo en lugar de con él.

—Me gustaría saber qué impresión le habrá causado Harold.

—Pregúntaselo.

—Lo haré.

—¿Le invitarás a formar parte del comité?

—Es lo más probable. —Se puso en pie—. Me gustaría tener a ese hombre mayor, el juez. Pero tiene setenta años; es condenadamente viejo.

—¿Has hablado con él respecto a Larry?

—No, fue Nick quien lo hizo. Nick Andros es un tipo inteligente, Fran. Cambió algunas cosas en los propósitos de Glen y míos. Glen se sintió algo molesto pero hubo de admitir que las ideas de Nick eran buenas. De cualquier modo, el juez dijo a Nick que Larry era el tipo de persona que estábamos buscando. Comentó que el propio Larry estaba pensando qué tarea asignarle y que sin duda iba a mejorar mucho.

—Yo diría que ésa es una recomendación estupenda.

—Sí —admitió Stu—. Pero he de averiguar lo que piensa sobre Harold antes de que le invite a unirse a nosotros.

—¿Qué pasa con Harold?

—Yo podría preguntarte qué pasa contigo, Fran. Todavía sigues sintiéndote responsable de él.

—No lo sé. Pero lo que sí puedo decir es que me siento algo culpable cuando pienso en él.

—¿Por qué? ¿Alguna vez le quisiste, Fran?

—No, por Dios, no. —Casi se estremeció.

—Yo le mentí en cierta ocasión —dijo Stu—. Bueno, en realidad no fue una mentira. Fue el día en que nos encontramos los tres. El catorce de julio. Creo que entonces tal vez percibió lo que iba a ocurrir. Dije que no te necesitaba. ¿Cómo iba a saber entonces si te necesitaba o no? Puede que en los libros exista el amor a primera vista, pero en la vida real... —Calló y una lenta sonrisa le iluminó el rostro.

—¿De qué te ríes, Stuart Redman?

—Estaba pensando que en la vida real a mí me costó... —dijo frotándose la barbilla—. Bueno, unas cuatro horas.

Fran le besó en la mejilla.

—Eres un encanto.

—Es la verdad. De cualquier manera creo que todavía sigue resentido por aquello.

—Nunca ha dicho nada malo acerca de ti, Stu, ni de nadie.

—Ya —admitió él—. Pero *sonríe*. Y eso no me gusta.

—No creerás que está maquinando una venganza o algo así.

Stu sonrió y se puso en pie.

—No, Harold no. Glen cree que el Partido Opositor puede acabar aglutinándose alrededor de Harold. Bueno, sólo espero que no intente fastidiarnos lo que ahora estamos haciendo.

—Recuerda que está asustado y solo.

—Y celoso.

—¿Celoso? —Recapacitó sobre ello y luego meneó la cabeza—. No lo creo... de veras que no. He hablado con él y me habría dado cuenta. Sin embargo es posible que se sienta rechazado. Me parece que esperaba formar parte del comité.

—Fue una de las decisiones unilaterales con la que todos estuvimos de acuerdo, lo cual significa que ninguno de nosotros confía del todo en él.

—En Ogunquit era el chico más insufrible que puedas imaginar —le explicó ella—. Supongo que en gran parte era a modo de compensación por la situación de su familia... pero después de la epidemia dio la impresión de cambiar. Al menos conmigo. Parecía que intentaba ser... bueno... un hombre. Luego cambió de nuevo. Así, de pronto. Empezó a sonreír de forma permanente. En realidad ya no se podía hablar con él. Estaba... ensimismado. Como esa gente que acaba de convertirse a una religión o que lee... —Se interrumpió y en sus ojos apareció una expresión muy semejante al miedo.

—¿Que lee qué? —preguntó Stu.

—Algo que cambia su vida. *El capital, o Mi lucha*. O tal vez sólo intercepta cartas de amantes...

—¿De qué estás hablando?

Ella lo miró como si saliera de una ensoñación despierta; luego sonrió.

—De nada. ¿No ibas a ver a Larry Underwood?

—Claro... pero sólo si te encuentras bien.

—Estoy mejor que bien... Me encuentro maravillosamente. En marcha. Reunión a las siete. Si te das prisa aún tendrás tiempo de volver aquí con tiempo para hacer algo.

—De acuerdo.

Se encontraba ya en la puerta que separaba el patio delantero de la parte de atrás, cuando ella le dijo:

—Acuérdate de preguntarle qué opina de Harold.

—No te preocupes. Lo haré.

—Y mírale a los ojos cuando conteste, Stuart.

Al preguntarle Stu sus impresiones sobre Harold, sin haberse referido todavía a la vacante en el comité especial, la mirada de Larry Underwood se hizo cautelosa.

—Fran te habló de mi obsesión con Harold, ¿verdad? —Sí.

Larry y Stu se encontraban en la sala de estar de una pequeña casa. Lucy estaba en la cocina preparando la cena, calentando alimentos enlatados en una parrilla que Larry le había agenciado. Funcionaba con una bombona de gas. Mientras trabajaba, canturreaba retazos de *Honky Tonk Women* y parecía alegre.

Stu encendió un cigarrillo. Cinco o seis eran su cuota diaria. No le hacía demasiada ilusión que Dick Ellis tuviera que operarle de cáncer de pulmón.

—Bueno, durante todo el tiempo que estuve siguiendo a Harold, me decía que era probable que fuese muy diferente a como yo había imaginado. Y en efecto lo es, pero aún sigo intentando adivinar *qué pasa* con él. Se mostró amable hasta la saciedad. Un excelente anfitrión. Descorchó la botella de vino que le lleve y brindamos por la salud mutua. Lo pasé muy bien. Pero...

—¿Pero...?

—Cuando llegamos, Leo y yo nos acercamos a él. Estaba construyendo un murete de ladrillos alrededor de un macizo de flores y repentinamente se volvió hacia nosotros... Supongo que no advirtió nuestra presencia hasta que le hablé. Y por un instante temí que fuese a matarme.

Lucy apareció en la puerta.

—¿Te quedarás a cenar, Stu? Tenemos más que suficiente.

—Gracias, pero Frannie me espera. Sólo puedo quedarme unos quince minutos.

—¿Seguro?

—Gracias, Lucy. La próxima vez.

—De acuerdo —dijo volviendo a la cocina.

—¿Sólo has venido para preguntarme por Harold? —quiso saber Larry.

—No —dijo Stu—. He venido a preguntarte si querías formar parte de nuestro pequeño comité especial. Uno de los miembros, Dick Ellis, ha renunciado.

—¿Así? ¿Sin más? —Larry se acercó a la ventana y miró hacia la silenciosa calle—. Pensé que podría volver al sector privado.

—La decisión es tuya, por supuesto. Necesitamos uno más. Y fuiste recomendado.

—¿Te importa decirme por quién?

—Hicimos nuestras indagaciones. Frannie cree que eres trigo limpio y Nick Andros habló, bueno, ya sabes que no habla, pero se comunicó con uno de los hombres que vino contigo. El juez Farris.

Larry pareció complacido.

—El juez me recomendó, ¿eh? Me honra. Deberías contar con él, ¿sabes? Es listo como un linco.

—Eso dijo Nick. Pero también tiene setenta años y nuestros servicios médicos son bastante precarios.

Larry se volvió hacia Stu con una leve sonrisa.

—Este comité no es tan temporal como a primera vista parece, ¿verdad?

Stu sonrió. Todavía no estaba seguro de la impresión que le causaba Larry Underwood; pero era evidente que el hombre no había nacido ayer.

—Bien. Digámoslo así: nos gustaría que nuestro comité se mantuviera por elección durante la completa.

—Y a ser posible sin oposición —apostilló Larry; la mirada de Stu era amistosa aunque perspicaz—. ¿Te apetece una cerveza?

—Es preferible que no. Hace dos noches tomé demasiadas con Glen Bateman. Fran es una joven paciente, pero su paciencia tiene límites. ¿Qué dices, Larry? ¿Cabalgas con nosotros?

—Supongo que... De acuerdo, acepto, qué diablos. Pensé que nada en el mundo me haría más feliz que llegar aquí, entregar a mi gente y dejar que otros se hicieran cargo, para variar. Pero ahora resulta que tengo un aburrimiento de muerte.

—Esta noche celebraremos una pequeña reunión en mi casa para hablar sobre la gran asamblea del dieciocho. ¿Crees que podrás venir?

—Desde luego. ¿Puede acompañarme Lucy?

Stu negó con un lento movimiento de cabeza.

—Y tampoco puedes hablarle de ello. Queremos mantener secreto este asunto por un tiempo.

La sonrisa de Larry se desvaneció.

—No soy gran cosa en cuestiones de capa y espada, Stu. Más vale que te lo diga de entrada y evitar así confusiones posteriores. Tengo la firme convicción de que lo ocurrido en junio se debió a que demasiada gente practicaba el juego sucio. No fue un acto divino sino de pura canallada humana.

—Más te valdrá no discutir esa teoría con Abigail —le recomendó Stu, que seguía sonriendo, ya tranquilo—. Por mi parte estoy de acuerdo contigo. Pero ¿pensarías igual si estuviésemos en guerra?

—No te entiendo.

—Ese hombre que ha aparecido en nuestros sueños. Dudo que sencillamente se haya esfumado.

Larry se sobresaltó.

—Glen dice que puede comprender el porqué de que nadie hable de ello, incluso estando todos advertidos —prosiguió Stu—. Aquí la gente todavía sufre neurosis de guerra. Han pasado por un infierno hasta llegar. Lo único que desean es lamerse las heridas y enterrar a sus muertos. Pero si madre Abigail está aquí, entonces *él* está allí.

Indicó la ventana con la cabeza. A través de ella podían verse las Flatirons alzándose entre la bruma de pleno verano.

—Es posible que la mayoría de la gente que se encuentra aquí ya no piense en él —continuó—, pero apostarí mi último dólar a que él sí piensa en nosotros.

Larry miró hacia la puerta de la cocina, pero Lucy había salido de la casa para hablar con Jane Hovington que vivía al lado.

—¿Crees que viene por nosotros? —inquirió en voz baja—. Es una idea muy amena para antes de cenar. Te aguza el apetito.

—No estoy seguro de nada, Larry. Pero madre Abigail asegura que esto no acabará definitivamente, en un sentido o en otro, hasta que terminemos con él, o él con nosotros.

—Confío en que no vaya pregonándolo por ahí. La gente no pararía de correr hasta la jodida Australia.

—Creí que no eras aficionado a los secretos.

—Sí, pero esto... —Larry calló. Stu sonreía amable y él le devolvió tristemente la sonrisa—. Bueno. Un punto a tu favor. Lo discutiremos y mantendremos la boca cerrada.

—Estupendo. Nos veremos a las siete.

—De acuerdo.

Caminaron hacia la puerta.

—Da gracias a Lucy una vez más por su invitación —le pidió Stu—. No pasará mucho tiempo antes de que Frannie y yo le tomemos la palabra.

—Conforme.

Cuando Stu ya se disponía a abrir la puerta, Larry agregó:

—Hay un adolescente que vino desde Maine con nosotros. Su nombre es Leo Rockway. Ha tenido graves problemas. Lucy y yo compartimos su custodia con una mujer llamada Nadine Cross, quien también se sale de lo corriente, ¿comprendes?

Stu asintió. Habían corrido rumores sobre una breve y peculiar escena entre madre Abigail y aquella mujer Cross llegada con el grupo de Larry.

—Nadine se ocupaba de Leo antes de que yo los encontrara. Parece como si Leo viera a través de las personas. Y tampoco es el único. Tal vez haya habido siempre gente así, pero es

más frecuente desde la epidemia. Y Leo... se negó a entrar en casa de Harold. Ni siquiera quiso quedarse en el jardín. Parece... parece raro, ¿no?

—En efecto —asintió Stu.

Se miraron por un instante y luego Stu se fue a su casa a cenar.

Fran se mostró preocupada mientras comían y no habló mucho. En tanto ella terminaba de limpiar el último plato en un barreño de plástico lleno de agua caliente, empezó a llegar gente para celebrar la primera reunión del comité especial de la Zona Libre.

En cuanto Stu se marchó a casa de Larry, Frannie subió al dormitorio. En un rincón del armario estaba el saco de dormir que había llevado a través del país, sujeto a la trasera de su moto. Sus pertenencias personales las había transportado en una pequeña bolsa de cremallera. La mayoría de aquellas pertenencias se hallaban ya distribuidas por el apartamento que compartía con Stu; pero algunas todavía no habían encontrado acomodo y seguían al pie del saco de dormir. Había varios botes de crema facial, ya que a raíz de la muerte de sus padres había sufrido un repentino sarpullido, aunque ya casi había desaparecido, una caja de compresas, dos cajitas, una con la leyenda ¡ES UN CHICO! y la otra con ¡ES UNA CHICA! Y por último su diario.

Lo sacó y se quedó contemplándolo pensativa. Desde su llegada a Boulder sólo había hecho ocho o nueve anotaciones, en su mayoría breves, casi jeroglíficas. La gran descarga se produjo cuando todavía estaban en la carretera... como un posalumbramiento, se dijo con cierta tristeza. En los últimos cuatro días no había escrito nada y prácticamente se había olvidado del diario, aunque tenía el firme propósito de retomarlo cuando las cosas se hubieran calmado un poco. Por el bebé. Sin embargo en esos momentos ocupaba todos sus pensamientos.

Como esa gente que acaba de convertirse a una religión o que lee algo que cambia su vida, pensó, como cartas de amor interceptadas...

De repente le pareció que el diario ganaba peso y que el simple acto de abrir la tapa significaría un gran esfuerzo y... Miró por encima del hombro con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Se había movido algo por allí?

Tal vez fuera un ratón escurriéndose por detrás de la pared. Sin duda era eso. No había razón alguna para que de repente pensara en el hombre de la túnica negra. Su bebé estaba sano y salvo, aquello sólo era un diario. Además, no había manera de averiguar si alguien lo había leído y, de haberlo, si había sido Harold Lauder.

A pesar de ello, abrió el diario y empezó a pasar las hojas con lentitud, captando retazos del pasado reciente, a semejanza de fotografías en blanco y negro tomadas por un aficionado. Cine casero de la mente.

«Esta noche estábamos admirándolos y Harold enumeraba la textura, el color y el tono y Stu me guiñó un ojo con gravedad. Yo, malvada de mí, le devolví el guiño...».

«Claro que Harold objetará por sistema. Maldita sea. Harold, ¿por qué no creces de una vez?».

«... y ya lo veo preparándose con uno de los más inteligentes comentarios patentados de Harold Lauder...».

¡Dios mío, Fran! ¿Por qué dijiste todas esas cosas de él? ¿Con qué fin?

«Bueno, ya conocemos a Harold... sus baladronadas... todas esas palabras y opiniones altisonantes... un chiquillo inseguro...».

Eso fue el 12 de julio. Con una mueca, pasó rápidamente las hojas con ansia de llegar al final. Seguían saltando frases. Parecía que la abofeteaban. «Como quiera que sea, esta noche Harold olía a limpio para variar... Anoche el aliento de Harold hubiera ahuyentado a un dragón». Y otra que casi parecía profética: «Colecciona desaires como tesoros un pirata». Pero ¿con qué fin? ¿Para alimentar sus propios sentimientos secretos de superioridad y persecución? ¿O se trataba de venganza?

«Está haciendo una lista... y comprobándola por partida doble... llegará a descubrirlo... quién es malo y quién es bueno...».

Y luego, el 1 de agosto, tan sólo hacía dos semanas. La frase empezaba al final de la página. «Nada de anotaciones anoche. Me sentía demasiado feliz. ¿Acaso he sido alguna vez tan feliz? No lo creo. Stu y yo estamos juntos. Hemos...». Volvió la página y acabó la frase: «hecho el amor dos veces». Pero apenas la había leído, cuando su mirada tropezó con algo a mitad de la página. Allí había una huella oscura y grasienta.

Se dijo que iba en moto todos los días y a todas horas. Y además me ocupaba de limpiarla siempre que podía. Eso ensucia las manos y...

Alargó una mano temblorosa y aplicó el pulgar sobre la mancha. Era mucho más grande.

Bueno, claro que tiene que serlo, se dijo. Cuando ensucias algo siempre la mancha es más grande. Ése es el motivo, *sólo ése*... Pero esa huella digital no aparecía en modo alguno borronada. Todavía se veían claramente las rayitas, las curvas y las espiras.

Y no se trataba de grasa o aceite. No valía la pena engañarse.

Era chocolate seco.

Payday, se dijo angustiada. Chocolatinas Payday.

Por un instante temió encontrarse con la sonrisa de Harold sobre su hombro, como la sonrisa del gato Cheshire en *Alicia*. Los gruesos labios de Harold moviéndose mientras decía con tono solemne: «A todo puerco le llega su hora, Frannie. A todo puerco le llega su hora».

Pero Harold ha cambiado, le musitó una voz interior.

—¡No ha cambiado tanto, maldita sea! —gritó a la habitación vacía.

Se sobresaltó al escuchar su propia voz y luego rompió a reír trémula. Bajó a la cocina y empezó a preparar la cena. Cenarían pronto debido a la reunión... pero de repente ésta no le pareció ya tan importante.

Extractos de las actas de la reunión del comité especial - 13 de agosto de 1990

La reunión tuvo lugar en el apartamento de Stu Redman y Frances Goldsmith. Se encontraban presentes todos los miembros del comité, a saber: Stuart Redman, Frances Goldsmith, Nick Andros, Glen Bateman, Ralph Bretner, Susan Stern y Larry Underwood. Se eligió como moderador a Stu Redman. Frances Goldsmith fue elegida secretaria de actas.

Estas notas, además del relato completo de los exabruptos, murmullos y apartes, todos ellos registrados en casetes Memorex para quien esté lo bastante loco como para querer oírlos, serán depositadas en una caja fuerte del First Bank de Boulder...

Stu Redman presentó un amplio informe sobre la cuestión de la intoxicación por ingestión de alimentos, redactado por Dick Ellis y Laurie Constable, con el interesante título «¡Si comes, deberías leer esto!». Dick pedía que se imprimiera y se repartiera por todo Boulder antes de la gran asamblea del 18 de agosto, porque en Boulder ya había habido quince casos de intoxicación alimentaria, dos de ellos bastante graves. El comité aprobó por unanimidad que Ralph imprimiera mil copias del cartel de Dick y que solicitara la ayuda de diez personas para repartirlas por el pueblo...

Susan Stern planteó otro asunto que Dick y Laurie querían presentar para su eventual aprobación. (Todos hubiéramos deseado que al menos uno de los dos estuviera presente). La idea de Dick era que se incluyera en la agenda de la asamblea y que fuera presentada no como un riesgo para la salud, pues existía la posibilidad de que cundiera el pánico, sino como «una solución decorosa». Todos sabemos que en Boulder hay un número de víctimas sorprendentemente exiguo en proporción a la población existente con anterioridad a la epidemia, pero desconocemos el motivo... aunque en estos momentos eso no importe demasiado. A pesar de ello, los cadáveres se cuentan por millares y hemos de librarnos de ellos si pensamos quedarnos aquí.

Stu quiso saber qué gravedad tenía la situación actualmente, y Sue respondió que no sería realmente grave hasta el otoño, cuando el tiempo caluroso y seco se volviera húmedo.

Larry presentó una moción en el sentido de que la sugerencia de Dick de que se formara un brigada de enterramiento fuera incorporada a la agenda de la asamblea del 18 de agosto. La moción fue aprobada por unanimidad.

Se expresó el agradecimiento a Nick Andros. Ralph Bretner leyó los comentarios que llevaba y que se reproducen aquí:

«Una de las cuestiones más importantes que habrán de tratarse en este comité es si decidimos o no depositar confianza plena en madre Abigail y si debemos informarla acerca de cuanto ocurra en nuestras reuniones, incluso de los asuntos confidenciales. La cuestión puede plantearse también a la inversa: ¿aceptará madre Abigail confiar plenamente en este comité y en el comité permanente que se forme, y éste será informado de cuanto pase en las reuniones de ella con Dios o quienquiera que sea... en especial sobre las cuestiones confidenciales?

»Todo esto puede sonar a nimiedad, pero permitidme que explique por qué se trata de una cuestión pragmática. Tenemos que dejar establecida de manera definitiva la posición de madre Abigail en la comunidad, porque nuestro problema no es sólo el de “levantar de nuevo la cabeza”. Si sólo fuera eso no la necesitaríamos. Todos sabemos que existe otro problema: el del ser al que a veces llamamos el hombre oscuro o, como dice Glen, el Adversario. Mi prueba

de su existencia es muy sencilla y creo que la mayoría de las personas en Boulder estarán de acuerdo con mi razonamiento. Es la siguiente: "Soñé con madre Abigail, y existía. Soñé con el hombre oscuro y por tanto ha de existir aunque jamás lo haya visto". Aquí la gente quiere a madre Abigail, y yo también. Pero no llegaremos lejos, de hecho a ninguna parte, si no empezamos por obtener su aprobación a lo que estamos haciendo.

»De manera que, a primera hora de esta tarde, fui a verla y le planteé la cuestión directamente, sin rodeos: ¿Estará con nosotros? Ella respondió que sí, que estaría con nosotros... pero no sin condiciones. Fue muy franca. Dijo que éramos absolutamente libres para dirigir a la comunidad en lo referente a todas "las cuestiones mundanas", ésa fue su frase exacta. Limpieza de calles, alquiler de viviendas, restablecimiento de la corriente eléctrica.

»Pero con igual franqueza dijo que quería que se la consultara en cuantos asuntos se relacionaran con el hombre oscuro. Cree que todos formamos parte de una partida de ajedrez entre Dios y Satanás. Y que en esa partida el principal agente de Lucifer es el Adversario, quien, al decir de ella, se llama Randall Flagg ("Es el nombre que utiliza esta vez", dijo). Por motivos sólo por Él conocidos, Dios la ha elegido a ella como *su* agente en toda esta cuestión. Ella cree, y yo estoy de acuerdo, que se avecina una lucha y que seremos nosotros o él. Cree que esa lucha es lo más importante y se muestra inflexible en que se la consulte cuando nuestras deliberaciones se refieran a ella... y a ese hombre.

»No quiero entrar en las implicaciones religiosas de todo esto, o discutir si ella tiene o no razón; pero, dejando de lado esas implicaciones, resulta evidente que nos encontramos frente a una situación que *hemos* de afrontar. De manera que tengo toda una serie de mociones».

Hubo alguna discusión acerca de la declaración de Nick, el cual presentó la moción siguiente: «Como comité, ¿podemos aceptar no discutir las implicaciones teológicas, religiosas o sobrenaturales derivadas del asunto del Adversario durante nuestras sesiones?».

El comité aprobó por unanimidad suprimir toda discusión sobre esos asuntos, al menos mientras nos encontráramos «en sesión».

Luego, Nick presentó esta otra moción: «¿Estamos de acuerdo en que el principal asunto privado y confidencial del comité es el modo de ocuparnos de esa fuerza conocida como el hombre oscuro, el Adversario o Randall Flagg?».

Glen Bateman secundó la moción, añadiendo que era posible que, de vez en cuando, se presentaran otros asuntos, tales como la formación de la brigada de enterramiento, que deberíamos mantener en absoluto secreto.

Fue aprobada por unanimidad.

Nick presentó después su moción original. Que mantuviésemos a madre Abigail informada de cuantos asuntos públicos o privados fueran tratados por el comité.

Se aprobó la moción por unanimidad.

Habiendo terminado por el momento con las cuestiones relativas a madre Abigail, el comité, a solicitud de Nick, volvió a ocuparse del tema del propio hombre oscuro. Propuso que enviáramos tres voluntarios al Oeste para infiltrarse en la gente del hombre oscuro y obtener información sobre lo que en realidad está pasando allí.

Sue Stern se presentó al punto voluntaria. Al cabo de una acalorada discusión sobre ello, Glen Bateman presentó una moción por la cual ninguno de los miembros del comité especial ni del comité permanente sea aceptado como voluntario para semejante actividad. Sue Stern quiso saber por qué.

GLEN: Todo el mundo respeta tu honrado deseo de ayudar, Susan; pero la cuestión es que no sabemos si la gente que enviemos allí volverá y, en caso de hacerlo, cuándo y en qué condiciones. Entretanto nos enfrentaremos aquí a la nada despreciable tarea de poner en marcha las cosas en Boulder. Si tú te vas, tendremos que cubrir tu puesto con alguien nuevo a quien habremos de informar a fondo. No creo que podamos permitirnos ese derroche de tiempo.

SUE: Supongo que tienes razón y que muestras sensatez, pero a veces me pregunto si esas dos cosas son las mismas. Lo que en realidad estás diciendo es que no podemos enviar a nadie del comité porque todos somos condenadamente irremplazables. De manera que nosotros nos quedamos...

STU: ¿Tomando la sopa boba?

SUE: Sí, eso es precisamente lo que quiero decir. Nos quedamos tomando la sopa boba y enviamos allí a alguien tal vez para que lo crucifiquen en un poste de teléfono o algo peor.

RALPH: ¿Qué diablos puede ser peor?

SUE: No lo sé; pero si hay alguien que *sí* lo sabe, es Flagg.

GLEN: Has expuesto nuestra posición de manera muy sucinta. Aquí somos políticos. Los primeros políticos de la nueva era. Sólo cabe esperar que nuestra causa sea más justa que algunas de las causas por las que los políticos enviaban a la gente a misiones de vida o muerte.

SUE: Nunca pensé en ser política.

LARRY: Bienvenida al club.

La moción de Glen de que no se enviara a ningún miembro del comité especial en misión de exploración fue aprobada por unanimidad. Fran Goldsmith preguntó a Nick qué tipo de cualificaciones tendríamos que exigir a los agentes clandestinos y qué podemos esperar que descubran.

NICK: Hasta que no regresen no sabremos qué habrá que averiguar. Si es que regresan. La cuestión es que no tenemos la menor idea acerca de qué se está haciendo por allí. Somos pescadores utilizando cebo humano.

Stu dijo que, a su juicio, el comité debería elegir a los espías. En este caso, el acuerdo fue general. Por votación del comité, a partir de este punto la mayor parte de la discusión ha sido transcrita a estos extractos de las grabadoras. Parecía importante disponer de un registro permanente de nuestras deliberaciones en el asunto de los exploradores o espías, ya que llegó a resultar en extremo delicado y perturbador.

LARRY: Tengo un nombre que me gustaría presentar. Supongo que parecerá una tontería a quienes no lo conozcan. Pero puede resultar una idea excelente. Me gustaría enviar al juez Farris.

SUE: ¿A ese anciano? ¿Bromeas?

LARRY: Es el anciano más perspicaz que jamás he conocido. Y sólo tiene setenta años. Reagan ocupó la presidencia a una edad más avanzada.

FRAN: No es una buena recomendación.

LARRY: Está sano y fuerte. Y creo que el hombre oscuro no sospecharía que pudiéramos enviar para espíarle a un carcamal como Farris... Como comprenderéis, siempre hemos de tener en cuenta sus sospechas. Es evidente que estará esperando algo como esto y no me sorprendería que tuviera vigilada la frontera a fin de descubrir espías potenciales entre la gente que llega. Esto puede sonar brutal, lo sé, en especial a Fran, pero si llegáramos a perderlo no se trataría de alguien con cincuenta años por delante.

FRAN: Tienes razón. Suena brutal.

LARRY: Todo cuanto quiero añadir es que el juez estará de acuerdo. Quiere ayudar. Y yo pienso que su ayuda sería muy valiosa.

GLEN: Se toma en cuenta. ¿Qué opináis los demás?

RALPH: Yo me inclinaría por cualquiera de las dos soluciones, porque no conozco a ese señor. Pero no creo que debamos arrojarle a los leones sólo porque sea viejo. Después de todo, basta con fijarse en quién tiene a su cargo este lugar... una anciana señora que ha superado los cien años.

GLEN: Otro punto a tener en cuenta.

STU: Pareces un árbitro de tenis.

SUE: Escucha, Larry, ¿qué me dices si logra engañar al hombre oscuro y luego muere de un ataque cardíaco mientras pierde el trasero por volver aquí?

STU: Eso le puede ocurrir a cualquiera. O también un accidente.

SUE: Ya... pero con un hombre mayor aumentan las probabilidades.

LARRY: Eso es verdad, pero no conoces al juez, Sue. Si lo conocieras comprenderías que las ventajas superan a los inconvenientes. Es muy inteligente, de veras.

STU: Larry tiene razón. Es algo que seguramente Flagg no se espera. Apoyo la moción. ¿Quiénes están a favor?

Aprobada por unanimidad.

SUE: Muy bien, he aceptado al tuyo, Larry, y tal vez aceptes tú la mía.

LARRY: En efecto, esto es política. —Risas generales—. ¿De quién se trata?

SUE: Dayna.

RALPH: Dayna ¿qué?

SUE: Dayna Jurgens. Tiene más redaños que cualquier mujer que haya conocido. Ya sé que no tiene setenta años pero creo que estaría de acuerdo.

FRAN: Bien... si en realidad vamos a hacer eso, creo que es muy buena. Apoyo la moción.

STU: De acuerdo. Ha sido propuesto que preguntemos a Dayna si está dispuesta a hacer el viaje. ¿A favor? Aprobado por unanimidad.

GLEN: Muy bien. ¿Quién será el tercero?

NICK (*leído por Ralph*): Si a Fran no le gustó el candidato de Larry, me temo que le disgustará el mío. Propongo...

RALPH: ¡Estás loco, Nick! No lo dirás en serio, ¿verdad?

STU: Vamos, Ralph, léelo.

RALPH: Muy bien... aquí dice que quiere proponer a Tom Cullen.

Desconcierto general.

STU: Muy bien. Nick tiene la palabra. Ha estado escribiendo como un condenado, de manera que más vale que lo leas, Ralph.

NICK: En primer lugar conozco a Tom tan bien como Larry pueda conocer al juez. Si me apuráis, todavía mejor. Quiere a madre Abigail. Haría cualquier cosa por ella, incluso arder a fuego lento. Y sé lo que me digo. Se prendería fuego si ella se lo pidiera.

FRAN: Verás, Nick, nadie pone en duda eso, pero Tom es...

STU: Déjalo, Fran... Nick tiene la palabra.

NICK: Mi segundo punto coincide con lo dicho por Larry respecto al juez. El Adversario no esperará que enviemos como espía a una persona retrasada. Vuestro desconcierto quizá sea su mejor argumento a favor. Mi tercer y último punto es que, aun cuando Tom pueda ser retrasado, *no* es imbécil. Con ocasión de un tornado me salvó la vida, y su reacción fue más rápida que la de cualquiera. Tom es infantil, pero incluso un niño puede aprender a hacer ciertas cosas. No veo dificultad alguna en dar a Tom una historia muy sencilla para que la memorice. En definitiva, es posible que piensen que nos hemos librado de él porque...

SUE: ¿Porque no queremos que contamine nuestra reserva de genes? Caramba, eso está bien.

NICK: Porque es retrasado. Puede incluso decir que odia a la gente que le ha expulsado y que le gustaría vengarse. Lo único imperativo que hay que arraigar en él es que jamás cambie su historia por nada del mundo.

FRAN: Dios mío, no. No puedo creerlo...

STU: Ya está bien. Nick tiene la palabra. Mantengamos el orden.

FRAN: Lo siento.

NICK: Algunos de vosotros podréis pensar que por el hecho de que Tom sea retrasado sería más fácil hacerle cambiar de historia que a cualquier otra persona con más inteligencia, pero...

LARRY: Claro.

NICK: Pero en realidad es a la inversa. Si digo a Tom que lo único que tiene que hacer es aferrarse a la historia que yo le diga, así lo hará. Una persona normal podría soportar sólo durante cierto tiempo la tortura del agua o los electrochoques o astillas debajo de las uñas...

FRAN: No se llegará a *eso*, ¿verdad? Quiero decir que nadie cree que pueda llegarse a semejantes cosas.

NICK: Tom nunca llegaría a decir: «De acuerdo, me rindo, os contaré lo que queráis saber». Si llega a repetir su historia bastantes veces, no sólo se la aprenderá de memoria sino que casi llegará a creer que *es* verdadera. Y nadie será capaz de sacarlo de ahí. A mi juicio, el retraso de Tom es un punto a favor en una misión semejante.

STU: ¿Es todo, Ralph?

RALPH: Hay algo más.

SUE: Si empieza a creerse su historia, Nick, ¿cómo diablos sabrá cuándo es hora de volver?

RALPH: Perdón, pero parece que de eso se trata aquí entre otras cosas.

FRAN: ¡Ah!

NICK (*leído por Ralph*): A Tom se le puede inculcar una orden poshipnótica antes de que le enviemos con el grupo. Y puedo asegurar que esto tampoco es una fantasía. Al ocurrírseme la idea, pregunté a Stan Nogotny si querría hipnotizar a Tom. Había oído a Stan que solía hacer cosas así, como truco de salón durante las fiestas. Bueno, Stan advirtió que no daría resultado... pero Tom quedó hipnotizado en seis segundos.

STU: Que me... Conque el viejo Stan sabe hacer esas cosas.

NICK: El motivo por el que pensé que Tom puede ser el indicado se remonta al principio, cuando lo encontré en Oklahoma. Al parecer había desarrollado durante años la habilidad de hipnotizarse *a sí mismo* hasta cierto punto. Le ayuda a establecer conexiones. No entendía lo que yo quería decir el día que lo encontré, por qué no hablaba con él o contestaba a sus preguntas. Yo seguía llevándome la mano a la boca y luego a la garganta para hacerle ver que era mudo, pero no alcanzaba a captarlo. Y luego de repente se cerró. No puedo explicarlo mejor. Se quedó absolutamente inmóvil. Su mirada se perdió en la lejanía. Salió del trance

como suele hacerlo un sujeto cuando el hipnotizador le dice que despierte. Y ya lo sabía. Fue así. Se sumergió en sí mismo y supo la respuesta.

GLEN: Es asombroso.

STU: Vaya si lo es.

NICK: Cuando realizamos esta prueba, haré unos cinco días, pedí a Stan que le diera una orden poshipnótica. Consistía en que cuando Stan dijese «Me gustaría ver un elefante», Tom sintiese necesidad de ir al rincón y tumbarse. Stan lo dijo media hora después de haberse despertado, y Tom se dirigió rápido al rincón y se tumbó. Luego se sentó y nos sonrió. De cualquier manera esta cuestión tan enrevesada de la hipnosis sirve para la introducción de dos puntos muy sencillos. El primero, que podemos darle una orden poshipnótica para que Tom regrese en un momento dado. Y el segundo, que si a su regreso le pusiéramos bajo una hipnosis profunda, tendríamos un informe prácticamente completo de lo que hubiera visto.

SUE: Tengo una pregunta, Nick. ¿Programarías, supongo que ésta es la palabra adecuada, programarías también a Tom para que no facilitara información sobre nosotros?

GLEN: Déjame contestar a eso, Nick, y si tus ideas son diferentes sólo tienes que mover la cabeza. Deseo decir que Tom no necesita que le programen. Dejemos que suelte todo cuanto sabe sobre nosotros. De cualquier manera y por lo que se refiere a Flagg, lo mantenemos todo *in pectore*, y no estamos haciendo nada especial que no pueda adivinar por sí mismo, incluso con su bola de cristal. Desde este mismo momento apoyo la moción de Nick. Tenemos todas las de ganar y nada que perder. Es un desafío tremendo al tiempo que una idea original.

STU: Ha sido presentada y apoyada. ¿Alguien quiere manifestar algo?

FRAN: Has dicho que tenemos todas las de ganar y nada que perder, Glen. Bien, ¿y qué me dices de Tom? ¿Qué hay de nuestras condenadas *almas*? Tal vez a vosotros no os preocupe la idea de que torturen a Tom, pero a mí sí que me preocupa. ¿Cómo podéis mostraros tan insensibles? ¡Y Nick hipnotizándolo para que se comporte como... como una gallina con la cabeza en un saco! ¡Deberíais sentirlos avergonzados! ¡Creí que era nuestro *amigo*!

STU: Fran...

FRAN: No; voy a decir lo que pienso. No me lavaré las manos como miembro de comité ni siquiera me enfadaré si se vota mi exclusión; pero como tal miembro expreso mi opinión. ¿Queréis de veras convertir a ese dulce y brumoso muchacho en un kamikaze? ¿Acaso ninguno comprende que es como si volviéramos a empezar con las viejas escorias? ¿Y qué haremos si lo matan, Nick? ¿Qué haremos si los matan a *todos* ellos? ¿Poner a punto nuevos espías? ¿Una versión perfeccionada de *Capitán Trotamundos*?

Se hizo una pausa mientras Nick escribía la respuesta.

NICK (*leído por Ralph*): Lo expuesto por Fran me ha conmovido profundamente. No obstante, me afirmo en mi candidato. No, no me gusta que Tom pueda ser torturado y luego asesinado. Me limitaré a subrayar que lo estaría haciendo por madre Abigail y sus ideas, y por su Dios, no por nosotros. Y también creo que hemos de poner en práctica cualquier medio a nuestra disposición para acabar de una vez con la amenaza que ese ser representa. Por allí está crucificando gente. Lo sé por mis sueños y sé que algunos de vosotros también lo soñáis. La propia madre Abigail tiene ese mensaje. Y sé que Flagg es pura maldad. Si alguien preparara una nueva cadena de *Capitanes Trotamundos*, sería él, para utilizarlos contra nosotros. Quiero detenerle cuando todavía es posible.

FRAN: Todo eso es verdad, Nick, no puedo rebatirlo. Sé que es la maldad en persona. Sin embargo, para detenerlo estamos aplicando el mismo método. ¿Recordáis *Granja de animales*? «Miraron a los cerdos y luego a los hombres y no encontraron diferencia alguna». Supongo que lo que anhelo oírte decir, aunque sea en la voz de Ralph, es que, si realmente *tenemos* que usar el mismo método para detenerle, si hemos de *hacerlo*, seremos luego capaces de no volver a utilizarlo nunca una vez todo haya terminado. ¿Puedes afirmarlo?

NICK: Con seguridad, no. Supongo que sí, pero no puedo asegurarlo.

FRAN: Entonces voto en contra. Si tenemos que enviar gente al Oeste, al menos enviemos a quienes conocen el riesgo que corren.

STU: ¿Alguien más?

SUE: Yo también voto en contra pero por motivos más prácticos. Si seguimos por este camino acabaremos enviando a un anciano y a un débil mental. A mí también me cae simpático, pero de nada sirve disfrazar las cosas.

STU: Seguiremos la dirección de la mesa. Yo voto sí. ¿Frannie?

FRAN: No.

GLEN: Sí.

SUE: No.

NICK: Sí.

STU: ¿Ralph?

RALPH: Bueno, tampoco a mí me gusta mucho todo esto pero si Nick está a favor, tengo que apoyarlo. Voto sí.

STU: ¿Larry?

LARRY: Creo que esta idea apesta, pero voto sí.

STU: Aprobada la moción por cinco contra dos.

FRAN: Stu, quisiera cambiar mi voto. Si en realidad vamos a enviar a Tom, más vale que lo hagamos de común acuerdo. Siento haber organizado todo este jaleo, Nick, sé que te duele... ¿Por qué han de pasar tales cosas? Puedo aseguraros que desde luego no es como pertenecer al comité del baile de gala de la hermandad. Voto sí.

SUE: Entonces yo también.

STU: Resultado enmendado de la votación: unanimidad. Me inclino ante ti, Fran. Y me gustaría que constara en acta que te quiero.

LARRY: Llegados a este punto cabe levantar la sesión.

SUE: Apoyado.

STU: Quienes estén a favor que levanten la mano, Los que no, que se dispongan a recibir una lata de cerveza en la cabeza.

El levantamiento de la sesión fue aprobado por unanimidad.

—¿Vienes a la cama, Stu?

—¿Es tarde?

—Casi medianoche.

Stu abandonó el balcón; Sólo llevaba unos *shorts* cuya blancura resaltaba sobre su piel bronceada. Frannie, sentada en la cama, con una lámpara Coleman de gas sobre la mesilla de noche, se sintió asombrada una vez más por la serena profundidad de su amor por él.

—¿Pensabas en la reunión?

—Sí. En efecto.

Se sirvió un vaso agua de la jarra que había sobre la mesilla e hizo una mueca ante el sabor insulso del agua hervida.

—Creo que has sido un magnífico moderador. Glen te ha preguntado si lo harías también en la reunión pública, ¿verdad? ¿Es lo que te preocupa? ¿Lo rechazaste?

—No; dije que lo haría. Supongo que puedo hacerlo. Estaba pensando en lo de enviar a esos tres al otro lado de las montañas. Enviar espías es algo repulsivo. Tenías razón, Frannie. Lo malo es que Nick también la tiene. En un caso así, ¿qué se puede hacer?

—Supongo que votar de acuerdo con tu conciencia y luego dormir lo mejor que puedas. —Alargó la mano hacia el interruptor de la lámpara Coleman—. ¿Puedo apagar?

A primeras horas de la mañana, madre Abigail yacía insomne en la cama. Intentaba rezar.

Se levantó sin encender la luz y se arrodilló con su camisón blanco de algodón. Apretó la frente contra su Biblia, que se hallaba abierta por los Hechos de los Apóstoles. La conversión del severo y viejo Saulo en el camino de Damasco. Había quedado cegado por la luz y las escamas cayeron de sus ojos. Los Hechos eran el último libro de la Biblia en el que la doctrina está respaldada por milagros. ¿Y qué eran los milagros sino la mano divina de Dios trabajando sobre la faz de la tierra?

¿Y acaso tenía ella escamas en los ojos?

Los únicos ruidos en la habitación eran el leve siseo de la lámpara de aceite, el tictac de su Westclox de cuerda y los susurros de su voz.

—Muéstreme mi pecado, Señor. Yo no lo sé. Sé que he fallado en ver algo que Tú querías que viera. No puedo dormir. No puedo correr un riesgo y no te siento, Señor. Es como si rezara por un teléfono muerto y éste es un mal momento para que eso suceda. ¿En qué te he ofendido? Estoy escuchando, Señor, intentando oír tu voz en mi corazón.

Y vaya si escuchaba. Se cubrió los ojos con los dedos deformados por la artritis e intentó despejar su mente. Pero en ella todo estaba oscuro, tan oscuro como su piel, oscuro como la tierra en barbecho que espera la buena semilla.

Por favor, mi Señor, mi Señor, por favor, mi Señor...

Pero la imagen que apareció fue la de un solitario trecho de un camino polvoriento en un enorme maizal. Había una mujer con morral de caza lleno de gallinas recién muertas. Y llegaron las comadreas. Se abalanzaban dando mordiscos al morral. Podían oler la sangre... la vieja sangre del pecado y la nueva del sacrificio. La anciana elevó su voz a Dios, pero su tono era débil y gimoteante, una voz llena de petulancia que no suplicaba humildemente que se hiciera la voluntad de Dios, con independencia de la voluntad de ella en el esquema de esa voluntad divina, sino pidiendo a Dios que la salvara para poder terminar su trabajo, como si conociera de antemano la mente de Dios. Las comadreas se mostraban cada vez más audaces. El zurrón empezó a desgarrarse a causa de sus mordiscos y embestidas. Los dedos de la mujer eran demasiado viejos y débiles. Y una vez hubieran acabado con las gallinas, las comadreas, todavía hambrientas, la atacarían a ella.

Y de repente las comadreas empezaron a dispersarse, se hundieron chillando en la noche. Entonces madre Abigail pensó exultante: ¡Dios me ha salvado! ¡Alabado sea su nombre! ¡Dios ha salvado a su buena y leal servidora...!

No ha sido Dios, anciana, sino yo.

En su visión, ella se volvía sintiendo un miedo que le dejaba regusto a cobre. Y allí, abriéndose camino entre el maizal, semejante a un hirsuto fantasma, plateado, vio un enorme lobo de las montañas Rocosas, las fauces colgantes en una mueca sardónica, los ojos inflamados... Alrededor del fuerte cuello llevaba un collar de plata de una belleza deslumbrante y bárbara, y de él colgaba una pequeña piedra azabache... y en su centro se veía una hendidura roja semejante a un ojo. O a una llave.

Madre Abigail se santiguó e hizo la señal contra el mal de ojo ante aquella espantosa aparición, pero las fauces del lobo se abrieron todavía más, y quedó colgando de ellas el músculo vigoroso y rosado de la lengua.

Vendré por ti, madre. Ahora no, pero pronto. Os haremos correr como los perros hacen correr a los gamos. Soy todo lo que piensas y todavía más. Soy el *hechicero*, el heraldo de la próxima era. Tu propia gente me conoce mejor, madre. Me llaman Juan el Conquistador.

¡Vete en nombre de Dios todopoderoso!, suplicó ella.

¡Pero estaba aterradísima! No por la gente que la rodeaba, que en su sueño estaba representada por las gallinas en el zurrón, sino por ella misma. Tenía miedo en el fondo de su alma, tenía miedo *por* su alma.

Tu Dios no tiene poder sobre mí, madre. Su nave es débil.

¡No! ¡No es verdad!, clamó ella mentalmente. Mi fuerza será la fuerza de diez. Me remontaré con alas como las águilas...

Pero el lobo siguió con su mueca. Cada vez se acercaba más. Madre Abigail se estremeció bajo su aliento, que era denso y pútrido. Aquél era el terror del mediodía y el de la

medianoche, y ella *estaba* aterrada. Había alcanzado el límite de su terror. El lobo empezó a hablar con dos voces, preguntándose y luego contestándose a sí mismo.

¿Quién hizo brotar el agua de la roca cuando estábamos sedientos?

Fui yo, se contestó con voz arrogante, en parte graznido y en parte gruñido.

¿Quién nos salvó cuando desfallecimos?, preguntó el gesticulante lobo, con el hocico sólo a unos centímetros de ella, su aliento semejante al de un vertedero.

Fui yo, dijo el lobo acercándose más todavía, con su hocico rebosante de muerte cruel, los ojos encendidos y altaneros. *Ah, híncate de rodillas y alaba mi nombre. Soy el que ha traído agua al desierto, alaba mi nombre, soy el bueno y leal servidor que trae agua al desierto y mi nombre es también el nombre de mi Amo...*

Las fauces del lobo se abrieron todo lo grandes que eran. Para tragársela.

—... mi nombre —musitó ella—. Alaba mi nombre. Alaba a Dios, de quien emanan todas las bendiciones, alabadle a Él, vosotros criaturas de aquí abajo...

Alzó la cabeza y escrutó la habitación en una especie de estupor. Su Biblia había caído al suelo. Por la ventana que daba al este se percibían los albores del amanecer.

—¡Oh, mi Señor! —exclamó con voz trémula.

¿Quién hizo brotar agua de la roca cuando estábamos sedientos?

¿Fue así? ¿Fue así, mi bienamado Dios? ¿Era ése el motivo de que las escamas cegaran sus ojos a las cosas que hubiera debido saber?

De sus ojos brotaron lágrimas amargas. Se puso en pie lenta y penosamente, se acercó a la ventana. La artritis le clavaba agujas punzantes en las caderas y las rodillas.

Miró hacia fuera y supo lo que tenía que hacer.

Regresó junto al armario y se sacó el camisón de algodón blanco. Lo dejó caer al suelo. Permaneció desnuda, mostrando un cuerpo cubierto de arrugas.

—Se hará tu voluntad —dijo, y empezó a vestirse.

Una hora después caminaba despacio por la Mapleton Avenue en dirección oeste, hacia la maraña boscosa y los estrechos desfiladeros, más allá de la ciudad.

Stu se encontraba con Nick en las instalaciones de la electricidad cuando Glen irrumpió fuera de la agitación.

—Madre Abigail se ha ido —dijo entre jadeos.

Nick le dirigió una viva mirada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Stu al tiempo que apartaba a Glen del equipo de operarios que enrollaban hilo de cobre en una de las turbinas averiadas.

Glen asintió con la cabeza. Había pedaleado hasta allí durante ocho kilómetros y todavía trataba de recuperar el aliento.

—Fui para informarla acerca de la reunión de anoche, y para ponerle la cinta si quería oírla. Deseaba que supiera lo de Tom porque me inquietaba esa idea... Lo que Frannie dijo me estuvo dando vueltas en las primeras horas de la madrugada. Pretendía hacerlo pronto porque Ralph, había dicho que hoy llegaban otros dos grupos y ya sabéis cuánto le gusta recibirlos. Me dirigí allí alrededor de las ocho y media. No contestó a mi llamada en la puerta, así que entré. Me dije que si se hallaba dormida me iría... Sólo quería asegurarme de que no... de que no había sufrido algún ataque... Es tan *vieja*.

Los ojos de Nick no se apartaban de los labios de Glen.

—Pero no estaba allí. Y en su almohada encontré esto.

Les alargó una toalla de papel en la que, con rasgos grandes y temblorosos, había escrito un mensaje.

Ahora tengo que irme por un tiempo. He pecado, he creído conocer la mente de Dios. Mi pecado ha sido de ORGULLO y ahora tengo que encontrar otra vez mi puesto en su trabajo.

Pronto estaré de nuevo con vosotros si así lo quiere el Señor.

ABBY FREEMANTLE

—Maldita sea —exclamó Stu—. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Tú que piensas, Nick?

Nick cogió la nota y la leyó de nuevo. Luego se la devolvió a Glen. En su rostro ya no había fiereza, sólo parecía triste.

—Supongo que habremos de adelantar esa reunión a esta noche —dijo Glen.

Nick movió la cabeza. Cogió su bloc, escribió, arrancó la hoja y se la dio a Glen. Stu la leyó por encima del hombro de éste.

—«El hombre propone y Dios dispone. Madre A. era aficionada a ese dicho y solía citarlo con frecuencia. Tú mismo dijiste, Glen, que la dirigía alguien más. Dios, su propia mente, su imaginación, lo que sea. ¿Qué hay que hacer? Se ha ido. No podemos evitarlo».

—Pero la conmoción... —empezó Stu.

—Desde luego habrá un tumulto —dijo Glen—. ¿No convendría al menos que el comité se reuniera para discutirlo?

Nick garrapateó.

—«¿Con qué fin? ¿Para qué celebrar una reunión en la que no se va a resolver nada?».

—Bueno, podríamos organizar una partida que saliera en su busca. No puede haber ido lejos.

Nick rodeó con un círculo la frase «El hombre propone y Dios dispone».

«Si la encontramos, ¿cómo la volveremos a traer? ¿Encadenada?», escribió debajo.

—¡Santo cielo, no! —exclamó Stu—. ¡Pero no podemos dejarla vagando por ahí, Nick! Se le ha ocurrido la insensata idea de que ha ofendido a Dios. ¿Qué pasará si cree que debe internarse en la zona peligrosa como un personaje del Antiguo Testamento?

—Bueno, ¡ahí lo tenéis!

Glen puso una mano en el brazo de Stu.

—Tranquilízate, tejano. Examinemos las implicaciones de todo esto.

—¡Al diablo con las implicaciones! No veo implicación alguna en dejar que una anciana vague por ahí noche y día hasta morir de frío.

—No es sólo una anciana. Es madre Abigail y por estos parajes es el Papa. Si el Papa decide irse andando a Jerusalén, ¿discutirías con él si fueras un buen católico?

—No es lo mismo, maldición, y tú lo sabes.

—Sí es lo mismo. Lo es. Al menos así lo verá la gente en la Zona Libre. ¿Te sientes dispuesto a afirmar de manera inequívoca que Dios *no le ha dicho* que se adentre en la zona peligrosa, Stu?

—No, pero...

Nick había estado escribiendo y en ese momento mostraba el papel a Stu, quien hubo de descifrar algunas palabras. La escritura de Nick solía ser impecable, pero aquello había sido escrito de forma apresurada, con impaciencia.

—«Esto no cambia nada, Stu, salvo que probablemente hará daño a la Zona Libre. Acaso ni siquiera eso. La gente no va a dispersarse porque ella se haya ido. Significa que no tendremos que desvelarle nuestros planes en estos momentos. Tal vez sea preferible».

—No lo entiendo —se quejó Stu—. A veces habláis de ella como si fuera un obstáculo a salvar, igual que una barrera en la carretera. En otras ocasiones la consideráis como si fuera el Papa y que nada de lo que ella haga puede estar mal. A mí sencillamente me cae bien. ¿Qué quieres, Nicky? ¿Que este otoño alguien tropiece con su cuerpo, en uno de esos angostos cañones al oeste de la ciudad? ¿Insinúas que la dejemos allí para que se convierta en alimento para los cuervos?

—La decisión de irse fue suya, Stu —le recordó Glen.

—¡Maldición! Menudo lío —exclamó.

Hacia el mediodía, la noticia de la desaparición de madre Abigail había corrido por toda la comunidad. Como predijo Nick, el sentimiento general fue más de triste resignación que de alarma. La comunidad pensaba que debía de haberse ido «para orar en busca de guía» a fin de poder ayudarles a encontrar, en la asamblea del 18, el buen camino a seguir.

—No diré que es Dios —comentó Glen durante un rápido almuerzo en el parque—, pero sí es una especie de Dios por poderes. Se puede calibrar la fortaleza de la fe de una sociedad comprobando hasta qué punto se debilita esa fe cuando desaparece su objeto empírico.

—Explícame eso.

—Cuando Moisés destruyó el becerro de oro, los israelitas dejaron de adorarlo. Al inundar un diluvio el templo de Baal, sus seguidores llegaron a la conclusión de que no era un dios del otro mundo. Pero Jesús ha permanecido activo durante dos mil años y la gente no sólo sigue sus enseñanzas sino que vive y muere convencida de que finalmente volverá y, cuando lo haga, no será nada inesperado. Ésos son los sentimientos de la Zona Libre hacia madre Abigail. Estas personas están seguras de su retorno. ¿Habéis hablado con ellas?

—Sí —respondió—. Y no puedo creerlo. Hay una anciana vagando por ahí y todo el mundo se encoge de hombros. Me pregunto si traerá de nuevo los Diez Mandamientos en tablas de piedra a tiempo para la asamblea.

—Tal vez lo haga —replicó Glen sombrío—. Y no todos se encogen de hombros. Ralph Bretner está prácticamente desesperado.

—Bien por Ralph. ¿Y qué me dices de ti? ¿Cuál es tu postura al respecto?

—Te lo diré... Es algo extraño. El viejo tejano resulta más inmune al Evangelio que madre Abigail dispensa a esta comunidad que el viejo y agnóstico oso sociólogo. Creo que volverá. No sé por qué pero lo creo. ¿Qué piensa Frannie?

—No lo sé. No la he visto en toda la mañana. Por lo que sé de ella, igual podría estar comiendo saltamontes y miel silvestre con madre Abigail. —Su mirada se perdió en las Flatirons que surgían altas entre la bruma de las primeras horas de la tarde—. Dios mío, Glen, espero que la anciana se encuentre bien.

Fran ni siquiera sabía que madre Abigail se había ido. Pasó la mañana en la biblioteca leyendo sobre jardinería. Y no era ella la única aplicada. Vio a dos o tres personas con libros sobre agricultura. A un joven de unos veinticinco años, con gafas, concentrado en la lectura de un libro titulado *Siete fuentes de energía independiente para tu hogar*. Y a una bonita adolescente de unos catorce años con un manoseado ejemplar titulado *600 recetas sencillas*.

Se fue de la biblioteca hacia las doce, y bajó paseando hasta Walnut Street. Estaba a medio camino de su casa cuando se encontró con Shirley Hemmett, la mujer de más edad que viajaba con Dayna, Susan y Patty Kroger. Desde entonces, Shirley había ido mejorando de forma asombrosa. En aquel momento parecía una matrona enérgica y guapa.

Se detuvo para saludar a Fran.

—¿Cuándo crees que estará de regreso? Se lo he preguntado a todo el mundo. Si en esta ciudad hubiera un periódico, lo habría comunicado en la sección Cartas al Director, como eso de «¿Qué piensas de la postura del senador Bunghole respecto a la escasez de petróleo?». Una cosa así.

—¿De quién hablas?

—De madre Abigail, naturalmente. ¿Dónde has estado, muchacha? ¿Hibernada?

—¿Qué pasa? —preguntó Fran alarmada—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ésa es precisamente la cuestión. Nadie lo sabe.

Shirley contó a Fran lo sucedido mientras ésta se encontraba en la biblioteca.

—¿Se fue? ¿Así, sin más? —preguntó Frannie frunciendo el entrecejo.

—Sí. Pero volverá —añadió Shirley con tono confidencial—. Lo dice en la nota.

—Si es la voluntad de Dios.

—Es una manera de hablar, estoy segura —repuso Shirley.

—Así lo espero. Gracias por decírmelo, Shirley. ¿Sigues teniendo dolores de cabeza?

—No. Ya no los tengo. Te votaré a ti, Fran.

—¿Qué...? —Tenía la mente en otro sitio, dando vueltas a aquella nueva información y, por un instante, no tuvo la menor idea de a qué se refería Shirley.

—¡Para el comité permanente!

—Ah, sí. Gracias. Ni siquiera estoy segura de querer ese trabajo.

—Lo harás muy bien. Tanto tú como Susy. Ahora he de irme, Fran. Ya nos veremos.

Se separaron. Fran se dirigió presurosa al apartamento para averiguar si Stu sabía algo más. Al ocurrir casi a raíz de su reunión de la noche anterior, la desaparición de la anciana despertó en ella una especie de temor supersticioso. No le gustaba la idea de no poder someter las grandes decisiones, como la de enviar gente al oeste, al juicio de madre Abigail. Sin su presencia, Fran sentía recaer sobre sus hombros una excesiva responsabilidad.

Al llegar se encontró con el apartamento vacío. No había encontrado a Stu por unos quince minutos. La nota debajo del azucarero rezaba: «Regresaré a las 9.30. Estoy con Ralph y Harold. No te preocupes. Stu».

¿Con Ralph y Harold?

Sintió una repentina punzada de temor que nada tenía que ver con madre Abigail. ¿Y por qué habría de temer por Stu? Dios mío, si Harold intentara hacer algo... Bueno, Stu lo haría polvo. A menos... a menos que Harold lo atacara a traición o algo parecido y...

Sintió un escalofrío y se cogió los codos preguntándose qué tendría que hacer Stu con Ralph y Harold.

«A las 9.30». Santo Dios, eso era mucho tiempo. Permaneció en pie en la cocina mirando con ceño la mochila que dejó sobre la encimera. «Estoy con Ralph y Harold».

De manera que la pequeña casa de Harold en el extrarradio Arapahoe se encontraría vacía hasta las nueve y media de esa noche. A menos que se hubieran reunido allí. De ser así, se incorporaría a ellos y satisfacería su curiosidad. En bicicleta llegaría en un momento. Si no hubiera nadie, tal vez podría encontrar algo que la tranquilizase, o... No quería pensar en ello.

¿Tranquilizarte?, le dijo insidiosa la voz interior. ¿O tal vez hacerte perder más la cabeza? Imagina que sí encuentras algo raro. ¿Qué pasará entonces? ¿Qué harás al respecto?

Lo ignoraba.

No hay de qué preocuparse, Stu.

Pero sí *había* de que preocuparse. La huella de un pulgar en su diario era preocupante. Porque un hombre capaz de robarte el diario y hurgar en tu intimidad era un hombre sin demasiados principios y escrúpulos. Un hombre que podía deslizarse por detrás de alguien a quien odiara y empujarlo desde una gran altura. O utilizar una piedra. O un cuchillo. O un revólver.

No hay de qué preocuparse, Stu.

Pero si Harold llegara a algo semejante, estaría acabado. ¿Qué podía hacer entonces?

Pero Fran supo lo que tenía que hacer ella. Aún no sabía con certeza si Harold era el tipo de hombre que se temía, pero sabía que ahora ya había un lugar para personas así.

Volvió a coger la mochila con movimientos nerviosos y se dirigió a la puerta. Tres minutos después pedaleaba Broadway arriba, en dirección a Arapahoe, bajo el brillante sol de la tarde, mientras pensaba: Los encontrare en la sala de estar de Harold, tomando café y hablando de madre Abigail. Todo el mundo estará bien. No habrá problemas.

Pero la casita de Harold estaba a oscuras, desierta y cerrada a cal y canto.

Esto último era una pura estupidez en Boulder y daba que pensar. En los viejos tiempos, uno cerraba la casa cuando salía para que no te robaran el televisor, el estéreo o las joyas de tu mujer. Pero ahora los televisores y los estéreos carecían de valor. Y en cuanto a las joyas, en Denver podías cogerlas a puñados.

¿Por qué atrancas tu puerta, Harold, cuando todo es gratis?, pensó. ¿Porque nadie teme tanto al robo como un ladrón?

Desde luego su especialidad no era la de reventar cerraduras. Se había resignado ya, cuando se le ocurrió intentarlo por las ventanas del sótano. Se encontraban a nivel del suelo, opacas por el polvo. Una de ellas se abrió a la primera, deslizándose de lado sobre su riel, al tiempo que dejaba caer montones de polvo al suelo del sótano.

Fran miró en derredor con cierta vacilación. Hasta entonces nadie se había instalado en un sitio tan lejos como Arapahoe, salvo Harold. Eso también era extraño. Harold podía desternillarse, ir dando palmadas en la espalda a la gente y pasándolo en grande con cualquier persona; podía ofrecer su ayuda, y de hecho lo hacía siempre que se la pedían, y a veces sin que se la pidieran; lograba caer simpático a la gente. En realidad en Boulder se le tenía en gran consideración. Pero la elección del sitio donde vivir era otra cosa, ¿no? Ello revelaba un aspecto un tanto distinto del punto de vista de Harold respecto a la sociedad y su puesto en ella... O tal vez fuera sencillamente que le gustaba la tranquilidad.

Entró por la ventana retorciéndose y ensuciándose la blusa. Se dejó caer al suelo. Ahora la ventana del sótano se encontraba al nivel de sus ojos. Era tan diestra en gimnasia como en reventar cerraduras, de manera que, para salir, habría de buscar algo en que subirse.

Fran miró alrededor. El sótano había sido convertido en un cuarto de juegos y distracciones. Era lo que su padre siempre había querido hacer, aunque nunca llegó a ver realizado su deseo, se dijo con tristeza. Las paredes estaban recubiertas con madera de pino nudosa, con unos altavoces cuadrafónicos encastrados en ella, una gran estantería llena de rompecabezas y libros, una instalación de un tren eléctrico y otra de coches de carreras. También había un juego de *air-jockey* sobre el que Harold había dejado una caja de coca-cola. Se veía que había sido un cuarto de niños, y en las paredes había pósters. El más grande, ya viejo y agrietado, mostraba a George Bush saliendo de una iglesia de Harlem con las manos alzadas y una gran sonrisa. La leyenda decía: ¡NO INTENTÉIS ENDILGAR BOOGIE AL REY DEL ROCK AND ROLL!

De repente se sintió más triste que nunca. Había sufrido conmociones, miedo, terror, pánico, así como un compendio de toda clase de penas; pero esa tristeza profunda y penetrante era algo nuevo. Y con ella llegó una repentina oleada de nostalgia por Ogunquit,

por el océano, por las queridas colinas y los pinares de Maine. Sin motivo aparente, se acordó de repente de Gus, el empleado del aparcamiento en la playa pública de Ogunquit. Por un instante creyó que iba a rompersele el corazón por tanta pérdida y dolor. ¿Qué hacía ella allí, encerrada entre las llanuras y las montañas que dividían al país en dos? Aquél no era su sitio. Ella no pertenecía a ese lugar.

Dejó escapar un sollozo, el cual sonó de una forma tan estremecedora que, por segunda vez en ese día, se llevó las manos a la boca para contenerlo. Basta ya, Frannie, se reprendió. No se supera con tanta rapidez algo tan terrible como esto. Vayamos poco a poco. Si tienes que llorar hazlo más tarde, no aquí, en el sótano de Harold. Lo primero es lo primero.

Se dirigió hacia la escalera, y en su rostro apareció una sonrisa leve y amarga al pasar junto a la cara siempre alegre de George Bush. A ti sí te endilgaron un buen boogie, se dijo. Dese luego alguien lo hizo.

Al llegar al final de la escalera, pensó que la puerta iba a estar cerrada, pero se abrió con facilidad. La cocina, en forma de nave, se hallaba limpia, limpios los platos del almuerzo y colocados en el escurridor. Pero en el aire flotaba todavía un denso olor a frito, como el fantasma de la vieja personalidad de Harold, el Harold que se había introducido en aquella parte de la vida de ella al llevarla a casa al volante del Cadillac de Roy Brannigan con ocasión del enterramiento de su padre.

En menudo apuro me encontraría si a Harold se le ocurriera volver en este momento, se dijo. Aquella idea le provocó un escalofrío. Casi esperaba ver a Harold en pie junto a la puerta de la sala de estar, contemplándola con una mueca sonriente. Allí no había nadie; pero el corazón empezó a latirle con fuerza.

En la cocina no había nada, de manera que se dirigió a la sala de estar.

Se hallaba oscura, demasiado oscura. Harold no sólo mantenía las puertas cerradas sino también las persianas bajadas. De nuevo tuvo la sensación de estar presenciando una manifestación de la personalidad de Harold. ¿Por qué alguien había de bajar las persianas en un pueblo pequeño donde ésa era la manera en que los vivos identificaban las casas de los muertos?

La sala de estar, al igual que la cocina, aparecía impecable. Pero el mobiliario era algo pesado y se veía baqueteado. Lo más bonito de la habitación era la chimenea, una inmensa obra en piedra, con un hogar bastante grande como para sentarse en él. Fran lo hizo por un momento, mirando pensativa en derredor. Al girar sintió debajo del trasero una losa suelta. Iba a levantarse para examinarla cuando llamaron a la puerta.

El miedo la envolvió. Se sintió paralizada por un terror repentino y contuvo el aliento.

Se repitió la llamada, varios golpes firmes y rápidos.

Dios mío, se dijo. Gracias al cielo las persianas están bajadas.

Aquella idea fue seguida por la repentina certeza de que había dejado su bici donde cualquiera podía verla. ¿Era así? Intentó desesperadamente recordar pero no lo consiguió, salvo un montón de palabras incómodamente familiares: *Ves la paja en ojo ajeno y no ves la viga en el tuyo.*

Volvieron a llamar y se oyó una voz de mujer:

—¿Hay alguien en casa?

Fran permaneció inmóvil. De repente recordó haber dejado la bici en la parte de atrás, en el tendedero de Harold. No podía ser vista desde el frente. Pero si la visitante de Harold decidía probar por la puerta trasera...

El pomo de la puerta principal, que Frannie podía ver a través del corto vestíbulo, empezó a girar en inútiles semicírculos.

Quienquiera que sea espero que las cerraduras se le den tan mal como a mí, se dijo Frannie. Y luego hubo de apretarse la boca con ambas manos para contener una carcajada. Y entonces oyó, con alivio, pasos que se alejaban de la puerta, seguidos del taconeo por el sendero de cemento de Harold.

Lo que hizo a continuación no se debió a una decisión consciente. Cruzó sigilosa el vestíbulo hasta la puerta de entrada y miró por el visillo. Vio a una mujer de pelo largo y oscuro con mechas blancas. Montó en una pequeña Vespa aparcada junto a la acera. Al ponerse en marcha el motor se recogió el pelo hacia atrás y se lo sujetó.

¡Es esa Cross, la que vino con Larry Underwood! se dijo. *¿Acaso conoce a Harold?*

Nadine maniobró, se puso en marcha y pronto desapareció de la vista. Fran lanzó un suspiro y se le aflojaron las piernas. Abrió la boca para soltar la risa que había estado conteniendo, pero sin embargo rompió a llorar.

Cinco minutos después, demasiado nerviosa para seguir buscando, se izaba a la ventana del sótano desde el asiento de una mecedora que había acercado hasta allí. Una vez fuera, pudo apartarla lo suficiente para que no resultara evidente que alguien la había utilizado para salir. Aun así no se encontraba en el mismo sitio que antes, pero la gente rara vez repara en cosas como ésa, y además no parecía que Harold hiciera uso del sótano, salvo para almacenar coca-cola.

Cerró de nuevo la ventana y montó en la bici. Todavía se sentía conmocionada y con unas ligeras náuseas por el miedo pasado.

Salió pedaleando del patio de Harold, abandonó Arapahoe lo más deprisa posible y, volviendo al centro en Canyon Boulevard, cinco minutos después se encontraba de nuevo en su apartamento.

En él reinaba el más absoluto silencio.

Fran abrió su diario y, mientras contemplaba la borrosa huella de chocolate, se preguntó dónde estaría Stu.

También se preguntó si Harold se encontraba con él.

Por favor, Stu, vuelve a casa, pensó. Te necesito.

Después del almuerzo Stu se había separado de Glen para regresar a casa. Se quedó sentado en la sala de estar preguntándose dónde estaría madre Abigail, y también si Nick y Glen acertarían al dejar que el asunto siguiera su curso.

Llamaron a la puerta.

—¿Stu? —se oyó decir a Ralph Bretner—. ¿Estás en casa, Stu?

Harold Lauder le acompañaba. Aquel día la sonrisa de Harold era menos visible, pero no había llegado a perderla del todo. Tenía el aspecto de un bromista intentando mantenerse serio durante un funeral.

Ralph, desolado por la desaparición de madre Abigail, hacía media hora que se había encontrado con Harold, el cual se dirigía a su casa después de haber estado ayudando a un grupo de gente a sacar agua en Boulder Creek. Ralph tenía simpatía por Harold, el cual siempre parecía disponer de tiempo para escuchar y compadecer a quienquiera que tuviese una historia triste que contar... y él, en cambio, nunca parecía sentir la necesidad de hacer algo semejante. Ralph le había contado con detalle todo el episodio de la desaparición de madre Abigail, incluidos sus temores de que pudiera sufrir un ataque cardíaco, romperse uno de sus frágiles huesos o morir de frío si pasaba la noche a la intemperie.

—Y ya sabéis que llueve cada condenado atardecer —terminó Ralph mientras Stu servía café—. Si llega a empaparse, seguro que coge un resfriado. ¿Y luego qué? Supongo que una neumonía.

—¿Y nosotros qué podemos hacer? —les preguntó Stu—. No vamos a obligarla a regresar si no quiere.

—Claro que no —reconoció Ralph—. Pero Harold ha tenido una idea muy buena.

Stu miró a Harold.

—¿Cómo estás, Harold?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Espléndido.

—¿Y Fran? ¿La cuidas bien?

Harold no apartó los ojos de Stu. Seguían brillando de aquella manera agradable, con ciego humor; pero Stu tuvo la impresión de que los ojos sonrientes de Harold eran como la luz del sol sobre las aguas de Brakeman's Quarry, allá en su tierra: las aguas parecían plácidas pero se hundían más y más en las negras profundidades que el sol nunca alcanzaba. Cuatro muchachos perdieron su vida a lo largo de los años en el plácido Brakeman's Quarry.

—Lo mejor que puedo —respondió Stu—. ¿Qué se te ha ocurrido, Harold?

—Bien, veamos. Comprendo el punto de vista de Nick. Y también el de Glen. Admiten que la Zona Libre considera a madre Abigail como un símbolo teocrático, y en estos momentos están muy cerca de representar el sentir de la Zona, ¿no es así?

Stu bebía su café.

—¿Que quieres decir con «símbolo teocrático»?

—Pues que es un símbolo terrenal de un pacto hecho con Dios —repuso Harold con los ojos ligeramente velados—. Como la sagrada eucaristía o las vacas sagradas de la India.

Stu se excitó un poco al oír aquello.

—A esas vacas las dejan deambular por las calles ocasionando dificultades en la circulación, ¿no es cierto? Pueden entrar o salir de las tiendas o decidirse incluso a abandonar la ciudad.

—Así es —reconoció Harold—. Pero casi todas esas vacas están enfermas, Stu. Casi siempre a punto de morir de inanición. Algunas, tuberculosas. Y todo por ser un símbolo. La gente cree que Dios se ocupará de ellas, al igual que nuestra gente cree que Dios cuidará de madre Abigail. Pero yo tengo mis dudas al respecto.

Ralph pareció sentirse incómodo, y Stu supo lo que experimentaba. Su sentimiento era el mismo y le dio posibilidad de calibrar lo que sentía por madre Abigail.

—De cualquier manera —concluyó Harold su disertación sobre las vacas sagradas de la India—, no podemos cambiar lo que la gente siente por ella...

—Y tampoco lo queríamos —se apresuró a precisar Ralph.

—De acuerdo —convino Harold—. Después de todo, ella es la que nos ha reunido, y no por onda corta, ciertamente. Mi idea es que organicemos partidas de búsqueda y pasemos la tarde en tareas de reconocimiento de la parte oeste de Boulder. Podemos mantenernos en contacto con *walkie-talkie*.

Stu asentía. Aquello era lo que él había querido hacer durante todo el tiempo. Con las vacas sagradas o sin ellas, con Dios o sin él, no era justo dejarla vagar sola por esas tierras. Aquello no tenía nada que ver con la religión, se trataba sencillamente de una brutal indiferencia.

—En caso de que la encontremos, podremos preguntarle si necesita algo —seguía diciendo Harold.

—Como un viaje de regreso al pueblo —intervino Ralph.

—Al menos podremos mantenerla vigilada —opinó Harold.

—Bueno —dijo Stu—. Creo que es una buena idea vigilar, Harold. Voy a dejar una nota a Fran.

Pero mientras escribía la nota, sentía la apremiante necesidad de vigilar a Harold, de ver lo que estaba haciendo mientras él no lo miraba, y la expresión que había en sus ojos.

Harold pidió, y los otros se mostraron de acuerdo, reconocer el trecho de carretera zigzagueante entre Boulder y Nederland, por considerarlo la zona más improbable. Pensaba que si él no podía ir en un solo día de Boulder a Nederland, menos podría aquella jodida vieja loca. Pero era un recorrido agradable que le dio oportunidad de pensar.

Eran ya las siete menos cuarto e iba de regreso. Tenía la Honda aparcada en un área de servicio y estaba sentado a una mesa de picnic, bebiendo una coca-cola y comiendo galletas. El *walkie-talkie* que se encontraba colgado del manillar de la Honda con la antena extendida transmitió débilmente la voz de Ralph Bretner. Ralph se encontraba en alguna parte de Flagstaff Mountain.

«... Sunrise Amphitheater... ni rastro de ella... se acerca una tormenta».

Luego la voz de Stu, más cercana y fuerte. Estaba en Chautauqua Park, a seis kilómetros de donde se encontraba Harold.

—¡Repítelo, Ralph!

Llegó la voz de Ralph, esa voz vociferante. Tal vez a él mismo le diera un ataque. Sería una estupenda manera de terminar el día.

«¡Ni rastro de ella! ¡Voy a bajar antes de que oscurezca! ¡Corto!».

«Diez cuatro —dijo Stu al parecer desalentado—. ¿Estás ahí, Harold?».

Harold se puso en pie y se limpió las migas de galletas en los vaqueros.

«¿Harold? ¡Llamando a Harold Lauder! ¿Me recibes, Harold?».

Harold apuntó al *walkie-talkie* con el dedo corazón. Luego apretó el botón y dijo con voz agradable aunque con la nota justa de falta de resuello.

—Estoy aquí. Me había alejado un poco... Me pareció ver algo en la zanja. Sólo era una chaqueta vieja. ¡Corto!

«Bien, de acuerdo. ¿Por qué no vienes a Chautauqua, Harold? Esperaremos aquí a Ralph».

Te encanta dar órdenes, ¿verdad, cabrón? Es posible que tenga algo para ti. Sí, es posible.

«¿Me recibes, Harold?».

—Sí. Lo siento Stu. Estaba distraído. Puedo estar ahí en quince minutos.

«¿Me recibes, Ralph?», vociferó Stu.

Harold dio un respingo y luego hizo de nuevo el ademán obsceno en beneficio de Stu, acompañado por una sonrisa furtiva. Recibe tú *esto*, cabrón.

«Stu, estarás en Chautauqua Park —se escuchó lejana la voz de Ralph entre los ruidos de la estática—. Voy de camino. Cambio y fuera».

—También yo voy de camino —agregó Harold—. Cambio y fuera.

Desconectó el *walkie-talkie*, bajó la antena y colgó la radio en el manillar. Pero permaneció un instante en la Honda sin ponerla en marcha. Llevaba una cazadora del ejército. El grueso forro venía bien cuando viajabas en moto por encima de los dos mil metros, incluso en agosto. Pero esa cazadora servía para otros fines. Tenía muchos bolsillos con cremallera y, en uno de ellos, había un Smith & Wesson del calibre 38. Harold sacó el revólver y le dio vueltas entre las manos. Tenía completo el cargador y le pesaba, como si comprendiera que sus objetivos eran graves. Muerte, destrucción, asesinato.

¿Esta noche?

¿Y por qué no?

Había comenzado aquella expedición ante la posibilidad de encontrarse a solas con Stu y con el tiempo suficiente. Y ahora parecía que iba a materializarse esa posibilidad. En Chautauqua Park en menos de quince minutos. Pero también la excursión servía para otro fin.

Su intención no había sido llegar hasta Nederland, un pueblo miserable y pequeño, a gran altura sobre Boulder, escondido y cuyo único mérito residía en haber servido de refugio a Patty Hearst en sus días de fugitiva. Pero, mientras iba subiendo, con el suave ronroneo de la Honda entre las piernas y el aire helado azotándole el rostro, ocurrió algo.

Si se coloca un imán en el extremo de una mesa y un lingote de acero en el otro no pasa nada. Si se va acercando lentamente el lingote al imán, reduciendo poco a poco la distancia (Harold mantuvo por un instante esa imagen en su mente, saboreándola, tomando nota para incluirla en el diario cuando regresara aquella noche), llegará un momento en que el empujón que se dé al lingote parezca impulsarlo más de lo debido. El lingote se detiene, aunque al parecer reacio, como si hubiera cobrado vida, y parte de su movilidad es resentimiento hacia la ley física de la inercia. Uno o dos empujoncitos más y casi puede verse, o acaso se vea en realidad, temblar al lingote sobre la mesa, estremeciéndose y vibrando un poco, semejante a uno de esos frijoles saltarines que pueden comprarse en los bazares mejicanos. Parecen nudos de madera del tamaño de un nudillo, pero en realidad tienen un gusano vivo en su interior. Un empujón más y el equilibrio entre fricción/inercia y la atracción del imán empieza a inclinarse hacia el otro lado. El lingote, ya completamente arrimado, cobra vida propia, cada vez con mayor rapidez, hasta que al final se estrella contra el imán y se queda adherido a él.

Un proceso horrible, fascinante.

Cuando en junio último se acabó el mundo, todavía no se había comprendido la fuerza del magnetismo, pese a que Harold creyera (su mente nunca había mostrado una inclinación científico-racional) que los físicos que habían estudiado tales cosas pensaban que estaban íntimamente ligadas al fenómeno de la gravedad, y que éste era la clave del universo.

De camino hacia Nederland, mientras subía, sintiendo el aire cada vez más helado, viendo las nubes amontonarse lentamente en derredor de los picos más altos, más allá de Nederland, Harold sintió iniciarse ese proceso en su propia persona. Se estaba acercando al punto del equilibrio... y poco más allá de él alcanzaría el punto de cambio. Él era el lingote de acero que se encontraba a esa distancia del imán en que un pequeño empujón le envía algo más lejos de lo que la fuerza impulsora lo hubiera hecho en circunstancias normales. Podía sentir la agitación en sí mismo.

Era lo más parecido que había tenido a una experiencia sagrada. Se había dicho que la vieja era una especie de psique, lo mismo que Flagg, el hombre oscuro. Eran emisoras de radio humanas y sólo eso. Su poder auténtico residiría en sociedades que se fundían alrededor de sus señales, tan diferentes la una de la otra. Eso era lo que había pensado.

Pero, montado en su moto, al final de la pedregosa Main Street de Nederland, con la luz de la Honda centelleando como el ojo de un gato, oyendo el lamento invernal del viento entre los pinos y los tiemblos, experimentó algo más que una simple atracción magnética. Había sentido un poder irracional, procedente del oeste, una atracción tan enorme que tuvo la conciencia absoluta de que, si seguía dejándose captar por ello, se volvería loco. Tenía la sensación de que, si se aventuraba a avanzar más en el brazo de la balanza, perdería hasta el último ápice de voluntad propia. Y seguiría tal como estaba, con las manos vacías.

Y aunque él no tuviera la culpa, el hombre oscuro lo mataría por ello.

De manera que dio media vuelta y sintió el frío alivio de quien ha estado al borde del suicidio y sale de un largo período de contemplación de un profundo abismo. Pero, si quería, podía ir esa noche. Sí, podía matar a Redman con una sola bala disparada a quemarropa. Y luego conservar la sangre fría hasta que apareciera el patán de Oklahoma. Otro disparo en la

sien. Nadie se alarmaría por los disparos. La caza era abundante y mucha gente había tomado la costumbre de disparar contra los venados que se aventuraban por el pueblo.

En ese momento eran las siete menos diez. Podía haber acabado con ellos para las siete y media. Fran no daría la voz de alarma hasta las diez y media o más tarde, y para entonces él podía encontrarse bien lejos, dirigiéndose hacia el oeste en su Honda, con su diario en la mochila. Pero nada de ello ocurriría si seguía allí sentado en aquella moto, dejando pasar el tiempo.

La Honda se puso en marcha al segundo intento. Era una buena moto. Harold sonrió. La sonrisa se hizo más amplia irradiando alegría. Condujo en dirección a Chautauqua Park.

Empezaba a caer el crepúsculo cuando Stu oyó entrar en el parque la moto de Harold. Un instante después vio el faro de la Honda apareciendo y desapareciendo entre los árboles que bordeaban el ascendente camino. Luego pudo ver también la cabeza de Harold girando a derecha e izquierda, buscándolo.

Stu, que se encontraba sentado en el borde de una barbacoa construida en la roca, agitó la mano al tiempo que lo llamaba. Harold le descubrió al cabo de un minuto, agitó a su vez la mano y se acercó.

Tras haber pasado juntos a aquella tarde, Stu se sentía mejor dispuesto respecto a Harold, como nunca lo había estado. Su idea había sido muy buena aun cuando no hubiera dado resultado. Harold había insistido en registrar la carretera a Nederland y tenía que haber pasado mucho frío a pesar de su gruesa cazadora. Al acercarse, Stu vio que la sonrisa perpetua de Harold era más bien una mueca. Tenía tensos los rasgos y se hallaba excesivamente pálido. Supongo que se sentirá decepcionado de que las cosas no hubieran resultado bien. De repente sintió un asomo de culpabilidad por la opinión que Frannie y él habían tenido de Harold y su continuo recelo, como si su sonrisa y su excesiva cordialidad con la gente fueran una especie de enmascaramiento. ¿Les había pasado siquiera por la cabeza la idea de que, en realidad, estuviera intentando empezar de nuevo y que era posible que lo hiciera de una forma extraña puesto que jamás lo había intentado antes? Stu estaba seguro de que no.

—Nada, ¿verdad? —preguntó a Harold, saltando con agilidad del reborde de la barbacoa.

—Nada —confirmó Harold.

Reapareció la sonrisa; pero era maquinal, sin fuerza, semejante a un rictus. Su rostro seguía pareciendo extraño y de una extrema palidez. Había metido las manos en los bolsillos de la cazadora.

—No importa. La idea fue buena. A lo mejor ya está en su casa. De no ser así, volveremos a buscarla mañana.

—Es posible que lo que busquemos mañana fuera un cadáver.

Stu suspiró.

—Tal vez... Sí, es posible. ¿Por qué no vienes conmigo a cenar, Harold?

—¿Cómo?

Harold pareció encogerse entre las sombras de los árboles. Su sonrisa se hizo más forzada que nunca.

—A cenar —repitió Stu—. Frannie se alegrará de verte. De veras.

—Bueno, tal vez —respondió Harold, que seguía rumiando incómodo—. Pero yo... bueno, tengo algo para ella ¿sabes? Quizá sea mejor que de momento lo dejemos. Nada personal. Vosotros dos os entendéis bien. Lo sé.

Su sonrisa no podía parecer más sincera y contagiosa. Stu sonrió a su vez.

—Como quieras, Harold. La puerta siempre estará abierta.

—Gracias.

—Soy yo quien ha de darte las gracias —declaró Stu con seriedad.

Harold parpadeó.

—¿A mí?

—Por animarnos a buscar cuando todo el mundo había decidido que la naturaleza siguiera su curso. Aunque no hayamos logrado nada, quiero estrecharte la mano.

Stu tendió la mano. Por un instante Harold clavó en él una mirada vacua y Stu se dijo que no respondería a su gesto. Pero luego Harold sacó la mano derecha del bolsillo de su cazadora, dando la impresión de que tropezaba con algo, tal vez la cremallera, y cambió con Stu un breve apretón de manos. La de Harold estaba caliente y algo sudorosa.

Stu se colocó frente a él, mirando hacia el camino.

—Ralph debería estar ya aquí. Espero que no haya sufrido un accidente bajando por esa escabrosa montaña. Él... Aquí viene.

Stu caminó hacia la linde del camino. Un segundo faro jugueteaba a través de los árboles.

—Sí, es él —corroboró Harold a su espalda, con un extraño tono de voz.

—Y viene con alguien.

—¿Qué?

—Mira. —Señaló un segundo faro de moto detrás del primero.

—¡Oh! —De nuevo aquella extraña voz sin inflexiones, la cual hizo que Stu se volviera hacia él.

—¿Te encuentras bien, Harold?

—Sólo estoy cansado.

La segunda máquina pertenecía a Glen Bateman. Era de pequeña cilindrada, lo más parecido a un ciclomotor que había podido encontrar, y hacía que la Vespa de Nadine pareciera una Harley. Detrás de Ralph viajaba Nick Andros. Nick invitó a los dos a la casa que compartía con Ralph para tomar café y *brandy*. Stu aceptó. No así Harold, que seguía pareciendo tenso y cansado.

Está decepcionado, se dijo Stu. Y llegó a la conclusión de que no sólo era la primera vez que había sentido simpatía por Harold, sino también que ésta había llegado con mucho retraso.

Insistió en la invitación de Nick; pero Harold se limitó a negar con la cabeza y decir que estaba rendido. Lo único que quería era regresar a casa y dormir.

Cuando llegó a su pequeña vivienda, Harold temblaba tanto que casi no pudo introducir la llave en la cerradura. En cuanto logró abrir se precipitó al interior como si temiese que algún maníaco pudiera deslizarse por el camino detrás de él. Cerró de golpe, echó la llave y corrió el cerrojo. Luego permaneció apoyado contra la puerta por un instante, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, sintiéndose al borde de un llanto histérico. Una vez recuperado el dominio, cruzó a tientas el vestíbulo hasta la sala de estar y encendió las tres lámparas de gas. La habitación se iluminó. Aquello estaba mejor.

Se sentó en su butaca favorita y entornó los ojos. Apenas se calmaron un poco los latidos de su corazón, se acercó al hogar, quitó la losa suelta y sacó su diario titulado «Libro Mayor». Aquello lo serenó. En esa clase de libro llevas la cuenta de las deudas pendientes, de las facturas por cobrar, de los intereses acumulados. Allí, finalmente, escribes *pagado* en todas las cuentas.

Volvió a sentarse, abrió por la página en la que se había quedado, vaciló y luego anotó: «14 de agosto de 1990». Durante casi una hora y media estuvo escribiendo. Mientras lo hacía, su rostro se mostraba tan pronto salvajemente divertido o severo, aterrado o gozoso, dolido o sonriente. Una vez hubo terminado leyó lo escrito («Éstas son mis cartas a un mundo que jamás me escribió a mí...») al tiempo que, con gesto ausente, se masajeaba su dolorida mano derecha.

Guardó de nuevo su diario y colocó sobre él la baldosa. Estaba tranquilo. Se había liberado de todo al escribirlo. Había trasladado su terror y su furia a la página, así como su decisión de mantenerse fuerte. Se sentía bien. A veces el acto de poner las cosas por escrito le hacía sentirse más nervioso. Eso ocurría cuando sabía que había escrito falsedades o no había hecho el esfuerzo requerido para afilar el reborde romo de la verdad hasta el punto de que pudiera cortar, de que pudiera hacer brotar sangre. Pero esa noche podía volver a guardar el diario con la mente tranquila y serena. La furia, el miedo y la frustración habían sido transcritas, y una losa los mantendría seguros mientras él dormía.

Harold corrió una cortina y contempló la calle desierta. Al divisar las Flatirons, pensó con calma en lo cerca que había estado de seguir adelante pese a todo, con sólo encañonarlos con su 38 y acabar con los cuatro. Aquello habría puesto fin a su mojigato comité especial. Cuando hubiera terminado con ellos, ni siquiera les quedaría un jodido *quorum*.

Pero, en el último momento, un resto de cordura le había hecho contenerse en lugar de dar rienda suelta a su impulso. Había sido capaz de soltar el arma y estrechar la mano de ese alevoso cabrón. ¿Cómo? Jamás lo sabría. Pero gracias a Dios lo había hecho. La marca del genio está en su habilidad para la ocultación, y eso haría él.

Se sentía somnoliento. Había sido un día muy largo y agitado. Mientras se desabrochaba la camisa, Harold apagó dos de las lámparas de gas, y cogió la tercera para llevársela al dormitorio. Al atravesar la cocina se paró en seco y se quedó rígido.

La puerta del sótano estaba abierta.

Se acercó a ella manteniendo la lámpara en alto y bajó los tres primeros escalones. Sintió el corazón agarrotado por el miedo y toda su calma se desvaneció.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

No hubo respuesta.

Podía ver la mesa del *air-jockey*. Los pósters. En el rincón más alejado, se encontraban colgados una serie de mazos de *croquet* con alegres rayas multicolores.

Descendió otros tres peldaños.

—¿Hay alguien ahí?

Tuvo la impresión de que no lo había, pero ello no atemperó su miedo. Bajó el resto de la escalera y mantuvo la lámpara por encima de su cabeza. Al otro lado de la habitación, la sombra monstruosa de Harold, tan alta y negra como el simio de la calle Morgue, hizo el mismo gesto.

¿Había algo en el suelo? Sí. Lo había.

Se dirigió por detrás del equipo de coches de carreras hasta llegar debajo de la ventana por la que Frannie había entrado. En el suelo se veía un montoncito de arena. Harold le acercó la lámpara. En el centro, tan clara como una huella digital en un documento, aparecía la impronta de unas zapatillas de gimnasia o de tenis... No era un dibujo en zigzag o abarquillado, sino en grupos de círculos y rayas. Se quedó mirándolo estupefacto, y luego asestó un puntapié a la arena, destruyendo el dibujo. Su rostro era el de una figura de cera viviente a la luz de la lámpara Coleman.

—¡Lo pagaréis! —exclamó con voz susurrante—. ¡Quienquiera que sea lo pagará! ¡Sí, lo pagaréis! ¡Lo vais a pagar!

Subió de nuevo la escalera y recorrió la casa de punta a cabo, en busca de otros indicios reveladores. No encontró nada. Recaló en la sala de estar, ya completamente desvelado. Estaba llegando a la conclusión de que alguien, acaso un chiquillo, se había colado en la casa por mor de la curiosidad, cuando el recuerdo de su diario le explotó en la mente semejante a un fulgor en un cielo de medianoche. El motivo de la irrupción en la casa era tan espantoso que casi lo había pasado por alto.

Corrió hacia el hogar, apartó la losa y sacó el diario del escondrijo. Por primera vez tomó plena conciencia de lo peligroso que era. Si alguien lo descubría todo saldría a la luz. Él, mejor que nadie, podía saberlo. ¿Acaso no había empezado todo a causa del diario de Fran?

Su diario. La huella. ¿Significaba esta última que habían descubierto el primero? Desde luego que no. ¿Pero cómo estar seguro? Imposible. Ésa era la condenada verdad.

Colocó de nuevo la losa y se llevó el diario al dormitorio. Lo puso debajo de la almohada, junto con su revólver Smith & Wesson, pensando que debería quemarlo; pero sabedor de que nunca podría hacerlo. Sus cubiertas encerraban lo mejor que había escrito en su vida. La única escritura que había visto la luz como resultado de la convicción y la sinceridad personal.

Permaneció tumbado, resignado a pasar una noche en blanco barajando los posibles escondrijos. ¿Debajo de una tabla floja? ¿Detrás del aparador? Tal vez debiera recurrir al viejo truco y dejarlo sin más en las estanterías de los libros, como un volumen más, entre un *Digest Condensed Book* y un ejemplar de *La mujer total*. No, era demasiado temerario. Nunca sería capaz de salir con tranquilidad de la casa. ¿Tal vez una caja fuerte del banco? Eso no resultaría. Quería tenerlo junto a él, para poder verlo.

Al fin empezó a sumirse en el sueño y su mente comenzó a divagar con lentitud. Pensaba: Tengo que ocultarlo... Si Frannie hubiera escondido mejor el suyo... Si yo no hubiera leído lo que pensaba de mí... Si no hubiera descubierto su hipocresía... Si ella...

De repente Harold se incorporó en la cama, muy tieso, en la boca un leve grito, los ojos desorbitados. Permaneció así y, al cabo de un rato comenzó a temblar. ¿Lo sabía ella? ¿Era la huella de Fran?

Llegó un momento en que decidió volver a echarse. Pero pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormido. No cesaba de preguntarse si Fran Goldsmith calzaba habitualmente zapatillas de tenis o de gimnasia. Y, de ser así, ¿cómo era el dibujo de las suelas?

Dibujos de las suelas, dibujos de las suelas. Cuando al cabo se durmió, sus sueños fueron inquietos y más de una vez gritó como intentando atajar a cosas a las que ya había dado paso para siempre.

Stu regresó a casa a las nueve y cuarto. Fran se encontraba acurrucada en la cama de matrimonio. Llevaba una de las camisetas de él, que le llegaba casi a las rodillas, y leía un

libro titulado *50 plantas amistosas*. Al entrar Stu, ella salió de la cama.

—¿Dónde has estado? Me tenías preocupada.

Le explicó la idea de Harold de salir en busca de madre Abigail para al menos poder vigilarla. No mencionó las vacas sagradas.

—Te hubiéramos llevado con nosotros, cariño, pero no hubo manera de encontrarte —añadió mientras se desabrochaba la camisa.

—Estaba en la biblioteca —contestó ella observándolo mientras se quitaba la camisa y la metía en el saco de la colada, que colgaba detrás de la puerta.

Tenía abundante vello, en el pecho y la espalda, lo cual le hizo recordar que, hasta que conoció a Stu, siempre había encontrado ligeramente repulsivos a los hombres velludos.

Sabía ya que Harold había leído su diario. La había embargado un miedo terrible de que éste hubiera maquinado encontrarse a solas con Stu y... hacerle daño. ¿Pero por qué ahora, en ese mismo día, cuando ella acababa de descubrirlo? Si hasta entonces Harold había dejado las cosas como estaban, ¿no sería más lógico pensar que ya no haría nada? ¿Y no sería también posible que, al leer Harold su diario, se hubiera dado cuenta de lo inútil de la persecución constante a que la había sometido? Al haberse enterado al mismo tiempo que le daban la noticia de la desaparición de madre Abigail, se mostró propensa a ver malos presagios por todas partes. Pero lo único que ocurría era que Harold había leído su diario, no una confesión de todos los crímenes del mundo. Y si dijera a Stu lo que había encontrado, sólo lograría parecer boba y tal vez hacer que se enfadara con Harold... e incluso también con ella, por ser tan idiota.

—¿No habéis hallado rastro de ella, Stu?

—No.

—¿Cómo se mostró Harold?

Stu se estaba quitando los pantalones.

—Muy decepcionado, lamentando que su idea no hubiera dado resultado. Le invité a cenar cuando le apeteciera. Espero que no te moleste. Creo que en realidad tal vez llegue a sentir simpatía por ese bobalicón. Nunca hubieras logrado convencerme de ello el día que os encontré en New Hampshire. ¿Hice mal al invitarlo?

—No —repuso ella tras reflexionar—. Me gustaría mantener buenas relaciones con Harold.

Me paso el rato sentada en casa, pensando que tal vez Harold esté maquinando volarle la cabeza, se dijo, y Stu lo invita a cenar. ¡Caramba con las corazonadas de las mujeres gestantes!

—Si mañana por la mañana no ha aparecido madre Abigail, preguntaré a Harold si quiere volver a salir conmigo.

—Me gustaría ir —se apresuró a decir Fran—. Y por aquí hay algunos más que no están del todo convencidos de que no esté alimentando a los cuervos. Por ejemplo, Dick Vollman. Y también Larry Underwood.

—Muy bien. —Se metió en la cama junto a ella—. Dime, ¿qué llevas debajo de esa camisa?

—Un hombre grande y fuerte como tú debería ser capaz de averiguarlo por sí mismo —contestó Fran con fingido remilgo.

No llevaba nada.

Al día siguiente, un pequeño grupo de búsqueda se puso en marcha a las ocho de la mañana. Estaba formado por media docena de exploradores: Stu, Fran, Harold, Dick Vollman, Larry Underwood y Lucy Swann. Hacia mediodía habían aumentado a veinte. Y con la llegada del crepúsculo, acompañado del habitual chaparrón y descargas eléctricas al pie de las colinas, había más de cincuenta personas rastreando entre los matorrales al oeste de Boulder, resiguiendo los arroyos, recorriendo los cañones de arriba abajo y entorpecidiéndose mutuamente las transmisiones CB.

Un talante extraño de resignado temor había ido sustituyendo la aceptación del día anterior. Pese a la poderosa fuerza de los sueños que atribuían a madre Abigail un estatus semidivino, la mayoría de la gente había pasado por suficientes vicisitudes como para mostrarse realistas respecto a la supervivencia. Aquella anciana, que tenía ya más de cien años, había pasado toda la noche sola, a la intemperie. Y ya se avecinaba una segunda noche.

El hombre que había atravesado penosamente el país, desde Luisiana hasta Boulder, con un grupo de doce personas, resumió muy bien la situación. Acababa de llegar con su gente al mediodía del día anterior. Cuando le dijeron que madre Abigail se había ido, aquel hombre, Norman Kellogg arrojó al suelo su gorra de béisbol y exclamó:

—¡Maldita sea mi suerte! ¿Quiénes han salido a buscarla?

Charlie Impening, que se había convertido en algo así como el oráculo oficial de la Zona —¿acaso no fue él quien dio la regocijante noticia de nieve en septiembre?— empezó a sugerir a la gente que, si madre Abigail se había esfumado, tal vez se tratase de una señal para que todos la imitaran. Al fin y al cabo, Boulder estaba muy cerca. Por su parte, Charlie, el chico de Mavis Impening, dijo que se encontraría condenadamente más seguro en Nueva York o Boston. No hallaron seguidores. La gente se encontraba cansada y dispuesta a sentarse. Si llegaran los fríos y no tuvieran con qué calentarse, era posible que se pusieran en marcha; pero no antes. Sus heridas estaban cicatrizando. Preguntaron a Impening si pensaba irse solo. Respondió que esperaría a que algunas personas más lo vieran claro. Se oyó comentar a Glen Bateman que Charlie Impening sería un Moisés patético.

Glen creía que a lo más que llegaban los sentimientos de la comunidad era a un temor resignado; porque se trataba de personas que todavía conservaban una mente racional pese a todos los sueños y al miedo de lo que pudiera estar pasando al oeste de las Rocosas. La superstición, al igual que el amor verdadero, necesita tiempo para desarrollarse y madurar. Al terminar de construir un granero, dijo a Nick, Stu y Fran cuando la oscuridad puso fin a la búsqueda por aquella noche, cuelgas en la puerta una herradura de caballo con las puntas hacia arriba para darle suerte. Pero si uno de los clavos falla y la herradura queda apuntando hacia abajo, no por ello abandonas el granero.

—Puede que llegue día en que nosotros o nuestros hijos *podamos* abandonar el granero si la herradura expulsa a la suerte; pero han de pasar años para ello. En estos momentos sólo nos sentimos algo extraños y perdidos. Pero lo superaremos. Si madre Abigail ha muerto, y bien sabe Dios que espero de todo corazón que no sea así, probablemente eso no habrá podido llegar en un momento mejor para la salud mental de la comunidad...

«Pero si estaba destinada a ser un freno a nuestro Adversario, alguien a quien se ha puesto para mantener el equilibrio de la balanza...», escribió Nick.

—Sí, lo sé —admitió Glen tristemente—. Es posible que estén pasando aquellos días en que poco importaba la herradura... o acaso ya hayan pasado. Lo sé, creedme.

—¿No esperarás que tus nietos vayan a ser nativos supersticiosos, verdad Glen, quemando brujas y escupiendo a los dados para tener suerte? —le preguntó Frannie.

—No puedo adivinar el futuro, Fran —repuso Glen; y su rostro, a la luz de la lámpara, se mostraba envejecido y cansado... acaso el rostro de un mago fracasado—. Ni siquiera fui capaz de comprender bien el efecto que madre Abigail estaba teniendo sobre la comunidad hasta que Stu me lo hizo ver aquella noche en Flagstaff Mountain. Pero hay algo que sí sé: todos nos encontramos en este pueblo debido a dos acontecimientos. La supergripe, de la que podemos culpar a la estupidez de los humanos, y poco importa si fuimos nosotros, los rusos o los letones. Quien vació la redoma carece de importancia ante la auténtica realidad: al final de todo racionalismo está la fosa común. Las leyes físicas, las biológicas, los axiomas matemáticos, todo ello forma parte de la trampa mortal porque nosotros somos lo que somos. De no haber sido por *Capitán Trotamundos*, habría sido por cualquiera otra cosa. La moda está en culpar a la “tecnología”; pero ésta es el tronco del árbol, no las raíces. Las raíces son racionalismo, y yo definiría así esa palabra: racionalismo es la idea de que siempre podemos comprenderlo todo respecto a la condición de ser. Es una trampa mortal. Siempre lo ha sido. De manera que, si os place, podéis culpar de la supergripe al racionalismo. Pero la otra razón por la que nos encontramos aquí son los sueños, y éstos son *irracionales*. Acordamos no hablar de ese hecho tan simple mientras estuviéramos reunidos en sesión, pero ahora no lo estamos. Así que diré lo que todos sabemos que es verdad. Nos encontramos aquí porque hemos confiado en poderes que no comprendemos. Para mí eso significa que acaso estemos empezando a aceptar, de momento sólo de manera subconsciente y con múltiples retrocesos debido a lagunas culturales, una definición diferente de la existencia. La idea de que nunca podremos comprenderlo *todo* respecto a la condición de ser. Y si el racionalismo es una trampa mortal el irracionalismo es una estrategia vital.

—Bien, yo tengo mis supersticiones —reconoció Stu—. Se han reído de mí a causa de ellas pero las tengo. Sé que no hay diferencia en que un tipo encienda con una única cerilla dos cigarrillos o tres; pero dos no me ponen nervioso y tres sí. No paso por debajo de escaleras y no me gusta encontrarme con un gato negro en mi camino. Pero vivir sin el menor asomo de ciencia, adorando tal vez al sol, creyendo que cuando truena se debe a que unos monstruos están jugando a bolos en el cielo... nada de eso me convence demasiado. En definitiva me parece una especie de esclavitud.

—Pero imagina que todas esas cosas son auténticas —repuso Glen con calma.

—¿Cómo?

—Accede a suponer que la era del racionalismo ha pasado. Por mi parte casi estoy convencido de ello. Llega y pasa sin que apenas nos demos cuenta, ¿comprendes? Casi nos dejó en los años sesenta, en la llamada Era de Acuario, y se tomó unas condenadas vacaciones casi permanentes durante la Edad Media. Partamos de la hipótesis de que, cuando el racionalismo se va, es por un tiempo, como si durante una temporada se desvaneciese una brillante ofuscación y pudiésemos ver... —Dejó la frase sin terminar y pareció ensimismarse.

—¿Qué vemos? —preguntó Fran.

—Magia oculta —respondió en voz queda—. Un universo de maravillas donde el agua fluye hacia arriba, duendes habitan en los más espesos bosques, dragones viven debajo de las montañas. Maravillas deslumbrantes, magia blanca. «Despierta, Lázaro». Agua que se convierte en vino. Y acaso, sólo acaso, la expulsión de los demonios. —Hizo una pausa. Luego, sonrió—. La estratagema vital.

—¿Y el hombre oscuro? —preguntó Fran con tono apagado.

Glen se encogió de hombros.

—Madre Abigail le llama incubo del demonio. Tal vez no sea más que el último mago del pensamiento racional, reuniendo las herramientas de la tecnología para usarlas contra nosotros. O acaso sea algo mucho más siniestro. Yo sólo sé que *está* ahí y que no creo que la sociología, la psicología o cualquiera otra *ología* acaben con él. Estoy convencido de que sólo la magia blanca sería capaz de hacerlo... y nuestra maga blanca anda vagando sola por alguna parte. —Su voz casi se quebró y Glen bajó la vista.

Fuera no había más que oscuridad. La brisa que llegaba de las montañas hizo que la lluvia azotara los cristales de las ventanas del cuarto de estar de Stu y Fran. Glen encendía su pipa. Stu había sacado del bolsillo un puñado de monedas sueltas y las agitaba entre las manos, abriéndolas luego para ver cuántas caras y cuántas cruces había. Nick estaba haciendo enrevesados garabatos en su libreta; en su mente veía las calles desiertas de Shoyo y escuchó una voz susurrante: *Él viene por ti, mudito. Ahora ya está más cerca.*

Al cabo de un rato, Glen y Stu encendieron un fuego en el hogar y todos se quedaron contemplando las llamas sin hablar apenas.

Cuando ellos se marcharon, Fran se sintió infeliz y desanimada. Tampoco Stu se mostraba muy bien dispuesto. Parece cansado, se dijo ella. Mañana deberíamos quedarnos en casa, tranquilos, charlar y dormir la siesta. Tendríamos que tomarlo con calma. Miró la lámpara Coleman y deseó tener luz eléctrica, la que se enciende con sólo accionar un interruptor en la pared. Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas. Pero se dijo que no iba a empezar de nuevo, que bastante tenían con sus problemas; pero una parte de su ser no parecía inclinada a obedecer.

De repente, a Stu se le iluminó la cara.

—¡Por las barbas de Belcebú! Casi lo había olvidado.

—¿Qué has olvidado?

—Te lo enseñaré. ¡Quédate aquí!

Salió de la habitación y sus pisadas se escucharon en la escalera. Fran se acercó a la puerta y, un instante después, lo oyó volver. Llevaba algo en la mano y era una... una...

—¿Dónde has encontrado eso, Stuart Redman? —exclamó gratamente sorprendida.

—En Folk Arts Music —contestó él sonriente.

Fran cogió la tabla de lavar la ropa y empezó a darle vueltas. Los destellos de luz hacían resaltar el azul de añil.

—¿Folk...?

—Walnut Street abajo.

—¿Una tabla de lavar en una tienda de *música*?

—Sí. Había también una cuba de colada condenadamente buena, pero alguien le había hecho un agujero para convertirla en un contrabajo.

Fran se echó a reír. Dejó la tabla sobre el sofá, se acercó a Stu y lo abrazó con fuerza. Las manos de él le correspondieron y ella estrechó el abrazo.

Fran apretó la cara contra su cuello.

—Me haces sentir muy bien. Bueno, eso dice la canción. ¿Puedes hacerme sentir siempre muy bien, Stu?

La levantó en brazos sonriente.

—Al menos lo intentaré —dijo.

A las dos y cuarto de la tarde siguiente, Glen Bateman entró directamente en el apartamento sin llamar. Fran estaba en casa de Lucy Swann intentando calcular la cantidad de levadura que se necesitaba para hacer un bizcocho. Stu leía una novela del Oeste de Max Brand. Al levantar la mirada, vio a Glen con el rostro pálido y descompuesto, los ojos muy abiertos. Tiró el libro al suelo.

—¡Stu! —exclamó Glen—. Me alegro de que estés aquí.

—¿Algo va mal? —inquirió Stu—. ¿Es que... la ha encontrado alguien?

—No —contestó Glen, sentándose de golpe como si las piernas no lo sostuvieran—. No son malas noticias sino buenas. Pero es muy extraño.

—¿Qué pasa?

—Es *Kojak*. Eché una siesta después de almorzar y, cuando me levanté, allí estaba *Kojak* durmiendo en el porche. Está hecho polvo, Stu. Parece que lo hubiese atropellado un tren, pero es él.

—¿Quieres decir el perro? ¿*Kojak*?

—Eso.

—¿Estás seguro?

—La misma placa en la que se lee «Woodsville, NH». El mismo collar rojo. El mismo perro. En realidad es un saco de huesos y ha estado peleando. Dick Ellis, que por cierto estaba loco de alegría de poder ocuparse de un animal para variar, dice que ha perdido un ojo definitivamente. Tiene rasguños en los costados y en la barriga, algunos de ellos infectados; pero Dick ya le ha curado. Le ha dado un sedante y le ha examinado el vientre. Según Dick, parece haber peleado con un lobo, tal vez con más de uno. Sin embargo, no tiene rabia ni ninguna otra enfermedad. —Glen movió lentamente la cabeza al tiempo que por las mejillas le caían dos lágrimas— ese condenado perro ha vuelto conmigo. Por Dios, te aseguro que no debí haberle dejado abandonado para que viniera él solo, Stu. Siento un tremendo remordimiento.

—No podías traerlo, Glen. Imposible viajando en moto.

—Sí, pero... me ha seguido, Stu. Ése es el tipo de cosas que uno lee en el *Star Weekly*... «Perro fiel recorre tres mil kilómetros siguiendo a su amo». ¿Cómo ha podido hacer eso? ¿Cómo?

—Tal vez de la misma manera que nosotros. No sé si sabrás que los perros sueñan, vaya si sueñan. ¿Nunca has visto a ninguno dormido como un tronco en el suelo de la cocina agitando las patas? Vic Palfrey, un viejo de Arnette, solía decir que los perros tenían dos sueños, uno bueno y otro malo. El bueno es cuando agitan las patas. El malo es cuando aúllan. Cuando sufren una pesadilla aúllan en sueños y pueden incluso llegar a morder.

Glen meneaba la cabeza con desconcierto.

—Quieres decir que soñó...

—No digo nada que sea más extraño que de lo que sosteníais anoche —le reprochó Stu.

Glen sonrió con un ademán de asentimiento.

—Verás, yo puedo hablar acerca de eso durante horas y horas. Soy el más grande narrador de patrañas de todos los tiempos. Pero cuando algo ocurre realmente.

—Despierto ante el facistol y dormido ante el interruptor.

—Vete al diablo, tejano. ¿Quieres ver a mi perro?

—No me lo perdería por nada del mundo.

La casa de Glen se encontraba en Spruce Street, a unas dos manzanas del hotel Boulderado. La hiedra en el enrejado del porche estaba casi seca, al igual que todo el césped y la mayor parte de las flores en Boulder. Sin los riegos diarios de los servicios del ayuntamiento triunfaba el clima árido.

En el porche había una pequeña mesa redonda y sobre ella un vaso de *gin-tonic*.

—¿No es horrible ese mejunje sin hielo? —preguntó Stu a Glen.

—No te das mucha cuenta después del tercero.

Junto a la bebida, había un cenicero con cinco pipas y ejemplares de *Zen and the Art of Motorcycle Maintenance*, *Ball Four* y *My Gun is Quick*, todos ellos abiertos. Y también estaba abierta una bolsa de tiras de queso.

Kojak se encontraba tumbado en el porche con el maltrecho hocico apoyado sobre las patas delanteras. Estaba despeluzado y con lastimosos mordiscos; pero Stu lo reconoció al

punto, pese a lo breve que había sido su encuentro con él. Se puso en cuclillas y le acarició la cabeza. *Kojak* despertó y miró contento a Stu.

—Es un buen perro —comentó Stu, sintiendo un ridículo nudo en la garganta.

Al igual que una mano de cartas puestas hábilmente boca arriba, parecieron desfilas ante él cada uno de los perros que había tenido desde que su madre le regaló al viejo *Spike* cuando Stu tenía sólo cinco años. Un montón de perros. Es bueno tener un perro y, por lo que él sabía, *Kojak* era el único que había en Boulder. Miró a Glen y bajó al punto los ojos. Supuso que ni siquiera a los sociólogos viejos y calvos que leen tres libros a la vez les gusta que los pesquen con los ojos humedecidos.

—Buen perro —repitió Stu.

Kojak golpeó con fuerza su cola contra las tablas del porche mostrándose de acuerdo en que era un buen perro.

—Voy un instante dentro —dijo Glen con voz sorda—. Al cuarto de baño.

—Muy bien —respondió Stu sin levantar los ojos—. ¡Vaya, vaya! El viejo *Kojak* es un buen muchacho. ¿Acaso no lo eres, *Kojak*?

El animal volvió a golpear con la cola en señal de asentimiento.

—¿Puedes ponerte panza arriba? Haz el muerto, muchacho. Ponte panza arriba.

Kojak, obediente, se dio la vuelta y quedó con las patas traseras estiradas y las delanteras levantadas. Stu esbozó una expresión preocupada al pasar la mano por el elaborado vendaje que le había colocado Dick Ellis. Alrededor se veían rasguños enrojecidos e inflamados que sin duda se transformaban en heridas profundas por debajo de los vendajes. Quedaba claro que había sido atacado, y desde luego no por otro perro vagabundo. De ser así, habría tenido como objetivo el hocico o la garganta. A *Kojak* le había inferido esas heridas algo escurridizo. Tal vez una manada de lobos; pero Stu dudaba que *Kojak* hubiera podido burlar a una manada. Sin embargo había sido afortunado de que no le hubieran arrancado las entrañas.

La mampara produjo un chasquido al volver Glen al porche.

—Quiquiera que le atacara estuvo a punto de sacarle las tripas —comentó Stu.

—Las heridas son profundas y ha perdido mucha sangre —reconoció Glen—. No puedo dejar de culparme de que esté así.

—Dick me dijo que fueron lobos.

—Lobos o coyotes... Aunque duda que estos últimos pudieran haberle hecho todo esto, y yo estoy de acuerdo.

Stu palmoteó a *Kojak* en el anca, y el perro volvió a su postura habitual.

—¿Cómo es que casi todos los perros han desaparecido y todavía quedan lobos en alguna parte; bueno, al este de las Rocosas, que pueden casi destrozar a un buen perro?

—Nunca lo sabremos —contestó Glen—. Como tampoco sabremos por qué la maldita epidemia acabó con todos los caballos y no con las vacas, ni por qué mató a la mayoría de la gente, excepto a nosotros. Ni siquiera voy a pensar en ello. Voy a almacenar grandes existencias de hamburguesas y a tenerlo bien alimentado.

—Claro. —Stu miró a *Kojak*, al que se le habían cerrado los ojos—. Está hecho una Lástima; pero sigue siendo el mismo. Me he dado cuenta cuando se puso boca arriba. Conviene que estemos atentos a encontrar una perra, ¿entiendes?

—Sí, claro —respondió Glen pensativo—. ¿Quieres *gin-tonic* caliente, tejano?

—Diablos, no. Es posible que sólo haya cursado un año de universidad, pero no soy un jodido. ¿Tienes cerveza?

—Creo que encontraré alguna lata de Coors. Pero también estará caliente.

—Vamos allá.

Se dispuso a seguir a Glen al interior de la casa. Con la mano ya en la mampara, se detuvo para volverse a mirar al perro.

—Duerme, viejo amigo —le dijo—. Es estupendo tenerte aquí.

Glen y Stu entraron en la casa.

Pero *Kojak* no dormía.

Se hallaba en ese estado intermedio en que los seres vivos se encuentran cuando han sido penosamente maltratados, pero no están lo bastante mal para hundirse entre sombras mortales. Sentía en el vientre una fuerte picazón como fuego, la picazón de la cura. Glen habría de pasar muchas horas intentando distraerle de aquella comezón para que no se arrancara los vendajes, lo cual daría lugar a que se le reabrieran las heridas y volvieran a infectarse. Pero eso sería más adelante. En aquel momento *Kojak*, que de vez en cuando

seguía pensando en sí mismo como *Big Steve*, su nombre original, se contentaba con sentirse en ese estado intermedio. Los lobos habían ido por él en Nebraska mientras aún seguía olfateando descorazonado alrededor de la casa sobre pilones en el pequeño pueblo de Hemingford Home. El olor de HOMBRE... la percepción del HOMBRE, lo había llevado hasta aquel lugar y en él se había desvanecido. ¿A dónde fue? *Kojak* lo ignoraba. Y entonces habían surgido del maizal los cuatro lobos, semejantes a un rabioso espíritu de los muertos. Sus ojos se clavaron centelleantes en *Kojak* y enseñaban los dientes dejando escapar los gruñidos sordos e hirientes, voceros de sus intenciones. *Kojak* retrocedió ante ellos, gruñendo a su vez, con las patas rígidas escarbando la tierra en la entrada al patio de madre Abigail. A la izquierda, colgaba el columpio del neumático proyectando su leve sombra redonda. El lobo que mandaba la manada atacó en el preciso instante en que los cuartos traseros se deslizaban en la oscuridad del porche. Avanzó casi a rastras, buscando el vientre de *Kojak*, y los demás le siguieron. El perro saltó, tratando de alcanzar el hocico del líder y dejando el bajo vientre al descubierto mientras que el lobo empezaba a morderle y arañarle. *Kojak* clavó los colmillos en el cuello de su atacante, haciéndole brotar la sangre. El lobo aulló e intentó separarse. Al retroceder, las fauces de *Kojak* se cerraron con la rapidez de un rayo en el blando hocico del lobo, y éste lanzó un desgarrador aullido al sentirlo rasgado hasta los ollares y convertido en jirones. Huyó gimiendo, sacudiendo la cabeza enloquecidamente y salpicándolo todo de sangre.

Y entonces los otros se lanzaron sobre él, uno por la izquierda y otro por la derecha, semejantes a inmensas balas romas; el tercero de ellos se deslizó por debajo, haciendo castañetear las mandíbulas, dispuesto a arrancarle los intestinos. *Kojak* se había lanzado hacia la derecha, con un ladrido ronco, queriendo terminar primero con aquél para poder refugiarse en el porche. Si lo conseguía, allí podría hacerles frente tal vez con éxito. Tumbado ahora en el otro porche, revivía la batalla como a cámara lenta. Los gruñidos y aullidos, los ataques y las retiradas, el olor a sangre que se le había subido a la cabeza convirtiéndolo en una máquina de pelear, sin importarle sus propias heridas. Dejó al lobo de la derecha en las mismas condiciones que al primero, perdido uno de los ojos, con una enorme herida chorreante y probablemente mortal en la garganta. El lobo también había producido sus estragos. La mayoría de las heridas eran superficiales, pero tenía dos muy profundas, que cicatrizarían con dificultad, con el tejido encallecido y arrugado semejante a una temblorosa letra *t*. A pesar de que era un perro muy viejo, *Kojak* viviría otros dieciséis años, mucho tiempo después de que Glen muriera, pero esas cicatrices le dolerían y las sentiría latir en los días húmedos. Había luchado con entereza refugiándose después en el porche y, cuando uno de los dos lobos restantes se abalanzó, *Kojak* saltó sobre él, lo acorraló y le rasgó la garganta. El otro retrocedió casi hasta el borde del maizal, gimiendo agitado. Si *Kojak* hubiera salido y presentando batalla, el animal hubiera huido con el rabo entre las patas. Pero *Kojak* no salió. Estaba malherido. Sólo podía permanecer tumbado de costado, jadeando débilmente, lamiéndose las heridas y emitiendo gruñidos amenazadores cada vez que veía acercarse la sombra del lobo superviviente. Llegó al fin la oscuridad, y una media luna brumosa cabalgó por el cielo sobre Nebraska. Cada vez que el último lobo sentía a *Kojak* vivo, y tal vez dispuesto a pelear de nuevo, retrocedía gimiendo. En algún momento, pasada la medianoche, se fue y dejó a *Kojak* solo, ante el dilema de si viviría o moriría. En las primeras horas de la mañana sintió la presencia de otro animal, algo que le hizo lanzar una serie de suaves gemidos. Era algo en el maizal, una cosa que andaba por él, algo que acaso le estuviera persiguiendo. *Kojak* permaneció tumbado temblando, esperando a ver si aquella cosa le encontraría, aquella horrible cosa que la sentía como un hombre, un lobo y un ojo, alguna cosa oscura semejante a un vetusto cocodrilo en el maizal. Más tarde, después de que la luna desapareciera, *Kojak* intuyó que se había ido. Se quedó dormido. Permaneció postrado durante tres días en el porche, y sólo despertó impulsado por el hambre y la sed. En el suelo del patio había un charco de agua, en el sitio donde estaba la bomba, y en la casa restos de comida, muchos de ellos de lo que madre Abigail cocinó para la fiesta de Nick. Cuando *Kojak* supo que podía reemprender camino, ya sabía a dónde dirigirse. No fue un olor lo que se lo descubrió, sino una sensación de profundo calor que emanaba de algún lugar al oeste. Y así llegó, andando la mayor parte del tiempo sobre tres patas, el dolor royéndole el vientre. De vez en cuando, podía oler al hombre y de esa manera sabía que estaba en el buen camino. Y al fin estaba allí, el hombre estaba allí. Y en aquel lugar no había lobos. Había comida. No se notaba la sensación de la Cosa Oscura... del hombre con el hedor a lobo y la impresión de un ojo que puede verte durante infinidad de kilómetros si llegara a cruzarse en tu camino. Por el momento todo marchaba bien. Y pensando así, hasta donde los perros pueden pensar en su

recelosa relación con un mundo casi siempre visto a través de impulsos instintivos, *Kojak* fue sumergiéndose cada vez más profundamente en un verdadero sueño, en una buena ensoñación, en la que cazaba conejos a través de campos de trébol y alfalfa, en los que casi quedaba sumergido y empapado por el reconfortante rocío. Se llamaba *Big Steve*. Y, ¡oh!, los conejos corrían por todas partes en aquella mañana gris e interminable...

Resumen del acta de la sesión del Comité Especial - 17 de agosto de 1990

Esta sesión se celebró en casa de Larry Underwood, en la calle 42 de Table Mesa. Estuvieron presentes todos los miembros del comité.

El primer punto del orden del día se refería a la elección del comité especial como comité permanente de Boulder. Se dio la palabra a Fran Goldsmith.

FRAN: Stu y yo estamos de acuerdo en que la mejor manera, y la más fácil, para que se nos elija a todos nosotros sería que madre Abigail respaldara la lista completa. Nos ahorraría el problema de tener a veinte candidatos presentados por sus amigos y, posiblemente, desestabilizando el proyecto. Pero ahora habremos de hacerlo de forma inversa. No voy a sugerir nada que no sea democrático y, además, todos vosotros conocéis el plan. Sólo quiero subrayar una vez más que cada uno debe tener alguien que le presente y alguien más que apoye la candidatura. Es evidente que no podemos hacerlo entre nosotros... Se parecería demasiado a la Mafia. Y si no encontramos una persona que nos presente y otra que apoye la candidatura, más nos valdrá renunciar ahora mismo.

STU: ¡Caramba, Fran! Eso parece demasiado solapado.

FRAN: Sí lo es... En efecto.

GLEN: Estamos bordeando de nuevo el tema de la moralidad del comité, a pesar de que estoy seguro de que todos consideramos que el tema resulta atractivo, me gustaría que le diéramos carpetazo por algún tiempo. Creo que en lo único en que tenemos que estar de acuerdo es en que estamos sirviendo a los mejores intereses de la Zona Libre, y dejarlo así.

RALPH: Pareces algo irritado, Glen.

GLEN: Admito que lo estoy. Ya el hecho de que hayamos perdido tanto tiempo exprimiéndonos la sesera sobre este tema debería dar una buena idea de dónde tenemos el corazón.

SUE: El camino al infierno está adoquinado de...

GLEN: Sí, lo sé, de buenas intenciones, y como parece que todos estamos preocupados por nuestras intenciones es indudable que nos encontramos en la autopista al cielo.

Glen dijo luego que había intentado presentar ante el comité el tema de nuestros exploradores, o espías, o como se les quiera llamar; pero que, en su lugar, quería presentar una moción para que nos reuniésemos a discutirlo el día 19. Sue le preguntó el motivo.

GLEN: Porque es posible que no todos estemos aquí el 19. Tal vez alguno no resulte elegido. Se trata de una remota posibilidad, pero nadie sabe con exactitud lo que es capaz de hacer un grupo numeroso reunido en un lugar. Hemos de andarnos con el mayor cuidado.

Aquello requirió un momento de silencio y luego el comité votó, siete a favor, ninguno en contra, reunirse el 19, ya con carácter de comité permanente para discutir la cuestión de los exploradores, los espías, o lo que quiera que fuesen.

Se concedió la palabra a Stu para que expusiera el punto tres de la agenda referente a madre Abigail.

STU: Como sabéis, se ha marchado por motivos que sólo ella conoce. En su nota dice que «estará fuera por un tiempo», lo que resulta bastante vago, y que regresará «si así lo quiere Dios». En verdad no es muy alentador. Hemos organizado su busca desde hace tres días, sin éxito. No queremos hacerla volver aquí si no lo desea; pero otra cosa muy diferente es que se encuentre en alguna parte con una pierna rota o que permanezca inconsciente. Parte de este problema reside en que no somos suficientes para rastrear toda la zona. La otra parte es el mismo motivo que está retrasando la puesta en marcha de la central eléctrica: carecemos de organización. De manera que quisiera que se me autorizase a introducir en la agenda de la gran sesión de mañana esa búsqueda al igual que el tema de la central eléctrica y la formación de la brigada de enterramientos. Y me gustaría que de ello se hiciera cargo Harold Lauder, ya que en un principio la idea fue suya.

Glen dijo que hasta transcurrida una semana no creía que de esa búsqueda resultaran noticias alentadoras. Al fin y al cabo la dama en cuestión tiene ciento ocho años. La comisión dio su acuerdo unánime al votar la moción tal como la presentó Stu. A fin de que este informe se ajuste lo más posible a la verdad, habré de añadir que fueron varios quienes expresaron sus dudas respecto a que Harold se hiciera cargo... Pero, como ya había dicho Stu, la idea

había nacido de él y no ponerle al frente de la expedición de búsqueda hubiera sido como darle una bofetada.

NICK: Retiro mi objeción respecto a Harold, pero mantengo mis reservas básicas. No me gusta demasiado.

Ralph Bretner preguntó si Stu o Glen querían poner por escrito la moción de Stu respecto al tema de la búsqueda, para que él por su parte la incorporara a la agenda que pensaba imprimir esa noche en el instituto. Stu dijo que lo haría encantado.

Larry Underwood propuso que se levantara la sesión, Ralph le apoyó y se votó. Siete a favor y ninguno en contra.

Frances Goldsmith,
Secretaria

Al día siguiente la concurrencia a la sesión fue casi total, y Larry Underwood, que se encontraba en la Zona, sólo hacía una semana se hizo una idea de lo numerosa que estaba llegando a ser la comunidad. Una cosa era ver a las gentes deambulando por las calles, por lo general solas o en parejas, y otra muy distinta contemplarlas reunidas a todas en un lugar, el Chautauqua Auditorium, que se hallaba atestado, ocupados todos los asientos y muchas personas sentadas por los pasillos o en pie al fondo del vestíbulo. Era una multitud curiosamente tranquila; susurraban pero no parloteaban. Por primera vez desde que llegaron a Boulder había llovido durante todo el día, una suave llovizna que parecía suspendida del aire, humedeciéndole a uno más que mojándole, y pese a la presencia de unas seiscientas personas, podía oírse el lento repiqueteo sobre el tejado. En el interior, el ruido predominante era el crujir de papeles al acercarse la gente a las dos mesas colocadas junto a la puerta doble y en las que podían encontrarse copias del orden del día reproducidas por mimeógrafo.

El orden del día decía así:

ZONA LIBRE DE BOULDER

Orden del día de la Asamblea General 18 de agosto de 1990

1. Proponer a la Zona Libre, para su aprobación, la lectura y ratificación de la Constitución de Estados Unidos de América, así como sus enmiendas.
2. Proponer a la Zona Libre la presentación de una lista de candidatos para la posterior elección de siete representantes de la Zona Libre que actúen como Junta de Gobierno.
3. Proponer a la Zona Libre el otorgamiento del poder de veto a favor de Abigail Freemantle con referencia a todas y cada una de las cuestiones aprobadas por los representantes de la Zona Libre.
4. Proponer a la Zona Libre la constitución de una brigada de enterramientos, formada en un principio por al menos veinte personas, para dar sepultura decente a quienes murieron en Boulder víctimas de la epidemia de supergripe.
5. Proponer a la aprobación de la Zona Libre la constitución de una comisión para la energía eléctrica, formada inicialmente por sesenta personas, a fin de restablecer la electricidad antes del invierno.
6. Proponer a la Zona Libre la aprobación de una comisión de búsqueda, formada al menos por quince personas, a fin de intentar la localización de Abigail Freemantle, si ello fuere posible.

Larry descubrió que había estado ocupando sus nerviosas manos en hacer dobleces y más dobleces con la agenda que casi se sabía al dedillo, hasta convertirla en un aeroplano de papel. Pertenecer al comité especial era algo divertido, como un juego... Niños jugando a procesos parlamentarios en la sala de estar de alguien, sentados alrededor de una mesa, tomando coca-cola, y un trozo de tarta hecha por Frannie y hablando de temas diversos. Incluso había parecido un juego lo del envío de espías detrás de las montañas, a los propios dominios del hombre oscuro, en parte porque era algo que no podía imaginarse haciéndolo él mismo. Era preciso haber perdido el juicio para hacer semejante cosa. Pero, durante sus sesiones a puerta cerrada, con la habitación agradablemente iluminada con lámparas Coleman, todo había parecido formidable. Y si el juez, Dayna Jurgens y Tom Cullen llegaron a

ser capturados, parecía, al menos durante aquellas sesiones restringidas, no tener más importancia que la pérdida de una torre o una reina en una partida de ajedrez.

Pero en esos momentos, sentado en el centro del salón con Lucy a un lado y Leo al otro (a Nadine no la había visto en todo el día y Leo tampoco parecía saber dónde estaba. «Fuera», había sido su indiferente respuesta), la luz se hizo en su mente y sintió como si le sacudieran las entrañas con un bate de béisbol. Aquello no era un juego. Allí se encontraban quinientas ochenta personas y su mayoría no tenía la menor idea de que Larry Underwood no era un buen tipo o que la primera persona que Larry Underwood había intentado proteger después de la epidemia había muerto por sobredosis de droga.

Tenía las manos húmedas y heladas. Estaba intentando hacer con el programa un nuevo aeroplano de papel. Lucy le cogió una mano, se la apretó cariñosamente y sonrió. Sólo fue capaz de responder con una mueca y en el fondo de su corazón escuchó la voz de su madre: «A ti te falta algo, Larry».

Al pensarlo, el pánico le embargó. ¿Habría alguna forma de salir de aquello? ¿O habrían ido ya las cosas demasiado lejos? No quería cargar con aquel peso. En la sesión a puerta cerrada ya había presentado una moción que podría enviar al juez Farris a la muerte. Si no lo elegían a él y otro ocupaba su puesto, habrían de hacer una nueva votación respecto al envío del juez. Y votarían el de alguna otra persona. Cuando Laurie Constable presente mi candidatura, me levantaré y la declinaré, pensó. Nadie puede obligarme, ¿verdad? Desde luego que no si decido renunciar. ¿Y quién es el idiota que quiere meterse en ese tipo de fregado?

Y a Wayne Stukey diciéndole en aquella playa ya tan lejos en el tiempo: «Hay algo en ti».

—Lo harás estupendamente —le dijo Lucy en voz queda.

Larry se sobresaltó.

—¿Eh?

—Digo que lo harás estupendamente. ¿No lo crees tú, Leo?

—Sí, claro —repuso Leo al tiempo que asentía con la cabeza. Y no apartaba los ojos de la audiencia—. Estupendamente.

Tú no lo entiendes, estúpida, se dijo Larry. Me coges la mano y no comprendes que puedo tomar una decisión equivocada por la que podéis morir vosotros dos. Ya estoy en el buen camino para hacer que maten al juez Farris, y apoyas mi jodida candidatura. ¡Menuda pesadilla está resultando esto! Emitió un leve sonido gutural.

—¿Has dicho algo? —le preguntó Lucy.

—No.

A renglón seguido, Stu cruzó por delante el escenario para subir al estrado, destacándose con fuerza su suéter rojo y los vaqueros bajo el crudo centelleo de las luces de emergencia que funcionaban gracias a un generador Honda instalado por Brad Kitchner y parte de su equipo de la central eléctrica. El aplauso se inició hacia el centro del salón, Larry nunca pudo localizarlo con seguridad y su vena cínica le hizo suponer que había sido organizado por Glen Bateman, su residente experto en el arte de manipular las multitudes. Después de todo, poco importaba. Las primeras palmas solitarias fueron aumentando hasta convertirse en un aplauso estruendoso. En el escenario, Stu se detuvo junto al estrado con una actitud de divertido asombro. Al aplauso se unieron vivas y silbidos estridentes.

Luego todo el público se puso en pie, propagándose los aplausos, y la gente gritaba «¡Bravo! ¡Bravo!». Stu alzó las manos intentando calmarlos, pero no lo logró. El sonido redobló su intensidad. Larry miró de soslayo a Lucy y la vio aplaudiendo a rabiar, con los ojos clavados en Stu y, en los labios, el esbozo de una temblorosa aunque triunfal sonrisa. Lloraba. Al otro lado vio a Leo aplaudiendo vigorosamente. La alegría de Leo era tal que le había abandonado el vocabulario tan cuidadosamente recuperado, al igual que el inglés abandona a veces a un hombre o a una mujer que lo hayan aprendido como segunda lengua. Sólo gritaba muy fuerte y con mucho entusiasmo.

Brad y Ralph también habían puesto en marcha un PA alimentado por el generador, y ahora Stu sopló por el micrófono y dijo:

—Señoras y señores...

Pero los aplausos proseguían.

—Señoras y señores... Ruego que toméis asiento...

Pero no estaban dispuestos a tomar asiento. Los aplausos arreciaron y Larry bajó la vista porque las manos le dolían y entonces se dio cuenta de que también él estaba aplaudiendo con el mismo frenesí que los demás.

—Señoras y señores...

Los aplausos atronaron formando eco. Sobre sus cabezas, unas golondrinas que se habían aposentado en aquel lugar tan privado y hermoso después de que pasase la epidemia, salieron volando enloquecidas, aleteando, ansiosas por alejarse y encontrar algún sitio donde no hubiera gente.

Estamos aplaudiéndonos a nosotros mismos, se dijo Larry, aplaudiendo al hecho de que estamos aquí, vivos, reunidos. Acaso estemos diciendo hola de nuevo al propio grupo, no lo sé. Hola, Boulder. Al fin. Da gusto estar aquí, es formidable seguir con vida.

—Señoras y señores... Os agradecería mucho que tuvierais la amabilidad de tomar asiento.

Los aplausos empezaron a remitir poco a poco. Ya podía oírse sorbetear a las señoras y también a algunos hombres. Se sonaban por todas partes. Había un murmullo de conversaciones. Y se oyó el rumor habitual de la gente que se sienta en un auditorio.

—Estoy contento de que os encontréis aquí. Y me alegro de encontrarme yo también.

El PA emitió chirridos y Stu farfulló «Maldito cacharro», lo que resultó plenamente amplificado. Hubo una carajada general y Stu enrojeció.

—Supongo que todos habremos de acostumbrarnos a utilizar de nuevo estos chismes —dijo, y de nuevo estallaron los aplausos.

»A quienes todavía no me conocéis —continuó una vez hubieron remitido los aplausos—, os diré que soy Stuart Redman, originario de Arnette, Texas, aunque eso parece estar a años luz de aquí. —Se aclaró la garganta, se oyó un chirrido y Stu se alejó un paso del micrófono—. Además aquí estoy muy nervioso, por lo que os ruego seáis indulgentes.

—Lo seremos, Stu —vociferó Harry Dunberton, siendo coreado por risas.

Parece una reunión de campamento, pensó Larry. A continuación empezarán a cantar himnos. Si madre Abigail estuviera aquí ya los estaríamos cantando.

—La última vez que me encontré con tanta gente mirándome fue cuando nuestro pequeño instituto participó en los campeonatos de fútbol, pero entonces había otros veintiún tipos a quienes mirar, por no hablar de algunas chicas con sus minúsculas falditas.

Carcajadas generales.

—¿Qué podía preocuparle? Tiene ingenio natural —musitó Lucy al oído de Larry.

Larry asintió.

—Pero si sois capaces de soportarme saldré adelante de algún modo —dijo Stu.

Nuevos aplausos. La multitud se hallaba dispuesta a aplaudir el discurso de dimisión de Nixon y de pedirle un bis al piano, se dijo Larry.

—En primer lugar habré de informar sobre el comité especial, y explicar a qué se debe que yo forme parte de él —dijo Stu—. Fuimos siete quienes nos reunimos y proyectamos esa agrupación para poder organizarnos de algún modo. Hay muchas cosas por hacer. Y ahora me gustaría presentaros a cada uno de los miembros del comité. Espero que reservéis algunos aplausos para ellos porque se ocuparán de sacar adelante el orden del día que tenéis entre las manos en estos momentos. En primer lugar, la señorita Frances Goldsmith. Levántate, Frannie, y muéstrales qué magnífico aspecto tienes con ese vestido.

Fran se puso en pie. Llevaba un bonito vestido verde y se adornaba con una sencilla sarta de perlas que en los viejos tiempos habría costado dos mil dólares. Recibió un cerrado aplauso acompañado de algunos silbidos admirativos.

Fran tomó de nuevo asiento, colorada como un tomate....

—El señor Glen Bateman, de Woodsville, New Hampshire —siguió diciendo Stu antes de que se extinguieran los aplausos.

Glen se levantó y los aplausos se redoblaron de nuevo. Hizo dos uves gemelas con ambas manos, y la muchedumbre aulló su aprobación.

Stu introdujo a Larry en penúltimo lugar y éste se puso en pie consciente de que Lucy lo miraba sonriente. Luego, quedó sumergido en una cálida explosión de aplausos. Una vez, se dijo, en otro mundo, solía haber conciertos y ese tipo de aplauso estaba reservado para el tema que cerraba el espectáculo, una cancioncilla de nada titulada *Baby, Can You Dig Your Man?* Esto estaba mejor. Sólo permaneció en pie un segundo, pero pareció transcurrir mucho más tiempo. Sabía que no renunciaría a su candidatura.

Nick fue el último al que presentó Stu, y fue quien recibió el aplauso más fuerte y prolongado.

—Esto no estaba en el orden del día —dijo Stu cuando los aplausos se apagaron—; pero me pregunto si podríamos empezar a cantar *Barras y estrellas*. Supongo que todos recordaréis la letra y la música.

Se oyeron los ruidos propios de la gente al levantarse. Hubo una pausa mientras todo el mundo esperaba a que alguien empezara. Entonces se alzó la dulce voz de una joven. Era la

voz de Frannie, pero por un instante a Larry le pareció sobrepasada por otra voz, la suya propia, y el lugar no era Boulder sino Vermont, el día era 4 de julio, la República se remontaba a doscientos catorce años y Rita yacía muerta en la tienda detrás de él, con la boca llena de un vómito verde y un frasco de píldoras en la mano, ya agarrotada.

Sintió un escalofrío y de repente tuvo la impresión de que los estaban vigilando, vigilados por algo que, en palabras de la vieja canción de The Who, podía ver a lo largo de millas y más millas, hasta una infinidad de millas. Por un momento se sintió tentado de echar a correr, salir de allí y seguir corriendo sin parar jamás. Aquello no era un juego. Era un asunto de muertes. O acaso peor.

Entonces otras voces se unieron: «... puedes ver con la primera luz del alba». Y Lucy cantaba, cogiéndole la mano, otra vez llorando, la mayoría de ellos lloraba por cuanto habían perdido y por toda la amargura del sueño americano destrozado. De repente, el recuerdo no era el de Rita, muerta en la tienda, sino el de él y su madre en el Yankee Stadium... Era el 29 de septiembre. Iban sólo un juego y medio por detrás de los Red Sox, y todo era aún posible. Había cincuenta y cinco mil personas en las gradas, todas en pie, los jugadores en el campo, con las gorras sobre el corazón, Guidry en el montículo, Rickey Henderson en pie al fondo del campo izquierdo (a los últimos destellos del crepúsculo) y los ligeros estandartes oscureciéndose en púrpura, mientras las palomillas y los volátiles nocturnos se estrellaban suavemente contra ellos, y Nueva York se alzaba alrededor fecunda, una ciudad de noche y de luz.

Larry unió su voz cantando a su vez, y cuando todo hubo terminado y volvieron a oírse los aplausos, se dio cuenta de que él también lloraba un poquito. Rita se había ido. Alice Underwood se había ido. Nueva York se había ido. *América* se había ido. Aunque logaran acabar con Randall Flagg, por mucho que pudieran hacer, jamás volvería a ser igual a aquel mundo de calles oscuras y sueños brillantes.

Sudando a mares bajo las crudas luces de emergencia, Stu sometió a votación el primer punto: la lectura y ratificación de la constitución y sus enmiendas. A él también le había afectado profundamente el canto del himno, y no sólo a él. Más de la mitad de la audiencia lloraba abiertamente.

Nadie pidió que se leyera ninguno de los dos documentos, lo que hubieran tenido derecho a exigir, y por ello Stu les estaba profundamente agradecido. La lectura no era su fuerte.

La parte de la «lectura» de cada punto quedó aprobada por los ciudadanos de la Zona Libre. Glen Bateman se levantó y propuso que se aceptaran ambos documentos, constitución y enmiendas, como base para la legislación vigente en la Zona Libre.

—¡Lo apoyo! —gritó una voz desde el fondo del salón.

—¡A votación! —dijo Stu—. Quienes estén a favor que digan sí.

—¡Sí! —retumbó el salón, llegando los ecos al techo.

Kojak, que dormía junto al asiento de Glen, levantó la cabeza, parpadeó y luego dejó caer de nuevo el hocico sobre las patas. Un momento después volvió a mirar a la multitud al dedicarse a sí misma un clamoroso aplauso.

Les gusta votar, se dijo Stu. Les hace sentir que finalmente vuelven a controlar algo. Bien sabe Dios que necesitan esa sensación. Todos la necesitamos.

Una vez resueltas las cuestiones preliminares, Stu sintió que la tensión empezaba a agarrotarle los músculos. Ahora veremos si nos esperan algunas desagradables sorpresas, se dijo.

—El segundo punto del orden del día dice... —empezó, pero hubo de aclararse de nuevo la garganta.

Nuevos ruidos por los altavoces le hicieron sudar todavía más. Fran le miraba serena alentándole a continuar.

—Dice: Proponer a la Zona Libre la presentación de las candidaturas y elección de siete representantes de la misma. Ello significa...

—¿Señor presidente? ¡Señor presidente!

Stu levantó la vista de sus notas garrapateadas y sintió un auténtico sobresalto de temor, acompañado de una especie de premonición. Era Harold Lauder. Iba vestido con un traje tradicional y corbata, pulcramente peinado, y se encontraba en pie en medio del pasillo central. En cierta ocasión Glen había dicho que, a su juicio, era posible que la oposición cerrara filas alrededor de Harold. Pero... ¿tan pronto? Esperaba que no fuera así. Por un momento tuvo la estúpida idea de hacer caso omiso de Harold; pero tanto Nick como Glen le

habían advertido sobre los peligros inherentes a que todo aquello pudiera dar la impresión de algo maquinado de antemano. Se preguntaba si no se habría equivocado respecto a que Harold hubiese cambiado. Al parecer, iba a saberlo de inmediato.

—La presidencia concede la palabra a Harold Lauder.

Se volvieron las cabezas y algunos forzaron el cuello para ver mejor a Harold.

—Quisiera presentar una moción en el sentido de que aceptemos la lista de los miembros del comité especial en calidad de comité permanente. Si están dispuestos, claro está.

Dicho lo cual Harold se sentó.

Por un momento se hizo el silencio.

De nuevo un ensordecedor aplauso y docenas de voces gritando «¡Apoyo la moción!». Harold se encontraba sentado de nuevo plácidamente, sonriendo y hablando con la gente, que le daba palmadas en la espalda.

Stu descargó su macillo media docena de veces pidiendo orden.

Lo ha planeado todo, se dijo Stu. Estas personas nos van a elegir a nosotros pero es a Harold a quien recordarán. Aun así ha llegado al fondo del asunto de una manera que a ninguno de nosotros se nos había ocurrido, ni siquiera a Glen. Ha sido un golpe espectacular. Entonces ¿por qué se sentía tan trastornado? ¿Acaso le tenía envidia? ¿Acaso había arrojado por la borda los buenos propósitos que se había hecho respecto a Harold sólo dos días atrás?

—¡Hay una moción pendiente de votación! —gritó por el micrófono, sin prestar atención esa vez a los chirridos de los altavoces—. ¡Una moción pendiente de votación, amigos! —volvió a descargar el macillo y las voces quedaron en murmullos—. Ha sido presentada y apoyada una moción en el sentido de que aceptemos que el actual comité especial se convierta, tal como está formado, en comité permanente de la Zona Libre. Antes de empezar a discutirla o proceder a la votación debo preguntar si algún miembro del comité tiene alguna objeción o desea retirarse.

Reinó un absoluto silencio.

—Muy bien —dijo Stu—. ¿Sometemos la moción a discusión?

—No creo que sea preciso nada de eso, Stu —dijo Dick Ellis—. Es una gran idea. Pongámosla a votación.

De nuevo aplausos. Stu no necesitaba que insistieran Charlie Impening agitaba la mano pidiendo la palabra, pero Stu aparentó no verlo... Un buen caso de percepción selectiva, hubiera dicho Glen Bateman...

Puso la moción a votación.

—Quienes estén a favor de la moción de Harold Lauder que digan sí.

—¡Sííí! —atronaron, provocando una nueva desbandada de golondrinas.

—¿Votos en contra?

No hubo ninguno, ni siquiera el de Charlie Impening. De manera que Stu pasó al siguiente punto del orden del día, sintiéndose ligeramente aturdido como si alguien, Harold Lauder, se hubiera deslizado detrás de él atizándole en la cabeza.

—¿Bajamos y caminamos un rato? —preguntó Fran.

Parecía cansada.

—Claro. —Stu bajó de su bici—. ¿Te encuentras bien, Fran? ¿Te molesta el bebé?

—No. Sólo estoy cansada. Es la una y cuarto de la madrugada. ¿Acaso no te habías dado cuenta?

—Sí. Es tarde —reconoció Stu.

Empezaron a caminar juntos llevando las bicicletas en amistoso silencio.

La asamblea se había prolongado hasta hacía una hora, casi toda centrada en el tema de la búsqueda de madre Abigail. Los demás puntos fueron aprobados sin apenas discusión, aun cuando el juez Farris había facilitado una información fascinante que explicaba por qué en Boulder había un número relativamente bajo de cadáveres. Según los cuatro últimos ejemplares de *Camera*, el diario de Boulder, un horrible rumor había circulado por la comunidad, el de que la supergripe se había originado en los servicios de protección ambiental de Boulder, enclavados en Broadway. Los portavoces del centro, los pocos que quedaban en pie, protestaron alegando que se trataba de una tontería y quien lo dudase era libre de recorrer las instalaciones en las que lo más peligroso que iban a encontrar eran contadores de contaminación e instrumentos para la medición de los vientos. Pese a todo, no

fue acallado el rumor, alimentado probablemente por el talante histérico de aquellos terribles días de junio. El Centro de Protección Ambiental fue bombardeado o incendiado, y gran parte de la población de Boulder había huido del lugar.

Tanto la brigada de enterramientos como el comité de energía eléctrica fueron aprobados con una enmienda de Harold Lauder, que parecía asombrosamente preparado para la sesión y propuso que cada comisión aumentara en dos su número de miembros por cada incorporación de cien personas a la población total de la Zona Libre.

Asimismo fue aprobada por unanimidad la comisión de búsqueda, y la discusión sobre la desaparición de madre Abigail había sido una de las extensas. Antes de la asamblea, Glen advirtió a Stu que no limitara la discusión sobre ese tema, a menos que fuera muy necesario. Les preocupaba a todos, en especial la idea de que un líder espiritual creyera haber cometido algún tipo de pecado. Más valía dejarles que se desahogaran.

Al dorso de su nota, la anciana había garrapeado dos referencias bíblicas: Proverbios 11: 1-3 y 21: 28-31. El juez Farris los había buscado con la minuciosa diligencia de un abogado preparando un alegato y, al inicio de la discusión, se había puesto en pie y los había leído con su voz profunda y admonitoria de anciano. En los versículos del capítulo 11 se afirmaba: «La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa cabal le agrada. / Detrás de la soberbia viene la deshonra, con la modestia va la sabiduría. / La integridad guía al recto, la propia malicia es la ruina del pérfido». Las citas del capítulo 21 eran de similar talante: «El testigo falso perecerá, mas el hombre que escucha hablará por siempre. El impío endurecerá su rostro, pero el recto dispone su camino. No hay sabiduría, no hay cordura, no hay consejo contra Yavé. Apuesta tu caballo para el día del combate, pero la victoria es de Yavé».

La discusión que siguió a la oración del juez, pues de ninguna otra manera podía llamársele, sobre esos dos pasajes bíblicos escogidos, había alcanzado todos los niveles, algunos de ellos divertidos. Un hombre afirmó sombrío que, sumando los números de los capítulos, se obtenía un total de treinta y uno, que era el número de capítulos del Apocalipsis. El juez Farris se levantó de nuevo para asegurar que el Libro del Apocalipsis sólo tenía veintidós capítulos, al menos en su Biblia y que, además, veintiuno y once sumaban treinta y dos, no treinta y uno. El aspirante a numerólogo farfulló algo pero no añadió nada más.

Otro individuo aseguró haber visto luces en el cielo la noche anterior a la desaparición de madre Abigail y que el profeta Isaías había confirmado la existencia de platillos volantes, así que más valía que pusieran las barbas en remojo. Una vez más se puso en pie el juez Farris, en esa ocasión para afirmar que el caballero anterior había confundido a Isaías con Ezequiel, que la referencia exacta no era a platillos volantes sino a «una rueda dentro de otra rueda» y que el propio juez pensaba que los únicos platillos volantes cuya existencia había sido demostrada eran los que a veces se lanzaban durante las reyertas matrimoniales.

El resto de la discusión giró en torno a los sueños que habían cesado completamente, por lo que sabían; y que, en aquellos momentos, a ellos mismos les parecían irreales. Uno tras otro los asistentes se fueron levantando para protestar de la acusación del pecado de orgullo que madre Abigail hizo contra sí misma. Todos ellos comentaron su cortesía y su habilidad para lograr que una persona se sintiera a gusto con una frase, o una sola palabra. Ralph Bretner, que parecía deslumbrado por el gran número de asistentes y que se había quedado prácticamente sin palabras, se levantó y habló ensalzándola durante casi cinco minutos. Cerró su perorata afirmando que no había conocido a una mujer mejor desde que su madre murió. Cuando por último se sentó, parecía al borde de las lágrimas.

Considerada en su conjunto, la discusión dio a Stu la impresión incómoda de un velatorio. Le reveló que, en el fondo de sus corazones, las personas estaban ya a medio camino de darla por perdida. Stu se dijo que si Abby Freemantle volviera en esos momentos sería recibida con entusiasmo, todavía seguirían requiriendo su opinión, escuchándola... Pero también se encontraría con un sutil cambio en su posición. Si se llegara a una disparidad de criterios entre ella y el comité de la Zona Libre, ya no podría darse por sentado que ella ganase, con o sin poder de veto. Se había ido, y la comunidad había seguido viviendo. La comunidad no olvidaría eso, como casi había olvidado ya el poder de los sueños que un día planearon sobre sus vidas.

Después de la asamblea, más de dos docenas de personas se habían quedado sentadas un rato sobre la hierba, detrás de Chautauqua Hall. La lluvia había cesado, las nubes empezaban a abrirse y la noche era fresca y agradable. Stu y Frannie se habían sentado con Larry, Lucy y Harold.

—Estuviste a punto de dejarnos en evidencia esta noche —dijo Larry a Harold, y dio un codazo a Frannie—. Ya te dije que era muy sagaz, ¿no?

Harold se limitó a sonreír encogiéndose modestamente de hombros.

—Un par de ideas, nada más. Vosotros siete habéis puesto las cosas de nuevo en marcha. Tenéis que disfrutar al menos del privilegio de llegar hasta el fin.

—¿De veras te encuentras bien? —repitió Stu un cuarto de hora después de aquella reunión improvisada y cuando todavía les faltaban diez minutos para llegar a casa.

—Sí. Tengo las piernas fatigadas; pero nada más.

—Has de tomarte las cosas con calma, Frances.

—No me llames así. Sabes que lo aborrezco.

—Lo siento. No volveré a hacerlo, Frances.

—Todos los hombres sois unos bastardos.

—Intentaré mejorar mi actuación, Frances... Te lo prometo.

Fran le sacó la lengua, lo que ya era un punto interesante, aunque él se dio cuenta de que no parecía estar de humor para bromas, así que lo dejó. Estaba pálida y un tanto ausente, en alarmante contraste con la Frannie que horas antes cantaba con tanto entusiasmo *Barras y estrellas*.

—¿Te ha entristecido algo, cariño?

Fran negó con la cabeza, pero Stu notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa? Cuéntamelo.

—No es nada. Todo ha terminado y al final me he emocionado, sólo eso. Seiscientas personas cantando *Barras y estrellas*. Y entonces todo se ha precipitado en mi cabeza. No más puestos de salchichas. Esta noche ya no gira la noria Ferris en Coney Island. Nadie va a tomar un tentempié en la Space Needle de Seattle. Alguien ha encontrado por último la manera de limpiar de droga Times Square. Aquellas cosas eran terribles; pero creo que ha sido peor el remedio que la enfermedad. ¿Comprendes?

—Sí. Claro que lo comprendo.

—En mi diario llevaba un pequeño apartado titulado «Cosas para recordar». Lo hice con el objeto de que el bebé pudiera enterarse de... bueno, de todas las cosas que jamás conocerá. Y pensando en ello me sentí triste. Debí haberlo titulado «Cosas que han desaparecido».

Emitió un leve sollozo. Paró la bici para llevarse la mano a la boca intentando contenerlo.

—Todo el mundo se sentía igual —dijo Stu rodeándola con el brazo—. Esta noche muchos llorarán hasta quedarse dormidos. Te lo aseguro.

—No comprendo cómo puede uno lamentarse por todo un país —dijo arreciando su llanto—; pero supongo que se puede. Todas... todas esas pequeñas cosas se disparan en mi cabeza. Los vendedores de coches, Frank Sinatra, Oíd Orchard Beach en julio, atestada de gente, en su mayoría de Quebec. Aquel tipo estúpido de MTV... Randy creo que se llamaba. Los tiempos en que... ¡Dios mío! Esto parece uno de esos lamentables poemas lacrimógenos.

Stu la estrechó con fuerza, dándole palmadas de ánimo en la espalda, evocando aquella vez en que su tía Betty había sufrido un ataque de llanto por la masa de pan que no había subido. Por entonces estaba embarazada de unos siete meses, de su primo Laddie... Stu podía verla limpiándose los ojos con la punta de un paño de cocina y asegurándole que no tenía que preocuparse, que toda mujer encinta estaba cerca del manicomio debido a que los jugos de sus glándulas de secreción se descontrolaban.

—Bueno, bueno. Ya estoy mejor. Sigamos —dijo Frannie al cabo de un rato.

—Te quiero, Frannie —le dijo Stu.

Y siguieron empujando sus bicicletas.

—¿Qué es lo que mejor recuerdas? ¿Qué cosa en particular? —preguntó ella.

—Verás... —dijo él y se interrumpió con una breve risa.

—No veo nada, Stuart.

—Es una tontería.

—Cuéntamela.

—No sé si quiero hacerlo. Enseguida empezarás a buscar a los tipos con las redes de cazar mariposas.

—¡Cuéntamelo!

Conocía muchos de los talentos de Stu, pero aquella actitud recelosa era nueva para ella.

—Nunca se lo he revelado a nadie —aseguró él—, pero hace un par de semanas que he estado pensando en ello. Algo que me ocurrió en 1982. Por entonces servía combustible en la gasolinera de Bill Hapscomb. Solía contratarme siempre que podía cuando dejaba de trabajar en la fábrica de calculadoras de la ciudad. Por aquellos días me tenía a jornada completa,

desde las once de la mañana hasta que cerraba a las tres de la madrugada. No había mucho trabajo. Después de la salida del personal del turno de tres a once de la fábrica Dixie Paper, pocos se detenían a llenar el depósito. Muchas noches, entre las doce y las tres no paraba un solo coche. Solía sentarme a leer un libro o una revista, y muchísimas noches daba una cabezada. ¿Te haces una idea?

—Sí.

Y en efecto se la hacía. Podía ver con toda claridad al que habría de convertirse en su hombre. Un hombre de hombros anchos dormido en una silla de plástico Woolco, con un libro abierto boca abajo sobre las piernas. Lo vio durmiendo en una isla de luz blanca, una isla rodeada por un gran mar de noche tejana. Amaba aquella imagen suya como amaba todas las imágenes de Stu que cristalizaban en su mente.

—Bueno, aquella noche era alrededor de las dos y cuarto y yo me encontraba sentado delante del escritorio de Hap, con los pies encima, leyendo alguna novela del Oeste... Y he aquí que llega un enorme y viejo Pontiac, con todas las ventanillas bajadas y la radio a toda pastilla con Hank Williams. Recuerdo incluso la canción. Era *Movin On*. El tipo, ni muy joven ni muy viejo, iba solo. Era un hombre atractivo aunque con un estilo algo amedrentador... Me refiero a que podía hacer cosas amedrentadoras sin importarle un rábano. Su pelo era oscuro, abundante y rizado. Llevaba una botella de vino entre las rodillas y un par de dados colgando del retrovisor. Dijo «Servicio completo», y yo contesté que de acuerdo; pero por un instante permanecí en pie mirándolo. Porque me resultaba familiar. Estaba intentando ubicar su rostro.

Habían llegado ya a la esquina. El edificio de su apartamento se encontraba al otro lado de la calle. La cruzaron. Frannie le miraba muy atenta.

—Así que dije: «Me parece que le conozco. ¿No es de Corbett o de Maxin?». Pero en realidad no parecía que le conociera de esas dos ciudades. Y él me dijo: «No. Pero una vez, de niño, pasé con mi familia por Corbett. Al parecer de niño pasé por todas partes de América. Mi padre pertenecía a la fuerza aérea».

»Después de eso, fui a llenarle el depósito, pensando todo el tiempo en él, intentando localizar su cara, y de repente me vino. De repente lo supe. Y estuve a punto de perder el juicio porque de aquel hombre se decía que estaba muerto.

—¿Quién era, Stuart? ¿Quién?

—Deja que te lo cuente a mi manera, Frannie. Aunque no dejaré de ser una historia demencial. Volví junto a la ventanilla y le dije: «Son seis dólares y treinta centavos». Me dio dos billetes de cinco dólares diciendo que me quedara con el cambio. Entonces yo le digo: «Creo que ya sé quién es usted». Y él responde: «Bien, a lo mejor lo sabe». Y esbozó una sonrisa misteriosa y escalofriante, mientras Hank Williams seguía cantando lo de irse a la ciudad. Y entonces digo: «Si es quien creo que es, se supone que está muerto». Y él dice: «Hombre, no irás a creer todo lo que lees». Y digo: «Le gusta Hank Williams, ¿verdad?». Fue lo único que se me ocurrió, porque comprendí que, si no decía nada, subiría la ventanilla y se largaría... y yo quería que se fuera pero al propio tiempo *no lo quería*. Al menos hasta que yo estuviese seguro. Por entonces no sabía que una persona nunca está segura de muchas cosas, por mucho que quiera estarlo. El hombre va y dice: «Hank Williams es uno de los mejores. Me gusta la música de parador de camino». Luego dice: «Voy a Nueva Orleans, conduciré toda la noche, mañana dormiré todo el día y luego toda la noche en la bodega. ¿Es la misma? ¿Nueva Orleans?». Yo digo: «¿Qué?». Y él dice: «Bien, ya sabe». Y yo digo: «Bueno, todo es el Sur, aunque por esta parte hay más árboles». Eso le hace reír. Y dice: «Tal vez le vuelva a ver». Pero yo no quería volver a verlo, Frannie. Porque tenía los ojos de un hombre que durante mucho tiempo ha estado intentando mirar en la oscuridad y acaso ha empezado a ver lo que hay en ella. Creo que si alguna vez llego a ver a ese Flagg, es posible que sus ojos sean algo así.

Stu meneó la cabeza mientras acababan de atravesar la calle y aparcaban las bicis.

—He pensado mucho en ello. Después de aquello pensé en buscar algunos de sus discos, pero en realidad no los quería. Su voz... es una buena voz, pero me pone la carne de gallina.

—¿De quién estás hablando, Stuart?

—¿Recuerdas The Doors? El hombre que paró aquella noche para repostar gasolina era Jim Morrison. Estoy seguro.

Fran se quedó boquiabierta.

—¡Pero si murió! ¡Murió en Francia! Él... —Calló. Porque había habido algo extraño en la muerte de Morrison. Algo secreto.

—¿De veras? —dijo Stu—. Me lo pregunto. Tal vez sí y el hombre que vi era sólo un tipo que se le parecía; pero...

—¿Crees que en realidad lo era?

Se habían sentado en los escalones de su edificio, hombro con hombro, como dos niños esperando que su madre los llamara para cenar.

—Sí —dijo Stu—. Lo creo. Y hasta este verano pensé que siempre sería la cosa más extraña que jamás pudo ocurrirme. Pero estaba equivocado. ¡Vaya si lo estaba!

—Y nunca se lo contaste a nadie —exclamó Fran maravillada—. Viste a Jim Morrison años después de que se le creyera muerto y no se lo dijiste a nadie. Cuando Dios te puso en el mundo en lugar de boca debió de darte una combinación de caja fuerte, Stuart Redman.

Él sonrió.

—Bueno, fueron pasando los años y cada vez que pensaba en aquella noche, cosa que hacía de cuando en cuando, me hallaba más convencido de que, después de todo, no era él. Sólo alguien que se le parecía mucho, ¿comprendes? Estaba bastante seguro de eso. Pero durante estas últimas semanas he vuelto a dudar. Y ahora estoy cada vez más seguro de que sí lo era. Incluso puede estar vivo en estos momentos, diablos. Divertido, ¿verdad?

—Si vive, desde luego no está aquí —dijo ella.

—No. Ni yo desearía que lo estuviese. Vi sus ojos, ¿comprendes?

Fran apoyó una mano en su brazo.

—Sí, y probablemente habrá un millón de personas en este país con una historia semejante... sólo que con Elvis Presley o Howard Hughes.

—Ya no.

—No. Ya no. Harold estuvo muy bien esta noche, ¿no te parece?

—Creo que a eso se llama cambiar de tema —dijo ella.

—Exacto.

—En efecto. Lo estuvo.

Stu sonrió ante el tono preocupado de ella y el leve ceño.

—Te desconcertó algo, ¿no?

—Sí, pero no lo diré. Ahora estás de parte de Harold.

—Vamos, eso no es justo, Fran. A mí también me desconcertó. Celebramos dos sesiones preparatorias... lo dejamos todo a punto, o al menos eso creíamos, y de repente aparece Harold. Mete baza aquí y allá y luego nos dice: «¿No era eso lo que en realidad deseabais?». —Stu meneó la cabeza—. Preparando a todo el mundo para una votación colectiva. ¿Cómo es que nunca se nos ocurrió, Fran? Fue genial. Y nosotros ni siquiera lo consideramos.

—Bueno. Tampoco ninguno de nosotros sabía con seguridad de qué humor se sentían. Yo creía, sobre todo después de que madre Abigail se fuera, que estarían desanimados, tal vez incluso sintiéndose desdichados. Y con ese tipo Impening hablándoles como una especie de pajarraco fatídico.

—Tal vez convendría hacerle callar —dijo Stu pensativo.

—Pero no ha sido así. Se han mostrado tan... exuberantes sólo por el hecho de estar juntos. ¿Te dio esa sensación?

—Sí, en efecto.

—Era como en uno de esos campamentos para reavivar la fe. No creo que fuera nada planeado por Harold. Sencillamente aprovechó la ocasión.

—La verdad es que no sé qué pensar de él —dijo Stu—. Aquella noche que salimos en busca de madre Abigail me inspiró verdadera lástima. Cuando Ralph y Glen volvieron tenía un aspecto horrible, como si fuera a perder el conocimiento. Pero cuando hace un rato hablamos en la pradera, y todo el mundo le felicitaba, parecía hinchado de vanidad. Daba la impresión de que por fuera sonreía y para sus adentros estaba diciendo: «Ved, ahí tenéis para lo que sirve vuestro comité, condenada pandilla de estúpidos». Es como uno de esos rompecabezas que nunca acabas de formar. Igual que esos juegos chinos o las tres anillas de acero que se sueltan si sabes el truco.

Fran estiró las piernas y se contempló los pies.

—Y hablando de Harold, ¿ves algo raro en mis pies, Stu?

Stu los miró con atención.

—No. Sólo que llevas unos de esos extraños zapatos Earth. Y desde luego son muy grandes.

—Los Earth son muy buenos para los pies. Eso es lo que dicen en las mejores revistas. Y para tu información debo decirte que calzo un siete. Es un número prácticamente pequeño.

—¿Y por qué sacas a colación tus pies? Es tarde, cariño.

—Supongo que por nada. Salvo que Harold no los perdía de vista. Después de la reunión, mientras estábamos sentados en la hierba charlando. —Meneó la cabeza y frunció ligeramente el entrecejo—. No hago más que preguntarme por qué Harold se hallaba tan interesado en mis pies.

Larry y Lucy llegaron solos a casa, cogidos de la mano. Leo había regresado poco antes y se quedó con mamá Nadine.

—Ha sido una gran reunión... —empezó Lucy mientras se dirigían a la puerta. Las palabras se le atragantaron al tiempo que una sombra oscura surgía de la penumbra de su porche.

Larry sintió la garganta agarrotada por un miedo sofocante. Es él, pensó desesperado. Ha venido por mí. Voy a ver su cara.

Pero luego se preguntó cómo había podido pensar aquello, porque en realidad sólo era Nadine Cross. Vestía un traje de un suave tejido gris azulado y llevaba el pelo suelto sobre los hombros y la espalda, un pelo oscuro salpicado de mechaz blancas.

Hace parecer a Lucy como un coche usado en un cementerio de autos, se dijo antes de poder evitarlo, y luego se aborreció por haberlo pensado siquiera. Era el viejo Larry quien hablaba... ¿El viejo Larry? Igual podrías decir el viejo Adán.

—Nadine —dijo Lucy con voz entrecortada, apretándose el pecho con una mano—. Me has dado un susto de muerte. Pensé... Bueno, no sé qué pensé.

Nadine no hizo caso de Lucy.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó a Larry.

—¿Ahora?

Miró de soslayo a Lucy, o creyó haberlo hecho... Más adelante no sería capaz de recordar el aspecto de Lucy en aquel momento. Era como si se hubiera quedado eclipsada. Pero por una estrella oscura no por una brillante.

—Ha de ser ahora.

—Por la mañana...

—Ahora, Larry. O nunca.

Miró de nuevo a Lucy, y esta vez sí la vio. Vio en su rostro la resignación mientras sus ojos iban del uno a la otra, y de nuevo a Larry. Estaba dolida.

—Enseguida vuelvo, Lucy.

—No, no lo harás —dijo ella con voz sorda. Los ojos le brillaban por las lágrimas.

—Diez minutos.

—Diez minutos, diez años —dijo Lucy—. Ha venido para llevarte. ¿Trajiste la correa y el bozal, Nadine?

Para Nadine, Lucy Swann no existía. Tenía la mirada clavada en Larry, aquellos grandes ojos oscuros. Para Larry siempre serían los ojos más extraños y hermosos que había visto, los ojos que te miran, tranquilos y profundos, cuando te sientes herido o angustiado.

—Volveré, Lucy —dijo él.

—Ella...

—Ve dentro.

—Sí, claro que lo haré. Ha llegado ella. Y prescindes de mí.

Subió corriendo los escalones, tropezó en el último, recuperó el equilibrio, abrió la puerta y luego la cerró de golpe, ocultando así sus sollozos antes siquiera de que empezaran.

Nadine y Larry se miraron durante largo rato, como en trance. Así es como ocurre, se dijo él. Cuando te encuentras con los ojos de alguien en una habitación y nunca los olvidas, o ves en el otro extremo de un vagón de metro atestado una persona que puede ser tu doble, o escuchas una risa en la calle que pudo ser la risa de la primera joven con la que hiciste el amor...

Pero en la boca algo le sabía amargo.

—Vayamos hasta la esquina y volvamos —propuso Nadine en voz baja—. Sólo eso. ¿De acuerdo?

—Más vale que sea así. Has elegido un condenado momento para venir aquí.

—Por favor. Sólo hasta la esquina y volver. Si quieres, te lo suplicaré de rodillas. Si quieres eso, ya está. ¿Lo ves?

Para su horror, Larry la vio arrodillarse, levantándose un poco la falda, mostrándole los muslos y haciéndole sentirse seguro de que todo el resto estaba también desnudo. ¿Por qué pensaba eso? No lo sabía. Nadine tenía los ojos clavados en él haciendo que la cabeza le diera

vueltas. Y allí, en alguna parte, había una angustiosa sensación de poder, entramada con ella, de rodillas a sus pies, con su boca a la altura de...

—¡Levántate! —le ordenó con aspereza.

La cogió de las manos y la obligó a ponerse en pie, tratando de no ver cómo la falda se subía aún más, antes de ajustarse de nuevo. Sus muslos tenían un color cremoso, esa tonalidad del blanco que no es pálida ni enfermiza sino saludable y atrayente.

—Vamos —accedió Larry.

Caminaron hacia el oeste, en dirección a las montañas, que eran una presencia negativa en la lejanía, triangulares manchas de oscuridad borrando las estrellas que aparecieran después de la lluvia. Caminar por la noche en dirección a aquellas montañas siempre le hacía sentir una extraña incomodidad; pero en aquel momento, con Nadine a su lado y la mano de ella ligeramente apoyada en su codo, ese sentimiento pareció acrecentarse. Siempre había tenido ensoñaciones vividas. Hacía tres o cuatro noches había soñado que en aquellas montañas había trasgos, repulsivas criaturas con brillantes ojos verdes, con las cabezas desmesuradas de los cretinos hidrocefalos, y manos poderosas de dedos cortos. Manos de estrangulados. Trasgos idiotas vigilando los desfiladeros de las montañas. A la espera de que llegara su hora... la hora del hombre oscuro.

Una brisa recorrió la calle levantando los papeles del suelo. Dejaron atrás King Sooper. Varios carritos de supermercado, abandonados en el gran aparcamiento, semejantes a centinelas muertos, le trajeron a la memoria el túnel Lincoln. En él había habido trasgos. Estaban muertos pero él no quería decir que todos los trasgos en su nuevo mundo estuvieran muertos.

—Es duro —musitó Nadine—. Ella lo hizo duro porque tiene razón. Ahora te deseo. Y me temo que sea demasiado tarde. Quiero quedarme aquí.

—Nadine...

—Déjame terminar. Quiero quedarme aquí. ¿Es que no puedes entenderlo? Si estamos juntos podré hacerlo. Eres mi última oportunidad —dijo quebrándosele la voz—. Joe ya se ha ido.

—No, no se ha ido —la contradijo Larry sintiéndose lento de entendederas, estúpido y desconcertado—. Al volver lo dejamos en tu casa. ¿No está allí?

—No. Está un adolescente llamado Leo Rockway dormido en su cama.

—Pero...

—Escúchame, por favor —le dijo ella—. Mientras tuve a Joe todo fue bien. Podía... ser todo lo fuerte que hiciera falta. Pero él ya no me necesita. Y yo necesito que me necesiten.

—¡Él te necesita!

—Claro que sí —afirmó Nadine, con lo que Larry volvió a sentirse de nuevo asustado. Ya no estaba hablando de Leo; Larry no sabía de *quién* estaba hablando—. Él me necesita, por eso tengo miedo. Por eso he acudido a ti.

Se puso delante de él y le miró con la barbilla alta. Larry podía oler el limpio aroma secreto de ella y la deseó. Pero parte de su ser volvía a Lucy. Y ésa era la parte que necesitaba si quería aclimatarsen en Boulder. Si prescindía de ella y se iba con Nadine, más les valdría largarse de Boulder esa misma noche. Todo habría acabado para él. Saldría triunfante el viejo Larry.

—He de irme a casa. Lo siento. Tendrás que arreglártelas sola, Nadine.

«Arreglártelas sola...». ¿Acaso no eran las palabras que de una forma u otra había estado utilizando toda su vida? ¿Por qué habían de interponerse en su camino cuando él sabía que tenía razón e incluso así acorralarlo, haciéndole desvariar y dudar de sí mismo?

—Hazme el amor —pidió ella rodeándole el cuello con los brazos.

Apretó su cuerpo contra el de Larry, quien comprobó, por su calor y entrega, que había acertado. Sólo llevaba el vestido. Completamente desnuda debajo de él, se dijo. Nada más de pensarlo se sintió excitado.

—Puedo sentirte —susurró ella y empezó a frotarse contra él con sensualidad—. Hazme el amor y así acabará todo. Estaré a salvo. A salvo.

Larry levantó los brazos, y más tarde jamás sabría cómo fue capaz de hacer aquello cuando con unos rápidos movimientos hubiera estado dentro del ardor de ella, tal y como Nadine quería. Levantó los brazos desenlazando sus manos y apartándola con tal fuerza que ella se tambaleó y estuvo a punto de caer. Emitió un gemido sordo.

—Si supieras, Larry...

—Pues no lo sé. ¿Por qué no intentas decírmelo en lugar de... de violarme?

—¡Violarte! —repitió Nadine con risa estridente—. ¡Eso sí que es divertido! ¿Yo? ¿Violarte yo a ti? Vamos, Larry.

—Podías haber obtenido de mí lo que quisieras. Pudiste tenerlo la semana pasada o la anterior. La semana anterior te pedí que lo aceptaras. Necesitaba que lo tuvieras.

—Era demasiado pronto —musitó ella.

—Y ahora es demasiado tarde —replicó él.

Lamentó el tono brutal de su voz aunque fue incapaz de controlarlo. ¿Cómo había de sonar si todavía temblaba del deseo que había sentido por ella?

—¿Qué harás? —preguntó.

—Adiós, Larry.

Se alejó. En ese instante era algo más que Nadine volviéndole la espalda para siempre. Era la higienista oral. Era Yvonne, con quien compartió un apartamento en Los Ángeles. Era Rita Blakemoor. Y aún peor, era su madre.

—¿Nadine?

No se volvió. Se había convertido en una silueta negra que apenas se distinguía de otras siluetas al cruzar la calle. Luego desapareció por completo contra el negro paisaje de fondo de las montañas. Pronunció de nuevo su nombre, pero ella no contestó. Había algo aterrador en su forma de dejarlo, en su forma de fundirse en la negrura de la noche.

Permaneció en pie frente a King Sooper's, con los puños cerrados y la frente cubierta de sudor. Ahora ya le acompañaban los fantasmas, y al fin sabía cómo se pagaba el no ser un buen tipo: no conociendo jamás con certeza tus motivaciones, no siendo capaz de sopesar el daño con la ayuda, no pudiendo librarse del acre sabor de la duda y...

Irguió la cabeza sobresaltado. Sus ojos se dilataron. Soplaban de nuevo el viento, ululaba de forma extraña a través de algún portal vacío. Le pareció oír a lo lejos rumor de botas en la noche, botas cazadoras, en alguna parte, al pie de las colinas. Venían por él en la escalofriante corriente de aquella primera brisa matinal.

Botas sucias marcando el camino hasta la tumba del oeste.

Lucy le oyó entrar y el corazón le dio un vuelco. Probablemente había regresado a buscar sus cosas. Pero en realidad estaba segura de que Larry la había elegido a ella, que había vuelto para quedarse.

A pesar de su excitación y esperanza, que se sentía incapaz de dominar, siguió tumbada en la cama boca arriba, esperando, sin ver otra cosa que el techo. Se había limitado a decir a Larry la verdad al confesarle que su único defecto, y también el de otras jóvenes como su amiga Joline, era una excesiva necesidad de amor. Pero siempre había sido leal. Jamás engañó a nadie. Y tampoco a él... Si antes de conocerlo no había sido precisamente una monja, lo pasado, pasado estaba. No se pueden desandar las cosas que has hecho. Es un poder que acaso se le haya dado a los dioses, pero ciertamente no a hombres y mujeres, y probablemente más valía así. De lo contrario, la gente moriría de vieja intentando cambiar su adolescencia.

Al saber que el pasado está fuera de tu alcance, acaso puedas perdonar.

Las lágrimas le caían por las mejillas.

Se abrió la puerta y ella lo vio, tan sólo una silueta.

—¿Lucy? ¿Estás despierta?

—Sí.

—¿Puedo encender la luz?

—Si quieres...

Oyó el leve siseo del gas y enseguida se hizo la luz. Parecía pálido y abatido.

—Tengo algo que decirte.

—Nada de eso. Ven a la cama.

—Tengo que decirlo. Yo... —Se llevó la mano a la frente y luego se mesó el pelo.

—¿Larry? —Lucy se incorporó, y quedó sentada—. ¿Te encuentras bien?

Él habló como si no la hubiera oído, y sin mirarla.

—Te quiero. Si tú me quieres soy todo tuyo. Sólo que no sé si vas a recibir gran cosa. Desde luego jamás seré tu mejor elección, Lucy.

—Me arriesgaré. Ven a la cama.

Lo hizo. E hicieron el amor. Y una vez hubieron terminado, ella le dijo que lo quería. Era verdad, bien lo sabía ella, y era lo que él necesitaba oír. Aun así, tardó mucho tiempo en dormirse. Durante la noche ella se despertó, o soñó que lo hacía, y le pareció ver a Larry junto

a la ventana, mirando hacia fuera, con la cabeza ladeada en posición de escuchar, mientras las líneas de luz y sombras daban a su rostro el aspecto de una máscara macilenta.

Pero, a la luz del día, Lucy se sintió más segura de que todo había sido un sueño, a la luz del día Larry parecía haber vuelto a ser el mismo.

Sólo tres días después se enteraron, por Ralph Bretner, de que Nadine se había ido a vivir con Harold Lauder. Al oírlo el semblante de Larry se endureció fugazmente. Y aun cuando Lucy se reprendiera por ello, la noticia la hizo respirar con más tranquilidad. Al parecer todo había terminado.

Después de ver a Larry, Nadine volvió a casa. Se dirigió a la sala de estar y encendió la lámpara. Con ella en alto, fue a la parte de atrás, deteniéndose un instante para iluminar el dormitorio del muchacho. Quería comprobar si lo que había dicho a Larry era verdad. Lo era.

Leo se encontraba tumbado entre un revoltijo de sábanas, llevando sólo los calzoncillos... pero los rasguños y cortes le habían desaparecido prácticamente y también todo el bronceado adquirido al andar siempre casi desnudo. Y había algo más, se dijo Nadine. Algo había cambiado en su rostro... Se había desvanecido aquella expresión de salvajismo mudo e inequívoco. Ya no era Joe. Tan sólo un muchacho durmiendo después de un día ajetreado.

Nadine recordó la noche en que casi se quedó dormida y se despertó de repente, comprobando que Joe no estaba a su lado. Fue en North Berwick, Maine. Le había seguido hasta la casa en cuyo porche dormía Larry. Mientras éste descansaba en el interior, Joe se encontraba en pie fuera, empuñando el cuchillo con callado salvajismo, y entre ambos tan sólo una delgada mampara. Ella le había obligado a alejarse.

Nadine se sintió de repente envuelta en una llamarada de odio, despidiendo brillantes chispas como pedernal y acero. La lámpara Coleman tembló en su mano proyectando enloquecidas sombras danzantes. ¡Debió permitir que lo hiciera! Ella misma debió haber mantenido la puerta abierta para Joe, y dejarlo entrar para que apuñalara y cortara, pinchara y destruyera. Debería haber...

El muchacho dio media vuelta y emitió un sonido gutural como si fuera a despertarse. Agitó las manos en el aire, como si en su sueño se protegiese de una amenaza. Y Nadine retrocedió, latándole las sienes. Todavía seguía habiendo algo extraño en el muchacho. A Nadine no le gustó la manera en que acababa de moverse, como si hubiera captado sus pensamientos.

Ahora tenía que seguir adelante. Y ser rápida.

Entró en su dormitorio. En el suelo había una alfombra y una sola cama individual... una cama de solterona. Eso era todo. No había siquiera un cuadro. La habitación carecía de toda personalidad. Abrió la puerta del armario y rebuscó detrás de los trajes colgados. Se encontraba de rodillas, sudando. Sacó una caja de colores brillantes, con una fotografía de adultos riendo en la tapa, adultos que practicaban un juego. Un juego que tenía al menos tres mil años.

Había encontrado la plancheta en una tienda de novedades del centro de la ciudad, pero no se había atrevido a utilizarla en la casa, estando allí el muchacho. De hecho no se había atrevido a utilizarla en ninguna circunstancia... hasta ese momento. Algo la había impulsado a entrar en la tienda y, cuando vio la plancheta en su alegre caja festiva, se produjo una lucha en su interior, la clase de lucha que los psicólogos llaman aversión/atracción. Había sudado entonces como ahora, queriendo dos cosas a la vez. Salir corriendo de la tienda y arrebatarse la caja, esa espantosa y alegre caja y llevársela a casa. El que más le aterraba era este último deseo, porque no parecía ser suyo.

Al fin cogió la caja.

Eso había ocurrido cuatro días atrás. La atracción había ido haciéndose más fuerte hasta esa noche, en que medio loca por un miedo que no comprendía, marchó en busca de Larry vistiendo el traje gris azulado sin nada debajo. Mientras esperaba en el porche a que regresaran de la reunión, se sintió segura de que al fin había hecho lo que debía. Percibió aquella sensación, ligeramente embriagadora y deslumbrante, que no había vuelto a tener desde que atravesara corriendo la hierba húmeda por el rocío, con el muchacho a la zaga. Sólo que esta vez el muchacho la alcanzaría. Ella dejaría que lo alcanzase. Sería el fin.

Pero cuando la alcanzó ya no la deseaba.

Nadine se puso en pie apretando la caja contra su pecho, y apagó la lámpara. La había despreciado. Y una mujer desdeñada puede muy bien pactar con el diablo... o con su secuaz.

Se detuvo lo suficiente para coger la gran linterna de la mesa que se hallaba en el vestíbulo de entrada. Al fondo de la casa el muchacho gritó en sueños, lo cual hizo que se quedara rígida.

Luego, salió.

Su Vespa estaba en la acera, la misma que utilizó unos días atrás para ir a la casa de Harold Lauder. ¿Por qué había ido allí? Desde su llegada a Boulder no había cambiado una docena de palabras con Harold. Pero, confundida como se sentía con la plancheta y el terror que le producían los sueños, que ella todavía seguía teniendo cuando habían cesado para todos, le pareció que debía hablar con Harold. Pero también le daba miedo aquel impulso; lo pensó mientras ponía en marcha la Vespa. Como aquella repentina urgencia por coger la plancheta («¡Asombra a tus amigos! ¡Anima tus fiestas!», se leía en la caja). Parecía haber sido una idea llegada del exterior. Tal vez *su* idea. Pero cuando al fin sucumbió y fue a casa de Harold, él no estaba. La casa se encontraba cerrada a cal y canto, la única casa que había encontrado cerrada en Boulder, y tenía las persianas bajadas. Eso le gustó y por un momento se sintió decepcionada de que no estuviera Harold. Si hubiese estado, la habría hecho pasar, cerrando luego la puerta tras ella. Podían haber ido a la sala de estar y habrían charlado o hecho el amor o cosas inconfesables, y nadie se habría enterado.

La casa de Harold proporcionaba una extraña intimidad.

¿Que me está pasando? Se dijo en la oscuridad; pero la oscuridad no tenía respuesta para ella. Puso en marcha la Vespa y el ronroneo del motor pareció profanar la noche. Se alejó en dirección oeste.

Empezó a sentirse mejor al recibir en la cara el aire fresco de la noche. El viento nocturno despejaba las telarañas. Cuando te han quitado toda posibilidad de elección, ¿qué puedes hacer? Tomar lo que queda. Aceptar la aventura que te ha sido destinada, por sombría que sea. Dejar que Larry mueva su estúpida pollita con la de los pantalones ceñidos, el vocabulario de una sola palabra y su mentalidad de revista de cine. Tú vas mucho más lejos que ellos, Nadine. Tú arriesgas todo cuanto puede arriesgarse.

Y sobre todo te arriesgas tú misma.

La carretera iba desplegándose ante ella a la luz del pequeño faro de la Vespa. Tuvo que poner la segunda al empezar la cuesta. En aquel momento se encontraba en Baseline Road, dirigiéndose hacia la oscura montaña. Déjalos que celebren sus reuniones. Ellos estaban preocupados por tener otra vez electricidad. A su amante le preocupaba el *mundo*. El motor de la Vespa protestaba y se esforzaba, pero seguía adelante. Empezó a sentirse embargada por una especie de miedo horrible, aunque sensual, y el asiento vibrante de la moto empezó a calentarle la ingle. (Caramba, Nadine, eres increíble, se dijo con buen humor, mala, mala). A su derecha la pared caía a pico. Allí sólo había muerte. ¿Y arriba? Bien, ya lo vería. Era demasiado tarde para retroceder. Y aquella idea la hizo sentirse paradójica y deliciosamente libre.

Al cabo de una hora, se encontraba en el Sunrise Amphitheater... El sol tardaría más de tres horas en salir. El anfiteatro se hallaba cerca de la cima de la Flagstaff Mountain, y casi todos los miembros de la Zona Libre, a poco de llegar a Boulder, habían hecho una excursión hasta el lugar de acampada en la cumbre. En un día claro como eran la mayoría, al menos durante el verano, podía verse Boulder. Y también la interestatal 25, prolongándose por el sur de Denver y girar luego entre la bruma hacia Nuevo México, trescientos kilómetros más allá. Hacia la derecha se encontraban las llanuras extendiéndose hacia Nebraska y, más cerca, Boulder Canyon, un desfiladero angosto a través del pie de las colinas, con sus paredes de pinos y abetos. En pasados veranos los planeadores habían sobrevolado Sunrise Amphitheater semejantes a aves. Pero Nadine sólo veía lo que permitía el resplandor de la linterna que había dejado sobre una mesa de picnics próxima al precipicio. Había también un gran bloc de dibujo artístico con una primera página virgen y sobre él la plancheta de tres esquinas semejantes a una araña triangular.

Nadine se encontraba en un estado febril, que era en parte euforia y en parte terror. Mientras ascendía hacia allí en su Vespa, que avanzaba con esfuerzo, se sintió como Harold en Nederland. Podía sentirlo a él. Pero mientras Harold sintió aquello de una manera bastante precisa y científica, como una pieza de acero atraída por un imán, Nadine lo percibía como una especie de acontecimiento místico, como el cruce de una frontera, al igual que si aquellas montañas, de las que en esos momentos sólo estaba al pie, fueran tierra de nadie entre dos esferas de influencia... Flagg en el Oeste, la anciana en el Este. Y allí la magia fluía en ambas

direcciones, mezclándose, haciendo su propio brebaje que no pertenecía a Dios ni a Satanás, por lo que era absolutamente pagano. Tenía la impresión de que se trataba de un lugar habitado por fantasmas.

Y la plancheta...

Había tirado la caja de brillantes colores, con el letrero MADE IN TAIWAN, con indiferencia, abandonándola a merced del viento. La propia plancheta era una especie de pizarra de fibra o de aljezón, pobremente impresa. Pero no importaba. Se trataba de una herramienta que sólo utilizaría una vez, sólo se *atrevería* a usarla una vez, e incluso una herramienta de escasa calidad puede cumplir su cometido. Abrir una puerta, cerrar una ventana, escribir un nombre.

Los letreros en la caja incitaban: «¡Asombra a tus amigos! ¡Anima tus fiestas!».

¿Cómo era aquella canción que Larry solía canturrear desde el asiento de su Honda mientras viajaban? «¡Hola, central! ¿Qué pasa con la línea? Quiero hablar con...».

Hablar... ¿con quién? Pero ésa era la cuestión, ¿no?

Recordaba aquella vez que utilizó plancheta en secundaria. Hacía más de doce años... pero bien podía haber sido ayer. Había subido al tercer piso para preguntar a una chica llamada Rachel Timms acerca de la tarea para una clase de corrección de lectura a la que ambas asistían. Halló la habitación llena de chicas, al menos seis u ocho, todas riendo y gastando bromas. Nadine recordaba que notó que estaban colocadas, seguro que por haber fumado un porro.

—¡Basta ya! —dijo Rachel aunque ella misma estaba riendo—. ¿Cómo esperáis que los espíritus se comuniquen con nosotras si os comportáis como una manada de mulas?

La idea de las mulas reidoras les pareció divertidísima y la habitación se llenó de nuevo con frescas carcajadas femeninas. La plancheta estaba colocada igual que en ese momento, una araña triangular sobre tres finas patas. Mientras seguían riendo, Nadine cogió un montón de hojas grandes arrancadas de un bloc de dibujo y ojeó los «mensajes enviados desde el plano astral» que ya habían salido.

«Tommy dice que has estado utilizando otra vez esa ducha madroño».

«Mamá dice que está bien».

«¡Chunga! ¡Chunga!».

«¡John dice que no te pedonearías tanto si dejarás de tomar esas alubias de cafetería!».

Y otros igual de estúpidos.

Las risas ya se habían calmado bastante y podían empezar de nuevo. Había tres chicas sentadas en la cama, y con las yemas de los dedos colocadas en un lado de la plancheta. Por un momento no pasó nada. Luego, la pizarra tembló.

—¡Lo hiciste tú, Sandy! —la acusó Rachel.

—¡No lo hice!

—¡Chisstt!

La pizarra se movió de nuevo y las jóvenes guardaron silencio. Se movió, se paró, volvió a moverse. Trazó la letra P.

—Putá... —aventuró una muchacha llamada Sandy.

—Y la tuya también —replicó alguien más.

Aquello fue la señal para que empezaran de nuevo las risas.

—¡Chisstt! —repitió Rachel ya seria.

La plancheta empezó a moverse con más rapidez trazando las letras A, D, R, Y, E.

—Querido padre, aquí tienes a tu bebé —dijo una chica llamada Patty, y luego se echó a reír—. Debe ser mi padre. Murió cuando yo tenía tres años.

—Está escribiendo más cosas —observó Sandy.

DICE, apareció escrito laboriosamente en la pizarra.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Nadine con un susurro a una muchacha alta con cara de caballo, a la que no conocía, y que miraba todo aquello con las manos en los bolsillos y expresión de incredulidad.

—Un montón de chicas jugando con algo que no entienden —repuso cara de caballo—. Eso es lo que está pasando.

La joven llevaba gafas. Sacó las manos de los bolsillos, y se las quitó. Las limpió y siguió dando explicaciones a Nadine, siempre en susurros.

—La plancheta es un instrumento utilizado por psíquicos y médiums. Los kinestólogos...

—¿Los qué?

—Científicos que estudian el movimiento y la interacción de músculos y nervios.

—¡Ah!

—Dicen que la plancheta responde a minúsculos movimientos de los músculos, tal vez provocados por el subconsciente. Desde luego, médiums y psíquicos aseguran que la plancheta es movida por presencias del mundo de los espíritus.

Hubo otra explosión de risas histéricas de las chicas que rodeaban la pizarra. Nadine miró por encima del hombro de cara de caballo y leyó el mensaje que acababa de aparecer: PADRE DICE QUE PATTY DEBERÍA DEJAR DE IR...

—... tanto al cuarto de baño —sugirió otra chica, lo que provocó nuevas risas.

—De una manera u otra, están haciendo tonterías —afirmó la joven de las gafas con un sorbeteo desdeñoso—. Tanto los médiums como los científicos están de acuerdo en que la escritura automática puede ser peligrosa.

—¿Crees que esta noche los espíritus se manifiestan hostiles? —preguntó Nadine.

—Tal vez los espíritus sean *siempre* hostiles —respondió la joven de las gafas dirigiéndole una mirada penetrante—. O acaso te llegue de tu mente subconsciente un mensaje que no estás preparada para recibir. Por si no lo sabías, existen casos documentados de escritura automática que ha quedado absolutamente fuera de control. Gente que se ha vuelto loca.

—Exageras. No es más que un *juego*.

—A veces los juegos resultan arriesgados.

Otra explosión de risas puso punto al comentario de la joven con gafas antes de que Nadine pudiera contestarle. La chica llamada Patty se había caído de la cama y estaba tumbada en el suelo sujetándose el estómago, riendo y agitando los pies. El mensaje completo decía: PADRE DICE QUE PATTY DEBERÍA DEJAR DE IR AL CINE AL AIRE LIBRE CON LEONARD KATZ.

—¡Tú has hecho esto! —acusó Patty a Sandy cuando al fin logró incorporarse.

—¡No lo hice, Patty! ¡Lo juro!

—Era tu padre. ¡Desde el más allá! ¡Desde la ultratumba! —dijo otra chica a Patty con voz de Boris Karloff—. Así que recuerda que te estará vigilando la próxima vez que te quites las bragas en el asiento trasero del Dodge de Leonard.

Nuevas risas. Una vez se hubieron calmado, Nadine se abrió paso y dio un golpecito en el brazo a Rachel. Sólo quería hacerle una pregunta acerca de lo que tenían que hacer y luego irse.

—¡Nadine! —exclamó Rachel; los ojos le brillaban alegres y las mejillas parecían dos rosas—. Siéntate. Veamos si los espíritus tienen algún mensaje para ti.

—No, déjalo. Sólo he venido para que me digas lo de la clase de...

—¡Olvídate de la clase! ¡Esto es importante, Nadine! Tienes que intentarlo. Venga, siéntate aquí junto a mí. Tú ponte al otro lado, Janey.

Janey se sentó frente a Nadine, la cual, ante la insistencia de Rachel Timms, se encontró con ocho de sus dedos rozando ligeramente la plancheta. Sin saber por qué, miró por encima del hombro a cara de caballo. Ésta movió la cabeza en dirección a Nadine con gesto deliberado. La luz fluorescente del techo se reflejó en sus gafas y transformó sus ojos en un par de grandes destellos de luz blanca.

Nadine sintió una punzada de pánico. Siguió rememorando, mientras permanecía allí en pie contemplando aquella otra plancheta a la luz de una linterna. Recordó la observación de aquella chica de que sólo era un *juego*. Por todos los cielos... ¿Y qué cosa terrible podía ocurrir en medio de unas chicas muertas de risa? Nadine no podía concebir un medio poco adecuado para la aparición de espíritus genuinos, hostiles o no.

—Y ahora quedaos todas quietas —ordenó Rachel—. ¡Espíritus! ¿Tenéis algún mensaje para nuestra hermana Nadine Cross?

La plancheta no se movió. Nadine se sintió un poco incómoda.

—Iini-miini-chili-biini —dijo la chica que había imitado a Boris Karloff—. ¡Los espíritus están a punto de hablar!

Más risitas.

—¡Chiissst! —impuso Rachel.

Nadine pensó que, si una de las otras dos chicas no empezaba pronto a mover la plancheta para que soltara el bobo mensaje que le habían preparado, lo haría ella, lo haría deslizarse con algo breve y divertido, por ejemplo ¡BUUU! Luego averiguaría lo que la había llevado allí y se marcharía.

Cuando se disponía a mover la plancheta, ésta brincó bruscamente bajo sus dedos. El lápiz dejó un trazo diagonal, negro, muy negro sobre la hoja impoluta.

—¡Eh! Eso no es juego limpio, espíritus —protestó Rachel con un leve matiz de inquietud—. ¿Lo has hecho tú, Nadine?

—No...

—¿Janey?

—Tampoco. De veras.

La plancheta volvió a brincar, haciéndoles apartar casi los dedos y se dirigió hacia la esquina superior izquierda del papel.

—Oh —exclamó Nadine—. ¿Notáis...?

Lo notaron. Todas lo notaron, aunque ni Rachel ni Jane Fargoood quisieron hablar luego con ella de la cuestión. A partir de aquella noche, no fue muy bien recibida en la habitación de las dos chicas. Era como si después de aquello ambas temieran encontrarse demasiado cerca de ella.

De repente la plancheta empezó a rascar bajo sus dedos, como estar rozando el guardabarros de un coche con el motor suavemente en marcha. La constante vibración era inquietante. No se trataba de la clase de movimiento que puede producir una persona sin que resulte evidente.

Las chicas se habían quedado quietas. Sus caras tenían una expresión peculiar, la expresión común a los rostros de todas las personas que asisten a una sesión donde, de manera inesperada, se produce algo genuino... cuando el velador empieza a oscilar, cuando unos nudillos invisibles golpean la pared o cuando la médium empieza a expeler por la nariz teleplasma de un gris ahumado. Es una expresión de ansiedad contenida, en parte queriendo que se detenga lo que se ha iniciado, y en parte sintiendo el deseo de que prosiga. Es una expresión de excitación aterrada y perturbada... y, cuando adopta ese aspecto especial, el rostro humano se asemeja a la calavera que hay dos centímetros por debajo de la piel.

—¡Dejadlo! —gritó de repente cara de caballo—. ¡Dejadlo ahora mismo o de lo contrario os arrepentiréis!

—¡No puedo apartar los dedos! —chilló Jane Fargoood con voz aterrada.

Alguien lanzó un leve grito. En aquel instante Nadine se dio cuenta de que sus dedos también estaban adheridos a la tablilla. Los músculos de los brazos se le tensaron a causa del esfuerzo por apartar los dedos de la plancheta. Pero no lo logró.

—Muy bien, la broma ha terminado —decidió Rachel con voz forzada y temerosa—. Quién...

Y de repente la plancheta empezó a escribir.

Se movía con extraordinaria rapidez arrastrando los dedos de las jóvenes, moviendo sus brazos adelante y atrás y en derredor de una manera que hubiera resultado divertida de no ser por la expresión de las tres jóvenes. Nadine pensó más adelante que fue como si los brazos se les hubieran quedado enganchados en una máquina de ejercicios. Lo escrito anteriormente había sido garrapeado, unos mensajes que parecían la caligrafía de una criatura de siete años. Aquella otra escritura era regular y vigorosa... letras grandes y oblicuas que iban cubriendo la hoja blanca. Había en ella algo implacable y depravado a un tiempo.

NADINE, NADINE, NADINE, escribía la plancheta giratoria, CÓMO AMO A NADINE QUE SEA MÍA AMO A MI NADINE QUE SEA MI REINA SI TÚ SI TÚ SI TÚ SI TÚ ERES PURA PARA MÍ SI ERES PARA MI SI ERES SI ERES MUERTA PARA MI MUERTA ESTAS.

La plancheta se precipitaba, aceleraba y volvía a escribir más abajo.

TÚ ESTÁS MUERTA CON EL RESTO DE ELLOS TÚ ESTÁS EN EL LIBRO DE LOS MUERTOS CON EL RESTO DE ELLOS NADINE ESTÁ MUERTA CON ELLOS NADINE ESTÁ PUTREFACTA CON ELLOS A MENOS A MENOS.

Se detuvo, tamborileó. Nadine esperó con todas sus fuerzas que aquello acabara... Pero de repente se puso de nuevo en marcha hasta el borde del papel y empezó otra vez. Jane chilló aterrada. Los rostros de las demás chicas expresaban asombro y consternación.

EL MUNDO EL MUNDO PRONTO EL MUNDO ESTÁ MUERTO Y NOSOTROS NOSOTROS NADINE YO YO NOSOTROS NOSOTROS NOSOTROS ESTAMOS NOSOTROS ESTAMOS NOSOTROS.

Y entonces las letras parecieron *chillar* a través del papel:

NOSOTROS ESTAMOS EN LA CASA DE LOS MUERTOS NADINE.

La última palabra fue aullada a través de la hoja, en mayúsculas de más de dos centímetros, y luego la plancheta, con un giro, se apartó de la pizarra dejando tras de sí un trazo largo de grafito semejante a un alarido. Cayó al suelo y se partió en dos.

Se hizo un instante de silencio conmovido. Jane Fargoood prorrumpió en un llanto histérico y agudo. Nadine recordaba que aquello terminó con la llegada de la encargada para averiguar qué estaba pasando. Y estuvo a punto de pedir los servicios de la enfermería para Jane. Pero la joven logró dominarse un poco.

Durante todo el episodio, Rachel Timms permaneció sentada en su cama, pálida y tranquila. Una vez se hubieron ido la encargada y la mayoría de las chicas, incluida la joven cara de caballo, que sin duda debía de sentirse como una profetisa en su propia tierra, preguntó a Nadine con voz extraña y mortecina:

—¿Quién era, Nadine?

—No lo sé —repuso ella con sinceridad.

Desde luego no tenía la menor idea. Por entonces no la tenía.

—¿No reconociste la escritura?

—No.

—Bueno, será mejor que te lleves esta... esta nota del más allá o lo que quiera que sea y vuelvas a tu habitación.

—¡Fuiste tú quien pidió que me sentara! —la increpó Nadine—. ¿Cómo puedes pensar que supiera algo de lo que... algo de lo que ocurría? ¡Santo cielo! Lo hice por cortesía.

Rachel tuvo al menos la decencia de enrojecer ante sus palabras, incluso llegó a presentar una breve excusa. Pero después de aquello Nadine no tuvo mucho trato con Rachel, a pesar de que había sido una de las pocas chicas con las que se sintió realmente unida durante los tres primeros semestres de instituto.

Desde entonces, jamás volvió a tocar esas arañas triangulares fabricadas con aljezón prensado. Hasta ahora.

Pero el momento había...

Sí, en los últimos tiempos no dejó de sentir la tentación.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Nadine se sentó en el banco de picnic y apretó ligeramente los dedos sobre dos de los lados de la plancheta. La sintió moverse casi de inmediato bajo las yemas de los dedos, y pensó en un coche parado con el motor en marcha. Pero... ¿quién era el conductor? ¿Quién era *realmente* él? ¿Quién subiría, cerraría con fuerza la portezuela y pondría sus manos sobre el volante? ¿Qué pie, brutal y pesado, calzado con una vieja y polvorienta bota de vaquero, pisaría el acelerador y la llevaría... adonde?

«¿Adónde nos llevas, conductor?».

Nadine, sin ayuda alguna o esperanza de socorro, permanecía sentada y erguida en el banco en la cima de la Flagstaff Mountain, en la trinchera negra de la mañana, con los ojos muy abiertos y la sensación cada vez más fuerte de encontrarse en la frontera. Miraba hacia el este, pero sintió la presencia de *él* por detrás, presionando con fuerza sobre ella, arrastrándola hacia abajo, igual que un peso atado a los pies de una mujer muerta. La presencia oscura de Flagg llegando en oleadas constantes, inexorables.

El hombre oscuro estaba fuera, en la noche, en alguna parte. Nadine dijo dos palabras a modo de conjuro a todos los espíritus tenebrosos...

Conjuro e invitación:

—Decidme.

Debajo de sus dedos, la plancheta empezó a escribir.

Resumen de las actas de la sesión del comité permanente de la Zona Libre - 19 de agosto de 1990

Esta sesión se celebró en el apartamento de Stu Redman y Fran Goldsmith. Todos los miembros del comité se hallaban presentes.

Stu nos felicitó por haber sido elegidos para constituir el comité permanente. Presentó una moción para que fuera redactada una carta de agradecimiento a Harold Lauder, firmada por cada uno de los miembros. Se aprobó por unanimidad.

STU: Una vez nos hayamos ocupado de las viejas cuestiones, Glen Bateman tiene un par de asuntos. Intuyo que tienen que ver con la próxima asamblea. ¿Es así, Glen?

GLEN: Esperaré mi turno.

STU: Eso es muy propio de ti. La principal diferencia entre un viejo borracho y un viejo profesor de secundaria calvo es que el profesor espera su turno para empezar a calentarte las orejas.

GLEN: Gracias por esas perlas de sabiduría, tejano. Fran dijo que resultaba evidente que Stu y Glen lo estaban pasando bomba, pero que ella quería que se centraran en los asuntos sometidos a debate ya que sus programas favoritos de televisión empezaban a las nueve. El comentario fue acogido con más risas de las que probablemente se merecía.

El primer asunto importante se refería a nuestros exploradores en el Oeste. Tras una recapitulación, el comité decidió pedir al juez Farris, a Tom Cullen y a Dayna Jurgens que vayan allí. Stu sugirió que las personas que presentaran a cada uno de ellos fueran las mismas que abordaron el tema con sus respectivos candidatos. Esto es, que Larry Underwood se lo preguntara al juez Farris, que Nick, con la ayuda de Ralph Bretner, hablara con Tom, y Sue lo hiciera con Dayna.

Nick dijo que entenderse con Tom quizá llevara algunos días, y Stu comentó que eso les obligaba a discutir la fecha en que habrían de enviarlos. Larry opinó que no podían enviarlos juntos, porque entonces podrían cogerlos a la vez. Añadió que, tanto el juez como Dayna, sospecharían que habrían enviado más de un espía. Pero que mientras no supieran los nombres no podrían sonsacárselos. Fran precisó que sonsacar no era la palabra adecuada, considerando lo que el hombre oscuro podría hacerles... si es que era un hombre.

GLEN: Yo en tu lugar no me mostraría tan pesimista, Fran. Si concedemos al Adversario un mínimo de inteligencia, sabrá que no daríamos a nuestros... exploradores (supongo que podríamos llamarles así) información que consideremos vital para sus intereses. Sabrá que la tortura le servirá de muy poco.

FRAN: ¿Quieres decir que les dará unas palmaditas y les advertirá que no vuelvan a hacerlo? Yo creo que puede torturarlos sólo porque la tortura es algo que le *gusta*. ¿Qué dices a eso?

GLEN: Supongo que no hay mucho que decir.

Stu: Esa decisión ya ha sido tomada, Frannie. Todos estamos de acuerdo en que enviamos a nuestra gente en una misión peligrosa. Y también sabemos que no nos ha sido fácil decidirnos a ello.

Glen sugirió que, de momento, aprobaran el siguiente programa: el juez saldría el 26 de agosto, Dayna el 27 y Tom el 28, sin que ninguno supiera nada de los otros. Cada uno emprendería el camino por una carretera diferente. Explicó que, de esa manera, se dispondría del tiempo necesario para trabajar con Tom.

Nick dijo que, con la sola excepción de Tom Cullen, al que habría de hacer regresar mediante sugestión poshipnótica, a los otros dos se les diría que volvieran cuando lo considerasen oportuno según su propio criterio; pero que habrían de considerar el factor climatológico. Era posible que en la primera semana de octubre empezase a nevar con intensidad en las montañas. Nick recomendó que se les advirtiera que no pasasen más de tres semanas allí.

Fran dijo que podrían dirigirse hacia el sur en caso de que las nieves llegaran pronto a las montañas; pero Larry se mostró en desacuerdo, haciendo observar que se encontrarían con la cordillera Sangre de Cristo, a menos que siguieran directamente hacia México. Y, de hacerlo así, probablemente no volveríamos a verlos hasta la primavera.

Larry propuso que, de ser ése el caso, debiéramos dar al juez un punto de ventaja. Sugirió que partiera el 21 de agosto, o sea pasado mañana.

Así quedó cerrado el asunto de los exploradores (o de los espías, si se prefiere).

A continuación, se concedió la palabra a Glen, y lo que transcribo procede de la cinta grabada.

GLEN: Quiero proponer que convoquemos otra asamblea pública para el 25 de agosto para tratar ciertos puntos. Me gustaría subrayar algo que acaso os sorprenda. Creemos que en la Zona Libre somos unas seiscientas personas. Ralph lleva unos registros admirables y exactos de los grupos que han llegado y, en consecuencia, hemos calculado nuestra población sobre la base de esas cifras. Pero también han llegado personas sueltas, tal vez hasta diez por día. Así que hoy, a primera hora, fui con Leo Rockway al auditorio de Chautauqua Park e hicimos un recuento de asientos en el salón. Hay seiscientos siete.

Sue Stern respondió que no podía ser porque había habido gente de pie, en el fondo y sentados por los pasillos al no encontrar plaza libre. Y entonces todos pudimos darnos cuenta de lo que Glen quería decir. Y supongo que sería apropiado afirmar que el comité se quedó de piedra.

GLEN: No tenemos modo de calcular exactamente cuántos asistentes tuvimos en pie y sentados en el suelo, pero mi recuerdo de la reunión es bastante claro y yo diría que un centenar como mínimo. Así que, por lo que podéis ver, aquí vivimos más de setecientas personas. Como resultado de las averiguaciones, presento una moción para que uno de los puntos a tratar en el orden del día de la reunión pública sea la formación de un comité para el censo.

RALPH: ¡Seré idiota! Me has ganado por la mano.

GLEN: No es culpa tuya. Tienes demasiadas cosas en la cabeza, Ralph, y creo que todos estaremos de acuerdo en que las has estado atendiendo muy bien...

LARRY: Puedes creerlo, muchacho.

GLEN: Aunque sólo estuviéramos recibiendo cuatro personas por día, son casi treinta por semana. Y yo creo que es más probable que estemos recibiendo de doce a catorce. Sólo que no vienen corriendo a presentarse a nosotros y, como ya no está madre Abigail, no hay lugar adonde acudan tras su llegada.

Fran Goldsmith apoyó la moción de Glen de que fuera introducida la cuestión de un comité para el censo en el orden del día de la asamblea del 25 de agosto, y pidió que se hicieran cargo de llevar la cuenta de cada miembro de la Zona Libre.

LARRY: Estoy a favor de todo ello siempre que haya buenas razones prácticas. Pero...

NICK: ¿Pero qué, Larry?

LARRY: Bueno... ¿acaso no tenemos suficientes asuntos de que preocuparnos para empezar a crear esa inútil y farragosa burocracia?

FRAN: Ahora mismo puedo decirte un motivo, Larry.

LARRY: ¿Sí? ¿Cuál?

FRAN: Bien, si Glen tiene razón, vamos a necesitar un salón más grande para la próxima asamblea. Eso por una parte. Si para el día 25 hubiera aquí ochocientas personas, jamás lograríamos meterlas en Chautauqua Auditorium.

RALPH: Caramba, no había pensado en ello. Ya os dije, muchachos, que no estaba hecho para este trabajo.

STU: Tranquilízate, Ralph, lo estás haciendo muy bien.

SUE: ¿Entonces dónde vamos a celebrar esa maldita asamblea?

GLEN: Espera un momento. Cada cosa a su tiempo. ¡Tenemos pendiente una condenada moción!

Se aprobó por unanimidad incluir el comité para el censo en el orden del día de la próxima asamblea pública.

Luego Stu propuso que celebrásemos la reunión del 25 de agosto en el Munzinger Auditorium, que tiene mayor aforo, probablemente por encima de mil.

Glen pidió de nuevo la palabra, que le fue concedida.

GLEN: Antes de que prosigamos me gustaría señalar que existe otro buen motivo para que se forme un comité para el censo, para algo más serio que saber cuánta salsa y cuántas bolsas de patatas fritas tenemos que llevar para la fiesta. Debemos saber quiénes llegan, pero también quiénes se marchan. Creo que la gente lo hace, ¿sabéis? Tal vez sea sólo una impresión, pero puedo jurar que había caras que me había acostumbrado a ver y que ya no están aquí. Como quiera que sea, cuando salimos del Chautauqua Auditorium, Leo y yo fuimos

a casa de Charlie Impening. ¿Y queréis saber algo? La casa está vacía. Las cosas de Charlie han desaparecido y también su BSA.

Se produjo un alboroto y se oyeron algunos juramentos que aun siendo divertidos no se recogieron en esta acta.

Entonces Ralph preguntó de qué podría servirnos saber quién abandona la zona. Sugirió que si personas como Impening querían irse con el hombre oscuro, deberíamos considerarlo una suerte. Varios miembros del comité aplaudieron con entusiasmo a Ralph, quien, huelga decirlo, enrojeció como un colegial.

SUE: No; yo comprendo la idea de Glen. Sería como un derrame constante de información.

RALPH: Bien. ¿Y qué podemos hacer? ¿Meterlos en la cárcel?

GLEN: Por desagradable que parezca, creo que habremos de considerar a fondo ese asunto.

FRAN: No, señor. Puedo aceptar enviar espías. Pero no que a personas que han venido aquí las encerremos porque no les gusta cómo hacemos las cosas... ¡Caramba, Glen! ¡Eso es tarea de la policía secreta!

GLEN: Ya. Pero nuestra posición aquí es en extremo precaria. Me estás colocando en la situación de tener que abogar por la represión, y creo que eso es injusto. Quisiera que me dijese si estás dispuesta a que haya lavados de cerebro por parte del Adversario.

FRAN: Sigue pareciéndome odioso. Joe McCarthy tenía como justificación el comunismo. Nosotros tenemos a nuestro hombre oscuro. Estupendo.

GLEN: ¿Estás dispuesta a correr el riesgo de que alguien se vaya de aquí con una información confidencial en el bolsillo? Por ejemplo, la de que madre Abigail se ha ido.

FRAN: Charlie Impening puede habérselo dicho. ¿Qué otra información confidencial tenemos, Glen? ¿Acaso nosotros mismos no vamos a la deriva en busca de cualquier indicio que nos sirva de orientación? Glen, ¿te apetece que sepa nuestra fuerza en números? ¿Que sepa cómo nos va en cuanto a la parte técnica? ¿Que se entere de que todavía no tenemos médico?

Fran dijo que quizá prefería eso a empezar a encerrar gente porque no les guste nuestra forma de hacer las cosas. Stu propuso entonces que se pusiera a votación la idea en conjunto de encarcelar a ciertas personas. La propuesta fue aprobada con el voto en contra de Glen.

GLEN: Más os valdrá acostumbraros a la idea de que tarde o temprano habremos de ocuparnos de ellos, más bien temprano. Ya es bastante grave que Charlie Impening esté soltándose todo a Flagg. Habréis de preguntaros si querréis multiplicar lo que Impening sabe por algún factor x teórico. Bien, poco importa, la habéis votado. Pero hay otra cosa. Se nos ha elegido por tiempo indefinido. ¿Habéis pensado en ello? No sabemos si ocuparemos nuestro cargo durante seis semanas, seis meses o seis años. Yo sugeriría que el período fuera de un año... Ello nos conduciría al fin del principio, repitiendo la frase de Harold. Quisiera que lo de un año figurara en el orden del día de la próxima reunión pública. Un último punto y termino. Gobernar mediante reuniones ciudadanas, que es en esencia lo que hacemos al ser nosotros los hombres elegidos por los ciudadanos, estará muy bien durante un tiempo, hasta que la población alcance la cifra de tres mil más o menos; pero cuando los problemas empiecen a agrandarse, la mayoría de quienes asistan a las reuniones públicas formarán grupos y gentes con quejas y protestas (que si la flouridación produce esterilidad, que si quieren un tipo de bandera, cosas por el estilo). Sugiero que nos concentremos en encontrar la mejor forma de convertir Boulder en una república para finales del próximo invierno o principios de primavera.

La última propuesta de Glen provocó alguna discusión informal, pero durante esa sesión no se adoptó decisión alguna. Se concedió la palabra a Nick, quien dio a Ralph algo para leer.

NICK: Escribo esto en la mañana del 19 con vistas a la sesión de esta noche, y haré que Ralph lo lea como último punto. A veces resulta muy difícil ser mudo, pero he intentado pensar en todas las ramificaciones posibles de lo que me dispongo a proponer. Quisiera que lo que a continuación se expresa figurara en el orden del día de nuestra próxima asamblea pública: Estudiar la creación en la Zona Libre de un departamento de ley y orden público con Stu Redman al frente.

STU: Eso sí es una faena, Nick.

GLEN: Interesante. Y además tiene relación con lo que hablábamos antes. Déjale terminar, Stuart, que ya llegará tu turno.

NICK: El cuartel general del departamento de ley y orden público se instalaría en el Palacio de Justicia del condado de Boulder. Stu tendrá autoridad para nombrar por sí mismo hasta treinta agentes, y cuando pasaran de esa cantidad, se haría previa votación por mayoría

del comité de la Zona Libre. A partir de setenta, por el voto mayoritario de la Zona Libre en asamblea pública.

STU: ¡Bien pensado!

NICK: Empezamos a ser tan numerosos que se hacen necesarias ciertas leyes. Ahí tenemos el caso del chico Gerhinger, arriba y abajo de Pearl Street a toda velocidad en ese coche tan potente. Acabó estrellándolo y tuvo suerte de salir sólo con una herida en la frente. Pudo haberse matado o matar a otro. Y cualquiera que le hubiera visto, sabría que se avecinaban dificultades. Pero a nadie se le ocurrió impedirselo porque todos se consideraban carentes de autoridad. Eso por una parte. Luego está Rich Moffat. Probablemente algunos de vosotros sabréis ya quién es Rich. A quienes no lo conozcan les diré que es, con toda probabilidad, el único borracho practicante de la zona. Cuando se halla sobrio es un tipo pasable, pero si se embriaga nunca se sabe lo que es capaz de hacer. Y pasa ebrio la mayor parte del tiempo. Hace tres o cuatro días cogió una de las buenas y se empecinó en romper todos los escaparates de tres manzanas de Arapahoe. Una vez se hubo serenado un poco, hablé con él a mi modo, ya sabéis, con una nota, y se mostró avergonzado. Señaló por donde había pasado y exclamó: «¡Mira lo que he hecho! Cristales por toda la acera. ¿Y si algún niño se hace daño? ¿Por qué nadie me lo impidió?».

RALPH: No me merece ninguna simpatía.

FRAN: Vamos, Ralph. Todo el mundo sabe que el alcoholismo es una enfermedad.

RALPH: ¡Enfermedad! Es un vicio, eso es lo que es.

STU: Ninguno de los dos tenéis el uso de la palabra. Vamos, calmaos los dos.

RALPH: Lo siento, Stu. Me limitaré a leer la carta de Nick.

FRAN: Y yo estaré callada al menos por dos minutos, señor presidente. Lo prometo.

NICK: Para abreviar. Entregué a Rich un escobón con el que barrió todo el destrozo que había hecho. Y lo hizo a conciencia. Pero tenía razón al preguntar por qué nadie se lo había impedido. En los viejos tiempos, un tipo como Rich no podía obtener con tanta facilidad los licores que le vinieran en gana. Tipos como Rich eran simples borrachines. Pero ahora hay cantidades ingentes de alcohol esperando a que alguien coja las botellas de las estanterías. Y tenemos un ejemplo más: el caso de un hombre cuyo nombre no citaré, el cual descubrió que su mujer, a la que tampoco citaré, pasaba la tarde en la cama con otro hombre. Supongo que todos sabéis a quiénes me refiero.

SUE: Sí, supongo que lo sé. Un hombretón con grandes puños.

NICK: Pues el hombre en cuestión propinó una paliza al otro y luego a la mujer. Considero que a nosotros no nos importa quién tenía la razón...

GLEN: En eso te equivocas, Nick.

STU: Deja que termine.

GLEN: Le dejaré. Pero es un extremo sobre el que quiero volver luego.

STU: Muy bien. Adelante, Ralph, lee las notas de Nick.

NICK:... porque lo que importa es que el hombre en cuestión cometió un delito, maltrató de palabra y obra, y anda por ahí libre. De los tres casos el que más preocupa al ciudadano corriente es este último. Hemos formado una sociedad crisol, y van a producirse conflictos y enfrentamientos de todo tipo. No creo que ninguno quiera que se forme en Boulder una sociedad fronteriza. Imaginaos la situación en que nos encontraríamos si el hombre en cuestión se hubiera procurado un 45 y hubiera disparado contra ambos matándolos en lugar de limitarse a vapulearlos. Tendríamos un asesino suelto.

SUE: ¡Santo cielo, Nicky, qué es esto! ¿El pensamiento del día?

LARRY: El tema no es agradable pero tiene razón. Hay un antiguo dicho que reza: «Lo que puede ir mal irá peor».

NICK: Stu es nuestro moderador público y privado, de modo que la gente le considera ya como alguien con autoridad. Personalmente creo que Stu es un hombre bueno.

STU: Agradezco tus amables palabras, Nick. No sé si te habrás dado cuenta de que llevo un halo en la cabeza. Bromas aparte, ahora he de decir en serio que acepto el nombramiento si así lo queréis. En realidad dista mucho de gustarme ese trabajo. Por lo que pude ver en Texas, la labor de la policía consiste en limpiarte la camisa del vómito de tipos como Rich Moffat o en apartar de las carreteras a mamarrachos como ese chico Gerhinger. Mi única condición es que, cuando se someta la cuestión a la asamblea pública, establezcamos el mismo período anual que para nuestros cargos del comité. Y quiero dejar bien sentado que al término de ese año dimitiré. Si estáis de acuerdo con ello, adelante.

GLEN: Creo que hablo en nombre de todos al dar una respuesta afirmativa. Quiero agradecer a Nick la presentación de su moción. Quede constancia de que a mi juicio es una

idea muy buena.

STU: Bien. La votaremos. ¿Alguna objeción?

FRAN: Sí, una. ¿Qué pasará si alguien te vuela la cabeza?

STU: No creo...

FRAN: No, tú no crees. Tú no lo crees. Bien, ¿qué me dirá Nick si estás equivocado? «Lo siento, Fran». ¿Es eso lo que me dirá? «¿Tu hombre ha sido abatido en el Palacio de Justicia y creo que hemos cometido un error?». ¡Jesús, María y José! Voy a tener Un hijo, ¡y vosotros os empeñáis en que Stu haga de Pat Garret!

Siguieron otros diez minutos de discusión, en su mayor parte sin orden ni concierto. Fran, vuestra obediente secretaria de actas, se desahogó llorando como una Magdalena hasta que recuperó la compostura. Se puso a votación el nombramiento de Stu como jefe de policía de la Zona Libre. El resultado fue de seis votos a favor y uno en contra. Y, en esta ocasión, Fran se negó en redondo a cambiar su voto.

Glen pidió la palabra antes de dar por finalizada la sesión.

GLEN: No se trata de una moción, nada que haya de someterse a votación, sino de algo acerca de lo que debemos recapacitar. Volvamos al tercer ejemplo de Nick sobre problemas de ley y orden. Describió el caso y terminó diciendo que no ha de preocuparnos quién tuviera razón. Creo que Stu es uno de los hombres más justos que he conocido. *Pero el cumplimiento de la ley sin un sistema de imposición coercitiva no es justicia.* Sólo se trata de vigilancia, la ley del puño. Ahora supongamos que ese tipo a quien todos conocemos *se hiciera* con un 45 y matara a su mujer y al amante. Y sigamos suponiendo que Stu, como jefe de policía, lo detuviera y lo metiera en chirona. ¿Y luego que? ¿Durante cuánto tiempo lo mantenemos en ella? Legalmente no nos asiste ningún derecho a hacerlo, al menos de acuerdo con la constitución que adoptamos durante nuestra sesión de anoche; porque, según ese documento, un hombre es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad ante un tribunal. Ahora bien, de hecho, todos sabemos que lo mantendríamos encerrado. De modo que lo haríamos sabedores de que era algo inconstitucional, porque cuando la seguridad y la constitucionalidad están en juego, siempre gana la seguridad. Pero a nosotros nos corresponde conseguir que ambos conceptos sean sinónimos. Se hace perentorio que establezcamos un sistema judicial.

FRAN: Es algo muy interesante y estoy de acuerdo en que debemos pensar en ello; pero de momento voy a proponer que levantemos la sesión. Es tarde y estoy muy cansada.

RALPH: Apoyo la moción. Hablemos de tribunales en la próxima. Esto de inventar de nuevo el país resulta más duro de lo que parecía.

LARRY: Amén.

STU: Se levanta la sesión. ¿Alguna objeción?

Ninguna.

Frances Goldsmith
Secretaria

—¿Qué te ocurre? —preguntó Fran al ver que Stu tenía cara de preocupación—. Todo se arreglará.

Tenía los ojos enrojecidos por lo que había llorado durante la sesión, y Stu pensó que nunca la había visto con semejante aspecto de fatiga.

—Este asunto de la policía... —empezó.

—No quiero hablar de eso, Stu.

—Pero alguien tiene que encargarse de esa tarea. Nick tiene razón. Es de pura lógica.

—A la mierda con la lógica. ¿Y qué dices de mí y de mi hijo? ¿No encuentras nada lógico en nosotros, Stu?

—A estas alturas tienes que saber de memoria lo que quieres para tu hijo —dijo Stu con cariño—. ¿Acaso no me lo has repetido hasta la saciedad? Quieres que crezca en un mundo que no sea demencial. Quieres seguridad para él. Lo sé. Yo quiero lo mismo. Pero no iba a decir eso delante de todos. Es algo entre tú y yo. Vosotros habéis sido las dos razones principales por las que acepté.

—Lo sé —musitó Fran con voz quebrada.

Stu le puso dos dedos debajo de la barbilla obligándola a levantar la cara. Sonrió y ella se esforzó por devolverle la sonrisa.

—Todo irá bien —la animó.

Fran asintió con la cabeza y no pudo contener las lágrimas.

—No lo creo —dijo finalmente—. La verdad es que no creo que vaya a ir bien.

Permaneció despierta hasta bien entrada la noche pensando que el calor sólo puede producirlo algo que arde. Y en que el amor siempre se paga con sufrimientos.

La embargó una extraña certidumbre paralizante como una lenta anestesia, la de que acabarían en un baño de sangre. Aquella idea le hizo llevarse las manos al vientre en actitud protectora y se encontró recordando su sueño por vez primera desde hacía semanas. El hombre oscuro con su mueca siniestra.

Al tiempo que durante sus horas libres participaba en la búsqueda de madre Abigail, junto con un grupo seleccionado de voluntarios, Harold Lauder pertenecía a la brigada de enterramientos, y el 21 de agosto se encontraba en la parte trasera de un camión volquete, junto con otros cinco hombres, todos ellos con botas y embutidos en una indumentaria protectora y provistos de guantes de goma extrafuertes. Chad Norris, el jefe de la brigada de enterramientos, se encontraba en lo que él denominaba, con calma casi aterradora, cementerio número uno. Se hallaba situado quince kilómetros al sudoeste de Boulder, en una zona que una vez había sido volada en zanjas para sacar carbón. Bajo el abrasador sol de agosto, aquel lugar parecía tan siniestro y estéril como las montañas de la luna. Chad había aceptado reacio el cargo, por haber sido en Morristown, Nueva Jersey, ayudante del encargado de pompas fúnebres.

—Esto no es propiamente un enterramiento —había dicho aquella mañana en la terminal de autobuses Greyhound, entre Arapahoe y Walnut, que era la base de operaciones de la brigada de enterramientos. Encendió un Winston con una cerilla de madera y sonrió a los veinte hombres sentados alrededor—. O sea que sí es un enterramiento, pero no un enterramiento, no sé si me entendéis.

Hubo algunas sonrisas, la más amplia de ellas la de Harold. El estómago le hacía constantes ruidos porque no se había atrevido a tomar el desayuno. No estaba seguro de poder retenerlo, considerando la naturaleza del trabajo. Podía haberse limitado a la búsqueda de madre Abigail, y no se hubiera levantado una sola voz de protesta, aun cuando tenía que resultar evidente que buscarla junto con otros quince hombres era una especie de justificación patética si se tenían en cuenta los miles de kilómetros cuadrados de bosques y llanuras deshabitados alrededor de Boulder. Y desde luego también era posible que nunca hubiese llegado a *abandonar* Boulder. Ninguno de ellos parecía haberlo considerado, lo cual no sorprendía a Harold. Podía haberse instalado en cualquier casa en algún punto alejado del centro de la ciudad, donde no la encontrarían jamás, a menos que registraran vivienda por vivienda. Redman y Andros no habían expresado protesta alguna al sugerirles Harold que la comisión de búsqueda actuara los fines de semana y en los atardeceres, lo que le convenció de que ellos consideraban también aquel caso como cerrado.

Podía haberse limitado a aquello, pero ¿quién gusta más en una comunidad? ¿En quién se confía de forma más explícita? Sin duda en el hombre que hace los trabajos sucios y desagradables y los hace con una sonrisa. El hombre que lleva a cabo las faenas que a ti te resulta imposible hacer.

—Será como enterrar haces de leña —les había dicho Chad—. Si os convencéis de ello, todo irá bien. Es posible que al principio algunos vomitéis. No hay de qué avergonzarse. Tan sólo procurad hacerlo en algún sitio discreto. Una vez hayáis vomitado os será más fácil pensar que se trata de haces de leña. Únicamente haces de leña.

Los hombres se miraban incómodos.

Chad los formó en equipos de seis. Luego, él y los dos hombres restantes se fueron a preparar un emplazamiento para que fueran llegando. Se asignó una zona específica de la ciudad para que trabajara cada uno de los tres equipos. El camión de Harold había pasado la jornada en la zona de Table Mesa, abriéndose camino lentamente hacia el oeste desde la rampa de salida de Denver-Boulder Turnpike, subiendo por Martin Driver hasta la intersección de Broadway, bajando la calle Cuarenta, y luego subiendo de nuevo la Treinta y nueve, casas suburbanas en una zona de viviendas con una antigüedad de treinta años, que se remontaban al comienzo del *boom* demográfico de Boulder, casas con un piso al nivel del suelo y otro debajo de él.

Chad había repartido máscaras antigás procedentes de la armería de la Guardia Nacional local, pero no tenían que utilizarlas hasta después del almuerzo. ¿Almuerzo? ¿Qué almuerzo?

El de Harold consistía en una lata de relleno de tarta de manzana, que era lo único que le había sido posible tragar. Se pusieron las mascarillas al entrar en la iglesia de los Santos del Último Día, en la parte baja de la avenida de Table Mesa. Habían acudido allí atacados por la epidemia y allí habían muerto. Eran unos setenta. El hedor resultaba espantoso.

—Haces de leña —dijo uno de los compañeros de Harold con voz estridente y asqueada al tiempo que divertida.

Harold se alejó tambaleante. Rodeó la esquina del hermoso edificio de ladrillo que un día había sido centro de votación en años de elecciones, y allá vomitó el relleno Berry de la tarta de manzana, comprobando luego que Norris tenía razón. Se encontraba mucho mejor sin él.

Tuvieron que hacer dos viajes y dedicar la mayor parte de la tarde para vaciar la iglesia. Veinte hombres, se dijo Harold, para librarse de todos los cadáveres de Boulder. Casi resultaba divertido. Un buen número de los antiguos pobladores de Boulder habían corrido como conejos impulsados por el pánico causado por el Centro de Protección Ambiental y *aun así...* Harold pensaba que si la brigada de enterramientos crecía con la población, apenas habrían acabado de sepultar los cuerpos antes de la primera nevada fuerte, y no era que él esperara encontrarse allí para esa fecha. En cuyo caso la inmensa mayoría de la gente nunca sabría cuán real había sido el peligro de una nueva epidemia para quienes no *fuera* inmunes.

La comisión permanente rebosaba de ideas brillantes, pensó despectivo. Claro que la comisión sólo se comportaría de manera coherente si contaba con el bueno de Harold Lauder para asegurarse de ello. El bueno de Harold era lo bastante bueno pero no todo lo bueno que hacía falta para formar parte de la jodida comisión permanente. Cielos, no. Nunca había sido lo bastante bueno, ni siquiera para encontrar una acompañante para la clase de baile en el instituto de Ogunquit. Harold no. Acordémonos de ello, amigos, pues ésta no es una cuestión lógica ni analítica, ni siquiera de sentido común. Cuando lo recordemos nos encontraremos en realidad con un asqueroso concurso de belleza.

Bien, alguien recuerda. Alguien va anotando el tanteo, muchachos. Y el nombre de ese alguien es... (¿podemos oír un largo redoble de tambor, por favor, maestro...?). ¡Harold Emery Lauder!

Así que entró de nuevo en la iglesia limpiándose la boca y sonriendo lo mejor que pudo, indicando con la cabeza que estaba listo para seguir. Alguien le dio una palmada en la espalda, y la sonrisa de Harold se hizo más amplia, al tiempo que pensaba, llegará el día en que perderéis la mano por esto, tíos de mierda.

Hicieron el último viaje a las cuatro y cuarto de la tarde, llevando en el camión los últimos cuerpos. En la ciudad, el camión hubo de sortear los vehículos abandonados, pero ya en Colorado, tres camiones remolque se habían pasado todo el día enganchando los coches volcados y depositándolos a los lados de la carretera. Allí se encontraban, panza arriba, semejantes a juguetes de un niño gigante.

En el lugar del enterramiento se hallaban ya aparcados otros dos camiones. Los hombres permanecían en pie. Se habían quitado los guantes de goma y tenían las yemas de los dedos blancas y arrugadas por haber pasado todo el día sudando dentro. Fumaban y charlaban. Estaban pálidos.

Norris y sus dos ayudantes lo tenían todo preparado de manera minuciosa. Sobre el suelo rocoso habían extendido una amplia sábana de plástico. Norman Kellogg, el tipo de Luisiana que conducía el camión de Harold, hizo retroceder el vehículo hasta el borde del plástico. La puerta trasera se abrió de golpe y los primeros cuerpos cayeron sobre la sábana, semejantes a muñecos de trapo semirrígidos. Harold hubiera querido volver la espalda pero temió que los demás lo consideraran una prueba de debilidad. No le molestaba demasiado verlos caer. Era el *ruido* lo que le sacaba de quicio. El ruido que hacían al golpear sobre el suelo que iba a convertirse en su sudario.

El ruido del motor se hizo más sordo y hubo un chirrido hidráulico al empezar a ascender la caja del volquete. Ahora, los cuerpos caían a modo de una grotesca lluvia humana. Por un instante Harold sintió piedad, un sentimiento tan profundo que era como un dolor. Haces de leña, se dijo. Cuánta razón tenía. Eso era cuanto quedaba. Sólo... haces de leña.

—¡Ya! —gritó Chad Norris.

Kellogg apartó de allí el camión y paró el motor. Chad y sus ayudantes se acercaron a la gran sábana de plástico con rastrillos en la mano. Y entonces Harold se volvió de espaldas simulando observar el cielo para ver si iba a llover. Desde luego, no fue el único. Sin embargo oyó un sonido que le atormentaría en sus sueños, y fue el ruido de las monedas cayendo de los bolsillos de los muertos, mientras Chad y sus ayudantes, con los rastrillos, extendían los cuerpos de forma uniforme. Las monedas, al caer sobre el plástico, hacían un ruido que, de

manera absurda, recordaba a Harold el juego de la pulga. El aire cálido arrastraba el hedor repulsivo y dulzón de la putrefacción.

Al mirar de nuevo, vio a los tres hombres reuniendo los bordes del sudario de plástico, gruñendo por el esfuerzo, tensos los músculos de los brazos. Algunos de los otros hombres les ayudaron. Chad Norris apareció con una enorme grapadora industrial. Veinte minutos después había quedado terminada aquella parte del trabajo y el plástico sobre el suelo se asemejaba a una gigantesca cápsula de gelatina. Norris trepó a la cabina de un *bulldozer* de un vivo color amarillo y lo puso en marcha. La hoja dentada cayó de golpe. El vehículo se puso en marcha.

Un hombre llamado Weizak, perteneciente también al equipo de Harold, se alejó de allí con los pasos sincopados de una marioneta mal controlada. Entre los dedos le temblaba un cigarrillo.

—No puedo ver eso, amigo —dijo al pasar junto a Harold—. Resulta curioso. Hasta hoy nunca supe que era judío.

El *bulldozer* empujó el inmenso paquete de plástico hasta el interior de una gran zanja rectangular cavada en el suelo. Chad dio marcha atrás, paró el motor y saltó de la cabina. Hizo ademán a los hombres de que se aproximaran. Se acercó a uno de los camiones de obras públicas y apoyó en el estribo un pie enfundado en su bota.

—No vamos a dar vótores futbolísticos —dijo—, pero habéis hecho un buen trabajo. Supongo que hoy hemos retirado mil unidades.

Unidades, se dijo Harold.

—Sé que este tipo de trabajo resulta desmoralizador. El comité ha prometido enviarnos otros dos hombres antes de que acabe la semana, pero sé que eso no cambia en nada cómo os sentís..., cómo me siento yo mismo. Quiero decir con ello que si no os encontráis con fuerzas para soportarlo un día más, no debéis preocuparos y tratar de evitarme en la calle. Pero si creéis que no podéis seguir adelante, es importantísimo que encontréis a alguien que mañana ocupe vuestro lugar. En lo que a mí se refiere, éste es el trabajo más urgente de la zona. Por ahora no es en exceso terrible, pero si aún tenemos veinte mil cadáveres en Boulder el próximo mes, cuando llegue el tiempo húmedo puede desencadenarse una epidemia. Si os parece que podéis soportarlo os veré mañana por la mañana en la terminal de autobuses.

—Allí estaré —dijo alguien.

—Y yo también —afirmó Norman Kellogg—. Después de que esta noche pase seis horas en el baño.

Hubo risas.

—Puedes contar conmigo —ofreció Weizak.

—Y conmigo —manifestó Harold con voz tranquila.

—Es un trabajo terrible —aseguró Norris en voz baja y contenida—. Dudo que el resto de la comunidad llegue a saber nunca lo buenos que sois.

Harold tuvo una sensación de lazo de unión, de camaradería, y asustado, luchó contra ella. Aquello no formaba parte del plan.

—Te veré mañana, Halcón —dijo Weizak dándole una palmada en el hombro.

Harold esbozó una mueca sobresaltada y a la defensiva. ¿*Halcón*? ¿Qué clase de chanza era aquélla? Sin duda pesada. Un sarcasmo barato. Llamar halcón al gordo Lauder, con la cara llena de acné. Sintió que le embargaba el viejo y siniestro odio, dirigido esta vez hacia Weizak, y de repente quedó sumido en la confusión. Ya *no* estaba gordo. Ni siquiera podía llamársele robusto. Durante las siete últimas semanas le había desaparecido el acné. Weizak no sabía que un día fue el hazmerreír del colegio. Weizak ignoraba que el padre de Harold le había preguntado si era homosexual. Weizak no tenía ni idea de que Harold había sido la cruz que hubo de soportar su popular hermana. Y aunque lo hubiera sabido, probablemente le hubiera importado una mierda.

Harold trepó por la trasera de uno de los camiones, confundido. De repente, todas las viejas inquinas, las antiguas heridas y las deudas pendientes le parecían tan inútiles como el papel moneda que desbordaba las cajas registradoras de toda América.

¿Podía ser verdad? ¿Era posible que fuese cierto? Se sintió solo y asustado. No era posible que fuese verdad. Analízalo bien. Si tuviste la suficiente fuerza de voluntad para ser capaz de resistir la mala opinión de los demás, cuando pensaban que eras un mariquita, o una molestia o un saco de grasa, entonces has de tener la fuerza de voluntad para resistirte...

¿Resistirte a qué?

¿A que tengan buena opinión de ti?

¿Acaso ese tipo de lógica no era sencillamente demencial?

En su turbada mente surgió una vieja cita, algún alegato de un general sobre el internamiento de japoneses americanos durante la Segunda Guerra Mundial. Se hizo observar a dicho general que no se había producido acto de sabotaje alguno en la costa Oeste, donde se concentraban sobre todo los japoneses naturalizados americanos. La respuesta del general había sido: «El propio hecho de que no hayan tenido lugar sabotajes es una nefasta realidad».

¿Harold era como ese general? ¿Lo era?

Su camión se detuvo en el aparcamiento de la terminal de autobuses. Harold saltó por el costado, demostrando que incluso su coordinación había mejorado al mil por ciento, tal vez por haber perdido peso a causa del ejercicio que hacía casi constantemente.

La idea volvió a él, tenaz, negándose a que la sepultaran: Podría ser de gran ayuda para esta comunidad.

Pero le habían dado con la puerta en las narices.

Eso no importa. Tengo cerebro suficiente para descerrajar esa puerta. Y creo haber reunido los arrestos necesarios para abrirla una vez descerrajada.

Pero...

¡Basta ya! Parece que llevas esposas y grilletes con esa palabra. ¡Pero! ¡Pero! ¡Pero! ¿No puedes dejarlo ya, Harold? ¿No puedes bajar de tu alto y jodido caballo?

—Eh, amigo, ¿te encuentras bien?

Harold dio un salto. Era Norris, que salía de la oficina, de la que había tomado posesión. Parecía cansado.

—¿Yo? No, me encuentro bien. Estaba pensando.

—Bueno, adelante pues. Parece como si cada vez que lo hicieras acuñaras dinero para este colectivo.

Harold negó con la cabeza.

—No es verdad.

—¿No? —Chad no parecía dispuesto a discutir—. ¿Puedo dejarte en algún sitio?

—Humm... Tengo mi trasto.

—¿Sabes lo que te digo, Halcón? Creo que la mayor parte de esos tipos volverán mañana.

—Sí. Yo también.

Harold se dirigió a su motocicleta y montó. De repente se dio cuenta de que se estaba deleitando con su nuevo apodo, muy a su pesar.

Norris meneó la cabeza.

—Nunca lo creí. Imaginé que una vez vieran lo que era el trabajo, recordarían que tenían un montón de otras cosas que hacer.

—Te diré lo que pienso —dijo Harold—. Creo que resulta más fácil hacer un trabajo sucio para ti mismo que para otro. Es la primera vez en toda su vida que algunos de esos tipos trabajan realmente para sí mismos.

—Sí, supongo que hay algo de verdad en eso. Te veré mañana, Halcón.

—A las ocho —confirmó Harold, y saliendo de Arapahoe entró en Broadway.

A su derecha, un equipo formado en su mayoría por mujeres, manejaban una *decker* y una grúa intentando enderezar un camión trailer que se encontraba tumbado, bloqueando parcialmente la calle. Las rodeaban numerosos espectadores.

Este lugar ha despegado, se dijo Harold. No reconozco a la mitad de estas personas.

Enfiló hacia su casa, dándole vueltas al problema que creía haber resuelto hacía mucho tiempo. Al llegar a casa, se encontró con una pequeña Vespa blanca aparcada en la acera. Y a una mujer sentada delante de su puerta.

Se puso en pie mientras Harold avanzaba por el camino y le tendió la mano. Era una de las mujeres más sorprendentes que él había visto nunca. La había visto antes, claro, pero no tan de cerca.

—Soy Nadine Cross —dijo.

Su voz era grave, casi sorda; su apretón de manos, firme y seguro. Por un instante los ojos de Harold se clavaron involuntariamente en su cuerpo, una costumbre que sabía molestaba a las jóvenes, pero que era incapaz de reprimir. A ésta dio la sensación de no importarle. Llevaba unos pantalones de algodón ligero ceñidos a sus largas piernas y una blusa sin mangas de una especie de tejido sedoso azul claro. No llevaba sostén. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? Acaso menos. Había encanecido prematuramente.

¿*Toda ella?*, se preguntó aquella parte de su mente siempre cínica y, al parecer, perpetuamente inocente. Y su corazón latió algo más deprisa.

—Harold Lauder —dijo él sonriendo—. Llegaste con el grupo de Larry Underwood, ¿no es así?

—Así es.

—Creo saber que nos seguisteis a Stu, a Frannie y a mí a través del país. Larry vino la semana pasada y me trajo una botella de vino y algunas golosinas.

Sus palabras tenían una vibración falsa y de repente tuvo la seguridad de que ella sabía que la estaba inspeccionando, que en su mente la desnudaba. Luchó contra el apremio de humedecerse los labios y lo venció... al menos de momento.

—Es un tipo fenomenal —agregó.

—¿Larry? —Rió levemente, un sonido extraño y de algún modo críptico—. Sí, Larry es un príncipe.

Permanecieron por un momento mirándose, y Harold pensó que ninguna mujer lo había mirado con ojos tan francos y especulativos. Sintió que se excitaba de nuevo, notó un cálido cosquilleo en el vientre.

—Bien —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita *Cross*?

—Para empezar, puedes llamarme Nadine. Y puedes invitarme a que me quede a cenar. Eso hará que nos familiaricemos más.

Empezó a sentirse embargado por una excitación incontenible.

—¿Querías quedarte a cenar, Nadine?

—Con mucho gusto —contestó ella y sonrió.

Al apoyar su mano en el brazo de Harold, éste se sintió vibrar como bajo una descarga eléctrica de bajo voltaje. Los ojos de ella no se apartaron de los de él.

—Gracias —dijo Nadine.

Intentó torpemente introducir la llave en la cerradura al tiempo que pensaba: Ahora preguntará por qué cierro con llave la puerta y yo me perderé en divagaciones intentando encontrar una respuesta y quedará como un estúpido.

Pero no lo preguntó.

Fue Nadine quien preparó la cena, no él.

Harold consideraba imposible obtener con las latas una comida medio decente, pero Nadine se las compuso de maravilla. Harold, consciente de repente y aterrado por lo que había estado haciendo todo el día, preguntó a Nadine si se las arreglaría sola durante veinte minutos, mientras él se aseaba, advirtiéndose en su fuero interno que Nadine estaría allí probablemente por algún asunto importante.

Cuando volvió después de haber tomado una ducha de dos baldes y de haberse acicalado, Nadine trasteaba por la cocina. El agua bullía en la cocina de gas. Al entrar Harold, Nadine estaba echando en la olla una taza de macarrones. En el otro fuego, una mezcla melosa producía un suave borboteo. Aspiró un aroma combinado de sopa de cebolla francesa, vino y champiñones. Su estómago empezó a hacerse oír. El macabro trabajo realizado durante todo el día había perdido de repente influencia sobre su apetito.

—Huele fantástico —elogió—. No deberías haberte molestado pero no me quejo.

—Es una *casserole* Stroganoff —dijo volviéndose con una sonrisa—. Bueno... me temo que un sucedáneo. La carne enlatada no es uno de los ingredientes que se recomiendan para hacer este plato en los restaurantes refinados, pero... —Se encogió de hombros ante las inevitables limitaciones.

—Has sido muy amable al prepararla.

—No tiene importancia.

Volvió a mirarle especulativa y se volvió hacia él, con lo que la blusa se le ciñó al seno izquierdo moldeándolo deliciosamente. Un ardiente calor subió por el cuello de Harold, que se esforzó por no tener una erección. Sospechaba que su fuerza de voluntad no saldría victoriosa de la prueba. Incluso que ni siquiera lo intentaría.

—Vamos a ser muy buenos amigos —dijo Nadine.

—¿Vamos... a ser?

—Sí.

Se volvió de nuevo hacia el fuego, al parecer dando por concluido el tema y dejando a Harold con un montón de posibilidades.

Después de aquello su conversación se redujo a trivialidades, en su mayoría chismorreos de la zona. Había que reconocer que ya existían en abundancia.

En cierto momento, mediada la cena, Harold intentó de nuevo averiguar lo que la había llevado hasta allí; pero Nadine se limitó a sonreír y menear la cabeza.

—Me gusta ver comer a un hombre.

Por un instante pensó que debía referirse a algún otro, y luego se dio cuenta de que hablaba de *él*. Y vaya si comió. Se sirvió por tres veces Strogonoff, y a juicio de Harold la carne enlatada no desmerecía en absoluto la receta.

La conversación parecía encauzarse por sí misma, dejándole libre para calmar al león en su vientre y para mirarla.

¿Le parecía sorprendente? Era hermosa. Madura y hermosa. El pelo, que se lo había recogido en una coleta para desenvolverse mejor en la cocina, estaba salpicado de mechones de un blanco puro, no grises como le parecieron al principio. Tenía los ojos oscuros, de expresión grave, y cuando lo miraban con fijeza Harold sentía vértigo. Su voz era baja, y hablaba con tono confidencial. Aquel sonido empezó a afectarle de una manera que resultaba a la vez incómoda y placentera.

Una vez terminada la cena, Harold se dispuso a levantarse pero Nadine se le adelantó.

—¿Café o té?

—Yo puedo...

—Puedes pero no lo harás. Café, té... ¿o yo? —Sonrió, no como alguien que hubiera hecho una observación atrevida, sino con una leve y dulce sonrisa. Y de nuevo aquella mirada sugerente.

—Las dos últimas cosas —repuso Harold con indiferencia en tanto su mente era un torbellino. Y apenas fue capaz de una explosión de risa adolescente.

—Bien, empezaremos con té para dos —decidió Nadine dirigiéndose al fogón.

Tan pronto como ella dio media vuelta, a Harold le subió una oleada de ardor y no dudó que había enrojecido. ¡Menudo seductor estás resultando!, se imprecó enfebrecido. Has interpretado de manera equivocada una observación de lo más inocente, como el maldito loco que eres, y probablemente has echado a perder una ocasión estupenda. ¡Te lo tienes merecido por gilipollas!

Cuando Nadine llevó a la mesa las tazas de té humeantes, el violento rubor casi se había desvanecido y Harold había recuperado el dominio de sí mismo. El vértigo se transformó, con la misma brusquedad, en desesperanza. Sentía, no por primera vez, que su cuerpo y su mente habían sido introducidos con artimañas en un coche de una montaña rusa formada de pura emoción. Lo aborrecía pero era incapaz de salir de ella.

Si estuviera interesada en mí, y cabría preguntarse por qué habría de estarlo, se dijo tristemente, sin duda he contribuido a fastidiarlo haciendo gala de mi memez.

Bien, ya había hecho cosas así antes y suponía que podría seguir viviendo con el convencimiento de haberlas vuelto a hacer.

Nadine lo miró por encima del borde de la taza, con aquellos ojos de una franqueza desconcertante, y sonrió de nuevo. Los jirones de ecuanimidad que él había sido capaz de conservar se desvanecieron con rapidez.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó.

Sonó como una estúpida frase de doble sentido pero algo *tenía* que decir, ya que sin duda ella había ido hasta allí con algún fin. Se dio cuenta de que, en su confusión, le estaba fallando su propia sonrisa protectora.

—Sí —respondió ella dejando la taza con movimiento decidido—. Sí que puedes. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente. ¿Te parece que vayamos a la sala de estar?

—Desde luego.

Le temblaba la mano y, al depositar la taza sobre la mesa y ponerse en pie, derramó parte del líquido. Mientras la seguía a la sala, se fijó en la suavidad con que sus pantalones se le ceñían a las nalgas. Era el reborde de las bragas el que rompía el aspecto liso de la mayoría de los pantalones de las mujeres. Lo había leído en alguna parte, tal vez en una de las revistas que guardaba al fondo del armario de su dormitorio, detrás de las cajas de zapatos. Y la revista seguía diciendo que, si las mujeres querían tener un aspecto suave, sin rastro de costuras, debían prescindir de las bragas.

Tragó saliva. O al menos lo intentó. Algo enorme parecía bloquearle la garganta.

La sala de estar se hallaba en penumbra, iluminada tan sólo por la luz que se filtraba a través de las cortinas echadas. Eran pasadas las seis y media. Fuera, la tarde iba deslizándose hacia el crepúsculo. Harold se acercó a una ventana para descorrer la cortina y dejar que penetrara más luz; pero Nadine le puso la mano en el brazo. Harold se volvió hacia ella con la boca seca.

—Las prefiero corridas. Proporcionan mayor intimidad.

—Intimidad —graznó Harold.

—Para que pueda hacer esto —dijo Nadine y con un movimiento ligero se cobijó entre sus brazos.

Era la primera vez en su vida que a Harold le ocurría algo semejante y su asombro no tenía límites. Podía sentir la suave presión de cada uno de sus senos a través de su camisa de algodón blanca y de la sedosa blusa azul de ella. Y el vientre de Nadine, firme aunque vulnerable, pegado al suyo, sin mostrar timidez alguna ante el roce de su erección. De ella emanaba un aroma dulce, tal vez de perfume, o quizá su *propio olor* semejante a un secreto mensaje. Las manos de Harold encontraron su pelo y se hundieron en él.

Finalmente se besaron. El cuerpo de ella seguía adherido al de él como una llama suave. Sería unos ocho centímetros más baja y tenía la cara levantada hacia él. Se le ocurrió, de manera confusa, que aquélla era una de las ironías más divertidas de su vida. Cuando finalmente el amor, o un razonable facsímil, le había encontrado, era como si se deslizara hacia una historia sentimental de las páginas de una satinada revista femenina. Él había afirmado en cierta ocasión, en una carta enviada a *Redbook*, que los autores de semejantes historias eran uno de los pocos argumentos convincentes a favor de la eugenesia obligatoria.

Nadine tenía los labios entreabiertos y húmedos y los ojos brillándole casi... casi como estrellas. El único detalle que en buena ley no admitía comparación con el romántico estilo de *Redbook* era su erección, realmente asombrosa.

—Ahora —musitó ella—. Hagámoslo en el diván.

Sin saber muy bien cómo, llegaron hasta él y quedaron enlazados. A ella se le había soltado el pelo y le caía sobre los hombros, su perfume parecía inundarlo todo. Harold tenía las manos sobre sus senos y a ella no parecía importarle. No la acarició. En su frenética necesidad, lo que hizo fue intentar penetrarla a viva fuerza.

—Eres virgen —dijo Nadine.

No había formulado una pregunta, y para él era más fácil no tener que mentir. Asintió.

—Entonces haremos esto primero. La próxima vez será más lento y mejor.

Le desabrochó los vaqueros y pasó ligeramente la yema del dedo índice por el vientre de él, justo debajo del ombligo. Harold se sintió estremecer y vibrar.

—Oh, Nadine...

—Chisst. —Tenía la cara oculta por el pelo, lo cual hacía imposible ver su expresión.

Le bajó la cremallera y aquella cosa ridícula, que todavía lo parecía más por el calzoncillo de algodón blanco que semejaba envolverla, brincó semejante al muñeco con resorte de una caja sorpresa. Aquella cosa ridícula no tenía conciencia de su aspecto patético, porque su función era mortalmente seria. La cuestión de la virginidad siempre es mortalmente seria...

—Mi blusa...

—¿Puedo...?

—Sí, eso es lo que quiero. Y luego me ocuparé de ti.

«Me ocuparé de ti». Aquellas palabras resonaron en su mente como piedras lanzadas a un pozo, y entonces se encontró chupando codicioso su seno, saboreando la dulzura de ella.

Nadine contuvo el aliento.

—Esto es delicioso, Harold.

«Me ocuparé de ti». Las manos de Nadine se deslizaron por la cintura de sus calzoncillos, y los vaqueros le cayeron alrededor de los tobillos con un tintineo de llaves.

—Levántate —musitó Nadine y él lo hizo.

Duró menos de un minuto. Harold gimió con toda la fuerza de su clímax, incapaz de evitarlo. Era como si alguien hubiera aplicado una cerilla a toda su red nerviosa, justo debajo de la piel, donde los nervios se hundían para formar el tejido vivo de su ingle. Ahora comprendía por qué tantos escritores establecían una conexión entre el orgasmo y la muerte.

Luego quedó tumbado boca arriba, la cabeza sobre el brazo del sofá, jadeando con la boca abierta. Temía mirar hacia abajo. Tenía la impresión de haberlo salpicado todo con un río de semen.

«¡Hemos encontrado petróleo, muchacho!».

La miró, avergonzado por el pistoletazo con que se había descargado. Pero ella le sonreía con aquellos ojos oscuros y serenos que parecían saberlo todo, los ojos de una muchacha muy joven en un cuadro Victoriano. Una joven que acaso sepa demasiado sobre su padre.

—Lo siento —farfulló Harold.

—¿Por qué?

No apartaba los ojos de él.

—No has sacado mucho de todo esto.

—*Au contraire*. He obtenido una gran satisfacción.

Pero Harold no creía que aquello fuera a lo que ella se había referido. Antes siquiera de que pudiese reflexionar sobre ello, Nadine prosiguió:

—Eres joven. Podemos hacerlo cuantas veces quieras. Pero tienes que saber algo. —Le hizo una ligera caricia—. Me dijiste que eras virgen. Bien, yo también lo soy.

—¿Tú...? —Su expresión de asombro debió de resultar divertida porque ella rompió a reír echando atrás la cabeza.

—¿No hay lugar para la virginidad en tu filosofía, Horacio?

—No... sí... pero...

—Soy virgen. Y voy a seguir siéndolo. Porque es otro quien ha de... quien ha de hacer que deje de serlo.

—¿Quién?

—Tú sabes quién.

Se quedó mirándola, sintiendo que le embargaba un frío glacial. Ella le miró a su vez con calma.

—¿Él?

Nadine se volvió a medias y asintió.

—Pero puedo enseñarte cosas —dijo manteniendo los ojos apartados—. Cosas en las que jamás siquiera has... No, retiro eso. Tal vez sí las hayas soñado. Lo que nunca soñaste fue llegar a hacerlas. Podemos jugar, embriagarnos con ellas, hartarnos de ellas. Podemos... —Le dirigió una mirada tan lasciva y sensual que le hizo volver a sentirse excitado—. Podemos hacer cualquier cosa... podemos hacerlo *todo*... salvo un pequeño detalle. Y ese detalle en realidad carece de importancia, ¿no crees?

En su mente se agitaron máquinas en torbellino: lencería de seda, botas de cuero, artilugios eróticos... ¡Fantasías de colegial! Todo aquello era como una ensoñación. Una fantasía engendrada por la fantasía, el retozo de un mal sueño. Necesita todas esas cosas, la necesitaba a *ella*, pero también necesitaba algo más.

—Puedes decírmelo todo —le aseguró ella—. Seré tu madre, tu hermana, tu novia o tu esclava. Todo cuanto has de hacer es decírmelo, Harold.

¡Qué ecos tenía aquello en su mente! ¡Cómo le embriagaba!

Abrió la boca y la voz que emitió era tan discordante como el tañido de una campana rajada.

—Pero por un precio. ¿No es así? Nada es gratis. Ni siquiera ahora cuando todo está por ahí esperando que lo cojan.

—Yo quiero lo que tú quieres —contestó ella—. Sé lo que hay en tu corazón.

—Nadie sabe eso.

—Lo que está en tu corazón es tu libro mayor. Lo puedo leer ahí... Sé dónde se encuentra pero no lo necesito.

Harold se sobresaltó y la miró con un sentimiento de bochornosa vergüenza.

—Solía estar ahí, debajo de esa losa suelta —dijo Nadine señalando hacia el hogar—, pero lo cambiaste. Ahora está en el desván.

—¿Cómo sabes...? ¿Cómo?

—Lo sé porque *él* me lo dijo. Puedes decir que me escribió una carta. Y aún más importante, me habló de *ti*, Harold, de cómo ese vaquero te quitó a tu mujer y luego te mantuvo apartado del comité. *Él* quiere que nosotros estemos juntos, Harold. Y es generoso. Desde ahora hasta que nos vayamos de aquí. —Lo tocó y sonrió—. Así pues, de ahora en adelante es tiempo de juego. ¿Lo comprendes?

—Yo...

—No, no lo comprendes —repuso ella—. Pero lo comprenderás, Harold. Lo comprenderás.

Se le ocurrió absurdamente pedir a Nadine que le llamara Halcón.

—¿Y más adelante, Nadine? ¿Qué querrá más adelante?

—Lo mismo que quieres tú. Y lo que quiero yo. Lo que casi hiciste a Redman la primera noche que salisteis en busca de la anciana... Pero a mayor escala. Y cuando eso esté hecho, podremos estar con él. Quedarnos con él.

Entornó lo ojos en una especie de éxtasis. El hecho de que ella amara al otro, pero se diera a él, e incluso gozara, despertó de nuevo el deseo en él, un deseo ardiente e intenso.

—¿Y qué pasará si digo que no?

Nadine se encogió de hombros y el movimiento hizo que sus senos se agitaran deliciosamente.

—La vida continuará. ¿No crees, Harold? Yo intentaré encontrar otra manera de hacer lo que tengo que hacer. Tú seguirás adelante. Más pronto o más tarde encontrarás a una joven que quiera hacer ese... ese pequeño detalle contigo. Pero esa pequeña cosa resulta tediosa al cabo de un tiempo. Muy tediosa.

—¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó con suspicacia.

—Lo sé porque el sexo es la vida en pequeño y la vida es muy tediosa... El tiempo transcurre en diversas salas de espera. Aquí puedes lograr tus pequeñas glorias, Harold, pero ¿con qué fin? En general será una vida monótona, decadente; siempre me recordarás sin mi blusa y siempre te preguntarás cuál habría sido mi aspecto sin nada. Te preguntarás cómo lo habrías pasado oyéndome decirte obscenidades, o viendo cómo cubro con miel tu cuerpo, lamiéndolo luego, y te preguntarás...

—Cállate —pidió Harold. Temblaba de pies a cabeza.

Pero ella no calló.

—Creo que también te preguntarás cómo hubiera sido en *su* lado del mundo —dijo—. Esto quizá más que cualquier otra cosa.

—Yo...

—Decídete, Harold. ¿Vuelvo a ponerme la blusa o me lo quito todo?

¿Por cuánto tiempo lo pensó? No lo sabía. Más adelante ni siquiera se sintió seguro de haber sopesado la pregunta. Pero, cuando habló, las palabras tenían sabor a muerte en sus labios.

—En el dormitorio. Vayamos al dormitorio.

Nadine le sonrió, una sonrisa de triunfo y promesas sensuales que le hizo estremecerse.

Nadine le cogió la mano.

Y Harold Lauder sucumbió a su destino.

La casa del juez tenía vistas a un cementerio.

Larry y él se hallaban sentados en el porche después de la cena, fumando puros Roi Tan y contemplando cómo el crepúsculo teñía las montañas de un pálido tono anaranjado.

—Cuando yo era niño —dijo el juez—, vivíamos a pocos pasos del cementerio más hermoso de Illinois. Se llamaba Monte Esperanza. Cada noche, después de cenar, mi padre, que tenía entonces unos sesenta años, solía ir a dar un paseo, y algunas veces yo le acompañaba. Y si el paseo nos conducía hasta aquella necrópolis tan perfectamente conservada, solía preguntar: «¿Qué te parece, Teddy? ¿Hay alguna esperanza?», yo le respondía: «Hay un Monte Esperanza», y él siempre estallaba en una carcajada como si fuera la primera vez que lo decía. Creo que me llevaba por el camino del camposanto sólo para compartir el chiste conmigo. Era un hombre rico, pero ése era el chiste más gracioso que parecía conocer.

El juez fumaba con el mentón bajo y los hombros encorvados.

—Murió en 1937, cuando yo tenía veinte años. Y siempre lo he añorado. Un chico no necesita un padre si no es un buen padre, pero un buen padre resulta indispensable. Ninguna esperanza excepto Monte Esperanza. ¡Cuánto le gustaba eso! Murió a los setenta y ocho años, y como un rey, Larry. Sentado en el sillón de la salita con el periódico en el regazo.

Larry, que no sabía muy bien cómo responder a aquel ramalazo de nostalgia, no dijo nada.

El juez suspiró.

—Esto va a ser complicado dentro de poco —vaticinó—. Es decir, si puedes recuperar el poder. De lo contrario, la gente se pondrá nerviosa y empezará a emigrar al sur antes de que les atrape el mal tiempo.

—Ralph y Brad dicen que ocurrirá, y yo confío en ellos.

—Entonces lo mejor será esperar que nuestra confianza esté bien fundada, ¿no? Quizá sea bueno que la anciana se haya ido. Tal vez ella supiera que sería mejor así. Acaso la gente debe ser libre para juzgar por sí misma cuáles son los augurios, y distinguir si un árbol tiene cara o si la cara sólo es un truco de luces y sombras. ¿Me entiendes, Larry?

—No, señor. Creo que no —respondió con sinceridad.

—Me pregunto si tendremos que reinventar toda esa aburrida monserga de dioses, salvadores y eternidades, antes de reinventar el inodoro. Eso es lo que quiero decir. Me planteo si es momento oportuno para dioses.

—¿Crees que ha muerto?

—Hace seis días que desapareció, y la comisión de búsqueda no ha encontrado rastro de ella. Sí, creo que está muerta, pero no lo sé con certeza. Era una mujer asombrosa, que no encajaba en ningún esquema racional. Quizá una de las razones por las que me alegro de que se haya ido es que soy un viejo cascarrabias racional. Me gusta ceñirme a mi vida cotidiana: regar el jardín. ¿Has visto cómo he hecho florecer las begonias? Me siento orgulloso de eso. Me gusta leer libros y tomar apuntes para mi obra sobre la epidemia. Me agrada hacer todo eso y después tomarme un vaso de vino a la hora de acostarme y dormirme con la conciencia tranquila. Sí. Ninguno de nosotros desea asistir a portentos y presagios, aunque nos entusiasmen los relatos de fantasmas y las películas de terror. Ninguno de nosotros quiere contemplar *realmente* una estrella en el este, ni una columna de fuego en la noche. Deseamos paz, racionalidad y rutina. Si hemos de ver a Dios en el rostro de una anciana negra, ello nos obligará a recordar que por cada dios existe un diablo... y el nuestro puede estar más cerca de lo que nos gustaría.

—Por eso estoy aquí —murmuró Larry incómodo.

Lamentaba que el juez hubiera mencionado su jardín, sus libros, sus apuntes y su vaso de vino. Había tenido una idea brillante durante una reunión de amigos y había hecho una sugerencia a la ligera. Ahora se preguntaba si podría acabar de hablar sin parecer un cretino cruel y oportunista.

—Sé por qué estás aquí, y lo acepto.

Larry dio un respingo, tensando y haciendo crujir la silla de mimbre.

—¿Quién se lo ha dicho? Se consideraba absolutamente confidencial, juez. Si algún miembro del comité se ha ido de la lengua estamos en un aprieto.

El juez le interrumpió con una mano cubierta de manchas hepáticas. Los ojos brillaban en aquel rostro castigado por el tiempo.

—Despacio, muchacho, despacio. Nadie del comité ha hablado, que yo sepa, y estoy atento a los rumores. No, me susurré el secreto a mí mismo. ¿Por qué has venido esta noche? Tu rostro es transparente, Larry; espero que no juegues al póquer. Mientras hablaba de mis pocos y sencillos placeres, vi que se te demudaba el rostro... y aparecía una expresión de angustia bastante cómica...

—¿Le parece gracioso? ¿Qué debería hacer? ¿Mostrarme feliz porque... porque...?

—Porque me envían al Oeste —completó el juez con calma—. A espiar el territorio. ¿Se trata de eso?

—Exacto.

—Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que se les ocurriera la idea. Desde luego es importantísimo e indispensable si se quiere proporcionar a la Zona Libre una oportunidad real de supervivencia. No sabemos con exactitud qué trama él allí. Podría también estar en la cara oculta de la luna.

—Si es que está allí.

—Oh, claro que sí. No lo dudes. —Sacó un diminuto alicate del bolsillo del pantalón y empezó a cortarse las uñas, con ligeros chasquidos que subrayaban sus palabras—. Dime, ¿el comité ha discutido lo que sucedería si aquello nos gusta más y decidiéramos quedarnos?

La idea desconcertó a Larry. Le contestó al juez que eso no se le había ocurrido a nadie.

—Supongo que él ha conseguido recuperar la electricidad —comenzó el juez con engañosa indiferencia—. Eso tiene su atracción, ¿sabes? Es evidente que ese tipo, Impening, la sintió.

—A enemigo que huye puente de plata —exclamó Larry con tono hosco.

El juez rió y luego dijo:

—Saldré mañana. En un Land-Rover, supongo. Hacia el norte hasta Wyoming y después hacia el oeste. ¡Gracias a Dios todavía puedo conducir bastante bien! Cruzaré Idaho y me dirigiré al norte de California. Quizá necesite dos semanas para llegar y más tiempo para volver. Es posible que al regreso encuentre nieve.

—Sí, ya hemos hablado de esa posibilidad.

—Y soy viejo. Los viejos somos propensos a las crisis cardíacas y a la estupidez. Supongo que enviarán refuerzos.

—Bueno...

—No, no debes hablar de eso, retiro la pregunta.

—Mire, puede negarse a ir. Nadie le está apuntando con una pisto...

—¿Intentas verte libre de tu responsabilidad conmigo? —preguntó el juez con energía.

—Quizá. Es posible que piense que tiene una posibilidad sobre diez de volver, y una sobre veinte de regresar con información útil. Intento decirle de forma amable que pude haber cometido un error. Tal vez es usted demasiado anciano.

—Soy demasiado viejo para lanzarme a aventuras —admitió el juez dejando a un lado los alicates—. Pero no para hacer lo que me parece correcto. En alguna parte hay una anciana que probablemente murió de una forma terrible porque creía que era lo correcto. Acuciada por manías religiosas, no tengo la menor duda. Pero las personas que se esfuerzan por hacer lo que es debido, siempre parecen locas. Iré. Pasaré frío. Mis intestinos no funcionarán bien. Me sentiré solo. Echaré de menos mis begonias. Pero... —miró a Larry, y sus ojos brillaron en la oscuridad— también estaré alerta.

—No lo dudo —convino Larry, y sintió ganas de llorar.

—¿Cómo está Lucy? —inquirió el juez, al parecer cerrando el tema de su partida.

—Bien. Los dos estamos bien.

—¿Ningún problema?

—Ninguno.

Pensó en Nadine. Algo relacionado con la desesperación que había observado cuando la vio por última vez seguía inquietándole profundamente. «Eres mi última oportunidad», había exclamado. Extrañas palabras, casi suicidas. ¿Y qué ayuda se le podía prestar? ¿La psiquiatría? Resultaba ridículo, cuando lo mejor que tenían para hacer las veces de médico era un veterinario. Ya ni siquiera funcionaba el teléfono de la esperanza.

—Es bueno que estés con Lucy —comentó el juez—. Pero tengo la impresión de que te preocupa la otra mujer.

—Sí, es cierto. —Le resultaba difícil continuar, pero el hecho de desahogarse y confesarlo le alivió mucho—. Temo que ella esté pensando en... el suicidio. —Y se apresuró a agregar—: No sólo por mí, no crea que pienso que una chica pueda matarse porque ha perdido al

fascinante Larry Underwood. Pero el niño al que cuidaba ha salido del caparazón y me parece que se siente sola, sin nadie que dependa de ella.

—Si su depresión se convierte en un problema crónico y obsesivo puede llegar a matarse —dictaminó el juez con una indiferencia escalofriante.

Larry lo miró sorprendido.

—Pero uno no puede dividirse en dos —prosiguió el juez—. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Y la elección está hecha?

—Sí.

—¿Definitivamente?

—Sí.

—Entonces acostúmbrate a la idea —sentenció el juez con énfasis—. ¡Por el amor de Dios, Larry, crece! Desarrolla un poco de autosacrificio. Cuando es excesivo, se trata de una mala cosa, el cielo lo sabe; pero una pizca respecto a tus escrúpulos es indispensable. Es al alma lo que un buen baño de sol a la piel. Sólo puedes dominar tu alma, y de vez en cuando algún psiquiatra majadero pone en cuestión tu habilidad para hacer incluso eso. ¡Madura! Lucy es una mujer estupenda. Asumir otras responsabilidades aparte de ella y de tu alma sería pedir demasiado. Y pedir demasiado es una de las formas más comunes de la humanidad para encaminarse al desastre.

—Me gusta hablar con usted —exclamó Larry, y la franca ingenuidad del comentario le sorprendió y divirtió al mismo tiempo.

—Probablemente porque te digo lo que quieres oír —respondió el juez con parsimonia, y añadió—: Hay diversas maneras de suicidarse, ¿sabes?

No pasaría mucho tiempo antes de que Larry tuviera oportunidad de recordar esa reflexión en circunstancias amargas.

Al día siguiente, a las ocho y cuarto de la mañana, el camión de Harold salía de la terminal de autobuses Grayhound para volver a Table Mesa. Weizak y otros dos iban sentados en la parte trasera. Norman Kellogg y otro hombre viajaban en la cabina. Se encontraban en el cruce de Arapahoe y Broadway cuando un Land Rover flamante avanzó despacio hacia ellos.

Weizak agitó la mano y gritó:

—¿Adónde va, juez?

El juez, un poco ridículo con camisa de lana y chaleco, frenó.

—Se me ha ocurrido pasar el día en Denver —respondió en tono apacible.

—¿Y piensa llegar con ese trasto? —preguntó Weizak.

—Oh, supongo que sí, si evito las carreteras más transitadas.

—Bueno, si pasa por un *sex-shop*, ¿por qué no se trae un buen cargamento?

Todos, incluido el juez recibieron la broma con carcajadas. Todos menos Harold. Esa mañana estaba pálido y ojeroso, como si hubiera descansado mal. En realidad casi no había dormido. Tal y como predijo Nadine, la noche anterior había materializado muchos de sus sueños. Sueños perversos, a decir verdad. Ya esperaba ansioso la próxima noche, y la broma de Weizak en torno a la pornografía no merecía más que una sonrisita, ahora que tenía una experiencia de primera mano. Nadine aún dormía cuando él salió. Antes de abandonar el maratón sexual, alrededor de las cuatro, ella le había dicho que quería leer su diario. Harold le contestó que lo hiciera si lo deseaba. Se estaba poniendo a merced de ella, pero el aturdimiento le impedía pensar con claridad. No obstante, era lo mejor que había escrito en toda su vida y el factor decisivo fue su deseo... No, su *necesidad*. Su necesidad de que otra persona leyera su buen trabajo.

Ahora Kellogg se asomó por la cabina, y miró en dirección al juez.

—Cúidese, abuelo. ¿Lo hará? Últimamente anda gente rara por los caminos.

—Ya lo creo —asintió el juez con una sonrisa extraña—. Por supuesto que me cuidaré. Buenos días, señores. Buenos días, señor Weizak.

Hubo otro estallido de risas y partieron.

El juez no se dirigió a Denver. Cuando llegó a la carretera 36, la cruzó y tomó la 7. El sol de la mañana era radiante y tibio y en aquella ruta secundaria no había tráfico como para encontrarse con bloqueos. En Brighton la cosa estaba peor. Llegó un momento en que tuvo que dejar la carretera y rodear el campo de *rugby* del instituto local para no verse metido en un colosal atasco. Continuó hacia el este, hasta la interestatal 25. Un giro a la derecha le hubiera llevado a Denver. Pero viró a la izquierda, en dirección al norte, y enfiló la rampa

divisoria. A medio descenso, dejó el coche en punto muerto y miró de nuevo a la izquierda, hacia el este, donde las montañas Rocosas se elevaban majestuosas sobre el fondo azul del cielo con Boulder a sus pies.

Le había dicho a Larry que era demasiado anciano para aventuras. Que Dios le perdonara, porque le había mentido. Hacía veinte años que su corazón no latía a tanta velocidad, que el aire no le ofrecía un olor tan embriagador, que los colores no eran tan intensos. Seguiría por la 25 hasta Cheyenne y luego en dirección oeste hacia lo que le esperara al otro lado de las montañas. Su piel, curtida por los años, sintió escalofríos y el vello se le erizó un poco ante la idea. La interestatal 80 hacia el oeste, hasta Salt Lake City; luego cruzaría Nevada hasta Reno. Después volvería a tomar dirección sur; pero eso ya no importaba. En algún lugar entre Salt Lake y Reno, quizá incluso antes, le harían detenerse, le interrogarían, y probablemente le enviarían a alguna parte para volver a ser interrogado. Y en un sitio u otro se le haría una invitación.

Era imposible pensar que pudiera encontrar por sí solo al hombre oscuro.

—Adelante, amigo —se dijo.

Puso en marcha el Rover y entró en la autopista. Había tres carriles hacia el norte relativamente despejados. Tal y como se había imaginado, los atascos y diversos accidentes en Denver habían provocado una disminución en el tráfico, el cual era denso en sentido contrario, para los infelices que habían optado por el sur suponiendo que esa dirección sería mejor. Pero él circulaba bien, al menos por el momento.

El juez Farris conducía feliz. Había descansado poco la última noche, pero dormiría mejor hoy, bajo las estrellas, con su decrepito cuerpo enfundado en dos sacos de dormir. Se preguntó si volvería a ver Boulder, y llegó a la conclusión de que las posibilidades eran escasas. No obstante, su excitación era grande.

A primera hora de esa tarde, Nick, Ralph, y Stu pedalearon hasta el norte de Boulder, donde Tom Cullen vivía solo en una casita estucada. La casa de Tom ya se había convertido en un monumento para los «antiguos» residentes de Boulder. Stan Nogotny decía que era como si los católicos, los baptistas y los adventistas del Séptimo Día se hubieran unido a los demócratas y a la secta Moon para organizar una Disneylandia religioso-política.

El jardín de la entrada era una insólita exposición de estatuas. Había una docena de vírgenes María, algunas de ellas dedicadas al parecer a alimentar bandadas de rosados flamencos de plástico. El mayor de ellos era más alto que Tom, y se apoyaba en el suelo sobre una sola pata que terminaba en un perno de cuatro puntas. Había un enorme pozo de los deseos con un colosal Jesús de plástico fluorescente con los brazos extendidos en el cubo ornamental, al parecer para bendecir a los flamencos. Junto al pozo, descansaba una gran vaca de yeso que aparentaba estar bebiendo de un baño para pájaros.

La puerta principal se abrió bruscamente y Tom salió a recibirlos con el torso desnudo. Visto de lejos, pensó Nick, parecía un escritor o pintor de asombrosa virilidad, con sus brillantes ojos azules y aquella hirsuta barba rojiza. Desde más cerca, esa imagen cambiaba por otra menos intelectual... Tal vez la de un artesano de la contracultura que había sustituido la originalidad por el *kitsch*. Y sólo desde muy cerca, cuando lo habías visto sonreír y divagar durante un par de minutos, te dabas cuenta de que en la cabeza de Tom Cullen había bastantes cables cruzados.

Nick sabía que una de las razones por las que sentía una gran simpatía por Tom consistía en que también a él le habían considerado un retrasado mental, porque su defecto le había impedido aprender a leer y escribir, y porque la gente daba por descontado que todo sordomudo tenía que ser retardado. Había escuchado todo tipo de alusiones al respecto. Le falta un tornillo, blando de sesera, está chiflado, ha perdido la chaveta. Recordaba la noche en que había entrado a tomarse un par de cervezas en Zack, el bar de las afueras de Shoyo, la noche en que Ray Booth y sus compinches le dieron un susto. El camarero se dirigió al fondo de la barra para hablar en tono confidencial con un parroquiano. Su mano ocultaba parte de la boca, así que Nick sólo consiguió descifrar fragmentos de lo que estaba diciendo. Pero tampoco necesitaba más: «Sordomudo... seguramente retrasado... casi todos lo son...».

Pero entre todos los términos despectivos para calificar la disminución mental, había uno que a Tom Cullen sí le cuadraba. Nick ya se lo había aplicado a menudo, y con gran pena, en el silencio de su mente. «El chico no juega con todas las cartas». Ése era el problema de Tom. Todo se reducía a esto. Y lo triste en su caso era que le faltaban pocas cartas, y de poco calor

además: un dos de diamantes, acaso un tres de tréboles. Pero sin ellos no se podía tener un buen juego de nada. Ni siquiera se podía terminar un solitario sin la baraja completa.

—¡Nicky! —exclamó Tom—. ¡Cuánto me alegra verte! ¡Cielos! ¡Tom Cullen está muy contento!

Le echó los brazos al cuello y le dio un fuerte abrazo. Nick observó que las lágrimas escocían su ojo enfermo detrás del parche negro que aún solía llevar en días de sol radiante como éste.

—¡Y también a Ralph! —confirmó Tom—. Y al otro. Tú eres... Déjame pensar...

—Soy... —empezó Stu.

Nick le hizo callar con la mano izquierda. Había estado practicando nemotecnia con Tom y, al parecer funcionaba. Si se quería asociar algo que sabías con un nombre que querías recordar, muy a menudo daba resultado. Rudy también le había iniciado, muchos años atrás.

Se sacó el bloc de notas del bolsillo, garabateó y lo alargó a Ralph para que leyera en voz alta.

Ralph, frunciendo un poco el entrecejo, así lo hizo.

—¿Qué te gustaría comer que se presenta en plato hondo con carne, verduras y salsa?

Tom se quedó inmóvil. La viveza desapareció de su rostro, su boca se abrió fláccidamente y se convirtió en la imagen de la imbecilidad.

Stu se removió incómodo y dijo:

—Nick, ¿no crees que deberíamos...?

Nick se llevó el dedo a los labios para imponerle silencio, y, en el mismo instante Tom volvió a recuperar el ánimo.

—¡Stew!^[8] —contestó brincando y riendo—. ¡Eres Stew!

Miró a Nick en busca de confirmación, y éste le hizo la señal de victoria.

—¡Stew, Tom Cullen lo sabe, *todo el mundo* lo sabe!

Nick indicó la puerta de la vivienda de Tom.

—¿Queréis pasar? ¡Diablos, sí! Entremos todos, Tom ha decorado su casa.

Ralph y Stew intercambiaron una mirada divertida mientras seguían a Nick y a Tom en dirección a los escalones de la entrada. Tom siempre estaba «decorando» su casa. No la «amueblaba», puesto que la casa ya lo estaba cuando se mudó. El interior parecía un revoltijo demencial de fantasías infantiles.

Justo al lado de la puerta había colgada una enorme jaula dorada con un loro verde disecado. Nick tuvo que agacharse para pasar por debajo. La clave consistía, pensó, en que las decoraciones de Tom no eran a base de objetos escogidos al azar, lo cual hubiera convertido aquella casa en una especie de tienda de artículos usados. Allí había algo más, algo que parecía un poco al margen de las configuraciones que pudiera captar una mente común. Encima de la repisa de la sala destacaba un bloque cuadrangular salpicado de anuncios: BIENVENIDOS CON SU VISA CARD, DIGA SÓLO MASTERCARD, ACEPTAMOS AMERICAN EXPRESS, DINER'S CLUB. ¿Cómo había descubierto Tom que todos aquellos anuncios formaban parte de un mismo esquema? No sabía leer, pero de alguna forma había captado la pauta.

Sobre la mesilla había un gran extintor de incendios de plástico. En el alféizar de la ventana, donde podía atrapar los rayos de sol y proyectar en la pared fríos y luminosos abanicos azules, reposaba la luz giratoria de un coche patrulla.

Tom les enseñó toda la casa. La sala de juegos del sótano estaba atestada de pájaros y animales embalsamados encontrados en la tienda de un taxidermista; los tenía colgados con cuerdas de piano casi invisibles y parecían volar. Había búhos, halcones e incluso un águila con las plumas apolilladas y un solo ojo de vidrio amarillo. En un rincón, una marmota se erguía sobre sus patas traseras, un topo, un zorro y una comadreja ocupaban los tres ángulos restantes. En el centro de la habitación había un coyote que de alguna forma parecía el foco de atracción de los demás animales menores.

La barandilla de la escalera estaba forrada con tiras rojas y blancas de papel Contact, por lo que recordaba el símbolo cilíndrico de una barbería. En el pasillo de arriba y colgados también de cuerdas de piano, había aviones caza de la Segunda Guerra Mundial: Fokkers, Spads, Stukas, Spitfires, Zeros, Messerschmitts. El suelo del cuarto de baño había sido pintado de color azul eléctrico y allí estaba la extensa colección de barquitos de juguete, navegando en un mar de esmalte alrededor de cuatro islas de porcelana y un continente de porcelana blanca: las patas de la bañera y la base del inodoro.

Por fin, Tom los condujo de nuevo a la sala y tomaron asiento debajo del montaje de las tarjetas de crédito y frente a un retrato tridimensional de John y Robert Kennedy que tenía un

fondo de nubes con ribetes dorados. Al pie, una leyenda proclamaba: hermanos unidos en el cielo.

—¿Les gustan las decoraciones de Tom? ¿Qué opinan? ¿Bonitas?

—Muy bonitas —dijo Stu—. Dime, ¿esos pájaros del sótano no te ponen nervioso?

—¡Cielos, no! —exclamó Tom atónito—. ¡Están rellenos de serrín!

Nick le pasó una nota a Ralph.

—Tom, Nick quiere saber si aceptas que vuelvan a hipnotizarte. Como cuando lo hizo Stan. Esta vez es importante, y no sólo un juego. Nick dice que después te lo explicará.

—Adelante —respondió Tom—. *Tieeeeeenes... muuuuuchoooo... sueeeño... ¿verdad?*

—Sí, eso es —confirmó Ralph.

—¿Quieren que vuelva a mirar el reloj? No me molesta. Ya saben, cuando lo hacen oscilar de un lado a otro. *Muuuuchoooo... sueeeño... —Les miró dubitativo—. Aunque no me siento muy somnoliento. Cielos, no, anoche me acosté temprano. Tom Cullen siempre se acuesta temprano porque no hay televisión para mirar.*

—Tom —murmuró Stu—, ¿te gustaría ver un elefante?

Los ojos de Tom se cerraron de inmediato. La cabeza se bamboleó, hacia delante. Su respiración se hizo profunda, con aspiraciones largas y lentas. Stu observó el fenómeno atónito. Nick le había dado la frase clave, pero no sabía si creer en que diera resultado. Y nunca pensó que sería tan rápido.

—Es como ponerle la cabeza bajo el ala a una gallina —se maravilló Ralph.

Nick le alargó a Stu el *guión* preparado. Stu miró a Nick, el cual le devolvió la mirada, y luego asintió con solemnidad para que Stu prosiguiera.

—Tom, ¿me oyes? —preguntó.

—Sí, te oigo —respondió Tom, y el timbre de su voz sobresaltó a Stu.

Era muy distinto al normal de Tom, aunque no identificaba con precisión la naturaleza del cambio. Le recordaba algo que había experimentado cuando tenía dieciocho años y se había diplomado en el instituto. Estaba en el vestuario antes de la ceremonia de entrega de diplomas con todos sus compañeros de clase desde... bueno, desde el primer día del primer curso en cuatro casos, y casi tanto tiempo en muchos otros. De repente observó cómo habían cambiado aquellas caras desde el día en que las vio por primera vez hasta aquel momento, de pie sobre el suelo del vestuario con la toga negra en las manos. Aquella imagen del cambio le había producido escalofríos entonces, y lo hacía también ahora. Los rostros que había mirado ya no eran de niños, pero tampoco eran aún hombres. Parecían caras en el limbo, atrapadas entre dos estados definidos del ser. Esta voz que brotaba del inconsciente de Tom le causaba a Stu la misma impresión que aquellas caras, aunque más triste. Pensó que era la voz de un hombre negado.

Pero ellos esperaban que prosiguiera y tenía que hacerlo.

—Soy Stu Redman, Tom.

—Sí. Stu Redman.

—Nick está aquí.

—Sí, Nick está aquí.

—Y también Ralph Bretner.

—Sí, también está Ralph.

—Somos tus amigos.

—Lo sé.

—Nos gustaría que hicieras algo, Tom. Por la Zona, ya sabes. Pero te advierto que es peligroso.

—Peligroso...

La preocupación cruzó por las facciones de Tom como la sombra de una nube de verano en un maizal.

—¿Deberé sentir miedo? ¿Deberé...? —Suspiró.

Stu miró a Nick, inquieto. Nick movió los labios: *Sí*.

—Es *él* —prosiguió Tom y lanzó otro suspiro que recordaba al inclemente viento de noviembre silbando entre una hilera de robles deshojados.

Stu volvió a estremecerse. Ralph había palidecido.

—¿Quién, Tom? —preguntó Stu con voz serena.

—Flagg. Se llama Randy Flagg. El hombre oscuro. ¿Quieren que yo...? —De nuevo aquel suspiro penoso y largo.

—¿Cómo sabes quién es, Tom? Esto no estaba en el *guión*.

—Por los sueños... Veo su cara en sueños.

«Veo su cara en sueños». Pero ninguno de ellos había visto su cara. Siempre permanecía oculta.

—¿Lo ves?

—Sí...

—¿Que aspecto tiene, Tom?

Tom permaneció un rato callado. Stu ya había dado por supuesto que no contestaría, y se disponía a volver al guión cuando Tom dijo:

—Es como cualquiera que se cruza contigo por la calle. Pero cuando sonrío los pájaros caen muertos de los cables del teléfono. Si te mira de determinada manera, la próstata deja de funcionar y la orina te escuece. Dónde el escupe la hierba se seca. Está siempre fuera. Nació del tiempo y ni él mismo sabe de dónde. Tiene el nombre de mil demonios. Jesús lo arrojó a una pira de cerdos. Su nombre es Legión. Nos teme. Nosotros estamos dentro. Sabe magia. Puede llamar a los lobos y vivir en los cuervos. Es el rey de ninguna parte. Pero nos teme. Teme al... interior.

Tom se calló.

Los tres se miraron pálidos como el mármol. Ralph se había quitado el sombrero y lo estrujaba con movimientos convulsivos. Nick se había tapado los ojos con la mano. Stu estaba lívido.

«Su nombre es Legión. Es el rey de ninguna parte».

—¿Puedes decir algo más sobre él? —preguntó Stu en voz baja.

—Sólo que también yo le temo. Sin embargo, haré lo que queráis. Pero Tom... tiene mucho miedo. —Repitió aquel suspiro sobrecogedor.

—Tom —intervino Ralph de improviso—, ¿sabes si la madre Abigail vive aún?

Las facciones de Ralph mostraban una rigidez mortal, era el rostro de un hombre que lo había apostado todo a una sola carta.

—Está viva —aseguró Tom, y Ralph se recostó en la silla exhalando un profundo suspiro—. Pero aún no ha hecho las paces con Dios —añadió.

—¿Por qué no, Tom?

—Está en el erial, Dios la ha elevado en el erial, y no siente el terror que flota a mediodía ni el pavor que se arrastra a media noche... Tampoco le morderá la serpiente ni le picará la abeja... Pero todavía no ha hecho las paces con Dios. No fue la mano de Moisés la que hizo manar agua de la roca. No fue la mano de Abigail la que hizo regresar las comadreas con el estómago vacío. Ella es digna de compasión. Ella verá la luz, pero demasiado tarde. Habrá muerte. La muerte de él. Ella morirá antes de cruzar el río. Ella...

—Hazle callar —gruñó Ralph.

—Tom —dijo Stu.

—Sí.

—¿Eres el mismo Tom que Nick conoció en Oklahoma? ¿Eres el mismo Tom que conocemos cuando está despierto?

—Sí; pero también más que ese Tom.

—No te entiendo.

Cambió de postura, sin que su rostro perdiera la serenidad.

—Soy el Tom de Dios.

Anonadado, Stu estuvo a punto de dejar caer las notas de Nick.

—Dices que harás lo que te pidamos.

—Sí.

—Pero... ¿ves... que volverás?

—No me corresponde verlo ni decirlo. ¿Adónde debo ir?

—Al Oeste, Tom.

Tom gimió, y aquel sonido hizo que a Stu se le erizaran los pelos de la nuca. ¿A qué le enviamos?, pensó. Quizá él lo supiera. Quizá él mismo había estado allí, pero en Vermont, en laberintos de pasadizos donde el eco producía la impresión de que otras pisadas le seguían. Y le alcanzaban.

—Al Oeste —repitió Tom—. Sí, al Oeste.

—Te enviamos a observar, Tom. A observar y para que después regreses y nos cuentes qué viste.

—Para que regrese y cuente.

—¿Podrás hacerlo?

—Sí. A menos que me atrapen y me maten.

Todos se estremecieron.

—Irás solo, Tom, y siempre hacia el oeste. ¿Sabrás encaminarte al oeste?

—Donde se pone el sol.

—Sí. Y si alguien te pregunta qué haces allí, deberás contestar que te expulsaron de la Zona Libre...

—Me expulsaron. Expulsaron a Tom. Lo pusieron de patitas en la calle.

—... porque eres un retrasado mental.

—Expulsaron a Tom porque es un retrasado mental.

—... y porque podrías haberte acostado con una mujer y ésta podría tener hijos idiotas.

—Hijos idiotas como Tom.

Stu se revolvía sin poder evitarlo. Sentía la cabeza como una bola de acero que sudase. Era igual que una terrible resaca.

—Ahora repite lo que dirás si alguien te pregunta qué haces allí.

—Expulsaron a Tom porque es un retrasado mental. Rayos, sí. Temían que le hiciera a una mujer lo que se les hace con el pene en la cama. Que quedara preñada y sus hijos fueran idiotas.

—Exacto, Tom. Eso...

—Me expulsaron —continuó con voz plañidera—. Expulsaron a Tom de su bonita casa y lo pusieron de patitas en la calle.

Stu se llevó a los ojos una mano temblorosa. Miró a Nick, que pareció duplicarse y luego triplicarse en su visión.

—Nick, no sé si podré terminar —murmuró desvalido.

Nick miró a Ralph, el cual, pálido como el mármol, sólo atinó a agitar la cabeza.

—Termina —ordenó Tom cuando nadie lo esperaba—. No me dejes en la incertidumbre. Haciendo un esfuerzo Stu continuó:

—Tom, ¿sabes cómo es la luna llena?

—Sí... Grande y redonda.

—No la media luna, ni tampoco la luna casi llena.

—No —dijo Tom.

—Cuando veas esa gran luna redonda, regresarás. Volverás a nosotros. A tu casa, Tom.

—Sí, cuando la vea volveré —asintió Tom—. Volveré a casa.

—Y cuando lo hagas, caminarás de noche y dormirás de día.

—Caminaré de noche y dormiré de día.

—Muy bien. Y no dejarás que nadie te vea.

—No.

—Pero es posible que alguien lo haga.

—Sí, es posible.

—Si alguien te ve, lo matarás.

—Lo mataré —dijo Tom.

—Si son más de uno, huirás.

—Huiré —respondió con mayor firmeza.

—Pero procurarás que no te vean. ¿Puedes repetir todo esto?

—Sí. Volveré con la luna llena. No media luna, ni cuando parece una uña. Caminaré de noche, dormiré de día. No dejaré que nadie me vea. Si alguien me ve, lo mataré. Si soy visto por más de uno, huiré. Pero procuraré que no me vea nadie.

—Estupendo. Despertarás dentro de unos segundos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Cuando te pregunte por el elefante, despertarás. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Stu se recostó y soltó un largo suspiro.

—Gracias a Dios se ha terminado.

Nick asintió con la mirada.

—¿Sabías lo que podía ocurrir, Nick?

Él negó con la mirada.

—¿Cómo sabía todas esas cosas? —murmuró Stu.

Nick pidió su bloc con un ademán. Stu se lo entregó. Sus dedos sudorosos habían mojado la página con el guión de Nick hasta hacerla casi transparente. Nick escribió y se lo pasó a Ralph, quien lo leyó moviendo lentamente los labios, y después se lo entregó a Stu.

—A lo largo de la historia, algunas personas han considerado que los locos y los deficientes mentales están cerca de la divinidad. No creo que nos haya dicho nada que pueda sernos de utilidad práctica; pero sí sé que me espantó. Magia, dijo. ¿Cómo se combate la magia?

—Escapa a mi comprensión —murmuró Ralph—. Ni siquiera me atrevo a pensar en lo que dijo sobre la madre Abigail. Despiértalo, Stu, y salgamos de aquí cuanto antes.

Ralph estaba al borde de las lágrimas.

Stu se inclinó.

—¿Tom?

—Sí.

—¿Te gustaría ver un elefante?

Tom abrió los ojos y miró alrededor.

—Les dije que sería inútil —exclamó—. Cielos, no, Tom no se queda dormido en mitad del día.

Nick le entregó una hoja a Stu, el cual le echó un vistazo y después le dijo a Tom:

—Nick dice que lo has hecho muy bien.

—¿De veras? ¿Me sostuve sobre la cabeza, como la vez pasada?

Con una fugaz sensación de amargo arrepentimiento, Nick pensó: «No, Tom, esta vez has hecho cosas más espectaculares».

—No —contestó Stu—. Tom, hemos venido a pedirte que nos ayudes.

—¿Que los ayude? ¿Yo? ¡Claro que sí! ¡Me encanta ayudar!

—Esto es peligroso, Tom, queremos que vayas al Oeste y que después vuelvas y nos cuentes lo que has visto.

—Muy bien. De acuerdo —contestó Tom sin vacilar, pero a Stu le pareció ver una sombra que cruzaba por su rostro... y que permanecía en su candorosa mirada azul—. ¿Cuándo?

Stu apoyó suavemente la mano en la nuca de Tom y se preguntó qué diablos estaba haciendo allí. ¿Cómo esperaban que pudiera descifrar aquellos hechos, si no era la madre Abigail ni disponía de línea directa con el cielo?

—Muy pronto —dijo—. Muy pronto.

Cuando Stu volvió al apartamento, Frannie se hallaba preparando la cena.

—Harold ha estado aquí —informó Fran—. Le he dicho que se quedara a cenar, pero no ha querido.

—Ya.

Ella le miró fijamente.

—Stuart Redman, ¿qué mosca te ha picado?

—Supongo que una llamada Tom Cullen. —Y se lo contó todo.

Se sentaron a la mesa para cenar.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Fran, que estaba pálida y en vez de comer se dedicaba a pasear la comida por el plato.

—No lo sé —contestó Stu—. Es como una... profecía, supongo. No veo por qué debería asustarnos que Tom Cullen tenga visiones mientras se encuentra en estado de hipnosis, después de que todos hemos pasado por la experiencia de los sueños. Si no eran una especie de profecías, no sé qué eran.

—Pero todo parece haber quedado tan atrás...

—Sí, a mí también me lo parece —asintió Stu, y se dio cuenta de que, a su vez, removía la comida.

—Mira, Stu, ya sé que habíamos acordado no hablar de los asuntos del comité fuera de las reuniones, si podíamos evitarlo. Dijiste que no haríamos más que discutir y es probable que tuvieras razón. No he dicho ni una palabra sobre tu transformación en Marchal Dinlon después del veintiocho, ¿no es así?

Él sonrió con timidez.

—Es cierto, no lo has hecho, Frannie.

—Pero tengo que preguntarte si todavía crees que es una buena idea enviar a Tom Cullen, después de lo ocurrido esta tarde.

—No lo sé —respondió Stu, apartando el plato, cuyo contenido apenas había tocado.

Se levantó, se dirigió al mueble del recibidor y encontró un paquete de cigarrillos. Había limitado su consumo a tres o cuatro diarios. Encendió uno, dio una calada y luego exhaló el humo.

—En la parte positiva, su historia es bastante sencilla y verosímil. Le obligamos porque es un imbécil. Nadie podrá apartarle de esa versión. Y si vuelve podremos hipnotizarlo, pues entra en trance en menos tiempo del que necesitas para chasquear los dedos. Nos dirá lo que

ha visto con detalle. Resultará mejor testigo ocular que cualquiera de los demás. De eso no tengo la menor duda.

—Si vuelve.

—Sí. Le hemos dado instrucciones para que viaje hacia el este sólo de noche y se oculte durante el día. Para que huya, si es visto por más de una persona; pero si lo ve una sola, deberá matarla.

—Stu, ¿no es posible que le ordenarais eso!

—¡Claro que lo hicimos! —replicó encarándose con ella—. ¡Esto no es un juego de niños, Frannie! Ya sabes qué le sucederá a él, o al juez, o a Dayna, si los atrapan allí. ¿Por qué, si no, te opusiste a la idea al principio?

—De acuerdo —asintió en voz baja—. Está bien, Stu.

—¡No, no está bien! —replicó él, mientras aplastaba el cigarrillo recién encendido en un cenicero de porcelana, despidiendo una pequeña lluvia de chispas, de las cuales varias le quemaron la mano, que apartó con un ademán rápido y furioso.

»No está bien enviar a un deficiente mental a librar nuestras batallas, y no está bien utilizar a las personas como si fueran los peones de un tablero de ajedrez, y no está bien dar órdenes de matar como si fuéramos jefes de la Mafia. Pero tampoco sé qué otra cosa podríamos hacer. No lo sé. Si no averiguamos qué es lo que él se propone, hay muchas probabilidades de que en la próxima primavera convierta toda la Zona Libre en una inmensa nube con forma de hongo.

—De acuerdo, de acuerdo.

Él relajó lentamente los puños.

—Te he gritado. Lo siento. No tenía derecho a hacerlo, Frannie.

—No te preocupes. No fuiste tú quien abrió la caja de Pandora.

—Me parece que todos tenemos parte de culpa —dijo con tono cansino, y cogió otro cigarrillo—. De todos modos, cuando le di esa... cuando le dije que matase a cualquiera que se le cruzara en el camino, hizo una ligera mueca de disgusto que desapareció enseguida. No creo que Ralph o Nick la advirtieran. Pero yo sí. Era como si pensara: «Muy bien, sé qué pretenden, pero cuando llegue el momento yo decidiré lo que debo hacer».

—He leído que es imposible lograr que una persona hipnotizada haga lo que no haría en condiciones normales. Nadie transgrede su código moral sólo porque se lo ordenen mientras está en trance.

Stu asintió.

—Sí, lo he pensado. ¿Pero qué sucederá si ese Flagg ha situado patrullas de vigilancia a lo largo de su frontera oriental? Yo en su lugar lo habría hecho. Si Tom tropieza con una tendrá una excusa para defenderse. Pero si se encuentra con ellos en el trayecto de regreso, deberá optar entre matar o morir. Y si Tom no mata, es probable que lo maten.

—Creo que te preocupas demasiado por esa posibilidad —observó Frannie—. Quiero decir que, aunque haya un cordón de patrullas, ¿no crees que estarán muy dispersos?

—Sí. A razón de un hombre cada setenta kilómetros, más o menos. A no ser que tenga cinco veces más gente que nosotros.

—O sea que si no han instalado y puesto en funcionamiento equipos de radar e infrarrojos y todo eso que veíamos en las películas de espías, Tom podrá infiltrarse.

—Es lo que esperamos. Pero...

—¿Te remuerde la conciencia? —preguntó ella con suavidad.

—¿Todo se reduce a eso? Bueno, es posible. ¿Qué quería Harold, cariño?

—Ha dejado un montón de mapas de reconocimiento. Zonas donde su brigada de búsqueda rastreó el paradero de la madre Abigail. De alguna forma, Harold ha estado trabajando en la brigada de entierros, además de supervisar la de búsqueda. Parecía muy cansado, pero sus tareas de la Zona Libre no son la única razón. Al parecer, también ha trabajado en otro asunto.

—¿De qué se trata?

—Harold tiene una mujer.

Stu enarcó las cejas.

—Por eso no se ha quedado a cenar. ¿A ver si adivinas de quién se trata?

Stu miró el techo.

—Veamos. ¿Con quién podría haberse apareado Harold? Déjame pensar...

—¡Vaya una manera de expresarte! ¿Qué crees que hacemos nosotros?

En broma, intentó darle un bofetón pero él lo esquivó sonriendo.

—Me rindo. ¿Quién es ella?

—Nadine Cross.
—¿La mujer con mechones blancos?
—La misma.
—Caray, debe doblarle la edad.
—Dudo que eso preocupe a Harold, a estas alturas de sus relaciones.
—¿Lo sabe Larry?
—Lo ignoro y tampoco me importa. Ella ya no es la mujer de Larry, si es que alguna vez lo fue.
—Sí —dijo Stu; le agradaba que Harold tuviera una historia amorosa, pero no se hallaba interesado en el tema—. Por cierto, ¿qué opina Harold acerca de la comisión de búsqueda? ¿Te ha comentado algo?
—Bueno, ya le conoces. Sonríe mucho, pero... no es demasiado optimista. Supongo que por eso dedica la mayor parte de su tiempo a los entierros. Ahora le llaman Halcón. ¿Lo sabías?
—¿De verdad?
—Me he enterado hoy. Ignoraba de quién hablaban hasta que lo pregunté.
Se quedó pensativa por unos instantes y después rió.
—¿Qué te resulta tan divertido? —preguntó Stu.
Ella estiró los pies, calzados con zapatillas. Las suelas tenían un diseño de círculos y rayas.
—Me ha felicitado por mis zapatillas —dijo ella—. ¿No es obsesivo?
—Tú sí eres obsesiva —contestó Stu, sonriendo.

Harold despertó poco antes del alba con un persistente aunque no del todo desagradable dolor en la ingle. Tiritó un poco al levantarse. Las mañanas eran más frescas, a pesar de que sólo estaban a 22 de agosto y todavía faltaba un mes para el comienzo del otoño.

Pero sentía fuego debajo de la cintura, eso sí. El solo hecho de contemplar la curva deliciosa de aquellas nalgas bajo las minúsculas bragas transparentes le ponía bastante a tono. No le importaría si la despertaba... Bueno, quizá sí le importase, pero no se negaría a hacerlo. Él todavía no sabía con exactitud lo que podía ocultarse detrás de aquellos ojos oscuros, y le tenía un poco de miedo.

En lugar de despertarla, se vistió sin hacer ruido. No quería entretenerse con Nadine, pese a que le hubiera gustado mucho hacerlo.

Lo que necesitaba era aislarse y reflexionar.

Se detuvo en la puerta, ya vestido, con las botas en la mano izquierda. El fresco que reinaba en la habitación y el acto prosaico de vestirse habían disipado su deseo. Ahora podía oler la estancia, y el olor no era muy agradable.

Se trataba sólo de una insignificancia, había dicho ella, algo de lo que podían prescindir. Quizá era verdad. Ella sabía hacer cosas increíbles con la boca y las manos. Pero, si era tan insignificante, ¿por qué en la habitación flotaba aquel olor rancio y ligeramente agrio que él asociaba con los placeres solitarios de sus malos años?

Tal vez tú quieres que sea malo, se dijo.

Salió y cerró la puerta con suavidad.

Nadine abrió los ojos en el momento en que el batiente se estaba cerrando. Se incorporó, lo miró, y volvió a tenderse. Le dolía el cuerpo por el ciclo lento e implacable del deseo. Sentía casi calambres menstruales. Si era una cosa tan insignificante, pensó (sin saber de lo muy parecidos que sus pensamientos eran a los de Harold), ¿por qué se sentía de aquella forma? Hubo un momento durante la noche en que tuvo que morderse los labios para sofocar los gritos: «¡Déjate ya de tantos preámbulos y fóllame! ¿Me oyes? ¡Métemela y sácíame! ¿Crees que lo que me estás haciendo me satisface? ¡Métemela y terminemos con este maldito juego!».

El había mantenido su cabeza entre las piernas de ella, emitiendo extraños sonidos de lujuria, sonidos que hubieran resultado cómicos de no haber sido tan acuciantes, casi salvajes. Y ella había levantado la vista, con aquellas palabras que le temblaban en los labios y había visto (¿o sólo creyó ver?) un rostro en la ventana. En un instante, el fuego de su deseo se había extinguido.

Era la cara de *él*, que le sonreía con malignidad.

Un grito subió a su garganta... pero el rostro había desaparecido, un rostro que no era más que un juego de sombras en el cristal embadurnado de suciedad. Nada más que el hombre del saco que la imaginación de un niño ve en el armario, o agazapado detrás del mueble de los juguetes del rincón.

Sólo eso.

Pero *era* más, y ni ahora, con los primeros rayos de luz refrescantes de la aurora, podía ella suponer otra cosa. Sería peligroso suponerlo. Había sido él, y le estaba avisando. El futuro esposo vigilaba a su prometida. Y la novia deshonrada sería rechazada.

Mientras contemplaba el techo, pensó: Le chupo la polla, pero eso no me deshonra; dejen que me folle por el culo, y tampoco eso me deshonra. Me visto para él como una prostituta barata, y no tiene nada de malo.

Era suficiente hacerle pensar qué clase de hombre era su prometido. Nadine se quedó con la mirada fija en el techo durante mucho rato.

Harold se preparó un café instantáneo, lo bebió con una mueca de desagrado y se llevó un par de pastelitos envasados al escalón del porche. Se sentó y se los comió mientras la claridad de la aurora se expandía alrededor.

Vistos en perspectiva, los últimos dos días habían sido como una frenética carrera por una montaña rusa. En sus recuerdos se confundían los camiones anaranjados, las palmaditas al hombro de Weizak que le llamaba Halcón (ahora todos le llamaban así), una sucesión interminable de cadáveres descompuestos y, al volver a casa después del contacto con la muerte, una serie interminable de perversiones sexuales. Eso bastaba para producir mareo.

Pero ahora, sentado sobre el escalón frío como una losa de mármol, con una taza de horrible café instantáneo ardiéndole en las entrañas, podía masticar los pasteles que sabían a serrín y reflexionar. Se sentía despejado, cuerdo después de aquellos días de locura. Se le ocurrió que para ser alguien que siempre se había considerado un hombre de Cromagnon en medio de un rebaño de vociferantes de Neanderthal, en los últimos tiempos se dedicó muy poco a la reflexión. No le habían arrastrado por la nariz, sino por el pene.

Mientras volvía la mirada hacia los Flatirons, centró su pensamiento en Frannie Goldsmith. Ella era quien había estado aquel día en su casa. Ahora lo sabía con certeza. Había ido a verla a la casa que compartía con Redman. Con un pretexto, pero con la intención de ver su calzado. Dio la casualidad de que llevaba puestas unas zapatillas que coincidían con la huella descubierta en el suelo de su sótano.

Círculos y rayas en lugar del dibujo habitual, cuadriculado o en zigzag. No había duda, nena.

No era difícil suponer lo que había ocurrido. De alguna forma, ella descubrió que él había leído su diario. Debió de haber dejado alguna huella o mancha en una página... quizá en más de una.

Así que había ido a su casa para averiguar la reacción que había producido en él esa lectura. Había ido a buscar pruebas escritas.

Desde luego estaban en su diario, pero también estaba seguro de que ella no lo había encontrado. Su diario decía claramente que se proponía matar a Stuart Redman, y si ella hubiera leído algo semejante se lo habría dicho a Stu. Aunque no lo hubiera hecho, Harold no creía que el día anterior ella hubiese podido mostrarse tan desenvuelta y natural con él.

Terminó su pastelillo con una mueca por el sabor insulso del bizcocho y el relleno de jalea. Decidió que iría a pie hasta la terminal de autobuses en lugar de en bicicleta. Teddy Weizak o Norris podrían traerlo de regreso. Se puso en marcha y subió la cremallera de la cazadora hasta el mentón para defenderse del frío del amanecer. Pasó por delante de las casas vacías, con las persianas bajadas, y después de caminar unas seis manzanas por Arapahoe empezó a ver una X trazada con tiza en las puertas. Había sido una idea suya. La brigada de entierros inspeccionó todas las casas con la marca y sacó los cadáveres que esperaban sepultura. La X era una tachadura, y los ocupantes de las casas marcadas se habían ido para siempre. Dentro de un mes, esa X aparecería en todo Boulder, declarando el fin de una era.

Había llegado el momento de pensar en serio. Tenía la impresión de haber dejado de pensar desde el momento en que conoció a Nadine... pero quizá lo había hecho antes.

Leí su diario porque me sentía dolido y celoso, pensó. Luego ella se coló en mi casa, probablemente buscando mi diario, pero no lo encontró. Sin embargo, el trauma por esa intromisión fue tal vez venganza suficiente. La realidad era que le había desquiciado. Quizá la cuenta quedaba saldada y ellos estaban en paz.

Frannie ya no le interesaba, ¿verdad?

Sintió que la brasa del rencor ardía en su pecho. A lo mejor no era así. Pero eso no cambiaba el hecho de que le habían excluido. Aunque Nadine casi no había explicado los motivos que la indujeron a acudir a él, Harold sospechaba que también ella había sido

excluida, desairada, rechazada de alguna manera. Eran un par de marginados, y los marginados suelen conspirar, quizá lo único que les permite conservar la cordura. No te olvides de anotar esto en el diario, pensó Harold... Ya estaba casi en el centro de la ciudad.

Al otro lado de las montañas había todo un regimiento de marginados. Y cuando en un lugar se congrega un número suficiente de ellos, se produce una osmosis mística y tú estás dentro. Dentro, donde hay calor. Es una insignificancia estar dentro donde hay calor; pero en realidad es importante. Casi lo más importante del mundo.

Es posible que él no deseara dar la cuenta por saldada y quedar en paz, que no quisiera conformarse con un empate, con una carrera que consistía en transportar cadáveres y recibir estúpidas cartas de agradecimiento por sus ideas, mientras esperaba que Bateman se jubilara del amado comité al cabo de cinco años y le dejaran ingresar a él... ¿Y si decidían excluirle? Podían hacerlo, ya que no era una cuestión de edad. Habían aceptado al condenado sordomudo, y era sólo unos pocos años mayor que Harold.

La brasa del resentimiento se había puesto incandescente. Pensar, sí, pensar. Eso era fácil de decir, y algunas veces incluso de hacer, pero ¿de qué servía pensar cuando todo lo que se recibía de los Neanderthal que poblaban el mundo era una carcajada o, aún peor, una carta de agradecimiento por los servicios prestados?

Había llegado a la terminal de autobuses. Todavía era temprano y no había nadie. En la puerta, un cartel anunciaba otra asamblea pública para el 25. ¿Asamblea pública? ¡Masturbación pública!

La sala de espera estaba llena de anuncios de viajes, abonos para los autobuses Greyhound y fotografías de enormes autocares de dos pisos que hacían recorridos por Atlanta, Nueva Orleans, San Francisco, Nashville... Se sentó y paseó la vista por las maquinitas de marcianos, la máquina expendedora de coca-cola y la de café, que también ofrecía una sopa enlatada que olía vagamente a pescado podrido. Encendió un cigarrillo y tiró al suelo la cerilla.

Habían adoptado la constitución. Hurra. Estupendo. Incluso habían cantado el himno. Pero ¿y si Harold Lauder se hubiera levantado, no para hacer sugerencias constructivas, sino para explicarles la realidad de la vida en este primer año después de la epidemia?

«Damas y caballeros, me llamo Harold Lauder y estoy aquí para decirles, en palabras de la antigua canción, que los hechos fundamentales se presentan con el paso del tiempo. Igual que Darwin. La próxima vez que se incorporen para cantar *Barras y estrellas*, amigos y convecinos, reflexionen sobre esto: América está muerta y enterrada, muerta como Jacob Marley y Buddy Holly y el Big Bopper y Harry S. Truman; pero los principios propuestos por Darwin siguen vivos. Tan vivos como el espectro de Jacob Marley para Ebenezer Scrooge. Mientras meditan sobre las excelencias de la constitución, dediquen un poco de su tiempo a pensar en Randall Flagg, el hombre del Oeste. Dudo mucho que pierda el tiempo en banalidades como asambleas públicas, ratificaciones y discusiones acerca del significado de una traición en el mejor estilo liberal. En cambio él se ha concentrado en lo básico, en su Darwin, disponiéndose a limpiar el enorme mostrador de fórmica del universo con vuestros cadáveres. Damas y caballeros, permítanme sugerir que, mientras nosotros estamos intentando que vuelva la luz y esperamos al médico para que descubra nuestra pequeña urticaria, él puede estar buscando ansioso a alguien con título de piloto para empezar a bombardear Boulder en la mejor tradición de Francis Gary Powers. Mientras nosotros debatimos la cuestión candente de quién estará en la comisión de limpieza de calles, es probable que él ya haya previsto la creación de una comisión de limpieza de pistolas, por no hablar de morteros, misiles e incluso centros de guerra bacteriológica. Todos sabemos que este país no tiene ningún centro de guerra microbiana o bacteriológica, éste es uno de los motivos de la grandeza del país. ¡Qué país, ja, ja! Pero deben comprender que mientras nosotros estamos ocupados en preparar barricadas, él...».

—Hola, Halcón. ¿Haces horas extras?

Harold levantó la vista y sonrió.

—Sí, he pensado que no me vendría mal —dijo a Weizak—. He fichado por ti al llegar. Ya te has ganado seis pavos.

Weizak rió.

—¿Sabes, Halcón, que eres un fullero?

—Lo soy —asintió Harold con la sonrisa todavía en los labios, mientras empezaba a atarse los cordones de las botas—. Un fullero insensato.

Stu se pasó todo el día siguiente en la central eléctrica reparando motores. Después de terminar la jornada laboral, se dirigía a casa en la moto. Había llegado al pequeño parque situado frente al First National Bank cuando oyó la voz de Ralph que le llamaba. Aparcó y se encaminó hacia el quiosco de música donde estaba sentado Ralph.

—Quería verte, Stu, ¿tienes un minuto?

—Sólo uno. Llego tarde a cenar y Frannie estará preocupada.

—Ya. Por el aspecto de tus manos veo que has estado en la central eléctrica manipulando cobre.

Ralph parecía distraído y preocupado.

—Sí, las tengo hechas un desastre. Los guantes de trabajo no protegen mucho.

Ralph asintió. En el parque había otra media docena de personas, algunas de ellas mirando el tren de vía estrecha que en otros tiempos había unido Boulder con Denver. Tres mujeres jóvenes habían desplegado un mantel para cenar al aire libre. A Stu le pareció agradable sentarse allí con las doloridas manos sobre el regazo.

—Supongo que el trabajo de vigilante no será tan pesado. Al menos me sacará de la cadena de montaje.

—¿Qué tal va por allí? —preguntó Ralph.

—Qué quieres que te diga; soy mano de obra prestada, igual que los demás. Brad Kitchner dice que todo avanza con mucha rapidez. Asegura que la luz volverá a finales de la primera semana de septiembre, quizá antes, y que tendremos calefacción a mediados de mes. Por supuesto, es joven y bastante optimista con las predicciones...

—Yo apostaría por Brad —contestó Ralph—. Confío en él. Ha tenido mucho de eso que llaman prácticas en el lugar de trabajo.

Ralph esbozó una sonrisa.

—Pareces decaído, Ralph.

—He captado algunas noticias con mi radio —contestó—. Algunas buenas y otras no tanto, Stu. Quiero que lo sepas porque es imposible mantener el secreto. Hay muchas personas en la zona que captan la frecuencia de radio y sospecho que algunas escuchaban mientras yo dialogaba con los nuevos grupos que vienen hacia aquí.

—¿Cuántos son?

—Más de cuarenta personas. Uno de ellos es médico y se llama George Richardson. Parece un hombre muy sensato.

—¡Ésa es una noticia sensacional!

—Es de Derbyshire, Tennessee. La mayoría de los miembros de este grupo proceden del centro-sur. Al parecer, con ellos venía una mujer encinta y el parto se produjo hace diez días, el trece. Este médico la atendió y tuvo mellizos. Nacieron sanos.

Ralph volvió a callar y movió los labios.

Stu lo cogió por la camisa.

—¿Murieron? ¿Los niños *murieron*? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¡Maldita sea, habla!

—Murieron —contestó Ralph en voz baja—. Uno de ellos duró doce horas. Al parecer murió ahogado. El otro falleció dos días después. Richardson no pudo hacer nada para salvarlos. La mujer enloqueció y divaga sobre la muerte y el fin del mundo. Asegúrate de que Fran no esté cerca cuando ellos lleguen. Esto es lo que quería decirte. Y deberías comunicárselo enseguida, ya que si no se lo dices tú lo hará otra persona.

Stu soltó la camisa de Ralph.

—Richardson me preguntó cuántas mujeres embarazadas hay aquí, y le dije que por ahora sólo sabemos de una. Quiso saber de cuántos meses, y le contesté de cuatro. ¿Es así?

—Ahora ya de cinco. ¿Pero está seguro de que a esos niños los mató la supergripe?

—No. Y esto también tienes que explicárselo a Fran para que lo entienda. Dijo que pudo haber sido por muchas otras causas: la dieta de la madre, un factor hereditario, una infección respiratoria, o tal vez eran defectuosos. Me habló también de un factor Rh, que no sé qué es. No pudo diagnosticar la causa porque nacieron en medio de un campo al lado de la maldita interestatal 70. Agregó que él y otros tres que están al frente de este grupo se quedaron despiertos hasta muy tarde hablando de ello. Richardson les explicó cuáles serían las

consecuencias si lo que les había matado había sido *Capitán Trotamundos*, y lo importante que era determinar la causa.

—Glen y yo hablamos de esto —comentó Stu con tristeza— el día en que nos encontramos, el cuatro de julio. Parece haber pasado tanto tiempo... Bueno, si la supergripe mató a esos niños significa que dentro de cuarenta o cincuenta años podremos legar todo lo que nos rodea a las ratas, las moscas y los gorriones.

—Imagino que más o menos fue eso lo que Richardson les dijo. De todas maneras, estaban a unos sesenta kilómetros al oeste de Chicago, y los convenció de que cambiaran de rumbo al día siguiente y llevaran los cadáveres a un hospital donde él podría practicar una autopsia. Afirmó que conseguiría diagnosticar con certeza si la supergripe había sido la causante de las muertes. Ya había visto bastantes casos de ésta a finales de junio. Como todos los médicos, supongo.

—Ya.

—Pero al amanecer los bebés habían desaparecido. La madre los había enterrado y se negó a decir dónde. Estuvieron dos días cavando, ya que pensaban que ella no pudo haberse alejado mucho del campamento ni sepultarlos a mucha profundidad ya que aún estaba recuperándose del alumbramiento. Sin embargo, no los encontraron, y ella se negó a revelar el lugar, pese a que se esforzaron en hacerle comprender lo importante que era. La pobre mujer había perdido el juicio.

—Lo entiendo —murmuró Stu, pensando en lo mucho que ansiaba Fran un hijo.

—El médico puntualizó que aún en el caso de que haya sido la supergripe, quizá dos personas inmunes pueden engendrar un hijo inmune —dijo Ralph, con tono esperanzado.

—Hay como una probabilidad entre mil millones de que el padre del hijo de Fran fuera inmune —comentó Stu—. Y no está aquí.

—Sí, es casi imposible que lo fuera, ¿verdad? Lamento haberte dado esta noticia, Stu; pero me pareció mejor que lo supieras, para que puedas prevenir a Fran.

—No me entusiasma la idea —respondió Stu.

Cuando llegó a casa, descubrió que alguien se lo había dicho ya.

—¿Frannie?

Ninguna respuesta. La cena estaba en el hornillo, casi quemada, y el apartamento se hallaba a oscuras y en silencio.

Stu entró en la sala y echó un vistazo. En el cenicero de la mesita había dos colillas, pero Fran no fumaba y no eran de la marca que fumaba él.

—¿Cariño?

Entró en el dormitorio y allí estaba ella, tumbada sobre la cama en la penumbra, mirando al techo. Tenía el rostro congestionado y surcado por las lágrimas.

—Hola, Stu —dijo en voz baja.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó enojado—. ¿Quién estaba tan ansioso por divulgar la buena noticia? Sea quien sea, le partiré la boca.

—Sue Stern. Se lo comunicó Jack Jackson. Tiene una radio de BC y escuchó la conversación del médico con Ralph. Pensó que sería mejor decírmelo, antes de que lo hiciera otra persona de mala manera. Pobrecilla Frannie. Vaya con cuidado. No abrir antes de Navidad.

Soltó una amarga risita de desolación que a Stu casi le hizo saltar las lágrimas.

Cruzó la habitación, se sentó en la cama junto a ella y le apartó con suavidad el cabello.

—No es seguro, cariño. Es imposible determinarlo con certeza.

—Lo sé. Y quizá, a pesar de todo, nosotros podamos engendrar nuestros propios hijos. —Volvió la cabeza para mirarlo con ojos enrojecidos y afligidos—. Pero quiero a éste. ¿Es eso tan censurable?

—No. Claro que no.

—He estado aquí tumbada esperando que se moviera o hiciera algo. No he vuelto a sentirlo desde la noche en que Larry vino a buscar a Harold. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Noté que el niño se movía y no te desperté. Ahora lamento no haberlo hecho, lo lamento de verdad.

Se echó a llorar y se cubrió la cara con el brazo para que él no la viera.

Stu se tendió a su lado y la besó. Ella lo abrazó con fuerza. Cuando habló, sus palabras se oían sofocadas por el cuello de Stu.

—La incertidumbre lo convierte en mucho peor. Ahora no puedo hacer otra cosa que esperar y ver qué sucede. Me parece una eternidad el tiempo que ha de transcurrir hasta saber si mi hijo morirá antes de nacer.

—No esperarás sola —la confortó Stu.

Ella volvió a abrazarlo con fuerza y permanecieron largo rato sin moverse.

Hacía casi cinco minutos que Nadine Cross estaba en la sala de su antigua casa, recogiendo algunas cosas, cuando advirtió su presencia. Estaba sentado en la silla del rincón, en calzoncillos, el pulgar sobre los labios y sus extraños y rasgados ojos verdegrises observándola. Ella se sobresaltó y gritó. Los libros que se disponía a guardar en la bolsa cayeron al suelo con un revuelo de páginas.

—Joe... quiero decir Leo...

Se llevó la mano al pecho como si quisiera acallar los frenéticos latidos de su corazón. Verlo de repente era malo, pero verlo vestido y comportándose de la misma forma que cuando lo conoció en New Hampshire era peor. Era un retorno al pasado demasiado brusco, como si algún dios irracional la hubiera envuelto en una trama del tiempo y la condenara a revivir las últimas seis semanas.

—Me has dado un susto de muerte —dijo temblorosa.

Joe no contestó.

Ella se le acercó despacio, temiendo ver aparecer un cuchillo en su mano, como antaño. Pero la mano que no estaba en su boca permanecía sobre el regazo. Nadine observó que su cuerpo había perdido el bronceado. Las cicatrices y arañazos de zarza habían desaparecido. Pero los ojos eran los mismos... ojos que podían embrujar. Lo que hubiera en ellos, un poco más cada día, desde que él se había acercado al fuego para escuchar a Larry mientras tocaba la guitarra, había desaparecido por completo. Sus ojos eran como la primera vez, y esta sensación la llenó de horror.

—¿Qué haces aquí?

Joe no contestó.

—¿Por qué no estás con Larry y mamá Lucy?

Silencio.

—No puedes quedarte —insistió ella, intentando razonar con él. Pero al punto se encontró preguntándose cuánto tiempo hacía que estaba allí.

Era la mañana del 24 de agosto. Ella había pasado las dos noches anteriores en casa de Harold. El chico podía haber estado sentado en aquella silla, con el pulgar en la boca, durante las últimas cuarenta horas. Era un pensamiento ridículo, porque él habría tenido que comer y beber. Pero, una vez la idea/imagen había surgido, aquella sensación inquietante volvió a invadirla, y comprendió con cierta desesperación cuántas cosas habían cambiado en ella después de haber comido tranquilamente al lado de aquel pequeño salvaje cuando estaba armado y era peligroso. Ahora no llevaba armas; sin embargo le producía miedo. Ella había pensado que (¿Joe? ¿Leo?) habían enajenado por completo su yo anterior. Ahora él había regresado y estaba allí.

—No puedes quedarte —repitió ella—. Sólo he venido a recoger unas cosas. Me mudo. Me voy a vivir con... un hombre.

Oh, ¿eso es Harold?, se burló una voz interior. ¿Un hombre? Pensé que sólo era un instrumento, un medio para un fin.

—Leo, escucha...

Él negó con la cabeza. Sus ojos, severos y centelleantes, la miraban fijos.

—¿No eres Leo?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Eres Joe?

Asintió con un leve movimiento.

—Muy bien. Pero tienes que entender que en el fondo no importa quién seas —dijo ella intentando mostrarse paciente, aunque aquella inquietante sensación de retroceder en el tiempo la atemorizaba—. Esa parte de nuestras vidas, cuando estábamos juntos y solos, ha desaparecido. Tú has cambiado, yo he cambiado, y no podemos volver atrás.

Pero aquellos ojos que no dejaban de mirarla parecían negarlo.

—Y deja de mirarme así —le espetó—. Es de muy mala educación observar a las personas.

Ahora los ojos se mostraron claramente acusadores. Parecían sugerir que también era reprochable abandonar a una persona, y todavía más desconsiderado dejar de querer a quien

todavía te necesita y depende de ti.

—No estás sólo —dijo, y se volvió para recoger los libros que se le habían caído.

Se arrodilló con torpeza, arrastrando las rodillas y metiendo los libros en la bolsa sin orden ni concierto encima de las compresas, las aspirinas y la ropa interior, sencillas prendas de algodón muy distintas de las que solía ponerse para la lujuria frenética de Harold.

—Tienes a Larry y Lucy. Los quieres y ellos a ti. Bueno, Larry *te* quiere, y eso es lo que importa, ya que ella quiere todo lo que quiere él. Ella es como un papel carbón. Ahora las cosas son muy distintas para mí, Joe, y no tengo ninguna culpa. Así que deja de tratar de hacerme sentir remordimientos.

Empezó a abrochar las hebillas de la bolsa pero le temblaban las manos y resultaba complicado. El silencio se hizo cada vez más pesado en el ambiente.

Por fin se incorporó y cargó la bolsa sobre sus espaldas.

—Leo.

Intentó hablar con calma y razonando, como solía dirigirse a los niños difíciles de su clase cuando tenían una rabieta. Pero no lo consiguió. Su voz se perdía en altibajos, y el leve movimiento de negación con que él había recibido la palabra *Leo* contribuyó a empeorar las cosas.

—No fue por Larry y Lucy —dijo Nadine con rencor—. Yo habría podido entender eso, pero la verdadera causa fue esa fulana por la que me dejaste. Esa estúpida vieja de la mecedora que se burlaba del mundo con su dentadura postiza. Pero ahora ella se ha ido, y por eso has venido corriendo a mí. No te dará resultado, ¿me oyes? ¡No te dará resultado!

Joe no respondió.

—Y cuando le supliqué a Larry, cuando me puse de rodillas y le rogué... nada podía importarle menos. Estaba demasiado ocupado jugando al gran hombre. Así que ya ves que no es culpa mía. ¡No soy culpable de nada!

Él seguía mirándola impasible.

La mujer volvió a sentir miedo después de su incoherente arretrato. Retrocedió hacia la puerta buscando a tientas el tirador. Abrió y agradeció una ráfaga de aire frío en la espalda.

—Vuelve con Larry —murmuró—. Adiós, muchacho.

Se detuvo en el último escalón para tratar de recomponerse. De repente se le ocurrió que todo había sido una alucinación producto de sus sentimientos de culpabilidad por haber abandonado al chico, por haber hecho esperar demasiado a Larry, por todo lo que Harold y ella habían hecho, y por cosas mucho peores que vendrían. Quizá en la casa no había ningún chico; tal vez no era más real que los fantasmas de Poe: los latidos del corazón del viejo que sonaban como un reloj envuelto en algodón, o el cuervo colgado en el busto de Palas.

—Llamando, siempre llamando a la puerta de mi habitación —musitó sin pensar, y eso la hizo proferir una risita estridente no muy distinta de los graznidos de los cuervos.

Pero tenía que saberlo.

Se dirigió a la ventana del porche y atisbo el salón de la que había sido su casa. En realidad jamás lo fue. Cuando alguien vive en un lugar y al marcharse todo lo que quiere llevarse cabe en una bolsa, nunca ha sido su casa. Vio una alfombra, cortinas y paredes empapeladas de una muerta, un soporte de pipas y algunos ejemplares de *Sports Illustrated* esparcidos sobre la mesilla de un muerto. Fotografías de niños muertos sobre la repisa. Y, sentado en una esquina, un niño de una muerta, en calzoncillos, sentado, todavía sentado, como lo había estado antes...

Nadine salió corriendo, tropezó, y estuvo a punto de caer sobre la alambrada que protegía el parterre de flores situado a la izquierda de la ventana que había estado espiando. Saltó sobre la Vespa y la puso en marcha. Condujo a una velocidad temeraria durante las primeras manzanas, esquivando los coches estacionados que todavía llenaban aquellas calles secundarias. Pero, poco a poco, se fue serenando.

Cuando llegó a casa de Harold ya había conseguido recuperar el control. No obstante, sabía que si quería mantener la cordura, tenía que escapar de la Zona Libre.

La asamblea del Munzinger Auditorium se desarrolló con normalidad. Empezaron cantando *Barras y estrellas* de nuevo; pero esta vez la mayoría de los presentes no rompieron a llorar; era simplemente una parte de lo que pronto se convertiría en una formalidad. Mediante una votación rutinaria se decidió formar una comisión del censo, presidida por Sandy DuChiens. Ésta y sus cuatro colaboradores practicaron un recuento y recogieron nombres entre los asistentes. Al finalizar la asamblea informaría, entre aclamaciones, que había 814 almas en la

Zona Libre, y prometería disponer de una «guía» completa para la próxima asamblea. Una guía que pensaba actualizar cada semana y en la que figurarían los nombres por orden alfabético, las edades, los domicilios en Boulder y los domicilios y ocupaciones anteriores. Al final resultaría que la afluencia a la zona era tan numerosa y tan caótica que la guía siempre llevaba dos o tres semanas de retraso.

Se planteó el tema de la duración de los cargos y, después de algunas sugerencias extravagantes (diez años, por ejemplo, o a perpetuidad, en razón de lo cual Larry provocó las carcajadas al comentar que más parecían condenas que mandatos para cargos públicos), se optó por un período de un año. Harry Dunbarton, casi al fondo de la sala, levantó la mano y Stu le concedió la palabra.

Vociferando para hacerse oír, Harry alegó:

—Es posible que incluso un año sea demasiado tiempo. No tengo nada en contra de las damas y caballeros del comité, y opino que están realizando una labor magnífica —vítores y silbidos—; pero si seguimos creciendo esto no tardará en escapárseles de las manos.

Glen pidió la palabra.

—Señor presidente, esto no figuraba en el orden del día, pero pienso que el señor Dunbarton tiene mucha razón.

Claro que lo piensas, calvorota, se dijo Stu, puesto que tú planteaste lo mismo hace una semana.

—Propongo que se forme un comité de gobierno representativo para poner realmente en práctica la constitución. Considero que el señor Dunbarton debería presidir dicho comité, y yo mismo me incorporaré a él, a menos que alguien presente objeciones.

Más hurras.

En la última fila, Harold se volvió hacia Nadine y le susurró al oído:

—Damas y caballeros, ha empezado el festival del amor público.

Ella le dedicó una sonrisa lánguida y enigmática.

Stu fue elegido por aclamación alguacil de la Zona Libre.

—Haré todo lo que pueda por ustedes —dijo—. Algunos de los que hoy me aclaman es posible que cambien de idea más adelante, si les sorprendo en falta. ¿Me oyes, Rich Moffat?

Estalló una carcajada general. Rich, que estaba bastante achispado, se sumó a ella de buen grado.

—Pero no preveo incidentes graves. La principal misión del alguacil consiste en evitar que las personas se hagan daño mutuamente, y no creo que haya nadie con malas intenciones. Ya se han producido demasiadas desgracias personales.

La multitud le tributó una ovación cerrada.

—El próximo punto —prosiguió Stu— guarda relación con mi cargo. Necesitamos cinco personas para la comisión de justicia, ya que, en caso contrario, no me sentiré capaz de detener a alguien, si hay que llegar a ese extremo. ¿Alguna propuesta?

—¿Qué le parece el juez? —gritó una voz.

—¡Sí, el juez! —corroboró otra.

Todos volvieron la cabeza, esperando ver cómo el juez se levantaba para aceptar el cargo con su habitual estilo solemne. Los asistentes se prepararon para aplaudirle. Las miradas compungidas de Stu y Glen se encontraron. Tenía que haber previsto esa contingencia.

—No se encuentra presente —dijo una voz.

—¿Lo ha visto alguien? —preguntó Lucy Swann.

Larry volvió la vista hacia ella, incómodo. Pero Lucy estaba buscando con la mirada al juez.

—Yo lo he visto.

Se oyó un murmullo cuando Teddy Weizak se puso en pie, en el fondo de la sala, con aspecto nervioso y frotando con la gamuza sus gafas de montura metálica.

—¿Dónde?

—¿Dónde estaba, Teddy?

—¿Lo viste en la ciudad?

—¿Qué estaba haciendo?

Teddy Weizak se estremeció ante el alud de preguntas.

Stu golpeó con el mazo.

—Orden en la sala.

—Lo vi hace dos días —contestó Teddy—. En un Land Rover. Dijo que iba a pasar la jornada en Denver; pero no aclaró los motivos. Parecía de buen humor. Es lo único que sé.

Se sentó, sin dejar de frotar las gafas ruborizado.

Stu volvió a imponer orden.

—Lamento que el juez no se encuentre aquí. Creo que hubiera sido el hombre ideal para el trabajo. Bien, ¿por qué no proponen otro candidato?

—¡No podemos dejarlo así! —protestó Lucy, poniéndose en pie; llevaba un vestido ceñido de tela de vaqueros que despertó el interés de la mayoría de los hombres presentes—. El juez Farris es un anciano. ¿Y si tuvo algún percance en Denver y no puede volver?

—Lucy —intervino Stu—, Denver es una ciudad enorme.

Se hizo un extraño silencio cuando los asistentes consideraron esa posibilidad. Lucy se sentó, pálida, y Larry la rodeó con un brazo. Los ojos de Larry se encontraron con los de Stu, y éste desvió la mirada.

Con poco entusiasmo se presentó una moción para aplazar la formación de la comisión de justicia hasta el regreso del juez y, tras veinte minutos de discusiones, fue rechazada. Eligieron a otro abogado, un joven de veintiséis años, llamado Al Bundell, recién llegado con el grupo del doctor Richardson. Bundell aceptó la presidencia cuando se la ofrecieron, y dijo tan sólo que esperaba que nadie cometiera ninguna falta grave, al menos hasta el mes próximo, ya que necesitaría ese tiempo para organizar un sistema de tribunales. Al juez Farris se le reservó un puesto en la comisión, *in absentia*.

Brad Kitchner, pálido, nervioso y un poco ridículo con traje y corbata, se acercó al estrado, formuló las observaciones que llevaba preparadas, aunque con el orden equivocado, y se conformó con anunciar que esperaban poder contar con electricidad a primeros de septiembre.

Esta noticia fue recibida con tantas aclamaciones que él recuperó la suficiente confianza en sí mismo para concluir su discurso con solemnidad e incluso pavonearse un poco al abandonar el estrado.

Le siguió Chad Norris, que abordó el tema de la forma correcta: estaban enterrando a los muertos por razones de decoro e higiene y ninguno de ellos se sentiría tranquilo hasta que el trabajo concluyese. Si lo conseguían antes de la estación otoñal de las lluvias, tanto mejor. Solicitó un par de voluntarios, y hubiera reclutado tres docenas de haberlo querido. Terminó pidiendo a los miembros de la brigada de la pala (como él les llamaba) que se pusieran en pie uno por uno y saludaran a los presentes.

Harold se levantó brevemente. Hubo personas que abandonaron la asamblea comentando que era un muchacho despierto y también muy modesto. En realidad, Nadine le había estado susurrando al oído y temía hacer algo más que saludar. La bragueta le abultaba por una inoportuna erección.

Cuando Norris abandonó el estrado, le reemplazó Ralph Bretner, quien les comunicó que por fin tenían un médico, y pidió a George Richardson que se levantara. Entre fuertes aplausos, Richardson hizo la señal de la paz con ambas manos alzadas y los aplausos se trocaron en aclamaciones. Después Norris añadió que, por lo que sabía, se les unirían otras sesenta personas en los dos días siguientes.

—Bueno, éste es el último punto del orden del día —manifestó Stu, y recorrió con la vista al público—. Quisiera que Sandy DuChiens volviera a subir y nos dijera cuántos somos. Pero antes, ¿desea alguien añadir algo más?

Aguardó. Podía distinguir a Glen entre la multitud, y a Sue Stern, Larry, Nick y, por supuesto, Frannie. Todos estaban un poco tensos. Si alguien tenía la intención de tocar el tema de Flagg, de preguntar al comité qué hacía al respecto, ése era el momento indicado. Pero se hizo el silencio. Al cabo de quince segundos, Stu dejó la asamblea en manos de Sandy, quien puso fin al acto. Al ver salir a la gente, Stu pensó: Bueno, hemos vuelto a librarnos.

Diversas personas se acercaron para felicitarle después de la asamblea, una de ellas el nuevo médico.

—La ha llevado usted de maravilla, alguacil —se congratuló Richardson.

Stu estuvo a punto de mirar por encima de su hombro para saber a quién se refería. De inmediato reaccionó y sintió miedo. ¿Alguacil, él? Era un impostor.

Un año, dijo para sí, un año y basta. Pero aún sentía temor.

Stu, Fran, Sue Stern y Nick regresaron juntos al centro de la ciudad, haciendo resonar los zapatos sobre la acera a medida que atravesaban el campus de la Universidad de Colorado en dirección a Broadway. Otras personas los seguían, conversando en voz baja, en dirección a sus respectivas casas. Eran casi las once y media.

—Hace frío —comentó Fran—. Ojalá hubiera traído la chaqueta, además del jersey.

Nick asintió. Él también tenía frío. La noches de Boulder eran siempre frescas, pero aquélla no superaba los diez grados. Les recordó que ese verano extraño y atroz se acercaba a su fin. No era la primera vez que lamentaban que el dios, o la musa o lo que fuera madre Abigail, no hubiera preferido Miami o Nueva Orleans. Pero, bien mirado, no habría sido una buena idea. Mucha humedad, lluvias torrenciales... y montones de cadáveres. Al menos Boulder tenía un clima seco.

—Me morí de miedo cuando propusieron al juez para la comisión de justicia —comentó Stu—. Debimos haberlo previsto.

Frannie asintió, y Nick anotó en un bloc: «Desde luego. La gente echará de menos a Tom & Dayna, 2. Fax de la vida».

—¿Crees que desconfiarán, Nick? —inquirió Stu.

Nick asintió y escribió: «Se preguntarán si se fueron al Oeste».

Todos se quedaron pensativos mientras Nick sacaba el encendedor y quemaba el papel.

—Esto es una contrariedad —murmuró al fin Stu—. ¿De verdad lo crees así?

—Claro, tiene razón —dijo Sue con tono sombrío—. ¿Qué otra cosa pueden pensar? ¿Que el juez Farris se fue a Far Rockaway para montar en la montaña rusa?

—Ha sido una suerte que esta noche no haya surgido la cuestión de qué ocurre en el Oeste —comentó Fran.

Nick escribió: «Desde luego. La próxima vez tendremos que agarrar el toro por los cuernos. Por eso quiero aplazar la siguiente asamblea lo más posible. Quizá tres semanas. ¿El 15 de septiembre?».

—Podemos resistir hasta entonces si Brad consigue poner en marcha la electricidad —opinó Sue.

—Creo que lo logrará —dijo Stu.

—Me voy a casa —informó Sue—. Mañana será un día duro. Dayna se marcha, y la acompañaré hasta Colorado Springs.

—¿No te parece arriesgado, Sue? —preguntó Fran.

Ella se encogió de hombros.

—Menos para ella que para mí.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó Fran.

—Bueno, es una chica bastante especial. En la universidad era una atleta. Su fuerte eran el tenis y la natación, pero practicaba todos los deportes. Iba a una pequeña universidad de Georgia, y durante los dos primeros años siguió manteniendo relaciones con su amigo del instituto. Él era uno de esos machos con chaqueta de cuero, tipo yo-Tarzán-tú-Jane, de modo que ve a la cocina y limpia los cacharros. Después, su compañera de habitación, que era una activa militante feminista, la llevó a un par de reuniones.

—Y la consecuencia fue que ella se hizo más feminista que la compañera —aventuró Fran.

—Primero feminista, después lesbiana —respondió Sue.

Stu frunció el entrecejo. Frannie lo miró con disimulada hilaridad.

—Vamos, esplendor en la hierba —se burló—, ¿qué te sorprende?

Stu sonrió.

—Mandó a paseo a su troglodita —continuó Sue—. Él quiso pegarle, pero ella lo tumbó. Dice que ése fue el momento crucial de su vida. Me confesó que siempre había sabido que era más fuerte y ágil que su amigo; lo sabía *intelectualmente*, pero necesitó hacerlo para demostrarlo.

—¿Eso significa que odia a los hombres? —preguntó Stu.

Susan negó con la cabeza.

—Ahora es bi.

—¿Bi? —repitió Stu.

—Bisexual. Le gustan los dos sexos, Stuart. Y espero que no presiones al comité para que dicte leyes sobre comportamiento sexual.

—Ya tengo suficientes preocupaciones como para investigar quién se acuesta con quién —repuso y todos rieron—. Sólo lo he preguntado porque no quiero que nadie tome esto como una cruzada. Lo que necesitamos allí son observadores, no guerrilleros. Se trata de un trabajo de comadreja, no de león.

—Ella lo sabe —respondió Susan—. Fran me ha preguntado cómo lo tomó cuando le pedí que fuera allí. Lo encajó muy bien. Me recordó que si nos hubiéramos quedado con aquellos hombres..., ¿recuerdas cómo nos encontraste, Stu?

Él asintió.

—Si nos hubiéramos quedado con ellos habríamos aparecido muertas o en el Oeste, ya que es hacia donde se dirigían... al menos cuando estaban sobrios para ver las señales de la carretera. Me dijo que había estado preguntándose cuál era su lugar en la zona, y que suponía que su lugar era quedarse fuera de ella. Y dijo que... intentaría regresar —concluyó Sue.

El resto de lo que le había dicho Dayna Jurgens quedaría entre ellas dos, y ni siquiera los otros miembros del comité lo sabrían. Dayna se iba al Oeste con un cuchillo de veinticinco centímetros ceñido al brazo. Cuando doblaba la muñeca con fuerza, el resorte saltaba y le crecía un sexto dedo de veinticinco centímetros y con doble filo. Le parecía que la mayoría de ellos (los hombres) no lo habrían entendido.

—Si es un dictador poderoso, quizá sea lo único que les cohesiona —había dicho Dayna—. Si muere, es posible que empiecen a aniquilarse entre sí. Y ése puede que sea el fin de su imperio. Si consigo acercarme a él, Susie, más le valdrá encomendarse a su diablo guardián.

—Te matarán, Dayna.

—Es posible. Tal vez valga la pena, si tengo el placer de destriparlo.

Susan no intentó disuadirla. Se conformó con arrancarle la promesa de que se atendería al plan inicial a menos que se le presentara una oportunidad perfecta. Dayna había aceptado y Sue no creía que a su amiga se le presentara esa oportunidad. Flagg debía de estar muy bien custodiado. Aun así, durante los tres días posteriores Sue Stern había estado preocupada y apenas había podido pegar ojo.

—Me voy a la cama —dijo ahora—. Buenas noches, chicos.

Se alejó, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora de campaña.

—Parece envejecida —comentó Stu.

Nick escribió y tendió el bloc a ambos. Había escrito: «Todos lo parecemos».

A la mañana siguiente, Stu se dirigía a la central eléctrica cuando vio a Susan y Dayna enfilear Canyon Boulevard en sendas motos. Las saludó y ellas se detuvieron. Nunca había visto a Dayna más hermosa. Llevaba el cabello recogido con un pañuelo de seda verde, vestía una cazadora de cuero crudo, vaqueros y camisa blanca. Atado en la parte trasera de la moto había un saco de dormir enrollado.

—¡Stuart! —gritó, y lo saludó con la mano, sonriendo.

¿Lesbiana?, pensó él incrédulo.

—Tengo entendido que sales de viaje —dijo.

—Sí. Y no has ido a despedirte de mí.

—Lo siento. ¿Fumas?

Dayna cogió un Marlboro y lo encendió en la cerilla que él le ofrecía.

—Ten cuidado, cariño.

—Lo tendré.

—Y vuelve.

—Espero hacerlo.

Se miraron. Era una radiante mañana de finales de verano.

—Tú cuida de Frannie, camarada.

—Lo haré.

—Y tómate con calma la tarea de alguacil.

—Descuida.

Dayna tiró el cigarrillo.

—¿En marcha, Susie?

Susan asintió y puso la moto en marcha con una sonrisa forzada.

—Dayna.

Ella lo miró, y Stu la besó suavemente en los labios.

—Buena suerte.

La chica sonrió.

—Para desearme de verdad buena suerte, tienen que ser dos. ¿No lo sabías?

Stu volvió a besarla, esta vez más despacio y profundamente.

¿Lesbiana?, volvió a preguntarse.

—Frannie es una mujer afortunada —dijo Dayna—, y puedes decírselo.

Stu sonrió sin saber qué contestar. Dos manzanas más arriba, uno de los pesados camiones anaranjados de la brigada de enterramientos retumbaba en el cruce como ave de mal agüero. El encanto se rompió.

—En marcha —dijo Dayna—. ¡Arriba el ánimo, exploradores!
Stu las observó desde el bordillo mientras se alejaban.

Sue Stern volvió dos días después. En Colorado Springs había contemplado la partida de Dayna hasta que ella no fue más que un puntito que se confundía con el inmenso paisaje. Luego había llorado.

La primera noche, Sue había acampado en las afueras de Monument, y se despertó al alba, asustada por un débil gemido que parecía provenir de una alcantarilla que discurría por debajo del camino de la granja cercana. Haciendo acopio de todo su coraje, dirigió la luz de la linterna hacia el interior del tubo ondulado y descubrió un cachorro flaco y tembloroso. Parecía tener unos seis meses. El animal rehuyó el contacto de su mano y ella no podía introducirse en el estrecho tubo. Por fin, fue a Monument, forzó la puerta de la tienda de comestibles local y regresó, con las primeras luces de la aurora trayendo la mochila llena de comida para perros. Esto dio resultado y el cachorro regresó con ella cómodamente acurrucado en una alforja de la moto.

Dick Ellis se quedó extasiado al ver el cachorro. Era una hembra de setter irlandés, al parecer de pura raza. Cuando creciera, a *Kojak* le gustaría hacerle la corte. La noticia se divulgó por la Zona Libre, y aquel día el tema de la madre Abigail quedó relegado por la excitación despertada por los Adán y Eva caninos. Susan Stern se convirtió en una especie de heroína, y por lo que sabía el comité, nadie se había preguntado qué hacía Susan esa noche en Monument, tan al sur de Boulder.

Pero lo que recordaba Stu era la mañana que las dos habían salido de Boulder en dirección a la autopista Denver-Boulder. Porque ningún habitante de la zona volvió a ver a Dayna Jurgens.

El 27 de agosto, poco antes de anochecer, Venus brillaba en el cielo y Nick, Ralph, Larry y Stu se hallaban sentados en los escalones de la casa de Tom Cullen.

Tom estaba en el césped, profiriendo gritos de júbilo y lanzando bolas de *croquet* a través de una hilera de aros.

«Ha llegado el momento», escribió Nick.

En voz baja, Stu preguntó si volverían a hipnotizarlo, y Nick negó con la cabeza.

—Estupendo —dijo Ralph—. No me siento con ánimo de hacerlo.

Elevó el tono de voz y llamó a Tom, que se acercó a la carrera, sonriendo.

—Tommy, ha llegado el momento de partir —le comunicó Ralph.

La sonrisa de Tom vaciló. Pareció notar que estaba oscureciendo.

—¿Partir? ¿Ahora? ¡Cielos, no! Cuando oscurece Tom se va a la cama. A Tom no le gusta salir de noche. Por los fantasmas. Tom... —Se interrumpió.

Los demás lo miraron inquietos. Salió de su trance, pero no de la forma habitual. No fue una animación súbita, un estallido de vida, sino un proceso lento y casi penoso.

—¿Hacia el Oeste? —preguntó—. ¿Significa *ese* momento?

Stu apoyó una mano en el hombro.

—Sí, Tom.

—En camino.

Ralph gimió y se dirigió a la parte posterior de la casa. Tom no pareció notarlo. Miraba alternativamente a Stu y Nick.

—Caminar de noche. Dormir de día. —Muy lentamente, en la penumbra, agregó—: Y ver el elefante.

Nick asintió.

Larry trajo la mochila de Tom del lugar donde había permanecido, al lado de la escalera. Tom se la calzó en los hombros.

—Deberás tener cuidado, Tom —le recomendó Larry.

—Cuidado. Cielos, sí.

Stu se preguntó si hubieran debido entregarle también una tienda de campaña individual; pero descartó la idea. Tom se habría hecho un lío intentando montarla.

—Nick —murmuró Tom—, ¿tengo que hacerlo?

Nick le rodeó los hombros con un brazo y asintió.

—De acuerdo.

—No te apartes de la carretera principal de cuatro carriles, Tom —le indicó Larry—. La que está marcada con el número setenta. Ralph te llevará en su moto hasta el punto de partida.

—Sí, Ralph me llevará.

Hizo una pausa. Ralph había regresado desde la parte posterior de la casa y se secaba los ojos con el pañuelo de cuello.

—¿Estás listo, Tom? —preguntó con voz ronca.

—¿Nick? ¿Ésta será aún mi casa cuando regrese?

Nick asintió.

—A Tom le gusta mucho su casa. Cielos, sí.

—Lo sabemos, Tommy.

Stu tragó saliva.

—Muy bien. Estoy listo. Ralph me llevará.

—Bien —respondió Ralph—. Por la carretera setenta, ¿recuerdas?

Tom asintió y se encaminó hacia la moto de Ralph.

Éste le siguió al cabo de un momento, sintiendo un peso en los anchos hombros. Hasta la pluma de su sombrero parecía alicaída. Montó en la moto y la puso en marcha. Avanzaron por Broadway. Los demás permanecieron inmóviles, observando cómo se reducían a una silueta recortada contra el crepúsculo purpúreo y marcada por la luz difuminada del faro. Luego, la luz desapareció detrás de la mole del Holiday Twin Drive-in y se perdió de vista.

Nick se alejó, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Stu intentó acompañarle; pero Nick negó con la cabeza y le hizo un ademán de que se marchara. Stu volvió a reunirse con Larry, el cual dijo:

—Punto final.

Stu asintió apesadumbrado.

—¿Crees que volveremos a verlo, Larry?

—Si no es así, nosotros (excepto Fran, que nunca fue partidaria de enviarlo) tendremos que vivir el resto de nuestras vidas con ese peso en la conciencia.

—Nick más que nadie —añadió Stu.

—Sí, por supuesto.

Miraron a Nick, que caminaba despacio Broadway abajo entre las sombras que le iban envolviendo. Entonces volvieron la vista en silencio y, durante un minuto, contemplaron la casa de Tom, a oscuras.

—Vámonos de aquí —exclamó Larry—. Al pensar en todos esos animales disecados he sentido un escalofrío.

Cuando se fueron, Nick regresó al césped de la casa de Tom Cullen y se quedó con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

George Richardson, el nuevo médico, se había instalado en el Dakota Ridge Medical Center, porque estaba cerca del hospital de Boulder, dotado de equipamientos y suficientes reservas de medicamentos.

El 28 de agosto estaba ya en plena actividad, con Laurie Constable y Dick Ellis como ayudantes. Este último había solicitado permiso para abandonar el ejercicio de la medicina, pero le fue denegado.

—Estás haciendo un buen trabajo —le había dicho Richardson—. Has aprendido mucho y aprenderás aún más. Además, yo solo no podría con todo. Tendremos problemas si no conseguimos otro médico dentro de un par de meses. Así que te felicito, Dick, eres el primer practicante de la zona. Dale un beso, Laurie.

Laurie lo besó.

Alrededor de las once de aquella mañana de finales de agosto, Fran entró en la sala de espera y miró alrededor con cierto nerviosismo. Laurie estaba detrás del mostrador de recepción, leyendo un ejemplar del *Ladie's Home Journal*.

—Hola, Fran —la saludó mientras se ponía en pie—. Sabía que tarde o temprano te veríamos por aquí. George está con Candy Jones, pero enseguida te atenderá. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien, gracias —contestó Fran—. Supongo que...

Se abrió la puerta de un gabinete de consulta y salió Candy Jones, seguida por un hombre alto, ancho de espaldas, con pantalones de pana y una camiseta con el emblema del caimán

Izod en el pecho. Candy miraba con recelo un frasco con líquido rosáceo que sostenía en la mano.

—¿Está seguro de que es eso? —preguntó a Richardson dubitativa—. Nunca lo había tenido, y pensaba que estaba inmunizada.

—Bien, pues no lo está, y ahora lo ha contraído —contestó George con una sonrisa amable—. No olvide los baños de almidón y, en el futuro, manténgase alejada de la mala hierba.

—Jack tiene el mismo problema. ¿Él también ha de venir?

—No; pero pueden tomar los baños de almidón en familia.

Candy asintió y entonces vio a Fran.

—Hola, Frannie. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Fatal. —Candy levantó el frasco para que Fran leyese la palabra CALANDRIL en la etiqueta—. Hongos. Y no te imaginas dónde me han atacado. —Su rostro se iluminó—. Pero seguro que sí te imaginas dónde atacó a Jack.

La vieron salir, bastante divertidos. Entonces George dijo:

—Señorita Goldsmith, ¿verdad? Del comité de la Zona Libre. Encantado de conocerla.

Ella le tendió la mano para que se la estrechara.

—Llámeme Fran, por favor, o Frannie.

—Muy bien, Frannie. ¿Cuál es el problema?

—Estoy embarazada. Y muy asustada. —Sin añadir más, se echó a llorar.

George le pasó un brazo por los hombros.

—Laurie, te necesitare dentro de cinco minutos.

—Muy bien, doctor.

Richardson la hizo pasar al consultorio y le ayudó a tenderse en la camilla tapizada de negro.

—Bueno, bueno... ¿Por qué esas lágrimas? ¿Por los mellizos de la señora Wentworth?

Frannie asintió desolada.

—Fue un parto difícil, Fran. La madre era una fumadora empedernida, y los niños nacieron con muy poco peso, incluso para mellizos. El alumbramiento se produjo a últimas horas de la tarde y de improviso. No tuve oportunidad de realizar una autopsia. Algunas mujeres de nuestro grupo están cuidando a Regina Wentworth. Confío en que saldrá del estado de confusión mental en que se encuentra. Pero lo único que puedo decir por ahora es que esos bebés tenían dos factores en contra desde el principio. La causa de su muerte pudo ser cualquiera.

—Incluyendo la supergripe.

—Sí. Incluyéndola.

—De modo que se trata de esperar y ver qué ocurre.

—Diablos, no. Ahora mismo le voy a practicar un examen prenatal completo. Pienso controlar paso a paso a cualquier mujer que quede embarazada o que ya lo esté. La General Electric tenía un lema: «El progreso es nuestro producto más importante». En la Zona Libre, los bebés son el producto más importante, y les dispensaremos un trato acorde.

—En realidad no sabemos nada.

—Ya. Pero debes levantar el ánimo, Fran.

—De acuerdo. Lo intentaré.

Llamaron a la puerta y entró Laurie. Le entregó un formulario al doctor y éste empezó a hacerle preguntas a Fran sobre su historial clínico.

Una vez realizado el examen, George entró en la habitación contigua. Laurie se quedó con ella mientras se vestía.

Cuando se estaba abrochando la blusa, Laurie dijo con voz serena:

—Te envidio, ¿sabes?, a pesar de la incertidumbre. Dick y yo hemos intentado como locos engendrar un hijo. Es gracioso... Yo era de las que solían llevar la chapa población cero. Se refería a crecimiento de población cero, pero cuando pienso en ello ahora siento escalofríos. Oh, Frannie, el tuyo será el *primero*, y sé que todo irá bien. Tiene que ir bien.

Fran sonrió y asintió, sin ganas de recordarle a Laurie que el suyo no sería el primero.

El primero habían sido los mellizos de la señora Wentworth.

Y habían muerto.

—Muy bien —dijo George media hora después.

Fran arqueó las cejas.

—El bebé está muy bien.

Fran cogió un *kleenex* y lo apretó con fuerza.

—Lo sentí moverse... pero de eso hace tiempo. Y desde entonces nada. Temía...

—Está vivo; pero dudo que notases que se movía. Lo más probable es que se tratara de gases intestinales.

—Era el niño —insistió Fran sin inmutarse.

—Bueno, fuera lo que fuera, en adelante se moverá mucho más. Nacerá la primera quincena de enero.

—Estupendo.

—¿Comes bien?

—Creo que sí. Me esfuerzo por comer.

—¿Tienes náuseas?

—Las tuve al principio.

—Bien. ¿Haces ejercicio?

Por un instante se vio, como en una pesadilla, cavando la tumba de su padre. Parpadeó. Aquella había sido otra vida.

—Sí, bastante.

—Has aumentado de peso, ¿no?

—Unos tres kilos.

—Está bien, puedes aumentar seis más. Hoy me siento generoso.

Ella sonrió.

—El médico es usted.

—Mi especialidad era la obstetricia, así que estás en buenas manos. Sigue el consejo de tu médico y llegarás lejos. En cuanto a bicicletas, motos y ciclomotores, prohibidos hasta el quince de noviembre. No fumas ni bebes en exceso ¿verdad?

—No.

—Si quieres tomar una copa alguna que otra vez, no me parece mal. Te recetaré un suplemento vitamínico, que encontrarás en cualquier farmacia.

Frannie se echó a reír y George sonrió extrañado.

—¿He dicho algo gracioso?

—Dadas las circunstancias...

—Ya. Bueno, al menos ya nadie se quejará de que los medicamentos sean caros, ¿no? Una última pregunta, Fran. ¿Te han colocado alguna vez un dispositivo intrauterino, un DIU?

—No.

—Muy bien. Esto es todo. —Se puso en pie—. No voy a decirte que no te preocupes...

—No —contestó ella, y la risa había desaparecido de su expresión—. No lo diga.

—Pero te pido que reduzcas la preocupación al mínimo. La ansiedad de la madre puede producir desequilibrios glandulares. Y eso no es bueno para el bebé. No soy partidario de recetar sedantes a las embarazadas. No obstante, si crees que...

—No será necesario —le interrumpió Fran.

Al salir y encontrarse con el cálido sol del mediodía comprendió que la segunda mitad de su embarazo estaría marcada por el recuerdo de los mellizos desaparecidos de la señora Wentworth.

El 29 de agosto llegaron tres grupos, uno con veintidós miembros, el otro con dieciséis y el tercero con veinticinco. Sandy DuChiens visitó a los siete componentes del comité para comunicarles que la Zona Libre contaba ahora con más de mil habitantes.

Boulder ya no parecía una ciudad fantasma.

El día 30 por la noche, Nadine Cross se encontraba en el sótano de la casa de Harold, observándole inquieta.

Cuando Harold estaba haciendo algo que no suponía una perversión sexual con ella, parecía recluirse en su rincón privado donde Nadine no podía ejercer ningún control sobre él. Mientras estaba allí, parecía frío y desdenoso, con ella y consigo mismo. Lo único que no se alteraba era el odio que sentía por Stuart Redman y los otros miembros del comité.

En el sótano había un juego de *hockey* de mesa, y Harold trabajaba sobre la superficie perforada del tablero. Tenía un libro y estudiaba el esquema que había en una de sus páginas, después miraba el artefacto en el que estaba trabajando, y a continuación hacía algún retoque. Junto a su mano derecha, estaban colocadas ordenadamente las herramientas de su moto Triumph. Sobre el tablero de *hockey* se acumulaban pequeños fragmentos de cable.

—Deberías ir a dar un paseo —dijo Harold sin levantar la vista.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Las facciones de Harold estaban tensas y serias. Nadine comprendía por qué sonreía tanto: cuando dejaba de hacerlo parecía loco. Sospechaba que *estaba* loco, o que le faltaba poco.

—Porque no sé cómo puede reaccionar esta dinamita —contestó Harold.

—¿Qué quieres decir?

—La dinamita vieja suda, cariño —dijo, y la miró; Nadine vio que tenía el rostro bañado en sudor, como para confirmar sus palabras—. *Transpira*, para ser más exacto. Y lo que transpira es nitroglicerina pura, una de las sustancias explosivas más inestables del mundo. De modo que, si es vieja, existen muchas posibilidades de que este pequeño proyecto estalle y nos envíe a la cima del Flagstaff, y de allí al país de Oz.

—Tampoco hace falta ser tan pedante para decirlo.

—Nadine, encanto...

—¿Qué?

Harold la miró impasible.

—Cierra tu jodido pico.

Ella lo hizo, pero no salió a dar un paseo, aunque le hubiera gustado. Seguro que si era la voluntad de Flagg (y la tablilla le había dicho que Harold era el instrumento del que se valía Flagg para eliminar al comité), la dinamita no sería vieja. Y aunque lo fuera, no explotaría hasta la hora señalada... ¿O no? ¿Hasta qué punto Flagg controlaba los acontecimientos?

Bastante, pensó ella, los controla bastante. Pero no estaba segura y se sentía nerviosa. Había vuelto a su casa. Joe se había ido, esta vez para siempre. Y había ido a ver a Lucy, y soportado su fría acogida para enterarse de que, desde que ella se había ido a vivir con Harold, Joe (Lucy le llamaba Leo) había experimentado una «ligera regresión». Era obvio que la culpaba también de eso... Pero, si de Flagstaff Mountain se desprendiera una avalancha, o un terremoto partiera en dos Pearl Street, Lucy también la haría responsable de esas catástrofes.

Claro que pronto habría muchas calamidades que serían atribuidas a ella y a Harold. De todas formas, se había quedado muy desilusionada por no poder ver a Joe, ni darle un beso de despedida. Harold y ella ya no se quedarían mucho tiempo en la Zona Libre.

No importa, se dijo, será mejor que te desentiendas de él por completo, ahora que te has embarcado en esta aventura escabrosa. Sólo conseguirías hacerle daño, y probablemente también te lo harías a ti misma, porque Joe, ve cosas y sabe cosas. Es mejor que deje de ser mamá Nadine. Que vuelva a ser Leo para siempre.

Pero la paradoja implícita era inexorable: ella no creía que a ninguno de los habitantes de la zona les quedara más de un año de vida, y esto incluía al chico. *Él* no quería que vivieran...

Harold no es su único instrumento, se dijo. También yo lo soy. Yo, que una vez dije que el pecado imperdonable en el mundo posterior a la epidemia era el asesinato, la eliminación de una sola vida humana.

De pronto, deseó que la dinamita fuera vieja, que estallara y acabara con ellos dos. Un final piadoso. Luego pensó en lo que ocurriría después de que ellos cruzaran las montañas. Notó el conocido ardor viscoso en su vientre.

—Listo —murmuró Harold con serenidad.

Había depositado el artefacto en una caja de zapatos que dejó a un lado.

—¿Ya está?

—Sí.

—¿Funcionará?

—¿Quieres comprobarlo?

Sus palabras eran sarcásticas, pero a ella no le importó. Los ojos de Harold la recorrían con aquella expresión ávida, sinuosa e infantil que ella había aprendido a reconocer. Harold había regresado de aquel lugar lejano donde había escrito el diario que ella había leído y que después había vuelto a guardar en su escondite habitual, la loseta suelta de la chimenea. Ahora podía manejarlo. Ahora su charla era sólo eso: charla.

—¿Quieres mirarme mientras me masturbo? —le propuso—. ¿Como anoche?

—Sí.

—Entonces vayamos arriba —le dedicó un pestañeo—. Yo subo primero.

—Sí —contestó él con voz ronca; tenía gotas de sudor en la frente, pero ya no eran producto del miedo—. Ve delante.

Ella empezó a subir y supuso que él espiaría por debajo de su sucinta falda. No llevaba bragas.

La puerta se cerró. El aparato fabricado por Harold quedó dentro de la caja de zapatos, en la penumbra, junto a un *walkie-talkie* alimentado por una batería encontrada en una tienda de radios de segunda mano. Y tenía conectados ocho cartuchos. El libro seguía abierto. Procedía de la Biblioteca Pública de Boulder y se titulaba *65 inventos galardonados en la Feria Nacional de Ciencias*. El esquema mostraba un timbre doméstico conectado a un *walkie-talkie* parecido al de la caja de zapatos. El epígrafe rezaba: «Tercer Premio Nacional de Ciencias 1977. Fabricado por Brian Ball, de Rutland, Vermont. ¡Pronuncie la palabra y el timbre sonará a veinte kilómetros!».

Esa noche, unas horas más tarde, Harold volvió a bajar al sótano, tapó la caja de zapatos y, con sumo cuidado, la transportó arriba. La depositó en el estante superior de un armario de la cocina. Ralph Bretner le había dicho esa tarde que el comité de la Zona Libre invitaría a Chad Norris a que presentara un informe en la próxima asamblea. «¿Cuándo será eso?», había preguntado Harold con la mayor naturalidad. «El dos de septiembre», contestó Ralph.

El 2 de septiembre.

Larry y Leo estaban sentados en el bordillo, frente a la casa. Larry bebía una cerveza Hamm, y Leo una naranjada de lata. En esos días, en Boulder se podía beber cualquier cosa que a uno le apeteciera, siempre que se hallase enlatada y a uno no le importase tomarla tibia. Desde el fondo, llegaba el traqueteo continuo de la cortadora de césped que Lucy estaba utilizando. Larry se había ofrecido a hacer el trabajo, pero Lucy se había negado. «Si puedes, averigua que le pasa a Leo», le había pedido.

Era el último día de agosto.

Al día siguiente del traslado de Nadine a casa de Harold, Leo no había aparecido a la hora del desayuno. Larry lo encontró en calzoncillos y con el pulgar en la boca. Se mostró poco comunicativo y hostil. Larry se asustó más que Lucy, porque ella no sabía cómo era Leo cuando él lo encontró. Entonces se llamaba Joe, y llevaba un cuchillo de matarife.

Ya había pasado casi una semana, y Leo estaba un poco mejor, pero no había recuperado todo el terreno perdido y se negaba a hablar de lo ocurrido.

—Esa mujer tiene algo que ver con esto —había dicho Lucy mientras ajustaba la tapa del depósito de la cortadora.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—No quería mencionarlo, pero el otro día estuvo aquí, mientras Leo y tú os hallabais de pesca en Cold Creek. Quería ver al chico. Me alegré de que no estuvierais.

—Lucy...

Ella le besó con suavidad y él le dio un pellizco cariñoso en el mentón.

—Te juzgué mal —dijo Lucy—. Supongo que siempre me lo reprocharé. Pero nunca podré sentir simpatía por Nadine Cross. Hay algo inquietante en ella.

Larry no contestó. Pensó que Lucy quizá tenía razón. Aquella noche en King Sooper se había comportado como una desquiciada.

—Hay otro detalle. Cuando llegó no le llamaba Leo, sino Joe.

La miró sin comprender mientras ella volvía a poner la cortadora en marcha.

Ahora, media hora después de aquella conversación, bebía su Hamm y observaba cómo Leo hacía botar la pelota de ping pong que había encontrado el día en que ambos fueron a casa de Harold, donde ahora vivía Nadine. La pelota blanca estaba sucia pero no abollada. *Toe, toe, toe*, sonaba sobre el pavimento. Aquel día Leo (ahora era Leo, ¿no?) no había querido entrar en casa de Harold.

La casa donde vivía mamá Nadine.

—¿Quieres que vayamos a pescar, chico? —le sugirió Larry.

—No hay peces —contestó Leo, y miró a Larry con aquellos extraños ojos verdemar—. ¿Conoces al señor Ellis?

—Claro que sí.

—Dice que podremos beber el agua cuando vuelvan los peces. Beberla sin... —Emitió un silbido y agitó los dedos delante de los ojos—. Ya sabes.

—¿Sin hervirla?

—Sí.

Toc, toc, toc.

—Me gusta Dick. Y también Laurie. Siempre me dan algo de comer. Él teme que no puedan, pero yo creo que sí podrán.

—¿Qué podrán?

—Tener un niño. Dick teme ser demasiado viejo. Pero yo no creo que lo sea.

Larry se disponía a preguntar cómo Leo y Dick habrían abordado ese tema; pero se contuvo. La respuesta, por supuesto, sería que no habían hablado de ello. Dick no hubiera hablado con un niño de una cuestión tan delicada como concebir un hijo. Leo se había enterado, sencillamente.

Toc, toc, toc.

Sí, Leo sabía las cosas, o las intuía. No quiso entrar en la casa de Harold y dijo algo sobre Nadine... No recordaba qué... Pero sí recordaba la discusión y le sorprendió saber que Nadine se había ido a vivir con Harold. Había sido como si el chico estuviera en trance, como si...

(toc-toc-toc).

Larry miró cómo botaba la pelota y de pronto fijó la vista en Leo. Sus ojos se habían oscurecido y tenía la mirada perdida. El ruido de la cortadora de césped se había reducido a un zumbido sordo y soporífero. El día era radiante y cálido. Y Leo volvía a estar en trance, como si hubiera leído el pensamiento de Larry y respondiera a él.

Con toda naturalidad, Larry dijo:

—Sí, yo pienso que pueden engendrar un hijo. Dick no parece tener más de cincuenta y cinco años. Cary Grant tuvo uno cuando tenía casi setenta.

—¿Quién es Cary Grant? —preguntó Leo.

La pelotita seguía botando.

—¿No lo sabes? —preguntó a Leo.

—Era un actor, hizo *Encadenados* y *Con la muerte en los talones* —contestó Leo sin dejar de botar la pelota.

—Así es, Leo —aprobó Larry—. ¿Cómo está mamá Nadine?

—Ella me llama Joe. Para ella soy Joe.

—Oh.

Un escalofrío recorrió la espalda de Larry.

—Está mal. Los dos están mal.

—Nadine y...

—Sí, él.

—¿No son felices?

—Él los ha embaucado. Creen que los quiere.

—¿Él?

—Él.

La palabra quedó flotando en la plácida atmósfera estival.

Toc-toc-toc.

—Se irán al Oeste —dijo Leo.

—Vaya —musitó Larry y se quedó helado. ¿Quería de verdad seguir oyendo? Era como ver la lápida de una tumba en un cementerio silencioso de la que asomaba una mano...

Sea lo que sea, no quiero oírlo, no quiero saberlo, se dijo.

—Mamá Nadine quiere creer que tú eres culpable —continuó Leo— de haberla empujado a los brazos de Harold. Es como si él estuviera desgastando la parte del cerebro de Nadine que distingue el bien del mal. La está corroyendo poco a poco, y cuando haya desaparecido estará tan loca como toda la gente del Oeste. Aún más loca, quizá.

—Leo... —murmuró Larry.

—Ella me llama Joe —precisó el chico—. Para ella soy Joe.

—¿Quieres que yo te llame Joe? —pregunto Larry dubitativo.

—No —exclamó él con tono de súplica—. No, por favor.

—Echas de menos a mamá Nadine, ¿verdad, Leo?

—Ella está muerta —contestó con escalofriante sencillez.

—¿Por eso estuviste fuera hasta tan tarde aquella noche?

—Sí.

—Pero ahora hablas.

—Os tengo a ti y a mamá Lucy para hablar.

—Sí, por supuesto...

—¡Pero no para siempre! —exclamó Leo—. ¡No para siempre, a menos que hables con Frannie! ¡Habla con Frannie, por favor!

—¿Sobre Nadine?

—¡No!

—¿De qué entonces? ¿De ti?

Leo elevó el tono de voz, que se hizo aún más estridente.

—¡Todo está escrito! ¡Tú lo sabes! ¡Frannie lo sabe! ¡Habla con ella!

—El comité...

—¡El comité no! Él no os ayudará, no ayudará a nadie, es el sistema antiguo, él se ríe de vuestro comité, porque es el sistema antiguo y los sistemas antiguos son débiles, tú lo sabes, Frannie lo sabe, si habláis entre vosotros podréis...

Leo lanzó la pelota con fuerza, que botó por encima de su cabeza, cayó y se alejó rodando. Larry la siguió con la vista. Tenía la boca seca y el corazón le palpitaba con fuerza.

—Se me ha caído la pelota —dijo Leo, y corrió a buscarla.

Larry permanecía sentado observándolo.

Frannie, pensó.

Los dos estaban sentados en el borde de un murete balanceando los pies. Faltaba una hora para que oscureciera y unas pocas personas paseaban por el parque, algunas de ellas cogidas de la mano.

La hora de los niños es también la hora de los amantes, pensó Fran de forma incoherente. Larry acababa de explicarle todo lo que Leo había dicho durante su trance, y eso daba vueltas en su mente como un torbellino.

—¿Qué opinas? —preguntó Larry.

—No sé qué pensar —dijo ella en voz baja—, excepto que no me gusta nada de lo que está ocurriendo. Sueños visionarios. Una anciana que es la voz de Dios durante un tiempo y después desaparece en el bosque. Y ahora un niño que da la impresión de tener el don de la telepatía. Es como vivir en un cuento de hadas. A veces pienso que la supergripe nos dejó vivir pero nos enloqueció.

—Leo dijo que debía hablar contigo. Y lo estoy haciendo.

—Se halla escrito —murmuró Fran—. El chico tiene razón. Creo que ahí se encuentra la clave del problema. Si no hubiera sido tan estúpida, tan engreída como para escribirlo todo... ¡maldita sea!

Larry la miró atónito.

—¿De qué estás hablando?

—Se trata de Harold —respondió—, y lamento no habérselo dicho a Stu. Me sentía avergonzada. Llevar un diario era tan... estúpido... y ahora a Stu... a Stu le gusta Harold... a todos los de la Zona Libre les gusta Harold, incluido tú. —Dejó escapar una risita que contrastaba con el llanto—. Al fin y al cabo, era tu guía espiritual, ¿no?

—No sigo muy bien el hilo de todo esto —admitió Larry—. ¿Puedes decirme de qué tienes miedo?

—El caso es que no lo sé. —Lo miró con lágrimas en los ojos—. Te diré lo que pueda, Larry. Tengo que desahogarme con alguien, el cielo sabe que ya no puedo guardármelo por más tiempo. Y Stu quizá no sea la persona que tenga que oírlo. Al menos la primera.

—Adelante, Fran.

Ella se lo explicó, empezando por aquel día de junio que Harold entró por el camino particular de su casa de Ogunquit al volante del Cadillac de Roy Brannigan. Mientras hablaba, las últimas luces del día se transformaron en sombras violáceas. Las parejas del parque empezaron a marcharse, y apareció la luna. En el bloque de pisos del otro extremo de Canyon Boulevard se habían encendido algunas luces de gas. Ella le habló de la inscripción en el techo del granero y le explicó que estaba durmiendo cuando Harold se jugó la vida para grabar el nombre de ella en la parte inferior. Le comentó su encuentro con Stu en Fabyan, y la reacción de rechazo de Harold ante Stu. También le reveló el descubrimiento de la huella dactilar de Harold en el diario de ella. Cuando terminó, eran más de las nueve y se oía el canto de los grillos. Permanecieron callados y Fran esperó, no sin aprensión, a que Larry hablara. Pero él parecía abstraído en sus pensamientos.

Por fin, preguntó:

—¿Estás segura de que la huella dactilar corresponde a Harold?

Fran sólo tuvo un instante de vacilación.

—Sí, en cuanto la vi supe que era de Harold.

—Ese granero donde él grabó la inscripción... —prosiguió Larry—. ¿Recuerdas que la noche en que nos conocimos te dije que yo había subido? ¿Y que Harold había grabado sus iniciales en una viga?

—Sí.

—No fueron sólo las tuyas. También incluyó las suyas. Dentro de un corazón. Como un adolescente enamorado lo haría sobre su pupitre de la escuela.

—Menudo lío —comentó ella con voz ronca.

—Tú no eres responsable de los actos de Harold Lauder, cariño —le cogió la mano y la apretó con fuerza; luego la miró a los ojos—. No puedes cargarlos sobre tu conciencia, porque si lo hicieras... —Aumentó tanto la presión que se hizo dolorosa, pero su voz seguía siendo suave—. Si lo hicieras, perderías la cabeza. Ya es bastante difícil responder de los propios actos, no digamos de los ajenos.

Larry le soltó la mano y permanecieron en silencio durante unos momentos.

—¿Piensas que Harold siente un odio mortal hacia Stu? —preguntó él por fin—. ¿Crees que de verdad es tan profundo?

—Sí —contestó ella—. Y quizá también hacia todo el comité. Pero no sé qué...

Él apoyó la mano en su hombro, interrumpiéndola. La postura de Larry había cambiado en la oscuridad, sus pupilas se habían dilatado, y movía los labios en silencio.

—Larry, ¿qué...?

—Cuando él bajó —musitó Larry—, lo hizo para buscar un sacacorchos o algo parecido.

—¿Qué?

Volvió la cabeza muy despacio, como si estuviera montada sobre un perno oxidado.

—Tal vez haya una manera de resolver este enigma —dijo—. No puedo garantizarlo, pero... Harold lee tu diario y no sólo descubre un secreto, sino que se le ocurre una idea. Diablos, incluso pudo haberse sentido celoso de que se te ocurriera antes. Los mejores escritores escribían su diario, ¿no?

—¿Me estás diciendo que Harold lleva un diario?

—Cuando bajó al sótano, el día que llevé el vino, eché un vistazo por la sala. Me dijo que pensaba decorarla con cromados y cuero, y quería imaginarme cómo quedaría. Entonces vi una loseta suelta en la chimenea...

Hubo una pausa.

—¡Sí! —exclamó ella en voz tan alta que Larry se sobresaltó—. El día en que entré en la casa y llegó Nadine Cross me senté en la chimenea, y recuerdo esa loseta suelta. —Volvió a mirar a Larry—. Otra vez lo mismo. Es como si algo nos arrastrara por la nariz, como si nos guiara...

—Una coincidencia —comentó él, pero parecía inquieto.

—¿De veras? Los dos estuvimos en casa de Harold, los dos nos dimos cuenta de la loseta suelta, y ahora los dos estamos aquí. ¿Es una coincidencia?

—No lo sé.

—¿Qué había debajo de la loseta?

—Un libro mayor —contestó muy despacio—. Al menos eso ponía en la tapa. No lo abrí. En ese momento pensé que podía haber pertenecido al anterior propietario de la casa. Pero ¿Harold no lo habría encontrado? Tú y yo notamos la loseta suelta. Así que supongamos que lo encuentra. Aunque el tipo que vivió allí antes de la epidemia lo hubiese llenado de secretos inconfesables (las cantidades que defraudaba al fisco, las fantasías sexuales con su hija, qué sé yo), esos secretos no hubieran sido de Harold. ¿Comprendes?

—Sí, pero...

—No interrumpas mientras el inspector Underwood saca conclusiones, cabecita hueca. De modo que, si no contaba secretos de Harold, ¿por qué volver a guardarlo debajo de la loseta? Lo guardó porque es suyo.

—¿Crees que sigue allí?

—Tal vez. Lo mejor será ir a comprobarlo.

—¿Ahora?

—Mañana. Él saldrá a trabajar con la brigada de la pala, y Nadine por la tarde suele colaborar en las tareas de la central eléctrica.

—De acuerdo. ¿Crees que debo decírselo a Stu?

—¿Por qué no esperamos? No tiene sentido armar un revuelo, a menos que tengamos la seguridad de que se trata de algo importante. El libro puede haber desaparecido, o podría no contener nada más que una lista de tareas a realizar. Puede estar lleno de anotaciones inocentes, o ser un ideario de sus principios políticos. O estar escrito en clave.

—No se me había ocurrido. ¿Qué haremos si contiene algo... comprometedor?

—Supongo que tendremos que plantearlo ante el comité. Es otro de los motivos por los que debemos darnos prisa. Nos reuniremos el dos de septiembre. El comité decidirá lo que haya que hacer.

—¿Tú crees?

—Sí, pienso que sí —respondió Larry. Pero también pensaba en lo que le había dicho Leo sobre el comité.

Fran se deslizó lentamente al suelo desde el borde del murete.

—Me siento mejor. Gracias por haber venido, Larry.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En el pequeño parque que hay enfrente de la casa de Harold. Mañana a la una de la tarde.

—Estupendo. Hasta entonces.

Frannie volvió a casa más tranquila de lo que había estado durante las últimas semanas. Como había dicho Larry, ahora las alternativas eran muy claras. El diario podía demostrar que sus temores eran infundados. En caso contrario, sería un asunto del comité. Como Larry le

había recordado, éste se reuniría el 2 de septiembre por la noche, en casa de Nick y Ralph, casi al final de Baseline Road.

Al llegar a casa, Stu estaba sentado en el dormitorio con un rotulador en una mano y un grueso volumen con tapas de piel en la otra. Sobre la cubierta se leía el título en letras doradas: *Introducción al Código Penal de Colorado*.

—Una lectura pesada —comentó ella, y le besó en los labios.

Él lanzó el libro, que aterrizó sobre el tocador con un ruido sordo.

—Lo ha traído Al Bundell. Él y su Comité de Justicia están en plena actividad, Fran. Quiere hablar ante el Comité de la Zona Libre cuando nos reunamos pasado mañana. ¿Qué has estado haciendo, encanto?

—Hablando con Larry Underwood.

La miró fijamente por unos momentos.

—Fran, ¿has estado llorando?

—Sí —contestó ella mirándole a los ojos—. Pero me siento mucho mejor.

—¿Se trata del niño?

—No.

—¿De qué, pues?

—Te lo diré mañana por la noche. Te lo explicaré todo. Hasta entonces nada de preguntas, ¿de acuerdo?

—¿Es algo serio?

—No lo sé, Stu.

Él la contempló.

—Muy bien, Frannie. Te quiero.

—Lo sé. Y yo también te quiero.

—¿Nos vamos a la cama?

Ella sonrió.

—Te echo una carrera.

El primer día de septiembre amaneció gris y lluvioso, un día como tantos otros, pero ningún residente de la Zona Libre lo olvidaría. Fue el día en que la electricidad volvió a la parte norte de Boulder, al menos fugazmente.

A las doce menos diez del mediodía, en la sala de controles de la central eléctrica, Brad Kitchner miró a Stu, Nick, Ralph y Jack Jackson. Sonrió con nerviosismo y dijo:

—Ave María, llena eres de gracia, ayúdame a superar esta prueba.

Bajó con un movimiento enérgico dos grandes interruptores. En el enorme recinto cavernoso que se extendía a sus pies, dos generadores de pruebas empezaron a chirriar. Los cinco hombres se acercaron al ventanal de cristal polarizado que se extendía de pared a pared, y miraron hacia abajo, donde se había concentrado casi un centenar de hombres y mujeres, equipados con gafas protectoras por orden de Brad.

—Si hemos cometido algún error, prefiero que estallen dos a que lo hagan cincuenta y dos —les había dicho antes Brad.

Los generadores chirriaron con más fuerza.

Nick tocó a Stu con el codo y le señaló el techo de la sala. Stu levantó la vista y esbozó una sonrisa. Detrás de los paneles translúcidos, los tubos fluorescentes comenzaban a encenderse, aunque de forma débil. Los generadores se fueron activando poco a poco, produjeron un zumbido agudo y constante y se estabilizaron. Abajo, los trabajadores prorrumpieron en clamorosos aplausos. Algunos con una mueca de dolor, debido a sus manos, callosas y llastadas de enroscar alambre de cobre hora tras hora.

Los fluorescentes habían alcanzado ya su intenso brillo característico.

Nick experimentó una sensación opuesta a la que había sentido en Shoyo, al apagarse las luces: no de entierro sino de resurrección.

Los dos generadores suministraron corriente a un sector de la parte norte de Boulder, en la zona de North Street. Allí había mucha gente que desconocía la prueba de aquella mañana, y varias personas se quedaron boquiabiertas.

En los televisores aparecieron refulgentes cataratas de nieve. En una casa de Spruce Street, una batidora volvió a la vida, intentando amalgamar una mezcla de huevo y queso hacía tiempo coagulada. El motor de la batidora no tardó en sobrecalentarse y se quemó. Una sierra eléctrica despertó en un garaje desierto, expulsando serrín de sus entrañas. Los quemadores de las cocinas se pusieron incandescentes. Marvin Gaye empezó a cantar por los

altavoces de una tienda de discos llamada Museo de Cera. La letra que acompañaba a la música sincopada parecía un sueño remoto que acabara de renacer: *Bailemos / gritemos / hay que mover el cuerpo / bailemos / gritemos...*

En Maple Street estalló un transformador y despidió una pintoresca lluvia de chispas que se extinguieron sobre el césped húmedo.

En la central eléctrica, uno de los generadores empezó a rechinar más agudamente, y despedía humo. Los trabajadores retrocedieron asustados. El recinto se llenó del olor dulzón y repugnante del ozono, y sonó un timbre de alarma.

—¡Ha subido demasiado! —rugió Brad—. ¡El hijo de puta se ha pasado! ¡Se está sobrecargando!

Cruzó corriendo la sala y volvió a accionar ambos interruptores. El chirrido de los generadores empezó a disminuir, pero no antes de que se oyera un estallido, seguido de gritos amortiguados por el cristal de seguridad, procedentes de abajo.

—¡Mierda! —exclamó Ralph—. Uno de ellos está ardiendo.

Sobre sus cabezas, los tubos se fueron convirtiendo en núcleos de luz mortecina hasta apagarse por completo. Brad abrió bruscamente la puerta de la sala de control y salió al rellano. Su voz resonó en el amplio espacio abierto.

—¡Rociadlo con espuma! ¡Rápido!

Los hombres dirigieron varios extintores hacia el generador y sofocaron el fuego. El olor del ozono seguía flotando en el aire, y los otros se apiñaron en el rellano junto a Brad.

Stu apoyó una mano en el hombro de Brad.

—Lamento que haya terminado así, amigo —le dijo.

Brad se volvió, sonriente.

—¿Lo lamentas? ¿Por qué?

—Bueno, se ha encendido, ¿no? —preguntó Jack.

—¡Sí, claro que sí! Y en algún tramo de North Street hay un transformador calcinado. ¡Lo habíamos olvidado, maldita sea! ¡Cayeron enfermos y murieron, pero no se molestaron en desconectar sus aparatos eléctricos antes de irse al otro barrio! En todo Boulder hay televisores, hornos eléctricos y neveras encendidos. Un colosal consumo de electricidad. Estos generadores están programados para interconectarse cuando hay una sobrecarga en un lugar y poca carga en otro. Ese de ahí abajo trató de interconectarse, pero los demás estaban inactivos, ¿comprendes?

Brad se hallaba excitadísimo.

—¡Gary! ¿Recordáis cómo Gary, en Indiana, quedó reducido a cenizas?

Los demás asintieron.

—No podemos estar seguros, nunca lo estaremos; pero lo que ha ocurrido aquí pudo haber ocurrido allá. Quizá el corte de electricidad no fue lo bastante rápido. Una manta eléctrica pudo haber bastado en las circunstancias oportunas, igual que en el caso de la vaca de la señora O'Leary, de Chicago, que coceó una farola. Estos aparatos intentaron interconectarse en el vacío. Así que ardieron. Hemos tenido suerte de que ocurriera, podéis estar seguros.

—Si tú lo dices —contestó Ralph no muy convencido.

—Tenemos que repetir el trabajo, pero sólo con este motor. Pondremos manos a la obra. Pero... —Brad había empezado a chasquear los dedos con nerviosismo—. Pero no vamos a arriesgarnos a volver a activar la corriente hasta que estemos seguros. ¿Podría disponer de otro equipo de trabajo? ¿Unos doce hombres?

—Supongo que sí —contestó Stu—. ¿Para qué?

—Un grupo de desactivación. Personas que recorrerán Boulder para apagar todo lo que quedó encendido. No pienso volver a conectar hasta que esta tarea se haya realizado. Carecemos de brigada de incendios, amigo.

Brad emitió una risita nerviosa.

—Mañana por la noche tenemos una reunión del comité de la Zona Libre —dijo Stu—. Ve y explica para qué quieres a esos hombres, y los tendrás. ¿Estás seguro de que la sobrecarga no volverá a producirse?

—Sí, segurísimo. Hoy no habría sobrevenido si no se hubieran quedado tantos aparatos encendidos. Por cierto, alguien debería ir a North Boulder y comprobar si está ardiendo.

Nadie sabía si Brad hablaba en serio o en broma. Después resultó que se habían producido varios incendios de poca importancia, la mayoría por recalentamiento de aparatos domésticos. Ninguno de ellos llegó a mayores gracias a la llovizna. El 1 de septiembre de 1990 habría de ser recordado por la gente como la fecha en que se restableció el servicio eléctrico. Aunque sólo durante treinta segundos.

Una hora después, Frannie pedaleaba en su bicicleta por el Eben G. Fine Park, delante de la casa de Harold. En el extremo del parque, justo al otro lado de las mesas de picnic, discurría Boulder Street. La llovizna de la mañana se había transformado en bruma.

Miró alrededor buscando a Larry, no lo vio, y aparcó la bici. Anduvo sobre la hierba, todavía húmeda, en dirección a los columpios. Una voz dijo:

—Estoy aquí, Frannie.

Con un sobresalto, miró en dirección al edificio que alberga los servicios de damas y caballeros y, por un instante, sintió miedo. Veía la sombra de un hombre alto en el pasadizo que separaba las dos dependencias. Temió que...

Entonces la silueta se adelantó. Era Larry, vestido con unos vaqueros desgastados y una camisa color caqui. Fran se tranquilizó.

—¿Te he asustado? —preguntó.

—Sí, un poco.

Se sentó en uno de los columpios y recobró su ritmo cardíaco habitual.

—Es que sólo percibí una sombra...

—Lo siento. He pensado que sería más prudente, aunque desde la casa de Harold este rincón no se ve. He comprobado que también has venido en bicicleta.

Ella asintió.

—Es más silenciosa.

—He dejado la mía escondida en ese cobertizo.

Indicó con la cabeza una construcción sin puertas y de techo bajo cercana al parque de juegos.

Frannie acudió a buscar la suya, esquivó los columpios y el tobogán y la metió en el cobertizo. El olor era rancio y fétido. Imaginó que el lugar había sido un refugio para quienes eran demasiado jóvenes o estaban demasiado borrachos para conducir. El suelo estaba lleno de colillas y botellas de cerveza. En un rincón vio unas bragas arrugadas, y en otro los residuos de una fogata. Dejó la bicicleta junto a la de Larry y volvió a salir rápidamente. Entre las sombras, aspirando el olor almizclado de sexo consumado hacía ya tiempo, resultaba demasiado fácil imaginar al hombre oscuro acechando a sus espaldas, con una percha retorcida en la mano.

—Un picadero frecuentado, ¿verdad? —comentó Larry.

—No parece un sitio muy agradable —respondió Fran con un ligero escalofrío—. Larry, sea cual sea el resultado de lo que nos traemos entre manos, quiero explicárselo todo a Stu esta noche.

Larry asintió.

—Sí, y no sólo porque es miembro del comité, sino porque también es el alguacil.

Fran le miró, preocupada. Por primera vez se daba cuenta de que aquella incursión podía enviar a Harold a la cárcel. Iban a introducirse en su casa clandestinamente.

—Menudo lío —comentó ella.

—¿Quieres desistir?

Fran lo pensó un momento y después negó con la cabeza.

—Muy bien. Creo que tenemos que asegurarnos.

—Sí. Esta mañana vi a Harold conduciendo uno de los camiones de la brigada de entierros. Y todos los miembros del comité de energía han sido convocados a la prueba.

—¿Y ella ha ido?

—De no hacerlo, llamaría la atención, ¿no te parece?

Fran reflexionó y después hizo un gesto afirmativo.

—Supongo que sí. Por cierto, Stu dijo que esperan que la mayor parte de la ciudad vuelva a tener electricidad el día seis.

—Será un día memorable —comentó Larry.

Y pensó lo agradable que sería acomodarse en el Shannon's o en el Broken Drum con una guitarra Fender y un amplificador y tocar algo, cualquier cosa, con tal de que fuera sencillo y rítmico, a todo volumen. *Gloria*, tal vez, o *Walking the Dog*. Sí, cualquier cosa, menos *Baby, Can You Dig Your Man?*

—Quizá debiéramos tener una excusa preparada, por si acaso —susurró ella.

Larry sonrió con sorna.

—¿Dirás que vendemos suscripciones a una revista si nos sorprenden?

—Muy gracioso.

—Bueno, pues en el caso de que ella esté, podríamos decirle que hemos venido a comunicarle la noticia del regreso de la electricidad.

Fran asintió.

—Sí, eso suena razonable.

—No te engañes, Fran. A ella le parecería sospechoso aunque viniéramos a comunicarle que ha aparecido Cristo y se está paseando por el embalse.

—Si es culpable de algo.

—Sí, claro, si es culpable.

—Vamos —apremió Fran—. Adelante.

No hubo necesidad de ninguna excusa. Llamaron a la puerta principal y después a la trasera, hasta convencerse de que la casa de Harold se hallaba vacía. Por suerte, pensó Fran, ya que cuanto más pensaba en la excusa que habían inventado, menos creíble le parecía.

—¿Cómo entraste? —preguntó Larry.

—Por la ventana del sótano.

Rodearon la casa y Larry tiró de la ventana mientras Fran montaba guardia. Pero no consiguió abrirla.

—Tú pudiste hacerlo; pero ahora tiene echado el cerrojo.

—Será que está atascada. Déjame probar.

Fran no tuvo mejor suerte. Después de su primera visita clandestina, Harold la había cerrado a cal y canto.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella.

—Forzaremos la entrada.

—Él se dará cuenta, Larry.

—Bueno. Si no tiene nada que ocultar, pensará que han sido los chiquillos que se han entretenido en romper ventanas de casas vacías. Y si oculta algo, se asustará y lo tendrá bien merecido. ¿No te parece?

Ella lo miró con escepticismo, pero no lo detuvo cuando se quitó la camisa, la enrolló alrededor del puño y rompió el cristal de la ventana. Los trozos de vidrio resonaron en el interior. Larry tanteó en busca del cerrojo.

—Aquí está.

Lo descorrió y la ventana se abrió. Larry se introdujo por el hueco; luego volvió para ayudar a Fran.

—Con cuidado, nena, nada de abortos en el sótano de Harold Lauder, por favor.

La agarró por las axilas y la bajó despacio. Exploraron juntos el cuarto de juegos. Los palos de *croquet* estaban empinados como centinelas. Sobre la mesa de *hockey* se veían montones de pequeños fragmentos de cable eléctrico coloreado.

—¿Qué es esto? —dijo ella—. Antes no estaban aquí.

—Quizá Harold esté fabricando una ratonera mejor.

Debajo de la mesa había una caja de cartón y Larry la levantó. En la tapa se leía: *WALKIE-TALKIE* - AUTÉNTICO EQUIPO DE LUXE. PILAS NO INCLUIDAS. La abrió, pero por el peso ya intuía que estaba vacía.

—Fabrica *walkie-talkies*, no ratoneras —comentó Fran.

—No, éste no era un equipo para montar. Es un modelo que se compra ya hecho. Quizá estuvo haciendo algún cambio. Muy propio de Harold. ¿Recuerdas que Stu se lamentó de la mala recepción cuando Harold y Ralph y él salieron a buscar a madre Abigail?

Ella asintió, pero aquellos trozos de cable la intrigaban.

Larry dejó caer la caja al suelo e hizo una afirmación que más adelante sabría había sido la más errónea de su vida.

—No tiene importancia —concluyó—. Sigamos.

Subieron la escalera, pero esta vez la puerta estaba cerrada con llave. Ella lo miró, y Larry se encogió de hombros.

—Si hemos llegado hasta aquí...

Fran asintió.

Larry empujó la puerta con el hombro para tantear la resistencia del cerrojo y después embistió con fuerza. Se oyó un chasquido metálico, un impacto contra el suelo, y la puerta se abrió. Larry se agachó y recogió del linóleo de la cocina una pieza del cerrojo.

—Volveré a montar este chisme y él no se dará cuenta, si encuentro un destornillador.

—¿Para qué molestarse? Ya verá la ventana rota.

—Es cierto, pero si el cerrojo está en su sitio... ¿Por qué sonríes?

—Muy bien, vuelve a colocarlo. Y ahora dime cómo volverás a correrlo desde el interior del sótano.

Larry estudió el problema y exclamó.

—¡Caray! No hay nada que odie más que una mujer meticulosa. —Y arrojó el cerrojo sobre la mesa de fórmica de la cocina—. Veamos qué hay debajo de la loseta de la chimenea.

Entraron en la sala en penumbra y Fran sintió que la invadía la ansiedad. La vez anterior Nadine no poseía llave. Esta vez, si regresaba, la tendría. Y los pillaría con las manos en la masa. Sería tragicómico que el primer trabajo de Stu, en su condición de alguacil, consistiera en arrestar a su mujer por allanamiento de morada.

—Es ésa, ¿verdad? —preguntó Larry, indicando con el dedo.

—Sí. Apresúrate.

—Lo más probable es que lo haya cambiado de sitio.

Así lo había hecho Harold. Pero Nadine volvió a colocarlo debajo de la loseta suelta. Larry y Fran nada sabían de estas maniobras. Cuando el primero apartó la loseta, quedó al descubierto el libro mayor con su cubierta en letras doradas. Ambos lo contemplaron. De repente la habitación parecía más calurosa, sofocante y oscura.

—Bueno —concluyó Larry—. ¿Vamos a admirarlo o a leerlo?

—Tú —respondió ella—. Yo no quiero ni tocarlo.

Él lo sacó del hueco y sacudió de la tapa el polvillo blanco de la piedra. Empezó a hojearlo al azar. Harold había empleado un rotulador de fibra, de aquellos que se habían comercializado con la agresiva marca Hard-head (cabeza dura). Así, había podido escribir con letra menuda, perfecta, la grafía de un hombre muy puntilloso, quizá obsesivo. No había puntos y aparte. Sólo quedaba un pequeñísimo margen a derecha e izquierda, pero era constante, tan recto que podría haber sido trazado con una regla.

—Necesitaría tres días para leer todo esto —comentó Larry, mientras volvía al principio del libro.

—Espera.

Pasó la mano por encima del brazo de él para volver un par de hojas. Allí la compacta riada de palabras se interrumpía para dejar paso a un espacio recuadrado. El texto parecía una especie de lema:

Seguir la propia estrella implica reconocer el poder de una Fuerza superior, de una Providencia. ¿Pero no es posible que el acto de seguirla sea la raíz de un Poder aún mayor? Vuestro dios, vuestro diablo, posee las llaves del faro. He estado reflexionando mucho acerca de esto durante los últimos dos meses; pero ha sido conferida a cada uno de nosotros la responsabilidad de la navegación.

HAROLD EMERY LAUDER

—Lo siento —dijo Larry—. No lo entiendo. ¿Y tú?

Fran negó con la cabeza.

—Supongo que Harold quiere expresar que ser seguidor de una causa puede ser tan honorable como liderarla. Aunque, como lema, no creo que pase a la historia.

Larry siguió volviendo páginas, y encontró otras cuatro o cinco máximas recuadradas, todas ellas con el nombre de Harold al final, escrito en mayúsculas.

—¡Caray! —exclamó Larry—. ¡Lee esto, Frannie!

Se dice que los dos grandes pecados del hombre son el orgullo y el odio. ¿Lo son? Yo prefiero pensar que son las dos grandes virtudes. Renunciar al orgullo y el odio supone cambiar por el bien del mundo. Asumirlos es más noble, significa que el mundo tiene que cambiar por tu bien. He emprendido una gran aventura.

HAROLD EMERY LAUDER

—Esto es producto de una mente alterada —diagnosticó Fran, y sintió un escalofrío.

—Es la filosofía que nos ha metido en este embrollo —convino Larry, y pasó las páginas con rapidez hacia atrás—. Estamos perdiendo el tiempo, veamos qué conclusión podemos sacar de todo esto.

Ni uno ni otro sabía con exactitud que podía esperar. No habían leído ningún pasaje del diario excepto los recuadros y una o dos frases sueltas que, debido al estilo enrevesado de Harold, poco revelaban.

Lo que vieron al inicio del diario les produjo una gran conmoción. El libro empezaba con un número 1 dentro de un círculo. Había un sangrado, el único de todo el texto, por lo que Fran había podido apreciar, aparte de los que daban paso a los lemas en recuadro. Leyeron la primera frase sosteniendo el volumen entre los dos como niños en clase de canto. Fran lanzó un «¡Oh!» con voz débil, y retrocedió un paso, cubriéndose la boca con la mano.

—Fran, tenemos que llevarnos este diario.

—Sí...

—Y mostrárselo a Stu. No sé si Leo está en lo cierto cuando asegura que se hallan enrolados en el bando del hombre oscuro, pero Harold, como mínimo, está peligrosamente perturbado. Ya lo ves.

—Sí —repitió ella.

Se sentía débil, a punto de desfallecer. De modo que así terminaba la historia de los diarios. Era como si ella lo hubiera sabido, como si lo hubiese comprendido desde el momento en que vio la huella del pulgar pringoso, y necesitó repetirse varias veces que no debía desmayarse.

—¿Fran? ¿Frannie? ¿Estás bien?

Sintió la voz de Larry como si se hallara muy lejos.

La primera frase del diario de Harold: «Mi gran placer de este delicioso verano posapocalíptico consistirá en matar a Stuart, *Picha de Perro* Redman. Y quizá también a ella».

—¿Ralph? ¿Ralph Bretner? ¿Estás en casa? Iuuu-juuu, ¿hay alguien?

Se encontraba en la escalera, mirando hacia la casa. No se veía ninguna moto en el patio, y sólo un par de bicicletas en la parte lateral. Ralph la habría oído, pero debía contar con el mudo. El sordomudo. Podías desgañarte gritando y él no te contestaría, aunque estuviese dentro.

Nadine se cambió la bolsa de mano, tanteó la puerta y vio que estaba abierta. Entró, dejando atrás la bruma que empezaba a caer. Se encontró en un pequeño recibidor. Cuatro escalones más arriba estaba el área de la cocina, y otro tramo de escalera conducía al sótano, donde, según Harold, Andros tenía su apartamento. Con su mejor sonrisa, bajó, preparando una excusa por si Nick estuviera allí.

«He entrado porque pensé que no te enterarías si llamaba. Algunos de nosotros queremos saber si se trabajará por la noche para reparar los motores que explotaron. ¿Brad te ha comentado algo?».

Abajo sólo había dos habitaciones: un dormitorio austero como una celda monacal, y un estudio. Un escritorio, una silla, una papelería y una biblioteca. El escritorio se hallaba tapizado de hojitas de papel, y Nadine les echó un vistazo. La mayoría de ellas no le revelaron nada, y supuso que eran las intervenciones de Nick en una conversación («supongo que sí, pero ¿no podríamos preguntarle si puede hacerse de forma más sencilla?», decía una de ellas). Otras daban la impresión de ser notas para sí mismo, apuntes, reflexiones. Algunas le recordaron los recuadros del diario de Harold, lo que él denominaba con sarcasmo «pautas para una vida mejor».

Una decía: «Hablar con Glen sobre el comercio. ¿Hay alguien entre nosotros que sepa cómo empieza el comercio? Escasez de bienes, ¿no? ¿O el acaparamiento de un producto? Técnicas. Ésta puede ser una palabra clave. ¿Qué ocurriría si Brad Kitchner decidiera vender en vez de regalar? ¿O el médico? ¿Con qué le pagaríamos? Hummm».

Otra: «La protección de la comunidad es un arma de doble filo».

Una tercera: «Cada vez que hablamos de la ley, por la noche tengo pesadillas y sueño con Shoyo. Lo veo morir. Veo cómo Childress arroja su sopa de un extremo a otro de la celda. La ley, la ley... ¿Qué vamos a hacer con la maldita ley? La pena capital. Esta sí es una idea divertida. Cuando Brad consiga que volvamos a tener electricidad, ¿cuánto tiempo pasará antes de que alguien le pida que instale una silla eléctrica?».

Dejó las anotaciones de mala gana. Era fascinante leer los papeles de un hombre que sólo podía pensar con lucidez por escrito (un profesor de la universidad solía decir que el proceso intelectual no era completo si no se repetía de viva voz). Nick no estaba en su apartamento. Ni él ni nadie. No era cuestión de entretenerse, ya que correría riesgos innecesarios.

Volvió a subir. Harold le había advertido que seguramente se reunirían en la sala. Se trataba de una habitación enorme, con una mullida alfombra granate y presidida por una chimenea central cuyo tubo atravesaba el techo como una columna de roca. Toda una pared era una cristalera, y permitía ver el magnífico panorama de los Flatirons. Nadine tuvo la impresión de encontrarse en un escaparate. Sabía que la superficie exterior del cristal estaba iodizada, de modo que quien estuviese fuera sólo vería su propia imagen reflejada como en un espejo, pero la sensación psicológica seguía siendo de indefensión total. Quería terminar su trabajo lo antes posible.

En el otro extremo de la habitación halló al fin lo que buscaba: un armario profundo que Ralph no había vaciado. Las ropas colgaban hasta el fondo, y en el rincón más lejano había un montón de botas, calcetines y prendas de lana. Tenía casi un metro de profundidad.

Sacó apresuradamente las provisiones de la bolsa. Eran el camuflaje y sólo formaban una capa superficial. Debajo de las latas de sardinas y tomate concentrado estaban la caja de zapatos con la dinamita y el *walkie-talkie*.

—Si la pongo en el armario, ¿surtirá el mismo efecto? —había preguntado—. ¿La pared que está al lado no amortiguará la explosión?

—Nadine —había respondido Harold—, si este artefacto funciona, y nada me hace pensar que no sea así, pulverizará la casa y la mayor parte de la ladera circundante. Déjala donde te parezca que pueda pasar inadvertida durante la reunión. Un armario sería lo ideal. La pared a la que está adosado reventará y se convertirá en metralla. Confío en tu criterio, cariño. Se repetirá el viejo cuento del sastre y las moscas. Siete de una vez. Sólo que en este caso se trata de un puñado de cucarachas politizadas.

Nadine abrió un hueco entre las botas y las bufandas, depositó la caja de zapatos, volvió a taparlo y se apartó del armario. Ya estaba hecho. Para bien o para mal.

Abandonó la casa con rapidez, sin mirar atrás, intentando ignorar la voz interior que la exhortaba a volver y arrancar los cables que conectaban los detonadores con el *walkie-talkie*, aconsejándole desistir antes de que su empresa la condujera a la locura. ¿Acaso no era eso lo que en realidad la aguardaba, quizá antes de que hubieran transcurrido dos semanas? ¿No era la demencia la conclusión lógica y final?

Metió la bolsa de provisiones en el cesto de la Vespa y la puso en marcha. Mientras se alejaba de la casa, la voz no dejaba de repetir: No dejarás eso allí, ¿verdad? No dejarás esa bomba en el armario, ¿verdad?

«En un mundo donde ha muerto tanta gente... —se ladeó al tomar una curva, casi sin ver por dónde iba. Las lágrimas habían empezado a empañarle los ojos—, el mayor pecado es matar a un ser humano».

Esta vez serían siete vidas. No, más, ya que el comité iba a escuchar los informes de los responsables de varias comisiones.

Nadine se detuvo en la esquina de Baseline y Broadway, pensando que daría media vuelta y volvería atrás. Temblaba de pies a cabeza.

Y más tarde nunca pudo explicarle a Harold lo que había ocurrido; lo cierto es que ni siquiera lo intentó. Fue un presagio de los horrores que les reservaba el futuro.

Y Sintió que un manto negro se desplegaba sobre su visión.

Era como si corrieran lentamente una cortina oscura, mecida y agitada por una suave brisa. Ocasionalmente, la brisa arreciaba, la cortina se zarandeaba con más fuerza, y ella vislumbraba un rayo de luz por debajo, una fracción de aquella encrucijada desierta.

Pero la cortina volvió a impedirle la visión y pronto la rodeó por completo. Estaba ciega, sorda, había perdido el sentido del tacto. El ente pensante, el yo-Nadine, se sumergió en un cálido capullo negro de algo que parecía agua de mar, o líquido amniótico.

- sintió que *él* se infiltraba en ella. Un alarido se gestó dentro de su ser, pero no tuvo boca para gritar.

Penetración: entropía.

No sabía lo que significaban aquellas palabras, al menos colocadas juntas, pero sí sabía que eran correctas.

Nunca había sentido nada semejante. Más tarde, se le ocurrieron metáforas para describirlo, pero las descartó una tras otra.

Estás nadando en medio del agua tibia y de pronto te encuentras atrapada en una bolsa de líquido frío y entumecedor.

Te han administrado novocaína y el dentista te extrae una muela, la cual se desprende con un tirón indoloro. Escupes sangre en la bacina blanca. Tienes un boquete en tu organismo; te han perforado. Puedes deslizar la lengua en el agujero donde parte de ti vivía hace un segundo.

Te miras la cara en el espejo. La contemplas durante mucho rato. Cinco, diez, quince minutos. No se permite parpadear. Observas, con una especie de horror intelectual, cómo tu rostro cambia, igual que el de Lon Chaney Jr. en una película del hombre lobo. Te conviertes en una extraña para ti misma, un muerto viviente de tez olivácea, una vampira psicótica de rostro blanquecino y ojos de pez.

No era nada de todo eso, pero tenía elementos de cada una de las cosas.

El hombre oscuro penetró en ella, y era *frío*.

Cuando Nadine abrió los ojos, su primer pensamiento fue que estaba en el infierno.

El infierno era blanco, la tesis de la antítesis del hombre oscuro. Veía una nada blanca, marfileña, cegadora. Blanco-blanco-blanco. El infierno era blanco, y estaba por todas partes.

Se quedó deslumbrada ante el resplandor —era imposible mirar aquel albor—, fascinada y angustiada, durante varios minutos, antes de darse cuenta de que tenía el manillar de la Vespa entre los muslos, y de que había otro color, el verde, en la periferia de su visión.

Con un movimiento brusco apartó los ojos de su alucinación y miró alrededor. La boca no respondía, temblaba, los ojos estaban desorbitados, el horror la atenazaba. El hombre oscuro la había poseído, Flagg la había poseído, y cuando ella había alcanzado el orgasmo la había desposeído de sus cinco sentidos, de las brechas que la conectaban con la realidad. La había conducido como un hombre podía llevar un coche o un camión. Y la había llevado... ¿adonde?

Volvió a mirar hacia la blancura y vio que era una enorme pantalla blanca de cine al aire libre contra un cielo grisáceo y lluvioso. Al girar la cabeza vio la cafetería. Estaba pintada de un rosa chillón. Un escrito en rotulador en uno de los cristales frontales decía: BIENVENIDO AL HOLIDAY TWIN. ESTA NOCHE ¡DIVIÉRTASE BAJO LAS ESTRELLAS!

La oscuridad la había cegado en el cruce de Baseline y Broadway. Ahora estaba más allá de la calle Veintiocho, casi pasado el extrarradio de... Longmont, ¿no?

Notaba que se hallaba en su interior, en el desván de su mente, como el lodo seco en un adoquín.

Estaba rodeada de postes metálicos que parecían centinelas de varios metros de altura, cada uno equipado con altavoces. Entre la gravilla crecían hierba y diente de león. Nadine tuvo la impresión de que el Holiday Twin no había estado muy concurrido desde mediados de junio. Cualquiera habría adivinado que había sido un verano flojo para el negocio del espectáculo.

—¿Qué hago aquí? —murmuró para sí, pues no esperaba respuesta. Así que el susto fue mayúsculo cuando la obtuvo.

Todos los altavoces cayeron de golpe de sus soportes. El sonido que produjeron parecía el de un cuerpo muerto al caer.

«NADINE», rugieron los altavoces.

Era la voz de *él*.

Ella se apresuró a taparse los oídos; pero eso no sirvió para silenciar la voz del coloso, que estaba llena de connotaciones de alegría y jocosa lujuria.

«NADINE, NADINE, CÓMO AMO A MI NADINE, MI PERRITO FIEL, MI ADORADA...».

—¡Basta ya! —gritó ella con todas sus fuerzas. Pero su voz no podía competir con la potencia de los altavoces. Sin embargo, por unos instantes la voz calló. Los altavoces caídos la miraban como ocelos de insectos gigantes.

Nadine apartó poco a poco las manos de las orejas.

Te has vuelto loca, se consoló. Eso es todo. La tensión de la espera, los juegos de Harold... y encima la colocación del explosivo. Ha sido demasiado y has perdido los estribos.

Pero no había perdido el juicio, y ella lo sabía.

La realidad era mucho peor. Como para probarlo, los altavoces rugieron con el tono duro y a la vez condescendiente de un director de escuela que, a través del interfono, riñe a un estudiante por alguna travesura.

«NADINE. ELLOS LO SABEN».

—Ellos lo saben —repitió ella.

Ignoraba quiénes eran ellos y lo que sabían, pero estaba segura de que era inevitable.

«OS HABÉIS COMPORTADO COMO IMBÉCILES. A DIOS PUEDE GUSTARLE LA IMBECILIDAD. A MÍ NO.».

Las palabras resonaron en el crepúsculo. Sus ropas empapadas se agarraban a su piel, el pelo caía lacio sobre sus pálidas mejillas, y empezó a tiritar.

Imbécil, pensó. Imbécil. Sé lo que significa esa palabra. Creo que significa muerte.

«LO SABEN TODO... MENOS LA CAJA DE ZAPATOS. LA DINAMITA».

Altavoces por todas partes, que la miraban desde la gravilla, entre matojos enredados por la lluvia.

«ID AL SUNRISE AMPHITHEATER. QUEDAOS ALLÍ HASTA MAÑANA POR LA NOCHE. HASTA QUE ELLOS SE REÚNAN. Y DESPUÉS HAROLD Y TÚ PODRÉIS VENIR A MÍ.».

Ahora Nadine empezó a sentir una simple y compensatoria gratitud. Habían sido imbéciles... pero se les concedía una segunda oportunidad. Eran lo suficientemente importantes para contar con un trato de favor. Y muy pronto ella estaría con él... y entonces se volvería loca, estaba casi segura de ello. Todo lo demás dejaría de importar.

—El Sunrise Amphitheater está demasiado lejos —dijo ella. Sus cuerdas vocales se habían visto afectadas, y se hallaba afónica—. Demasiado lejos para...

¿Para qué?, reflexionó. Oh, ¡claro, para el *walkie-talkie*! Para la señal de transmisión.

Ninguna respuesta.

Los altavoces yacían sobre la gravilla, mirándola. A centenares.

Apretó el embrague de la Vespa y la moto empezó a petardear. El eco le hizo cerrar los ojos. Parecía fuego de metralla. Quería salir de ese horrible lugar, escapar de aquellos altavoces mirones.

Tenía que salir.

Perdió el equilibrio al rodear un cartel de anuncios. Habría sido capaz de controlar el vehículo en una superficie pavimentada, pero la rueda trasera resbaló en la gravilla y cayó. Ella se mordió el labio y se produjo una herida en la mejilla. Se incorporó, con los ojos perdidos y espantados, y continuó adelante. No podía dejar de temblar.

Ya se encontraba en el camino que tomaban los coches para recoger la entrada del cine. La taquilla, que parecía una cabina de peaje de autopista estaba justo enfrente de ella. Iba a salir. Escapaba. Su boca se relajó.

A sus espaldas quedaban centenares de altavoces que volvían de nuevo a la vida, y ahora cantaban, una tonada monótona y horrenda:

«TE ESTARÉ MIRANDO... EN TODOS LOS VIEJOS RINCONES FAMILIARES... QUE MI CORAZÓN AÑORA... TODO EL DÍA...».

Nadine gritó, soltó una grotesca carcajada y a continuación una especie de cacareo.

«HAZLO BIEN, NADINE. HAZLO BIEN, MI PREFERIDA, MI BIEN AMADA».

Entonces llegó a la carretera y enfiló hacia Boulder a toda marcha, dejando atrás la voz inmaterial y los altavoces... pero llevándolos en su corazón para siempre.

Estaba esperando a Harold en la esquina de la parada de autobuses. Cuando él la vio, su rostro palideció.

—Nadine —dijo.

La cesta del almuerzo cayó de sus manos y se estrelló contra el asfalto.

—Harold —se apresuró a informar ella—, lo saben. Tenemos que...

—Tu cabello, Nadine. Cielos, tu cabello...

Nada más parecía importarle.

—¡Escúchame!

Él pareció recuperar la compostura.

—¿Qué ocurre?

—Fueron a tu casa y encontraron el diario. Se lo llevaron.

En el rostro de Harold pugnaban las emociones: ira, espanto, vergüenza. Poco a poco se borraron, y una sonrisa helada volvió a su rostro.

—¿Quiénes?

—No lo sé, y tampoco importa. Fran Goldsmith, de eso estoy segura, y quizá Bateman o Underwood. No lo sé. Pero van por ti, Harold.

—¿Cómo lo sabes? —La agarró bruscamente por los hombros al recordar que ella había vuelto a depositar el diario debajo de la loseta. La sacudió como a una muñeca de trapo, pero

Nadine le miró sin acobardarse. Ya se había enfrentado a cosas peores que a Harold Lauder en aquel largo día—. ¿Cómo lo sabes, zorra? —repitió.

—Él me lo dijo.

Harold la soltó.

—¿Flagg? ¿Él te lo dijo? ¿Te ha hablado? ¿Y te hizo *eso*? —La sonrisa de Harold era espantosa, como la de una calavera.

—¿A qué te refieres?

Estaban junto a unos grandes almacenes. Harold volvió a cogerla por los hombros, y la obligó a mirarse en el escaparate. Nadine contempló su imagen por unos momentos.

Su cabello estaba completamente blanco. No quedaba ni una hebra oscura.

—Vamos —le apremió ella—. Tenemos que marcharnos de la ciudad.

—¿Ahora?

—Cuando oscurezca. Nos esconderemos hasta entonces, y antes de salir recogeremos todo lo necesario para acampar.

—¿Iremos al Oeste?

—Todavía no. Hay que esperar a mañana por la noche.

—Quizá ya no quiera ir —susurró Harold. No dejaba de mirarle el cabello.

Ella cogió su mano y la puso sobre su cabeza.

—Demasiado tarde, Harold.

Fran y Larry estaban sentados frente a la mesa de la cocina de la casa de Stu y Fran, tomando café. Abajo, Leo templaba su guitarra, la que Larry le había ayudado a escoger en Earthly Sounds. Era una hermosa Gibson con apliques de madera de cerezo. También le había llevado un tocadiscos a pilas y una docena de álbumes de folk-blues. Ahora Lucy estaba con él, y Leo interpretaba una imitación asombrosamente fiel del *Backwater Bines* de Dave van Ronk.

*Estuvo lloviendo durante cinco días,
el cielo se volvió negro como la noche...
y ahora hay problemas en las marismas.*

Por la arcada que comunicaba con la sala, Fran y Larry veían a Stu, sentado en su sillón favorito, con el diario de Harold abierto sobre las rodillas. Estaba allí desde las cuatro de la tarde. Eran ya las nueve y había oscurecido por completo. No había querido cenar. Ante la mirada vigilante de Frannie, volvió otra hoja.

Abajo, Leo terminó *Backwater Bines* y se produjo una pausa.

—Toca bien, ¿verdad? —comentó Fran.

—Mejor que yo —contestó Larry.

Tomó un sorbo de café.

Desde abajo llegó de repente una melodía conocida que paralizó la mano de Larry con la taza en el aire. Y a continuación la voz de Leo, suave e insinuante, que agregó la letra al ritmo lento, reiterativo:

*Eh nena, he venido aquí esta noche
y no he venido para discutir,
sólo quiero que me digas si puedes,
que me lo digas de una vez y yo entenderé,
nena, ¿entiendes a tu hombre?
es un hombre virtuoso.
Nena, ¿entiendes a tu hombre?*

Larry derramó el café.

—¡Cuidado! —exclamó Fran, y se levantó para ir a buscar un paño de cocina.

—Yo lo haré —dijo él—. Soy un desastre.

—No, quédate donde estás.

Fran trajo un trapo y limpió la mancha.

—Recuerdo esa canción. Tuvo mucho éxito antes de la epidemia. Leo debió de encontrar el disco en el centro.

—Seguramente.

—¿Cómo se llamaba el intérprete?

—No lo recuerdo —contestó Larry—. La música moderna viene y se va con rapidez.

—Sí, pero esta canción era muy conocida —insistió ella mientras retorció el trapo.

—Es curioso cómo a veces tienes algo en la punta de la lengua y no te sale, ¿verdad?

—Sí.

Stu cerró el diario con un golpe seco, y se dirigió a la cocina. La vista de Fran bajó hacia el revólver de Stu, que le colgaba de la cintura. Lo llevaba desde que fue elegido alguacil, y solía bromear con que se pegaría un tiro en el pie. A Fran el chiste no le hacía ninguna gracia.

—¿Qué te parece? —preguntó Larry.

Stu parecía preocupado. Dejó el diario sobre la mesa y se sentó. Fran se dispuso a servirle una taza de café, pero él la rechazó y apoyó una mano en su antebrazo.

—No, gracias, cariño.

Miró a Larry con expresión ausente.

—Lo he leído de punta a cabo y ahora tengo una maldita jaqueca. No estoy acostumbrado. El último libro que leí de un tirón fue aquella historia de conejos, *Watership Down*. Me lo prestó un sobrino mío, me senté a leerlo y...

—Yo también lo leí —dijo Larry—. Un libro estupendo.

—Era la historia de unos conejos que tenían una vida muy cómoda —continuó Stu—. Eran grandes, estaban bien alimentados y vivían siempre en el mismo sitio. Allí fallaba algo, pero no sabían qué era. Al parecer no querían saberlo. Había un granjero...

—Que dejaba la madriguera en paz y sacaba un conejo para la olla cada vez que le apetecía. O quizá los vendía —continuó Larry—. El caso es que era un pequeño criadero.

—Sí. Y había un conejo, *Silverweed*, que componía poemas sobre un alambre refulgente... el lazo que el granjero usaba para cazar los conejos, supongo. El cepo que usaba para atraparlos y estrangularlos. *Silverweed* componía poemas sobre eso. —Meneó la cabeza con aire cansado—. Harold me recuerda a *Silverweed*.

—Harold está enfermo —sentenció Fran.

—Sí. —Stu encendió un cigarrillo—. Y es peligroso.

—¿Qué debemos hacer? ¿Arrestarlo?

Stu dio unos golpecitos sobre el diario.

—Nadine Cross y él planean algo que les haga acreedores a una buena acogida en el Oeste. Pero el diario no explica de qué se trata.

—Menciona a varias personas que no son precisamente de su agrado —añadió Larry.

—¿Lo arrestaremos? —volvió a preguntar Fran.

—No lo sé. Antes quiero consultarlo con el resto del comité. ¿Qué programa tenemos para mañana por la noche, Larry?

—Bueno, la sesión se dividirá en dos partes, asuntos públicos y asuntos confidenciales. Brad quiere hablar de su patrulla de desactivación. Al Bundel presentará un informe preliminar sobre el comité de justicia. Veamos... George Richardson se referirá a las horas de ambulatorio en Dakota Ridge, y acto seguido comparecerá Chad Norris. Después estaremos solos.

—Si le pedimos a Al Bundel que se quede y le ponemos al corriente de lo que ocurre con Harold, ¿existe alguna garantía de que no se irá de la lengua?

—Estoy seguro de que será discreto —contestó Fran.

—Cuánto me gustaría que el juez estuviera aquí. Me entendía bien con ese hombre —comentó Stu nervioso.

Guardaron silencio, pensando en el juez, preguntándose dónde estaría esa noche. De abajo llegaba el sonido de Leo tocando *Sister Kate* al estilo de Tom Rush.

—Pero tendremos que conformarnos con Al. De todas formas, sólo veo dos alternativas. Tenemos que quitarlos de en medio. Pero no quiero meterlos en la cárcel, ¡maldita sea!

—¿Cuál es la otra alternativa? —preguntó Larry.

—El destierro —contestó Fran.

Larry se volvió hacia ella. Stu hacía lentos gestos de asentimiento, mirando el cigarrillo.

—¿Expulsarle? —preguntó Larry.

—A él y a ella —contestó Stu.

—¿Pero Flagg los aceptará en esas condiciones? —preguntó Frannie.

—No es asunto nuestro, cariño.

Ella asintió y pensó: Oh, Harold, yo no quería que esto terminara así. Jamás quise que terminara de este modo.

—¿Tenéis idea de lo que se proponen? —preguntó Stu.

Larry se encogió de hombros.

—Necesitarías recabar la opinión de todo el comité, Stu, pero se me ocurren varias.

—¿Por ejemplo?

—Un sabotaje en la central eléctrica. Un atentado contra ti y Frannie. Son dos posibilidades.

Fran tenía un aspecto pálido y decaído.

—Aunque no lo expresa con claridad —prosiguió Larry—, creo que colaboró contigo y con Ralph en la búsqueda de madre Abigail con la esperanza de quedarse a solas contigo y liquidarte.

—Tuvo oportunidad para hacerlo —contestó Stu.

—Quizá se acobardó.

—Basta, por favor —suplicó Frannie.

Stu se levantó y regresó al salón. Allí había una radio de banda ciudadana conectada a una batería Die-Hard. Después de manipularla por unos instantes, se comunicó con Brad Kitchner.

—¡Brad, viejo granuja! Aquí Stu Redman. Escucha, ¿podrías reclutar algunos tipos para que esta noche monten guardia en la central eléctrica?

—Por supuesto —respondió Brad—. ¿Qué ocurre?

—Se trata de una cuestión delicada, Brad. Me ha llegado el rumor de que alguien podría intentar un sabotaje.

Brad soltó una ristra de juramentos.

Stu esbozó una tenue sonrisa en dirección al micrófono.

—Entiendo cómo te sientes. Por lo que sé, el peligro se circunscribe a esta noche y tal vez a la próxima. Después ya no habrá problemas.

Brad contestó que podía reclutar doce hombres de la comisión de energía sin necesidad de andar dos manzanas, y que todos estarían encantados de dar su merecido a cualquier saboteador.

—¿Es otra cabronada de Rich Moffat?

—No, no se trata de Rich. Oye, ya hablaremos. ¿De acuerdo?

—Está bien, Stu. Organizaré la vigilancia.

Stu apagó el aparato de CB y volvió a la cocina.

—La gente acepta que calles todo lo que se te antoja, y esto me asusta, ¿sabéis? El sociólogo calvorota tiene razón. Podríamos comportarnos como reyes si quisiéramos.

Fran le puso una mano sobre la suya.

—Quiero que me prometas una cosa. Y tú también, Larry. Prometed que solucionaréis esto de una vez por todas en la reunión de mañana por la noche. Deseo que este asunto quede zanjado.

—El destierro, sí —murmuró Larry—. No se me había ocurrido, pero quizá sea la mejor solución. Bueno, voy a recoger a Lucy y a Leo y nos vamos a casa.

—Hasta mañana —se despidió Stu.

—Hasta mañana.

El 2 de septiembre, una hora antes del amanecer, Harold estaba en el Sunrise Amphitheater, mirando hacia abajo. La ciudad se hallaba sumergida en un pozo de sombras. Nadine dormía a su espalda en la pequeña tienda de dos plazas que habían cogido al salir de la ciudad, junto con otros útiles de *camping*.

«Pero volveremos. Montados en carrozas», había dicho.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón lo dudaba. La oscuridad se cernía sobre él en más de un sentido. Aquellos miserables hijos de puta le habían desposeído de todo: de Frannie, de su amor propio, de su diario y de su esperanza.

El fuerte viento le alborotaba el pelo y hacía resonar la lona tensada de la tienda como si fuera una ráfaga de ametralladora. Nadine gemía en sueños. Era un quejido inquietante. Harold pensó que ella estaba tan dolida como él, quizá más. Los sonidos que articulaba mientras dormía denotaban pesadillas.

No obstante, puedo mantener la cordura. Puedo hacerlo. Y, si consigo llegar con la mente intacta a lo que me aguarde, será fantástico.

Se preguntó si Stu y sus compinches estarían ahora allí, rodeando su casa, esperando a que volviera para arrestarlo y meterlo entre rejas. Pasaría a la historia, si quedaba algún ridículo erudito para escribirla. Bienvenido a los tiempos duros, halcón capturado, extra, extra, léalo todo sobre el tema. Bueno, pues tendrían que esperar sentados. Había emprendido su aventura; recordaba con claridad a Nadine poniendo su mano sobre el cabello blanco y diciendo: «Demasiado tarde, Harold».

Los ojos de ella le habían recordado los de un cadáver.

—Muy bien —murmuró—. Lo superaremos.

Alrededor y encima de su cabeza el sombrío viento de septiembre silbaba entre los árboles.

La sesión del comité de la Zona Libre se abrió catorce horas más tarde en la sala de la casa que compartían Ralph Bretner y Nick Andros.

Stu, instalado en un sillón, golpeaba sobre una mesita con su lata de cerveza.

—Muy bien, amigos, será mejor que empecemos.

Glen y Larry se hallaban sentados en el borde curvado de la chimenea central, de espaldas al pequeño fuego que Ralph había encendido. Nick, Susan Stern y Ralph se acomodaron en el sofá. El primero, con su inseparable bolígrafo y su bloc de notas. Brad Kitchner se encontraba junto al marco de la puerta con una lata de Coors en la mano, charlando con Al Bundell, que

trasegaba un *whisky* con soda. George Richardson y Chad Norris se habían instalado junto al ventanal y contemplaban la puesta de sol sobre los Flatirons.

Frannie estaba sentada con la espalda cómodamente apoyada contra la puerta del armario donde Nadine había colocado la bomba. Su bolsa, dentro de la cual se encontraba el diario de Harold, reposaba sobre sus piernas cruzadas.

—¡Orden, orden! —exigió Stu golpeando más fuerte—. ¿Funciona el magnetófono, calvorota?

—Está preparado —contestó Glen—. Y veo que también tu boca se encuentra en forma, tejano.

—La he engrasado un poco y parece que marcha —repuso Stu sonriendo. Y paseó la mirada por las once personas reunidas en el amplio salón comedor—. Bueno, tenemos un largo orden del día, pero antes que nada quiero dar las gracias a Ralph por proporcionarnos techo, alcohol y galletas...

Se está convirtiendo en todo un político, pensó Frannie. Intentó calcular cuánto había cambiado desde el día que Harold y ella lo conocieron. No lo consiguió. Llegó a la conclusión de que acabamos siendo demasiado subjetivos con las personas a las que estamos muy unidas. Pero sabía que, por aquel entonces, Stu se habría sentido intimidado ante la idea de presidir una reunión de una docena de personas... y probablemente hubiera salido disparado si le hablaban de presidir una asamblea de la Zona Libre con más de mil asistentes. En ese momento tenía delante de ella a un Stu que jamás habría existido sin la epidemia.

Te has emancipado, amor mío, pensó. Puedo llorar por los demás y sentirme orgullosa de ti y quererte tanto...

Cambió un poco de postura y se recostó completamente contra la puerta del armario.

—Primero dejaremos que hablen los invitados —propuso Stu—, y después mantendremos una breve reunión a puerta cerrada. ¿Alguna objeción?

No hubo ninguna.

—Muy bien —prosiguió Stu—. Cedo la palabra a Brad Kitchner. Y les aconsejo que presten atención porque gracias a él podrán volver a tener hielo para el *whisky* dentro de tres días.

Esto provocó una ovación espontánea. Ruborizado hasta la raíz del cabello, arreglándose el nudo de la corbata, Brad avanzó hacia el centro de la sala.

—Estoy. De verdad. Muy feliz. De encontrarme aquí —empezó con nerviosismo. Daba la impresión de que hubiera sido más feliz presidiendo una convención de pingüinos en el polo.

—Él... —Examinó sus apuntes, y entonces se le iluminó el semblante—. ¡La electricidad! —exclamó como si hubiera realizado un gran descubrimiento—. Pronto tendremos electricidad.

Volvió a consultar los papeles y continuó:

—Ayer pusimos en marcha dos generadores y, como saben, uno de ellos se sobrecargó y quedó hecho polvo, por decirlo de alguna manera.

Aquello provocó una carcajada general que lo relajó.

—Esto ocurrió porque a raíz de la epidemia muchos aparatos quedaron encendidos y los restantes generadores no estaban conectados para absorber la sobrecarga. Podemos solucionar ese problema activando dichos generadores, incluso tres o cuatro podrían haber aligerado fácilmente el exceso de carga, pero esto no eliminará el peligro de incendio. De modo que tendremos que desconectar la mayor cantidad posible de electrodomésticos. Se me ha ocurrido la siguiente idea: el sistema más rápido será entrar en todas las casas desocupadas y quitar los fusibles o cerrar el interruptor central. No obstante, cuando nos dispongamos a restablecer el servicio eléctrico tendremos que adoptar las precauciones elementales contra incendios. Me he tomado la libertad de revisar el cuartelillo de bomberos de East Boulder y...

El fuego crepitaba placenteramente. Todo irá bien, pensó Fran. Harold y Nadine se han esfumado y quizá sea lo mejor. Resuelve el problema y Stu se halla a salvo de sus emboscadas. Pobre Harold, te compadecía; pero en el fondo te tenía más miedo que compasión. Todavía me inspiras lástima, y me preocupa lo que pueda ocurrirte, aunque me alegra que tu casa esté vacía y que Nadine y tú hayáis huido. Me alivia que nos dejéis en paz.

Harold estaba sentado encima de una mesa de picnic cubierta de inscripciones, como si hubiera salido de un lunático manual Zen. Tenía las piernas cruzadas, los ojos perdidos, brumosos y contemplativos. Se había refugiado en aquel lugar extraño y frío donde no podrían encontrarlo. Sostenía en las manos el *walkie-talkie* gemelo al de la caja de zapatos. Las montañas descendían a sus pies en salientes vertiginosos y barrancos cubiertos de pinos.

Kilómetros al este, quizá cinco, quizá veinte, la tierra se aplanaba en el Medio Oeste y se perdía en el lejano horizonte. La noche ya había caído en aquella parte del mundo. A sus espaldas, el sol acababa de esconderse detrás de las crestas, dejándolas sumidas en un color dorado que poco después se desvanecería.

—¿Cuándo? —preguntó Nadine. Estaba asustada espantosamente tensa, y sentía continuas ganas de orinar.

—Muy pronto —contestó Harold.

Su sonrisa se había beatificado. Tenía una expresión que ella no pudo descifrar, ya que nunca la había visto en Harold. Tardó varios minutos en deducir su significado. Harold parecía feliz.

Por unanimidad el comité resolvió otorgarle a Brad los poderes necesarios para reclutar veinte hombres y mujeres que formaran su brigada de desactivación. Ralph Bretner había accedido a cargar dos camiones cisterna del cuartel de bomberos en el embalse de Boulder y tenerlos apostados en la central eléctrica cuando Brad activara la corriente.

A continuación habló Chad Norris. Con tono pausado y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones, informó de las tareas realizadas por la brigada de enterramientos durante las últimas tres semanas. Explicó que habían sepultado la increíble cantidad de veinticinco mil cadáveres, a razón de más de ocho mil por semana. Creía que lo peor ya había pasado.

—Hemos tenido suerte, o hemos sido bienaventurados —dijo—. El éxodo masivo, no sé de qué otra forma podría definirlo, nos ahorró casi todo el trabajo. En otra ciudad del tamaño de Boulder habríamos tardado casi un año en realizarlo. Según nuestros planes habremos enterrado otras veinte mil víctimas de la epidemia a primeros de octubre, y es probable que vayamos tropezándonos con cadáveres aislados hasta mucho después.

Pero no creo que debamos preocuparnos demasiado por la posibilidad de que los cadáveres insepultos provoquen enfermedades.

Fran cambió de posición para poder presenciar el crepúsculo. Los destellos dorados que circundaban los picos empezaban a adquirir un color amarillo menos espectacular. Experimentó un súbito acceso de nostalgia, tan inesperado e intenso que la desazonó.

Eran las ocho menos cinco.

Si no se internaba en la maleza, se orinaría en los pantalones. Se ocultó detrás de un arbusto, se puso en cuclillas, y vació la vejiga. Cuando regresó, Harold seguía sentado en la mesa de picnic con el *walkie-talkie* en la mano. Había extendido la antena.

—Harold —dijo ella—. Se hace tarde. Son las ocho pasadas.

Él le dirigió una mirada indiferente.

—Estarán allí hasta bien entrada la noche, dándose palmaditas en la espalda. Cuando llegue el momento, apretaré el botón. No te preocupes.

—¿Cuándo?

—En cuanto oscurezca.

La sonrisa de Harold se hizo más amplia.

Fran ahogó un bostezo cuando Al Budell se levantó al lado de Stu. La sesión se prolongaría hasta muy tarde. De repente, deseó estar de vuelta en su apartamento. Los dos solos. No se debía al simple cansancio, ni tampoco a la añoranza. De pronto quería salir de aquella casa. No había un motivo para su inquietud, pero era acuciante. Tenía que huir de allí, todos tenían que huir. Ya no le halló de humor para veladas, se dijo. Manías de embarazada, eso es todo.

—La comisión de justicia se ha reunido cuatro veces durante la última semana —decía Al—, y procuraré ser breve. El sistema que hemos decidido establecer es una especie de tribunal. Los miembros serán elegidos a suerte, casi de la forma en que se elegían los muchachos en los reclutamientos...

—Ahora silbidos y pateos —interrumpió Susan.

Siguieron algunas carcajadas de complicidad.

—Pero me disponía a añadir que creo que el servicio en dicho tribunal será bastante más agradable que las marchas y las imaginarias. El tribunal estará formado por tres personas de más de dieciocho años las cuales ocuparán el cargo durante seis meses. Sus nombres serán extraídos de un bombo que contendrá las filiaciones de todos los adultos de Boulder.

Larry levantó la mano.

—¿Podrán ser destituidos por causa justificada?

—A eso iba —respondió Al, un poco molesto por la interrupción.

—Se ha previsto...

Fran se removió inquieta y Sue Stern le hizo un guiño que ella no devolvió. Estaba asustada por su propio miedo sin justificación. ¿Por qué aquella sensación sofocante, claustrofóbica? Sabía que a los terrores infundados había que desecharlos. Al menos en el viejo mundo. Pero... ¿y los trances de Tom Cullen? ¿Y de Leo Rockway?

Sal de aquí, le gritó de nuevo una voz interior. ¡Salgamos todos!

Pero era algo disparatado. Volvió a cambiar de postura y pensó que era mejor no decir nada.

—... una breve declaración de la persona que desee renunciar, pero no creo que...

—Alguien viene —anunció Fran poniéndose en pie.

Se produjo una pausa. Todos oyeron las motocicletas que avanzaban estrepitosamente por Baseline a gran velocidad. Sonaban los cláxones. Y de pronto el pánico de Fran se desbordó.

—¡Escuchad! —exclamó.

Los rostros se volvieron hacia ella, atónitos.

—Frannie, ¿te encuentras...?

Stu se acercó a ella.

Fran tragó saliva, angustiada por un peso tremendo que la sofocaba.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Inmediatamente!

Eran las ocho y veinticinco. En el cielo acababan de borrarse los últimos resplandores. Había llegado la hora. Harold se incorporó un poco y cogió el *walkie-talkie*. El dedo pulgar descansaba suavemente sobre el botón de transmisión. Lo apretaría a fondo y volarían por los aires con sólo decir...

—¿Qué es eso?

La mano de Nadine en su brazo le indicaba algo. Abajo, a lo lejos, serpenteando por Baseline, había un hormigueo de luces. En medio del silencio se oía el lejano rugido de motores. Harold experimentó cierta inquietud.

—Deja de fastidiarme —murmuró—. Ha llegado la hora.

Ella apartó la mano. Su rostro resplandecía en la oscuridad. Harold pulsó el botón transmisión.

Nunca sabría si fueron las motocicletas o sus palabras las que les hicieron ponerse en marcha. Pero no con la rapidez suficiente. Eso siempre pesaría sobre su conciencia: no había actuado con la celeridad necesaria.

Stu fue el primero en salir por la puerta en medio del estruendo de las motos, las cuales, con los faros encendidos, cruzaban el puente sobre el arroyo seco que pasaba por debajo de la casa de Ralph. De manera instintiva, Stu bajó la mano hasta la culata del revólver.

Se abrió la puerta provista de mosquitera y él se dio la vuelta pensando que sería Frannie. Era Larry.

—¿Qué ocurre, Stu?

—No lo sé, pero es mejor que salgan todos.

Las motocicletas avanzaban zigzagueando por el camino y se distendió un poco. Vio a Dick Vollman, al chico de los Gerhinger, a Teddy Wezak y a otros que conocía. Ahora estaba en condiciones de permitirse reconocer cuál había sido su temor primordial: que detrás de los faros centelleantes y los estallidos de motores estuviera la punta de lanza del ejército de Flagg y se hallara a punto de iniciarse una guerra abierta.

—Dick —exclamó Stu—, ¿qué diablos ocurre? ¡Madre Abigail! —gritó Stu por encima de los motores.

Conforme iban llegando motos al patio, más personas del comité salían a la entrada de la casa. Era un festival de faros y un tiovivo de sombras.

—¿Qué dices? —gritó Larry.

A sus espaldas se agolpaban Stu, Glen, Ralph y Chad Norris, obligando a los dos primeros a bajar por la escalera.

—¡Ha vuelto! —vociferó Dick por encima del ruido de las motos—. ¡Está muy mal! ¡Necesitamos un médico...! ¡Dios mío, hace falta un milagro!

George Richardson se abrió paso.

—¿La anciana? ¿Dónde está?

—¡Suba, doctor! —le gritó Dick—. ¡No pregunte! ¡Muévase!

Richardson saltó al sillín trasero de la moto de Dick Vollman, el cual describió una curva cerrada y se separó del círculo de motos.

Los ojos de Stu se encontraron con los de Larry. Ambos parecían preocupados, pero en la cabeza de Stu había una nube tempestuosa y la sensación de un hado inevitable.

—¡Nick, vamos! ¡Vamos! —gritó Fran, empujándole por el hombro. Nick estaba impasible en el centro de la sala.

No podía hablar, pero de repente lo supo. Él lo sabía. Algo desconocido lo anunciaba.

Amenaza en el armario.

Empujó bruscamente a Fran.

—¡Nick...!

¡Vete!, le indicó por señas.

Ella salió. Él fue derecho al armario, abrió la puerta, y empezó a hurgar frenéticamente entre el montón de ropas, rogando a Dios que no fuera demasiado tarde.

Fran, con el semblante pálido y los ojos enjutos, se hallaba al lado de Stu.

Lo aferró por el brazo.

—Nick está allí... está dentro...

—Frannie, ¿de qué me hablas?

—¡Muerte! —gritó—. ¡Sé que es la muerte, y Nick sigue allí!

Apartó un puñado de bufandas y manoplas y vio algo. Una caja de zapatos. Por arte de magia la voz de Harold Lauder surgió de su interior.

—¿Y Nick? —gritó Stu, asiéndola por los hombros.

—Tenemos que sacarlo, Stu, va a suceder algo espantoso.

—¿Qué diablos ocurre, Stuart?

—No lo sé —replicó Stu.

—¡Por favor, Stu, tenemos que sacar a Nick! —le apremió Fran a gritos.

Entonces la casa estalló a sus espaldas.

Con el botón de TRANSMISIÓN apretado, la estática del fondo se acalló reemplazada por un silencio sombrío, hueco, que esperaba ser llenado por su voz. Harold estaba sentado con las piernas cruzadas en la mesa de picnic reuniendo todas sus fuerzas.

Levantó el brazo y uno de los dedos apuntaba desde su puño crispado. En aquellos momentos era como el famoso jugador de béisbol Babe Ruth, viejo y acabado, indicando el lugar donde iba a hacer la jugada que les daría el punto definitivo, cerrándoles el pico a los cabrones que llenaban el estadio de Wrigley Field.

Con voz enérgica, pero no potente habló al *walkie-talkie*:

—Soy Harold Emery Lauder y hago esto libremente, por propia voluntad.

Una chispa blanquiazulada saludó la palabra «soy». Una gota incandescente brotó cuando dijo su nombre. Un estampido amortiguado, sordo, como el de un petardo detonado en el interior de un cubo de hojalata, llegó a sus oídos a la par que «hago esto», y tras haber pronunciado «libremente por propia voluntad», arrojó el *walkie-talkie*, que ya había prestado su servicio, y una rosa de fuego floreció en la base de Flagstaff Mountain.

—Y todos al infierno.

La voz de Harold no mostraba ninguna emoción.

Nadine lo agarró por el brazo, casi la misma reacción de Fran respecto a Stu segundos antes.

—Tenemos que asegurarnos. Necesitamos saber con certeza que hemos acabado con ellos.

Harold la miró y a continuación señaló el hongo de destrucción a sus pies.

—¿Crees posible que alguien haya sobrevivido?

—No sé, Harold...

Nadine se alejó, se llevó las manos al estómago y vomitó. Harold la miró con desdén.

Luego ella volvió a su lado, jadeante y pálida, restregándose la boca con un *kleenex*.

—¿Y ahora qué?

—Supongo que nos dirigiremos al Oeste —respondió Harold—. A menos que quieras bajar y hacer un sondeo sobre el estado de ánimo de la comunidad.

Nadine se estremeció.

Harold bajó de la mesa de picnic e hizo una mueca de dolor al sentir fuertes pinchazos cuando sus pies tocaron el suelo. Se le habían entumecido las piernas.

Ella intentó tocarle, pero él se apartó bruscamente. Sin mirarla, empezó a desmontar la tienda.

—Pensé que esperaríamos hasta mañana... —dijo ella con cierta timidez.

—Claro —se burló él—, para que veinte o treinta de ellos tengan tiempo de montar en sus motos y encontrarnos. ¿No sabes lo que le hicieron a Mussolini?

Nadine dio un respingo. Harold enrollaba la tienda y estiraba las cuerdas.

—Y no volveremos a tocarnos. Eso ha terminado. Flagg consiguió lo que quería. Nos hemos cargado al comité de la Zona Libre. Es posible que logren poner en marcha los generadores, pero como grupo activo han desaparecido. *Él* me va a entregar una mujer que te hará parecer un saco de patatas, Nadine. Y tú... tú le tendrás a él. Y seremos felices, ¿verdad? Aunque, si yo estuviera en tu lugar, no dejaría de temblar.

—Harold, por favor...

Nadine se sentía mareada, estaba llorando. Harold contempló su rostro a la débil luz de la fogata y sintió piedad por ella. Se forzó a desterrarla de su corazón. El hecho irrevocable de un asesinato estaba implantado para siempre en su alma, y eso se reflejaba en los ojos angustiados de aquella mujer. ¿Y qué? También él llevaría ese peso de por vida.

—Acostúmbrate a ello —le espetó Harold con brutalidad. Colocó la tienda a la parte posterior de la moto y empezó a sujetarla—. Todo ha terminado para los de allá abajo, para nosotros y para los que murieron durante la epidemia. Dios se ha ido de pesca y estará ausente mucho tiempo. Es el reino de las tinieblas. Ahora el hombre oscuro lleva la batuta, así que ve acostumbrándote.

De la garganta de Nadine escapó un gemido agudo.

—Basta ya, Nadine. La competición terminó hace dos minutos. Ayúdame a asegurar esta mierda, quiero estar a doscientos kilómetros de aquí cuando amanezca.

Un momento después ella volvió la espalda a la devastación que había a sus pies, una destrucción que parecía muy pequeña desde allí arriba. Le ayudó a guardar el resto del equipo de *camping* en las alforjas. Antes de que transcurriera un cuarto de hora, habían dejado atrás la rosa de fuego y viajaban en medio de la noche fresca y ventosa, rumbo al Oeste.

Para Fran Goldsmith, el final de aquel día fue indoloro y simple. Sintió una tromba de aire caliente en la espalda y de pronto se encontró volando en la noche. Había salido despedida de sus sandalias.

—¿Qué diablos...? —pensó.

Aterrizó sobre el hombro, violentamente, pero sin sufrimiento alguno. Se encontraba en la zanja que discurría, al pie del patio posterior de la casa de Ralph.

Una silla se posó delante de ella, con toda corrección, sobre las patas. Poco quedaba de la tapicería.

—¿Qué...?

Algo cayó del asiento de la silla y rodó al suelo.

Algo chorreante. Con un vago y clínico horror comprobó que se trataba de un brazo.

Stu, ¿qué sucede?

La envolvió un rugido continuo, triturante, y por todas partes empezaron a llover objetos. Piedras, trozos de madera, ladrillos. Un bloque de vidrio con una constelación de grietas (¿la biblioteca de la casa de Ralph?). Un casco de motorista con un orificio horrible y letal en la parte posterior. Lo veía todo con claridad... con demasiada claridad. Pocos segundos antes, fuera reinaba la oscuridad.

Oh, Stu, Dios mío, ¿dónde estás? ¿Qué ocurre? ¿Nick? ¿Larry?

La gente gritaba sin cesar. Ahora la luminosidad era mayor que en pleno día. Cada guijarro proyectaba una sombra. Seguían lloviendo objetos alrededor. Una tabla de la que asomaba un

clavo cayó delante de sus narices. ¡El niño...!

E inmediatamente le vino a la cabeza otra idea, la recreación de su premonición: Harold lo ha hecho, ha sido Harold...

Algo la golpeó en la cabeza, el cuello, la espalda. Algo enorme que se desplomó sobre ella como un ataúd acolchado.

Oh, Dios mío, mi hijo... Luego, las tinieblas la engulleron y la llevaron a un lugar ignoto donde ni siquiera el hombre oscuro podría seguirla.

Pájaros.

Oía cantar de pájaros.

Fran siguió postrada en la oscuridad, escuchando aquel canto, y pasó un largo rato antes de que se diera cuenta de que la oscuridad no era realmente oscura, sino rojiza, balanceante, apacible. Le recordó su infancia. El sábado por la mañana, cuando no había clases ni tenía que ir a la iglesia, cuando podía dormir hasta tarde y despertarse poco a poco, a gusto. Yacía con los ojos cerrados y no veía nada más que la oscuridad roja, que era el sol filtrado a través de sus párpados. Oía el piar de los pájaros en los viejos robles y tal vez olía la sal marina. Se llamaba Frances Goldsmith, tenía once años y era un sábado por la mañana en Ogunquit...

Pájaros. El murmullo de los pájaros.

Pero eso no era Ogunquit. Era...

(*Boulder*).

Caviló intrigada en la oscuridad roja y de pronto recordó la explosión.

(*¿Explosión?*).

(*¡Stu!*).

Abrió los ojos de golpe y experimentó un acceso de terror.

—¡Stu!

Stu se hallaba sentado junto a su cama, con el antebrazo envuelto en un pulcro vendaje blanco; en la mejilla, una herida que ya no sangraba; y parte del cabello chamuscado. Pero estaba vivo, a su lado.

Cuando ella abrió los ojos el rostro de Stu reflejó un inmenso alivio y dijo:

—Frannie. Gracias a Dios.

—El niño —susurró ella; tenía la garganta seca.

Él permaneció inexpresivo. Un pánico ciego la recorrió.

—El niño —repitió forzando las palabras a través de su garganta dolorida—. ¿He perdido el niño?

Entonces Stu comprendió de qué hablaba. La rodeó torpemente con el brazo sano.

—No, Frannie, no lo has perdido.

Ella se echó a llorar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas, y le abrazó con fuerza, sin importarle que todos los músculos de su cuerpo parecieran lanzar alaridos de dolor. Lo estrechó. El futuro quedaba para más tarde. Ahora lo que ella más necesitaba estaba allí, en aquella habitación bañada por el sol.

Los trinos de los pájaros entraban por la ventana abierta.

Más tarde, ella preguntó:

—¿Ha habido muchas víctimas?

La expresión de él era afligida y renuente.

—¿Nick? —susurró ella, tragó saliva y algo chasqueó en su garganta—. Vi un brazo, un brazo amputado...

—Quizá sea mejor esperar a...

—No. Tengo que saberlo. ¿Cuántas víctimas?

—Siete muertos —respondió con voz baja—. Y creo que tuvimos suerte. Podrían haber sido muchos más.

—¿Quiénes, Stu?

Él le tomó las manos.

—Nick fue uno de ellos, cariño. Había un panel de cristal, ya sabes, ese cristal iodizado. Él... pudimos identificarle por... ciertas cicatrices... —Volvió la cara.

Fran contuvo un sollozo.

Cuando Stu pudo continuar, dijo:

—Y Sue Stern. Estaba aún dentro cuando estalló la bomba.

—Esto... no parece posible —murmuró Fran. Se sentía aturdida, entumecida, desconcertada.

—Pero lo es.

—¿Quién más?

—Chad Norris —añadió él.

Fran volvió a contener un sollozo. Asomó una lágrima solitaria que se enjugó con expresión ausente.

—Ésas fueron las tres únicas víctimas en el interior. Parece un milagro. Brad calcula que dentro del armario había ocho o nueve cartuchos de dinamita. Y Nick, casi... Cuando pienso que es probable que tocara esa caja de zapatos.

—No —le interrumpió ella—. Era imposible preverlo.

—Eso no ayuda mucho.

Los otros cuatro formaban parte del grupo llegado en moto: Andrea Terminello, Dean Wykoff, Dale Pedersen y una joven llamada Patsy Stone. Stu no le comentó que Patsy, quien enseñaba a Leo a tocar la flauta, había sido golpeada y casi decapitada por un pedazo de conexión eléctrica.

Fran asintió y percibió un pinchazo en la nuca. Al menor movimiento su espalda crujía.

Había veinte heridos. Uno de ellos, Teddy Weizak, de la brigada de enterramientos, no tenía posibilidades de recuperarse. Otros dos se encontraban en estado crítico. Un hombre llamado Lewis Deschamps había perdido un ojo, y Ralph Bretner dos dedos de la mano izquierda.

—¿Cuál es mi situación? —preguntó Fran.

—Tienes una lesión cervical, un esguince de espalda y un pie fracturado —respondió Stu—. Es lo que me ha dicho George Richardson. La onda expansiva te lanzó al otro extremo del jardín. El esguince y la fractura se produjeron al caerte encima el sofá.

—¿El sofá?

—¿No lo recuerdas?

—Recuerdo algo como un ataúd... un ataúd acolchado...

—Era el sofá. Yo mismo te lo quité de encima. Estaba enloquecido, histérico. Larry vino a ayudarme y le pegué un puñetazo en la boca. Imagínate cómo estaría. —Ella le acarició la mejilla y Stu puso la mano sobre la suya—. Temí que estuvieras muerta. Pensé que no sabría qué hacer si lo estabas. Imagino que volverme loco.

—Te amo —dijo Fran.

Él la abrazó con ternura y suavemente. Permanecieron así durante unos minutos.

—¿Harold? —murmuró ella por fin.

—Y Nadine Cross —añadió él—. Nos causaron mucho daño, pero bastante menos del que pretendían. Y si les atrapamos antes de que se alejen demasiado hacia el oeste...

Levantó las manos, cubiertas de rasguños y costras de sangre, y las cerró con tanta fuerza que le crujieron las articulaciones. Los tendones se marcaron en la cara interior de las muñecas. En su rostro apareció una sonrisa helada que casi la hizo tiritar. La conocía demasiado bien.

—No sonrías así —imploró ella—. Nunca.

La sonrisa desapareció.

—Los están buscando desde el alba —prosiguió—. No creo que los encuentren. He dado órdenes de no ir más allá de un radio de setenta kilómetros al oeste de Boulder, y supongo que Harold habrá tenido la astucia suficiente como para alejarse mucho más. Pero sabemos cómo lo hicieron. Conectaron el explosivo a un *walkie-talkie*...

Fran lanzó una exclamación ahogada y Stu la miró.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Te duele la espalda?

—No.

De repente había comprendido lo que Stu quiso decir al comentar que Nick debió tener en sus manos la caja de zapatos en el momento de la explosión. Entonces lo entendió todo. Hablando despacio le explicó que Larry y ella habían visto fragmentos de cable y una caja de *walkie-talkie* vacía debajo del *hockey* de mesa.

—Si hubiéramos registrado la casa, en lugar de conformarnos con llevarnos el dichoso diario, quizá habríamos descubierto la bomba —se lamentó ella con voz entrecortada—. Nick y Sue estarían vivos y...

Él la interrumpió.

—¿Por eso Larry está tan abatido esta mañana? Pensé que se debía a que yo le había pegado. Frannie, ¿cómo podías imaginarlo?

—¡Pues debíamos haberlo imaginado! ¡Claro que sí!

Ocultó el rostro en el hombro protector de Stu, y derramó nuevas lágrimas, ardientes y dolorosas.

Él la abrazó inclinándose con dificultad, porque era imposible elevar la cama para que se incorporara, ya que el mecanismo funcionaba eléctricamente.

—No quiero que te reproches nada, Frannie. Fue inevitable. Nadie, excepto quizá un experto en explosivos, podría haber intuido que se había fabricado una bomba al ver unos trocitos de cable y una caja vacía. Habría sido distinto si hubieran dejado a la vista cartuchos de dinamita o un detonador. Pero no fue así. No os culpo, y nadie de la zona lo hará.

Mientras él hablaba, dos ideas se alternaban en la mente de Fran:

Fueron las tres únicas víctimas en el interior, parece un milagro; y madre Abigail ha regresado, y está muy mal. ¡Necesitamos un milagro! Se irguió en la cama con una mueca de dolor al enderezar la espalda para mirar a Stu cara a cara.

—Madre Abigail —dijo—. Todos habríamos estado dentro cuando la bomba estalló si no hubieran acudido a avisarnos que...

—Parece un milagro —repitió Stu—. Ella nos salvó la vida. Aunque esté... —Se interrumpió.

—¿Stu?

—Nos salvó la vida al regresar cuando lo hizo, Frannie. Nos salvó.

—¿Ha muerto? —preguntó Fran, le cogió la mano y se la apretó—. Stu, ¿también ella ha muerto?

—Volvió a la ciudad alrededor de las ocho menos cuarto. El chico de Larry Underwood la llevaba cogida de la mano. No atinaba a hablar, ya sabes que enmudece cuando se halla excitado; pero la guió hasta Lucy. Entonces madre Abigail se desplomó. —Meneó la cabeza—. Dios mío, no entiendo cómo consiguió caminar tanto... ni qué comía o hacía. Te diré algo, Fran: en este mundo y fuera de él hay cosas con las que jamás soñé. Creo que esa mujer es una enviada de Dios. O lo era.

Ella cerró los ojos.

—Ha muerto, ¿verdad? Durante la noche. Regresó para morir aquí.

—Aún no está muerta. Debería estarlo, y George Richardson dice que no durará mucho, pero todavía no ha muerto. —La miró con franqueza—. Tengo miedo. Nos salvó la vida al venir; pero la temo, y temo el motivo de su regreso.

—¿A qué te refieres? Madre Abigail nunca haría daño...

—Madre Abigail hace lo que su Dios le dice —replicó él con brusquedad—. El mismo Dios mató a su hijo, o eso he oído.

—¡Stu!

El fuego se apagó en sus ojos.

—No sé por qué ha regresado, ni tampoco si tiene que comunicarnos algo más. Lo ignoro. Quizá muera sin recobrar el conocimiento. George dice que es lo más probable. Pero yo sé que la explosión, la muerte de Nick y el regreso de ella han quitado la venda de los ojos a los habitantes de esta ciudad. Ahora hablan de *él*. Saben que Harold fue quien provocó la explosión, pero piensan que *él* instigó a Harold. Diablos, yo también lo pienso. Muchos consideran a Flagg responsable de que madre Abigail haya regresado en estas condiciones. Eso no lo sé, pero tengo miedo. Me parece como si todo fuera a terminar mal. Antes no tenía este presentimiento y ahora sí.

—Pero quedamos nosotros —exclamó ella con tono casi implorante—. Quedamos nosotros y el niño, ¿no es así?

Él tardó en contestar. Fran pensó que no lo haría. Al fin murmuró:

—Sí. Pero ¿hasta cuándo?

Casi al anochecer de ese día, el 3 de septiembre, la gente empezó a dirigirse lentamente —casi al azar— por Table Mesa Drive hacia la casa de Larry y Lucy. Solos, en parejas, en grupos de tres. Se sentaban en los escalones de las casas que ostentaban en sus puertas la *x* de Harold. Se sentaban en los bordillos y en jardines, que estaban secos y de un color pardusco al final de aquel largo verano. Conversaban en voz baja y fumaban. Brad Kitcher se encontraba allí con el brazo en cabestrillo. También estaba Candy Jones. Rich Moffatt apareció con dos botellas de Black Velvet en la cartera de un repartidor de periódicos. Norman Kellogg se sentó junto a Tommy Gerhinger, con las mangas arremangadas que dejaban al descubierto unos bíceps bronceados por el sol y salpicados de pecas. El joven Gerhinger se había arremangado asimismo para imitarle. Harry Dunbarton y Sandy DuChiens estaban sentados sobre una manta, cogidos de la mano. Dick Vollman, Chip Hobart y el adolescente Tony Donahue se habían acomodado cerca de un respiradero, a unos cincuenta metros de la casa de Larry, y hacían circular entre ellos una botella de Canadian Club, que

diluían con 7 Up. Patty Kroger estaba con Shirley Hammet. Entre ambas, había una cesta de picnic repleta, pero ellas se limitaban a mordisquear. A las ocho, la calle parecía atestada y todos miraban hacia la casa. Delante estaba aparcada la moto de Larry, y a su lado la potente Kawasaki 650 de George Richardson.

Larry miraba desde la ventana del dormitorio. A sus espaldas, en el lecho que compartían Lucy y él, yacía inconsciente madre Abigail. El olor seco y enfermizo que se desprendía de la anciana le producía náuseas. Él detestaba esa sensación, pero no se movería de allí. Ésa era su penitencia por haberse salvado mientras Nick y Susan morían. Escuchaba voces apagadas. Velaban a la moribunda alrededor de la cama. George no tardaría en marcharse al hospital para visitar a los demás pacientes. Ya sólo quedaban dieciséis. Tres fueron dados de alta. Teddy Weizak había muerto. Larry salió ileso.

El afortunado Larry, que conserva la cabeza mientras los demás la pierden. La onda expansiva le había lanzado al otro lado del camino particular, sobre un macizo de flores, y no había sufrido ni un rasguño. Las esquilas cayeron como metralla en torno de él; pero ni una sola le rozó. Nick había muerto, y también Susan, pero él resultó ileso. Sí, el siempre afortunado Larry.

Velaban a la moribunda dentro y fuera. Hasta el final de la manzana. Eran al menos seiscientas personas. Harold, deberías volver con una docena de granadas de mano para completar tu faena. *Harold*. Él había seguido a Harold por todo el país, había seguido una huella de envoltorios de golosinas Payday y de astutas improvisaciones. Larry casi se había dejado los dedos para extraer gasolina en Wells. Harold se limitó a buscar la válvula de ventilación y a utilizar un sistema de sifón. Harold fue quien sugirió que se aumentara el número de miembros de cada comisión de forma proporcional al incremento demográfico. Harold propuso la reelección de todos los miembros del comité especial. El inteligente Harold. Harold y su diario. El sonriente Harold.

Estaba bien que Stu dijera que nadie podría haber imaginado a partir de unos trozos de cable sobre un *hockey* de mesa lo que Harold y Nadine se proponían. Pero eso no valía para Larry. Él ya conocía las ingeniosas improvisaciones de Harold. Una de ellas estaba escrita en el techo de un granero a varios metros de altura. Debió haberlo imaginado. El inspector Underwood era un lince cuando se trataba de descubrir envoltorios de golosinas, pero no tanto cuando había que localizar dinamita. En realidad, el inspector Underwood era un perfecto imbécil.

«Larry, si tú supieras...».

La voz de Nadine.

«Si quieres, me arrodillaré para suplicártelo».

Aquella había sido otra oportunidad para evitar el asesinato y la destrucción. ¿Estaba ya gestándose? Era lo más probable. Si no la bomba de dinamita conectada al *walkie-talkie*, sí por lo menos un plan general.

El plan de Flagg.

En segundo plano siempre estaba Flagg, el tenebroso titiritero que tiraba de los hilos de Harold, Nadine, Charlie Impening y a saber de cuántos más. La población de la Zona Libre lincharía a Harold sin contemplaciones. Pero todo era obra de Flagg... y de Nadine. ¿Quién sino Flagg la había arrojado a los brazos de Harold? Pero antes de entregársele, ella había acudido a Larry. Y él la rechazó.

¿Cómo podría haberla aceptado? Tenía una responsabilidad para con Lucy. Y esa responsabilidad era prioritaria, no sólo por ella sino por él mismo... Había intuido que bastarían una o dos capitulaciones más para destruirlo definitivamente en su condición de hombre. Así que la había rechazado, y suponía que Flagg estaría muy satisfecho por el trabajo de la noche anterior, si es que ése era su verdadero nombre. Oh, Stu seguía vivo, y sería el portavoz del comité, la boca de la que Nick ya no podría valerse. Glen estaba vivo y Larry pensaba que era el pivote de la inteligencia del comité, pero Nick había sido el corazón, y Sue, junto a Frannie, su conciencia moral. Sí, pensó con amargura, el muy hijo de puta había realizado un buen trabajo aquella noche. Debería recompensar a Harold y Nadine cuando llegaran a su territorio.

Se apartó de la ventana, sintiendo una palpitación sorda en las sienes. Richardson le estaba tomando el pulso a madre Abigail. Laurie manipulaba los frascos de suero. Dick Ellis montaba guardia a un lado. Lucy permanecía sentada junto a la puerta y miraba a Larry.

—¿Cómo está? —preguntó éste a George.

—Igual.

—¿Vivirá hasta mañana?

—Lo ignoro, Larry.

La mujer postrada en la cama era un esqueleto recubierto por una fina película de piel estirada, gris cenicienta. Parecía asexual. Había perdido casi todo el cabello, sus pechos se habían consumido, su boca colgaba desarticulada, y su respiración era un estertor. A Larry le recordaba unas fotografías de las momias de Yucatán: no descompuestas, sino encogidas, apergaminadas, secas, intemporales.

Eso era ahora, no una madre sino una momia. La única señal de vida era la débil respiración, semejante a una ligera brisa que acariciara los rastros de heno. ¿Cómo era posible que aún estuviera viva?... ¿Por qué Dios la sometía a semejante prueba? ¿Con qué fin? Debía de ser una broma, una colosal humorada cósmica. George dijo que había oído hablar de casos parecidos, aunque nunca de uno tan extremo, y tampoco había imaginado que lo vería. Era como si se estuviera devorando a sí misma. Su organismo había seguido funcionando cuando debería haber sucumbido a la desnutrición mucho tiempo atrás. Para alimentarse desintegraba partes de su cuerpo que nunca deberían haberse desintegrado. Lucy, que la había transportado en brazos hasta la cama, le comentó en voz baja que no pesaba más que la cometa de un niño, algo que espera un soplo de aire para elevarse ingravidamente.

Y en ese momento Lucy habló desde su rincón junto a la puerta.

—Quiere decir algo.

—Está en coma profundo, Lucy —le advirtió Laurie—. Lo más probable es que no recupere el conocimiento.

—Ha vuelto para decirnos algo. Y Dios no la dejará morir hasta que lo haga.

—¿Y qué podría ser, Lucy? —preguntó Dick.

—No lo sé. Y tengo miedo de oírlo. Lo que sí sé es que los asesinatos no han terminado, apenas acaban de empezar.

Se produjo un largo silencio que Richardson rompió al fin.

—Tengo que ir al hospital. Laurie, Dick, os necesitare a los dos.

No vas a dejarnos solos con esta momia, ¿verdad?, estuvo a punto de preguntar Larry, pero se mordió la lengua.

Los tres se encaminaron hacia la puerta y Lucy les entregó las chaquetas. Esa noche la temperatura no alcanzaba los quince grados y no era cuestión de ir en moto en mangas de camisa.

—¿Qué podemos hacer por ella? —preguntó Larry a George.

—Lucy ya sabe cómo funciona el gota a gota —contestó George—. Eso es todo. Ya veis...

Dejó la frase en suspenso. Por supuesto que veían aquella cosa en la cama.

—Buenas noches —se despidió Dick.

Salieron. Larry volvió a la ventana. Fuera todos se habían puesto en pie, alerta. ¿Seguía viva? ¿Había muerto? ¿Agonizaba? ¿Había sanado por la gracia de Dios? ¿Había dicho algo?

Lucy le pasó un brazo por la cintura, lo cual le causó un ligero sobresalto.

—Te quiero —dijo.

Larry la abrazó. Bajó la cabeza y empezó a temblar.

—Te quiero —repitió Lucy con tono sereno—. Vamos, desahógate, Larry.

Él lloró. Las lágrimas eran ardientes y duras como el acero.

—Lucy...

—Chissst.

Sus manos le acariciaban la nuca, le tranquilizaban.

—Lucy, Dios mío, ¿qué es todo esto? —gritó ocultando el rostro en el cuello de ella, la cual lo abrazó con todas sus fuerzas, sin saber todavía.

Detrás de ellos, madre Abigail respiraba con dificultad, resistiendo en los abismos de su coma.

George se abrió paso entre la gente, repitiendo una y otra vez el mismo comentario: «Sí, aún vive. El pronóstico es desesperado. No, no ha dicho nada y es poco probable que lo haga. Será mejor que vuelvan a sus casas. Si se produce alguna novedad, ya se comunicará».

Al llegar a la esquina aceleraron, girando en dirección al hospital. El petardeo del tubo de escape de las motos retumbó contra los edificios hasta que acabó desvaneciéndose.

La gente no regresó a sus casas. Todos se quedaron un rato en pie, reanudando las conversaciones, considerando las palabras que George había pronunciado. Diagnóstico. ¿Y eso qué significa? Coma. Muerte cerebral. Si su cerebro estaba muerto, todo había terminado. Existían tantas posibilidades de que hablara una lata de guisantes como una persona con el cerebro muerto. Bueno, eso quizá sería cierto en circunstancias *normales*, pero este caso no era normal.

Volvieron a sentarse. Oscureció. En la casa donde yacía la anciana se encendieron las lámparas de butano. Volverían a sus hogares más tarde, y se acostarían sin conciliar el sueño.

Las conversaciones derivaron poco a poco hacia el hombre oscuro. Si madre Abigail moría, ¿significaría que él era más poderoso?

—¿Por qué?

—Bueno, yo sostengo que es Satán, lisa y llanamente.

—El Anticristo, eso pienso yo. Estamos viviendo el Libro del Apocalipsis en nuestro tiempo... ¿Cómo puedes dudarlo? «Y se abrieron las siete redomas...». Esto lo interpreto como la supergripe. Vaya disparate. La gente decía que Hitler era el Anticristo.

—Si vuelven esos sueños, me mataré.

—Yo soñé que estaba en una estación de metro y el taquillero era él, aunque no pudiera verle la cara. Sentía miedo. Echaba a correr por el túnel. Entonces oía sus pasos que me perseguían. Y me Alcanzaban.

—Yo soñé que bajaba a la bodega a buscar una jarra de sandía en dulce y veía a alguien al lado del horno... sólo una sombra. Pero sabía que era él.

Los grillos empezaron su serenata. Las estrellas se desplegaron en el cielo. Se produjeron los inevitables comentarios acerca del aire gélido. Las bebidas se habían agotado. Las pipas y los cigarrillos brillaban en la oscuridad.

—He oído decir que la brigada de desactivación ha seguido desconectando aparatos.

—Hay que felicitarles. Si no contamos pronto con la luz y la calefacción, estaremos bien jodidos.

Un murmullo de voces, desprovistas de rostro en la penumbra.

—Creo que durante el invierno estaremos a salvo. No podrá atravesar las montañas, ya que los pasos se hallarán bloqueados por la nieve y los coches. Pero cuando llegue la primavera...

—¿Y si tiene bombas atómicas?

—O aviones.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé.

—Ni yo.

—No tengo la menor idea.

Cavar un hoyo, meterse dentro y volver a taparlo.

Alrededor de las diez, Stu Redman, Glen Bateman y Ralph Bretner pasaron entre la gente, hablando en voz baja y repartiendo octavillas, diciéndoles que hicieran circular la noticia entre quienes no estaban presentes esa noche. Glen cojeaba un poco porque la llave voladora de una estufa le había abierto una herida en la pantorrilla derecha. Las octavillas impresas decían: ASAMBLEA DE LA ZONA LIBRE - MUNZINGER AUDITORIUM - 4 DE SEPTIEMBRE - 20 HORAS.

Pareció ser la señal para irse. La gente se dispersó en silencio. La mayoría se llevó las octavillas, pero algunas quedaron arrugadas en el suelo.

Cuando Stu abrió la sesión a la noche siguiente, el auditorio se hallaba atestado pero muy silencioso. Detrás de él se encontraban sentados Larry, Ralph y Glen. Fran había tratado de levantarse, pero la espalda le dolía demasiado. Ajeno a la macabra ironía, Ralph la había conectado a la asamblea a través de un *walkie-talkie*.

—Hay diversos asuntos que debemos tratar —dijo Stu con estudiada calma. Su voz, aunque moderada, se oía bien en el silencioso auditorio—. Supongo que no hay nadie aquí que no esté enterado de la explosión que mató a Sue, a Nick y los demás, ni nadie que no sepa que madre Abigail ha vuelto. Abordaremos esos temas. Pero antes queremos darles una buena noticia. Para esto cedo la palabra a Brad Kitchner. ¿Brad?

Brad avanzó hacia el estrado, menos nervioso que la noche anterior, y fue recibido con aplausos. Al llegar allí se dio la vuelta, se agarró al atril y se limitó a decir:

—Mañana restableceremos la corriente.

Los aplausos redoblaron. Brad levantó las manos, pero la ovación le arrolló durante treinta segundos o más. Más tarde, Stu le comentó a Frannie que de no haberse producido los acontecimientos de los últimos dos días, era probable que le hubieran paseado a hombros por el auditorio, como si fuera un ídolo deportivo.

Por fin los aplausos amainaron.

—Conectaremos la corriente al mediodía, y me gustaría que todos estuvieran en sus casas y preparados. ¿Preparados para qué? Para tres cosas. Presten atención que es importante. En

primer lugar, apaguen todas las luces y aparatos eléctricos de sus hogares que no estén en funcionamiento. Segundo, si huelen a gas, sigan el rastro y desconecten lo que sea. Tercero, si oyen una sirena de incendios, diríjense al lugar de origen... pero con prudencia y cordura. No queremos que nadie se rompa la crisma en un accidente de moto. ¿Alguna pregunta?

Hubo varias, todas sobre los puntos básicos mencionados por Brad.

Las contestó paciente una tras otra, y la única muestra de nerviosismo que dio fue el manoseo continuo de su bloc de notas.

Finalizado el turno de ruegos y preguntas, dijo:

—Quiero dar las gracias a las personas que se han esforzado ayudándonos a reparar la central. Y deseo recordar a la comisión de energía que no se disuelve. Habrá cables caídos, pérdidas de corriente, y es necesario ir hasta Denver para traer petróleo. Espero que todos sigan colaborando. El señor Glen Bateman dice que es muy posible que haya diez mil personas en Boulder cuando empiece a nevar, y muchas más cuando comience la primavera. Antes de que termine el año próximo, hay que empalmar con las centrales eléctricas de Longmont y Denver...

—¡No si ese cabrón se sale con la suya! —gritó alguien con voz ronca desde el fondo de la sala.

Hubo un momento de silencio sepulcral. Brad se asió al atril con las manos agarrotadas y una palidez mortal.

No podrá terminar, pensó Stu. Pero Brad siguió hablando con una serenidad increíble.

—A quien haya dicho eso, le informo que yo me ocupo de la energía. Pero creo que seguiremos aquí mucho tiempo después de que ese fulano haya reventado. Si no pensara así, estaría reparando motores para él. ¿A quién le importa un pimiento ese tipo?

Brad se apartó del estrado, y uno de los presentes bramó:

—¡Tienes toda la razón!

Esta vez los aplausos fueron nutridos y vigorosos, casi frenéticos. No obstante, hubo algo que a Stu no le gustó. Tuvo que golpear repetidas veces con el mazo para restablecer el orden.

—¡Al cuerno con el orden del día! —chilló una joven—. ¡Hablemos del hombre oscuro! ¡Hablemos de Flagg! ¡Me parece que ya es hora!

Rugidos de aprobación. Gritos de «¡Fuera el orden del día!». Murmullos de protesta por el vocabulario de la chica, rumor de conversaciones dispersas.

Stu golpeó la mesa con tanta fuerza que la cabeza del mazo se desprendió.

—¡Esto es una asamblea! —vociferó—. Tendrán oportunidad de decir lo que quieran, pero mientras yo presida la reunión ¡exijo orden! —pronunció esta palabra con una energía tal que el chirrido del micrófono atravesó el auditorio como un bumerang, y la concurrencia hizo silencio.

—Ahora —prosiguió Stu con tono deliberadamente bajo y sosegado— ha llegado el momento de explicar lo que sucedió en casa de Ralph el dos de septiembre por la noche, y creo que debo hacerlo yo como representante de la ley de esta comunidad.

De nuevo reinó el silencio; pero, al igual que el aplauso que recibieron las últimas palabras de Brad, este silencio le inquietó. Estaban inclinados hacia adelante, alerta, con expresión ansiosa. Se sintió nervioso y desconcertado, como si la Zona Libre hubiera cambiado radicalmente durante las últimas cuarenta y ocho horas y ya no la conociera. Era la misma sensación que experimentó cuando intentaba escapar del Centro de Epidemias de Stovington, una mosca atrapada y debatiéndose dentro de una telaraña invisible. Había tantas caras nuevas, tantos extraños...

Pero no disponía de tiempo para pensar en ello.

Describió sucintamente los hechos que habían desencadenado el estallido, aunque omitió la premonición tardía de Fran. Si se tenía en cuenta el estado de ánimo de la concurrencia, tales revelaciones estaban de más.

—Ayer por la mañana, Brad, Ralph y yo fuimos allí y estuvimos rebuscando durante más de tres horas. Encontramos lo que parecía una bomba de dinamita conectada a un *walkie-talkie*, y suponemos que la bomba fue activada desde otro *walkie-talkie*...

—¡Suponemos un carajo! —gritó Ted Frampton desde la tercera fila—. ¡Fueron ese hijo de puta y su fulana!

Un murmullo de inquietud circuló por la sala.

¿Y éstos son los buenos?, pensó Stu. Nick, Sue, Chad y los demás les importan una mierda. Son una pandilla de linchadores y lo único que quieren es atrapar a Harold y Nadine y colgarlos... como amuletos contra el hombre oscuro.

Su mirada se encontró con la de Glen, el cual se encogió de hombros con cinismo.

—Si alguien vuelve a gritar desde la sala sin que se le haya concedido la palabra, levantaré la sesión y podrán hablar entre ustedes —amenazó Stu—. Esto no es un campo de fútbol. Debemos respetar las reglas.

Ted Frampton lo contemplaba airado. Stu le sostuvo la mirada. Al cabo de un momento Ted bajó los ojos.

—Sospechamos de Harold Lauder y Nadine Cross. Tenemos buenos motivos para ello, y algunas evidencias circunstanciales muy convincentes. Pero todavía no poseemos ninguna prueba concreta, y espero que no lo olviden.

Hubo un fugaz murmullo.

Stu continuó:

—Digo esto para advertirles que si ellos vuelven a la zona, deben entregármelos. Yo los meteré entre rejas y Al Bundell se ocupará de que sean juzgados. Un juicio implica permitirles hablar, si es que tienen algo que decir. Se supone que el nuestro es el bando de los buenos. Creo que sabemos cuál es el de los malos. Y si somos los buenos, hemos de comportarnos como seres civilizados.

Los miró esperanzado, pero sólo vio rostros que reflejaban perplejidad y resentimiento. Dos de sus mejores amigos habían saltado por los aires delante de él, decían esas expresiones, y ahora intentaba ser ecuánime con los asesinos.

—Por si les interesa saberlo, yo creo que ellos son los culpables —dijo—. Pero tenemos que proceder de modo correcto. Y estoy aquí para recordarles que así se hará.

Todos los ojos le acusaban. Stu leía los pensamientos que se ocultaban tras aquellas miradas: ¿De qué coño estás hablando? Se han largado. Se han ido al Oeste. Te comportas como si hubieran salido de excursión de fin de semana.

Se sirvió un vaso de agua y bebió unos sorbos para suavizar la sequedad de su garganta. El sabor del líquido, hervido e insulso, le provocó una mueca.

—Sea como sea, ésta es nuestra política —declaró con escasa convicción—. Supongo que el paso siguiente será reestructurar el comité. No vamos a hacerlo ahora, pero es conveniente que empiecen a pensar en nuevos candidatos...

Se levantó una mano en la sala y Stu dijo:

—Adelante. Identifíquese para que todos sepamos quién habla.

—Soy Sheldon Jones —dijo un hombre corpulento con una camisa de lana a cuadros—. ¿Por qué no ganamos tiempo y designamos a dos nuevos miembros esta misma noche? Yo propongo a Ted Frampton.

—¡Apoyo la propuesta! —exclamó Bill Scanlon—. ¡Fenomenal!

Ted Frampton juntó las manos y las agitó sobre la cabeza en medio de algunos aplausos dispersos. Stu volvió a sentirse desorientado. ¿Pretendían sustituir a Nick Andros por Ted Frampton? Parecía una broma de mal gusto. Ted ingresó en el comité de energía, pero el trabajo resultaba demasiado pesado. Después se había decidido por la brigada de enterramientos, donde ya estaba más a gusto, aunque Chad le había comentado a Stu que Ted era un tipo capaz de estirar una pausa para el café hasta convertirla en un almuerzo y luego en media jornada festiva. El día anterior se apresuró a colaborar en la búsqueda de Harold y Nadine, probablemente para cambiar de actividad. Bill Scanlon y él tropezaron por pura casualidad con el *walkie-talkie* de Harold en Sunrise Amphitheater (y en honor a la verdad así lo había reconocido Ted), pero, a partir de ese momento, adoptó una actitud jactanciosa que a Stu no le gustaba nada.

La mirada de Stu volvió a cruzarse con la de Glen, y casi pudo leer los pensamientos de éste en su expresión cínica, en el ligero fruncimiento de la comisura de los labios: Quizá podamos utilizar a Harold para manipular esta elección.

Stu recordó de repente una palabra que Nixon empleaba mucho, y al aferrarse a ella comprendió de dónde provenía su desesperación y su desorientación: «mandato». El mandato de ellos había caducado. Se había desintegrado dos noches atrás con un fogonazo y una detonación.

—Es posible que sepas a quién quieres tú, Sheldon, pero supongo que a algunos de los presentes les gustaría disponer de tiempo para pensarlo. Lo someteremos a votación. Quienes deseen elegir esta noche a dos nuevos representantes que digan sí.

Se oyeron bastantes respuestas afirmativas.

—Quienes prefieran disponer de una semana para reflexionar que digan no.

Las respuestas negativas fueron más ruidosas, pero no constituyeron una mayoría abrumadora. Muchas personas se abstuvieron, como si el asunto no les interesara.

—De acuerdo —dictaminó Stu—. Volveremos a reunirnos en el Munzinger Auditorium dentro de una semana, el once de septiembre. Ese día se propondrán los candidatos para ocupar las dos vacantes y votaremos.

Un epitafio muy pobre, Nick. Lo siento.

—El doctor Richardson ha venido a hablarles de madre Abigail y de los heridos en la explosión. ¿Doctor?

Richardson fue recibido con una salva de aplausos cuando se adelantó, frotando los cristales de sus gafas. Les informó que los muertos habían sido nueve, que tres heridos se hallaban aún en situación crítica, dos en estado grave, y ocho fuera de peligro.

—Dada la magnitud de la explosión, creo que tuvimos suerte. Ahora, hablemos de madre Abigail.

El auditorio prestó atención.

—Creo que bastarán una declaración y un breve comentario. La declaración es la siguiente: no puedo hacer nada por ella.

Un murmullo recorrió la sala y luego se acalló. Stu vio expresiones afligidas, aunque no de gran sorpresa.

—Los habitantes de la zona que estaban aquí antes de que ella se marchara me dicen que la señora aseguraba tener ciento ocho años. No puedo confirmarlo, pero sí sé que madre Abigail es el ser humano más viejo que he visto en mi vida. Cuentan que ha estado fuera dos semanas y yo creo, mejor dicho, intuyo, que durante este tiempo su dieta no ha incluido alimentos preparados. Según parece sólo ha comido raíces, hierbas y elementos naturales. —Hizo una pausa—. Desde que regresó sólo ha efectuado una pequeña deposición que contenía briznas de hierba y ramitas.

—Dios mío —musitó alguien.

—Tiene un brazo cubierto de ulceraciones y las piernas de llagas que supurarían si su estado no fuera tan...

—¡Basta ya! —vociferó Jack Jackson, poniéndose en pie, pálido, colérico y atribulado—. ¿No tiene una pizca de decoro?

—El decoro no es de mi incumbencia, Jack. Sólo describo el estado en que se encuentra. Está en coma, desnutrida, y sobre todo es muy, muy vieja. Creo que va a morir. Si fuera otra persona, lo afirmaré con toda certeza, pero... como todos ustedes, yo soñé con ella. Con ella y con otro.

De nuevo el débil murmullo, como una brisa pasajera. Stu sintió un escalofrío.

—A mí los sueños tan antagónicos me parecen místicos —continuó George—. El hecho de que todos los hayamos compartido hace pensar en la existencia de una facultad telepática. Pero yo no entro en el campo de la parapsicología ni en el de la teología, del mismo modo que paso por alto el decoro, y por la misma razón: ninguna de estas especialidades es mía. Si la mujer es una enviada de Dios, quizá Él decida curarla. Yo no puedo hacerlo. El mero hecho de que siga viva ya me parece un milagro. Aquí termina mi declaración. ¿Alguna pregunta?

Ninguna. Todos lo miraban atónitos, algunos de ellos con lágrimas en los ojos.

—Gracias —dijo George.

Regresó a su asiento en medio de un silencio sepulcral.

—Bueno —le susurró Stu a Glen—, te toca a ti.

Glen se acercó al estrado sin que mediara presentación y apoyó las manos sobre el atril con familiaridad.

—Hemos hablado de todo menos del hombre oscuro —manifestó.

Renovados murmullos. Varios hombres y mujeres se santiguaron de forma instintiva. Una anciana, sentada junto al pasillo de la izquierda, se cubrió los oídos con las manos en una grotesca imitación de Nick Andros, antes de volver a cerrarlas sobre el abultado bolso negro que reposaba en su regazo.

—Nos hemos ocupado un poco de él en las reuniones que el comité ha celebrado a puerta cerrada —prosiguió Glen con tono sosegado y elocuente—, y se debatió en privado la cuestión de si debíamos o no tratar el tema públicamente. Fue destacado el hecho de que nadie en la zona parecía querer hablar del asunto, y menos después de los sueños alucinantes que todos tuvimos mientras nos encaminábamos hacia aquí. Quizá hacía falta un período de recuperación. Creo que ha llegado el momento de abordar el tema y sacarlo a la luz. La policía cuenta con un sistema muy útil llamado *identikit*, o retrato robot, que un especialista emplea para componer el rostro de un delincuente a partir de los datos que suministran varios testigos. En nuestro caso no hay rostro, pero sí una serie de recuerdos que forman por

lo menos un esquema del Adversario. He hablado de esto con diversas personas y me gustaría presentarles el retrato robot que he confeccionado.

»Este hombre parece que se llama Randall Flagg, aunque hay quienes lo conocen como Richard Frye, Robert Freemont y Richard Freemantle. Las iniciales R. F. pueden tener algún significado. Pero, en el caso de que lo tengan, nadie del comité de la Zona Libre posee la menor idea al respecto. Su presencia, por lo menos en sueños, produce sentimientos de espanto, desasosiego, terror, angustia. En todos los casos, la sensación física asociada con él es la de frío.

Las cabezas hacían gestos de asentimiento. Volvió a producirse un cuchicheo excitado en el auditorio. A Stu le produjo la impresión de adolescentes cuando descubren el sexo e intercambian información que siempre conduce al mismo punto.

—El tal Flagg está en el Oeste —continuó Glen—. Aunque hay bastantes personas que lo han visto en Las Vegas, Los Ángeles, San Francisco, Portland. Algunas, entre ellas madre Abigail, afirman que Flagg crucifica a quienes no le obedecen. Todos nuestros informantes creen que se está gestando un enfrentamiento entre este hombre y nosotros, y que él no se detendrá ante nada para someternos. No detenerse ante nada incluye muchas cosas. Fuerzas blindadas, armas nucleares, quizá la epidemia...

—¡Me gustaría echarle el guante a ese hijo de puta! —gritó Rich Moffat—. ¡Le haría tragar una buena dosis de su jodida peste!

Se produjo un estallido de risas que distendió el ambiente al tiempo que Rich recibía una ovación. Glen sonrió satisfecho. Le había dado instrucciones precisas a Rich media hora antes de la asamblea, y éste las había seguido al pie de la letra. El calvorota tenía razón en una cosa, comprobó Stu: los conocimientos de sociología eran útiles para manejar multitudes.

—Bueno, esto es cuanto sé acerca del personaje —prosiguió—. Lo único que me queda por decir antes de declarar abierto el debate es que Stu tiene razón cuando asegura que si atrapamos a Harold y Nadine debemos tratarlos de forma civilizada. Pero lo mismo que él, pongo en duda que los atrapemos. Y pienso, también como Stu, que ellos colocaron la bomba, y que lo hicieron por orden de Flagg.

Sus palabras resonaron en el recinto.

—Hay que combatir a ese hombre. George Richardson ha dicho que la mística no es su especialidad. Tampoco es la mía. Pero opino que la anciana moribunda representa de alguna forma a las fuerzas del bien, así como Flagg encarna a las del mal. Pienso que el poder que la controla, sea el que sea, la utilizó para congregarnos. Y dudo que ese poder se proponga ahora abandonarnos. Quizá sea necesario discutir la cuestión y estudiar estas pesadillas. Tal vez se haga preciso empezar a decidir lo que haremos para enfrentarnos a Flagg. Pero él no podrá invadirnos la primavera próxima como si tal cosa si nos mantenemos alerta. Y le devuelvo la palabra a Stu, que será el moderador del debate.

La última frase se perdió en medio de una ovación cerrada, y Glen regresó complacido a su asiento. Había caldeado los ánimos. Estaban más furiosos que asustados, se hallaban dispuestos a enfrentarse al reto (aunque tal vez no lo estuvieron tanto el próximo mes de abril, cuando los hubiera enfriado un largo invierno), y sobre todo querían debatir el asunto.

Y vaya si lo debatieron durante las tres horas siguientes. Unos pocos se marcharon después de la medianoche. Tal y como Larry preveía, no se oyeron propuestas sensatas. Abundaron las sugerencias delirantes: un bombardeo, un arsenal nuclear propio, una conferencia en la cumbre, un comando suicida. Hubo muy pocas ideas prácticas.

Durante la última hora, varias personas fueron levantándose para explicar sus sueños. Stu volvió a recordar las interminables sesiones de comentarios sexuales en las que había participado, por lo general como oyente, durante su adolescencia.

Glen se hallaba sorprendido y animado por la creciente propensión a hablar, y por la atmósfera cargada de excitación que sustituía a la embotada indiferencia inicial. Comenzaba a producirse una catarsis masiva, largo tiempo aplazada. Hablaban como personas que habían mantenido ocultos sus pecados y que, de pronto, descubrían que esas faltas, una vez confesadas en voz alta, sólo eran cosas cotidianas. El terror interior mantenido en letargo, al despertarse en aquella sesión maratónica, era más llevadero... quizá incluso superable.

La asamblea terminó a las dos de la madrugada. Glen se fue con Stu, y se sintió bien por primera vez desde la muerte de Nick. Habían dado los primeros y más difíciles pasos para salir de sus respectivos aislamientos y avanzar hacia el campo de batalla, cualquiera que éste fuese.

Tenía esperanzas.

Volvieron a tener electricidad el día 5 de septiembre al mediodía, tal como había prometido Brad.

La sirena de alarma antiaérea instalada en lo alto del tribunal del condado empezó a ulular. Muchas personas corrieron asustadas a la calle, oteando frenéticas el cielo azul, sin una nube, en busca de los aviones del hombre oscuro. Otros se refugiaron en los sótanos y permanecieron allí hasta que Brad consiguió acallar la sirena.

En Willow Street se produjo un cortocircuito y un grupo de doce bomberos voluntarios acudió para sofocar el incendio. En el cruce de Broadway y Walnut saltó la tapa de un transformador que después de recorrer casi veinte metros cayó sobre el techo de la juguetería Oz.

Hubo una sola víctima mortal en aquella jornada, que la Zona Libre denominaría día de la Electricidad. Por alguna razón desconocida, explotó un taller de reparación de coches situado en el extremo de Pearl Street. Rich Moffat se hallaba sentado en un portal de la acera de enfrente con una botella de Jack Daniel's, y una chapa ondulada salió despedida y se estrelló contra él, matándolo en el acto. Ya no destrozaría más escaparates.

Stu estaba con Fran cuando los tubos fluorescentes cobraron vida en el techo de la habitación del hospital. Los vio parpadear una y otra vez hasta que por fin irradiaron la vieja luz familiar. No pudo apartar la vista de ellos hasta que llevaban brillando casi tres minutos. Cuando miró a Frannie, ésta tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, Fran? ¿Sientes dolor?

—Lloro por Nick. Es tan injusto que no haya vivido para asistir a esto... Abrázame, Stu. Quiero rezar por él.

Él la abrazó, pero no supo si rezaba. De pronto, echó terriblemente en falta a Nick, y odió a Harold Lauder más que nunca. Fran tenía razón. Harold no sólo había matado a Nick y a Sue, les había robado la luz que les guiaba.

—Serénate —susurró—. Tranquila, Frannie.

Pero ella siguió llorando durante un rato. Cuando se le agotaron las lágrimas, Stu pulsó el botón que levantaba la cama y encendió la lamparita de la mesilla de noche para que pudiera leer.

Stu sintió que le sacudían y despertó poco a poco. Su mente recorrió una lista de personas que podían querer interrumpir su sueño: su madre, que le decía que era hora de levantarse, encender las estufas y prepararse para ir a la escuela; Manuel, el matón de aquel sórdido burdel de Nuevo Laredo, anunciándole que por veinte pavos no podía quedarse más tiempo y que si quería pasar allí toda la noche pagara otros veinte; una enfermera con bata blanca que pretendía tomarle la tensión sanguínea y extraerle una muestra de la garganta; Frannie; y Randall Flagg.

Y Randall Flagg.

Este último nombre le hizo incorporarse como si hubiera recibido un chorro de agua fría en la cara. No era ninguno de ellos. Era Glen Bateman con *Kojak* sobre las rodillas.

—Tienes el sueño pesado, tejano —comentó Glen.

Su silueta apenas se recortaba en la penumbra.

—Bueno, podrías haber empezado por encender una condenada luz.

—Pues había olvidado que funciona, ¿sabes?

Stu encendió la lámpara, hizo un guiño ante el resplandor repentino y miró el despertador. Eran las tres menos cuarto de la mañana.

—¿Qué haces aquí, Glen? Si no te importa, estaba durmiendo.

Cuando dejó el reloj sobre la mesilla vio bien a Glen por primera vez. Se hallaba pálido, asustado y avejentado. Las arrugas marcaban surcos profundos en su rostro y tenía ojeras.

—¿Qué sucede?

—Madre Abigail —musitó Glen.

—¿Ha muerto?

—Que Dios me perdone, casi lamento que no se trate de eso. Ha despertado, y quiere hablar con nosotros.

—¿Con nosotros dos?

—Con nosotros cinco. Ella —su voz se volvió áspera— sabía que Nick y Susan habían muerto y que Frannie se encontraba en el hospital. No entiendo cómo, pero lo sabía.

—¿Y quiere hablar con el comité?

—Con quienes quedan de él. Está agonizando y dice que debe comunicarnos algo. No creo querer oírlo.

En el exterior la noche era fría. Stu se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello. Una luna helada le hizo pensar en Tom, que tenía instrucciones de regresar con la información cuando hubiera luna llena. Ahora pasaba un poco del cuarto creciente. Dios sabía dónde estarían Tom, Dayna Jurgens y el juez Farris. Dios sabía qué extraños acontecimientos se estaban produciendo en la tierra.

—Ya he despertado a Ralph —informó Glen—. Le dije que fuera al Hospital a recoger a Fran.

—Si el médico hubiera considerado oportuno que se levantara y anduviera de un lado a otro, la habría enviado a casa —protestó Stu.

—Se trata de una circunstancia especial.

—Tú dices no querer oír lo que la anciana pretende decirnos, pero te encuentro muy ansioso por acudir a su lado.

—Tengo miedo de actuar de otra forma —contestó Glen.

A las tres y diez, el *jeep* aparcó frente a la casa de Larry. El lugar refulgía de luz, ya no de gas sino eléctrica. También estaba encendida una farola de cada dos no sólo allí sino en toda la ciudad. Stu, fascinado, no dejó de mirarlas durante todo el trayecto. Los últimos insectos estivales, atontados por el frío, se estrellaban caóticamente contra los globos resplandecientes.

Se estaban apeando del *jeep* cuando unos faros asomaron por la esquina. Era el viejo camión rechinante de Ralph, cuyo radiador se detuvo justo frente al del *jeep*. Ralph descendió, y Stu rodeó la cabina hasta la otra portezuela. Frannie tenía la espalda apoyada contra un cojín de cuadros cogido de un sofá.

—Hola, nena —dijo con ternura.

Ella le cogió la mano. En la oscuridad, su rostro era pálido.

—¿Te duele mucho? —le pregunto Stu.

—No. He tomado unos analgésicos. Pero no me pidas que baile la polca.

La ayudó a bajar del camión y Ralph la sostuvo por el otro brazo. Ambos vieron que hacía una mueca al salir de la cabina.

—¿Quieres que te lleve en brazos?

—No hace falta, pero sigue sujetándome, ¿eh?

—Claro que sí.

—Y anda despacio. Las ancianitas no podemos apretar mucho el paso.

Pasaron por detrás del camión de Ralph, avanzando con lentitud. Cuando llegaron al camino de entrada, Glen y Larry los miraban desde el portal. A contraluz, parecían figuras de un recortable.

—¿Que piensas de todo? —murmuró Frannie.

—No lo sé —respondió Stu.

Cuando llegaron a la puerta era evidente que Frannie acusaba el esfuerzo. Ralph ayudó a entrarla. Larry, al igual que Glen, tenía el semblante pálido y preocupado. Llevaba unos vaqueros desteñidos, una camisa con los faldones sueltos y mal abrochada, y unos costosos mocasines sobre los pies desnudos.

—Perdona que haya tenido que hacerte venir —se justificó—. Estaba con ella, echando alguna cabezadita. Le hacía compañía, ya sabes.

—Sí, lo sé —contestó Frannie.

Por alguna razón, la expresión «hacer compañía» le trajo el recuerdo del salón de su madre... y el de un jardín de infancia.

—Hacía una hora que Lucy se había acostado. Salí de mi sopor y vi que ella me estaba mirando... Su voz no es más que un susurro, pero se entiende lo que dice.

Larry tragó saliva. Ahora los cinco estaban en el pasillo. Continuó:

—Me anunció que el Señor se la llevaría al alba. Y me dijo que antes tenía que hablar con aquellos que Dios no se había llevado. Le pregunté a qué se refería. Me respondió que se había llevado a Nick y Sue. Lo sabía.

Dejó escapar un suspiro y se mesó la abundante melena.

Lucy apareció en el fondo del pasillo.

—He preparado café. Aquí está para cuando lo queráis.

—Gracias, cariño —contestó Larry.

Lucy parecía dubitativa.

—¿Voy con vosotros? ¿O es una reunión privada, como las del comité?

Larry miró a Stu, el cual murmuró:

—Puedes venir.

Se encaminaron hacia el dormitorio, lentamente, debido al estado de Fran.

—Ella nos lo dirá —dijo Ralph—. La madre nos lo dirá. No hay por qué inquietarse.

Entraron todos juntos. Los ojos centelleantes, moribundos, de madre Abigail se fijaron en ellos.

Fran conocía el estado físico de la anciana. Pese a ello, sufrió una fuerte impresión. No quedaba nada de ella excepto una correosa membrana de piel y tendones que sujetaban los huesos. En la habitación no flotaba siquiera el olor de la podredumbre y la muerte acechante. Lo que había en el ambiente era un tufo seco de buhardilla de confesionario. La mitad de la aguja del suero colgaba fuera de la carne, sencillamente porque no tenía dónde clavarse.

Sin embargo su mirada no había cambiado. Seguía siendo cálida, bondadosa y humana. Esto la sosegó, pero al mismo tiempo sintió cierto miedo. O, más que miedo, esa impresión que produce lo sacrosanto, un temor reverente. ¿Era temor reverente? Y una sensación de inminencia, no de fatalidad sino de que una responsabilidad sobrecogedora pendía sobre sus cabezas como una espada de Damocles.

«El hombre propone... Dios dispone».

—Siéntate, pequeña —susurró madre Abigail—. Sufres mucho.

Larry la ayudó a acomodarse en un sillón y Fran suspiró aliviada. Pero sabía que al cabo de un rato el dolor volvería aunque estuviera sentada.

La anciana seguía mirándola fijamente con sus ojos brillantes.

—Esperas un hijo —musitó.

—Sí. ¿Cómo...?

Todos permanecieron callados. Fran, fascinada, contemplaba las pupilas de la anciana. La mujer que había poblado sus sueños antes de entrar en sus vidas.

—Mira por la ventana, pequeña.

Fran se volvió hacia la ventana desde donde Larry había observado dos días atrás la multitud congregada. En lugar de la oscuridad opresiva, vio una plácida claridad. No era un reflejo de la habitación, sino la luz de la mañana. Contemplaba la imagen difusa y un poco deformada de un cuarto para niños, con cortinas fruncidas, a cuadros. Había una cuna, pero estaba vacía. Había un corralito también vacío. Un móvil de rutilantes mariposas de plástico... agitadas sólo por el viento. El miedo le estrujó el corazón con sus manos frías. Los demás lo percibieron reflejado en su rostro, pero no entendieron la causa. No veían nada por la ventana, excepto una zona del jardín alumbrada por una farola de la calle.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó Fran con voz ronca.

—Stuart no es el padre del niño, pequeña. Pero su vida se halla en manos de él, y de Dios. Este chiquillo tendrá cuatro progenitores, si Dios le permite llegar a ver la luz.

—Si le permite...

—Dios ha escondido esto de mi vista —susurró.

El cuarto de niños desapareció. Fran vio sólo la oscuridad. Y entonces el miedo le hizo cerrar las manos y convertirlas en puños. El corazón le latía con fuerza.

—El Diablo ha convocado a su desposada para preñarla. ¿Permitirá que su hijo sobreviva?

—Basta —gimió Fran, y se cubrió el rostro con las manos.

Un silencio denso llenaba la habitación. El rostro de Glen Bateman era sombrío. La mano derecha de Lucy subía y bajaba lentamente por el cuello de su bata. Ralph tenía el sombrero entre las manos y daba tironcitos de la pluma. Stu miró a Frannie, pero no pudo acercarse a ella. No era el momento. Recordó la imagen de la mujer en la asamblea, la que se había tapado los oídos al escuchar el nombre del hombre oscuro.

—Madre, padre, esposa, marido —musitó madre Abigail—. Contra ellos el Príncipe de las Tinieblas, el señor de las mañanas tenebrosas. Incurrí en pecado de soberbia. Y vosotros también. ¿No oísteis decir que no había que depositar la fe en los dioses y príncipes de este mundo?

Todos la miraban inmóviles.

—La luz eléctrica no es la solución, Stu Redman. La radio de banda ciudadana tampoco lo es, Ralph Bretner. La sociología no le pondrá fin, Glen Bateman. Y la penitencia por una vida que es desde hace mucho tiempo un libro cerrado no impedirá el advenimiento, Larry Underwood. Tu hijo tampoco lo impedirá, Fran Goldsmith. Vosotros no proponéis nada nuevo ante los ojos de Dios.

Los miró uno a uno.

—Dios dispondrá lo que sea justo. No sois el alfarero, sino la arcilla. Quizá el hombre del Oeste sea el torno sobre el que seréis moldeados. No se me ha permitido saberlo.

Una lágrima, asombrosa en aquel desierto agonizante, brotó de su ojo izquierdo y resbaló por la mejilla.

—¿Que debemos hacer, madre? —preguntó Ralph.

—Acercaos todos, me queda poco tiempo. Retornaré a la Gloria y nunca ha habido un ser humano más predispuesto a ello que yo. Acercaos.

Ralph se sentó en el borde de la cama. Larry y Glen permanecieron al pie. Fran se incorporó y Stu arrastró el sillón para arrimarlo a Ralph. Fran volvió a sentarse y le cogió la mano.

—Dios no os congregó para que formarais un comité o una comunidad —dijo la anciana—. Os trajo aquí para enviaros más lejos, para encomendaros una búsqueda. Esa misión es destruir al Príncipe de las Tinieblas.

Nadie habló. Madre Abigail suspiró.

—Pensé que Nick os guiaría, pero Él se lo ha llevado... Aunque Nick no ha desaparecido del todo, según me parece. No, no del todo. Pero tú debes guiarlos, Stu. Y si es su voluntad llevarse a Stu, entonces tú serás el encargado de conducirlos, Larry. Y si Él te lleva a ti, la responsabilidad recaerá sobre Ralph.

—Parece que soy el último —comentó Glen—. ¿Qué...?

—¿Guiarlos? —preguntó Fran fríamente—. ¿Guiarlos? ¿Adonde?

—Al Oeste, pequeña —respondió madre Abigail—. Tú no debes ir, sólo ellos cuatro.

—¡No! —se puso en pie a pesar del dolor—. ¿Que dice? ¿Que los cuatro se entreguen a él? ¿El corazón, el alma y las entrañas de la Zona Libre? —Sus ojos destellaban—. ¿Para que él pueda crucificarlos y luego entrar tranquilamente aquí el próximo verano y matarnos a todos? No permitiré que mi hombre sea inmolado en aras de tu Dios asesino. Ya pueden joderle.

—¡Frannie! —exclamó Stu.

—¡Sí, es un Dios asesino! —prosiguió Fran—. Millones, quizá *miles de millones* de muertos durante la epidemia. Otros millones después. Ni siquiera sabemos si los niños sobrevivirán. ¿Todavía no está satisfecho? ¿Tiene esto que seguir hasta que en la tierra sólo queden ratas y cucarachas? ¡Él no es Dios! Es un demonio y tú su bruja.

—Basta ya, Frannie.

—No te preocupes, ya he terminado. Quiero marcharme de aquí. Llévame a casa, Stu. No al hospital, sino a casa.

—Escucharemos lo que tiene que decirnos.

—Escúchala tú. Yo me voy.

—Pequeña —dijo la anciana.

—¡No me llame así!

Madre Abigail alargó la mano y la cerró en torno a la muñeca de Frannie, la cual se puso rígida. Cerró los ojos. Echó la cabeza bruscamente hacia atrás.

—No... Nooo. Oh, Dios mío... Stu...

—¡Quieta! ¿Qué le está haciendo? —gritó Stu.

Madre Abigail no respondió. El instante pasó, pareció perderse en la eternidad, y la anciana la soltó.

Fran empezó a masajearse la muñeca, a pesar de que no se veía ninguna señal en la piel. Los ojos de Fran se dilataron.

—¿Qué te sucede, cariño? —preguntó Stu con ansiedad.

—Ha desaparecido —dijo Fran.

—¿De qué está hablando?

Stu miró alrededor en busca de respuesta. Glen negó con la cabeza. Se hallaba pálido y tenso.

—El dolor, el esguince ha desaparecido —miró a Stu atónita—. Ha desaparecido del todo. Mira.

Se inclinó y se rozó la punta de los pies. Una, dos veces. A la tercera, apoyó las palmas de las manos sobre el suelo sin doblar las rodillas. Volvió a enderezarse y se enfrentó a la mirada

de madre Abigail.

—¿Es un soborno de tu Dios? Porque, si lo es, puede guardarse su curación. Prefiero el dolor si así conservo a Stu.

—Dios no utiliza el soborno, hija mía. Ofrece un testimonio y deja que la gente lo interprete como quiera.

—Stu no irá al Oeste —insistió Fran, pero ahora estaba tan atónita como asustada.

—Siéntate —le pidió Stu—. Escucharemos lo que tenga que decirnos.

Fran se sentó, conmovida y desconcertada. Sus manos se deslizaban una y otra vez hasta su espalda.

—Vais a ir al Oeste —susurró la vieja moribunda—. Sin víveres ni agua. Os pondréis en camino hoy mismo y con la ropa que lleváis puesta. La marcha será a pie. Sé que uno de vosotros no llegará a destino, pero ignoro quién será. Sé que los restantes deberán comparecer ante Flagg, que no es un hombre sino un ser sobrenatural. Ignoro si Dios ha dispuesto que lo derrotéis, ni si volveréis a Boulder. Estos detalles no me han sido revelados. Pero está en Las Vegas y tenéis que ir allí, que es donde se librará la batalla. No vacilaréis porque podréis apoyaros en el brazo eterno del Dios de los ejércitos. Sí, con la ayuda de Dios resistiréis. —Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—. Eso es todo. He dicho lo que debía decir.

—No —musitó Fran—. No es posible.

—Madre —graznó Glen, que se aclaró la garganta—. Madre, no sé si me entenderá si le digo que «no estamos en la misma onda». No hemos sido dotados de la compenetración que la une a usted con la fuerza que controla esto. Con franqueza, no es lo nuestro. Fran tiene razón. Si vamos allí seremos asesinados, quizá incluso por las primeras patrullas que nos encontremos.

—¿No tenéis ojos para ver? Dios acaba de curar a Fran, valiéndose de mí. ¿Imagináis que el plan que Él os tiene preparado es dejar que os mate un esbirro del Príncipe de las Tinieblas?

—Pero, madre...

—No —levantó la mano—. Mi misión no es discutir ni convencer, sólo indicar el camino de la comprensión de los designios de Dios. Escucha, Glen.

De repente, de la boca de madre Abigail surgió la voz de Glen Bateman, lo cual desconcertó a todos. Fran retrocedió hasta Stu al tiempo que lanzaba un grito.

—Madre Abigail le llama el instrumento del Diablo —exclamó aquella voz masculina, que provenía del pecho consumido de la anciana y emergía de su boca desdentada—. Quizá sea sólo el último mago del pensamiento racional, que posee las herramientas de la tecnología para atacarnos. Puede que sea algo mucho más tenebroso. Sólo sé que *él* existe y que ni la sociología, ni la psicología, ni ninguna otra *logia* le detendrá. Lo único que podrá destruirle es la magia blanca.

Glen estaba boquiabierto.

—¿Es eso verdad, o lo ha dicho un embustero? —preguntó madre Abigail.

—No sé si es cierto o no, pero lo he dicho yo —confesó Glen temblando.

—Confiad. Todos tenéis que confiar. Larry, Ralph, Stu, Glen, Frannie. Confiad y obedeced la palabra de Dios.

—¿Tenemos alternativa? —inquirió Larry con tono amargo.

Ella, sorprendida, se volvió para mirarlo.

—¿Alternativa? Siempre hay alternativa. Ésta es la ley de Dios, siempre lo será. Después cada uno es libre de elegir. Haced lo que queráis, nadie os ha encadenado. Pero esto es lo que Dios desea de vosotros.

Un nuevo silencio. Por fin, Ralph habló:

—En la Biblia está escrito que David venció a Goliat. Yo iré, si usted me dice qué debemos hacer, madre.

Ella le asió la mano.

—Yo también —decidió Larry—. De acuerdo.

Suspiró y se llevó la mano a la frente como si le doliera. Glen abrió la boca para decir algo; pero antes de que pudiera articular palabra, se oyó un gemido que llegaba desde el rincón, y un ruido sordo.

Era Lucy, de la que todos se habían olvidado. Acababa de desmayarse.

La aurora hizo su aparición en el horizonte.

Estaban sentados alrededor de la mesa, en la cocina de Larry, tomando café. Eran las cinco menos diez cuando Fran avanzó por el pasillo y se detuvo en el umbral. Tenía el rostro hinchado de tanto llorar, pero no cojeaba. Se había curado de verdad.

—Creo que se está muriendo —manifestó.

Entraron en la habitación. Larry rodeaba a Lucy con el brazo.

La respiración de madre Abigail se había transformado en un estertor pesado y profundo que a todos trajo horribles reminiscencias de la supergripe. Se reunieron en silencio alrededor de la cama. Ralph se hallaba convencido de que se produciría algo que sería la manifestación del poder divino. Ella desaparecería en medio de una luz refulgente. O verían cómo su espíritu, transfigurado en irradiación, salía por la ventana y se elevaba al cielo.

Pero al fin murió. Sin más.

Hubo un aliento final: inspiró, lo retuvo y lo exhaló. Su pecho no volvió a expandirse.

—Ha muerto —murmuró Stu.

—Que Dios se apiade de su alma —dijo Ralph, que había perdido el miedo.

Le cruzó las manos sobre el consumido tórax y las salpicó con sus lágrimas.

—¡Iré! —exclamó Glen de repente—. Ella tenía razón. La magia blanca es lo único que nos queda.

—Stu —susurró Fran—. Por favor, Stu, di que no.

Todos lo miraron.

«Ahora tienes que guiarlos, Stuart».

Pensó en Arnette, en el viejo coche que transportaba a Charles D. Campion y su cargamento de muerte, y que se estrelló contra los surtidores de Bill Hapscomb como una perversa Pandora. Recordó a Denninger y Deitz y cómo había empezado a asociarlos mentalmente con los médicos sonrientes que habían mentido, y que le mintieron a él y su esposa acerca de la enfermedad de ella... Acaso también se habían mentido a sí mismos. Sobre todo pensó en Frannie. Y en madre Abigail, que había dicho: «Esto es lo que Dios quiere de vosotros».

—Frannie, debo ir.

—Y morir —repuso ella con amargura, casi con odio, y luego buscó a Lucy con la mirada, como si buscara apoyo.

Pero Lucy se hallaba aturdida, absorta, y poco podía ayudar.

—Si no vamos, moriremos —le advirtió Stu, sopesando las palabras—. Ella tenía razón. Si esperamos llegará la primavera. ¿Y después qué? ¿Cómo podremos frenarle? Habrá que recurrir a lo que dice Glen. La magia blanca. O el poder de Dios.

Fran se echó a llorar.

—Tranquila, Frannie. —Intentó cogerle la mano.

—¡No me toques! Eres un muerto, un cadáver. ¡Así que no me toques!

Cuando salió el sol seguían alrededor de la cama.

Stu y Frannie subieron a Flagstaff Mountain alrededor de las once de la mañana. Stu llevó la cesta, y Fran el mantel y una botella de Blue Nun. El picnic había sido idea de ella, pero un extraño e incómodo silencio se interponía entre ambos.

—Ayúdame a desplegarlo —pidió Fran—. Y ten cuidado con esos arbustos espinosos.

Estaban en un pequeño prado en declive, unos trescientos metros por debajo del Sunrise Amphitheater. Boulder se extendía a sus pies en medio de una bruma azulada. Era otro maravilloso día de verano. El sol brillaba con fuerza y autoridad. Los grillos cantaban en la hierba. Un saltamontes abandonó su refugio y Stu lo atrapó con un rápido movimiento.

—Escupe y lo dejaré escapar —dijo Stu, recordando la vieja fórmula infantil.

Pero vio que la sonrisa de Fran era apagada. No obstante, volvió la cabeza y escupió. A Stu se le encogió el corazón.

—Fran...

—No hablemos de eso. Ahora no.

Extendieron el mantel blanco que Fran había cogido del hotel Boulderado y, desplazándose con agilidad y rapidez de movimientos (a él le produjo una sensación extraña ver con cuánta gracia se inclinaba y cuánta flexibilidad tenía, como si nunca hubiera sufrido esguince ni lesión cervical). Sirvió el almuerzo: ensalada de pepino y lechuga con vinagreta, emparedados de jamón, vino y pastel de manzana.

—Bendice, Señor, los alimentos que vamos a tomar —oró ella.

Stu se sentó a su lado y se sirvió un bocadillo y un poco de ensalada. No tenía apetito. Estaba deprimido. Pero comió.

Se dejaron un trozo de emparedado y la mayor parte de la ensalada, a pesar de que la verdura fresca les había parecido deliciosa. Se sirvieron un trozo de pastel. Entonces Fran preguntó:

—¿Cuándo os vais?

—A mediodía —respondió él.

Encendió un cigarrillo, protegiendo la llama con las manos.

—¿Y cuánto tardaréis en llegar?

Stu se encogió de hombros.

—¿A pie? No lo sé. Glen ya no es un jovencito. Y Ralph tampoco. Calculo que podemos estar allí a primeros de octubre.

—¿Y si nieva antes de tiempo en las montañas, o en Utah?

Él volvió a encogerse de hombros y la miró.

—¿Un poco más de vino? —preguntó ella.

—No; me produce acidez. Siempre me la ha producido.

Fran se sirvió otro vaso y lo bebió de un trago.

—¿Ella era la voz de Dios, Stu?

—No lo sé.

—Soñamos con ella, y existía. Todo esto forma parte de algún estúpido juego, Stuart. ¿Has leído el Libro de Job?

—Nunca he sido aficionado a la Biblia.

—Pues mi madre sí. Ella pensaba que era importante que mi hermano Fred y yo tuviéramos cierta educación religiosa. Nunca explicó el porqué. Hasta el momento sólo me ha servido para contestar las preguntas sobre la Biblia del concurso *Arriesgue*. ¿Te acuerdas de ese programa?

—Y ahora presentamos a nuestro invitado...

—Exacto. El juego consistía en que te daban la respuesta y tú tenías que acertar la pregunta. Cuando se trataba de la Biblia, yo sabía todas las preguntas. Job era una apuesta entre Dios y el Diablo. El Diablo decía: «Seguro que Él te adora. Mientras lo tenga fácil. Pero si lo mortificas, renegará de ti». Así que Dios aceptó la apuesta y la ganó. Dios gana siempre. Seguro que es un forofo de los Celtics de Boston.

—Suponiendo que fuese una apuesta —dijo Stu—, se trata de sus vidas, de toda esa gente. Y de ese tipo. ¿Cómo le llamó ella?

—Ni siquiera prometió que sería derrotado —le recordó Fran—. Si al menos hubiera podido asegurar eso... me resultaría más fácil dejarte partir.

Stu no supo qué responder.

—Bueno, pronto será mediodía —continuó Fran—. Ayúdame a recoger.

Los restos del almuerzo volvieron a la cesta junto con el mantel y la botella de vino. Stu contempló el prado y pensó que sólo quedaban unas pocas migas para señalar el lugar de su picnic... Los pájaros no tardarían en hacerlas desaparecer. Cuando levantó la vista, Frannie lo miraba llorando. Se acercó a ella.

—No te preocupes. Son cosas del embarazo. No puedo evitar que se me salten las lágrimas.

—Ya.

—Hazme el amor, Stu.

—¿Aquí?

Ella asintió con la cabeza y una ligera sonrisa.

—No habrá problemas. Si tenemos cuidado con las espinas.

Volvieron a desplegar el mantel.

En Baseline Road ella le hizo detener el coche delante de lo que hasta cuatro días antes era la casa de Ralph y Nick. La parte posterior había desaparecido y el patio trasero se hallaba cubierto de escombros. En una esquina se veía un despertador destrozado y el sofá donde Fran quedó atrapada. En los escalones se veía una mancha de sangre seca. Ella la miró con atención.

—¿Es sangre de Nick? —preguntó—. ¿Podría serlo?

—¿Qué más da? —contestó Stu incómodo.

—¿Lo es?

—Cielos, no lo sé.

—Pon tu mano encima, Stu.

—¿Te has vuelto loca?

Ella frunció el entrecejo. Era aquella expresión de quiero-que-lo-hagas que él había visto por primera vez en New Hampshire.

—¡Pon tu mano encima!

De mala gana, Stu posó la mano en la mancha. No sabía si se trataba de sangre de Nick. Lo más probable era que no lo fuese, pero le produjo una sensación escalofriante.

—Ahora jura que volverás.

—Fran, ¿cómo quieres que...?

—¡Dios no puede manejarlo todo! —exclamó ella—. ¡Júralo, Stu!

—Juro que lo intentaré.

—Supongo que tengo que conformarme con eso, ¿no?

—Hemos de ir a casa de Larry.

—Lo sé. —Lo estrechó con fuerza—. Dime que me amas.

—Ya lo sabes.

—Sí, pero dímelo. Necesito oírlo.

Él la cogió por los hombros.

—Te amo, Fran.

—Gracias —respondió ella, y apoyó la mejilla sobre su hombro—. Creo que ahora puedo despedirme y dejarte marchar.

Se abrazaron en el desolado patio.

Fran y Lucy asistieron al inicio de la expedición desde los escalones de la casa de Larry. Los cuatro hombres se quedaron un momento en la acera, sin mochilas, sacos de dormir ni equipo especial... siguiendo las instrucciones. Todos habían cambiado su calzado por otro más apropiado para largas caminatas.

—Adiós, Larry —dijo Lucy con el rostro demudado.

—Recuérdalo, Stuart —murmuró Fran—. Recuerda lo que prometiste.

—Lo haré.

Glen silbó y *Kojak*, que estaba husmeando la reja de una alcantarilla, acudió corriendo.

—En marcha —indicó Larry, el rostro tan pálido como el de Lucy, y en los ojos un fulgor inusitado, casi rutilante—. Antes de que me arrepienta.

Stu le envió un beso soplando en la palma de la mano, algo que no hacía desde los tiempos en que se despedía de su madre desde el autobús de la escuela. Fran les dijo adiós agitando la mano. Volvían a aflorar las lágrimas, pero las contuvo.

Echaron a andar. Al llegar a media manzana se oyó el trino de un pájaro. El sol de mediodía era tibio y acogedor. Llegaron al final de la manzana. Stu se volvió y agitó la mano. Larry siguió su ejemplo, y también Fran y Lucy. Cruzaron la calle. Ya no se les veía. Lucy se hallaba a punto de desmayarse de pena y miedo.

—Que Dios les ayude —dijo.

—Entremos —propuso Fran—. Necesito una infusión de tila.

Pasaron al interior, y Fran preparó la tetera y puso el agua al fuego.

Comenzaba la espera.

Durante la tarde, los cuatro caminaron con lentitud hacia el oeste, sin hablar mucho. Se dirigían a Golden, donde pasarían la primera noche. Dejaron atrás los cementerios improvisados, que ya eran tres. Alrededor de las cuatro, cuando sus sombras empezaban a estirarse detrás de ellos y el calor comenzaba a dar paso al bochorno, llegaron al hito que marcaba los límites de la ciudad junto a la carretera, en el extremo sur de Boulder. Por un instante, Stu tuvo la sensación de que todos estaban a punto de dar la vuelta. Delante, la oscuridad y la muerte. Detrás quedaba un poco de calor, de ternura.

Glen sacó del bolsillo un pañuelo de vivos colores y se lo anudó alrededor de la cabeza.

—Capítulo cuarenta y tres: «El sociólogo calvorota confecciona su filtro contra el sudor» —ironizó.

Kojak les llevaba ventaja, había pasado la línea de Golden y husmeaba feliz entre flores silvestres.

—Chicos —exclamó Larry—, me siento como si esto fuera el final de todo.

—Ya —se sumó Ralph—. A mí me pasa lo mismo.

—¿Alguien apuesta cinco libras por mí? —preguntó Glen sin muchas esperanzas.

—Vamos —intervino Stu sonriendo—. ¿Acaso pensabais vivir eternamente?

Siguieron adelante. Boulder quedó a sus espaldas.

A las nueve de la noche acamparon en Golden, a casi un kilómetro del lugar donde la carretera 6 empezaba su tramo sinuoso a lo largo de Clear Creek para internarse en el corazón de las montañas Rocosas.

Ninguno de ellos durmió bien aquella noche. Ya se sentían lejos del hogar y bajo la sombra de la muerte.

LIBRO TERCERO APOCALIPSIS

*Ésta es tu tierra,
ésta es mi tierra,
de California a Nueva York;
desde las secoyas
a los arroyos,
esta tierra se hizo para ti y para mí.*

WOODY GUTHRIE

*Oye, Basura, ¿qué dijo la vieja Semple cuando
prendiste fuego al cheque de su pensión?*

CARLEY YATES

*Cuando la noche haya caído,
todo se halle a oscuras
y la luna sea la única luz visible,
no tendré miedo
si estás a mi lado.*

BEN E. KING

El hombre oscuro había emplazado sus puestos de vigilancia a lo largo de la frontera este de Oregón. El más importante se hallaba en Ontario, donde la interestatal 80 se cruzaba con la de Idaho. Allí había seis hombres, acuartelados en el remolque de un enorme camión Peterbilt. Llevaban más de una semana jugando al póquer con billetes de veinte y cincuenta dólares, tan inútiles como el dinero del Monopoly. Uno de ellos había ganado casi sesenta mil dólares; y otro, cuyo salario anual antes de la epidemia era de unos diez mil dólares, iba por los cuarenta mil.

Había estado lloviendo casi toda la semana, y los ánimos empezaban a ponerse tensos. Tenían su base en Portland y querían regresar a ella. Allí había mujeres. Un potente radio transmisor colgaba de un clavo, pero sólo emitía estática. Esperaban que del aparato surgiera una simple palabra: «Volved». Eso significaría que el hombre que buscaban había sido atrapado en alguna parte.

El hombre que buscaban tenía unos setenta años, era corpulento y se estaba quedando calvo. Llevaba gafas y conducía un vehículo todoterreno, un *jeep* o un International Harvester. La consigna era matarlo.

Estaban nerviosos y aburridos, la emoción por las apuestas altas en el póquer se había desvanecido dos días atrás, incluso para el más entusiasta. Pero no se atrevían a largarse a Portland por su cuenta. Habían recibido las órdenes del *Dandy* en persona, e incluso cuando la lluvia dio origen a la claustrofobia, él seguía inspirándoles terror. Si fracasaban en la misión y él se enteraba, que Dios les ayudase.

Así que jugaban a las cartas y montaban guardia por turnos, observando a través de la rendija que habían abierto en un lateral del remolque. La interestatal 80 permanecía desierta bajo la lluvia monótona y constante. Si el vehículo aparecía por allí, sería detectado... y lo pararían.

—Es un espía del otro bando —les había dicho el *Dandy*, con aquella temible sonrisa en los labios. Ninguno de ellos sabía por qué era tan sobrecogedora, pero cuando te miraba la sangre se te congelaba.

»Es un espía —les explicó— y quiero cazarlo. A él y al otro, y enviar sus cabezas más allá de las montañas antes de que empiece a nevar. Para darles algo en que pensar durante el invierno.

Y lanzó una fiera carcajada delante de las personas que había congregado en una de las salas de conferencias del Portland Civic Center. Los asistentes sonrieron, pero sus sonrisas eran frías e incómodas. Aunque en público se felicitaban por haber sido escogidos para esa misión, en su fuero interno se lamentaban de que aquellos divertidos y atroces ojos de comadreja no se hubieran fijado en algún otro.

Había otro importante puesto de vigilarla en Sheaville, bastante al sur de Ontario. Cuatro hombres ocupaban una caseta al lado de la interestatal 95, entre prados que descendían hacia el Alvod Desert, extrañas formaciones rocosas y ríos caudalosos.

En los restantes puestos, las dotaciones estaban formadas por dos hombres. Y había una docena exacta, desde la pequeña ciudad de Flora, próxima a la carretera 3 y situada a menos de noventa kilómetros de la frontera con Washington, hasta McDermitt, en la divisoria entre Oregón y Nevada.

Un anciano dentro de un vehículo azul y blanco todoterreno. Las órdenes impartidas a todos los centinelas eran las mismas: «Mátenlo, pero no le disparen a la cabeza». No tenía que haber sangre ni hematomas por encima de la nuez.

—No quiero devolver mercancía averiada —les explicó Randy Flagg, emitiendo graznidos y risotadas.

La frontera norte que delimitaba Oregón e Idaho está marcada por el río Snake. Siguiendo su curso hacia el norte, desde Ontario, donde los seis hombres estaban sentados en el Peterbilt jugando al póquer con dinero que no valía nada, se llega al fin a un lugar a tiro de piedra de Copperfield. El Snake forma allí un meandro que los geólogos llaman yugo de buey, y cerca de Copperfield el río es embalsado por la presa de Oxbow. Y en ese día 7 de septiembre, mientras Stu Redman y sus compañeros caminaban por la carretera 5 de Colorado, más de mil quinientos kilómetros al sudeste, Bobby Terry se encontraba sentado en

el bazar de Copperfield, con un montón de cómics a su lado, preguntándose en qué condiciones se encontraba la presa de Oxbow y si las compuertas estarían abiertas o cerradas. La carretera 86 de Oregón pasaba frente a la tienda.

Él y su compañero Dave Roberts, que ahora dormía en la habitación de arriba, habían mantenido una larga charla acerca de la presa. Estuvo lloviendo durante una semana. El Snake se hallaba crecido. ¿Y si el dique de Oxbow no resistía? Mal asunto. Una tromba arrolladora de agua se precipitaría sobre Copperfield, y Bobby Terry y Dave Roberts serían arrastrados hasta el océano Pacífico. Discutieron la posibilidad de ir a la presa para comprobar si había alguna grieta. Pero, al final, no se atrevieron. Las órdenes de Flagg eran muy concretas: «No os dejéis ver».

Dave había subrayado que Flagg podía estar *en cualquier parte*. Era un gran viajero, y ya circulaban historias acerca de la forma en que podía aparecer de súbito en una minúscula aldea apartada donde había sólo una docena de personas reparando los cables eléctricos o recogiendo armas en un arsenal del ejército. Se *materializaba* como un fantasma. Pero era un fantasma negro, risueño, con botas polvorientas de tacones gastados. Unas veces iba solo, y otras le acompañaban Lloyd Henreid, al volante de una Daimler de gran cilindrada, negro como un coche fúnebre e igual de grande. En muchas ocasiones iba a pie. Nadie lo veía y, un segundo después, estaba allí. Un día aparecía en Los Ángeles (o eso decían) y al siguiente en Boise... a pie.

Pero, como también había indicado Dave, ni siquiera Flagg podía estar en seis lugares a la vez. Uno de ellos podía ir a echar un vistazo a la presa y volver enseguida. Tenían mil probabilidades a favor y una en contra.

Muy bien, ve tú, le contestó Bobby. Tienes mi permiso. Dave había declinado la invitación con una sonrisa nerviosa. Flagg se las ingeniaba para las cosas, aunque no estuviera presente. Algunos decían que ejercía un poder sobrenatural sobre los animales depredadores. Una mujer llamada Rose Kingman aseguraba haber visto que, con sólo chasquear los dedos delante de una bandada de cuervos posados sobre un hilo telefónico, los pájaros fueron a posarse sobre sus hombros. Rose Kingman juraba, además, que los cuervos habían graznado «Flagg... Flagg... Flagg...» una y otra vez.

Eso era ridículo, y él lo sabía. Los tontos podían creerlo, pero Dolores, la madre de Bobby Terry, no había criado hijos tontos. Él conocía lo que pasaba con los rumores: iban creciendo de boca en boca. Y el hombre oscuro debía fomentar estas historias, muy complacido.

No obstante, estas historias seguían produciéndole un ligero escalofrío atávico, como si cada una de ellas encerrara una parte de verdad. Se decía que podía convocar a los lobos, o infiltrar su espíritu en un gato. Un hombre de Portland aseguraba que llevaba una comadreja o una marta en el viejo y raído macuto de *boy scout* que colgaba de su hombro cuando iba a pie. Pamplinas. Pero ¿de verdad era capaz de hablar a los animales como un satánico doctor Doolittle? ¿Y si él, o Dave, iba a echar un vistazo a la presa, en flagrante desacato de sus órdenes, y era visto?

La desobediencia se castigaba con la crucifixión.

Bobby Terry prefirió suponer que la vieja presa resistiría.

Cogió un cigarrillo del paquete de Kent que descansaba sobre la mesa y lo encendió, haciendo una mueca al notar el sabor dulzón y seco. Dentro de seis meses ya no se podría fumar ninguno de esos malditos cigarrillos. Mejor; la jodida nicotina era nociva para la salud.

Suspiró y cogió otra revista de la pila. Una bazofia absurda llamada *Las tortugas mutantes Ninja*. Se suponía que las tortugas Ninja eran «héroes con caparazón». Envío a Rafael, a Donatello y a sus apergaminados compinches al otro lado de la tienda y la revista donde habitaban cayó sobre una máquina registradora. Pensó que ciertas cosas, como las tortugas Ninja, hacían creer que quizá no se había perdido nada con la destrucción de la humanidad.

Cogió otra revista, esta vez de Batman. He aquí un héroe en el que al menos podías creer. Estaba volviendo la primera página cuando vio que el Scout azul pasaba por delante de la tienda en dirección oeste. Sus grandes neumáticos levantaban cortinas de agua de lluvia mezcladas con barro.

Bobby Terry se quedó mirando boquiabierto el lugar por donde había pasado. No podía creer que hubiera visto el vehículo que todos buscaban. En el fondo siempre había sospechado que todo el asunto no era más que una maniobra ficticia para distraerlos.

Se precipitó a la puerta y la abrió de un tirón. Salió a la acera, todavía con el cómic de *Batman* en la mano. Quizá no había sido más que una alucinación. Pensar en Flagg podía producir alucinaciones a cualquiera.

Pero no. Vislumbró el techo del Scout en el momento en que éste bajaba la cuesta siguiente y salía de la ciudad. Después volvió a entrar corriendo en la tienda desierta, llamando a Dave a voz en grito.

El juez sujetaba el volante con firmeza, tratando de convencerse de que no existía una enfermedad llamada artritis, y de que si existía él no la padecía, y si la padecía nunca le molestaba en días húmedos. No quiso seguir fantaseando porque la lluvia era un hecho concreto.

Tampoco se hacía ilusiones respecto a otras cosas.

Hacía tres días que viajaba bajo el aguacero. A veces menguaba hasta quedar en llovizna, pero por lo general era un auténtico diluvio. Y también esto era un hecho concreto. En algunos tramos los caminos estaban a punto de convertirse en barrizales. En primavera, muchos de ellos serían intransitables. Numerosas veces había dado las gracias al Scout por su buen comportamiento.

Durante los primeros tres días, avanzando a duras penas por la interestatal 80, llegó al convencimiento de que no lograría alcanzar la costa Oeste antes del año 2000, si no se adentraba en carreteras secundarias. La interestatal estaba misteriosamente desierta en algunos tramos, y en otros había conseguido esquivar los atascos en segunda. Pero en demasiadas ocasiones se había visto obligado a pisar el freno ante el parachoques trasero de algún coche y buscar un resquicio por donde pasar.

Al llegar a Rawlins, ya estaba hasta harto. Tomó la interestatal 287 dirección noroeste, eludió Great Divine Basin y, dos días después, acampó en el último extremo de Wyoming, al este de Yellowstone. Por aquellas carreteras no transitaba nadie. Atravesar Wyoming y el este de Idaho había sido una experiencia de pesadilla. Nunca pudo pensar que la sensación de muerte cobra forma en una tierra tan vacía, lo mismo que en su alma.

Pero allí la sentía... Una calma angustiada bajo el cielo que había visto correr ciervos y renos. Se percibía en las cabinas telefónicas, casi desmanteladas y que nadie había reparado; en la soledad acongojante de las pequeñas ciudades que dejaba atrás: Lamont, Muddy Gap, Jeffrey City, Lander, Crowheart.

Su sensación de soledad creció conforme constataba el vacío. Cada vez estaba más seguro de que no regresaría a la Zona Libre de Boulder, ni volvería a ver a sus habitantes: Frannie, Lucy, el chico de los Lauder, Nick Andros. Empezó a pensar cómo debió sentirse Caín al ser expulsado del Paraíso.

Pero fue al este del Edén.

El juez estaba en el Oeste.

La sensación se le agudizó más al llegar a la frontera entre Wyoming e Idaho. Entró en esta ciudad a través del Targhee Pass, y se detuvo cerca para comer algo. No se oía nada aparte del borboteo de un arroyo cercano, y un extraño chirrido que le recordaba una bisagra oxidada. El cielo azul empezaba a cobrar un color inquieto. Se acercaba el tiempo húmedo y, con él, la artritis. Hasta entonces esa pesada se había portado bien, pese a tanta actividad y las largas jornadas al volante y...

... ¿qué era aquel chirrido?

Cuando terminó el almuerzo, sacó la Garand del coche y caminó hasta la zona de acampada que bordeaba el arroyo. Hubiera sido un lugar ideal en tiempo más placentero. Había un bosquecillo y varias mesas dispersas entre los árboles. De uno de ellos colgaba un hombre cuyos zapatos casi tocaban el suelo, con la cabeza grotescamente torcida y el cuerpo medio devorado por los pájaros. El crujido lo producía la cuerda al moverse. Ya estaba a punto de partirse.

Así supo que ya estaba en el Oeste.

Aquella tarde, alrededor de las cuatro, los primeros chaparrones cubrieron el parabrisas del Scout. Y ya no cesó de llover.

Llegó a Butte City dos días después. El dolor de los dedos y las rodillas lo tuvo postrado durante todo un día en una habitación de motel. Tumbado en medio del silencio, con las manos y las rodillas envueltas en toallas calientes, leyendo *Law and the Classes of Society*, de Laplan, el juez Farris parecía un híbrido del viejo marinero del poema de Coleridge y un superviviente de la batalla de Valley Forge.

Bien provisto de aspirinas y coñac siguió adelante, intentando adentrarse en caminos comarcales, gracias a sus cuatro ruedas de tracción. No siempre era posible prescindir de la grúa. Dos días antes, el 5 de septiembre, se vio obligado a enganchar un enorme camión de la

compañía telefónica y llevarlo unos kilómetros en sentido contrario, antes de poder librarse de él cerca de un río.

En la noche del 4 de septiembre, un día antes del incidente con el camión de la telefónica, y cuando faltaban tres para que Bobby Terry lo viera pasar por Copperfield, acampó en New Meadows, y tuvo una experiencia que lo dejó bastante inquieto.

Había hecho un alto en el motel Ranchhand, recogió la llave en conserjería y se encontró con un extra inesperado: una estufa a pilas que colocó al pie de la cama. Por primera vez en una semana, al anochecer la encontró caldeada y cómoda. La estufa despedía un fulgor confortable. Se quedó en calzoncillos, se recostó en las almohadas y se puso a leer el caso de una mujer negra, analfabeta, de Brixton, Misisipí, a la que habían sentenciado a diez años de cárcel por una vulgar ratería en una tienda. El fiscal adjunto que había llevado el caso y tres miembros del jurado eran negros, y Lapham parecía destacar que...

Tap, tap, tap, oyó en la ventana.

El cansado corazón del juez dio un vuelco. El juez Farris se abalanzó sobre el fusil apoyado contra la silla y se volvió hacia la ventana, dispuesto a todo. Las excusas que tenía preparadas le abandonaron como briznas llevadas por el viento. Había llegado el momento, querían saber quién era, de dónde venía...

Era un cuervo.

El juez suspiró y esbozó una sonrisa trémula.

Un cuervo. Estaba en el antepecho, bajo la lluvia, con las plumas brillantes, cómicamente apelmazadas y, con sus ojillos, miraba por el vidrio empapado a un jurista muy anciano y al espía aficionado más viejo del mundo, tumbado en la cama de un motel de Idaho, vestido tan sólo con unos calzoncillos con el emblema de Los Ángeles Lakers estampado en púrpura y oro. El cuervo casi parecía sonreír ante semejante imagen. El juez terminó de relajarse y le devolvió la sonrisa. Está bien, he hecho el ridículo, pensó. Pero después de dos semanas de viajar solo por zonas desiertas, creía tener derecho a estar un poco nervioso.

Tap, tap, tap.

El cuervo golpeaba el cristal con el pico.

La sonrisa del juez vaciló. En la mirada de aquel cuervo había algo que no acababa de gustarle. Todavía parecía sonreír, pero habría jurado que era una sonrisa desdeñosa, casi burlona.

Tap, tap, tap.

Como el cuervo que había ido a posarse en el busto de Palas, en el poema de Poe. ¿Cuándo averiguaré lo que necesitan saber allá en la Zona Libre, ahora tan lejana? Nunca. ¿Descubriré los puntos débiles del hombre oscuro? Jamás.

¿Regresaré sano y salvo?

No.

Tap, tap, tap.

El cuervo le escrutaba.

De repente tuvo la escalofriante certidumbre de que ése era el hombre oscuro, su alma, su otro yo proyectado de alguna manera en aquel cuervo empapado que le escrutaba.

Miró al ave, fascinado.

Los ojos del cuervo parecieron dilatarse, ribeteados de un color rubí intenso. El agua de lluvia goteaba y caía. El cuervo se inclinó y, de forma deliberada, golpeó el vidrio.

Imagino que intenta hipnotizarme. Y quizá lo haya conseguido en parte. Debo de ser demasiado viejo para estas cosas. Y supongamos... es absurdo, desde luego, pero supongamos que es él. Y supongamos también que yo pueda levantar el fusil con un movimiento lento. Hace cuatro años que no disparo, pero en 1976 fui campeón del club, y de nuevo en 1979, y no quedé mal clasificado en 1986, aunque no ganara ningún galardón. Mi orgullo estaba en mejor forma que mi vista, pero me clasifiqué quinto entre veintidós. Y la ventana está mucho más cerca que un blanco para tiro deportivo. Si fuera él, ¿podría matarlo? ¿Atrapar su otro yo, si eso existe, dentro del cuerpo del pájaro agonizante? ¿Sería posible que un viejo decrepito pusiera fin a esta pesadilla con el prosaico asesinato de un pajarraco en Idaho?

El cuervo le sonreía. Ahora estaba seguro.

Con un repentino impulso, el juez se sentó y se llevó el fusil al hombro con un movimiento rápido y seguro. Nunca habría esperado hacerlo tan bien. Una especie de terror pareció apoderarse del cuervo. Agitó las alas empapadas, salpicando gotas de agua, y sus ojos se dilataron por el miedo. El juez le oyó emitir un graznido estrangulado y experimentó un arrebató de triunfante certidumbre: era el hombre oscuro y había infravalorado al juez, un error que pagaría con su miserable vida.

—¡Trágate esto! —rugió el juez, y apretó el gatillo. Pero había olvidado quitar el seguro.

Un instante después no se veía nada en la ventana, excepto la cortina de lluvia.

El juez depositó el arma sobre el regazo, sintiéndose confuso y estúpido. Pese a su certeza anterior, pensó que al fin y al cabo sólo era un cuervo. Y si hubiera disparado contra la ventana, la lluvia entraría en la habitación y se habría visto obligado a pasar por los inconvenientes de un cambio de estancia. En el fondo, había sido una suerte que el arma tuviese el seguro puesto.

Pero aquella noche durmió poco. Varias veces se despertó y miró hacia la ventana, creyendo oír un sonido fantasmal. Si el cuervo volvía a posarse allí no escaparía. Había quitado el seguro de fusil.

Pero el pájaro no regresó.

A la mañana siguiente reanudó el camino, ni mejor ni peor de su artritis, y poco después de las once hizo un alto en un bar para comer algo. Cuando terminaba el bocadillo y apuraba el termo de café, vio un enorme cuervo negro posarse sobre el tendido telefónico calle arriba. El juez lo miró como hipnotizado, con la taza roja del termo a medio camino de su boca. No era el mismo cuervo, claro que no, debía de haber millones, todos grandes y bien cebados. Ahora el mundo era de los cuervos. Sin embargo, presintió que sí era el mismo cuervo, e intuyó una catástrofe, una incipiente resignación ante la idea de que todo había terminado.

Ya no tenía apetito.

Siguió adelante. Unos días después, a las doce y cuarto del mediodía, ya en Oregón y avanzando hacia el oeste por la carretera 86, pasó por Copperfield sin siquiera reparar en la tienda donde Bobby Terry, boquiabierto, lo veía pasar. El Garand descansaba a su lado sobre el asiento, sin seguro y con la caja de municiones al alcance de la mano. El juez había decidido disparar contra cualquier cuervo que viera. Por una cuestión de principios.

—¡Pisa a fondo! ¿No puedes hacer que este trasto vaya más de prisa?

—No me fastidies, Bobby Terry. El hecho de que estuvieras mirando las musarañas no te autoriza a joderme.

Dave Roberts iba al volante del Willys International que había estado aparcado en el callejón contiguo a la tienda. Cuando Bobby tuvo a Dave despierto, y éste se hubo levantado y vestido, el carcamal del Scout ya les llevaba diez minutos de ventaja. La lluvia arreciaba y la visibilidad era escasa. Bobby Terry tenía el Winchester sobre las rodillas y llevaba un Colt 45 metido en el cinturón.

Dave, que vestía vaqueros, botas de *cowboy* y un impermeable amarillo, lo miró de soslayo.

—Si sigues jugando con el gatillo de ese fusil, abrirás un boquete en tu portezuela, Bobby.

—Tú ocúpate de alcanzar al tipo. —Y murmuró entre dientes—: A las tripas. Tengo que dispararle a las tripas. Nada de señales en la cabeza. ¿Vale?

—Deja de hablar solo. La gente que habla sola está como una cabra.

—¿Dónde está? —preguntó Bobby.

—Ya lo alcanzaremos. A menos que lo hayas soñado. No me gustaría estar en tu lugar si lo soñaste.

—No lo he soñado. Era ese Scout. Pero ¿y si gira?

—¿Si gira hacia dónde? Hasta la interestatal no hay más que caminos de entrada a las granjas. No podría internarse más de veinte metros sin hundirse en el cieno hasta los parachoques, por mucha tracción a las cuatro ruedas que lleve. Tranquilo, Bobby.

—No puedo tranquilizarme. No dejo de pensar cómo quedaría colgado de un poste de teléfonos en medio del desierto.

—¡Eso no hemos de hacerlo...! ¡Mira ahí! ¿Ves lo mismo que yo? ¡Empezamos a tener suerte!

Delante de ellos se veían los restos de una colisión frontal entre un Chevrolet y un Buick pesado y de grandes dimensiones. La chatarra, que estaba allí desde hacía varios meses, se hallaba atravesada en la carretera, bajo la lluvia, bloqueándola. A la derecha, sobre la cuneta, aparecían unas huellas de neumáticos, profundos y recientes.

—¡Es él! —exclamó Dave—. Esas huellas no tienen ni cinco minutos.

Desvió el Willys para esquivar la chatarra y el coche dio unos violentos bandazos por la cuneta. Dave volvió a la carretera por el mismo sitio que el juez lo había hecho antes que él, y vieron el dibujo espigado de los neumáticos del Scout estampado con lodo sobre el asfalto. En ese momento el Scout desaparecía en la cima de la loma siguiente, a unos tres kilómetros.

—¡Eh, amigo! —gritó Dave—. ¡Tendrás que parar!

Pisó el acelerador a fondo, y la aguja del cuentakilómetros fue subiendo hasta cien. El cristal era un borrrón plateado de lluvia que los limpiaparabrisas no tenían tiempo de despejar. Al llegar a lo alto del promontorio lo divisaron de nuevo, más cerca esta vez. Dave le lanzó una ráfaga con las luces largas y encendió las cortas. Al cabo de unos momentos se encendieron las luces de posición del Scout.

—Muy bien, el muy cabrón se ha detenido —dijo Dave—. Nos mostraremos amistosos. No pierdas los estribos, Bobby. Si lo hacemos bien, nos ganaremos un par de *suites* en el MGM Grand de Las Vegas. Si la jodemos, nos crucificarán. Así que no metas la pata. Tienes que conseguir que se apee.

—Maldita sea, ¿por qué no habrá cruzado por Robinette? —gimió Bobby con las manos crispadas sobre el Winchester.

—Y deja ese jodido fusil —añadió Dave.

—Pero...

—¡Cierra el pico! ¡Y sonríe, maldita sea!

Bobby esbozó una sonrisa. Parecía la de un payaso mecánico.

—Eres un inútil —masculló Dave—. Yo lo haré. Quédate en el coche.

Se habían detenido al lado del Scout, que esperaba con el motor en marcha, dos ruedas sobre el pavimento y las otras dos sobre la cuneta cenagosa. Dave se apeó sonriendo, con las manos en los bolsillos del impermeable amarillo. En el bolsillo izquierdo llevaba un revólver del 38.

El juez bajó con cautela del coche. También llevaba un impermeable amarillo. Avanzó tomando precauciones, como si su cuerpo fuera un frágil jarrón. La artritis le consumía y empuñaba el fusil con la mano izquierda.

—Eh, supongo que no va a disparar, ¿verdad? —dijo el hombre del Willis con una sonrisa cordial.

—Espero que no —comentó el juez; hablaban por encima del ruido de la lluvia—. Ustedes estaban en Copperfield, ¿correcto?

—Así es. Me llamo Dave Roberts. —Le tendió la mano.

—Mi nombre es Farris —se presentó el juez y alargó también la diestra. Miró hacia la ventanilla del Willys y vio asomado a Bobby Terry, empuñando el Colt 45 con ambas manos. La lluvia goteaba del cañón. Su rostro, de una palidez mortal, conservaba estereotipada la sonrisa de payaso mecánico.

—Hijo de puta —murmuró el juez, y liberó su mano del apretón húmedo y resbaladizo de Roberts en el momento en que éste disparaba a través del bolsillo del impermeable. La bala atravesó el abdomen del juez justo por debajo del estómago, para salir finalmente por el lado derecho de la columna vertebral, donde dejó un orificio del tamaño de una canica. El Garand se escurrió de su mano y cayó al suelo mientras él salía despedido hacia la portezuela abierta del Scout.

Ninguno de ellos prestó atención al cuervo que se había posado sobre el hilo telefónico, al otro lado de la carretera.

Dave Roberts avanzó un paso para completar su trabajo, y en ese momento Bobby disparó desde la ventanilla del Willys. El proyectil alcanzó a Roberts en el cuello, destrozándose casi por completo. Una catarata de sangre manó sobre la pechera de su impermeable, mezclándose con la lluvia. Se volvió hacia Bobby, esbozando una mueca de silenciosa y agónica estupefacción, con los ojos desorbitados. Dio un par de pasos tambaleándose y luego el asombro se borró de sus facciones. Todo se borró de ellas. Cayó muerto. La lluvia repicaba y tamborileaba sobre la espalda del impermeable.

—¡Oh, mierda! ¿Qué he hecho? —exclamó Bobby desolado.

El juez pensó: Se me ha pasado la artritis. Si sobreviviera, dejaría atónita a la profesión médica. El remedio para la artritis es un pedazo de plomo en la barriga. Oh, Dios mío, me estaban esperando. ¿Les alertó Flagg? Sin duda. Que Dios ayude a los otros que el comité haya enviado aquí...

El Garand yacía sobre el asfalto. Se inclinó para Bobby Terry, a salvo y todo lo lejos del *Dandy* que pudieran llevarle sus pies...

Un ruido.

Bobby levantó la cabeza de golpe.

La lluvia que resonaba sobre las cabinas de los dos vehículos, el ronroneo de los motores en marcha y...

Un extraño repiqueteo, como de tacones gastados, martilleando con rapidez el asfalto de la carretera comarcal.

—No —susurró.

Empezó a volverse.

El repiqueteo era cada vez más rápido. Una marcha viva, un trote, una carrera, un *sprint*, y Bobby terminó de volverse, demasiado tarde. Flagg llegaba como el más espantoso monstruo salido de la película más terrorífica jamás filmada. Las mejillas del hombre oscuro estaban teñidas de un color rosáceo, en sus ojos centelleaba una alegre camaradería, y una ancha sonrisa voraz estiraba sus labios sobre unos dientes que parecían lápidas, dientes de tiburón. Tenía las manos tendidas delante de él, y de su cabello se desprendían brillantes plumas negras de cuervo.

«No», trató de decir Bobby Terry. Pero de su garganta no salió sonido alguno.

—¡Eh, Bobby Terry, has fallaaaaado! —rugió el hombre oscuro, y se abalanzó sobre el desventurado.

Había cosas peores que la crucifixión.

Los dientes.

Dayna Jurgens yacía desnuda en la amplia cama matrimonial, oyendo el siseo del agua de la ducha. Contempló su imagen en el enorme espejo circular colocado en el techo, y que tenía la misma forma e iguales dimensiones que el lecho que en él se reflejaba. Pensó que el cuerpo femenino siempre era más hermoso en posición supina, estirado, con el abdomen comprimido, y los pechos normalmente erguidos, sin la caída provocada por la atracción vertical de la gravedad. Eran las nueve y media de la mañana del 8 de septiembre. Hacía dieciocho horas que el juez había muerto y a continuación Bobby Terry.



El agua de la ducha seguía corriendo.

He aquí a un maníaco de la higiene personal, pensó Dayna. Me pregunto qué episodio de su vida le induce a ducharse durante media hora seguida.

Volvió a pensar en el juez. ¿Quién podría haberlo previsto? En cierto sentido, fue una idea brillante. ¿Quién hubiera sospechado de un anciano? Al parecer Flagg le había descubierto. De alguna forma supo cuándo y más o menos dónde. Había apostado puestos de vigilancia a todo lo largo de la frontera entre Idaho y Oregón, con orden de disparar a matar.

Pero algo había salido mal. Desde la cena de la noche anterior, los capitostes de Las Vegas se paseaban con cara de pocos amigos y la mirada baja. Whitney Horgan, un excelente cocinero, había servido algo que por su aspecto parecía comida para perros y estaba demasiado quemado para tener algún sabor. El juez había muerto, pero no en las condiciones previstas.

Se levantó y se acercó a la ventana que daba al desierto. Vio dos autobuses del instituto de Las Vegas que enfilaban rumbo al oeste por la carretera 95, bajo un sol tórrido, en dirección a la base aérea de Indian Springs, donde, según sabía, se impartía un curso sobre el manejo de reactores. En el Oeste había una docena de personas que sabían pilotar; pero, por fortuna para la Zona Libre, ninguna tenía experiencia con los reactores de la Guardia Nacional acantonados en Indian Springs.

Pero estaban aprendiendo. Oh, sí, lo estaban haciendo.

Lo que a ella más le importaba ahora, en relación con la muerte del juez, era cómo lo habían descubierto. ¿Tenían un espía infiltrado en la Zona Libre? Era posible; el espionaje era

un juego al que podían jugar ambos bandos. Pero Sue Stern le había dicho que la decisión de enviar espías al Oeste había sido un asunto estrictamente confidencial del comité, y ella dudaba que alguno de aquellos siete estuviera de parte de Flagg. Además, si alguien del comité era un traidor, madre Abigail lo habría sabido. Dayna estaba segura de ello.

Quedaba una alternativa poco halagüeña: Flagg lo había *adivinado*.

Hacía ocho días que Dayna estaba en Las Vegas, y parecían haberla aceptado sin reservas. Ya había reunido información suficiente sobre los preparativos como para poner los pelos de punta a los habitantes de Boulder. La noticia sobre el programa de entrenamiento para el pilotaje de reactores habría bastado. Pero lo que a ella más la asustaba era la forma en que la gente volvía la espalda apenas mencionaba el nombre de Flagg, la forma en que fingían no haberlo oído. Algunos de ellos cruzaban los dedos, o doblaban la rodilla, o hacían con disimulo el signo contra el mal de ojo. Flagg era la gran incógnita.

Esto era lo que ocurría de día. Por la noche, si uno estaba discretamente sentado en el Cub Bar del Grand, o en la Silver Slipper Room del Cashbox, oía contar historias de sus hazañas, el comienzo del mito. Hablaban de forma vacilante, sin mirarse unos a otros, mientras bebían cerveza. Una bebida más fuerte podía soltarles la lengua, lo cual era peligroso. Dayna sabía que no todo lo que relataban era cierto, pero resultaba imposible distinguir la verdad de la fantasía. Había oído decir que era cambiante, un hombre lobo, qué fue él quien desencadenó la epidemia, que era el Anticristo cuyo advenimiento anunciaba el Libro del Apocalipsis.

—Estaba allí.

Dayna sintió un escalofrío.

—¿Por casualidad?

—Sí. Está por casualidad en todos los lugares donde pasa algo. Caray, cuando pienso en lo que le hizo a Eric Strellerton, ese abogado fanfarrón con el que Trashcan y yo fuimos a Los Ángeles...

—¿Qué le hizo?

Al principio pensó que no se lo iba a contar. Por lo general, ella conseguía encarrilarle con sutileza hacia donde quería mediante una serie de preguntas, haciéndole sentir que era (para decirlo con las palabras inolvidables de su hermana menor) el rey de la mierda en el Reino de las Cagadas. Pero esta vez tuvo la impresión de que se había excedido, hasta que Lloyd habló con voz extraña, ahogada.

—Se limitó a mirarlo. Eric estaba soltando una perorata sobre la forma en que él habría organizado la operación de Las Vegas y cómo deberíamos hacer esto o lo otro. El pobre Trashcan, que está medio chalado, lo contemplaba como si fuera un actor de televisión o algo parecido. Eric se paseaba de un lado a otro como si disertara ante un jurado y no cupiese duda de que iba a salirse con la suya. Y *él* musitó «Eric». Tal cual. Y Eric lo miró. Yo no vi nada. Pero Eric lo miró durante largo rato. Quizá cinco minutos. Sus ojos se dilataron cada vez más... Después empezó a babear y a continuación a reírse... Y *él* se rió con Eric. Eso me asustó. Si ves reír a Flagg, te asustas. Pero Eric continuó riendo, y entonces *él* dijo: «Cuando volváis, dejadlo en el desierto de Mojave». Y eso fue lo que hicimos. Por lo que sé, todavía sigue vagando por allí. *Él* lo miró durante cinco minutos y lo convirtió en un demente.

Dio una larga calada al cigarrillo y lo aplastó. Luego rodeó a Dayna con un brazo.

—¿Por qué hablamos de cosas tan desagradables?

—No lo sé... ¿Qué tal va por Indian Springs?

El rostro de Lloyd se iluminó. El proyecto de Indian Springs le entusiasmaba.

—Bien. Muy bien. El primero de octubre, o quizá antes, tendremos tres pilotos de cazas Skyhawk. Hank Rawson promete mucho. Y Trashcan es un genio; para algunas cosas no es demasiado listo, pero cuando se trata de armas te deja boquiabierto.

Dayna había visto dos veces a Trashcan. En ambas ocasiones la recorrió un escalofrío cuando sus ojos extraños, turbios, la miraron, y sintió alivio en cuanto se desviaron. Era evidente que los otros (Lloyd, Hank Rawson, Ronnie Sykes y el Rata) lo tenían como una especie de mascota, de amuleto. Uno de sus brazos era una horrible masa de tejidos quemados recientemente cicatrizados, y ella recordó que dos noches atrás había ocurrido algo muy extraño. Hank Rawson estaba hablando y, sin interrumpirse, encendió una cerilla y se llevó un cigarrillo a los labios. Dayna observó cómo los ojos de Trashcan se quedaban fijos en la llama y su respiración parecía detenerse. Era como si todo su ser estuviera pendiente de la cerilla encendida. Parecía un hambriento contemplando una mesa servida para un banquete. Entonces Hank la apagó y la echó en un cenicero. El trance hipnótico se rompió.

—¿Entiende de armas? —le preguntó a Lloyd.

—Es un experto. Los Skyhawk transportan misiles tierra-aire bajo las balas. Misiles Shrike. A esa mierda la bautizan con nombres muy raros, ¿no te parece? Nadie sabía de qué modo se armaban ni cómo se manejaban los dispositivos de seguridad. Jesús, tardamos casi un día en descubrir la forma de desprenderlos de las rampas de almacenaje. Entonces Hank dijo: «Será mejor que traigamos a Trashcan cuando vuelva y veamos si él puede averiguarlo».

—¿Cuándo vuelva?

—Sí, es un tipo extraño. Ahora hace casi una semana que está en Las Vegas, pero pronto volverá a marcharse.

—¿Adónde va?

—Al desierto. Se sube a un Land Rover y se va, sencillamente. Ya te digo que es un personaje extravagante; a su manera, casi tan raro como el jefe. Al oeste de aquí no hay nada excepto desierto y eriales dejados de la mano de Dios. Yo lo sé mejor que nadie. Estuve encarcelado allí, en un infierno llamado Brownsville Station. No entiendo cómo se las apaña allí, pero el caso es que sobrevive. Busca juguetes nuevos y siempre trae alguno. Una semana después de que él y yo regresáramos de Los Ángeles, se presentó con un cargamento de ametralladoras militares con mira de rayo láser, él las llama ametralladoras infalibles. Esta última vez han sido minas Teller, minas de contacto, de fragmentación, y un barril de Parathion. Informó que había encontrado una gran reserva de Parathion. Y el suficiente defoliante como para dejar el estado de Colorado pelado como un huevo.

—¿Dónde encuentra esas cosas?

—En todas partes. Las olfatea, cariño. En realidad no es tan extraño. El bendito gobierno americano era el amo del oeste de Nevada y el este de California. Allí era donde probaban sus juguetes, incluidas las armas nucleares. Cualquier día aparecerá arrastrando una de esas bombas.

Rio. Dayna sentía frío, mucho frío.

—Estoy seguro de que la epidemia empezó en esa zona. Apostaría cualquier cosa. Quizá Trashcan acabe descubriendo el lugar. Ya te digo que tiene un olfato especial para eso. El jefe opina que hay que soltar la rienda y dejarle vagabundear. Y es lo que hace. ¿Sabes cuál es su último favorito?

—¿Cuál? —murmuró Dayna.

No estaba muy segura de querer saberlo, pero ¿para eso había ido allí?

—Los camiones lanzallamas. Tiene cinco en Indian Springs, alineados como si fueran coches de carreras de Fórmula Uno. —Lloyd rió—. Los usaron en Vietnam. Les llamaban Zippos porque estaban cargados de napalm. A Trashcan le encantan.

—Fantástico.

—Bueno, el caso es que cuando Trashcan volvió, lo llevamos a Indian Springs. Tarareó y farfulló mientras estudiaba los Shrike. Los armó y montó en unas seis horas. ¿Qué te parece? A los técnicos de la fuerza aérea los entrenan durante siglos para llevar a cabo ese trabajo. Pero ellos no son como Trashcan. Él es un genio.

Un idiota intuitivo, querrás decir, pensó ella. Seguro que sé cómo se quemó de esa manera.

Lloyd consultó el reloj y se incorporó.

—Y hablando de Indian Springs, he de ir allí. Tengo el tiempo justo para otra ducha. ¿Me acompañas?

—Ahora no.

Dayna se vistió cuando oyó el agua corriendo de nuevo. Hasta ese momento siempre se las había arreglado para vestirse y desvestirse cuando él no estaba en la habitación, y así se proponía seguir.

Ciñó la abrazadera al antebrazo y deslizó el puñal de muelle dentro del resorte. Bastaría girar rápidamente la muñeca para que la hoja de veinticinco centímetros saliera.

Bueno, pensó mientras se ponía la blusa, una chica siempre tiene armas secretas.

Por las tardes trabajaba en un equipo de mantenimiento de alumbrado callejero. Su trabajo se reducía a comprobar las bombillas con un dispositivo muy sencillo y a reemplazarlas si se habían fundido o las habían roto los gamberros cuando Las Vegas se hallaba bajo el azote de la epidemia. El grupo estaba formado por cuatro personas, y disponían de un camión con plataforma elevable.

Esa tarde, a última hora, Dayna estaba en la plataforma, quitando la pantalla de una farola y pensando en lo bien que se llevaba con sus compañeros. Sobre todo con Jenny Engstrom, una exbailarina de *cabaret*, hermosa y de cuerpo firme que ahora conducía el camión. Era la

clase de chica que a Dayna le hubiera gustado tener por amiga íntima y le extrañaba que Jenny se encontrara en el bando del hombre oscuro, pero no se atrevía a pedirle una explicación.

Los demás también eran agradables. Le parecía que en Las Vegas había un porcentaje de estúpidos más alto que en la Zona, pero ninguno de ellos tenía colmillos ni se convertía en vampiro cuando salía la luna. También trabajaban con mayor tesón que los habitantes de la Zona, donde se veía gente holgazaneando por los parques a todas horas del día y muchas personas hacían la pausa para el almuerzo desde las doce hasta las dos. Aquí era distinto. Desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde todo el mundo trabajaba, tanto en Indian Springs como en los grupos de mantenimiento. Y las clases se habían reanudado. La ciudad tenía unos veinte niños en edad escolar entre los cuatro y los quince años. El único de cuatro, y el más querido de la comunidad, era Daniel *Dinny* McCarthy. Habían encontrado dos personas con títulos para ejercer la docencia, y las clases se dictaban durante cinco días a la semana. Lloyd, que había dejado la escuela después de repetir por tercera vez el tercer curso, se mostraba muy orgulloso de la educación que allí se daba. Las farmacias permanecían abiertas y sin vigilancia. La gente entraba y salía a su antojo... pero no se llevaba más que un tubo de aspirinas o de Gelusil. En el Oeste no había problemas de drogas. Cualquiera que hubiera visto lo que le ocurrió a Héctor Drogan sabía cuál era el castigo por el vicio. Tampoco había ningún Rich Moffat. Todos eran cordiales y sobrios. No resultaba prudente beber otra cosa más fuerte que cerveza.

Alemania en 1938, pensó Dayna. ¿Los nazis? Oh, eran personas encantadoras. Muy deportistas. No iban a los *cabarets*, a los cuales sólo acudían los turistas. ¿Era una comparación adecuada? Se sintió inquieta al pensar en Jenny Engstrom, que tanto le gustaba. No sabía si la comparación era adecuada, pero... quizá lo fuera.

La bombilla de la farola estaba fundida. La quitó, la depositó con cuidado entre sus pies y cogió la última en buen estado. Bueno, ya se acercaba el final de la jornada. Eran...

Miró hacia abajo y quedó petrificada al ver un rostro ancho, sonriente, curioso.

Santo cielo... ¿No es Tom Cullen?, se preguntó.

Una gota de sudor se le metió en el ojo, duplicándole las imágenes. Cuando se la secó, el rostro había desaparecido. La gente que provenía de la parada de autobuses se había alejado calle abajo, balanceando las cestas del almuerzo, charlando y gastando bromas... Dayna observó al que creía Tom, pero resultaba difícil identificarlo por la espalda.

¿Tom? ¿A quién se le habría ocurrido enviar a Tom? Imposible. Era una idea tan demencial que... parecía casi sensata. Pero no podía creerlo.

—¡Eh, Jurgens! —exclamó Jenny con tono alegre—. ¿Te has dormido ahí arriba o te estás masturbando?

Dayna se inclinó sobre la barandilla de la plataforma y miró la cara de Jenny vuelta hacia arriba. Le hizo un ademán obsceno con el dedo y Jenny se echó a reír. Volvió a ocuparse de la bombilla, forcejeando para introducirla. Cuando lo hubo conseguido, era ya la hora de regresar al garaje. El trayecto lo hizo en silencio y preocupada... tan en silencio que Jenny lo mencionó.

—Es que no tengo nada que decir —le contestó Dayna con una media sonrisa.

No podía ser Tom. ¿O sí?

—¡Despierta! ¡Despierta, zorra!

Salía del letargo cuando recibió un puntapié en la zona lumbar que la arrojó de la cama redonda al suelo. Parpadeó desconcertada.

Lloyd la miraba fijamente con furia. Whitney Horgan, Ken DeMott, Ace High y Jenny, cuyo rostro risueño también estaba impasible y frío.

—¿Jen...?

No obtuvo respuesta. Dayna se irguió sobre las rodillas, vagamente consciente de su desnudez, y más consciente aún del círculo de rostros helados que la rodeaba. La expresión de Lloyd era la de un hombre engañado que ha descubierto el engaño.

¿Estoy soñando?, se dijo.

—¡Vístete, puta malnacida! ¡Espía!

Así que no era un sueño. Notó una contracción de terror en el estómago. Habían descubierto al juez, y ahora la habían desenmascarado a ella. *Él* les había alertado. Consultó el reloj de la mesita de noche: eran las cuatro menos cuarto de la mañana. La hora de la policía secreta, pensó.

—¿Dónde está él? —preguntó.

—Cerca —respondió Lloyd; el amuleto le colgaba en la abertura de la camisa—. Dentro de poco lamentarás que esté tan cerca.

—Te he contagiado la sífilis, cabrón. Ojalá se te pudra.

Lloyd le pegó un puntapié en el estómago, derribándola sobre la espalda.

—Ojalá se te pudra, Lloyd...

—Cállate y vístete.

—Salid de aquí. No me visto delante de ningún hombre.

Lloyd volvió a patearla, esta vez en el brazo derecho. El dolor fue atroz y su boca se curvó en un arco trémulo, pero no gritó.

—¿Tienes problemas, Lloyd, por haberte acostado con Mata-Hari? —se burló ella con ojos llorosos.

—Vamos, Lloyd —intervino Whitney Horgan, que al ver la mirada asesina de éste se adelantó y lo cogió por el brazo—. Esperaremos en la sala. Jenny la vigilará mientras se viste.

—¿Y si decide escapar por la ventana?

—Que lo intente —espetó Jenny. Seguía impasible y Dayna observó que llevaba una pistola sobre la cadera.

—De todos modos no podría hacerlo —apuntó Ace High—. Aquí arriba las ventanas son fijas, ¿no lo sabíais? A veces los grandes perdedores del casino tenían ganas de arrojar al vacío y eso habría perjudicado la imagen del hotel. De modo que no se abren. —Sus ojos se posaron sobre Dayna con un destello de compasión—. Nena, tú sí eres una perdedora.

—Vamos, Lloyd —insistió Whitney—. Si no sales de aquí, harás algo de lo que te arrepentirás.

—Está bien.

Se encaminaron hacia la puerta, y Lloyd miró por encima del hombro:

—Lo pagarás caro, golfa.

—Nunca tuve un amante tan memo como tú, Lloyd —replicó ella.

Él trató de abalanzársele, pero Whitney y Ken DeMott lo retuvieron y lo sacaron de la habitación. La puerta de dos hojas se cerró con un chasquido apagado.

—Vístete, Dayna —le ordenó Jenny.

Se levantó frotándose el hematoma del brazo.

—¿Te gusta esta gente? —preguntó—. ¿Personas como Lloyd Henreid?

—Eras tú la que follaba con él, no yo. —Su rostro reflejó por primera vez una emoción: un reproche colérico—. ¿Te crees muy lista por venir a espiarnos? Mereces lo que te harán. Y te harán muchas cosas, tenlo por seguro.

—Tenía motivos para acostarme con él. —Se puso las bragas—. Y también para espiar.

—Cállate.

Dayna se volvió y la miró.

—¿Qué crees que hacen aquí? ¿Por qué te imaginas que están aprendiendo a pilotar los aviones de Indian Springs? ¿Y para qué crees que son los misiles Shrike? ¿Supones que Flagg quiere ganar con ellos un premio para su chica en el tiro al blanco de la feria del condado?

Jenny apretó los labios.

—Eso no es asunto mío.

—¿No es asunto tuyo que usen los aviones y los misiles para aniquilar a otra comunidad?

—Ojalá lo hagan. Hay que elegir entre nosotros y vosotros. Es lo que él dice. Y yo le creo.

—También creían a Hitler. Pero la verdad es que tú no le crees, sólo le temes.

—Vístete, Dayna, y cierra de una vez tu bocaza.

Se puso los pantalones, los abrochó y subió la cremallera. Entonces se llevó la mano a la boca.

—Creo... creo que voy a vomitar... ¡Dios mío!

Corrió hasta el baño y echó el pestillo. Simuló arcadas.

—¡Abre la puerta, Dayna! ¡Abre o me cargaré el pestillo a tiros!

—Estoy... vomitando.

Hizo otro ruido de arcadas. De puntillas, tanteó la parte superior del botiquín, alegrándose de haber dejado allí el puñal y la abrazadera de muelle, y rogando a Dios que le concediera otros veinte segundos...

—Ya está bien de cháchara —cortó Lloyd—. Nos vamos.

Avanzaron para sujetarla, pero ella retrocedió y negó con la cabeza.

—Iré sola.

En el casino no había nadie, aparte de algunos hombres armados con fusiles, sentados o de pie junto a las puertas.

Se encaminaron hacia la puerta situada al final de las ventanillas de los cajeros. Lloyd la abrió con una llave y la cruzaron. Avanzaron a paso rápido por un recinto parecido a un banco, donde había abundante material de oficina. Los ordenadores estaban apagados. Los cajones donde se guardaba el dinero se encontraban abiertos. De algunos de ellos habían caído billetes que estaban desparramados por el suelo. La mayoría eran de cincuenta y de cien dólares.

Al fondo del recinto, Whitney abrió otra puerta y recorrieron un pasillo alfombrado hasta una oficina de recepción decorada con buen gusto. Un escritorio funcional, blanco, para una atractiva secretaria que había muerto, tosiendo y escupiendo flemas verdosas, meses atrás. De la pared colgaba un grabado que parecía de Klee. Una mullida alfombra de un delicado color marrón claro. La antesala del poder.

El miedo la embargó, entumeciéndola y produciéndole una sensación de torpeza. Lloyd se inclinó sobre el escritorio y pulsó el botón del interfono. Dayna advirtió que sudaba un poco.

—La tenemos, RF.

Ella sintió que una risa histérica bullía en su interior y no pudo reprimirla... aunque tampoco le importaba.

—¡RF! ¡Esta sí que es buena! ¡A sus órdenes, CB! —Prorrumpió en risas y al punto Jenny la abofeteó.

—¡Cállate! No sabes lo que te espera.

—Sí, lo sé —contestó Dayna mirándola—. Quienes no lo sabéis sois vosotros, tú y los demás.

Una voz cálida y alegre salió del interfono.

—Muy bien, Lloyd, gracias. Hazla entrar, por favor.

—¿Sola?

—Por supuesto.

Se oyó una risita antes de que cortara la comunicación. A Dayna se le secó la boca.

Lloyd se dio la vuelta; sudaba copiosamente y las gotas le resbalaban por las mejillas macilentas como si fueran lágrimas.

—Ya lo has oído. Entra.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, con el puñal vuelto hacia dentro.

—¿Y si me niego?

—Te haré entrar a bofetadas.

—Mírate, Lloyd, estás tan asustado como un perrillo faldero. —Miró a los otros—. Todos estáis muertos de miedo. Jenny, te estás cagando en los pantalones, y eso no es bueno para el cutis, encanto. Ni para los pantalones.

—¡Cállate de una vez, zorra asquerosa! —gritó Jenny.

—Nunca conocí ese miedo en la Zona Libre —continuó Dayna—. Allí me sentía bien. Vine aquí para salvaguardar ese bienestar. No me impulsó ninguna otra razón. Deberíais pensarlo. Quizá él vende miedo porque no tiene otra cosa que vender.

—Señora —la interrumpió Whitney con tono compungido—, le aseguro que me encantaría escuchar el resto de su sermón, pero el jefe espera. Si no entra por sus propios medios, sintiéndolo mucho, la llevaré a rastras. Puede explicarle su versión a él, si es que aún le queda saliva. Pero ahora usted es responsabilidad nuestra.

Parece apesadumbrado de verdad, pensó Dayna, pero también está de verdad asustado.

—No hará falta.

Hizo un esfuerzo para dar el primer paso y después fue más fácil. Avanzaba hacia la muerte, de eso estaba segura. Si ése era su destino, debía resignarse. Tenía el puñal. Primero para él, si podía, y después para sí misma, en caso necesario.

Pensó: Me llamo Dayna Roberta Jurgens, y tengo miedo, pero ya he tenido miedo en otras ocasiones. Todo lo que puede arrebatar me es lo que yo misma deberé entregar algún día: mi vida. No dejaré que me humille. No permitiré vejaciones, si puedo evitarlo. Quiero morir con dignidad... y voy a conseguirlo.

Giró el pomo y entró en el despacho, al encuentro de Randall Flagg.

La estancia era amplia y se hallaba casi vacía. El escritorio había sido colocado contra la pared del fondo y el sillón giratorio para ejecutivos se encontraba inmovilizado detrás. Los cuadros tenían fundas. Las luces estaban apagadas.

En el otro extremo de la habitación habían descorrido una cortina que dejaba al descubierto un ventanal que daba al desierto. Dayna pensó que nunca había contemplado un paisaje tan estéril y desolado. Sobre la planicie se alzaba la luna, una monedita de plata bruñida; estaba casi llena.

Allí se veía, de pie, la silueta de un hombre mirando hacia fuera. Continuó en esa posición, dándole la espalda, hasta que por fin se giró. ¿Cuánto tarda un hombre en volverse? Dos segundos, tres a lo sumo. Pero a Dayna le pareció que el hombre oscuro seguía dándose la vuelta durante un tiempo interminable, mostrando cada vez más de sí, como la luna que había estado contemplando. Ella sintió un pánico desmesurado. Por un momento quedó atrapada en la red de su magnetismo, de su atractivo, se sintió segura de que, cuando terminara de volverse, se encontraría con la cara de sus sueños: un monje gótico encapuchado, con la cogulla ocultándole el rostro.

Un hombre negativo desprovisto de rostro. En cuanto lo viera, enloquecería.

Entonces él la miró, adelantándose con una sonrisa cordial, y lo primero que ella pensó, perpleja, fue: ¡Caramba, si tiene mi edad!

El cabello de Randy Flagg era oscuro y estaba alborotado. Era un hombre guapo y con aspecto curtido, como si hubiera pasado mucho tiempo en medio del viento del desierto. Sus rasgos eran vivaces y sus ojos estaban iluminados por un regocijo chispeante: eran los ojos de un chiquillo, en posesión de una maravillosa sorpresa secreta.

—¡Dayna! —exclamó—. ¿Qué tal estás?

—Ho... hola.

No pudo decir nada más. Había pensado que estaba preparada para cualquier cosa. Pero no para aquello. Su mente había caído rodando, descalabrada. Su confusión le hacía sonreír, y abrió las manos como si quisiera disculparse. Vestía una camisa descolorida, con el fuello raído, vaqueros con tachuelas y unas viejas botas de *cowboy* con los tacones gastados.

—¿Qué esperabas encontrar? ¿Un vampiro? —Su sonrisa se ensanchó, casi invitándola a sonreír también—. ¿Un monstruo? ¿Qué te han contado de mí?

—Sus hombres le temen... —balbuceó ella—. Lloyd sudaba a mares.

Su sonrisa seguía reclamando la suya, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no darle ese gusto. La habían sacado a puntapiés de la cama por orden de él y la habían llevado allí... ¿para qué? ¿Para que confesara? ¿Para que contara lo que sabía de la Zona Libre? No creía que fuera mucho lo que él ignorara.

—¿Lloyd? —replicó Flagg—. Lloyd vivió una experiencia muy amarga en Phoenix cuando la epidemia estaba en pleno apogeo. No le gusta hablar de eso. Yo le salvé de la muerte... —Su sonrisa se hizo todavía más seductora—. Y de un destino peor que la muerte, según creo. Para él estoy íntimamente asociado con esa experiencia, aunque no fui el responsable de su desgracia. ¿Me crees?

Ella asintió con lentitud. Le creía, y se preguntó si las duchas constantes de Lloyd tendrían algo que ver con su amarga experiencia de Phoenix. También se descubrió sintiendo una emoción que nunca habría esperado relacionar con Lloyd Henreid: compasión.

—Muy bien. Siéntate, querida.

Ella miró alrededor, dudosa.

—En el suelo. El suelo es ideal. Tenemos que hablar y decirnos la verdad. Los embusteros se sientan en sillas, así que prescindiremos de ellas. Nos sentaremos como camaradas alrededor de la fogata de un campamento. Acomódate, muchacha.

En sus ojos centelleaba un reprimido júbilo y las mandíbulas parecían agitadas por una risa contenida. Él se sentó y cruzó las piernas. Levantó hacia ella una mirada incitante, con una expresión que parecía decir: «No me dejarás sentado a mí solo en el suelo de este ridículo despacho, ¿verdad?».

Al cabo de unos instantes de vacilación, Dayna se sentó. Cruzó las piernas y apoyó ligeramente las manos sobre las rodillas. Sintió el peso tranquilizador del puñal en el dispositivo.

—Te enviaron a espiar a esta zona, querida, ¿no es así?

—Sí. —Era inútil negarlo.

—¿Y sabes lo que les ocurre a los espías en tiempo de guerra?

—Sí.

Su sonrisa se hizo más resplandeciente.

—¿No es una suerte, entonces, que tu pueblo y el mío no estén en guerra?

Ella lo miró pasmada.

—No lo están, ¿sabes? —añadió él con aplastante sinceridad.

—Pero usted...

Mil pensamientos confusos acudieron a su mente: Indian Springs, los misiles Shrike, Trashcan con su defoliante y sus Zippos, el modo en que cambiaba el tema de las conversaciones cuando surgía el nombre de él, y aquel abogado, Erica Strellerton, vagando por el desierto de Mojave con los sesos derretidos. Lo único que hizo fue mirarlo, pensó.

—¿Acaso hemos atacado la llamada Zona Libre? ¿O dado alguna muestra de beligerancia?

—No, pero...

—¿Y vosotros nos habéis atacado?

—¡Claro que no!

—No. Y no tenemos planes en ese sentido. ¡Mira! —Levantó la mano derecha y curvó los dedos sobre el pulgar formando un tubo. Al mirar, Dayna vio el desierto más allá del ventanal.

—¡El gran desierto del Oeste! —exclamó—. ¡Nevada! ¡Arizona! ¡Nuevo México! ¡California! Hay unos pocos de los míos en Washington, alrededor de la zona de Seattle, y en Portland y Oregón. Un puñado en Idaho y Nuevo México. Estamos demasiado dispersos para pensar siquiera en elaborar un censo antes de un año o dos. Somos mucho más vulnerables que la Zona Libre. Aquello es como una colmena, una comunidad muy organizada. Esto no es más que una confederación, de la cual soy el máximo representante. Hay espacio para todos. En el año dos mil doscientos seguirá habiendo espacio si los bebés sobreviven, cosa que no sabremos hasta dentro de unos cinco meses. Si sobreviven y la humanidad perdura, dejemos que nuestros nietos se peleen, en caso de que tengan motivos para ello. O los nietos de nuestros nietos. Pero ¿por qué habríamos de pelearnos nosotros?

—Por nada —murmuró Dayna. Tenía la garganta seca y se sentía confusa. Y experimentaba algo más... ¿Esperanza? Le miraba a los ojos. No podía apartar la mirada, y tampoco deseaba hacerlo. Parecía un hombre... muy razonable.

—No tenemos motivos económicos para combatir, ni tecnológicos. Nuestros regímenes políticos son algo distintos, pero con las montañas Rocosas que nos separan éste es un detalle insignificante...

Me está hipnotizando, se dijo ella.

Con un esfuerzo supremo apartó sus ojos de los de Flagg y miró la luna por encima de su hombro. La sonrisa del hombre se desvaneció un poco, y por sus facciones pareció cruzar una chispa de irritación. ¿O acaso ella lo había imaginado? Cuando volvió a mirarlo, esta vez con más cautela, él seguía sonriendo afable.

—Mandó matar al juez —le acusó Dayna—. Y ahora quiere algo de mí, y cuando lo obtenga también me hará matar.

Él le dirigió una mirada de infinita paciencia.

—Había patrullas apostadas a lo largo de la frontera entre Idaho y Oregón, y esperaban al juez Farris, eso es cierto, pero no para matarlo. Tenían orden de traerlo a mi presencia. Yo estuve en Portland hasta ayer. Quería hablar con él, como lo estoy haciendo ahora contigo, con calma, razonando de modo sensato. Dos de mis centinelas lo divisaron en Copperfield, Oregón. Él disparó primero e hirió mortalmente a uno de ellos y mató al otro en el acto. Pero el herido acabó con el juez antes de morir. Lamento que las cosas salieran así. Lo lamento más de lo que puedas imaginar.

Sus ojos se ensombrecieron, y esto sí lo creyó... Lo lamentaba, sí, porque las cosas sin duda no habían salido como él quería. Volvió a experimentar la sensación de frío.

—No es ésta la historia que cuentan aquí.

—Puedes creerlos a ellos o a mí, querida. Pero recuerda que yo les di las órdenes.

Era convincente, muy persuasivo. Parecía casi inofensivo... Esa sensación sólo era el producto de ver que era un hombre... o algo que tenía aspecto de hombre. Poseía presencia de ánimo y el don político de derribar uno tras otro los mejores argumentos del adversario, pero lo hacía de una forma muy inquietante.

—Si no se propone entrar en guerra, ¿para qué quiere los aviones y el arsenal que está acumulando en Indian Springs?

—Son medidas defensivas —respondió sin vacilar—. Realizamos preparativos similares en Searles Lake, en California, y en la base aérea Edwards. Hay otro grupo en el reactor atómico de Yakima Ridge, Washington. Los tuyos harán lo mismo... si no lo están haciendo ya.

Dayna negó con la cabeza.

—Cuando salí de la Zona todavía estaban tratando de conectar la corriente eléctrica.

—Y yo les enviaría con mucho gusto un par de técnicos si no supiera que Brad Kitchner ha puesto en marcha la central. Ayer tuvieron un pequeño problema, pero ya está solventado. Se produjo una sobrecarga en Arapahoe.

—¿Cómo sabe eso?

—Oh, tengo mis sistemas —respondió Flagg complacido—. Por cierto, la anciana volvió. Una viejecita encantadora.

—¿Se refiere a madre Abigail?

—Sí. —Su expresión se hizo distante y sombría, triste quizá—. Ha muerto. Es una pena, me habría gustado conocerla personalmente.

—¿Muerta? ¿Madre Abigail ha muerto?

Su expresión lúgubre se despejó y volvió a sonreír.

—¿De veras te sorprende?

—No. Pero me sorprende que volviera.

—Volvió para morir.

—¿Dijo algo?

La máscara de amabilidad y compostura cayó durante unos instantes, dejando al descubierto un desconcierto tenebroso y colérico.

—No —respondió—. Pensé que... tal vez hablaría. Pero murió sin salir del estado de coma.

—¿Está seguro?

La sonrisa reapareció, tan radiante como el sol de verano que barre la bruma acumulada a ras del suelo.

—No te preocupes por ella, Dayna. Hablemos de temas más agradables, como de tu regreso a la Zona. Estoy seguro de que preferirías estar allí antes que aquí. Tengo algo para que lleves contigo.

Flagg metió la mano en el bolsillo de la camisa, sacó un estuche de ante y extrajo de él tres mapas de carreteras. Se los entregó a Dayna, que los observó con asombro. Mostraban los siete estados del Oeste. Ciertas zonas habían sido realzadas con lápiz rojo. La clave escrita a mano al pie de cada mapa identificaba dichas zonas como aquellas que empezaban a estar habitadas otra vez.

—¿Quiere que me lleve *esto*?

—Sí. Yo sé dónde está vuestra gente, y quiero que vosotros sepáis dónde se encuentra la mía. Como un gesto de buena fe y amistad. Y quiero que, cuando llegues, les transmitas el siguiente mensaje: Flagg no tiene malas intenciones, y sus súbditos tampoco. Diles que no envíen más espías. Si quieren mandar gente aquí, que lo hagan como misión diplomática o intercambio de estudiantes, o lo que diablos sea. Pero que vengan a cara descubierta. ¿Se lo dirás?

Se sentía nerviosa, aturdida.

—Claro que sí. Pero...

—Eso es todo.

Flagg volvió a levantar las manos, con las palmas abiertas.

Ella vio algo y se inclinó, intranquila.

—¿Qué miras? —La voz de Flagg sonó cortante.

—Nada.

Pero ella lo había visto, y dedujo por su expresión tensa que él sabía lo que acababa de ver. Las palmas de las manos de Flagg no tenían líneas. Eran suaves y lisas como la piel de un bebé. Ni la línea de la vida, ni la del corazón, ni huellas. Sólo tersura.

Se miraron durante lo que pareció un momento interminable.

Entonces Flagg se levantó y se encaminó hacia el escritorio. Dayna también se puso en pie. Había empezado a creer que de verdad iba a dejarla marchar. Él se sentó sobre el borde de la mesa y acercó el interfono.

—Le diré a Lloyd que haga cambiar el aceite y las bujías de tu moto y que llene el depósito. Ahora ya no hay problemas de suministro. Hay de sobra para todos. Pese a que un día, yo lo recuerdo y es probable que tú también, parecía que el mundo entero desaparecería por la falta de carburante. —Movió la cabeza—. La gente era muy estúpida. —Apretó el botón—. ¿Lloyd?

—Sí, señor.

—¿Quieres hacer el favor de ocuparte de que revisen y llenen el depósito de la moto de Dayna? Y que la dejen delante del hotel. Se va.

—Muy bien.

Flagg cortó la comunicación.

—Bien, todo arreglado, querida.

—¿Puedo irme, así por las buenas?

—Por supuesto. Ha sido un placer.

Alzó la mano en dirección a la salida, con la palma hacia abajo.

Dayna llegó a la puerta y en ese momento él dijo:

—Queda algo. Un pequeño detalle.

Dayna se volvió. Le estaba sonriendo, y era una sonrisa cordial, pero por un instante le pasó por la mente la imagen de un inmenso mastín negro, con la lengua colgando sobre los blancos colmillos que podían desgarrar un brazo como si fuera de papel.

—¿De qué se trata?

—Hay otro de los vuestros por aquí —dijo Flagg, y su sonrisa se amplió—. ¿Quién es?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —contestó Dayna.

De pronto se le iluminó la mente: ¡Tom Cullen! ¿Podría ser él?

—Por favor, querida. Pensé que todo eso ya estaba claro.

—Aplice la lógica y comprobará que digo la verdad. El comité me envió a mí y al juez, y quién sabe a cuántos más, con las mayores precauciones. Para que no pudiéramos delatarnos unos a otros, si algo ocurría.

—Te refieres a si decidíamos torturarlos, ¿verdad?

—Pues sí. A mí me lo propuso Sue Stern. Supongo que Larry Underwood... él también forma parte del Comité...

—Ya sé quién es el señor Underwood.

—Bueno, pues supongo que él se lo propuso al juez. Pero en cuanto a los demás... —Dayna meneó la cabeza—. Podría ser cualquiera. O muchos. Por lo que sé, cada uno de los siete miembros del comité ha reclutado un espía.

—Sí, podría ser, pero no lo es. Sólo hay uno, y tú sabes quién es.

Su sonrisa se había convertido en una mueca, y ahora ella estaba asustada. No parecía natural. Empezó evocarle peces muertos, aguas contaminadas, la superficie de la luna vista a través de un telescopio.

—Tú lo sabes —repitió Flagg.

—No. Yo...

Flagg volvió a inclinarse sobre el interfono.

—¿Lloyd ha salido ya?

—Aún estoy aquí, señor.

Era un interfono con buena reproducción acústica.

—Posterga lo de la moto de Dayna —ordenó—. Todavía nos queda un pequeño detalle.

—De acuerdo.

Se cortó la comunicación. Flagg siguió mirándola con las manos entrelazadas. Dayna empezó a sudar. Los ojos de Flagg eran como pozos sin fondo. Esta vez al intentar apartar la mirada no lo consiguió.

—Dímelo —murmuró él con voz subyugante—. Evitemos situaciones desagradables, querida.

Ella escuchó su propia voz, desde muy lejos, decir:

—Todo ha sido una comedia, ¿verdad? Y en un acto.

—Veamos, encanto, no entiendo qué quieres decirme.

—Lo sabe muy bien. El error fue que Lloyd siguiera aquí. Cuando usted da una orden corren a cumplirla. Ya debía haber estado acondicionando mi moto. Pero él tenía la orden de quedarse porque usted nunca tuvo la intención de dejarme marchar.

—Lamento decirte que estás en pleno ataque de paranoia. Supongo que tendrá que ver con tu relación con esos hombres. Los que llevan el zoo ambulante. Debió de ser espantoso, y no se lo deseo a nadie.

Ella sintió que las fuerzas la abandonaban. Con el último vestigio de voluntad, cerró la mano derecha entumecida y se dio un puñetazo sobre la sien. Se le enturbió la visión y su cabeza se balanceó como la de un muñeco, pero consiguió que su mirada se apartara de la de él, y se sintió reconfortada. Había recuperado la fuerza para resistir.

—Es usted muy bueno... —murmuró con voz entrecortada.

—Sabes quién es y me lo vas a decir. —Bajó del borde del escritorio y avanzó hacia ella—. No te servirá de nada aporreararte, querida.

—¿Cómo es que usted no lo sabe? —gritó ella—. ¡Pudo identificarnos al juez y a mí! ¿Por qué no a...?

Él apoyó sobre sus hombros unas manos frías como el mármol.

—¿A quién?

—No lo sé.

La sacudió violentamente, con una expresión sonriente y feroz. Sus manos eran frías, pero su rostro irradiaba el calor tórrido del desierto.

—Lo sabes. Dímelo.

—¿Cómo es que usted lo ignora?

—¡Porque no puedo verlo! —rugió Flagg, y la arrojó al otro lado de la sala de un brusco empujón.

Dayna rodó hecha un ovillo, y cuando notó que el rostro de él la enfocaba como un faro en medio de la penumbra, se echó a temblar. El rostro afable y solidario había desaparecido. Randy Flagg se había esfumado. Quien estaba con ella era el *Dandy*, el hombre oscuro, el jefe, y que Dios la amparase.

—Vas a decirme lo que quiero saber.

Ella le miró y empezó a incorporarse. Sintió el peso del puñal en el antebrazo.

—Está bien, se lo diré. Acérquese.

Él se adelantó un paso, sonriendo.

—Más cerca. Se lo diré al oído.

Flagg se acercó más. Dayna sintió un calor quemante y un frío gélido. En sus oídos sonaba una aguda vibración átona. Olía una putrefacción húmeda, dulzona, pegajosa. Percibía la locura como verduras podridas en un sótano oscuro.

—Más cerca —murmuró con voz ronca.

Él avanzó otro paso y entonces Dayna giró violentamente la muñeca derecha. Oyó el chasquido del muelle y el peso en la mano.

—¡Aquí lo tiene! —exclamó y alzó el brazo decidida a abrirle en canal.

Pero él lanzó una carcajada atronadora, con las manos en jarras, el rostro encendido por la hilaridad.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó, y soltó otra carcajada.

Ella miró estupefacta su mano: empuñaba un plátano amarillo con una etiqueta azul y blanca de la marca Chiquita. Lo dejó caer horrorizada sobre la alfombra, donde se convirtió en una imitación de la sonrisa amarillenta y enfermiza de Flagg.

—Me lo dirás —murmuró—. Desde luego que sí.

Dayna supo que estaba perdida.

Giró deprisa, tanto que cogió por sorpresa incluso el hombre oscuro, una de cuyas manos blancuzcas consiguió coger la espalda de la blusa, de modo que no pudo retener más que un pedazo de seda.

Dayna se precipitó contra el ventanal.

—¡No! —gritó él.

Dayna lo sintió a sus espaldas como un vendaval negro.

Tomó impulso y embistió contra la ventana con la cabeza. Se produjo una especie de detonación sorda y vio caer hacia el aparcamiento gruesos fragmentos de vidrio. Desde el punto del impacto irradian unas grietas zigzagueantes que parecían vetas de mercurio. La inercia la arrastró a través del boquete. Y allí se quedó atascada, sangrando.

Notó las manos del hombre oscuro en los hombros y se preguntó cuánto tiempo tardarían en obligarla a hablar. ¿Una hora? ¿Dos? Sospechó que ya estaba agonizando, pero no bastaba con eso.

El otro es Tom, pero no puedes captarle, o como diablos se llame lo que haces, porque él es distinto, es...

Estaba tirando de ella.

Para acabar con todo le bastó impulsar la cabeza hacia la derecha: una astilla de vidrio, afilada como una navaja, se le clavó en el cuello y otra le perforó el ojo derecho. Su cuerpo se puso rígido un momento y sus manos golpearon el cristal. Después quedó inmóvil. Cuando el hombre oscuro la arrastró al interior de la oficina, no era más que un cuerpo inerte y sangrante.

Muerta, y quizá victoriosa.

Con un rugido de rabia, Flagg comenzó a darle patadas. La flaccidez del cuerpo le enfureció aún más. Empezó a llevarla a puntapiés de un extremo a otro de la habitación, aullando y gruñendo. De sus cabellos empezaron a saltar chispas, como si en su cuerpo se hubiera activado un campo eléctrico. Sus ojos eran como tizones al rojo vivo. Gritaba y pateaba.

Fuera, Lloyd y los otros palidecieron. Intercambiaron miradas hasta que no pudieron seguir soportándolo. Jenny, Ken y Whitney se marcharon. Sus facciones de leche cuajada tenían las expresiones taciturnas de quienes no oyen nada y tampoco quieren oír.

Lloyd se quedó, no porque lo deseara sino porque sabía que ése era su deber. Y por fin Flagg lo llamó.

Estaba sentado en el borde de la mesa, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, la mirada perdida en el vacío. Había una corriente de aire. Lloyd observó que el ventanal tenía un boquete en el centro. Por los bordes mellados chorreaba sangre.

En el suelo había un bulto enroscado, vagamente humano, envuelto en una cortina.

—Líbrate de eso —ordenó Flagg.

—Muy bien. —Su voz se redujo a un susurro gangoso—. ¿Tengo que conservar la cabeza?

—Llévate el cadáver a las afueras de la ciudad, empápalo de gasolina y quémalo. ¿Me oyes? ¡Quema esa basura!

—Muy bien.

—Muévete. —Flagg le dirigió una sonrisa benévola.

Tembloroso y aterrorizado, Lloyd intentó levantar el bulto. Estaba pegajoso. Resbaló entre sus brazos y volvió a caer al suelo con un ruido sordo. Con ojos desesperados miró a Flagg; pero éste seguía medio en posición de loto, con la vista perdida. Lloyd volvió a levantar el bulto y se tambaleó hacia la puerta.

—¿Lloyd?

Volvió la cabeza. Se quedó boquiabierto: Flagg continuaba en la misma posición, pero ahora levitaba unos veinte centímetros por encima de la mesa, sin dejar de mirarlo plácidamente.

—¿Q... q... qué?

—¿Conservas la llave que te di en Phoenix?

—Sí.

—Tenla a mano. Se acerca el momento.

—Es... está bien.

Aguardó, pero Flagg no volvió a hablar. Flotaba en la penumbra, con lo que parecía un desconcertante truco de faquir hindú, mirando hacia fuera y esbozando una sonrisa apacible.

Lloyd salió deprisa, dando las gracias por conservar la vida y la cordura.

Fue un día tranquilo en Las Vegas. Lloyd regresó alrededor de las dos de la tarde, oliendo a gasolina. Había empezado a soplar viento. A las cinco, las ráfagas ya ululaban de un extremo a otro del Strip y modulaban tristes gemidos entre los hoteles. Las palmeras, que en julio y agosto habían comenzado a secarse por falta de riego, aleteaban contra el cielo como banderas deshilachadas y amarillentas. Se deslizaban nubes de extrañas formas.

Whitney Horgan y Ken DeMott bebían cerveza y comían bocadillos de huevo picado en el Cub Bar (tres viejas, a las que todos llamaban las hermanas esperpento, criaban gallinas en las afueras de la ciudad). Un poco más abajo, en el casino, el pequeño Dinny McCarthy gateaba feliz sobre una mesa de dados con un ejército de soldaditos de plástico.

—Mira ese chiquillo —comentó Ken con ternura—. Me pidieron que me ocupara de él durante una hora. Yo le cuidaría eternamente. Ojalá fuera mío. Mi mujer sólo tuvo uno, un sietemesino. Murió tres meses después en la incubadora.

Levantó la vista cuando entró Lloyd.

—¡Hola, Dinny! —exclamó Lloyd.

—¡Yoid, Yoid! —gritó el niño. Se deslizó hasta el borde de la mesa, saltó al suelo y corrió hacia él. Lloyd lo alzó, lo meció y lo abrazó con fuerza.

—¿No hay un beso para Lloyd? —le preguntó.

Dinny le estampó varios besos sonoros.

—Tengo algo para ti —le dijo.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un puñado de bombones envueltos en papel de aluminio.

Dinny chilló de alegría y los cogió.

—¿Yoid?

—Dime.

—¿Por qué hueles como una lata de gasolina?

Lloyd sonrió.

—He estado quemando basura, pequeño. Ve a jugar. ¿Quién es tu mamá ahora?

—Angelina. Después será otra vez Bonnie. Las dos me gustan.

—No le digas que Lloyd te ha dado golosinas. Angelina pegaría a Lloyd unos azotes en el trasero.

Dinny prometió no decirlo y se alejó riendo al imaginarse a Angelina zurrando a Lloyd. Al cabo de un par de minutos jugaba de nuevo sobre la mesa, capitaneando su ejército con la boca manchada de chocolate. Whitney llevaba puesto un delantal blanco. Trajo a Lloyd dos bocadillos y una botella de Hamm's fría.

—Gracias. Tienen buen aspecto.



—Son de pan sirio casero —informó Whitney con orgullo.

Lloyd empezó a comer.

—¿Alguien le ha visto? —preguntó.

Ken negó con la cabeza.

—Creo que ha vuelto a marcharse.

Lloyd se quedó pensativo. Fuera sopló una ráfaga de viento más fuerte que las habituales, gimiendo como si estuviera sola y perdida en el desierto. Dinny alzó la cabeza, inquieto, y después siguió jugando.

—Me parece que no está lejos —declaró Lloyd al cabo de un rato—. No sé por qué, pero tengo esa impresión.

—¿Crees que consiguió hacerle hablar? —preguntó Whitney en voz baja.

—No —respondió Lloyd mirando a Dinny—. No lo creo. Algo falló. Ella... o tuvo suerte o fue más lista que él. Y esto no ocurre a menudo.

—A la larga no importará —sentenció Ken.

No obstante, parecía preocupado.

—Claro que no. —Lloyd escuchó el viento—. Quizá haya ido a Los Ángeles. —En realidad no lo creía.

Whitney fue a la cocina y volvió con otra ronda de cerveza. Bebieron en silencio, rumiando ideas inquietantes. Primero el juez, ahora la mujer. Ambos muertos. Y ninguno de los dos había hablado. Y tampoco habían muerto con la cabeza intacta como él ordenó. Les resultaba difícil de creer, y les daba miedo.

El viento sopló con fuerza durante toda la noche.

A última hora de la tarde del 10 de septiembre, Dinny jugaba en el pequeño parque municipal situado al norte de la zona de los hoteles y casinos de la ciudad. Su «madre» de esa semana, Angelina Hirschfield, se hallaba sentada en un banco y conversaba con una joven que había llegado a Las Vegas hacía cinco semanas. Unos diez días después que la propia Angie.

Angie Hirschfield contaba veintisiete años. La otra chica tenía diez menos, y en ese momento llevaba unos ceñidos vaqueros cortos y una blusa de tejido sintético que le llegaba hasta el ombligo y que no dejaba nada librado a la imaginación: Había algo obsceno en el contraste entre los turgentes atractivos de su cuerpo y la expresión infantil, enfurruñada y un poco bobalicona de su rostro. Su conversación era monótona y parecía interminable: estrellas de *rock*, sexo, la asquerosa tarea que le había tocado en suerte (limpiar la capa de Cosmopoline con que habían sido untadas las armas de Indian Springs para protegerlas), el sexo, los programas de televisión que añoraba, el sexo...

Angie deseaba que se largara a practicar el sexo a cualquier parte y la dejara en paz. Y esperaba que Dinny cumpliera treinta años antes de que a esa chica le tocara el turno de «madre».

En ese momento Dinny levantó la vista, sonrió y gritó:

—¡Tom! ¡Eh, Tom!

Al otro lado del parque, un hombre robusto, de cabello pajizo caminaba con paso inseguro. Una fiambarrera de las que utilizaban los obreros para llevar el almuerzo se zarandeaba contra su pierna.

—Mira, ese tipo parece borracho —dijo la chica.

Angie sonrió.

—No; es Tom. Sólo es...

Pero Dinny ya había salido disparado, vociferando:

—¡Tom! ¡Espera, Tom!

Tom se volvió con una sonrisa.

—¡Hola, Dinny!

El chiquillo alcanzó a Tom, el cual dejó la fiambarrera en el suelo, lo cogió en brazos y giró con él.

—¡Hazme volar, Tom! ¡Venga, hazlo!

Tom lo cogió por las muñecas y le hizo girar, cada vez a mayor velocidad. La fuerza centrífuga levantó el cuerpo del niño hasta que sus piernas quedaron paralelas al suelo. Estaba muerto de risa. Después de varias vueltas, Tom le hizo aterrizar con cuidado en el suelo.

Dinny se tambaleó, riendo y tratando de recuperar el equilibrio.

—¡Otra vez, Tom! ¡Otra vez!

—No; si sigues volando vomitarás. Y Tom tiene que volver a su casa. Cielos, sí.

—Bueno, Tom. ¡Adiós!

—Creo que Dinny no quiere a nadie tanto como a Lloyd y a Tom —comentó Angie—. Tom Cullen es un poco retrasado, pero...

Miró a la chica y se interrumpió. Ésta contemplaba a Tom con los ojos entrecerrados y pensativa.

—¿Llegó aquí con otro hombre? —preguntó.

—¿Tom? No, por lo que sé vino solo, hace unos diez días. Vivía en la Zona pero le expulsaron. Yo digo que lo que ellos pierden lo ganamos nosotros. Dinny le adora.

—¿Y no vino con un mudo? ¿Un sordomudo?

—¿Un sordomudo? No; llegó solo.

La chica vio cómo Tom se perdía de vista. Recordó un frasco de Pepto-Bismol y una nota garabateada que decía: «No te necesitamos».

Había ocurrido muy lejos de allí, en Kansas, hacía mil años. Ella les había disparado. Le hubiera gustado matarlo. Sobre todo al mudo.

—Julie, ¿te sientes bien?

Julie Lawry no contestó. Siguió mirando el lugar por el que se había alejado Tom. Al cabo de un momento empezó a sonreír.

El moribundo abrió la libreta con cubiertas de plástico, quitó el capuchón del bolígrafo, hizo una pausa y después comenzó a escribir.

Era extraño. Antes el bolígrafo se deslizaba sobre el papel, y llenaba las páginas como por arte de magia. Ahora, en cambio, las palabras eran como pesados fardos que hubiera que arrastrar, y las letras nacían descomunales e inseguras, como si se estuviera remontando a sus tiempos escolares en su máquina del tiempo particular.

En aquella época sus padres todavía lo querían. Amy aún no se había desarrollado, y su propio futuro como gordito estrafalario y posible homosexual de Ogunquit no estaba decidido. Se recordaba sentado a la mesa de la cocina, bañada por el sol, con un vaso de coca-cola al lado y copiando palabra por palabra los libros de Tom Swift en un cuaderno Blue Horse de hojas con renglones azules.

Oía a su madre en la sala. A veces hablaba por teléfono, otras conversaba con una vecina. «El médico dice que es adiposidad infantil. Gracias a Dios no tiene problemas glandulares. ¡Y es tan inteligente!». Veía crecer las palabras, letra tras letra. Y las oraciones, palabra por palabra. Y los párrafos, cada uno como un ladrillo del gran bastón amurallado que era el lenguaje.

«¡Será un invento revolucionario! —exclamó Tom—. ¡Ved lo que ocurre cuando retiro la placa, pero no os olvidéis de proteger los ojos!». Los rudimentos del lenguaje. Una piedra, una hoja, una puerta oculta. Palabras. Mundos. Vida e inmortalidad. Poder.

«No sé de dónde lo saca, Rita. Quizá de su abuelo. Era sacerdote y dicen que pronunciaba unos sermones maravillosos...».

Veía cómo la letra mejoraba conforme pasaba el tiempo. Ya no copiaba, *escribía*. Acoplaba el pensamiento y lo plasmaba en palabras. Al fin y al cabo el mundo se reducía a esto: pensamientos y palabras. Consiguió por fin una máquina de escribir, y ya no le quedaban muchas alternativas. Amy estaba en la escuela secundaria, ya era «animadora» de los partidos, pertenecía al cuadro de actores del club, y formaba parte del círculo de debates, obtenía notas excelentes, ya no llevaba el corrector de dientes y su mejor amiga era Frannie Goldsmith... Pero la adiposidad infantil de su hermano no había desaparecido, a pesar de que tenía ya trece años. Empezó a utilizar palabras rebuscadas como defensa. Con horror creciente fue comprendiendo lo que en realidad era el mundo: una merienda de negros, y él un misionero cociéndose lentamente en la olla para el festín. La máquina de escribir le descubrió el resto. Al principio tecleaba con tanta lentitud, que la frustración era constante. Aquellos botones parecían oponerse con tímida firmeza a sus deseos. Pero a medida que fue mejorando empezó a comprender lo que era la máquina: una especie de conexión mágica entre su cerebro y la página en blanco que se esforzaba por conquistar. Cuando llegó la epidemia, ya escribía más de cien palabras por minuto, y era capaz por fin de seguir el ritmo de sus pensamientos y atraparlos todos. Pero nunca había dejado de escribir a mano, recordando que fue así como se escribieron *Moby Dick*, *La letra escarlata* y *El paraíso perdido*.

Desarrolló la escritura que Frannie había visto en su diario a través de años de práctica, sin puntos y aparte, ni margen, sin pausas para la vista. Escribir a mano era arduo, entumecía los dedos; pero también era un testimonio de amor. Usaba la máquina con placer, y agradecido, pero siempre había reservado lo mejor de sí mismo para escribirlo a mano.

Y ahora transcribía de ese modo los últimos momentos de su vida.

Levantó la vista y vio los buitres revoloteando lentamente, como en una película de Randolph Scott o una novela de Max Brand. Lo imaginó escrito en una novela: «Harold vio los buitres revoloteando en círculo, esperando. Los contempló sereno durante unos momentos, y después volvió a inclinarse sobre su diario».

Al final se había visto obligado a volver a la letra temblorosa, como aquella que le salía de niño. Evocó con nostalgia la cocina soleada, el vaso de coca-cola fría, los viejos y mohosos libros de Tom Swift. Y ahora, por fin, pensó (y escribió), podría haber hecho felices a sus padres. Se había librado de la adiposidad infantil. Y aunque era todavía virgen, se sentía seguro de que no era homosexual.

Abrió la boca y exclamó:

—El no va más, mamá.

Estaba a media página. Repasó lo escrito y después contempló su pierna, que estaba retorcida y rota. ¿Rota? Era una definición muy generosa. Estaba destrozada. Llevaba ya cinco días sentado a la sombra de esa roca. Lo últimos víveres se habían agotado.

Si no hubieran caído dos fuertes chaparrones, haría ya una jornada o dos que habría muerto de sed. La pierna se estaba gangrenando. Despedía un olor nauseabundo y la carne se había hinchado dentro de los pantalones, tensando la tela caqui hasta darle aspecto de salchicha.

Hacía mucho que Nadine se había ido.

Harold cogió la pistola y comprobó el cargador. Ya lo había hecho más de cien veces ese mismo día. Durante las tormentas evitó que se mojara. Quedaban tres balas. Había disparado las dos primeras contra Nadine cuando ella se asomó para anunciarle que se marcharía sin él.

Habían tomado una curva cerrada, Nadine por dentro y Harold por fuera, en su moto Triumph. Circulaban por la vertiente occidental de Colorado, a unos cien kilómetros de la frontera de Utah. En la parte exterior de la curva había una mancha de aceite. Durante los días transcurridos desde entonces, Harold caviló mucho acerca de esa mancha. Parecía *demasiado* perfecta. ¿De dónde había salido ese aceite? Seguro que por allí no había transitado nadie en los últimos dos meses, tiempo más que suficiente para que la mancha se secara. Era como si él hubiera estado esperando el momento oportuno para provocar la mancha y quitarle de en medio. Había dejado que acompañara a Nadine durante la travesía de las montañas a fin de evitar contratiempos, para después liquidarlo. Él había sido un instrumento, por así decirlo.

La Triumph derrapó, se fue contra el parapeto y Harold salió despedido como un insecto molesto al que se aleja de un manotazo. El dolor en la pierna derecha fue atroz. Oyó el crujido de la fractura. Gritó. Después vio cómo la ladera escarpada subía a su encuentro, sesgándose en un ángulo pronunciado y terrorífico hacia el fondo del barranco. Oyó una rápida corriente de agua en algún lugar, allá abajo.

Se estrelló contra el suelo, botó, volvió a gritar, cayó de nuevo sobre la pierna derecha, la oyó romperse en otro punto, botó una vez más, cayó, rodó y al final se detuvo al dar contra un árbol seco derribado hacía años por una tormenta. Si el tronco no hubiera estado allí, se habría precipitado en el barranco y habría sido devorado por las truchas en lugar de por los buitres.

Escribió en la libreta, sin dejar de maravillarse ante su letra insegura, infantil: «No culpo a Nadine». Eso era cierto. Pero en aquel momento sí la había culpado.

Aturdido, magullado y con la pierna derecha convertida en un instrumento de tortura, logró incorporarse a medias y reptar cuesta arriba un breve trecho. Vio a Nadine inclinarse sobre el parapeto muy por encima de él. Su rostro se veía blanco y pequeño: una cara de muñeca.

—¡Nadine! —gritó, y su voz salió como un gemido—. ¡La cuerda! ¡Está en la alforja de la izquierda!

Ella se limitaba a mirarlo. Harold empezaba a pensar que no le había oído y se disponía a repetirlo, cuando vio que ella meneaba la cabeza lentamente. Era un gesto de negación.

—¡Nadine! ¡Necesito la cuerda! ¡Tengo la pierna rota!

Ella no respondió. Seguía mirándolo; pero ya ni siquiera movía la cabeza. Harold tuvo la impresión de encontrarse en el fondo de un pozo y ella lo contemplaba desde el brocal.

—¡Nadine, lánzame la cuerda!

Otra vez el gesto de negación, tan aterrador como la losa de una cripta que se cerrara lentamente sobre un hombre aparentemente muerto.

—¡Nadine, por el amor de Dios!

Por fin la voz de ella llegó hasta Harold, débil pero audible en el silencio de las montañas.

—Todo esto estaba previsto, Harold. Debo seguir adelante. Lo siento.

Pero no hizo ningún movimiento para alejarse. Continuó mirándolo desde el pretil. Las moscas se arremolinaban alrededor de su sangre en las rocas contra las que había golpeado y donde dejó jirones de su piel.

Volvió a reptar hacia arriba, arrastrando la pierna rota. Al principio no sintió odio ni el impulso de pegarle un tiro. Sólo quería acercarse lo suficiente para descifrar la expresión de su rostro.

Era mediodía y hacía calor. El sudor le chorreaba por la cara y goteaba sobre las escarpadas rocas por las que trepaba. Avanzaba impulsándose con los codos y con la pierna izquierda, como un insecto mutilado. La respiración le raspaba la garganta cada vez que

inspiraba y exhalaba. Nunca supo cuánto duró aquello. Un par de veces su pierna lesionada golpeó contra una protuberancia rocosa, y la punzada de dolor le llevó al borde del desvanecimiento. Varias veces resbaló hacia atrás, gimiendo desesperado.

En cierto momento comprendió que no podía continuar. Las sombras eran distintas. Ya había transcurrido mucho rato. No recordaba la última vez que miró hacia arriba, en dirección al parapeto; pero seguro que ya había pasado una hora. Sus esfuerzos estaban centrados en no perder terreno. Lo más probable era que Nadine se hubiera marchado.

Sin embargo, seguía allí, y aunque él sólo había logrado adelantar unos ocho metros, vio la expresión de su rostro con diabólica nitidez. Era una expresión muy afligida, pero sus ojos estaban opacos y distantes. Sus ojos estaban con él.

En ese momento la odió, y palpó la sobaquera. El Colt seguía allí, la correa cruzada sobre la culata lo había sujetado durante la caída. Soltó la correa, encorvando el cuerpo para que ella no viera la maniobra.

—Nadine...

—Es mejor así, Harold. Mejor para ti, porque lo que *él* te haría sería mucho peor. Lo comprendes, ¿verdad? No te gustaría encontrártelo cara a cara. *El* cree que quien es capaz de traicionar a un bando probablemente traicionará al otro. Te mataría; pero antes te torturaría hasta lo indecible. Tiene ese poder. Me dejó elegir: así o a su manera. Yo opté por esto. Si eres valiente, podrás apresurar el desenlace. Ya me entiendes.

Ésa fue la primera de las muchas, quizá centenares, de veces que Harold comprobó el cargador, sujetando el arma contra el hueco desollado y lacerado de su codo.

—¿Qué me dices de ti? —gritó Harold—. ¿No eres también una traidora?

—En el fondo de mi corazón nunca le traicioné —respondió Nadine con voz apenada.

—Ha sido precisamente allí donde le has traicionado. —Intentó componer una expresión de sinceridad, pero en realidad estaba calculando la distancia. Dispondría de tiempo para disparar dos veces. Y la pistola era un arma muy poco fiable—. Y creo que él lo sabe —añadió.

—Me necesita, y yo a él. Tú nunca me penetraste, Harold. Y si hubiéramos seguido juntos tal vez... tal vez habría permitido que lo hicieras. Esa insignificancia lo habría destruido todo. No podía correr el riesgo de que ocurriera eso después de tantos sacrificios, sangre y abominación. Vendimos juntos nuestras almas, Harold, pero estoy intacta y puedo pretender que me paguen lo justo por la mía.

—¡Yo te pagaré lo justo! —exclamó Harold.

Consiguió arrodillarse en un filón. El sol le deslumbraba. El vértigo le atrapó con sus manos rudas y alteró su sentido del equilibrio. Le pareció escuchar voces, *una voz* que profería un rugido de sorpresa. Apretó el gatillo. El estampido retumbó entre los acantilados y se apagó. El rostro de Nadine adoptó una cómica expresión de asombro.

Harold pensó con una ebria sensación de triunfo: ¡La muy zorra no imaginaba que tuviera agallas para hacerlo!

La boca de Nadine formaba una O, tenía los ojos desorbitados y los dedos se tensaron. El instante fue tan delicioso que perdió unos segundos saboreándolo, sin darse cuenta de que había fallado. En cuanto salió del trance, bajó nuevamente la pistola para afinar la puntería, sujetándose la muñeca derecha con la mano izquierda.

—¡Harold! ¡No! ¡No puedes hacer eso!

—¿Que no? Es muy fácil. Claro que puedo.

Parecía demasiado estupefacta para moverse, y cuando la mira de la pistola se centró en la garganta de Nadine, Harold tuvo la fría certeza de que así era como tenía que terminar todo, con un breve e inútil estallido de violencia.

Ya la veía muerta.

Pero cuando empezó a apretar el gatillo ocurrieron dos cosas: el sudor le llegó hasta los ojos y le empañó la visión y resbaló un poco. Más tarde se dijo que se habían desprendido piedras bajo sus pies, o que se le había doblado la pierna destrozada, o que habían sucedido ambas cosas a la vez. Podía ser cierto, pero parecía... *un empujón*. En las largas noches transcurridas desde entonces no logró convencerse de lo contrario. Durante el día Harold era tercamente racional, pero por la noche le asaltaba la aviesa sospecha de que el responsable de su fracaso había sido el hombre oscuro. La bala destinada a la garganta de Nadine había salido desviada hacia el cielo azul. Harold de nuevo rodó hacia abajo y chocó contra el árbol caído, y la pierna otra vez se retorció y se golpeó. Una punzada de dolor insoportable se extendió desde el tobillo hasta la ingle.

Se desmayó.

Volvió en sí después del crepúsculo. La luna, en tres cuartos creciente, cabalgaba con solemnidad sobre el barranco. Nadine se había ido.

Pasó la primera noche sumido en un delirio de terror, convencido de que no conseguiría trepar hasta la carretera, de que moriría en aquel barranco.

Al llegar la mañana, empezó otra vez a reptar cuesta arriba, sudoroso y martirizado por el dolor. Inició la subida alrededor de las siete, más o menos la hora en que los grandes camiones anaranjados de la brigada de enterramientos partían de la parada de autobuses de Boulder. A las cinco de la tarde, su mano, cubierta de llagas y ampollas, alcanzó el borde del parapeto.

Su moto seguía allí, y Harold estuvo a punto de llorar de alivio. Con frenesí, extrajo varios botes y el abrelatas de una alforja, abrió una lata y se llenó la boca de picadillo de carne. Pero sabía mal. Después de grandes esfuerzos, la vomitó.

Empezó a asimilar lo inevitable de su inminente muerte, y se tumbó junto a la Triumph llorando. Al poco se quedó dormido.

Al día siguiente le sorprendió un chaparrón que lo dejó empapado y tiritando. La pierna empezaba a oler a gangrena. Protegió el arma de la lluvia con su cuerpo. Aquella tarde empezó a escribir en la libreta y comprobó que su caligrafía había empezado a empeorar. Esto le hizo recordar un libro de Daniel Keyes, *Flores para Algemon*, la historia de unos científicos que convertían a un conserje retrasado mental en un genio durante un tiempo. Después el pobre tío empezaba a volver atrás. ¿Cómo se llamaba el protagonista? Charley algo, ¿no? Claro, porque hicieron una película basada en el libro. *Charly*. Una buena película. No tanto como el libro, ya que habían añadido toda la mierda psicodélica de los años sesenta, pero estaba bastante bien. Harold había ido mucho al cine en los viejos tiempos, y también veía muchísimas películas en el vídeo de casa. En aquellos tiempos en que el mundo había sido lo que el Pentágono llamaba un final de cita alternativo a la cita ineludible, había visto la mayoría de películas solo.

Con palabras que se formaban muy despacio con su letra infantil escribió: «Me pregunto si todos los miembros del comité han muerto. Si es así, lo siento. Perdí el rumbo. Es una pobre excusa para mis actos, pero juro que es la única válida. El hombre oscuro es tan real como la supergripe, como las bombas atómicas que todavía están depositadas en alguna parte dentro de sus cubículos blindados. Y cuando llegue el fin, y sea tan horrible como los hombres buenos siempre supieron que iba a ser, a medida que avancemos hacia el Juicio Final, sólo podré alegar una cosa: estaba equivocado».

Harold leyó lo escrito y se pasó por la frente una mano enjuta y temblorosa. No era una buena excusa, sino todo lo contrario. Aunque cambiara las palabras y el estilo, seguiría apestando. Quien leyera ese párrafo después de conocer su diario lo definiría como un perfecto hipócrita. Él se había visto a sí mismo como el rey de la anarquía, pero el hombre oscuro le había escudriñado el alma y le había reducido a un saco tembloroso de huesos que agonizaba de forma ignominiosa en un arcén. Su pierna hedía peor que una rata podrida, y él no podía hacer otra cosa que quedarse tumbado, tratando de hacer razonable lo incomprensible mientras los buitres revoloteaban y se lanzaban en picado cuando se encontraban con una corriente de aire caliente. Había sido víctima de su interminable adolescencia. Tan sólo eso. Algo muy sencillo. Se había envenenado con sus visiones radicales.

Mientras agonizaba, le pareció haber ganado un poco de madurez y quizá incluso una pizca de dignidad. No quería envilecerse con excusas ridículas que saldrían de esa página cojeando con muletas.

—Pude ser alguien en Boulder —murmuró.

Esa simple y sobrecogedora verdad le habría hecho llorar, si no hubiera estado tan exhausto y deshidratado. Sus ojos recorrieron el papel escrito y después fueron hacia la pistola. De repente quiso que todo acabara de forma más simple y normal. Tenía que escribirlo y dejarlo a disposición de quien lo encontrara, dentro de un año, o de diez.

Cogió el bolígrafo, reflexionó y escribió:

«Pido perdón por mis acciones destructivas, pero no niego que las realicé por mi libre voluntad. Siempre firmé mis trabajos escolares con mi nombre: Harold Emery Lauder. Y también mis manuscritos, por malos que fueran. Dios, una vez escribí mi nombre en el techo de un granero con letras descomunales. Quiero firmar esto con el apodo que me daban en Boulder. Entonces no podía aceptarlo, pero ahora lo adopto libremente. Muero en pleno uso de mis facultades mentales».

Al pie estampó la firma: «Halcón».

Volvió a meter la libreta en la alforja de la Triumph. Le puso el capuchón al bolígrafo y lo guardó en el bolsillo. Se metió el cañón del Colt en la boca y miró el cielo despejado. Recordó un juego que solía practicar de niño y que le hacía blanco de las burlas de los otros chicos porque nunca se había atrevido a llevarlo hasta las últimas consecuencias. En uno de los caminos comarcales había un foso de grava, y era posible saltar desde el borde y recorrer una distancia pavorosa hasta caer en la arena y rodar. Luego había que repetir la operación desde el principio. Todos se atrevían a hacerlo, menos Harold. Él se quedaba tieso en el borde del foso y contaba «Uno... dos... ¡tres!» igual que los demás. Pero la fórmula nunca dio resultado. Y los chavales lo perseguían hasta casa, llamándole «¡Harold, marica, mariquita!».

Pensó: Si hubiera hecho el esfuerzo de saltar una vez, sólo una vez, quizá no estaría aquí. Bueno, pues la última vale por todas.

Contó mentalmente: Uno... dos... ¡tres!

Apretó el gatillo.

La pistola disparó.

El cuerpo de Harold dio un brinco.

Al norte de Las Vegas se extiende el valle Emigrant. Esa noche, una pequeña fogata brillaba en medio del páramo. Randall Flagg estaba sentado junto a ella, asando meditabundo un pequeño conejo. Le daba vueltas una y otra vez en el improvisado asador, mirando cómo crepitaba y desprendía grasa en las llamas. Soplaban una ligera brisa que se llevaba al desierto el sabroso aroma. Y en un promontorio cercano habían aparecido los lobos, atraídos por el aroma de la carne. De vez en cuando los observaba aullar a la luna, inquietos.

Pero los lobos ya le aburrían.

Llevaba los vaqueros, sus viejas botas y una zamarra de piel con dos chapas con la inscripción «Sonría, por favor» prendidas en el bolsillo superior. El viento de la noche jugueteaba con el cuello de la chaqueta.

No le gustaba cómo marchaban las cosas.

Había negros presagios en el viento, malos augurios que aleteaban como murciélagos en el attillo oscuro de un granero abandonado. La vieja había muerto. Al principio pensó que eso era bueno, ya que a pesar de todo aquella mujer le infundía miedo. Había muerto. Él le había dicho a Dayna Jurgens que sin haber salido del coma... pero ¿era así? Ya no estaba seguro.

¿Habría hablado al fin? Y en ese caso, ¿qué había dicho?

¿Qué planeaban los otros?

Había desarrollado una especie de tercer ojo. Era, como su facultad de evitar, un poder que asumía pero no entendía. Podía proyectarlo a distancia para ver, aunque a veces el Ojo quedaba misteriosamente ciego. Había espiado en la habitación de la moribunda, los había visto reunidos alrededor de la cama, con los pelos aún chamuscados por la pequeña sorpresa preparada por Harold y Nadine. Pero entonces la visión se había difuminado y se encontró de nuevo en el desierto, envuelto en la manta, mirando el cielo sin ver nada más que a Casiopea en su mecedora de estrellas. En su interior, una voz le dijo: *Ha muerto. Esperaban que hablara, pero no lo hizo.*

Sin embargo ya no confiaba en esa voz.

Existía el enojoso problema de los espías. El juez con la cabeza hecha polvo. La chica que en el último momento se le había escapado. Y ella lo sabía, ¡maldita sea! ¡Lo sabía!

Echó una súbita mirada furiosa a los lobos. Cinco o seis se habían enzarzado en una pelea con gruñidos que sonaban como telas rasgadas en medio del silencio.

Conocía todos los secretos de ellos... menos la identidad del tercero. ¿Quién era el tercer espía? Había proyectado el Ojo una y otra vez, y éste no le había mostrado más que la cara misteriosa y estúpida de la luna.

¿Quién era el tercero?

¿Cómo había dejado que la chica se escabuliese? Lo cogió totalmente por sorpresa, dejándole con un trozo de blusa en la mano. Él sabía que llevaba el puñal consigo, eso había sido un juego de niños, pero no previo su repentino salto hacia la ventana, ni la sangre fría con que se había suicidado, sin vacilar. En cuestión de segundos estaba muerta.

Sus ideas se perseguían como comadreja en la oscuridad.

La situación se deterioraba, y eso no le gustaba nada.

Lauder, por ejemplo. Veamos el caso Lauder.

Había funcionado a la perfección, como uno de esos juguetes de cuerda con una llave en la espalda. Ve aquí. Ve allá. Haz esto. Haz aquello. Pero la bomba sólo había liquidado a dos. Tanta planificación, tantos esfuerzos fracasados por el regreso de la vieja moribunda. Y después de haberse librado de Harold... ¡éste estuvo a punto de matar a Nadine! Todavía le bullía la sangre al recordarlo. Y ese coño estúpido se había quedado mirándolo boquiabierto, esperando que volviera a disparar, casi como si quisiera hacerse matar. ¿Y quién iba a terminar todo aquello si Nadine moría?

¿Quién, sino su hijo?

El conejo estaba asado. Lo depositó sobre el plato de hojalata.

—¡A mover los carrillos, reclutas de mierda!

Esto le hizo sonreír. ¿Había sido alguna vez marine? Eso creía. Había un chico, un tullido llamado Boo Dinkway. Le habían...

Le habían ¿qué?

Flagg frunció el entrecejo ante su banquete. ¿Le habían machacado con porras de goma? ¿Le habían azotado? Creyó recordar algo relacionado con la gasolina. Pero ¿qué?

En un arranque de ira estuvo a punto de arrojar el conejo a las llamas. ¡Tendría que ser capaz de recordarlo, maldita sea!, se dijo.

—¡Masticad, reclutas del carajo! —murmuró.

Pero esta vez sólo fue un soplo en la vereda de la memoria.

Se estaba difuminando. Antes podía recordar los años sesenta, los setenta y los ochenta como si mirara hacia abajo desde lo alto de un doble tramo de escalera que conducía a una habitación oscura. Ahora su memoria sólo llegaba con claridad a los hechos acaecidos después de la supergripe. Más atrás no había nada excepto una niebla que algunas veces se levantaba un poco, lo suficiente para vislumbrar una reminiscencia enigmática, como en el caso de Boo Dinkway, por ejemplo... si es que existió esa persona.

El recuerdo más lejano del que ahora podía estar seguro era la marcha hacia el sur por la carretera 51, rumbo a Mountain City, y la casa de Kit Bradenton.

De haber nacido. De haber vuelto a nacer.

Ya no era estrictamente un hombre, si alguna vez lo había sido. Era como una cebolla, lentamente pelada de capa en capa, aunque lo que parecía desprenderse eran los atributos de humanidad: la reflexión, la memoria, quizá incluso el libre albedrío... si es que alguna vez lo tuvo.

Empezó a comer el conejo.

Estaba seguro de que tiempo atrás se habría esfumado en cuanto las cosas empezaran a complicarse. Ahora no. Éste era su territorio, su momento, y resistiría como fuera. No importaba que todavía no hubiera descubierto al tercer espía, ni que Harold se hubiera descontrolado al final y cometiera la colosal afrenta de intentar matar a su prometida, a la madre de su hijo.

Ese estrafulario Trashcan deambulaba por el desierto, olfateando las armas que aniquilarían a los fastidiosos e inquietos habitantes de la Zona Libre. Su Ojo no podía seguir sus andanzas. En cierto sentido ese individuo era aún más raro que él mismo, una especie de sabueso humano que husmeaba cordita, napalm y gelignita con precisión de radar.

Dentro de un mes, o antes, los bombarderos de la Guardia Nacional alzarían el vuelo con una carga completa de misiles Shrike bajo las alas. Y cuando él estuviera seguro de que la desposada había concebido, volarían hacia el Este.

Miró a la luna y sonrió.

Había otra posibilidad, y el Ojo se la mostraría cuando llegara el momento. Podía ir allí bajo la apariencia de cuervo, de lobo o de insecto, una mantis religiosa quizá, algo lo bastante pequeño para introducirse por una boca de ventilación oculta en un matorral de maleza espinosa. Saltaría o se arrastraría por tuberías oscuras y finalmente se deslizaría por la rejilla de un acondicionador de aire o un respiradero.

Las instalaciones eran subterráneas. En la frontera de California. Allí había frascos, estanterías llenas de frascos, identificados con etiquetas de Dymo: supercólera, superántrax, una versión nueva y perfeccionada de la peste bubónica, todo ello a partir del principio del antígeno lábil que había dotado a la supergripe de sus cualidades letales. Se acumulaban centenares de ellos en aquel lugar. De los más diversos sabores, como aseguraban los anuncios de vitaminas.

¿Qué tal una dosis en el agua, Zona Libre?

¿O tal vez una pulverización desde el aire?

Tampoco estaría mal una legionela para Navidad, o mejor una triquinosis mejorada.

Randy Flagg, el Papá Noel negro llegaría en su trineo de la Guardia Nacional, dejando un paquetito de virus en cada chimenea.

Esperaría. Sabría cuál era el momento justo. Algo se lo diría.

Todo saldría a la perfección. La imagen no se desvanecería antes de tiempo. Estaba en la plenitud de sus facultades y así seguiría.

Del conejo no quedaban más que los huesos. Confortado por la comida caliente volvía a ser él. Se puso en pie y lanzó los restos de su festín a la oscuridad. Los lobos se abalanzaron sobre ellos, peleando entre sí, gruñendo, mordiendo y arañando. Sus ojos resplandecían en la oscuridad.

Flagg, con los brazos en jarras, se burló de la luna con una escalofriante carcajada.

A primera hora de la mañana siguiente, Nadine salió de la ciudad de Glendale y enfiló la interestatal 15 montada en su Vespa, con el cabello suelto, blanco como la nieve, ondeando como un velo de novia.

Lo sentía por la Vespa, que había sido su fiel compañera durante tanto tiempo y que ahora estaba en las últimas. Tantos kilómetros, el calor del desierto, la difícil travesía de las Rocosas y la falta de atención mecánica pasaban factura. El ruido del motor era ronco y trabajoso. No importaba. Si la moto claudicaba antes de llegar, seguiría a pie. Ahora nadie la perseguía. Harold había muerto. Y si tenía que caminar, él enviaría a alguien a recogerla.

¡Harold le había disparado! ¡Había intentado matarla!

Por más que se esforzaba en pensar en otra cosa, su mente volvía a lo mismo, daba vueltas como un perro alrededor de un hueso. Según sus planes, no debía haber sido así. Flagg se le había aparecido en sueños la noche después de la explosión, cuando Harold accedió por fin a acampar. Le dijo que permitiría que Harold la acompañara hasta que los dos estuvieran en la ladera oeste, ya casi en Utah. Entonces lo liquidaría mediante un accidente fulminante: una mancha de aceite en el asfalto.

Pero no fue así, y Harold había estado a punto de matarla. La bala casi había rozado su mejilla y ni siquiera así fue capaz de moverse. Se había quedado petrificada por la conmoción, preguntándose cómo podía haber ocurrido eso, cómo era posible que *él* lo hubiera permitido.

Trató de convencerse de que Flagg se había valido de ese recurso para asustarla, para recordarle a quién pertenecía. ¡Pero era absurdo! Y aun cuando fuera relativamente razonable, una sensata voz interior le repetía que la agresión a tiros era algo para lo que Flagg no estaba preparado.

Procuraba acallar la voz, cerrarle la puerta como cualquier persona prudente se la cerraría a un indeseable con mirada de asesino. Pero era imposible. La voz le repetía que estaba viva por pura casualidad. La bala de Harold podía habersele incrustado entre los ojos.

Acusó a la voz de mentir. Flagg lo sabía todo.

«No, ése es Dios, respondía la voz, implacable. Dios, no él. Estás viva de milagro, y esto significa que las apuestas se han cerrado. Ya no le debes nada. Puedes dar media vuelta y regresar».

Regresar, eso sí sería patético. ¿Regresar *adonde*?

La voz poco tenía que decir al respecto. Si el hombre oscuro tenía los pies de barro, lo había descubierto demasiado tarde.

Intentó concentrarse en la serena belleza del desierto, desentenderse de la voz. Pero ésta insistía baja y tenaz.

«Si no sabía que Harold se atrevería a desafiarle y a dispararte, ¿qué otras cosas puede ignorar? ¿Te salvarás también la próxima vez?».

Oh, demasiado tarde, Dios santo. El atraso era de días, de semanas, quizá incluso de años. ¿Por qué la voz había esperado hasta ahora, cuando sus advertencias ya eran inútiles?

Y como si la voz le diera la razón, calló al fin.

Nadine siguió adelante sin pensar, con los ojos fijos en la carretera. La que conducía a Las Vegas, y a *él*.

La Vespa se detuvo para siempre aquella tarde. Un crujido de engranajes brotó de sus entrañas y el motor se paró. Un olor de goma quemada emanó del motor. Nadine había procurado mantener una velocidad de cincuenta, pero se había visto obligada a bajar a veinte. Y ahora estaba segura de que la avería no tenía remedio. Accionó el arranque varias veces, en vano. Había acabado con la Vespa. Había acabado con muchas cosas en su peregrinación hasta el esposo. Era responsable de la aniquilación de todo el comité de la Zona Libre y de los invitados a aquella explosiva reunión final. Y también de Harold. Y del bebé nonato de Fran Goldsmith.

Este pensamiento la mareó. Se tambaleó hasta el arcén y vomitó su frugal almuerzo. Se sentía acalorada, enferma, delirante, el único ser viviente en aquel desierto de insolación y pesadilla. ¡Hacía tanto calor!

Se dio la vuelta, al tiempo que se limpiaba la boca. La Vespa estaba tumbada como un animal muerto. Nadine la contempló por unos momentos y después echó a andar. Ya había dejado atrás Dry Lake, lo cual significaba que si nadie la recogía pernoctaría al raso.

Con un poco de suerte llegaría a Las Vegas por la mañana. De pronto tuvo el convencimiento de que el hombre oscuro la dejaría seguir a pie. Llegaría a Las Vegas, hambrienta, sedienta y frita por el sol del desierto. Hasta la última partícula de su vida anterior habría sido depurada de su organismo. La mujer que había dado clases a los párvulos de una escuela privada de Nueva Inglaterra estaría muerta, tan muerta como Napoleón. La vocecita que la importunaba con sus advertencias sería la última parte que sucumbiría de la antigua Nadine. Pero acabaría muriendo también.

A medida que caminaba, avanzaba la tarde. El sudor le chorreaba por la cara. Siempre refulgía el mercurio en el punto donde la carretera confluía con el cielo, que tenía el color de unos vaqueros descoloridos. Se quitó la blusa. Debajo llevaba un sujetador de algodón blanco. ¿El sol la quemaría? ¿Y qué? La verdad era que le importaba un cuerno.

A la hora del crepúsculo su piel había adquirido un espantoso tinte rojo casi púrpura a lo largo de las prominencias de las clavículas. El aire fresco de la noche llegó de repente y la hizo tiritar. Entonces recordó que había dejado su equipo de acampar en la Vespa.

Miró alrededor, dubitativa. Veía coches diseminados, algunos enterrados bajo montículos de arena que llegaban hasta la capota. La idea de cobijarse en una de esas tumbas metálicas le hizo sentirse todavía peor.

Estoy desvariando, pensó.

Tampoco le importaba. Había decidido marchar durante toda la noche antes que dormir en uno de aquellos coches. Ojalá estuviera al otro lado de las Rocosas. Hubiera encontrado un granero, un pajar, un prado. Un lugar mullido. Pero allí sólo había carretera, arena, la sartén del desierto.

Se apartó el pelo del rostro y comprendió, en su aturdimiento, que era preferible estar muerta.

El sol ya se había ocultado detrás del horizonte, el día guardaba un equilibrio perfecto entre la luz y la sombra. El viento que ahora soplabla era gélido. Miró alrededor con una repentina sensación de pánico.

Hacía *demasiado* frío.

Las raíces de plantas se habían convertido en monolitos. Las dunas eran gigantescas esculturas, los pinchos de los cactus parecían dedos de cadáveres surgiendo de la tierra.

En lo alto giraba la rueda cósmica del universo.

Le vino a la mente una canción de Bob Dylan, poco reconfortante, que hablaba de un cocodrilo atrapado en la maleza. Y a continuación otra de los Eagles, especialmente inquietante en aquel momento: *Y quiero dormir contigo en el desierto esta noche / con un millón de estrellas que nos rodeen...*

Entonces supo que él estaba allí.

Antes de que hablara.

—Nadine.

Su voz suave procedía de la creciente oscuridad. Infinitamente suave, el último terror antes de llegar a destino.

—Nadine, oh, Nadine... cuánto quiero amar a Nadine.

Ella se volvió, y allí estaba, como había sabido siempre que estaría algún día. Sentado sobre el capó de un viejo Chevrolet, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas de sus gastados vaqueros. La miraba y sonreía con cordialidad. Pero sus ojos no eran cordiales, y desmentían que aquel hombre pudiera experimentar tal sentimiento. Ella vio en ellos un regocijo tenebroso, como las piernas de un patibulario danzando sobre la trampilla de la horca.

—Hola —lo saludó—. Aquí estoy.

—Sí. Por fin estás aquí. Promesa cumplida.

Le ofreció una amplia sonrisa y le tendió las manos. Ella las tomó, y cuando se acercó a él sintió su calor quemante. Lo irradiaba como un horno de ladrillos. Sus manos tersas, lisas, se deslizaron por las de ella... y después se cerraron con fuerza, como grilletes.

—Oh, Nadine —murmuró, y se inclinó para besarla.

Ella giró un poco la cabeza, mirando el fuego frío de las estrellas. La besó en el cuello y Nadine sintió contra la piel la curva burlona de su sonrisa.

Me repugna, pensó.

Pero la repulsión era sólo una costra escamosa que cubría algo peor: una lujuria coagulada y latente, un grano inmemorial que por fin había madurado y estaba a punto de supurar un líquido infecto, una dulzura agriada hacía mucho tiempo. Las manos que recorrían su espalda quemaban más que el sol del desierto. Se apretó contra él. De pronto, su propia entrepierna le

pareció más hinchada, llena, tierna y sensible. La costura de los pantalones la excitaba con una delicadeza obscena que le producía deseos de frotarse, de liberarse de una vez por todas.

—Dime una cosa —murmuró ella.

—Lo que quieras.

—Has dicho «promesa cumplida». ¿Quién me prometió a ti? ¿Por qué yo? ¿Y cómo debo llamarte? Ni siquiera sé eso. Te conozco de casi toda mi vida y no sé cómo llamarte.

—Llámame Richard. Es mi verdadero nombre.

—¿Richard? —repitió dubitativa.

Él soltó una risita contra su cuello, erizándole la piel con una mezcla de asco y deseo.

—¿Y quién me prometió a ti?

—Lo he olvidado, Nadine. Ven.

Se deslizó por el capó del coche sin soltarle las manos. Ella estuvo a punto de zafarse y echar a correr... Pero ¿de qué habría servido? La perseguiría, la alcanzaría, la violaría.

—La luna está llena —dijo él—. Como yo.

Le llevó la mano hasta la entrepierna del vaquero, donde había algo espantoso que latía con vida propia debajo de la áspera cremallera.

—No... —musitó ella.

Trató de apartar la mano, pensando lo lejos que estaba eso de lo que había sucedido aquella otra remota noche de luna, increíblemente lejana, en el otro extremo del arco iris.

Él retuvo su mano.

—Ven conmigo al desierto y sé mi esposa.

—¡No!

—Es tarde para negarte, querida.

Nadine lo siguió. Había un saco de dormir, y los tizones calcinados de una fogata bajo la calavera plateada de la luna.

La hizo tumbarse.

—Muy bien —jadeó él—. Hagámoslo.

Se desabrochó el cinturón, el botón y la cremallera.

Cuando ella vio aquel miembro oscuro y palpitante dio un grito.

El hombre oscuro esbozó su sonrisa inmensa, rutilante y obscena. La luna los contempló inexpresiva, abotagada y redonda.

Nadine gritó desesperada e intentó escapar a rastras, pero él la retuvo. Entonces juntó las piernas con todas sus fuerzas; pero cuando una de aquellas manos se introdujo entre ellas, se abrieron como el mar Rojo y Nadine pensó: Miraré hacia arriba... miraré la luna, no sentiré nada y todo pasará... no sentiré nada...

En el momento en que la frialdad cadavérica de él la penetró sus entrañas se desgarraron. Ella forcejeó pero fue inútil. La embistió con maligna avidez. La sangre le corrió por los muslos y él llegó hasta el fondo, hasta el útero, y ella sintió la luna en sus ojos, una incandescencia gélida y plateada. Cuando él eyaculó fue como hierro fundido, un lingote de hierro fundido, como bronce fundido, y ella también alcanzó un orgasmo con un grito de indescriptible placer, con terror y traspasando las selladas puertas que comunicaban con el desierto de la locura, arrastrada como una hoja por el vendaval de la malévola risa de él, viendo cómo su rostro se transfiguraba y sobre ella se balanceaba la cara hirsuta de un demonio, un demonio con relucientes luces amarillas en lugar de ojos, ventanas abiertas sobre un infierno inimaginable. Sin embargo, eran ojos que no perdían su macabra alegría, ojos que habían espiado los tortuosos callejones de mil ciudades tenebrosas. Eran ojos centelleantes, refulgentes y llenos de estupor. Prosiguió sus acometidas con urgencia insaciable. Como si nunca fuera a agotarse. Estaba mortalmente frío. Y era viejo. Más que la humanidad, más que el mundo. La desquiciaba con su risa estridente engendrada por la noche. Tierra. Luz. Un orgasmo, y otro... El último alarido de ella fue arrebatado por el viento del desierto y arrastrado hasta los recovecos más recónditos de la noche. Una cabeza peluda y demoníaca, una lengua bífida y colgante. Notó el aliento mortal en su cara. Ahora estaba en el mundo de la locura. Las puertas selladas habían vuelto a cerrarse.

¡La luna...!

La luna casi había desaparecido.

Él cazó otro conejo con las manos y le partió el cuello. Luego encendió otra hoguera con los rescoldos de la anterior y puso a asar la presa. Ya no había lobos. Se mantendrían a

distancia, era lo acordado. Al fin y al cabo se trataba de su noche de bodas, y la silueta indolente y aturdida que yacía al otro lado de la fogata era su ruborosa desposada.

Se inclinó y levantó la mano que ella tenía apoyada sobre el regazo. Cuando la soltó, la mano quedó inmóvil a la altura de la boca. Contempló el fenómeno y después volvió a bajársela hasta el regazo. Allí hizo que los dedos reptaran como serpientes hasta los ojos. Pero ella ni siquiera parpadeó. Su mirada ausente seguía perdida en el vacío.

Estaba perplejo.

¿Qué le había hecho?

No podía recordarlo.

Y tampoco importaba. Estaba preñada. Si también estaba catatónica, mala suerte. Era la incubadora perfecta. Gestaría, alumbraría y cuando hubiera prestado su servicio podría morir. Al fin y al cabo, estaba allí para eso.

El conejo se hallaba en su punto. Lo partió en dos. Desmenuzó la parte de ella como si fuera para un bebé y le fue dando bocados de uno en uno. Algunos se le cayeron de la boca mientras masticaba, pero tragó la mayoría. Si seguía así, necesitaría una enfermera que cuidase de ella. Jenny Engstrom quizá.

—Eso ha estado muy bien, cariño —dijo en voz baja.

Ella miró la luna sin cambiar de expresión. Flagg sonrió y comió su banquete de bodas.

Un buen coito siempre le despertaba el apetito.

Despertó bien entrada la noche y se sentó en su saco de dormir, soñoliento y asustado instintivamente, como puede estarlo un animal que intuye que lo están acechando.

¿Habría sido un sueño? ¿Una visión...?

Vienen.

Atemorizado, intentó entender el pensamiento, situarlo en algún contexto. No lo consiguió. Tenía presencia propia, como un hechizo.

Ya están más cerca.

¿Quiénes? ¿Quiénes están más cerca?

El viento de la noche susurró a su lado. Parecía traer el olor de un rastro. Alguien venía y...

Alguien se va...

Mientras dormía, alguien había pasado por allí en dirección al Este. ¿El enigmático tercer espía? Era la noche de luna llena. ¿Se le había escapado el tercero? La idea le aterrorizó.

Sí, ¿pero quién viene?

Miró a Nadine. Se hallaba dormida, acurrucada en postura fetal, la que asumiría su hijo dentro de unos meses.

¿Meses?

Volvió a intuir que la situación se deterioraba por momentos. Se acostó de nuevo, convencido de que esa noche no volvería a pegar ojo. Pero se durmió.

Cuando por la mañana entró en Las Vegas, volvía a sonreír y casi había olvidado su pánico. Nadine iba dócilmente sentada a su lado, como una muñeca, con una semilla cuidadosamente implantada en el vientre.

Fue al Grand y allí se enteró de lo ocurrido. En la mirada de la gente vio expresiones recelosas e inquisidoras, y sintió que el miedo volvía a rozarle con sus ligeras alas de mariposa nocturna.

Más o menos a la misma hora en que Nadine Cross empezaba a darse cuenta de ciertas verdades que hubieran debido ser evidentes, Lloyd Henreid estaba sentado en el Cub Bar haciendo un solitario con trampas. Ese día se había producido un incendio de grandes proporciones en Indian Springs. Hubo un muerto y tres heridos, uno de ellos tan grave que probablemente moriría a causa de las quemaduras. Al parecer en Las Vegas no había nadie capaz de salvarlo. Así que estaba bastante deprimido.

Carl Hough fue quien trajo la noticia. Estaba furioso, y no era un hombre al que se pudiera tratar a la ligera. Exmarine, antes de la epidemia era piloto de las Orzark Airlines, y podría partir en dos a Lloyd con una mano, mientras con la otra preparaba un daiquiri. Aseguraba haber matado a varios hombres durante su larga y ajetreada carrera militar, y Lloyd le creía. No era que Carl le asustara físicamente. Aunque fuera grandullón y duro, respetaba al *Dandy* tanto como los demás y Lloyd llevaba el amuleto de Flagg. Pero era uno de los pilotos y había que tratarlo con tacto. Y, por extraño que pareciera, Lloyd tenía madera de diplomático. Sus credenciales eran simples pero inapelables: había pasado varias semanas con un asesino psicópata llamado Poke Freeman y podía contarlos. También había pasado unos meses con Randall Flagg, y seguía respirando y en su sano juicio.

Carl había aparecido el día 12 de septiembre, alrededor de las dos, con el casco de motorista bajo el brazo. Tenía una fea quemadura en la mejilla izquierda y ampollas en una mano. Se había producido un incendio. Grave, pero no tanto como pudo haber sido. Un camión cisterna cargado de fuel-oil había explotado, rociando la pista de aterrizaje con combustible inflamado.

—Bien —respondió Lloyd—, me ocuparé de que el jefe lo sepa. ¿Los heridos están hospitalizados?

—Sí. Pero no creo que Freddy Campanari viva para ver la puesta de sol. Así que sólo quedamos dos pilotos: Andy y yo. Dile esto, y también que quiero que ese jodido Trashcan desaparezca. Ésta es mi condición para quedarme.

—¿Lo dices en serio?

Lloyd estudió la cara de Carl Hough.

—Puedes apostar por ello.

—Pues entérate de que no pienso dar ese mensaje —repuso Lloyd—. Si quieres darle órdenes a él, tendrás que hacerlo personalmente.

Carl pareció desconcertado. El miedo daba una expresión extraña a aquel rostro curtido.

—Ya. Oye, estoy cansado y muy jodido, Lloyd, pero no pretendía fastidiarte.

—Descuida.

—Pero Trashcan tendrá que marcharse —añadió Carl—. Si es necesario se lo diré yo mismo. Ya sé que Trashcan lleva una de esas piedras negras, y supongo que será uña y carne con el jefe, pero has de saber algo. —Carl se sentó y dejó el casco encima de una mesa de bazar—. Trashcan fue el responsable de ese incendio. ¡Maldita sea! ¿Cómo haremos despegar esos aviones si uno de los colaboradores del jefe achicharra a los pilotos?

Varias personas que pasaban por el vestíbulo del Grand miraron inquietas hacia la mesa donde estaban sentados Lloyd y Carl.

—Baja la voz, Carl.

—De acuerdo. Pero lo entiendes, ¿verdad?

—¿Estás seguro de que la culpa fue de Trashcan?

Carl se inclinó.

—Él estaba en el hangar. Lo vieron varios testigos, no sólo yo.

—Yo creía que estaba fuera, en el desierto. Ya sabes, buscando juguetes.

—Bueno, pues volvió. Ese tractor con el que se pasea por el desierto estaba repleto de armas. Dios sabrá dónde las consigue. Durante la pausa para el café, tuvo al personal sobre ascuas. Ya lo conoces. Para él, las armas son como caramelos para un niño.

—Sí.

—La última que nos mostró fue una de esas mechas incendiarias. Se le quita el seguro y salta un chispazo de fósforo. Y a la media hora o cuarenta minutos, depende de la extensión de la mecha, se produce una explosión del carajo.

—Ya.

—De modo que a Trashcan se le caía la baba con su hallazgo. Freddy Campanari le dijo: «Eh, la gente que juega con fuego se quema, Trashcan». Y Steve Tobin, que ya sabes que es tan gracioso como una patada en la espinilla, añadió: «Será mejor que guardemos las cerillas, chicos, Trashcan ha vuelto a la ciudad». Y Trashcan se puso muy raro. Nos miró a todos y farfulló entre dientes. Yo estaba sentado a su lado y me pareció que decía: «No volváis a preguntarme por el cheque de la vieja Semple nunca más». ¿Sabes qué significa eso?

Lloyd negó con la cabeza. Para él, nada de lo que hacía o decía Trashcan tenía sentido.

—Después recogió los trastos que nos estaba enseñando y se largó. Bueno, nosotros no quedamos bastante incómodos, pues no teníamos intención de herir sus sentimientos. La mayoría de la gente le tiene afecto. O se lo tenía. Es como un crío, ya sabes.

Lloyd asintió.

—Una hora después el camión cisterna estalló como un petardo. Y cuando acudimos vi a Trashcan, subido en su tractor, junto a los barracones, mirándonos con prismáticos.

—¿Ésas son las pruebas que tienes? —repuso Lloyd aliviado.

—Si eso fuera todo no me hubiera molestado en venir a verte, Lloyd. Pero me puse a pensar en la forma en que había estallado el camión. Este tipo de trabajos se lleva a cabo con mechas incendiarias. En Vietnam, los vietcongs volaron muchos de nuestros arsenales con nuestras propias mechas incendiarias. Colocadas debajo del camión, sobre el tubo de escape. Si nadie pone en marcha el vehículo, estalla a su debido tiempo. Pero si enciendes el motor, explota cuando el tubo se calienta. De una forma u otra, adiós camión. Lo único que no encajaba era que en el garaje siempre hay una docena de camiones cisterna que no usamos en un orden determinado. Por lo tanto, después de llevar al pobre Freddy a la enfermería, John Waite y yo volvimos allí. John es el encargado del garaje y estaba fuera de sus casillas. Hacía un rato había visto a Trashcan en el edificio.

—¿Estás seguro de que era él?

—Con ese brazo quemado es difícil de confundirlo, ¿no te parece? En ese momento nadie desconfió. Estaba husmeando, y ése es su trabajo, ¿no?

—Ya.

—De modo que John y yo nos pusimos a registrar los otros camiones. Y había una mecha incendiaria en cada uno de ellos. Las había colocado en los tubos de escape, debajo de los depósitos de combustible. El camión que estábamos utilizando había estallado antes porque el tubo de escape se había recalentado. Pero las otras mechas ya estaban preparadas. Dos o tres empezaban a humear. Algunos camiones se encontraban vacíos, pero por lo menos cinco contenían queroseno para los reactores. Diez minutos más y hubiera volado la mitad de la base.

Mierda, pensó Lloyd. Mal asunto.

Carl mostró su mano cubierta de ampollas.

—Esto me lo hice mientras desmontaba una de las mechas encendidas. ¿Entiendes ahora por qué tenemos que librarnos de él?

—Es posible que alguien robara las mechas de la caja de su tractor —aventuró Lloyd.

—No fue así —respondió Carl con tono paciente—. Alguien le ofendió mientras exhibía sus juguetes, y trató de borrarlos del mapa. Estuvo a punto de conseguirlo. Hay que tomar medidas, Lloyd.

—De acuerdo, Carl, me ocuparé de ello.

Pasó el resto de la tarde preguntando por Trashcan. ¿Alguien lo había visto o sabía dónde estaba? Miradas reticentes y respuestas negativas. Había corrido la voz. Quizá fuera lo mejor. Cualquiera que lo viese daría la alarma de inmediato, con la esperanza de congraciarse con el jefe. Pero Lloyd tenía el presentimiento de que nadie vería a Trashcan. Les había dejado un regalito y se había perdido en el desierto con su aparatoso vehículo.

Miró las cartas del solitario extendidas ante él, y dominó el impulso de barrerlas de un manotazo. En lugar de eso hizo trampas con un as y siguió jugando. Qué más daba. Trashcan terminaría colgado de una cruz, igual que Héctor Drogan. Mala suerte, chico.

Pero en el fondo de su corazón le asaltaba la duda.

Estaban ocurriendo cosas que no le gustaban. El asunto Dayna, por ejemplo. Flagg la había desenmascarado, sí, pero no logró hacerle hablar. Había evitado su confesión con el suicidio, dejándolos con la incógnita del tercer espía. Y ¿cómo era posible que Flagg no conociera la identidad del tercer espía? Había descubierto al viejo, y cuando regresó del desierto ya sabía que Dayna era la segunda y les había explicado minuciosamente lo que haría con ella. Pero no le salió bien.

Y ahora Trashcan.

Trashcan no era un don nadie. Quizá lo hubiera sido en el pasado; pero no ahora. Llevaba la piedra del hombre oscuro, igual que él. Después de que Flagg achicharrara los sesos de aquel abogado charlatán de Los Ángeles, Lloyd le había visto posar las manos sobre los hombros de Trashcan y decirle que todos los sueños se cumplirían. Y Trashcan murmuró: «Daré la vida por usted».

Lloyd ignoraba qué más había ocurrido entre ellos dos, pero era obvio que Trashcan se internaba en el desierto con el beneplácito de Flagg. Y ahora había perdido la chaveta. Lo cual planteaba cuestiones muy graves.

Y también explicaba que Lloyd estuviera allí sentado a las nueve de la noche, haciendo un solitario con trampas y lamentando hallarse sobrio.

—¿Señor Henreid?

Levantó la vista y vio a una chica con un bonito rostro infantil y enfurruñado. Llevaba un ceñido pantalón corto blanco. Y una blusa que le dejaba medio pecho al descubierto. La clásica gatita en celo, pero de aspecto nervioso y pálido, casi enfermizo. Se mordía la uña del pulgar. Lloyd observó que todas sus uñas estaban melladas.

—¿Qué hay?

—Tengo que ver al señor Flagg —declaró y su voz descendió hasta acabar en un susurro.

—¿Ah, sí? ¿Quién crees que soy, su relaciones públicas?

—Me han dicho... que hablara con usted.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Angie Hirschfield.

—¿Cómo te llamas?

—Julie Lawry. —Soltó una risita nerviosa.

Lloyd se preguntó qué nueva mierda flotaba en el aire. Una chica como ésa no habría preguntado por Flagg sin motivos muy serios.

—Bueno, Julie Lawry, Flagg no está ahora en Las Vegas.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Viene y va, y no lleva una sirena. Ni me da explicaciones. Si tienes algún mensaje para él, dámelo y se lo transmitiré.

Ella le dirigió una mirada dubitativa, y Lloyd le dijo:

—Para eso estoy aquí, Julie.

—De acuerdo. Si al final resulta importante, recuérdale que se lo conté yo. Julie Lawry.

—Muy bien.

—¿No se olvidará?

—¡No, joder! ¿De qué se trata?

Julie hizo un mohín.

—Bueno, tampoco tiene por qué hablarme en ese tono.

Lloyd suspiró y dejó sobre la mesa las cartas que sostenía.

—Bien, cariño, ¿de qué se trata?

—Del mudo. Es un espía. Pensé que ustedes tenían que saberlo. —Sus ojos centellearon de rabia—. El muy hijo de puta me apuntó con un revólver.

—¿Qué mudo?

—Bueno, yo vi al retrasado, así que pensé que el mudo debía de estar con él. Y no son de los nuestros. Sospecho que han venido del otro lado.

—Eso sospechas, ¿eh?

—Sí.

—Pues no sé de qué demonios hablas, cariño. He tenido un día muy duro y estoy cansado. Si no me lo explicas, me iré a la cama.

Julie se sentó, cruzó las piernas y le explicó su encuentro con Nick Andros y Tom Cullen en Pratt, Kansas, su tierra natal. Le describió el episodio del Pepto-Bismol. («Yo sólo le estaba tomando el pelo al bobo, ¡y el sordomudo me apuntó con un revólver!»). Incluso le contó que les había disparado cuando salían de la ciudad.

—¿Y qué prueba todo eso? —preguntó Lloyd. La palabra «espía» le había intrigado un poco; pero después había sentido cierto aburrimiento.

Julie hizo otro mohín y encendió un cigarrillo.

—Se lo he explicado. Ahora el bobo está aquí. Apuesto a que ha venido a espiarnos.

—¿Dices que se llama Tom Cullen?

—Sí.

Tenía un recuerdo vago. Cullen era un tipo corpulento y rubio, sin duda bastante idiota pero seguramente no tan peligroso como lo pintaba esa golfa más pesada que una losa. Intentó recordar algo más, pero sin éxito. La gente seguía llegando a Las Vegas a razón de sesenta o cien personas por día. Ya era imposible recordarlas a todas, y Flagg decía que la inmigración aumentaría mucho, antes de empezar a disminuir. Podía acudir a Paul Burlson, que llevaba un registro de todos los residentes de Las Vegas y averiguar si había algo sobre ese Cullen.

—¿Va a arrestarle? —preguntó Julie.

Lloyd la miró.

—A ti te arrestaré, si no me dejas en paz —contestó.

—¡Tío cabrón! —le espetó Julie Lawry a voz en grito.

Se levantó de un brinco, fulminándolo con la mirada. Enfundada en los ajustados pantaloncitos blancos, sus piernas parecían interminables.

—¡Sólo quería hacerles un favor! —dijo.

—Lo investigaré.

—Sí, claro, ya me conozco este tipo de respuestas.

Se alejó moviendo el culo con pequeñas sacudidas de indignación.

Lloyd la miró con una sonrisa, pensando que por el mundo había muchas chicas como aquélla. Incluso ahora, después de la supergripe, estaba dispuesto a apostar que pululaban. Fáciles de conseguir, pero cuidado después de copular. Habían transcurrido dos meses y todavía se la tenía jurada al mundo. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Andros?

Lloyd sacó del bolsillo trasero una manoseada libreta negra, se humedeció el dedo y buscó una página en blanco. Era su agenda y estaba llena de anotaciones personales. Desde la que le recordaba que debía afeitarse antes de presentarse ante Flagg hasta otra, recuadrada, acerca de la necesidad de practicar un inventario de las farmacias de Las Vegas antes de que empezaran a desaparecer la morfina y la codeína. Pronto tendría que utilizar otra libreta.

Con su torpe caligrafía escribió: «Nick Andros, o Androtes, mudo. ¿Está en la ciudad?», y debajo: «Tom Cullen, comprobar con Paul».

Volvió a guardar la agenda.

Sesenta kilómetros hacia el noreste, el hombre oscuro había consumado su larga relación con Nadine Cross bajo las rutilantes estrellas del desierto. Le habría interesado mucho saber que un amigo de Nick Andros se paseaba por Las Vegas. Pero en ese momento estaba dormido.

Lloyd miró cabizbajo las cartas del solitario, olvidándose de Julie Lawry, de su rencor y de su culito apretado. Hizo una nueva trampa con otro as y sus pensamientos volvieron a centrarse con tristeza en Trashman y en lo que diría o haría Flagg cuando le contara lo sucedido.

En el mismo momento en que Julie Lawry salía del Cub Bar, sintiéndose insultada por haber llevado a cabo lo que consideraba un deber ciudadano, Tom Cullen estaba junto a la ventana de su apartamento en otra parte de la ciudad, mirando la luna llena con expresión soñadora.

Era hora de partir. Tenía que regresar.

Ese apartamento no era como su casa de Boulder. Estaba amueblado pero no decorado. No había ni un solo póster en las paredes, ni un pájaro disecado. Había sido un lugar de paso, y era momento de dejarlo. Estaba contento. Odiaba esa ciudad. Tenía un olor a seco y podrido imposible de identificar. La gente era agradable. Había algunas personas a las que apreciaba casi igual que a los habitantes de Boulder. Personas como Angie y el niño Dinny. Nadie se burlaba de él porque fuera corto de entendederas. Le habían dado un empleo, le gastaban bromas y, a la hora del almuerzo, intercambiaban sus provisiones, si las del vecino les parecían más apetitosas. Eran buena gente, no muy distinta de la de Boulder, por lo que él podía ver; pero...

Pero despedían aquel olor.

Todos parecían esperar y vigilar. A veces se producían extraños silencios y sus ojos adquirían un aspecto vidrioso, como si la población entera tuviera el mismo sueño inquietante. Hacían las cosas sin pedir explicaciones. No preguntaban por qué las hacían ni para qué. Era como si llevaran máscaras de personas felices, ocultando sus verdaderos rostros de monstruos. Una vez había visto una película de terror en la que sucedía eso; al monstruo le llamaban Hombre Lobo.

La luna se alzaba sobre el desierto, fantasmagórica, alta y libre.

Había visto a Dayna, de la Zona Libre, sólo una vez. ¿Qué le había ocurrido? ¿También ella era una espía? ¿Había regresado?

No lo sabía. Pero tenía miedo.

Sobre la silla colocada frente al inútil televisor en color descansaba una mochila. Contenía lonchas de jamón envasadas al vacío, tostadas y galletas saladas. Se la cargó a la espalda.

«Viaja de noche, duerme de día».

Salió al patio del edificio sin mirar atrás. La luna era tan brillante que él proyectaba una sombra sobre el cemento agrietado, donde tiempo atrás los aspirantes a magnates aparcaban sus coches con matrículas de otros estados.

Tom miró la moneda plateada que flotaba en el cielo.

—L-u-n-a, así se deletrea luna —susurró—. Cielos, sí. Tom Cullen lo sabe.

Su bicicleta estaba apoyada contra la pared de estuco rosa del edificio de apartamentos. Comprobó que la mochila estuviera bien cerrada, montó en la bici y se dirigió hacia la carretera. A las once de la noche había salido de Las Vegas y pedaleaba hacia el este por la desviación de la interestatal 15. Nadie lo vio. No se disparó ninguna alarma.

Su mente quedó casi en blanco, como ocurría casi siempre que resolvía los asuntos más inmediatos. Continuó pedaleando, sin pensar en otra cosa que en la agradable y ligera brisa nocturna en la cara. De vez en cuando esquivaba una duna de arena escapada del desierto y tendida como un cadáver sobre la carretera. Una vez estuvo lejos de la ciudad, tuvo que sortear también coches y camiones abandonados.

Se detuvo a las dos de la mañana para reponer fuerzas con unas galletas saladas y un poco de la bebida tonificante que llevaba en el termo atado en la parte trasera de la bicicleta. Luego siguió adelante. La luna había bajado. A cada pedalazo Las Vegas quedaba más lejana. Eso le estimulaba.

Pero, a las cuatro y cuarto de la mañana de aquel 13 de septiembre, se sintió embargado por una ola de pánico. Era aún más terrible por lo inesperada, por su irracionalidad. Tom hubiera querido gritar, pero las cuerdas vocales se quedaron bloqueadas. Los músculos de las piernas, en plena acción, flojearon. Aminoró la marcha.

Él estaba cerca.

El hombre sin rostro, el demonio que ahora caminaba por la tierra.

Flagg.

Le llamaban el jefe. Tom le decía «el sonriente». Si su sonrisa te atrapaba, te desangrabas y tu cuerpo quedaba helado y grisáceo. Ese hombre podía mirar un gato y obligarle a vomitar las bolas de pelo acumuladas después de prolongadas y cuidadosas sesiones de limpieza. Si pasaba por delante de un edificio en construcción, los obreros se pillaban los pulgares, colocaban las cosas al revés, avanzaban como sonámbulos hacia el extremo de las vigas y...

¡Dios santo, estaba despierto!

Un sollozo escapó de su garganta. Tom presintió el repentino desvelo. Veía un Ojo abierto en la oscuridad, un horrible Ojo color carmesí, aún legañoso y soñoliento. Giraba, miraba, le buscaba a él. Sabía que Tom Cullen estaba por allí, pero ignoraba dónde.

Casi paralizado, sus pies encontraron los pedales y se aplicó, cada vez más deprisa; inclinándose sobre el manillar para vencer la resistencia del viento, cobrando la máxima velocidad. Si durante su carrera se hubiera encontrado con alguno de los coches abandonados, no habría podido frenar y quizá se habría matado.

Pero poco a poco fue sintiendo aquella presencia oscura e incandescente cada vez más lejana. Y el prodigio mayor fue que el horrible Ojo carmesí había mirado hacia donde él estaba, había pasado por encima, sin verle.

Quizá porque estoy encorvado sobre el manillar, razonó Tom Cullen sin la menor coherencia.

Y después el Ojo se había cerrado.

El hombre oscuro había vuelto a dormirse.

¿Qué siente un conejo cuando la sombra del águila le sobrevuela con las alas desplegadas y no se detiene, ni siquiera hace su vuelo más lento? ¿Qué experimenta un ratón cuando el gato que le ha estado esperando pacientemente delante de la madriguera durante todo un día es conducido a rastras por su dueño hasta el jardín? ¿Cuál es la sensación del ciervo que se escabulle del cazador que echa una siesta para despejar los efluvios de las tres cervezas tomadas durante el almuerzo? Quizá no sientan nada, o quizá lo mismo que Tom Cullen mientras pedaleaba para alejarse de la zona peligrosa: un alivio inconmensurable, un renacer. En gran parte, la certeza de una salvación fortuita, de un milagro.

Siguió pedaleando hasta las cinco de la madrugada. El sol cobraba unos colores inusitados y las estrellas se desvanecían.

Tom estaba ya en el límite de sus fuerzas. A duras penas avanzó un poco. Después, oteó un declive a la derecha y se dirigió hacia allí. Estudiando las posibilidades y confiando en su instinto, avanzó con la bicicleta a cuestras entre matorros y arbustos hasta dejarla donde la cubriera la vegetación. A pocos metros de allí encontró dos rocas apoyadas una contra otra. Se acurrucó entre ellas, se tapó la cabeza con la chaqueta y se quedó dormido casi de inmediato.

El *Dandy* se hallaba de nuevo en Las Vegas.

Había llegado alrededor de las nueve y media de la mañana. Lloyd le había visto llegar. Flagg también vio a Lloyd, pero no le prestó atención. Cruzaba el vestíbulo del Grand con una mujer. Todos se volvieron para mirarla, pese a la casi unánime animadversión a la presencia del hombre oscuro. Tenía el cabello blanco como la nieve, estaba espantosamente quemada por el sol, hasta tal punto que Lloyd pensó en las víctimas del incendio de Indian Springs. Pelo blanco, quemaduras cutáneas, ojos apáticos que miraban con una inexpresividad absoluta. Lloyd ya había visto antes ojos como esos: en Los Ángeles, después de que el hombre oscuro terminara su trabajo con Eric Strellerton, el abogado que pretendía decirle cómo tenía que hacer las cosas.

Flagg no miró a nadie. Sonrió. Condujo a la mujer hasta el ascensor y entraron en él. Las puertas se cerraron y subieron al último piso.

Durante las seis horas siguientes, Lloyd estuvo ocupado para tenerlo todo preparado cuando Flagg lo llamara. Le parecía que lo tenía todo en orden. Sólo le faltaba ponerse en contacto con Paul Burlson y pedirle información sobre ese Tom Cullen, por si Julie Lawry hubiera tropezado con algo importante. No lo creía probable; pero, tratándose de Flagg, era mejor ir sobre seguro y no tener que arrepentirse después.

Cogió el auricular y esperó. Al cabo de unos momentos se oyó un clic seguido por la voz de Shirley Dunbar, con su acento de Tennessee.

—Operadora.

—Hola, Shirley. Soy Lloyd.

—¡Lloyd Henreid! ¿Cómo estás?

—No puedo quejarme, Shirl. ¿Me pones con el 6214?

—¿Con Paul? No está en casa. Ha ido a Indian Springs. Seguro que le encuentras en la base de operaciones.

—Muy bien, inténtalo.

—Verás cómo está allí. Por cierto, Lloyd, ¿cuándo vas a venir a probar un trozo de mi pastel de café? Hago uno cada dos o tres días.

—Pronto, Shirley —contestó sonriente.

Shirley era una cuarentona que debía de pesar ochenta kilos y se había propuesto conquistar a Lloyd, lo cual era motivo de tomaduras de pelo, sobre todo por parte de Whitney y Ronnie Sykes. Pero era una excelente operadora, capaz de hacer maravillas con el sistema telefónico de Las Vegas. Después de la electricidad, la otra prioridad había sido recuperar las líneas telefónicas, al menos las más importantes. Pero la mayor parte del equipo de conexiones automáticas se había quemado, así que tuvieron que recurrir al antiguo sistema. Shirley se las arreglaba con lo que tenía con la máxima eficacia, y era paciente con las otras tres o cuatro operadoras que estaban aprendiendo. Además, preparaba un delicioso pastel de café.

—Muy pronto, de verdad —añadió.

Pensó lo estupendo que sería una combinación del cuerpo firme y esbelto de Julie Lawry y el temperamento alegre, amable y servicial de Shirley Dunbar.

Ella pareció alegrarse de la respuesta. Se produjeron diversos ruidos en la línea. Un agudo pitido le hizo apartar el auricular de la oreja y hacer una mueca. A continuación, diversos zumbidos.

—Bayley, Operaciones —anunció una voz metalizada por la distancia.

—Soy Lloyd —gritó Lloyd—. ¿Está Paul?

—¿Qué dices, Lloyd?

—¡Paul! ¡Que si está Paul Burlson!

—¡Ah, sí! Aquí está, tomando un café.

Hubo una pausa.

Lloyd empezó a pensar que se había cortado la frágil comunicación. Por fin oyó a Paul.

—Tendremos que hablar a gritos, Paul. Estos teléfonos son una mierda.

Lloyd no estaba muy seguro de que Paul Burlson tuviera la capacidad pulmonar necesaria para gritar. Era un hombrecillo enclenque, con gruesas gafas, y algunos le habían bautizado

como Mr. Elegancia porque se empeñaba en usar a diario traje completo con chaleco a pesar de que en Las Vegas hacía un calor sofocante. Pero era el agente de información ideal, y Flagg le había dicho a Lloyd en uno de sus arranques de locuacidad que en 1991 Burlson estaría al mando de la policía secreta. Y lo hará *muy bien*, había añadido con una sonrisa satisfecha.

Paul consiguió levantar un poco la voz.

—¿Tienes la lista a mano? —preguntó Lloyd.

—Sí. Stan Bailey y yo estábamos confeccionando un programa de rotación de personal.

—¿Quieres mirar si hay algo sobre un tipo llamado Tom Cullen?

—Espera un segundo.

El segundo se alargó a dos o tres minutos, y Lloyd volvió a temerse un corte en la comunicación. Entonces Paul regresó:

—Tom Cullen... ¿Lloyd, estás ahí?

—Aquí estoy.

—Con estos teléfonos cualquiera sabe... Bueno, tiene entre veintidós y treinta y cinco años. No lo sabe. Un poco retrasado mental. Apto para trabajar. Lo incorporamos al equipo de limpieza.

—¿Cuánto tiempo lleva en Las Vegas?

—Menos de tres semanas.

—¿Vino de Colorado?

—Sí. Hay una docena de personas que pasaron por allí y no les gustó. A este tipo le expulsaron. Se acostaba con una mujer normal y supongo que temían por su patrimonio genético.

Paul rió.

—¿Tienes su domicilio?

Paul se lo dio y Lloyd lo anotó en su libreta.

—¿Algo más, Lloyd?

—Otro nombre, si dispones de tiempo.

Paul volvió a soltar esa risilla nerviosa de los hombres menudos.

—Claro que sí. Ésta es una pausa para tomar café.

—Nick Andros.

—Ése está en mi lista roja —respondió Paul.

—¿Sí?

Lloyd pensó con toda la rapidez de que era capaz, es decir muy por debajo de la velocidad de la luz. No tenía ni la menor idea de lo que podía ser aquella lista roja. Preguntó:

—¿Quién te dio su nombre?

—¿Quién te parece? —exclamó Paul exasperado—. La misma persona que me dio todos los nombres de la lista roja.

—¡Ah! ¡Ya!

Se despidió y colgó.

Hablar de trivialidades era imposible con esa línea crepitante, y además Lloyd estaba demasiado ocupado para perder el tiempo.

La lista roja.

Nombres que Flagg le había facilitado a Paul y al parecer a nadie más, aunque Paul daba por supuesto que Lloyd lo sabía. La lista roja. ¿Qué significaba eso? El rojo era la señal de alto. Y de peligro.

Lloyd volvió a levantar el auricular.

—Operadora.

—Soy Lloyd otra vez, Shirley.

—Bueno, Lloyd, no has...

—Shirley, no puedo entretenerme. Estoy investigando algo que puede ser importante.

—De acuerdo.

La voz de Shirley perdió su tono coqueto para dar paso al profesional.

—¿Quién es el responsable de las detenciones en Seguridad?

—Barry Dorgan.

—Ponme con él. Y olvida que te he llamado.

—Bien.

Parecía asustada. Lloyd también lo estaba, pero a la vez se sentía excitado.

Un momento después oía la voz de Dorgan. Era un hombre honrado, lo cual Lloyd agradecía. Demasiados individuos de la catadura de Poke Freeman habían pasado a formar parte del cuerpo de policía.

—Quiero que captures a un tío —dijo Lloyd—. Vivo. Lo necesito vivo aunque pierdas algunos hombres. Se llama Tom Cullen, y es probable que le encuentres en casa. Llévalo al Grand.

Le dio el domicilio de Tom y después se lo hizo repetir.

—¿Es importante, Lloyd?

—Muy importante. Si lo haces bien, alguien más poderoso que yo estará muy contento contigo.

—De acuerdo.

Lloyd colgó, esperando que su interlocutor hubiera entendido la alternativa: «Si la cagas, alguien te lo hará pagar».

Al cabo de una hora, Barry telefoneó para informar que Tom Cullen se había largado.

—Pero es retrasado mental —arguyo Barry—, e incapaz de conducir. Ni siquiera un ciclomotor. Si va hacia el este no puede haber pasado de *Dry Lake*. Podemos alcanzarlo, Lloyd. Sé que podemos hacerlo. Dame permiso.

A Barry se le caía la baba sólo de pensarlo. Era una de las cuatro o cinco personas de Las Vegas que conocía la existencia de los espías, y había leído los pensamientos de Lloyd.

—Déjame pensarlo —contestó Lloyd y colgó antes de que Barry pudiera protestar.

Antes de la supergripe nunca habría imaginado que hubiera sido capaz de reflexionar como lo hacía ahora, pero sabía que todo esto le superaba. Y la lista roja le inquietaba. ¿Por qué no le habían revelado su existencia?

Por primera vez desde que conoció a Flagg en Phoenix, Lloyd tuvo la preocupante sensación de que su posición era vulnerable. Había secretos para él. Resultaba muy probable que capturaran a Cullen. Carl Hough y Bill Jamieson lo buscarían utilizando los helicópteros militares de Indian Springs. Además, el tipo no era Jack el Destripador sino un retrasado mental en fuga. ¡Pero, Dios santo! Si hubiera sabido de la existencia de ese Andros cuando Julie Lawry se acercó a él, tal vez habría podido atraparlo en su apartamento del norte de Las Vegas.

Una puerta se había abierto en su interior, dejando entrar una fría brisa de miedo. Flagg había metido la pata. Además, Flagg era capaz de desconfiar de Lloyd Henreid. Y eso no le gustaba nada.

De todas formas, deberían darle instrucciones para este asunto. No cargaría con la responsabilidad de iniciar por su cuenta una caza del hombre. No después de lo ocurrido con el juez. Se levantó y se dirigió a la zona de teléfonos interiores, donde se encontró con Whitney Horgan.

—Es él, Lloyd —dijo—. Te llama.

—De acuerdo —contestó, sorprendido por su tono sereno, ya que el miedo lo atenazaba.

Era importante que recordara que, si no hubiera sido por Flagg, hacía mucho tiempo que habría muerto de hambre en su celda de Phoenix. Sería absurdo tratar de engañarse a sí mismo: le pertenecía al hombre oscuro en cuerpo y alma.

Pero no puedo cumplir con mi deber si me oculta información, pensó camino del ascensor. Pulsó el botón del ático. La cabina subió veloz. Una vez más, experimentó aquella sensación corrosiva y desoladora: Flagg no lo había descubierto. El tercer espía había estado allí durante todo ese tiempo, y *Flagg no lo había sabido*.

—Pasa, Lloyd.

El rostro de Flagg sonreía sobre un prosaico albornoz a cuadros azules.

Lloyd entró. El aire acondicionado funcionaba a máxima potencia. Fue como salir a la intemperie en Groenlandia. A pesar de ello, al pasar junto al hombre oscuro sintió el calor que irradiaba su cuerpo. Era igual que acercarse a un horno.

Sentada en una esquina, en una silla plegable, estaba la mujer que había llegado con Flagg aquella mañana. Llevaba el cabello cuidadosamente recogido y un vestido camisero. Seguía mostrando un aspecto apático y embobado, y el solo hecho de mirarla le produjo un escalofrío. Cuando era adolescente, unos amigos y él robaron unos cartuchos de dinamita de una obra en construcción, prendieron la mecha y los arrojaron al lago Harrison, donde estallaron. Los peces muertos que salieron a flote mostraban en sus ojos esa misma expresión de absoluta indiferencia.

—Tengo el placer de presentarte a Nadine Cross —dijo Flagg en voz baja y a sus espaldas, causándole un sobresalto—. Es mi esposa.

Lloyd miró a Flagg con desconcierto y se encontró con su sonrisa burlona y sus ojos vivaces.

—Querida, éste es Lloyd Henreid, mi mano derecha. Lloyd y yo nos conocimos en Phoenix, donde él estaba detenido y a punto de comerse a otro recluso. ¿No es así?

Lloyd se sonrojó estúpidamente y no dijo nada, pese a que la mujer daba la impresión de estar en otra parte.

—Dale la mano, querida —ordenó el hombre oscuro.

Nadine tendió la mano como un robot. Sus ojos seguían fijos en el vacío.

Esto es macabro, pensó Lloyd.

A pesar del aire acondicionado todo su cuerpo estaba cubierto por una película de sudor.

—Encantado de conocerla —dijo, y estrechó la blanda y tibia mano.

Luego, tuvo que reprimir el impulso de limpiar la suya en la pernera del pantalón. La mano de Nadine seguía colgando, flácida, en el aire.

—Ya puedes bajarla, amor mío.

Nadine depositó la mano sobre el regazo, donde empezó a retorcerse. Lloyd se dio cuenta, con algo parecido al horror, de que la mujer se estaba masturbando.

—Mi mujer se halla indispuesta —explicó Flagg y soltó una risita—. También se encuentra en estado interesante, como suele decirse. Felicítame, Lloyd, voy a ser padre. —Y de nuevo aquella risita semejante a un ruido de ratas rápidas y sigilosas detrás de una vieja pared.

—Felicidades —murmuró Lloyd sin entender nada.

—Delante de Nadine podemos hablar sin precauciones. Es tan silenciosa como una tumba, ¿verdad, cariño? Bueno, ¿qué tal va por Indian Springs?

Lloyd parpadeó y trató de activar los engranajes cerebrales, sintiéndose desnudo y a la defensiva.

—Va bien —consiguió decir.

—¿Va bien?

El hombre oscuro se inclinó hacia él y por unos instantes Lloyd estuvo seguro de que abriría la boca y se lo tragaría. Retrocedió un paso. Flagg dijo:

—Eso no es lo que yo llamaría un análisis a fondo, Lloyd.

—Hay ciertas cosas...

—Cuando quiera hablar de otras cosas te preguntaré por ellas. —La voz de Flagg se elevaba, acercándose peligrosamente al grito, y Lloyd, que nunca había presenciado un cambio tan drástico de humor, se estremeció—. Lo que quiero ahora es un informe completo sobre Indian Springs y espero que lo tengas preparado, Lloyd. ¡Lo espero por tu bien!

—Muy bien —murmuró Lloyd.

Sacó la libreta del bolsillo trasero y, durante la media hora siguiente, hablaron de Indian Springs, los cazabombarderos de la Guardia Nacional y los misiles Shrike. Flagg parecía más tranquilo, aunque era difícil saberlo, y más valía no dar nada por seguro cuando se trataba del *Dandy*.

—¿Crees que podrían sobrevolar Boulder dentro de dos semanas? —preguntó—. Digamos... el primero de octubre. ¿Sí?

—Supongo que Carl podría hacerlo. Los otros dos, no sé.

—Quiero que estén preparados —repuso Flagg; se levantó y empezó a pasearse por la habitación—. Quiero que cuando llegue la primavera esa gente viva en cuevas bajo tierra. Los atacaré por la noche. Arrasaré la ciudad. Deseo que quede como Hamburgo y Dresde en la Segunda Guerra Mundial. —Se volvió hacia Lloyd y su rostro estaba pálido como un pergamino, con los ojos brillantes y la sonrisa afilada—. Ya les enseñaré yo a enviar espías. En la primavera vivirán como trogloditas. Y después iremos allí y nos dedicaremos a la cacería del cerdo. Verán lo que es bueno.

Lloyd recuperó por fin el uso del habla.

—El tercer espía...

—Lo encontraremos, Lloyd. No te preocupes por eso. Atraparemos a ese hijo de puta.

Reapareció la sonrisa, tenebrosamente seductora. Pero antes Lloyd había percibido un atisbo de miedo furioso e impotente. Y el miedo era una emoción que nunca había esperado ver en él.

—Creo que sabemos quién es —murmuró Lloyd.

Flagg estaba girando entre sus dedos una estatuilla de jade, examinándola. Sus manos se paralizaron y se quedó inmóvil, y en su cara fue apareciendo una expresión de asombro. Por primera vez la mirada de Nadine se desvió, primero hacia Flagg y después hacia otro lado. La atmósfera del ático pareció espesarse.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—El tercer espía...

—No —le interrumpió Flagg con repentina firmeza—. No. Persigues sombras, Lloyd.

—Al parecer es amigo de un tipo llamado Nick Andros.

La figurilla de jade se desprendió de los dedos de Flagg y se hizo trizas contra el suelo. Un instante después, Lloyd era levantado de su silla asido por la pechera de la camisa. Flagg había atravesado la habitación con tal rapidez que Lloyd ni siquiera le vio. Y ahora la cara de Flagg estaba pegada a su cara, invadida por ese espantoso calor enfermizo, y los ojos negros de comadreja se hallaban a dos centímetros de los suyos.

—¿Y mientras tanto tú divagabas sobre Indian Springs? —vociferó—. ¡Debería arrojarte por la ventana!

Algo, quizá el haber comprobado que el hombre oscuro era vulnerable, quizá el saber que Flagg no le mataría hasta haber conseguido toda la información, le ayudó a hablar en defensa propia.

—¡Intenté decírselo! —repuso—. ¡Usted me hizo callar! ¡Y también me ocultó la existencia de la lista roja, sea lo que sea! ¡Si hubiera conocido la lista, anoche podría haber capturado a ese jodido subnormal...!

Lloyd salió despedido hacia el otro extremo de la habitación y fue a estrellarse contra la pared de enfrente. Las estrellas estallaron en su cabeza y cayó sobre el *parquet*, aturdido. Sacudió la cabeza, tratando de despejarla. Sentía un zumbido estridente en los oídos.

Flagg parecía haber enloquecido. Se paseaba por la estancia a grandes zancadas, con el rostro transfigurado por la ira. Nadine se había acurrucado en su silla. Flagg se detuvo ante una estantería poblada por un zoológico de animales de jade, verde lechoso. Los contempló por un momento, como si los viera por primera vez, y después los arrojó todos al suelo. Explotaron como diminutas granadas. Pateó los trozos más grandes con el pie descalzo y los hizo volar. Un mechón negro le había caído sobre la frente; lo apartó con una sacudida y después se volvió hacia Lloyd. En su cara había una expresión grotesca de compasión y misericordia... emociones tan falsas como un billete de tres dólares, pensó Lloyd. Se acercó para ayudarlo a levantarse, y Lloyd notó que pisaba varios fragmentos afilados de jade sin dar muestras de dolor y sin una gota de sangre.

—Lo siento —dijo—. Tomemos una copa.

Le tendió la mano y le ayudó a incorporarse. Como un crío con una rabieta, pensó Lloyd.

—Tú prefieres el *whisky* solo, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí.

Flagg se acercó al bar y sirvió unas dosis descomunales. Lloyd consumió de un solo trago la mitad de la suya. El vaso tintineó sobre la mesa cuando lo dejó, pero se sentía un poco mejor.

—Pensé que nunca tendrías que usar la lista roja —se justificó Flagg—. En ella había ocho nombres, actualmente reducidos a cinco. Eran los miembros de su consejo de gobierno, más la vieja. Andros era uno de ellos. Pero ahora está muerto. Sí, Andros está muerto, lo sé. —Le clavó una mirada penetrante y maliciosa.

Lloyd le contó lo que sabía, consultando la libreta de tanto en tanto. En realidad no la necesitaba, pero le reconfortaba apartarse de aquella mirada turbia. Empezó por Julie Lawry y terminó con Barry Dorgan.

—Dices que es retrasado, ¿eh? —comentó Flagg.

—Sí.

El rostro del hombre oscuro se inundó de felicidad y asintió con la cabeza.

—Ahora lo entiendo —dijo, pero no a Lloyd—. Por eso no pude ver...

Se interrumpió y se dirigió al teléfono. Un momento después hablaba con Barry.

—Utiliza los helicópteros. Carl pilotará uno y Bill Jamieson el otro. Contacto por radio permanente. Envía sesenta... no, cien hombres. Que bloqueen todas las carreteras que salen por el este y sur de Nevada. Que todos tengan la descripción de Cullen. Y quiero recibir comunicados cada hora.

Colgó el auricular y se frotó las manos satisfecho.

—Lo atraparemos. Sólo lamento no poder enviar su cabeza a su inseparable amigo Andros, ya que está muerto. ¿No es cierto, Nadine?

Ella seguía mirando al vacío.

—Los helicópteros no servirán de mucho por la noche —advirtió Lloyd—. Oscurecerá dentro de tres horas.

—No te impacientes, amigo —exclamó el hombre oscuro con tono alegre—. Mañana tendrán tiempo más que suficiente. No ha ido lejos.

Lloyd manoseaba nervioso la libreta, deseoso de hallarse en cualquier otra parte. Ahora Flagg estaba de buen humor, pero Lloyd dudaba que siguiera estándolo después de saber lo que había hecho Trashcan.

—Hay otra cosa —dijo—. Se trata de Trashcan.

Se preguntó si eso desencadenaría otra rabieta como la que antes le había hecho destrozar las figuras de jade.

—El querido Trashcan. ¿Ha iniciado otra de sus expediciones?

—No sé dónde está, pero antes de irse cometió una travesura en Indian Springs.

Le contó la historia tal y como Carl se la había dicho el día anterior. El rostro de Flagg se ensombreció al oír que Freddy Campanari estaba gravemente herido; pero cuando Lloyd terminó su relato, su rostro volvía a mostrarse sereno. En lugar de tener un acceso de cólera, se limitó a hacer un ademán de impaciencia.

—Muy bien. Cuando vuelva habrá que matarlo. Pero que sea con rapidez y misericordia. No quiero que sufra. Esperaba que pudiera... durar más tiempo. Es posible que tú no lo entiendas, Lloyd, pero yo sentía cierta... afinidad con ese chico. Supuse que podría usarlo, y lo he hecho, pero nunca estuve seguro del todo. Incluso a un escultor magistral puede ocurrirle que la espátula le resbale de la mano, si es un instrumento defectuoso. ¿No es cierto, Lloyd?

Lloyd, que no sabía nada acerca de esculturas ni sobre espátulas de escultores, y que pensaba que éstos utilizaban mazos y cinceles, asintió sin rechistar.

—Por supuesto.

—Y nos ha prestado un gran servicio al montar los Shrikes. Lo hizo él, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Volverá. Digamos que a Barry vamos a librarle de las penas de este mundo. Sin dolor, a ser posible. Ahora me preocupa más el imbécil que se dirige al Este. Podría dejarle marchar, pero se trata de una cuestión de principios. Quizá podamos liquidarlo antes de que oscurezca. ¿Qué opinas, querida?

Estaba en cuclillas al lado de la silla de Nadine. Le acarició la mejilla y ella se apartó como si la hubieran rozado con un atizador al rojo vivo. Flagg sonrió y volvió a acariciarla. Esta vez Nadine se sometió, temblando.

—La luna —dijo Flagg, complacido, y se levantó ágilmente—. Si los helicópteros no lo descubren antes de que oscurezca, esta noche tendrán la ayuda de la luna. Apuesto a que ahora mismo está pedaleando por el centro de la interestatal 15, a plena luz del día. Confiando en que el Dios de la vieja le protegerá. Pero ella también está muerta, ¿no es así, querida? —Flagg rió como un niño feliz—. Sospecho que su Dios también lo está. Todo saldrá bien. Y Randy Flagg va a ser papá.

Volvió a acariciar la mejilla de Nadine. Ella gimió como un animal herido.

Lloyd se humedeció los labios resecos.

—Si le parece bien, pondré manos a la obra de inmediato.

—Excelente, Lloyd, excelente. —El hombre oscuro no lo miró, contemplaba fascinado el rostro de Nadine—. Todo irá bien. Muy bien.

Lloyd salió de la habitación lo más aprisa que pudo, casi corriendo. En el ascensor dio rienda suelta a la tensión acumulada y tuvo que pulsar el botón de parada de emergencia cuando le sobrevino la histeria. Rió y lloró durante casi cinco minutos. Luego se sintió un poco mejor.

No se está derrumbando, se dijo. Hay problemas, pero los tiene controlados. La partida habrá terminado probablemente el primero de octubre, y con toda seguridad el quince. Todo empieza a funcionar, como él acaba de decir, y no importa que haya estado a punto de matarme... no importa que esté más raro que nunca...

Un cuarto de hora después, Lloyd recibió la llamada de Stan Bailey desde Indian Springs. Estaba al borde de la histeria entre la furia que le producía Trashcan y el miedo que le inspiraba el hombre oscuro.

Carl Hough y Bill Jamieson habían despegado de Indian Springs a las 18.02 en misión de reconocimiento al este de Las Vegas. Otro de los aprendices de piloto, Cliff Benson, volaba con Carl como observador.

A las 18.12 ambos helicópteros habían estallado en el aire. Aturdido por la noticia, Stan envió cinco hombres al hangar 9, donde se hallaban otros dos helicópteros pequeños y tres

grandes *Baby Huey*. Encontraron explosivos acoplados a las cinco hélices y mechas incendiarias conectadas con simples temporizadores de cocina. Las mechas no eran iguales a las que Trashcan había colocado en los camiones de combustible, pero sí muy parecidas. No quedaba mucho margen para la duda.

—Ha sido Trashcan —dictaminó Stan—. Se ha vuelto loco, y sólo Dios sabe qué otras sorpresas nos ha preparado.

—Compruébalo todo —ordenó Lloyd.

Los latidos de su corazón se habían acelerado y alterado por el miedo. La adrenalina bullía en todo su organismo y tenía los ojos desorbitados.

—¡No dejes *nada* sin revisar! Convoca a todos los hombres y que registren la base de punta a cabo. ¿Me oyes, Stan?

—¿Para qué molestarse?

—¡Pero qué dices! —gritó Lloyd—. ¿Necesitas que te lo explique, imbécil? ¿Qué va a decir el jefe si la base entera...?

—Todos nuestros pilotos han muerto —le interrumpió Stan sin alterarse—. ¿No te das cuenta, Lloyd? Incluso Cliff, que no era ninguna maravilla. Nos quedan seis aprendices que no están en condiciones de volar solos, y no hay nadie que pueda seguir enseñándoles. ¿Para qué necesitamos ya los malditos aviones, Lloyd?

Colgó, dejando a Lloyd petrificado. Por fin lo comprendía.

Esa noche Tom Cullen despertó poco después de las nueve y media, sediento y entumecido. Bebió un trago de su cantimplora, salió de debajo de las dos rocas oblicuas y miró el cielo. La luna flotaba sobre su cabeza, misteriosa y serena. Llegaba la hora de reanudar la marcha. Pero tendría que ser prudente. Cielos, sí.

Porque ahora le estaban buscando.

Había tenido un sueño. Nick le hablaba, y eso era raro porque no podía hablar. Era sordomudo. Tenía que escribirlo todo, y Tom apenas sabía leer. Pero los sueños eran algo especial, cualquier cosa podía suceder en ellos. En el de Tom, Nick hablaba.

«Ahora saben quién eres, Tom —le había dicho Nick—, pero no por tu culpa. Te has comportado muy bien. Ha sido mala suerte. Así que tienes que andar con mucho cuidado. Abandona la carretera, Tom, pero no dejes de avanzar hacia el este».

Tom sabía lo que era el este, pero no cómo evitar confundirse en el desierto. Era posible que describiese grandes círculos.

«Lo sabrás —aseguró Nick—. Primero debes buscar el dedo de Dios...».

Tom volvió a enganchar la cantimplora al cinturón y a colocarse la mochila. Regresó a la carretera, dejando la bicicleta donde estaba. Trepó al terraplén y miró en ambas direcciones. Cruzó la franja central, y después de echar otra mirada cautelosa, atravesó corriendo los carriles de la interestatal 15 que llevaban al Oeste.

«Ahora saben quién eres, Tom».

Tropezó con la valla metálica de protección del lado opuesto y rodó casi hasta el fondo de la cuneta. Se quedó un momento hecho un ovillo, con el corazón palpitante. No se oía más que el gemido del viento que soplaba sobre el escabroso desierto.

Se levantó y oteó el horizonte. Tenía buena vista y la atmósfera del páramo era cristalina. No tardó en divisarlo, recortado como un signo de exclamación contra el cielo estrellado. El dedo de Dios. Si miraba hacia el este, el monolito de piedra estaba en la posición de las agujas de un reloj marcando las diez. Calculó que llegaría allí en un par de horas. Pero las propiedades multiplicadoras de la atmósfera despejada habían engañado a caminantes más expertos que Tom Cullen, y le desconcertó la forma en que el dedo de piedra parecía mantenerse siempre a la misma distancia. Pasó la medianoche, y también la una y las dos. El gran reloj de estrellas del cielo había dado la vuelta. Tom empezó a preguntarse si la piedra que se parecía tanto a un dedo estirado sería un espejismo.

Se restregó los ojos, pero el monolito siguió allí. A sus espaldas, la autopista se había fusionado con el horizonte oscuro.

Cuando volvió a mirar aquel dedo pétreo pareció que estaba más cerca: A las cuatro de la mañana, cuando una voz interior le susurraba que se estaba acercando la hora de buscar un buen escondite para el día que se aproximaba, tuvo la certeza de que había acortado la distancia que le separaba de la gran piedra. Sin embargo, no la alcanzaría aquella noche.

Y cuando llegara hasta ella, suponiendo que no le capturaran durante el día, ¿qué debería hacer?

No importaba. Nick se lo diría. El bueno de Nick. Tom estaba ansioso por regresar a Boulder. Cielos, sí.

Encontró un refugio bastante cómodo a la sombra de una enorme roca y se quedó dormido. Esa noche había recorrido más de cuarenta kilómetros en dirección noreste, y se estaba acercando a las montañas Mormón.

Durante la tarde, una serpiente de cascabel se arrastró hasta él para protegerse del calor. Se enroscó al lado de Tom, durmió una siesta y luego continuó su camino.

Esa tarde, Flagg estaba en la terraza mirando hacia el este. El sol volvería a ocultarse dentro de cuatro horas, y entonces aquel imbécil reanudaría la marcha.

Una fuerte brisa del desierto le apartó el mechón negro de la frente que ardía. La ciudad terminaba en seco y cedía su lugar al desierto. Unos cuantos carteles sobre el borde de la nada, y eso era todo. Tanto desierto, tantos lugares donde esconderse. Muchos hombres se habían internado antes en aquel paraje y jamás habían vuelto a verlos.

—Pero esta vez no —murmuró—. Lo cazaré. He de cazarlo.

No habría podido explicar por qué era tan importante capturar a aquel tonto. La racionalidad del asunto se le escapaba. Sólo sentía la necesidad imperiosa de actuar, de moverse, de hacer. De destruir.

La tarde anterior, cuando Lloyd le había informado de la explosión de los helicópteros y de la muerte de tres pilotos, tuvo que utilizar todos sus recursos para no dejarse arrastrar por una furia delirante. Su primer impulso habría consistido en organizar de inmediato una columna blindada de camiones lanzallamas, carros de combate y todo lo imaginable. Podrían llegar a Boulder en cinco días y el maldito problema estaría solucionado en semana y media.

Pero si había nieve prematura en los pasos de montaña, sería el final de esa improvisada Wehrmacht. Y ya estaban a 14 de septiembre. No podía confiar en el buen tiempo.

Pero él era el hombre más poderoso del mundo, ¿no? Quizá hubiera otro en Rusia, en China o en Irán; pero ése era un problema que debería plantearse dentro de diez años. Por ahora lo único que importaba era que su estrella estaba en ascenso, lo sabía, lo *sentía*. Era fuerte, y eso era todo lo que aquel imbécil podía decirles... si se salvaba de perderse en el desierto o de morir congelado en las montañas. Lo único que podría contarles era que la gente de Flagg tenía pánico del *Dandy* y obedecía sus órdenes al pie de la letra. Sólo podría explicarles cosas que todavía les dejarían más bajos de moral. ¿Por qué, entonces esa sensación corrosiva y persistente de que era imprescindible encontrar y matar a Cullen antes de que saliera del Oeste?

Porque es lo que quiero, se dijo. Yo hago lo que me da la gana. Es motivo suficiente.

Y Trashcan. Había pensado que podía desentenderse definitivamente de él, desecharlo como una herramienta defectuosa. Pero el tipo había logrado lo que toda la Zona Libre junta no había podido hacer: echar tierra dentro de la maquinaria perfecta que el hombre oscuro había montado para su conquista.

Me equivoqué, admitió con gesto sombrío.

Era una idea abominable, y no podía permitir que su mente la siguiera hasta las últimas consecuencias. Arrojó el vaso por encima del pretil de la terraza y lo vio centellear mientras caía. Un pensamiento cruel y fortuito, de niño malcriado, cruzó por su mente: ¡Ojalá le caiga en la cabeza a alguien!

El vaso se hizo añicos en la zona de aparcamiento. El hombre oscuro ni siquiera oyó el ruido.

En Indian Springs no se encontraron más explosivos. Habían puesto toda la base patas arriba. Al parecer, Trashcan había saboteado lo primero que encontró a mano: los helicópteros del hangar 9 y los camiones del garaje contiguo.

Flagg había reiterado la orden de matar a Trashcan apenas lo divisaran. Ahora le ponía muy nervioso pensar que hubiese deambulado por todas esas dependencias del gobierno, donde sólo Dios sabía lo que había almacenado.

Estaba nervioso.

Sí. La maravillosa seguridad empezaba a evaporarse. ¿Cuándo había empezado esa sensación? No estaba seguro. Lo único que sabía era que la situación se deterioraba. Y Lloyd también lo sabía. Lo había leído en sus ojos. Quizá no fuese una mala idea que Lloyd sufriera un accidente antes de que finalizara el invierno. Era uña y carne con demasiados miembros de la guardia de palacio, hombres como Whitney Horgan y Ken DeMott. Incluso con Burlson, que

se había ido de la lengua con la lista roja. De pasada, pensó en despellejar vivo a Paul Burlson por esa metedura de pata.

Pero si Lloyd hubiera sabido que existía la lista roja, pensó, nada de todo esto...

—Olvidalo —murmuró—. ¡Olvidalo de una maldita vez!

Sin embargo, no era tan fácil apartar esa idea. ¿Por qué no le había dado a Lloyd los nombres de los jefazos de la Zona Libre? No lo recordaba. En aquel momento creyó haber tenido un buen motivo para proceder así, pero cuanto más se esforzaba por recordarlo más se le escurría. ¿Habría sido sólo una decisión estúpidamente astuta de no poner toda la carne en el asador? ¿No querer confiar demasiados secretos a una sola persona, aunque ésta fuera tan simple y leal como Lloyd Henreid?

Una expresión de asombro cruzó por su rostro. ¿Siempre había tomado decisiones tan idiotas?

Aunque, al fin y al cabo, ¿hasta dónde llegaba la lealtad de Lloyd? Esa expresión en sus ojos...

De repente decidió olvidar todo eso y levitar, lo cual siempre le producía bienestar. Le hacía sentirse más fuerte, más sereno, y le aclaraba las ideas. Miró el cielo del desierto.

Yo soy, yo soy, YO SOY...

Los tacones gastados de las botas se separaron de la superficie de la terraza, oscilaron, se elevaron dos centímetros. Después cuatro. Se tranquilizó y comprendió que encontraría todas las respuestas. Lo veía todo con mayor claridad. Primero tenía que...

—Vienen por ti, ¿sabes?

Al oír esta voz suave cayó al suelo. La conmoción del impacto le subió por las piernas y la columna vertebral y le llegó hasta la mandíbula. Giró como un gato. Pero su amago de sonrisa se borró cuando vio a Nadine. Llevaba un camisón blanco de gasa que ondulaba alrededor de su cuerpo. Su cabello, tan blanco como el camisón, flameaba en torno a su rostro. Parecía una pálida sibila desquiciada. Muy a su pesar, Flagg sintió miedo. Se adelantó un paso con cuidado.

Ella estaba descalza.

—Vienen. Stu Redman, Glen Bateman, Ralph Bretner y Larry Underwood te matarán como si fueras una comadreja que roba gallinas.

—Están en Boulder —respondió él—. Escondidos debajo de la cama y llorando a su vieja negra.

—No —insistió Nadine con tono indiferente—. Se encuentran casi en Utah y pronto llegarán aquí. Y te extirparán de la piel del mundo como si fueras una infección.

—Cállate. Vete abajo.

—Bajaré —dijo acercándose a él, y esta vez fue ella la que esbozó una sonrisa que le llenó de pavor.

El color abandonó las mejillas de Flagg, al tiempo que su extraña vitalidad ardiente pareció extinguirse. Por un instante ofreció el aspecto de un viejo endeble.

—Bajaré... y tú también —dijo ella.

—Vete.

—Bajaremos —canturreó Nadine sonriendo de un modo espantoso—. Abajo, *abaaaajooooo...*

—¡Están en Boulder!

—Les falta muy poco para llegar aquí.

—¡Baja!

—Todo lo que construiste se está derrumbando. ¿Y por qué no? El promedio de vida del mal es relativamente corto. Corren rumores. Dicen que dejaste escapar a Tom Cullen, un pobre retrasado mental lo bastante astuto como para burlarse de Randall Flagg. —Hablabas cada vez más deprisa, lanzando un torrente de palabras a través de su sonrisa sarcástica—. Dicen que tu experto en armas se ha vuelto loco y que tú no lo habías previsto. Temen que lo que traiga la próxima vez que vuelva del desierto sea para ellos y no para los del Este. Y se van. ¿Lo sabías?

—Mientes —susurró, con la cara pálida como la cera y los ojos desorbitados—. No se atreverían. Y si se estuvieran marchando, yo me habría enterado.

Ella miró con ojos inexpresivos hacia el este, por encima del hombro de Flagg, y murmuró:

—Los veo. Abandonan sus puestos en medio de la noche, y tu Ojo no los detecta. Huyen con sigilo. Los grupos de trabajo salen con veinte personas y regresan con menos. La balanza del poder se está inclinando hacia el otro lado. Te dejan, te abandonan, y los que quedan no levantarán un dedo cuando los hombres del Este vengan a aniquilarte...

Se desmoronó. Lo que había dentro de él, fuera lo que fuera, se desmoronó.

—¡Mientes! —gritó.

Descargó las manos sobre sus hombros, rompiéndole las clavículas como si fueran lápices. La levantó sobre su cabeza en dirección al cielo azul desteñido del desierto, y la lanzó hacia fuera, igual que acababa de hacer con el vaso. Vio la amplia sonrisa de alivio y triunfo de Nadine, la súbita plenitud de sus ojos y comprendió. Le había provocado, sabiendo de alguna manera que sólo él podía liberarla...

Y llevaba en las entrañas a su hijo.

Se inclinó sobre el pretil, casi hasta perder el equilibrio, tratando de recuperar lo irrecuperable. El camisón aleteó. Su mano se cerró sobre la grasa y notó que se desgarraba, dejándole un jirón tan transparente que podía ver sus dedos a través de... la sustancia de la que están hechos los sueños al despertar.

Ella permaneció un segundo suspendida en el aire; luego descendió con los pies hacia abajo, con el camisón hinchándose como un paracaídas. No gritó. Cayó del mismo modo silencioso con que cae un cohete defectuoso.

Cuando Flagg oyó el indescriptible ruido sordo de su violento aterrizaje, echó la cabeza hacia atrás, miró hacia el cielo y aulló.

Daba lo mismo.

Seguíateniéndolo todo en la palma de la mano.

Se inclinó sobre el parapeto y vio cómo la gente acudía corriendo, como virutas de hierro atraídas por un imán, o gusanos por la carne putrefacta.

Parecían tan pequeños, y él estaba tan por encima de ellos.

Levitaría y recuperaría la serenidad.

Pero pasó mucho tiempo antes de que sus pies se elevaran del suelo. Cuando al fin lo hicieron, sólo subieron un centímetro. Y no irían más arriba.

Esa noche Tom despertó a las ocho, pero aún había demasiada luz. Esperó. Nick había vuelto a aparecersele en sueños, y habían hablado. Era estupendo hablar con Nick.

Permaneció tumbado a la sombra de la roca y contempló cómo el cielo se oscurecía. Empezaron a aparecer las estrellas. Se acordó de las patatas fritas Pringle's y lamentó no haberse llevado algunas bolsas. Cuando llegara a la Zona, si llegaba, tendría todas las que quisiera. Se hartaría de patatas Pringle's. Y disfrutaría del cariño de sus amigos. Eso era lo que había echado de menos en Las Vegas: el cariño. Eran buena gente, pero no irradiaban amor. Porque todos estaban demasiado ocupados con su miedo. El amor no podía florecer en un lugar donde sólo había miedo, al igual que las plantas no crecen bien en lugares oscuros.

Sólo las setas y los hongos venenosos se hacían grandes y fuertes en la oscuridad, hasta él sabía eso, sí.

—Quiero a Nick, a Frannie, a Dick Ellis y a Lucy —susurró Tom; ésa era su plegaria—. Quiero a Larry Underwood y a Glen Bateman. Quiero a Stan y a Rona. Y a Ralph, y a Stu, y a...

Resultaba curiosa la facilidad con que los nombres acudían a su mente, caramba, cuando estaba en la Zona apenas si lograba recordar el de Stu cuando iba a visitarle. Entonces recordó sus juguetes. El garaje, los coches, los trenes en miniatura. Había jugado con ellos durante horas y horas. Se preguntó si seguiría jugando de igual modo cuando volviera... si volvía. Las cosas habían cambiado. Era triste, pero quizá también fuese bueno.

—El Señor es mi pastor —recitó en voz baja—. No me faltará nada. Él me hace descansar en las verdes praderas. Engrasa los mecanismos de mi mente. Me concede kung-fu para enfrentarme a mis enemigos. Amén.

Ya estaba oscuro. Reanudó la marcha. A las once y media de aquella noche llegó al dedo de Dios e hizo un alto para comer algo. El terreno era elevado y, al mirar el camino recorrido, vio luces que se movían. En la autopista, pensó. Me están buscando.

Tom volvió la vista hacia el noreste. A lo lejos, apenas visible en la oscuridad, ya que la luna empezaba a menguar, se levantaba una gigantesca cúpula de granito. Era el hito de la siguiente etapa.

—A Tom le duelen los pies —dijo para sí; pero no sin cierta alegría, pues podría haber sufrido males mucho peores que un dolor de pies.

Siguió adelante. Las criaturas de la noche huían de él. Cuando se acostó al amanecer, había recorrido casi sesenta kilómetros. La frontera entre Nevada y Utah quedaba cerca.

A las ocho de la mañana se hallaba profundamente dormido, con la cabeza apoyada en la chaqueta. Sus ojos empezaron a moverse deprisa de un lado a otro tras los párpados cerrados.

Había venido Nick. Y Tom hablaba con él.

Una arruga surcó su frente dormida. Le había dicho a Nick cuántas ganas tenía de volver a verlo.

Pero, por alguna razón que no comprendía, Nick le había vuelto la espalda.

Oh, cómo se repite la historia: Trashcan se freía vivo otra vez en la sartén del diablo... Pero en esta ocasión ya no le sostenía la esperanza de sumergirse en las fuentes refrescantes de Cíbola.

Es lo que merezco, exactamente lo que merezco, se dijo.

Su piel se había quemado y desprendido; se había vuelto a quemar y a caerse otra vez. Y no se había bronceado sino que se había ennegrecido. Era el ejemplo ambulante de que el hombre termina por asumir el aspecto de lo que es. Al verlo, cualquiera habría pensado que lo habían empapado con queroseno y le había acercado un fósforo. El resplandor del desierto había desvanecido el azul de sus ojos, y mirar en el fondo de ellos era como escrutar los agujeros negros del cosmos. Sus ropas eran una copia estafalaria de las del hombre oscuro: camisa a cuadros rojos abierta en el cuello, vaqueros descoloridos, y botas para el desierto, que ya estaban raspadas y deformadas. Pero había tirado el amuleto de la grieta roja. No era digno de llevarlo, acababa de dar prueba de ello. Y, al igual que todos los demonios imperfectos, había sido expulsado.

Se detuvo bajo el sol abrasador y se pasó por la frente una mano flaca y temblorosa. Toda su vida había sido una preparación para ese lugar y esa hora. Había atravesado los corredores ardientes del infierno para llegar allí. Había soportado al *sheriff* que mató a su padre; había resistido el encierro en Terre Haute, había aguantado a Carley Yates. Después de toda una vida extravagante y solitaria, llegó a encontrar amigos. Lloyd, Ken, Whitney Horgan.

Y, maldita sea, lo había jodido todo. Merecía achicharrarse allí, en la sartén del diablo. ¿Existía redención para él? Quizá el hombre oscuro lo sabía. Trashcan no.

Ahora apenas recordaba lo que había ocurrido, acaso porque su mente atormentada *no* quería recordar. Estuvo más de una semana en el desierto antes de su último y desastroso regreso a Indian Springs. Un escorpión le picó en el dedo corazón de la mano izquierda, que se hinchó como un guante de goma lleno de agua. Un fuego sobrenatural le invadió la cabeza. Sin embargo, había seguido adelante.

Cuando al fin regresó a Indian Springs aún se sentía como el engendro de una imaginación ajena. Había charlado afablemente mientras los hombres examinaban sus hallazgos: mechas incendiarias, minas de contacto, insignificancias. Trashcan empezaba a sentirse bien por primera vez desde la picadura del escorpión.

Y de pronto volvió atrás en el tiempo y se encontró en Powtanville. Alguien dijo: «Los que juegan con fuego se queman, Trashcan». Él levantó la cara esperando encontrarse con Billy Jamieson; pero no era Bill, sino Rich Groudemore, de Powtanville, sonriendo y hurgándose los dientes con una cerilla, con los dedos sucios de grasa porque había ido directamente desde la gasolinera Texaco de la esquina, en la que trabajaba, a jugar una partida aprovechando la hora del café. Y otro había recomendado: «Será mejor que guardes eso, Richie, Trashcan ha vuelto a la ciudad». Al principio le pareció la voz de Steve Tobin, pero no se trataba de Steve. Era Carley Yates con su vieja y raída cazadora de motorista. Con creciente horror descubrió que *todos* estaban allí, cadáveres inquietos que habían resucitado. Richie Groudemore, Carley, Norm Morrisette y Hatch Cunningham, que se estaba quedando calvo a pesar de que sólo tenía dieciocho años, y a quien todos llamaban *Cunnilingus* y le hacían muecas burlonas. El tumor acumulado durante años explotó de golpe. «Eh, Trashcan, ¿por qué no quemaste el colegio? Trashcan, ¿ya te has quemado el pito? Eh, Trashcan, me han contado que te pinchas con líquido para mecheros, ¿es cierto?». Y después Carley Yates: «Eh, Trashcan, ¿qué dijo la vieja Semple cuando le quemaste el cheque de la pensión?».

Él intentó gritarles; pero sólo consiguió refunfuñar «No volváis a preguntarme por el cheque de la vieja Semple». Y echó a correr.

El resto era un sueño. Cogió las mechas incendiarias y las introdujo en los camiones del garaje. Sus manos habían actuado de forma mecánica, mientras sus mentes se sumergían en un torbellino. Le habían visto haciendo viajes del garaje a su vehículo. Algunos compañeros lo saludaron; pero nadie le preguntó qué estaba haciendo. Al fin y al cabo, llevaba el amuleto de Flagg.

Trashcan hacía su trabajo y pensaba en Terre Haute.

Allí le habían hecho morder un trozo de goma mientras le aplicaban los electrochoques, y el encargado de los mandos algunas veces se parecía al *sheriff* asesino de padres, otras a Carley Yates, y en ocasiones a Cunnilingus. Él siempre había jurado histéricamente que esa vez no se mearía encima. Pero siempre terminaba mojado.

Cuando terminó con los camiones, entró en el hangar más próximo y repitió la operación con los helicópteros. Quería que las mechas fueran de tiempo controlado, y había recurrido a la cocina, donde encontró alrededor de una docena de temporizadores de plástico. Se movía el marcador hasta el quince o el veinte y cuando la aguja volvía al cero el mecanismo hacía *ring*. Era el momento de sacar el pastel del horno. Pero esta vez no haría *ring* sino *bang*, pensó Trashcan, y eso le gustó. Tenía gracia. Si Carley Yates o Rich Groudemore intentaban levantar el vuelo con uno de esos helicópteros, se llevarían una buena sorpresa. Se limitó a acoplar los relojes de cocina al sistema de encendido de los helicópteros.

Cuando terminó el trabajo, tuvo un momento de cordura. Una oportunidad de elegir. Paseó la mirada por los helicópteros aparcados en el hangar y luego contempló sus manos. Olían a bielas quemadas. No estaba en Powtanville. Allí no había helicópteros. El sol de Indiana no resplandecía con el fulgor salvaje de este sol. Se hallaba en Nevada. Carley y sus compinches del salón de billares habían muerto. Se los había llevado la supergripe.

Trashcan se plantó dubitativo ante su obra. ¿Qué hacía? ¿Sabotear el arsenal del hombre oscuro? Era una insensatez, una locura. Lo desmontaría todo enseguida.

Pero las explosiones eran hermosas. Los incendios poseían una enorme belleza. Chorros de combustible inflamado por todas partes. Helicópteros estallando repentinamente. Una maravilla.

Y entonces despreció su nueva vida. Volvió corriendo al vehículo que utilizaba para sus incursiones por el desierto, con una sonrisa extraviada en su rostro ennegrecido por el sol. Subió y huyó, pero no fue muy lejos. Esperó. Por fin un camión cisterna había salido del garaje y avanzaba por la pista como un enorme escarabajo oliváceo. Cuando estalló, despidiendo llamas grasientas en todas direcciones, dejó caer los prismáticos y lanzó al cielo un alarido, blandiendo los puños con regocijo incoherente. Pero la alegría no duró. Un terror mortal y una pena enfermiza ocuparon su lugar.

Se dirigió hacia el noroeste y se adentró en el desierto, lanzando el tractor a velocidades casi suicidas. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? No lo sabía. Si le hubieran dicho que era 16 de septiembre, habría asentido con una carencia total de sentido del tiempo, el espacio y la comprensión.

Había pensado que se mataría, que no le quedaba otra solución; todo le daba la espalda, y así se suponía que debía ser. Cuando muerdes la mano que te alimenta, tienes que suponer que esa mano se convertirá en un puño. No era sólo ley de vida, era justicia. Tenía tres latas de gasolina en la parte trasera del vehículo. La derramaría por encima de él y luego prendería una cerilla. Era lo que se merecía.

Pero no lo hizo. Ignoraba por qué. Alguna fuerza más poderosa que la tortura de su remordimiento y su soledad lo había evitado. Le parecía que ni siquiera inmolarse como un monje budista era expiación suficiente. Se durmió. Al despertar, descubrió que una nueva idea se había infiltrado en su cerebro mientras dormía:

Redimirse.

¿Era posible? No lo sabía. Pero si encontraba algo, algo grande, y se lo llevaba al hombre oscuro de Las Vegas, ¿qué pasaría? Y si la redención era imposible, acaso la expiación no lo fuera. En tal caso, todavía le quedaba una posibilidad de morir tranquilo.

¿Que podía ser? Algo lo suficientemente importante para merecer la redención o, llegado el caso, la expiación. Ni minas de tierra ni una flota de camiones lanzallamas, tampoco granadas o armas automáticas. Nada de eso era grandioso. Sabía que había dos grandes bombarderos experimentales, fabricados a espaldas del Congreso y pagados con fondos reservados. Pero no disponía de medios para llevarlos a Las Vegas. Y aunque los hubiera tenido, no había nadie que supiera pilotarlos. Por su aspecto, necesitaban una tripulación de diez hombres, quizá más.

Trashcan era como una mira de rayos infrarrojos que capta el calor en la oscuridad y muestra las fuentes térmicas como siluetas vagamente diseñadas. Por alguna extraña aptitud, detectaba los artefactos abandonados en aquella tierra de nadie, donde se habían llevado a cabo tantos proyectos bélicos. Pudo haberse dirigido al Oeste, directamente al Proyecto Azul, donde todo empezó: pero la epidemia no le gustaba y, con su razonamiento confuso pero no del todo ilógico, dedujo que tampoco sería del gusto de Flagg. La epidemia mataba sin

discriminar. Habría sido mejor para el género humano que los responsables del Proyecto Azul hubieran tenido en mente este simple hecho.

De modo que se encaminó hacia el noroeste de Indian Springs, a la arenosa desolación de la base aérea Nellis, y detuvo su vehículo delante de la cerca de alambre de espino con carteles donde se leía: PROPIEDAD DEL GOBIERNO. PROHIBIDO EL PASO. CENTINELAS ARMADOS. PERROS GUARDIANES. CORRIENTE DE ALTO VOLTAJE. Pero la corriente no existía y los perros y los centinelas estaban muertos. Trashcan siguió adelante, corrigiendo el rumbo de cuando en cuando. Algo lo atraía. No sabía qué, pero intuía que era importante.

Los grandes neumáticos Goodyear del vehículo siguieron rodando incansables, transportando a Trashcan a través de cauces secos y subiendo cuestas tan rocosas que parecían espinazos medio desollados de estegosaurios. El aire era tranquilo y seco. La temperatura rondaba los treinta y ocho grados. El único ruido era el ronquido del motor Studebaker, acondicionado para el desierto.

Llegó a lo alto de un promontorio y se detuvo. A sus pies divisó un grupo de edificios que brillaban como mercurio en medio del calor que ascendía del suelo. Cobertizos de metal y barracones. En las calles polvorientas había vehículos estacionados. Toda la zona se encontraba rodeada por tres hileras de alambre de espino electrificado.

Un camino asfaltado de dos carriles conducía a la garita del guardia que parecía una caja blindada. Allí no había simpáticos letreros con la leyenda ENTREGUE SU CÁMARA AL PM DE TURNO O SI ESTO LE GUSTA, DÍGASELO A SU CONGRESISTA. El único cartel visible estaba escrito en rojo sobre amarillo, con los colores de peligro, y era lacónico y concreto: ENSEÑE SU DOCUMENTACIÓN.

—Gracias —susurró Trashcan. No sabía a quién le daba las gracias. Su sexto sentido lo había guiado hasta ese lugar. Él siempre había sabido que existía en alguna parte.

El vehículo bajó la pendiente traqueteando. A los diez minutos avanzaba por el camino de acceso que conducía a la garita del guardia. Había barreras con rayas blancas y negras que cerraban el paso y se apeó para examinarlas. En estos lugares siempre había grandes generadores para asegurar una buena reserva de energía en casos de corte de suministro. Dudaba que algún generador hubiera continuado suministrándola durante tres meses, pero antes de seguir adelante tenía que asegurarse de que no quedaba nada en funcionamiento. Lo que anhelaba lo tenía al alcance de la mano. No permitiría que un exceso de ansiedad lo dejara como un solomillo achicharrado en el microondas.

Una momia uniformada le miraba desde detrás de diez centímetros de cristal a prueba de balas.

Trashcan pasó por debajo de la barrera atravesada frente a la garita y se acercó a la puerta del pequeño edificio de hormigón. Estaba abierta. Estupendo. Cuando en un lugar como ése se disparaban los equipos de emergencia, todo se bloqueaba automáticamente. Si estabas en el retrete, quedabas encerrado hasta que pasaba la crisis. Pero si se cortaba la corriente de emergencia todo quedaba abierto.

El centinela muerto despedía un olor seco, dulzón, como de canela y azúcar tostada. No se había hinchado ni podrido, simplemente se había secado. Aún tenía manchas negras debajo del cuello: la marca registrada de *Capitán Trotamundos*. En un rincón, detrás de él, vio un rifle automático Browning. Trashcan lo cogió y volvió a salir.

Montó el mecanismo del rifle para disparar tiro a tiro, centró la mira y apoyó la culata contra el hueco de su huesudo hombro derecho. Apuntó a un transformador y disparó. Se oyó un fuerte chasquido y se olió una excitante bocanada de cordita. El transformador estalló, pero no despidió el resplandor blanco purpúreo de la electricidad de alto voltaje. Trashcan sonrió.

Se acercó tarareando a la verja y la examinó. Al igual que la puerta de la garita del guardia, se hallaba abierta. La empujó y al punto retrocedió. Allí había una mina de presión, debajo del suelo. No sabía cómo, pero lo sabía. Podía estar activada.

Regresó a su vehículo, lo puso en marcha y embistió las barreras, que se partieron con un ruido seco. Las ruedas pasaron sobre ellas. Los ojos de Trashcan brillaron. Delante de la verja, saltó del vehículo y volvió a ponerlo en marcha. El vehículo sin conductor aplastó la verja. Trashcan corrió a la garita del guardia.

Cerró los ojos, pero no se produjo ninguna explosión. Estupendo. Los sistemas de emergencia debieron funcionar un mes, quizá dos; pero al final el calor y la falta de mantenimiento los habían inutilizado. De todas formas, tendría que ir con cautela.

Entretanto, el vehículo se dirigía hacia la pared ondulada de un barracón metálico.

Corrió tras él y lo alcanzó justo cuando topaba con el bordillo de una calle en cuyo rótulo se leía: Illinois Street. Subió, dio la vuelta y lo condujo hasta la puerta delantera del barracón.

El interior se hallaba impregnado por el mismo olor de azúcar y canela. Había alrededor de veinte cadáveres de soldados diseminados en unas cincuenta camas. Trashcan avanzó por el pasillo y se preguntó adónde iba. Allí no había nada que pudiera interesarle. En otra época esos hombres fueron armas, a su manera; pero la supergripe los había neutralizado.

Sin embargo, al fondo del edificio vio algo que le llamó la atención. Un cartel. Se acercó para leerlo. Allí dentro hacía un calor espantoso. Le producía dolor de cabeza. Pero cuando se detuvo frente al cartel sonrió. Sí, estaba allí. En algún lugar de la base se encontraba lo que él andaba buscando.

El cartel mostraba la caricatura de un hombre debajo de la ducha. Se estaba enjabonando a conciencia los genitales, cubiertos casi totalmente de burbujas. La leyenda al pie decía: ¡RECUERDE! ¡POR SU PROPIO BIEN, DÚCHESE A DIARIO!

Más abajo aparecía un emblema amarillo y negro que mostraba tres triángulos confluyentes hacia un punto central.

El símbolo de la radiación.

Trashcan rió como un niño y aplaudió en medio del silencio.

Whitney Horgan encontró a Lloyd en su habitación, tumbado en la inmensa cama redonda que hasta hacía muy poco había compartido con Dayna Jurgens. Sobre su pecho desnudo mantenía en equilibrio un vaso de *gin-tonic*. Miraba con solemnidad su imagen reflejada en el espejo del techo.

—Pasa —dijo al ver a Whitney—. Déjate de ceremonias, por Dios. No hace falta que llames, basss... tardo.

—¿Estás borracho, Lloyd? —preguntó Whitney.

—No. Todavía no. Pero voy camino de estarr... lo.

—¿Él está aquí?

—¿Quién? ¿El jefe intrépido? —Lloyd se sentó en la cama—. No anda lejos. El caminante de medianoche.

Rió y volvió a tumbarse.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Whitney en voz baja—. Sabes que no es prudente darle al alcohol cuando él...

—Al cuerno.

—Recuerda lo que le ocurrió a Héctor Drogan. Y a Strellerton.

—Tienes razón. Las paredes oyen. Las jodidas paredes tienen oídos.

—¿Conoces esa expresión?

—Sí. Y aquí es muy cierta, Lloyd.

—Y que lo digas.

Lloyd se incorporó de golpe, arrojó el vaso contra la pared de enfrente y comentó:

—Más trabajo para el servicio de limpieza, ¿eh, Whitney?

—¿Te encuentras bien, Lloyd?

—Perfectamente. ¿Quieres un *gin-tonic*?

Whitney vaciló un momento.

—No. No me gusta sin lima.

—¡No padezcas por eso! Tengo lima. —Fue hasta el bar y sacó un Real Lime en envase de plástico—. Se parece al testículo izquierdo del gigante verde. Gracioso, ¿no?

—¿Esto sabe a lima?

—Claro. ¿A qué crees que sabe? Vamos, anda, bebe conmigo.

—Está bien.

—Lo tomaremos al lado de la ventana y así contemplaremos el panorama.

—No —rehusó Whitney con aspereza.

Lloyd se detuvo camino del bar y palideció. Miró a Whitney y sus ojos se encontraron.

—De acuerdo —dijo Lloyd—. Perdona. Ha sido de mal gusto.

—Está bien.

Pero no estaba bien y ambos lo sabían. La mujer que Flagg había presentado como su «esposa» había caído en picado el día antes. Lloyd recordó a Ace High diciendo que Dayna no podría saltar porque las ventanas no se abrían. Pero el ático tenía una terraza. Supuso que ellos habían pensado que ninguno de los grandes perdedores, en su mayoría árabes, saltarían desde allí.

Preparó un *gin-tonic* para Whitney y bebieron en silencio. Fuera, el sol se ponía con un destello rojo. Por fin Whitney preguntó en voz baja, casi inaudible:

—¿Crees de verdad que cayó sola?

—¿Qué más da? —contestó Lloyd—. Sí. Creo que sí. ¿No lo hubieras hecho si estuvieras casado con él? ¿Quieres otro?

Whitney miró su vaso y vio con asombro que estaba vacío. Se lo tendió a Lloyd, y éste volvió al bar. Lloyd era generoso con la ginebra y Whitney sentía una agradable embriaguez.

Volvieron a beber en silencio, contemplando la puesta de sol.

—¿Que has oído decir acerca de ese Cullen? —preguntó Whitney.

—Nada. No he oído nada. Barry no ha oído nada. Nada en la carretera 40, nada en la 30, nada en la 2, en la 64 y la interestatal 15. Nada en las carreteras comarcales. Está todo vigilado y nadie lo ha visto. Se halla en el desierto y si sigue caminando de noche y sabe dirigirse hacia el este, se escabullirá. Bueno, ¿y qué más da? ¿Qué puede revelarles?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Y soy partidario de dejarle marchar.

—Te diré una cosa —dijo Lloyd, inclinándose hacia adelante—: está perdiendo la partida. Y no guardaba ningún as en la manga.

Whitney se sentía incómodo. Lloyd volvía a pisar terreno peligroso al criticar al jefe. Su embriaguez se había acentuado, de lo cual se alegraba. Quizá pronto se encontraría con ánimo suficiente para decirle a qué había venido.

—Lloyd, yo...

—¿Otro?

—Sí. Creo que sí.

Lloyd volvió a llenar los vasos. Le entregó uno a Whitney, el cual se estremeció un poco al tomar el primer sorbo. Era casi ginebra pura.

—Las cosas se le escapan de las manos —prosiguió Lloyd—. Primero Dayna, después Cullen. Su esposa, si es que lo era, se lanza al vacío.

—¿Crees que figuraba en sus planes?

—No deberíamos hablar de eso.

—Y Trashcan. Pienso en lo que hizo él solito. Con amigos como éstos, ¿quién necesita enemigos?

—Lloyd...

Lloyd negaba con la cabeza.

—No entiendo nada. Todo iba como la seda hasta la noche en que llegó y comunicó que la anciana estaba muerta en la Zona Libre. Dijo que había caído el último obstáculo en nuestro camino. Pero en ese momento fue cuando las cosas empezaron a torcerse.

—Lloyd, no creo que debamos...

—Ahora estoy hecho un lío. Supongo que podríamos intentar un ataque por tierra la próxima primavera. Lo que queda claro es que será imposible antes de entonces. Pero la próxima primavera, ¿quién sabe lo que habrán preparado allí? Teníamos que aniquilarlos antes de que pudieran prepararnos alguna sorpresa, y ahora es imposible. Además, y que el Señor nos proteja, tenemos a ese Trashcan vagando por alguna parte y seguro que...

—Lloyd —le interrumpió Whitney con voz entrecortada—. Escucha.

—¿Qué te pasa ahora, capullo?

—No sabía si tendría valor para preguntártelo —dijo Whitney, y apretó el vaso—. Yo, Ace High, Ronnie Sykes y Jenny Engstrom nos largamos. ¿Quieres unirme a nosotros? Creo que cometo una locura al decírtelo, sé que estás muy ligado a él.

—¿Que os largáis? ¿Adonde?

—Supongo que a Sudamérica. A Brasil. Queda lo bastante lejos. —Hizo una pausa, luchando consigo mismo, y después prosiguió—. Mucha gente se está marchando. Bueno, quizá no mucha, pero sí bastante, y cada día más. No creen que Flagg pueda conseguirlo. Algunos se van a Canadá; pero allí hace demasiado frío para mi gusto. Lo cierto es que tengo que salir de aquí. Iría al Este si estuviera seguro de que me aceptaban, y si creyera que podía llegar.

Se interrumpió y miró a Lloyd con expresión desolada, como si tuviera miedo de haber hablado demasiada.

—No temas —lo tranquilizó—. No pienso dar el soplo, viejo granuja.

—Es que... aquí todo ha salido mal.

—¿Cuándo pensáis marchar?

Whitney lo miró con desconfianza.

—Ya. Olvidalo. ¿Quieres otro?

—No —contestó Whitney mirando su vaso.

—Yo sí. —Lloyd volvió al bar; dándole la espalda a Whitney, añadió—: No puedo hacerlo.

—¿No?

—¡No puedo! Le debo mucho. Me sacó de un aprieto en Phoenix y he estado a su lado desde entonces. Parece que hace un siglo.

—Te entiendo.

—Pero hay algo más. Me convirtió en otra persona. No he sido el mismo después de haberlo conocido. Sí, me hizo más inteligente.

Alzó la piedra estriada que reposaba sobre su pecho, la miró y volvió a dejarla caer. Se restregó la mano contra los pantalones como si hubiera tocado algo asqueroso.

—Sé que no soy un genio —continuó—. Me veo obligado a escribir en una libreta lo que debo hacer para no olvidarlo. Pero, con su respaldo, puedo dar órdenes que normalmente

producen buen resultado. Antes sólo sabía obedecer y meterme en líos. He cambiado... Y es obra suya.

—Cuando llegamos a Las Vegas había dieciséis personas. Ronnie era una de ellas, y Jenny, y el pobre Héctor Drogan. Lo esperaban. Al entrar en la ciudad, Jenny se hincó de rodillas y le besó las botas. Apuesto a que nunca te lo contó cuando estabais en la cama. —Contempló a Whitney con una sonrisa irónica—. Ahora quiere largarse. No la culpo, ni tampoco a ti.

—¿Te vas a quedar?

—Hasta el final, Whitney. Se lo debo.

No añadió que todavía tenía fe suficiente en el hombre oscuro como para creer que Whitney y los demás terminarían crucificados. Y había algo más. Aquí era el lugarteniente de Flagg. ¿Que sería en Brasil? Whitney y Ronnie tenían más inteligencia. Pero Ace High y él terminarían haciendo de criados, y eso a Lloyd no le gustaba. Antes no le habría importado, pero ahora las cosas habían cambiado mucho. Y cuando tu cabeza cambia, cambia para siempre, según estaba descubriendo.

—Seguro —se reafirmó Lloyd.

Y pensó: No me gustaría estar en tu pellejo si Flagg acaba triunfando. No querría hallarme en tu lugar cuando disponga de tiempo para buscaros en Brasil. En ese momento, la crucifixión podría ser la menor de tus desgracias...

Lloyd levantó el vaso.

—Un brindis, Whitney.

Whitney alzó el suyo.

—Suerte para todos —deseó Lloyd—. Éste es mi brindis. Suerte para todos.

—¡Brindo por eso, amigo! —exclamó Whitney.

Ambos bebieron.

Whitney se marchó poco después. Lloyd siguió bebiendo. Alrededor de las nueve y media se quedó profundamente dormido en la cama redonda. No soñó, y esto bien valía la resaca del día siguiente.

Cuando salió el sol en la mañana del 17 de septiembre, Tom Cullen acampó un poco al norte de Gunlock, Utah. Hacía tanto frío que su aliento se condensaba. Tenía las orejas entumecidas y heladas. Pero se sentía bien. La noche anterior había pasado cerca de un camino de tierra y había visto a tres hombres armados sentados alrededor de una pequeña fogata.

Al intentar escabullirse por un despeñadero, provocó un pequeño derrumbamiento y las piedras rodaron hasta el lecho seco de un arroyo. Tom se quedó paralizado. La orina tibia le corrió entre las piernas. Pero no se dio cuenta que se había mojado como un bebé hasta que pasó una hora.

Los tres hombres se volvieron y dos de ellos cogieron los fusiles. El escondite de Tom era suficiente. Su sombra se confundía con otras sombras. La luna se había ocultado detrás de un banco de nubes. Si elegía ese momento para salir...

Uno de los hombres se distendió.

—Ha sido un ciervo —aseguró—. Andan por todas partes.

—Pues yo creo que deberíamos inspeccionar —opinó otro.

—Pues te metes un dedo en el culo y te entretienes en inspeccionar eso —respondió el tercero.

Volvieron a sentarse alrededor de la fogata y Tom empezó a caminar, estudiando cada paso, observando cómo el fuego se empequeñecía con una lentitud torturante. Al cabo de una hora, era sólo una chispa en la ladera que tenía a sus pies. Por fin dejó de verse y Tom respiró aliviado. Aún estaba en el Oeste y sabía que tenía que andar con cuidado, cielos, sí, pero el peligro ya no parecía tan grande.

Y ahora, mucho después, cuando ya despuntaba el sol, Tom se acurrucó entre unos matorrales y se dispuso a dormir. Tendré que conseguir mantas, pensó. Empieza a hacer frío. Entonces se quedó profundamente dormido, como siempre.

Soñó con Nick.

Trashcan había encontrado lo que buscaba.

Avanzaba por un pasadizo subterráneo tan oscuro como el cañón de un fusil. Viajaba en una vagoneta eléctrica que avanzaba casi silenciosamente por el ancho corredor. El único ruido que producía era un ligero chirrido.

La vagoneta consistía en un asiento para el conductor y una gran plataforma de carga. Sobre ésta descansaba una cabeza nuclear.

Era pesada.

Trashcan no podía calcular bien lo que pesaba porque no había logrado moverla a mano. Era larga y cilíndrica. Y fría. Al acariciar su superficie curva, le había resultado difícil convencerse de que esa gélida mole de metal encerrara tanto calor latente.

La había encontrado a las cuatro de la madrugada. Fue al garaje a recoger un aparejo, bajó de nuevo con el dispositivo y lo pasó alrededor de la cabeza nuclear. Una hora y media después, ésta se encontraba montada sobre la vagoneta, con el morro apuntando hacia arriba. Llevaba estampada la inscripción A161410 USAF. Las duras cubiertas de caucho de la vagoneta habían cedido notablemente bajo su peso.

Ahora estaba llegando a la desembocadura del túnel. Delante tenía un enorme montacargas con las puertas abiertas. Sus dimensiones habrían bastado para albergar la vagoneta; pero, por supuesto, no había corriente. Trashcan había bajado por las escaleras, y por la misma vía había transportado el aparejo, que era liviano en comparación con la cabeza nuclear. Sólo pesaba unos cincuenta kilos. Fue difícil bajarlo cinco tramos de escalera.

¿Cómo podría subir la cabeza nuclear?

Con un cabrestante mecánico, susurró su mente.

Instalado en el asiento del conductor y paseando la luz de la linterna, Trashcan asintió. Claro, ésa era la solución. Izarla con algún sistema de poleas. Montaría un motor arriba y la subiría, piso por piso, si era necesario. Pero ¿dónde encontraría una cadena de casi doscientos metros en una sola pieza?

Lo más probable era que no la encontrase. Podía soldar trozos de cadena. ¿Daría resultado? ¿Resistirían las soldaduras? Difícil saberlo. Y aunque resistieran, ¿cómo solucionar el problema de las vueltas de la escalera?

Saltó del asiento y, en la oscuridad silenciosa, acarició la superficie suave y letal de la cabeza nuclear.

El amor le haría encontrar la forma.

Empezó a subir los escalones para ver qué podía hallar. En aquella base tenía que haber un poco de todo. Acabaría dando con lo que le hacía falta.

Subió dos pisos y se detuvo para recuperar el aliento. De repente se preguntó: ¿Habré recibido radiaciones? Estos artefactos estaban blindados con plomo. Pero en las películas que daban por televisión, los hombres que manipulaban materiales radiactivos siempre usaban trajes protectores y chapas sensoras que cambiaban de color si la atmósfera quedaba contaminada. Porque las radiaciones eran silenciosas. E invisibles. Simplemente corroían la carne y los huesos. No sabías que te habían afectado hasta que empezabas a perder el pelo y a salir corriendo al lavabo cada cinco minutos.

¿Le sucedería eso a él?

Llegó a la conclusión de que no le importaba. Sacaría la bomba de allí. No sabía cómo, pero lo haría. Y la transportaría hasta Las Vegas. Tenía que compensar de alguna manera el descalabro que había provocado en Indian Springs. Estaba dispuesto a morir para expiar su culpa.

—Daré la vida por usted —susurró en la oscuridad, y reanudó la marcha escaleras arriba.

Era casi la medianoche del 17 de septiembre. Randall Flagg estaba en el desierto, envuelto en tres mantas desde los pies hasta la barbilla. Se había enrollado una cuarta manta alrededor de la cabeza, como una especie de turbante, y sólo se le veían los ojos y la punta de la nariz.

Poco a poco dejó que los pensamientos se deslizaran. Se quedó inmóvil. Las estrellas irradiaban un fuego frío, una luz embrujada.

Liberó el Ojo.

Notó cómo se desprendía de él con un tirón débil e indoloro. Salió volando, silencioso igual que un halcón remontándose sobre oscuras corrientes de aire. Ahora se había fusionado con la noche. Era el ojo del cuervo, el del lobo, el de la comadreja, el del gato. Era el escorpión, la araña tejiendo su tela, una flecha con veneno mortal que atravesaba el aire del desierto. Aunque se hubieran producido muchos acontecimientos, el Ojo no le había abandonado.

Volaba sin esfuerzo, mientras el mundo de las cosas terrenales se desplegaba a sus pies semejante a la esfera de un reloj.

Vienen hacia aquí... ya están casi en Utah...

Volaba alto, veloz y silencioso sobre un mundo sepulcral. Debajo de él se extendía el desierto cual una lápida blanca, cortado por la cinta oscura de la carretera interestatal. Se dirigió hacia el este, sobrevolando el límite del estado, dejando muy atrás su cuerpo, que tenía los ojos brillantes mirando hacia arriba, dejando al descubierto el globo ocular.

El terreno empezaba a cambiar. Promontorios, extraños pilares tallados por el viento, mesetas llanas... La carretera atravesaba en línea recta la comarca. Las salinas de Bonneville quedaban mucho más al norte. El valle de Skull al oeste. El gemido del aire, amortiguado y lejos...

Un águila posada en la rama más alta de un viejo pino fulminado por el rayo, en un lugar situado al sur de Richfield notó que algo pasaba cerca, algo mortífero divisado mientras surcaba la noche. Levantó el vuelo para defenderse, intrépida, y fue azotada por un frío letal. Se desplomó casi hasta el suelo, aturdida, antes de recuperarse.

El Ojo del hombre oscuro se dirigió hacia el este.

Ahora la carretera de abajo era la interestatal 70. Las ciudades, tan sólo desniveles abigarrados, estaban desiertas si se exceptuaban las ratas, los gatos y los ciervos, que ya habían empezado a acudir desde los bosques, a medida que se disipaba el olor del hombre. Ciudades como Freemont, Green River, Segó, Thomson y Harley Dome. Luego, una ciudad pequeña, también abandonada. Gran Junction, Colorado...

Al este de Gran Junction ardía una pequeña fogata.

El Ojo bajó en espiral.

La hoguera se estaba extinguiendo, y alrededor de ella había cuatro personas dormidas.

Así pues, era verdad.

El Ojo las estudió fríamente. Se acercaban. Por razones que no podía comprender, se estaban acercando. Nadine había dicho la verdad.

Entonces percibió un gruñido, y el Ojo se volvió en otra dirección. Más allá de la hoguera había un perro, con la cabeza gacha y la cola entre las patas. Sus ojos refulgían como malignas gemas ambarinas. Gruñía sin cesar, produciendo un ruido similar al de una tela que se estuviera desgarrando. El Ojo lo miró, y el perro le devolvió la mirada, impasible. No obstante, le mostró los colmillos.

Una de las figuras se sentó.

—*Kojak* —murmuró—. ¿Quieres callarte de una vez?

Kojak siguió gruñendo, con el pelaje erizado.

El hombre que se había despertado, Glen Bateman, miró alrededor, inquieto de repente.

—¿Quién está ahí? —le susurró al perro—. ¿Hay alguien?

Kojak continuaba gruñendo.

—¡Stu!

Sacudió al hombre que tenía al lado, el cual musitó algo y volvió a quedarse dormido.

El hombre oscuro ya había visto lo suficiente. Se elevó, captando una visión fugaz del lomo del perro que giraba para seguirlo con la mirada. El gruñido se convirtió en una sucesión de ladridos, al principio fuertes, después cada vez más amortiguados, hasta que cesaron.

Silencio y una oscuridad aterradora.

Quién sabe cuánto tiempo después, se detuvo sobre el desierto, mirando su propia imagen allí abajo. Descendió con lentitud, acercándose poco a poco al cuerpo, hasta que se introdujo en sí mismo. Por un momento experimentó una curiosa sensación de vértigo, de fusión de dos entes en uno. Después el Ojo desapareció y sólo quedaron sus ojos, contemplando las estrellas frías y brillantes.

Sí, venían.

Flagg sonrió. ¿La vieja les había ordenado que partieran? ¿Habrían obedecido si ella, en su lecho de muerte, les hubiera exhortado a suicidarse? Sí, suponía que era posible.

Lo que él había olvidado era tan asombrosamente sencillo que se sentía avergonzado de no haberlo previsto: *ellos* también tenían dificultades, *ellos* también se hallaban asustados... y eso les llevaba a cometer un error colosal.

Era incluso posible que les hubieran expulsado. ¿Sería así?

Consideró esa posibilidad, pero luego la desechó.

Venían por su propia voluntad. Arrojados en su dignidad, del mismo modo que un grupo de misioneros se acerca a una aldea de caníbales. ¡Oh, era fantástico!

Ahí terminarían las dudas. Ahí acabarían los temores. Bastaría exhibir las cuatro cabezas clavadas en picas frente a la fuente del MGM Grand. Congregaría a todos los habitantes de Las Vegas y les haría contemplar el espectáculo. Haría sacar fotografías e imprimir octavillas, que serían distribuidas por Los Ángeles, San Francisco, Spokane y Portland.

Cinco cabezas. También ensartaría en una pica la del perro.

—Hermoso perrito —dijo Flagg, y estalló en una carcajada por primera vez desde que Nadine le había inducido a arrojarla desde la terraza—. Hermoso perrito —repitió con una sonrisa.

Esa noche durmió bien. Por la mañana, dio orden de triplicar la vigilancia en las carreteras que unían Utah con Nevada. Ahora ya no tenían que buscar un hombre que se dirigía hacia el este, sino cuatro hombres y un perro que avanzaban hacia el oeste. Y había que capturarlos vivos. Vivos a cualquier precio.

Así tenía que ser.

—¿Sabéis? —dijo Glen Bateman, mirando hacia Grand Junction a primeras horas de la mañana—. Había oído la expresión «esto es incomible» sin tener una idea muy precisa de lo que eso significaba. Ahora ya la tengo.

Y contempló sonriendo el desayuno, que consistía en salchichas sintéticas.

—Pues esto es bueno —repitió Ralph—. Tenías que haber probado la bazofia que nos daban en el ejército.

Se hallaban sentados alrededor de la fogata que Larry había vuelto a avivar hacía una hora. Todos llevaban chaqueta y gruesos guantes, y ésa era la segunda ronda de tazas de café. La temperatura era de un par de grados sobre cero, y el cielo estaba nublado y desapacible. *Kojak* dormía todo lo cerca del fuego que podía sin chamuscarse el pelaje.

—He terminado de alimentar al hombre interior —comentó Glen al tiempo que se levantaba—. Dadme vuestra basura. La enterraré.

Stu le alargó el plato y la taza de papel.

—Esta caminata es fantástica, ¿no te parece, calvorota? Apuesto a que no has estado en tan buena forma física desde que tenías veinte años.

—Sí, hace setenta —agregó Larry, y rió.

—Stu, nunca estuve en estas condiciones —murmuró Glen sombrío, mientras recogía los desechos y los metía en una bolsa de plástico que se proponía enterrar—. Nunca *quise* estar en estas condiciones. Pero no me importa. Después de cincuenta años de agnosticismo declarado, parece que mi destino es seguir al dios de una anciana negra hasta las fauces de la muerte. Y si lo es, nada podrá evitarlo. Fin de la historia. Prefiero ir a pie, se tarda más y por consiguiente viviré más... al menos unos días. Perdonen, caballeros, voy a enterrar decorosamente esta basura.

Lo vieron encaminarse hacia un extremo del campamento con una pequeña pala. Esa «gira a pie por Colorado y comarcas del Oeste», como la definía Glen, había sido especialmente dura para él, el más viejo del grupo, doce años mayor que Ralph Bretner. Pero se las había ingeniado para aliviar los sacrificios de los demás. Su constante ironía era afable, y parecía en paz consigo mismo. El hecho de que pudiera seguir caminando día tras día impresionaba a sus compañeros. Tenía cincuenta y siete años, y Stu había visto cómo se friccionaba las articulaciones de los dedos en esas últimas tres o cuatro mañanas frías, haciendo muecas mientras se daba masaje.

—¿Te duele mucho? —le había preguntado el día anterior, más o menos una hora después de comenzar a andar.

—La aspirina me alivia. Es artritis, y se supone que será peor dentro de seis o siete años. Aunque, la verdad, tejano, no hago proyectos para un futuro tan distante.

—¿Piensas que él nos atrapará?

Y Glen Bateman había contestado algo singular:

—No tengo miedo de ningún diablo.

Así puso punto final a la conversación.

Ahora le oían cavar el terreno congelado mientras maldecía.

—Es un tipo formidable, ¿verdad? —comentó Ralph.

—Sí, lo es —convino Larry.

—Yo siempre había pensado que esos profesores eran medio maricas, pero éste es todo un hombre. ¿Sabes lo que me contestó cuando le pregunté por qué no echaba los desperdicios al borde del camino? Dijo que no valía la pena recuperar esa mala costumbre. Y que ya habíamos rescatado demasiados malos hábitos de los viejos tiempos.

Kojak se levantó y corrió a investigar qué estaba haciendo Glen. La voz de éste llegó hasta ellos.

—Vaya, por fin estás aquí, holgazán. Ya empezaba a preguntarme a dónde te habías largado. ¿Quieres que te encierre también a ti?

Larry sonrió y desprendió el cuentakilómetros que llevaba sujeto al cinturón. Lo había conseguido en una tienda de artículos de deporte. Lo acomodaba a la longitud de sus pasos y después se lo ceñía al cinturón como una regla de carpintero. Cada noche, anotaba en una hoja de papel manoseada y arrugada la distancia cubierta en esa jornada.

—¿Puedo ver esa hoja llena de mentiras? —preguntó Stu.

—Por supuesto —repuso Larry.

Se la dio.

Al principio de la hoja había escrito: «Boulder-Las Vegas: 1.240 kilómetros». Y debajo:

<i>Fecha</i>	<i>Kilómetros</i>	<i>Total km.</i>
6 de septiembre	45	45
7 de septiembre	43	88
8 de septiembre	42	120
9 de septiembre	45	165
10 de septiembre	45	210
11 de septiembre	46	256
12 de septiembre	46	302
13 de septiembre	47	349
14 de septiembre	51	400
15 de septiembre	51	451
16 de septiembre	56	507
17 de septiembre	59	566

Stu cogió un trozo de papel de su agenda e hizo unos cálculos.

—Bien, hacemos un promedio mejor que al principio, pero todavía nos quedan más de seiscientos kilómetros. Mierda, ni siquiera estamos a mitad de trayecto.

Larry asintió.

—Sí, vamos más rápido, pero es cuesta abajo. Y Glen tiene razón. ¿Para qué queremos ir más deprisa? Ese tipo va a hacernos picadillo cuando lleguemos.

—Pues yo no lo creo —declaró Ralph—. Podemos morir, claro, pero no será de una forma sencilla y rutinaria. Madre Abigail no nos hubiera enviado para ser asesinados sin que sirviera de algo.

—No creo que nos enviara ella —respondió Stu en voz baja.

El cuentakilómetros de Larry hizo un clic cuando inició la cuenta de la jornada: 000.0. Stu echó tierra sobre los rescoldos de la fogata. Siguieron los pequeños rituales de cada mañana. Ya llevaban doce días de marcha, y Stu tenía la impresión de que siempre eran iguales: Glen se quejaba de la comida entre bromas; Larry anotaba el kilometraje en su arrugada y engañosa hoja de papel, las dos tazas de café, alguien que enterraba la basura, alguien que apagaba el fuego. Esa rutina, una agradable rutina. Si uno se olvidaba de a dónde conducía todo aquello, podía resultar grata. Por las mañanas, Fran le parecía muy lejana, tenía su imagen nítida, pero lejos, como una fotografía guardada en un medallón. Pero por la noche, cuando llegaba la oscuridad y la luna flotaba en el cielo, la sentía más cerca. Casi a punto de tocarla... y ahí radicaba el dolor. En momentos como aquéllos su fe en madre Abigail se convertía en amarga duda y sentía deseos de despertar a los demás y decirles que aquella misión era una locura, que disponían de lanzas de papel para combatir a un molino letal, que lo mejor sería detenerse en la próxima ciudad, conseguir motos y regresar para disfrutar de un poco de amor, ya que eso sería todo lo que Flagg iba a permitirles.

Pero eso era por la noche. Cuando despuntaba el día lo correcto le parecía seguir adelante. Miró a Larry y se preguntó si también él pensaría en Lucy cuando oscurecía. Soñaba con ella y deseaba...

Glen regresó acompañado de *Kojak*.

—Vamos por ellos —dijo—. ¿De acuerdo, *Kojak*?

El perro meneó la cola.

—Dice que Las Vegas o reventar —comunicó Glen—. En marcha.

Treparon por el terraplén de la interestatal 70, que ahora bajaba hacia Grand Junction, e iniciaron la caminata del día.

Esa tarde comenzó a caer una lluvia fría, que los dejó helados y desalentó la charla. Larry caminaba solo, con las manos metidas en los bolsillos. Al principio pensó en Harold Lauder, cuyo cadáver habían encontrado dos días atrás. Entre ellos parecía existir un acuerdo tácito para no hablar de él. Sus pensamientos se desviaron hacia el individuo que había bautizado como el Hombre de los Lobos.

Había encontrado al Hombre de los Lobos un poco al este del túnel Eisenhower. Allí había un gran embotellamiento de vehículos y flotaba una nauseabunda pestilencia de cadáveres. El Hombre de los Lobos tenía medio cuerpo fuera de un Austin. Llevaba vaqueros y camisa de seda con lentejuelas. Alrededor del vehículo yacían los cuerpos de varios lobos. Uno descansaba sobre el pecho de su víctima, cuyas manos aferraban el pescuezo de la fiera, y el hocico ensangrentado de ésta apuntaba hacia el cuello del Hombre de los Lobos.

Reconstruyeron la escena y dedujeron que una manada bajó de las montañas, encontró a ese hombre solitario y le atacó. El individuo tenía un fusil, y había matado a varias bestias antes de buscar refugio en el coche.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido antes de que el hambre le obligara a salir? Larry no lo sabía, ni quería saberlo. Pero había visto que el Hombre de los Lobos estaba horriblemente flaco. Quizá una semana. Quienquiera que fuese, se dirigía hacia el Oeste para reunirse con el hombre oscuro; pero Larry no le habría deseado a nadie un final tan atroz. Habló de ello una vez con Stu, dos días después de salir del túnel, cuando ya lo habían dejado atrás.

—¿Por qué habría de rondar durante tanto tiempo una manada de lobos, Stu?

—No lo sé.

—Quiero decir que si tenían hambre, ¿no podían encontrar otra cosa?

—Sí, supongo que sí.

Para él era un misterio insondable y seguía dándole vueltas en la cabeza, convencido de que nunca encontraría la respuesta. Pero al Hombre de los Lobos no le habían faltado agallas. Empujado por el hambre y la sed, acabó abriendo la portezuela del coche. Uno de los lobos le desgarró el cuello, pero él había estrangulado al animal antes de morir.

Atravesaron el túnel unidos los cuatro por una cuerda. En medio de esa espeluznante oscuridad Larry recordó su expedición por el túnel Lincoln. Lo que le atormentaba ahora no era la imagen de Rita Blakemoor sino el rostro del Hombre de los Lobos, con una mueca definitiva mientras él y la fiera se mataban mutuamente.

¿Alguien había enviado a esos lobos para que mataran a aquel hombre?

Era una idea tan escalofriante que más valía no pensar en ella. Intentó borrarla de su mente y seguir andando. Pero le resultaba casi imposible.

Esa noche acamparon en Loma, muy cerca del límite de Utah. La cena consistió en víveres confiscados y agua hervida, como todas sus comidas, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de madre Abigail: «Marchad con lo puesto. No llevéis provisiones».

—En Utah lo pasaremos mal —comentó Ralph—. Creo que allí comprobaremos si Dios nos asiste. Hay un tramo de más de ciento cincuenta kilómetros sin una ciudad; ni siquiera hay una gasolinera, o un café.

No parecía demasiado preocupado por la perspectiva.

—¿Agua? —preguntó Stu.

Ralph se encogió de hombros.

—Tampoco mucha. Voy a acostarme.

Larry siguió su ejemplo. Glen se quedó levantado y encendió la pipa. A Stu le quedaban algunos cigarrillos y decidió fumarse uno. Durante un rato permanecieron en silencio.

—Estamos lejos de New Hampshire, calvorota —dijo por fin Stu.

—Tampoco nos oirían en Texas si gritáramos.

Stu sonrió.

—No. Claro que no.

—Añoras a Fran, ¿verdad?

—Sí, la echo de menos y me preocupa. Y también al bebe. Sobre todo por la noche.

Glen chupó la pipa.

—Es algo que no puedes cambiar, Stu.

—Lo sé. Pero tampoco puedo dejar de preocuparme.

—Es comprensible. —Glen golpeó la pipa contra una piedra—. Anoche ocurrió algo curioso. Me he pasado el día preguntándome si fue real o si lo soñé.

—¿De qué se trata?

—Bueno, me desperté porque *Kojak* gruñía a algo. Debía ser pasada la medianoche, ya que la fogata estaba casi apagada. *Kojak* se hallaba al otro lado de los dos rescoldos con el pelo erizado. Le ordené que se callara, y ni siquiera me miró. Temí que fuesen lobos. Desde que vimos a ese tipo que Larry llama el Hombre de los Lobos...

—Sí, eso fue horrible.

—Pero no había nada. El panorama aparecía despejado. Le gruñía a la *nada*.

—Olió un rastro, eso es todo.

—Sí, pero eso no fue lo más extraño. Al cabo de un par de minutos empecé a sentir... bueno, una sensación muy peculiar. Como si algo sobre el terraplén de la autopista me estuviera espiando. Espiándonos a todos. Casi me pareció poder verlo, que si entrecerraba los ojos y los enfocaba hacia el punto preciso, *lo vería*. No quise hacerlo. Presentía que era *él*. Flagg.

—Probablemente no era nada, Glen —murmuró Stu al cabo de un momento.

—Algo tenía que ser. *Kojak* también lo percibió.

—Bueno, supongamos que nos espiaba de alguna manera. ¿Qué podríamos hacer para impedirlo?

—Nada. Pero me inquieta que pueda observarnos. Me da mucho miedo.

Stu aplastó la colilla contra una roca, pero no hizo ademán de encaminarse hacia su saco de dormir. Miró a *Kojak*, que estaba echado al lado de la fogata con el hocico sobre las patas y les observaba.

—Y Harold está muerto —comentó Stu.

—Sí.

—Ha sido un derroche lamentable. Perdimos a Sue y Nick. Y también a él.

—Así es.

No había más que decir. Habían encontrado a Harold y su penoso testamento al día siguiente de salir del túnel Eisenhower. Nadine y él debieron pasar por Loveland Pass, ya que Harold tenía todavía su Triumph, o lo que quedaba de ella. Ralph comentó que habría sido imposible atravesar un túnel tan estrecho con un armatoste de esas dimensiones. Los buitres habían dado buena cuenta del cuerpo de Harold; pero todavía aferraba la libreta con una mano, y tenía la pistola metida en la boca como si fuera un grotesco pirulí. Aunque no le dieron sepultura, Stu retiró el arma con cuidado. Al ver la indiferencia con que el hombre oscuro se había librado de Harold cuando ya no lo necesitaba, Stu sintió que odiaba todavía más a Flagg. Tuvo la impresión de que estaban embarcados en algo parecido a una estúpida cruzada de niños. Tenía la convicción de que debían seguir adelante, pero el cadáver de Harold con la pierna fracturada lo atormentaba, igual que el rostro desencajado del Hombre de los Lobos torturaba a Larry. Quería hacerle pagar a Flagg la muerte de Harold, y no sólo la de Nick y Sue... aunque estaba cada vez más seguro de que nunca se le presentaría la oportunidad.

Pero si te pones al alcance de mis manos, pensó ceñudo, más valdrá que te cuides, cabrón.

Glen se levantó con una mueca de dolor.

—Voy a acostarme, tejano. No me supliques que me quede. La velada es muy aburrida.

—¿Qué tal la artritis?

Glen sonrió y contestó:

—Podría ir peor.

Cuando se encaminó al saco de dormir, cojeaba.

Stu pensó que no debía desperdiciar los cigarrillos. Si fumaba dos o tres al día, a finales de semana se quedaría sin nada. De todas formas encendió otro. La noche no era muy fría; pero aun así no cabía la menor duda de que en aquellas tierras altas el verano había terminado. Eso le apenó, ya que tenía la seguridad de que no volvería a ver otro. Cuando este último empezó, era un empleado de una firma que fabricaba calculadoras de bolsillo. Vivía en una pequeña ciudad llamada Arnette y pasaba gran parte de su tiempo libre en la cafetería de Bill Hapscomb charlando con los amigos y despotricando contra el gobierno, la economía y los malos tiempos. Stu suponía que ninguno de ellos sabía en realidad lo que eran malos tiempos. Terminó el cigarrillo y lo arrojó a la fogata.

—Conserva el ánimo, Frannie, cariño —dijo.

Y se dirigió a su saco de dormir.

Esa noche, Stu creyó sentir en sueños que algo se acercaba al campamento, algo que los espiaba aviesamente. Podría haber sido un lobo con inteligencia humana. O un cuervo. O una comadreja arrastrándose sobre la maleza. O una presencia incorpórea, un Ojo vigilante.

—No temeré a ningún demonio —musitó en sueños—. Sí, aunque atraviere el valle de la sombra de la muerte, no temeré a ningún demonio.

Por fin el sueño se disipó y pasó a dormir profundamente.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha temprano. El cuentakilómetros de Larry marcaba la distancia a medida que la carretera zigzagueaba perezosa hacia Utah. Poco después del mediodía, dejaron atrás Colorado. Esa noche acamparon al oeste de Harley Dome, Utah. Por primera vez el silencio les pareció opresivo y maléfico. Ralph Bretner se durmió pensando: Ya estamos en el Oeste. Hemos salido de nuestro terreno y entramos en el suyo.

Y Ralph soñó con un lobo de un solo ojo encarnado que había salido de la maleza para espiarles. «Lárgate —le dijo—. Lárgate, porque no tenemos miedo. No te tememos».

A las dos de la tarde del 21 de septiembre dejaron atrás Segó. Según el mapa de bolsillo de Stu, la siguiente ciudad importante era Green River. Después no habría ninguna otra durante muchos kilómetros. Entonces, como había predicho Ralph, sabrían si Dios les amparaba o no.

—En realidad —le confesó Larry a Glen—, no me preocupa tanto la comida como el agua.

Glen sonrió.

—Quizá el Señor nos enviará lluvias de bendiciones.

Larry miró el cielo despejado e hizo una mueca.

—A veces pienso que madre Abigail estaba chalada.

—Quizá lo estuviera —admitió—. Si lees tu teología, descubrirás que a menudo Dios prefiere hablar por boca de moribundos y dementes. Incluso sospecho, y aquí aflora el jesuita oculto, que existen buenas razones psicológicas para ello. El loco, o el agonizante, es una persona con la mente totalmente distorsionada. Una persona sana podría filtrar el mensaje divino, alterarlo con su propia personalidad. En otras palabras, una persona sana podría ser un desastroso profeta.

—Los caminos de Dios... —dijo Larry—. Lo sé. Vemos a través de un cristal oscuro. Y a mí me parece bastante oscuro. ¿Por qué estamos caminando tanto, cuando en coche hubiéramos llegado hace una semana? Pero ya que nuestra misión es una locura, supongo que lo lógico es redondearla.

—Lo que estamos haciendo tiene muchos precedentes históricos —intervino Glen—, y se me ocurren algunas excelentes razones psicológicas y sociológicas para esta caminata. No sé si son las razones de Dios, pero tienen sentido para mí.

—¿Cuál?

Stu y Ralph también se habían acercado para escucharle.

—Había varias tribus de indios americanos que incluían «una visión» como parte integral de su rito de iniciación. Cuando llegaba el momento de hacerte hombre, habías de internarte desarmado en el bosque. Tenías que matar algo y componer dos canciones, una sobre el Gran Espíritu y otra sobre tus virtudes como cazador, jinete, guerrero y jodador. Y también tener una visión. No podías comer nada. Debías subir a gran altura, tanto física como mentalmente, y esperar la llegada de la visión. Y al final siempre llegaba, por supuesto. —Soltó una risita—. El hambre es un alucinógeno muy potente.

—¿Piensas que madre Abigail nos envió aquí para que tengamos visiones? —preguntó Ralph.

—Tal vez para conseguir fuerza y santidad a través de un proceso purificador —respondió Glen—. El hecho de abandonarlo todo es simbólico. Tiene el valor de un talismán. Cuando te desprendes de tus bienes, también dejas de lado los otros elementos vinculados a ti que están simbólicamente ligados a esos bienes. Se inicia un proceso de purificación. Comienzas a vaciar el recipiente.

Larry movió la cabeza.

—No entiendo tu razonamiento.

—Bueno, tomemos un hombre inteligente de la época anterior a la epidemia. Le rompemos el televisor, ¿y que hará por la noche?

—Leer un libro —opinó Ralph.

—Ir a ver a los amigos —sugirió Stu.

—Pondrá el tocadiscos —concluyó Larry, sonriendo.

—Sí, hará todo eso —admitió Glen—. Pero también echará de menos la tele. Habrá un vacío en el lugar de su vida que antes ocupaba el aparato. En su interior seguirá pensando: A las nueve cogeré unas cervezas y me sentaré a ver el partido. Y cuando se acerque al televisor y vea que no funciona, sufrirá una dolorosa decepción. Le habrán quitado una parte de su vida habitual, ¿no es así?

—Sí —contestó Ralph—. Una vez nuestro televisor estuvo en el taller de reparaciones durante dos semanas, y no me sentí tranquilo hasta que nos lo devolvieron.

—El vacío será mayor si veía mucho la tele, y menor si sólo la veía alguna que otra vez. Pero le faltará algo. Ahora quitémosle los libros, los amigos y los discos, y también los alimentos, excepto los que pueda conseguir por el camino. Es un proceso de vaciamiento y también de reducción de su ego. Vuestras personalidades, amigos, se están convirtiendo en cristales transparentes. O mejor aún, en vasos vacíos.

—¿Y para qué? —preguntó Ralph—. ¿Por qué pasar por todo este galimatías?

—Si lees la Biblia —prosiguió Glen—, veréis que era bastante tradicional que los profetas se retiraran al desierto de tiempo en tiempo. Las misteriosas giras mágicas del Antiguo Testamento. Por lo general la duración estipulada para dichas ausencias era de cuarenta días y cuarenta noches, figura retórica hebrea que en realidad significa «nadie sabe con exactitud cuánto tiempo estuvo fuera, pero fue bastante». ¿Esto no os recuerda nada?

—Claro. A madre Abigail —murmuró Ralph.

—Ahora imagínate que eres una batería. Y en realidad lo eres. Tu cerebro funciona con corriente eléctrica transformada por componentes químicos. Tus músculos también actúan gracias a pequeñas descargas. Una sustancia química llamada acetilcolina permite que la descarga se ponga en marcha cuando necesitas moverte. Y cuando quieres detenerte el organismo fabrica otra sustancia química, la colinesterasa. Esta destruye la acetilcolina y entonces los nervios vuelven a convertirse en malos conductores, lo cual resulta muy útil. De lo contrario, cuando empezaras a rascarte la nariz, nunca podrías parar. Muy bien, lo que quiero decir es que cuanto piensas o haces desgasta la batería. Como los accesorios de un coche.

Todos le escuchaban con atención.

—Ver la televisión, leer, hablar con los amigos, comer demasiado... todo ello desgasta la batería. Una vida normal, al menos en lo que solíamos llamar civilización occidental, equivalía a conducir un coche con ventanillas automáticas, frenos automáticos, asientos movibles, todos los refinamientos. Mientras más refinamientos tienes, menos se puede cargar la batería. ¿No es cierto?

—Claro —asintió Ralph—. Una enorme Delco no se sobrecargará nunca si está instalada en un lujoso Cadillac.

—Bueno, pues lo que nosotros hemos hecho es despojarnos de los accesorios. Nos estamos cargando.

—Si alimentas durante demasiado tiempo la batería de un coche —comentó Ralph intranquilo—, explota.

—Sí —confirmó Glen—. Y lo mismo sucede con las personas. La Biblia nos habla de casos como Isaías, Job y otros. Pero no dice cuántos profetas volvieron del desierto con visiones que les habían destrozado el seso. Sospecho que hubo algunos. No obstante, yo tengo un saludable respeto por la inteligencia y las psiques humanas, a pesar de regresiones ocasionales, como en el caso de este tejano...

—Déjame en paz —gruñó Stu.

—De todas formas, la capacidad de la mente del hombre es mucho mayor que cualquier batería Delco. Creo que puede cargarse casi hasta el infinito. En algunos casos, incluso más allá.

Caminaron un rato en silencio, entregados a sus reflexiones.

—¿Estamos cambiando? —preguntó Stu.

—Sí —respondió Glen—. Creo que sí.

—Hemos perdido peso —comentó Ralph—. No hay más que miraros. Yo tenía una barriga prominente de tanta cerveza. Ahora miro hacia abajo y me veo los pies.

—Es más bien un estado de ánimo —exclamó Larry de pronto; cuando se volvieron hacia él pareció incómodo pero prosiguió—: Hace más o menos una semana que tengo esta sensación, pero no la entendía. Es una especie de vértigo. Como si me hubiera fumado un porro de marihuana o hubiera esnifado una raya de cocaína. Pero sin la desorientación que produce la droga. Si consumes un poco de droga, te parece que un razonamiento sencillo se te escapa de

las manos. Yo tengo la impresión de razonar correctamente, mejor que de costumbre, ésa es la verdad. Pero siento vértigo. —Larry rió—. Tal vez sólo sea el hambre.

—El hambre cuenta, pero no lo es todo —aseguró Glen.

—Yo estoy hambriento siempre —intervino Ralph—, pero no me parece demasiado importante. Me siento bien.

—Lo mismo digo —corroboró Stu—. Físicamente hacía muchos años que no me sentía tan bien.

—Cuando vacías el recipiente, también lo limpias de toda la mierda que flota allí dentro —explicó Glen—. Los aditivos. Las impurezas. Claro que se experimenta una sensación de bienestar. Es una enema para todo el organismo y en especial para la mente.

—Se te ocurren descripciones muy curiosas, calvorota.

—No serán elegantes, pero sí bastante adecuadas.

—¿Esto nos ayudará a enfrentarnos con él? —preguntó Ralph.

—Lo hacemos para eso —contestó Glen—. Tengo pocas dudas al respecto. Pero no nos queda otro remedio que esperar y comprobarlo, ¿no os parece?

Continuaron andando. *Kojak* salió de detrás de unos matorrales y se unió a ellos. Las zarpas arañaban el asfalto de la interestatal 70. Larry se inclinó y le acarició el lomo.

—Eh, *Kojak* —dijo—. ¿Sabías que eres una batería? ¿Una gran Delco con garantía?

Kojak no se dio por enterado, pero movió el rabo para demostrar a Larry que así era.

Acamparon a unos treinta kilómetros al oeste de Segó. Como para confirmar la conversación de la tarde, no disponían de nada para comer por primera vez desde su partida. Glen tenía la última bolsa de café instantáneo, y compartieron la taza. Durante los últimos quince kilómetros no habían visto ningún coche.

A la mañana siguiente, día 22, se tropezaron con una furgoneta Ford con cuatro cadáveres en su interior, dos de ellos niños. Dentro del coche encontraron dos cajas de galletas y una bolsa de patatas fritas rancias. Las galletas estaban mejor conservadas e hicieron cinco partes.

—No las devores, *Kojak* —le advirtió—. ¿Dónde están tus modales?

Kojak agitó la cola y miró las galletas de una manera que dejaba bien a las claras que había olvidado sus modales.

—Muy bien, aquí tienes el resto.

Le dio la última pieza de su ración. *Kojak* la engulló y continuó husmeando.

Larry se había guardado sus galletas para comérselas de una vez. Lo hizo muy despacio y paladeándolas.

—¿Lo habéis notado? —preguntó—. Estas galletas tienen un ligero sabor a limón. Lo recuerdo de cuando era niño, y nunca hasta ahora había vuelto a notarlo.

Ralph había estado paseando sus dos últimas galletas de una a otra mano, y se llevó una a la boca.

—Es cierto. Saben a limón. Estoy pensando que me gustaría que Nick estuviera aquí. No me importaría que me hubiera correspondido una ración más pequeña.

Stu asintió. Terminaron de comer las galletas y siguieron adelante.

Aquella tarde encontraron un camión de reparto de un supermercado, al parecer con destino a Green River, aparcado en el arcén, con el conductor muerto sentado al volante. Comieron algo de una lata de jamón. Pero no tenían mucho apetito. Glen comentó que el estómago se había encogido. Stu alegó que el jamón no olía muy bien; no a podrido, sino demasiado fuerte. Demasiado a *carne*. Casi le daba náuseas. Consiguió comer una loncha. Ralph dijo que hubiera preferido dos o tres cajas de galletas. Todos rieron. Incluso *Kojak* comió sólo una pequeña porción antes de dedicarse a olisquear otros aromas.

Acamparon al este de Green River. A primeras horas de la mañana había un poco de ventisca.

El día 23, poco después del mediodía, llegaron al despeñadero. El cielo había estado nublado durante toda la mañana y hacía frío. Stu pensó que era muy probable que nevase.

Los cuatro se detuvieron en el borde, con *Kojak* detrás de Glen, mirando hacia abajo y al otro lado. En algún lugar al norte de allí una presa había cedido, o se había producido una serie de tormentas de verano. Fuera lo que fuera, por el San Rafael, que durante muchos años había sido un cauce seco, había corrido un torrente arrollador, el cual acabó arrancando un

tramo de unos diez metros de la interestatal 70. El barranco tenía unos quince metros de profundidad, y el terraplén estaba compuesto de tierra que se desmoronaba y roca sedimentaria. Por el fondo corría un arroyuelo.

—Vaya —exclamó Ralph—. Alguien debería denunciar esto al Departamento de Carreteras del estado de Utah.

—Observad esto —dijo Larry señalando con el dedo.

Todos miraron hacia el vacío, que empezaba a estar sembrado de extrañas rocas y monolitos erosionados por el viento. A unos cien metros aguas abajo, vieron una maraña de postes y cables, así como grandes losas de asfalto. Un tramo se erguía hacia el cielo nublado, tormentoso, como un dedo apocalíptico.

Glen, con las manos en los bolsillos y expresión abstraída y soñadora, miraba el abismo sembrado de escombros.

—¿Crees que lo conseguirás? —preguntó Stu en voz baja.

—Supongo que sí.

—¿Qué tal la artritis?

—Ha estado peor —esbozó una sonrisa—; aunque, para serte franco te diré que también ha estado mejor.

No disponían de cuerda para sujetarse unos a otros. Stu bajó el primero, pisando con tiento. No le gustaba la forma en que el suelo resbalaba bajo sus pies, provocando pequeños desprendimientos de piedras y tierra. Una vez le pareció que se quedaba sin punto de apoyo y que iba a deslizarse hasta el fondo sobre las posaderas. Tanteó un saliente sólido de roca y se aferró a él, hasta que encontró tierra más firme. Después pasó *Kojak* brincando junto a él, entre pequeños remolinos de tierra y minúsculas avalanchas. Un momento después se detuvo al pie del barranco, moviendo la cola y lanzando cordiales ladridos.

—Perro fanfarrón —gruñó Stu, y siguió su lenta marcha hasta el fondo.

—¡Yo seré el próximo! —gritó Glen—. ¡He oído lo que le has dicho a mi perro!

—¡Ten mucho cuidado! La tierra es muy insegura.

Glen descendió, pasando con precaución de un punto de apoyo al siguiente. Stu se ponía en tensión cada vez que veían un desprendimiento de tierra bajo los pies de Glen, que calzaba unas maltrechas zapatillas de deporte. Sus cabellos ondeaban como hilos de plata alrededor de las orejas, movidos por la suave brisa que se había levantado. Recordó que cuando conoció a Glen, mientras pintaba un mediocre cuadro junto a la carretera de New Hampshire, su pelo sólo tenía algunas canas.

Hasta que Glen plantó los pies a la altura del lecho fangoso de la cañada, Stu estuvo convencido de que caería y se partiría en dos. Al verlo llegar al final, respiró aliviado y le palmeó el hombro.

—Tranquilo, te jano —dijo Glen, y se agachó para acariciar a *Kojak*.

Ralph fue el siguiente, bajó con cuidado y los últimos dos metros los salvó de un salto.

—Chicos —exclamó—, esta tierra está más suelta que la mierda de una oca. Sería gracioso que no pudiéramos trepar por la otra vertiente y tuviéramos que caminar seis o siete kilómetros río arriba hasta encontrar otra ribera más baja. ¿Qué os parece?

—Sería aún más gracioso que se formara otro torrente mientras estamos buscando —añadió Stu.

Larry descendió con agilidad y se reunió con ellos en menos de tres minutos.

—¿Quién sube primero? —preguntó.

—¿Por qué no tú, ya que estás tan en forma? —sugirió Glen.

—De acuerdo.

Tardó mucho más en subir. El terreno se desmoronó dos veces bajo sus pies y estuvo a punto de caer. Por fin llegó a la cima y les hizo señas.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Ralph.

—A mí —respondió Glen, y atravesó la orilla.

Stu lo agarró por el brazo.

—Oye, podemos caminar río arriba y buscar un lugar más fácil como ha dicho Ralph.

—¿Y perder el resto del día? Cuando era joven podría haber subido en cuarenta segundos y llegar arriba con menos de setenta pulsaciones.

—Ya no eres joven, Glen.

—No, pero aún me quedan fuerzas.

Antes de que Stu pudiera añadir algo más, Glen empezó a escalar.

Cuando había recorrido una tercera parte del trayecto hizo una pausa para descansar y después siguió subiendo. Casi a mitad del camino, al agarrarse a un saliente de pizarra, se le

desmenuzó entre los dedos. Stu pensó que iba a rodar hasta el fondo, dando tumbos sobre sus huesos artríticos.

—Ay, mierda... —murmuró Ralph.

Glen movió los brazos y consiguió mantener el equilibrio. Se desvió hacia la derecha, subió otros siete metros, descansó de nuevo, y prosiguió la subida. Cerca de la meta se desprendió una cornisa de roca sobre la que había hecho pie, y hubiera caído de no ser porque Larry lo asió por un brazo y lo izó.

—¡No ha pasado nada! —gritó Glen hacia abajo.

Stu sonrió aliviado.

—¿Qué tal las pulsaciones, calvorota?

—Calculo que más de noventa —confesó Glen.

Ralph trepó como una cabra montaraz, comprobando cada punto de apoyo, desplazando con cuidado pies y manos. En cuanto llegó arriba, Stu inició el ascenso.

Hasta el momento en que se despenó, Stu no dejó de pensar que esa cuesta parecía más segura que la que habían bajado. Los apoyos eran mejores, el declive menos pronunciado. Pero el terreno consistía en una mezcla de arcilla y fragmentos de roca disgregados por la humedad. Stu intuyó el peligro y ascendió con precaución.

Su pecho ya asomaba por encima del borde cuando el apoyo de su pie izquierdo desapareció. Notó que resbalaba. Larry intentó cogerle la mano, pero esta vez no lo consiguió. Stu se agarró a la arista prominente de la carretera y el trozo de asfalto se le quedó en las manos. Lo miró atónito mientras aumentaba la velocidad de su caída. Lo soltó, con la sensación absurda de ser el coyote en un dibujo animado del Correcaminos.

Su rodilla golpeó contra algo duro y sintió una puntada de dolor. Arañó la superficie pegajosa de la pendiente que ahora veía correr delante de sus ojos a una velocidad aterradora, pero lo único que agarraba eran puñados de tierra.

Se estrelló contra una roca y dio una voltereta en el aire, sin aliento. Se precipitó unos tres metros en caída libre, y se desplomó sobre la pierna doblada. Oyó el crujido. El dolor fue instantáneo y enorme. Gritó y dio otra voltereta hacia atrás, tragando polvo. Las piedras afiladas le abrieron cortes en el rostro y las piernas, que sangraban. Volvió a aterrizar sobre la pierna lesionada y notó que se partía por otro punto. Esta vez no gritó. Aulló.

Resbaló los últimos cinco metros sobre el vientre, como un niño en un tobogán. Se detuvo con los pantalones cubiertos de lodo y frenéticas palpitaciones en los oídos. Sentía la pierna candente. La chaqueta y la camisa habían quedado a la altura de la barbilla.

Fractura, pensó. Muy grave, a juzgar por el dolor. Por lo menos en dos sitios, quizá tres. Y la rodilla dislocada.

Larry apareció en la cuesta, bajando con saltos ágiles que casi parecían una parodia de lo que acababa de sucederle a Stu. Se arrodilló a su lado, formulándole las preguntas que él ya se había hecho.

—¿Es grave, Stu?

El accidentado se irguió sobre los codos y miró a Larry con la cara blanca por la conmoción y con surcos marrones de tierra.

—Calculo que volveré a caminar dentro de unos tres meses —dijo.

Tuvo la impresión de que iba a vomitar. Elevó la vista al cielo, cerró los puños y los agitó en esa dirección.

—¡Oh, mierda! —bramó.

Ralph y Larry le entablillaron la pierna. Glen había sacado un frasco de lo que él llamaba «píldoras contra la artritis» y le dio una a Stu. Éste no sabía la composición de tales píldoras y Glen se negó a decírselo, pero el dolor de la pierna se redujo a una palpitación remota. Se sentía muy tranquilo, incluso sereno. Pensó que todos ellos vivían tiempo prestado, no porque fueran en busca de Flagg, sino porque habían sobrevivido a *Capitán Trotamundos*. El caso es que sabía lo que había que hacer y se ocuparía de que se hiciera. Larry acababa de hablar. Todos lo miraron ansiosos, esperando su respuesta.

Lo que dijo fue muy sencillo:

—No.

—Stu —insistió Glen—, no lo entiendes...

—Sí entiendo. Y digo que no. Nada de volver a Green River. Nada de cuerdas ni de coches. Iría contra las reglas del juego.

—¡No estamos en un juego! —exclamó Larry—. ¡Aquí morirás!

—Y es casi seguro que vosotros moriréis en Nevada. Ahora, poneos en marcha. Os quedan otras cuatro horas de luz. No hay necesidad de desperdiciarlas.

—No te dejaremos aquí —declaró Larry.

—Lo siento, pero es lo que haréis. Os lo ordeno.

—No. Ahora mando yo. Madre Abigail dijo que si te ocurría algo...

—... deberías seguir adelante.

—No.

Larry miró a Glen y Ralph en busca de apoyo. Ellos le devolvieron la mirada, preocupados. *Kojak* estaba sentado cerca, observándolos.

—Escúchame, Larry —dijo Stu—. Esta expedición se basa en la hipótesis de que la anciana sabía de qué hablaba. Si empiezas a cuestionar eso, todo lo demás se viene abajo.

—Sí, es verdad —murmuró Ralph.

—¡No, no es verdad, capullo! —gritó Larry, imitando furioso el monótono acento de Ralph, típico de Oklahoma—. Stu no cayó por la voluntad de Dios, y ni siquiera fue obra del hombre oscuro. ¡Sólo pisó terreno poco firme, eso es todo! No te abandonaré, Stu. Estoy harto de abandonar gente.

—Sí. Vamos a dejarle —sentenció Glen con serenidad.

Larry lo miró incrédulo, como si hubiera sido traicionado.

—¡Creía que eras su amigo!

—Lo soy. Pero eso no importa.

Larry soltó una carcajada histérica y avanzó unos pasos hacia el despeñadero.

—¡Estás loco! ¿Lo sabes?

—No, no lo estoy. Nos pusimos de acuerdo. Nos reunimos alrededor del lecho de muerte de madre Abigail e hicimos un pacto que implicaba casi con toda seguridad la muerte, y nosotros lo sabíamos. Aceptamos las condiciones y vamos a respetarlas.

—Bueno, eso es lo que quiero hacer, por Dios. No hace falta volver a Green River, podemos conseguir una furgoneta, lo cargaremos en la parte de atrás y seguiremos...

—Tenemos que ir a pie —le interrumpió Ralph, y señaló a Stu—. Él no puede andar.

—Es cierto. Se ha roto una pierna. ¿Qué propones que hagamos? ¿Pegarle un tiro como si fuera un caballo?

—Larry... —empezó Stu.

Glen agarró a Larry por la pechera y lo atrajo hacia sí.

—¿A quién pretendes salvar? —preguntó con voz fría—. ¿A él o a ti?

Larry lo miró y movió los labios sin articular palabra.

—Es muy sencillo —continuó Glen—. No podemos quedarnos... y él no puede caminar.

—Me niego a aceptarlo —susurró Larry, cuyo rostro tenía una palidez mortal.

—Es una prueba —afirmó Ralph de repente—. Eso es.

—Tal vez sea una prueba de cordura —respondió Larry.

—Votemos —propuso Stu desde el suelo—. Voto a favor de que sigáis adelante.

—Yo también —se sumó Ralph—. Lo siento, Stu. Pero si Dios vela por nosotros, quizá velará también por ti...

—No lo haré —exclamó Larry.

—No es en Stu en quien piensas —insistió Glen—. Sospecho que quieres salvar algo tuyo. Pero esta vez es justo seguir adelante, Larry. Debemos hacerlo.

Larry se frotó la boca con el dorso de la mano.

—Quedémonos aquí esta noche —propuso—. Y pensémoslo bien.

—No —se opuso Stu.

Ralph asintió. Intercambió una mirada con Glen y éste sacó del bolsillo el frasco de píldoras contra la artritis. Lo depositó en la mano de Stu.

—Contienen morfina —explicó—. Es probable que más de tres o cuatro sean mortales. —Sus ojos se clavaron en los de Stu—. ¿Entiendes, tejano?

—Sí, lo entiendo.

—¿De qué estáis hablando? —espetó Larry—. ¿Qué diablos estás sugiriendo?

—¿Acaso no lo sabes? —preguntó Ralph con tanto desdén que Larry enmudeció por un momento.

Después, todo volvió a desfilar delante de él con la velocidad de pesadilla con que se ven las caras de los desconocidos desde el látigo del parque de atracciones: píldoras, estimulantes, sedantes, narcóticos, Rita. Cuando le dio la vuelta en su saco de dormir y vio que estaba muerta y rígida, con la boca llena de vómito verde.

—¡No! —gritó, y trató de arrebatarle el frasco a Stu.

Ralph lo agarró por los hombros y Larry forcejeó.

—Suéltalo —ordenó Stu—. Quiero hablar con él. —Ralph siguió reteniéndole, mirando dubitativo a Stu—. Vamos, suéltalo.

Ralph obedeció, pero parecía dispuesto a volver a abalanzarse.

—Acércate, Larry —pidió Stu—. Agáchate.

Larry se acercó y se puso en cuclillas a su lado. Lo miró con tristeza.

—No está bien. Cuando alguien se cae y se rompe una pierna, no te vas y... lo dejas morir. ¿Acaso no lo sabes? Eh, amigo... —Tocó la cara de Stu—. Por favor, reflexiona.

Stu cogió la mano de Larry y la retuvo.

—¿Crees que estoy loco?

—No, pero...

—¿Y consideras que quienes están en su sano juicio tienen derecho a decidir por sí mismos lo que quieren hacer?

—Por favor —murmuró Larry, y se echó a llorar.

—Larry, esto no depende de ti. Quiero que sigáis adelante. Si lográis salir de Las Vegas, volved por este camino. Quién sabe, quizá Dios me envíe un cuervo con alimentos. Una vez leí en un periódico que el hombre puede pasar setenta días sin comer si tiene agua.

—El invierno llegará mucho antes. Dentro de tres habrás muerto de frío, aunque no uses las píldoras.

—No depende de ti. Ya no es asunto tuyo.

—No me ordenes partir, Stu.

—Te lo ordeno —respondió Stu inexorable.

—Esto es una canallada —masculló Larry, y se puso en pie—. ¿Qué nos dirá Fran cuando sepa que te dejamos como alimento para los topos y los buitres?

—No dirá nada si vais a Las Vegas y acabáis con él. Ni ella, ni Lucy, ni ninguno de los demás.

—De acuerdo —asintió Larry—. Nos iremos. Pero mañana. Esta noche acamparemos aquí, y quizá tengamos una revelación. Un sueño... algo...

—Nada de sueños —insistió Stu con tono suave—. Nada de revelaciones. Las cosas no se solucionan así. Os quedaríais una noche y no pasaría nada, y entonces querríais quedaros otra noche, y otra... Tenéis que iros ahora.

Larry se alejó de ellos con la cabeza gacha.

—Está bien —murmuró por fin sin volverse, con voz apenas audible—. Lo haremos a tu manera. Y que Dios nos ayude.

Ralph se arrodilló al lado de Stu.

—¿Podemos traerte algo, Stu?

Stu sonrió.



—Sí. Las obras completas de Gore Vidal, los libros sobre Lincoln y Aaron Burr y esos tíos. Siempre tuve ganas de leerlos. Ahora sería una buena ocasión.

Ralph hizo una mueca.

—Perdona, Stu.

Stu le apretó el brazo y Ralph se alejó. A continuación se aproximó Glen. También había estado llorando, y al agacharse junto a Stu le corrieron de nuevo las lágrimas.

—Vamos, muchachos —exclamó Stu—. Estaré bien.

—Larry tiene razón. Es una canallada. Algo que no se le hace ni a un caballo.

—Sabes que no hay otra alternativa.

—Supongo que no. Pero ¿quién puede estar seguro? ¿Cómo sigue tu pierna?

—Por ahora no me duele.

—Bueno, tienes las píldoras. —Glen se secó los ojos con la manga—. Adiós, tejano. Ha sido un placer conocerte.

Stu volvió la cabeza.

—No digas adiós, Glen. Dime hasta pronto; trae más suerte. Es probable que al llegar a la mitad de la jodida cuesta ruedas hasta aquí y podamos pasar el invierno jugando a las cartas.

—No será hasta pronto. Lo intuyo. ¿Tú no?

Y porque él también lo intuía, contestó:

—Sí, yo también Pero no temeré a ningún demonio.

—¡Eso es! —respondió Glen, y bajó la voz hasta reducirla a un susurro—. Si es necesario, corta las amarras. No vaciles.

—No vacilaré.

—Adiós.

—Adiós, Glen.

Los tres se encaminaron hacia la vertiente occidental de la cañada, y después de echar una mirada por encima del hombro, Glen inició la escalada. Stu siguió su progreso por la ladera con creciente alarma. Se movía con desenvoltura, casi con imprudencia; apenas miraba dónde ponía el pie. El terreno se desmoronó debajo de él una vez, y después otra. En ambas ocasiones se asió con displicencia a un saliente que por casualidad había allí. Cuando Glen llegó a lo alto, Stu soltó el aliento contenido con un profundo suspiro.

Ralph le siguió y, una vez arriba, Stu llamó a Larry por última vez. Le miró a la cara y pensó que en cierto modo sus facciones tenían cierta semejanza con las del difunto Harold Lauder: mostraba una profunda impasibilidad, ojos observadores y un poco recelosos. Un rostro que no dejaba traslucir más de lo que quería revelar.

—Ahora tú estás al mando —le recordó—. ¿Saldrás adelante?

—No lo sé, pero lo intentaré.

—Deberás tomar decisiones.

—¿Sí? Pues me parece que la primera no ha tenido mucho éxito. —Sus ojos reflejaban reproche.

—Pero será un caso único. Escucha, sus hombres os capturarán.

—Sí, lo imagino. Nos atraparán o nos acribillarán en alguna emboscada.

—No, creo que os apresarán y os llevarán ante *él*. Supongo que será en los próximos días. Cuando lleguéis a Las Vegas, mantened los ojos bien abiertos. Esperad. Sucederá.

—¿Qué sucederá, Stu?

—Lo ignoro. Aquello para lo que fuimos enviados. Estad preparados. Cuando ocurra, lo sabréis.

—Si podemos, volveremos a buscarte. No lo dudes.

—Está bien.

Larry escaló con rapidez la pendiente y se reunió con los otros dos. Se detuvieron un momento y saludaron con la mano. Stu levantó la suya en señal de despedida. Empezaron a andar. Ninguno de ellos volvería a ver a Stu Redman.

Acamparon veinticinco kilómetros al oeste del lugar donde habían dejado a Stu. Acababan de llegar a otra cañada, esta vez de menores dimensiones. El verdadero motivo por el cual habían avanzado tan poco era la falta de entusiasmo. Resultaba difícil saber si lo recuperarían. Los pies parecían pesarles más. Conversaban poco. No se atrevían a mirarse a la cara, por miedo a ver su propio sentimiento de culpa reflejado en el rostro del otro.

Cuando oscureció acamparon y encendieron fuego con ramas secas. Tenían agua, pero no víveres. Glen comprimió en la pipa los últimos restos de tabaco, y se preguntó si Stu tendría cigarrillos. Esta idea le estropeó el placer de fumar, y vació la pipa golpeándola contra una roca. Cuando un búho ululó en la oscuridad pocos minutos después miró alrededor.

—Eh, ¿dónde está *Kojak*? —preguntó.

—Es curioso —respondió Ralph—. Ahora que lo dices no recuerdo haberlo visto durante las últimas dos horas.

Glen se levantó.

—¡*Kojak*! —gritó—. ¡Eh, *Kojak*!

Su voz resonó solitaria, sin que se oyera ningún ladrido como respuesta. Volvió a sentarse, abrumado por la pena, y suspiró. *Kojak* le había seguido a través de casi todo el continente. Y ahora había desaparecido. Era un terrible presagio.

—¿Piensas que le ha ocurrido algo? —preguntó Ralph.

—Quizá se quedó con Stu —sugirió Larry en voz baja.

Sorprendido, Glen levantó la vista.

—Es posible —asintió considerando la idea.

Larry jugueteaba con una piedra.

—Stu dijo que quizá Dios le enviara un cuervo con alimentos. Dudo que haya alguno por estos parajes, así que quizá le ha enviado un perro.

El fuego crepitó, despidió un chisporroteo en la oscuridad y después parpadeó.

Cuando Stu vio la silueta oscura que se le acercaba arrastrándose por la cañada, se recostó contra la roca, dejando la pierna estirada delante de él. Cogió una piedra de buen tamaño con la mano aterida. Estaba helado hasta los huesos. Larry no se equivocaba. Dos o tres días a la intemperie con esa temperatura bastarían para matarlo. Aunque ahora parecía que aquella misteriosa presencia acabaría antes con él. *Kojak* se había quedado allí hasta la puesta de sol, y entonces se marchó escalando con agilidad el barranco. Stu no lo había llamado. El animal seguiría el rastro de Glen y les acompañaría. Tal vez tenía un papel reservado en el drama. Pero en ese momento lamentó que *Kojak* no se hubiera quedado un poco más. Una cosa eran las píldoras, y otra muy distinta que lo destrozaran los lobos del hombre oscuro.

Apretó la piedra y la silueta se detuvo a unos veinte metros de la pendiente. Después reanudó la marcha, como una sombra más negra que la noche.

—Acércate —musitó Stu con voz ronca.

La sombra meneó la cola y se aproximó.

—¿*Kojak*?

Era el perro. Y llevaba algo en la boca, que dejó caer a los pies de Stu. Se sentó, agitando la cola, en espera de ser felicitado.

—Buen perro —murmuró Stu, pasmado—. ¡Buen perro!

Kojak le había traído un conejo.

Stu sacó la navaja y destripó al animalillo con tres rápidos movimientos. Levantó las entrañas humeantes y se las lanzó al perro.

—Come, amigo.

Kojak se dio un festín. Stu desolló el conejo. La idea de comerlo crudo no le estimuló el apetito.

—¿Leña? —le dijo a *Kojak*, sin hacerse muchas ilusiones.

Sobre las vertientes de la cañada había ramas dispersas y fragmentos de troncos que el torrente había arrastrado. Pero no estaban al alcance de su mano.

Kojak meneó la cola y no se movió.

—Busca, bus...

Kojak ya se había ido. Acababa de salir disparado hacia la vertiente oriental de la cañada. Volvió corriendo con un gran trozo de madera seca en la boca. Lo dejó caer junto a Stu y ladró. Movía alegremente la cola.

—Buen perro —repitió—. ¡Ya no me importará que me llamen hijo de perra! ¡Busca, *Kojak*!

El animal corrió de nuevo, lanzando alegres ladridos. Al cabo de veinte minutos había traído leña suficiente para una gran hoguera. Stu reunió con cuidado las astillas necesarias para hacer una fogata. Hizo inventario de cerillas y comprobó que le quedaban pocas. La leña menuda prendió con el segundo fósforo y Stu avivó la llama. Pronto tuvo una fogata respetable y se acercó a ella todo lo que pudo, sentado en su saco de dormir. *Kojak* se sentó al otro lado con el hocico sobre las patas.

Cuando el fuego hizo brasa, Stu ensartó el conejo y lo asó. Al cabo de poco el aroma era intenso y apetitoso y le hizo segregarse jugos gástricos. *Kojak* levantó la cabeza.

—Mitad para ti, mitad para mí, amigo, ¿de acuerdo?

Al cabo de un cuarto de hora, apartó el conejo del fuego y consiguió partirlo por la mitad sin quemarse los dedos. La carne estaba quemada en algunas partes y semicruda en otras, pero en comparación con el jamón enlatado era pura gloria. *Kojak* y él lo devoraron. Cuando estaban terminando, un aullido escalofriante bajó por la cañada.

—¡Mierda! —exclamó, mientras masticaba un trozo de conejo.

Kojak se levantó, con el lomo erizado, gruñendo. Rodeó el fuego con las patas rígidas y volvió a gruñir. El aullido cesó.

Stu se tumbó, con la piedra al alcance de la mano y la navaja abierta en la otra. Las estrellas eran frías, estaban muy altas y se mostraban indiferentes. Sus pensamientos se encauzaron hacia Fran y después cambiaron de rumbo con la misma rapidez. Era demasiado doloroso, con el estómago lleno o vacío. No dormiré, pensó, no lograré conciliar el sueño.

Pero se durmió, con la ayuda de una de las píldoras de Glen. Y cuando las brasas se redujeron a rescoldo, *Kojak* se tendió a su lado, transmitiéndole su calor. Y así fue como, en la primera noche después de la separación, Stu comió y los demás pasaron hambre, y él durmió plácidamente en tanto que el sueño de sus compañeros estuvo turbado por pesadillas y por la inquietante sensación de que la muerte se aproximaba con rapidez.

El día 24, el grupo de cruzados capitaneado por Larry Underwood hizo cuarenta y ocho kilómetros y acampó al noreste de San Rafael Knob.

Esa noche la temperatura llegó a los cinco grados bajo cero. Encendieron una gran fogata y durmieron al lado. *Kojak* no se había reunido con ellos.

—¿Qué crees que estará haciendo Stu? —preguntó Ralph a Larry.

—Morirse —contestó Larry lacónicamente.

Se arrepintió al ver el gesto de dolor en el rostro anodino y franco de Ralph, pero no se le ocurrió cómo arreglarlo. Además, casi seguro que era así. Volvió a tumbarse, con la extraña certeza de que ocurriría mañana. Fuera lo que fuese, ya estaba cerca.

Aquella noche tuvo pesadillas. Estaba de gira con un grupo llamado los Shady Blues Connection, el que más recordaba cuando estaba despierto. Iban a dar un concierto en el Madison Square Garden, y se habían agotado las localidades. Salieron al escenario en medio de una ovación. Larry se dirigía hacia el micro para ajustarlo a la altura adecuada, pero no podía moverlo. Iba al micrófono del guitarra solista, y también estaba atascado. El del bajo, el del organista, igual. El público empezaba a silbar y a batir palmas. Uno tras otro, los Shady Blues abandonaban el escenario enfundados en sus camisetas psicodélicas similares a las que solían llevar los Byrds en 1966, cuando Roger Me Guinn se encontraba en la cumbre. Y Larry seguía yendo de un micrófono al otro, intentando encontrar al menos uno que pudiera ajustar. Pero todos tenían casi tres metros de altura y estaban atascados. Parecían cobras de acero. Alguien de la multitud empezaba a pedir *Baby Can You Dig Your Man?* “Ya no canto esa canción” —intentaba decir—. *Dejé de hacerlo cuando se acabó el mundo*. El público no podía oírle, y empezaba un sonsonete, primero en las últimas filas, y después llenaba el local ganando volumen: «*Baby, Can You Dig Your Man! Baby, Can You Dig Your Man!*».

Se despertó con ese sonsonete en los oídos. Tenía el cuerpo bañado en sudor.

No necesitaba preguntarle a Glen el significado de su sueño. Esa pesadilla en que no se pueden alcanzar los micrófonos, no puedes ponerlos a tu medida, es muy común entre músicos de *rock*, como lo es soñar que estás en el escenario y no recuerdas ni una sola

canción. Larry suponía que todos los artistas tenían una variante de la misma pesadilla antes de...

Antes de una actuación.

Era un sueño de incapacidad. Expresaba un simple miedo inconsciente: ¿Y si no puedo? ¿Y si quiero hacerlo pero no puedo? El terror de ser incapaz de dar el salto a la fe, que es el lugar desde donde cualquier artista empieza, sea cantante, escritor, pintor, músico...

Sé amable con la gente, Larry.

¿De quién era aquella voz? ¿De su madre?

Te drogas, Larry.

No, mamá. No. Ya no lo hago. Lo dejé cuando terminó el mundo. De verdad.

Volvió a echarse y se durmió de nuevo. Su último pensamiento fue que Stu tenía razón. El hombre oscuro les echaría el guante. Mañana, pensó. Sea lo que sea, ya está cerca.

Pero el día 25 no vieron a nadie. Los tres caminaron impasibles bajo el refulgente cielo azul. Divisaron infinidad de aves y animales, pero ni un solo ser humano.

—Es asombroso cómo se recupera la fauna —comentó Glen—. Sabía que el proceso sería bastante rápido, y aunque el invierno producirá algunas bajas, no deja de ser sorprendente. Apenas han pasado cien días desde que aparecieron los primeros brotes de la epidemia.

—Sí, pero no hay perros ni caballos —observó Ralph—. Y eso es anormal, ¿sabes? Inventaron un microbio capaz de diezmar a casi toda la población, y eso no era suficiente. Tenían que exterminar también a sus dos animales favoritos. Aniquiló al hombre y a sus mejores amigos.

—Y dejó los gatos —murmuró Larry con amargura.

Ralph se animó.

—Bueno, tenemos a *Kojak*.

—Teníamos a *Kojak*.

Eso puso fin a la conversación. Las montañas se elevaban frente a ellos, llenas de escondrijos para docenas de hombres con rifles y miras telescópicas. A Larry seguía acosándole la premonición de que ése sería el día. Cada vez que llegaban a lo alto de una colina, esperaba ver la carretera bloqueada a sus pies. Y al comprobar que sus temores no se materializaban, pensaba en una emboscada.

Hablaron de caballos, perros y bisontes. Los bisontes no se habían extinguido, les informó Ralph. Nick y Tom Cullen habían visto algunos. No tardaría en llegar el día, quizá todavía vivieran para verlo, en que el bisonte volviera a poblar las praderas.

Larry sabía que era cierto, pero también que era hablar por hablar, pues sus vidas tal vez no durasen más de diez minutos.

Había oscurecido y tenían que buscar un lugar donde acampar. En la cumbre de la última loma, Larry pensó: Estarán ahí abajo.

Pero no había nadie.

Acamparon junto a un gran cartel verde fosforescente que indicaba las vegas 260. Ese día habían comido relativamente bien: tortitas fritas, gaseosa y dos galletas dietéticas que se habían repartido a partes iguales.

Mañana será, volvió a pensar Larry, y se durmió. Esa noche soñó que él, Barry Greig y los Tattered Remnants actuaban en el Madison Square Garden. Suponía su gran oportunidad: eran los teloneros de un grupo muy famoso que se llamaba como una ciudad, Boston o Chicago. Y de nuevo todos los micrófonos tenían tres metros de altura y él volvía a intentar bajarlos en vano. El público se impacientaba y pedía *Baby, Can You Dig Your Man?*

Miraba la primera fila de butacas y sentía que se le helaba la sangre. Allí estaba sentado Charles Manson, con la x sobre la frente, que ya cicatrizaba, dando palmas y coreando. Y también estaba Richard Speck, mirando a Larry con ojos hinchados, vidriosos y un porro de marihuana en los labios. Flanqueaban al hombre oscuro. Y detrás de ellos aparecía John Wayne Gacy. Flag lideraba los gritos.

Mañana, volvió a pensar Larry caminando enloquecido de un micrófono a otro del Madison Square Garden, te veré mañana.

Pero al día siguiente no ocurrió nada. Ni al otro. El 27 de septiembre por la noche acamparon en la ciudad de Freemont Junction, y allí encontraron provisiones.

Esa noche, Larry le confesó a Glen:

—Vivo esperando que esto termine de un momento a otro. Cada día que pasa es peor.
Glen asintió.

—A mí me ocurre lo mismo. Sería gracioso que él no hubiera sido más que una alucinación, ¿verdad? Sólo una pesadilla de nuestro subconsciente colectivo.

Larry le miró estupefacto. Después negó con la cabeza.

—No. No creo que sea una pesadilla.

Glen sonrió.

—Yo tampoco, amigo.

Al día siguiente establecieron contacto.

Después de las diez de la mañana llegaron a la cima de una colina y vieron que a unos dos kilómetros había dos coches estacionados radiador contra radiador, bloqueando la carretera.

—¿Un accidente? —preguntó Glen.

Ralph hizo visera con la mano para evitar el reflejo.

—No lo creo. No estarían aparcados en esa posición.

—¿Sus hombres? —dijo Larry.

—Sí, eso parece —asintió Ralph—. ¿Qué haremos ahora?

Larry sacó el pañuelo y se enjugó la cara. O había vuelto el verano o empezaban a sentir los efectos del desierto del sudoeste. La temperatura rondaba los veinticinco grados.

Pero es un calor seco, pensó. Sólo estoy sudando un poco.

Guardó el pañuelo. Ahora que empezaba la función, se sentía bien. De nuevo tenía la extraña sensación de que era una actuación, un espectáculo que había que representar.

—Bajaremos y comprobaremos si Dios está de nuestra parte. ¿De acuerdo, Glen?

—Tú eres el jefe.

Volvieron a ponerse en marcha. Al cabo de media hora se habían acercado lo suficiente para ver que los coches eran de la patrulla estatal de Utah. Varios hombres armados les estaban esperando.

—¿Nos dispararán? —inquirió Ralph sin aparentar preocupación.

—No lo sé —contestó Larry.

—Algunos de sus fusiles tienen mira telescópica. Veo cómo las lentes lanzan destellos bajo el sol. Si quieren matarnos, estaremos a tiro en cualquier momento.

Siguieron avanzando. Los hombres de la barricada se dividieron en dos grupos: cinco delante, encañonándolos con los fusiles, y otros tres agachados detrás de los coches.

—¿Son ocho, Larry? —preguntó Glen.

—Sí, yo cuento ocho. Por cierto, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien —respondió Glen.

—¿Y tú, Ralph?

—Con ganas de saber qué haremos cuando llegue la hora.

Larry le apretó la mano durante un momento. Después hizo lo mismo con Glen.

Estaban a menos de un kilómetro de los coches patrulla.

—No nos dispararán sin más —afirmó Ralph—. Ya lo habrían hecho.

Continuaron avanzando hasta que distinguieron los rostros. Larry los estudió. Uno de los hombres llevaba una espesa barba. Otro era joven pero casi calvo. Debió de ser un golpe duro empezar a perder el pelo cuando todavía iba al instituto, pensó Larry. Otro vestía una camiseta amarillo chillón con la imagen de un camello sonriente y la inscripción ESTOY SUPERJOROBADO en letra gótica. Un tercero, que tenía aspecto de contable, jugueteaba con una Magnum 357; parecía bastante más nervioso que Larry y si no se serenaba se volaría un pie.

—No parecen muy distintos de nuestros chicos —comentó Ralph.

—Sí lo parecen —replicó Glen—. Están armados.

Llegaron a unos diez metros de los coches patrulla que bloqueaban la carretera. Larry se detuvo y los otros dos siguieron su ejemplo. Hubo un largo silencio mientras los hombres de Flagg y el pequeño grupo de caminantes se miraban cara a cara. Entonces Larry Underwood saludó:

—Hola, ¿qué tal?

El hombrecillo con aspecto de contable se adelantó, sin dejar de manosear la Magnum.

—¿Sois Glendo Bateman, Lawson Underwood, Stuart Redman y Ralph Bretner?

—¿Es que no sabe contar? —contestó Ralph.

Alguien soltó una risita. El hombrecillo se ruborizó.

—¿Quién falta?

—Stu sufrió un accidente durante el trayecto —explicó Larry—. Y me parece que usted sufrirá otro si no deja de jugar con ese revólver.

Se oyeron más risitas. El contable consiguió meter la pistola dentro de la cinturilla de sus pantalones grises, lo cual le dio un aspecto todavía más ridículo. Entonces dijo:

—Me llamo Paul Burlson, y en virtud de la autoridad que me ha sido conferida, procedo a arrestaros y os ordeno que me acompañéis.

—¿En nombre de quién? —replicó Glen.

Burlson lo miró con desdén y nerviosismo.

—Ya sabe de quién.

—Entonces dígallo.

Pero Burlson permaneció callado.

—¿Tiene miedo? —le preguntó Glen, y miró a los ocho hombres—. ¿Le tiene tanto miedo que no se atreve a pronunciar su nombre? Muy bien, yo lo haré por usted. Se llama Randall Flagg, también conocido como el hombre oscuro, el hombre alto y el *Dandy*. ¿No le llamáis así algunos de vosotros?

Algunos de los hombres intercambiaron miradas de inquietud y Burlson retrocedió un paso. Glen continuó.

—Podéis llamarle Belcebú porque es otro de sus nombres. O Niarlahotep, Ahaz, o Astarot. Y si lo preferís, R'yelah, Seti y Anubis. Su nombre es legión y es el apóstata de los infiernos. Y vosotros le laméis el culo. —Volvió a bajar la voz a un tono normal y esbozó una sonrisa de suficiencia—. He considerado conveniente dejar las cosas claras.

—Cogedles —ordenó Burlson—. Y disparad al primero que se mueva.

Durante un extraño segundo nadie se movió y Larry pensó: No van a hacerlo, nos tienen tanto miedo como nosotros a ellos, incluso más, a pesar de que están armados...

Miró a Burlson y dijo:

—¿A quién pretende engañar, enano capullo? Nosotros queremos ir allí. Para eso hemos hecho el viaje.

Entonces se movieron, casi como si obedecieran a Larry, el cual fue introducido, junto con Ralph, en el asiento trasero de un coche. A Glen le hicieron entrar en el otro. Estaban detrás de una tela metálica. Las portezuelas no tenían manijas interiores.

Estamos arrestados, pensó Larry. Y descubrió que la idea le divertía.

En el asiento delantero se apretujaron cuatro hombres. El coche patrulla dio marcha atrás, giró y avanzó hacia el oeste. Ralph suspiró.

—¿Asustado? —le preguntó Larry en voz baja.

—Ni siquiera lo sé. Es tan agradable no tener que seguir caminando...

Uno de los hombres que iban sentados delante preguntó:

—¿El viejo bocazas es el jefe?

—No. El jefe soy yo.

—¿Cómo se llama?

—Larry Underwood. Éste es Ralph Bretner. El otro es Glen Bateman.

Miró por la ventanilla trasera. El segundo coche les seguía.

—¿Que le pasó al cuarto tipo?

—Se rompió una pierna. Tuvimos que dejarlo.

—Comprendo. Soy Barry Dorgan. Del departamento de seguridad de Las Vegas.

Larry estuvo a punto de contestar con un absurdo «Mucho gusto en conocerle» y esbozó una sonrisa.

—¿Falta mucho para llegar allí?

—Bueno, no podemos correr demasiado porque en la carretera hay atascos. La estamos despejando desde la ciudad, pero el trabajo es lento. Tardaremos unas cinco horas.

—¿No es fantástico? —comentó Ralph—. Llevamos tres semanas de caminata, y bastan cinco horas en coche para llegar allí.

Dorgan se giró para mirarlos.

—No entiendo por qué habéis venido a pie. Y tampoco entiendo en absoluto por qué habéis venido. Teníais que suponer que ibais a terminar así.

—Nos enviaron —respondió Larry—. Creo que para matar a Flagg.

—No dispondréis de muchas oportunidades, amigo. Iréis directamente a la cárcel del condado de Las Vegas. Y no tendréis permisos de salida, ni libertad bajo fianza. Él tiene un interés especial en vosotros. Sabía que veníais. —Hizo una pausa—. Confórmese con que sea una muerte rápida. Pero no creo que os conceda ese privilegio. Últimamente no está de muy buen humor.

—¿Por qué? —preguntó Larry.

Pero a Dorgan le pareció que ya había hablado bastante... quizá demasiado. Se dio la vuelta sin responder, y Larry y Ralph contemplaron el desierto que iba quedando atrás. En sólo tres semanas, la velocidad se había convertido para ellos en una novedad.

Tardaron seis horas en llegar a Las Vegas. La ciudad se levantaba en medio del desierto como una joya inverosímil. Las calles estaban atestadas. La gente había terminado la jornada laboral y disfrutaba del fresco de la tarde en los parques, los bancos, las paradas de autobús, o sentada en los portales de las capillas y tiendas de empeños. Miraban pasar los coches de policía y después volvían a sus temas de conversación.

Larry lo contemplaba todo pensativo. La electricidad funcionaba, las calles estaban limpias y habían desaparecido los escombros del saqueo.

—Glen tenía razón —comentó—. Ha conseguido que los trenes circulen con puntualidad. Pero sigo preguntándome si ésta es la manera de organizar un ferrocarril. Aquí toda la gente parece sufrir enfermedades nerviosas, Dorgan.

Dorgan no contestó.

Llegaron a la cárcel del condado y rodearon el edificio hasta la parte posterior. Los dos coches patrulla aparcaron en un patio de cemento. Cuando Larry bajó, haciendo una mueca porque tenía los músculos entumecidos, vio que Dorgan había sacado dos pares de esposas.

—Eh, vamos —exclamó Larry—. ¿Es necesario?

—Cumpla órdenes.

—Nunca me han esposado —protestó Ralph—. Antes de casarme me detuvieron un par de veces y me encerraron en la celda de los borrachos, pero jamás me manillaron.

Ralph hablaba con lentitud y su acento de Oklahoma era más pronunciado. Larry comprendió que estaba furioso.

—Son órdenes —repitió Dorgan—. No lo haga más difícil.

—Ya sé quién da las órdenes —dijo Ralph—. El mismo que mató a mi amigo Nick. ¿Qué os une a ese demonio? Usted parece un tipo bastante agradable.

Observaba a Dorgan de un modo tan inquisitivo y colérico que éste negó con la cabeza y desvió la mirada.

—Es mi trabajo y lo cumplo —murmuró—. Deme las muñecas o haré que alguien se las sujete.

Larry tendió las manos y Dorgan lo esposó.

—¿Cómo se ganaba la vida usted? —le preguntó Larry—. Me refiero a antes.

—Detective de segunda. En la policía de Santa Mónica.

—Y ahora trabaja para él. Es... perdón que se lo diga, pero es casi gracioso.

Glen Bateman se reunió con ellos, ayudado por un brusco empujón.

—¿A qué viene tratarlo de esa forma? —preguntó Dorgan.

—Si hubieras tenido que soportar durante seis horas las tonterías de este tío, harías algo más que empujarle —respondió uno de los guardias.

—Me importa un pimiento lo que hayas tenido que soportar, pero las manos quietas —le ordenó Dorgan, y miró a Larry—. ¿Por qué le extraña que trabaje para él? Soy policía desde diez años antes de la epidemia. He visto lo que sucede cuando tipos como usted están al mando.

—Joven —dijo Glen sin perder la calma—, las experiencias que usted haya podido tener con niños maltratados y drogadictos no justifica que se ponga al servicio de un monstruo.

—Lléváoslo —espetó Dorgan—. Celdas separadas. Pabellones separados.

—No creo que pueda acostumbrarse a su opción, joven —comentó Glen—. No le veo el suficiente espíritu nazi.

Esta vez fue el propio Dorgan quien empujó a Glen.

A Larry le separaron de los otros dos y lo llevaron por un corredor vacío donde había carteles de prohibido escupir, por aquí hacia duchas y desinsectación, y otro que rezaba usted no es un invitado.

—Me gustaría ducharme —dijo Larry.

—Ya veremos —contestó Dorgan.

—¿Qué veremos?

—Si sabe cooperar.

Dorgan abrió una celda al fondo del corredor y le hizo entrar.
—¿Y las esposas? —preguntó Larry, tendiendo las manos.
—Ya. —Dorgan se las quitó—. ¿Mejor así?
—Gracias.
—Quiere ducharse, ¿eh?
—Por supuesto.
Más que ducharse lo que Larry quería era que no lo dejaran solo, escuchando cómo se alejaba el ruido de las pisadas. A solas volvería a invadirle el miedo.
Dorgan sacó una libretita.
—¿Cuántos sois en la Zona Libre?
—Seis mil —respondió Larry—. Los jueves por la noche nos reunimos para jugar al bingo y el premio es un pavo de diez kilos.
—¿Quiere ducharse o no?
—Sí, quiero. Pero ya no me importa.
—¿Cuántos sois?
—Veinticinco mil, pero cuatro mil tienen menos de doce años y entran sin pagar en el autocine. Desde el punto de vista económico, es la ruina.
Dorgan cerró la libreta de golpe y lo miró.
—No puedo hacerlo —dijo Larry—. Póngase en mi lugar.
Dorgan meneó la cabeza.
—¿Qué habéis venido a hacer aquí? ¿Qué pensáis obtener? Mañana o pasado os matará como a perros. Y si quiere que habléis, hablaréis. Si desea que bailéis claqué y os masturbéis al mismo tiempo, también lo haréis. Estáis acabados.
—La anciana nos envió. Madre Abigail. Es probable que usted soñara con ella.
Dorgan negó con la cabeza, pero de repente sus ojos se apartaron de los de Larry.
—No sé de qué me está hablando.
—Entonces dejémoslo.
—¿Está seguro de que no quiere hablar y luego ducharse?
Larry rió.
—No me vendo tan barato. Enviad a un espía a la Zona. Es decir, si encontráis a alguien que no parezca una comadreja después de oír el nombre de madre Abigail por segunda vez.
—Como quiera —farfulló Dorgan.
Se alejó por el pasillo iluminado por focos protegidos por tela metálica. Después de salir por una puerta de barrotes de acero, ésta se cerró a sus espaldas con una resonancia hueca.
Larry miró alrededor. Como Ralph, también había estado un par de veces en la cárcel: una por borrachera y escándalo público, otra por llevar encima treinta gramos de marihuana. La fogosa juventud.
—No es el Ritz, pero no está mal —murmuró.
El colchón de la litera se veía muy húmedo, y se preguntó si alguien habría muerto allí en junio o a principios de julio. El retrete funcionaba, pero cuando tiró de la cadena se llenó de agua amarillada, señal de que no se utilizaba desde hacía tiempo. Alguien había dejado una novela barata del Oeste. Larry la cogió y después volvió a dejarla donde la había encontrado. Se sentó en la litera y escuchó el silencio. Siempre había detestado la soledad, pero en cierto sentido siempre había estado solo... hasta que llegó a la Zona Libre. Y ahora no era tan terrible como había temido. Resultaba desagradable, pero podía soportarlo.
«Mañana o pasado os matará como a perros».
Pero Larry no lo creía. No ocurriría así.
—No temeré a ningún diablo —le dijo al silencio sepulcral del pabellón de celdas. Le gustó cómo sonaba y repitió la frase.
Se tendió y pensó que por fin había recorrido la mayor parte del trayecto de regreso a la costa Oeste. Pero el viaje había sido más largo y extraño de lo que hubiera imaginado. Y aún no había terminado.
—No temeré a ningún diablo —repitió de nuevo.
Se quedó dormido con el rostro sereno y descansó tranquilo, sin sueños.

A las diez de la mañana del día siguiente, veinticuatro horas después de haber visto por primera vez la carretera bloqueada, Randall Flagg y Lloyd Henreid fueron a visitar a Glen Bateman.

Estaba sentado en el suelo de su celda, con las piernas cruzadas. Debajo de la litera había encontrado un trozo de carboncillo y acababa de escribir un proverbio en la pared, en medio del laberinto de órganos genitales masculinos y femeninos, nombres, números de teléfono y poemitas obscenos: «No soy el alfarero, ni el torno del alfarero, sino la arcilla. ¿Acaso la calidad de la forma obtenida no depende tanto del valor intrínseco de la arcilla como del torno y la pericia del artesano?». Glen estaba reflexionando sobre el proverbio (¿o era un aforismo?) cuando la temperatura del pabellón desierto pareció bajar diez grados. La puerta del fondo del corredor se abrió con estrépito. Glen sintió que la saliva se le secaba en la boca. El carboncillo se le quebró entre los dedos.

Se oyó taconeo de botas en el pasillo. Otras pisadas, más insignificantes, daban el contrapunto, intentando mantenerse a la par.

Vaya, si es él. Por fin voy a verle la cara.

Su artritis empeoró de repente. Era terrible. Tuvo la sensación de que los huesos estaban rellenos de astillas de vidrio. Sin embargo, se volvió con una sonrisa intrigada cuando el taconeo se detuvo delante de su celda.

—Bueno, por fin —exclamó Glen—. Y no es ni remotamente tan monstruoso como yo esperaba.

Al otro lado de las rejas había dos hombres. Flagg estaba a la derecha de Glen. Vestía vaqueros y una camisa de seda que despedía suaves reflejos bajo la débil luz. Sonreía. Iba acompañado de un hombre más bajo que no sonría en absoluto. Tenía el mentón retraído y unos ojos demasiado grandes para su cara. Su tez poseía una textura que el clima del desierto nunca trataría bien; se había quemado, despellejado y vuelto a quemar. De su cuello colgaba una piedra negra con una estría roja. Tenía un aspecto grasiento y resinoso.

—Le presento a mi socio —dijo Flagg con una sonrisa—. Lloyd Henreid, éste es Glen Bateman, sociólogo, miembro del comité de la Zona Libre y único superviviente del grupo de cerebros pensantes, ahora que Nick Andros ha muerto.

—Mucho gusto —murmuró Lloyd.

—¿Que tal su artritis, Glen? —se interesó Flagg. Su tono era compasivo, pero sus ojos despedían chispas de júbilo y sabiduría secreta.

Glen abrió y cerró las manos rápidamente, al tiempo que devolvía la sonrisa al hombre oscuro. Nadie podría imaginarse el esfuerzo que le costaba mantener aquella afable expresión.

«¡El valor intrínseco de la arcilla!».

—Bien —contestó—. Mucho mejor ahora que duermo bajo techo, gracias.

La sonrisa de Flagg vaciló un poco. Glen captó una fugaz sensación de asombro y rabia. ¿También de miedo?

—He decidido soltarle —anunció.

Reapareció su sonrisita, radiante y vulpina. Lloyd ahogó una exclamación de sorpresa. Flagg se volvió hacia él y le preguntó:

—¿No es así, Lloyd?

—Eh... claro —respondió—. Sí, desde luego.

—Estupendo —asintió Glen con desenvoltura.

La artritis se incrustaba cada vez más en sus articulaciones, entumeciéndolas como el hielo, quemándolas como el fuego.

—Le facilitaremos una moto y podrá regresar cuando quiera.

—Desde luego no me iré sin mis compañeros.

—No, claro que no. Y lo único que tiene que hacer es pedírmelo. Ponerse de rodillas y pedírmelo.

Glen rió de buena gana. A medida que reía, el dolor de las articulaciones empezó a ceder. Se sentía mejor, más fuerte, dueño otra vez de sí mismo.

—Oh, es usted incorregible —exclamó—. Le daré un buen consejo: hágase follar por un pez.

El rostro de Flagg se ensombreció. La sonrisa se borró. Sus ojos, antes tan oscuros como el azabache, parecieron despedir destellos amarillos. Alargó la mano y sus dedos ciñeron la cerradura de la puerta. Se oyó un zumbido eléctrico. Saltaron chispas y la atmósfera se llenó de olor a quemado. La cerradura cayó al suelo, ennegrecida y humeante. Lloyd Henreid lanzó un grito. El hombre oscuro agarró los barrotes y deslizó la puerta sobre el riel.

—Deje de reír.

Glen rió con más fuerza.

—¡Deje de reírse de mí!

—¡Usted no es *nada*! —exclamó Glen mientras se secaba los ojos llorosos y sin dejar de reír entre dientes—. Oh, perdone... pero es que estábamos tan asustados imaginando que usted era tan imponente... Me río de nuestra propia estupidez y de su penosa insignificancia...

—Mátalo, Lloyd.

Se había vuelto hacia su acompañante haciendo unas muecas horribles, sus manos crispadas como garras.

—Oh, si tiene que matarme, hágalo usted mismo —le recomendó Glen—. Seguro que puede hacerlo. Tóqueme con el dedo y detenga mi corazón. Haga la señal de la cruz invertida y podrá causarme una embolia cerebral. Haga caer un rayo del portalámparas del techo y pártame en dos. Oh... ¡qué gracioso!

Glen se dejó caer sobre la litera sacudido por la risa.

—¡Mátalo! —gritó el hombre oscuro a su ayudante.

Pálido y temblando de miedo, Lloyd sacó torpemente la pistola del cinturón. Estuvo a punto de caérsele. Trató de apuntar a Glen, para lo cual tuvo que utilizar ambas manos.

Glen miró a Lloyd sin dejar de sonreír. Se comportaba como si estuviera en un cóctel de intelectuales de Woodsville, New Hampshire, recuperándose de un buen chiste y preparándose para encauzar la conversación hacia temas más serios.

—Si tiene que matar a alguien, señor Henreid, mátelo a él.

—Ahora, Lloyd.

Lloyd apretó el gatillo. El arma resonó estrepitosamente en el recinto cerrado. Pero la bala sólo se incrustó en el cemento a cinco centímetros del hombro derecho de Glen.

—¿Es que no puedes hacer nada bien? —rugió Flagg—. ¡Mátalo, inútil! ¡Mátalo! ¡Lo tienes delante de las narices!

—Estoy intentando...

La sonrisa de Glen no se había alterado. El disparo sólo le había hecho parpadear.

—Le repito que si tiene que matar a alguien, es a él. En realidad no es humano, ¿sabe? Una vez se lo describí a un amigo como el último mago del pensamiento racional, señor Henreid. Estuve más acertado de lo que imaginaba. Pero ahora está perdiendo sus poderes mágicos. Le están abandonando y él lo sabe. Y usted también lo sabe. Mátelo ahora y ahórrenos Dios sabe cuánta sangre y cuántas muertes.

Las facciones de Flagg se habían inmovilizado.

—Mátalo, Lloyd —ordenó—. Yo te saqué de la cárcel cuando te estabas muriendo de hambre. Era de tipos como éste de los que querías vengarte. De estos mamarrachos que hablan de modo grandilocuente.

—No crea que va a engañarme —murmuró Lloyd a Glen—. Ya ha oído a Flagg.

—Pero miente. Usted sabe que miente.

—En toda mi asquerosa vida nadie se había molestado nunca en decirme tantas verdades como él —insistió Lloyd.

Y disparó tres veces contra Glen, el cual salió despedido hacia atrás, convulsionado y retorcido como un muñeco de trapo. Consiguió erguirse sobre un codo.

—No importa, señor Henreid —susurró—. Usted no entiende nada.

—¡Cierre el pico, hijo de puta! —vociferó Lloyd.

Disparó otra vez y la cara de Glen quedó destrozada. Otro disparo y su cuerpo saltó fláccidamente. Lloyd disparó una vez más. Estaba llorando. Las lágrimas rodaban por sus mejillas coléricas y quemadas por el sol. Recordaba el conejo que había abandonado y que se había comido sus propias patas. Recordaba a Poke, y a los ocupantes del Continental blanco, y al Bello George. Recordaba la cárcel de Phoenix, y la rata, y que no había podido comerse la estopa del colchón. Recordaba a Trask, y cómo al cabo de un tiempo su pierna había empezado a parecerse a un pollo frito del Kentucky Fried Chicken. Volvió a apretar el gatillo, pero la pistola sólo emitió un chasquido estéril.

—Está bien —dijo Flagg en voz baja—. Te felicito, Lloyd.

Lloyd dejó caer el arma y se apartó de Flagg.

—¡No me toque! —gritó—. ¡No lo hice por usted!

—Sí, lo has hecho por mí —rectificó Flagg con súbita ternura—. Quizá no lo creas, pero es así.

Alargó la mano y tocó la piedra de azabache que colgaba del cuello de Lloyd. Cerró la mano sobre ella y cuando volvió a abrirla había desaparecido, reemplazada por una llavecita de plata.

—Te lo prometí —continuó el hombre oscuro—. En otra cárcel. Él estaba equivocado... Yo cumplo mis promesas, ¿verdad, Lloyd?

—Sí.

—Los otros se están marchando o piensan irse. Sé quiénes son. Conozco sus nombres. Whitney, Ken, Jenny... Sí, todos los nombres.

—¿Entonces por qué no...?

—¿Por qué no lo impido? No lo sé. Quizá sea mejor dejar que se marchen. Pero tú eres distinto, Lloyd. Tú eres mi buen y fiel servidor, ¿verdad?

—Sí —susurró Lloyd en una confesión definitiva—. Sí, supongo que lo soy.

—Sin mí nunca habrías sido más que un mierdecita aunque hubieras sobrevivido al encierro de aquella cárcel. ¿No es así?

—Sí.

—Lauder lo sabía. Sabía que yo podía convertirle en algo grande. Por eso quiso venir a mí. Pero estaba demasiado lleno de ideas de... —De pronto parecía estupefacto y viejo; hizo un ademán de impaciencia y la sonrisa volvió a su rostro—. Quizá esto va mal, Lloyd. Quizá, por alguna razón que ni siquiera yo puedo encontrar... pero al viejo mago todavía le quedan algunos trucos, Lloyd. Ahora escúchame. El tiempo apremia si queremos frenar esta... crisis de confianza, si estamos decididos a cortarla de raíz, por decirlo de alguna forma. Mañana habrá que liquidar a Underwood y a Bretner. Ahora presta mucha atención...

Lloyd no se acostó hasta pasada la medianoche, y no se durmió hasta la madrugada. Habló con el Rata y con Paul Burlson. Y con Barry Dorgan, quien admitió que lo que el hombre oscuro deseaba podía hacerse, y probablemente debía hacerse, antes de que amaneciera. La construcción se inició en el jardín delantero del MGM Grand alrededor de las diez de la noche del 29, y el equipo de trabajo estaba formado por diez hombres con soldadores de arco, martillos, remaches y una buena cantidad de tubos de acero. Los soldadores no tardaron en atraer a la multitud.

—¡Mira, mamá Angie! —exclamó Dinny—. ¡Fuegos artificiales!

—Sí, pero es hora de que los niños se vayan a la cama.

Angie Hirschfield se lo llevó con el temor secreto de que se preparaba algo quizá tan pernicioso como la misma supergripe.

—¡Quiero verlo! —chilló el chiquillo. Pero ella se apresuró a llevárselo con energía.

Julie Lawry se acercó al Rata, el único hombre de Las Vegas con el que no se hubiera acostado excepto en caso de necesidad extrema. Le parecía demasiado siniestro. Su piel negra refulgía bajo el resplandor blanquiazulado de los arcos voltaicos. Iba disfrazado de pirata etíope: bombachos de seda, fajín rojo y un collar de monedas de plata alrededor de su escuálido cuello.

—¿Qué ocurre, Rata? —le preguntó.

—El Rata no lo sabe, encanto, pero se le acaba de ocurrir una idea. Parece que mañana nos espera una jornada negra, muy negra. ¿Quieres echar un polvo con el Rata, cariño?

—Quizá —respondió Julie—, pero tienes que decirme para qué es esto.

—Mañana lo sabrán todos en Las Vegas —afirmó él—. Puedes apostar tus suaves y deliciosas tetitas. Ven con el Rata, cariño, y te enseñaré placeres celestiales.

Pero Julie ya se había escabullido, para disgusto del Rata.

Cuando Lloyd se fue por fin a la cama, el trabajo había quedado concluido y la multitud se había dispersado. Dos grandes jaulas descansaban en la parte trasera de dos plataformas. A derecha e izquierda de cada una de ellas había unos orificios cuadrados. Cerca de allí había cuatro automóviles aparcados, cada uno de ellos con un enganche para remolque del que partía una gruesa cadena. Éstas serpenteaban sobre el césped del Grand y cada una de ellas terminaba dentro de uno de los orificios cuadrados de las jaulas, y en el extremo tenían grilletes de acero.

Al alba del 30 de septiembre, Larry oyó abrirse la puerta del fondo del pabellón. Unas pisadas se acercaban con paso rápido. Estaba tumbado en la litera, con las manos entrelazadas en la nuca. No había pegado ojo en toda la noche. Había...

(¿reflexionado?, ¿rezado?).

Daba lo mismo. Tanto si había reflexionado como si había rezado, su vieja herida interior se había cerrado por fin dejándolo en paz. Sintió que las dos personas (la real y la ideal) que había sido durante toda su vida se fusionaban en un ser humano. A su madre le hubiera gustado este Larry. Y a Rita Blakemoor también. Era un Larry al que Wayne Stukey no habría

tenido que abrirle los ojos. Un Larry al que incluso la lejana higienista oral tal vez habría estimado.

Voy a morir. Si hay un Dios, y ahora creo que debe haberlo, ésta es su voluntad. Vamos a morir y de alguna manera todo esto terminará como resultado de nuestra muerte.

Sospechaba que Glen Bateman había muerto ya. El día anterior oyó disparos en uno de los pabellones. Fue a Glen a quien se habían llevado en esa dirección, no a Ralph. Bueno, ya tenía cierta edad, la artritis le martirizaba, y lo que Flagg les había preparado para esta mañana tenía visos muy desagradables.

Las pisadas llegaron a su celda.

—Arriba, mamón —exclamó una voz jubilosa—. El Rata ha venido a hacerse cargo de tu culo yanqui.

Larry levantó la vista. Un pirata negro, sonriente, con una cadena de dólares de plata colgada al cuello, aguardaba en el umbral de la celda empuñando un sable desenvainado. Detrás de él estaba el que parecía un contable con gafas, el tal Burlson.

—¿Qué pasa? —preguntó Larry.

—Tu fin ha llegado —respondió el pirata—. La muerte te aguarda.

—De acuerdo —asintió Larry, y se levantó.

Burlson habló con precipitación, y Larry advirtió que se encontraba asustado.

—Quiero que sepa que no fue idea mía.

—Tengo la impresión de que nada lo es —contestó Larry—. ¿A quién mataron ayer?

—A Bateman —contestó Burlson bajando la vista—. Intentó fugarse.

—¿Intentó fugarse? —repitió Larry, y se echó a reír.

El Rata le imitó, burlándose. Reían al unísono.

La puerta de la celda se abrió. Burlson se adelantó con las esposas. Larry no ofreció resistencia y tendió las muñecas. Burlson lo amanilló.

—Intentó escapar —repitió Larry—. Uno de estos días te pegarán un tiro cuando intentes escapar, Burlson. Y a ti también, Rata.

Se echó a reír de nuevo, y esta vez el Rata no le acompañó. Miró a Larry amenazadoramente y levantó el sable.

—Baja eso, idiota —ordenó Burlson.

Caminaron en fila: Burlson, Larry y el Rata. Cuando salieron por la puerta del pabellón se les unieron otros cinco hombres. Uno de ellos era Ralph, también esposado.

—Eh, Larry —exclamó Ralph, compungido—. ¿Lo sabes? ¿Te lo han dicho?

—Sí. Lo sé.

—Hijos de puta. Y les queda poco tiempo, ¿no?

—Desde luego.

—¡Cerrad el pico! —gruñó uno de los guardias—. A quienes les queda poco tiempo es a vosotros. Veréis lo que os espera, cabrones.

—Esto ha terminado —insistió Ralph—. ¿No lo sabéis? ¿No lo notáis?

El Rata empujó a Ralph, haciéndole tambalearse.

—¡Silencio! —rugió—. ¡El Rata no quiere más vudú de pacotilla!

—Estás muy pálido, Rata —comentó Larry, sonriendo—. En vez de negro, pareces gris.

El Rata volvió a levantar el sable, pero su actitud no era amenazadora. Parecía asustado. Como todos. En la atmósfera flotaba un presagio, la sensación de que habían entrado en un remolino de sombras.

En el patio soleado esperaba una furgoneta color verde oliva con el cartel cárcel del condado de las vegas. Larry y Ralph fueron empujados dentro. Las puertas se cerraron de golpe, el motor se puso en marcha y partieron. Se sentaron en los duros bancos de madera, con las manos esposadas entre las rodillas.

—Le oí decir a uno de ellos que todos los habitantes de Las Vegas estarán allí —comentó Ralph—. ¿Crees que van a crucificarnos, Larry?

—Si no es eso, será algo parecido.

Miró a su corpulento acompañante. La pluma del sombrero estaba desvaída y apelmazada, pero seguía asomando desafiante de la cinta. Larry le preguntó:

—¿Tienes miedo, Ralph?

—Mucho —murmuró—. Cuando se trata del dolor soy como un niño. Ni siquiera soportaba que me pusieran una inyección. ¿Y tú?

—También. ¿Puedes sentarte a mi lado?

Ralph se levantó con un tintineo de esposas y se instaló junto a Larry. Permanecieron callados durante unos minutos y después Ralph dijo en voz baja:

—Nos hemos cavado una buena fosa.

—Es cierto.

—Sólo me gustaría saber para qué. Lo único que veo es que vamos a servir de espectáculo, a fin de que todos sepan quién manda aquí. ¿Para eso hemos hecho tanto camino?

—No lo sé.

La furgoneta ronroneaba. Guardaron silencio, cogidos de la mano. Larry estaba asustado; sin embargo, más allá de la sensación de miedo perduraba un profundo sosiego. Triunfarían.

—No le temo a ningún demonio —musitó.

Pero sentía temor. Cerró los ojos. Pensó en Lucy y en su madre. Pensamientos al azar: levantándose en las frías mañanas de invierno para ir a la escuela, la vez que había decidido dejar de asistir a la iglesia, cuando a los nueve años encontró una revista pornográfica y la estuvo hojeando con Rudy, su primera relación íntima con Yvonne Wetterlin. No quería morir, tenía miedo, pero era preciso que se preparara para afrontar la muerte con dignidad. Al fin y al cabo, la elección no fue suya, y había llegado a creer que la muerte sólo era una sala de espera, como uno aguarda en el camerino hasta que llega el momento de actuar.

Se relajó e intentó prepararse.

La furgoneta se detuvo y las puertas se abrieron de golpe. El sol entró a raudales y les hizo parpadear. El Rata y Burlson subieron dentro. Junto con el sol se filtró un ruido, un murmullo apagado. Ralph levantó la cabeza al oírlo, pero Larry lo reconoció de inmediato.

En 1986, los Tattered Remnants habían hecho su presentación más importante en el mismo espectáculo que Van Halen, en Chavez Ravine. Y el ruido previo a la salida a escena había sido igual a ése. De modo que cuando se apeó de la furgoneta ya sabía con qué se iba a encontrar. Observó que Ralph jadeaba.

Estaban en el jardín de un enorme hotel-casino. A los lados de la entrada se levantaban dos pirámides doradas. En el césped había dos camiones de plataforma; sobre cada plataforma, una jaula construida con tubos de acero.

Alrededor se congregaba una multitud.

El público se encontraba en el césped formando un círculo. Ocupaba el aparcamiento del casino, la escalinata que conducía a la puerta de recepción, la explanada donde antes se estacionaban los huéspedes recién llegados mientras el portero llamaba al botones con un toque de silbato. Incluso ocupaba la calle. Algunos jóvenes habían alzado a sus amigas sobre los hombros para que presenciaran mejor el espectáculo. El murmullo apagado era el sonido de ese animal llamado muchedumbre.

Larry contempló la concurrencia y comprobó que todos rehuían su mirada. Los rostros parecían pálidos, lejanos, sentenciados a muerte y sabedores de ello. Sin embargo, estaban allí.

Ralph y él fueron conducidos hacia las jaulas. Durante el recorrido, Larry vio los coches con cadenas y enganches para remolque. Pero fue Ralph quien comprendió de qué se trataba. Se había pasado gran parte de su vida trabajando con maquinaria.

—Larry —dijo con voz quebrada—. ¡Van a descuartizarnos!

—¡Venga! Entrad —ordenó el Rata con una bocanada de aliento que apestaba a ajo—. Tu amigo y tú ocuparéis el lugar del tigre.

Larry subió a la plataforma.

—Dame la camisa, yanqui.

Larry se la quitó y quedó con el torso desnudo; el aire fresco de la mañana era agradable. Ralph ya se había desprendido de la suya. El murmullo del público subió de tono. Ambos estaban esqueléticos después de tantos días de marcha, y las costillas resaltaban claramente.

—Entra en la jaula.

Larry entró de espaldas en la jaula.

Quien daba ahora las órdenes era Barry Dorgan. Iba de un lugar a otro, controlando los preparativos con expresión de disgusto.

Los cuatro conductores subieron a los coches y pusieron los motores en marcha. Ralph se quedó aturdido por un momento, y después cogió uno de los grilletes soldados que colgaban en el interior de su jaula y lo arrojó fuera. Le dio a Paul Burlson en la espalda.

Una risita nerviosa corrió por la muchedumbre.

—No haga eso, amigo —exclamó Dorgan—, si no quiere que mis hombres le inmovilicen.

—Deja que cumplan con su deber —aconsejó Larry a Ralph, y miró a Dorgan—. Eh, Barry, ¿esto se lo enseñaron en la policía de Santa Mónica?

Otra risa estalló entre el público.

—¡Brutalidad policial! —se atrevió a gritar un temerario.

Dorgan se sonrojó pero no respondió. Terminó de poner las cadenas en la jaula de Larry y éste escupió sobre ellas, algo sorprendido de que le quedara saliva. Del fondo de la multitud surgió una tímida aclamación y Larry pensó: Quizá ésta sea la clave, quizá se subleven...

Pero en el fondo no lo creía. Sus rostros eran demasiado pálidos y reservados. El desafío era inocuo: niños alborotando en un aula. Allí flotaba la duda, la intuía, y también el descontento. Pero Flagg controlaba incluso eso. Aquella gente huiría furtivamente en mitad de la noche hacia algún rincón del gran vacío en el que se había convertido el mundo. Y el *Dandy* les dejaría marchar, porque sabía que le bastaba con conservar a los duros, a hombres como Dorgan y Burlson. A los fugitivos podría reunirlos más tarde, quizá para hacerles pagar el precio de su dudosa fe. Allí no se produciría ninguna rebelión.

Dorgan, el Rata y otro hombre se apretujaron con él dentro de la jaula. El Rata abrió los grilletes de las cadenas para aprisionar las muñecas de Larry.

—Estire los brazos —ordenó Dorgan.

—¿No son maravillosos la ley y el orden, Barry?

—¡Estírelos, maldita sea!

—No tiene buen aspecto, Dorgan.

—Se lo digo por última vez, amigo. ¡Estire los brazos!

Larry obedeció y le colocaron los grilletes. Dorgan y sus acompañantes salieron de espaldas y cerraron la puerta. Larry miró a su derecha y vio a Ralph de pie en su jaula, con la cabeza gacha y los brazos caídos. Él también tenía grilletes en las muñecas.

—¡Vosotros sabéis que esto es un crimen! —gritó Larry, y su voz, entrenada por los años dedicados a la canción, brotó de su pecho con vigor insólito—. ¡No pretendo que lo impidáis, pero sí que lo recordéis! ¡Nos asesinan porque Randall Flagg nos tiene miedo! ¡Nos teme a nosotros y a nuestra gente! —Un murmullo creciente circuló entre la multitud—. ¡Recordad cómo morimos! ¡Y que es posible que la próxima vez le toque a cualquiera de vosotros el turno de morir indignamente, como animales enjaulados!

Otra vez el murmullo apagado, creciente, colérico... y el silencio.

—¡Larry! —gritó Ralph.

Flagg bajaba la escalinata del Grand. Vestía vaqueros, una camisa a cuadros, su cazadora tejana con dos chapas en el bolsillo superior, y sus gastadas botas de *cowboy*. Lo acompañaba Lloyd Henreid. En medio del silencio, el repicar de esos tacones sobre el suelo de cemento era el único sonido... Un sonido intemporal.

El hombre oscuro sonreía.

Larry lo miró desde la altura donde estaba. Flagg se detuvo entre las dos jaulas y se quedó mirando hacia arriba. Su sonrisa tenía una fascinación macabra. Era un hombre que controlaba la situación, y Larry comprendió que ése era el momento de la gran opción, la apoteosis de su vida.

Flagg les dio la espalda y miró a su gente. Nadie sostenía su mirada cuando ésta se paseaba por las caras.

—Lloyd —dijo en voz baja.

Lloyd, que parecía atormentado y enfermo, le entregó un papel enrollado como un pergamino.

El hombre oscuro lo desplegó, lo alzó y empezó a leer. Su voz era profunda, sonora y agradable, y se expandía entre el silencio como una onda plateada en un estanque negro.

—Sabed que éste es un decreto legítimo que yo, Randall Flagg, he rubricado con mi firma en este treinta de septiembre de mil novecientos noventa, ahora conocido como Año Uno de la era de la plaga.

—¡Usted no se llama Flagg! —rugió Ralph, y la multitud dejó escapar un murmullo de asombro—. ¿Por qué no les dice su verdadero nombre?

Flagg no le hizo caso.

—Sabed que estos hombres, Lawson Underwood y Ralph Bretner, son espías. No han venido a Las Vegas con buenas intenciones, sino con fines sediciosos, que se han infiltrado furtivamente en este estado amparados por la oscuridad...

—Muy gracioso —comentó Larry—. Llegamos por la carretera 70 en pleno día. —Levantó la voz hasta convertirla en un grito—. ¡Nos arrestaron a mediodía en la interestatal! ¿Os parece que eso es actuar furtivamente y amparados por la oscuridad?

Flagg soportó la interrupción sin inmutarse, como si pensara que Larry y Ralph tenían derecho a rebatir la acusación, aunque al final eso no cambiara nada.

—Sabed —continuó— que cómplices de estos hombres fueron los responsables del sabotaje a los helicópteros de Indian Springs, y por tanto de la muerte de Carl Hough, Bill Jamieson y Cliff Benson. Son culpables de asesinato.

Los ojos de Larry se encontraron con los de un hombre situado en la primera fila del público. Ese hombre era Stan Bailey, jefe de operaciones de Indian Springs. Larry, por supuesto, no lo sabía. Pero vio que sus facciones se velaban tras una expresión de asombro y perplejidad, y observó que sus labios articulaban un juramento.

—Sabed que los cómplices de estos hombres han infiltrado otros espías entre nosotros, y que los hemos ajusticiado. Nuestra sentencia es que ellos tienen que morir descuartizados. Cada uno de vosotros tiene el deber y la responsabilidad de presenciar este castigo, para recordarlo y transmitirlo a las nuevas generaciones.

Volvió a aparecer la sonrisa, pretendidamente solícita esta vez; pero no más cálida ni humana que la de un tiburón.

—Los que estáis aquí con niños, quedáis excusados de presenciar la ejecución.

Se volvió hacia los coches, que tenían el motor en marcha y despedían bocanadas de humo por los tubos de escape. En ese momento se produjo un alboroto en las primeras filas. De pronto, un hombre se abrió paso hasta el terreno despejado. Era un tipo corpulento, con el rostro casi tan pálido como su indumentaria de cocinero. El hombre oscuro le devolvió el pergamino a Lloyd, a quien le temblaron las manos cuando vio aparecer a Whitney Horgan. Se oyó cómo el pergamino se rasgaba en dos.

—¡Ciudadanos! —gritó Whitney.

Un murmullo confuso entre la multitud.

Todo el cuerpo de Whitney temblaba, como si estuviera en pleno ataque de epilepsia. La cabeza no dejaba de volverse de forma espasmódica hacia el hombre oscuro y después en dirección contraria. Flagg miraba a Whitney con una sonrisa feroz. Dorgan avanzó hacia el cocinero, pero Flagg le detuvo con un ademán.

—¡Esto no es justo! —vociferó Whitney—. ¡Sabéis que no lo es!

Un silencio sepulcral cayó sobre la multitud. La garganta de Whitney estaba convulsionada y su nuez subía y bajaba frenéticamente.

—¡Alguna vez fuimos americanos! —rugió—. Los americanos no se comportan así. Yo no era nadie, lo confieso, sólo un cocinero, pero sé que los americanos nunca prestarían oídos a un loco asesino con botas de *cowboy*...

Los nuevos habitantes de Las Vegas lanzaron una exclamación. Larry y Ralph intercambiaron una mirada perpleja.

—¡Eso es lo que es! —insistió Whitney, y el sudor le corría por la cara como lágrimas desprendidas de su erizada corona de pelo—. Así que queréis ver cómo descuartizan a estos dos hombres, ¿eh? ¿Pensáis que es una buena manera de empezar una nueva vida? ¿Creéis que semejante atrocidad puede ser justa en alguna circunstancia? ¡Os digo que esto formará parte de vuestras pesadillas por el resto de vuestras vidas!

La concurrencia dejó escapar un murmullo de asentimiento.

—¡Tenemos que impedir esto! —exclamó Whitney—. Necesitamos tiempo para reflexionar... para...

—Está bien, Whitney. —Esa voz, suave como la seda, apenas más fuerte que un susurro, fue suficiente para acallar los balbuceos del cocinero.

Whitney se volvió hacia Flagg moviendo los labios en silencio, con los ojos fijos como los de un pescado. Ahora sudaba copiosamente.

—Whitney, deberías haberte callado. —Hablaba con suavidad, pero su voz llegaba a todos los oídos—. Te habría dejado marchar...

Whitney movió los labios, pero no emitió ningún sonido.

—Ven aquí, Whitney.

—No... —susurró Whitney.

Nadie oyó su negativa, excepto Lloyd, Ralph y Larry, y quizá Barry Dorgan. Los pies de Whitney se movieron con independencia de su voluntad. Sus zapatillas sisearon sobre el césped y avanzó como un fantasma hacia el hombre oscuro.

La multitud se había convertido en una mandíbula desencajada y un ojo atento.

—Conocía tus planes —prosiguió el hombre oscuro—. Sabía lo que tramabas. Y te habría dejado marchar de aquí hasta que llegara la hora de recuperarte. Quizá dentro de un año, o de diez. Pero ahora todo eso pertenece al pasado, Whitney. Créeme.

Whitney recuperó la palabra por última vez, y su exclamación surgió atropellada, en un grito ahogado.

—¡Usted no es un hombre! ¡Es una especie de... demonio!

Flagg extendió el índice izquierdo casi hasta tocar el mentón de Whitney Horgan.

—Sí, es verdad —respondió en voz tan baja que sólo la oyeron Lloyd y Larry—. Lo soy.

Una bola de fuego, no mayor que una pelota de ping pong, se desprendió de la punta del dedo de Flagg con una débil crepitación.

Una ráfaga de suspiros agitó a los espectadores.

Whitney gritó pero no se movió. La bola de fuego se posó sobre su mentón. El aire se saturó de un repentino olor pegajoso de carne quemada. La bola se desplazó sobre la boca, sellándole los labios, apresando el alarido detrás de sus ojos desorbitados. Cruzó una mejilla abriendo un surco carbonizado y cauterizado al instante.

Le cerró los ojos.

Se detuvo sobre la frente.

Larry oyó que Ralph musitaba una y otra vez la misma frase, y sumó su voz a la de él, transformando la frase en una letanía.

—No le temeré a ningún diablo... No le temeré a ningún diablo...

La bola de fuego rodó hacia arriba desde la frente de Whitney, y entonces se produjo un intenso olor a pelo quemado. Descendió luego hasta la nuca, dejando una grotesca franja calva. Whitney se tambaleó y se desplomó boca abajo.

La multitud soltó una larga exclamación sibilante. Idéntica a la que lanzaba el público el Cuatro de Julio cuando la exhibición de fuegos artificiales era muy espectacular. La bola de fuego azul flotó entonces en el aire, más voluminosa, tan brillante que era imposible mirarla sin entrecerrar los ojos. El hombre oscuro la señaló y la bola se desplazó lentamente hacia la muchedumbre. Quienes se hallaban en primera fila, entre ellos la demudada Jenny Engstrom, retrocedieron.

Flagg los desafió con voz de trueno:

—¡Si hay aquí alguien más que discrepe con mi sentencia, que lo proclame ahora mismo!

Un silencio sepulcral acogió sus palabras.

Flagg parecía satisfecho.

—Entonces procedamos a...

De pronto las cabezas comenzaron a volverse. Un rumor de asombro circuló entre la multitud. Flagg se quedó desconcertado. Los espectadores empezaron a gritar. Aunque resultaba imposible discernir las palabras, el tono era de estupefacción y perplejidad.

La bola de fuego perdió altura y giró a la deriva.

A los oídos de Larry llegó el zumbido de un motor eléctrico. Y volvió a captar aquella palabra enigmática que pasaba de boca en boca. Nunca clara, nunca completa: Ura... basu... sura...

Alguien se abría paso entre la multitud, como respondiendo al desafío del hombre oscuro.

Flagg sintió que el pavor le encogía el corazón. Era el terror a lo desconocido y lo inesperado. Lo había previsto todo, incluso el estúpido discurso intempestivo de Whitney. Lo había previsto todo... menos aquello. La multitud, *su* multitud, se dividía, se partía en dos. Se oyó un alarido, agudo, nítido y escalofriante. Alguien echó a correr. Otro le siguió. Y entonces la muchedumbre repentinamente se disgregó y salió disparada.

—¡Alto! —gritó Flagg con todas sus fuerzas.

Pero fue inútil. La multitud se había transformado en un vendaval furioso que ni siquiera el hombre oscuro podía contener. Una rabia portentosa, impotente, bulló en su interior, sumándose al miedo y formando una nueva combinación volátil. Había vuelto a fallar. En el último momento algo se había malogrado, como en el caso del viejo abogado de Oregón, de la mujer que se había degollado con el cristal en la ventana, y de Nadine... Nadine cayendo al vacío...

La gente corría dispersándose en todas direcciones, pisoteando el césped del MGM Grand, cruzando la calle, dirigiéndose hacia el Strip. Habían visto al invitado que llegaba tarde, que aparecía por fin como una imagen macabra surgida de un relato de terror. Habían visto, tal vez, la imagen infame de algún pavoroso castigo irrevocable.

Y habían visto lo que el peregrino traía consigo al regresar.

Cuando la multitud se disolvió, Randall Flagg también lo vio, igual que Larry, Ralph y el paralizado Lloyd Henreid, que aún sostenía el pergamino rasgado.



Era Donald Merwin Elbert, a quien se conocía ahora como Trashcan. Ahora y para siempre, eternamente, aleluya, amén.

Iba al volante de una larga y mugrienta vagoneta eléctrica. Las potentes baterías del vehículo estaban casi agotadas. El trasto ronroneaba, zumbaba y se zarandeaba. Trashcan brincaba en el asiento como un títere enloquecido.

Se hallaba en las últimas, minado por la radiación. No tenía pelo. Sus brazos, que asomaban de los jirones de la camisa, estaban cubiertos de llagas purulentas. Su rostro era una grumosa masa roja desde la cual un único ojo azul, desteñido por el sol del desierto, observaba con sobrecogedora y penosa inteligencia. Se le habían caído los dientes y las uñas. Sus párpados no eran más que colgajos.

Parecía llegar desde la boca negra y ardiente del infierno.

Flagg lo vio acercarse. Ya no sonreía. El color se había borrado de su semblante. Su cara se convirtió de repente en una ventana de cristal traslúcido.

La voz de Trashcan salió tartamudeando desde el fondo de su escuálido pecho.

—Lo he traído... Le he traído el fuego... Por favor... Lamento...

Fue Lloyd quien se movió. Avanzó un paso, y después otro.

—Trashcan... muchacho... —graznó.

El ojo solitario se movió buscando dolorosamente a Lloyd.

—¿Lloyd? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo, Trashcan. —Temblaba de pies a cabeza, como antes le había sucedido a Whitney—. ¿Qué traes ahí? Acaso...

—Es la estrella —anunció Trashcan—. La bomba atómica. —Empezó a mecerse en el asiento de la vagoneta como un converso en medio de una congregación de fanáticos religiosos—. La bomba atómica, la gran fogata. ¡Daré mi vida por usted!

—Llévatela, Trashcan —susurró Lloyd—. Es peligrosa. Está... caliente. Llévatela...

—Ordénale que se deshaga de esto, Lloyd —gimoteó el hombre oscuro, que ahora era un hombre pálido—. Dile que la devuelva al lugar donde la encontró. Dile...

En el único ojo sensible de Trashcan apareció una expresión de asombro.

—¿Dónde está? —preguntó, y su voz aumentó de volumen hasta convertirse en un aullido

—: ¿Dónde está? ¡Se ha ido! ¿Dónde está? ¿Qué le han hecho?

Lloyd realizó un esfuerzo supremo.

—Trashcan, tienes que deshacerte de eso. Tú...

Y de pronto Ralph aulló:

—¡Larry, Larry! ¡La mano de Dios!

El rostro de Ralph mostraba una alegría indescriptible. Sus ojos brillaban. Señalaba el cielo.

Larry levantó la vista. Vio la bola de electricidad que se había desprendido de la punta del dedo de Flagg. Había crecido hasta adquirir una dimensión prodigiosa. Flotaba en el cielo vibrando en dirección a Trashcan, soltando chispas. Larry se apercibió de que la atmósfera estaba tan saturada de electricidad que todos los pelos de su cuerpo se habían erizado.

Y lo que flotaba en el cielo parecía una mano.

—¡Noooooooo! —gritó el hombre oscuro.

Larry miró hacia él pero Flagg ya no se hallaba allí. Tuvo la sensación de que había algo monstruoso en el sitio donde había estado. Algo aplastado, encorvado y casi sin forma... algo con inmensos ojos amarillos rasgados por pupilas de gato.

Después desapareció.

Larry vio las ropas de Flagg suspendidas: la cazadora, los vaqueros, las botas. Por una fracción de segundo conservaron la forma del cuerpo que las había ocupado. Y después se desplomaron.

El fuego azul crepitante que flotaba se precipitó sobre la vagoneta amarilla que Trashcan había conducido desde la base Nellis. El desgraciado había escupido sangre y había vomitado finalmente sus propios dientes a medida que la radiación carcomía más y más su organismo. Sin embargo, su decisión de llevarle la bomba al hombre oscuro no había flaqueado...

La bola de fuego azul se disparó hacia la plataforma posterior de la vagoneta, atraída por lo que allí había.

—¡Mierda, estamos todos jodidos! —exclamó Lloyd Henreid.

Se cubrió la cabeza con las manos y cayó de rodillas.

—Oh, Dios, gracias Dios mío, pensó Larry. No le temeré a ningún demonio, no le te...

Una silenciosa luz blanca ocupó el mundo.

Y tanto justos como malvados fueron consumidos indiscriminadamente por aquel fuego sagrado.

Stu despertó al amanecer, después de haber dormido de forma intermitente, y siguió temblando a pesar de que *Kojak* estaba acurrucado a su lado. El azul del cielo matutino era frío, y aunque tiritaba estaba acalorado. Tenía fiebre.

—Estoy enfermo —murmuró.

Kojak lo miró, agitó la cola y se acercó al borde de la cañada. Volvió con un trozo de madera y lo dejó caer a los pies de Stu.

—Gracias, amigo.

Kojak hizo varios viajes. El fuego no tardó en avivarse. Ni siquiera arrimándose a las llamas pudo librarse de los escalofríos aunque estaba sudando. Una última ironía. Tenía gripe o algo parecido. La había pillado dos días después de la partida de sus amigos. La gripe parecía haberle sondeado: ¿valía la pena llevárselo? Al parecer sí. Poco a poco iba empeorando. Y esa mañana se sentía fatal.

Entre los diversos objetos que llenaban sus bolsillos, Stu encontró un lápiz, su libreta (todos los proyectos de organización de la Zona Libre que había considerado tan vitales, le parecían ahora bastante ingenuos) y el llavero. Lo contempló durante un rato, embargado por la tristeza y la nostalgia. Ésta era la llave de su apartamento. Esta otra la del vestuario. Ésta el duplicado de la del coche, un viejo Dodge bastante descuidado; debería estar aparcado detrás del número 31 de Thompson Street, en Arnette.

El llavero tenía una placa de plástico para la dirección y el teléfono. Retiró las llaves de la anilla, las hizo botar en la palma de la mano durante un momento, y después las arrojó lejos. Ya no servían para nada. No saldría vivo de allí. A continuación arrancó una hoja en blanco de la libreta.

«Querida Frannie», escribió como encabezamiento. Y relató todo lo ocurrido desde que se había roto la pierna. Añadió que deseaba volver a verla, pero que dudaba que el destino le reservara esa dicha. Se conformaría con que *Kojak* pudiera regresar a la Zona Libre. Se secó las lágrimas con la palma de la mano y escribió que la amaba. «Espero de ti que me llores y después sigas tu vida. El niño y tú tenéis que salvaros. Ahora eso es lo único importante». Firmó, dobló varias veces el papel y lo introdujo en la ranura de la placa de plástico. Después sujetó el llavero al collar de *Kojak*.

—Eres un buen perro —dijo cuando hubo terminado—. ¿Qué tal si echas una ojeada y traes un conejo o algo parecido?

Kojak subió la cuesta donde Stu se había roto la pierna y se perdió de vista. Stu observó su escalada con una mezcla de amargura y alegría. Luego recogió la lata de 7-Up que *Kojak* le había traído el día anterior. La había llenado con agua fangosa. Cuando el agua reposaba, el barro se depositaba en el fondo. Sabía a mil diablos; pero como habría dicho su madre, peor era nada. Bebió muy despacio, saciando la sed poco a poco. Cuando tragaba le dolía la garganta.

—La vida es una perfecta hija de puta —murmuró, y después tuvo que reprimir una carcajada.

Por un momento dejó que los dedos acariciaran su nuca hasta la barbilla. Entonces se acostó, estirando la pierna entablillada, y se durmió.

Despertó sobresaltado, casi una hora después, agarrándose al suelo arenoso en un arranque de pánico. ¿Una pesadilla? Eso parecía, ya que el suelo se movía lentamente bajo las manos.

¿Un terremoto?, pensó. ¿Se está produciendo un terremoto?

Se aferró a la idea de que estaba delirando, de que la fiebre había vuelto a subirle mientras dormitaba. Pero al mirar hacia el barranco, observó que la tierra se deslizaba en pequeñas láminas fangosas. Las piedras rodaban y rebotaban despidiendo destellos delante de sus ojos atónitos. Y entonces oyó un ruido débil, sordo, que pareció *abrirse paso* en sus oídos.

Oyó un gemido sobre su cabeza, *Kojak* se recortaba contra el borde occidental de la cañada, agazapado. Miraba hacia el oeste, hacia Nevada.

—¡*Kojak*! —gritó Stu aterrorizado.

El ruido había sonado como si Dios hubiera estampado el pie contra la superficie del desierto, no muy lejos de allí.

Kojak bajó por la cuesta y se reunió con él, ladrando. Cuando Stu le pasó la mano por el lomo notó que temblaba. Experimentó una súbita sensación de certeza, de que lo que había de ocurrir se estaba produciendo en ese momento.

—Voy a subir, amigo —murmuró.

Se arrastró hacia la cañada. Esa vertiente era un poco más empinada, pero tenía más puntos de apoyo. Durante los últimos tres días había pensado que tal vez podría subir hasta allí arriba; pero no halló ninguna razón para hacerlo. En el fondo de la cañada estaba protegido del viento y tenía agua. Pero ahora experimentaba la necesidad apremiante de subir. De ver. Se irguió sobre las manos y levantó la cabeza para mirar hacia lo alto.

—No lo conseguiré, amigo —le dijo a *Kojak*.

Pero inició la tentativa.

Una nueva capa de desprendimientos se había apilado abajo como resultado del terremoto. O lo que fuera. Stu la sorteó y empezó a trepar haciendo enormes esfuerzos, ayudándose con las manos y la rodilla izquierda. Avanzó unos doce metros y después retrocedió seis antes de poder agarrarse a un saliente.

—No llegaré nunca, maldita sea.

Jadeó, y descansó.

Diez minutos después reanudó la subida y avanzó otros diez metros. Descansó de nuevo. Volvió a trepar. Llegó a un lugar sin puntos de apoyo y tuvo que desviarse hacia la izquierda hasta encontrar uno. *Kojak* avanzaba a su lado, preguntándose seguramente qué pretendía aquel loco abandonando su provisión de agua y el calor de su agradable fogata.

Calor, pensó. Demasiado calor.

La fiebre debía estar subiéndole de nuevo, pero al menos ya no tiritaba tanto. Otra vez el sudor le chorreaba por la cara y los brazos. El pelo, sucio y grasiento, le colgaba sobre los ojos.

¡Dios mío, estoy ardiendo! Debo tener más de cuarenta...

Miró a *Kojak*, y tardó casi un minuto en asimilar lo que veía. El perro jadeaba. No era fiebre, o no sólo fiebre, ya que también *Kojak* tenía calor.

Una bandada de pájaros se arremolinó sobre su cabeza graznando.

Ellos también lo notan. Sea lo que sea, los pájaros también lo perciben.

Empezó a arrastrarse de nuevo, espoleado por el miedo. Cada metro, cada centímetro, le costaba un enorme sacrificio. A la una de la tarde sólo le faltaban dos metros para llegar al borde. Vio las puntas del asfalto cuarteado. Sólo dos metros. Pero allí la pendiente era muy empinada y lisa. En determinado momento quiso reptar hasta arriba, pero la grava suelta de la carretera había empezado a desmoronarse debajo de él, y tuvo miedo de volver a deslizarse hasta el fondo si intentaba moverse. Incluso corría el peligro de fracturarse la pierna sana.

—Estoy atascado —farfulló—. Magnífica hazaña. ¿Y ahora qué?

No tardó en resultar obvio: aunque él no se movía, la tierra cedía. Resbaló un par de centímetros y buscó algo para sujetarse con las manos crispadas. La pierna fracturada le dolía y no había llevado consigo las píldoras de Glen.

Resbaló otros cinco centímetros. Después quince. El pie izquierdo ya colgaba en el vacío. Sólo le sostenían las manos, y éstas empezaron a deslizarse, abriendo surcos en la tierra húmeda.

—¡*Kojak*! —gritó desesperado.

Y *Kojak* apareció junto a él. Stu le rodeó el cuello con los brazos, con la desesperación de un naufrago. *Kojak* no trató de librarse de él, sino que se afirmó sobre las patas. Por un momento se quedaron inmóviles, como una estatua viviente. Después *Kojak* empezó a avanzar, ganando centímetros, arañando con las garras los pedruscos y la grava. Los guijarros llovían sobre la cara de Stu. Cerró los ojos, *Kojak* lo arrastró, jadeando junto a su oreja derecha.

Stu entreabrió los ojos y vio que estaban casi arriba. El perro tenía la cabeza gacha y sus patas traseras forcejeaban con furia. Ganó otros diez centímetros y eso bastó. Con un grito salvaje soltó el cuello de *Kojak* y se agarró a un saliente de asfalto. Se le quebró entre los dedos y se asió a otro. Dos uñas se desprendieron como etiquetas adhesivas y lanzó un alarido. El dolor fue lacerante. Se impulsó hacia arriba con la pierna sana, y, por fin, sin saber cómo, se tumbó jadeando sobre el asfalto de la interestatal 70, con los ojos cerrados.

Kojak gimió y le lamió la cara. Stu se sentó y miró hacia el oeste. Durante un largo rato contempló la lejanía, indiferente al calor que le azotaba la cara en oleadas ardientes.

—Dios mío... —murmuró por fin con voz débil y entrecortada—. Mira eso, *Kojak*. Cielos, no queda nada.

La nube en forma de hongo se alzaba sobre el horizonte como un puño cerrado en el extremo de un antebrazo largo y polvoriento. Se arremolinaba, con los bordes difuminados, y empezaba a disiparse. Tenía un tétrico fondo rojo anaranjado, como si el sol hubiera decidido ponerse en las primeras horas de la tarde. La tempestad del fuego, pensó.

En Las Vegas estaban todos muertos. Alguien se había equivocado de botón y había hecho detonar un arma nuclear, de una potencia sorprendente a juzgar por lo que se veía y presentía. Quizá había estallado todo un arsenal. Glen, Larry, Ralph... Aunque todavía no hubieran llegado a Las Vegas, aunque estuviesen caminando aún, seguramente se encontraban ya cerca y se habían asado vivos.

Kojak gimoteaba.

La lluvia radiactiva, pensó Stu. ¿En qué dirección la llevará el viento?

¿Acaso importaba?

Recordó la nota que le había escrito a Fran. Era indispensable que añadiera lo que había ocurrido. Si el viento soplaba del oeste podría causarles problemas... Y tenían que saber que si Las Vegas había sido la base de operaciones del hombre oscuro, éste había desaparecido. La gente se había evaporado junto con todos los juguetes letales dispersos por la zona.

Tenía que añadir todo eso.

Pero no en ese momento. Se hallaba extenuado. La subida y el espantoso espectáculo de la nube fungiforme que se iba disipando lo había dejado sin arrestos. No experimentaba sensación de júbilo; sólo de un cansancio infinito. Lo último que pensó antes de quedarse dormido fue: ¿Cuántos megatones?

No creía que nadie lo supiera ni quisiera saberlo jamás.

Despertó después de las seis. La nube fungiforme había desaparecido, pero en el oeste el cielo seguía teñido de un furioso color rojizo, semejante a una llaga de carne quemada. Stu se arrastró hasta la cuneta y se dejó caer, otra vez exhausto. Habían vuelto los escalofríos. Y la fiebre. Antes del crepúsculo, *Kojak* trajo un conejo. Lo dejó caer a los pies de Stu y meneó la cola esperando la felicitación.

—Buen perro —murmuró él—. Muy bien.

Meneó la cola más deprisa pero siguió mirando a Stu, como si esperara algo. Faltaba una parte del ritual. Él trató de recordar de qué se trataba, pero su cerebro funcionaba con mucha lentitud. Era como si, mientras dormía, alguien hubiera untado sus engranajes con melaza.

—Te felicito.

Miró el conejo muerto. Entonces pensó en las cerillas. No estaba seguro de llevarlas encima.

—Busca, *Kojak* —dijo más que nada para complacer al animal.

Kojak se alejó trotando y volvió con un trozo de madera seca.

Sí, tenía las cerillas, pero se había levantado una fuerte brisa y las manos le temblaban. Le costó bastante encender el fuego. Las astillas que había desmenuzado se prendieron con el décimo fósforo pero la brisa las apagó. Repitió la operación con tesón, protegiéndolo con el cuerpo y las manos. Le quedaban ocho cerillas. Cuando lo consiguió, asó el conejo, le dio a *Kojak* la mitad que le correspondía y sólo pudo ingerir una mínima parte de su ración. Le arrojó el resto al perro, que miró y aulló nervioso a Stu.

—Adelante, amigo. Yo no puedo.

Kojak se lo comió. Stu lo miraba y tiritaba. Sus dos mantas se habían quedado abajo, por supuesto.

El sol se puso y el cielo se tiñó de un color grotesco. Fue el ocaso más espectacular que Stu había visto en su vida... y el más venenoso. Recordó que a mediados de la década de los sesenta un locutor del noticiario *Movie Tone* había dicho con tono entusiasmado que después de las pruebas nucleares se podían contemplar los crepúsculos más bellos. Y después de los terremotos, naturalmente.

Kojak salió de la cañada con algo en la boca... una de las mantas de Stu. La dejó caer sobre el regazo de éste.

—Eh —exclamó Stu, abrazándolo con torpeza—. ¿Sabes que eres un perro muy especial?

Kojak meneó la cola para demostrar que lo sabía.

Stu se envolvió en la manta y se acercó más al fuego. *Kojak* se tendió a su lado y pronto ambos se durmieron. Pero el sueño de Stu fue ligero y lleno de sobresaltos, casi delirante. Un

poco después de media noche despertó a *Kojak* con sus gritos.

—¡Arriba! —decía Stu—. ¡Será mejor que te muevas! ¡El hombre oscuro viene por ti! ¡Muévete! ¡Llega en su coche fúnebre!

Kojak gemía inquieto. El hombre estaba enfermo. Podía husmear la enfermedad y mezclada con ese olor, había uno nuevo. Era el olor que desprendían los conejos cuando saltaban. Recordaba el del lobo que había destripado bajo la casa de madre Abigail en Hemingford Home. Lo había percibido en las ciudades por las que pasó camino de Boulder con Glen Bateman. Era el olor de la muerte. Si hubiera podido atacarla y apartarla del hombre, lo habría hecho. Pero estaba *dentro* de él, que inspiraba aire puro y espiraba ese olor de muerte inminente. Nada podía hacer, sino esperar y velarlo hasta el fin. *Kojak* gimió y volvió a dormirse.

Stu despertó a la mañana siguiente con fiebre alta. Las glándulas de debajo de la mandíbula estaban inflamadas como pelotas de golf. Sus ojos eran canicas incandescentes.

Me estoy muriendo...

Llamó a *Kojak*, desprendió el llavero, y sacó la nota de la placa de plástico. Añadió dificultosamente lo que había visto y volvió a colocar el mensaje en su sitio. Se acostó y durmió. Y entonces, de improviso, volvió a declinar la tarde. En el oeste ardió otro crepúsculo espectacular, sobrecogedor. Y *Kojak* trajo un topo para la cena.

—¿No has podido encontrar nada mejor?

Kojak movió la cola y pareció sonreír.

Stu lo asó, lo partió en dos, y consiguió comer toda su mitad. La carne era dura y despedía un horrible regusto silvestre. Al terminar, sintió retortijones.

—Cuando me muera —le dijo a *Kojak*— quiero que vuelvas a Boulder. Busca a Fran. ¿De acuerdo, perro tonto?

Kojak meneó la cola.

Una hora después el estómago de Stu se revolvió. Tuvo el tiempo justo de incorporarse sobre un codo para vomitar.

—Mierda —exclamó abatido.

Y volvió a dormirse.

Despertó de madrugada y se incorporó sobre los codos. La fiebre le producía zumbidos en la cabeza. El fuego se había extinguido. No importaba. Ya estaba prácticamente desahuciado.

Le había despertado un ruido que procedía de la oscuridad. Piedras y tierra. Seguramente *Kojak* subiendo la cuesta.

Pero *Kojak* se hallaba a su lado, durmiendo...

Se despertó mientras Stu lo estaba mirando. Levantó la cabeza de entre las patas y un momento después estaba erguido, mirando hacia la cañada y gruñendo.

Un sonido de piedras y tierra. Alguien o algo subía.

Stu hizo un esfuerzo y se sentó.

Es *él*, pensó. Estaba allí pero consiguió escapar. Ahora se encuentra aquí y quiere matarme antes de que lo haga la gripe.

El gruñido del perro aumentó. Se le erizó el lomo y agachó la cabeza. Aquel ruido se iba acercando. Stu oyó un jadeo contenido y luego una pausa, lo bastante larga como para que se le empapara la frente de sudor. Un momento después una silueta oscura asomó por el borde de la cañada, eclipsando las estrellas con el torso.

Kojak avanzó con las patas rígidas, sin dejar de gruñir.

—¡Eh! —exclamó una voz sorprendida—. ¡Pero si eres *Kojak*!

El gruñido cesó de inmediato. *Kojak* brincó alegre, moviendo la cola.

—¡No! —gritó Stu—. ¡Es una trampa! ¡*Kojak*!

Pero el animal saltaba delante de la figura que finalmente se había erguido sobre el asfalto. Y era una figura conocida. Avanzó hacia Stu, seguida por *Kojak*, que ladraba alborozado. Stu se humedeció los labios y se preparó para luchar si era preciso. Pensó que sólo conseguiría descargar un buen puñetazo, quizá dos.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Quién está ahí?

La silueta oscura se detuvo y a continuación habló.

—Es Tom Cullen, ése es, cielos, sí. ¿Y quién es usted?

—Stu —respondió, y sintió un repentino mareo—. Hola, Tom. Me alegro de verte.

Pero no lo vio. Esa noche no. Stu se desmayó.

Volvió en sí a las diez de la mañana del día 2 de octubre, aunque ni él ni Tom sabían que era esa fecha. Tom había encendido un gran fuego y había arropado a Stu con su saco de dormir y sus mantas. Ahora se hallaba sentado junto a la hoguera asando un conejo. *Kojak* descansaba feliz en el suelo, entre los dos.

—Tom —consiguió articular Stu.

El joven se acercó. Stu vio que se había dejado la barba. Tenía un aspecto muy distinto del que presentaba cuando salió de Boulder cinco semanas antes, rumbo al Oeste. Sus ojos azules centelleaban de alegría.

—¡Stu Redman! Te has despertado, ¡cielos, sí! Cuánto me alegro. Chico, es estupendo verte. ¿Qué le pasó a tu pierna? Me parece que está rota. Una vez me lastimé la mía. Salté de un pajar y me la rompí, creo. ¿Mi padre me zurró? ¡Cielos, sí! Eso fue antes de que me escapara con Dee Dee Packalotte.

—La mía también está rota. Tom, tengo una sed espantosa...

—Oh, aquí hay agua. ¡Toda la que quieras! Toma.

Le alargó una botella de plástico. El agua era cristalina y deliciosa, sin nada de arena. Stu bebió con avidez. Y después vomitó.

—Despacio —le aconsejó Tom—. Así es como se hace. Despacio. Chico, qué alegría verte. Dices que te has roto la pierna.

—Sí, debe hacer una semana, o quizá más.

Volvió a beber y esta vez consiguió retener el agua. Luego dijo:

—La pierna no es mi único problema. Estoy muy enfermo, Tom. Tengo fiebre. Escúchame.

—¡Muy bien! Tom te escucha. Dime lo que tengo que hacer.

Tom se inclinó hacia adelante y Stu pensó: Parece más espabilado. ¿Será posible? ¿Dónde había estado Tom? ¿Sabía algo del juez? ¿De Dayna? Había muchas cosas de las que quería hablar, pero no disponía de tiempo. Estaba empeorando. De su pecho brotaba un estertor profundo, como de cadenas acolchadas. Síntomas muy parecidos a los de la supergripe.

—Tengo que combatir la fiebre —le dijo a Tom—. Eso es lo más importante. Necesito aspirinas. ¿Sabes lo que es la aspirina?

—Claro. Aspirina. Para-un-alivio-inmediato.

—Eso es, muy bien. Echa a andar por la carretera. Busca en las guanteras de los coches que veas. Busca un botiquín de primeros auxilios, un estuche blanco con una cruz roja. Cuando encuentres aspirinas tráemelas. Y si tropiezas con un coche equipado para *camping*, trae una tienda. ¿De acuerdo?

—Sí. —Tom se puso en pie—. Aspirinas y una tienda, y entonces te curarás, ¿no es así?

—Bueno, sería el primer paso.

—Oye —dijo Tom—, ¿cómo está Nick? He soñado mucho con él. En los sueños me explica hacia dónde tengo que ir, porque en ellos habla. Qué curioso, ¿no? Pero cuando yo quiero hablarle, siempre se va. ¿Está bien?

Tom miró a Stu con ansiedad.

—Ahora no puedo hablar de eso. Tráeme aspirinas y después conversaremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Cielos, sí.

Pero el miedo había invadido el rostro de Tom como una nube gris.

—*Kojak*, ¿quieres venir con Tom?

El perro le siguió y se alejaron juntos. Stu se tendió y se cubrió los ojos con un brazo.

Cuando Stu despertó ya anochecía. Tom lo estaba zarandeando.

—¡Stu! ¡Despierta! ¡Stu!

Le asustó comprobar cómo el tiempo parecía transcurrir a rachas. Tom tuvo que ayudarlo a sentarse. Apenas lo hizo, metió la cabeza entre las piernas y empezó a toser. Tosió tanto y con tanta fuerza que estuvo a punto de volver a desmayarse. Tom lo miró alarmado. Poco a poco. Stu se serenó. Se arrebujó en las mantas, pues volvía a tiritar.

—¿Qué has encontrado, Tom?

Tom le entregó un botiquín de primeros auxilios, pero Stu no consiguió abrir el sencillo seguro. Tuvo que dejar que lo hiciera Tom. Dentro había apósitos, mercurocromo y un frasco de aspirinas. Tragó tres comprimidos con el agua de la botella de plástico.

—Y encontré esto —informó Tom—. Estaba en un coche lleno de objetos de *camping*, pero no había ninguna tienda.

Era un enorme saco de dormir doble, acolchado, de color naranja fluorescente por fuera, con forro de barras y estrellas multicolores.

—Sí, es estupendo. Casi tan bueno como una tienda. Te felicito, Tom.

—Y esto. Estaba en el mismo coche.

Tom metió la mano dentro de la chaqueta y sacó media docena de envases de papel de aluminio. Stu casi no podía creerlo: alimentos deshidratados. Huevos, guisantes, calabacín, carne.

—Es comida, ¿verdad? —preguntó Tom—. Tienen etiquetas con dibujos de comida. Cielos, sí.

—Es comida —asintió Stu, agradecido—. Y lo único que puedo comer, si no me equivoco. —Sentía la cabeza pesada y, muy lejos, en el núcleo cerebral, vibraba un incesante diapasón—. ¿Cómo vamos a calentar un poco de agua? No tenemos cacerola ni olla.

—Encontraré algo.

—Muy bien.

—Stu...

Stu miró aquel rostro preocupado, afligido, que seguía siendo infantil a pesar de la barba, y dijo al tiempo que negaba con la cabeza:

—Está muerto, Tom. Nick murió. Hace casi un mes. Fue... un asunto político. Supongo que podríamos considerarlo un asesinato. Lo siento.

Tom bajó la cabeza. Al resplandor de la fogata, Stu vio que las lágrimas le caían. Pero no dijo nada. Por fin, levantó la vista. Sus ojos azules brillaban más que nunca. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo sabía —murmuró con voz ronca—. No quería admitirlo, pero lo sabía. Cielos, sí. Siempre me volvía la espalda y se marchaba. Era mi mejor amigo. Sí, el mejor amigo de Tom.

Stu le cogió la mano.

—Le echo de menos. Pero lo veré en el cielo. Tom Cullen lo verá allí. Y él podrá hablar y yo sabré pensar. ¿Verdad?

—No me sorprendería.

—El hombre malo mató a Nick. Tom lo sabe. Pero Dios castigó a ese hombre malo. Yo lo vi. La mano de Dios bajó del cielo. —Un viento frío silbaba entre los eriales de Utah—. Lo castigó por lo que le hizo a Nick y al pobre juez. Cielos, sí.

—¿Qué sabes del juez, Tom?

—¡Muerto! ¡En Oregón! ¡Acribillado a tiros!

Stu asintió.

—¿Y Dayna? ¿Sabes algo de ella?

—Tom la vio, pero no sabe nada. Me dieron un trabajo de limpieza. Y un día, al volver, la vi haciendo su trabajo. Estaba cambiando la bombilla de una farola. Me miró y... —Calló un momento y, cuando volvió a hablar, lo hizo más para sí que para Stu—. ¿Ella vio a Tom? ¿Reconoció a Tom? Tom no lo sabe. Tom cree que sí, pero nunca más la vio.

Tom se marchó a explorar, llevándose a *Kojak*, y Stu se adormeció. No regresó con un bote de hojalata, que era lo que Stu esperaba, sino con una cazuela en la que cabía un pavo. Al parecer, en el desierto había cosas inesperadas. Sonrió pese a las dolorosas ampollas que la fiebre había empezado a formarle sobre los labios. Tom le informó que había encontrado la cazuela en un camión de mudanzas. Stu supuso que alguien había intentado escapar de la epidemia con todas sus pertenencias.

A la media hora se celebraba un banquete. Stu fue prudente, limitándose a las verduras y diluyendo los concentrados hasta formar una papilla. La cena le sentó bien y se sintió reconfortado. Poco después, Tom y él se durmieron, con *Kojak* en medio.

—Tom, escúchame.

Tom se puso en cuclillas junto al gran saco de dormir acolchado de Stu. Era por la mañana. Stu sólo había podido engullir un ligero desayuno pues tenía la garganta irritada y le dolían todas las articulaciones. La tos había empeorado, y las aspirinas no parecían muy eficaces contra la fiebre.

—Tengo que conseguir medicamentos o moriré. Y ha de ser hoy. La ciudad más próxima es Green River, y está a unos noventa kilómetros. Tendríamos que ir en coche.

—Tom Cullen no sabe conducir, Stu. ¡Cielos, no!

—Lo sé. Será duro para mí, ya que encima tengo la pierna rota.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... ahora no es momento. Resulta difícil de explicar. No nos vamos a preocupar por eso, ya que el principal problema es encontrar un coche que funcione. La mayoría de ellos llevan tres meses o más inmovilizados. Las baterías deben de estar más secas que el desierto. Así que nos hará falta un poco de suerte. Tenemos que buscar un coche en lo alto de una de esas colinas. Es posible que lo encontremos. Este terreno es muy montañoso.

No añadió que el vehículo, además de hallarse en buenas condiciones de conservación, debería tener un poco de gasolina en el depósito y la llave de contacto puesta. Los héroes de la tele sabían hacer un puente con los cables, pero Stu desconocía la técnica.

Miró el cielo, que empezaba a encapotarse.

—Casi todo el trabajo tendrás que hacerlo tú, Tom. Serás mis piernas.

—Bueno. Cuando consigamos el coche, ¿regresaremos a Boulder? Tom desea volver. ¿Y tú?

—Más que nada en el mundo, Tom.

Miró hacia las Rocosas, que eran una sombra velada en el horizonte. ¿Habría empezado a nevar en los pasos más altos? Casi seguro que sí. O poco faltaba. El invierno se anticipaba en la región alta y desolada.

—Nos costará un poco —advirtió.

—¿Qué hacemos para empezar?

—Un *travois*.

—Tra... ¿qué?

Stu le entregó su navaja.

—Una especie de trineo como el que utilizaban los indios. Abre dos agujeros en el saco de dormir. Uno a cada lado.

Tardaron una hora en confeccionar el artefacto. Tom encontró un par de estacas bastante rectas que introdujo en el saco e hizo asomar por los orificios. Después trajo un trozo de cuerda también encontrada en el camión y Stu lo utilizó para asegurar el saco a las estacas. Cuando estuvo terminado, el vehículo se parecía más a un estrafalario *rickshaw* que a un *travois*.

Tom levantó las estacas y miró con expresión vacilante por encima del hombro.

—¿Estás dentro, Stu?

—Sí.

Se preguntó cuánto resistirían las costuras.

—¿Peso mucho, Tom?

—No demasiado. Podré arrastrarte un buen trecho. ¡Arre!

Se pusieron en marcha. La cañada donde Stu se había roto la pierna, y en la que había tenido la certeza de que iba a morir, quedó atrás. A pesar de su debilidad se sentía eufórico. Moriría en alguna parte, y probablemente pronto, pero no solo y en una zanja fangosa. El saco de dormir se zarandeaba como si le acunara. Se quedó adormilado. Tom lo arrastraba bajo un cielo de nubes compactas. *Kojak* iba a su lado.

Despertó cuando Tom lo depositó en el suelo.

—Lo siento —se disculpó su camillero—. Tengo que descansar los brazos. —Los estiró y flexionó.

—Descansa todo lo que quieras —contestó Stu—. Poco a poco se llega lejos.

Le dolía la cabeza. Tragó en seco dos aspirinas.

Comprobó las costuras. Tal y como había previsto, se estaban desgarrando, pero resistirían un buen trecho. Estaban en una larga cuesta ascendente, justo lo que él buscaba. En una pendiente como ésa, de más de tres kilómetros de largo, un coche podría tomar el suficiente impulso. Intentaría hacerle arrancar en segunda.

Miró con expresión anhelante hacia la izquierda, donde un Triumph rojo se encontraba sobre la cuneta en posición oblicua. Un esqueleto vestido con un jersey de vivos colores estaba inclinado detrás del volante. Pero no habría forma de que él pudiera introducir su pierna entablillada en aquella cabina tan pequeña.

—¿Qué distancia hemos recorrido?

Tom se encogió de hombros. Pero había sido bastante, pensó Stu. Su amigo lo había arrastrado durante tres horas antes de detenerse para descansar. El muchacho tenía resistencia.

—Descansa todo lo que quieras —repitió—. No tienes que agotarte.

—Tom está bien. Cielos, sí.

El joven devoró un opíparo almuerzo y Stu consiguió comer un poco. Después reanudaron la marcha. La carretera seguía ascendiendo y Stu comprendió que tenía que ser aquella colina. Si llegaban a la cima sin encontrar el coche adecuado, necesitarían dos horas más para cubrir el próximo tramo. Después oscurecería. Y llovería o nevaría, a juzgar por el aspecto del cielo. Una noche fría y húmeda a la intemperie, y adiós Stu Redman.

Vieron un sedán Chevrolet.

—Deténte.

Tom depositó el *travois* en el suelo.

—Acércate y mira dentro. Dime si hay dos o tres pedales.

Tom corrió hacia el coche y abrió la portezuela. Una momia con un vestido floreado cayó del interior como una broma de mal gusto. Su bolso rodó al lado de ella, esparciendo cosméticos, *kleenex* y dinero.

—Dos —le informó.

—Cambio automático. Tenemos que seguir adelante.

Tom regresó, lanzó un profundo suspiro y empuñó las varas del improvisado trineo. Cuatrocientos metros más adelante encontraron una furgoneta Volkswagen.

—¿Quieres que mire los pedales?

—No, esta vez no.

La furgoneta descansaba sobre tres neumáticos desinflados.

Empezó a pensar que era inútil, que la suerte no les acompañaba. Pasaron por delante de un coche que tenía un solo neumático pinchado, que se podía cambiar. Pero el cambio era automático, como el del sedán Chevrolet. Siguieron adelante. La pendiente se estaba nivelando en su punto más alto. Stu descubrió otro coche, la última oportunidad... y el corazón le dio un vuelco. Era un Plymouth modelo 1970. Paradójicamente descansaba sobre los cuatro neumáticos inflados, pero estaba herrumbroso y maltrecho. Nadie se había preocupado nunca de cuidarlo. En Arnette había visto muchos coches como aquél. La batería estaría seca o averiada, y el aceite más negro que el túnel de una mina, pero el volante tendría un forro de felpa rosada y quizá hubiera un perrito de peluche con ojos de vidrio y cabeza articulada colgando del retrovisor.

—¿Quieres que vaya a mirar? —preguntó Tom.

—Sí. Los pobres no pueden elegir, ¿verdad?

Empezaba a formarse una húmeda niebla.

Tom cruzó la carretera y miró el interior del coche, que estaba vacío. Stu se quedó tiritando dentro del saco de dormir.

—Tres pedales —informó Tom al volver.

Stu trató de reflexionar. El agudo zumbido de su cabeza lo distraía. El viejo Plymouth debía de estar desahuciado. Podrían pasar al otro lado de la colina pero allí todos los coches apuntarían en sentido contrario, cuesta arriba, a menos que atravesaran el terreno que separaba los carriles, que allí tenía más de quinientos metros de ancho y era muy pedregoso. Quizá encontrarán un automóvil con cambio manual... Pero entonces ya habría caído la noche.

—Tom, ayúdame a levantarme.

Lo consiguió sin demasiado martirio para la pierna rota, aunque estuvo a punto de desmayarse. Después pasó un brazo alrededor del cuello de Tom.

—Tranquilo —murmuró—. Tranquilo.

No tenía la menor idea de cuánto estuvieron en aquella postura, sujetándolo Tom por la cintura mientras avanzaban tambaleándose por la cuneta. La niebla era más densa.

Por fin llegaron al Plymouth.

—Tom, ayúdame a inclinarme.

El muchacho lo hizo.

—La palanca del capó —murmuró Stu, tanteando el salpicadero.

El sudor le chorreaba por la cara. Los temblores lo desquiciaban. Encontró la palanca pero no pudo accionarla. Guió las manos de Tom hasta el dispositivo y por fin el capó se abrió.

El motor era como Stu esperaba: un V8 sucio y mal conservado. Pero la batería no estaba en tan malas condiciones. Era Sears, no de las mejores, pero según el sello tenía garantía hasta febrero de 1991. Debatiéndose con la febril avalancha de sus pensamientos, Stu contó hacia atrás y calculó que la batería había sido puesta en mayo.

—Prueba el claxon —le dijo a Tom, y se apoyó contra la carrocería.

Había oído hablar de los naufragos que se aferraban a una tabla flotante, y ahora entendía lo que eso significaba. Su última oportunidad de sobrevivir dependía de un armatoste que tendría que estar en el desguace.

El claxon soltó un bocinazo. Estupendo. Si el coche tenía llave, lo intentaría. Quizá eso era lo primero que Tom hubiera tenido que mirar; aunque pensándolo bien, no importaba mucho. Si no tenía llave, conseguiría ponerlo en marcha como fuera.

Bajó el capó y apoyó todo su peso para cerrarlo. Después, saltó sobre un pie hasta la puerta del conductor y miró hacia el interior, esperando encontrarse con el contacto vacío. Pero las llaves estaban allí, colgando de un llavero de imitación cuero con las iniciales A. C. Se inclinó e hizo girar la llave. La aguja del medidor de gasolina giró lentamente hasta poco más de un cuarto del depósito. Aquello era un misterio. ¿Por qué A. C. se había apeado para caminar, cuando podía haber seguido en el coche? En medio de su vértigo, Stu recordó a Charles Champion, que había embestido moribundo los surtidores de Hap. El amigo A. C. tiene la supergripe, pensó. En la fase final. Se detiene, apaga el motor con un movimiento reflejo y se apea. Delira, quizá tiene alucinaciones. Se tambalea por los eriales de Utah, riendo, cantando, mascullando y gritando. Y muere allí. Al cabo de cuatro meses pasan por casualidad Stu Redman y Tom Cullen, y las llaves están en el coche, la batería es relativamente nueva y hay gasolina...

La mano de Dios.

¿No era eso lo que Tom había dicho, refiriéndose a Las Vegas? «La mano de Dios bajó del cielo».

Y quizá Dios había dejado aquel maltrecho Plymouth para ellos, igual que envió el maná al desierto. Era una idea absurda, aunque no más que la de una anciana negra centenaria conduciendo a un puñado de refugiados hacia la tierra prometida.

—Y seguía haciendo sus propias galletas —murmuró entre dientes—. Hasta muy poco antes de morir se hacía sus galletas.

—¿Qué dices, Stu?

—Nada. Déjame sitio, Tom.

Tom se desplazó.

—¿Podremos viajar? —preguntó esperanzado.

Stu bajó el asiento del conductor para que *Kojak* saltase dentro, cosa que hizo tras una prudente inspección olfativa.

—No lo sé. Reza para que este cacharro arranque.

—Cielos, sí —asintió Tom complacido.

Stu sólo tardó cinco minutos en colocarse al volante. Se sentó sesgado, casi en el lugar que ocuparía un pasajero en el centro. *Kojak* permanecía atento en el asiento posterior, jadeando. El vehículo estaba lleno de cajas de McDonald's y envoltorios de comida mejicana; el interior olía como una mazorca de maíz rancia.

Stu giró la llave. El viejo Plymouth rugió durante unos veinte segundos y después empezó a ahogarse. Stu pulsó el claxon y esta vez sólo obtuvo un sonido agonizante. Tom cambió de cara.

—Todavía no estamos perdidos —murmuró Stu.

Se sentía optimista. La batería Sears conservaba cierta energía. Pisó el embrague y puso la segunda.

—Abre tu puerta y empuja. Después vuelve a saltar dentro.

—¿No está el coche en dirección contraria a la que debemos tomar? —preguntó Tom, dubitativo.

—Ahora sí. Pero si conseguimos moverlo eso se soluciona enseguida.

Tom hizo lo indicado por Stu. El Plymouth empezó a rodar. Cuando la aguja del cuentakilómetros subió a diez, Stu exclamó:

—¡Sube, Tom!

El muchacho saltó dentro y cerró la portezuela. Stu puso el contacto y esperó. La aguja del cuentakilómetros fue subiendo. Quince, veinte, treinta. Rodaban cuesta abajo por la pendiente que tanto les había costado subir durante casi toda la mañana. El rocío se condensó en el parabrisas. Stu se dio cuenta demasiado tarde de que habían dejado atrás al trineo.

Ahora ya marcaba cuarenta kilómetros.

—No marcha, Stu —dijo Tom con ansiedad.

Cuarenta y cinco. Ya era suficiente.

—Que Dios nos ayude.

Stu soltó el embrague. El Plymouth dio una sacudida. El motor tosió, cobrando vida, y resoló, pero se apagó. Stu bufó por la frustración y también por la punzada de dolor que le

recorrió la pierna fracturada.

—¡Mierda! —gritó, y volvió a pisar el embrague—. ¡Aprieta el pedal del acelerador, Tom! ¡Con la mano!

—¿Cuál es? —preguntó nervioso.

—¡El más largo!

Tom se agachó y apretó dos veces el acelerador. El coche volvía a cobrar velocidad, y Stu se vio obligado a hacer enormes esfuerzos para no precipitarse. Ya habían bajado más de la mitad de la pendiente.

—¡Ahora! —exclamó, y volvió a soltar el embrague.

El Plymouth rugió. *Kojak* ladró. El tubo de escape oxidado escupió una bocanada de humo negro. El coche funcionaba, a duras penas pero funcionaba. Stu puso la tercera y soltó de nuevo el embrague, accionando todos los pedales con el pie izquierdo.

—¡Ya estamos en marcha, Tom! ¡Vamos sobre ruedas!

Tom lanzó un alarido de júbilo. *Kojak* ladró y movió la cola. En su vida anterior, antes de la llegada de *Capitán Trotamundos*, cuando aún era *Big Steve*, había viajado a menudo en el coche de su amo. Era agradable repetir la experiencia con amos nuevos.

Unos seis kilómetros más abajo encontraron un ramal que unía los dos carriles, sólo vehículos oficiales, advertía un drástico cartel. Stu consiguió pasar al carril que llevaba al este. Sufrió un sobresalto cuando el coche perdió velocidad, se zandeó y amenazó con pararse. Pero el motor estaba ya caliente y superó el trance. Volvió a poner la tercera y luego se relajó un poco, respirando profundamente y tratando de controlar las palpitaciones de su corazón, descompasadas y débiles. La sombra gris del desvanecimiento lo acosaba; pero él resistía. Al cabo de pocos minutos, Tom divisó el deslumbrante saco de dormir anaranjado con el que habían improvisado el trineo de Stu.

—¡Adiós! —gritó Tom de buen humor—. ¡Adiós! ¡Nos vamos a Boulder! ¡Cielos, sí!

Me conformaré con Green River por esta noche, pensó Stu.

Llegaron allí poco después de la puesta de sol. Stu maniobró con cuidado por las calles oscuras y salpicadas de coches abandonados. Aparcó en Main Street, frente a un edificio que se anunciaba como hotel Utah. Era una tétrica construcción de tres pisos. El Waldorf-Astoria no debía inquietarse por la competencia. La cabeza volvía a torturarlo; su mente oscilaba entre la realidad y la alucinación. En los últimos treinta kilómetros había tenido la impresión de que el coche estaba atestado de gente: Frannie, Nick Andros, Norm Bruett. Una vez miró por encima del hombro y le pareció ver a Chris Ortega, el camarero del Indian Head, con una escopeta.

Estaba agotado. ¿Alguna vez se había hallado tan exhausto?

—Aquí —murmuró—. Pasaremos la noche aquí, Nicky. No puedo más.

—Soy Tom, Tom Cullen. Cielos, sí.

—Sí, Tom. Tenemos que parar. ¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto. Fue fantástico cómo conseguiste poner el coche en marcha.

—Tomaré otra cerveza —decidió Stu—. ¿Tienes un cigarrillo? Me muero de ganas de fumar. Se desplomó sobre el volante.

Tom lo sacó del coche y lo llevó en brazos hasta el hotel. La recepción estaba oscura y olía a humedad, pero había una chimenea y una leñera medio llena. Tom lo depositó sobre un sofá raído, debajo de la gran cabeza disecada de un alce, y después encendió el fuego mientras *Kojak* se paseaba por la sala, husmeándolo todo. La respiración de Stu era lenta y rasposa. A ratos hablaba en voz alta y, esporádicamente, gritaba algo ininteligible que a Tom le helaba la sangre.

Encendió un gran fuego y después exploró el edificio. Encontró almohadas y mantas para él y para Stu. Empujó el sofá donde éste dormía y lo acercó a la chimenea. Él se tumbó al otro lado. *Kojak* se acostó entre los dos.

Tom se quedó mirando el techo artesonado, con los rincones llenos de telarañas. Stu estaba muy mal, y eso era preocupante. Si despertaba le preguntaría qué tenía que hacer para curarlo.

¿Y si no despertaba?

Fuera, el viento aullaba y la lluvia azotaba las ventanas. A medianoche, después de que Tom se hubiera dormido, la temperatura descendió otros cuatro grados, y empezó a neviscar. Más al oeste, el frente de la tormenta empujaba una nube de contaminación radiactiva hacia California, donde moriría más gente.

Poco después de las dos de la madrugada, *Kojak* levantó la cabeza y gimió intranquilo. Tom Cullen se estaba levantando. Tenía los ojos muy abiertos y ausentes. El perro volvió a gemir,

pero Tom no le prestó atención. Caminó hasta la puerta y se internó en la noche. *Kojak* se acercó a la ventana de recepción, apoyó las patas delanteras sobre el cristal y miró hacia fuera. Así se quedó durante un rato, emitiendo gáñidos. Después volvió a tenderse al lado de Stu.

Fuera, el viento ululaba.

—Estuve a punto de morir —dijo Nick.

Tom y el caminaban por la acera desierta. El viento no cesaba, emitía pitidos como un tren fantasma y producía extraños ruidos en los callejones. «Duendes», habría dicho Tom si hubiera estado despierto, y habría echado a correr. Pero no lo estaba y Nick le acompañaba. La ventisca azotaba sus mejillas.

—¿De veras? —preguntó Tom—. ¡Cielos!

Nick rió. Su voz era camarina, agradable. A Tom le encantaba oírle hablar.

—Por supuesto. La gripe no me mató, pero faltó poco para que acabara conmigo un rasguño en la pierna. Mira.

Inmune al frío, según parecía, Nick se desabrochó los vaqueros y los deslizó hasta los tobillos. Tom se inclinó curioso, como si fuera un niño al que ofrecen la oportunidad de estudiar una verruga, una herida o un pinchazo interesante. A lo largo de la pierna de Nick corría una cicatriz reciente. Empezaba en la ingle, en la parte carnosa del muslo, y llegaba hasta la espinilla.

—¿Y esto casi te mata?

Nick se subió los vaqueros y abrochó el cinturón.

—No era profunda, pero se infectó. La infección es la entrada de gérmenes nocivos. La infección es lo más peligroso que existe, Tom. Es lo que hizo que el virus de la supergripe matara a tanta gente. Y una infección en la mente de alguien fue lo que hizo que a esa persona se le ocurriera producir el virus.

—Infección —susurró Tom, fascinado.

Caminaban, casi flotando, a lo largo de la acera.

—Stu tiene ahora una infección, Tom.

—No... no me digas eso, Nick... Asustas a Tom Cullen. ¡Cielos, sí!

—Lo sé, y lo lamento. Pero debes saberlo. Tiene una pulmonía doble. Ha dormido a la intemperie durante casi dos semanas. Tú puedes ayudarlo, aunque seguramente morirá. Tienes que estar preparado para eso.

—No puedo...

—Tom.

Nick apoyó la mano sobre el hombro de Tom, pero éste no sintió presión alguna. Era como si la mano de su amigo fuera de humo.

—Si muere —continuó—, tú tienes que seguir con *Kojak*. Has de volver a Boulder y contar que viste la mano de Dios en el desierto. Si es la voluntad de Dios, Stu te acompañará cuando llegue el momento. Si es la voluntad del Señor que Stu muera, morirá. Igual que yo.

—Nick —suplicó Tom—. Por favor...

—Te he enseñado la pierna por un motivo. Hay píldoras que combaten las infecciones. En lugares como éste.

Tom miró alrededor y le sorprendió descubrir que ya no estaban en la calle sino en una farmacia. Del techo colgaba una silla de ruedas suspendida con cuerdas, como un cadáver espectral. Un cartel a la derecha rezaba URGENCIAS.

—¿En qué puedo servirle?

Tom se volvió. Nick estaba detrás del mostrador con una bata blanca.

—Nick... ¿Qué haces?

—Sí, señor. —Nick empezó a depositar frasquitos de píldoras sobre el mostrador—. Esto es penicilina, excelente para la pulmonía. Esto es ampicilina, también muy eficaz. Y esto es bristaciclina, y tal vez actúe si las demás no son suficientes. Tiene que beber mucha agua y zumos de fruta, si consigues en alguna parte. Y dale estos comprimidos de vitamina C. También es necesario que ande...

—¡No conseguiré recordar todo eso! —gimió Tom.

—Me temo que no tienes alternativa. Porque no hay nadie más. Deberás arreglártelas solo.

Tom se echó a llorar.

Nick se inclinó y su brazo describió un arco. Tom no notó el roce de la mano —nuevamente esa sensación de que Nick era de humo y que había pasado a través de él—, pero sintió que le

echaban la cabeza hacia atrás, y algo pareció chasquear dentro de su cráneo.

—¡Basta! ¡Ahora no puedes comportarte como un crío, Tom! ¡Sé hombre! ¡Por el amor de Dios, sé hombre!

Tom miraba a Nick, con la mano en la mejilla y los ojos dilatados.

—Tienes que hacerle caminar —prosiguió Nick—. Que se apoye sobre la pierna sana. Arrástrale si es necesario. Pero si no se levanta, se ahogará.

—Está cambiado —dijo Tom—. Grita a personas... que no están ahí.

—Delira. Hazle caminar igualmente. Tanto como puedas. Que tome la penicilina, un comprimido cada hora. Dale aspirina, manténle abrigado y reza. Eso es todo lo que puedes hacer por él.

—Está bien, Nick. De acuerdo, intentaré ser hombre. Trataré de recordar. ¡Pero me gustaría tenerte aquí, cielos, sí!

—Haz lo que puedas, Tom. Eso es todo.

Nick desapareció. Tom despertó y se encontró en la farmacia desierta, junto al mostrador. Sobre el cristal había cuatro frascos de píldoras. Tom los miró durante un buen rato y después los cogió.

Tom volvió a las cuatro de la mañana, con los hombros cubiertos de escarcha. Fuera amainaba la tempestad, y hacia el este se veía una franja de claridad. *Kojak* ladró su bienvenida, y Stu gimió y se despertó. Tom se arrodilló a su lado.

—¿Stu?

—Tom, respiro con dificultad.

—Traigo medicinas, Stu. Nick me explicó qué hacer. Tómalas y te curarás la infección. Ahora tienes que tomar un comprimido.

Tom sacó de la bolsa los cuatro frascos de píldoras y una botella de Gatorade. Nick se había equivocado en cuanto a los zumos. En el Green River Superette había muchos, embotellados.

Stu miró las píldoras, acercándolas a los ojos.

—¿De dónde las has sacado, Tom?

—De la farmacia. Nick me las dio.

—No, de verdad.

—¡De verdad! Es cierto. Primero tienes que tomar la penicilina, para ver si surte efecto. ¿Cuál es el frasco de la penicilina?

—Éste... Pero, Tom...

—Tienes que tomarla. Nick lo dijo. Y también tienes que caminar.

—¡No puedo! Tengo una pierna rota y estoy enfermo —repuso Stu con voz enfurruñada.

—Tienes que hacerlo. O te arrastraré.

Stu perdió su frágil dominio de la realidad. Tom le metió un comprimido de penicilina en la boca, y Stu lo tragó con un acto reflejo, bebiendo Gatorade para no atragantarse. Empezó a toser convulsivamente y Tom le palmeó la espalda como si estuviera tratando de hacer eructar a un bebé. Después lo levantó del sofá por la fuerza y le arrastró hasta el vestíbulo. *Kojak* los seguía intrigado.

—Por favor, Dios mío —repetía Tom—. Por favor, Dios mío.

—¡Sé dónde se puede conseguir una tabla de lavar, Glen! ¡En la tienda de música! ¡He visto una en el escaparate! —exclamó Stu.

—Por favor... —jadeaba Tom. La cabeza de Stu se apoyó sobre su hombro. Ardía como un horno. La pierna entablillada se arrastraba inútilmente.

Boulder nunca había parecido tan lejano como en esa lúgubre mañana.

La batalla de Stu contra la pulmonía duró dos semanas. Bebió litros de Gatorade, de zumo de uva Welch y de naranjada de diversas marcas. Rara vez sabía lo que tomaba. Su orina era oscura y ácida. Se ensuciaba como un bebé, y sus excrementos eran amarillentos, fluidos y uniformes, también como los de un bebé. Tom lo mantenía limpio. Y lo arrastraba por el vestíbulo del hotel Utah. Y esperaba que despertase por la noche, no porque delirara en sueños, sino porque finalmente ya no respiraba fatigosamente.

La penicilina provocó una erupción cutánea al cabo de dos días, y Tom la sustituyó por ampicilina. Ésta dio mejores resultados. El 7 de octubre Tom despertó por la mañana y vio que Stu dormía más profundamente que en los últimos días. Tenía el cuerpo bañado en sudor, pero la frente estaba fresca. La fiebre había remitido por la noche. Durante los dos días

siguientes Stu poco hizo, aparte de dormir. A Tom le costaba despertarle, hacerle tomar los comprimidos y los terrones de azúcar que requisaba del restaurante del hotel.

El 11 de octubre tuvo una recaída, y Tom se asustó. Pero la fiebre no subió tanto ni la respiración fue tan pesada y fatigosa como en aquellas espantosas mañanas de los días 5 y 6.

El 13 de octubre Tom despertó de una siesta en uno de los sillones del vestíbulo y encontró a Stu sentado y mirando alrededor.

—Tom —murmuró—. Estoy vivo.

—¡Sí! —exclamó Tom con alegría—. ¡Cielos, sí!

—Tengo hambre. ¿Podrías prepararme un poco de sopa? ¿Y añadirle algo de pasta?

El 18 empezó a recuperar parte de sus fuerzas. Pudo desplazarse por el vestíbulo durante cinco minutos con las muletas que Tom le había traído de la farmacia. La pierna rota le producía una comezón constante y enloquecedora, señal de que los huesos empezaban a soldarse. El día 20 salió por primera vez a la calle, abrigado con ropa interior térmica y un grueso chaquetón de piel.

Amaneció un día tibio y soleado, pero el aire era frío. En Boulder debían de estar a mediados de otoño, y las hojas de los álamos tendrían una tonalidad amarillenta, pero aquí el invierno ya estaba cerca. Se veía nieve helada en las zonas de sombra donde nunca entraba el sol.

—No sé, Tom —comentó—. Creo que podremos llegar a Grand Junction, pero ignoro lo que ocurrirá más adelante. Encontraremos mucha nieve en las montañas. Y de todas formas, no me atrevo a moverme durante un tiempo. Tengo que recuperar fuerzas.

—¿Cuánto tardarás en recuperarlas, Stu?

—No lo sé. Tenemos que esperar y verlo.

Stu estaba decidido a no cometer imprudencias: había estado lo bastante cerca de la muerte como para disfrutar de su convalecencia. Y quería que fuera completa. Se trasladaron del vestíbulo del hotel a un par de habitaciones del primer piso, comunicadas entre sí. La habitación de enfrente se convirtió en la caseta provisional de *Kojak*. Sus huesos se estaban soldando pero, a consecuencia del precario entablillado, la pierna nunca volvería a ser recta, a menos que le pidiera a George Richardson que volviese a partirla y la recompusiera debidamente. Cuando abandonara las muletas, caminaría cojo.

Sin embargo, se dedicó a ejercitarla, tratando de recuperar el tono muscular. El proceso de devolverle aunque sólo fuera el 75 por ciento de su eficacia sería muy largo, pero todo indicaba que dispondría de todo el invierno para ello.

El 28 de octubre Green River quedó cubierto por una capa de unos quince centímetros de nieve.

—Si no nos vamos pronto —le dijo Stu a Tom mientras miraban la nieve—, pasaremos todo el maldito invierno en el hotel Utah.

Al día siguiente condujeron el Plymouth hasta la gasolinera de las afueras de la ciudad. Haciendo frecuentes pausas para descansar, y dejando la faena pesada en manos de Tom, cambiaron los gastados neumáticos traseros por otros preparados para la nieve. Stu consideró la posibilidad de buscar un vehículo con tracción en las cuatro ruedas, y finalmente optó, irracionalmente, por quedarse con el que les había deparado la suerte. Tom completó la operación cargando cuatro sacos de veinticinco kilos de arena en el maletero. Partieron de Green River la víspera de Todos los Santos en dirección al Este.

Llegaron a Grand Junction al mediodía del 2 de noviembre, justo con tres horas de margen a favor, según pudieron comprobar. Durante toda la mañana el cielo había estado plomizo y cuando entraron en la Main Street los primeros copos de nieve empezaban a resbalar sobre el capó del Plymouth. Había habido algunas precipitaciones aisladas de aguanieve durante el camino, pero ésta no sería igual. El cielo auguraba una gran nevada.

—Elige un lugar —dijo Stu—. Es posible que nos quedemos bastante tiempo.

Tom señaló con el dedo.

—¡Allí! ¡Ese hotel que tiene una gran estrella!

Era el Grand Junction Holiday Inn. Debajo del rótulo y la llamativa estrella había una pancarta que rezaba: BENIDO A FE IVAL E VERANO 90. DEL 12 JUNIO A 4 ULIO.

—De acuerdo —dijo Stu—. Al Holiday Inn.

Aparcó y paró el motor del Plymouth que, por lo menos que ellos supieran, nunca volvió a funcionar. A las dos de la tarde los copos dispersos se habían transformado en una espesa cortina blanca que caía silenciosa y sin cesar. A las cuatro, el suave viento era un vendaval. Nevó toda la noche. Cuando Stu y Tom se levantaron a la mañana siguiente, encontraron a *Kojak* sentado frente a la gran puerta de dos hojas de la recepción, contemplando un mundo blanco e inmóvil. Sólo un pájaro azul se paseaba por los restos destrozados de un toldo de verano.

—Lo que está cayendo —murmuró Tom—. Estamos bloqueados. ¿No es cierto?

Stu asintió.

—¿Cómo podremos volver a Boulder en estas condiciones?

—Esperaremos la llegada de la primavera.

—¿Tanto tiempo?

A Tom la idea no le agradaba, y Stu le pasó un brazo por los hombros.

—Pasará sin que nos demos cuenta —dijo, pero ni siquiera en ese momento estaba seguro de que pudieran esperar tanto.

Stu había estado gimiendo y jadeando en la oscuridad. Por fin dejó escapar un grito ahogado para despertarse y se encontró erguido sobre los codos en su habitación del Holiday Inn, mirando el vacío con los ojos desorbitados. Suspiró profundamente y buscó a tientas la lámpara de la mesita de noche. Pulsó dos veces el interruptor antes de recordar. Era curioso cuán difícil era acostumbrarse a la falta de electricidad. Encontró la lamparilla de butano y la encendió. A continuación utilizó el orinal. Luego se sentó delante del escritorio y consultó el reloj: eran las tres y cuarto de la madrugada.

El mismo sueño de siempre. La pesadilla.

Frannie con dolores de parto, el rostro bañado en sudor. Richardson se aplicaba entre sus piernas y Laurie Constable al lado para ayudarle. Los pies de Fran presionaban contra los estribos de acero inoxidable.

«Empuja, Frannie. Ánimo. Lo estás haciendo muy bien».

Pero al mirar los ojos sombríos de George por encima de la mascarilla, Stu comprendió que algo iba mal. Laurie le secó el sudor y le apartó los cabellos de la cara.

«Parto de nalgas».

¿Quién había dicho eso? Una voz siniestra, incorpórea, muy lenta, arrastrada, como la de un disco de 45 rpm funcionando a 33.

«Parto de nalgas».

La voz de George: «Será mejor que llames a Dick. Dile que quizá tengamos que...».

La voz de Laurie: «Doctor, está perdiendo mucha sangre...».

Stu encendiendo un cigarrillo rancio, pero después de ese sueño cualquier cosa era un consuelo. Es un sueño provocado por la ansiedad. Mantienes la típica idea machista de que nada saldrá bien si tú no estás presente. Vamos, Stuart, olvídalos. Ella está bien. No todos los sueños se materializan.

Pero demasiados sí se habían materializado durante los últimos seis meses. No le dejaba en paz la sensación de que ese sueño recurrente sobre el parto de Fran era una premonición del futuro.

Apagó el cigarrillo a medio fumar y miró la luz mortecina del gas. Era el 29 de noviembre. Hacía casi cuatro semanas que estaban varados en el Grand Junction Holiday Inn. El tiempo pasaba lento, pero habían conseguido distraerse porque tenían a su disposición todos los entretenimientos que ofrecía la ciudad.

Stu encontró un generador Honda en una tienda de material eléctrico de Grand Avenue, y entre él y Tom lo habían acarreado hasta el Salón de Convenciones ubicado enfrente del Holiday Inn. Habían utilizado un sistema de poleas y tren de deslizamiento, muy parecido al utilizado por Trashcan para transportar su último regalo a Randall Flagg.

—¿Qué vamos a hacer con eso? ¿Luz para el hotel?

—No tiene potencia suficiente.

—Entonces ¿para qué es? —Tom estaba sobre ascuas.

—Ya lo verás.

Dejaron el generador en el armario de la electricidad, y Tom muy pronto se olvidó de él, que era justo lo que Stu pensaba. Al día siguiente fue en trineo a los grandes almacenes de la ciudad, y utilizando el vehículo y el sistema de poleas bajó por una ventana del segundo piso

un proyector de cine de 35 mm. Lo había visto en una de sus salidas de exploración. Estaba envuelto en un plástico cubierto de polvo.

La pierna había mejorado mucho, pero aún empleó casi tres horas en arrastrar el proyector desde la puerta del Salón de Convenciones hasta el centro de la sala. Utilizó tres plataformas con ruedas y no dejó de pensar que Tom aparecería en cualquier momento. Con Tom el trabajo hubiera resultado más fácil y rápido, pero también se hubiera roto el encanto de la sorpresa. Por suerte, Tom estaba enfrascado en sus cosas, y Stu no le vio durante todo el día. Cuando llegó al Holiday alrededor de las cinco, con las mejillas enrojecidas y envuelto en una bufanda, la sorpresa ya estaba preparada.

Stu se había llevado las seis películas que se proyectaban en el complejo de salas de Grand Junction. Después de cenar, y sin darle importancia, dijo:

—Acompáñame al Salón de Convenciones, Tom.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

La calle estaba cubierta de nieve. En la puerta del Salón de Convenciones Stu le entregó una bolsa de palomitas.

—¿A qué viene esto?

—¿Te imaginas ver cine sin engullir palomitas, tontainas? —le dijo sonriendo.

—¿Cine?

—Sí.

Tom entró en el local. Vio el proyector preparado y la gran pantalla desplegada. Vio dos sillas situadas en el centro de la gran sala vacía.

—¡Uau! —murmuró, y con su expresión de asombro inocente Stu ya se sintió pagado.

—Hice de operador durante tres veranos en un autocine —dijo Stu—. Confío en no haber olvidado cómo se arregla si la jodida película se rompe.

—¡Uau! —repitió Tom.

—Tendremos que esperar en el cambio de bobina. No estaba de humor para regresar y conseguir otra.

Stu se movió entre el amasijo de cables que conectaban el proyector al generador y accionó la palanca. Cinco minutos después estaban sentados contemplando cómo Sylvester Stallone mataba cientos de narcotraficantes en *Rambo IV*. El sonido dolby repetido en dieciséis altavoces les saturaba los oídos y algunas veces el diálogo, si es que lo había, era ininteligible, pero ambos disfrutaban enormemente.

Pensando en eso, Stu sonrió. Alguien que no supiera de su situación, le hubiera considerado un imbécil. Habría podido conectar un reproductor de vídeo con un generador más pequeño, y las posibilidades de ver cientos de películas eran infinitas. Pero las películas en la pantalla pequeña no eran lo mismo. Desde luego que no. Así pensaba él. Además tenían que matar el tiempo...

Bueno, el caso es que una de las películas era una reposición de *Oliver y sus amigos*, de Walt Disney, todavía no editada en vídeo. Tom quiso volver a verla, riendo como un niño ante las bufonadas de Oliver, Art y Fagin, que vivían en una barcaza en Nueva York y dormían en un asiento de avión.

Además del cine, Stu había montado más de veinte modelos de coches, incluido un Rolls Royce que tenía 240 piezas y se vendía a sesenta y cinco dólares antes de la supergripe. Tom había construido un extraño pero curioso paisaje de cartón piedra, masilla, y diversos colorantes alimentarios, que cubría casi la mitad de la superficie de la Sala de Convenciones. Lo había bautizado Base Lunar Alfa. Sí, se distraían, pero...

Lo que estás pensando es una locura, se dijo Stu.

Flexionó la pierna. Estaba mejor de lo que jamás hubiera pensado, en parte gracias a los aparatos del gimnasio de Holiday Inn. Tenía aún cierta rigidez y le dolía un poco, pero podía moverse cojeando sin necesidad de muletas. Podían tomárselo con calma. Estaba seguro de poder enseñar a Tom a conducir uno de esos Arctic Cats que casi todo el mundo tenía guardados en el fondo del garaje. Recorrerían treinta kilómetros diarios, cargarían planchas para construir refugios, grandes sacos de dormir, abundante provisión de alimentos deshidratados...

Estupendo, y cuando veamos que se nos viene encima un alud en el paso de Vail, blandiremos sendos paquetes de zanahorias liofilizadas y le obligaremos a volver atrás. ¡Es absurdo!

Sin embargo...

Apagó el cigarrillo y luego la lámpara de butano. Pero le costó mucho dormirse.

—Tom —preguntó mientras desayunaban—. ¿Anhelas mucho volver a Boulder?

—¿Y ver a Fran? ¿A Dick? ¿A *Dandy*? Cielos, lo que más deseo es volver a Boulder, Stu. No le habrán dado mi casita a otro, ¿verdad?

—No, seguro que no. Lo que quiero decir es si vale la pena correr el riesgo.

Tom le miró perplejo. Stu se disponía a darle más explicaciones cuando exclamó:

—Cielos, todo es un riesgo, ¿verdad?

De esta forma tan sencilla quedó decidido. El último día de noviembre abandonaron Grand Junction.

No fue preciso que le enseñara a Tom los principios básicos del barrido de nieve. Stu encontró una máquina quitanieves en un cobertizo del Departamento de Carreteras de Colorado, a poco más de un kilómetro del Holiday Inn. Tenía un motor de dimensiones excepcionales, una estructura para combatir los peores embates del viento y, sobre todo, había sido adaptada para incluir un gran compartimiento para almacenaje. En otra época debió de albergar toda clase de utillaje de emergencia y ahora permitía alojar con toda comodidad a un perro de gran tamaño. En la ciudad había muchas tiendas dedicadas a la venta de utensilios para las actividades al aire libre, así que les resultó fácil encontrar todo lo necesario para el viaje. Se llevaron estructuras prefabricadas, sacos de dormir, dos pares de esquís —aunque la idea de enseñar a Tom a esquiar le ponía los pelos de punta—, una gran lámpara de butano, recambios, alimentos liofilizados, y un rifle Garand con mira telescópica.

A las dos de aquella primera jornada, Stu comprendió que su miedo a quedar bloqueados por la nieve y a morir de inanición no tenía fundamento. Los bosques estaban poblados de animales de caza: nunca en su vida había visto nada semejante. Aquella misma tarde mató un ciervo, el primero desde que estudiaba en el instituto y un día había hecho novillos para ir de caza con el tío Dale. En aquella ocasión había sido una hembra escuálida, cuya carne tenía un sabor fuerte y bastante amargo (de comer ortigas, según el tío Dale). Éste era un macho robusto. Mientras lo destripaba con un gran cuchillo de monte, pensó que el invierno apenas había empezado y que la naturaleza tenía su propio método para defenderse de la superpoblación.

Tom encendió fuego mientras Stu descuartizaba el ciervo lo mejor que podía, y las mangas de la chaqueta le quedaron pegajosas y tiesas por la sangre. Cuando terminó ya hacía tres horas que había oscurecido y su pierna lesionada le estaba martirizando. El ciervo que había matado con tío Dale se lo habían llevado a un anciano llamado Schoey que vivía en una cabaña en las afueras de Brintree. Él había despellejado y preparado el animal por tres dólares y cuatro kilos de carne de la pieza.

—Me gustaría que el viejo Schoey hubiera estado aquí esta noche —comentó con un suspiro.

—¿Quién? —preguntó Tom, saliendo de su sopor.

—Sólo pensaba en voz alta.

Pero resultó que la carne valía la pena: era tierna y deliciosa. Después de haber comido su ración, Stu cocinó unos quince kilos como reserva y a la mañana siguiente los metió en uno de los compartimientos de almacenaje del vehículo. Ese primer día sólo habían hecho veinticinco kilómetros.

Por la noche el sueño prosiguió. Él estaba otra vez en la sala de partos. Había sangre por todas partes, y había empapado las mangas de su chaqueta blanca. La sábana que cubría a Frannie era una mancha roja. Y ella seguía gritando.

«Ya viene —jadeaba George—. Por fin ha llegado el momento, Frannie, quiere salir, ¡así que empuja! ¡Empuja!».

Y nacía con el último borbotón de sangre. George desprendió el niño, cogiéndolo por las caderas porque había nacido con los pies por delante...

Laurie gritaba y los instrumentos de acero inoxidable salían despedidos.

Era un lobo con extrañas facciones humanas. Era Flagg que había vuelto, que no estaba muerto, que aún vagaba por el mundo. Frannie había dado a luz a Randall Flagg.

Stu despertó, su respiración jadeante resonaba. ¿Había gritado?

Tom seguía durmiendo, tan acurrucado en su saco que sólo se le veía un mechón de cabello rubio. *Kojak* estaba junto a Stu. Todo estaba en orden, había sido una pesadilla...

Y entonces un aullido surgió de la noche, elevándose, ululando, una vibración metálica de horror desesperado... el aullido de un lobo o el alarido del fantasma de un asesino.

Kojak levantó la cabeza.

A Stu se le puso carne de gallina.

El aullido no se repitió.

Stu volvió a dormirse. Por la mañana lo cargaron todo y partieron. Fue Tom quien se dio cuenta de que las vísceras del ciervo habían desaparecido. En el lugar donde las habían dejado se veía un entresijo de huellas y la mancha de sangre del animal se había diluido en un tono rosa oscuro...

Cinco días de buen tiempo les permitieron llegar hasta Rifle. A la mañana siguiente les despertó una fuerte ventisca. Stu pensó que era conveniente esperar a que amainara, y se instalaron en un motel. Tom mantuvo las puertas abiertas y Stu metió el quitanieves en el vestíbulo. Como le explicó a Tom, era un garaje ideal, pese a que las cadenas del vehículo habían triturado la mullida alfombra del vestíbulo.

Negó durante tres días. Cuando despertaron en la mañana del 10 de diciembre y salieron de su refugio, el sol brillaba radiante y la temperatura había subido hasta los 8 °C. Ahora la nieve era mucho más alta y también más difícil seguir las vueltas y revueltas de la interestatal 70. Pero no era la dificultad para mantenerse en la carretera lo que preocupaba a Stu en ese luminoso y cálido día. Al caer la tarde, cuando empezaron a prolongarse las sombras, Stu paró el motor y detuvo el vehículo, con la cabeza inclinada, como si escuchara con todo el cuerpo.

—¿Qué ocurre, Stu? ¿Qué...?

Entonces Tom también lo oyó. Un ruido sordo delante y a la izquierda. Aumentó hasta convertirse en un estruendo y después se extinguió. Volvió a reinar el silencio.

—¿Stu? —preguntó Tom angustiado.

—No te preocupes —contestó, y pensó: Yo me preocuparé por los dos.

Las buenas temperaturas se mantuvieron. El 13 de diciembre estaban cerca de ShoShone, y seguían subiendo hacia la cumbre de las Rocosas. Después, el punto más alto que encontrarían antes de empezar a descender de nuevo sería el paso de Loveland.

Oían el ruido sordo de los aludes, a veces lejos, otras tan cerca que no les quedaba más remedio que mirar hacia arriba, esperar y confiar en que aquellas capas de muerte blanca no les sepultaran. El día 12 se precipitó una avalancha sobre un lugar por el que habían pasado media hora antes, sepultando las huellas del vehículo bajo toneladas de nieve compacta. Stu temía que la vibración del motor terminara por convertirse en la causa de su muerte, al desencadenar un alud que los enterraría bajo diez metros de nieve antes de tener tiempo de reparar en lo que ocurría. Pero no les quedaba otro remedio que seguir adelante y ser optimistas.

Entonces la temperatura volvió a bajar y el peligro se redujo un poco. Se desencadenó otra tormenta y tuvieron que detenerse durante dos días. Después siguieron adelante... y por la noche los lobos aullaban. A veces lejos, otras tan cerca que parecían estar a unos metros del refugio. *Kojak* se incorporaba, gruñía y se ponía tenso como un muelle. Pero las temperaturas permanecieron bajas y la frecuencia de los aludes disminuyó, aunque tuvieron otro sobresalto el día 18.

El 22 de diciembre, en las cercanías de Avon, Stu conducía el quitanieves por el terraplén de la carretera. Circulaban a la velocidad prudente de veinte kilómetros por hora, levantando tras de sí nubes de nieve. Tom acababa de señalar el pueblo a sus pies, silencioso como una postal en relieve con su campanario blanco y la nieve amontonada hasta los aleros de las casas. En aquel momento la cubierta del quitanieves empezó a inclinarse hacia adelante.

—Qué coño... —A Stu no le dio tiempo de decir más.

El quitanieves se inclinó más. Stu intentó acelerar, pero era demasiado tarde. Se produjo una extraña sensación de ingravidez, como cuando uno salta de un trampolín y la fuerza de la gravedad equilibra la potencia del salto. Salieron despedidos del vehículo. Stu perdió de vista a Tom y a *Kojak*. La nieve le entraba por la nariz y cuando abrió la boca para gritar le llegó a la garganta. Se apelotonaba en la espalda de su chaqueta y resbalaba.

Emergió a la superficie como un nadador, jadeando fuego. La nieve le había quemado la garganta.

—¡Tom! —gritó escupiendo nieve.

Desde ese ángulo podía ver el terraplén de la carretera con claridad, y dónde habían volcado. La parte trasera del quitanieves sobresalía a pocos metros de la empinada pendiente. Parecía una boya color naranja. Resultaba curioso cómo persistían las metáforas relacionadas con el agua... Por cierto, ¿se estaría ahogando Tom?

—¡Tom! ¡Tommy!

Apareció *Kojak*, con aspecto de haber sido rebozado con azúcar, y se abrió paso entre la nieve para reunirse con Stu.

—¡*Kojak*! ¡Busca a Tom!

El perro ladró y con grandes esfuerzos se dio la vuelta. Se dirigió hacia un lugar donde había una montaña de nieve y volvió a ladrar. Tropezando, cayendo, tragando nieve, Stu llegó hasta allí y miró alrededor. Una mano enguantada agarró la chaqueta de Tom y le dio un fuerte tirón. Tom se levantó, respirando con dificultad, y escupiendo nieve. Ambos cayeron de espaldas.

—¡Mi garganta! ¡Está ardiendo! Oh, cielos...

—Es por la nieve, Tom.

—Me ahogaba...

—Ya estás bien. Los dos estamos bien.

Se quedaron tendidos sobre la nieve para recuperar el aliento. Stu pasó un brazo por los hombros de Tom para calmar los temblores del muchacho. A lo lejos, ganando intensidad y después disminuyendo, se producía el ruido sordo del alud.

Para recorrer el kilómetro que los separaba de Avon emplearon el resto del día. No valía la pena intentar recuperar el quitanieves ni su contenido, estaba demasiado pendiente abajo. Se quedaría allí hasta la primavera o quizá para siempre, tal y como estaban las cosas.

Entraron en el pueblo media hora después del crepúsculo, demasiado ateridos y aturdidos como para pensar en nada que no fuera encender fuego y encontrar un lugar para dormir. Esa noche no tuvieron pesadillas: sólo la oscuridad total del agotamiento.

Por la mañana se dedicaron a la tarea de reabastecerse. Era más difícil en el pequeño pueblo de Avon que en Grand Junction. Stu consideró quedarse allí el resto del invierno —si decía que era lo más sensato, Tom no se opondría, ya habían tenido una buena lección práctica de lo que era tentar la suerte—. Pero finalmente rechazó la idea. Estaba previsto que el bebé naciera a primeros de enero, y él quería estar allí cuando llegara. Quería comprobar con sus propios ojos que todo estaba bien.

Al final de la corta calle principal encontraron un concesionario de la John Deere, y en el garaje había dos quitanieves usados. No eran tan impresionantes como la máquina que había conducido Stu, pero uno de ellos tenía los rodamientos tipo oruga y pensó que podía servir. No pudieron conseguir alimentos liofilizados, así que tuvieron que conformarse con latas. La última parte del día registraron casas en busca de artículos para acampar, un trabajo que les desagradaba. En todas había víctimas de la epidemia, transformadas en momias grotescamente podridas.

A últimas horas de la tarde encontraron casi todo lo que necesitaban en una pensión situada al lado de la carretera. Al parecer, antes de la epidemia había sido lugar de encuentro de jóvenes, del tipo que solían acudir a Colorado para hacer lo que John Denver aconsejaba en sus canciones. Tom encontró debajo del hueco de la escalera una bolsa de basura llena de una hierba bastante potente.

—¿Es tabaco, Stu?

Stu sonrió.

—Supongo que algunas personas lo consideraban así. Es marihuana, Tom. Déjala donde estaba.

Cargaron el quitanieves con las latas de comida, nuevos sacos de dormir y material para construir un refugio. Entonces aparecieron las primeras estrellas, y decidieron pasar otra noche en Avon.

Conduciendo lentamente por la nieve helada en dirección a la casa donde habían instalado el cuartel general, Stu no dejaba de pensar: Mañana será la víspera de Navidad. Parecía imposible que el tiempo hubiera transcurrido con tanta rapidez, pero la prueba estaba en el calendario de su reloj de pulsera. Hacía tres semanas que habían salido de Grand Junction.

Al llegar a la casa, Stu dijo:

—Tú y *Kojak* entrad y enciende fuego. Yo tengo que hacer algo.

—¿De qué se trata?

—Bueno, es una sorpresa.
—¿Una sorpresa? ¿Y yo sabré qué es?
—Sí.
—¿Cuándo? —Los ojos de Tom centellearon.
—Dentro de un par de días.
—Tom Cullen no puede esperar una sorpresa durante dos días. ¡Cielos, no!
—Tom Cullen tendrá que resignarse —contestó Stu sonriendo—. Volveré en una hora. Ocupate de que todo esté preparado para mañana.
—Bueno... De acuerdo.
En realidad, Stu tardó casi una hora y media en encontrar lo que buscaba. Durante las dos o tres horas siguientes Tom lo acribilló a preguntas referentes a la sorpresa. Pero Stu no soltó prenda, y cuando se acostaron Tom ya se había olvidado.
Tendidos en la oscuridad, Stu dijo:
—Me parece que te gustaría haberte quedado en Grand Junction, ¿no?
—Cielos, no —contestó Tom medio dormido—. Quiero volver a mi casita cuanto antes. Sólo espero que no volvamos a salirnos de la carretera y caer en la nieve. ¡Tom Cullen casi se ahoga!
—Tendremos que ir más lentos —contestó Stu, sin mencionar lo que podía ocurrirles si volvía a suceder y no había un pueblo o una ciudad a la que pudieran ir a pie.
—¿Cuándo crees que llegaremos, Stu?
—Todavía nos falta un buen trecho. Pero llegaremos. Y ahora me parece que deberíamos dormir, ¿no crees?
—Cielos, sí.
Stu apagó la luz.
Esa noche soñó que tanto Frannie como su espantoso niño lobo habían muerto durante el parto. Oía a George Richardson que decía desde muy lejos: «Es la gripe. No habrá más bebés por culpa de la gripe. Los embarazos se han terminado debido a la gripe. Un pollo en cada cacerola y un lobo en cada matriz. Estamos perdidos. La humanidad está perdida por culpa de la gripe».
Y desde más cerca, aproximándose, llegó la risa ululante del hombre oscuro.

La víspera de Navidad iniciaron una buena racha que les acompañó hasta casi Año Nuevo. La nieve se había solidificado y el viento arrastraba nubes de cristales transparentes que se incrustaban en las dunas polvorientas. El quitanieves John Deere avanzaba sin dificultad. Stu y Tom llevaban gafas de sol para protegerse de la blancura cegadora.

Acamparon sobre el hielo a unos cuarenta y cinco kilómetros de Avon, cerca de Silvesthorne, en la garganta del paso de Loveland. El tenebroso túnel Eisenhower debía de estar a sus pies. Mientras esperaban a que la cena se calentara, Stu descubrió algo que le dejó perplejo: al romper la capa de hielo con el hacha y hundir la mano para dispersar la nieve topó con algo metálico y azulado. Estuvo a punto de llamar a Tom, pero después lo pensó mejor. La idea de que estuvieran sentados a menos de cinco centímetros de profundidad de un enorme atasco, a menos de Dios sabía cuántos cadáveres, era horripilante.

Cuando Tom despertó al día siguiente del día 25, a las siete menos cuarto, Stu ya estaba preparando el desayuno. Bastante insólito. Había una lata de sopa de verduras Campbell's a punto de hervir sobre el fuego. *Kojak* la observaba con entusiasmo.

—Buenos días, Stu —dijo Tom cerrando hasta el cuello la cremallera de su cazadora, y reptando desde el saco de dormir. Sentía ganas de escupir.

—Buenos días. Y feliz Navidad —añadió Stu sin darle importancia.

—¿Navidad? —Tom se olvidó de su mal sabor de boca.

—Hoy es Navidad. —Señaló a la izquierda—. No he encontrado nada mejor.

En la capa de nieve había incrustada la copa de un abeto, de unos sesenta centímetros de altura, decorada con guirnalda plateadas, que Stu había encontrado en el almacén del Five-and-Ten.

—Un árbol —murmuró Tom, boquiabierto—. Y regalos. ¿Son regalos?

Al pie del árbol había tres paquetes envueltos en papel azul con dibujos plateados. Stu no había encontrado papel con motivos navideños.

—Sí, son regalos. Los ha traído Santa Claus.

Tom le miró con ceño.

—Tom Cullen sabe que Santa Claus no existe. ¡Tú los has traído! ¡Y yo no tengo nada para ti! —Empezó a adoptar una expresión afligida—. Me olvidé... No sabía que era Navidad... ¡Soy un estúpido! —Cerró el puño y se golpeó la frente. Estaba a punto de echarse a llorar.

Stu se agachó a su lado.

—Tom, tú me hiciste un regalo de Navidad por anticipado.

—No, señor. No lo hice. Tom Cullen es tonto de remate.

—Me hiciste el mejor regalo. La vida. De no ser por ti, estaría muerto.

Tom le miró sin comprender.

—Si no hubieras aparecido en el momento oportuno, habría muerto en esa cañada al oeste de Green River. De no haber sido por ti, Tom, habría muerto de pulmonía, de gripe o de lo que fuera en el hotel Utah. No sé cómo elegiste los medicamentos adecuados, si fue obra de Nick o de Dios o cuestión de suerte. Haces mal en decir que eres un tonto. Gracias a ti he visto esta Navidad. Estoy en deuda eterna contigo.

—Oh, no es lo mismo —protestó Tom, pero estaba radiante de júbilo.

—Sí es lo mismo —dijo Stu con toda seriedad.

—Bueno...

—Vamos, abre tus regalos. Mira lo que te trajo. Te aseguro que oí su trineo a medianoche. Parece que la gripe no llegó hasta el polo Norte.

—¿Le oíste? —Tom estudiaba el rostro de Stu para comprobar si le tomaba el pelo.

—Oí algo.

Tom cogió el primer paquete y lo desenvolvió cuidadosamente: un billar mecánico dentro de un estuche de plástico, un nuevo juego que todos los chicos habían pedido a gritos la pasada Navidad, con pilas para dos años. Los ojos de Tom se iluminaron.

—Hazlo funcionar —dijo Stu.

—Aún no. Quiero ver qué más hay.

Un jersey con la figura de un esquiador exhausto, montado sobre unos esquís torcidos y apoyado sobre los bastones.

—Dice «He escalado el paso Loveland» —le dijo Stu—. Aún no es cierto, pero estamos llegando.

Tom se quitó su anorak, se puso el jersey y volvió a ponerse el anorak.

—¡Estupendo! ¡Estupendo, Stu!

El último paquete, el más pequeño, contenía un sencillo medallón de plata con una cadenita del mismo material. A Tom le pareció un 8 acostado. Lo levantó perplejo.

—¿Qué es, Stu?

—Un símbolo griego. Lo recuerdo de hace mucho tiempo, cuando lo vi en un serial de médicos titulado *Ben Casey*. Significa el infinito, Tom. La eternidad. —Le cogió la mano que sostenía el medallón—. Pienso que quizá llegaremos a Boulder, Tommy, que estábamos destinados a llegar allí desde el principio. Me gustaría que lo llevaras, y que si alguna vez necesitas un favor te acuerdes de Stu Redman. ¿De acuerdo?

—El infinito —murmuró Tom, haciéndolo girar en la mano—. ¡La eternidad! —Se colgó el medallón del cuello—. Lo recordaré —asintió—. Tom Cullen lo recordará.

—¡Mierda! ¡Casi lo había olvidado!

Stu volvió al refugio y sacó otro paquete.

—¡Feliz Navidad, *Kojak*! Deja que abra esto. —Rompió el envoltorio de una caja de galletas para perros Hartz. Desparramó algunas sobre la nieve, y *Kojak* las devoró con avidez. Volvió al lado de Stu, moviendo la cola—. Luego te daré más. Que moderación sea tu lema en todo lo que hagas, como diría el viejo calvorota...

Su voz se entrecortó y las lágrimas acudieron a los ojos. De repente echaba de menos a Glen, a Larry, a Ralph con su sombrero raído. Añoraba a los que ya no estaban. La madre Abigail había dicho que habría sangre antes de que todo terminara, y tenía razón. En el fondo de su corazón, Stu Redman la maldecía y la bendecía al mismo tiempo.

—¿Stu? ¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente. —Abrazó a Tom—. Feliz Navidad, preguntón.

—¿Puedo cantar algo antes de marcharnos?

—Desde luego.

Stu esperaba oír *Jingle Bell* o *Frosty the Snowman* entonadas con voz infantil, pero lo que cantó Tom fue un fragmento de *The First Noel*, con una voz de tenor sorprendentemente agradable.

—La primera Navidad, los ángeles anunciaron a unos pobres pastores / en una fría noche de invierno...

La voz de Stu se sumó a la de Tom en el estribillo:

—Noel, Noel, Noel / Cristo ha nacido en Israel...

—Ya no recuerdo más —dijo Tom.

—Ha estado bien —contestó Stu, otra vez al borde de las lágrimas. Las contuvo, para no preocupar a Tom—. Tenemos que marcharnos. Perdemos horas de luz.

—Muy bien. —Tom lo miró—. Es la mejor Navidad que he tenido, Stu.

—Lo celebro, Tommy.

Poco después volvían a estar camino del Este bajo el radiante sol de Navidad.

Acamparon cerca de la cima del paso Loveland, a casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Durmieron los tres en un solo refugio, con una temperatura de varios grados bajo cero. El viento soplaba sin cesar, frío como la hoja de un cuchillo, y los lobos aullaban entre las rocas, mientras el manto de estrellas invernales parecía estar casi al alcance de la mano. El mundo parecía una cripta gigantesca situada a sus pies, tanto hacia el este como hacia el oeste.

A primera hora de la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, *Kojak* los despertó con sus ladridos. Stu se arrastró hasta la abertura del refugio rifle en mano. Por primera vez los lobos se dejaban ver. Habían bajado de sus guaridas y rodeaban el campamento, ahora silenciosos y limitándose a mirar. Sus ojos tenían un destello verde y parecían sonreír cruelmente.

Stu disparó seis tiros al azar, dispersándolos. Uno de ellos dio una voltereta en el aire y cayó hecho un ovillo. *Kojak* corrió hasta él, lo olisqueó y luego levantó la pata y orinó, encima.

—Los lobos siguen siendo *suyos* —dijo Tom—. Siempre lo serán.

Tom aún parecía medio dormido. Sus ojos estaban aletargados y fijos. Stu comprendió lo que ocurría: había vuelto a caer en aquel extraño estado hipnótico.

—Tom, ¿tú sabes si está muerto?

—Él no muere nunca —respondió—. Vive en los lobos, cielos, sí. En los cuervos. En la serpiente de cascabel. En la sombra del búho a medianoche, y en el escorpión al mediodía. Anida cabeza abajo como los murciélagos. Es ciego igual que ellos.

—¿Volverá? —preguntó Stu; sentía escalofríos.

Tom no contestó...

—Tommy...

—Tom duerme. Ha ido a ver el elefante.

—Tom, ¿puedes ver Boulder?

Fuera, una franja blanca de luz empezaba a asomar en el cielo recortando las cumbres estériles de las montañas.

—Sí. Están esperando. Esperan noticias. Esperan la primavera. Todo está silencioso en Boulder.

—¿Ves a Frannie?

El rostro de Tom se iluminó.

—Sí. Está gorda. Creo que espera un niño. Vive con Lucy Swann. Lucy también espera un niño. Pero Frannie tendrá el suyo antes. Pero... —su expresión se ensombreció.

—¿Pero qué?

—El niño...

—¿Qué le pasa al niño?

Tom miró alrededor desconcertado.

—Estábamos matando lobos, ¿verdad? ¿Me he quedado dormido, Stu?

Stu forzó una sonrisa.

—Un poco.

—He soñado con un elefante. Qué curioso, ¿no?

—Sí, claro.

Empezó a sospechar que no llegarían a tiempo. Que lo que había visto Tom, fuera lo que fuera, sucedería antes de que llegaran.

El buen tiempo se acabó tres días antes de Año Nuevo, y tuvieron que detenerse en Kittredge. Ahora estaban tan cerca de Boulder que el retraso los desilusionó amargamente. Incluso

Kojak parecía inquieto y nervioso.

—¿Podremos continuar pronto, Stu?

—No lo sé. Eso espero. Si hubiéramos tenido dos días más de buen tiempo, creo que es lo que habríamos tardado. ¡Maldita sea! —Suspiró y se encogió de hombros—. Bueno, quizá sólo sea ventisca.

Pero resultó la peor tormenta del invierno. Nevó durante cinco días y en algunos lugares la nieve alcanzó una altura de tres y cuatro metros. Cuando salieron el día 2 de enero a echar un vistazo, el sol era débil y apagado, y habían desaparecido todas las señales de tráfico. La mayor parte del pequeño distrito comercial había quedado enterrada. El viento había contribuido a formar siluetas fantasmagóricas. Parecían estar en otro planeta.

Continuaron el viaje, pero la marcha se hizo muy lenta. Si antes encontrar el camino había sido un engorro, ahora era un problema grave. El quitanieves se atascaba cada dos por tres y tenían que empujarlo. Y el 2 de enero de 1991 empezó de nuevo el estrépito de los aludes.

El día 4 llegaron a un lugar en que la carretera 6 se separaba de la autopista para seguir hasta Golden y, aunque ninguno de los dos lo supo —no tuvieron sueños ni premoniciones—, fue el día que Frannie Goldsmith sintió los primeros dolores de parto.

—Muy bien —dijo Stu cuando se detuvieron en el desvío—. Por lo menos ahora no tendremos dificultades para encontrar el camino. Ha sido abierto con dinamita en medio de la roca maciza.

Era fácil seguir la carretera, pero no atravesar los túneles. Para encontrar la entrada tenían que excavar en algunos casos la nieve pulverizada, y en otro los restos compactos de anteriores avalanchas. El quitanieves rugía y traqueteaba miserablemente por el camino abierto en el interior.

Peor aún, los túneles eran terroríficos... como habían constatado Larry y Trashcan. Aparte del rayo amarillo del faro del quitanieves, estaban oscuros como las entrañas de una mina, ya que la nieve taponaba los dos extremos. Dentro de ellos se sentían como encerrados en un frigorífico. El avance era penosamente lento, y para salir por el otro extremo tenían que realizar prodigios de ingeniería. Y Stu tenía miedo de que se encontraran con un túnel infranqueable, un túnel que se resistiera a todos sus esfuerzos. Por ejemplo un atasco de coches en su interior. Si eso ocurría, tendrían que dar la vuelta y regresar a la interestatal. Perderían, como mínimo, una semana. Abandonar el quitanieves no era la solución: sería una dolorosa manera de suicidarse.

Y Boulder estaba muy cerca.

El 7 de enero, unas dos horas después de haber atravesado otro túnel, Tom se levantó sobre la parte trasera del quitanieves y señaló.

—¿Qué es eso, Stu?

Stu estaba cansado y de mal humor. Ya no soñaba pero, paradójicamente, eso le asustaba aún más que soñar.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te pongas de pie ahí mientras estamos en marcha? Te caerás hacia atrás, irás a parar de cabeza a la nieve y...

—Sí, pero ¿qué es eso? Parece un puente. ¿En algún lugar hemos cruzado un río, Stu?

Stu miró y detuvo el vehículo.

—Es un viaducto —murmuró—. No puedo creerlo...

—¿Un viaducto? ¿Un viaducto?

Stu se dio la vuelta y lo aferró por los hombros.

—¡Es el viaducto de Golden, Tom! ¡La que pasa por ahí arriba es la 119! ¡La carretera 119! ¡La carretera de Boulder! ¡Estamos a unos treinta kilómetros! ¡Quizá menos!

Tom comprendió por fin. Se quedó boquiabierto, y su expresión anonadada hizo estallar a Stu en sonoras carcajadas; luego le palmeó la espalda. Ni siquiera le molestaba el dolorcillo constante de la pierna.

—¿Estamos de verdad cerca de casa, Stu?

—¡Sí, sí, sí!

Entonces se abrazaron, bailaron torpemente, se cayeron y levantaron nubes de nieve. *Kojak* los miraba, sorprendido, pero al cabo de un momento se unió a ellos, ladrando y moviendo la cola.



Acamparon en Golden, y a primera hora de la mañana siguiente tomaron la 119 en dirección a Boulder. Ninguno de los dos había dormido bien la noche anterior. Stu nunca había sentido tanta ansiedad, y a ésta se sumaba la preocupación lacerante por Frannie y el bebe.

Una hora después del mediodía, el quitanieves empezó a ir a trompicones y a zarandearse. Stu paró el motor y cogió la lata de gasolina de repuesto, que estaba atada a la pequeña cabina de *Kojak*.

—¡Dios mío! —exclamó al sentirla ligera.

—¿Cuál es el problema, Stu?

—¡Yo! Yo soy el problema. Sabía que la jodida lata estaba vacía, y me olvidé de llenarla. Supongo que estaba demasiado nervioso. No podría ser más idiota ni proponiéndomelo.

—¿Nos hemos quedado sin gasolina?

Stu lanzó lejos la lata vacía.

—Exacto. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

—Supongo que pensabas en Frannie. ¿Qué haremos ahora?

—Caminar. O intentarlo. Coge tu saco de dormir. Repartiremos estos alimentos enlatados y los meteremos en los sacos. Dejaremos aquí los refugios. Lo siento, Tom. Yo soy el único culpable.

—No importa, Stu.

Ese día no llegaron a Boulder. Acamparon al anochecer, agotados de tanto vadear la nieve pulverizada que parecía muy ligera pero que apenas les permitía avanzar. No encendieron fuego. No había leña a mano, y los tres estaban demasiado cansados para excavar y buscarla. Estaban rodeados por grandes montículos de nieve movediza. Ni siquiera después del anochecer vieron un resplandor en el horizonte, hacia el norte, pese a que Stu lo buscó ansiosamente.

Tomaron una cena fría y luego Tom se metió en su saco de dormir y se durmió al instante sin siquiera dar las buenas noches. Stu estaba exhausto y le dolía mucho la pierna. Puedo considerarme afortunado si no la he destrozado para siempre, pensó.

Pero mañana por la noche estarían en Boulder, durmiendo en camas: era una promesa.

Mientras se deslizaba dentro del saco de dormir se le ocurrió una idea inquietante. Llegarían a Boulder y la encontrarían vacía... tan vacía como Grand Junction, Avon y Kittredge. Casas vacías, tiendas vacías, edificios cubiertos de nieve. Calles llenas de desechos. Ningún ruido excepto el gotear de la nieve que se derretía durante uno de los deshielos periódicos... Había leído en la biblioteca que en Boulder no era extraño que la temperatura

subiera de repente a veinte grados en pleno invierno. Pero todos se habrían ido, como los personajes de un sueño al despertar. Porque en el mundo no quedaba nadie más que Stu Redman y Tom Cullen.

Era una idea absurda, pero no podía apartarla de su mente. Salió a gatas del saco de dormir y volvió a mirar hacia el norte, con la esperanza de divisar la tenue iluminación del horizonte que aparece cuando hay una comunidad humana no muy lejos. Seguramente vería *algo*. Intentó recordar cuánta gente había calculado Glen que habría en la Zona Libre cuando la nieve bloqueara los caminos. No conseguía determinar la cifra. ¿Ocho mil? Ocho mil personas no eran muchas, no producirían ningún resplandor aunque tuvieran todas las luces encendidas. Quizá...

Quizá deberías dormir un rato y olvidar todos estos disparates, se dijo. Mañana será otro día.

Se acostó, y el cansancio le venció después de dar vueltas durante unos minutos. Durmió y soñó que estaba en Boulder, un Boulder estival donde el césped estaba amarillento y seco por el calor y la falta de riego. El único ruido era el de una puerta abierta que golpeteaba empujada por la débil brisa. Se habían ido todos. Incluso Tom.

—¡Frannie! —gritó, pero la única respuesta fue el viento y el golpeteo de la puerta.

A las dos del día siguiente habían adelantado dificultosamente unos kilómetros. Se turnaban para abrir paso. Stu empezaba a creer que pasarían otro día en la carretera. Él era el responsable del retraso. Se le entumecía la pierna. Pronto tendré que arrastrarme, pensó. Tom era el que más trabajaba para despejar el camino.

Cuando hicieron un alto para ingerir un poco de comida enlatada, a Stu se le ocurrió que nunca había visto a Frannie con el vientre realmente abultado. Quizá todavía tendré tiempo, pensó. Pero lo dudaba. Estaba convencido de que había dado a luz en su ausencia... para bien o para mal.

Una hora después de comer, seguía tan abstraído en sus pensamientos que casi tropezó con Tom, que se había parado.

—¿Qué pasa? —preguntó frotándose la pierna.

—El camino —contestó Tom.

Estaban sobre un montículo de nieve de casi tres metros de altura. La nieve solidificada formaba una pendiente hasta la carretera que estaba limpia, y a la derecha un cartel decía sencillamente: LÍMITE DE BOULDER.

Stu se echó a reír. Se sentó en la nieve y rió a carcajadas, mirando el cielo, indiferente a la mirada perpleja de Tom.

—Limpiaron los caminos, ¿no lo ves? ¡Lo hemos conseguido, Tom! ¡*Kojak*! ¡Ven aquí!

Stu desparramó el resto de las galletas para perro sobre la nieve y *Kojak* las devoró, mientras Stu fumaba y Tom observaba la carretera surgida de los kilómetros de nieve homogénea como la alucinación de un demente.

—Estamos otra vez en Boulder —murmuró Tom—. Cielos, sí.

Stu le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, Tommy. Estos cuerpos magullados necesitan un descanso.

Alrededor de las cuatro empezó a nevar otra vez. A las seis ya era de noche y el asfalto negro de la carretera había adquirido una espectacular tonalidad blanca bajo sus pies. Stu cojeaba mucho, casi tambaleándose. Tom le preguntó si quería descansar, y Stu se limitó a negar con la cabeza.

A las ocho la nevada era más densa y copiosa. Se extraviaron un par de veces y tropezaron con los barrancos laterales de nieve antes de volver a orientarse. El terreno era resbaladizo. Tom se cayó dos veces y, alrededor de las ocho y cuarto, Stu se desplomó sobre la pierna lesionada. Apretó los dientes para sofocar un gemido. Tom corrió a su lado para ayudarlo.

—Estoy bien —dijo Stu, y consiguió ponerse en pie él solo.

Veinte minutos después, una voz joven y nerviosa surgió de la oscuridad, paralizándolos.

—¿Qui-quién está ahí? —preguntó.

Kojak empezó a gruñir, con el lomo erizado. Tom emitió un sonido ahogado. Y por encima del silbido constante del viento Stu oyó algo que le aterrorizó: el chasquido del cerrojo de un rifle.

Centinelas. Han puesto centinelas. Sería gracioso haber llegado hasta aquí para que un centinela te pegue un tiro.

—¡Soy Stu Redman! —gritó en dirección a la oscuridad—. ¡Stu Redman! —Tragó saliva—. ¿Y tú quién eres?

Estúpido, se reprochó. No será nadie conocido.

Pero la voz le sonó familiar.

—¿Stu? ¿Stu Redman?

—Tom Cullen viene conmigo... ¡Por Dios, no dispaes!

—¿No me engañas? —La voz parecía vacilar.

—¡No te engaño! Tom, di algo.

—¡Hola! —exclamó Tom.

Hubo una pausa. El viento silbaba. Entonces el centinela gritó:

—Stu tenía un cuadro en la pared de su antiguo apartamento. ¿Cuál era?

Stu se estrujó el cerebro. El chasquido del fusil seguía dando vueltas dentro de su cabeza y entorpecía el proceso mental.

Ciclo santo, pensó, estoy en medio de una ventisca intentando recordar qué cuadro colgaba de la pared de mi antiguo apartamento. Fran debe de haberse trasladado a casa de Lucy. Ella se burlaba del cuadro, decía que John Wayne acechaba a esos indios desde su escondite...

—¡Frederic Remington! —gritó a pleno pulmón—. ¡Se titula *En guerra*!

—¡Stu! —exclamó el centinela. Una silueta negra se materializó en la nieve, resbalando al correr hacia ellos—. No puedo creerlo...

Stu vio que era Billy Gehringer, el muchacho que tantos disgustos les había dado el pasado verano.

—¡Stu! ¡Tom! ¡*Kojak*! ¡Por Dios! ¿Dónde están Glen Bateman y Larry? ¿Y Ralph?

Stu meneó la cabeza.

—No lo sabemos. Tenemos que salir de aquí, Billy. Estamos congelados.

—Desde luego. El supermercado está cerca. Llamaré a Norm Kellogg, a Harry Dunbarton, a Dick Ellis... ¡Qué diablos, despertaré a toda la ciudad! ¡Esto es fantástico!

—Billy, Frannie tenía que dar a luz...

—Oh, mierda, lo había olvidado.

—¿Ha tenido el niño?

—George Richardson te lo explicará, Stu. O Dan Lathrop. Es nuestro nuevo médico. Llegó unas cuatro semanas después de que vosotros os marcharais. Era especialista en nariz, garganta y oídos, pero es...

Stu lo sacudió con brusquedad, cortando la verborrea.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom—. ¿Le ha sucedido algo malo a Frannie?

—Dímelo, Billy —insistió Stu—. Por favor.

—Fran está bien —respondió Billy—. Se repondrá.

—¿Eso has oído decir?

—No; la he visto. Tony Donahue y yo le llevamos unas flores del invernadero. El invernadero es una idea de Tony. Allí cultiva de todo, no sólo flores. Fran sigue internada porque tuvieron que hacerle..., ¿cómo se llama...? Un parto romano.

—¿Una cesárea?

—Sí, eso es. Porque el niño salió del revés. Pero no te preocupes. Nosotros la vimos tres días después del parto, hace dos días. Le llevamos rosas para levantarle el ánimo porque...

—¿El bebé murió? —preguntó Stu con voz ahogada.

—No ha muerto —contestó Billy, y después añadió con reticencia—: Aún no.

De pronto, Stu se sintió muy lejos de allí, precipitándose a través del vacío. Escuchaba risas y aullidos de lobos...

Billy añadió de un tirón:

—Tiene la gripe *Capitán Trotamundos*. La gente opina que es el fin para todos nosotros. Frannie dio a luz el día cuatro, un niño de más de tres kilos. Al principio estaba muy bien y creo que todos nos emborrachamos. Dick Ellis dijo que fue como la suma del día de la Victoria sobre los alemanes y el día de la Victoria sobre los japoneses. Pero el día seis se puso enfermo. Sí, amigo —dijo Billy y su voz se puso más tensa—. Enfermó... Mierda, ésta no es la bienvenida que te mereces, lo siento mucho, Stu...

Stu atrajo a Billy hacia sí.

—Al principio todos pensamos que se curaría, que quizá sólo era una gripe vulgar, o bronquitis o una infección en la laringe... Pero los médicos explicaron que los recién nacidos

casi nunca contraen esas enfermedades. Es una especie de inmunidad natural, por ser tan pequeños. Y tanto George como Dan vieron tantos casos de supergripe el año pasado...

—Que difícilmente podrían equivocarse —concluyó Stu.

—Sí, así es.

—Maldita sea —murmuró Stu. Volvió la espalda a Billy y empezó a cojear de nuevo calle abajo.

—¿Adónde vas, Stu?

—Al hospital, a ver a mi mujer.

Fran estaba despierta con la lámpara de lectura encendida. Proyectaba un haz de luz sobre la parte izquierda de la sábana blanca que la cubría. Boca abajo, descansaba una novela de Agatha Christie. Estaba despierta pero empezaba a adormecerse, pasando a ese estado en que los recuerdos se aclaran como por arte de magia a medida que se convierten en sueños. Iba a enterrar a su padre. Lo que ocurriera después no importaba, pero ella saldría de su conmoción el tiempo necesario para hacer ese trabajo. Ese acto de amor. Luego se serviría un trozo de pastel de fresas y ruibarbo. Sería un trozo grande, sabroso, y muy amargo.

Marcy había entrado a visitarla media hora antes y Fran le había preguntado:

—¿Ha muerto Peter? —Y cuando lo dijo el tiempo pareció duplicarse de modo que no supo si se refería a Peter el bebé o a Peter el difunto abuelo del pequeño.

—Shhh, está bien —contestó Marcy, pero Frannie leyó una respuesta más sincera en sus ojos. El bebé que ella había concebido con Jess Rider agonizaba tras cuatro paneles de cristal. Quizá el hijo de Lucy tendría más suerte: sus progenitores habían sido inmunes a *Capitán Trotamundos*. La Zona ya había desahuciado a su Peter y había depositado su confianza colectiva en las mujeres que habían concebido después del 1 de julio del año anterior. Era cruel pero perfectamente comprensible.

Su mente fue a la deriva, navegando cerca de la frontera del sueño, abarcando el panorama de su pasado y el de su presente. Recordó la sala de su madre donde las estaciones se sucedían lentamente. Recordó los ojos de Stu, la primera vez que había visto al bebé, Peter Redman Goldsmith. Soñó que Stu estaba con ella, en la habitación.

—¿Fran?

Nada había salido como estaba previsto. Todas las esperanzas habían resultado falsas, tan falsas como los animales articulados de Disneylandia, un montón de mecanismos de relojería, un engaño, un falso amanecer, un falso embarazo, un...

—Hola, Frannie.

En su sueño Stu había vuelto. Estaba en el umbral de la puerta, vestido con una gruesa cazadora de piel. Otro engaño. Stu llevaba barba. ¿No era curioso?

Empezó a preguntarse si sería un sueño al ver a Tom Cullen. Y... ¿no era *Kojak* el que estaba junto a los pies de Stu?

Se llevó la mano a la mejilla y se pellizcó con fuerza, haciendo lagrimear el ojo izquierdo. La imagen no cambió.

—¿Stu? —murmuró—. Oh, Dios mío, ¿eres tú?

Su rostro estaba muy bronceado, excepto alrededor de los ojos, donde quizá hubiera llevado gafas de sol. No era un detalle que se apreciara en los sueños...

Volvió a pellizcarse.

—Soy yo —dijo Stu mientras entraba en la habitación—. Y deja de lastimarte la mejilla.

Cojeaba.

—Frannie, he vuelto a casa.

—¡Stu! —exclamó ella—. ¿Eres de carne y hueso? ¡Ven a demostrármelo!

Entonces se lanzó sobre ella y la abrazó.

Stu estaba sentado en una silla al lado de la cama de Fran cuando entraron George Richardson y Dan Lathrop. Fran estrechó la mano de Stu con tanta fuerza que le causó dolor. Su cara estaba tensa y mostraba algunas arrugas, y por un momento Stu la vio tal como sería cuando fuera vieja. Se pareció fugazmente a la madre Abigail.

—Stu —dijo George—. Vuestro regreso es un milagro. No encuentro palabras para expresar cuánto me alegro.

Le estrechó la mano y después le presentó a Dan Lathrop.

—Sabemos que hubo una explosión en Las Vegas. ¿La viste?

—Sí.

—La gente cree que se trató de una explosión nuclear. ¿Es así?

—Sí, lo es.

George asintió y se volvió hacia Fran.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Encantada de haber recuperado a mi hombre. ¿Y el niño?

—En realidad —dijo Lathrop— hemos venido por él.

Fran asintió.

—¿Ha muerto?

George y Dan intercambiaron una mirada.

—Frannie, quiero que me escuches con atención y que intentes no malinterpretar mis palabras.

—¡Si ha muerto dímelo de una vez! —exclamó ella reprimiendo su histeria.

—Fran, tranquilízate —dijo Stu.

—Peter parece estar recuperándose —anunció Dan Lathrop con voz tranquila.

Durante unos momentos hubo un silencio sepulcral. Fran, pálida y demacrada bajo el espeso cabello castaño extendido sobre la almohada, miró a Dan como si éste hubiera empezado a recitar de repente versos satíricos. Alguien —Laurie Constable o Marcy Spruce— se asomó brevemente. Stu nunca olvidaría aquel momento.

—¿Qué? —murmuró Fran finalmente.

—No debes hacerte demasiadas ilusiones —advirtió George.

—Has dicho... que se está recuperando. —Tenía una expresión de pasmo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de hasta qué punto se había resignado a la muerte del bebé.

—Tanto Dan como yo vimos miles de casos durante la epidemia, Fran... y notarás que no he dicho que los «tratamos» porque creo que ninguno de los dos influyó una pizca sobre el curso de la enfermedad de algún paciente. ¿Correcto, Dan?

—Así es.

La arruga de enojo que Stu había notado en la frente de Fran pocas horas después de conocerla en New Hampshire, había vuelto a aparecer.

—¿Quieres hacer el favor de ir al grano?

—Eso intento, pero tengo que ser prudente —respondió George—. Estamos hablando de la vida de tu hijo, y no dejare que me presiones. Quiero que comprendas lo que pensamos. *Capitán Trotamundos* era una gripe de antígeno cambiante, según creemos ahora. Bien, todos los tipos de gripe, tenían antígenos distintos, y por eso la enfermedad volvía a aparecer cada dos o tres años, a pesar de las vacunaciones. Había un brote de gripe tipo A, que era la gripe de Hong Kong, y te vacunabas contra ella, y dos años después aparecía un tipo B y enfermabas si no te aplicabas una vacuna distinta.

—Pero te curabas —intervino Dan—, porque finalmente tu organismo producía sus propios anticuerpos. El organismo se modificaba para combatir la gripe. En el caso de *Capitán Trotamundos*, la misma gripe cambiaba cada vez que tu organismo adoptaba una postura defensiva. En cierta forma era más parecida al virus del sida que a los tipos de gripe comunes a los que nuestro organismo se ha acostumbrado. Y, como en el caso del sida, iba mutando de una forma a otra hasta que el organismo se agotaba. El resultado era, inevitablemente, la muerte.

—Entonces, ¿por qué nosotros no la contrajimos? —preguntó Stu.

—No lo sabemos —contestó George—. No creo que lo sepamos nunca. De lo único que estamos seguros es de que los seres inmunes sortearon el peligro. Lo cual nos trae de nuevo el caso de Peter. ¿Dan?

—Sí. La clave de *Capitán Trotamundos* es que la gente parecía casi recuperada, pero nunca totalmente. Peter, por su parte, enfermó cuarenta y ocho horas después de nacer. No tenemos ninguna duda de que se trataba de *Capitán Trotamundos*: los síntomas eran muy claros. Pero las decoloraciones debajo de la línea de la mandíbula, que George y yo aprendimos a relacionar con la cuarta y última fase de la supergripe, no han aparecido. Y además sus períodos de recuperación son cada vez más largos.

—No lo entiendo —dijo Fran perpleja—. Qué...

—Cada vez que la gripe cambia, el organismo de Peter cambia para contraatacarla —explicó George—. Cabe la posibilidad técnica de que se produzca una recaída, pero el niño no ha llegado a la fase terminal. Parece que está capeando el temporal.

Hubo un momento de silencio absoluto.

—Le has transmitido a tu hijo media inmunidad —prosiguió Dan—. Ha enfermado, pero ahora parece estar en condiciones de salvarse. Teóricamente, los mellizos de la señora Wentworth tenían las mismas probabilidades, pero con más elementos en contra... y yo sigo pensando que tal vez no los mató la supergripe, sino complicaciones surgidas a raíz de ésta. Sé que es una diferencia muy sutil, pero puede ser crucial.

—¿Y las otras mujeres que quedaron embarazadas de hombres que no eran inmunes? —preguntó Stu.

—Creemos que habrá que ver a sus hijos pasando por este mismo trance —respondió George—. Es posible que algunos mueran. Peter estuvo al borde de la muerte, y no sabemos si ya está fuera de peligro. Pero muy pronto llegaremos a un punto en que todos los fetos de la Zona Libre, y del mundo, serán el producto de dos progenitores inmunes. Y si bien sería arriesgado hacer pronósticos, yo apostaría a que cuando eso suceda habremos ganado la batalla. Mientras tanto, vigilaremos atentamente el caso de Peter.

—Y no lo haremos nosotros solos, si esto os sirve de consuelo —añadió Dan—. En un aspecto muy concreto, Peter pertenece ahora a toda la Zona Libre.

—Yo sólo quiero que viva porque es mío y le quiero —susurró Fran. Miró a Stu—. Y es mi vínculo con el viejo mundo. Se parece más a Jess que a mí, y me alegro de ello. Lo considero justo. ¿Me entiendes, cariño?

Stu asintió, y de pronto pensó cuánto le hubiera gustado reunirse con Hap, Norm Bruett y Vic Palfrey, tomar cerveza con ellos y ver cómo Vic liaba uno de sus pestilentes cigarrillos. Y contarles cómo había concluido todo esto. Solían llamarle Stu *el Silencioso*. Ahora les dejaría petrificados, les estaría hablando durante toda la noche. Cogió la mano de Fran, sintiendo el escozor de las lágrimas.

—Tenemos que visitar a otros pacientes —dijo George mientras se levantaba—, pero controlaremos a Peter con el máximo cuidado, Fran. Tú lo sabrás con certeza, cuando nosotros estemos seguros.

—¿Cuándo podré amamantarlo? Si no... si...

—Dentro de una semana —contestó Dan.

—¿Tanto tiempo?

—Será una espera muy larga para todos. Tenemos sesenta y una mujeres embarazadas en la Zona, y nueve de ellas concibieron antes de la supergripe. Para ellas la espera será especialmente larga. Stu, ha sido un placer conocerte. —Dan le tendió la mano y Stu se la estrechó. Luego se marchó apresuradamente: tenía una misión que cumplir, y estaba ansioso por cumplirla.

George también estrechó la mano de Stu y le dijo:

—Te veré mañana por la tarde. Dile a Laurie qué hora te va mejor.

—¿Para qué?

—Esa pierna —contestó George—. Está mal, ¿verdad?

—No demasiado.

—¿Qué le pasa a tu pierna? —dijo Fran, sentándose en la cama.

—Se rompió, está mal soldada y fatigada —respondió George—. Un caso difícil, pero se puede arreglar.

—Bueno... —murmuró Stu.

—¡Bueno, nada! ¡Déjame verla, Stu! —La arruga de la frente había reaparecido.

—Después.

George se disponía a marcharse.

—Dile a Laurie a qué hora, ¿de acuerdo?

—Claro que sí —afirmó Frannie.

—Lo haré. Lo ordena la jefa —dijo Stu sonriendo.

—Me alegro de que hayas vuelto —afirmó George. Mil preguntas se le agolpaban en los labios. Movi6 lentamente la cabeza y después sali6, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Déjame ver cómo andas, Stu.

—Eh, Frannie.

—Vamos, quiero verlo.

Dio unos pasos. Parecía un marinero en la cubierta de un barco zarandeado por el mar embravecido. Cuando se volvió hacia Fran, vio que lloraba.

—Oh, Frannie. No, por favor.

—No puedo evitarlo. —Se cubrió el rostro con las manos.

Se sent6 junto a ella y le apart6 las manos.

Ella le mir6 sin dejar de llorar.

—Tanta gente muerta... Harold, Nick, Susan... ¿Qué ha pasado con Larry? ¿Y con Glen y Ralph?

—No lo sé.

—¿Y qué dirá Lucy? Vendrá dentro de una hora. Viene todos los días, y está embarazada de cuatro meses. Stu, cuando te pregunte...

—Murieron allí —la interrumpió él, hablando más consigo mismo que con ella—. Eso es lo que pienso. No pudo ser de otra forma.

—No se lo digas así —suplic6 Fran—. Le destrozarías el corazón.

—Creo que ellos fueron al sacrificio. Dios siempre pide inmolaciones. Éstas le han manchado las manos de sangre. Ignoro el motivo. No soy muy listo. Quizá es obra nuestra. De lo único que estoy seguro es de que la bomba estall6 allí y no aquí, y de que estaremos a salvo por un tiempo. No demasiado.

—¿Ha muerto Flagg? ¿Está realmente muerto?

—No lo sé. Pienso que tendremos que mantenernos alerta. Y más adelante alguien tendrá que encontrar el lugar donde fabricaron microbios como el de *Capitán Trotamundos*, llenarlo de tierra, sembrar el terreno con sal y rezar encima. Deberá rezar por todos nosotros.

Mucho más tarde, poco antes de medianoche, Stu la empujaba por el pasillo silencioso del hospital en una silla de ruedas. Laurie Constable les acompañaba, y Fran se había ocupado de que Stu concertara su cita.

—Me parece que eres tú quien debería ir en silla de ruedas, Stu —coment6 Laurie.

—En este momento no me molesta —contest6 Stu.

Llegaron a una enorme cristalería desde la que se veía una habitación decorada en rosa y azul. Del techo colgaba un móvil de grandes dimensiones. Había una sola cuna ocupada, en la primera fila.

Stu mir6 hacia dentro emocionado.

«Redman Goldsmith, Peter —rezaba la tarjeta colocada al pie de la cuna—. Varón. Peso 3,300 - Madre: Frances Goldsmith. Padre: Jessie Rider (R. I. P.).»

Peter estaba llorando.

Sus manitas estaban crispadas y la cara congestionada. Su cabeza estaba coronada por una asombrosa mata de pelo oscuro. Tenía los ojos azules y parecían mirar directamente los de Stu, como si le acusaran de ser el culpable de su infortunio.

Su frente estaba surcada por una profunda arruga vertical como la de su madre.

Frannie volvía a llorar.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Todas esas cunas vacías —dijo entre sollozos—. Está solo ahí dentro. No me extraña que llore. Stu, está solo. Todas las cunas vacías, Dios mío...

—No estará solo por mucho tiempo —afirm6 él, y le pas6 un brazo por los hombros—. Tengo la impresión de que se pondrá bien. ¿No te parece, Laurie?

Pero Laurie les había dejado solos delante del cristal de la *nursery*.

Stu se arrodill6 junto a Frannie, pese al dolor de la pierna, y la abraz6. Ambos miraron a Peter con asombro, como si el niño fuera el primero que nacía en el mundo. Al cabo de un rato Peter se durmi6, con las manitas apretadas sobre el pecho, y ellos siguieron contemplándole... mientras se preguntaban si era justo que estuviera allí.

Primero de mayo.

Por fin habían dejado atrás el invierno.

Había sido largo, y a Stu, acostumbrado al clima del este de Texas, le había parecido tremendamente riguroso. Dos días después de su regreso a Boulder, le colocaron la pierna en su sitio, y esta vez llevó una pesada escayola que no le quitaron hasta primeros de abril. Para entonces la escayola era como un mapa de carreteras: parecía que todos los habitantes de la Zona la hubieran firmado, aunque esto era imposible. El 1 de marzo empezaron a llegar, con cuentagotas, nuevos grupos de peregrinos, y en la fecha en que el antiguo mundo habría vencido el plazo para el pago de impuestos, la Zona Libre tenía casi once mil habitantes, según Sandy DuChiens, que dirigía una oficina del censo en la que colaboraban una docena de personas, con su propia terminal de ordenadores en el First Bank de Boulder.

Ahora él, Fran y Lucy Swann estaban en la zona para picnics situada a mitad de camino en el ascenso al monte Flagstaff, presenciando la cacería del 1 de mayo. Todos los niños de la Zona parecían participar, y un número nada despreciable de adultos. Tom Cullen se había colgado la tradicional cesta de mayo, adornada con cintas y llena de frutas y juguetes. La idea se le había ocurrido a Fran.

Tom había cazado a Bill Gerhinger. Bill se había sumado encantado a la cacería, pese a su presuntuosa declaración de que era demasiado mayor para esos juegos infantiles. Tom y Bill atraparon al chico de los Upshaw —¿o era Upson?, a Stu le resultaba difícil recordar todos los apellidos— y los tres habían rastreado a Leo Rockway que estaba escondido detrás de la roca Bretner. El propio Tom le había puesto la chapa a Leo.

La cacería se desplazaba de un lado a otro por la zona oeste de Boulder, y grupos de niños y adolescentes iban y venían por las calles que seguían medio desiertas, mientras Tom gritaba y cargaba la cesta. Por fin habían vuelto allí, donde brillaba un sol caluroso y el aire era tibio. Los niños con chapa ya eran unos doscientos, y todavía faltaba rastrear a la última media docena que seguía «libre». Entretanto espantaban a los ciervos que no querían participar en el juego.

Tres kilómetros más arriba, en el Sunrise Amphitheater, se había organizado un almuerzo colectivo en el mismo lugar donde Harold Lauder había esperado antaño el momento justo para hablar a su *walkie-talkie*. Al mediodía dos o tres mil personas se reunirían para comer carne de venado, huevos picantes, bocadillos con mantequilla de cacahuete y jalea, y pasteles recién hechos como postre. Quizá sería la última reunión multitudinaria de la Zona, a menos que todos bajaran hasta Denver y ocuparan el estadio donde en otra época los Broncos habían jugado al *rugby*. La inmigración con cuentagotas de comienzos de la primavera se había incrementado hasta convertirse en una avalancha. Desde el 15 de abril habían llegado otras ocho mil personas, y ahora había más o menos diecinueve mil. La oficina del censo de Sandy no daba abasto para llevar el control. Raro era el día en que no llegaban más de quinientos inmigrantes.

Peter empezó a berrear a todo pulmón en su parque plegable. Fran se encaminó hacia él, pero Lucy, enorme con su embarazo de ocho meses, llegó antes.

—Te advierto que es asunto de pañales —dijo Fran—. Lo sé por la forma de llorar.

—No voy a desmayarme por unas cacas. —Lucy tomó en los brazos a Peter, que parecía muy indignado, y lo mecía a la luz del sol—. Hola, pequeño. ¿Qué te pasa? Tienes muy mal genio.

Peter seguía llorando.

Lucy lo dejó sobre una manta que habían traído para cambiar los pañales. Peter intentó escaparse gateando, Lucy lo sujetó y le dio la vuelta. Empezó a desabrocharle los pantalones de pana, mientras el niño agitaba las piernas en el aire.

—¿Por qué no vais a dar un paseo? —dijo Lucy. Sonrió a Fran, pero Stu pensó que era una sonrisa triste.

—Sí, ¿por qué no? —asintió Fran, y cogió el brazo de Stu.

Stu se dejó llevar. Cruzaron el camino y se encontraron en un prado que se empinaba bajo las nubes blancas en movimiento y el luminoso cielo azul.

—¿De qué se trata? —preguntó Stu.

—¿A qué te refieres? —Pero la expresión de ella era demasiado inocente.

—A esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Sé reconocer una mirada cuando la veo —insistió Stu—. Quizá no sé lo que significa, pero sé reconocerla.

—Siéntate a mi lado, Stu.

Se sentaron y miraron hacia el este, donde el terreno ondulado descendía progresivamente hasta convertirse en una llanura que se perdía en la bruma. Allí estaba Nebraska.

—Se trata de algo serio, Stu. Y no sé cómo empezar.

—Bueno, inténtalo. —Le cogió la mano.

Fran contrajo las facciones. Una lágrima rodó por su mejilla y los labios empezaron a temblar.

—Cariño...

—¡No lloraré! —exclamó ella enfadada, y a continuación derramó más lágrimas, muy a su pesar.

Stu la rodeó con un brazo y esperó. Cuando le pareció que ya había pasado lo peor, dijo:

—Adelante. ¿Qué pasa?

—Tengo nostalgia, Stu. Quiero regresar a Maine.

Detrás de ellos, los niños saltaban y gritaban. Stu la miró sorprendido. Después esbozó una sonrisa.

—¿Eso es todo? Pensaba que habías decidido divorciarte de mí. Aunque nunca nadie bendijo nuestra unión, por decirlo de alguna forma.

—No iré a ninguna parte sin ti —murmuró ella. Había sacado un *kleenex* del bolsillo y se secaba los ojos—. ¿Acaso no lo sabes?

—Supongo que sí.

—Pero quiero volver a Maine. Añoro mi tierra. ¿Tú nunca piensas en Texas, Stu? ¿En Arnette?

—No —respondió él sinceramente—. Podría vivir y morir feliz sin ver Anette nunca más. ¿Quieres regresar a Ogunquit, Frannie?

—Al final, tal vez sí. Pero no ahora. Me gustaría ir al oeste de Maine, a la región de los lagos. Estabas cerca de allí cuando Harold y yo te encontramos en New Hampshire. Hay lugares muy hermosos: Bridgton, Sweden, Castle Rock... Los lagos deben de estar llenos de peces. Supongo que más adelante podríamos instalarnos en la costa. Pero el primer año no podría soportarlo. Me traería demasiados recuerdos. El mar sería demasiado inmenso. —Miró sus manos que se movían nerviosas—. Si quieres quedarte aquí y ayudarles a levantar la Zona, lo entenderé. Las montañas también son bonitas, pero... esto no se parece a mi tierra.

Stu miró hacia el este y supo por fin qué era lo que sentía bullir en su interior desde que había comenzado el deshielo: un apremio por reanudar la marcha. Allí había demasiada gente, y eso empezaba a ponerle nervioso. Había personas que podían hacer frente a la situación, e incluso disfrutaban. Jack Jackson, que presidía el nuevo comité de la Zona Libre, ahora ampliado a nueve personas. Brad Kitchner, que tenía centenares de proyectos en marcha y toda la gente necesaria para llevarlos a cabo. A él se le había ocurrido hacer funcionar una de las estaciones de televisión de Denver. Ésta pasaba películas antiguas todas las noches y un telediario de diez minutos.

Y el hombre que había asumido el cargo de alguacil durante la ausencia de Stu, Hugh Petrella, no le caía simpático. El solo hecho de que Petrella hubiera hecho «campana política» para ser elegido no le gustaba. Era un hombre adulto, puritano, con facciones que parecían esculpidas a hachazos. Tenía diecisiete auxiliares y solicitaba más en cada sesión del comité. Si Glen hubiera estado allí, pensó Stu, diría que volvía a empezar la eterna disputa americana entre la ley y la libertad del individuo. Petrella no era un mal tipo, pero sí muy riguroso... y Stu suponía que, con seguridad de que la ley constituía la solución de todos los problemas, sería mejor alguacil de lo que jamás habría llegado a ser él.

—Sé que te han ofrecido un cargo en el comité —dijo Fran con tono dubitativo.

—Tuve la impresión de que era un cargo honorario, ¿no crees?

Fran pareció aliviada.

—Pues...

—Me parece que no les importará si lo rechazo. Soy la última reliquia del antiguo comité. Y éramos un comité de emergencia. La crisis ya ha pasado. ¿Qué me dices de Peter?

—Creo que en junio tendrá edad suficiente para viajar. Y me gustaría esperar a que Lucy dé a luz.

Desde que Peter había venido al mundo el 4 de enero, se habían producido dieciocho partos en la Zona Libre. Cuatro bebés habían muerto, y los demás estaban sanos. Pronto empezarían a nacer los hijos de padres inmunes a la epidemia, y era muy probable que el de Lucy fuera el primero. Salía de cuentas el día 14 de junio.

—¿Qué te parece si lo dejamos para el primero de julio? —preguntó Stu.

El rostro de Fran se iluminó.

—¿De verdad? ¿Aceptas que nos marchemos?

—Desde luego.

—¿No lo dices sólo para complacerme?

—No. Otras personas también se marcharán. No muchas, al menos durante un tiempo.

Ella le echó los brazos al cuello y le abrazó con fuerza.

—Quizá sólo sean unas vacaciones —exclamó—. O quizá..., quizá nos guste tanto que decidamos quedarnos.

—Es posible —asintió él. Pero dudaba que ninguno de los dos fuera capaz de quedarse mucho tiempo en el mismo lugar.

Miró en dirección a Lucy y Peter. Lucy estaba sentada en la manta y hacía saltar al niño, que reía y trataba de agarrar la nariz de ella.

—¿Has pensado que puede enfermarse? Y tú. ¿Qué haremos si vuelves a quedar embarazada?

—Hay libros. —Sonrió—. Los leeremos. No podemos vivir siempre asustados, ¿verdad?

—Claro.

—Libros y buenos medicamentos. Aprenderemos a emplearlos; y respecto a las medicinas que han desaparecido, aprenderemos a fabricarlas. En cuanto a la posibilidad de enfermarse y morir... —Frannie miró el vasto prado por donde los últimos niños del juego se dirigían hacia la zona de picnics, sudorosos y jadeantes—. También existe aquí. ¿Te acuerdas de Rich Moffat? ¿Y de Shirley Hammett?

Él asintió.

—Sí. —Shirley había muerto de un ataque de corazón en febrero.

Frannie le cogió las manos. En sus ojos brillaba una mirada de tenacidad.

—Prefiero correr el riesgo y vivir la vida tal como queremos.

—Está bien. Me parece una buena idea. Me has convencido.

—Te quiero, tejano.

—Yo también, *milady*.

Peter volvía a llorar.

—Veamos qué le ocurre al emperador —dijo ella, se puso en pie y se sacudió las briznas de hierba de los pantalones.

—Ha querido gatear y se ha dado un golpe en la nariz —dijo Lucy, entregando el niño a Fran—. Pobrecillo.

—Pobrecillo —repitió Fran, y meció al niño. Éste apoyó la cabeza contra el cuello de su madre, miró a Stu y sonrió.

Stu le devolvió la sonrisa.

—Hola, chaval —dijo, y Peter rió.

Lucy miró a Fran, luego a Stu, y de nuevo a Fran.

—Os iréis, ¿verdad? Le has convencido.

—Creo que sí —respondió Stu—. Pero no hasta después de saber si le vas a vestir de azul o de rosa.

—Me alegro —murmuró Lucy.

Una campana empezó a repicar a lo lejos.

—La hora del almuerzo —anunció Lucy, poniéndose en pie. Se palmeó el abdomen—. ¿Oyes, pequeño? A comer. Oh, no me des patadas, ya voy.

Stu y Fran también se levantaron.

—Lleva tú el niño —dijo Fran.

Peter se había dormido. Los tres subieron la colina hasta el Sunrise Amphitheater.

Crepúsculo de una tarde de verano.

Estaban sentados en el porche mientras se ponía el sol y observaban cómo Peter se arrastraba entusiasmado por el patio polvoriento. Stu se había acomodado en una silla con el asiento de mimbre, hundido por los años de uso. Fran estaba a su izquierda en la mecedora. En el patio, a la izquierda de Peter, la sombra en forma de rosquilla que proyectaba el

columpio hecho con un neumático se reflejaba en el suelo entre los últimos restos de luz natural.

—Vivió aquí durante mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Fran en voz baja.

—Mucho —asintió Stu. Señaló a Peter—. Se está poniendo perdido.

—Hay agua. Ella tenía una bomba manual. Basta con darle a la manivela. Todas las comodidades, Stu.

Él asintió y no dijo nada más. Encendió la pipa, chupando con fuerza. Peter se volvió para asegurarse de que seguían allí.

—Hola, chaval —saludó Stu, y agitó la mano.

Peter se cayó. Volvió a levantarse sobre las manos y las rodillas y empezó a gatear de nuevo en un amplio círculo. En el extremo del camino de tierra que cortaba en dos el maizal silvestre había aparcada una furgoneta Winnebago con un enganche para grúa en la parte delantera. Siempre habían recorrido carreteras secundarias, pero ese enganche les había sido muy útil.

—¿Te sientes solo? —preguntó Fran.

—No. Tal vez más adelante.

—¿Estás preocupado por el bebé? —Se llevó una mano sobre el vientre, que seguía liso.

—No.

—Peter se pondrá celoso.

—Se le pasará. Y Lucy tuvo gemelos. —Miró al cielo sonriendo—. ¿Lo hubieras imaginado?

—Los vi. Y dicen que ver es creer. ¿Cuándo crees que llegaremos a Maine, Stu?

—A finales de julio. Con tiempo suficiente para prepararnos para el invierno. ¿Estás inquieta?

—No —respondió ella, y se levantó—. Míralo. Se ha puesto perdido.

—Te lo advertí.

Miró cómo bajaba los escalones del porche y levantaba al niño. Él se quedó allí, donde la madre Abigail se había sentado tan a menudo y durante tanto tiempo, y pensó en la vida que les aguardaba. Todo saldría bien. Más adelante tendrían que regresar a Boulder, aunque sólo fuera para que sus hijos se encontraran con otros de su edad, se casaran y engendraran más niños. O quizá una parte de los habitantes de Boulder irían a reunirse con ellos. Había personas que les habían preguntado hasta los menores detalles de sus planes, sometiéndoles casi a un interrogatorio. La expresión de sus ojos mostraba envidia más que desdén o rabia. Stu y Fran no eran los únicos que tenían espíritu nómada, al parecer. Harry Dumbarton, el exorganizador de espectáculos, había hablado de marcharse a Minnesota. Y Mark Zellman pensaba nada menos que en Hawai. Quería aprender a pilotar un avión y marcharse a Hawai.

—Te matarás, Mark —le había advertido Fran.

Mark se había limitado a sonreír y contestar:

—Mira quién habla.

Stan Nogotny había empezado a barajar la posibilidad de ir al sur, haciendo un alto de unos años en Acapulco, para después seguir hasta Perú.

—Verás, Stu —le había dicho—, toda esta gente me pone tan nervioso como un cojo en un concurso de patadas en el trasero. Ya no conozco a una persona de cada doce. La gente cierra con llave las puertas por la noche... No, no me mires así; es verdad. Quien me oiga hablar no creerá que viví en Miami durante dieciséis años y que cerraba con llave todas las noches. ¡Maldita sea, es una costumbre que perdí encantado! Bueno, el caso es que esto se está poblando demasiado. Pienso mucho en Acapulco. Si pudiera convencer a Janey...

No estaría mal que la Zona Libre empezara a disgregarse, pensó Stu, mientras miraba cómo Fran bombeaba agua. Seguro que Glen Bateman hubiera pensado lo mismo. Ha cumplido su misión, habría dicho Glen. Será mejor que nos dispersemos antes de que...

¿Antes de qué?

En la última asamblea del comité Hugh Petrella había solicitado autorización para armar a sus hombres, y la había conseguido. Ése había sido el principal tema de discusión durante las últimas semanas que Frannie y él habían pasado allí... y todos habían tomado partido. A principios de junio un borracho había agredido a uno de los ayudantes del alguacil y lo había lanzado contra el cristal del Broken Drum, un bar de Pearl Street. Habían tenido que darle treinta puntos y hacerle una transfusión de sangre. Petrella insistió en que no hubiera ocurrido si el hombre hubiera llevado una pistola para amedrentar al borracho. Y así se levantó la polémica. Muchos, entre ellos Stu, que solía reservar sus opiniones, estaban convencidos de que si el auxiliar hubiera llevado pistola, el incidente podría haber terminado con un borracho muerto en vez de un agente herido.

¿Qué ocurre cuando les das armas a los guardianes del orden?, se había preguntado Stu. ¿Cuál es el paso siguiente? Y le pareció que la respuesta se la daba la voz académica, un poco seca, de Glen Bateman: les facilitas armas más potentes, y coches patrulla, y cuando descubres una Zona Libre en Chile o en Canadá, nombras a Hugh Petrella ministro de Defensa, por si acaso, y empiezas a enviar patrullas de reconocimiento, ya que al fin y al cabo...

—Voy a acostarle —dijo Fran subiendo la escalera.

—Muy bien.

—¿Por qué estás tan deprimido?

—¿Lo estoy?

—Me lo parece.

—¿Así estoy mejor? —Tiró hacia arriba las comisuras de la boca.

—Mucho mejor. Ayúdame a acostarlo.

—Encantado.

Mientras entraba detrás de ella en la casa de madre Abigail, pensó que lo ideal sería que se dispersaran. Que retrasaran toda organización, ya que ésta parecía el origen de los problemas. Cuando las comunidades son pequeñas no la necesitan. No se facilita armas a la policía cuando ésta recuerda nombres y caras...

Fran encendió una lámpara de petróleo que proyectó un débil resplandor amarillo. Peter entreabrió los ojos ya dormido. Estaba rendido de tanto jugar. Fran le puso una camiseta.

Lo único que podemos hacer es ganar tiempo, pensó Stu. Mientras viva Peter, mientras vivan sus hijos, quizá mientras vivan sus nietos. Tal vez hasta el año 2100, seguramente no más. Quizá ni siquiera hasta entonces. El tiempo suficiente para que la pobre Madre Tierra se recupere. Una temporada de descanso.

—¿Qué dices? —preguntó Fran, y él se dio cuenta de que había pensado en voz alta.

—Una temporada de descanso.

—¿A qué te refieres?

—A todo —respondió, y le acarició la mano.

Mientras miraba a Peter pensó: Quizá si le contamos lo que sucedió, él lo transmita a sus hijos. Les avisará. Queridos hijos, las armas son mortales, producen quemaduras y enfermedades por radiación y una peste negra, asfixiante. Son muy peligrosas. El diablo implantado en el cerebro del hombre guió las manos de Dios cuando se fabricaron. No juguéis nunca con ellas, hijos míos, por favor. Nunca más. Aprended la lección. Que este mundo vacío sea vuestro cuaderno de deberes.

—Frannie —dijo, y se volvió para mirarla a los ojos.

—Dime.

—¿Crees que la gente aprende?

Ella abrió la boca para contestar, pero vaciló y se abstuvo. La lámpara de petróleo parpadeó. Iluminó sus ojos azules.

—No lo sé —respondió por fin. No parecía satisfecha de su respuesta. Se esforzó por añadir algo más, para ser más explícita. Y sólo pudo repetir—: No lo sé.

EL CÍRCULO SE CIERRA

Necesitamos ayuda, estimó el poeta
EDWARD DORN

Se despertó al alba.

Llevaba las botas puestas.

Al sentarse miró alrededor. Estaba en una playa tan blanca como el granizo. Arriba, el cielo parecía de cerámica. A sus espaldas el mar turquesa azotaba un acantilado y se retiraba. Esas embarcaciones, ¿eran canoas? (sí, botes con remos).

Las reconocía... pero ¿cómo...?

Se incorporó y estuvo a punto de caerse. Temblaba. No se tenía en pie. Y esas náuseas...

Se dio la vuelta. Era una jungla que le cegaba con su exuberancia verde y aquellas enormes hojas y flores que eran...

(tan rosadas como los pezones de una corista).

De nuevo se sintió confuso.

¿Qué era una corista?

Y ¿qué era un pezón?

Un macaco chilló al verle, saltó sin mirar, se estampó contra un árbol y cayó muerto al pie, patas arriba, (le vi en el quirófano con la pierna atada a un soporte). Una mangosta vio su cara cubierta de pelo ensortijado y murió de aneurisma cerebral.

(volvió en sí con una cuchara y un azucarillo).

Un escarabajo ocupado en devorar el tronco de una palmera quedó carbonizado al percibir electricidad en las antenas.

(y se ha quemado).

¿Quién soy?

No lo sabía.

¿Dónde estoy?

¿Qué importaba eso?

Empezó a caminar, tambaleándose, hacia la jungla. Estaba debilitado por el hambre. El ruido del oleaje le taponaba los oídos como un latido incontrolable. Su mente estaba tan vacía como la de un recién nacido.

Delante aparecieron tres hombres. Luego cuatro. Después media docena.

Eran negros, con la piel brillante.

Le miraron.

Él les miró a ellos.

Retrocedieron.

Las cosas ya estaban claras.

Los hombres eran ocho. Y después doce. Llevaban lanzas. Le amenazaron. El hombre con barba y pantalones y botas de vaquero les miraba. ¿Y qué? El torso estaba más blanco y escuálido que la espina de una carpa.

Las lanzas se elevaron en dirección al cielo. Un hombre, al parecer el líder, repetía una palabra. Algo que sonaba como *Yunna*.

Sí, las cosas no estaban tan mal.

Sonrió.

Esto supuso un rayo de luz rojiza escapada de una nube negra. Sus ojos azules y la dentadura blanca les fascinó. Les mostró sus manos sin líneas como gesto universal de paz.

Antes de la fuerza de esa sonrisa, ya estaban sometidos. Las lanzas apuntaron a la arena; una de ellas se torció mientras se tambaleaba.

—¿Habláis inglés?

Nadie dijo nada.

—¿Habláis español?

Al parecer tampoco.

¿Dónde estaba?

Ya lo sabría con el tiempo. Roma no se hizo en un día, ni tampoco Akron (Ohio), dado el caso. El lugar no importaba.

Estabas allí y con la mente despejada.

—¿Habláis Frances?

Ninguna respuesta. Le miraban fascinados.

También intentó que le hablaran en alemán, y luego se tragó la risa ante sus miradas atónitas y sumisas. Uno de aquellos hombres empezó a sollozar como un bebé.

Son seres primitivos, analfabetos. Pero puedo utilizarlos. Sí, me van a servir.

Se adelantó hacia ellos, con las palmas hacia arriba, y sonriendo. Sus ojos resplandecían con una alegría de demente.

—Me llamo Rusell Faraday —dijo en voz pausada y clara—. He venido a salvaros.

Le miraban fascinados, emocionados.

—Vengo a ayudaros.

Cayeron de rodillas e inclinaron sus cabezas ante él, y su sombra les cubrió. La sonrisa se hizo más ancha.

¡Os enseñaré a conocer la civilización!

—*Yunna!* —exclamó el jefe con una mezcla de alegría y terror. Y al besar el pie de Rusell Faraday, el hombre oscuro empezó a reír a carcajadas.

La vida era una rueda que ningún hombre podía parar durante mucho tiempo.

Y siempre, al final, volvía a rodar.

*Febrero de 1975
Diciembre de 1988*

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital)

Notas

[1] Esta obra se titula en inglés *The Stand* y Plaza y Janés la publicó previamente con el título de *La danza de la muerte*. Esta nueva edición sin supresiones, titulada asimismo *The Stand*. (Nota del editor). <<

[2] Juego de palabras intraducible con la voz inglesa *beam* (viga) y otros nombres compuestos con vocablos de distintos significados: *moonbeam*, *roofbeam*, alcalde *Beame*, *tumbean*, etc. (N. de los T.). <<

[31] *Woods* (bosques) y *World* (mundo) tienen una fonética semejante. (N. de los T.) <<

[4] Especie de insectos cuya picadura produce la muerte. <<

[5] Cantantes cómicos que se tiznan la cara e imitan a los negros. (*N. de los T.*). <<

[6] Habitante de una ciudad universitaria que no es miembro de la universidad. <<

[7] Nombre solemne del Ser Supremo entre los brahmanes <<

^[8] Juego de palabras entre el nombre de Stu y la palabra *stew*, estofado, que se pronuncia igual (*N de los T.*). <<